

EL SEÑOR DEL CAOS

LA RUEDA DEL TIEMPO - 6

ROBERT JORDAN

Rand se esfuerza por unir a las naciones para combatir al Oscuro al tiempo que sortea las trampas que los Renegados tienden a la desprevenida raza humana. Pero además tiene que enfrentarse a los Hijos de la Luz, cuyo capitán general se propone desprestigiarlo y dirigir la batalla contra la Sombra. Por su parte, las Aes Sedai buscan a Rand para ofrecerle su apoyo, aunque éste sospecha que su verdadera intención es usarlo para sus propios fines.

Robert Jordan

El señor del caos

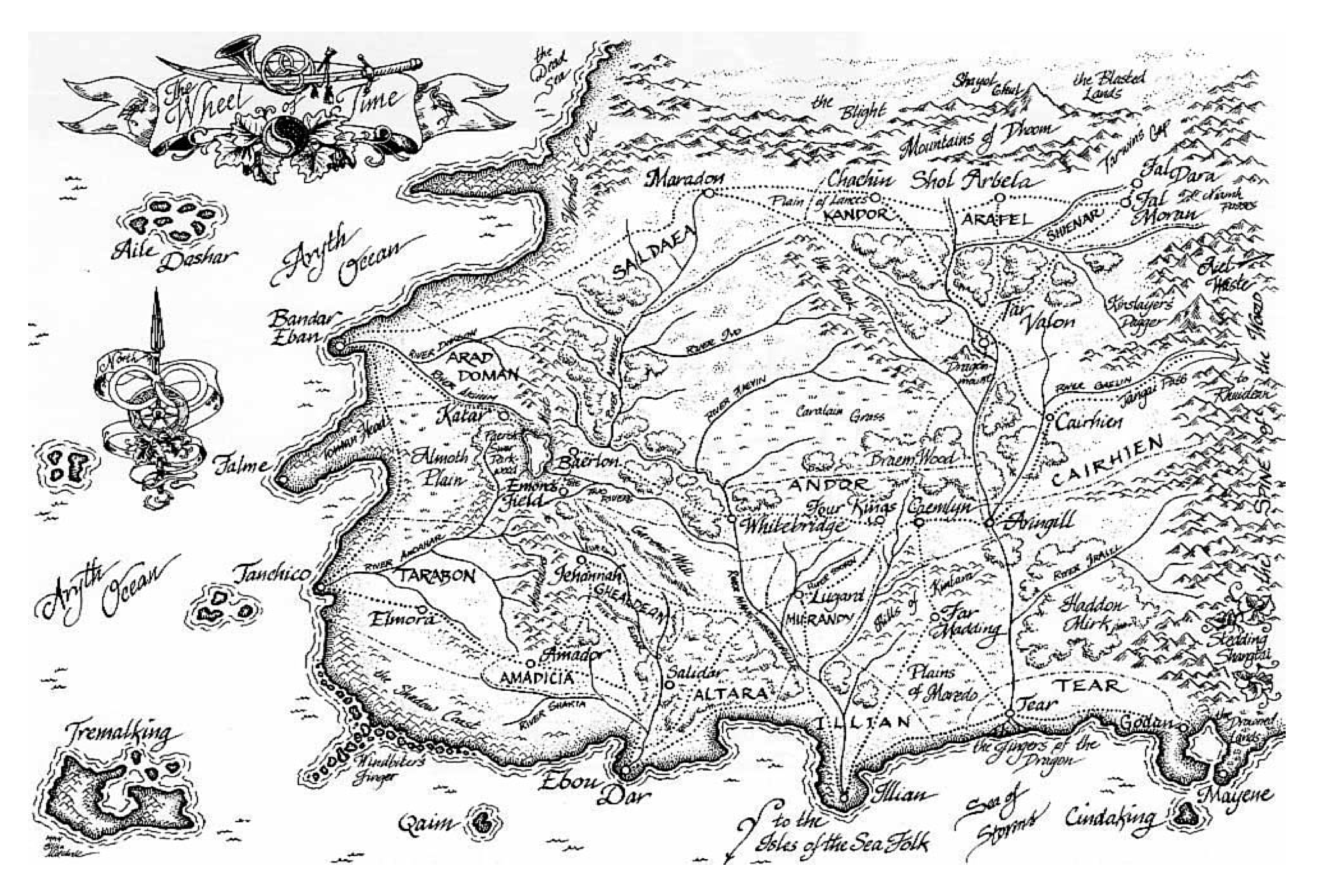
La Rueda del Tiempo 6

ePUB v1.1
Siwan 27.07.12

Título original: *The Lord of Chaos*
Robert Jordan, octubre de 1994.
Traducción: Mila López
Diseño/retoque portada: Siwan

Editor original: Siwan (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

Para Betsy



The Wheel of Time
the Dead Sea
World's End
Aile Dashar
Aryth Ocean
Bandar Eban
Falme
Tanchico
Tremalking
Qaim
Windbiter's Finger
the Shadow Coast
Ebou Dar
Illian
to the Isles of the Sea Folk
Sea of Storms
Cindaking
Mayene
the Drowned Lands
Godan
the Fingers of the Dragon
Tear
TEAR
the Blight
Shayol Ghul
the Blasted Lands
Mountains of Dhoom
Tarwin's Gap
Maradon
Chachin
Plain of Lances
KANDOR
Shol Arbela
ARAFEL
Fal Dara
Fal Moran
SHIENAR
Aiel Waste
Kinslayer's Dagger
Tar Valon
Dragonmount
to Rhuidean
Jangai Pass
River Gaelin
Cairhien
CAIRHIEN
Spine of the World
SALDAEA
the Black Hills
River Dhagon
ARAD DOMAN
Katar
Toman Head
Almoth Plain
Baerlon
Emond's Field
River Io
River Erinin
Caralain Grass
Braem Wood
ANDOR
Four Kings
Caemlyn
Whitebridge
Aringill
River Iralell
Haddon Mirk
Stedding Shangtai
River Andahar
TARABON
Jehannah
GHEALDEAN
Elmora
Amador
AMADICIA
River Sharia
Salidar
ALTARA
Lugard
MURANDY
Far Madding
Plains of Maredo
ILLIAN

«Cantan los leones y se repliegan los montes.
La luna sale de día y el sol de noche.
Mujer ciega, hombre sordo, grajo torpe.
Que el Señor del Caos el mando tome.»

Canción de un juego infantil
escuchada en el Gran Aravalon,
Cuarta Era

PRÓLOGO



El primer mensaje

Demandred salió a las negras laderas de Shayol Ghul y el acceso, un agujero en la urdimbre de la realidad, desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Arriba, los negros y agitados nubarrones ocultaban el cielo cual un mar invertido de olas cenicientas que rompían perezosamente contra el pico oculto de la montaña. Abajo, luces extrañas relumbraban por el árido valle con descoloridos destellos azules y rojos que no lograban disipar la lóbrega oscuridad que envolvía su origen. Los rayos se descargaban hacia arriba, contra las nubes, y sonaba el lento retumbo de truenos. Humo y vapor escapaban a través de desperdigados conductos abiertos en la ladera, algunos de ellos tan pequeños como la mano de un hombre y otros lo bastante grandes para tragarse a diez personas.

El Renegado cortó la conexión con el Poder Único de inmediato, y junto con la dulzura desapareció la percepción incrementada de los sentidos que lo hacía todo más intenso, más claro. La ausencia del *Saidin* lo dejó vacío, si bien allí sólo un necio querría ver, oler o sentir con demasiada claridad.

En lo que ahora se llamaba la Era de Leyenda, aquello había sido una isla idílica en un mar fresco, un lugar preferido por quienes disfrutaban con lo rústico. A despecho del vapor, ahora el frío era mordiente; Demandred no se permitió sentirlo, pero el instinto lo hizo arrebujarse en la capa forrada con pieles. Un vaho tenue ponía de manifiesto su respiración, aunque apenas duraba antes de que el aire lo absorbiese. Unos pocos cientos de leguas al norte el mundo era puro hielo, pero Thakan'dar estaba siempre tan seco como un desierto a pesar de encontrarse envuelto de manera continua en un invierno perpetuo.

Había agua, o más bien un reguerillo tan oscuro como tinta, que rezumaba por la rocosa ladera abajo, junto a una forja de techo gris. Dentro sonaba el repiqueteo de martillos, y con cada golpe surgía un destello blanco a través de las estrechas ventanas. Una mujer de aspecto harapiento se acurrucaba lastimosamente contra la tosca pared de piedra de la forja, estrechando entre sus brazos a un bebé, y una niña larguirucha ocultaba la cara en sus faldas. Sin duda eran prisioneros tomados durante una incursión a las Tierras Fronterizas. Pero había muy pocos; a buen seguro los

Myrddraal estarían rechinando los dientes. Las hojas de sus espadas fallaban al cabo de un tiempo y tenían que reemplazarse aunque para ello hubiese que restringir las incursiones a las Tierras Fronterizas.

Uno de los forjadores salió, una corpulenta figura humana de movimientos tardos que parecía haber sido arrancada a golpes de la montaña. Los forjadores no estaban realmente vivos; si se los sacaba de Shayol Ghul se convertían en piedra o en polvo. Tampoco eran forjadores propiamente dichos, ya que su tarea se limitaba a fabricar espadas. Las manos de éste sostenían una cuchilla con unas tenazas largas, una hoja de acero ya enfriada, pálida como nieve a la luz de la luna. Vivo o no, el forjador actuó con cuidado al sumergir el brillante metal en el oscuro arroyo, ya que por remota que fuera la semblanza de vida que poseía desaparecería al contacto con aquella agua. Cuando el metal volvió a salir, era completamente negro. Empero, todavía no había terminado el proceso de su creación. El forjador regresó dentro con su pesado caminar y, de repente, se alzó el grito desesperado de un hombre.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó, y el sonido se perdió en la distancia sin menguar de intensidad, como si el que gritaba hubiese sido lanzado con repentina violencia a una distancia inimaginable. Ahora la cuchilla estaba terminada.

De nuevo apareció un forjador —tal vez el mismo o tal vez otro— y puso de pie a la mujer de un tirón. Los tres, la mujer, el bebé y la niña, empezaron a gemir, pero el infante fue arrancado de los brazos de la mujer y puesto bruscamente en los de la niña. Finalmente, la mujer encontró un atisbo de coraje para mostrar resistencia y, mientras sollozaba, empezó a dar patadas y a arañar al forjador, aunque por la ausencia de reacción de éste fue como si hubiese golpeado a una piedra. Los gritos de la mujer cesaron tan pronto como estuvo dentro, y los martillos comenzaron a repicar una vez más, ahogando el llanto de los niños.

Una cuchilla hecha, otra en fabricación y dos más a la espera. Demandred nunca había visto menos de cincuenta prisioneros aguardando a entregar su exigua contribución al Gran Señor de la Oscuridad. Oh, sí, los Myrddraal tenían que estar rechinando los dientes.

—¿Perdéis el tiempo remoloneando cuando habéis sido llamado por el Gran Señor? —La voz sonó como un pedazo de cuero podrido al desmenuzarse.

Demandred se giró lentamente —¿cómo osaba un Semihombre dirigirse a él en aquel tono?—, pero las palabras cortantes que iba a dirigirle murieron antes de salir de su boca. No fue por la mirada sin ojos de su blanquecino semblante; la mirada de un Myrddraal causaba terror a cualquier hombre, pero Demandred había erradicado ese miedo hacía mucho tiempo. Más bien fue por la propia criatura vestida de negro. Todos los Myrddraal tenían la talla de un humano alto, una aviesa imitación de un hombre, tan semejantes entre sí como si hubiesen sido hechos con un molde. Éste superaba la talla media en casi medio metro.

—Os conduciré ante el Gran Señor —dijo el Myrddraal—. Soy Shaidar Haran. —Giró sobre sus talones y empezó a subir la montaña, moviéndose con la sinuosa agilidad de una serpiente. La negra capa colgaba con una inmovilidad antinatural, sin la más leve ondulación.

Demandred vaciló antes de seguirlo. Los nombres de los Semihombres eran siempre en el impronunciable lenguaje de los trollocs, pero «Shaidar Haran» procedía de lo que la gente llamaba ahora la Antigua Lengua, y significaba «Mano del Oscuro». Otra sorpresa, y a Demandred no le gustaban las sorpresas, especialmente en Shayol Ghul.

La entrada a la montaña podría haberse tomado por uno de los desperdigados conductos, salvo que no emitía humo ni vapor. La boca era lo bastante amplia para que cupiesen dos hombres a un tiempo, pero el Myrddraal siguió caminando delante. El trazado del acceso descendía casi de inmediato, con el suelo del túnel tan gastado que semejaba el suave pulido de unas baldosas. El frío fue desapareciendo a medida que Demandred seguía a Shaidar Haran más y más abajo, reemplazado por un calor crecientemente intenso. Demandred era consciente del cambio de la temperatura, pero no permitió que lo afectara. Una luz pálida emanaba de la roca y alumbraba el túnel con más brillantez que el perpetuo crepúsculo del exterior. Del techo sobresalían agudos salientes cual pétreas fauces listas para asestar una dentellada, o como los dientes del Gran Señor para despedazar a los desleales o los traidores. No eran tal, claro está, pero resultaba muy efectivo.

De repente advirtió algo. Todas las veces que había seguido ese camino aquellas estacas pétreas casi le rozaban la cabeza. Ahora, sin embargo, quedaban a un palmo o más de la cabeza del Myrddraal. Tal hecho lo sorprendió, y no porque la altura del túnel cambiara —lo extraño era corriente allí— sino por el espacio extra otorgado al Semihombre. El Gran Señor daba migajas a los Myrddraal al igual que hacía con los hombres, y aquel espacio extra era un hecho digno de tenerse presente.

El túnel desembocó de repente en una amplia repisa que se asomaba a un lago de roca fundida, el rojo moteado con negro, del que se alzaban llamas altas como un hombre para después morir y surgir otra vez. No había techo, sólo un inmenso agujero que se elevaba a través de la montaña hasta el cielo; a un cielo que no era el de Thakan'dar y que hacía que éste pareciese normal en comparación, con sus nubes violentamente ajironadas que se desplazaban a gran velocidad, como empujadas por los mayores ciclones vistos por el mundo. A este lugar los hombres lo llamaban la Fosa de la Perdición, y muy pocos sabían lo apropiado de tal nombre.

Pese a todas sus visitas —y la primera había tenido lugar hacía más de tres mil años—, Demandred sintió un temor reverencial. Allí podía percibir la Perforación, el agujero horadado mucho tiempo atrás donde el Gran Señor había permanecido confinado desde el momento de la Creación. La presencia del Gran Señor lo colmaba

todo. Físicamente, este lugar no estaba más próximo a la Perforación que cualquier otro en el mundo, pero aquí existía una tenuidad en el Entramado que permitía percibirla.

Demandred estuvo más cerca que nunca de esbozar una sonrisa. Qué necios eran quienes se oponían al Gran Señor. Oh, sí, la Perforación estaba obstruida todavía, aunque con menos firmeza que cuando él mismo había despertado de su largo sueño y escapado de su prisión. Obstruida, pero más grande que al despertar él. Empero, no tan grande como cuando había sido arrojado a ella por sus iguales al final de la Guerra del Poder, si bien en cada visita realizada desde su despertar la había hallado un poco más amplia. A no tardar, la obstrucción habría desaparecido y el Gran Señor volvería a tener acceso al mundo. A no tardar llegaría el Día del Retorno, y él gobernaría el mundo para toda la eternidad. Por debajo del Gran Señor, naturalmente. Y, también naturalmente, junto con aquellos de los otros Elegidos que sobreviviesen.

—Ya puedes irte, Semihombre. —No quería que la criatura estuviera presente para ver cómo se apoderaba de él el embeleso. Y el dolor.

Shaidar Haran no se movió.

El Renegado abrió la boca… y una voz estalló dentro de su cabeza.

Demandred.

Denominar voz a ese sonido era como llamar guijarro a una montaña. Casi le aplastó el cerebro contra el interior de su propio cráneo y lo sumió en el éxtasis. Cayó de hinojos. El Myrddraal permaneció en pie, observando impasiblemente, pero sólo una mínima parte del ser de Demandred era consciente de la criatura, con aquella voz llenando su cerebro.

Demandred. ¿Cómo va este mundo?

Nunca estaba seguro de cuánto era lo que el Gran Señor sabía del mundo. Se había sentido sobresaltado tanto por la ignorancia como por el conocimiento; pero no le cabía ninguna duda sobre lo que el Gran Señor deseaba oír.

—Rahvin ha muerto ayer, Gran Señor. —Hubo dolor. La euforia demasiado intensa se convirtió rápidamente en dolor. Sus brazos y piernas se retorcieron. Ahora estaba sudando—. Lanfear ha desaparecido sin dejar rastro, igual que ocurrió con Asmodean. Y Graendal dice que Moghedien no acudió a la cita acordada con ella. También fue ayer, Gran Señor, y no creo que sea coincidencia.

Los Elegidos disminuyen, Demandred. Los débiles caen. Quien me traiciona sufre la muerte definitiva. Asmodean, descarriado por su debilidad. Rahvin muerto por su orgullo. Me sirvió bien, mas ni siquiera yo puedo salvarlo del fuego compacto. Ni siquiera yo puedo apartarme de la senda del tiempo.

Durante un horrible instante aquella espantosa voz quedó embargada por la ira y por… ¿podría ser frustración? Sólo durante un instante.

Utilizado por mi viejo enemigo, el llamado Dragón. ¿Emplearías el fuego compacto en mi servicio, Demandred?

El Renegado vaciló; una gotita de sudor se deslizó un par de centímetros por su mejilla, pero dio la impresión de que tardó una hora en recorrer esa pequeña distancia. A lo largo de un año durante la Guerra del Poder ambos bandos habían utilizado el fuego compacto. Hasta que descubrieron las consecuencias. Sin mediar acuerdo ni tregua —jamás hubo tregua como tampoco hubo cuartel— ambos bandos dejaron de usarlo. Ciudades enteras perecieron bajo el fuego compacto aquel año, cientos de miles de hilos ardieron y desaparecieron del Entramado; la propia realidad casi se deshilachó, mientras mundo y universo se evaporaban como niebla. Si se esgrimía de nuevo el fuego compacto, puede que no quedara mundo que gobernar.

Había otro punto que lo atosigaba: el Gran Señor ya sabía cómo había muerto Rahvin, y parecía saber más que él respecto a Asmodean.

—Ordenad, Gran Señor, y yo obedeceré. —Puede que sus músculos se crisparan, pero su voz se mantuvo firme como una roca. En las rodillas se le habían empezado a formar ampollas a causa del calor de la piedra, pero por su falta de reacción habríase dicho que no pertenecían a su cuerpo.

Lo harás, sí.

—Gran Señor, es posible destruir al Dragón. —Un hombre muerto no podría usar el fuego compacto otra vez, y tal vez entonces el Gran Señor no consideraría necesario utilizarlo—. Es ignorante y débil, y su atención se dispersa en docenas de direcciones. Rahvin era un necio vanidoso. Yo…

¿Serás tú el Nae'blis?

Demandred se quedó mudo. El Nae'blis. El que estaría sólo un escalón por debajo del Gran Señor, al mando de los demás.

—Sólo deseo serviros, Gran Señor, en lo que pueda. —El Nae'blis.

Entonces presta atención y obedece. Escucha quién morirá y quién vivirá.

Demandred gritó mientras la voz se descargaba en su cerebro. Lágrimas de gozo rodaron por su rostro.

Impasible, el Myrddraal lo observó.

—Estaos quietas. —Malhumorada, Nynaeve echó la larga trenza por encima del hombro—. Esto no funcionará si no dejáis de moveros como chiquillas con azogue en el cuerpo.

Ninguna de las dos mujeres sentadas al otro lado de la desvencijada mesa parecía mayor que ella, aunque le sacaban veinte años o más, y tampoco se estaban moviendo, pero el calor había puesto a Nynaeve con los nervios de punta. Tenía la impresión de que le faltaba el aire en el reducido cuartito sin ventanas. Estaba empapada en sudor, mientras que ellas dos parecían frescas como una lechuga.

Leane, con un vestido domani confeccionado con una seda azul excesivamente fina, se limitó a encogerse de hombros; la alta mujer de tez cobriza parecía poseer una paciencia inagotable. Por el contrario, Siuan, de piel clara y constitución robusta, parecía carecer de ella.

Ahora Siuan rezongó mientras se arreglaba la falda con gesto irritado; solía llevar ropas muy sencillas, pero aquella mañana vestía un atuendo de buen lino amarillo con una compleja greca teariana bordada en el filo de un escote al que casi podía tildarse de descarado. Sus azules ojos eran tan fríos como el agua de un pozo profundo. O como sería el agua de un pozo profundo si el tiempo no se hubiese vuelto loco. Su indumentaria habría cambiado, pero no su modo de mirar.

—No funcionará de ninguna forma —espetó. También su modo de hablar seguía siendo el mismo—. No se puede echar parches a la quilla cuando toda la barca ha ardido. En fin, es una pérdida de tiempo, pero lo prometí, así que continúa. Leane y yo tenemos trabajo pendiente que hacer.

Las dos se ocupaban de la red de informadoras de las Aes Sedai allí, en Salidar, las mujeres que enviaban tanto informes como rumores de lo que acontecía en el mundo.

También Nynaeve se alisó la falda. Su vestido era de sencilla lana blanca, con siete bandas de colores en el repulgo, una por cada Ajah. Un vestido de Aceptada. La irritaba más de lo que nunca habría imaginado. Preferiría con mucho llevar el de seda verde que tenía guardado. Estaba dispuesta a admitir su recién adquirido gusto por las ropas buenas, al menos para sus adentros, pero la elección de ese vestido en particular no era sólo por comodidad —era fino, ligero— ni porque el verde fuera el color predilecto de Lan. No, en absoluto. Eso sería una ociosa ensoñación de la peor clase. Una Aceptada que se pusiera cualquier otro atuendo excepto el blanco con bandas no tardaría en enterarse de que se encontraba muy por debajo de las Aes Sedai. Con firmeza rechazó aquellas ideas. No estaba allí para rumiar fruslerías. El azul también le gustaba. ¡No!

Delicadamente, tanteó con el Poder Único primero a Siuan y después a Leane. En cierto sentido no estaba encauzando en absoluto. Era incapaz de encauzar ni una pizca a no ser que estuviese furiosa; ni siquiera podía percibir la Fuente Verdadera. No obstante, se trataba de lo mismo. Finos filamentos de *Saidar*, la mitad femenina de la Fuente Verdadera, examinaron cuidadosamente a las dos mujeres al tejerlos, sólo que no se originaban en ella.

En la muñeca izquierda Nynaeve llevaba un estrecho brazalete, una sencilla banda de plata segmentada. Bueno, de plata principalmente, y de un origen especial, aunque tal cosa no tenía importancia. Era la única joya que lucía aparte del anillo de la Gran Serpiente; a las Aceptadas se las disuadía de llevar joyas en exceso. Un collar a juego se ceñía en torno al cuello de la cuarta mujer, sentada en una banqueta junto a

la pared toscamente encalada y con las manos enlazadas en el regazo. Vestida con ropas de granjera de burda lana marrón, el robusto y ajado rostro de campesina, no sudaba ni una gota. Tampoco movía un solo músculo, pero sus oscuros ojos no perdían detalle de nada. Para Nynaeve, el brillo del *Saidar* envolvía a la mujer, pero era ella la que dirigía el encauzamiento. El brazalete y el collar creaban un vínculo entre ambas de manera muy parecida al modo en que las Aes Sedai podían coligarse para combinar su poder. Tenía que ver con algo así como «matrices absolutamente idénticas», según había explicado Elayne, tras lo cual su explicación se volvió totalmente incomprensible. A decir verdad, Nynaeve no creía que Elayne comprendiera ni la mitad de lo que fingía entender. En cuanto a ella, Nynaeve no entendía nada, excepto que podía sentir todas las emociones de la otra mujer, a la propia mujer, pero apartada en un rincón de su mente, y que todo el *Saidar* que la otra mujer era capaz de absorber lo controlaba ella. A veces pensaba si no habría sido mejor que la mujer de la banqueta estuviese muerta. Desde luego, habría sido más sencillo. Y más limpio.

—Hay algo desgarrado o cortado —masculló Nynaeve al tiempo que se enjugaba el sudor de la cara sin darse cuenta. No era más que una vaga sensación, apenas perceptible, pero también era la primera vez que había notado algo más que vacío. Podía ser imaginación suya, así como el desesperado deseo de encontrar algo, cualquier cosa.

—Seccionar —dijo la mujer de la banqueta—. Así era como se llamaba a lo que ahora denomináis neutralizar en el caso de las mujeres y amansar en el de los hombres.

Tres cabezas giraron en su dirección, y tres pares de ojos le asestaron una mirada furibunda. Siuan y Leane habían sido Aes Sedai, hasta que las habían neutralizado en el golpe de mano dado en la Torre Blanca que había puesto a Elaida en la Sede Amyrlin. Neutralizadas. Una palabra que causaba escalofríos. No volver a encauzar jamás; pero recordándolo siempre y siendo consciente de la pérdida. Percibir siempre la Fuente Verdadera y saber que una no podía volver a tocarla nunca. La neutralización era tan imposible de curar como la muerte.

O, al menos, eso era lo que todo el mundo creía, pero Nynaeve era de la opinión de que el Poder Único tenía que ser capaz de curarlo todo salvo la muerte.

—Si tienes algo útil que añadir, Marigan, di lo que sea —instó con aspereza Nynaeve—. Si no, guarda silencio.

La mujer se echó hacia atrás, contra la pared, los ojos relucientes fijos en Nynaeve. El miedo y el odio bulleron a través del brazalete, pero siempre lo hacían en mayor o menor grado. Las personas cautivas rara vez apreciaban a sus captores, aun cuando supieran que merecían la cautividad e incluso algo peor (o quizá precisamente por ello). El problema era que Marigan también aseguraba que el

seccionamiento —la neutralización— no podía curarse. Oh, claro que alardeaba afirmando que cualquier cosa salvo la muerte podía curarse en la Era de Leyenda y que lo que el Ajah Amarillo llamaba Curación sólo era un burdo y chapucero trabajo practicado con prisas a pie batalla; pero, si se intentaba hacerle concretar puntos específicos o incluso un indicio del cómo, no había nada que hacer. Marigan sabía de Curación tanto como Nynaeve sobre trabajos de herrería, lo que se reducía a saber que se metía un trozo de metal en carbón al rojo vivo y luego se lo golpeaba con un martillo. Ciertamente, no era bastante para hacer una herradura. Ni para curar algo más grave que una contusión.

Girándose en la silla, Nynaeve observó a Siuan y a Leane. Varios días haciendo esto cada vez que podía arrancarlas de sus otras tareas, y hasta ahora no había descubierto nada. De repente se dio cuenta de que estaba dándole vueltas al brazalete en su muñeca. Fuera cual fuese el provecho que sacaba de ello, detestaba estar vinculada con la mujer. La intimidad entre ambas le ponía la carne de gallina. «Al menos podré aprender algo —pensó—. Y no puedo tener peores resultados que lo que he tenido con todo lo demás que he intentado.»

Con cuidado, desabrochó el brazalete —el broche no podía encontrarse a menos que se supiera dónde buscarlo— y se lo entregó a Siuan.

—Ponte esto. —Perder contacto con el Poder resultaba amargo, pero tenía que hacerlo. Y dejar de percibir las emociones de la otra mujer era como darse un baño. Los ojos de Marigan siguieron la fina pulsera de plata como si estuviese hipnotizada.

—¿Por qué? —demandó Siuan—. Dijiste que esta cosa sólo funciona…

—Deja de preguntar y póntelo, Siuan.

La otra mujer la miró con obstinación un instante —¡Luz, qué terca podía ser!— antes de ponerse el brazalete en la muñeca. Una expresión de estupor asomó a su semblante de inmediato y después sus ojos se estrecharon para mirar escrutadoramente a Marigan.

—Nos odia, pero eso ya lo sabía. Y hay miedo en ella, y… conmoción. Ni el menor atisbo en su cara, pero está impresionada de la cabeza a los pies. Me parece que tampoco ella creía que yo pudiera utilizar esta cosa.

Marigan rebulló con inquietud. Hasta el momento dos de las que sabían quién era podían usar el brazalete. Cuatro proporcionarían más oportunidades para hacer preguntas. De cara al exterior parecía estar cooperando totalmente, pero ¿cuánto estaba ocultado? Todo lo que pudiera, de eso no le cabía duda a Nynaeve.

Siuan suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedo. Tendría que ser capaz de tocar la Fuente a través de ella, ¿no es así? Bueno, pues me es imposible. Un puerco conseguiría trepar por los árboles antes. Me han neutralizado, y no hay más que hablar. ¿Cómo se quita esto? —Manoseó torpemente el brazalete—. ¿Cómo demonios se quita?

Nynaeve posó suavemente su mano en la de Siuan, sobre el brazalete.

—¿No te das cuenta? El brazalete no funciona con una mujer que no puede encauzar como tampoco funcionaría el collar en ella. Si se lo pongo a una de las cocineras no será más que un bonito adorno para ella.

—Con cocineras o sin ellas, el hecho es que no puedo encauzar —manifestó fríamente Siuan—. He sido neutralizada.

—Pero hay algo factible de curar —insistió Nynaeve—, o de otro modo no sentirías nada a través del brazalete.

Siuan se soltó el brazo de un tirón y adelantó bruscamente la muñeca.

—Quítamelo —instó.

Nynaeve la complació al tiempo que sacudía la cabeza. ¡A veces Siuan podía ser tan zoquete como un hombre!

Cuando tendió el brazalete a Leane, la domani levantó la muñeca con ansiedad. Leane simulaba tomarse su neutralización con tanto optimismo como Siuan —o como Siuan fingía tomárselo— pero no siempre tenía éxito. Se suponía que el único modo de sobrevivir a la neutralización durante muchos años era encontrar algo que diera sentido a la vida, que llenara el vacío dejado por el Poder Único. Para Siuan y Leane ese algo era dirigir su red de informadoras y, lo más importante, intentar convencer a las Aes Sedai de Salidar de que respaldaran a Rand al'Thor como el Dragón Renacido sin que ninguna de ellas se diera cuenta de lo que se proponían. La cuestión era si bastaba con eso. La amargura plasmada en el rostro de Siuan y el placer que se reflejaba en el de Leane apuntaban que quizá nada sería suficiente nunca.

—Oh, sí. —Leane tenía un modo de hablar enérgico y apocopado. Salvo cuando hablaba con hombres, mejor dicho; al fin y al cabo era domani y últimamente estaba recuperando el tiempo perdido en la Torre—. Sí, está realmente anonadada, ¿verdad? Aunque ya empieza a controlarse. —Durante unos instantes guardó silencio, estudiando a la mujer de la banqueta. Marigan le sostuvo la mirada con desconfianza. Finalmente, Leane se encogió de hombros—. Tampoco puedo tocar la Fuente. Y he intentado hacer que sintiera la picadura de un tábano en el tobillo. Si hubiese funcionado, tendría que haber mostrado alguna reacción.

Ése era otro truco del brazalete: conseguir que la mujer que llevaba el collar tuviera sensaciones físicas. Sólo sensaciones, ya que no dejaba marca nada de lo que se hiciera, ningún daño real, pero el mero sonido de un par de golpes de vara había bastado para convencer a Marigan de que cooperar era la mejor decisión que podía tomar. Eso y también la otra alternativa: un rápido juicio seguido de una ejecución.

A despecho de su fracaso, Leane observó atentamente cómo Nynaeve desabrochaba el brazalete y volvía a cerrarlo en torno a su muñeca. Al parecer, ella al menos no había renunciado definitivamente a la esperanza de volver a encauzar algún

día.

Recobrar el Poder era maravilloso. No tanto como absorber el *Saidar* por sí misma, henchirse con él, pero incluso tocar la Fuente a través de otra mujer era como redoblar la fuerza vital que corría por las venas. Sentir el *Saidar* dentro de sí significaba desear reír y bailar de pura alegría. Suponía que algún día acabaría acostumbrándose a ello; las Aes Sedai debían de estarlo. Puesto en una balanza, el hecho de tener que estar vinculada a Marigan era un precio pequeño.

—Ahora que sabemos que existe una posibilidad, creo… —empezó.

La puerta se abrió violentamente, y Nynaeve se puso de pie sin darse cuenta de lo que hacía. Nunca pensaba en utilizar el Poder; habría gritado de no tener la garganta constreñida por el sobresalto. Y no fue ella la única que reaccionó así, pero apenas reparó en que Siuan y Leane se incorporaban con igual precipitación. El miedo que penetró a oleadas a través del brazalete era fiel reflejo del suyo propio.

La joven que cerró tras de sí la puerta de tosca madera no advirtió la conmoción que había causado. Alta y espigada con el blanco vestido con bandas de Aceptada, y los dorados rizos cayendo sobre sus hombros, parecía fuera de sí por la rabia. Empero, a pesar de que su rostro estaba tenso a causa de la ira y sudoroso, de algún modo se las ingeniaba para seguir pareciendo hermosa; era un don innato en Elayne.

—¿Sabéis lo que están haciendo? Envían una delegación… ¡a Caemlyn! ¡Y se niegan a dejarme ir a mí! Sheriam me prohibió volver a mencionarlo. ¡Me prohibió hablar de ello!

—¿No vas a aprender nunca a llamar antes de entrar, Elayne? —Nynaeve enderezó la silla y volvió a sentarse. Más bien se dejó caer en ella, pues le temblaban las rodillas de alivio—. Creí que eras Sheriam. —La mera idea de que la descubrieran le producía un vacío en el estómago.

Elayne tuvo el buen juicio de ponerse colorada y se disculpó de inmediato. Sin embargo, lo echó a perder al añadir:

—Pero no entiendo por qué razón estás hecha un manojo de nervios. Birgitte sigue fuera y sabes que te avisaría si alguien se acercara. Nynaeve, tienen que dejarme ir.

—No tienen por qué —repuso Siuan de malhumor. Ella y Leane también se habían vuelto a sentar, Siuan muy derecha, como siempre, pero Leane se recostó pesadamente, tan desmadejada como la propia Nynaeve. Marigan estaba apoyada en la pared, respirando agitadamente, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra el enjalbegado. Oleadas de alivio y puro terror se transmitían a través del brazalete con violentos impulsos alternativos.

—Pero…

Siuan no permitió que Elayne dijese una palabra más.

—¿Crees que Sheriam o cualquiera de las otras van a dejar que la heredera del

trono de Andor caiga en manos del Dragón Renacido? Muerta tu madre…

—¡Eso no lo creo! —espetó Elayne.

—No crees que Rand la matara —prosiguió Siuan inexorablemente—, lo que no es lo mismo. Tampoco yo lo creo. Pero si Morgase estuviese viva se habría manifestado públicamente reconociéndolo como el Dragón Renacido. O, si lo considerara un falso Dragón a pesar de las pruebas, habría presentado resistencia. Ninguna de mis informadoras ha oído el menor rumor respecto a lo uno o a lo otro. Y no sólo en Andor, sino tampoco aquí, en Altara, ni en Murandy.

—Sí que han oído algo —replicó Elayne—. Hay rebelión en el oeste.

—Contra Morgase. Contra ella. Eso, si no se trata también de un mero rumor. —La voz de Siuan tenía un tono definitivo—. Tu madre ha muerto, muchacha. Más vale que lo admitas así y llores su pérdida de una vez.

Elayne levantó la barbilla, una costumbre muy irritante que tenía; era la viva imagen de una fría arrogancia, aunque la mayoría de los hombres parecían encontrar ese gesto atractivo por alguna extraña razón.

—No dejáis de protestar por lo mucho que tardáis en poneros en contacto con todas vuestras informadoras —adujo fríamente—, aunque no tomaré en cuenta la posibilidad de que os haya llegado ya toda la información que hay o no. Tanto si mi madre está viva como si no, mi sitio está ahora en Caemlyn. Soy la heredera del trono.

El sonoro resoplido de Siuan hizo que Nynaeve diera un brinco de sobresalto.

—Llevas siendo Aceptada el tiempo suficiente para saber que las cosas no funcionan así.

Elayne tenía un potencial como no se había conocido en mil años. No tanto como Nynaeve si ésta aprendía alguna vez a encauzar a voluntad, pero aun así lo suficiente para hacer que los ojos de cualquier Aes Sedai se iluminaran. Elayne encogió la nariz; sabía muy bien que, aunque hubiese estado ocupando el Trono del León, las Aes Sedai la habrían hecho ir con ellas para instruirla, pidiéndoselo si con eso bastaba o metiéndola en un barril si se hacía preciso. Abrió la boca, pero Siuan no dejó que metiera baza.

—Cierto, no pondrían pegas a que ocupases el trono, mejor antes que después, ya que hace muchísimo tiempo que no ha habido una reina que fuera Aes Sedai de manera tan notoria. Sin embargo, no te dejarán marchar hasta que seas una hermana de pleno derecho, e incluso entonces, por el hecho de que eres heredera del trono y serás reina muy pronto, no te permitirían acercarte al maldito Dragón Renacido hasta que estén seguras de hasta dónde pueden fiarse de él. Sobre todo después de esa… amnistía suya. —La boca se le torció en un gesto amargo al pronunciar la palabra, y Leane se encogió.

También Nynaeve sintió un regusto amargo en la lengua. Había crecido

aprendiendo a temer a cualquier hombre capaz de encauzar, condenado a volverse loco y a traer la destrucción y el horror a cuantos lo rodeaban, antes de que la mitad masculina de la Fuente, infectada por la Sombra, lo matara de un modo espantoso. Pero Rand, a quien había visto crecer, era el Dragón Renacido, nacido tanto como una señal de que la Última Batalla estaba próxima como para luchar contra la Sombra en esa batalla. El Dragón Renacido; la única esperanza de la humanidad… y un hombre que podía encauzar. Peor aún: habían llegado rumores de que estaba intentando reunir a otros como él. Claro es que no podía haber muchos. Cualquier Aes Sedai perseguiría a alguien así; de hecho, el Ajah Rojo no hacía mucho más aparte de eso. No obstante, encontraban muy pocos, muchos menos que antaño, de acuerdo con los registros.

Empero, Elayne no estaba dispuesta a rendirse. Había en la joven un rasgo admirable: nunca se daría por vencida aunque tuviese la cabeza en el tajo y el hacha estuviera descendiendo sobre su cuello. Permaneció plantada allí, con la barbilla alta, sosteniendo la mirada de Siuan, cosa que en ocasiones a Nynaeve le costaba un esfuerzo ímprobo.

—Hay dos razones claras para que vaya allí. En primer lugar, sea lo que sea lo que le haya ocurrido a mi madre, lo cierto es que ha desaparecido y, como heredera del trono, está en mi mano tranquilizar al pueblo y asegurar que la sucesión no corre peligro. En segundo lugar, estoy en una posición inmejorable para hablar con Rand porque confía en mí. Sería mucho mejor interlocutora que cualquiera que la Antecámara elija.

Las Aes Sedai de Salidar habían establecido su propia Antecámara de la Torre o, más bien, una Antecámara en el exilio. Se suponía que estaban reflexionando respecto a la elección de una nueva Sede Amyrlin, una Amyrlin legítima para disputar a Elaida el derecho al título y a la Torre, pero Nynaeve no había visto señales que apuntaran algún progreso en esa dirección.

—Muy amable de tu parte sacrificarte, muchacha —comentó Leane en tono seco. La expresión de Elayne no varió, pero sus mejillas enrojecieron de ira; excepto Nynaeve, pocas personas fuera de aquel cuarto, y ninguna Aes Sedai, sabían que lo primero que haría Elayne al llegar a Caemlyn sería quedarse a solas con Rand y besarlo hasta dejarlo sin aliento—. Con tu madre… desaparecida, si Rand al'Thor te tiene a ti y a Caemlyn, tendrá Andor, y la Antecámara no permitirá que se apodere de Andor, o de cualquier otro lugar, si puede evitarlo. Tiene a Tear y a Cairhien en el bolsillo, así como a los Aiel, al parecer. Añade Andor, y Murandy y Altara, con nosotras en este último país, caerán en su poder con que chasquee los dedos. Se está haciendo demasiado poderoso, y con demasiada rapidez. Podría decidir que no nos necesita. Con Moraine muerta, no hay nadie cerca de él en quien podamos confiar.

Aquello hizo que Nynaeve se encogiera. Moraine era la Aes Sedai que los había

sacado a Rand y a ella de Dos Ríos, y había cambiado así sus vidas. A ella, a Rand y Egwene y Mat y Perrin. Llevaba tanto tiempo deseando hacer que Moraine pagase por lo que les había hecho que perderla era como perder una parte de sí misma. Pero Moraine había muerto en Cairhien, llevándose con ella a Lanfear; se estaba convirtiendo rápidamente en una leyenda entre las Aes Sedai exiliadas al ser la única Aes Sedai que había matado, no ya a uno de los Renegados, sino a dos. Lo único positivo que Nynaeve veía en lo ocurrido era que ahora Lan se había liberado de ser el Guardián de Moraine. Si es que podía encontrarlo alguna vez.

Siuan retomó de inmediato el hilo de la conversación donde Leane lo había dejado:

—No podemos permitirnos el lujo de dejar que el chico largue velas y navegue sin ninguna guía. ¿Quién sabe lo que podría hacer? Sí, sí, ya sé que estáis dispuestas a abogar por él, pero no me interesa escuchar lo que tengáis que decir. Estoy intentando sostener en equilibrio sobre mi nariz un cazón vivo, muchachas. No podemos permitir que se torne demasiado poderoso antes de que nos haya aceptado, y, sin embargo, tampoco nos atrevemos a reprimirlo de manera excesiva. Estoy intentando que Sheriam y las otras sigan convencidas de que deben apoyarlo cuando, en secreto, la mitad de la Antecámara no quiere tener nada que ver con él y la otra mitad piensa, en lo más profundo de su corazón, que debería amansárselo, sea o no el Dragón Renacido. En cualquier caso, sean cuales sean vuestros argumentos, sugiero que hagáis caso a Sheriam. No conseguiréis hacerlas cambiar de opinión, y Tiana no tiene a muchas novicias aquí que la mantengan ocupada.

El semblante de Elayne se puso tenso por la ira. Tiana Noselle, una hermana Gris, era Maestra de las Novicias allí, en Salidar. Para que una Aceptada fuera enviada ante Tiana tenía que sobrepasar el límite mucho más que una novicia, pero por la misma razón la visita era siempre mucho más humillante y dolorosa. Tiana mostraría algo de amabilidad con una novicia, aunque sólo un poco; en cambio, consideraba que las Aceptadas tenían que saber a qué atenerse y por lo tanto se aseguraba de que se sintieran avergonzadas mucho antes de que abandonaran el cuartito que utilizaba como estudio.

Nynaeve había estado observando atentamente a Siuan y ahora le vino una idea a la cabeza.

—Sabías lo de esa… embajada o lo que quiera que sea, ¿verdad? Vosotras dos siempre estáis cuchicheando con Sheriam y su pequeño círculo. —La Antecámara podía tener toda la supuesta autoridad hasta que se eligiese una Amyrlin, pero Sheriam y el puñado de las otras Aes Sedai que habían organizado en primer lugar las cosas allí, en Salidar, todavía conservaban el verdadero control—. ¿A cuántas envían, Siuan?

Elayne dio un respingo; saltaba a la vista que no había pensado en ese detalle.

Ello ponía de manifiesto lo alterada que estaba. Por lo general, era ella la que captaba matices que se le escapaban a Nynaeve.

Siuan no negó nada. Desde que la habían neutralizado podía mentir como cualquier mercader de lanas; pero, cuando decidía ser sincera, lo era tanto como una bofetada.

—A nueve. «Suficientes para honrar al Dragón Renacido.» ¡Tripas de pescado! ¡Una embajada a un rey rara vez sobrepasa el número de tres! «Pero no bastantes para atemorizarlo.» Si es que ha aprendido lo suficiente para asustarse.

—Más os vale que sea así —adujo fríamente Elayne—. Porque, si no, entonces ocho de esas nueve podrían ser demasiadas.

Trece era el número peligroso. Rand era fuerte, quizá más que cualquier hombre desde el Desmembramiento, pero trece Aes Sedai coligadas podrían superarlo, aislarlo con un escudo del *Saidin*, y tomarlo prisionero. Trece era el número asignado cuando se amansaba a un hombre, aunque Nynaeve había empezado a pensar que esa asignación era más una costumbre que una necesidad. Las Aes Sedai hacían muchas cosas porque siempre las habían hecho.

La sonrisa de Siuan distaba mucho de ser agradable.

—Me pregunto por qué a nadie más se le ocurrió eso. ¡Piensa, muchacha! Sheriam lo hace, y también la Antecámara. Sólo una se aproximará a él al principio, y ninguna más hasta que se sienta cómodo con ello. Pero sabrá que van nueve, y alguien sin duda le dirá qué gran honor significa algo así.

—Entiendo —musitó Elayne—. Debí darme cuenta de que alguna de vosotras pensaría en ello. Lo lamento. —Eso era otra cosa buena que tenía la joven. Podía ser tan testaruda como una mula bizca, pero cuando se daba cuenta de que estaba equivocada lo admitía tan delicadamente como cualquier campesina, algo muy poco habitual en una noble.

—Min irá también —dijo Leane—. Su… talento podría serle útil a Rand. Las hermanas no sabrán esa parte, naturalmente. La chica sabe guardar bien sus secretos.

Como si eso fuera importante.

—Entiendo —repitió Elayne, esta vez con un tono cortante. Hizo un esfuerzo para dar un timbre más alegre a su voz, aunque resultó un rotundo fracaso—. Bueno, veo que estáis muy ocupadas con… Marigan. No era mi intención interrumpiros. Disculpadme, por favor. —Se marchó antes de que Nynaeve tuviese oportunidad de abrir la boca, y cerró de un portazo al salir.

Nynaeve se volvió, furiosa, hacia Leane.

—¡Creí que Siuan era la que hacía el papel de mala en vuestro equipo, pero eso ha sido mezquino!

—Cuando dos mujeres aman al mismo hombre, significa problemas, y cuando ese hombre es Rand al'Thor… —respondió Siuan—. Sólo la Luz sabe hasta qué punto

está cuerdo aún o hacia dónde podrían empujarlo. Si va a haber tirones de pelo y arañazos, que se enzarcen ahora y aquí.

De manera inconsciente, la mano de Nynaeve encontró la trenza y, con un fuerte tirón, se la echó hacia atrás.

—Tendría que… —empezó. El problema era que ella podía hacer muy poco o nada al respecto, y, en cualquier caso, no cambiaría nada—. Continuaremos donde lo dejamos cuando entró Elayne. Sin embargo, Siuan… Si volvéis a hacerle algo así —«o a mí», pensó—, haré que lamentéis haber… ¿Adónde demonios vais?

Siuan había retirado la silla y se había incorporado, y Leane, tras una mirada de la otra mujer, hizo otro tanto.

—Tenemos trabajo pendiente —repuso cortante Siuan, que ya se encaminaba hacia la puerta.

—Prometisteis estar asequibles para mis estudios, Siuan. Sheriam os lo dijo.

Sheriam pensaba, como Siuan, que era una pérdida de tiempo, pero Nynaeve y Elayne se habían hecho merecedoras de algunas concesiones y cierta tolerancia. Como por ejemplo que Marigan fuera su doncella y así disponer de más tiempo para sus estudios como Aceptadas.

Siuan le lanzó una mirada divertida desde la puerta.

—Si quieres, ve a quejarte a ella. Y de paso le explicas cómo llevas a cabo tus investigaciones. Quiero disponer de Marigan un rato esta noche. Tengo más preguntas que hacerle.

—Sería estupendo, Nynaeve —dijo Leane tristemente mientras Siuan salía—, pero cada cual hace lo que puede. ¿Por qué no lo intentas con Logain? —Y se marchó.

Nynaeve frunció el ceño. Examinar a Logain le había descubierto aun menos que examinar a las dos mujeres. Ya no estaba segura de obtener de él algún resultado. De todos modos, lo último que deseaba hacer era curar a un hombre amansado. Además, la ponía nerviosa.

—Os mordéis unas a las otras como ratas en una caja cerrada —dijo Marigan—. Por los indicios, no pareces tener muchas posibilidades. A lo mejor deberías considerar… otras opciones.

—¡Cierra tu asqueroso pico! —Nynaeve le asestó una mirada iracunda—. ¡Ni una palabra, así te consuma la Luz! —El brazalete todavía le transmitía temor, pero había algo más, algo casi demasiado débil para existir. Una tenue chispa de esperanza, quizá—. ¡Así te abrase la Luz! —rezongó.

El verdadero nombre de la mujer no era Marigan, sino Moghedien. Una de las Renegadas, atrapada por su propio orgullo arrogante y retenida prisionera en medio de Aes Sedai. Sólo cinco mujeres en el mundo lo sabían, y ninguna era Aes Sedai, pero guardar el secreto de Moghedien era pura necesidad. Los crímenes de la

Renegada garantizaban su ejecución tan seguro como que el sol saldría cada mañana. Siuan se había mostrado de acuerdo; por cada Aes Sedai partidaria de esperar, si es que había alguna, diez exigirían hacer justicia de inmediato. Y con ella se irían a una tumba anónima todos sus conocimientos sobre la Era de Leyenda, cuando con el Poder se llevaban a cabo cosas hoy impensables. Nynaeve no estaba segura de creer todo lo que la mujer le contaba de esa Era, y desde luego no entendía ni la mitad.

Sacarle información a Moghedien no era tarea fácil. A veces era como la Curación; la Renegada nunca se había interesado por lo que no le reportara ventajas a ella, preferiblemente con métodos rápidos y fáciles. No era de esperar que dijese la verdad, pero Nynaeve sospechaba que había sido una estafadora o algo por el estilo antes de entregar su alma al Oscuro. A veces Elayne y ella no sabían qué preguntas hacer, simplemente, y, por supuesto, Moghedien rara vez revelaba algo por propia voluntad. Aun así, habían descubierto muchas cosas, la mayoría de las cuales las transmitieron a las Aes Sedai; como si fuesen resultados de sus investigaciones y estudios como Aceptadas, ni que decir tiene. Así habían obtenido mucho mérito.

Elayne y ella habrían guardado para sí el secreto de la identidad de Moghedien de haber podido, pero Birgitte lo supo desde el principio, y tuvieron que decírselo a Siuan y a Leane. Siuan sabía lo suficiente de las circunstancias que habían llevado a la captura de la Renegada para exigir una explicación detallada, y tenía los resortes para conseguirla. Elayne y Nynaeve conocían algunos de los secretos de Siuan y Leane, y éstas parecían saberlo todo sobre ellas, excepto la verdad acerca de Birgitte. Había pues un equilibrio precario, con ventaja para Siuan y Leane. Además, algunas de las revelaciones de Moghedien estaban relacionadas con supuestas maquinaciones de Amigos Siniestros así como indicios sobre lo que los otros Renegados se traían entre manos. El único modo de pasar estos datos era hacer que parecieran provenir de las informadoras de Siuan y Leane. Nada sobre el Ajah Negro —un tema que no se quería sacar a la luz y cuya existencia se negaba por costumbre— aunque era lo que más interesaba a Siuan. Los Amigos Siniestros la asqueaban, pero la mera idea de unas Aes Sedai juramentándose con el Oscuro bastaba para convertir la ira de Siuan en una helada furia. Moghedien afirmaba que le había dado miedo acercarse a cualquier Aes Sedai, lo que tenía bastantes visos de ser verdad. El temor formaba parte integrante de la mujer; no era de extrañar que se hubiese ocultado en las sombras el tiempo suficiente para que se la apodara la Araña. En resumen, era un tesoro oculto demasiado valioso para entregárselo al verdugo, aunque la mayoría de las Aes Sedai no lo verían así, y seguramente rehusarían utilizar cualquier información obtenida a través de ella.

Nynaeve se sintió acometida por un sentimiento de culpabilidad y repulsión, y no por primera vez. ¿Había algún conocimiento, por poderoso que fuera, que justificara el ocultar a una Renegada impidiendo que recibiera su merecido? Entregarla

significaba un castigo, seguramente terrible, para todas las personas involucradas, no sólo para ella, sino para Elayne, Siuan y Leane. Desenmascararla significaba que el secreto de Birgitte saldría a la luz. Y la pérdida de todos esos conocimientos. Puede que Moghedien no supiese nada sobre Curación, pero le había proporcionado a Nynaeve una docena de indicios respecto a lo que era posible, y tenía que haber más datos en su cabeza. Con ellos para guiarla, ¿qué podría acabar descubriendo?

Nynaeve deseó darse un baño, y no debido al calor.

—Hablaremos del tiempo —dijo amargamente.

—Sabes más que yo acerca de controlar los fenómenos atmosféricos. —El tono de Moghedien sonaba cansado, y un reflejo de ello se transmitió a través del brazalete. Habían sido abundantes las preguntas sobre ese tema—. Lo único que sé es que lo que está ocurriendo es obra del Gran… del Oscuro. —Tuvo el coraje de esbozar una sonrisa obsequiosa para congraciarse por su desliz—. Ningún simple mortal es lo bastante fuerte para cambiar eso.

Nynaeve tuvo que hacer un esfuerzo denodado para no rechinar los dientes. Elayne sabía más que nadie en Salidar respecto al funcionamiento del tiempo, y decía exactamente lo mismo; incluida la parte sobre el Oscuro, aunque cualquiera excepto un tonto sabría eso, teniendo en cuenta el fuerte calor que hacía cuando las nieves deberían estar ya próximas, y la falta de lluvia y la creciente sequía.

—Entonces hablaremos sobre cómo utilizar diferentes tejidos para curar enfermedades distintas. —La Renegada decía que se tardaba más que en lo que se hacía ahora, pero que toda la fuerza procedía del Poder Único, no del paciente ni de la mujer que encauzaba. Por supuesto, afirmaba que de hecho los hombres habían sido mejores en ciertos tipos de Curación, cosa que Nynaeve no estaba dispuesta a creer—. Tienes que haberlo visto hacer alguna vez al menos.

Se dispuso a extraer las pepitas de oro de la escoria. Ciertos conocimientos tenían un gran valor, aunque le habría gustado no sentirse como si estuviese rebuscando entre cieno.

Elayne no vaciló un momento una vez que hubo salido; se despidió de Birgitte con un gesto y siguió caminando. Birgitte, con el dorado cabello peinado en una compleja trenza, larga hasta la cintura, estaba jugando con dos niños pequeños mientras vigilaba el estrecho callejón, con el arco apoyado contra la valla inclinada que había a su lado. O, más bien, intentaba jugar con ellos. Jaril y Seve observaban fijamente a la mujer con los amplios pantalones amarillos y corta chaqueta de color oscuro, pero no mostraban ninguna otra reacción. Nunca lo hacían, y jamás hablaban. Se suponía que eran los «hijos de Marigan». Birgitte se sentía feliz jugando con ellos, pero también un poquito triste; siempre le había gustado jugar con críos, especialmente con niños pequeños, y siempre se sentía así cuando lo hacía. Elayne

conocía los sentimientos de la mujer tan bien como los suyos propios.

Si supiera que Moghedien tenía algo que ver con el estado de los pequeños… Pero la Renegada afirmaba que ya estaban así cuando los había recogido en Ghealdan para reforzar su disfraz, unos huérfanos en la calle, y algunas de las Amarillas decían que sencillamente habían presenciado demasiados horrores en los disturbios de Samara. A Elayne no le costaba trabajo creer que era así considerando lo que ella misma había visto en aquel lugar. Las hermanas Amarillas aseguraban que el tiempo y los cuidados los ayudarían, y Elayne confiaba en que ocurriera así. Confiaba en no estar permitiendo que la responsable escapara a la justicia.

Ahora no quería pensar en Moghedien. En su madre. No, tampoco quería pensar en ella. Min. Y Rand. Tenía que haber algún modo de afrontar eso. Sin apenas reparar en el breve cabeceo de respuesta de Birgitte, se apresuró callejón adelante y salió a la vía principal de Salidar bajo un cielo de mediodía, despejado y ardiente.

Salidar había estado abandonado durante años, antes de que las Aes Sedai que habían escapado del golpe de mano de Elaida empezaran a reunirse allí, pero ahora el bálago cubría el techo de las casas, la mayoría de las cuales mostraban reparaciones recientes y numerosas, así como alguno que otro parche, del mismo modo que los tres grandes edificios que antaño habían sido posadas. Algunos llamaban a uno de ellos, el mayor, la Torre Chica; allí era donde se reunía la Antecámara. Ni que decir tiene que sólo se había reparado lo estrictamente necesario; muchas ventanas tenían los cristales rotos o carecían de ellos. Había asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que reconstruir mampostería o dar nuevas manos de pintura. Las calles de tierra estaban abarrotadas; no sólo de Aes Sedai, naturalmente, sino de Aceptadas con sus vestidos de bandas en los repulgos y de novicias todas de blanco corriendo de allí para aquí, de Guardianes moviéndose con la letal agilidad de leopardos ya fuesen delgados o corpulentos, de sirvientes que habían seguido a las Aes Sedai desde la Torre. Incluso había algunos niños. Y soldados.

La Antecámara se preparaba para imponer sus pretensiones contra Elaida por la fuerza de las armas si era preciso y tan pronto como hubiesen elegido a una verdadera Sede Amyrlin. El lejano repicar de martillos, que llegaba a través del murmullo de la multitud desde las forjas situadas a las afueras del pueblo, hablaba de caballos que se herraban y de armaduras que se arreglaban. Un hombre de rostro cuadrado y con el oscuro cabello muy canoso venía por la calle cabalgando despacio; llevaba una chaqueta de color de ante y un peto abollado. Mientras se abría paso lentamente entre la multitud observaba a los grupos de hombres que marchaban con largas picas al hombro o arcos. Gareth Bryne había accedido a reclutar el ejército de la Antecámara de Salidar, aunque a Elayne le habría gustado saber todo el cómo y el porqué. Tenía algo que ver con Siuan y Leane, aunque no lograba imaginar exactamente qué, puesto que estaba haciéndoles sudar tinta a ambas, sobre todo a Siuan, a costa de algún

juramento que Elayne tampoco tenía muy claro. Aparte de que Siuan no dejaba de protestar amargamente sobre tener que ocuparse de mantener limpios su cuarto y sus ropas encima de todas sus otras tareas. Protestaba, pero lo hacía; debía de ser un juramento muy serio.

Los ojos de Bryne pasaron sobre Elayne sin apenas detenerse. El hombre se había mostrado fríamente cortés y distante desde que la joven había llegado a Salidar, a pesar de que la conocía desde que estaba en su cuna. Hasta hacía menos de un año había sido el capitán general de la Guardia Real, en Andor. En un tiempo Elayne creyó que su madre y él se casarían. ¡No, no iba a pensar en su madre! Min. Tenía que encontrar a Min y hablar con ella.

Empero, no bien hubo entrado en la abarrotada y polvorienta calle la abordaron dos Aes Sedai. No tuvo más remedio que pararse y hacer una reverencia mientras la muchedumbre pasaba alrededor de ellas. Las dos mujeres estaban radiantes, sin sudar una sola gota. Elayne sacó un pañuelo de la manga para enjugarse la cara mientras deseaba que ya le hubiesen enseñado ese conocimiento en particular del acervo de las Aes Sedai.

—Buen día tengáis, Anaiya Sedai, Janya Sedai.

—Buen día a ti, pequeña. ¿Tienes algún descubrimiento más para nosotras hoy? —Como era habitual en ella, Janya Frende habló como si le faltase tiempo para pronunciar las palabras—. Habéis hecho grandes adelantos, tanto Nynaeve como tú, sobre todo considerando que sois Aceptadas. Todavía no consigo entender cómo lo logra Nynaeve teniendo como tiene tantas dificultades con el Poder, pero he de decir que estoy encantada.

A diferencia de la mayoría de las hermanas Marrones, que a menudo estaban absortas en sus libros y estudios, Janya Sedai tenía una apariencia cuidada, el corto y oscuro cabello peinado esmeradamente en torno al rostro intemporal que revelaba a una Aes Sedai que ha trabajado largo tiempo con el Poder. Pero el aspecto de la esbelta mujer sí apuntaba a qué Ajah pertenecía. Su vestido era de una fuerte lana de color gris —las Marrones rara vez prestaban atención a sus ropas excepto como ropajes para cubrirse decentemente— e incluso cuando hablaba con alguien tenía el entrecejo ligeramente fruncido, como si escudriñara otra cosa completamente distinta a través de uno. Habría resultado hermosa de no ser por ese ceño.

—Ese modo de envolveros en luz para haceros invisibles es extraordinario —continuó Janya—. Estoy segura de que alguien descubrirá cómo detener las ondulaciones para así poder moverse envuelta en ello. Y Carenna está realmente excitada respecto a ese pequeño truco de Nynaeve para escuchar a escondidas. Una picardía por su parte ocurrírsele algo así, pero muy útil. Carenna cree saber cómo adaptarlo para hablar con alguien a distancia. ¿Os imagináis? ¡Hablar con alguien que está a un kilómetro de distancia! O a dos o incluso a…

Anaiya le tocó el brazo, y Janya enmudeció mientras miraba, parpadeando, a la otra Aes Sedai.

—Estás dando grandes pasos, Elayne —expresó sosegadamente Anaiya. La mujer de rostro campechano siempre se mostraba calmada. «Maternal» era el término que la describía, y reconfortante por lo general, bien que sus rasgos de Aes Sedai hacían imposible calcularle la edad. También era una de las pocas que formaban parte del círculo de Sheriam que realmente tenía el poder en Salidar—. Mucho más de lo que esperaba cualquiera de nosotras, y esperábamos mucho. Eres la primera en crear *ter'angreal* desde el Desmembramiento. Es extraordinario, pequeña, y quiero que lo sepas. Deberías sentirte muy orgullosa.

Elayne tenía los ojos fijos en el suelo. Dos críos pasaron corriendo entre la multitud haciendo quiebros y riendo. Ojalá no hubiese nadie lo bastante cerca para que escuchara esto; en realidad, las personas que pasaban junto a ellas no les prestaban atención. Con tantas Aes Sedai en el pueblo, ni siquiera las novicias hacían reverencias a menos que una Aes Sedai se dirigiese a ellas, y todo el mundo tenía tareas que hacer que deberían haber estado terminadas el día anterior.

Elayne no se sentía orgullosa en absoluto, considerando que sus «descubrimientos» procedían de Moghedien. Había habido muchos que empezaban con «inversión», de modo que un tejido no podía verlo nadie excepto la mujer que lo había realizado, pero no las había hecho partícipes de todos. Por ejemplo, de cómo ocultar la capacidad de encauzar. Sin eso, Moghedien habría sido descubierta en cuestión de horas —cualquier Aes Sedai a dos o tres pasos de una mujer así podía percibir si estaba o no capacitada para encauzar— y, si hubiesen aprendido eso, también habrían podido descubrir cómo penetrarlo. Y cómo disfrazarse; invertir tejidos era lo que había permitido que «Marigan» no se pareciese en absoluto a Moghedien.

Algunas cosas que la mujer sabía eran simplemente demasiado repugnantes. Por ejemplo, la Compulsión, con la que doblegaba la voluntad de las personas y de la que se servía para implantar instrucciones en la mente de la víctima de modo que ni siquiera recordaba las órdenes cuando las llevaba a cabo. Y cosas peores. Demasiado repulsivas y quizá demasiado peligrosas para confiárselas a nadie. Nynaeve decía que debían aprenderlas a fin de saber cómo contrarrestarlas, pero Elayne no quería hacerlo. Estaban guardando tantos secretos, diciendo tantas mentiras a amigos y a gente que estaba de su parte, que casi deseaba poder prestar los Tres Juramentos sobre la Vara Juratoria sin esperar a ser ascendida a Aes Sedai. Uno de ellos obligaba a no pronunciar una sola palabra que no fuese verdad y de un modo tan íntimo como si formara parte de la propia carne.

—No lo he hecho tan bien como podría con los *ter'angreal*, Anaiya Sedai. —Eso, al menos, sí era obra suya y sólo suya. El primero había sido el brazalete y el collar

(algo guardado muy en secreto, ni que decir tiene) pero eran una copia alterada de una detestable invención, el *a'dam*, que los seanchan habían dejado atrás cuando su invasión fue rechazada en la costa de Falme. El disco verde que permitía pasar inadvertida a cualquiera que no fuera lo bastante fuerte para ejecutar el truco de la invisibilidad —y no eran muchas las que lo eran— había sido idea suya desde el principio. No disponía de *angreal* ni *sa'angreal* para investigar, de modo que había sido imposible crearlo hasta el momento; e, incluso teniendo la facilidad de disponer del artilugio seanchan para copiarlo, resultó que crear *ter'angreal* no era tan sencillo como había imaginado. Éstos utilizaban el Poder Único en lugar de aumentarlo, y lo usaban para un propósito específico, para hacer una única cosa. Algunos los podían utilizar incluso personas incapaces de encauzar, hasta hombres. Tendría que haber resultado más sencillo. Puede que su función lo fuera, pero no su creación.

Su comentario modesto desató un torrente de palabras en Janya:

—Tonterías, pequeña. Vaya, pero si no me cabe duda de que tan pronto como estemos de vuelta en la Torre y podamos someterte a la prueba adecuadamente y ponerte la Vara Juratoria en la mano serás ascendida al chal al igual que al anillo. Estoy segura. Realmente estás cumpliendo todas las expectativas que teníamos puestas en ti. Y más. ¡Nadie habría imaginado…!

Anaiya volvió a tocarle el brazo; parecía una señal acordada de antemano, porque de nuevo Janya calló y parpadeó.

—No es menester hinchar en exceso el orgullo de la muchacha —dijo Anaiya—. Elayne, no voy a permitirte que te enfurruñes. Hace mucho que tendrías que haber superado eso. —La madre podía ser firme al igual que afable—. No quiero verte mohína por tener unos pocos fracasos, en especial cuando has alcanzado un éxito tan maravilloso. —Elayne había hecho cinco intentos con el disco de piedra. Dos de ellos no surtieron ningún efecto, y otros dos hacían que la persona pareciese una imagen borrosa, además de revolverle el estómago. El que funcionó fue el tercer intento. En opinión de Elayne, eso era algo más que unos pocos fracasos—. Todo lo que has hecho es maravilloso. Tú y también Nynaeve.

—Gracias —repuso Elayne—. Gracias a las dos. Trataré de no estar mohína. —Cuando una Aes Sedai decía que una estaba mohína, no se le podía decir que no lo estaba—. Con vuestro permiso, tengo entendido que la embajada a Caemlyn parte hoy y deseo despedirme de Min.

La dejaron marchar, aunque Janya habría tardado media hora en hacerlo si Anaiya no hubiese estado allí. Ésta miró a Elayne de manera penetrante —seguramente estaba enterada de las palabras que había tenido con Sheriam— pero no dijo nada. A veces los silencios de una Aes Sedai eran tan explícitos como cualquier palabra.

Jugueteando con el anillo de la serpiente que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda, Elayne reanudó su camino a buen paso, casi corriendo, con los ojos

prendidos en la distancia de manera que, llegado el caso, pudiese afirmar que no había visto a cualquier otra persona que intentara detenerla para felicitarla. Tal vez funcionara o tal vez su treta acabase con una visita a Tiana; tratarlas con mano blanda como recompensa por un buen trabajo tenía sus límites. En ese preciso momento habría preferido con mucho la visita a Tiana que unas alabanzas que no merecía.

El anillo de oro era un ofidio mordiéndose la cola, la Gran Serpiente, un símbolo de Aes Sedai, pero que también llevaban las Aceptadas. Cuando se pusiera el chal, con los flecos del color del Ajah que escogiera, llevaría el anillo en el dedo que quisiera. Sería el Ajah Verde por fuerza; sólo las hermanas Verdes tenían más de un Guardián, y ella quería tener a Rand. O, al menos, todo lo que pudiera tenerlo. La dificultad radicaba en que ya había vinculado a Birgitte, la primera mujer que se convertía en Guardián. Ésa era la razón de que pudiese percibir los sentimientos de Birgitte y que supiera que la arquera se había clavado una astilla en la mano aquella mañana. Sólo Nynaeve estaba enterada del vínculo. Los Guardianes eran para las Aes Sedai; a una Aceptada que se extralimitara con ese vínculo no habría trato de favor que pudiera salvarle el pellejo. En su caso había sido necesario hacerlo, no un capricho, o de lo contrario Birgitte habría muerto; empero, Elayne no creía que ello influyera en las consecuencias. Quebrantar una regla con el Poder podía resultar fatal para una misma y para otros, y, para que tal cosa quedara bien grabada en la mente de todas, las Aes Sedai rara vez permitían que quienquiera que rompía una regla por la razón que fuese escapara sin castigo.

Allí, en Salidar, había muchos subterfugios. No sólo lo de Birgitte y Moghedien. Uno de los Juramentos impedía que una Aes Sedai mintiera, pero se evitaba decir mentiras sobre algo si no se hablaba de ello. Moraine sabía cómo tejer un manto de invisibilidad, puede que del mismo modo que habían aprendido de Moghedien; Nynaeve había visto a Moraine hacerlo en una ocasión, antes de que la antigua Zahorí supiese algo del Poder. Sin embargo, nadie más en Salidar conocía este truco o, al menos, nadie lo admitía. Birgitte le había confirmado lo que Elayne empezaba a sospechar: casi todas tenían sus propios trucos secretos. Dichos conocimientos podían terminar convirtiéndose en una práctica generalizada que se enseñaba a novicias o Aceptadas si había suficientes Aes Sedai que los sabían, o podían morir con la Aes Sedai que los practicaba. En dos o tres ocasiones le había parecido vislumbrar un brillo en los ojos de alguien cuando hizo demostraciones de algo. Carenna se había interesado en la escucha de conversaciones a escondidas con una rapidez que resultaba sospechosa. Sin embargo, no era ésta precisamente la clase de acusación que una Aceptada podía hacer contra una Aes Sedai.

Saber estas cosas no hacía más llevaderos sus propios engaños, pero sí que ayudaba un poco. Eso y recordar la necesidad. Pero ojalá dejaran de felicitarla por cosas que no había hecho.

Sabía dónde podía encontrar a Min. El río Eldar corría a menos de cinco kilómetros de Salidar, y un pequeño arroyo fluía a las afueras del pueblo, en su curso hacia el río a través del bosque. La mayoría de los árboles que habían crecido dentro de la aldea se habían talado cuando las Aes Sedai empezaron a llegar, pero quedaba un pequeño soto a la orilla del arroyo, detrás de las casas, en una franja de tierra demasiado estrecha para ser de utilidad. Min afirmaba que le gustaban más las ciudades, pero a menudo iba a sentarse entre aquellos árboles. Era un modo de escapar de la compañía de Aes Sedai y Guardianes, cosa que era casi esencial para Min.

Efectivamente, cuando Elayne giró en la esquina de la casa de piedra hacia la estrecha franja de tierra y al arroyuelo, encontró a Min sentada allí con la espalda recostada en un árbol, contemplando el discurrir del agua entre las piedras; el mínimo caudal que quedaba, se entiende. El arroyo fluía por un cauce de barro seco el doble de ancho que la propia corriente. Los árboles conservaban unas pocas hojas allí, aunque la mayoría del bosque circundante empezaba a estar completamente desnudo de follaje. Incluso los robles.

Una ramita seca se partió al pisarla Elayne, y Min se incorporó de un brinco. Como era habitual en ella, vestía una chaqueta de hombre de color gris y calzones, pero llevaba pequeñas flores azules bordadas en las solapas y en los costados de las ajustadas perneras. Cosa extraña, ya que, aunque había contado que las tres tías que la habían criado eran costureras, ella no parecía distinguir un extremo de una aguja del otro. Miró intensamente a Elayne, se encogió y se pasó los dedos por el oscuro cabello, que ya le llegaba a los hombros.

—Lo sabes —fue cuanto dijo.

—Pensé que debíamos hablar.

Min volvió a pasarse los dedos por el pelo.

—Siuan no me lo dijo hasta esta mañana y desde entonces he estado intentando reunir el valor suficiente para contártelo. Quiere que lo espíe, Elayne. Para las hermanas de la embajada; y me dio nombres de Caemlyn, gente que puede enviarle mensajes desde allí.

—Pero no lo harás, naturalmente —manifestó Elayne sin el menor atisbo de pregunta en su tono, por lo que Min le dedicó una mirada agradecida—. ¿Por qué te daba miedo hablar conmigo? Somos amigas, Min, y prometimos que ningún hombre se interpondría entre nosotras. Ni siquiera aunque las dos lo amemos.

La risa de Min era algo ronca; Elayne suponía que a muchos hombres eso les resultaría atractivo. Y era guapa a su modo, con ese aspecto de pilluelo. Y tenía varios años más que ella; ¿estaría eso a su favor o en su contra?

—Oh, Elayne, lo dijimos cuando estaba a una distancia segura de las dos. Perderte sería como perder a una hermana, pero ¿y si una de nosotras cambia de

opinión?

Mejor no preguntar cuál de ellas se suponía que cambiaría. Elayne intentaba no pensar en el hecho de que si ataba y amordazaba a Min con el Poder e invertía el tejido, podría mantenerla oculta en un sótano hasta mucho después de que la embajada hubiese partido.

—No lo haremos —se limitó a aseverar. No, no podía hacer eso a Min. Quería a Rand sólo para ella, pero era incapaz de hacer daño a Min. Quizá debería pedirle a la otra mujer que no se marchara hasta que pudiesen hacerlo las dos. Sin embargo, preguntó—: ¿Te ha liberado Gareth de tu juramento?

En esta ocasión, la risa de Min sonó como un ladrido.

—Ni hablar. Dijo que me haría saldarlo con el trabajo antes o después. En realidad a quien quiere retener aquí es a Siuan, sabe la Luz por qué.

Un leve gesto de tensión en su cara le hizo pensar a Elayne que allí había involucrada una de sus visiones, pero no preguntó. Min nunca hablaba de esas cosas salvo a quien le concernían directamente.

Poseía una habilidad conocida por muy pocas personas en Salidar. Elayne, Nynaeve, Siuan y Leane; nadie más. Birgitte lo ignoraba, aunque, en correspondencia, tampoco Min sabía lo de Birgitte. O lo de Moghedien. Cuántos secretos. Pero el de Min le concernía sólo a ella. A veces veía imágenes o halos alrededor de la gente, y en ocasiones sabía lo que significaban. Cuando lo sabía, nunca se equivocaba; por ejemplo, si decía que un hombre y una mujer se casarían, entonces antes o después acababan casados, aunque en aquel momento se odiaran profundamente. Leane lo llamaba «lectura del Entramado», pero no tenía nada que ver con el Poder. La mayoría de la gente sólo tenía imágenes o halos de vez en cuando, pero en el caso de las Aes Sedai y de los Guardianes eran permanentes. Los retiros de Min a este rincón se debían a la necesidad de escapar a aquella plétora de imágenes.

—¿Querrás llevarle a Rand una carta mía?

—Por supuesto.

La respuesta afirmativa de la otra mujer fue tan rápida y la expresión de su rostro tan franca que Elayne enrojeció y continuó hablando muy deprisa. No estaba segura de que ella hubiese aceptado, si la situación hubiese sido la inversa.

—No debes contarle lo de tus visiones, Min. Me refiero a las que nos conciernen. —Una de las cosas que Min había visto sobre Rand era que tres mujeres se enamorarían perdidamente de él, que estarían atadas a él para siempre, y que una de esas mujeres era ella. La segunda resultó que era Elayne—. Si sabe lo de la visión, podría decidir que no es eso lo que queremos nosotras sino el Entramado o que se debe a que es *ta'veren*. Podría decidir actuar noblemente y salvarnos impidiendo que ninguna de nosotras se acerque a él.

—Tal vez —repuso, dubitativa, Min—. Los hombres son raros. Lo más probable es que, si sabe que las dos iremos corriendo cuando se tuerza un dedo, se lo tuerza a propósito. No podrá remediarlo. He visto actuar así a los hombres. Creo que tiene algo que ver con tener barba y pelo en el pecho.

Su expresión era tan perpleja que Elayne no supo discernir si era una broma o no. Min parecía saber mucho sobre los hombres; había trabajado en establos principalmente ya que le gustaban los caballos, pero una vez mencionó haber sido camarera en una taberna.

—En cualquier caso —continuó Min—, no se lo contaré. Tú y yo nos lo repartiremos como un pastel, y puede que dejemos que la tercera coja un trocito cuando aparezca.

—¿Qué vamos a hacer, Min? —Elayne no tenía intención de decir aquello y mucho menos con un tono gemebundo. Una parte de ella deseaba dejar muy claro que no correría si Rand chasqueaba los dedos, y otra parte deseaba que los chasqueara. Parte de ella quería decir que no compartiría a Rand de ningún modo y con nadie, ni siquiera con una amiga, y que las visiones de Min podían irse a la Fosa de la Perdición; otra parte deseaba abofetear a Rand por hacerles esto a Min y a ella. Todo era tan infantil que sintió ganas de esconder la cabeza, pero al mismo tiempo era incapaz de desenredar la maraña de sentimientos que la abrumaban. Dando un timbre más firme a su voz respondió a su propia pregunta antes que Min—: Lo que vamos a hacer es sentarnos un rato aquí y charlar, pero no sobre Rand. —Dicho y hecho, eligió un lugar donde la capa de hojas muertas era particularmente espesa y el tronco de un árbol resultaba un buen respaldo—. Voy a echarte de menos, Min. Es muy agradable tener una amiga en quien confiar.

La otra joven tomó asiento a su lado, cruzada de piernas, y se puso a coger piedrecillas y a arrojarlas al arroyo.

—Nynaeve es tu amiga. Confías en ella. Y desde luego Birgitte parece serlo también; incluso pasas más tiempo con ella que con Nynaeve. —Un ligero ceño arrugó su frente—. ¿De verdad cree que es la Birgitte de las leyendas? Lo digo por el arco y la coleta, que se mencionan en todos los relatos, aunque su arco no sea de plata, y me cuesta creer que le pusieran ese nombre al nacer.

—Pues es su verdadero nombre —repuso Elayne con cuidado. En cierto modo, era cierto. Mejor cambiar el rumbo de la conversación hacia otro tema—. Nynaeve no ha decidido todavía si soy una amiga o alguien a quien tiene que convencer por la fuerza para que haga las cosas del modo que ella considera correcto. Y recuerda demasiado a menudo que soy la hija de la reina. Creo que a veces lo utiliza en mi contra. Tú nunca haces eso.

—Quizá porque tal circunstancia no me impresiona demasiado. —Min sonreía, pero estaba hablando en serio—. Nací en las Montañas de la Niebla, Elayne, en las

minas. El mandato real de tu madre es casi inexistente tan lejos al oeste. —Su sonrisa de desvaneció—. Lo siento, Elayne.

La heredera del trono sofocó la chispa de indignación que afloraba dentro de sí —¡Min era tan súbdita del Trono del León como Nynaeve!— y recostó la cabeza en el tronco del árbol.

—Hablemos de algo alegre.

El sol estaba alto y sus ardientes rayos pasaban a través del ramaje; el cielo era un limpio manto azul, sin asomo de nubes. Siguiendo un impulso, Elayne se abrió al *Saidar* y dejó que la llenara, como si todo el gozo de la vida en el mundo hubiese sido destilado y cada gota de sangre en sus venas fuese reemplazada con esa esencia. Si fuera capaz de crear una sola nube, sería la señal de que todo saldría bien: su madre estaría viva; Rand la amaría; y Moghedien… Bueno, tendría su merecido, de algún modo. Urdió un tenue tejido en el cielo hasta donde alcanzaba a ver, utilizando Aire y Agua, buscando la humedad para formar una nube. Si pudiera esforzarse lo suficiente… La dulzura se tornó de repente en algo muy próximo al dolor, la señal de peligro; absorber demasiado Poder podía tener como consecuencia que se neutralizara a sí misma. Sólo una nube pequeña.

—¿Algo alegre? —repitió Min—. Bueno, sé que no quieres hablar de Rand; pero, aparte de su relación con nosotras, sigue siendo el tema más importante en el mundo ahora mismo. Y el más alegre. Los Renegados mueren cuando aparece él, y las naciones hacen fila para rendirle pleitesía. Las Aes Sedai de aquí están dispuestas a apoyarlo. Lo sé, Elayne; no tienen más remedio. Vaya, pero si lo próximo será que Elaida le entregue la Torre. La Última Batalla será un paseo para él. Está venciendo, Elayne. Estamos venciendo.

La heredera del trono interrumpió el contacto con la Fuente y encorvó los hombros. Contempló fijamente el cielo, con un repentino desánimo. No era preciso poder encauzar para advertir la mano del Oscuro en lo que ocurría, y si podía alcanzar de ese modo al mundo, incluso si sólo tenía acceso a él…

—¿De veras? —dijo, aunque demasiado bajo para que Min pudiese oírla.

La casona todavía no estaba acabada, con los altos paneles de madera del gran salón de tono pálido sin pulir, pero Faile Bashere t'Aybara celebraba audiencia todas las tardes, como era lo correcto para la esposa del señor, en un enorme sillón de respaldo alto con halcones tallados, delante de una chimenea apagada que tenía una réplica exacta al otro extremo de la estancia. El sillón vacío que había a su lado, con tallas de lobos y una gran cabeza de lobo coronando el respaldo, debería haber estado ocupado por su esposo, Perrin t'Bashere Aybara, Perrin Ojos Dorados, Señor de Dos Ríos.

Naturalmente, la casona no era más que una granja grande cuyo salón apenas

superaba los quince pasos —¡qué cara puso Perrin cuando ella insistió en que fuera tan grande!; todavía seguía considerándose un herrero o incluso un aprendiz de herrero— y su nombre de pila era Zarina, no Faile. Pero estas cosas carecían de importancia. Zarina era un nombre apropiado para una mujer lánguida que suspiraba trémulamente con los poemas compuestos a su sonrisa. Faile, el nombre que había elegido tras su juramento como cazadora del Cuerno de Valere, significaba halcón en la Antigua Lengua. Nadie que mirase bien su rostro, con la enérgica nariz, los altos pómulos y los oscuros ojos sesgados que centelleaban cuando estaba furiosa, dudaría que le iba mucho más. En cuanto al resto, las intenciones contaban mucho. Al igual que lo adecuado y correcto.

En ese momento sus ojos chispeaban. No tenía nada que ver con la testarudez de Perrin, y muy poco con el calor reinante, tan impropio de la estación. Aunque, a decir verdad, tener que estar moviendo un abanico de plumas de faisán para combatir el sudor que le humedecía las mejillas tampoco ayudaba a mejorar su malhumor.

A esa hora avanzada de la tarde quedaban pocas personas de la multitud que había acudido para que mediara en sus disputas. De hecho, habían ido para que Perrin diera el dictamen, pero la idea de emitir un juicio sobre asuntos de personas entre las que había crecido lo aterrorizaba. A menos que Faile se las ingeniara para acorralarlo, su marido desaparecía como un lobo en la niebla cuando llegaba la hora de la audiencia diaria. Por fortuna, a la gente no le importaba cuando los atendía lady Faile en lugar de lord Perrin. O no le importaba a casi nadie, y esos pocos eran lo bastante listos para disimularlo.

—De modo que eso es lo que queréis que dirima —manifestó en voz fría. Las dos mujeres sudorosas que estaban plantadas delante de su sillón rebulleron con inquietud, sin apartar los ojos de las tablas enceradas del suelo.

Las opulentas curvas de la cobriza Sharmad Zeffar estaban cubiertas, aunque ni mucho menos ocultas, por un vestido domani de seda con cuello alto pero apenas opaco, de color dorado pálido y gastado en el repulgo y los puños, todavía con pequeñas manchas de viaje imposibles de quitar; la seda era seda, al fin y al cabo, y rara vez se lucía allí. Las patrullas que entraban en las Montañas de la Niebla, a la caza de los supervivientes trollocs de la invasión del verano pasado, habían encontrado pocas de estas criaturas bestiales —y ningún Myrddraal, gracias a la Luz —, pero sí hallaban refugiados casi a diario: diez aquí, veinte allí, cinco en alguna otra parte. La mayoría venía del llano de Almoth, pero bastantes procedían de Tarabon y, como en el caso de Sharmad, de Arad Doman, todos huyendo de países destruidos por la anarquía además de la guerra civil. Faile no quería pensar cuántos habrían muerto en las montañas; sin calzadas o incluso senderos, la cordillera no era un territorio fácil por el que viajar ni siquiera en las mejores condiciones, y las actuales estaban lejos de serlo.

Rhea Avin no era refugiada a pesar de que llevaba puesto un vestido de estilo tarabonés de un fino tejido de lana, con los suaves pliegues grises moldeando y resaltando sus formas casi tanto como el atuendo más revelador de Sharmad. Quienes sobrevivían al largo viaje por las montañas traían consigo rumores muy inquietantes, habilidades desconocidas en Dos Ríos y manos para trabajar las tierras despobladas por los trollocs. Rhea era una mujer bonita, de rostro redondo, que había nacido a menos de cuatro kilómetros de donde ahora se alzaba la casona; llevaba el oscuro cabello peinado en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. En Dos Ríos, las chicas no se trenzaban el pelo hasta que el Círculo de Mujeres decía que eran lo bastante mayores para casarse, ya tuvieran quince años o treinta, aunque muy pocas llegaban a los veinte antes de poder trenzárselo. De hecho, Rhea debía de ser por lo menos cinco años mayor que Faile y llevaba sus buenos cuatro años con el cabello trenzado, pero, a juzgar por su actitud en aquel instante, habríase dicho que todavía lo llevaba suelto sobre los hombros y que acababa de darse cuenta de que lo que le había parecido una idea maravillosa en su momento en realidad era lo más estúpido que podía haber hecho. A decir verdad, Sharmad parecía incluso más avergonzada aunque le sacaba uno o dos años a Rhea; para una domani debía de ser humillante encontrarse en una situación como ésa. Faile tenía ganas de darles buenos bofetones a las dos, pero ése no era el comportamiento de una señora.

—Un hombre —continuó con el tono más impasible que consiguió adoptar— no es un caballo ni un campo. Ninguna de las dos puede poseerlo, y pedirme que decida yo cuál de vosotras tiene derecho a él… —Inhaló lentamente—. Si pensara que Wil al'Seen os ha estado engañando a las dos con falsas esperanzas, entonces tendría algo que opinar al respecto. —A Wil se le iban los ojos tras las mujeres; y los de las mujeres tras él (tenía buenas pantorrillas), pero jamás hacía promesas. Sharmad parecía deseosa de que el suelo se la tragara; las domani tenían reputación de tener a los hombres comiendo de su mano, no al contrario—. Pero, no siendo ése el caso, éste es mi dictamen: las dos os presentaréis ante la Zahorí y le explicaréis el asunto sin dejar fuera nada. Ella se encargará del asunto. Espero tener noticias de que os ha visto antes de la caída de la noche.

Las dos mujeres se encogieron. Daise Congar, la Zahorí de Campo de Emond, no toleraba esta clase de tonterías. De hecho, llegaría mucho más allá de no tolerarlo simplemente. Empero, hicieron una reverencia al tiempo que musitaban un triste «sí, milady» al unísono. Muy pronto, si no ya, lamentarían amargamente hacerle perder tiempo a Daise.

«Y a mí», pensó firmemente Faile. Todo el mundo sabía que rara vez Perrin atendía en audiencia; en caso contrario, estas mujeres jamás habrían llevado allí su absurdo «problema». Si su marido hubiese estado donde le correspondía, Rhea y Sharmad se habrían escabullido en lugar de airearlo delante de él. Faile esperaba que

el calor tuviese a Daise de un humor de perros. Lástima no poder poner a Perrin en manos de la Zahorí.

Cenn Buie reemplazó a las dos mujeres casi antes de que éstas hubiesen salido arrastrando los pies. A despecho de ir apoyado pesadamente en un bastón tan nudoso como él, se las ingenió para hacer una florida reverencia que después echó a perder al pasarse los huesudos dedos entre el cabello lacio y escaso. Como siempre, daba la impresión de que hubiese dormido con la burda chaqueta marrón puesta.

—Que la Luz brille sobre vos, mi señora Faile, y sobre vuestro venerado esposo, lord Perrin. —Las grandilocuentes palabras sonaban raras con su voz rasposa—. Permitidme añadir a los del Consejo mis mejores deseos de constante felicidad. Vuestra inteligencia y belleza alegran nuestras vidas, como lo hace la justicia de vuestros dictámenes.

Faile tamborileó los dedos en el brazo del sillón sin poder evitarlo. Floridas alabanzas en lugar de sus habituales rezongos agrios. Recordándole que él formaba parte del Consejo de Pueblo de Campo de Emond y, por ende, que era un hombre con influencia, digno de respeto. Y buscando despertar compasión con ese bastón; el techador era tan ágil como cualquier hombre con la mitad de edad que él. Quería algo.

—¿Qué asunto me traéis hoy, maese Buie?

Cenn se puso erguido, olvidando apoyarse en el bastón; y olvidando no dar el habitual tono agrio a su voz.

—Se trata de todos esos forasteros que llegan en avalancha y nos traen todo tipo de cosas que no queremos aquí. —Por lo visto había olvidado que ella también era forastera; la mayor parte de Dos Ríos lo había olvidado—. Costumbres raras, milady. Ropas indecentes. Las mujeres os hablarán sobre la forma en que esas descaradas domani se visten, si es que no os lo han dicho ya. —Algunas lo habían hecho ya, en efecto, aunque un fugaz brillo en los ojos de Cenn reveló que el viejo lo sentiría si ella accedía a las demandas de las mujeres del pueblo—. Forasteros quitándonos la comida de la boca, arrebatándonos nuestros medios de vida. Ese tipo tarabonés y su absurda fabricación de baldosas y tejas, por ejemplo. Dando ocupación a peones a los que se podría poner a hacer un trabajo útil. Le importa un pimiento la buena gente de Dos Ríos. Vaya, pero si…

Faile siguió abanicándose y dejó de escucharlo aunque en apariencia le prestaba gran atención; era una habilidad que su padre le había enseñado, necesaria en momentos como ése. Por supuesto. Las tejas de maese Hornval competirían con el techado de bálago de Cenn.

No todo el mundo opinaba lo mismo que Cenn respecto a los recién llegados. Haral Luhhan, el herrero de Campo de Emond, se había asociado con un cuchillero domani y un estañador del llano de Almoth, y maese Aydaer había contratado a tres

hombres y dos mujeres que sabían fabricar muebles, así como tallar y dorar madera, aunque ciertamente no había oro por allí para tal menester. Los sillones de Perrin y de ella eran obra de ellos, un trabajo fino como cualquiera de los que Faile había visto. De hecho, el propio Cenn había cogido media docena de ayudantes, y no todos eran oriundos de Dos Ríos; muchos tejados habían ardido cuando los trollocs atacaron, y se estaban levantando casas nuevas por doquier. Perrin no tenía derecho a dejarla sola para escuchar estas tonterías.

Las gentes de Dos Ríos lo habían proclamado su señor —cosa lógica después de que los hubiese conducido a la victoria sobre los trollocs— y él estaba empezando a darse cuenta de que no podía cambiarlo, algo que quedaba muy claro cuando hacían reverencias y lo llamaban lord Perrin en su cara nada más haberles dicho que no lo hicieran, pero todavía se negaba en redondo a dejarse enredar en la parte incómoda que conllevaba ser un señor, todas esas cosas que la gente esperaba de sus lores y ladis. Y, lo que era peor, rehusaba ocuparse de sus deberes como señor. Faile sabía mucho de eso al ser la hija menor de Davran t'Ghaline Bashere, señor de Bashere, Tyr y Sidona, Defensor de la Tierra Interior, mariscal de la reina Tenobia de Saldaea. Cierto, ella había escapado para convertirse en cazador del Cuerno de Valere, y posteriormente renunció a ello por un esposo, lo que a veces todavía la asombraba, pero recordaba bien esas obligaciones. Perrin la escuchaba cuando se las explicaba e incluso asentía en los momentos adecuados, pero intentar que hiciese cualquiera de estas tareas era como intentar hacer que un caballo bailara el sa'sara.

Finalmente a Cenn se le acabó su retahíla de protestas farfulladas, y sólo en el último momento se tragó el improperio que tenía en la punta de la lengua.

—Perrin y yo elegimos tejado de bálago —manifestó sosegadamente Faile y, mientras Cenn asentía con satisfacción, añadió—: Todavía no lo habéis terminado. —El viejo dio un respingo—. Al parecer os habéis hecho cargo de más tejados de los que podéis abarcar, maese Buie. Si el nuestro no está acabado pronto, me temo que tendremos que pedirle a maese Hornval que lo haga con sus tejas. —La boca de Cenn se movió sin dar voz a su protesta. Si la señora ponía tejas en la casona, otros seguirían su ejemplo—. He disfrutado con vuestra conversación, pero estoy segura de que preferiréis terminar mi tejado que perder el tiempo con charlas ociosas, por agradables que sean.

Con los labios apretados, Cenn se tornó ceñudo un instante y luego hizo una reverencia apenas esbozada. Mascullando algo ininteligible excepto un forzado «milady» al final, salió de la estancia con aire ofendido y dando golpes en el suelo con su bastón. ¡Qué cosas se inventaba la gente para hacerle perder el tiempo! Perrin cumpliría con su parte en esto aunque para ello tuviera que atarlo de pies y manos.

Las otras peticiones no fueron tan enojosas. Una mujer antaño fornida, a la que el vestido zurcido y con flores bordadas le colgaba como un saco, que venía desde

Punta de Toman, más allá del llano de Almoth, deseaba dedicarse a preparar remedios y hierbas curativas. El fornido Jon Ayellan, rascándose la calva cabeza, y el delgaducho Thad Torfinn, retorciendo las solapas de la chaqueta, se disputaban los límites de sus tierras. Dos atezados domani, con largos chalecos de cuero y barbas muy recortadas, eran mineros que creían haber encontrado indicios de que hubiese oro y plata en las cercanías, cuando venían a través de las montañas; y también hierro, aunque en eso estaban menos interesados. Y, por último, una enjuta tarabonesa, que cubría su estrecho semblante bajo un velo transparente y llevaba peinado el cabello rubio con multitud de finas trenzas, que afirmaba haber sido una maestra tejedora de alfombras y que sabía cómo organizar un telar para fabricarlas.

A la mujer interesada en las hierbas Faile la mandó al Círculo de Mujeres local; si Espara Soman, que así se llamaba, conocía realmente este tema, la pondrían a cargo de alguna de las Zahoríes del pueblo. Con tanta gente nueva que llegaba para instalarse, la mayoría en malas condiciones tras el viaje, las Zahoríes de Dos Ríos contaban al menos con una o dos aprendizas, y todas estaban a la expectativa para tener más. Tal vez no era exactamente lo que Espara deseaba, pero sí como debía empezar. Unas cuantas preguntas dejaron claro que ni Thad ni Jon recordaban exactamente dónde estaban los límites de sus tierras —por lo visto llevaban discutiendo por ello desde antes de que Faile hubiera nacido— de modo que les mandó que dividieran la diferencia; cosa que, aparentemente, era lo que ambos habían pensado que decidiría el Consejo del Pueblo y la razón de que hubiesen mantenido la disputa entre ellos durante tanto tiempo sin sacarla a la luz.

A los otros les dio el permiso que pedían. En realidad no lo necesitaban, pero era mejor dejarles claro desde el principio en qué manos estaba la autoridad allí. A cambio de su consentimiento y suficiente plata para comprar suministros, Faile consiguió que los dos domani accedieran a entregar a Perrin la décima parte de lo que encontraran, así como que localizaran la veta de hierro mencionada de pasada. A Perrin no le haría gracia, pero en Dos Ríos no había impuestos, y de un señor se esperaba que hiciese y proporcionase cosas para las que hacía falta dinero. Y el hierro sería tan útil como el oro. En cuanto a Liale Mosrara, si resultaba que la tarabonesa no era tan diestra en su oficio como presumía, entonces su actividad no duraría mucho, pero en caso de que lo fuera… Tres tejedoras de paños ya aseguraban que los mercaderes encontrarían algo más que lana en bruto cuando acudiesen desde Baerlon el año próximo, y unas alfombras buenas representarían otro artículo para comerciar que reportaría más dinero para la región. Liale prometió la primera y mejor pieza que saliera de sus telares para la casona, y Faile aceptó con un elegante gesto de cabeza el regalo; la tejedora de alfombras saldría ganando, ya que cuando sus creaciones empezaran a producirse, si se producían, la casona necesitaría más puesto que los suelos había que cubrirlos. En resumen, que todos parecieron quedar razonablemente

satisfechos. Incluso Jon y Thad.

Mientras la tarabonesa retrocedía hacia la puerta haciendo reverencias, Faile se puso de pie, satisfecha de haber terminado las audiencias, y entonces quedó parada cuando cuatro mujeres entraron por una de las puertas que flanqueaban la chimenea, todas ellas sudorosas y con los toscos y oscuros vestidos de lana de Dos Ríos. Daise Congar, tan alta como muchos hombres e igualmente corpulenta, sobresalía por su talla entre las otras Zahoríes y se abrió paso a codazos para situarse a la cabeza del grupo ya que estaban a las afueras de su pueblo. Edelle Gaelin, de Colina del Vigía, esbelta y con la trenza canosa, dejó claro con su gesto estirado y la postura tiesa de la espalda que pensaba que debería estar en la posición ocupada por Daise aunque sólo fuese por edad y el largo tiempo que llevaba ejerciendo el oficio. Elwinn Taron, la Zahorí de Deven Ride, la más baja, era una mujer oronda con una afable sonrisa maternal que no se borraba de su rostro ni cuando obligaba a la gente a hacer algo que no quería. La última, Milli al'Azar, de Embarcadero de Taren, cerraba la marcha; la más joven, casi lo suficiente para ser hija de Edelle, siempre parecía encontrarse insegura entre las demás.

Faile permaneció de pie, abanicándose lentamente. De verdad deseaba que Perrin ahora estuviese allí. Y mucho. Esas mujeres tenían tanta autoridad en sus pueblos como el alcalde —a veces, en ciertos aspectos, más todavía— y había que tratarlas con sumo cuidado y con el respeto y la dignidad debidos. Eso hacía difíciles las cosas. Estando con Perrin se convertían en unas muchachitas tontas, sonrientes y deseosas de agradar, pero con ella… En Dos Ríos no había habido nobles desde hacía siglos, ni se había visto siquiera un representante de la reina durante siete generaciones. Todo el mundo seguía intentando decidir cómo actuar con un señor y una señora, incluidas estas cuatro mujeres. A veces olvidaban que era lady Faile y sólo veían a una joven cuyo matrimonio había presidido Daise unos pocos meses antes. Podían estar haciendo una reverencia tras otra y repitiendo «sí, por supuesto, milady» en un momento y de repente le decían lo que debía hacer exactamente respecto a algo sin que les pareciese en absoluto incongruente.

«No vas a volver a dejar esto para mí sola, Perrin», decidió para sus adentros.

Hicieron una reverencia con mayor o menor acierto y, hablando a la vez, saludaron:

—Que la Luz os ilumine, milady.

Dejando a un lado las formalidades, Daise tomó la palabra antes de volver a estar erguida.

—Tres chicos más han huido, milady. —Su tono era un término medio entre el respeto implícito de la frase y su «ahora escúchame bien, jovencita» que utilizaba a veces—. Dav Ayellan, Ewin Finngar y Elam Dowtry. Han huido para ver mundo a causa de los relatos de lord Perrin sobre lo que hay ahí fuera.

Faile parpadeó, sorprendida. Los tres jóvenes nombrados distaban mucho de ser unos chiquillos. Dav y Elam tenían la misma edad que Perrin, y Ewin era como ella. Y los relatos de Perrin, que los contaba rara vez y a regañadientes, no eran precisamente la única fuente por la que los jóvenes de Dos Ríos se enteraban de cosas sobre el mundo exterior ahora.

—Puedo pedirle a Perrin que hable con vosotras si queréis.

Las mujeres rebulleron, Daise buscándolo expectante con la mirada, Edelle y Milli arreglándose los pliegues de las faldas de manera automática, y Elwinn echándose la coleta sobre el hombro y atusándosela en un gesto igualmente inconsciente. De repente se dieron cuenta de lo que hacían e interrumpieron sus gestos bruscamente, sin mirarse entre sí. Ni a ella. La ventaja de Faile era que sabían el efecto que su marido causaba en ellas. Cuántas veces había visto a una u otra recobrando la compostura tras mantener una reunión con Perrin mientras era obvio que juraban para sus adentros no permitir que volviera a ocurrir; cuántas veces había visto que tales resoluciones quedaban completamente olvidadas nada más verlo. Ninguna estaba segura de si prefería tratar con él o con ella.

—No será necesario —dijo Edelle al cabo de un momento—. Los chicos que huyen son un problema, pero no importante. —Su tono estaba más distante del respeto intermedio que el «milady» utilizado por Daise.

La oronda Elwinn esbozó una sonrisa que era propia de una madre hacia su joven hija.

—Ya que estamos aquí, querida, en realidad podríamos tratar otro asunto. El agua. Algunos están preocupados, ¿comprendéis?

—Hace varios meses que no ha llovido —añadió Edelle, y Daise asintió con la cabeza.

Esta vez Faile parpadeó. Eran demasiado inteligentes para creer que Perrin podía hacer algo al respecto.

—Los manantiales fluyen todavía, y Perrin ha ordenado excavar más pozos. —En realidad sólo lo había sugerido, pero había tenido igual resultado que una orden, afortunadamente—. Y, mucho antes de que llegue la época de siembra, los canales de irrigación conectados con el Bosque de las Aguas estarán terminados. —Esto último era idea de ella; la mitad de los campos de Saldaea utilizaban sistemas de irrigación, pero en Dos Ríos nadie tenía noticias de dicha práctica—. De todos modos, las lluvias han de llegar antes o después. Los canales son sólo una medida de urgencia si llega el caso.

Daise volvió a asentir, lentamente, así como Elwinn y Edelle, aunque todo aquello lo sabían tan bien como ella.

—No es la lluvia —intervino Milli—. Es decir, no exactamente. Este tiempo no es natural. Ninguna de nosotras puede Escuchar el Viento, ¿comprendéis? —Se

encogió ante las miradas que las otras le asestaron. Era obvio que había hablado más de la cuenta, además de revelar secretos. Se suponía que todas las Zahoríes podían predecir el tiempo con el don de «Escuchar el Viento»; por lo menos decían que todas podían. Empero, Milli no se arredró y prosiguió obstinadamente—: ¡Es verdad que no podemos! En cambio observamos las nubes y el comportamiento de los pájaros, las hormigas, las orugas y…

Inhaló profundamente y se puso erguida, pero siguió evitando los ojos de las otras Zahoríes. Faile se preguntó cómo se las arreglaría para imponerse al Círculo de Mujeres de Embarcadero de Taren, y mucho menos al Consejo del Pueblo. Claro que sus miembros eran tan recientes en el cargo como Milli en el suyo; la localidad había perdido a toda su población al llegar los trollocs y ahora todo el mundo era nuevo allí.

—No es natural, milady —continuó Milli—. Las primeras nieves tendrían que haber caído hace semanas, pero diríase que estamos en pleno verano. ¡No estamos preocupados, milady, sino asustados! Si nadie más quiere admitirlo, yo sí. Me paso despierta casi todas las noches. Hace un mes que no duermo como es debido, y…

Dejó la frase en el aire y enrojeció al comprender que quizás había ido demasiado lejos. Se suponía que una Zahorí conservaba el control en todo momento, que no iba corriendo por ahí admitiendo que estaba asustada.

Las demás desplazaron la mirada de ella a Faile. No dijeron nada, y sus rostros se mantuvieron tan inexpresivos como los de cualquier Aes Sedai.

Ahora lo entendía Faile. Milli había dicho la pura verdad. El tiempo no era natural, sino todo lo contrario. También ella permanecía despierta a menudo, rogando para que llegaran las lluvias o, mejor aún, la nieve, procurando no pensar en lo que acechaba tras el calor y la sequía. Sin embargo, se suponía que una Zahorí debía tranquilizar a los demás, de modo que ¿a quién podía acudir cuando era ella quien necesitaba que la tranquilizaran?

Puede que estas mujeres no supieran lo que estaban haciendo, pero habían acudido al lugar indicado. Parte del pacto entre el noble y el plebeyo, arraigado en Faile desde su nacimiento, era que el primero proporcionaba seguridad y protección. Y una parte de la seguridad proporcionada era recordarle al pueblo que los malos tiempos no duraban para siempre. Si las cosas iban mal hoy, entonces mañana irían mejor, y si no mañana, entonces el día siguiente. Deseó poder tener esa certeza, pero le habían enseñado a prestar fortaleza a los que estaban a su cargo aunque a ella misma le faltase, a apaciguar sus temores, no a incrementarlos con los suyos propios.

—Perrin me habló de la gente de su comarca antes de que yo viniese aquí —comenzó. Su marido no era un hombre al que le gustase alardear, pero ciertas cosas salían a la luz por sí mismas—. Cuando el granizo arrasa vuestros cultivos, cuando el invierno acaba con la mitad de vuestros rebaños, redobláis vuestros esfuerzos y seguís adelante. Cuando los trollocs devastaron Dos Ríos, los combatisteis, y una vez

que acabasteis con ellos os pusisteis a reconstruir vuestros hogares a renglón seguido. —Jamás lo habría creído de no haberlo visto con sus propios ojos, considerando que eran sureños. Estas gentes habrían encajado perfectamente en Saldaea, donde las incursiones de trollocs eran algo natural, al menos en las zonas más septentrionales —. No puedo deciros que el tiempo será mañana como debería ser, pero sí que Perrin y yo haremos lo que sea preciso, lo que esté en nuestras manos. Y no necesito recordaros que afrontaréis lo que traiga cada día, sea lo que sea, y que estaréis preparadas para hacer frente a lo que nos depare el siguiente, porque ésa es la clase de personas que engendra Dos Ríos. De esa estirpe sois.

Verdaderamente eran inteligentes. Si no habían admitido para sus adentros a qué habían ido, ahora tendrían que hacerlo. De ser menos inteligentes, se habrían dado por ofendidas. Pero, aunque antes se hubiesen dicho a sí mismas exactamente lo mismo, las palabras tenían el efecto apetecido cuando provenían de otra persona. Naturalmente, tal cosa conllevaba cierta sensación de empacho. Se produjo la correspondiente reacción de aturdimiento y rostros rojos como la grana mientras sus expresiones hacían patente su deseo de encontrarse en cualquier otra parte.

—Bueno, sí —dijo Daise. Se puso en jarras y miró de hito en hito a las otras Zahoríes, como retándolas a que le llevaran la contraria—. Son exactamente mis mismas palabras, ¿no es verdad? La muchacha habla con sentido común. Es lo que dije desde el primer momento en que puso los pies aquí. Esa chica tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros, eso es lo que dije.

—¿Alguien ha dicho lo contrario, Daise? —replicó, envarada, Edelle—. Yo no lo he oído. Lo hace muy bien. —Luego se volvió hacia Faile y añadió—: Lo hacéis estupendamente.

—Gracias, lady Faile —intervino Milli al tiempo que hacía una reverencia—. Les he dicho lo mismo a cincuenta personas, pero viniendo de vos, parece que…

Un sonoro carraspeo de Daise la hizo enmudecer; aquello era hablar más de la cuenta, y Milli se puso más colorada.

—Es una prenda bien confeccionada, milady. —Elwinn se inclinó para tocar con el dedo la estrecha falda pantalón que Faile prefería vestir—. Pero hay una costurera tarabonesa en Deven Ride que podría hacéroslas mejores. Si no os molesta que lo diga. Mantuve una charla con ella y ahora sólo confecciona prendas decentes, excepto para las mujeres casadas. —Aquella sonrisa maternal asomó de nuevo a sus labios, tolerante y férrea a la par—. O si están cortejando. Hace cosas preciosas. Vaya, estaría encantada de trabajar para vos con vuestra tez y vuestra figura.

Daise empezó a sonreír con aire de suficiencia antes de que la otra mujer hubiese terminado de hablar.

—Therille Marza, aquí, en Campo de Emond, ya ha confeccionado media docena de vestidos para lady Faile. Y uno de fiesta precioso.

Elwinn se puso más erguida, Edelle frunció los labios e incluso Milli adoptó una expresión pensativa.

En lo que a Faile concernía, la audiencia había terminado. La modista domani necesitaba mano dura y continua vigilancia para que no la vistiera como si estuviera en la corte de Ebou Dar. Lo del vestido de fiesta había sido idea de Daise y la había pillado desprevenida; aunque tuviese más estilo saldaenino que domani, Faile no sabía dónde iba a poder lucirlo. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que en Dos Ríos se celebraran bailes o recitales. Si no lo cortaba a tiempo, las Zahoríes estarían compitiendo a no tardar para ver cuál pueblo la vestía.

Les ofreció té al tiempo que hacía el comentario, aparentemente casual, de que podían discutir cómo animar a la gente respecto al tiempo. Fue como poner el dedo en la llaga después de lo ocurrido en los últimos minutos, y, quitándose la palabra de la boca, todas adujeron obligaciones pendientes que les impedían quedarse.

Las vio salir, pensativa, con Milli cerrando la marcha como era habitual, cual una niña prendida de las faldas de sus hermanas mayores. A lo mejor tenía ocasión de intercambiar unas palabras en privado con algunas de las componentes del Círculo de Mujeres, en Embarcadero de Taren. Todos los pueblos necesitaban un alcalde y una Zahorí de carácter fuerte para que defendieran los intereses de sus convecinos. Sí, unas cuantas palabras medidas y discretas. Cuando Perrin descubrió que había sostenido una conversación con los hombres de Embarcadero de Taren antes de la elección del alcalde —si un hombre tenía buen caletre y cualidades en su opinión y en la de su marido, ¿por qué no podían saber los hombres que iban a votar que dicha persona contaba con el apoyo de los dos?—, cuando lo descubrió… Era un hombre afable, que no se enfurecía fácilmente, pero sólo para estar segura se había atrincherado en el dormitorio de matrimonio hasta que se calmó. Cosa que no ocurrió hasta que le prometió no «entrometerse» otra vez en ninguna elección de alcalde, tanto a las claras como a su espalda. Eso último fue muy injusto por su parte. Y también muy inoportuno. Sin embargo, no mencionó nada sobre las votaciones del Círculo de Mujeres. En fin, lo que no supiera no le haría daño; y sí mucho bien a Embarcadero de Taren.

Pensar en él le recordó la promesa que se había hecho a sí misma. El abanico de plumas se agitó con más rapidez. A pesar de todas las tonterías, aquél no había sido un día de los peores, ni siquiera el peor con la Zahoríes —no habían surgido preguntas sobre cuándo podría esperar lord Perrin un heredero, ¡por la Luz bendita! —, pero quizás el implacable calor había dirigido su irritación hacia el asunto adecuado. O Perrin cumplía con su deber o…

Un trueno retumbó sobre la casona y el relámpago iluminó las ventanas. La esperanza alentó dentro de Faile. Si las lluvias llegaban…

Corrió sin hacer ruido, gracias a las suaves zapatillas, en busca de Perrin. Quería

compartir la lluvia con él; pero aún se proponía tener unas cuantas palabras con su marido, o más de unas cuantas si era necesario.

Lo encontró donde esperaba, en el tercer piso, en el porche techado que remataba la fachada: un hombre de pelo rizado, de hombros y brazos fornidos, vestido con una sencilla chaqueta marrón. Con la ancha espalda hacia ella, estaba apoyado en una de las columnas del porche, mirando hacia el suelo, a un lado de la casona, no hacia el cielo. Faile se paró en la puerta.

El trueno retumbó de nuevo y el rutilante relámpago azulado surcó el firmamento. Un firmamento completamente despejado. No era un heraldo de lluvia. No habría lluvia que pusiera fin al calor ni llegaría nieve a continuación. El sudor le perlaba la frente, pero la joven se estremeció.

—¿Ha terminado la audiencia? —preguntó Perrin, y ella dio un brinco, sobresaltada. No había girado la cabeza. A veces era difícil recordar lo aguzado que tenía el oído. O el sentido del olfato; confiaba en que fuese su perfume y no el sudor lo que había percibido.

—Pensé que a lo mejor te encontraba con Gwil o Hal.

Ése era uno de sus peores defectos; mientras que ella intentaba instruir sirvientes, para él eran hombres con los que reír y tomar una jarra de cerveza. Al menos no era mujeriego, como ocurría con muchos hombres. En ningún momento se percató de que Cali Coplin había entrado al servicio de la casona porque esperaba hacer algo más por lord Perrin que asear su cuarto y hacerle la cama. Ni siquiera se había dado cuenta cuando Faile echó a Cali persiguiéndola con un palo.

Al acercarse a él vio lo que estaba observando. Dos hombres, desnudos de cintura para arriba, practicaban con espadas de madera allá abajo. Tam al'Thor era un hombre robusto, canoso, y Aram, más esbelto y joven. Aram aprendía deprisa. Muy deprisa. Tam había sido soldado y maestro de esgrima, pero Aram lo estaba poniendo en apuros.

Automáticamente, los ojos de Faile fueron hacia el puñado de tiendas levantadas en un campo cercado que había a poco más de medio kilómetro, en dirección al Bosque del Oeste. El resto de los gitanos estaban acampados en medio de carromatos a medio terminar, semejantes a pequeñas casas sobre ruedas. Ni que decir tiene que ya no reconocían a Aram como a uno de los suyos; no desde que había empuñado esa espada. Los Tuatha'an jamás hacían uso de la violencia, por ningún motivo. Faile se preguntó si partirían como tenían planeado, cuando hubiesen reemplazado los carromatos que los trollocs habían incendiado. Después de agrupar a todos los que se habían escondido en la espesura, su número apenas superaba el centenar. Seguramente se marcharían, dejando atrás a Aram, por propia elección del joven. Que ella supiera, ningún Tuatha'an se había instalado en un lugar fijo nunca.

Claro que la gente de Dos Ríos solía decir que allí no cambiaba nunca nada y, sin

embargo, los cambios habían sido muchos desde el ataque de los trollocs. Campo de Emond, a sólo cien pasos al sur de la casona, era más grande que la primera vez que lo vio, ahora reconstruidas todas las casas incendiadas y otras nuevas levantándose. Algunas de ladrillos, otra novedad. Y algunas techadas con tejas. Al paso que se construían nuevas viviendas, la casona se encontraría pronto dentro del pueblo. Se hablaba sobre una muralla, por si acaso regresaban los trollocs. Cambios. Un puñado de niños seguía al altísimo Loial por una de las calles de la población. Sólo unos pocos meses atrás, la apariencia del Ogier, con sus orejas copetudas, su nariz casi tan ancha como su rostro, y un metro más alto que cualquier hombre habría atraído a todos los chiquillos que lo miraban maravillados, habría hecho que sus madres acudieran aterradas para ponerlos a salvo. Ahora esas mismas madres mandaban a sus hijos con Loial para que les leyese relatos. Los forasteros, con sus raros atuendos, caminaban mezclados entre los oriundos del lugar, resaltando casi tanto como Loial, pero no llamaban la atención de nadie, como tampoco los tres Aiel que había en el pueblo, una gente extraña, alta, con ropas pardas y grises. Hasta hacía muy pocas semanas, había habido también dos Aes Sedai allí, e incluso ellas no recibieron más que reverencias respetuosas e inclinaciones de cabezas. Cambios. Los dos astiles de banderas, en el Prado próximo al manantial, se divisaban por encima de los tejados. En uno de ellos ondeaba la cabeza de lobo rojo que se había convertido en la enseña de Perrin, y en el otro el águila carmesí que representaba a Manetheren. Manetheren había desaparecido en la Guerra de los Trollocs, unos dos mil años atrás, pero esta tierra había formado parte de ella, y Dos Ríos enarboló ese estandarte casi por aclamación. Cambios, y no tenían ni idea de su enorme alcance ni de lo inexorables que eran. Perrin los conduciría a salvo a través de lo que quiera que viniese a continuación. Lo haría, sí, con su ayuda.

—Solía cazar conejos con Gwil —dijo Perrin—. Sólo tiene unos pocos años más que yo y a veces me llevaba de caza con él.

Faile tardó unos instantes en recordar de qué hablaban.

—Gwil está intentando aprender a ser un lacayo, y no lo ayudas cuando lo invitas a fumar una pipa contigo en los establos mientras habláis de caballos. —Inhaló lenta y profundamente. Esto no iba a ser fácil—. Tienes un deber con esta gente, Perrin. Por duro que sea, por mucho que te incomode hacerlo, tienes que cumplir con tu obligación.

—Lo sé —repuso suavemente él—. Lo siento tirando de mí.

Su voz sonaba tan extraña que Faile alzó la mano para agarrarlo de la corta barba y hacer que girara la cabeza hacia ella. Sus ojos dorados, tan raros y misteriosos como siempre, denotaban tristeza.

—¿A qué te refieres? No digo que no sientas afecto por Gwil, pero…

—Hablo de Rand, Faile. Me necesita.

El nudo que notaba en el estómago y que había intentado negar que existiera se tornó más tenso y angustioso. Se había convencido a sí misma de que ese peligro había desaparecido con la marcha de las Aes Sedai. Una estupidez por su parte. Estaba casada con un *ta'veren*, un hombre destinado a torcer el curso de otras vidas atrayéndolas hacia él del modo requerido por el Entramado, y había crecido con otros dos *ta'veren*, uno de ellos el mismísimo Dragón Renacido. Era una parte de su marido que ella tenía que compartir; no le gustaba compartir ni un cabello de él, pero las cosas eran como eran.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió.

—Ir con él. —Su mirada se desvió un instante, y los ojos de ella fueron en la misma dirección. Contra la pared estaban recostados un pesado martillo de herrero y un hacha con la hoja en forma de media luna y el mango de más de tres palmos de longitud—. No sabía cómo… —Su voz era apenas un susurro—. No encontraba el modo de decírtelo. Me voy esta noche, cuando todos se hayan dormido. Creo que no queda mucho tiempo y puede ser un viaje largo. Maese al'Thor y maese Cauthon te ayudarán con los alcaldes, si es que lo necesitas. Hablé con ellos. —Procuró dar un tono más ligero a su voz, pero fue un rotundo fracaso—. De todos modos, no deberías tener ningún problema con las Zahoríes. Qué curioso; cuando era pequeño las Zahoríes me parecían siempre aterradoras, y en realidad no plantean dificultades siempre y cuando uno se muestre firme.

Faile apretó los labios. Así que había hablado con Tam al'Thor y con Abel Cauthon, ¿no? Pero con ella no, ¿verdad? ¿Y qué sabía él de las Zahoríes? Le habría gustado que estuviese en su pellejo un día, y entonces vería lo fáciles que eran de tratar las Zahoríes.

—No podemos marcharnos tan pronto. Me llevará un tiempo organizar el séquito adecuado —manifestó.

—¿Marcharnos? —Perrin estrechó los ojos—. ¡Tú no vienes! ¡Será…! —Carraspeó y prosiguió en un tono más suave—: Será mejor que uno de nosotros se quede aquí. Si el señor se marcha, la señora debe quedarse para ocuparse de los asuntos. Es de sentido común. Hay que ocuparse de los refugiados que siguen llegando a diario, y solucionar las disputas que surgen de continuo. Si tú también te vas, será peor que cuando había trollocs por los alrededores.

¿De verdad creía que no se daría cuenta de su torpe rectificación? Había estado a punto de decir que sería peligroso. ¿Y cómo era posible que su deseo de alejarla del peligro la hiciera sentir siempre una agradable calidez interior y al mismo tiempo ponerla tan furiosa?

—Haremos lo que consideres que es mejor —contestó afablemente, y él parpadeó con desconfianza, se rascó la barba y luego asintió.

Ahora sólo quedaba hacerle ver lo que era mejor realmente. Al menos no había

dicho de manera tajante que no podía ir, porque, cuando se plantaba, tenía tantas posibilidades de hacerlo cambiar de opinión como de mover de sitio un granero con sus manos; sin embargo, si tenía cuidado podía evitar que se cerrara en banda. Casi siempre.

De repente lo abrazó y enterró el rostro en su ancho pecho. Las fuertes manos de él le acariciaron suavemente el cabello; probablemente creía que estaba preocupada por su marcha. Bueno, por supuesto que lo estaba en cierto sentido, pero no porque se marchase sin ella. Todavía no se había dado cuenta de lo que significaba tener una esposa saldaenina. Les había ido todo tan bien estando lejos de Rand al'Thor… ¿Por qué el Dragón Renacido necesitaba a Perrin ahora, con tanta intensidad que su marido lo notaba a través de las muchas leguas que hubiese entre ambos? ¿Por qué quedaba tan poco tiempo? ¿Por qué? La camisa de Perrin se pegaba a su sudoroso torso, y el calor antinatural provocaba que más gotas de sudor resbalaran por la cara de Faile, pero a pesar de ello la joven tuvo un escalofrío.

Con una mano apoyada en la empuñadura de la espada y haciendo saltar sobre la otra palma una piedrecilla, Gawyn Trakand recorrió de nuevo las filas de sus hombres mientras comprobaba sus posiciones alrededor de la colina coronada por árboles. Un seco y abrasador viento que arrastraba polvo a través de las onduladas y marchitas praderas agitó la sencilla capa de color verde que colgaba a su espalda. No se veía nada aparte de hierba seca, alguno que otro soto y parches dispersos de arbustos agostados. Había un frente demasiado amplio que cubrir con los hombres de que disponía si se producía un combate allí. Los había situado en grupos de cinco espadachines a pie, con los arqueros cincuenta pasos más atrás, en la colina. Otros cincuenta hombres aguardaban con lanzas y caballos, cerca del campamento de la cumbre, a que los llamaran si su intervención era necesaria. Gawyn confiaba en que ese día no lo fuera.

Al principio no eran muchos los Cachorros, pero su reputación sirvió para que hubiese nuevos reclutamientos. El aumento de soldados sería útil; a los reclutas no se les permitía salir de Tar Valon hasta que su preparación era satisfactoria y tenían el nivel exigido. No es que Gawyn esperara que aquel día hubiese más posibilidades de luchar que cualquier otro; pero había aprendido por experiencia que a menudo el conflicto estallaba cuando menos se esperaba. Sólo las Aes Sedai esperarían hasta el último momento para decirle a un hombre algo como lo que iba a ocurrir ese mismo día.

—¿Todo va bien? —preguntó al tiempo que se detenía junto a un grupo de espadachines. A despecho del calor, algunos llevaban la capa verde, de manera que se veía el emblema de Gawyn, un jabalí blanco cargando, bordado en la pechera.

Jisao Hamora era el más joven y su sonrisa seguía siendo la de un muchacho,

pero también era uno de los cinco que lucía la pequeña torre plateada en el cuello que los señalaba como veteranos en el combate de la Torre Blanca.

—Perfectamente, milord —respondió.

El grupo llevaba el nombre de los Cachorros con razón. El propio Gawyn, con poco más de veinte años, se contaba entre los mayores. Era una norma no aceptar a nadie que hubiese servido en algún ejército o defendido los colores de ningún lord o lady, ni siquiera que hubiese trabajado como guardia de mercaderes. Los primeros Cachorros habían entrado en la Torre como muchachos y jóvenes a los que adiestraban los Guardianes, los mejores espadachines, los mejores guerreros del mundo, y mantenían una parte al menos de esa tradición, aunque los Guardianes ya no los entrenaban. La juventud no era óbice. Habían celebrado una pequeña ceremonia hacía sólo una semana debido a la primera barba que Benji Dalfor se había afeitado que no era simplemente pelusilla; sin embargo, el muchacho tenía una cicatriz en la mejilla, un recuerdo indeleble del combate en la Torre. Las Aes Sedai habían estado demasiado ocupadas en los días posteriores a la deposición de Siuan Sanche como Amyrlin para practicar la Curación. Posiblemente Siuan seguiría siendo Amyrlin de no ser por la intervención de los Cachorros, que se habían enfrentado a sus instructores y los habían vencido en el recinto de la Torre.

—¿Sirve esto para algo, milord? —preguntó Hal Moir. Era dos años mayor que Jisao y, como otros muchos que no llevaban la torre de plata, lamentaba no haber estado allí. Ya aprendería—. No hay atisbo de los Aiel.

—¿Eso crees? —Sin hacer un solo gesto que sirviera de advertencia, Gawyn arrojó la piedra que tenía en la mano con toda la fuerza que pudo contra el único arbusto, un raquítico matorral, que estaba lo bastante cerca para que llegara el tiro. El susurro de las hojas fue lo único que se oyó, pero el matojo se sacudió un poco más de lo normal, como si una persona, escondida en él de algún modo, hubiese recibido el impacto. Las exclamaciones se alzaron entre los soldados nuevos; Jisao sólo bajó la espada.

»Un Aiel, Hal, puede esconderse en un pliegue del terreno en el que tú ni siquiera tropezarías. —No es que Gawyn supiera más sobre los Aiel de lo que se decía en los libros, pero sí que había leído todos los volúmenes que había encontrado en la biblioteca de la Torre en los que aparecían las experiencias de cualquier hombre que hubiese luchado contra ellos, de cualquier soldado que parecía saber de lo que estaba hablando. Uno tenía que prepararse para el futuro, y al parecer el futuro del mundo era la guerra—. Pero si la Luz quiere, hoy no habrá lucha.

—¡Milord! —llegó una llamada desde lo alto de la colina, cuando el vigía avistó lo que él acababa de divisar: tres mujeres saliendo de un pequeño soto situado a unos cuantos cientos de pasos, al oeste, y que se dirigían hacia ellos. Al oeste; sorprendente. Claro que a los Aiel les gustaban las sorpresas.

Había leído que las Aiel combatían al lado de los hombres, pero estas mujeres no podrían luchar con aquellas oscuras y amplias faldas y blusas blancas. Llevaban chales echados sobre los brazos a pesar del calor. Por otro lado, ¿cómo habían llegado a ese soto sin ser vistas?

—Mantened los ojos bien abiertos, y no en ellas —advirtió, y a continuación desobedeció su propia orden al observar con interés a las tres Sabias: las emisarias de los Aiel Shaido, porque allí fuera sólo podían ser eso.

Se aproximaron con paso majestuoso, no como si se dirigieran hacia un grupo numeroso de hombres armados. Tenían el cabello largo, hasta la cintura —Gawyn había leído que los Aiel lo llevaban corto— y sujeto con un pañuelo doblado y ceñido a las sienes. Lucían tantos brazaletes y collares de oro, plata y marfil que el brillo tendría que haber delatado su presencia a más de un kilómetro.

Muy erguidas y con una expresión orgullosa en el rostro, las tres mujeres pasaron ante los espadachines sin apenas dedicarles un vistazo y empezaron a subir la colina. Su líder era una mujer de cabello rubio que llevaba la amplia blusa con las cintas desatadas lo suficiente para dejar a la vista gran parte del moreno escote. Las otras dos tenían el pelo canoso y los rostros curtidos como cuero; la primera debía de tener menos de la mitad de años que las otras.

—No me importaría pedirle un baile a ésa —dijo con admiración uno de los Cachorros cuando las mujeres dejaron atrás su posición. Era como poco diez años más joven que la mujer rubia.

—Yo en tu lugar no lo haría, Arwin —espetó secamente Gawyn—. Podría interpretar mal tu invitación. —Había leído que los Aiel denominaban «la danza» a la batalla—. Además, se tomaría tu hígado para cenar. —Había columbrado fugazmente sus verdes ojos, y jamás había visto una expresión tan dura.

Siguió con la mirada a las Sabias hasta que subieron a la zona de la colina donde media docena de Aes Sedai esperaban con sus Guardianes. Las que tenían Guardianes, se entiende, porque dos de ellas eran del Ajah Rojo, y las hermanas Rojas no los tenían. Cuando las mujeres desaparecieron en una de las altas y blancas tiendas y los Guardianes tomaron posiciones alrededor para montar guardia, Gawyn reanudó su recorrido por las filas en torno a la colina.

Los Cachorros estaban alerta desde que se había corrido la voz de la llegada de las Aiel, cosa que no le gustó. Tendrían que haber estado alerta antes. Hasta la mayoría de los que no llevaban la torre plateada había visto combatir en los alrededores de Tar Valon. Elmon Valda, capitán al mando de los Capas Blancas, había desplazado a casi todos sus hombres hacia el oeste hacía más de un mes, pero el puñado que dejó en la plaza había intentado mantener unidos a los bandidos y bravucones que Valda había reunido. Los Cachorros los habían dispersado; Gawyn hubiera querido creer que también habían echado a Valda de allí —por supuesto, la

Torre había mantenido a sus propios soldados lejos de las escaramuzas, a pesar de que la única razón de los Capas Blancas para estar allí había sido ver qué perjuicios podían causar a la Torre—, pero sospechaba que Valda tenía sus propios motivos. Probablemente órdenes de Pedron Niall, y Gawyn habría dado cualquier cosa por saber cuáles eran. ¡Luz, cómo detestaba ignorar algo! Era como caminar a trompicones en medio de la oscuridad.

Tuvo que admitir que la verdad era que estaba irritado. No sólo por lo de los Aiel, sino porque no le hubiesen hablado de esa reunión hasta aquella mañana. Tampoco le habían dicho adónde iban hasta que Coiren Sedai, la hermana Gris que estaba al mando de las Aes Sedai, hizo un aparte con él. Elaida había mantenido una actitud reservada y autoritaria cuando era consejera de su madre en Caemlyn, pero desde que había ascendido a la Sede Amyrlin su modo de actuar hacía que la Elaida de antaño pareciera franca y afable en comparación. Sin duda había hecho hincapié en que fuera él quien estuviera al mando de esta escolta tanto para alejarlo de Tar Valon como por cualquier otra razón.

Los Cachorros se habían puesto de su lado durante la lucha —la anterior Amyrlin había sido despojada de la Vara y la Estola por la Antecámara, de modo que el intento de liberarla había sido un acto contra la ley, pura y simplemente— pero Gawyn ya albergaba sus dudas sobre todas las Aes Sedai mucho antes de oír la lectura de los cargos contra Siuan Sanche. Que ejercían influencia y que hacían bailar a los tronos al son que tocaban era algo que se decía tan a menudo que apenas le había prestado atención, pero entonces vio utilizar esas influencias. Al menos, los efectos, y su hermana Elayne era de las que bailaban a su son y desaparecía de su vista, y, para los efectos, como si hubiese muerto. Ella y otra joven. Había luchado para encarcelar a Siuan y después cambió de parecer y la dejó escapar. Si Elaida llegaba a descubrirlo, ni siquiera el hecho de que su madre fuese una reina le salvaría la vida.

A pesar de todo, Gawyn decidió quedarse porque su madre siempre había apoyado a la Torre y porque su hermana quería ser Aes Sedai. Y porque también quería serlo otra mujer. Egwene al'Vere. No tenía derecho a pensar siquiera en ella, pero abandonar la Torre sería como abandonarla a ella. Por razones tan fútiles un hombre tomaba decisiones que marcaban su destino. Mas saber que eran fútiles no las cambiaba.

Observó con gesto ceñudo las secas praderas barridas por el viento mientras caminaba de una posición a la siguiente. Bien, allí estaba, confiando en que los Aiel no decidiesen atacar a pesar de lo que quiera que fuera lo que las Sabias Shaido estaban hablando con Coiren y las otras, o justamente debido a ello. Sospechaba que había suficientes ahí fuera para superarlos aun con la intervención de las Aes Sedai. Iban de camino a Cairhien y no sabía qué pensar al respecto. Coiren le había hecho jurar que mantendría en secreto su misión e incluso así parecía asustada de lo que

estaba diciendo. Y con toda razón. Siempre era mejor examinar con cuidado lo que decía una Aes Sedai, puesto que aun cuando no podían mentir sí podían tergiversar la verdad dándole más vueltas que a una peonza; con todo, no encontró significados ocultos a sus palabras. Las seis Aes Sedai iban a pedir al Dragón Renacido que las acompañase a la Torre, con los Cachorros, al mando del hijo de la reina de Andor, como escolta de honor. Sólo podía haber una razón para hacer esto, una que obviamente impresionaba lo bastante a Coiren para insinuarla solamente. También le impresionaba a él. Elaida se proponía anunciar al mundo que la Torre Blanca apoyaba al Dragón Renacido.

Resultaba casi increíble. Elaida había sido Roja antes de ascender a Amyrlin, y las Rojas detestaban la mera idea de que un hombre encauzase; no tenían buena opinión de los hombres en general, a decir verdad. Empero, la caída de la antaño invencible Ciudadela de Tear, tal como anunciaba la profecía, demostraba que Rand al'Thor era el Dragón Renacido, e incluso Elaida afirmaba que la Última Batalla se aproximaba. A Gawyn le costaba identificar al joven y amedrentado campesino, que había ido a parar al Palacio Real de Caemlyn, con el hombre descrito por los rumores que llegaban por el río Erinin hasta Tar Valon. Se decía que había hecho ahorcar a Grandes Señores tearianos y que permitió a los Aiel saquear la Ciudadela. Ciertamente había conducido a los Aiel a través de la Columna Vertebral del Mundo, cosa que ocurría sólo por segunda vez desde el Desmembramiento, para causar estragos en Cairhien. Tal vez era a causa de la locura. A Gawyn le había caído muy bien Rand al'Thor y lamentaba que se hubiese convertido en lo que era.

Para cuando volvió a la posición del grupo de Jisao, se divisaba a alguien más viniendo por el oeste: un buhonero tocado con un sombrero flexible que llevaba una mula de carga. Se dirigía directamente hacia la colina; los había visto.

Jisao rebulló y luego volvió a quedarse inmóvil cuando Gawyn le tocó el brazo. Gawyn sabía lo que el joven estaba pensando; pero, si los Aiel decidían matar a ese tipo, no había nada que ellos pudiesen hacer para impedirlo. A Coiren no le haría ninguna gracia que iniciase una batalla con la gente con la que estaba conversando.

El buhonero siguió caminando despacio, despreocupadamente, justo al lado del arbusto al que Gawyn había lanzado la piedra. La mula se puso a triscar desganadamente la marchita hierba mientras el hombre se quitaba el sombrero, esbozaba una reverencia que abarcaba a todos y empezaba a enjugarse el sudor del rostro con un mugriento pañuelo de cuello.

—Que la Luz os ilumine, mis señores. Vais bien preparados para viajar en estos tiempos peligrosos que corren, como cualquiera puede ver, pero si hay alguna cosilla que necesitáis lo más probable es que el viejo Mil Tesen la lleve en sus fardos. No encontraréis precios mejores en quince kilómetros a la redonda.

Gawyn dudaba que hubiese siquiera una granja en un radio de quince kilómetros.

—Unos tiempos peligrosos ciertamente, maese Tesen. ¿No tenéis miedo de los Aiel?

—¿Los Aiel, milord? Están todos en Cairhien. El viejo Mil huele a los Aiel, ya lo creo. En verdad le gustaría que hubiese algunos aquí. Se hacen buenos negocios con ellos. Tienen montones de oro. De Cairhien. Y no molestan a los buhoneros. Todo el mundo sabe eso.

Gawyn se abstuvo de preguntar por qué, si con los Aiel en Cairhien se hacían tan buenos negocios, el hombre no se dirigía hacia el sur.

—¿Qué nuevas hay del mundo, maese Tesen? Venimos del norte y vos quizá sepáis cosas que todavía no nos han llegado allí.

—Oh, grandes acontecimiento en el sur, milord. Supongo que estaréis enterados de lo de Cairhien, ¿no? Lo del fulano que se llama a sí mismo Dragón y todo lo demás. —Gawyn asintió y el hombre continuó—. Bueno, pues ahora ha tomado Andor. O gran parte, en cualquier caso. La reina ha muerto. Hay quien dice que se apoderará de todo el mundo antes de… —El hombre enmudeció y soltó un ahogado chillido antes de que Gawyn cayera en la cuenta de que había agarrado al tipo por las solapas.

—¿Que la reina Morgase ha muerto? ¡Hablad, hombre! ¡Deprisa!

Tasen giró los ojos buscando ayuda, pero habló, y rápidamente:

—Es lo que se cuenta, milord. El viejo Mil no lo sabe de seguro, pero creo que es verdad. Todo el mundo lo dice, milord. Todos dicen que lo hizo el Dragón. ¡Cuidado con el cuello del viejo Mil, milord! ¡Milord!

Gawyn retiró las manos como si se hubiese quemado. Se sentía como si estuviera ardiendo por dentro. Era otro cuello el que habría querido tener entre sus manos.

—La heredera del trono. —Su voz le sonaba lejana—. ¿Se sabe algo de ella, de Elayne?

Tesen reculó un par de pasos tan pronto como el joven lo soltó.

—No que el viejo Mil sepa, milord. Algunos dicen que también ha muerto, que él la mató, pero el viejo Mil no lo sabe de seguro.

Gawyn asintió lentamente; aunque tenía la impresión de estar emergiendo del fondo de un pozo. «Derramar mi sangre antes que se derrame la suya. Dar mi vida para salvar la de ella.»

—Gracias, maese Tesen. Yo… —«Derramar mi sangre antes que se derrame la suya.» Era el antiguo juramento que había prestado cuando apenas era lo bastante alto para asomarse a la cuna de Elayne—. Podéis comerciar con… Alguno de mis hombres quizá necesite… —Gareth Bryne había tenido que explicarle lo que significaba, pero incluso entonces supo que debía cumplir el juramento aunque fracasara en todo lo demás. Jisao y los otros lo observaban preocupados—. Ocúpate del buhonero —ordenó secamente a Jisao y giró sobre sus talones.

Su madre muerta; y Elayne. Sólo un rumor, pero los rumores en boca de todos a veces acababan siendo verdad. Subió unos cuantos pasos hacia el campamento de las Aes Sedai antes de darse cuenta de lo que hacía. Le dolían las manos. Tuvo que mirárselas para advertir que las tenía agarrotadas por la fuerza con que aferraba la empuñadura de la espada y hubo de hacer un esfuerzo ímprobo para aflojarlas. Coiren y las otras se proponían llevar a Rand al'Thor a Tar Valon, pero si su madre estaba muerta… Y Elayne. ¡Si estaban muertas, ya se vería si el Dragón Renacido podía vivir con una espada atravesándole el corazón!

Katerine Alruddin se incorporó de los cojines en los que había estado sentada con las otras mujeres en la tienda mientras se ajustaba el chal rematado con flecos rojos. Casi resopló con desprecio cuando Coiren, oronda y pomposa, manifestó:

—Como se ha acordado, así será.

Esto era una reunión con salvajes, no la conclusión de un tratado entre la Torre y un dirigente. Las Aiel no denotaron reacción alguna; sus rostros continuaron tan inexpresivos como cuando habían llegado. Ello resultaba un tanto sorprendente; reyes y reinas delataban sus más recónditos sentimientos cuando se hallaban ante dos o tres Aes Sedai, cuanto más frente a una docena. En consecuencia, unas salvajes ignorantes tendrían que estar temblando visiblemente a estas alturas. Quizás era por eso por lo que apenas había habido reacción. Su cabecilla, cuyo nombre era Sevanna, seguido por algunas tonterías sobre «septiares» y «Aiel Shaido» y «sabia», dijo:

—Está acordado siempre y cuando vea su rostro. —Tenía un gesto avinagrado en la boca, y llevaba la blusa desatada para atraer la mirada de los hombres; el que los Aiel eligieran a alguien como ella de líder demostraba lo primitivos que eran—. Quiero verlo y que él me vea cuando esté derrotado. Sólo así vuestra Torre Blanca está aliada con los Shaido.

El atisbo de ansiedad en su voz hizo que Katerine reprimiera una sonrisa. ¿Sabia? La tal Sevanna era realmente una necia. La Torre Blanca no tenía aliados; estaban los que servían a sus fines de manera voluntaria y los que lo hacían a la fuerza, nada más.

Una leve tirantez en las comisuras de los labios de Coiren delataba su irritación. La Gris era una buena negociadora, pero le gustaba que las cosas se hiciesen así, paso a paso, tal como se había planeado.

—Sin duda vuestros servicios merecen lo que pedís.

Una de las Aiel de cabellos grises, una tal Tarva o algo así, estrechó los ojos, pero Sevanna asintió entendiendo con esa frase exactamente lo que Coiren quería que entendiese.

Coiren salió para acompañar a las Aiel hasta el pie de la colina, junto con Erian, una Verde, y Nesune, una Marrón, así como los cinco Guardianes que tenían entre las tres. Katerine llegó hasta el borde de los árboles para observar. A su llegada, a las

Aiel se les había permitido subir solas, como las suplicantes que eran, pero ahora se les concedía el honor de hacerles creer que realmente eran amigas y aliadas. Katerine se preguntó si serían lo suficientemente civilizadas para advertir tales sutilezas.

Gawyn estaba allí abajo, sentado en una roca, con la mirada fija en las praderas. ¿Qué pensaría el joven si se enterara de que él y sus chicos habían sido enviados allí sólo para alejarlos de Tar Valon? Ni Elaida ni la Antecámara eran partidarias de tener cerca una manada de lobeznos que se negaban a aceptar la correa. Quizá se pudiera convencer a los Shaido de que eliminaran ese problema. Elaida lo había dado a entender así. De ese modo, su muerte no tendría repercusiones contra la Torre por parte de su madre.

—Si sigues mirando al muchacho más tiempo, Katerine, empezaré a pensar que deberías ser una Verde.

Katerine sofocó el repentino chispazo de rabia e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Sólo especulaba cuáles serían sus pensamientos, Galina Sedai.

Su trato respetuoso era el adecuado en un lugar público como aquél, y puede que incluso un poquito más. Galina Casban parecía más joven que la verdadera edad de Katerine a pesar de tener el doble de años que ella, y desde hacía dieciocho la mujer de rostro redondo había sido la cabeza del Ajah Rojo. Algo que, naturalmente, no se sabía fuera del propio Ajah; este tipo de cosas sólo les incumbía a ellas. Ni siquiera era una de las Asentadas de las Rojas en la Antecámara de la Torre; Katerine sospechaba que las superioras de la mayoría de los otros Ajahs sí lo eran. Elaida la habría nombrado líder de esta expedición en vez de a la engreída Coiren de no ser por que la propia Galina hizo notar que una hermana Roja podría despertar sospechas en Rand al'Thor. Se suponía que la Sede Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno, renunciando a su anterior lealtad a uno en particular, pero si Elaida mostraba deferencia hacia alguien —lo que en realidad era discutible— esa persona era Galina.

—¿Vendrá voluntariamente, como cree Coiren? —preguntó Katerine.

—Tal vez —repuso secamente Galina—. El honor que le hace esta delegación debería bastar para que un rey llevara su trono cargado a la espalda hasta Tar Valon.

Katerine no se molestó siquiera en asentir con la cabeza.

—Esa mujer, Sevanna, lo matará si se le da ocasión —manifestó.

—Entonces, no habrá que dársela. —La voz de Galina era fría, y sus labios estaban prietos—. A la Sede Amyrlin no le gustaría que le desbarataran sus planes. Y tú y yo pasaríamos días gritando en la oscuridad antes de que muriésemos.

En un gesto reflejo, Katerine se ajustó el chal a los hombros y se estremeció. Había polvo en el aire; debería quitarse la capa clara. No sería la cólera de Elaida lo que las mataría, aunque su ira podía ser terrible. Hacía diecisiete años que Katerine

era Aes Sedai, pero hasta la víspera de su partida de Tar Valon no supo que compartía con Galina algo más que el Ajah Rojo. Llevaba doce años siendo miembro del Ajah Negro, sin sospechar siquiera que Galina también pertenecía a él desde hacía mucho más tiempo. Necesariamente, por seguridad, las hermanas Negras lo mantenían en secreto incluso entre ellas. Sus contadas reuniones se llevaban a cabo con los rostros ocultos y las voces distorsionadas. Antes de Galina, Katerine sólo conocía a otras dos. Las órdenes aparecían en su almohada o en un bolsillo de su capa, escritas con una tinta preparada para que se borrara si otras manos que no fueran las suyas tocaban el papel. Tenía un lugar secreto en el que dejar los mensajes, y órdenes estrictas de no tratar de ver quién iba a recogerlos. Jamás había desobedecido ese mandato. Puede que hubiese hermanas Negras entre las que venían detrás con un día de diferencia, pero no había modo de saberlo.

—¿Por qué? —preguntó. Las órdenes de proteger al Dragón Renacido, aun cuando se lo entregaran a Elaida, no tenían sentido.

—Plantearse interrogantes es sumamente peligroso para quien juró obedecer sin preguntar.

Katerine volvió a estremecerse y se contuvo a duras penas de hacer una reverencia.

—Sí, Galina Sedai —repuso, sumisa. Con todo, no pudo menos de repetir para sus adentros: ¿por qué?

—No saben lo que es el respeto ni el honor —gruñó Therava—. Dejaron que entráramos en su campamento como si fuésemos perros sin dientes y después nos sacaron de él bajo vigilancia, como a unos sospechosos de robo.

Sevanna no miró atrás; no lo haría hasta encontrarse a salvo, de vuelta entre los árboles. Las Aes Sedai estarían observando a la espera de captar algún gesto de nerviosismo.

—Accedieron, Therava —dijo—. Por ahora, eso basta. —Por ahora. Algún día esas tierras estarían a merced de los Shaido para saquearlas. Incluida la Torre Blanca.

—Todo esto se ha planeado mal —adujo la tercera mujer con voz tensa—. Las Sabias eluden a las Aes Sedai; siempre ha sido así. Quizás a ti te parezca bien, Sevanna, ya que siendo la viuda de Couladin y de Suladric actúas como jefe de clan hasta que enviemos a otro hombre a Rhuidean, pero el resto de nosotras no debería tomar parte en ello.

Sevanna tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no dejar de andar. Desaine se había opuesto a que la eligieran como Sabia, argumentando que no había realizado aprendizaje ni visitado Rhuidean y afirmando que el ocupar el lugar del jefe de clan la descalificaba para el otro cargo. Además, el que fuera la viuda, no ya de un hombre, sino de dos, tal vez significaba que traía mala suerte. Por fortuna, suficientes

Sabias Shaido le habían prestado oídos a ella, no a Desaine. Lástima que Desaine contase con tantos partidarios para que fuera aconsejable deshacerse de ella. Se suponía que las Sabias eran intocables, e incluso las traidoras y necias que había en Cairhien iban y venían libremente entre los Shaido, pero Sevanna tenía intención de hallar un modo de invalidar esa prerrogativa.

Como si las dudas de Desaine hubiesen contagiado a Therava, ésta empezó a mascullar entre dientes, aunque no en voz demasiado baja:

—Lo que se hace con maldad va en contra de las Aes Sedai. Las servimos antes del Desmembramiento y les fallamos, y por eso se nos envió a la Tierra de los Tres Pliegues. Si les fallamos otra vez, nos destruirán.

Eso era lo que todo el mundo creía; era parte de antiguas historias, casi parte de las costumbres. Sevanna no estaba tan segura. Estas Aes Sedai le parecían débiles y estúpidas, viajando con unos pocos cientos de hombres como escolta a través de tierras donde los verdaderos Aiel, los Shaido, podían aplastarlos con millares.

—Ha empezado un tiempo nuevo —adujo, cortante, reiterando una parte de sus discursos a las Sabias—. Ya no estamos vinculados a la Tierra de los Tres Pliegues. Cualquiera puede ver que lo que fue ha cambiado. Nosotros hemos de cambiar o desapareceremos como si nunca hubiésemos existido. —Nunca les había dicho hasta dónde pensaba llegar con el cambio, naturalmente. Las Sabias Shaido no volverían a enviar un hombre a Rhuidean si ella se salía con la suya.

—Tiempo nuevo o viejo —rezongó Desaine—, ¿qué vamos a hacer con Rand al'Thor si conseguimos arrebatárselo a las Aes Sedai? Lo mejor y más fácil sería clavarle un cuchillo en las costillas mientras lo escoltan hacia el norte.

Sevanna no respondió. No sabía qué contestar. Todavía no. Lo único de lo que estaba segura era de que cuando tuviese al llamado *Car'a'carn*, el jefe de los jefes de todos los Aiel, encadenado ante su tienda como un perro rabioso, entonces esta tierra pertenecería realmente a los Shaido. Y a ella. Lo sabía incluso antes de que el extraño hombre de las tierras húmedas la encontrara en las montañas que esta gente llamaba la Daga del Verdugo de la Humanidad. Le había dado una piedra en forma de cubo, cincelada con complejos dibujos, y le dijo lo que tenía que hacer con ella, con la ayuda de una Sabia que pudiese encauzar, una vez que al'Thor estuviese en sus manos. La llevaba en la bolsita del cinturón a todas horas; no había decidido qué hacer con ella, pero hasta ahora no le había contado nada a nadie sobre el hombre ni el cubo. Con la cabeza alta, siguió caminando bajo el abrasador sol en un cielo otoñal.

El jardín de palacio podría haber ofrecido cierta frescura de haber tenido árboles, pero las plantas más altas eran macizos de arbustos podados en caprichosas formas, como caballos a galope u osos realizando acrobacias o cosas por el estilo. Los jardineros, en mangas de camisa, iban y venían con cubos de agua bajo el ardiente sol

de la tarde, intentando salvar sus creaciones. Habían dado por perdidas las flores, de modo que habían desbrozado y limpiado todos los arriates para cubrirlos luego con césped que también se estaba secando.

—Lástima que haga tanto calor —dijo Ailron. Sacó un pañuelo de puntillas que guardaba en la manga adornada con chorreras de su chaqueta de seda amarilla y se enjugó delicadamente la cara, tras lo cual lo arrojó a un lado. Un sirviente vestido con librea dorada y roja lo recogió del paseo de grava y volvió a retirarse a un segundo plano; otro hombre de librea dejó un pañuelo de recambio en la mano del rey para que lo guardara en la manga. Ailron no lo agradeció, por supuesto, y ni siquiera pareció advertir el cambio—. Estos tipos por lo general se las ingenian para mantener todo vivo hasta la primavera, pero es posible que se pierda algo, no mucho, este invierno, ya que no parece que vayamos a tener invierno. Aguantan mejor el frío que la sequía. ¿No os parece que están muy bien, querida?

Ailron, Ungido por la Luz, Guardián de la Puerta Meridional, rey y defensor de Amadicia, no era tan apuesto como lo pintaban los rumores; claro que Morgase había sospechado al conocerlo, años atrás, que muy bien podía ser él mismo la fuente de esos rumores. Su oscuro cabello era espeso y ondulado; y, definitivamente, empezaba a retroceder en la frente, dejando evidentes entradas. Tenía la nariz un poco larga, y las orejas, un tanto grandes. Su rostro en conjunto sugería vagamente blandura. Algún día tendría que preguntarle. La Puerta Meridional ¿adónde?

Moviendo el abanico de marfil tallado, Morgase contempló una de las… creaciones de los jardineros. Parecían ser tres grandes mujeres desnudas luchando desesperadamente, a brazo partido, con serpientes gigantescas.

—Son realmente excepcionales —respondió. Cuando una se presentaba como una pordiosera, decía lo que debía decir.

—Sí. En verdad lo son. Ah, parece que los asuntos de Estado me reclaman. Me temo que son temas urgentes. —Una docena de hombres, ataviados con chaquetas de colores tan abigarrados como las flores que ya no había en el jardín, habían aparecido en la corta escalera de mármol que había al otro extremo del paseo, y esperaban delante de una docena de columnas estriadas que no sostenían nada—. Hasta esta noche, querida. Hablaremos más extensamente de vuestros atroces problemas y sobre lo que puedo hacer al respecto.

Se inclinó sobre la mano de la mujer, deteniéndose justo antes de posar los labios en ella, y Morgase respondió con una ligera reverencia mientras pronunciaba las oportunas necedades. Acto seguido, el monarca se alejó, seguido por toda la camarilla de sirvientes, salvo uno, que los había estado acompañando a todas partes.

Una vez que él se hubo marchado, Morgase agitó el abanico con más fuerza de lo que podía en su presencia —el hombre fingía que el calor apenas lo afectaba mientras el sudor le corría a mares por la cara—, y se dirigió de vuelta a sus aposentos. Suyos

de palabra; un donativo, como el regalo del vestido color azul pálido que llevaba. Había insistido en el cuello alto a despecho del calor; tenía ideas muy tajantes acerca de los escotes bajos.

El único sirviente que se había quedado la seguía a corta distancia. Y también Tallanvor, por supuesto, casi pisándole los talones e insistiendo en llevar puesta todavía la burda chaqueta verde con la que había viajado hasta allí, y la espada a la cadera como si esperara un ataque dentro del palacio de Seranda, a unos tres kilómetros de Amador. Morgase trató de hacer caso omiso del joven pero, como era habitual, él no se lo permitió.

—Tendríamos que haber ido a Ghealdan, Morgase. A Jehannah.

Había permitido que ciertas cosas se prolongaran demasiado tiempo. Su falda hizo frufrú al girarse bruscamente para mirarlo a la cara, echando chispas por los ojos.

—Durante el viaje era necesaria la discreción, pero los que están a nuestro alrededor ahora saben quién soy. Es algo que deberás tener presente y mostrarás el debido respeto a tu reina. ¡De rodillas!

Él no se movió, para pasmo de Morgase.

—¿Sois mi reina, Morgase? —Al menos bajó la voz para que el sirviente no pudiese escuchar y chismorrear después, pero sus ojos… Casi reculó al advertir el descarnado deseo que traslucían. Y la cólera—. No os abandonaré a este lado de la muerte, Morgase, pero vos abandonasteis mucho cuando dejasteis Andor en manos de Gaebril. Cuando volváis a recuperarlo me arrodillaré a vuestros pies y podréis arrancarme la cabeza a puntapiés si así lo queréis, pero hasta entonces… Deberíamos haber ido a Ghealdan.

El necio joven habría dado gustoso la vida luchando contra el usurpador incluso después de descubrir que ninguna casa de Andor la apoyaba, y día a día, semana a semana desde que ella había tomado la decisión de buscar ayuda en otro país, se había ido volviendo más insolente e insubordinado. Podría pedirle a Ailron la cabeza de Tallanvor y recibirla sin que el rey le hiciese una sola pregunta. Sin embargo, el que no se las hiciera no significaba que no las pensara. Realmente era una mendiga allí, y no podía permitirse el lujo de pedir un solo favor más que los absolutamente imprescindibles. Además, sin Tallanvor no se encontraría allí. Sería una prisionera —o algo peor— de lord Gaebril. Tales eran las únicas razones de que Tallanvor conservara la cabeza sobre los hombros.

Su «ejército» guardaba las puertas talladas de sus aposentos. Basel Gill era un hombre de mejillas sonrosadas, con el canoso cabello peinado hacia atrás en un fútil intento de tapar la calva. Su coselete de cuero, reforzado con láminas de acero, se ceñía excesivamente sobre su oronda cintura, y llevaba una espada que no había tocado en veinte años antes de que se la colgara del cinturón para seguirla. Lamgwin

era corpulento y duro, aunque los gruesos párpados le daban aspecto de estar medio dormido. También portaba una espada, pero las cicatrices de su rostro y la nariz rota en más de un sitio dejaban muy claro que estaba acostumbrado a utilizar los puños o un garrote. Un posadero y un camorrista; aparte de Tallanvor, ése era todo el ejército que tenía hasta ahora para recobrar Andor y su trono de las garras de Gaebril.

Los dos hombres hicieron una torpe reverencia, pero ella pasó rápidamente entre ambos y cerró la puerta en las narices de Tallanvor.

—El mundo sería un lugar mucho mejor sin hombres —manifestó con un gruñido.

—Y, ciertamente, un lugar más vacío —dijo la vieja niñera de Morgase desde la silla colocada junto a la ventana de la antesala. Con la cabeza inclinada sobre el bastidor de bordar, el moño gris de Lini se movió levemente. Delgada como un junco, la anciana no era, ni por asomo, tan débil como aparentaba—. Deduzco que Ailron tampoco estuvo hoy más accesible, ¿me equivoco? ¿O se trata de Tallanvor, pequeña? Tienes que aprender a no dejar que los hombres te alteren. Enrabietarse hace que salgan manchas en la cara.

Lini todavía no aceptaba que Morgase ya no estaba en el cuarto de niños, a pesar de haber sido niñera de su hija.

—Ailron estuvo encantador —repuso cuidadosamente Morgase. La tercera mujer que había en la estancia, puesta de rodillas mientras sacaba sábanas dobladas de un arcón, resopló de manera audible, y sólo con un gran esfuerzo de voluntad evitó Morgase lanzarle una mirada furibunda. Breane era la… compañera de Lamgwin. La mujer baja, con la piel tostada por el sol, iba a donde iba él, pero era cairhienina y Morgase no era su reina, cosa que dejaba bien clara—. Un día o dos más —continuó Morgase—, y creo que obtendré un compromiso por su parte. Por fin hoy se ha mostrado de acuerdo en que necesito tropas del exterior para recobrar Caemlyn. Una vez que Gaebril haya sido expulsado de la capital, los nobles volverán a ponerse bajo mi mando. —Confiaba en que lo hicieran; estaba en Amadicia porque se había dejado cegar por Gaebril y había maltratado a sus mejores y más viejas amigas entre todas las casas por orden de él.

—«Un caballo lento no siempre llega al final del viaje» —recitó Lini, todavía enfrascada en el bordado. Le encantaban los viejos refranes, algunos de los cuales Morgase sospechaba que se los inventaba sobre la marcha.

—Éste llegará —insistió Morgase. Tallanvor estaba equivocado respecto a Ghealdan; según Ailron, ese país estaba casi sumido en la anarquía a causa de ese Profeta sobre el que los sirvientes hablaban en voz baja, un tipo que predicaba el renacimiento del Dragón—. Me gustaría tomar un poco de ponche, Breane. —La otra mujer se limitó a mirarla hasta que Morgase añadió—: Por favor.

Incluso entonces, Breane se puso a servir la copa con gesto rígido y

malhumorado. La mezcla de vino y zumo de frutas tenía hielo y era refrescante con ese calor; la copa de plata le proporcionó una agradable sensación al ponérsela contra la frente. Ailron se hacía llevar hielo y nieve desde las Montañas de la Niebla, aunque era preciso un tráfico de carretas casi ininterrumpido para satisfacer las demandas de palacio. Lini también cogió una copa.

—Respecto a Tallanvor… —empezó, tras dar un sorbo.

—¡Déjalo ya, Lini! —espetó Morgase.

—¿Y qué, si es más joven que vos? —intervino Breane. Se había servido también un ponche. ¡Descarada mujer! Se suponía que era una sirvienta, fuera lo que hubiese sido en Cairhien—. Si lo queréis, tomadlo. Lamgwin dice que os juró lealtad, y he advertido el modo en que os mira. —Soltó una risa ronca—. No rehusará.

El comportamiento de los cairhieninos era vergonzoso, pero al menos la mayoría de ellos no aireaban sus costumbres libertinas. Morgase estaba a punto de ordenarle que saliese de la habitación, cuando sonó una llamada en la puerta. Sin aguardar a que diera permiso, un hombre de cabello blanco, todo él fibra y huesos, entró. La nívea capa llevaba el emblema de un sol llameante en la pechera. Morgase había confiado en eludir a los Capas Blancas hasta que hubiese logrado un acuerdo firme estampado con el sello de Ailron. De repente, la frialdad del vino pareció llegarle a los huesos. ¿Dónde estaban Tallanvor y los demás para que este hombre hubiese entrado sin trabas?

Con los oscuros ojos fijos en ella, el Capa Blanca hizo un mínimo gesto remedando una reverencia. Su rostro estaba envejecido, con la piel tirante sobre los huesos, pero reflejaba tanta debilidad como una maza de guerra.

—¿Morgase de Andor? —inquirió en una voz profunda—. Soy Pedron Niall. —No era un Capa Blanca cualquiera, sino nada menos que el mismísimo capitán general de los Hijos de la Luz en persona—. No temáis, no he venido con la intención de arrestaros.

Morgase adoptó una postura erguida.

—¿Arrestarme? ¿Con qué cargos? No puedo encauzar. —No bien acababa de hablar cuando casi se mordió la lengua de pura rabia. No debería haber mencionado la palabra «encauzar»; que se hubiese puesto a la defensiva era señal de lo aturdida que estaba. Lo que había dicho era cierto, considerando los resultados. Cincuenta intentos para percibir la Fuente Verdadera en una sola ocasión, y, cuando la tocó, otras veinte intentonas para abrirse al *Saidar* a fin de absorber un insignificante hilillo, una vez. Una hermana Marrón llamada Verin le dijo que no era necesario que la Torre la retuviese hasta que aprendiera a manejar con seguridad su mínima habilidad. Ni que decir tiene que la Torre lo hizo de todas formas. Aun así, incluso esa ínfima capacidad era ilegal en Amadicia, y la pena impuesta por ello era la muerte. El anillo de la Gran Serpiente que lucía en el dedo y que fascinaba tanto a

Ailron, ahora parecía estar lo bastante caliente para brillar.

—Fuisteis instruida en la Torre —murmuró Niall—. Eso también está prohibido. Pero, como he dicho, no he venido a hacer un arresto, sino a ofrecer ayuda. Haced que vuestras criadas salgan y hablaremos. —Se puso cómodo, tomando asiento en un sillón mullido, con la capa echada hacia atrás—. Tomaré un poco de ese ponche antes de que se vayan.

Para desagrado de Morgase, Breane le llevó una copa de inmediato, con los ojos bajos y el rostro tan vacío de expresión como un trozo de piedra. La reina hizo un esfuerzo para recobrar el control.

—Ellas se quedan, maese Niall. —No daría a ese hombre la satisfacción de tratarlo con un título. El capitán general no se inmutó—. ¿Qué les ha ocurrido a mis hombres que estaban fuera? Os haré responsable si se les ha ocasionado daño alguno. ¿Y por qué pensáis que necesito vuestra ayuda?

—Vuestros hombres están ilesos —repuso con actitud desdeñosa antes de llevarse la copa a los labios—. ¿Creéis que Ailron os dará lo que necesitáis? Sois una mujer hermosa, Morgase, y Ailron siente debilidad por las mujeres de cabello dorado. Se irá acercando un poco más cada día al acuerdo que buscáis, pero sin llegar del todo a él, hasta que decidáis que quizá, con cierto… sacrificio por vuestra parte, también él cederá. Pero jamás llegará a lo que queréis, le deis lo que le deis. La chusma del que se llama a sí mismo Profeta hace estragos en el norte de Amadicia. Al oeste se encuentra Tarabon, dividido por una guerra civil con diez bandos distintos, bandidos juramentados con el llamado Dragón Renacido, y rumores sobre Aes Sedai y el propio falso Dragón que amedrentan a Ailron. ¿Daros soldados? Daría su alma como prenda para encontrar diez hombres de armas por cada uno que tiene, incluso por cada dos. Por el contrario, yo puedo enviar cinco mil Hijos de la Luz cabalgando hasta Caemlyn con vos a la cabeza sólo con que me lo pidáis.

Decir que estaba estupefacta sería minimizar el estado de ánimo de Morgase. Se dirigió hacia una silla situada delante del hombre con la altivez y majestuosidad debidas, y tomó asiento antes de que le fallasen las piernas.

—¿Por qué querríais ayudarme a expulsar a Gaebril? —demandó. Obviamente, estaba enterado de todo; sin duda contaba con espías entre la servidumbre de Ailron —. Jamás he dado a vuestra institución carta blanca en Andor como buscáis hace tiempo los Capas Blancas.

Esta vez el hombre hizo una mueca. A los Capas Blancas no les gustaba que los llamaran así.

—¿Gaebril? Vuestro amante ha muerto, Morgase. El falso Dragón, Rand al'Thor, ha añadido Caemlyn a sus conquistas.

Lini dio un respingo, como si se hubiese pinchado, pero el hombre mantuvo la mirada prendida en Morgase.

En cuanto a ella, la reina tuvo que aferrar el brazo del sillón para evitar llevarse la mano al estómago. Si no hubiese estado apoyando en el brazo del sillón la copa que sostenía en la otra, sin duda el ponche se habría vertido en el suelo. ¿Gaebril muerto? La había embaucado, había hecho de ella su furcia, usurpado su autoridad, oprimiendo al país en su nombre y, finalmente, se había autoproclamado rey de Andor, que jamás había tenido un monarca varón. ¿Cómo, después de todo eso, era posible este sutil pesar porque no volvería a sentir sus manos? Era una locura; de no estar segura que era imposible, habría creído que Gaebril había utilizado el Poder Único sobre ella de algún modo.

Pero ¿que Rand al'Thor tenía ahora Caemlyn? Eso podía cambiarlo todo. Lo había conocido tiempo atrás en una ocasión, un asustado joven campesino del oeste que intentaba mostrar el debido respeto a su soberana. Sin embargo, también era un joven que llevaba la espada con la marca de la garza de un maestro espadachín. Y Elaida había mostrado prevención contra él.

—¿Por qué lo llamáis falso Dragón, Niall? —Si el hombre se proponía dirigirse a ella por su nombre de pila, ni siquiera merecía que lo tratara con un plebeyo «maese»—. La Ciudadela de Tear ha caído, tal como anunciaban las Profecías del Dragón. Los propios Grandes Señores de Tear lo han aclamado el Dragón Renacido.

La sonrisa que esbozó Niall era burlona.

—Allí donde ha aparecido, siempre ha habido Aes Sedai. Son ellas las que encauzan por él, fijaos bien. No es más que una marioneta de la Torre. Tengo amigos en muchos sitios —lo que quería decir era que tenía espías—, y me informan que hay evidencia de que la Torre ayudó a Logain, el último falso Dragón. Quizá se llenó de ínfulas y tuvieron que poner fin al problema.

—No hay prueba de eso. —Le complacía que su voz sonase firme. Había oído rumores sobre Logain de camino a Amador, pero sólo eran hablillas.

—Creed lo que gustéis —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero yo prefiero la verdad a fantasías absurdas. ¿Acaso el verdadero Dragón Renacido habría actuado como lo ha hecho él? ¿Decís que los Grandes Señores lo aclamaron? ¿A cuántos tuvo que colgar antes de que el resto inclinara la cabeza? Permitió que los Aiel saquearan la Ciudadela y todo Cairhien. Dice que Cairhien tendrá un nuevo gobernante, uno que nombrará él, pero el único que posee verdadero poder allí es él mismo. Dice que también habrá una nueva dirigente en Caemlyn. Estáis muerta, ¿no lo sabíais? Se menciona el nombre de lady Dyelin, creo. Se ha sentado en el Trono del León, utilizándolo para celebrar audiencias, pero supongo que era demasiado pequeño ya que se hizo para mujeres. Lo ha guardado como un trofeo de su conquista, reemplazándolo por su propio trono, en el gran salón de vuestro Palacio Real. Claro que no todo le ha salido bien. Algunas casas andoreñas creen que os asesinó; existe compasión hacia vos ahora que estáis muerta. Conserva lo que tiene de Andor con

puño de hierro, sin embargo, con una horda de Aiel y con un ejército de rufianes de las Tierras Fronterizas, reclutados por la Torre para él. Pero si pensáis que os dará la bienvenida a Caemlyn y os devolverá el trono…

Dejó de hablar sin acabar la frase, pero el torrente de noticias había acribillado a Morgase como una granizada. Dyelin era la siguiente en la línea de sucesión al trono sólo si Elayne moría sin descendencia. ¡Oh, Luz, Elayne! ¿Seguiría a salvo en la Torre? Era curioso pensar que era tal su antipatía por las Aes Sedai, en buena parte porque habían permitido que Elayne estuviese perdida durante un tiempo, que les había exigido que enviaran de regreso a Elayne cuando nadie osaba exigir nada a la Torre. Sin embargo, ahora confiaba en que mantuviesen a su hija a buen recaudo. Recordó una carta de Elayne después de su regreso a Tar Valon. ¿Habría habido otras? Evocaba con gran incertidumbre muchas cosas ocurridas durante el tiempo en que Gaebril la había tenido subyugada. Sin duda Elayne tenía que estar a salvo. Debería estar preocupada también por Gawyn, y por Galad —sólo la Luz sabía dónde estarían—, pero Elayne era su heredera. La paz en Andor dependía de una sucesión sin conflictos ni sobresaltos.

Tenía que meditar despacio, con cuidado. Todo encajaba, pero también lo hacían las mentiras bien hiladas, y este hombre era un maestro en ese arte. Necesitaba hechos. Que en Andor se la creyera muerta no la cogía de sorpresa; había tenido que salir a escondidas de su propio reino para eludir a Gaebril y a quienes podrían entregársela a él o a otros que quisieran vengar en ella las injusticias de Gaebril. Si creerla muerta despertaba compasión, podría utilizarlo cuando volviese de entre los muertos. Hechos.

—Necesito tiempo para pensar —contestó.

—Por supuesto. —Niall se incorporó sin brusquedad; ella debería haberse levantado también del sillón para que al estar de pie el hombre no la apabullara con su altura, pero no estaba segura de que las piernas pudiesen sostenerla—. Volveré dentro de un día o dos. Entretanto, quiero asegurarme de que estáis a salvo. Ailron está tan absorto en sus propias preocupaciones que a saber quién podría entrar a hurtadillas, tal vez con ánimo de causaros daño. Por ende, me he tomado la libertad de apostar unos cuantos Hijos a vuestra puerta. Con permiso de Ailron, naturalmente.

Morgase siempre había oído decir que el verdadero poder de Amadicia eran los Capas Blancas, y ahora tenía prueba de que era realmente así.

Niall mostró algo más de cortesía al marcharse que al entrar e hizo una reverencia que habría dedicado a un igual. De uno u otro modo, le estaba dejando claro que no tenía elección.

Tan pronto como el hombre se hubo marchado, Morgase se puso de pie, pero Breane fue más rápida y corrió hacia las puertas. Aun así, antes de que ninguna de las dos mujeres hubiese dado tres pasos, una de las hojas se abrió con violencia, y

Tallanvor y los otros dos hombres entraron precipitadamente en la estancia.

—Morgase —exclamó Tallanvor, tragándosela con los ojos—. Temí que…

—¿Temiste? —replicó desdeñosamente. Esto era demasiado; nunca aprendería—. ¿Así es como me proteges? ¡Un muchacho no lo habría hecho peor! Claro que es un muchacho quien lo ha hecho.

Aquella mirada abrasadora permaneció clavada en ella un momento más; después, el joven oficial se abrió paso hacia la puerta, empujando a Basel y a Lamgwin.

—Había al menos treinta, mi reina. —El posadero se retorcía las manos—. Tallanvor habría luchado; intentó gritar para avisaros, pero lo golpearon en la cabeza con la empuñadura de una espada. El viejo dijo que no tenían intención de haceros daño, pero que sólo os necesitaban a vos y que si tenían que matarnos… —Sus ojos fueron hacia Lini y Breane, que estaba mirando fijamente a Lamgwin, de arriba abajo, como para asegurarse de que no había sufrido daño alguno. El hombre parecía igualmente preocupado por ella—. Mi reina, si hubiese creído que con eso habría servido de algo… Lo lamento. Os he fallado.

—«La medicina adecuada siempre sabe más amarga» —recitó quedamente Lini —. En especial a una criatura resentida que monta una pataleta.

Al menos, esta vez no lo dijo en voz alta para que la oyeran todos. Tenía razón, y Morgase lo sabía. Excepto en lo de la pataleta, naturalmente. Basel estaba tan abatido como para aceptar de buen grado que lo decapitaran.

—No me habéis fallado, maese Gill. Puede que algún día os pida que deis la vida por mí, pero sólo si es con un buen propósito. Niall sólo deseaba hablar. —Basel se animó de inmediato, pero Morgase podía sentir los ojos de Lini clavados en ella. Sí, una medicina muy amarga—. ¿Querréis pedir a Tallanvor que vuelva a entrar? Quiero… Quiero pedirle disculpas por las intempestivas palabras que he pronunciado.

—El mejor modo de disculparse con un hombre es salirle al paso en un lugar recóndito del jardín —dijo Breane.

Morgase reaccionó como si la hubiese abofeteado y cuando quiso darse cuenta le había arrojado a Breane la copa, derramando el ponche sobre la alfombra.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Todos vosotros, fuera de aquí! Podéis transmitir mis disculpas a Tallanvor, maese Gill.

Breane se limpió calmosamente el ponche de su vestido y después se dirigió sin prisa hacia Lamgwin y enlazó su brazo en el de él. Basel casi los empujó en su ansia por que salieran cuanto antes de allí.

Para sorpresa de Morgase, también se marchó Lini. No era propio de ella; lo más normal era que se hubiese quedado para sermonearla como si todavía tuviese diez años. Morgase no sabía por qué se lo aguantaba; con todo, casi le pidió a la vieja

niñera que no se marchara. Sin embargo todos salieron, tas puertas se cerraron y… tenía cosas más importantes de las que preocuparse que la posibilidad de que hubiese herido los sentimientos de Lini.

Paseó de un extremo al otro de la alfombra, tratando de pensar. Ailron exigiría concesiones comerciales —y tal vez el «sacrificio» insinuado por Niall— a cambio de ayuda. Estaba dispuesta a darle las ventajas de comercio, pero temía que Niall tuviese razón respecto del número de soldados de que podría prescindir para ponerlos a su disposición. Las demandas de Niall serían más fáciles de conceder, en cierto sentido. Probablemente, dar libre acceso a tantos Capas Blancas como quisiera. Y libertad para sacar a rastras a los Amigos Siniestros que encontraran en todos los desvanes, para enardecer a las multitudes contra mujeres sin amigos a las que acusaran de ser Aes Sedai, para matar a verdaderas Aes Sedai. Tal vez Niall exigiese incluso una ley contra quienes encauzaran, contra mujeres que fueran a la Torre Blanca.

Sería posible —pero muy difícil y con gran derramamiento de sangre— expulsar a los Capas Blancas una vez que se hubiesen atrincherado en Andor, pero ¿era necesario permitir siquiera que entraran? Rand al'Thor era el Dragón Renacido, estaba segura de eso por mucho que Niall dijese; bueno, casi segura. No obstante, gobernar naciones no era parte de las Profecías del Dragón, que ella supiera. Dragón Renacido o falso Dragón, no podía quedarse con Andor. Empero ¿cómo podía saberlo?

Una tímida llamada a la puerta la hizo girar sobre sus talones.

—Adelante —dijo con tono cortante.

La puerta se abrió lentamente para dejar paso a un sonriente joven vestido con librea dorada y roja que traía una bandeja con una jarra de ponche recién hecho, la plata del recipiente salpicada de gotitas condensadas por el frío. Casi había esperado que fuera Tallanvor. Lamgwin montaba guardia solo en el corredor, por lo que Morgase alcanzó a ver. O, más bien, recostado contra la pared como un guardia de taberna. Indicó con un gesto al joven que soltara la bandeja.

Furiosa —Tallanvor debería haber acudido; ¡tendría que haber acudido!—, reanudó sus paseos de un extremo al otro de la estancia. Basel y Lamgwin podrían enterarse de los rumores que corrían por el pueblo más próximo, pero sólo serían eso, rumores, y quizá propagados por Niall. Lo mismo rezaba para la servidumbre de palacio.

—Mi reina, ¿puedo hablar?

Morgase se volvió, sorprendida. El acento era de Andor. El joven estaba de rodillas, esbozando y borrando su sonrisa a costa del nerviosismo. Habría resultado atractivo de no ser por tener rota la nariz sin que se la hubiesen curado apropiadamente. A Lamgwin le daba un aspecto rudo; este muchacho daba la

impresión de que hubiese tropezado y caído de bruces.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Me llamo Paitir Conel, mi reina, y soy de Mercado de Sheram. En Andor —añadió, como si ella no supiera tal cosa. Con impaciencia, Morgase le hizo un gesto para que continuara—. Vine a Amador con mi tío Jen, que es un comerciante de Cuatro Reyes. Pensó que podría encontrar algunos tintes taraboneses. Ahora escasean con todos los problemas que hay en Tarabon, pero creyó que quizá fuesen más baratos… —Al ver que Morgase apretaba los labios, prosiguió con precipitación—: Oímos que estabais aquí, en palacio, mi reina, y, dada la ley de Amadicia y que fuisteis entrenada en la Torre Blanca y todo lo demás, pensamos que podríamos ayudaros… —Tragó saliva con fuerza y finalizó con un hilo de voz—: Ayudaros a escapar.

—¿Y contáis con los medios para ayudarme a huir? —No era el mejor plan del mundo, pero siempre le quedaba la posibilidad de cabalgar hacia el norte, a Ghealdan. ¡Cómo se refocilaría Tallanvor! No, no lo haría, y eso sería incluso peor.

Sin embargo, Paitir sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Tío Jen tenía un plan, pero ahora hay Capas Blancas por todo el palacio. No sabía qué otra cosa podía hacer excepto presentarme ante vos, como me dijo él. Se le ocurrirá algo, mi reina. Es listo.

—Estoy segura de ello —musitó. De modo que Ghealdan volvía a ser algo intangible—. ¿Cuánto tiempo hace que salisteis de Andor? ¿Un mes? ¿Dos? —El joven asintió—. Entonces ignoráis lo que está ocurriendo en Caemlyn —suspiró.

Paitir se lamió los labios.

—Yo… Estamos alojados en Amador con un hombre que tiene palomas, un mercader. Recibe mensajes de todas partes, entre ellas Caemlyn. Pero son malas las noticias que he sabido, mi reina. Puede que le cueste un día o dos, pero mi tío discurrirá otro plan. Sólo quería que supieseis que hay ayuda en camino.

En fin, era una remota posibilidad. Una carrera entre Pedron Niall y el tío del tal Paitir. Ojalá no estuviese tan segura de quién sería el vencedor.

—Entretanto, puedes contarme hasta qué punto van mal las cosas en Caemlyn.

—Mi reina, se supone que sólo tenía que informaros de lo de la ayuda. Mi tío se pondrá furioso si…

—Soy tu soberana, Paitir —lo interrumpió con firmeza—, y de tu tío Jen también. No le importará que respondas a mis preguntas.

Parecía que el joven estaba a punto de salir corriendo, pero Morgase se acomodó en el sillón y empezó a sonsacarle.

Pedron Niall se sentía muy satisfecho cuando desmontó en el patio principal de la Fortaleza de la Luz y entregó las riendas a un mozo de cuadra. Tenía bien cogida a

Morgase; y sin tener que decir un solo embuste. No le gustaba mentir. Todo había sido su propia interpretación de los acontecimientos, pero estaba seguro de que tenía razón. Rand al'Thor era un falso Dragón y un instrumento de la Torre. El mundo estaba lleno de necios que no sabían pensar. La Última Batalla no sería una especie de lucha titánica entre el Oscuro y un Dragón Renacido, un simple mortal. El Creador había abandonado a la humanidad a sus propios recursos mucho tiempo atrás. No, cuando llegase el Tarmon Gai'don sería como en la Guerra de los Trollocs, hacía más de dos mil años, cuando hordas de estas bestias y otros Engendros de la Sombra salieron en tropel de la Gran Llaga, cruzaron a sangre y fuego las Tierras Fronterizas y estuvieron a punto de ahogar a la humanidad en un mar de sangre. No estaba dispuesto a permitir que la raza humana se enfrentara a algo así sin estar preparada y encontrándose dividida.

Una sucesión de reverencias de Hijos lo siguió en su camino por los corredores de piedra de la fortaleza hasta su sala de audiencias privada. En la antesala, su secretario de rostro consumido, Balwer, se incorporó rápidamente al tiempo que empezaba a recitar una lista de papeles que esperaban la firma del capitán general, pero la atención de Niall estaba puesta en un hombre alto que se levantó ágilmente de una de las sillas colocadas contra la pared; en la pechera de la blanca capa llevaba bordado un cayado de pastor, de color carmesí, detrás del sol radiante, con tres nudos dorados de rango debajo.

Jaichim Carridin, Inquisidor de la Mano de la Luz, ofrecía un aspecto tan duro como siempre, pero con más canas en las sienes que la última vez que Niall lo había visto. Sus ojos, oscuros y hundidos, traslucían un atisbo de preocupación, y no era de extrañar. Las dos últimas misiones que se le habían asignado habían acabado en desastre, algo muy poco prometedor para un hombre que aspiraba a ser Inquisidor Supremo algún día, y tal vez incluso el capitán general.

Echó su capa a Balwer e hizo una seña a Carridin para que lo siguiera a la sala de audiencias, donde las banderas y estandartes capturados en batallas a viejos enemigos colgaban como trofeos en los oscuros paneles de las paredes; un enorme sol radiante incrustado en el suelo contenía suficiente oro para que la mayoría de los hombres lo mirasen boquiabiertos. Aparte de eso, la estancia reflejaba una sobriedad militar, un reflejo del propio Niall. Pedron tomó asiento en un sillón de respaldo alto, bien construido pero sin ornamentos. Los grandes hogares gemelos a ambos extremos de la sala estaban apagados y limpios en una época del año en que deberían albergar un fuego crepitante. Prueba suficiente de que la Última Batalla estaba próxima. Carridin hizo una profunda reverencia e hincó una rodilla en el sol radiante del suelo, pulido a fuerza del roce de pies y rodillas durante siglos.

—¿Habéis pensado en la razón por la que os mandé llamar, Carridin?

Después del llano de Almoth y Falme, después de Tanchico, no podía culparse al

hombre si creía que iba a ser arrestado. Empero, si sospechaba tal cosa no lo dejó entrever en su voz. Como siempre, no pudo evitar traslucir que sabía más que nadie. Definitivamente, más de lo que se suponía que debería saber.

—Quizá sea por las Aes Sedai de Altara, señor, justo en nuestras fronteras, a un paso. Una oportunidad de barrer de la faz del mundo a la mitad de las brujas de Tar Valon.

—¿Lo habéis hablado con vuestros amigos? —Niall dudaba que Carridin tuviera ninguno, pero había hombres con los que bebía. Últimamente, con los que se emborrachaba. Aun así tenía aptitudes. Aptitudes útiles.

—No, capitán general. Sé a qué atenerme para hacer algo así.

—Bien —dijo Niall—. Porque no vais a acercaros siquiera a ese tal Salidar, y tampoco ninguno de los Hijos.

No supo descifrar si la expresión fugaz que asomó al rostro de Carridin era de alivio. En tal caso, no encajaba con su carácter; jamás había mostrado falta de valor. Y ciertamente el alivio no estaba en consonancia con su respuesta:

—¡Pero si están como un dulce esperando que un niño le eche mano! Ésta es la prueba que confirma los rumores de que la Torre está dividida. Podemos destruir a este grupo sin que las otras levanten un dedo. La Torre quedaría lo suficientemente debilitada para que pudiéramos derribarla.

—¿Eso creéis? —inquirió secamente Niall. Enlazó las manos sobre el estómago y mantuvo un tono suave. Los interrogadores (la Mano despreciaba ese apelativo, pero hasta la propia institución lo utilizaba) no veían nunca nada si uno no se lo ponía delante de las narices—. Ni siquiera la Torre puede apoyar abiertamente a ese falso Dragón, al'Thor. ¿Y si se les rebela, como hizo Logain? ¿Sólo un grupo de rebeldes, decís? De ese modo pueden apoyarlo, y la Torre no se manchará las manos ocurra lo que ocurra. —Estaba convencido de que era así. Y, si no, siempre habría medios para profundizar la brecha y debilitar más la Torre, pero creía que estaba en lo cierto—. En cualquier caso, lo que ve el mundo es lo que importa. Y no dejaré que vea una mera lucha entre los Hijos y la Torre. —No hasta que el mundo comprendiese lo que era realmente la Torre: un pozo de Amigas Siniestras manipulando fuerzas que la humanidad no estaba destinada a tocar. Una fuerza que había causado el Desmembramiento del Mundo—. Ésta es una lucha del mundo contra el falso Dragón, al'Thor.

—Entonces, si no voy a Altara, mi señor, ¿cuáles son mis órdenes?

Niall recostó la cabeza al tiempo que suspiraba. De repente se sentía cansado, notando todos los años que tenía y más.

—Oh, sí que vais a Altara, Carridin.

Conocía el nombre y el rostro de Rand al'Thor desde poco después de la supuesta invasión en Falme por gentes del otro lado del océano, un complot de las Aes Sedai

que había costado la vida de mil Hijos y que dio pie a que se engrosara el número de los partidarios del Dragón y que el caos se extendiera por todo Tarabon y Arad Doman. Supo lo que era al'Thor y creyó que podía utilizarlo como acicate para forzar la unión de las naciones. Una vez unidas —bajo su liderazgo— acabarían con al'Thor y estarían preparadas para la llegada de las hordas trollocs. Había enviado emisarios a los dirigentes de todos los países para hacerles ver el peligro. Sin embargo, al'Thor se movía más deprisa de lo que nunca hubiese imaginado, ni siquiera ahora. Su intención había sido dejar suelto por las calles a un león rabioso el tiempo suficiente para asustar a todo el mundo, pero el león se había convertido en un coloso que se movía como el relámpago.

No obstante, no todo estaba perdido; tenía que recordárselo a sí mismo constantemente. Hacía más de mil años, Guaire Amalasan se había proclamado a sí mismo el Dragón Renacido, un falso Dragón que podía encauzar. Amalasan había conquistado más naciones que las que ahora dominaba Rand al'Thor cuando un joven rey llamado Artur Paendrag Tanreall se le opuso e inició su propia ascensión al imperio. Niall no se consideraba otro Artur Hawkwing, pero era lo que tenía el mundo.

Ya había empezado a contraatacar el creciente poder de al'Thor. Además de los emisarios a los dirigentes, había enviado hombres a Tarabon y Arad Doman; unos pocos hombres en busca de los oídos adecuados en los que susurrar que todos sus problemas podían achacarse a los partidarios del Dragón, esos necios y Amigos Siniestros que se habían declarado a favor de al'Thor. Y podían achacarse asimismo a la Torre Blanca. Ya llegaban muchos rumores de Tarabon respecto a Aes Sedai involucradas en la lucha; rumores que prepararían los oídos de los hombres para que escucharan la verdad. Ahora era el momento de poner en marcha la siguiente fase de su nuevo plan, de señalar a los indecisos que nadaban entre dos aguas qué bando elegir. Tiempo. ¡Tenía tan poco! Con todo, no pudo menos de sonreír. Hubo quienes, ahora ya muertos, dijeron una vez: «Cuando Niall sonríe, va a lanzarse sobre la yugular».

—Altara y Murandy van a sufrir una plaga de partidarios del Dragón.

La estancia tenía la apariencia de una sala de estar de un palacio, con el abovedado techo de escayola ornamentado, las alfombras de exquisita manufactura sobre el suelo de baldosas blancas, y los paneles de las paredes profusamente trabajados, aunque distaba mucho de ser un palacio. En realidad distaba mucho de cualquier cosa y de cualquier lugar en el sentido en que la mayoría de los humanos podría entender. El vestido de seda bermeja de Mesaana hizo frufrú cuando se desplazó alrededor de una mesa con incrustaciones de lapislázuli, en la que se entretenía colocando fichas de dominó de marfil en hileras con las que formaba una

compleja torre, cada nivel más ancho que el inmediato inferior. Se preciaba de hacer esto merced al mero conocimiento de puntos de tensión y apalancamiento, no con la ayuda del Poder. La torre tenía ya nueve niveles.

En realidad, más que entretenerse lo que hacía era eludir la conversación con sus compañeros. Semirhage estaba sentada en un sillón de respaldo alto, tapizado en rojo, haciendo una labor; los largos y delgados dedos daban minúsculas puntadas con destreza para crear un complejo dibujo de florecillas. No dejaba de sorprenderle que a esa mujer le gustase una actividad tan… corriente. Su vestido negro marcaba un fuerte contraste con el sillón. Ni siquiera Demandred se atrevía a sugerirle en su cara que vestía de negro tan a menudo porque Lanfear llevaba ropas blancas.

Por enésima vez, Mesaana intentó analizar por qué se sentía tan incómoda en presencia de la otra mujer. Mesaana conocía muy bien sus puntos fuertes y sus debilidades, tanto en el Poder como en cualquier otro terreno. Estaba bastante a la par con Semirhage en casi todos los aspectos, y, si había en algunos que no, contaba con otras facetas fuertes contra las debilidades de Semirhage. No era por tal razón. Semirhage disfrutaba siendo cruel, sentía un puro placer en infligir dolor, pero sin duda no era ése el problema. Mesaana podía ser cruel cuando la ocasión lo requería y le importaba poco lo que Semirhage hacía a otros. Tenía que haber un motivo, pero no era capaz de descifrarlo.

Irritada, colocó otra ficha de dominó y la torre se vino abajo con un ruidoso repiqueteo, desperdigando fichas de marfil por el suelo. Mesaana chasqueó la lengua y le dio la espalda a la mesa mientras se cruzaba de brazos.

—¿Dónde está Demandred? Hace diecisiete días que se fue a Shayol Ghul, pero hasta ahora no nos ha informado que hay un mensaje y después no aparece.

Ella había estado en la Fosa de la Perdición dos veces en ese tiempo; había realizado aquel recorrido que destrozaba los nervios, con los colmillos pétreos rozándole el cabello. Y todo para encontrar únicamente a un Myrddraal extraordinariamente alto que se negaba a hablar. La Perforación estaba allí, por supuesto, pero el Gran Señor no había respondido. No se quedó mucho tiempo ninguna de las dos veces. Había creído que estaba más allá del miedo, al menos de la clase que inspiraba la mirada de un Semihombre, pero por dos veces la impasible mirada sin ojos del Myrddraal había conseguido que se marchara a un paso vivo que sólo un férreo autocontrol evitó que se convirtiera en una carrera. Si encauzar allí no hubiese sido un modo seguro de morir, habría destruido al Semihombre o habría salido de la Fosa utilizando el Talento conocido como Viaje.

—¿Dónde está? —repitió.

Semirhage levantó la vista de la labor; los oscuros ojos en su semblante suavemente moreno no parpadearon. Después dejó la labor a un lado y se incorporó con grácil agilidad.

—Llegará cuando sea —manifestó calmosamente. Su sosiego, al igual que su elegante gracia, era un rasgo siempre presente en ella—. Si no quieres esperar, vete entonces.

De manera inconsciente, Mesaana se irguió hasta casi ponerse de puntillas, pero aun así tuvo que alzar la cabeza para mirarla. Semirhage era más alta que la mayoría de los hombres, pero estaba tan bien proporcionada que no se reparaba en ese detalle hasta que se plantaba delante de uno, mirando hacia abajo.

—¿Que me vaya? Es lo que pienso hacer, y Demandred puede…

No hubo advertencia, por supuesto. Nunca la había cuando un hombre encauzaba. Una brillante línea vertical apareció en el aire y después se ensanchó lo suficiente para que Demandred cruzara el acceso; el recién llegado saludó con un gesto de cabeza a cada una de ellas. Iba vestido de gris oscuro, con un encaje pálido en el cuello; se adaptaba bien a las modas y tejidos de la Era presente.

Su perfil, de nariz aguileña, era bastante atractivo, aunque no exactamente del estilo que hace que el corazón de todas las mujeres palpite con más fuerza. En cierto sentido, esos «casi» y «no del todo» eran la historia de la vida de Demandred. Había tenido la desgracia de nacer un día después que Lews Therin Telamon, que se convertiría en el Dragón, mientras que Barid Bel Medar, como se llamaba entonces, pasó años igualando casi los logros de Therin, pero no igualando del todo su fama. Sin Lews Therin habría sido el hombre más aclamado de la Era. De haber sido designado como líder en lugar de serlo el hombre al que consideraba intelectualmente inferior a él, un necio excesivamente cauto que demasiado a menudo se las ingeniaba para evitar el desastre arañando un poco de suerte, ¿se encontraría hoy aquí? En fin, eso sólo eran conjeturas inútiles, aunque no era la primera vez que Mesaana se las hacía. No, lo importante era que Demandred despreciaba al Dragón, y ahora que el Dragón había renacido había transferido todo ese desprecio íntegro.

—¿Por qué…?

Demandred levantó una mano.

—Vamos a esperar hasta que estemos todos, Mesaana, y así no tendré que repetirme.

La Renegada percibió el primer fluido del *Saidar* un instante antes de que la brillante línea apareciese y se convirtiera en un acceso. Graendal salió, por una vez sin la compañía de servidores medio desnudos, y dejó que la abertura se desvaneciera con tanta rapidez como Demandred había hecho un poco antes. Era una mujer rolliza, con el cabello rubio rojizo peinado en complejos rizos. De algún modo se las había arreglado para encontrar camalina para el vestido de cuello alto; de cuello alto, pero, en consonancia con su naturaleza, el tejido era transparente como niebla. A veces Mesaana se preguntaba si Graendal prestaba realmente atención a lo que no fuera sus placeres sensuales.

—Me preguntaba si estaríais aquí —dijo frívolamente la recién llegada—. Los tres habéis sido tan reservados… —Soltó una alegre risa, algo estúpida. No, sería un craso error juzgar a Graendal por lo que parecía a simple vista. La mayoría de los que la habían tomado por una necia llevaban muertos mucho tiempo, víctimas de la mujer de la que habían hecho caso omiso.

—¿Va a venir Sammael? —preguntó Demandred.

—Oh, no se fía de ti —contestó Graendal mientras agitaba displicentemente una mano repleta de anillos—. Creo que ya no se fía de nadie. —La camalina se oscureció, semejando una niebla encubridora—. Está reuniendo y situando a sus ejércitos en Illian, quejándose de no disponer de lanzas de descarga para equipar a las tropas. Y, cuando no se dedica a eso, está buscando *angreal* o *sa'angreal* utilizables. Algo que tenga una fuerza decente, se entiende.

Todos los ojos fueron hacia Mesaana, quien hizo una profunda inhalación. Cualquiera de ellos habría dado… en fin, casi cualquier cosa por un *angreal* o *sa'angreal* apropiado. Todos eran más fuertes que cualquiera de esas criaturas medio instruidas que en la actualidad se llamaban a sí mismas Aes Sedai, pero si un número suficiente de aquellas chiquillas a medio entrenar se coaligaban entre sí podían aplastarlos a todos ellos. Salvo por que, naturalmente, ya no recordaban cómo hacerlo; y tampoco disponían de los medios para llevarlo a cabo, en cualquier caso. Para los varones se necesitaba una coligación superior a trece, y para más de uno haría falta superar las veintisiete. En realidad, esas chiquillas —las mayores le parecían niñas; había vivido más de trescientos años, aparte del tiempo encerrada en la Perforación, y sólo se la consideraba una mujer de mediana edad—, esas muchachitas no representaban un peligro real, pero ello no aminoraba el deseo de los allí presentes de contar con *angreal* o, mejor aún, los más poderosos *sa'angreal*. Con aquellas reliquias de su propia Era podrían encauzar cantidades de Poder que de otro modo los abrasaría hasta reducirlos a cenizas. Cualquiera de los Elegidos arriesgaría mucho con tal de conseguir uno de esos preciados objetos. Pero no todo. No sin que hubiese verdadera necesidad. Empero, tal circunstancia no atenuaba el deseo.

De manera automática, Mesaana adoptó un tono aleccionador:

—La Torre Blanca tiene ahora centinelas y salvaguardas en los cuartos de seguridad, además de que se cuenta todo cuatro veces cada día. La Gran Reserva, en la Ciudadela de Tear, también está protegida con una salvaguarda, algo muy peligroso que me habría inmovilizado firmemente si hubiese intentado atravesarlo o deshacerlo. No creo que se pueda destejer salvo por quien lo dispuso, y hasta entonces es una trampa para cualquier mujer capaz de encauzar.

—Un revoltijo polvoriento de basura inútil, según tengo entendido —adujo Demandred con desdén—. Los tearianos recogieron cualquier cosa relacionada con el Poder, aunque sólo fuese un rumor.

Mesaana sospechaba que el hombre sabía más de lo que daba a entender y que no estaba basado únicamente en rumores. También sospechaba que había igualmente una trampa para varones en la Gran Reserva o, en caso contrario, a aquellas alturas Demandred tendría su *sa'angreal* y haría mucho que habría arremetido contra Rand al'Thor.

—Sin duda tiene que haber algunos en Cairhien y Rhuidean; pero, aun en el caso de que no toparas con al'Thor, esos dos lugares están llenos de mujeres que encauzan.

—Muchachas ignorantes —resopló desdeñosamente Graendal.

—Si una pinche de cocina te clava un cuchillo en la espalda, ¿estarás por eso menos muerta que si caes en un duelo *sha'je* en Qal? —replicó Semirhage.

—Cierto —convino Mesaana—. Y ello sólo deja lo que quiera que pueda haber enterrado en antiguas ruinas u olvidado en un desván. Si quieres confiar en encontrar algo por casualidad, hazlo, pero yo no. A no ser que alguien conozca el paradero de una cámara estática. —En esta última frase hubo cierto timbre de acritud. Las cámaras estáticas tendrían que haber subsistido al Desmembramiento del Mundo, pero lo más probable es que dicho cataclismo las hubiese sumergido en el fondo de algún océano o enterrado bajo montañas. Era muy poco lo que quedaba del mundo que habían conocido aparte de unos cuantos nombres y leyendas.

—Siempre pensé que tendrías que haber sido maestra —dijo Graendal, toda mieles y sonrisas—. Oh, discúlpame. Lo olvidé.

El semblante de Mesaana se ensombreció. El primer paso en su camino hacia el Gran Señor lo dio cuando le fue negado un puesto en el Collam Daan, tantos años atrás. No apta para la investigación, le dijeron, pero podía seguir enseñando. Y eso fue lo que hizo ¡hasta que halló el modo de darles a todos una lección!

—Aún estoy esperando oír lo que el Gran Señor ha dicho —murmuró Semirhage.

—Sí. ¿Tenemos que matar a al'Thor? —Mesaana advirtió que tenía las manos crispadas agarrándose la falda y aflojó los dedos. Qué extraño. Jamás permitía que nadie la sacara de quicio—. Si todo va bien, dentro de dos meses, tres como mucho, se encontrará donde podré llegar a él sin peligro, y estando indefenso.

—¿Donde podrás llegar a él sin peligro? —Graendal enarcó una ceja en un gesto socarrón—. ¿Dónde has montado tu guarida? Bah, no importa. A pesar de su planteamiento básico, es tan buen plan como cualquiera de los que he oído últimamente.

Demandred permaneció callado, inmóvil, observándolas. A Graendal no; sólo a Semirhage y a ella. Cuando por fin habló, casi para sí mismo, se dirigió a las dos:

—Cuando pienso en la encumbrada posición que habéis alcanzado una y otra no puedo menos de maravillarme. ¿Cuánto es lo que sabe el Gran Señor y desde cuándo? ¿Cuánto de lo que ha ocurrido ha sido por designio suyo desde el principio? —No había respuesta para esas preguntas. Finalmente, manifestó—: Así que queréis saber

lo que me dijo el Gran Señor, ¿no? Muy bien, os lo contaré, pero todo quedará entre nosotros, en secreto. Puesto que Sammael prefiere mantener las distancias no se lo hará partícipe de nada. Ni a los otros, estén vivos o muertos. La primera parte del mensaje del Gran Señor era sencilla: «Dejad que el Señor del Caos gobierne», fueron sus palabras exactas.

Las comisuras de sus labios se torcieron levemente, una mueca lo más parecida a la sonrisa que Mesaana había visto en él. A continuación les contó el resto.

Mesaana se encontró tiritando sin saber si era por la excitación o por el miedo. Podía resultar; podía ponerlo todo en sus manos con sólo extenderlas, como quien coge una fruta madura al caer. Pero se necesitaba suerte, y jugarse algo al azar la ponía nerviosa. Demandred era el jugador. Tenía razón en algo: Lews Therin había forjado su propia suerte como se acuña una moneda. En opinión de Mesaana, Rand al'Thor había hecho lo mismo hasta el momento.

A menos que… A menos que el Gran Señor tuviese otro plan aparte del que había revelado. Y eso la asustaba más que cualquier otra posibilidad.

Un espejo con marco dorado reflejaba la estancia, los inquietantes dibujos de mosaicos en las paredes, los muebles dorados, las finas alfombras, los otros espejos y los tapices. Una estancia palaciega sin una sola ventana… ni una puerta. El espejo reflejaba una mujer vestida con un atuendo rojo oscuro que paseaba de un lado a otro de la habitación, con una combinación de rabia e incredulidad en su bello semblante. Todavía incredulidad. También reflejaba el rostro del observador, y ése le interesó mucho más que el de la mujer. No pudo evitar tocarse la nariz, la boca y las mejillas por centésima vez para asegurarse de que eran reales. No era un rostro joven, pero sí más que aquel que tenía cuando despertó del largo sueño y todas sus interminables pesadillas. Eran rasgos corrientes y vulgares, y él siempre había detestado ser corriente y vulgar. Identificó el sonido en su garganta como una risa en ciernes, una risita nerviosa, y la reprimió. No estaba loco. A despecho de todo, no lo estaba.

Se le había dado un nombre durante este segundo y mucho más horrendo sueño antes de que despertase con ese rostro y ese cuerpo: Osan'gar. Un nombre dado por una voz que conocía y que no osaba desobedecer. Su antiguo nombre, dado con menosprecio y adoptado con orgullo, había desaparecido para siempre. La voz de su señor había hablado y lo había decidido así. La mujer era Aran'gar, y quien había sido ya no era.

Qué interesante elección la de esos nombres. *Osan'gar* y *Aran'gar* eran las dagas de mano izquierda y mano derecha en un estilo de duelo que fue fugazmente popular al principio en aquel largo período desde que la Perforación se realizó hasta el comienzo de la Guerra del Poder. Sus recuerdos eran fragmentados, imprecisos —se había perdido mucho durante el largo sueño, y también durante el corto— pero eso sí

lo recordaba. La popularidad de este tipo de duelo había sido breve porque casi inevitablemente los dos duelistas morían. Las cuchillas de las dagas estaban impregnadas de un veneno de efecto lento.

Algo pasó como un borrón por el espejo y el hombre se giró, aunque no deprisa. Tenía que recordar quién era y asegurarse de que lo recordaran los demás. Todavía no había puerta, pero ahora había un Myrddraal compartiendo la estancia con ellos. Ninguna de las dos cosas era extraña en aquel lugar, pero el Myrddraal era más alto que todos los que Osan'gar había visto hasta entonces.

No se apresuró y dejó esperar al Semihombre a que él quisiera darse por enterado de su presencia; pero, antes de que tuviese ocasión de decir nada, Aran'gar se adelantó.

—¿Por qué se me ha hecho esto? —espetó—. ¿Por qué se me ha puesto en este cuerpo? ¿Por qué?

La última pregunta casi fue un chillido. Osan'gar habría pensado que las comisuras de los labios del Myrddraal se curvaban ligeramente de no ser tal cosa imposible, ni allí ni en ninguna parte. Hasta los trollocs tenían cierto sentido del humor, aunque perverso y violento, pero no los Myrddraal.

—A los dos se os dio lo mejor que pudo tomarse de las Tierras Fronterizas. —Su voz sonaba como el deslizarse de una serpiente sobre la hierba—. Es un buen cuerpo, fuerte y sano. Y mejor que la otra alternativa.

Ambas afirmaciones eran ciertas. Era un buen cuerpo, apropiado para una danzarina *daien* de antaño, impecablemente lozano, con verdes ojos en una cara ovalada que enmarcaba una lustrosa mata de negro cabello. Y cualquier cosa mejoraba la alternativa.

Tal vez Aran'gar no lo veía de ese modo. La ira moteaba de manchas rojas su hermoso semblante. Osan'gar sabía que iba a hacer algo temerario; siempre había habido un problema en ese aspecto. En comparación Lanfear parecería cauta. El hombre buscó el contacto con el *Saidin*. Encauzar allí podía ser peligroso, pero no tanto como permitirle a la mujer hacer una verdadera estupidez. Buscó el *Saidin*… y no ocurrió nada. No lo habían aislado con un escudo; lo habría notado, y sabía el modo de eludirlo o romperlo, con el tiempo, si no era demasiado fuerte. Esto era distinto, como si lo hubiesen seccionado. La impresión lo dejó petrificado en el sitio.

No fue el caso de Aran'gar. Quizás había hecho el mismo descubrimiento, pero la había afectado de manera distinta. Chillando como un gato furioso, se abalanzó contra el Myrddraal con las uñas por delante.

Un ataque fútil, por supuesto. El Myrddraal ni siquiera se movió. La agarró despreocupadamente por el cuello y la levantó hasta extender el brazo de manera que los pies de la mujer quedaron colgando en el aire y su grito se convirtió en un gorgoteo mientras aferraba la muñeca del Semihombre con las dos manos. Con la

mujer colgando en vilo, volvió aquella mirada sin ojos hacia Osan'gar.

—No se te ha seccionado, pero no encauzarás hasta que se te dé permiso para hacerlo. Y nunca me atacarás. Soy Shaidar Haran.

Osan'gar intentó tragar saliva, pero su boca estaba tan seca como estropajo. Era imposible que la criatura tuviese nada que ver con lo que quiera que le hubiesen hecho. Los Myrddraal poseían ciertos poderes, pero no hasta ese punto. Sin embargo sabía lo que le pasaba. Nunca le habían gustado los Semihombres; había colaborado en la creación de los trollocs, mezclando humanos y animales —estaba orgulloso de ello, de la destreza requerida para llevarlo a cabo, de la dificultad que había entrañado— pero estos vástagos, producto de una regresión de su naturaleza original, lo ponían nervioso en el mejor de los casos.

Shaidar Haran volvió de nuevo su atención hacia la mujer que se retorcía entre sus dedos. El rostro había empezado a adquirir una tonalidad purpúrea y sus pies se sacudían débilmente.

—Te adaptarás, el cuerpo se doblega al alma, pero la mente se doblega al cuerpo. Ya te estás adaptando. Muy pronto será como si nunca hubieses tenido otro. O puedes rehusarlo. Entonces otro tomará tu puesto, y a ti se te entregará a… mis hermanos, bloqueada como estás ahora. —Aquellos finos labios se torcieron levemente de nuevo—. Echan de menos sus diversiones en las Tierras Fronterizas.

—No puede hablar —intervino Osan'gar—. ¡La estás matando! ¿Es que no sabes quiénes somos? ¡Suéltala, Semihombre! ¡Obedéceme!

La criatura tenía que obedecer a uno de los Elegidos, pero el Myrddraal observó impasible la cara de Aran'gar, cada vez más congestionada, durante unos interminables instantes más antes de bajarla para que sus pies tocasen la alfombra y luego aflojó los dedos.

—Obedezco al Gran Señor. A nadie más —manifestó. La mujer se tambaleó, tosiendo e inhalando aire a bocanadas. Si el Myrddraal hubiese retirado la mano con la que la sostenía, Aran'gar se habría desplomado—. ¿Te someterás a la voluntad del Gran Señor? —No era una exigencia, sólo una pregunta de trámite pronunciada con aquella voz rasposa.

—Lo… lo haré —consiguió responder roncamente, y Shaidar Haran la soltó.

La mujer se tambaleó mientras se frotaba el cuello y Osan'gar se adelantó para ayudarla, pero ella lo amenazó con una mirada furibunda y el puño levantado antes de que la tocara. Él retrocedió, alzando las manos. Ésa era una enemistad que no le convenía. Pero era un buen cuerpo, y un buen bromazo. Siempre se había preciado de su sentido del humor, pero aquello era cómico.

—¿No sentís gratitud? —inquirió el Myrddraal—. Habíais muerto, y ahora estáis vivos. Pensad en Rahvin, cuya alma está más allá de la salvación, más allá del tiempo. Tenéis la oportunidad de servir al Gran Señor otra vez y redimiros de

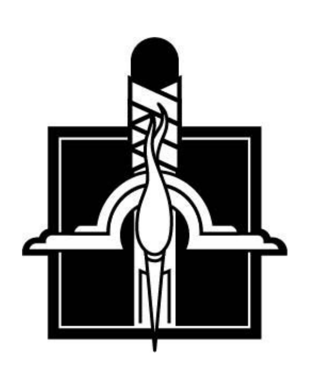
vuestros errores.

Osan'gar se apresuró a afirmar que estaba agradecido, que lo único que deseaba era servir y ganarse la absolución. ¿Rahvin muerto? ¿Qué había ocurrido? Daba igual; un Elegido menos significaba más oportunidades de obtener verdadero poder cuando el Gran Señor estuviese libre. Le escocía tener que humillarse ante una criatura que podía considerarse tan creación suya como los trollocs, pero recordaba la muerte con demasiada claridad. Se arrastraría ante un gusano con tal de no volver a pasar por lo mismo. Advirtió que Aran'gar manifestaba su gratitud con idéntica rapidez a pesar de la ira que había en sus ojos. Saltaba a la vista que también ella recordaba.

—Entonces ha llegado el momento de que retornéis al mundo al servicio del Gran Señor —dijo Shaidar Haran—. Nadie salvo el Gran Señor y yo sabe que estáis vivos. Si tenéis éxito, viviréis para siempre y seréis encumbrados por encima de todos los demás. Si fracasáis… Pero no fracasaréis, ¿verdad?

Entonces sí que sonrió el Semihombre. Y fue como ver sonreír a la muerte.

1



El león en la colina

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las colinas de Cairhien. El viento no fue un inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el oeste sobre granjas y pueblos abandonados, muchos reducidos a montones de cenizas y vigas carbonizadas. La guerra había castigado duramente a Cairhien; la guerra y el conflicto civil, la invasión y el caos, e incluso ahora que eso había terminado, en la medida en que podía decirse tal cosa, sólo unos cuantos empezaron a regresar a sus hogares. El viento era seco, y el sol parecía empeñado en agostar lo poco que quedaba en los campos. Allí donde la villa de Maerone se alzaba enfrente de la más grande Aringill, en la orilla opuesta del río Erinin, el viento cruzó hacia Andor. Las dos poblaciones se achicharraban bajo el sol, y, si bien se alzaban más plegarias pidiendo lluvia en Aringill, donde los refugiados de Cairhien se apiñaban dentro de las murallas como peces dentro de un tonel, incluso los soldados amontonados alrededor de Maerone dirigían preces al Creador, a veces aturdidos por la embriaguez y a veces con fervor. El invierno tendría que haber empezado a envolver la tierra con sus gélidos zarcillos, las primeras nieves deberían haber llegado mucho tiempo atrás, y los que ahora sudaban tenían miedo del motivo de que no hubiese ocurrido así, si bien eran pocos los que se atrevían a manifestar en voz alta esos temores.

El viento sopló hacia el oeste, agitó las hojas marchitas de los árboles y rizó la superficie de los menguados arroyos flanqueados por barro recocido. En Andor no había ruinas calcinadas, pero los pueblerinos observaban el hinchado sol con inquietud y los granjeros intentaban no mirar los campos que no habían producido cosechas otoñales. Sopló hacia el oeste hasta pasar sobre Caemlyn e hizo ondear los

dos estandartes del Palacio Real, en el corazón de la Ciudad Interior construida por los Ogier. Una de las banderas era roja como la sangre, con un círculo dividido por una línea sinuosa, una mitad blanca y la otra negra. La otra bandera flameaba en el cielo blanca como la nieve. En ella había bordada una figura semejante a un reptil de cuatro patas, crin y ojos dorados y cubierto de escamas escarlatas y oro que parecía cabalgar al viento. Difícil afirmar cuál de las dos despertaba más temor. A veces, el mismo pecho que albergaba el miedo también abrigaba esperanza. La esperanza de salvación y el miedo a la destrucción, nacidos en la misma fuente.

Muchos decían que Caemlyn era la segunda ciudad más bella del mundo, y no lo afirmaban sólo andoreños, quienes a menudo la colocaban la primera, superando a la mismísima Tar Valon. Altas torres redondas se elevaban a intervalos a lo largo de la gran muralla exterior de piedra gris con vetas blancas y plateadas, y en el interior se erguían torres aun más altas, y cúpulas blancas y doradas que resplandecían bajo el implacable sol. La ciudad se extendía sobre colinas en la zona central, la parte más antigua de la Ciudad Interior, rodeada por su propia muralla blanca y brillante, con sus propias torres y cúpulas púrpuras, blancas y doradas y relucientes mosaicos que se asomaban a la Ciudad Nueva, la cual contaba sus buenos dos mil años.

Al igual que la Ciudad Interior era el corazón de Caemlyn, y no sólo por ser su centro geográfico, el Palacio Real era a su vez el corazón de la Ciudad Interior, unas esbeltas torres, blancas como nieve, y las cúpulas doradas y los trabajos de piedra tallada tan delicados como un encaje que parecían salidos del cuento de un juglar. Un corazón que latía a la sombra de esos dos estandartes.

Desnudo de cintura para arriba y manteniendo fácilmente el equilibrio sobre las punteras de los pies, en este momento Rand era tan inconsciente de encontrarse en el patio de baldosas blancas de palacio como de los espectadores que observaban desde las columnatas que lo rodeaban. El sudor le pegaba el pelo en el cráneo y le corría por el torso. La rosácea cicatriz a medio curar de su costado le dolía terriblemente, pero él rehusaba darse por enterado. Unas figuras iguales a la del estandarte blanco que ondeaba en lo alto se enroscaban en sus antebrazos y emitían un brillo metálico, rojo y dorado. Los Aiel los llamaban dragones, y otros empezaban a adoptar ese apelativo al hablar de ellos. Rand era vagamente consciente de las garzas marcadas en sus palmas, pero sólo porque las notaba contra la larga empuñadura de la espada de prácticas hecha de madera.

El arma y él eran una sola cosa, de manera que Rand pasaba de una posición a otra sin pensar, mientras sus pies se desplazaban suavemente sobre las baldosas del suelo. *El león en la colina* dio paso a *Arco de luna*, que a su vez se convirtió en *Torre de la mañana*. Sin pensar. Cinco hombres sudorosos, con el torso al aire, lo rodeaban y esquivaban cautamente pasando de posición a posición a la par que blandían las espadas de práctica. Rand sólo era consciente realmente de esos hombres. Con rostros

severos que traslucían seguridad en sí mismos, eran los mejores que había encontrado hasta ahora. Los mejores desde que Lan se había marchado. Sin pensar, como Lan le había enseñado. Era uno con la espada, con los cinco hombres.

Inesperadamente se movió hacia adelante con rapidez, y los hombres que lo rodeaban se desplazaron al instante para mantenerlo dentro del círculo. Justo en el momento en que el equilibrio parecía a punto de romperse, cuando al menos dos de los cinco hombres habían empezado a moverse con tal propósito, de pronto Rand giró sobre sí mismo y se desplazó en dirección contraria. Ellos intentaron reaccionar, pero era demasiado tarde. Con un sonoro impacto paró el golpe descendente de una espada de práctica interponiendo su propia arma; de manera simultánea su pie derecho asestó un punterazo en el vientre del hombre de pelo canoso que estaba más cerca, quien se dobló por la mitad al tiempo que exhalaba un gruñido. Manteniendo las espadas trabadas, Rand obligó a su oponente, que tenía la nariz rota, a girar y descargó otra patada al hombre doblado mientras realizaba el giro. El tipo canoso se desplomó, boqueando para coger aire. El adversario de Rand intentó recular para utilizar su espada, pero esa maniobra dejó libre el arma de Rand para hacer un movimiento envolvente en torno a la de él —*La parra enroscada*— y arremeter después con fuerza contra su pecho, lo suficiente para hacerlo caer.

Sólo habían transcurrido unos segundos, tan breves que sólo ahora los tres restantes empezaban a acercarse a él. El primero, un hombre bajo y robusto, muy rápido, lanzó un grito y, en contra de lo que podía esperarse de su corta estatura, saltó por encima del tipo de la nariz rota mientras éste se desplomaba. La espada de prácticas de Rand se interpuso en su camino a la altura de las espinillas, medio tumbándolo, y a continuación se descargó sobre su espalda y lo derribó sobre las losas del pavimento.

Sólo quedaban dos, pero eran los dos mejores, un tipo flexible como una vara verde cuya espada se movía como la lengua de una serpiente, y un hombretón fornido, con la cabeza afeitada, que jamás cometía un error. Se separaron de inmediato para atacarlo por dos flancos, pero Rand no esperó. Se acercó velozmente al tipo delgado; sólo disponía de escasos segundos antes de que el otro rodeara a sus compañeros caídos.

El larguirucho era bueno además de rápido; Rand había ofrecido oro para los mejores, y habían acudido. Era alto para ser andoreño, aunque Rand lo superaba en un palmo, pero la altura tenía poco que ver con la destreza para manejar una espada. A veces la fuerza sí, de modo que Rand lanzó contra él un ataque con toda su potencia; la alargada cara del hombre se puso tensa al tiempo que cedía terreno. *El jabalí baja corriendo la montaña* se descargó violentamente a través de *Partir la seda*, rompió *Rayo de tres púas*, y el manojo de palos atados que hacía las veces de cuchilla se estrelló duramente contra el lateral del cuello del hombre, que cayó

exhalando un gruñido ahogado.

De inmediato Rand se zambulló de cabeza hacia la derecha, rodó sobre sí mismo y terminó el giro incorporado sobre las rodillas en las piedras del pavimento al tiempo que ejecutaba con la espada *El río socava la orilla*. El hombre de la cabeza rapada no era veloz, pero de algún modo había previsto la maniobra; y, mientras el arma de Rand pasaba rozando el prominente estómago del tipo, la espada de éste cayó con fuerza sobre la cabeza de Rand.

Rand se tambaleó un instante, sus ojos cegados por infinidad de motitas negras. Sacudió la cabeza en un intento de aclararse la vista y se apoyó en la espada de prácticas para ponerse de pie. Resollando, el hombre de la cabeza afeitada lo observaba con cautela.

—Págale —dijo Rand, y la expresión cauta del tipo se borró en su rostro.

Un recelo en balde; como si no hubiese prometido la paga extra de un día a cualquier hombre que se las ingeniera para alcanzarlo, y el triple a quien lo derrotase en un combate mano a mano. Era un modo de asegurarse de que nadie se refrenara para halagar al Dragón Renacido. Jamás preguntaba sus nombres; y, si se tomaban a mal esa omisión, mejor, si servía para que se esforzaran más. Quería adversarios para probar su preparación, no para hacer amigos. Llegaría el día en que los amigos que tenía maldecirían la hora en que lo habían conocido, si es que no lo hacían ya. Los demás empezaban a moverse; un hombre «muerto» tenía que quedarse quieto donde había caído hasta que todo hubiese terminado, como el obstáculo que realmente representarían unos verdaderos cadáveres. Sin embargo, el hombre achaparrado tuvo que ayudar al de pelo canoso a levantarse, y él mismo tenía ciertas dificultades para mantenerse de pie. El tipo espigado torció la cabeza hacia un lado mientras hacía una mueca de dolor. Ese día no habría más prácticas.

—Págales a todos —ordenó Rand.

Una sarta de alabanzas y quedos aplausos sonó entre los espectadores situados en la columnata, lores y ladies vestidos con coloridos atuendos de seda, profusamente bordados y con numerosos galones. Rand hizo una mueca de desagrado y arrojó la espada de prácticas a un lado. Esos mismos nobles habían sido parásitos aduladores de lord Gaebril cuando la reina Morgase, su soberana, era poco menos que una prisionera en ese palacio. Su palacio. Pero Rand los necesitaba. De momento. «Si aprietas la zarza te clavarás las espinas», se dijo. Esperaba que al menos fuera suyo ese pensamiento.

Sulin, la mujer nervuda de pelo blanco, cabecilla de su escolta de Doncellas Lanceras Aiel y de todas las Doncellas a este lado de la Columna Vertebral del Mundo, sacó un marco de oro de Tar Valon de la bolsita colgada del cinturón y la lanzó con una mueca despectiva que atirantó la fea cicatriz que le cruzaba una mejilla. A las Doncellas no les gustaba que Rand empuñara una espada, ni siquiera

una de prácticas; no aprobaban ningún tipo de espada. Ningún Aiel lo hacía.

El hombre con la cabeza afeitada cogió la moneda en el aire y respondió a la intensa mirada de Sulin con una prudente inclinación de cabeza. Todo el mundo se mostraba prudente con las Doncellas, esas guerreras vestidas con chaquetas y polainas de tonos pardos y grises que se confundían con el inhóspito paisaje del Yermo. Algunas habían empezado a añadir tonalidades verdes para que estuviesen acordes con el entorno de lo que llamaban las tierras húmedas a pesar de la sequía. En comparación con el Yermo de Aiel seguían siendo húmedas; pocos Aiel habían visto una corriente de agua que no pudiesen cruzar de una zancada antes de salir del Yermo, donde se originaban sangrientas contiendas por disputarse charcas de dos o tres pasos de anchura.

Como cualquier otro guerrero Aiel, como las otras veinte Doncellas de ojos claros que había alrededor del patio, Sulin llevaba el cabello corto excepto una cola de caballo atada en la nuca. Portaba tres lanzas cortas y una adarga de cuero en la mano izquierda, así como un gran cuchillo en el cinturón. Como cualquier otro guerrero Aiel, hasta los de la edad de Jalani, que con sus dieciséis años todavía tenía trazas de la redondez infantil en las mejillas, Sulin sabía muy bien cómo utilizar esas armas y las usaría a la menor provocación, al menos como lo entendía cualquier persona a este lado de la Pared del Dragón. Salvo ella, todas las Doncellas vigilaban a todo el mundo, todas las ventanas con sus celosías de piedra y balcones blancos, cada sombra. Algunas sostenían arcos cortos de hueso con las flechas encajadas, prestas para disparar, y más flechas asomaban por la boca de las aljabas que llevaban a la cintura. *Far Dareis Mai*, las Doncellas Lanceras, defendían el honor de su profetizado *Car'a'carn*, bien que en ocasiones lo hacían a su peculiar manera, y hasta la última de ellas moriría para salvarle a él la vida. La idea le revolvía la bilis a Rand.

Sulin siguió lanzando el oro con gesto despectivo —a Rand le complacía usar monedas de Tar Valon para saldar esta deuda—, una para cada uno de los que habían tomado parte en el entrenamiento. La mayoría de los hombres de las tierras húmedas les merecían a los Aiel una opinión casi tan mala como las espadas, y en eso entraba todo aquel que no hubiese nacido y crecido entre Aiel. Para gran parte de los Aiel, eso también habría incluido a Rand a pesar de su ascendencia Aiel, pero estaban los dragones de sus brazos. Uno de ellos lo señalaba como jefe de clan, ganado al arriesgar la vida en una prueba superada a fuerza de voluntad. Tener dos lo señalaba como el *Car'a'carn*, el jefe de jefes, El que Viene con el Alba. Y las Doncellas tenían otras razones para aceptarlo.

Los hombres recogieron espadas de práctica, camisas y chaquetas, le hicieron una reverencia y se volvieron para marcharse.

—Mañana —les gritó Rand—. Temprano.

Hubo otras reverencias más profundas como respuesta. Antes de que los hombres

con el torso desnudo desaparecieran del patio, los nobles andoreños salieron de sus posiciones bajo la columnata y se arremolinaron alrededor de Rand como un arco iris de sedas y pañuelos con puntillas con los que enjugaban sus sudorosos rostros. Consiguieron que a Rand se le revolviera más la bilis. «Utiliza lo que tengas y a quien tengas que utilizar o deja que la Sombra cubra el mundo.» Aquello se lo había dicho Moraine. Rand casi prefería la franca y honrada oposición de los cairhieninos y los tearianos al comportamiento de esta gente. Casi lo hizo reír la idea de haber tildado de honrado lo que esas gentes hacían.

—Estuvisteis maravilloso —exclamó Arymilla mientras posaba suavemente una mano en su brazo—. Tan veloz, tan fuerte…

Los grandes ojos castaños de la mujer brillaban más apasionados que nunca. Aparentemente era lo bastante necia para considerarlo sensible a sus encantos: el vestido verde, cubierto de bordados de plata, tenía un escote muy bajo para las costumbres andoreñas, lo que significaba que dejaba ver el inicio de los senos. Era bonita, pero sin duda tenía edad suficiente para ser su madre. Ninguna de las otras era más joven, y algunas incluso tenían más edad, pero todas competían en darle coba.

—Habéis estado magnífico, mi señor Dragón. —Elenia apartó a Arymilla casi a codazos. Aquella sonrisa resultaba chocante en el zorruno rostro de la rubia mujer; tenía reputación de arpía. Aunque no cuando estaba cerca de Rand, naturalmente—. No ha habido un espadachín como vos en toda la historia de Andor. Ni siquiera Souran Maravaile, que era el mayor general de Artur Hawkwing y esposo de Ishara, la primera en ocupar el Trono del León. Incluso él murió cuando se enfrentó a cuatro espadachines.

Rara vez perdía Elenia la ocasión de demostrar sus conocimientos sobre la historia de Andor, sobre todo en cosas respecto a las que se sabía muy poco, como la guerra que había dividido el imperio de Hawkwing a la muerte de éste. Al menos en esa ocasión no había añadido motivos que justificaran su aspiración al Trono del León.

—Sólo un poquito de mala suerte al final —agregó Jarid, el esposo de Elenia, con timbre jovial. Era un hombre robusto, atezado para ser andoreño. Bordados de volutas y jabalíes dorados, la enseña de la casa Sarand, cubrían los puños y los largos picos del cuello de su chaqueta roja, así como los leones blancos de Andor adornaban las mangas y el cuello alto del vestido de Elenia, igualmente de color rojo. Rand se preguntó si la mujer creía que él no sabría reconocer el verdadero significado de los leones. Jarid era Cabeza Insigne de su casa, pero la ambición y la energía que lo impulsaban se generaban en ella.

—Maravillosamente bien hecho, mi señor Dragón —dijo Karind sin rodeos. Su vestido gris satinado, de corte tan severo como su semblante pero recargado de cordoncillos de plata en las mangas y el repulgo, era muy acorde con las hebras que

surcaban su cabello oscuro—. Sin duda debéis de ser el espadachín más diestro del mundo.

A despecho de sus palabras, su mirada impávida era como un martillazo. De haber tenido una inteligencia acorde con su dureza, habría resultado peligrosa.

Naean era una bella mujer, delgada, de tez pálida con grandes ojos azules y lustroso cabello negro, pero la mirada despectiva que lanzó a los cinco hombres que se alejaban era un gesto permanente en ella.

—Sospecho que lo planearon de antemano para que así uno de ellos lograra golpearos. Se repartirán el dinero extra entre todos.

A diferencia de Elenia, la mujer vestida de azul, con el emblema de la Triple Llave de la casa Arawn bordado en plata a todo lo largo de las mangas, jamás proclamaba su derecho al trono estando presente Rand. Simulaba sentirse satisfecha con su posición de Cabeza Insigne de una antigua casa, lo que era tanto como decir que una leona se conformaba con ser una gata casera.

—¿Acaso puedo contar con que mis enemigos no unan sus fuerzas? —inquirió quedamente Rand. Naean abrió y cerró la boca con sorpresa; no era estúpida ni mucho menos, pero parecía pensar que quienes se le oponían tenían que caer fulminados en el momento que les hacía frente, y por lo visto lo tomaba como una afrenta personal cuando no ocurría así.

Una de la Doncellas, Enaila, pasó entre los nobles haciendo caso omiso de ellos y le tendió a Rand una toalla blanca para que se secara el sudor. Tenía el cabello de un vivo tono rojo y era baja para ser Aiel, de modo que la irritaba sobremanera el que algunas de estas mujeres de las tierras húmedas fuesen más altas que ella. La mayor parte de las Doncellas podían mirar a casi todos los hombres presentes sin tener que levantar la cabeza. Los andoreños también se esforzaron para hacer caso omiso de ella, pero resultó tan evidente el que miraran hacia cualquier otra parte que su intento acabó en un rotundo fracaso. Enaila se marchó como si aquellas personas fueran invisibles. El silenció se alargó unos cuantos segundos.

—Mi señor Dragón es muy sagaz —manifestó lord Lir al tiempo que hacía una breve reverencia y su frente se arrugaba con un leve ceño. La Cabeza Insigne de la casa Baryn vestía una chaqueta amarilla adornada con cordoncillos dorados y era esbelto como una hoja de espada e igualmente fuerte, pero excesivamente untuoso, demasiado melifluo. Nada salvo aquellos infrecuentes ceños alteraba su aparente displicencia, como si no fuera consciente de ese gesto, aunque no era el único que lanzaba miradas raras a Rand. En ocasiones todos contemplaban al Dragón Renacido que tenían entre ellos con pasmada incredulidad—. Los enemigos generalmente se unen más pronto o más tarde para actuar en equipo, y uno debe identificarlos antes de que tengan ocasión de hacerlo.

Más halagos a la sagacidad de Rand llegaron por parte de lord Henren, un tipo

recio, calvo y de mirada dura, así como por parte de lady Carlys, con sus rizos canosos, su rostro franco y su mente retorcida; y de la rellena Daerilla, con sus tontas risitas; y del nervioso Elegar, de labios finos; y de casi una docena de otros que habían mantenido la boca cerrada hasta que hubieron hablado los más poderosos.

Los nobles de menor categoría guardaron silencio tan pronto como Elenia volvió a abrir la boca.

—Siempre existe la dificultad de saber quiénes son los enemigos antes de que ellos mismos se den a conocer, y entonces ya es demasiado tarde la mayoría de las veces —manifestó, a lo que su marido asintió en conformidad.

—Siempre digo —intervino Naean— que quien no me apoya está en mi contra. Ha resultado ser una buena regla. Quienes no se definen quizás aguarden a que les des la espalda para clavarte una daga.

No era la primera vez que intentaban asegurar sus posiciones lanzando sospechas sobre cualquier lord o lady que no mantuviera su misma postura, pero Rand habría querido poder cortar en seco sus comentarios diciéndoles que se callaran. Sus intentos de jugar el Juego de las Casas eran ridículos si se comparaban con las astutas maniobras de los cairhieninos o incluso de los tearianos, además de que conseguían irritarlo, pero no quería darles ciertas ideas todavía. Inesperadamente la ayuda llegó por parte del canoso lord Masin, Cabeza Insigne de la casa Caeren.

—Otro Jearom —manifestó mientras exhibía una sonrisa obsequiosa que resultaba forzada en su descarnado y estrecho rostro. Atrajo sobre sí miradas exasperadas, incluso de los nobles de segunda fila, antes de que pudieran reprimirlas. Masin parecía estar un tanto fuera de sus cabales desde que habían tenido lugar los acontecimientos que rodearon la llegada de Rand a Caemlyn. En lugar de la Estrella y la Espada, emblema de su casa, las solapas de la chaqueta azul pálido de Masin estaban adornadas incongruentemente con flores, gotas de luna y nudos de amantes, y en ocasiones llevaba una flor en el ralo cabello, como un muchacho de campo que sale a cortejar. Sin embargo, la casa Caeren era demasiado poderosa para que ni siquiera Jarid o Naean le dieran de lado. La cabeza de Masin se meció arriba y abajo en el escuálido cuello—. Vuestra destreza con la espada es espectacular, mi señor Dragón. Sois otro Jearom.

—¿Para qué? —La pregunta resonó en el patio, poniendo un gesto agrio en los semblantes de los andoreños.

Davram Bashere ciertamente no era andoreño, con sus ojos rasgados, casi negros, una nariz ganchuda y un grueso y largo bigote que caía curvado alrededor de la ancha boca. Era delgado, un poco más alto que Enaila, y vestía una chaqueta corta de color gris, con bordados de plata en los puños y las solapas, y pantalones anchos remetidos por las botas, dobladas a la altura de las rodillas. Mientras que los andoreños habían observado el combate de pie, el mariscal de Saldaea había llevado a rastras un sillón

dorado hasta el patio y se había arrellanado en él, con una pierna por encima de un reposabrazos y la espada, con recazo de aros, girada de manera que la empuñadura estuviese fácilmente a su alcance. Su atezado rostro brillaba por la transpiración, pero hacía tan poco caso de ello como de los andoreños.

—¿A qué os referís? —inquirió Rand.

—A todo esto de practicar con la espada —repuso Bashere sin inmutarse—. Y con cinco hombres. Nadie se entrena contra cinco oponentes. Es absurdo. Más pronto o más tarde acabaréis con los sesos esparcidos por el suelo en una refriega así, incluso con espadas de práctica, y sin motivo.

—Jearom derrotó a diez en una ocasión —adujo Rand, que tenía tensas las mandíbulas.

Bashere cambió de postura en el sillón y se echó a reír.

—¿Creéis que viviréis el tiempo suficiente para igualar al espadachín más grande de la historia? —Entre los andoreños se alzó un murmullo iracundo, una ira fingida, de eso no le cabía duda a Rand, pero Bashere hizo caso omiso—. Al fin y al cabo, sois quien sois. —De repente, se movió como un muelle al soltarse, y la daga que desenvainó mientras se incorporaba salió volando directamente hacia el corazón de Rand.

Éste no movió un solo músculo. En lugar de ello, abrazó el *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera; fue cuestión de un segundo. El *Saidin* fluyó dentro de él como un torrente apestoso de metal fundido. Trató de aplastarlo, de arrastrarlo, y Rand aguantó el embate como un hombre manteniendo el equilibrio en lo alto de una montaña que se desploma. Encauzó un simple flujo de Aire que envolvió la daga y la frenó a un metro de su cuerpo. Estaba rodeado por el vacío, flotaba en medio de él, en la nada, todo pensamiento y emoción distantes.

—¡Muere! —gritó Jarid al tiempo que sacaba la espada y corría hacia Bashere.

Lir, Henren, Elegar y todos los lores andoreños tenían las espadas desenvainadas, incluso Masin, aunque éste parecía a punto de dejarla caer. Las Doncellas se habían enrollado los *shoufa* en la cabeza de manera que los velos negros se alzaron y cubrieron sus rostros hasta los ojos azules o verdes mientras enarbolaban las lanzas de largas puntas; los Aiel siempre se velaban el rostro antes de matar.

—¡Alto! —gritó Rand y todo el mundo se quedó petrificado en el sitio; los andoreños parpadeaban desconcertados en tanto que las Doncellas se limitaron a quedarse plantadas de puntillas. Bashere no había hecho ningún otro movimiento aparte de volver a recostarse en el sillón, con la pierna echada sobre el reposabrazos.

Rand asió la daga suspendida en el aire y cortó el contacto con la Fuente. A pesar de la infección que se retorcía en sus entrañas, la corrupción que acababa destruyendo a los hombres que encauzaban, desprenderse del *Saidin* resultaba difícil. Con el Poder dentro de él veía con mayor claridad, oía con más agudeza. Era una paradoja que no

comprendía, pero cuando se encontraba flotando en ese vacío aparentemente ilimitado, con las sensaciones corporales y los sentimientos amortiguados de algún modo, la percepción de todos sus sentidos se intensificaba; sin el Poder se sentía sólo medio vivo. Y parte de la infección parecía quedarse dentro de él, pero no la mitigadora gloria del *Saidin*. La mortal gloria que lo mataría si vacilaba un ápice en su lucha contra ella.

Girando la daga en sus manos caminó lentamente hacia Bashere.

—Si hubiese reaccionado una fracción de segundo más tarde ahora estaría muerto —dijo suavemente—. Podría mataros donde estáis sentado, y ninguna ley de Andor o de cualquier otra parte diría que había hecho mal. —Cayó en la cuenta de que estaba dispuesto a hacerlo. Una fría cólera había reemplazado el hueco dejado por el *Saidin*. El que se conociesen desde hacía unas pocas semanas no ponía a cubierto al saldaenino por un acto así.

Los rasgados ojos del mariscal exteriorizaban tanta calma como si se encontrase arrellanado en su propia casa.

—A mi esposa no le gustaría eso. Ni a vos, dicho sea de paso. Seguramente Deira se pondría al mando y reemprendería la persecución de Taim. No aprueba mi acuerdo con vos de apoyaros.

Rand sacudió ligeramente la cabeza, suavizada su ira un tanto por la calmada compostura del hombre. Y por sus palabras. Había sido una sorpresa enterarse que entre los nueve mil jinetes saldaeninos de Bashere todos los nobles habían traído a sus esposas, así como también la mayoría de los otros oficiales. Rand no comprendía cómo podía un hombre meter a su esposa en peligro, pero era una tradición en Saldaea, excepto cuando se iba de campaña al interior de la Llaga.

Evitó mirar a las Doncellas. Eran guerreras de la cabeza a los pies, pero también mujeres. Y les había prometido no mantenerlas lejos del peligro, aunque fuese de muerte. Pero no había prometido no sentir angustia por ello, y cuando llegaba el momento de ordenarles algo peligroso sentía como si se desgarrase por dentro, pero cumplía sus promesas. Hacía lo que debía hacer aun cuando se odiase por ello. Soltó un suspiro y arrojó la daga a un lado.

—¿Por qué hicisteis esa pregunta? —inquirió educadamente.

—Porque sois quien sois —repuso lisa y llanamente Bashere—. Porque vos, y supongo que también esos hombres que estáis reuniendo, sois lo que sois. —Rand sintió que a su espalda se movían pies con inquietud; por mucho que lo intentaran los andoreños jamás podrían ocultar su horror ante esa amnistía—. Podéis repetir lo que hicisteis con la daga todas las veces que sea preciso —continuó Bashere mientras bajaba la pierna apoyada en el reposabrazos y se echaba hacia adelante—, pero para que cualquier asesino llegue hasta vos antes tiene que salvar la guardia de vuestras Aiel. Y de mis jinetes, dicho sea de paso. Si algo consigue llegar cerca de vos, no será

humano. —Extendió las manos y volvió a recostarse en el sillón—. En fin, si queréis practicar con la espada, adelante. Un hombre necesita hacer ejercicio. Y relajarse. Pero sin que acabéis con el cráneo roto. Es mucho lo que depende de vos, y no veo por aquí ninguna Aes Sedai que pueda realizaros una Curación. —El bigote casi ocultó su repentina sonrisa—. Además, si morís no creo que nuestros amigos andoreños mantengan su cálida acogida hacia mí y mis tropas.

Los andoreños habían envainado las espadas, pero sus ojos permanecieron clavados en Bashere con expresión malévola. Y no porque hubiese estado a punto de matar a Rand. Por lo general guardaban buenos modales hacia Bashere, a pesar de que era un general forastero con un ejército forastero en territorio andoreño. El Dragón Renacido quería que Bashere estuviese allí, y aquella pandilla le habría sonreído a un Myrddraal si así lo hubiese querido Rand. Pero si éste se volvía contra él… Entonces ya no hacía falta disimular. Eran buitres que habían estado dispuestos a alimentarse con Morgase antes de que muriera, y harían lo mismo con Bashere si se les daba la más mínima oportunidad. Y con Rand. Éste tenía unas ganas locas de librarse de ellos, de perderlos de vista.

«El único modo de vivir es morir.» La idea acudió a su mente de manera repentina. Le habían dicho eso en una ocasión y de un modo que no pudo menos de creerlo, pero la idea no era suya. «Debo morir. Sólo merezco la muerte.» Le dio la espalda a Bashere mientras se aferraba con fuerza la cabeza.

El mariscal se incorporó al instante y agarró el hombro a Rand aunque le quedaba a la altura de la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Es que ese golpe os ha abierto realmente la cabeza?

—Me encuentro bien. —Rand bajó las manos; nunca había dolor en esto, sólo la conmoción de tener los pensamientos de otro hombre en el interior de su cerebro.

Bashere no era el único que lo observaba. Casi todas las Doncellas lo miraban tan atentamente como vigilaban el patio, sobre todo Enaila y la rubia Somara, la más alta de ellas. Esas dos seguramente le llevarían alguna clase de tisana tan pronto como hubiesen acabado su turno de servicio y no dejarían de darle la lata hasta que se la tomara. Elenia, Naean y los demás andoreños respiraban agitadamente, agarrando prietamente chaquetas y faldas, observando a Rand con los ojos muy abiertos por el miedo de quien quizás está viendo los primeros síntomas de locura.

—Me encuentro bien —dijo a todos los presentes en el patio. Sólo las Doncellas se tranquilizaron, y Enaila y Somara no mucho.

A los Aiel no les importaba «el Dragón Renacido»; para ellos Rand era el *Car'a'carn*, el que —según estaba profetizado— los uniría y los destruiría. Se lo tomaban con calma, aunque también les preocupaba, y al parecer el hecho de que encauzara y todo lo que conllevaba también lo tomaban con calma. Los demás —«los de las tierras húmedas», pensó secamente— lo llamaban el Dragón Renacido y nunca

se planteaban lo que tal cosa significaba. Creían que era la reencarnación de Lews Therin Telamon, el Dragón, el hombre que había sellado el agujero abierto en la prisión del Oscuro y que había puesto fin a la Guerra de la Sombra hacía más de tres mil años. Y que también había acabado con la Era de Leyenda, cuando el último contraataque del Oscuro infectó el *Saidin* y todos los hombres capaces de encauzar empezaron a volverse locos, empezando por el propio Lews Therin y sus Cien Compañeros. Lo llamaban Rand el Dragón Renacido sin sospechar en ningún momento que una parte de Lews Therin podía estar dentro de su cabeza, tan demente como el día en que había dado inicio a la Época de Locura y al Desmembramiento del Mundo, tan demente como cualquiera de esos Aes Sedai varones que habían cambiado la faz del mundo hasta dejarlo irreconocible. Lo había comprendido poco a poco; pero, cuanto más aprendía Rand sobre el Poder Único y más fuerte se hacía con el *Saidin*, más fuerte se volvía la voz de Therin y con más ahínco tenía que luchar Rand para impedir que los pensamientos de un hombre muerto se apoderasen de él. Ésa era una de las razones por las que le gustaba practicar con la espada; la ausencia de pensamientos era una barrera para conservar su propia identidad.

—Hay que encontrar una Aes Sedai —murmuró Bashere—. Si esos rumores son ciertos… Así la Luz me ciegue los ojos, ojalá no hubiese dejado que aquélla se marchara.

Mucha gente había huido de Caemlyn en los días siguientes a que Rand y los Aiel tomaran la ciudad; el propio palacio casi quedó vacío de la noche a la mañana. Había personas que a Rand le habría gustado encontrar, gente que lo había ayudado, pero todos desaparecieron. Todavía había algunos que se escabullían. Una de las que huyeron en esos primeros días fue una Aes Sedai, lo bastante joven para que en su rostro no se viera la habitual intemporalidad de sus iguales. Los hombres de Bashere mandaron aviso cuando la encontraron en una posada, pero cuando se enteró de quién era Rand echó a correr chillando. Literalmente chillando. Rand nunca descubrió a qué Ajah pertenecía. Se rumoreaba que había otra en la ciudad, pero en la actualidad corrían cientos, miles de rumores por Caemlyn, todos ellos inverosímiles, así que no parecía probable que ninguno de ellos los condujera a una Aes Sedai. Las patrullas Aiel habían avistado algunas que iban de paso por Caemlyn, todas encaminándose con prisa a alguna otra parte y ninguna de ellas dispuesta a entrar en una ciudad ocupada por el Dragón Renacido.

—¿Podría confiar en cualquier Aes Sedai? —preguntó Rand—. Además, sólo era un dolor de cabeza. No la tengo tan dura como para que no me duela un poco si le dan un golpe.

Bashere resopló sonoramente y con bastante fuerza para agitar su espeso bigote.

—Tengáis más o menos dura la cabeza, antes o después tendréis que confiar en las Aes Sedai. Sin ellas nunca reuniréis a todas las naciones bajo vuestro mando a no

ser conquistándolas. La gente mira mucho esas cosas. Por muchas que sean las Profecías que hayan oído que habéis cumplido, muchos esperarán hasta que las Aes Sedai estampen su sello sobre vos.

—En cualquier caso no podré eludir la lucha y vos lo sabéis —adujo Rand—. Los Capas Blancas no me darán la bienvenida en Amadicia aunque Ailron accediese, y desde luego Sammael no renunciará a Illian sin ofrecer resistencia. —«Sammael y Rahvin y Moghedien y…» Tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para apartar la idea de su mente. No era fácil. Acudían sin advertencia y nunca resultaba fácil.

Un golpe sordo lo hizo mirar hacia atrás. Arymilla estaba desplomada en las piedras del pavimento. Karind se había arrodillado para bajarle las faldas y frotarle las muñecas. Elegar se tambaleaba como si en cualquier momento fuera a unirse con Arymilla en el suelo, y ni Masin ni Elenia parecían encontrarse en mejor estado. Casi todos los demás daban la impresión de estar a punto de vomitar. La mención del Renegado podía causar esa reacción, sobre todo desde que Rand les había dicho que el tal lord Gaebril en realidad era Rahvin. No estaba seguro de hasta qué punto le creían, pero sólo considerar la posibilidad bastaba para debilitar las rodillas de muchos. Lo que los conmocionaba era preguntarse por qué seguían vivos. Si Rand sospechara que habían servido a Rahvin sabiendo quién era… «No —pensó—. Si lo hubiesen sabido, si todos fueran Amigos Siniestros, aun así los utilizarías.» A veces sentía tanto asco de sí mismo que estaba más que dispuesto a morir.

Al menos él estaba diciendo la verdad. Las Aes Sedai intentaban guardar en secreto que los Renegados estaban libres; temían que hacerlo público ocasionara más caos y pánico. Por el contrario Rand trataba de difundir la verdad. Puede que la gente sufriera pánico, pero dispondría de tiempo para recuperarse. Haciéndolo al modo de las Aes Sedai, el descubrimiento de la verdad y el pánico podrían llegar demasiado tarde para poder recuperarse. Además, la gente tenía derecho a saber a lo que se enfrentaba.

—Illian no aguantará mucho tiempo —dijo Bashere. Rand volvió la cabeza hacia él velozmente, pero el mariscal era un soldado demasiado experimentado para decir en público lo que no debía oírse. Sólo estaba cambiando el tema de conversación para que olvidaran a los Renegados. Aunque si éstos, o cualquier otra cosa, lo ponían nervioso a Davram Bashere Rand, no lo había advertido hasta entonces—. Illian se resquebrajará como una nuez partida por un martillo.

—Mat y vos discurristeis un buen plan. —La idea básica había sido suya, pero Mat y Bashere habían proyectado los mil y un detalles que harían que resultase. Mat más que Bashere.

—Un joven interesante, ese Mat Cauthon —musitó el mariscal—. Estoy deseando volver a hablar con él. Nunca ha mencionado con quién se ha instruido. ¿Con Agelmar Jagad? He oído que los dos estuvisteis en Shienar.

Rand guardó silencio. Los secretos de Mat le pertenecían a él; además, Rand no estaba seguro de que en realidad fueran de su amigo. Bashere ladeó la cabeza mientras se rascaba un lado del bigote con el dedo.

—Es joven para haber estudiado con cualquiera —continuó—. Es de vuestra edad. ¿Encontró alguna biblioteca en alguna parte? Me gustaría echar un vistazo a los libros que ha leído.

—Tendréis que preguntarle a él —repuso Rand—. Yo no lo sé.

Suponía que Mat debía de haber leído un libro en alguna ocasión, en alguna parte, pero a su amigo no le interesaban mucho los libros. Bashere se limitó a asentir. Cuando Rand no deseaba hablar de algo, por lo general el saldaenino lo dejaba estar. Por lo general.

—La próxima vez que hagáis una escapada a Cairhien, ¿por qué no os traéis a la hermana Verde que está allí? Egwene Sedai, según creo. He oído a los Aiel hablar de ella; afirman que es de vuestro pueblo natal. En ella sí podríais confiar, ¿no?

—Egwene tiene otras obligaciones. —Rand se echó a reír. Así que una hermana Verde. Si Bashere supiera…

Somara apareció al lado de Rand llevando la camisa de lino y la chaqueta, una prenda de fina lana roja de corte andoreño, con dragones en los largos picos del cuello y apretadas hojas de laurel en las solapas y los costados de las mangas. Era alta incluso para la media Aiel, quizá menos de un palmo más baja que él. Como las demás Doncellas, también se había bajado el velo, pero el *shoufa* parduzco todavía le cubría la cabeza y el cuello.

—El *Car'a'carn* se cogerá un resfriado —rezongó.

Rand lo dudaba. Puede que a los Aiel este calor no les pareciese nada fuera de lo normal, pero a él volvía a correrle el sudor casi tan copiosamente como cuando estaba practicando con la espada. Aun así, se metió la camisa por la cabeza y la remetió entre los pantalones, aunque no anudó los lazos, y a continuación se puso la chaqueta. No creía que Somara se atreviese a ponerle la ropa delante de los demás, pero de este modo se ahorraba sermones de ella y de Enaila y puede que alguna más de las otras, así como una tisana.

Para casi todos los Aiel era el *Car'a'carn*, y lo mismo rezaba para las Doncellas. En público. A solas con estas mujeres que habían elegido rechazar el matrimonio y el hogar en favor de la lanza, las cosas se volvían más complicadas. Suponía que podría ponerle fin —tal vez— pero se sentía obligado a no hacerlo; se lo debía. Algunas ya habían muerto por él y morirían más —¡lo había prometido, así la Luz lo abrasara por ello!— y, si podía dejarlas que hicieran eso, también podía dejarlas hacer todo lo demás. El sudor empapó la camisa de inmediato y empezó a dejar marcas oscuras en la chaqueta.

—Necesitáis a las Aes Sedai, al'Thor —insistió Bashere.

Rand confiaba en que fuese la mitad de tenaz a la hora de luchar; tal era la reputación del mariscal, pero sólo disponía de la reputación de este hombre y de unas cuantas semanas.

—No podéis permitiros el lujo de tenerlas en contra —continuó Bashere—. Y, aunque no lo estuviesen, pensad al menos que tienen unas cuantas cuerdas atadas a vos y podrían ir por ahí. Las Aes Sedai se valen de mañas y uno nunca sabe qué harán o por qué.

—¿Y si os digo que hay cientos de Aes Sedai dispuestas a apoyarme? —Rand se dio cuenta de que los andoreños estaban escuchando; debía tener cuidado de no hablar demasiado. Y no es que supiese mucho. Lo que sabía probablemente era exageración y esperanza. Ciertamente dudaba que fueran «cientos», insinuara lo que insinuara Egwene.

Bashere estrechó los ojos.

—Si es que viene una delegación de la Torre se me debería informar para así… —Su tono de voz bajó a un susurro—. ¿La escisión? ¿De verdad la Torre se ha dividido?

Lo dijo como si no pudiese creer las palabras que salían de su boca. Todo el mundo sabía que Siuan Sanche había sido depuesta de la Sede Amyrlin y que la habían neutralizado. Y ejecutado, de dar crédito a los rumores. Empero, para la mayoría de la gente una escisión en la Torre sólo eran conjeturas que muy pocos creían. La Torre Blanca había permanecido unida, como un monolito elevado sobre los tronos, durante tres mil años. Pero el saldaenino era un hombre que tomaba en cuenta todas las posibilidades. Cuando continuó lo hizo en un apagado murmullo y se acercó más a Rand para que los andoreños no pudiesen escucharlo:

—Las rebeldes deben de estar dispuestas a apoyaros. Podríais alcanzar un acuerdo más ventajoso con ellas, ya que os necesitan tanto como vos a ellas y puede que más. Pero las rebeldes, aunque sean Aes Sedai, no tendrán tanto peso como la Torre Blanca. Ciertamente no con ninguna corona. El pueblo llano puede que no comprenda la diferencia, pero los reyes y las reinas sí.

—Siguen siendo Aes Sedai —repuso Rand en un tono igualmente bajo—, sean rebeldes o no.

«Y estén donde estén —pensó, desabrido—. Aes Sedai… Siervos de Todos… la Antecámara de los Siervos se ha roto… roto para siempre… roto… Ilyena, amor mío…» Rechazó violentamente los pensamientos de Lews Therin. En realidad a veces le habían sido útiles al darle información que necesitaba, pero estaban cobrando demasiada fuerza. Si tuviese una Aes Sedai allí —una Amarilla; eran las más diestras con la Curación—, tal vez podría… Había habido una Aes Sedai en la que había confiado, aunque no hasta poco antes de que muriese. Y Moraine le había dejado escrito un consejo sobre las Aes Sedai, sobre cualquier mujer que llevara el chal y el

anillo.

—Jamás confiaré en ninguna Aes Sedai —dijo en voz queda, rasposa—. Las utilizaré porque las necesito, pero de la Torre o rebeldes sé que tratarán de utilizarme, porque eso es lo que hacen las Aes Sedai. Nunca confiaré en ellas, Bashere.

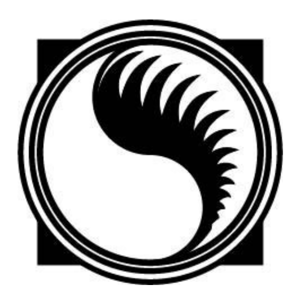
El saldaenino asintió lentamente.

—Entonces utilizadlas, si podéis. Pero recordad esto: nadie resiste mucho tiempo siguiendo el camino que ellas marcan. —De repente soltó una carcajada—. Artur Hawkwing fue el primero y el último que lo logró, que yo sepa. Así la Luz abrase mis ojos, quizá vos seáis el segundo.

El sonido de unas botas anunció la llegada de alguien al patio, uno de los hombres de Bashere, un tipo joven de hombros fornidos y nariz afilada, un palmo más alto que su general, con una espesa y brillante barba negra y un bigote igualmente denso. Caminaba como quien está más acostumbrado a la silla de montar que a sus propios pies, pero movió con fácil desenvoltura la espada que llevaba a la cadera cuando hizo una reverencia, más a Bashere que a Rand; puede que el mariscal acatara las decisiones del Dragón Renacido, pero Tumad —Rand creía que se llamaba así, Tumad Ahzkan— obedecía las órdenes de Bashere. Enaila y otras tres Doncellas clavaron los ojos en el recién llegado; no se fiaban de ningún habitante de las tierras húmedas que se acercase al *Car'a'carn*.

—Un hombre se ha presentado en las puertas —informó Tumad con aire intranquilo—. Dice que… que es Mazrim Taim, milord Bashere.

2



Llega otro viajero

Mazrim Taim. Antes que Rand otros hombres habían proclamado ser el Dragón Renacido a lo largo de los siglos. En los últimos años se había producido una plétora de falsos Dragones, algunos de los cuales poseían capacidad para encauzar. Mazrim Taim era uno de ellos; había reclutado un ejército y causó estragos en Saldaea antes de que lo prendieran. La expresión de Bashere no cambió, pero aferró la empuñadura de la espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos; Tumad lo miraba, a la espera de sus órdenes. Para empezar, la huida de Taim cuando iba de camino a Tar Valon para ser amansado era el motivo de que Bashere hubiese ido a Andor. Hasta ese punto Saldaea temía y odiaba a Mazrim Taim; la reina Tenobia había enviado a su mariscal con un ejército para perseguir al hombre dondequiera que se dirigiese y el tiempo que hiciese falta por mucho que fuera, con tal de asegurarse de que Taim no volvería a ocasionar problemas a Saldaea.

Las Doncellas conservaron la calma, pero el nombre se propagó entre los andoreños como una antorcha arrojada en un pastizal seco. A Arymilla acababan de incorporarla, pero los ojos de la noble se pusieron en blanco otra vez; se habría desplomado de nuevo si Karind no la hubiese sostenido para tumbarla con cuidado en el suelo. Elegar retrocedió tambaleándose hasta la columnata, se dobló por la cintura y vomitó ruidosamente. Los demás reaccionaron con exclamaciones ahogadas y pánico, llevándose pañuelos a la boca y asiendo las empuñaduras de las espadas. Hasta la imperturbable Karind se lamió los labios con nerviosismo.

Rand sacó la mano del bolsillo de su chaqueta.

—La amnistía —dijo, y los dos saldaeninos le asestaron una larga e intensa mirada.

—¿Y si no ha venido por vuestra amnistía? —inquirió Bashere al cabo de un momento—. ¿Y si todavía afirma ser el Dragón Renacido?

Los andoreños rebulleron con inquietud; nadie deseaba encontrarse en las inmediaciones de un lugar donde podría utilizarse el Poder Único en un duelo.

—Si piensa eso —manifestó firmemente Rand—, lo sacaré de su error. —En el bolsillo guardaba un *angreal* muy peculiar, uno creado para ser utilizado por

hombres, la figurilla de un hombre gordo con una espada. Por fuerte que fuese Taim no podría hacer frente a algo así—. Pero si ha venido por la amnistía, la tendrá, al igual que cualquier otro.

Fuera lo que fuera lo que Taim había hecho en Saldaea, Rand no podía permitirse el lujo de rechazar a un hombre capaz de encauzar, un hombre al que no sería necesario enseñar desde el principio, empezando por los primeros pasos. Necesitaba a un hombre así. No rechazaría a nadie excepto a uno de los Renegados; no a menos que se viera forzado a hacerlo. «Demandred y Sammael, Semirhage y Mesaana, Asmodean y…» Rand obligó a Lews Therin a recluirse de nuevo en lo más recóndito de su mente; en ese momento no podía permitirse distracciones.

Bashere hizo de nuevo una pausa antes de hablar, pero finalmente asintió con la cabeza y soltó la espada.

—Vuestra amnistía sigue teniendo vigencia, por supuesto, pero fijaos bien en esto, Rand al'Thor: si Taim vuelve a poner un pie en Saldaea, no vivirá para salir de allí. Hay demasiados recuerdos, y ninguna orden mía ni de la propia Tenobia podría impedirlo.

—Lo mantendré lejos de Saldaea. —Una de dos: o Taim había acudido para someterse a él o sería preciso matarlo. En un gesto inconsciente Rand se llevó la mano al bolsillo y apretó la figurilla del hombre gordo a través del paño—. Traedlo aquí.

Tumad miró a Bashere, pero el breve cabeceo del mariscal asintiendo fue tan inmediato que dio la impresión de que Tumad inclinaba la cabeza obedientemente en respuesta a la orden expresada en voz alta por Rand, que a pesar de su repentina irritación no dijo nada. Tumad salió presuroso con su peculiar forma de caminar, ligeramente bamboleante. Bashere se cruzó de brazos y permaneció de pie con aire relajado. Sin embargo, aquellos oscuros y rasgados ojos, clavados en el lugar por el que Tumad había salido, le daban la imagen de un hombre en alerta y preparado para matar.

De nuevo se produjo el nervioso movimiento de pies entre los andoreños, un indeciso alejarse unos pasos para después desandarlos y volver al mismo sitio. Respiraban como si hubiesen corrido kilómetros.

—Podéis marcharos —les dijo Rand.

—Por lo que a mí respecta, me quedo con vos —empezó Lir justo en el momento en que Naean decía secamente:

—No huiré de…

Querían demostrarle que no tenían miedo aunque estuviesen a punto de ensuciarse encima; deseaban salir corriendo olvidando la poca dignidad que todavía no le habían echado a los pies para que la pisoteara. La elección era sencilla. Él era el Dragón Renacido y ganarse su favor significaba obedecer; además, en este caso

obedecer coincidía con sus deseos. Hubo un agitado trajín de reverencias e inclinaciones de cabezas, de apresurados murmullos de «con vuestro permiso, mi señor Dragón» y «como ordenéis, mi señor Dragón» y salieron… no exactamente disparados, pero sí caminando tan deprisa como les era posible sin parecer que salían pitando. Y justo en dirección contraria a la tomada por Tumad; era obvio que querían evitar el riesgo de toparse con Mazrim Taim mientras éste se dirigía hacia el patio.

La espera se hizo más larga con el calor; se tardaba un rato en conducir a un hombre a través de los numerosos pasillos que había desde las puertas principales, pero una vez que los andoreños se hubieron marchado nadie se movió. Bashere seguía con la vista fija en la dirección por la que aparecería Taim. Las Doncellas observaban vigilantes todo, pero siempre lo hacían; y, si daban la impresión de estar prestas a cubrirse con el velo en cualquier momento, también hacían eso siempre. Salvo por los ojos, habríase dicho que eran estatuas.

Finalmente el sonido de botas resonó en el patio. Rand estuvo a punto de aferrar el *Saidin*, pero se contuvo. Ese hombre se daría cuenta de que estaba en contacto con el Poder tan pronto como entrara en el patio, y Rand no podía permitirse el lujo de parecer que le tenía miedo.

Tumad salió primero al patio soleado, seguido de un hombre de cabello negro y algo más alto que la talla media, cuya tez atezada y ojos rasgados lo señalaban como otro saldaenino, aunque iba pulcramente afeitado y vestido como cualquier mercader próspero de Andor que está pasando un mal momento. La chaqueta azul oscuro era de buena lana e iba ribeteada con terciopelo de una tonalidad más oscura, pero el uso había deshilachado los puños, los pantalones le hacían bolsas en las rodillas y las agrietadas botas estaban cubiertas por una capa de polvo. Aun así caminaba con orgullo, una hazaña nada despreciable teniendo en cuenta que otros cuatro soldados de Bashere iban detrás de él con aquellas espadas ligeramente serpentinas desenvainadas y las puntas a escasos centímetros de sus costillas. El calor no parecía afectarlo. Los ojos de las Doncellas siguieron su aproximación.

Rand estudió a Taim mientras el hombre y su escolta cruzaban el patio. Por lo menos era quince años mayor que él, de modo que debía de tener unos treinta y cinco o pocos más. Se sabía poco y se había escrito menos sobre los hombres que podían encauzar, ya que era un tema que evitaba la mayoría de la gente decente, pero Rand había investigado todo lo posible. En la actualidad eran relativamente escasos los hombres que buscaban poseer tal habilidad, y ése era uno de los problemas de Rand. Desde el Desmembramiento, la mayoría de los hombres que encauzaban poseían esa habilidad de manera innata, presta para surgir cuando llegaban a adultos. Algunos se las ingeniaban para mantener la locura a raya durante años antes de que las Aes Sedai los encontraran y los amansaran; otros ya estaban irremediablemente locos cuando daban con ellos, en ocasiones antes de que hubiese transcurrido un año desde la

primera vez que tocaban el *Saidin*. Hasta el momento Rand se había aferrado a la cordura durante casi dos años. No obstante, ante él tenía a un hombre que debía de haberlo hecho durante diez o quince; eso por sí solo era importante.

Se detuvieron a unos cuantos pasos de Rand obedeciendo un gesto de Tumad. Rand abrió la boca; pero, antes de que tuviese ocasión de hablar, Lews Therin emergió en su mente con un arrebato de furia:

«Sammael y Demandred me odiaban, les otorgara los honores que les otorgase. Cuanto mayores los honores, mayor su odio, hasta que vendieron sus almas y se pasaron a la Sombra. En especial Demandred. ¡Tendría que haberlo matado! ¡Tendría que haberlos matado a todos! ¡Abrasar el mundo para matarlos! ¡Abrasar el mundo!»

Sin mudar el semblante, Rand luchó para recobrar su propia mente. «Soy Rand al'Thor. ¡Rand al'Thor! ¡Jamás conocí a Sammael ni a Demandred ni a ninguno de los otros! ¡La Luz me consuma, soy Rand al'Thor!» Sonaba como una súplica. Lews Therin desapareció, rechazado de vuelta a cualesquiera que fuesen las sombras en las que residía.

—¿Decís que sois Mazrim Taim? —preguntó Bashere aprovechando el silencio. Su timbre era dubitativo, y Rand lo miró desconcertado. ¿Era o no era Taim? Sólo un demente se identificaría como él si no lo era.

Los labios del prisionero se curvaron levemente en lo que podría haberse tomado por un amago de sonrisa mientras el hombre se frotaba la mejilla.

—Me he afeitado, Bashere. —En su voz se advertía algo más que un indicio de sorna—. Hace calor aquí, tan al sur, ¿o es que no lo habéis notado? Más de lo que sería lógico, incluso en esta zona. ¿Queréis una prueba de que soy quien digo? ¿Deseáis que encauce? —Sus oscuros ojos se desviaron fugazmente hacia Rand y luego volvieron hacia Bashere, cuyo rostro se iba tornando más sombrío de minuto en minuto—. No, eso no sería aconsejable ahora. Os recuerdo. Os estaba derrotando en Irinjavar hasta que aquellas visiones aparecieron en el cielo. Claro que eso es algo que sabe todo el mundo. ¿Qué podría haber que no supiera nadie excepto vos y Mazrim Taim? —Pendiente por completo de Bashere parecía no advertir a los guardias ni sus espadas, todavía apuntadas a sus costillas—. Me he enterado de que ocultasteis lo que les ocurrió a Musar, Hachari y sus esposas. —Ahora el timbre de sorna había desaparecido; Taim se limitaba a contar lo sucedido—. No debieron intentar matarme utilizando la añagaza de una bandera blanca para parlamentar. Confío en que les hayáis encontrado un buen puesto como sirvientes, ya que lo único que realmente desean ahora es servir y obedecer; no serían felices de otra forma. Podría haberlos matado. Habría estado en mi derecho puesto que los cuatro desenvainaron dagas.

—¡Taim, sois…! —gruñó Bashere mientras su mano volaba hacia la empuñadura de la espada.

Rand se interpuso entre los dos y aferró la muñeca del mariscal cuando el arma estaba ya medio desenvainada. Las espadas de los guardias, así como la de Tumad, tocaban ahora a Taim y probablemente las puntas llegaban a la carne a juzgar por la presión que ejercían contra la chaqueta, pero el prisionero no hizo el menor gesto de dolor.

—¿Habéis venido a verme o a zaherir a lord Bashere? —demandó Rand—. Si volvéis a provocarlo dejaré que os mate. Mi amnistía condona lo que habéis hecho, pero no os autoriza a alardear de vuestros crímenes.

Taim estudió a Rand un momento antes de hablar. A despecho del calor el tipo apenas transpiraba.

—Vine a veros. Sois el de la visión en el cielo. Se dice que era el Oscuro en persona contra quien combatíais.

—El Oscuro no —repuso Rand. Bashere no estaba forcejeando exactamente, pero notaba la tensión en el brazo del mariscal. Si lo soltaba, la espada saldría del todo y atravesaría a Taim en un visto y no visto. A menos que utilizara el Poder. O lo utilizara Taim. Había que evitar tal cosa si ello era posible. Mantuvo los dedos cerrados firmemente en la muñeca de Bashere—. Se llamaba a sí mismo Ba'alzemon, pero creo que era Ishamael. Lo maté posteriormente, en la Ciudadela de Tear.

—Se comenta que habéis acabado con varios de los Renegados. ¿He de llamaros mi señor Dragón? He oído a esta pandilla usar ese título. ¿Os proponéis matar a todos los Renegados?

—¿Conocéis acaso otro modo de ocuparse de ellos? —inquirió Rand—. O mueren o es el mundo el que perece. A no ser que creáis que se los puede convencer de que abandonen a la Sombra del mismo modo que abandonaron la Luz.

Esto estaba tomando un viso ridículo. Aquí estaba, sosteniendo una conversación con un hombre que sin duda tenía clavadas cinco puntas de espada a través de la chaqueta mientras que él frenaba a otro que quería añadir una sexta y no sólo para hacerle sangrar un hililllo. Al menos los hombres de Bashere eran demasiado disciplinados para hacer más sin el permiso de su general. Y al menos Bashere estaba manteniendo la boca cerrada. Admirando la frialdad de Taim, Rand continuó tan rápidamente como le era posible sin parecer que tenía prisa:

—Sean cuales sean vuestros crímenes, Taim, palidecen si se los compara con los de los Renegados. ¿Alguna vez habéis torturado a toda una ciudad, habéis hecho que miles de personas colaboren para destruirse entre sí lentamente, para acabar con sus propios seres queridos? Semirhage hizo eso sin otro motivo que demostrar que podía, por el puro placer de hacerlo. ¿Habéis matado niños? Graendal sí. Lo llamó un acto de piedad para que así no sufrieran después de que esclavizara a sus padres y se los llevara. —Sólo esperaba que los otros saldaeninos estuvieran escuchando con la mitad de atención que Taim, quien de hecho se había inclinado ligeramente hacia

adelante, interesado. Y esperaba que no le hiciesen muchas preguntas respecto de dónde le venían esos conocimientos.

»¿Habéis entregado personas a los trollocs para que las devoren? Todos los Renegados lo hicieron; así acababan los prisioneros que no se pasaban a su bando. Eso si no se los asesinaba de entrada. Demandred arrasó dos ciudades sólo porque creía que sus habitantes lo habían menospreciado antes de que se pasara a la Sombra, y todos, hombres, mujeres y niños, terminaron en las panzas de los trollocs. Mesaana fundó escuelas en el territorio que controlaba, centros donde se instruía a niños y a jóvenes en las «maravillas» del Oscuro y se les enseñaba a matar a los amigos que no aprendían bien o lo bastante deprisa.

»Podría seguir. Podría empezar desde el principio de la lista pasando por los trece en su totalidad, enumerando un centenar de crímenes igualmente espantosos perpetrados por cada uno de ellos. Sea lo que sea lo que hayáis hecho, no tiene punto de comparación con eso. Y ahora habéis venido para acogeros a mi perdón, para caminar bajo la Luz y someteros a mí, para combatir al Oscuro con más empeño del que hayáis puesto en combatir a nadie. Los Renegados se tambalean; me propongo darles caza a todos y erradicarlos. Vos me ayudaréis en ese cometido y con ello os habréis ganado el perdón. Para seros sincero, probablemente os lo habréis ganado por centuplicado antes de que la Última Batalla haya concluido.

Por fin notó que Bashere relajaba los músculos del brazo y sintió la espada del hombre deslizándose dentro de la vaina. Rand casi no pudo contener un suspiro de alivio.

—No veo razón para vigilarlo tan de cerca ahora —manifestó—. Guardad las armas.

Despacio, Tumad y los otros empezaron a envainar las espadas. Despacio, pero lo estaban haciendo.

—¿Someterme? —dijo entonces Taim—. Yo había pensado en un pacto entre nosotros.

Los soldados saldaeninos se pusieron tensos de nuevo; Bashere seguía detrás de Rand, pero éste notó su tensión. Las Doncellas no movieron un solo músculo a excepción de Jalani, cuya mano se crispó fugazmente, como si la hubiese frenado cuando iba hacia el velo. Taim ladeó la cabeza sin percatarse de nada.

—Yo sería el socio menor, por supuesto —continuó Taim—. Pero yo he dispuesto de más años para estudiar el Poder y hay mucho que podría enseñaros.

La cólera se apoderó de Rand hasta formar un velo rojo en su vista. Había hablado de cosas de las que no debería tener conocimiento, lo que probablemente daría origen a docenas de rumores sobre sí mismo y los Renegados, todo con el fin de hacer menos tenebrosos los actos de este tipo, ¿y encima tenía la desfachatez de hablar de pactos? Lews Therin empezó a despotricar dentro de su cabeza. «¡Mátalo!

¡Mátalo ya! ¡Mátalo!» Por una vez Rand no se molestó en acallar la voz.

—¡Nada de pactos! —bramó—. ¡Nada de socios! ¡Soy el Dragón Renacido, Taim! ¡Yo! Si poseéis algún conocimiento que me pueda ser útil, lo aprovecharé, pero iréis donde diga, haréis lo que diga y cuando lo diga.

Sin vacilar un momento Taim hincó una rodilla en el suelo.

—Me someto al Dragón Renacido. Serviré y obedeceré. —Las comisuras de sus labios se curvaron de nuevo en aquel amago de sonrisa mientras se levantaba. Tumad lo miraba boquiabierto.

—¿Tan de repente? —inquirió en voz queda Rand. Su cólera no se había apaciguado, sino todo lo contrario. Si le daba rienda suelta no sabía qué podría hacer. Lews Therin seguía farfullando en su mente. «¡Mátalo! ¡Debes matarlo!» Rand lo rechazó hasta reducir la voz a un murmullo apenas audible. Tal vez no debería sorprenderse por esta claudicación; ocurrían cosas raras en torno a los *ta'veren*, sobre todo con uno tan fuerte como él. Que un hombre cambiase de opinión en un momento, aun en el caso de que su curso estuviera cincelado en piedra, no debería ser una gran sorpresa—. Os proclamasteis el Dragón Renacido, librasteis batallas por todo Saldaea, sólo consiguieron capturaros cuando os dejaron inconsciente de un golpe, ¿y ahora os dais por vencido tan rápidamente? ¿Por qué?

—¿Qué opciones tengo? —Taim se encogió de hombros—. ¿Vagar por el mundo solo, sin amigos y perseguido, en tanto que vos alcanzáis la gloria? Eso suponiendo que Bashere, o vuestras guerreras Aiel, no se las apañan para matarme antes de que pueda salir de la ciudad. Y, si no lo hacen, las Aes Sedai me acorralarán antes o después; dudo que la Torre tenga intención de olvidarse de Mazrim Taim. La otra opción es seguiros; así parte de esa gloria será mía. —Por primera vez miró en derredor, a los guardias, a las Doncellas, y sacudió la cabeza como si no diera crédito a sus ojos—. Podría haber sido yo el profetizado. ¿De qué otro modo podía estar seguro? Encauzo; y soy fuerte en el Poder. ¿Quién podía afirmar que yo no era el Dragón Renacido? Sólo tenía que cumplir una de las Profecías.

—¿Cómo por ejemplo lo de haber nacido en las laderas del Monte del Dragón? —inquirió fríamente Rand—. Ésa era la primera Profecía que había que cumplir.

Los labios de Taim volvieron a curvarse. En realidad no era una sonrisa, ya que el rictus nunca se reflejaba en sus ojos.

—Los vencedores escriben la historia. Si yo hubiese tomado la Ciudadela de Tear, la historia habría demostrado que nací en el Monte del Dragón de una mujer a la que jamás tocó un hombre, y los cielos habrían resplandecido para anunciar mi llegada. Ese tipo de cosas que ahora cuentan sobre vos. Pero conquistasteis la Ciudadela con vuestros Aiel y el mundo os aclama como el Dragón Renacido. Sé a qué atenerme para ir contra eso; sois el anunciado. En resumen, puesto que no puede ser mía toda la hogaza, me conformaré con las rodajas que me toquen.

—Es posible que alcancéis honores, Taim, y puede que no. Si empezáis a reconcomeros por eso, pensad lo que les ocurrió a los otros que hicieron lo mismo que hicisteis vos. Logain, capturado y amansado; corren rumores de que ha muerto en la Torre. Un tipo del que no se conoce ni el nombre, decapitado por los tearianos en Haddon Mirk. Otro quemado vivo en la hoguera por los murandianos. ¡Quemado vivo, Taim! Es lo que los illianos le hicieron también a Gorin Rogad hace cuatro años.

—No es una suerte que me gustaría compartir —manifestó Taim sin alterar el gesto.

—Entonces olvidaos de honores y recordad la Última Batalla. Todo cuanto hago tiene como meta el Tarmon Gai'don. Todo lo que os diga que hagáis tendrá el mismo objetivo. ¡Y será también el vuestro!

—Por supuesto. —Taim alzó las manos—. Sois el Dragón Renacido, no lo pongo en duda y lo admito públicamente. Marcharemos juntos al Tarmon Gai'don, donde según anuncian las Profecías venceréis. Y la historia dirá que Mazrim Taim estuvo a vuestra derecha.

—Tal vez —repuso Rand cortante. Había vivido demasiadas profecías para creer que alguna de ellas significara exactamente lo que decía. Ni siquiera que aseguraran nada. En su opinión, una profecía marcaba los requisitos que debían concurrir para que algo ocurriera; sólo que el hecho de que se dieran tales requisitos no significaba que tal cosa sucedería, únicamente que podría suceder. Ciertas condiciones estipuladas en las Profecías del Dragón daban a entender que él tenía que morir para tener alguna oportunidad de vencer. Pensar en ello no mejoró precisamente su irritación—. Quiera la Luz que vuestra oportunidad no se presente demasiado pronto. Y bien, ¿qué conocimientos tenéis que me sean útiles? ¿Podéis enseñar a encauzar a los hombres? ¿Podéis hacer pruebas a un varón para saber si se le puede enseñar?

A diferencia de las mujeres, un hombre capaz de encauzar no podía percibir la habilidad en otro. Existían tantas disimilitudes con respecto al Poder Único entre hombres y mujeres como las que había físicamente entre uno y otro sexo; a veces la divergencia era cuestión del grosor de un cabello y otras como la disparidad entre piedra y seda.

—¿Os referís a vuestra amnistía? ¿De verdad existen necios que han acudido para aprender a ser como vos y yo?

Bashere se limitó a mirar con menosprecio a Taim, cruzado de brazos y plantado con los pies bien separados, pero Tumad y los guardias rebulleron con nerviosismo. No así las Doncellas. Rand no tenía idea de lo que opinaban las Doncellas sobre la veintena de hombres que había respondido a su llamada; nunca dejaban entrever lo que pensaban al respecto. Mas, con el recuerdo de Taim como un falso Dragón todavía fresco en sus cabezas, pocos de los saldaeninos pudieron ocultar su inquietud.

—Limitaos a responder, Taim. Si podéis hacer lo que quiero, decidlo. Si no… —Eso lo dijo impulsado por la rabia. No podía deshacerse del hombre aunque cada día tuviera que sostener un pulso de voluntades con él. Sin embargo, por lo visto Taim sí pensaba que lo decía en serio.

—Puedo hacer las dos cosas —se apresuró a aclarar—. He encontrado a cinco durante todos estos años, aunque realmente no los buscaba, pero sólo uno tuvo el valor de ir más allá de la prueba. —Vaciló antes de añadir—: Se volvió loco al cabo de dos años. Tuve que matarlo antes de que él me matara a mí.

Dos años.

—Vos habéis aguantado mucho más tiempo. ¿Cómo? —inquirió Rand.

—¿Preocupado? —preguntó suavemente Taim, que después se encogió de hombros—. En eso no puedo ayudaros porque ignoro cómo. Sólo sé que lo he conseguido. Estoy tan cuerdo como… —Sus ojos buscaron fugazmente al mariscal, haciendo caso omiso de la implacable mirada del otro hombre—. Como lord Bashere.

De repente Rand se planteó una pregunta. La mitad de las Doncellas se había dado media vuelta para vigilar el resto del patio; no enfocaban su atención en un posible peligro de manera que descuidasen otros. El peligro latente era Taim, y la otra mitad de las Doncellas seguía con la mirada prendida en él y en Rand, alertas a cualquier señal de que el peligro era real. Cualquier hombre tendría que haber estado pendiente de ellas, de la posible muerte apareciendo de repente en sus ojos y sus manos. Rand era muy consciente de su amenazadora presencia, y eso que ellas querían protegerlo. Y Tumad y los otros guardias todavía aferraban las empuñaduras de sus espadas, prestos para desenvainarlas de nuevo. Si los hombres de Bashere y las Aiel decidían matar a Taim, al hombre no le iba a resultar nada fácil escapar del patio a pesar de que encauzara, a no ser que Rand lo ayudase. Sin embargo, Taim no les prestaba más atención a los soldados y a las Doncellas de lo que hacía con las columnas que rodeaban el patio o las losas que estaba pisando. ¿Era bravura, real o fingida, u otra cosa? ¿Una especie de locura?

—Todavía no confiáis en mí —dijo Taim al cabo de un momento de silencio—. No tenéis razones para fiaros, claro. Todavía. Con el tiempo lo haréis. Como prueba de esa futura confianza, os he traído un regalo.

De debajo de la gastada chaqueta sacó un paquete envuelto con harapos, un poco más grande que los dos puños de un hombre juntos. Rand frunció el entrecejo y lo cogió; se le cortó la respiración cuando tocó la forma que había dentro. Retiró con precipitación los harapos de diversos colores y dejó a la vista un disco del tamaño de su palma; un disco como el que había dibujado en el estandarte escarlata que ondeaba en lo alto de palacio, la mitad blanco y la mitad negro: el antiguo símbolo de los Aes Sedai antes del Desmembramiento del Mundo. Pasó los dedos sobre las dos mitades en forma de lágrimas encajadas entre sí.

Sólo se habían creado siete como éste, de *cuendillar*. Eran los sellos de la prisión del Oscuro, los que impedían que la Sombra tocara el mundo. Rand guardaba otros dos, cuidadosamente ocultos, celosamente protegidos. Nada podía romper el *cuendillar*, ni siquiera el Poder Único —el borde de una delicada copa hecha con piedra del corazón podía arañar el acero o un diamante— pero tres de los siete se habían roto. Él los había visto fracturados. Había presenciado cómo Moraine cortaba una fina lámina del borde de uno. Los sellos se estaban debilitando, sólo la Luz sabía cómo y por qué. El disco que sostenía ahora en sus manos poseía el tacto terso y duro del *cuendillar*, cual una mezcla de la más fina porcelana con acero bruñido; empero, estaba seguro de que se rompería si lo dejaba caer en las losas del suelo.

Tres rotos. Tres en su posesión. ¿Dónde estaría el séptimo? Sólo había cuatro sellos entre la raza humana y el Oscuro. Cuatro si es que el último seguía indemne. Sólo cuatro, interponiéndose entre la humanidad y la Última Batalla. ¿Hasta qué punto aguantaban todavía, considerando su fragilidad?

La voz de Lews Therin irrumpió como un trueno. «Rómpelo. Rómpelos todos. Tienes que romperlos. Tienes que hacerlo. Debes hacerlo. Rómpelos todos y ataca. Tienes que atacar rápidamente. Ahora. Rómpelo. Rómpelo. Rómpelo…»

Rand temblaba por el esfuerzo de rechazar aquella voz, de despejar la bruma que se adhería a su cerebro como telarañas. Los músculos le dolían como si luchase a brazo partido con un hombre de carne y hueso, un coloso. Puñado a puñado metió la niebla que era Lews Therin en los rincones más recónditos, en las sombras más densas que pudo encontrar en su mente.

De pronto escuchó las palabras que estaba mascullando con voz ronca:

—Hay que romperlo ahora. Romperlos todos. Romperlo. Romperlo.

Súbitamente fue consciente de que tenía las manos levantadas por encima de la cabeza, sosteniendo el sello, dispuesto a estamparlo contra las blancas losas del suelo. Si no lo había hecho ya era porque Bashere, puesto de puntillas y alzados los brazos, le aferraba las muñecas.

—No sé lo que es eso —dijo quedamente el mariscal—, pero creo que deberíais esperar antes de tomar la decisión de romperlo, ¿eh?

Tumad y los demás ya no vigilaban a Taim; ahora lo contemplaban a él, boquiabiertos y con los ojos desorbitados. Hasta las Doncellas habían vuelto la vista hacia él con expresión preocupada. Sulin dio un corto paso hacia los hombres, y Jalani tenía tendida la mano en dirección a Rand como si no fuera consciente de su gesto.

—No. —Rand tragó saliva; le dolía la garganta—. Creo que no debo hacerlo.

Bashere retrocedió lentamente, y Rand bajó el sello con igual parsimonia. Si Taim le había dado la impresión de ser imperturbable, ahora tenía prueba de lo contrario. La conmoción se plasmaba en el semblante del hombre.

—¿Sabéis lo que es esto, Taim? —demandó Rand—. Tenéis que saberlo o no me lo habríais traído. ¿Dónde lo encontrasteis? ¿Tenéis alguno más? ¿Sabéis dónde hay otro?

—No —contestó Taim con voz insegura. No con miedo, precisamente, sino más bien como un hombre que ha sentido cómo cede bajo sus pies el borde de un acantilado y de repente se encuentra con que está pisando suelo firme de nuevo—. Ése es el único que yo… He oído todo tipo de rumores desde que escapé de las Aes Sedai: monstruos que se materializan de repente en el aire; bestias extrañas; hombres que hablan con animales y éstos les responden; Aes Sedai que se vuelven locas como se supone que nos ocurre a nosotros; pueblos donde todos sus habitantes pierden la razón y se matan entre sí. Algunos pueden ser verdad. La mitad de lo que sé que es cierto no resulta menos demencial. Oí que algunos de los sellos se habían roto. Ése podría romperlo un martillo.

Bashere frunció el ceño y contempló intensamente el disco que sostenía Rand en las manos; entonces soltó una exclamación ahogada. Ahora entendía.

—¿Dónde lo encontrasteis? —reiteró Rand. Si pudiese encontrar el último… ¿Qué? Lews Therin rebulló, pero se negó a escucharlo.

—En el último lugar que podríais imaginar —contestó Taim—, lo que me hace suponer que es el primer sitio donde habría que buscar los otros: en una pequeña granja medio desmoronada, en Saldaea. Me detuve para beber agua y el granjero me lo entregó. Era viejo y no tenía hijos ni nietos a los que dejárselo, y creía que yo era el Dragón Renacido. Aseguraba que su familia lo había guardado durante más de dos mil años, y que eran reyes y reinas durante la Guerra de los Trollocs, y nobles a las órdenes de Artur Hawkwing. Su relato podría ser cierto. No resulta menos increíble que el hecho de encontrar eso en una cabaña a sólo unos cuantos días de camino de la Frontera de la Llaga.

Rand asintió con un cabeceo y luego se agachó para recoger los harapos. Estaba acostumbrado a que a su alrededor ocurriese lo impensable; a veces tenía que ocurrir también en otros lugares. Envolvió de nuevo el sello y se lo entregó a Bashere.

—Guardad esto con gran celo. —«¡Rómpelo!» Ahogó aquella voz sin miramientos—. Que no le ocurra nada malo.

Bashere tomó reverentemente el bulto con las dos manos. Rand no supo con certeza si la inclinación de cabeza del mariscal iba dirigida a él o al sello.

—Durante diez horas o diez años, estará a salvo hasta que lo pidáis.

Rand lo observó atentamente un momento.

—Todos esperan y temen que pierda la cordura, pero vos no. Debisteis pensar que finalmente me había ocurrido, pero ni siquiera entonces tuvisteis miedo.

Bashere se encogió de hombros, sonriendo debajo del tupido bigote canoso.

—La primera vez que dormí en la silla de montar, Muad Cheade era el mariscal.

Aquel hombre estaba más loco que una cabra. Dos veces al día registraba a su asistente buscando veneno y sólo bebía vinagre y agua, que según él era un eficaz antídoto para el tóxico que el tipo le suministraba, pero se comía todo lo que el hombre preparaba durante todo el tiempo que serví con él. Una vez hizo talar un robledal porque los árboles lo estaban mirando mal, y después insistió en hacerles un funeral como era debido; él mismo dijo la oración. ¿Tenéis idea de lo que se tarda en cavar tumbas para veintitrés robles?

—¿Por qué no tomó medidas alguien? ¿Su familia no podía hacer nada?

—Los que no estaban tan chiflados como él, o más, tenían miedo hasta de mirarlo de reojo. De todos modos el padre de Tenobia no habría permitido que nadie tocara a Cheade. Estaría loco, pero superaba en táctica militar a cualquier general. Jamás perdió una batalla. Ni siquiera llegó a estar cerca de la derrota en ningún momento.

Rand se echó a reír sin poderlo remediar.

—¿Así que me seguís porque creéis que puedo superar en táctica militar al Oscuro?

—Os sigo porque sois quien sois —repuso sosegadamente Bashere—. El mundo debe seguiros o quienes sobrevivan desearán estar muertos.

Rand asintió lentamente. Las Profecías anunciaban que destruiría naciones y las uniría. No es que quisiera hacerlo, pero las Profecías eran la única guía que tenía sobre cómo disputar la Última Batalla, cómo ganarla. Incluso sin ellas, era de la opinión que los países debían unirse. No podía creer que la Última Batalla se reduciría a un combate entre el Oscuro y él; si se estaba volviendo loco todavía no lo estaba tanto como para creer que era más que un hombre. Sería la raza humana contra trollocs y Myrddraal y todo tipo de Engendros de la Sombra que la Llaga pudiese vomitar, así como Amigos Siniestros saliendo de sus escondrijos. Habría otros peligros en el camino al Tarmon Gai'don, y si el mundo no estaba unido… «Haces lo que debe hacerse.» No estaba seguro de si ese pensamiento era suyo o de Lews Therin, pero a su entender era verdad.

Mientras caminaba a buen paso hacia el lateral de la columnata más próxima, giró la cabeza para hablar con Bashere.

—Voy a llevar a Taim a la granja. ¿Queréis acompañarme?

—¿A la granja? —repitió Taim.

—No, gracias —rehusó el mariscal con tono seco. Puede que el hombre no se permitiera el lujo de exteriorizar nerviosismo, pero Rand y Taim juntos sin duda eran más de lo que se sentía capaz de aguantar; de hecho evitaba ir a la granja—. Mis hombres se están quedando atrofiados patrullando las calles para vos y me propongo que algunos de ellos vuelvan a las sillas de montar durante unas cuantas horas. Ibais a pasarles revista esta tarde. ¿Ha cambiado el plan?

—¿Qué granja? —insistió Taim.

Rand suspiró, repentinamente fatigado.

—No, no ha cambiado. Estaré allí si puedo. —Era un asunto demasiado importante para dejarlo a un lado, aunque nadie salvo Bashere y Mat lo sabía; era primordial evitar que otros sospecharan que se trataba de algo más que un acto intrascendente, una ceremonia inútil organizada para un hombre que estaba cada vez más envanecido de su posición, el Dragón Renacido que desfilaba para ser aclamado por sus soldados. Tenía que hacer otra visita ese mismo día, una que todo el mundo creería que intentaba guardar en secreto. Posiblemente sería un secreto para la mayoría, pero no le cabía duda de que aquellos que le interesaba que lo supieran, se enterarían.

Recogió su espada de donde la había dejado apoyada contra una columna y se abrochó el cinturón por encima de la chaqueta suelta. El cinto era una sencilla correa de piel de jabalí, carente de adornos, al igual que la vaina y la tira que recubría la larga empuñadura del arma; en cambio, la hebilla era ornamentada, un excelente trabajo en acero grabado e incrustaciones de oro que tenía la forma de un dragón. Debería deshacerse de esa hebilla, buscar algo sencillo, pero se sentía incapaz. Era un regalo de Aviendha. Razón por la cual tendría que librarse de la dichosa hebilla. Nunca sabía cómo salir de este círculo vicioso.

Había algo más esperándolo allí: un trozo de lanza de medio metro, con unas borlas verdes y blancas en el punto de unión del astil con la afilada punta. La levantó mientras se volvía hacia el patio. Una de las Doncellas había tallado dragones en el corto astil. Ya había quienes empezaban a llamarlo el Cetro del Dragón, principalmente Elenia y esa pandilla. Rand conservaba el fragmento de lanza para que le recordara que podía tener más enemigos que los que estaban a la vista.

—¿De qué granja habláis? —La voz de Taim adquirió un timbre más duro—. ¿Adónde os proponéis llevarme?

Rand estudió al hombre unos largos instantes. No le gustaba Taim. Había algo en la actitud del hombre que se lo impedía. O quizá fuese algo personal. Había sido durante mucho tiempo el único varón que podía pensar en encauzar sin tener que estar ojo avizor y sudando de miedo por si aparecían Aes Sedai. Bueno, no es que hiciese mucho tiempo pero era la sensación que tenía; y al menos las Aes Sedai no intentarían amansarlo, ahora que sabían quién era. ¿Podría ser algo tan simple? ¿Celos por haber dejado de ser único? Lo dudaba. Aparte de todo lo demás, se alegraría de que otros hombres capaces de encauzar pudiesen ir por el mundo sin que se los persiguiera como alimañas. Por fin dejaría de ser un bicho raro, un fenómeno. No, no llegaría a tanto, considerando que el Tarmon Gai'don estaba en puertas. Él era único; era el Dragón Renacido. Fuera por las razones que fuese, aquel hombre no le caía bien, simplemente.

«¡Mátalo! —gritó Lews Therin—. ¡Mátalos a todos!» Rand rechazó la voz

empujándola al fondo de su mente. No tenía por qué gustarle Taim; sólo debía utilizarlo. Y confiar en él. Ésa era la parte difícil.

—Os llevo donde podéis servirme —replicó fríamente.

Taim no se encogió ni frunció el ceño; se limitó a mirar y a esperar mientras las comisuras de sus labios se curvaban un instante en aquel amago de sonrisa.

3



Los ojos de una mujer

Apaciguando su irritación —y silenciando los rezongos de Lews Therin— Rand buscó el contacto con el *Saidin*, y se lanzó a la ahora familiar batalla por el control y la supervivencia en medio del vacío que lo envolvía. La infección penetró en él al encauzar; incluso encontrándose en el vacío la percibía como si se filtrara en sus huesos y quizás en su alma. Le era imposible describir lo que hacía salvo que realizaba un pliegue en el Entramado, un agujero que lo atravesaba. Esto lo había aprendido por sí solo, y su maestro no había sido muy bueno explicando siquiera en qué se basaban y lo que subyacía en las cosas que le enseñaba. Una brillante línea vertical apareció en el aire y se ensanchó rápidamente hasta formar una abertura del tamaño de un umbral amplio. En realidad, la impresión que daba era que lo que se veía a través, un soleado claro entre árboles deslucidos por la sequía, giraba hasta detenerse.

Enaila y otras dos Doncellas se alzaron el velo y cruzaron el acceso casi antes de que cesara el movimiento de rotación; las siguieron otras seis, algunas con los arcos prestos. Rand no esperaba que hubiese nada contra lo que protegerse. Había situado en el claro el otro extremo —si es que lo había; no lo entendía, pero a él le parecía que sólo había uno— porque la apertura de un acceso podía ser peligrosa si había gente cerca. Pero decirles a las Doncellas, o a cualquier Aiel, que no era necesario estar alerta era como decirle a un pez que no era necesario nadar.

—Esto es un acceso —le dijo a Taim—. Os enseñaré cómo hacerlo si no lo habéis cogido.

El hombre lo estaba mirando de hito en hito. Si hubiese estado observando con atención habría visto el tejido de *Saidin* realizado por Rand; cualquier hombre capaz de encauzar podía hacerlo.

Taim cruzó junto a él el acceso para salir al claro; Sulin y el resto de las Doncellas los siguieron a continuación. Algunas lanzaron una mirada desdeñosa a la espada que pendía del costado de Rand conforme pasaban a su lado e intercambiaron unos rápidos gestos en el lenguaje de señas que utilizaban entre ellas. Sin duda con

asqueado desagrado. Enaila y la avanzadilla de Doncellas ya se desplegaban cautelosamente entre los deslustrados árboles; sus chaquetas y pantalones, el *cadin'sor*, las hacían parecer parte de las sombras tanto si habían añadido tonalidades verdes a las grises y pardas como si no. Estando en contacto con el Poder Rand veía claramente cada aguja muerta de los pinos; había más de éstas que vivas. Olía la savia de los cedros. El propio aire olía caliente, seco y polvoriento. Allí no había nada peligroso para él.

—Aguarda, Rand al'Thor —instó una voz de mujer desde el otro lado del umbral. Era Aviendha.

Rand soltó el tejido y el *Saidin* de inmediato, y el acceso se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Había muchas clases de peligros. Taim lo miró con curiosidad y algunas Doncellas, ya tuvieran el rostro velado o descubierto, le dedicaron breves ojeadas. De reproche. Los dedos de las Doncellas se movieron rápidamente en el lenguaje de señas, pero tuvieron el sentido común de no hacer comentarios en voz alta; Rand había sido tajante respecto a eso.

Haciendo caso omiso de la curiosidad del hombre y del reproche de las mujeres por igual, Rand echó a andar entre los árboles, con Taim a su lado; las hojas muertas y las ramitas secas chascaban bajo sus pies al caminar. Las Doncellas, en un amplio círculo a su alrededor, no hacían el menor ruido con sus suaves botas, atadas hasta las rodillas. La vigilancia acabó enterrando su actitud de censura. Algunas habían hecho este viaje con Rand anteriormente, siempre sin incidentes, pero nada las convencería jamás de que estos bosques no eran un buen lugar para una emboscada. Antes de la llegada de Rand, la vida en el Yermo había sido una sucesión de ininterrumpidos ataques, escaramuzas, pleitos de sangre y guerras durante casi tres mil años.

Indudablemente habría cosas en las que Taim podría instruirlo —aunque ni por asomo tantas como el otro pensaba—, pero el aprendizaje debía ser recíproco y ya era hora de que empezase a enseñar al hombre mayor.

—Antes o después os enfrentaréis con los Renegados al haberos unido a mí. Quizás antes de la Última Batalla. Casi seguro que antes. No parecéis sorprendido.

—He oído rumores. Era cuestión de tiempo que escaparan de su confinamiento.

De modo que se había corrido la voz. Rand sonrió a despecho de sí mismo. A las Aes Sedai no les haría gracia. Dejando a un lado todo lo demás, había cierta satisfacción en pellizcarles la nariz.

—Podéis esperar cualquier cosa en cualquier momento: trollocs, Myrddraal, Draghkar, Hombres Grises, gholams…

Vaciló un instante mientras la palma con la marca de la grulla acariciaba la larga empuñadura de la espada. No tenía idea de qué era un gholam. Lews Therin no se había movido, pero sabía que él era la fuente de donde había sacado ese nombre. De vez en cuando se colaban fragmentos y retazos a través de la sutil barrera que se

interponía entre él y aquella voz, y pasaban a convertirse en parte de sus propios recuerdos, generalmente sin datos que los explicaran. Últimamente ocurría más a menudo, y esos retazos eran algo contra lo que no podía luchar, al contrario que la voz. Su vacilación sólo duró un momento.

—No sólo en el norte, cerca de la Llaga —continuó—, sino aquí mismo o en cualquier otro lugar. Están utilizando los Atajos.

Eso era algo de lo que también tenía que ocuparse, pero ¿cómo? Creados al principio con el *Saidin*, los Atajos estaban oscuros ahora, tan corrompidos como la mitad masculina de la Fuente Verdadera. Los Engendros de la Sombra no podían esquivar todos los peligros de los Atajos que mataban a los hombres o les deparaban un destino aun peor, pero todavía se las ingeniaban para utilizarlos, y, si bien no eran tan rápidos como los accesos, el Viaje o incluso Rasar, sí que permitían cubrir cientos de kilómetros en un día. Un problema que tenía pendiente para más adelante. Y sólo era uno más entre los muchos que había aplazado. Eran muchos los que tenía ahora. Irritado, golpeó un cedro con el Cetro del Dragón; cayeron trozos de las anchas y duras hojas, la mayoría marrones.

—Si habéis oído alguna leyenda sobre algo, estad preparado para encontrarlo —continuó—. Incluso los Sabuesos del Oscuro, aunque, si existe realmente la Cacería Salvaje, al menos el Oscuro no está libre para cabalgar tras ellos. En cualquier caso ya son bastante peligrosos por sí mismos. A algunos se los puede matar del modo que se cuenta en las leyendas, pero otros sólo desaparecen con el fuego compacto; doy fe de ello. ¿Conocéis el fuego compacto? Si no, eso es algo que no os enseñaré. En caso afirmativo, no lo utilicéis contra nada excepto con los Engendros de la Sombra. Y no se lo enseñéis a nadie.

»El origen de algunos de esos rumores que habéis oído podría ser… No sé cómo denominarlo, excepto "burbujas malignas". Imaginadlas como las que a veces emergen a la superficie de un pantano, sólo que éstas surgen del Oscuro a medida que los sellos se debilitan, y en lugar de olores putrefactos están llenas de… En fin, de maldad. Se desplazan por el Entramado hasta que estallan, y cuando lo hacen puede ocurrir cualquier cosa. Cualquier cosa. El propio reflejo de uno puede saltar del espejo e intentar matarlo, creedme.

Si la letanía de peligros desanimó a Taim, éste no lo exteriorizó.

—He estado en la Llaga —se limitó a comentar—. He matado trollocs antes y también Myrddraal. —Apartó una rama baja y la sujetó para que pasara Rand—. Nunca había oído hablar del fuego compacto; pero, si un Sabueso del Oscuro viene por mí, encontraré el modo de matarlo.

—Bien. —Eso hablaba no sólo de la ignorancia de Taim sino también de la confianza en sí mismo. El fuego compacto era un conocimiento que a Rand no le importaría que se perdiera para siempre—. Con suerte no encontraréis nada por el

estilo aquí, pero nunca se sabe.

El bosque dio paso de repente al patio de una granja; era una casa deteriorada por la acción de los elementos, con dos pisos, tejado de bálago a medio reparar y varias chimeneas, por una de las cuales salía humo. También había un granero grande que estaba visiblemente ladeado. El tiempo allí no era más fresco que en la ciudad, distante a varios kilómetros, ni el sol resultaba menos abrasador. Varias gallinas escarbaban el polvo, dos vacas pardas rumiaban en un cercado, un rebaño de cabras negras, con las patas atadas para que no escaparan, triscaban afanosamente las hojas de arbustos que tenían al alcance, y a la sombra del granero había una galera de altas ruedas, pero el lugar no tenía aspecto de granja. No se veían campos de labranza; el bosque se extendía todo en derredor de los edificios, interrumpido únicamente por las veredas que serpenteaban en dirección norte y que se utilizaban para las contadas visitas a la ciudad. Y había demasiada gente.

Cuatro mujeres, todas de mediana edad excepto una, tendían la colada en un par de cuerdas y casi una docena de chiquillos, ninguno de ellos mayor de nueve o diez años, jugaban entre las gallinas. También había hombres por los alrededores, en su mayoría dedicados a diversas tareas. Veintisiete, aunque en algunos casos llamarlos hombres era una exageración. Eben Hopwil, el muchacho flacucho que estaba sacando un cubo de agua del pozo, afirmaba tener veinte años aunque resultaba obvio que era cuatro o cinco más joven de lo que decía. Su nariz y sus orejas parecían ser las partes más grandes de su cuerpo. Fedwin Morr, uno de los tres hombres sudorosos que estaban reemplazando el bálago viejo del tejado, era mucho más fornido y tenía bastantes menos erupciones en la piel, pero desde luego no era mayor. Más de la mitad de los hombres tenían sólo tres o cuatro años más que esos dos. Rand habría mandado de vuelta a casa a algunos, al menos a Eben y a Fedwin, pero recordó que la Torre Blanca tomaba novicias tan jóvenes o incluso más. Las canas asomaban entre los oscuros cabellos de algunas cabezas, y Damer Flinn, con su arrugado rostro, se encontraba delante del granero enseñando cómo manejar una espada a dos hombres más jóvenes utilizando ramas rectas a las que les había pelado las hojas; Damer cojeaba y sólo le quedaba una rala orla de cabello gris. Había servido en la Guardia Real hasta que una lanza murandiana le atravesó el muslo. No era un experto espadachín, pero parecía competente para enseñar a los otros a manejar un arma sin ensartarse un pie por accidente. Los hombres eran andoreños en su mayoría, aunque había unos pocos cairhieninos. Todavía no había llegado ninguno de Tear, aunque la amnistía también se había proclamado allí; de todos modos, si alguien decidía acudir tardaría mucho desde tan lejos.

Damer fue el primero en reparar en las Doncellas; tiró la rama y llamó la atención de sus pupilos hacia Rand. Entonces Eben soltó el cubo a la par que lanzaba un grito, derramándose el agua encima, y todo el mundo empezó a correr y a llamar a voces

hacia la casa para de inmediato apiñarse detrás de Damer. De la granja salieron otras dos mujeres con delantales y las mejillas rojas por el fuego de las lumbres, y ayudaron a las demás a reunir a los niños detrás de los hombres.

—Ahí los tenéis —dijo Rand a Taim—. Disponéis de casi medio día. ¿A cuántos podríais hacer la prueba? Quiero saber lo antes posible a quién se puede instruir.

—Esta pandilla parece salida del fondo de una… —empezó Taim con desdén, pero enmudeció y se paró en mitad del patio para mirar a Rand de hito en hito. Las gallinas escarbaban la tierra a sus pies—. ¿No le habéis hecho pruebas a ninguno? ¿Por qué, en nombre de…? No sabéis, ¿verdad? Podéis Viajar, pero no sabéis cómo probar la capacidad para el talento.

—En realidad algunos no desean encauzar. —Rand aflojó los dedos en torno a la empuñadura de la espada. Le desagradaba admitir lagunas en sus conocimientos ante este hombre—. Y otros no han llegado más allá de pensar en tener una oportunidad de alcanzar gloria o riquezas o poder. Pero deseo contar con cualquier hombre con capacidad de aprender, sean cuales sean sus razones.

Los estudiantes —los hombres que serían estudiantes— los observaban a Taim y a él desde la fachada del granero con una actitud muy próxima a la calma. Al fin y al cabo, todos habían ido a Caemlyn confiando en aprender del Dragón Renacido, o eso pensaban. Pero eran las Doncellas, formando un círculo alrededor del patio y registrando la casa y el granero, quienes atraían su mirada con recelosa fascinación, incluso aprensión. Las mujeres apretaban a los niños contra sus faldas, sin quitar ojo a Rand y Taim, con actitudes que iban desde la impasibilidad hasta un nervioso morderse los labios.

—Vamos —dijo Rand—. Es hora de que conozcáis a vuestros estudiantes.

Taim no se movió del sitio.

—¿De verdad es esto para todo lo que me queréis? ¿Que intente instruir a esta patética escoria? Si es que hay posibilidades de enseñar a alguno. ¿Cuántos pensáis encontrar realmente en un puñado que ha acudido empujado por la necesidad?

—Esto es importante, Taim; lo haría yo mismo si pudiera, si tuviese tiempo. —El tiempo era siempre la clave, y siempre le faltaba. Además, había admitido su incapacidad por mucho que le quemase la lengua decirlo. Comprendió que Taim no le caía nada bien, pero no hacía falta que le gustase. Rand siguió caminando, sin esperarlo, y al cabo de un momento el otro hombre lo alcanzó a grandes zancadas—. Antes mencionasteis la confianza. Confío en vos para esta tarea. —«¡No te fíes!», increpó Lews Therin desde un recóndito recoveco de su mente. «¡No confíes nunca! ¡Confiar es morir!»—. Probadlos a todos y empezad a enseñarles tan pronto como sepáis quién está capacitado para aprender.

—Como ordene el señor Dragón —murmuró irónicamente Taim mientras llegaban hasta el grupo que los aguardaba. Los recibieron con reverencias e

inclinaciones de cabeza, ninguna de ellas refinada.

—Éste es Mazrim Taim —anunció Rand. Las bocas y los ojos se abrieron desmesuradamente, por supuesto. Algunos de los más jóvenes los miraban como si creyeran que Taim y él habían ido allí a luchar; unos pocos parecían estar deseando presenciar la pelea—. Dadle vuestros nombres. A partir de hoy, se ocupará de instruiros.

Taim le lanzó una mirada intensa, prietos los labios, mientras los estudiantes se reunían lentamente delante de él y empezaban a presentarse.

A decir verdad, los hombres reaccionaron de distinta manera. Fedwin se abrió paso a empujones, anhelante, para situarse al frente, igual que Damer, en tanto que Eben se quedaba retrasado, en último lugar, con el semblante muy pálido. Las de los demás estaban entremedias: vacilantes, inseguros, pero finalmente pronunciando sus nombres. El anuncio de Rand significaba el punto final a semanas de espera para algunos de ellos, quizás a años de sueños incumplidos. La realidad empezaba ese día, y ello podía significar encauzar, con todo lo que conllevaba tal cosa para un varón.

Un hombre fornido, de ojos oscuros, seis o siete años mayor que Rand, hizo caso omiso de Taim y se apartó de los demás. Jur Grady vestía una tosca chaqueta de granjero; se plantó delante de Rand, apoyando el peso ora en un pie, ora en otro mientras estrujaba una gorra de paño entre sus anchas y ásperas manos. Mantuvo fija la vista en la gorra o en las ajadas botas, alzándola sólo de vez en cuando hacia Rand.

—Eh… mi señor Dragón —empezó—. He estado pensando… eh… Mi padre está cuidando mi pequeña granja, un buen trozo de tierra, y si el arroyo no se seca puede que todavía haya tiempo para que dé una cosecha, si llueve, y… y… —Aplastó la gorra y después volvió a alisarla con cuidado—. He estado pensando en volver a casa.

Las mujeres no se habían acercado a Taim. Agrupadas en silencio, con la preocupación asomando a sus ojos, aferraban a los pequeños contra sí y observaban. La más joven, una mujer rellenita de cabello claro, con cuyos dedos jugueteaba un crío de cuatro años, era Sora Grady. Estas mujeres habían seguido a sus esposos hasta allí, pero Rand sospechaba que la mitad de las conversaciones entre maridos y mujeres terminaba refiriéndose al regreso al hogar. Eran ya cinco los hombres que se habían marchado, y aunque ninguno dio como razón asuntos de matrimonio todos estaban casados. ¿Qué mujer se sentiría a gusto viendo a su esposo esperando a aprender a encauzar? Debía de ser como verlo esperando a cometer suicidio.

Algunos argumentarían que aquél no era lugar para familias, aunque lo más probable era que esos mismos dirían que los hombres tampoco deberían estar allí. En opinión de Rand, las Aes Sedai habían cometido un error al aislarse del mundo. Pocas personas entraban en la Torre Blanca que no fueran Aes Sedai, mujeres que querían ser Aes Sedai y quienes las servían; sólo unos cuantos buscando ayuda y sólo

entonces bajo una gran presión a su modo de ver. Cuando las Aes Sedai salían de la Torre la mayoría guardaba las distancias, y había algunas que jamás la abandonaban. Para las Aes Sedai, las personas eran peones en un juego y el mundo el tablero, no un lugar donde vivir. Para ellas sólo la Torre Blanca era real. Ningún hombre podía olvidar el mundo y la gente corriente cuando tenía a su familia ante él.

Esto sólo tenía que durar hasta el Tarmon Gai'don —¿Cuánto? ¿Un año? ¿Dos? —, pero la cuestión era si conseguiría durar hasta entonces. Lo haría, de algún modo. Él se encargaría de ello. Las familias recordaban a los hombres por qué iban a luchar.

Los ojos de Sora estaban clavados en Rand.

—Ve, si es eso lo que quieres —le dijo a Jur—. Puedes marcharte en cualquier momento, antes de que hayas empezado a aprender a encauzar. Una vez dado ese paso, serás como un soldado. Y sabes que necesitamos a todos los soldados que podamos encontrar antes de la Última Batalla, Jur. La Sombra dispondrá de nuevos Señores del Espanto, listos para encauzar; de eso no te quepa duda. Pero la decisión es tuya. Tal vez puedas aguantar en tu granja hasta que acabe el conflicto. Habrá algunos sitios en el mundo que escapen ilesos a lo que se avecina. Espero que sí. En fin, el resto de nosotros haremos cuanto esté en nuestras manos para asegurarnos de que se salve todo lo posible. Sin embargo, al menos podrás dar tu nombre a Taim. Sería una lástima que te marchases antes incluso de saber si estás capacitado para aprender. —Le dio la espalda al desconcertado Jur, evitando los ojos de Sora. «¿Y eras tú el que censuraba a las Aes Sedai por manipular a la gente?», pensó amargamente. Hacía lo que tenía que hacer.

Taim seguía recibiendo los nombres del grupo y continuaba lanzando miradas furibundas, apenas disimuladas, a Rand. De repente la paciencia de Taim pareció llegar a su fin.

—Basta ya; los nombres pueden venir después, los de aquellos que sigáis estando aquí mañana. ¿Quién es el primero para la prueba? —Con idéntica rapidez las lenguas de los hombres parecieron quedarse paralizadas. Algunos se quedaron mirándolo sin siquiera parpadear. Taim señaló a Damer con el dedo—. Puedo empezar por descartarte a ti. Ven aquí.

Damer no se movió hasta que Taim le agarró el brazo y lo apartó unos cuantos pasos del grupo.

Rand se acercó, observando atento.

—Cuanto más Poder se use —le dijo Taim a Damer—, más fácil resulta detectar la resonancia. Por otro lado, una resonancia demasiado fuerte podría hacer cosas desagradables a tu mente, tal vez incluso matarte, así que empezaré con poco.

Damer parpadeó; saltaba a la vista que apenas entendía una palabra salvo, quizá, lo de cosas desagradables y morir. Pero Rand comprendió que la explicación iba dirigida a él. Taim estaba disimulando su ignorancia.

De repente apareció una minúscula llama, de un par de centímetros de altura, titilando en el aire a una distancia equidistante de los tres hombres. Rand podía percibir el Poder en Taim, aunque sólo una pequeña cantidad, y vio el fino flujo de Fuego tejido por el hombre. La llama procuró un sorprendente alivio a Rand; sorprendente porque era la prueba de que Taim podía realmente encauzar. La primera reacción de duda de Bashere debía de habérsele quedado grabada en la mente.

—Concéntrate en la llama —dijo Taim—. Tú eres la llama, el mundo es la llama; lo único que existe es la llama.

—No siento nada aparte de que los ojos empiezan a dolerme —musitó Damer mientras se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de su mano, áspera y callosa.

—¡Concéntrate! —espetó Taim—. No hables, no pienses, no te muevas. Concéntrate.

Damer asintió con un cabeceo; luego parpadeó, frunció el entrecejo y se quedó muy quieto, contemplando en silencio la pequeña llama.

Taim parecía absorto, muy atento a algo, pero Rand no habría sabido decir a qué; daba la impresión de estar escuchando. Una resonancia, había dicho. Rand enfocó su atención en ellos, escuchando, abriendo los sentidos a… algo.

Los minutos se prolongaron sin que ninguno de ellos moviese un solo músculo. Cinco, seis, siete lentísimos minutos en los que Damer ni siquiera parpadeó. El hombre mayor respiraba trabajosamente y estaba sudando tanto que parecía que alguien le hubiese volcado encima un cubo de agua. Diez minutos.

De repente Rand lo percibió. La resonancia. Algo pequeño, un eco diminuto del minúsculo flujo de Poder generado en Taim, pero éste parecía venir de Damer. A eso debía de haberse referido Taim, pero éste no se movió. Tal vez había algo más o quizás esto no era lo que Rand creía.

Pasó otro par de minutos y, finalmente, Taim asintió y cortó el contacto con el *Saidin*, haciendo desaparecer la llama.

—Puedes aprender… ¿Damer, dijiste? —Parecía sorprendido. Por lo visto no había creído que el primer hombre puesto a prueba la superaría, y más siendo un viejo casi calvo. Damer esbozó una débil sonrisa; parecía a punto de vomitar—. Supongo que no debería pillarme de sorpresa si todos estos simplones la pasan —masculló al tiempo que echaba otra mirada a Rand—. Al parecer tenéis la suerte de diez hombres juntos.

Los pies se movieron con nerviosismo entre el resto de los «simplones». Indudablemente algunos abrigaban la esperanza de que fracasarían; ahora ya no podían echarse atrás, pero si no superaban la prueba podrían regresar a casa sabiendo que lo habían intentado sin tener que afrontar lo que conllevaba pasarla.

El propio Rand estaba algo sorprendido. Después de todo, lo único que había ocurrido era aquel débil eco, y él lo había advertido antes que Taim, quien al fin y al

cabo sabía lo que estaba buscando.

—Con el tiempo descubriremos hasta qué punto eres fuerte —añadió Taim mientras Damer se retiraba hasta donde aguardaba el grupo. Los otros dejaron un hueco a su alrededor, manteniendo las distancias, y no lo miraron a la cara—. Tal vez resultes ser lo bastante fuerte para estar a mi altura o incluso a la del lord Dragón, aquí presente. —El hueco alrededor de Damer se amplió un poco más—. Sólo el tiempo lo dirá. Presta atención mientras pruebo a los demás. Si eres sagaz, tendrías que pillarlo para cuando haya encontrado cuatro o cinco más. —Una rápida ojeada a Rand apuntó que el comentario iba dirigido a él—. Bien, ¿quién es el siguiente? —Nadie se movió. El saldaenino se frotó la barbilla—. Tú. —Señaló a un tipo amazacotado que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, un tejedor de cabello oscuro llamado Kely Huldin. En el grupo de mujeres la esposa de Kely gimió.

Realizar otras veintiséis pruebas llevaría el resto del día o puede que más. Por mucho calor que siguiera haciendo, los días iban acortándose como si realmente estuviese llegando el invierno, aparte de que una prueba fallida precisaría varios minutos más que otra superada, para tener plena certeza. Bashere estaría esperándolo y todavía tenía pendiente la visita a Weiramon y…

—Seguid con esto —dijo Rand a Taim—. Regresaré mañana para ver cómo ha salido todo. Recordad la confianza que he puesto en vos.

«No te fíes de él», gimió Lews Therin. La voz parecía salir de una figura encapuchada relegada en un sombrío rincón de la mente de Rand. «No confíes. Confía en la muerte. Mátalo. Mátalos a todos. Oh, morir y acabar con todo de una vez, dormir sin tener sueños, sueños de Ilyena. Perdóname, Ilyena. No hay perdón, sólo muerte. Merezco la muerte…»

Rand se dio la vuelta antes de que su pugna interior se plasmara en su rostro.

—Volveré mañana. Si me es posible.

Taim lo alcanzó antes de que las Doncellas y él hubieran recorrido la mitad del camino de vuelta por el bosque.

—Si os quedáis un poco más podréis aprender a hacer la prueba. —En su voz había un timbre exasperado—. Si en realidad encuentro a otros cuatro o cinco más, lo que no me sorprendería. En verdad parecéis tener la suerte del Oscuro. Deduzco que queréis aprender, a no ser que os propongáis cargarlo todo sobre mis hombros. Os lo advierto: el proceso será lento. Por mucho que le apriete las clavijas el tal Damer tardará días, incluso semanas, en percibir el *Saidin*, cuanto más aferrarlo. Sólo aferrarlo, nada de encauzar ni una pizca.

—Ya he aprendido lo de la prueba —replicó Rand—. No resultó difícil. Y tengo intención de cargarlo todo sobre vuestros hombros hasta que hayáis encontrado más y les hayáis enseñado para que os puedan ayudar a buscar. Recordad lo que os he dicho, Taim. Enseñadles deprisa.

Había peligro en eso. Aprender a encauzar la mitad femenina de la Fuente Verdadera era aprender a fundirse en un abrazo con ella, según le habían contado a Rand, como someterse a algo que después obedecería una vez que uno se rendía a ello. Era guiar una inmensa fuerza que no causaba daño a menos que se utilizase mal. Elayne y Egwene lo consideraban algo natural; para Rand era casi increíble. Encauzar la mitad masculina era una constante guerra por el control y la supervivencia. Si uno se sumergía demasiado en ello, excesivamente deprisa, se sentía como un niño arrojado en medio de una batalla campal contra adversarios armados hasta los dientes. Incluso cuando ya se había aprendido, el *Saidin* podía destruir, matar o destrozar la mente; eso si no consumía, simplemente, la habilidad para encauzar. En un momento de descuido, con que se bajara la guardia un instante, uno mismo podía provocar ese resultado, el mismo precio que las Aes Sedai hacían pagar a los varones que capturaban que tenían el don. Y no es que algunos de los hombres plantados delante del granero no estuviesen más que dispuestos a pagar ese precio en ese mismo momento. La esposa de Kely Huldin, una mujer de rostro lleno y redondo, lo tenía cogido por la pechera de la camisa y le hablaba con aire apremiante. Kely sacudía la cabeza, inseguro, y los otros hombres casados miraban con incertidumbre a sus esposas. Pero aquello era una guerra, y en las guerras había bajas, incluso entre hombres casados. Luz, se estaba volviendo lo bastante cruel para hacer vomitar al más encallecido soldado. Se giró un poco para así no ver los ojos de Sora Grady.

—Llévalos hasta el límite —dijo a Taim—. Enséñales todo lo que puedan aprender tan deprisa como sean capaces de asimilarlo.

Taim había apretado los labios desde que Rand había pronunciado las primeras palabras.

—Todo lo que puedan aprender —repitió con una voz carente de entonación—. Pero ¿qué? Cosas que sirvan como armas, supongo.

—Como armas, sí —confirmó Rand. Tenían que ser armas, todos ellos, incluido él mismo. ¿Acaso unas armas podían permitirse el lujo de tener familia? ¿Podían permitirse amar? Luz ¿a qué venía eso ahora?—. Cualquier cosa que puedan aprender, pero principalmente eso.

Eran tan pocos… Veintisiete, y si había aunque sólo fuese uno más capacitado para aprender aparte de Damer, podía dar las gracias a que su condición de *ta'veren* los hubiese atraído hacia él. Las Aes Sedai sólo capturaban y amansaban a varones que ya encauzaban, pero habían sido muy diligentes en su tarea durante los últimos trescientos años. Algunas de ellas por lo visto creían que habían conseguido algo que nunca se habían propuesto: la extinción selectiva de la capacidad humana de encauzar. La Torre Blanca había sido construida para albergar tres mil Aes Sedai ininterrumpidamente, y muchas más si se presentaba la necesidad de convocarlas a todas, con cuartos para cientos de muchachas en período de aprendizaje. Sin

embargo, antes de la escisión sólo había unas cuarenta novicias en la Torre y menos de cincuenta Aceptadas.

—Necesito más hombres, Taim. De un modo u otro, habéis de encontrar más. Enseñadles a éstos a realizar la prueba antes que cualquier otra cosa.

—Es decir, que os proponéis equipararos con las Aes Sedai, ¿no? —Ni el supuesto plan de Rand pareció alterar a Taim, cuyos oscuros ojos permanecieron imperturbables.

—¿Cuántas Aes Sedai hay en total? ¿Un millar?

—No tantas, creo —repuso precavidamente el otro hombre.

La extinción selectiva de seres humanos capaces de encauzar. Así la Luz las consumiera por ello, aunque hubiesen tenido un motivo para hacerlo.

—Bien, en cualquier caso habrá enemigos de sobra.

Eso era algo que no le faltaba, desde luego: el Oscuro, los Renegados, los Engendros de la Sombra y los Amigos Siniestros. Además de los Capas Blancas y probablemente las Aes Sedai, o al menos parte de ellas, como las del Ajah Negro y las que querían controlarlo. A estas últimas las contaba como enemigas aunque ellas no se consideraran tales. E indiscutiblemente habría Señores del Espanto, como antes había dicho. Y otros muchos más. Enemigos suficientes para echar por tierra sus planes y de paso acabar con todo. Sus dedos se cerraron fuertemente sobre el astil tallado del Cetro del Dragón. Su mayor enemigo era el tiempo y al que menos posibilidades tenía de vencer.

—Voy a derrotarlos, Taim. A todos ellos. Creen que pueden echar abajo todo. ¡Siempre lo mismo, destruir en lugar de crear! ¡Pues yo crearé algo, dejaré un legado! ¡Ocurra lo que ocurra, eso lo lograré! Derrotaré al Oscuro. Y limpiaré el *Saidin* para que así los hombres no tengan que temer volverse locos y el mundo no tenga que sentir miedo de varones que encauzan. Yo…

La borla verde y blanca se meció violentamente al sacudir el fragmento de lanza. Era imposible. El calor y el polvo eran la prueba que ridiculizaba sus pretensiones. Había que llevar a cabo parte de ello, pero la totalidad era imposible. Todo lo más que cualquiera de ellos podía esperar era vencer y morir antes de volverse loco, y ni siquiera veía cómo conseguir ese mínimo logro. Lo único que podía hacer era seguir intentándolo. Sin embargo, debía de haber una posibilidad. Si es que había justicia en el mundo, tenía que haber un modo.

—Limpiar el *Saidin* —musitó Taim—. Creo que eso requeriría más poder del que podáis imaginar. —Entrecerró los párpados en un gesto pensativo—. He oído hablar de objetos llamados *sa'angreal*. ¿Tenéis alguno con el que creéis que se podría realmente…?

—Olvidaos de lo que tengo o dejo de tener —espetó Rand—. Enseñad a todo aquel que pueda aprender, Taim. Después encontrad más y enseñadles también. El

Oscuro no está a nuestra disposición, no va a esperar a que le demos nuestra venia. ¡Luz! Nos falta tiempo, Taim, pero tendremos que arreglárnoslas. ¡No nos queda más remedio!

—Haré lo que pueda. Pero no esperéis que Damer derribe las murallas de una ciudad mañana.

Rand vaciló un instante antes de hablar.

—Taim, estad alerta por si algún estudiante aprende demasiado deprisa. Si ocurre, hacédmelo saber de inmediato. Cabe la posibilidad de que uno de los Renegados intente infiltrarse entre los aprendices.

—¡Uno de los Renegados! —siseó Taim casi en un susurro. Por segunda vez perdió su actitud flemática; ahora sí que estaba total y realmente estupefacto—. ¿Por qué iba a…?

—¿Hasta qué punto sois fuerte? —lo interrumpió Rand—. Asid el *Saidin*. Vamos, hacedlo. Todo lo que podáis absorber.

Durante un instante Taim se limitó a mirarlo fijamente sin dejar traslucir nada en su expresión; entonces el Poder fluyó dentro de él. No surgió un halo como el que las mujeres veían envolviendo a otra cuando encauzaba, sólo una sensación de fuerza y amenaza, pero Rand lo percibió claramente y pudo calibrarlo. Taim disponía de suficiente *Saidin* para arrasar la granja con todos los que allí había en cuestión de segundos, suficiente para devastar hasta donde alcanzaba la vista. Su capacidad no le andaba muy a la zaga a la del propio Rand sin ayuda. Claro que el hombre podía muy bien estar refrenándose. Rand no percibía esfuerzo y cabía la posibilidad de que no quisiera mostrarle toda su fuerza; ¿cómo saber la reacción que él podría tener?

El *Saidin*, su percepción, desapareció en Taim y por primera vez Rand cayó en la cuenta de que él mismo había estaba henchido de la mitad masculina de la Fuente, un tumultuoso torrente, hasta el último flujo que había podido absorber a través del *angreal* que llevaba en el bolsillo. «Mátalo —mascullό Lews Therin—. ¡Mátalo ahora!» Durante un fugaz instante el sobresalto dominó a Rand; el vacío a su alrededor se tambaleó, el *Saidin* penetró a raudales en él, cual un rugiente aluvión. Rand apenas tuvo tiempo de soltar el Poder antes de que los hiciese papilla al vacío y a él. ¿Había aferrado la Fuente él o lo había hecho Lews Therin? «¡Mátalo! ¡Mátalo!»

«¡Cállate!», gritó furioso dentro de su cabeza y, para su sorpresa, la otra voz desapareció.

El sudor le corría por la cara y se lo enjugó con una mano que no tembló gracias a un ímprobo esfuerzo. Había sido él quien había aferrado el *Saidin*; tuvo que ser así. La voz de un hombre muerto no podía haberlo hecho. En su subconsciente no había estado dispuesto a fiarse de Taim para quedar a su merced, indefenso, mientras el hombre disponía de tanto Poder. Ésa era la explicación.

—Estad ojo avizor por si alguno aprende demasiado deprisa, y nada más —

rezongó. Tal vez estaba revelándole demasiado a Taim, pero la gente tenía derecho a saber a lo que se enfrentaba. Saber hasta donde fuera necesario que supiera, se entiende. No se arriesgaría a permitir que Taim o cualquier otro descubriese cómo había aprendido gran parte de lo que sabía. Si se descubría que había retenido como prisionero a uno de los Renegados, permitiendo que escapara… Si aquello salía a la luz, los rumores omitirían lo de haberlo tenido prisionero. Los Capas Blancas afirmaban que era un falso Dragón y seguramente un Amigo Siniestro, además; decían lo mismo de cualquiera que tenía acceso al Poder Único. Si salía a la luz lo de Asmodean, muchos más podrían creerlo. Daba igual si él había necesitado que un hombre le enseñara a manejar el *Saidin*. Ninguna mujer podía enseñarle, como tampoco podía ver sus flujos cuando los urdía, y viceversa. Había un viejo dicho en Dos Ríos: «A los hombres les es fácil creer lo peor, y las mujeres sospechan que tras ello se oculta algo aun más siniestro». Él se encargaría personalmente de Asmodean si éste volvía a aparecer.

—Manteneos alerta. Discretamente —repitió.

—Como ordene mi señor Dragón. —Taim hizo una ligera reverencia antes de regresar al patio de la granja.

Rand advirtió que las Doncellas lo estaban observando. Enaila y Somara, Sulin y Jalani y todas las demás; sus ojos traslucían una gran preocupación. Aceptaban bien la mayoría de sus actos, todas esas cosas que a él lo hacían encogerse cuando las ejecutaba, que hacían encogerse a todo el mundo salvo a los Aiel; lo que les ponía carne de gallina eran casi siempre cosas que para él resultaban incomprensibles. Lo aceptaban y se preocupaban por él.

—No debes cansarte —aconsejó en voz queda Somara.

Rand la miró, y la rubia mujer enrojeció. A aquello no se lo podía considerar un sitio público —Taim ya estaba lo bastante lejos para no oírlos— pero el comentario rozaba el límite de lo inadmisible.

No obstante, Enaila tiró de otro *shoufa* que llevaba en el cinturón y a continuación se lo tendió.

—No te conviene que te dé mucho sol —murmuró.

—Necesita una esposa que lo cuide —abundó otra, aunque Rand no supo cuál de ellas. Hasta Somara y Enaila sólo tocaban ese tema a sus espaldas. Pero sí sabía a quién aludía la frase: Aviendha. ¿Quién mejor para casarse con el hijo de una Doncella que otra Doncella que había renunciado a la lanza para convertirse en Sabia?

Refrenando un estallido de ira, se enrolló el *shoufa* en la cabeza; y fue un alivio. El sol caía a plomo, y el paño parduzco desviaba gran parte del calor de los rayos; el sudor lo empapó de inmediato. ¿Sabría Taim algo parecido al truco de las Aes Sedai para impedir que las afectara el frío o el calor? Saldaea estaba muy al norte y sin

embargo el hombre parecía transpirar tan poco como los Aiel.

—Lo que no tengo que hacer es quedarme aquí plantado, perdiendo el tiempo —fue el comentario de Rand a pesar de estarles agradecido.

—¿Perdiendo el tiempo? —repitió la joven Jalani en un tono demasiado inocente mientras se enrollaba mejor el *shoufa*, de modo que dejó momentáneamente a la vista un corto cabello tan rojo como el de Enaila—. ¿Cómo es posible que el *Car'a'carn* pierda el tiempo? La última vez que sudé tanto como él suda ahora, había estado corriendo desde el alba hasta la puesta de sol.

Las otras Doncellas esbozaron sonrisas o prorrumpieron en francas carcajadas; la pelirroja Maira, por lo menos diez años mayor que Rand, hasta se palmeó el muslo, en tanto que la rubia Desora ocultaba la sonrisa cubriéndose la boca con una mano, como hacía siempre. Liah, con una mejilla marcada por una cicatriz, brincaba sobre las puntas de los pies mientras que Sulin reía con tantas ganas que estaba doblada por la cintura. En el mejor de los casos, el sentido del humor Aiel era extraño. En los relatos no se hacían chistes a costa de los héroes; y a buen seguro que tampoco ocurría eso con los reyes. Parte del problema radicaba seguramente en el hecho de que un jefe Aiel, incluso el *Car'a'carn*, no era un rey; tendría autoridad en muchos aspectos, pero cualquier Aiel podía plantarse ante un jefe y decirle exactamente lo que pensaba, y lo hacía. En su mayor parte, sin embargo, era otro el origen del problema.

A despecho de haberse criado en Dos Ríos bajo la tutela de Tam al'Thor y de su esposa Kari, que falleció cuando él tenía cinco años, la verdadera madre de Rand había sido una Doncella Lancera que murió al darlo a luz en las laderas del Monte del Dragón. Tampoco ella era Aiel —aunque sí lo había sido su padre—, pero sí una Doncella. Y ahora una tradición Aiel más estricta que una ley lo había alcanzado. No, alcanzado, no; arropado. Ninguna Doncella podía casarse y seguir llevando la lanza, y, a menos que renunciara a ella, las Sabias se encargaban de entregar a otra mujer cualquier hijo que tuviera, de modo que la Doncella jamás sabía quién era esa mujer. Cualquier hijo o hija nacido de una Doncella se creía que traía buena suerte, tanto por sí mismo como para quien lo criara, aunque nadie salvo la pareja que se hacía cargo del recién nacido sabía que no era suyo. A pesar de todo ello, la Profecía de Rhuidean decía que el *Car'a'carn* sería uno de ésos, pero criado por personas de las tierras húmedas. Para las Doncellas, Rand era como recuperar a todos esos niños, el primero de una Doncella que todo el mundo conocía como tal.

En su mayoría, ya fueran mayores que Sulin o tan jóvenes como Jalani, lo acogían como un hermano largo tiempo perdido. En público lo trataban con tanto respeto como a cualquier jefe, por mínimo que resultara en ocasiones, pero si estaba solo con ellas habríase dicho que se encontraban con un hermano, aunque si era un hermano más joven o mayor no parecía tener nada que ver con la propia edad de la

mujer. Se alegraba de que sólo un puñado siguiera la pauta de Enaila y Somara; aunque estuviese solo con ellas, resultaba muy irritante tener al lado a una mujer de su misma edad comportándose como si fuera su madre.

—Entonces tendremos que ir a un sitio donde no sude —dijo, logrando esbozar una sonrisa. Se lo debía. Algunas ya habían muerto por él y otras caerían antes de que todo hubiese terminado. Las Doncellas reprimieron de inmediato su jocosidad y se aprestaron a ir a donde dijera el *Car'a'carn*, listas para defenderlo.

La cuestión era adónde. Bashere lo estaba esperando para hacer la visita aparentemente sin importancia aunque cuidadosamente planeada, pero Aviendha se había enterado de ello y era más que probable que estuviera con el mariscal. Rand la había estado evitando todo lo posible, en especial un encuentro a solas con ella. Porque deseaba estar solo con ella. Hasta ahora se las había ingeniado para que las Doncellas no lo supieran; si llegaban a sospecharlo, le harían la vida imposible. Y lo fundamental era mantener alejada a Aviendha. La muerte iba con él como una enfermedad contagiosa, y las personas que estaban cerca acababan muriendo. No le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y permitir que las Doncellas muriesen por él —¡así la Luz lo abrasara por haber hecho semejante promesa!— pero Aviendha había renunciado a la lanza para estudiar con las Sabias. No estaba seguro de los sentimientos que albergaba hacia ella, pero sabía que si moría por su culpa también moriría algo dentro de él. Por suerte ella no se había implicado emocionalmente en su relación con él. Procuraba estar cerca sólo porque las Sabias querían que lo espiara y porque de algún modo se había comprometido a vigilarlo en nombre de Elayne. Ninguna de esas razones hacían más fácil la situación a Rand, sino justamente lo contrario.

La decisión era pues sencilla. Bashere tendría que esperar y así él evitaría a Aviendha; y la visita a Weiramon, proyectada para empezar en el palacio con fingidos subterfugios que tenían que ser descubiertos, se llevaría a cabo ahora. Una razón absurda para tomar una decisión, pero ¿qué podía hacer un hombre cuando una mujer se negaba a actuar con sentido común? Tal vez la visita tuviese mejores resultados así. Aquellos que se suponía debían enterarse de ella, no dejarían de hacerlo; y quizá darían más crédito a lo que se suponía debían creer porque la visita se hacía con verdadera ocultación. Tal vez la visita a Bashere y los saldaeninos parecería incluso más casual al retrasarla hasta que el día estuviese avanzado. Sí. Enredos sobre enredos que no desentonarían en las maniobras cairhieninas del Juego de las Casas.

Aferró el *Saidin* y abrió un acceso; la línea vertical luminosa se ensanchó y dejó a la vista el interior de una tienda grande, la lona de rayas verdes, que estaba vacía salvo por las alfombras de abigarrados colores, de manufactura teariana a juzgar por los dibujos. No había posibilidad de tender una emboscada en esa tienda, menos incluso que en los alrededores de la granja, pero Enaila, Maira y otras se velaron el

rostro y cruzaron velozmente el acceso. Rand hizo un alto para mirar hacia atrás.

Kely Huldin se dirigía hacia la casa de la granja, cabizbajo, y su esposa caminaba a su lado, llevando a los dos pequeños. La mujer no dejaba de darle palmaditas reconfortantes; pero, a pesar de la distancia que lo separaba de ellos, Rand distinguió la expresión alegre de su cara. Evidentemente Kely había fracasado en la prueba. Taim tenía ante sí a Jur Grady, y ambos contemplaban una minúscula llama que titilaba entre los dos. Sora Grady, estrechando a su hijo contra sus senos, no miraba a su marido. Sus ojos estaban prendidos en Rand. «Los ojos de una mujer son más incisivos que un cuchillo»; otro dicho de Dos Ríos.

Atravesó el acceso y esperó a que lo hicieran las demás Doncellas para de inmediato soltar la Fuente. Hacía lo que tenía que hacer.

4

Sentido del humor

Dentro de la tienda hacía tanto calor que, en comparación, la temperatura de Caemlyn, situada a unos mil trescientos kilómetros al norte, parecería agradablemente fresca, y cuando Rand apartó la solapa de la entrada no pudo menos de parpadear. Se alegró de llevar el *shoufa* con aquel sol que caía a plomo, como un mazazo.

Una copia del estandarte del Dragón colgaba en lo alto de la tienda de rayas verdes, junto con una de las banderas carmesíes que portaban el antiguo símbolo Aes Sedai. Infinidad de tiendas se extendían a través de la ondulada llanura donde toda vegetación, excepto unas cuantas matas de hierba dura, hacía mucho que se había reducido a polvo por los cascos de caballos y las botas; había tiendas rematadas en pico y otras con el techo plano, en su mayor parte blancas, aunque de un blanco sucio, pero también había muchas de colores o de rayas, coronadas con los estandartes multicolores de los lores. Se había reunido todo un ejército allí, en la frontera de Tear, al borde de los llanos de Maredo, miles y miles de soldados procedentes de Tear y de Cairhien. Los Aiel habían levantado sus propios campamentos bien alejados de los habitantes de las tierras húmedas; había cinco Aiel por cada teariano y cairhienino, y seguían llegando más cada día. Era un ejército para hacer que Illian se sacudiera en sus cimientos, una hueste lo bastante numerosa para aplastar cualquier cosa a su paso.

Enaila y el resto de la avanzadilla ya estaban fuera, bajados los velos, con unos doce hombres Aiel. Los Aiel mantenían constante guardia en la tienda de Rand. Vestidos y armados como las Doncellas, eran tan altos como Rand o más; leones, si las Doncellas eran leopardos, hombres de rostros endurecidos y morenos, fríos ojos de color azul o verde o gris. Ese día eran *Sha'mad Conde*, Hijos del Relámpago, dirigidos por el propio Roidan, que era el cabecilla de la sociedad a este lado de la Pared del Dragón. Las Doncellas defendían el honor del *Car'a'carn*, pero todas las asociaciones guerreras exigían compartir la responsabilidad de hacer guardias.

Una sola cosa diferenciaba el atuendo masculino del de las Doncellas. La mitad de ellos llevaban una banda carmesí anudada a las sienes, con el círculo blanco y negro del antiguo símbolo Aes Sedai en el centro de la frente. Era algo nuevo, visto por primera vez hacía sólo unos meses. Los que lucían la banda se consideraban

siswai'aman, que en la Antigua Lengua significaba «las lanzas del Dragón». O más exactamente «lanzas propiedad del Dragón». Las bandas, y su significado, hacían sentirse incómodo a Rand, pero poco podía hacer él cuando los hombres rehusaban incluso admitir que las llevaban. No tenía ni idea de por qué las Doncellas no se las habían puesto, al menos ninguna que él hubiese visto. Eran tan reacias a hablar del tema como los hombres.

—Te veo, Rand al'Thor —saludó gravemente Roidan. Había más hebras grises que rubias en su cabeza, pero un herrero habría utilizado el rostro del fornido Aiel como martillo o yunque, y si se juzgaba por las cicatrices que lo surcaban diríase que más de uno lo había hecho. En comparación, sus ojos azules, fríos como un pedazo de hielo, hacían parecer afable su rostro. Evitó mirar la espada de Rand—. Que encuentres sombra en este día. —Eso no tenía nada que ver con el sol abrasador o el cielo despejado; por cierto, Roidan no parecía estar sudando ni poco ni mucho. En realidad era un saludo entre las gentes de una tierra donde el sol era siempre tórrido y en la que escaseaban los árboles.

—Te veo, Roidan —contestó Rand con igual solemnidad—. Que encuentres sombra en este día. ¿Está por aquí el Gran Señor Weiramon?

Roidan señaló con un gesto de cabeza hacia un gran pabellón con los costados de rayas rojas y el techo carmesí, rodeado por hombres con lanzas largas inclinadas en un ángulo preciso, hombro con hombro, vestidos con petos bruñidos y los uniformes dorados y negros de los Defensores de la Ciudadela. En lo alto de la tienda, la bandera de las Tres Lunas Crecientes de Tear, blancas sobre campo rojo y dorado, así como la del Sol Naciente de Cairhien, oro sobre campo azul, flanqueaban la escarlata de Rand; las tres ondeaban con una brisa que parecía haber salido de un horno.

—Los hombres de las tierras húmedas están todos allí —informó. Luego, mirando directamente a la cara a Rand, añadió—: A Bruan no se le ha pedido que acuda a esa tienda desde hace tres días, Rand al'Thor. —Bruan era el jefe del clan de los Nakai Aiel, el clan de Roidan; los dos pertenecían al septiar Llano de Sal—. Ni tampoco a Han de los Tomanelle ni a Dhearic de los Reyn ni a ningún jefe de clan.

—Hablaré con ellos —contestó Rand—. ¿Querrás decir a Bruan y a los demás que estoy aquí?

Roidan asintió con gesto grave. Enaila, que miraba a los hombres de reojo, se acercó a Jalani y le dijo algo en un susurro que pudo oírse claramente a diez pasos de distancia:

—¿Sabes por qué se llaman los Hijos del Relámpago? Porque hasta cuando están en reposo una sigue alerta mirando al cielo esperando ver algún relámpago.

Las Doncellas prorrumpieron en carcajadas. Un joven Hijo del Relámpago saltó y dio una patada en el aire de manera que el pie subió a una altura superior a la talla de Rand. Era apuesto excepto por la fruncida cicatriz blanca que se extendía por debajo

de la tira de tela negra que le cubría la cuenca del ojo vacía. También él llevaba la banda escarlata ciñéndole la frente.

—¿Sabéis por qué las Doncellas utilizan el lenguaje de señas? —gritó cuando estaba en pleno salto y, cuando sus pies tocaron de nuevo el suelo, simuló un gesto de aturdimiento, aunque no dirigido a las Doncellas; les habló a sus compañeros, haciendo caso omiso de las mujeres—. Porque incluso cuando no están parloteando son incapaces de quedarse calladas.

Los *Sha'mad Conde* rieron con tantas ganas como antes habían hecho las Doncellas.

—Sólo los Hijos del Relámpago verían honor en vigilar una tienda vacía —comentó tristemente Enaila a Jalani al tiempo que sacudía la cabeza—. La próxima vez que pidan vino, si los *gai'shain* les traen copas vacías a buen seguro que se embriagan más que si nosotras bebemos *oosquai*.

Por lo visto los Hijos del Relámpago consideraron que Enaila había salido victoriosa en el intercambio de pullas. El joven tuerto y varios más levantaron las adargas de cuero en su dirección y las golpearon repetidamente con las lanzas. Por su parte, Enaila se limitó a escuchar un momento, asintió con la cabeza y luego se unió a las demás, que ya seguían a Rand.

Rezongando entre dientes sobre el humor Aiel, Rand estudió el extenso campamento. El aroma a comida llegaba de centenares de lumbres diseminadas: pan cociéndose en brasas; carne ensartada en espetones; sopa cociéndose en ollas colgadas de trípodes. Siempre que podían, los soldados comían bien y a menudo; hacer campaña generalmente conllevaba comidas escasas. Las lumbres contribuían a la mezcla de aromas con sus propios olores dulzones; en los llanos de Maredo había más excrementos secos de buey para quemar que madera.

Arqueros, ballesteros y piqueros con jubones de cuero reforzados con placas metálicas o simplemente acolchados se movían aquí y allí; pero, dado que los nobles, tearianos y cairhieninos por igual, despreciaban la infantería y alababan la caballería, eran más los jinetes que se veían: los tearianos con yelmos adornados con crestas y petos sobre las chaquetas de mangas voluminosas y rayas de los colores de sus respectivos lores; los cairhieninos con chaquetas oscuras bajo los abollados petos y cascos con forma de campana, cortados de manera que dejaban al aire las caras. Los pequeños estandartes llamados con, enganchados a astiles cortos sujetos a la espalda de algunos hombres, señalaban la presencia de la nobleza cairhienina de segunda fila e hijos menores, y a veces simplemente a los oficiales, bien que pocos plebeyos cairhieninos ascendían a un rango. Y otro tanto ocurría con los tearianos, dicho sea de paso. Los hombres de una y otra nacionalidad no se mezclaban entre sí, y mientras que los tearianos solían ir repantigados en la silla y siempre dedicaban una mueca burlona a cualquier cairhienino que estuviera cerca, estos últimos, de talla más baja,

montaban muy tiesos en sus caballos como si se esforzaran por alcanzar la máxima altura posible y hacían como si los tearianos no existieran. Habían librado más de una batalla entre ellos antes de que Rand los hiciera cabalgar juntos.

Viejos canosos y muchachos que apenas habían entrado en la pubertad, todos vestidos con toscas ropas, caminaban entre las tiendas hurgando con gruesos palos; de vez en cuando, uno u otro espantaba a una rata a la que perseguía y asestaba un bastonazo para después juntarla con otras que llevaba colgadas del cinturón. Un tipo de nariz grande, vestido con un sucio chaleco de cuero bajo el cual no llevaba camisa, con un arco en la mano y una aljaba a la cintura, soltó una gran sarta de grajos y cuervos atados por las patas sobre una mesa que había delante de una tienda; a cambio recibió una bolsa con dinero de manos de un teariano que estaba sentado detrás de la mesa con aire aburrido, el yelmo quitado. En este territorio tan al sur había pocos que creyeran que los Myrddraal usaban ratas, cuervos y otros carroñeros por el estilo como espías —¡Luz, pero si a excepción de aquellos que los habían visto, allí, en una comarca tan meridional, casi nadie creía realmente que hubiese Myrddraal o trollocs!—, pero si el lord Dragón quería que el campamento estuviese limpio de esos bichos, se alegraban de poder complacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que el lord Dragón pagaba con plata cada cadáver.

Sonaron vítores, por supuesto; ningún otro iría caminando por ahí con una escolta de Doncellas Lanceras, además de llevar el Cetro del Dragón.

—¡Que la Luz brille sobre el lord Dragón!

—¡Que la gracia le sea propicia al lord Dragón!

Estas y otras aclamaciones se alzaron por doquier a su paso. Muchas incluso sonaban sinceras, aunque no era fácil asegurarlo con los hombres aclamándolo a voz en grito. Otros se limitaban a observar con gesto inexpresivo o hacían volver grupas a sus caballos y se alejaban, no muy deprisa. Después de todo, quién sabe en qué momento podía ponerse a descargar rayos o hacer que la tierra se resquebrajara; los hombres que encauzaban se volvían locos y a saber qué se le podía ocurrir hacer a un demente o cuándo. Tomaran o no parte en las aclamaciones, todos observaban cautelosamente a las Doncellas. En realidad muy pocos se habían acostumbrado a ver mujeres manejando armas como los hombres; además, todo el mundo sabía que los Aiel tenían reacciones tan imprevisibles como las de un loco.

No era tanto el ruido como para impedir que Rand escuchara lo que las Doncellas hablaban detrás de él.

—Tiene sentido del humor. ¿Quién es? —Ésa era Enaila.

—Se llama Leiran —contestó Somara—. Un Cosaida de los Chareen. Te parece que tiene sentido del humor porque pensó que tu broma era mejor que la suya. Pero sí que parece tener unas fuertes manos.

Varias de las Doncellas soltaron risitas.

—¿No encuentras divertida a Enaila, Rand al'Thor? —preguntó Sulin, que caminaba a su lado—. No reíste su broma. Nunca te ríes. A veces dudo que tengas sentido del humor.

Rand se frenó en seco y se volvió hacia ellas tan bruscamente que varias se llevaron la mano al velo y otearon en derredor, buscando lo que lo había sobresaltado. Él se aclaró la garganta.

—Un viejo e irascible granjero llamado Hu descubrió una mañana que su mejor gallo había volado hasta un árbol alto que había junto a la charca de la granja y que no podía bajar de allí, de modo que fue a ver a su vecino, Wil, y le pidió ayuda. Los dos hombres nunca se habían llevado muy bien, pero finalmente Wil accedió y ambos se dirigieron a la charca y empezaron a trepar por el árbol, Hu en primer lugar. Pues bien, habían planeado asustar al gallo para que saltara al suelo, pero lo único que consiguieron fue que éste volara a otra rama más alta y a otra y a otra. Entonces, en el preciso momento en que Hu y el gallo llegaban al final del árbol, con Wil justo detrás, sonó un fuerte crujido y la rama en la que Hu estaba encaramado se rompió y el viejo cayó en el estanque salpicando agua y barro por todas partes. Wil descendió tan rápido como pudo y tendió la mano a Hu desde la orilla del agua, pero Hu siguió quieto, tumbado de espaldas, hundiéndose más y más en el barro hasta que sólo su nariz quedó asomando fuera del agua. Otro granjero que había visto lo ocurrido llegó corriendo y sacó a Hu de la charca. «¿Por qué no le diste la mano a Wil?», preguntó a Hu. «Podrías haberte ahogado.» «¿Y por qué se la iba a dar ahora?», rezongó. «Hace sólo un momento que pasé junto a él a plena luz del día y no me dirigió la palabra.»

Rand esperó expectante alguna reacción. Las Doncellas se miraron unas a otras, perplejas.

—¿Qué pasó con la charca? —preguntó finalmente Somara—. El agua tiene que ser el quid de esta historia, sin duda.

Rand alzó las manos con gesto exasperado y echó a andar de nuevo hacia el pabellón de rayas rojas. Detrás de él oyó decir a Liah:

—Me parece que se suponía que era un chiste.

—¿Y cómo vamos a reírnos si no sabe lo que pasó con el agua? —opinó Maira.

—Era por el gallo —intervino Enaila—. En las tierras húmedas tienen un sentido del humor raro. Creo que era algo sobre el gallo.

Rand trató de no oírlas.

Al verlo acercarse los Defensores se pusieron aun más tiesos de lo habitual, si tal cosa era posible, y los dos apostados delante de la entrada bordeada de flecos dorados se apartaron ágilmente al tiempo que levantaban las solapas. Sus ojos se mantuvieron fijos más allá de las Doncellas.

Rand había dirigido a los Defensores de la Ciudadela en una ocasión, en un combate desesperado contra Myrddraal y trollocs en las salas de la propia Ciudadela

de Tear. Aquella noche habrían seguido a cualquiera que hubiese tomado el mando, pero ese alguien había sido él.

—La Ciudadela resiste —dijo en tono quedo. Aquél había sido el grito de batalla adoptado por todos. Unas fugaces sonrisas asomaron a algunos de los rostros de los soldados antes de recobrar la apariencia impasible de un trozo de madera. En Tear los plebeyos no sonreían por lo que decía un lord a menos que estuvieran absolutamente seguros de que el lord deseaba que sonrieran.

La mayoría de las Doncellas se quedaron fuera, puestas en cuclillas y con las lanzas cruzadas sobre las rodillas, una postura en la que podían pasarse horas sin mover un solo músculo, pero Sulin siguió a Rand al interior, junto con Liah, Enaila y Jalani. Aun en el caso de que los Defensores hubiesen sido amigos de la infancia de Rand, las Doncellas habrían actuado con idéntica precaución; sin embargo, los hombres que había dentro no eran amigos ni mucho menos.

El suelo del pabellón estaba cubierto de alfombras multicolores, rematadas por flecos, con los clásicos dibujos laberínticos de Tear y complejos diseños de volutas y espirales, y en el centro había una enorme mesa, profusamente tallada y dorada, con incrustaciones de marfil y turquesas. Que a buen seguro necesitaba una carreta para ella sola cuando se transportaba. La mesa, cubierta de mapas, separaba a una docena de tearianos, sudorosos los rostros, de un número de cairhieninos superior en un tercio a ellos y que acusaban aun más el calor; todos sostenían en la mano una copa dorada que unos discretos sirvientes, uniformados en negro y dorado, rellenaban constantemente con ponche. Todos los nobles vestían sedas, pero los cairhieninos, de rostros afeitados, bajos de estatura, delgados y pálidos en comparación con los hombres situados al otro lado de la mesa, llevaban chaquetas oscuras y sobrias excepto por las brillantes bandas horizontales con los colores de sus casas que les cruzaban el torso; el número de dichas franjas señalaba el rango de la casa, en tanto que los tearianos, en su mayor parte con barbas untadas y recortadas en punta, llevaban chaquetas acolchadas que eran mezclas floridas de rojos y amarillos, verdes y azules, con satenes y brocados, hilos de seda y de oro. Los cairhieninos eran solemnes, incluso adustos, casi todos de mejillas descarnadas y con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada en lo que había sido moda exclusivamente entre los soldados de Cairhien, no entre los lores. Los tearianos sonreían y olisqueaban sus pañuelos perfumados o pomas de esencias aromáticas que impregnaban el aire cargado de la tienda. Aparte del ponche, lo único que aparentemente compartieron fue la mirada impasible dirigida a las Doncellas, seguida de inmediato por la estudiada actitud con la que fingían no ver a las Aiel.

El Gran Señor Weiramon, la barba untada y el cabello surcado de hebras grises, hizo una profunda reverencia. Era uno de los cuatro Grandes Señores presentes, aunque la actitud afectada y empalagosa era común a todos: el rollizo Sunamon;

Tolmeran, cuya barba canosa semejaba una punta de lanza rematando el astil que era su magro cuerpo; y Torean, con su nariz como una patata y más apariencia de granjero que los propios campesinos. Pero Rand había puesto a Weiramon al mando. De momento. Los otros ocho tearianos eran nobles menores, algunos de ellos con el rostro afeitado aunque igualmente canosos. Estaban allí por sus juramentos de fidelidad a uno u otro Gran Señor, pero todos tenían cierta experiencia en el combate.

Para ser teariano Weiramon no era bajo, pero aun así Rand le sacaba más de un palmo; a Rand le recordaba un gallito de corral, siempre sacando pecho y pavoneándose.

—¡Salve al preclaro lord Dragón, inminente conquistador de Illian! —entonó mientras inclinaba la cabeza—. ¡Salve al insigne Señor de la Mañana!

Los demás corearon lo mismo a renglón seguido; los tearianos, abriendo los brazos, y los cairhieninos, llevándose la mano al corazón. Rand hizo una mueca. El Señor de la Mañana había sido uno de los títulos de Lews Therin, según se decía en los fragmentados relatos. Se habían perdido muchos conocimientos en el Desmembramiento del Mundo, y otro tanto más se convirtió en humo durante la Guerra de los Trollocs y posteriormente en la Guerra de los Cien Años, pero aun así a veces sobrevivían algunos retazos en verdad chocantes. Se sorprendió de que la invocación del título por parte de Weiramon no hubiese provocado el inmediato parloteo de Lews Therin. Ahora que lo pensaba, no había oído esa voz desde que le gritó que se callara. Que él recordara, ésa había sido la primera vez que se había dirigido a la voz que compartía su mente. Las implicaciones que había tras ello le provocaron un escalofrío en la espalda.

—Mi señor Dragón… —llamó Sunamon mientras se secaba el sudor de las carnosas manos. Parecía estar intentando no ver el *shoufa* enrollado en la cabeza de Rand—. ¿Os encontráis…? —Se tragó el resto de la frase y esbozó una sonrisa obsequiosa; preguntar a un potencial demente (potencial como mínimo) si se encontraba bien, quizá no era lo que le convenía decir—. ¿Le apetece al lord Dragón un poco de ponche? Es un reserva Lodanaille mezclado con melón dulce.

Esteban, un larguirucho Señor de la Tierra supeditado a Sunamon, de gesto duro y aun más duros ojos, hizo una seña perentoria; un sirviente corrió a traer una copa de oro de una mesa auxiliar que había junto a uno de los laterales de lona y otro se apresuró a llenarla.

—No —musitó Rand y luego en voz más alta repitió—: No. —Despidió con un gesto al sirviente sin verlo realmente. ¿Lo habría oído Lews Therin? Aquello, de algún modo, empeoraba las cosas. Pero no quería pensar en la posible implicación ahora; para ser sincero, no quería pensar en ello ni poco ni mucho—. Tan pronto como Hearne y Simaan lleguen aquí puede decirse que todo estará a punto. —Estos dos Grandes Señores no tardarían en arribar; comandaban las últimas grandes huestes

de soldados tearianos que habían partido de Cairhien hacía más de un mes. Claro que había otros grupos más pequeños de camino al sur, así como más cairhieninos. Y también más Aiel; el ininterrumpido flujo de Aiel prolongaría las cosas—. Quiero ver…

De pronto se percató de que en el pabellón se había hecho un profundo silencio salvo por los ruidos ahogados de Torean quien, con la cabeza echada hacia atrás, intentaba tragarse el resto de su ponche; el noble se limpió la boca con la mano y alargó la copa para que le sirvieran más, pero los sirvientes parecían estar intentando fundirse con la lona de rayas para desaparecer. Sulin y las otras tres Doncellas se pusieron instantáneamente sobre las puntas de los pies, listas para velarse el rostro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rand quedamente.

Weiramon vaciló antes de responder.

—Simaan y Hearne han… ido a Haddon Mirk. No vendrán aquí.

Torean cogió una jarra de oro que sostenía uno de los sirvientes y se llenó la copa, derramando ponche en la alfombra.

—¿Y por qué han ido allí en lugar de venir aquí? —Rand no alzó la voz. Estaba seguro de saber la respuesta. A esos dos, además de otros cinco Grandes Señores, los había mandado a Cairhien principalmente para que tuvieran sus mentes ocupadas y se olvidaran de conspirar contra él.

Hubo atisbos de sonrisas maliciosas entre los cairhieninos, la mayoría de las cuales se disimularon al llevar rápidamente las copas a los labios. Semaradrid, el superior en rango, con franjas de colores en la chaqueta hasta más abajo de la cintura, no se molestó en ocultar la suya. Era un hombre de cara alargada, con canas en las sienes y unos ojos oscuros capaces de partir piedras; se movía con cierta rigidez debido a las heridas sufridas en la guerra civil de su país, pero la cojera que padecía le venía de combatir contra Tear. La razón principal de que cooperara con los tearianos era que sentía aun más aversión por los Aiel. Claro que también la razón primordial de que los tearianos cooperaran con los cairhieninos era exactamente la misma.

Fue uno de sus compatriotas quien respondió, un joven lord llamado Meneril, que en la pechera de la chaqueta lucía sólo la mitad de franjas que Semaradrid; su mejilla tenía una cicatriz de la guerra civil que le tiraba de la comisura izquierda de la boca forzándola en una perpetua sonrisa sarcástica.

—Traición, mi señor Dragón. Traición y rebelión.

Puede que Weiramon hubiese mostrado incertidumbre respecto a decirle a la cara a Rand esas palabras, pero no estaba dispuesto a permitir que un extranjero hablara en su lugar.

—Sí, rebelión —se apresuró a ratificar mientras asestaba una mirada furibunda a Meneril, aunque su habitual aire pomposo reapareció de inmediato—. Y no sólo

ellos, mi señor Dragón. Los Grandes Señores Darlin y Tedosian, así como la Gran Señora Estanda, están también implicados. ¡Así se abrase mi alma, todos estamparon sus firmas en un comunicado de oposición! Al parecer unos veinte o treinta nobles menores también están involucrados. Algunos de ellos no son más que pequeños hacendados con ínfulas. ¡La Luz fulmine a esos necios!

Rand casi sentía admiración por Darlin, que se había opuesto abiertamente a él desde el principio y había huido de la Ciudadela cuando ésta cayó, para intentar organizar un levantamiento entre los nobles del campo. Tedosian y Estanda eran otro cantar. Como Hearne y Simaan, habían hecho reverencias y sonreído, y lo habían llamado lord Dragón mientras conspiraban a su espalda. Así se correspondía a su indulgencia. No era de extrañar que Torean se derramara ponche en la canosa barba mientras bebía; había estado muy implicado con Tedosian. Y con Hearne y Simaan, para colmo.

—En el comunicado no sólo se declaraban en rebeldía —intervino Tolmeran en tono frío—. En el escrito afirmaban que sois un falso Dragón, que la caída de la Ciudadela y el que empuñaseis La Espada que no es una Espada fueron algún tipo de truco de las Aes Sedai. —Se advertía un cierto timbre interrogante en su tono; él no estaba presente en la Ciudadela de Tear la noche en que Rand la había tomado.

—¿Y vos qué creéis, Tolmeran?

Era una afirmación atrayente en un país donde encauzar era un delito hasta que Rand cambió la ley; donde, en el mejor de los casos, se toleraba a las Aes Sedai; y en el que la Ciudadela de Tear había permanecido invicta durante casi tres mil años antes de que Rand la conquistase. Y también una afirmación habitual. Rand se preguntó si encontraría Capas Blancas cuando se les echara el lazo a estos rebeldes. A su entender, Pedron Niall podía ser demasiado listo para permitir algo así.

—Creo que vos empuñasteis a *Callandor* —respondió el enjuto hombre al cabo de un momento—. Creo que sois el Dragón Renacido.

En ambas afirmaciones dio un ligero énfasis a la palabra «creo». Tolmeran tenía coraje. Esteban asintió con la cabeza; lentamente, pero lo hizo. Otro hombre valiente.

Pero ni siquiera ellos plantearon la pregunta obvia: si Rand quería que se diera caza a esos rebeldes. A Rand no lo sorprendió. Para empezar, Haddon Mirk no era un territorio en el que se pudiera atrapar fácilmente a nadie, considerando la amplia y enmarañada extensión boscosa, donde no había pueblos, calzadas y ni siquiera caminos, y la escarpada franja montañosa que se extendía a lo largo de su límite septentrional; en esta última zona un hombre se consideraría afortunado si lograba recorrer un puñado de kilómetros en todo un día, y unos ejércitos podrían maniobrar hasta agotar los víveres sin conseguir encontrarse. Eso por un lado, pero lo principal era que podría interpretarse que aquel que hiciese la pregunta se estaba ofreciendo voluntario para dirigir la expedición, y un voluntario podría ser sospechoso de querer

unirse a Darlin, en vez de echarle el lazo. Puede que los tearianos no jugaran al *Da'es Daemar*, el Juego de las Casas, del modo que hacían los cairhieninos —esa pandilla interpretaba en una simple mirada lo que no se ha escrito y entendía en una frase lo que a uno jamás se le había pasado por la mente decir— pero sí maquinaban y se vigilaban unos a otros sospechando intrigas, y estaban convencidos de que todo el mundo obraba igual.

Con todo, de momento a Rand le convenía dejar a los rebeldes donde estaban. Tenía que dedicar toda su atención a Illian; al menos, debía verse que la tenía puesta allí. Sin embargo, tampoco le interesaba dar la impresión de ser tan blando. Estos hombres no se volverían contra él; pero, con la Última Batalla a las puertas, sólo había dos cosas que impedían que tearianos y cairhieninos se tiraran a degüello: se soportaban mejor entre sí que a los Aiel, aunque a duras penas; y temían la ira del Dragón Renacido. Si perdían ese miedo, intentarían matarse los unos a los otros y a los Aiel en menos que canta un gallo.

—¿Alguien quiere hablar en su favor? —preguntó—. ¿Sabéis algo que sirva de atenuante?

Si alguno lo sabía, se lo guardó para sí; contando los sirvientes, casi veinticinco pares de ojos lo contemplaban, esperando. Tal vez los sirvientes con más atención incluso. Por su parte, Sulin y las Doncellas observaban a todos excepto a él. Al cabo de unos instantes de silencio, Rand continuó:

—Están desposeídos de sus títulos, y sus tierras y propiedades quedan confiscadas. Se firmarán órdenes de arresto para cada hombre o mujer involucrados cuyos nombres se sepan. —Esto podía plantear un problema; el castigo por traición en Tear era la pena de muerte. Ya había cambiado algunas leyes, pero no ésa, y ahora era demasiado tarde—. Haced público que quienquiera que mate a alguno de ellos no será inculpado por asesinato y quienquiera que los ayude será acusado con el cargo de traición. A los que se rindan se les perdonará la vida —lo que podría solventar el caso de Estanda, ya que él sería incapaz de dar la orden de ejecutar a una mujer, si se le ocurría cómo arreglarlo—. Pero aquellos que persistan, serán colgados.

Los nobles rebulleron con inquietud e intercambiaron miradas, ya fueran tearianos o cairhieninos. A más de uno se le puso pálido el semblante. Ni que decir tiene que esperaban que anunciara sentencias de muerte —no podía ser de otro modo con una rebelión y con la guerra en perspectiva— pero la desposesión de títulos realmente los dejó conmocionados. A despecho de todas las leyes que Rand había cambiado en ambos países, a pesar de que a los nobles se los llevaba ante los magistrados y se los ahorcaba por asesinato o se los castigaba por agresiones y violaciones, todavía seguían pensando que las diferencias se marcaban en la cuna, cierto orden natural que hacía de ellos leones por derecho y ovejas a los plebeyos. Un Gran Señor que fuera a la horca moría como Gran Señor, pero Darlin y los otros

morirían plebeyos a los ojos de estos hombres, una suerte mucho peor que la propia muerte. Los sirvientes permanecieron en sus puestos, con las jarras preparadas para rellenar cualquier copa que hubiera de inclinarse demasiado para poder beber en ella. Aunque sus semblantes seguían tan inexpresivos como siempre, pareció que asomaba cierta alegría en aquellos ojos que antes no había.

—Ahora que ese asunto ha quedado solucionado —manifestó Rand, que se despojó del *shoufa* mientras se dirigía a la mesa—, veamos los mapas. Sammael es más importante que un puñado de necios pudriéndose en Haddon Mirk —Ojalá se pudrieran de verdad. ¡Así la Luz los consumiera!

Weiramon apretó los labios, y Tolmeran se apresuró a suavizar el ceño. El rostro de Sunamon estaba tan impasible que podría haber pasado por una máscara. Los otros tearianos parecían dubitativos, y también los cairhieninos, aunque Semaradrid lo ocultaba bien. Algunos habían visto Myrddraal y trollocs durante el ataque a la Ciudadela y varios habían presenciado su duelo con Sammael en Cairhien, pero aun así creían que su afirmación de que los Renegados estaban libres era un síntoma de locura. Rand había oído rumores de que había sido él quien ocasionó toda la destrucción de Cairhien, arremetiendo dementemente contra amigos y enemigos por igual. A juzgar por el pétreo rostro de Liah, uno de ellos iba a acabar con la lanza de una Doncella atravesándolo de parte a parte como no se guardaran de mostrar esas expresiones.

Se reunieron alrededor de la mesa, sin embargo, mientras Rand tiraba a un lado el *shoufa* y rebuscaba entre los mapas esparcidos unos sobre otros. Bashere tenía razón; los hombres seguirían a locos que vencieran. Siempre y cuando vencieran. En el momento en que encontraba el mapa que quería, un plano detallado del extremo oriental de Illian, llegaron los jefes Aiel.

Bruan de los Nakai fue el primero en entrar, seguido de cerca por Jheran de los Shaarad, Dhearic de los Reyn, Han de los Tomanelle y Erim de los Chareen, todos respondiendo a los cabeceos de Sulin y las otras tres Doncellas. Bruan, un hombretón de tristes ojos grises, realmente era el cabecilla de los cinco clanes que Rand había enviado al sur hasta el momento. Ninguno de los otros se opuso; su temperamento extrañamente plácido contradecía sus habilidades combativas. Vestidos con el *cadin'sor*, los *shoufa* sueltos alrededor del cuello, no estaban armados excepto por los grandes cuchillos de los cinturones; claro que no podía considerarse desarmado a un Aiel aunque sólo dispusiera de sus manos y sus pies.

Los cairhieninos se limitaron a actuar como si no existieran, pero los tearianos no se privaron de esbozar muecas burlonas y olisquear de manera ostentosa sus pomas y pañuelos perfumados. Tear sólo había perdido la Ciudadela a manos de los Aiel, y eso con la ayuda del Dragón Renacido, según creían —o de Aes Sedai—, pero los cairhieninos habían sido saqueados por ellos dos veces, derrotados y humillados en

dos ocasiones.

A excepción de Han, los Aiel hicieron caso omiso de todos ellos. Han, con el blanco cabello y rostro cual un trozo de cuero arrugado, les asestó una mirada asesina. Era un hombre quisquilloso en el mejor de los casos, y no ayudaba a mejorar su genio el hecho de que algunos tearianos fuesen tan altos como él. Para la media Aiel era bajo —lo que significaba bastante más alto que la media de un hombre de las tierras húmedas— y tan susceptible al respecto como Enaila. Y, por supuesto, los Aiel despreciaban a los Asesinos del Árbol, uno de los apelativos que daban a los cairhieninos, más que a cualesquiera otros hombres de las tierras húmedas. El otro epíteto era «quebrantadores de juramentos».

—Los illianos —manifestó Rand en tono firme mientras alisaba el mapa. Utilizó el Cetro del Dragón para sujetar una esquina y un tintero engastado en oro y un cuenco de arena a juego para la otra. Lo único que le faltaba era que estos hombres empezaran a matarse unos a otros. No creía que lo hicieran, al menos mientras él estuviera allí. En los relatos, los aliados al final acababan confiando y sintiendo aprecio entre sí; dudaba que estos hombres llegaran a eso nunca.

Los ondulados llanos de Maredo se extendían un corto tramo dentro de Illian y morían al pie de unas colinas boscosas, no muy lejanas al Manetherendrelle y a su tributario, el río Shal. Cinco cruces hechas con tinta, separadas unos veinte kilómetros entre sí, marcaban las posiciones enemigas en la vertiente oriental de esos montes, las colinas Doirlon. Rand puso el dedo sobre la cruz del centro.

—¿Estáis seguros de que Sammael no ha agregado nuevos campamentos? —Una leve mueca en el rostro de Weiramon logró que Rand espetara con irritación—: Muy bien, lord Brend, si así lo preferís, o el Consejo de los Nueve, o Mattin Stepaneos den Balgar, si os gusta más el propio rey. ¿Siguen como aparecen aquí?

—Eso es lo que aseguran nuestros exploradores —confirmó sosegadamente Jheran. Esbelto en el modo que es esbelta una cuchilla, el cabello con más hebras grises que del color castaño claro original, se mostraba siempre sosegado ahora que el pleito de sangre que había enfrentado durante cuatrocientos años a los Shaarad con los Goshien había terminado con la llegada de Rand—. Los *Sovin Nai* y los *Duadhe Mahdi'in* mantienen una estrecha vigilancia. —Asintió ligeramente con la cabeza en un gesto de satisfacción, al igual que Dhearic. Jheran había sido *Sovin Nai*, un Mano Cuchillo, antes de convertirse en jefe, y Dhearic *Duadhe Mahdi'in*, un Buscador de Agua—. Conocemos los cambios que se producen a los cinco días mediante corredores.

—Mis exploradores lo creen así —respondió Weiramon como si Jheran no hubiese hablado—. Envío una nueva tropa cada semana. Se tarda todo un mes en ir y volver, pero os aseguro que estoy tan al día como lo permite la distancia.

Por la expresión, los rostros Aiel podrían haber estado tallados en piedra.

Rand pasó por alto la interacción. Ya había intentado cerrar las fisuras entre tearianos, cairhieninos y Aiel con anterioridad, y siempre volvían a abrirse de golpe en el momento que les daba la espalda. Era un esfuerzo inútil.

En cuanto a los campamentos… Sabía que seguía habiendo sólo cinco; los había visitado, por decirlo de algún modo. Era un… lugar en el que sabía cómo entrar, un extraño reflejo del mundo real pero en el que no había gente, y había recorrido las empalizadas de madera de aquellas grandes fortificaciones. Conocía las respuestas a casi todas las preguntas que iba a plantearles, pero estaba haciendo malabarismos con los planes del mismo modo que un juglar lo hace con el fuego.

—¿Sammael sigue haciendo avanzar a más hombres?

Esta vez puso énfasis en el nombre. La expresión de los Aiel no cambió; si los Renegados estaban libres no había más que hablar: uno tenía que afrontar las cosas como eran, no como querría que fuesen. Pero los demás le lanzaron aquellas miradas fugaces y preocupadas. Tenían que acostumbrarse a ello antes o después. Tenían que creerle más pronto o más tarde.

—Sí. Se ha movilizado hasta el último hombre de Illian capaz de sostener una lanza sin tropezarse con ella, o eso parece —repuso Tolmeran, cabizbajo. Estaba tan deseoso de luchar contra los illianos como cualquier teariano, ya que los dos países se odiaban desde que se habían escindido del decadente imperio de Artur Hawkwing durante su desintegración; la historia de ambos era una sucesión de guerras provocadas con la más mínima excusa. Tolmeran, empero, no parecía tan propenso como los otros Grandes Señores a creer que todas las batallas podían vencerse mediante una buena carga—. Cada explorador que consigue regresar informa del crecimiento de los campamentos, con defensas cada vez más formidables.

—Deberíamos ponernos en marcha ya, mi señor Dragón —manifestó contundentemente Weiramon—. ¡Por la Luz, puedo pillar a los illianos con el culo al aire! Ellos mismos se han atado. ¡Demonios, pero si casi no tienen caballos! Los haré pedazos y el camino a la ciudad quedará expedito. —En Illian, al igual que en Tear y en Cairhien, «la ciudad» era la capital que había dado nombre al país—. Diantres, habré puesto vuestro estandarte en Illian en un mes, mi señor Dragón. Dos como mucho. —Echó una mirada de soslayo a los cairhieninos y, como si le sacaran las palabras a la fuerza, añadió—: Lo haremos Semaradrid y yo.

El aludido hizo una leve inclinación de cabeza. Muy leve.

—No —espetó Rand de manera cortante.

El plan de Weiramon estaba abocado al desastre. Había alrededor de cuatrocientos kilómetros entre el campamento y los cuetos fortificados, a través de praderas donde un otero de sólo veinte metros de altura se consideraba un cerro alto y una arboleda de tres hectáreas pasaba por ser un bosque. Sammael también tenía exploradores; cualquier rata o cuervo podía ser uno de ellos. Cuatrocientos kilómetros. Con suerte,

doce o trece días de marcha para tearianos y cairhieninos. Los Aiel tal vez podrían cubrirlos en cinco si apretaban el paso —uno o dos exploradores solos se desplazaban más deprisa que un ejército, incluso en el caso de los Aiel— pero en los planes de Weiramon no entraban ellos. Mucho antes de que Weiramon llegara a las colinas Doirlon, Sammael estaría preparado para aplastar a los tearianos, no al contrario. Un plan estúpido. Más estúpido incluso que el que Rand les había marcado.

—Sabéis cuáles son mis órdenes. Os quedaréis aquí hasta que Mat llegue para ponerse al mando, y aun entonces nadie avanzará un paso hasta que yo tenga suficientes tropas aquí. Vienen más hombres de camino, tearianos, cairhieninos y Aiel. Me propongo aplastar a Sammael, Weiramon. Aniquilarlo definitivamente y poner a Illian bajo la bandera del Dragón. —Todo eso era cierto—. Ojalá pudiera estar con vosotros, pero Andor requiere todavía mi atención.

El semblante de Weiramon se tornó tenso y avinagrado. El gesto de Semaradrid habría agriado el mejor vino, y el rostro de Tolmeran traslucía una impavidez tal que su desaprobación respecto al plan resultaba tan categórica como un puñetazo en la nariz. En el caso de Semaradrid era el retraso lo que le preocupaba. Había hecho notar en más de una ocasión que si cada día llegaban más hombres al campamento ocurría lo mismo en las fortificaciones de Illian. A buen seguro que el plan de Weiramon era el resultado de sus apremios, aunque él habría podido discurrir otro mejor. Las dudas de Tolmeran se centraban en Mat. A despecho de lo que había oído comentar a los cairhieninos sobre las dotes estrategas de Mat, Tolmeran estaba convencido de que sólo eran halagos de necios a un campesino que daba la casualidad de que era amigo del Dragón Renacido. Sus objeciones eran sinceras y las de Semaradrid tenían su punto de razón… si el plan que les había dado no hubiese sido únicamente otra cortina de humo. Parecía de todo punto improbable que Sammael dependiera exclusivamente de ratas y cuervos para espiar. Además, Rand estaba convencido de que también había espías humanos en el campamento a las órdenes de otros Renegados y probablemente para las Aes Sedai.

—Se hará como ordenéis, mi señor Dragón —respondió Weiramon.

El noble era valiente en la batalla, pero un completo idiota incapaz de ver más allá de la gloria del cargo, su odio a los illianos y su desagrado por los cairhieninos y por los «salvajes» Aiel. Rand estaba convencido de que Weiramon era exactamente el hombre que necesitaba. Tolmeran y Semaradrid no se moverían demasiado pronto mientras Weiramon estuviese al mando.

Siguieron hablando largo rato y Rand escuchó, haciendo preguntas de vez en cuando. No hubo más oposición, ninguna otra sugerencia de que la marcha debería emprenderse ahora, ni la menor discusión referente al ataque. Las preguntas que Rand planteó a Weiramon y a los demás estuvieron relacionadas con carretas y lo que se cargaría en ellas. En los llanos de Maredo había pocos pueblos, muy distantes

entre sí, ninguna ciudad a excepción de Far Madding, al norte, y tierras de cultivo apenas suficientes para abastecer a la gente que vivía allí. Un gran ejército necesitaría un ininterrumpido ir y venir de carretas desde Tear cargadas con todo tipo de suministros, desde harina para el pan hasta clavos para las herraduras de los caballos. Excepto Tolmeran, los Grandes Señores eran de la opinión que el ejército podía transportar lo que necesitaba para atravesar las llanuras y después aprovisionarse a costa de Illian; al parecer había cierta complacencia en la idea de despojar las tierras del ancestral enemigo hasta arrasarlas como haría una plaga de langostas. Los cairhieninos tenían otra opinión, en especial Semaradrid y Meneril. Los campesinos no habían sido los únicos que habían pasado hambre durante la guerra civil de Cairhien y el asedio de los Shaido a la capital; sus mejillas hundidas eran prueba elocuente de ello. Illian era una tierra fértil, e incluso en las colinas Doirlon había granjas y viñedos, pero Semaradrid y Meneril no querían confiar en un aprovisionamiento incierto para llenar los estómagos de sus soldados si había otra alternativa. Rand, por su parte, no quería que Illian sufriese más estragos de los estrictamente imprescindibles.

En realidad no presionó a nadie. Sunamon, quien hacía tiempo había aprendido la lección respecto a no decir una cosa a Rand y hacer otra, le aseguró que las carretas estaban acabando de montarse y que se estaba haciendo acopio de provisiones por todo Tear, a pesar de los gestos de impaciencia de Weiramon por todo el asunto y los rezongos y sudores de Torean respecto al coste. Lo importante, sin embargo, era que el plan que les había dado seguía adelante; y que sería obvio para los espías que seguía adelante.

La despedida fue otra exhibición de cháchara grandilocuente y exageradas reverencias mientras Rand volvía a enrollarse el *shoufa* a la cabeza y cogía de nuevo el Cetro del Dragón, a lo que siguió la poco entusiasta invitación de que se quedara para agasajarlo con un banquete y las igualmente falsas ofertas de atenderlo hasta su marcha si no podía quedarse al festín que habían preparado. Tearianos y cairhieninos por igual evitaban la compañía del Dragón Renacido hasta donde era seguro sin perder su favor mientras fingían hacer todo lo contrario. Por encima de todo, deseaban encontrarse en cualquier otro sitio cuando Rand encauzaba. Lo escoltaron hasta la entrada del pabellón y unos cuantos pasos más allá, por supuesto, pero Sunamon soltó un sonoro suspiro cuando los dejó; de hecho, Rand oyó a Torean emitir una risita de alivio.

Los jefes Aiel acompañaron a Rand en silencio, y las Doncellas que habían aguardado fuera se unieron a Sulin y las otras tres para formar un círculo alrededor de los seis hombres mientras se encaminaban hacia la tienda de rayas verdes. En esta ocasión hubo pocos vítores, y los jefes no abrieron la boca; en realidad tampoco habían dicho gran cosa en el pabellón durante la reunión. Rand hizo un comentario al

respecto.

—Estos hombres de las tierras húmedas no quieren oír lo que tengamos que decir —manifestó Dhearic. Era un hombre fornido, y su corpulencia compensaba con creces los dos o tres centímetros que le faltaban para igualar la talla de Rand; tenía una nariz enorme y había más cabello blanco que rubio en su cabeza. Sus azules ojos rebosaban desprecio—. Sólo escuchan el aire.

—¿Te contaron lo de esos que se han rebelado contra ti? —preguntó Erim. Era más alto que Dhearic, tenía una mandíbula agresiva y el cabello blanco y pelirrojo a partes iguales.

—Me lo dijeron, sí —contestó Rand, y Han lo miró frunciendo el ceño.

—Si piensas mandar a esos tearianos en persecución de los de su propia clase, es un error. Aun en el caso de que pudiera uno fiarse de ellos, dudo mucho que fueran capaces de conseguirlo. Envía a las lanzas. Con un clan habría más que de sobra.

—No. —Rand sacudió la cabeza—. Darlin y sus rebeldes pueden esperar. Sammael es más importante.

—Entonces déjanos que partamos hacia Illian ahora —intervino Jheran—. Olvídate de esos hombres de las tierras húmedas, Rand al'Thor. Ya hay casi doscientas mil lanzas reunidas aquí. Podemos destruir a los illianos antes de que Weiramon Saniago y Semaradrid Maravin estén a mitad de camino de allí.

Rand apretó los párpados con fuerza un momento. ¿Es que todo el mundo iba a discutir con él? Estos hombres no eran de los que recogían velas sólo porque el Dragón Renacido los mirara ceñudo. El Dragón Renacido era sólo una profecía de las tierras húmedas; ellos seguían a El que Viene con el Alba, el *Car'a'carn*, y ya le dolían los oídos de escuchar repetidamente que ni siquiera el *Car'a'carn* era un rey.

—Quiero que me prometáis quedaros aquí hasta que Mat os diga que os pongáis en marcha. Y quiero la promesa individual de cada uno.

—Nos quedaremos, Rand al'Thor. —La voz engañosamente suave de Bruan tenía un atisbo de tirantez. Los demás dieron su palabra con tonos más duros, bien que lo hicieron.

—Pero es una pérdida de tiempo —añadió Han, torciendo la boca—. Que jamás encuentre sombra si no lo es.

Sus palabras fueron corroboradas por sendos cabeceos de Jheran y de Erim. Rand no había esperado que dieran su brazo a torcer tan pronto.

—De vez en cuando hay que perder un poco de tiempo para ganarlo —manifestó, a lo que Han respondió con un sonoro resoplido.

Cuando llegaron a la tienda de rayas verdes, Rand vio que los Hijos del Relámpago habían levantado los laterales con palos para que la brisa soplara a través del sombreado interior. A pesar del calor seco que hacía dentro, los Aiel actuaron como si lo encontraran agradablemente fresco, pero Rand dudaba que fuera a sudar ni

una gota menos que a pleno sol. Se quitó el *shoufa* mientras se acomodaba en las alfombras, con Bruan y los otros jefes enfrente de él. Las Doncellas se unieron a los Hijos del Relámpago en la vigilancia de la tienda; de cuando en cuando las bromas que intercambiaban y las risas llegaban al interior. En esta ocasión parecía que Leiran estaba llevando las de ganar, porque las Doncellas hicieron sonar las lanzas contra las adargas jaleándolo en un par de ocasiones.

Rand no entendió casi nada de lo que decían. Llenó su pipa de caña corta y apretó la cazoleta con el pulgar mientras pasaba la bolsita de piel de cabra para que los jefes cogieran tabaco para las suyas; había encontrado un pequeño barril de la buena hoja de Dos Ríos en Caemlyn. A continuación encauzó para encenderla; los demás mandaron a un Hijo del Relámpago a traer una ramita prendida de una de las lumbres. Una vez que todas las pipas estuvieron encendidas se dispusieron a conversar, chupando y expulsando bocanadas de humo con gesto satisfecho.

La conversación duró tanto como la mantenida con los lores, no porque hubiese mucho que discutir sino porque Rand había estado charlando a solas con los hombres de las tierras húmedas. Los Aiel eran muy susceptibles respecto al honor; sus vidas se regían por el *ji'e'toh*, honor y obligación, basado en reglas tan complejas y extrañas como su sentido del humor. Hablaron de los Aiel que todavía venían de camino desde Cairhien, de cuándo se esperaba la llegada de Mat y de qué se iba hacer, si es que se pensaba hacer algo, respecto a los Shaido. Hablaron de caza y de mujeres, de si el brandy era tan bueno como el *oosquai*, y sobre el humor. Hasta el paciente Bruan acabó alzando las manos en un gesto de rendición y renunció a intentar explicar las chanzas Aiel. ¡Por la Luz bendita! ¿Qué había de gracioso en que una mujer apuñalara accidentalmente a su marido, fuesen cuales fuesen las circunstancias, o en que un hombre acabara casado con la hermana de la mujer con la que quería desposarse? Han rezongó y resopló y se negó a creer que Rand no lo entendía; él sí que rió por lo de la cuchillada fortuita con tantas ganas que casi se cayó de espaldas. De lo que no hablaron fue de la inminente guerra contra Illian.

Cuando se marcharon, Rand salió y entrecerró los ojos para observar el sol, que se encaminaba hacia el ocaso. Han iba repitiendo la historia de la cuchillada fortuita, y las risas de los jefes volvieron a sonar mientras se alejaban. Rand golpeó la cazoleta de la pipa contra el pulpejo de la mano y pisoteó el resto del tabaco a medio quemar sobre el polvoriento suelo. Todavía quedaba tiempo para regresar a Caemlyn y reunirse con Bashere, pero volvió al interior de la tienda y desde allí contempló la puesta de sol. Cuando el astro rozaba el horizonte, tornándose rojo como sangre, Enaila y Somara le llevaron un plato de cordero guisado tan rebosante que habría bastado para dos hombres, una rebanada redonda de pan y una jarra de té de menta que había estado metida en un cubo de agua para que se enfriara.

—Comes poco —arguyó Somara al tiempo que le pasaba la mano por el cabello

antes de que él tuviese tiempo de apartar la cabeza.

—Si no esquivaras a Aviendha como lo haces —abundó Enaila—, ella se encargaría de que comieras.

—Primero despierta su interés y luego huye de ella —rezongó Somara—. Tienes que ganarte de nuevo su afecto. ¿Por qué no te ofreces a lavarle el cabello?

—No. Eso sería pasarse de la raya —objetó firmemente Enaila—. Pedirle que le deje cepillárselo será suficiente. No le interesa que ella piense que es un atrevido.

Somara expulsó el aire por la nariz en un gesto desdeñoso.

—No puede pensar que es atrevido si la está evitando. Te pasas de recatado, Rand al'Thor.

—Ninguna de vosotras es mi madre. Os dais cuenta, ¿no?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada desconcertada.

—¿Crees que esto es otro chiste de las tierras húmedas? —preguntó Enaila a la otra mujer.

—No sé —respondió Somara, encogiéndose de hombros—. Su expresión no parece divertida. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Seguro que es un buen chiste, pero tendrás que explicárnoslo.

Rand aguantó en silencio, rechinándole los dientes, mientras comía vigilado por las dos mujeres. Estuvieron pendientes de cada cucharada, literalmente. Las cosas no mejoraron cuando se fueron con el plato, porque a continuación entró Sulin, quien le dio un consejo, de lo más grosero e indecente, sobre cómo recuperar el interés de Aviendha; entre los Aiel era una especie de favor que una primera hermana podía hacer a un primer hermano.

—A sus ojos debes mostrarte convenientemente recatado —le dijo la Doncella de cabello blanco—, pero no hasta el punto de que te considere aburrido. Pídele que te pase el rascador por la espalda en la tienda de sudar, pero humildemente, con los ojos bajos. Cuando te desnudes para acostarte, ponte a brincar como si estuvieras encantado de la vida; después te disculpas como si de repente cayeras en la cuenta de que ella está delante y te metes de inmediato en tus mantas. ¿Sabes cómo ponerte colorado?

Luz, lo que le tocaba aguantar en silencio. Las Doncellas sabían demasiado y no lo suficiente.

Cuando estuvieron de vuelta en Caemlyn, mucho después de que el sol se hubiese metido, Rand entró de puntillas en sus aposentos, con las botas quitadas, y se encaminó a tientas por la antesala del dormitorio, a oscuras. Aun en el caso de que no hubiese sabido que Aviendha estaría allí, acostada ya en el catre extendido en el suelo, junto a la pared, habría notado su presencia. En la quietud de la noche podía escuchar su respiración. Por una vez parecía que había conseguido tardar lo suficiente para que se hubiese quedado dormida. Había intentado poner fin a esta situación, pero

Aviendha no le hizo ningún caso y las Doncellas se rieron por su «timidez» y «recato». Convenían en que eran buenas cualidades en un hombre cuando estaba solo, siempre y cuando no llegara a la exageración.

Se metía en la cama con una sensación de alivio porque Aviendha estuviese ya dormida —y un tanto irritado por no haberse atrevido a encender una lámpara para lavarse— cuando la joven se giró en el catre. Probablemente había estado despierta todo el tiempo.

—Que duermas bien y que despiertes —fue todo cuanto dijo.

Pensando la idiotez que era sentir esa repentina satisfacción por que una mujer a la que quería evitar le diera las buenas noches, mulló bruscamente la almohada de plumón antes de recostar la cabeza en ella. Seguramente que Aviendha pensaba que aquello era una broma de lo más divertida; lanzar pullas era casi un arte entre los Aiel, y cuanto más hirientes, mejor. El sueño empezó a llegarle por fin, y su último pensamiento consciente fue que tenía preparado un gran bromazo, aunque de momento sólo Mat, Bashere y él lo sabían. Sammael no tenía ni pizca de sentido del humor, pero el colosal martillo que era un ejército esperando en Tear sería la mayor chanza que el mundo hubiese visto nunca. Con un poco de suerte, Sammael habría muerto antes de saber que debería reírse.

5



Un baile diferente

El Ciervo Dorado estaba a la altura de su nombre en la mayoría de los aspectos. Por la amplia sala común había repartidas mesas bien pulidas y bancos con tallas de rosas en las patas. Una camarera, con el níveo delantal impoluto, se dedicaba exclusivamente a barrer el suelo blanco de piedra. En la unión de las paredes con el alto techo de vigas se había pintado una ancha orla de volutas azules y doradas, Las chimeneas eran de piedra muy bien labrada, con los hogares decorados con unas cuantas ramas de árboles perennes, y encima de cada dintel había cincelado un ciervo sobre cuya cuerna ramificada reposaba una copa de vino. Encima de una de las repisas se encontraba un reloj alto, con un poco de dorado.

Un puñado de músicos actuaba sobre una pequeña tarima, al fondo de la sala. Dos hombres sudorosos, en mangas de camisa, tocaban flautines; otro par pulsaban vihuelas de nueve cuerdas, y una mujer con un vestido de rayas azules golpeaba suavemente con macillos de madera el salterio que tenía apoyado en las rodillas.

Más de una docena de camareras, uniformadas con delantales y vestidos azules, iban y venían apresuradamente entre las mesas. La mayoría eran bonitas, aunque algunas debían de tener casi los mismos años que la señora Daelvin, la rellena y baja posadera que llevaba recogido el ralo y canoso cabello en un moño bajo. Justo la clase de sitio que le gustaba a Mat; realmente irradiaba bienestar y holgura económica. Había elegido la posada porque se encontraba casi en el mismo centro de la ciudad; pero, si además tenía esas ventajas, miel sobre hojuelas.

No todo estaba a la altura de la segunda mejor posada de Maerone, claro es. De la cocina llegaba otra vez olor a cordero y nabos, así como a la inevitable sopa picante de cebada; los aromas se mezclaban con el tufo a caballos y polvo del exterior. En fin, la comida era un problema en una ciudad atiborrada de refugiados y soldados, además de los que había en los campamentos que rodeaban la población. Voces masculinas entonando estentóreamente marchas sonaban de vez en cuando por la calle, acompañadas por el trapaleo de cascos, el golpeteo de las botas y las maldiciones contra el calor. También hacía calor dentro de la sala, donde no entraba un soplo de aire al estar las ventanas cerradas; de haberlas tenido abiertas el polvo

habría dejado rápidamente una capa en todo lo que había dentro y no habría aliviado mucho la cargada temperatura. Maerone era una plancha de asar.

Por lo que Mat había visto, todo el maldito mundo estaba secándose, pero no quería pensar en el porqué. Deseó poder olvidarse del calor, de que estaba en Maerone; olvidarlo todo. Llevaba desabrochada la chaqueta verde de buena calidad, con el cuello y los puños bordados en oro, y la fina camisa de hilo con las lazadas desanudadas, pero aun así sudaba como un cerdo. Seguramente lo habría aliviado un poco quitarse el pañuelo de seda negra que llevaba atado al cuello, pero rara vez lo hacía si había alguien que pudiera verlo. Apuró el vino, dejó la bruñida copa de peltre a un lado de la mesa y cogió el sombrero de ala ancha para abanicarse con él. Todo lo que bebía no bien había entrado en su cuerpo cuando ya lo estaba sudando.

Como había elegido El Ciervo Dorado para alojarse, los lores y oficiales de la Compañía de la Mano Roja siguieron su ejemplo, lo que significaba que todos los demás se quedaban fuera. Eso no era motivo de desagrado para la señora Daelvin; podría haber alquilado cinco veces las habitaciones que tenía sólo con los lores y señoritingos de la Compañía, además de que era una pandilla que pagaba bien, tenía pocas peleas y generalmente salían fuera a dirimirlas. Aquel mediodía, sin embargo, sólo nueve o diez hombres ocupaban las mesas y de vez en cuando la posadera miraba, parpadeando, los bancos vacíos, se atusaba el moño bajo y suspiraba; no vendería mucho vino hasta la noche. Gran parte de sus ganancias procedía de la bebida. Aun así, los músicos tocaban con brío. Un puñado de lores complacidos con la música —y, en lo tocante a ellos, cualquiera que tuviese oro merecía un respetuoso «milord»— se mostraría más generoso que una sala llena a rebosar de soldados rasos.

Lamentablemente para los bolsillos de los músicos, Mat era el único que estaba escuchando y el joven torcía el gesto en una nota de cada tres. En realidad no era culpa de ellos; la música sonaba bien si uno no sabía lo que escuchaba. Mat sí, porque se la había enseñado él marcando el compás con palmas y tarareándola, pero nadie había oído esa tonada hacía más de dos mil años. El mejor comentario que podía hacerse era que habían cogido bien el ritmo.

Parte de una conversación atrajo su atención. Soltó el sombrero y agitó la copa en el aire para pedir más vino, tras lo cual se recostó en la mesa echándose adelante, hacia donde tres hombres bebían alrededor de la que había al lado.

—¿Qué decíais?

—Estábamos intentando discurrir un modo de ganarte para recuperar parte de nuestro dinero —respondió Talmanes, sin sonreír, mientras se llevaba la copa a los labios. No es que estuviera enfadado: es que nunca sonreía. Era unos pocos años mayor que Mat, y un palmo más bajo que él. A Mat siempre le recordaba un muelle a punto de saltar—. Nadie puede ganarte a las cartas.

El comandante de la mitad de la caballería de la Compañía era un lord

cairhienino, pero llevaba la parte frontal de la cabeza afeitada y empolvada, bien que el sudor se había llevado parte. Muchos jóvenes nobles de Cairhien habían adoptado esta moda de los soldados. La chaqueta de Talmanes era también sencilla, sin las bandas de colores que llevaban los nobles aunque por derecho él habría podido lucir unas cuantas.

—De eso nada —protestó Mat. Cierto, cuando tenía la suerte de cara todo salía a pedir de boca, pero seguía unos ciclos, sobre todo con cosas que seguían un orden tan riguroso como un mazo de cartas—. ¡Rayos y centellas! La semana pasada me ganaste cincuenta coronas. —Cincuenta coronas. Poco más de un año antes habría dado volteretas de contento si hubiese ganado una y se habría deshecho en un mar de lágrimas si la hubiese perdido. Poco más de un año antes no poseía una corona para perderla jugando.

—Y eso ¿cuántos cientos por detrás me deja a mí? —inquirió Talmanes con tono seco—. Quiero una oportunidad para poder recuperar algo. —Si alguna vez empezara a ganarle a Mat de forma sustancial, también empezaría a preocuparse. Como la mayoría de la Compañía, consideraba la suerte de Mat como un talismán.

—Y con los malditos dados es igual —intervino Daerid. El comandante de la infantería de la Compañía bebió con ansia e hizo caso omiso de la mueca sólo a medias disimulada tras la barba untada de Nalesean. Casi todos los nobles que Mat conocía pensaban que los dados eran vulgares, propios sólo de plebeyos—. Jamás lo he visto acabar el día perdiendo a los dados. Debe de ser algo sobre lo que todavía no tienes control, no por falta de entrenamiento, ya me entiendes.

Un poco más alto que su compatriota cairhienino Talmanes, Daerid debía de ser quince años mayor que él, y tenía la nariz rota por varios sitios y tres cicatrices blancas cruzándole la cara. El único que no era de noble cuna entre los de la mesa, también llevaba la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada; Daerid había sido soldado toda su vida.

—Pensamos en caballos —intervino Nalesean mientras gesticulaba con la copa de peltre. Era un hombre corpulento, más alto que los dos cairhieninos, y dirigía la otra mitad de la caballería de la Compañía. Considerando el calor que hacía, Mat se había preguntado a menudo por qué seguía llevando la negra y frondosa barba, pero el noble se la recortaba todas las mañanas para mantener la forma en pico. Y, mientras que Daerid y Talmanes llevaban las sencillas chaquetas grises desabrochadas, Nalesean tenía la suya —de seda verde con aquellas amplias mangas al estilo teariano, acuchilladas y con los puños en satén dorado— abotonada hasta el cuello. Su rostro brillaba por la transpiración, que él fingía no advertir—. Así se abrase mi alma, pero tu suerte no tiene fisuras en la batalla ni en las cartas. Ni en los dados —añadió a la par que hacía otra mueca al mirar a Daerid—. Pero en una carrera de caballos, lo que cuenta es el animal.

Mat sonrió y se acodó en la mesa.

—Buscaos un buen jaco y veremos.

Puede que su suerte no influyera en una carrera de caballos —aparte de los dados, las cartas y otros juegos de azar, nunca estaba seguro de si la fortuna le sonreiría ni cuándo—, pero había crecido viendo a su padre hacer tratos y comerciar con equinos y él mismo tenía muy buen ojo con los corceles.

—¿Queréis o no más vino? No puedo serviros si no llego a vuestra copa.

Mat miró hacia atrás. La camarera que estaba a su espalda, con una brillante jarra de peltre, era baja y delgada, una belleza de oscuros ojos y tez pálida que enmarcaban los negros rizos que le caían hasta los hombros. Y aquel acento cairhienino preciso y musical convertía su voz en un tañido de campanillas. Mat había echado el ojo a Betse Silvin desde el primer día en que había entrado en El Ciervo Dorado, pero ésta era la primera ocasión que tenía de hablar con ella; siempre había cinco cosas que precisaban de su inmediata atención y otras diez que tendrían que haber estado hechas el día anterior. Los otros hombres habían vuelto a poner toda su atención en sus copas de vino, dejándolo con la mujer tan a solas como era posible sin tener que salir de la sala. Tenían buenos modales, incluso los dos nobles.

Sonriente, Mat se giró pasando las piernas por encima del banco y levantó la copa para que se la llenara.

—Gracias, Betse —dijo y ella respondió con una reverencia. Sin embargo, cuando le pidió que se sirviera otra y se sentara con él, la muchacha soltó la jarra en la mesa, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza mientras lo miraba de arriba abajo.

—Dudo mucho que a la señora Daelvin le gustara eso. Oh, no, no le gustaría nada. ¿Sois un lord? Todos los demás parecen estar a vuestras órdenes, pero ninguno os llama «milord». Incluso apenas si os saludan con una inclinación de cabeza, excepto los plebeyos.

Mat enarcó las cejas exageradamente.

—No —respondió con mayor sequedad de lo que era su intención—. No soy un lord. —Rand podía dejar que la gente anduviese a su alrededor llamándolo lord Dragón y cosas por el estilo, pero eso no iba con Matrim Cauthon. En absoluto. Respiró hondo y volvió a sonreír. Algunas mujeres intentaban desconcertarlo a uno con esa clase de puntadas, pero aquél era un baile que él dominaba bien—. Llámame Mat simplemente, Betse. Estoy seguro de que a la señora Daelvin no le importará que te sientes conmigo.

—Oh, sí que le importará. Pero supongo que puedo charlar un poco. Tenéis que ser casi un lord. ¿Por qué lleváis puesto eso con el calor que hace? —Se inclinó ligeramente y le bajó el pañuelo un poco con el dedo. Mat se había despistado y lo había dejado resbalar un tanto—. ¿Qué es esto? —Pasó la yema del dedo por el pálido y alargado abultamiento que surcaba su cuello—. ¿Alguien trató de ahorcaros?

¿Por qué? Parecéis demasiado joven para ser un empedernido delincuente.

Mat echó la cabeza hacia atrás y se apresuró a ajustar de nuevo el pañuelo negro para ocultar la cicatriz, pero Betse no se había dado por vencida. Metió la mano en la pechera abierta de la camisa de Mat y cogió el medallón con la cabeza de zorro plateada que llevaba colgada de un cordón de cuero.

—¿Fue por robar esto? Parece valioso. ¿Lo es? —quiso saber.

Mat le quitó el medallón de un manotazo y volvió a guardarlo en su sitio. La mujer no perdía comba, desde luego, y ni siquiera se tomaba un respiro lo bastante largo para que él pudiera meter baza. Oyó las risitas contenidas de Nalesean y Daerid a su espalda, y su gesto se ensombreció. A veces su suerte en el juego iba de cabeza con respecto a las mujeres, y a ellas siempre les parecía divertida la situación.

—No, no os habrían dejado quedaros con él si lo hubieseis robado, ¿no es cierto? —siguió con su cháchara Betse—. Y, si sois casi un señor, supongo que podéis poseer cosas como ésa. Tal vez lo hicieron porque sabíais demasiado. Parecéis un joven que sabe un montón. O que cree que lo sabe. —Esbozó una de aquellas sonrisitas astutas que ponen las mujeres cuando quieren confundir a un hombre. Rara vez significaba que supieran algo, pero eran capaces de hacerle pensar a uno que sí—. ¿Intentaron colgaros por pensar que sabíais demasiado? ¿O fue por fingir ser un lord? ¿De verdad que no lo sois?

Ahora sí que Daerid y Nalesean estallaron en carcajadas e incluso Talmanes rió por lo bajo, aunque trataron de disimular que era por otra cosa. Entre risa y risa, y cuando le quedaba fuelle para hacerlo, Daerid relataba cierta historia sobre un hombre que caía del caballo, pero no había nada divertido en los fragmentos que escuchó Mat.

Empero, mantuvo la sonrisa. No pensaba salir huyendo con el rabo entre las piernas aunque la chica fuera capaz de hablar más deprisa que lo que él podía correr. Era muy bonita, y él se había pasado las últimas semanas hablando con gente como Daerid y peor, hombres sudorosos que a veces olvidaban afeitarse y que muy a menudo no tenían oportunidad de bañarse. En las mejillas de Betse brillaban gotitas de transpiración, pero la muchacha olía a jabón con esencia de lavanda.

—De hecho, ese rasguño lo tengo por saber demasiado poco —dijo en tono intrascendente. A las mujeres les gustaba que uno quitara importancia a sus cicatrices; la Luz sabía que él empezaba a tener más que de sobra—. Ahora sé demasiado, pero entonces era un cándido ignorante. Podría decirse que fui colgado en aras del saber.

Betse sacudió la cabeza al tiempo que fruncía los labios.

—Eso suena como si fuera algo muy ingenioso, Mat. Los señoritingos dicen cosas ingeniosas todo el tiempo, pero vos afirmáis que no sois un lord. Además, yo soy una mujer sencilla y el ingenio está fuera de mi alcance. Pienso que es mejor usar palabras corrientes. Puesto que no sois un lord deberíais hablar con sencillez o, en

caso contrario, algunos podrían pensar que estáis fingiendo ser un gran señor. A las mujeres no nos gusta un hombre que se las da de lo que no es. ¿Os importaría explicarme lo que pretendías decir antes?

Mantener la sonrisa le costó un ímprobo esfuerzo. El diálogo con la chica no llevaba el derrotero que él quería, ni mucho menos. No estaba seguro de si Betse era una completa imbécil o es que se las estaba ingeniando para liarlo por empeñarse en seguirle la corriente. De cualquier modo seguía siendo bonita y seguía oliendo a lavanda, no a sudor. Daerid y Nalesean parecían a punto de ahogarse de tanto reír. Talmanes tarareaba *Una rana sobre el hielo*. Así que estaba dando patinazos y se iba a pegar un buen morrón, ¿no? Mat dejó la copa en la mesa, se puso de pie e inclinó la cabeza sobre la mano de Betse.

—Soy quien soy y nada más, pero tu rostro me inspira bellas palabras. —Aquello la hizo parpadear; dijeran lo que dijeran, a las mujeres les gustaban las frases floridas—. ¿Quieres bailar?

Sin esperar respuesta la condujo entre las mesas hacia un espacio despejado que había en la sala. Con suerte, bailar frenaría un poco su lengua; y, después de todo, él era afortunado. Además, no sabía de ninguna mujer a la que un baile no le ablandara el corazón. «Baila con ella, y te perdonará muchas cosas; baila bien, y te perdonará todo», rezaba un viejo dicho. Un dicho muy, muy viejo.

Betse vaciló y buscó con la vista a la señora Daelvin mientras se mordisqueaba el labio, pero la regordeta posadera se limitó a sonreír e indicarle por señas a la muchacha que siguiera adelante; luego se atusó infructuosamente los mechones sueltos del moño y volvió a meterles prisas a las otras camareras como si las mesas estuviesen llenas. La señora Daelvin le pararía los pies a cualquier hombre que a su modo de entender se comportara incorrectamente. A pesar de su aire plácido llevaba guardado un pequeño garrote entre la falda y a veces lo utilizaba; Nalesean todavía la miraba con cautela cuando se acercaba a él. Sin embargo, si un hombre pródigo que no reparaba en gastos deseaba echarse un baile, ¿qué mal había en ello?

Mat sostuvo las manos de Betse de manera que sus brazos quedaron extendidos a ambos lados. Había sitio suficiente entre las mesas. Los músicos empezaron a tocar más fuerte, ya que no mejor.

—Sígueme —le dijo a la muchacha—. Los pasos serán fáciles para empezar.

Arrancó al compás de la música: agacharse ligeramente y desplazarse un paso a la derecha, el pie izquierdo deslizándose detrás; agacharse ligeramente, paso a un lado y deslizarse, con los brazos extendidos.

Betse lo cogió enseguida; y tenía los pies ligeros. Cuando llegaron junto a la tarima de los músicos, Mat le alzó suavemente las manos por encima de la cabeza y giró de manera que se quedaron espalda contra espalda. Luego vino el agacharse ligeramente, paso a un lado, giro para volver a estar cara a cara; agacharse, paso a un

lado y giro, una y otra vez hasta llegar de vuelta al punto donde habían empezado. Betse también cogió enseguida esta variación, y le sonreía encantada cada vez que los giros lo permitían. Era realmente bonita.

—Ahora un poco más complicado —musitó mientras giraba de manera que estaban de cara a los músicos, costado contra costado, los brazos cruzados por las muñecas y las manos entrelazadas ante sí. Rodilla derecha arriba, patada ligera a la izquierda y a continuación deslizarse adelante y hacia la derecha. Rodilla izquierda arriba, patada ligera a la derecha, y desplazarse adelante y hacia la izquierda. Betse reía complacida mientras se encaminaban de nuevo hacia los músicos. Los pasos se fueron haciendo más complicados con cada desplazamiento, pero la chica sólo necesitó una demostración para seguirlo sin equivocarse, ligera como una pluma en sus manos con cada giro, vuelta y rotación. Y lo mejor de todo: no pronunció una sola palabra.

Se dejó llevar y la música se apoderó de él, con notas omitidas y todo, y la acompasada cadencia del baile, y los recuerdos que flotaron en su mente del mismo modo que ellos flotaban sobre el suelo. En su recuerdo era un palmo más alto, tenía los ojos azules y un largo bigote rubio. Vestía una chaqueta de seda de color ambarino, cruzada por una banda roja, con chorreras de la más fina puntilla de Barsin y corindones amarillos tachonando la pechera. Bailaba con una bella mujer de tez morena, emisaria de los Atha'an Miere, los Marinos. De la fina cadena de oro que unía el anillo de la nariz con uno de los numerosos pendientes colgaban minúsculos medallones que la identificaban como una Señora de las Olas del clan Shodin. Lo traía sin cuidado cuán poderosa era; eso era algo de lo que debía preocuparse el rey, no un noble medianamente importante. Era hermosa y ligera en sus brazos, y bailaban bajo la gran cúpula de cristal en la corte de Shaemal, cuando el mundo entero envidiaba el esplendor y poderío de Coremanda. Otros recuerdos revolotearon en el límite de su conciencia haciéndole evocar retazos de sucesos posteriores a aquel baile. Al día siguiente llegarían noticias de ataques de trollocs, cada vez más numerosos, desde la Llaga, y al cabo de un mes se conocería que Barsine, la de las torres doradas, había sido saqueada e incendiada y que las hordas trollocs proseguían su devastador avance hacia el sur. Así se iniciaría lo que más adelante se conocería como la Guerra de los Trollocs, aunque nadie llamó así al principio lo que sería una sucesión ininterrumpida a lo largo de más de trescientos años de batallas, sangre y fuego hasta que se consiguió hacer retroceder a los trollocs y se dio caza a los Señores del Espanto. Así comenzaría la decadencia de Coremanda, con todo su poder y riqueza; y de Essenia, con sus filósofos y sus famosos centros de erudición; de Manetheren y de Eharon y de todas las diez naciones, reducidas, a pesar de la victoria, a ruinas sobre las que se levantarían otras civilizaciones, países que únicamente recordaban las diez naciones como un mito de tiempos más dichosos.

Pero eso aún estaba en un futuro lejano, y rechazó esos recuerdos haciendo que se desvanecieran con el placer de éste. Esta noche estaba bailando con…

Mat parpadeó, momentáneamente sobresaltado con la luz del sol que penetraba a raudales por las ventanas y la pálida tez que se alzaba hacia él con una sonrisa radiante bajo el brillo de la transpiración. Estuvo a punto de malograr el complejo entrecruzado de sus pies con los de Betse mientras daban una vuelta, pero recobró el equilibrio antes de hacerla tropezar, ejecutando los pasos instintivamente. Este baile era tan suyo como esos recuerdos, prestados o robados, pero entretejidos tan a la perfección con los que había vivido realmente que ya no era capaz de diferenciar unos de otros sin recapacitar. Todos suyos ahora, llenando las lagunas de su propia memoria hasta el punto de que muy bien podría haberlos vivido todos ellos.

Era verdad lo que le había dicho a la joven acerca de la cicatriz del cuello. Ahorcado por el saber y por falta de éste. En dos ocasiones había cruzado un *ter'angreal* como un redomado idiota, como un estúpido cateto, creyendo que era tan sencillo como dar un paseo por el prado. Vale, casi tan sencillo. Los resultados sólo habían conseguido hacer más radical su desconfianza hacia todo lo relacionado con el Poder Único. La primera vez le dijeron que estaba destinado a morir y a revivir, entre otras cosas que no quiso escuchar. Algunas de esas cosas eran las que lo habían encaminado hacia el segundo viaje a través de un *ter'angreal*, el cual lo llevó a su vez a tener una cuerda ceñida al cuello.

Una sucesión de pasos, cada uno de ellos dado por una buena razón o por pura necesidad, todos aparentemente razonables en su momento, que lo habían conducido a cosas que jamás había imaginado. Parecía que siempre se encontraba metido en esa clase de baile. Había estado muerto, y bien muerto, hasta que Rand cortó la cuerda y lo bajó y lo revivió. Por centésima vez se hizo una promesa a sí mismo: de ahora en adelante iba a mirar dónde ponía los pies. Se acabó el lanzarse de cabeza en cosas sin antes pensar qué consecuencias podría tener.

A decir verdad, aquel día sacó algo más que una cicatriz. Por ejemplo, la cabeza de zorro plateada, con su único ojo entrecerrado de manera que remedaba el antiguo símbolo Aes Sedai. A veces se reía con tantas ganas por lo del medallón que acababa con dolor de costillas. No se fiaba de ninguna Aes Sedai, de modo que hasta se bañaba y dormía con el medallón puesto. Qué sitio tan curioso era el mundo; curiosamente extraño, por lo general.

Y era cierto que también había obtenido conocimientos, bien que unos conocimientos no deseados. Fragmentos de las vidas de otros hombres abarrotaban su mente ahora, a millares, a veces sólo un espacio de unas pocas horas, otras de años enteros aunque en retazos inconexos, recuerdos de cortes y combates que abarcaban más de un milenio, desde mucho antes de la Guerra de los Trollocs hasta la última batalla del encumbramiento de Artur Hawkwing. Todos suyos ahora; o como si lo

fueran.

Nalesean, Daerid y Talmanes acompañaban con palmas la música, y los otros hombres repartidos por las mesas hacían otro tanto. Hombres de la Compañía de la Mano Roja, animando a su comandante a que siguiera bailando. ¡Luz, qué enfermo lo ponía ese nombre! Había pertenecido a un grupo de héroes legendarios que murieron tratando de salvar Manetheren. Ni uno solo de los hombres que cabalgaban o marchaban a pie tras el estandarte de la Compañía albergaba la menor duda de que también acabarían entrando a formar parte de las leyendas. La señora Daelvin también batía palmas, y el resto de las camareras había hecho un alto para mirar.

Aquellos recuerdos de otros hombres eran el motivo de que la Compañía lo siguiera ahora a él, aunque ellos lo ignoraban; porque su mente albergaba la memoria de más batallas y campañas de las que un centenar de hombres habría podido librar. Ya estuviera en el bando vencedor o perdedor, recordaba cómo se habían ganado o perdido esas batallas, y sólo hacía falta un poco de perspicacia para aplicar esos conocimientos y convertirlos en una victoria para la Compañía. Al menos, así había ocurrido hasta el momento. Y siempre y cuando no hallase un modo de eludir la lucha.

En más de una ocasión había deseado que esos fragmentos de las vidas de otros hombres desaparecieran de su cabeza. Sin ellos ahora no se encontraría en esta situación: al mando de casi seis mil soldados y muchos más que querían unirse a la tropa cada día; a punto de conducirlos hacia el sur y ponerse al mando de la jodida invasión de un país controlado por uno de los jodidos Renegados. No era un héroe y tampoco quería llegar a serlo. Los héroes tenían la mala costumbre de que alguien acababa matándolos. Cuando ya no se necesita al héroe se lo trata como al perro de presa, al que se le echa un hueso para que se vaya a un rincón y quitárselo de en medio; eso si la recompensa no se reduce a la promesa de un hueso y mandarlo salir de caza otra vez. Pensándolo bien, lo mismo ocurría con los soldados.

Por otro lado, sin esos recuerdos ahora no tendría a seis mil soldados a su alrededor. Se encontraría solo, *ta'veren* y atado al Dragón Renacido, un blanco al descubierto y conocido por los Renegados. Al parecer algunos de ellos sabían demasiado sobre Mat Cauthon. Moraine había afirmado que él era importante, que tal vez Rand los necesitaría a Perrin y a él para ganar la Última Batalla. Si no se había equivocado, haría lo que tuviese que hacer —en serio; sólo necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea—, pero no estaba dispuesto a convertirse en un jodido héroe. Si fuera capaz de dilucidar qué hacer respecto al condenado Cuerno de Valere… Elevó una breve plegaria por el alma de Moraine a la par que esperaba que la Aes Sedai se hubiese equivocado.

Betse y él llegaron a un extremo del espacio despejado de la sala por última vez, y la muchacha se dejó caer contra su pecho, riendo, cuando él se detuvo.

—¡Oh, ha sido maravilloso! Me sentía como si estuviera en el palacio real de alguna corte. ¿Podemos repetirlo? ¿Repetimos, eh? Oh, sí, por favor.

La señora Daelvin aplaudió un momento y entonces se dio cuenta de que las otras camareras estaban cruzadas de brazos; se volvió hacia ellas y gesticuló vigorosamente con las manos, haciendo que salieran corriendo en todas direcciones como gallinas asustadas.

—¿Significa algo para ti «Hija de las Nueve Lunas»?

Las palabras salieron de sus labios inopinadamente. La culpa la tenía haber pensado en aquellos *ter'angreal*. Cuando quiera que se encontrara con la Hija de las Nueve Lunas —«¡Luz, por favor, que aún tarde mucho!» deseó fervientemente para sus adentros—, cuando quiera que la encontrara no estaría sirviendo mesas en la posada de una villa pequeña atestada de soldados y refugiados. Claro que, a saber, tratándose de una profecía. Porque en cierto modo había sido eso, una profecía. Morir y volver a vivir. Casarse con la Hija de las Nueve Lunas. Renunciar a la mitad de la luz del mundo para salvar al mundo, significara lo que quiera que significara eso. Ya había muerto, después de todo, balanceándose en aquella cuerda. Si eso se cumplió, también tendría que cumplirse el resto. No había escapatoria posible.

—¿Hija de las Nueve Lunas? —repitió Betse, jadeante, aunque la falta de aliento no frenó su locuacidad—. ¿Es una posada? ¿Una taberna? Aquí, en Maerone, no, de eso estoy segura. ¿Tal vez al otro lado del río, en Aringill? Nunca he estado en…

Mat le posó un dedo sobre los labios.

—No importa. Bailemos otra vez.

En esta ocasión fue una danza folclórica, una con un poco de aquí y de allí, sin recuerdos unidos a ella salvos los suyos propios. Aunque, a decir verdad, ahora tenía que pensarlo bien para diferenciar unos de otros.

Un carraspeo hizo que mirara hacia atrás y suspiró al ver a Edorion, plantado en la puerta, con los guanteletes metidos debajo del cinturón de la espada y el yelmo apoyado en el doblez del brazo. El joven lord teariano había sido un hombre rollizo de mejillas sonrosadas cuando Mat jugaba con él en la Ciudadela de Tear, pero su cuerpo se había endurecido y tenía la tez tostada desde que había ido al norte. El yelmo había perdido el penacho de plumas, y muescas y abolladuras marcaban el otrora dorado peto. Su chaqueta de amplias mangas era de color azul con rayas negras, pero estaba desgastada.

—Me dijiste que te recordara que hacemos la ronda a esta hora. —Se cubrió la boca con el puño para toser e hizo todo un alarde de no mirar a Betse—. Pero puedo venir más tarde si quieres.

—Iré ahora —contestó Mat. Era importante hacer rondas a diario, inspeccionar algo distinto cada día; los recuerdos de aquellos otros hombres se lo indicaban así y había terminado por confiar en ellos en cosas como ésta. Ya que estaba atado a su

tarea al menos trataría de realizarla como era debido. Hacer bien las cosas podría salvarle la vida. Además, Betse se había apartado de él e intentaba enjugarse el sudor de la cara con el delantal y atusarse el cabello al mismo tiempo. La euforia empezaba a borrarse en su rostro. Bah, qué más daba. La chica lo recordaría. «Baila bien con una mujer», se jactó para sus adentros, «y habrás recorrido la mitad del camino para hacerla tuya».

»Dales esto a los músicos —le dijo a la muchacha mientras ponía en su mano tres marcos de oro. Por mal que hubiesen tocado, la melodía lo había transportado durante un rato lejos de Maerone y del futuro inmediato. Y, de todos modos, a las mujeres les gustaba la generosidad. Esto llevaba buen camino. Inclinó la cabeza, acercó los labios a su mano sin besarla, y añadió—: Hasta luego, Betse. Volveremos a bailar cuando regrese.

Con gran sorpresa de Mat la muchacha agitó el índice delante de su nariz y sacudió la cabeza en un gesto admonitorio, como si le hubiese adivinado los pensamientos. En fin, nunca se había jactado de conocer a las mujeres.

Se caló el sombrero y recogió la lanza de mango negro que había dejado junto a la puerta. Ése era otro regalo del otro lado del *ter'angreal,* con su inscripción del astil en la Antigua Lengua y su extraña punta, semejante a una cuchilla corta, marcada con dos cuervos.

—Hoy iremos a las tabernas —le dijo a Edorion y salieron al calor de pleno mediodía y a la casa de locos que era Maerone.

Era una villa pequeña, sin amurallar, aunque cincuenta veces más grande que cualquiera de las que Mat había visto antes de salir de Dos Ríos. En realidad, más bien era un pueblo muy grande, donde sólo unos pocos de los edificios de ladrillo y piedra tenían más de un piso y únicamente las posadas contaban, como mucho, con tres, y abundaban en igual número los tejados de bálago o tablillas como de pizarra o tejas. En aquel momento las calles, en su mayoría de tierra apelmazada, se encontraban abarrotadas de gente. Los habitantes eran de todo tipo, principalmente cairhieninos y andoreños. A pesar de estar en la orilla cairhienina del Erinin, Maerone no pertenecía ahora a ninguna de las dos naciones, sino que era más bien un puente entre una y otra, y en la que se albergaban gentes de media docena de países que vivían en ella o que estaban de paso. Desde su llegada, Mat había visto a tres o cuatro Aes Sedai. A pesar de llevar el medallón las había evitado —no era menester buscar complicaciones innecesariamente—, pero todas ellas pasaron de largo. La suerte no le fallaba cuando se trataba de algo importante. Hasta el momento.

Los vecinos iban y venían presurosos, ocupados con sus quehaceres, y en su mayor parte hacían caso omiso de los numerosos hombres, mujeres y niños andrajosos que deambulaban sin rumbo fijo. Estos últimos eran todos cairhieninos, gentes que bajaban hasta el río antes de regresar a los campos de refugiados que

rodeaban la villa. Eran contados los que volvían a casa, sin embargo. Aunque la guerra civil hubiese llegado a su fin en Cairhien, todavía abundaban los salteadores, y además tenían miedo de los Aiel. Y, por lo que Mat sabía, les aterraba tropezarse con el Dragón Renacido. La pura y simple verdad era que habían huido lo más lejos posible, bien que a ninguno de ellos le quedaban fuerzas para hacer algo más que esos cortos desplazamientos hasta el río para desde allí contemplar Andor.

También había soldados de la Compañía entre la multitud, algunos solos o en grupos pequeños deambulando por las tiendas y tabernas, pero igualmente se los veía marchando en tropa, ballesteros y arqueros con jubones tachonados de placas metálicas, piqueros con petos abollados que habían desechado sus superiores o que habían saqueado a los muertos. Se veían hombres de caballería por doquier, lanceros tanto tearianos como cairhieninos, cada cual con sus característicos yelmos, e incluso algunos andoreños, los de estos últimos de forma cónica y la visera de rejilla. Rahvin había echado a gran cantidad de buenos profesionales del cuerpo de la Guardia Real por serle leales a Morgase y algunos se habían unido a la Compañía. Los mercachifles callejeaban entre la muchedumbre voceando diversas mercancías: agujas e hilos; ungüentos supuestamente indicados para cualquier herida y remedios para todo, desde ampollas hasta descomposición de vientre e incluso enfermedades infecciosas; jabón; ollas y tazas de estaño con garantía de que no se oxidaban; medias de lana; cuchillos y dagas fabricadas —en ello empeñaba su palabra el vendedor— con el mejor acero andoreño, y, en fin, todo tipo de cosas que un soldado podría necesitar; al menos los mercachifles esperaban convencerlo de que lo precisaba. El barullo era tal que las voces de los vendedores se perdían a tres pasos de distancia.

Ni que decir tiene que los soldados reconocían a Mat de inmediato y muchos lanzaban vítores, incluso aquellos que estaban demasiado lejos para ver algo más que su sombrero de ala ancha y la peculiar lanza. Ambas cosas lo identificaban tan inequívocamente como el escudo familiar de cualquier noble. Había oído toda clase de rumores referentes al motivo de que desdeñara llevar yelmo y coraza, desde que se debía a una insensata bravura hasta la afirmación de que sólo un arma forjada por el propio Oscuro podía matarlo. Algunos decían que el sombrero se lo habían dado las Aes Sedai y que mientras lo llevara puesto nada podía causarle la muerte. En realidad era un sombrero corriente y se lo ponía porque daba buena sombra. Y porque era un buen recordatorio de que se mantuviera apartado de cualquier situación que requiriese el uso de yelmo y coraza. Las historias que circulaban sobre su lanza, con aquella inscripción que incluso muy pocos nobles sabían leer, eran aun más extravagantes. Pese a ello, ninguna se aproximaba a la verdad, que era aun más extraordinaria. La hoja de acero con los cuervos grabados en ella había sido creada por Aes Sedai durante la Guerra de la Sombra, antes del Desmembramiento; no había que afilarla nunca, y Mat dudaba que pudiera romperla si lo intentaba.

Agitando la mano en respuesta a los gritos de «¡Que la Luz ilumine a lord Matrim!» y «¡Lord Matrim y victoria!» y sandeces por el estilo, siguió su camino entre la muchedumbre, con Edorion al lado. Por lo menos no tenía que ir empujando, ya que le abrían paso en cuanto lo veían. Deseó para sus adentros que tantos refugiados no lo contemplaran como si él tuviera la llave de sus esperanzas guardada en el bolsillo. Aparte de asegurarse de que se les proporcionara comida de las caravanas que llegaban desde Tear, no sabía qué otra cosa podía hacer por ellos. Muchos no sólo iban andrajosos, sino también sucios.

—¿Es que se ha terminado el jabón en los campamentos? —rezongó Mat entre dientes.

—Así es —dijo Edorion, que lo había oído a pesar del guirigay—. La mayoría se lo cambió a los buhoneros por vino barato. No quieren jabón. Lo que desean es cruzar el río y, si eso no es posible, entonces ahogar sus penas con la bebida.

Mat gruñó con gesto agrio. El pasaje a Aringill era algo que él no podía proporcionarles.

Hasta que la guerra civil y cosas peores desgarraron Cairhien, Maerone había sido un lugar de tránsito para el comercio entre Cairhien y Tear, lo que significaba que en la ciudad había casi tantas posadas y tabernas como viviendas. Las cinco primeras en las que asomó la nariz apenas se diferenciaban entre sí, desde El Zorro y el Ganso hasta El Látigo del Carretero, todas ellas edificios de piedra abarrotados de mesas y alguna que otra pelea en ciernes que Mat pasó por alto. Sin embargo, nadie estaba ebrio.

La Puerta del Río, en la otra punta de la ciudad, había sido la mejor posada de Maerone, pero unos gruesos tablones clavados sobre las puertas, adornadas con soles tallados, servían de recordatorio a posaderos y taberneros de que no era rentable emborrachar a los soldados de la Compañía. Con todo, hasta estando sobrios los soldados se enzarzaban en riñas, tearianos contra cairhieninos contra andoreños, infantería contra caballería, hombres de un lord contra los de otro, veteranos contra alistados recientes, soldados contra civiles. Pero, antes de que la situación se fuera de las manos, soldados armados con garrotes y con el distintivo de una banda roja que iba desde la muñeca hasta el hombro ponían fin a las peleas. Todas las unidades seguían un turno para facilitar Brazos Rojos, como se los llamaba, de manera que cada día este cuerpo especial estaba constituido por hombres distintos y sus componentes tenían que pagar los daños ocasionados durante el día que prestaban servicio. Obvia decir que todos actuaban con gran diligencia en el mantenimiento de la paz.

En El Zorro y el Ganso un juglar, un tipo de mediana edad, hacía juegos malabares con bastones prendidos, en tanto que en La Hostería del Erinin otro compañero de profesión, un individuo delgaducho y calvo, tocaba el arpa y

declamaba *La Gran Cacería del Cuerno*. A despecho del calor, ambos llevaban la distintiva capa cubierta de parches multicolores que ondeaban con cada movimiento; un juglar renunciaría a una mano antes que a su capa. Los dos tenían un auditorio bastante atento —muchos de los espectadores procedían de pueblos en los que se recibía con entusiasmo la visita de un juglar— más incluso que la chica que cantaba subida a una mesa en una taberna llamada Las Tres Torres. Era bonita, con el oscuro cabello largo y ondulado, pero una canción sobre el amor verdadero no parecía la más indicada para despertar el interés de los hombres que había bebiendo y riendo escandalosamente. Los otros establecimientos no contaban con espectáculos más allá de uno o dos músicos, pero los numerosos parroquianos eran aun más alborotadores y las partidas de dados que se jugaban en más de la mitad de las mesas hicieron que los dedos de Mat se movieran en un gesto reflejo. No obstante, era cierto que casi siempre ganaba, al menos con los dados, y no sería justo quitarles el dinero a sus propios soldados. Porque eso es lo que eran la mayoría de los hombres sentados a las mesas; pocos refugiados disponían de monedas para gastar en salones de taberna.

Sólo un puñado de clientes, dispersos entre miembros de la Compañía, no pertenecía a ella. Aquí, un kandorés enjuto, con la barba dividida en dos, una piedra de luna del tamaño de la uña de un pulgar adornando uno de sus lóbulos y cadenas de plata cruzadas sobre la pechera de su chaqueta roja; allí, una domani de piel cobriza y ojos de lince, con anillos enjoyados en todos los dedos, aunque ataviada con un recatado vestido azul; acullá, un tarabonés con un gorro cónico de copa plana, en color azul, y un espeso bigote bajo el velo transparente. Hombres orondos con chaquetas tearianas ceñidas a la cintura o tipos flacos con levitas murandianas, largas hasta la rodilla; mujeres de ojos penetrantes con vestidos de cuello alto o largos hasta los tobillos, pero de lana con buen corte y colores sobrios. Todos mercaderes, prestos para entrar en acción en el momento en que se reanudara el comercio entre Andor y Cairhien. Y en todos los salones públicos dos o tres hombres sentados aparte de los demás, por lo general solos, en su mayor parte tipos de mirada dura, algunos bien vestidos y otros con ropas poco mejores que los refugiados, pero todos ellos con el aspecto de saber muy bien cómo utilizar la espada colgada a la cadera o sujeta a la espalda. Mat incluyó a dos mujeres en ese tipo de gente a pesar de que ninguna llevaba a la vista un arma; una de ellas tenía un largo cayado apoyado contra la mesa, y Mat imaginó que la otra escondía cuchillos debajo del vestido de montar. Él mismo llevaba escondidas unas cuantas armas blancas arrojadizas, repartidas por sus ropas. Estaba convencido de saber lo que esta mujer y los otros se proponían, y sería una necia si se metía en ello desarmada.

Cuando Edorion y él salían de El Látigo del Carretero, Mat se paró para observar a una fornida mujer vestida con falda pantalón de color marrón que se abría paso entre la muchedumbre. Su penetrante mirada, que no perdía detalle de cuanto ocurría

en la calle, desmentía la aparente placidez de su semblante redondo, como también lo hacían el garrote tachonado de clavos que llevaba colgado del cinturón y la daga de enorme hoja que no tenía nada que envidiar a los cuchillos de los Aiel. Así pues, una tercera mujer que añadir al grupo. Cazadores del Cuerno, es lo que eran, del legendario Cuerno de Valere cuya llamada haría regresar de sus tumbas a los héroes muertos para que combatieran en la Última Batalla. Quienquiera que lo hallara se ganaría un lugar en la historia. «Si es que queda alguien para escribir la puñetera historia», pensó irónicamente Mat.

Algunos creían que el Cuerno aparecería allí donde hubiese agitación y conflictos armados. La anterior convocatoria de la Cacería del Cuerno había tenido lugar hacía cuatrocientos años, y en esta ocasión era tanta la gente que había acudido a prestar los juramentos que podría decirse que habían salido hasta de debajo de las piedras. Mat había visto multitud de cazadores del Cuerno por las calles de Cairhien y esperaba ver más cuando llegara a Tear. A buen seguro que ahora también se dirigirían en tropel hacia Caemlyn. En su fuero interno deseó que cualquiera de ellos hubiese encontrado el condenado objeto. Que él supiera, el Cuerno del jodido Valere se encontraba en algún lugar recóndito y profundo de la Torre Blanca, y, conociendo a las Aes Sedai, no sería de extrañar que sólo unas pocas estuvieran enteradas de ello.

Una tropa de infantería que marchaba detrás de un oficial a caballo, equipado con un peto abollado y el yelmo cairhienino, pasó entre la fornida mujer y él; eran casi doscientos piqueros, cuyas armas formaban un bosque de afiladas puntas, y a continuación venían cincuenta o más arqueros con las aljabas en la cadera y los arcos colgados al hombro. No eran los arcos largos de Dos Ríos a los que Mat estaba acostumbrado desde pequeño, pero sí unas armas respetables. Tenía que conseguir más ballestas para alcanzar el número necesario, aunque los arqueros no aceptarían el cambio voluntariamente. Los hombres iban cantando y el conjunto de sus voces bastaba para ahogar los demás ruidos.

Judías secas y heno podrido tu sustento serán,
y con coces de caballos tu cumpleaños celebrarás.
Sudor y sangre darás hasta que te hagas viejo,
y tu única paga será la que recibas en sueños,
si es que quieres ser soldado.
Si es que quieres ser soldado.

Un numeroso grupo de civiles caminaba tras ellos, tanto vecinos de la ciudad como refugiados, todos ellos jóvenes, observando con curiosidad y escuchando. A Mat no dejaba de sorprenderlo nunca. Cuanto peores hacía parecer a los soldados la canción —y ésta estaba lejos de ser de las peores— más numerosa era la multitud que atraía. Tan seguro como que el agua mojaba, algunos de esos hombres estarían

hablando con el oficial de leva antes de que acabara el día, y la mayoría habría estampado su firma o su señal en la hoja de reclutamiento. Debían de pensar que la canción era un intento para alejarlos y dejarlos fuera de su parte de gloria y de botín. Al menos los piqueros no estaban cantando *Bailar con la Dama de las Sombras*. Mat detestaba esa canción. Cuando los chicos descubrían que la Dama de las Sombras era la muerte, les entraban las prisas para hablar con el oficial de leva.

La novia que dejas con otro hombre se casará
Una tumba será la única tierra que poseerás.
Ser pasto de gusanos y nadie que te llore.
De haber nacido renegarás con maldiciones,
si vas a ser un soldado.
Si vas a ser un soldado.

—Se hacen muchas cábalas sobre cuándo emprenderemos camino hacia el sur —comentó Edorion de manera coloquial—. Corren rumores. —Miró de reojo a Mat para calibrar su estado de ánimo—. Me he fijado en que los herradores comprobaban los tiros de caballos para las carretas de suministros.

—Nos pondremos en marcha cuando nos pongamos —replicó Mat—. No hay necesidad de advertir a Sammael que vamos hacia allí.

Edorion le asestó una mirada intensa. El teariano no era ningún zopenco. Tampoco es que Nalesean lo fuera —sólo demasiado impaciente en ocasiones—, pero Edorion poseía una mente muy perspicaz. Nalesean jamás habría reparado en los herradores. Era cuestión de mala suerte que la casa Aldiaya tuviese un rango superior a la de Selorna, porque en caso contrario Mat habría designado a Edorion para el puesto ocupado por Nalesean. Estúpidos nobles con su estúpida obsesión por el rango. No, Edorion no tenía nada de tonto y sabía que tan pronto como la Compañía se encaminara hacia el sur la noticia los precedería con el tráfico fluvial y quizá también con palomas mensajeras. Mat no habría apostado contra los espías en Maerone aunque su instinto le anunciara que iba a tener un golpe de suerte tan grande como para dejarlo atontado.

—También corre el rumor de que el lord Dragón estuvo ayer en la ciudad —añadió Edorion en un tono tan bajo como se lo permitía el estruendo callejero.

—Lo más importante que ocurrió ayer fue que pude darme un baño después de una semana —dijo Mat con sorna—. Bueno, sigamos con lo nuestro o tardaremos casi todo lo que queda de luz del día para acabar la ronda si nos entretenemos más.

Habría dado un ojo de la cara por saber cómo había empezado ese rumor. Sólo había estado ausente medio día y desde luego nadie lo había visto. Era de madrugada cuando una especie de desgarrón luminoso apareció de repente en su habitación de El Ciervo Dorado; se había zambullido sobre la cama, con una bota puesta y la otra a

medio quitar, y había desenvainado la daga que llevaba entre los omóplatos antes de darse cuenta de que era Rand, saliendo a través de uno de esos jodidos agujeros en la nada, aparentemente desde el palacio de Caemlyn a juzgar por las columnas que se vieron antes de que la abertura desapareciera. Resultaba chocante que viniera en plena noche, sin ninguna Aiel y apareciendo de improviso en su cuarto, lo que todavía hacía que a Mat se le erizara el pelo de la nuca. Esa cosa podría haberlo partido en dos si se hubiese encontrado de pie en el sitio equivocado. No le gustaba nada el Poder Único. Todo el asunto había sido muy raro.

—Apresúrate sin precipitarte, Mat —dijo Rand al tiempo que paseaba arriba y abajo, sin mirar hacia donde estaba Mat en ningún momento. El sudor le resbalaba por la cara y tenía tensa la mandíbula—. Tiene que verlo venir. Todo depende de ello.

Sentado en la cama, Mat acabó de quitarse la otra bota de un tirón y la soltó en la alfombrilla que la señora Daelvin le había proporcionado.

—Lo sé —repuso con acritud e hizo una pausa para frotarse el tobillo que se había golpeado con un poste de la cama—. Tomé parte en la elaboración del jodido plan, ¿recuerdas?

—¿Cómo sabes cuando estás enamorado de una mujer, Mat? —Rand no interrumpió sus idas y venidas, y lo soltó como si tuviera relación con lo que estaban hablando. Mat parpadeó.

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? Ésa es una trampa en la que nunca he metido el pie. ¿A qué viene eso ahora?

Pero Rand se limitó a sacudir la cabeza como para desentenderse de algo.

—Acabaré con Sammael, Mat. Eso te lo prometo. Se lo debo a los muertos. Pero ¿dónde están los otros? Tengo que acabar con todos.

—Sí, claro, pero de uno en uno. —Mat reprimió a duras penas un timbre interrogante al hablar; imposible saber qué se le habría metido en la cabeza a Rand esos días.

—Hay seguidores del Dragón en Murandy, Mat. Y también en Altara. Hombres comprometidos conmigo. Una vez que Illian esté en mi poder, Altara y Murandy caerán como frutas maduras. Me pondré en contacto con los seguidores del Dragón en Tarabon, y en Arad Doman, y si los Capas Blancas intentan impedirme entrar en Amadicia los aplastaré. El Profeta tiene catequizada Ghealdan, y Amadicia casi, según he oído. ¿Te imaginas a Masema como el Profeta? Saldaea vendrá a mí; Bashere está convencido de ello. Lo harán todas las Tierras Fronterizas. ¡Tienen que hacerlo! Voy a conseguirlo, Mat. Todas las naciones estarán unidas antes de la Última Batalla. ¡Voy a lograrlo! —La voz de Rand había adquirido un timbre febril.

—Claro, Rand —repuso lentamente Mat mientras dejaba la otra bota junto a la primera—. Pero paso a paso, ¿vale?

—Ningún hombre debería tener la voz de otro dentro de su cabeza —masculló, y las manos de Mat se quedaron paralizadas a medio quitar uno de los calcetines de lana. Cosa extraña, se encontró preguntándose si el par no serviría para llevarlo puesto un día más. Rand sabía algo de lo que había pasado dentro de aquel ter'angreal en Rhuidean; al menos sabía que había adquirido conocimientos militares, pero no estaba al tanto de todo. O eso creía Mat. No estaba enterado de lo de los recuerdos de otros hombres. Rand no pareció advertir nada fuera de lo normal; se limitó a pasarse los dedos por el pelo y prosiguió:

»Se lo puede embaucar, Mat, porque Sammael no es imaginativo, no se sale de su planteamiento; pero ¿habrá algún resquicio por el que pueda escabullirse? Si hubiese un error, morirían miles de hombres. Decenas de miles. Serán centenares lo que caigan, de todos modos, pero no quiero que sean millares.

Mat torció el gesto de tal manera que el sudoroso quincallero que intentaba venderle una daga con la empuñadura medio cubierta de cristales multicolores —gemas, según él— casi dejó caer el arma en su prisa por perderse entre la multitud. Así había sido toda la entrevista con Rand, saltando de la invasión de Illian a los Renegados y a las mujeres —Luz, pero si Rand había sido siempre al que se le daban bien las mujeres; él y Perrin—, de la Última Batalla a las Doncellas Lanceras y a cosas que Mat apenas entendió; rara vez había escuchado las respuestas que Mat le daba y en ocasiones ni siquiera había esperado a que las diera. Oír a Rand hablar de Sammael como si lo conociera resultó más que desconcertante. Sabía que Rand perdería la razón finalmente, pero si empezaba ya a tener los primeros síntomas de locura…

¿Y el asunto de los otros, de esos necios que Rand estaba reuniendo y que querían encauzar, y ese tipo, Taim, que ya podía hacerlo? Rand había comentado el asunto por encima, como sin darle importancia; Mazrim Taim, el puñetero falso Dragón, instruyendo a los puñeteros estudiantes o lo que quiera que fuesen. Cuando todos empezaran a volverse locos, Mat quería encontrarse a miles de kilómetros de distancia.

Sólo que tenía tantas posibilidades de conseguirlo como una hoja arrastrada hacia un remolino. Era *ta'veren*, pero Rand también y mucho más fuerte. No se decía nada en la Profecías del Dragón sobre Mat Cauthon, pero estaba atrapado, más que un pez en la red. Luz, ojalá no hubiese visto nunca el Cuerno de Valere.

Su semblante estaba sombrío mientras recorrió la siguiente docena de tabernas y locales públicos en la ronda marcada desde El Ciervo Dorado. No se diferenciaban realmente de la primera taberna visitada: llenas de mesas atiborradas de hombres bebiendo y jugando a los dados, músicos cuyas canciones quedaban ahogadas por el guirigay las más de las veces, Brazos Rojos poniendo fin a disputas tan pronto como

se iniciaban, un juglar recitando *La Gran Cacería* en una —por lo visto era muy popular, tanto si había cazadores presentes como si no—, en otra una mujer baja de cabello claro entonando una canción algo picante que de algún modo parecía más indecente a costa de su rostro redondo y sus ojos muy abiertos en una expresión de inocencia.

Seguía de malhumor cuando se marcharon de El Cuerno de Plata —¡qué nombre tan idiota!— con su cantante de rostro inocente. Quizá fue por eso por lo que echó a correr hacia el griterío que estalló calle abajo, delante de otra hospedería. Los Brazos Rojos se ocuparían de ello si había soldados involucrados, pero aun así Mat se abrió paso a empujones entre la multitud apiñada. Menudo panorama; Rand perdiendo la chaveta y dejándolo a él colgado en medio de la tormenta. Taim y esos otros idiotas listos para seguirlo hacia la locura. Sammael esperando en Illian y el resto de los Renegados sabía la Luz dónde, sin duda todos ellos aguardando la ocasión para, de paso, hacerse con la cabeza de Mat Cauthon. Eso sin contar con lo que le harían las Aes Sedai si volvían a echarle mano; al menos las que sabían demasiado. ¡Y todo el mundo convencido de que él iba a salir a la palestra y ser un jodido héroe! Por lo general intentaba recurrir a la labia para evitar un enfrentamiento si es que no podía eludirlo completamente, pero en aquel momento deseaba tener cualquier excusa para atizarle un puñetazo en la nariz a alguien. Sin embargo, se encontró con algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Una multitud de vecinos, cairhieninos de talla baja vestidos con ropas parduscas y un reducido número de andoreños más altos y con atuendos de colores más vivos, formaban un círculo inexpresivo alrededor de dos hombres altos y enjutos, con bigotes rizados, largas chaquetas murandianas de brillante seda y espadas con ornamentadas empuñaduras y recazos dorados. El tipo de la chaqueta roja sonreía con regocijo mientras observaba cómo el de la chaqueta amarilla sacudía por el cuello a un chiquillo, que no debía de llegar a Mat a la cintura, como haría un perro con una rata.

Mat controló su ira y se recordó que ignoraba cuál era el motivo que había dado pie a esto.

—Eh, cuidado con el pequeño —dijo al tiempo que posaba una mano en el brazo del de la chaqueta amarilla—. ¿Qué ha hecho para merecer…?

—¡Tocó mi caballo! —espetó el hombre con acento mindeano mientras se sacudía de encima la mano de Mat. Los mindeanos se jactaban, ¡se jactaban!, de tener el peor temperamento de todo Murandy—. ¡Le romperé su flacucho cuello de campesino! ¡Le retorceré su escuálido…!

Sin mediar una palabra más, Mat levantó bruscamente la punta roma de su lanza, directamente contra la entrepierna del tipo. El murandiano abrió la boca de golpe, pero de ella no salió sonido alguno. Los ojos se le volvieron en las órbitas hasta que

casi quedó sólo blanco. El crío salió corriendo cuando las piernas del hombre se doblaron de manera que el tipo cayó de rodillas primero y luego se fue de bruces al suelo de la calle.

—Oh, no. No lo harás —dijo Mat.

Naturalmente, eso no fue el final del asunto; el hombre de la chaqueta roja llevó la mano hacia su espada. Consiguió desenvainar un par de dedos de la hoja antes de que Mat le golpeara la muñeca con la punta del astil de la lanza. El tipo gruñó y soltó la empuñadura, pero su otra mano fue hacia la daga de larga hoja que llevaba metida en el cinturón. Mat hizo un rápido y seco movimiento con su arma de manera que acertó a darle en una sien; no fue un golpe fuerte, pero el individuo se desplomó sobre el otro hombre. «¡Condenado necio!», rezongó Mat para sus adentros, aunque no estaba seguro de si el epíteto iba dirigido al hombre de la chaqueta roja o a sí mismo.

Seis Brazos Rojos había logrado finalmente abrirse paso entre los mirones; eran soldados de la caballería teariana y resultaba chocante verlos a pie con las botas de caña alta y las abullonadas mangas negras y doradas de las chaquetas aplastadas bajo las bandas rojas. Edorion había agarrado al crío, un chiquillo demacrado de gesto hosco, de unos seis años, que retorcía los dedos de los pies descalzos sobre la tierra de la calle y que de vez en cuando probaba a soltarse de un tirón de las manos de Edorion. Debía de ser el chaval más feo que Mat había visto en su vida, con la nariz aplastada, la boca demasiado grande y las enormes orejas salientes sobresaliendo de su cabeza. A juzgar por los agujeros en su chaqueta y pantalones, era uno de los refugiados. Y estaba mugriento.

—Arregla este asunto, Harnan —ordenó Mat. El Brazo Rojo era un jefe de patrulla de cara alargada, gesto de sufrimiento que venía de antiguo, y un burdo tatuaje de un halcón en la mejilla izquierda. Al parecer era una moda que se estaba extendiendo entre la Compañía, aunque la mayoría lo llevaba en partes del cuerpo que están normalmente cubiertas—. Descubre qué originó el problema y luego saca de la ciudad a estos dos bestias. —Era lo menos que se merecían, fuese cual fuese la provocación.

Un hombre delgaducho vestido con una chaqueta murandiana de lana oscura se abrió paso entre los mirones y cayó de hinojos junto al par caído en el suelo. El de la chaqueta amarilla había empezado a emitir gemidos ahogados y el de la chaqueta roja se agarraba la cabeza con las manos al tiempo que mascullaba lo que parecían imprecaciones. El recién llegado metió más ruido que los dos juntos:

—¡Oh, milord Paers! ¡Milord Culen! ¿Os han matado? —Extendió las manos temblorosas hacia Mat—. ¡Oh, no los matéis, milord! ¡Están indefensos! Son cazadores del Cuerno, milord, y yo soy su sirviente, Padry. Héroes, eso es lo que son, milord.

—No voy a matar a nadie —lo cortó Mat, asqueado—. Pero montad a estos héroes en sus caballos y los sacáis de Maerone antes del ocaso. No me gustan los hombres hechos y derechos que amenazan con romper el cuello a un crío. ¡Al anochecer!

—Pero, milord, están heridos. No es más que un chico campesino y estaba importunando al caballo de lord Paers.

—Sólo me había sentado en él —intervino el niño—. No estaba… haciendo eso que habéis dicho.

Mat asintió con gesto sombrío.

—No se rompe el cuello a los niños por sentarse en un caballo, Padry. Ni siquiera si son niños «campesinos». Sacad de la ciudad a estos dos o me ocuparé de que sean ellos los que acaben con el cuello roto.

Hizo una seña a Harnan, que a su vez dirigió un seco cabeceo a los otros Brazos Rojos —los jefes de patrulla no hacían nada personalmente, igual que cualquier portador de estandarte—, y éstos levantaron sin contemplaciones a Paers y a Culen y se los llevaron a empujones, con Padry siguiéndolos de cerca mientras se retorcía las manos y protestaba que sus señores no estaban en condiciones de cabalgar, que eran cazadores del Cuerno y héroes.

Mat reparó entonces en que Edorion seguía sujetando por un brazo al causante de todo el alboroto. Los Brazos Rojos se habían marchado y los vecinos empezaban a dispersarse. Nadie dirigió al chico más de una mirada por encima; tenían sus propios hijos de los que cuidar, algo que no era tarea fácil hoy en día. Mat soltó un borrascoso suspiro.

—¿Te das cuenta de que podrías haberte hecho daño sólo por «sentarte» en el caballo de un extraño, chico? —amonestó—. Un hombre como ése seguramente monta un semental que cocearía a un crío pequeño y lo mandaría al fondo de su cuadra de manera que nadie sabría que estabas allí.

—Un castrado. —El niño volvió a dar un tirón para soltarse de Edorion y al comprobar que el joven no había aflojado los dedos puso un gesto hosco—. Era un castrado y no me habría hecho daño. Les gusto a los caballos. Y no soy un «crío pequeño». Tengo nueve años. Y me llamo Olver, no chico.

—Así que Olver, ¿no? —¿Nueve años? Podría ser. A Mat le resultaba difícil calcular la edad de un niño, especialmente si era cairhienino—. Pues bien, Olver, ¿dónde están tus padres? —Miró en derredor, pero los refugiados que vio pasaban junto a ellos caminando tan deprisa como los vecinos de la ciudad—. ¿Dónde están, Olver? Tengo que mandarte de vuelta con ellos.

En lugar de responder, el chico se mordió el labio y una lágrima se deslizó por su mejilla, aunque la secó con rabia.

—Los Aiel mataron a mi padre. Uno de esos… «Shado». Entonces mamá dijo

que nos íbamos a Andor. Dijo que viviríamos en una granja, con caballos.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó suavemente Mat.

—Se puso enferma. La… la enterré en un sitio donde quedaban algunas flores. —Inesperadamente, Olver asestó una patada a Edorion y empezó a forcejear para soltarse. Las lágrimas le corrían a raudales—. Suéltame. Puedo cuidar de mí mismo. He dicho que me sueltes.

—Ocúpate de él mientras encontramos a alguien que se haga cargo —dijo Mat a Edorion, que lo miró boquiabierto mientras trataba de retirar al chico para que no siguiera pateándolo y sujetarlo al mismo tiempo.

—¿Yo? ¿Qué esperas que haga con esta fiera de mocoso?

—Darle algo de comer, para empezar. —Mat encogió la nariz; a juzgar por el olor, Olver debía de llevar bastante tiempo en la cuadra del castrado—. Y un baño. Apesta.

—Habla directamente conmigo —gritó Olver a la par que se frotaba la cara, de manera que las lágrimas le extendieron los churretes de porquería—. ¡Háblame a mí, no por encima de mi cabeza, como si no estuviera aquí!

Mat parpadeó y después se agachó.

—Lo lamento, Olver. También a mí me daba mucha rabia que la gente hiciese eso conmigo. Veamos. Hueles fatal, así que Edorion, este amigo mío, va a llevarte a El Ciervo Dorado, donde la señora Daelvin te dejará darte un baño. —La expresión ceñuda de Olver se acentuó—. Y, si pone alguna pega, le dices que lo he mandado yo. No podrá impedírtelo. —Mat contuvo una sonrisa ante la repentina mirada intensa del chico, ya que eso lo habría estropeado todo. Puede que a Olver no le hiciese gracia darse un baño, pero si alguien intentaba impedirle que se diera uno…—. Bien, haz lo que te diga Edorion. Es un verdadero lord teariano y va a conseguirte una estupenda comida caliente y ropas que no tengan agujeros. Y también unos zapatos. —Mejor no añadir «y alguien que cuide de ti». La señora Daelvin se ocuparía de esto último; un poco de oro superaría cualquier renuencia.

—No me gustan los tearianos —rezongó Olver, que primero miró ceñudo a Edorion y después a Mat. Edorion tenía cerrados los ojos y mascullaba entre dientes—. ¿Es realmente un lord? ¿Lo eres tú también?

Antes de que Mat pudiese decir nada, Estean llegó corriendo entre la multitud, con el tosco rostro enrojecido y todo él sudoroso. En su peto abollado apenas quedaban restos de su dorada gloria anterior, y las franjas de satén rojo de las mangas amarillas acuchilladas estaban sobadas. Ni por lo más remoto parecía el hijo del lord más acaudalado de Tear. Claro que, en realidad, nunca lo había parecido.

—Mat —resolló al tiempo que se pasaba los dedos por el lacio cabello que no dejaba de resbalar sobre su frente—. Mat… En el río…

—¿Qué? —lo cortó Mat, irritado. Iba a hacer que le bordaran en las chaquetas la

frase «no soy ningún jodido lord»—. ¿Sammael? ¿Los Shaido? ¿La Guardia Real? ¿Los malditos Leones Blancos? ¿Qué?

—Un barco, Mat —dijo Estean, jadeante, sin dejar de pasarse los dedos por el pelo—. Un navío grande. Creo que son los Marinos.

Eso no parecía muy probable; los Atha'an Miere jamás se alejaban de mar abierto con sus naves, todo lo más en el puerto donde recalaban. Aun así… No había muchas poblaciones a lo largo del Erinin hacia el sur, y las provisiones que las carretas podían transportar quedarían muy mermadas antes de que la Compañía llegara a Tear. Ya había contratado barcos fluviales para que viajaran a la par del ejército, pero una nave mayor les vendría estupendamente.

—Cuida de Olver, Edorion —dijo, haciendo caso omiso del gesto de desagrado del otro—. Estean, llévame hasta ese barco.

El aludido asintió con vehemencia y habría echado a correr de nuevo si Mat no lo hubiese agarrado por la manga para frenarlo y obligarlo a caminar. Estean siempre era impetuoso y aprendía despacio; esa combinación era la causa de que tuviera cinco moretones causados por el garrote de la señora Daelvin.

El número de refugiados aumentó a medida que se acercaban al Erinin; se movían apáticamente, tanto si iban hacia el río como si volvían de él. En los muelles de tablones oscurecidos por la brea y la mugre a lo largo del tiempo había amarrados seis transbordadores de ancha quilla, pero habían retirado los remos y no se veía a un solo tripulante en ninguno de ellos. En las únicas embarcaciones donde había actividad era en la media docena de barcos fluviales, unas chalupas resistentes de uno o dos palos que hacían una breve escala en su viaje río arriba o abajo. En los barcos contratados por Mat apenas había movimiento; las bodegas estaban llenas y los capitanes le habían asegurado que podían zarpar tan pronto como diera la orden. Varias embarcaciones —barcazas de proas achatadas y velas cuadradas que se movían pesadamente y veloces barcos de línea estilizada y velas triangulares— navegaban a lo largo del Erinin, pero ninguno cruzaba entre Maerone y la amurallada Aringill, sobre la que ondeaba el León Blanco de Andor.

La bandera también había flameado sobre Maerone, y los soldados andoreños que ocupaban la ciudad no habían dejado entrar voluntariamente a la Compañía de la Mano Roja. Caemlyn estaría en poder de Rand, pero su autoridad no llegaba hasta la Guardia Real destacada allí ni a las unidades creadas por Gaebril, como los Leones Blancos. Éstos se encontraban ahora hacia el este —habían huido en esa dirección, al menos, y cualquiera de los numerosos rumores que corrían sobre el bandidaje en la campiña podía ser obra de ellos—, pero el resto había cruzado el Erinin tras violentas escaramuzas con la Compañía. Desde entonces, nada ni nadie había cruzado el río.

Sin embargo, en lo único que Mat se fijó realmente fue en una nave anclada en el centro de la ancha corriente. Era un bergantín de los Marinos, efectivamente, más alto

y más largo que cualquiera de los barcos fluviales, pero aun así de líneas elegantes, con dos esbeltos palos. En los aparejos se veían oscuras figuras encaramadas, algunas con el torso desnudo y pantalones anchos que parecían negros con la distancia; las blusas de vivos colores que llevaban otras indicaban que eran mujeres. Más o menos la mitad de la tripulación eran féminas. Las grandes velas cuadradas habían sido recogidas en las vergas cruzadas, pero a pesar de ello colgaban en pliegues flojos, prestas para ser largadas en un instante.

—Busca un bote —ordenó Mat a Estean—. Y algunos remeros. —Al joven teariano hacía falta recalcarle algo así. Estean lo miró, parpadeando, mientras se pasaba los dedos por el pelo—. ¡Apresúrate, hombre!

El teariano asintió repetida y bruscamente y después salió corriendo.

Mat llegó hasta el extremo de uno de los muelles más cercanos, se apoyó la lanza en el hombro y sacó el pequeño anteojo que guardaba en un bolsillo. Cuando acercó el tubo chapado en bronce a su ojo, el navío pareció acercarse de repente. Los Marinos parecían estar esperando algo, pero ¿qué? Algunos miraban hacia Maerone, pero la mayoría lo hacía hacia el lado opuesto, incluidos los que estaban en el alto alcázar; allí tenía que ser donde se encontraba la Navegante y los demás oficiales del barco. Mat giró el anteojo hacia la orilla opuesta del río, pasando sobre un bote largo con hombres de tez oscura a los remos, que bogaban rápidamente hacia el navío.

Había cierto alboroto en uno de los largos muelles de Aringill, casi copias exactas de los de Maerone. Las chaquetas rojas con cuellos blancos y los petos bruñidos señalaban la presencia de los guardias reales que, obviamente, recibían al grupo que había desembarcado del bajel. Lo que hizo que Mat soltara un quedo silbido fue el par de quitasoles rojos rematados con flecos que se alzaban entre los recién llegados, uno de ellos doble, como dos pequeñas cúpulas superpuestas. A veces aquellos viejos recuerdos venían bien; ese quitasol doble señalaba la presencia de una Señora de las Olas de un clan, y el otro el de su Maestro de Espadas.

—Tengo un bote, Mat —anunció Estean, falto de resuello, junto a su hombro—. Y algunos remeros.

Mat giró de nuevo el anteojo hacia el bajel. Por la actividad en la cubierta debían de estar subiendo el pequeño bote por el otro lado, pero al mismo tiempo otros miembros de la tripulación manipulaban el cabestrante para subir el ancla, y ya empezaban a largarse las velas.

—Me parece que ya no me hace falta —rezongó.

Al otro lado del río, la delegación Atha'an Miere desaparecía del muelle escoltada por los guardias. Nada de aquello tenía sentido. Marinos a mil quinientos kilómetros del mar. Sólo la Señora de los Barcos ostentaba un rango superior a una Señora de las Olas; únicamente un Maestro de Armas superaba en rango a un Maestro de Espadas. No, no tenía ningún sentido a la luz de los recuerdos de todos esos otros hombres.

Pero eran antiguos; Mat «recordaba» que se sabía menos sobre los Atha'an Miere que de ningún otro pueblo excepto los Aiel. Sabía más de estos últimos merced a su propia experiencia con ellos que a través de esos recuerdos, y era más que suficiente. Tal vez alguien que conociese a los Marinos hoy en día entendería lo que para él no tenía ni pies ni cabeza.

Las velas se hinchaban ya sobre el bajel de los Marinos mientras se acababa de subir el ancla chorreante a la cubierta. Fuera lo que fuese lo que causaba tanta prisa al parecer no los iba a llevar de vuelta al mar. Aumentando lentamente la velocidad, el navío se deslizó río arriba, trazando una curva hacia la embocadura del Alguenya, flanqueada de marjales, a unos pocos kilómetros al norte de Maerone.

Bueno, no tenía nada que ver con él. Tras lanzar una última y pesarosa mirada al bajel —en él se habría podido transportar igual cantidad de suministros que entre todos los barcos fluviales juntos que tenía contratados—, Mat volvió a guardar el anteojo en el bolsillo y le dio la espalda al río. Estean seguían rondando cerca de él, mirándolo fijamente.

—Dile a los remeros que pueden irse, Estean —instruyó Mat, y el teariano se alejó pisando fuerte, mascullando entre dientes y pasándose los dedos por el pelo.

La franja de barro en la orilla era más ancha que la última vez que Mat había bajado al río, unos cuantos días antes; aproximadamente un palmo de cieno pegajoso entre el agua y el metro de barro reseco que había más arriba ponía de manifiesto que incluso el caudal de un río como el Erinin estaba menguando lentamente. No tenía que ver con él. En cualquier caso, tampoco podía hacer nada al respecto. Se volvió y regresó a su ronda por las tabernas y locales públicos; era importante que nada pareciera fuera de lo normal ese día.

Cuando el sol se metió, Mat estaba de regreso en El Ciervo Dorado, bailando con Betse, que no llevaba puesto el delantal, en tanto que los músicos tocaban todo lo fuerte que podían. En esta ocasión fueron bailes folclóricos, y las mesas se habían retirado para dejar sitio para seis o siete parejas. La noche trajo cierto frescor al ambiente, aunque sólo al compararlo con las temperaturas diurnas. Todo el mundo seguía sudando. Hombres riendo y bebiendo llenaban los bancos, y las camareras iban y venían presurosas sirviendo cordero, nabos y sopa de cebada, y manteniendo llenas jarras de cerveza y copas de vino.

Sorprendentemente, las mujeres parecían considerar el baile un descanso en el incesante traer y llevar bandejas de una mesa a otra. Al menos, desde la primera hasta la última sonreían con ansiedad cuando les llegaba el turno de enjugarse el sudor de la cara y quitarse el delantal para echar un baile, aunque volvían a sudar copiosamente una vez que empezaban a danzar. Tal vez la señora Daelvin les había programado alguna especie de horario. De ser así, Betse era una excepción. Esta bonita y esbelta muchacha sólo servía vino a Mat, bailaba únicamente con él, y la

posadera les sonreía igual que una madre en la boda de su hija, de manera que hacía sentirse incómodo a Mat. De hecho, Betse bailó con él hasta que al joven le dolieron los pies y sintió agarrotadas las pantorrillas, pero la chica no dejó de sonreír un instante y sus ojos brillaban de puro placer. Salvo cuando se paraban para recuperar el aliento, claro es. Para que lo recuperase él, porque a Betse no parecía hacerle falta. Tan pronto como sus pies se paraban, su lengua empezaba a todo galope. En realidad, hacía lo mismo cada vez que intentó besarla, y siempre giraba la cabeza al tiempo que exclamaba algo sobre esto o aquello, de manera que acababa besándole el oído o el cabello en lugar de los labios. Y también parecía que eso la sobresaltaba siempre. Mat aún no lograba dilucidar si es que era completamente tonta o demasiado lista.

Eran ya más cerca de las dos que de la una de la madrugada cuando finalmente Mat le dijo que ya tenía suficiente para una noche. La decepción asomó a su semblante y sus labios se fruncieron en un mohín. Parecía dispuesta a bailar hasta el amanecer. Y no era la única; una de las camareras de más edad estaba apoyada con una mano en la pared mientras se daba masajes en un pie, pero casi todas las demás tenían los ojos tan brillantes y el rostro tan animado como Betse. La mayor parte de los hombres tenían aspecto de cansados, con sonrisas forzadas aquellos que se dejaban llevar a rastra de los bancos y otros tantos rechazando a las mujeres con ademanes. Mat no lo entendía. Llegó a la conclusión de que tenía que deberse a que el hombre cargaba con la parte más pesada del baile, con los giros y levantar en vilo a sus parejas. La parte de las mujeres era más llevadera; brincar de un lado para otro no consumía tantas energías. Parpadeó al mirar a la fornida hembra que estaba haciendo a girar a Estean en lugar de al contrario —el teariano era buen bailarín, eso no podía negarlo—, y a continuación puso en la mano de Betse una moneda de oro, una gruesa corona andoreña, para que se comprara algo bonito.

La chica contempló la moneda un instante y luego se puso de puntillas para besarlo levemente en la boca, como el roce de una pluma.

—Yo jamás os colgaría hicieseis lo que hicieseis. ¿Bailaréis conmigo mañana?

Antes de que Mat tuviese ocasión de contestar, la muchacha soltó una risita y se marchó corriendo, sin dejar de echarle miradas por encima del hombro incluso cuando tiró de Edorion intentando arrastrarlo hacia la zona de baile. La señora Daelvin interceptó a la pareja y, poniendo con firmeza un delantal en las manos de Betse, señaló la cocina con un gesto del pulgar.

Mat cojeaba ligeramente en su camino de vuelta a la mesa pegada a la pared trasera, donde Talmanes, Daerid y Nalesean estaban cómodamente arrellanados. Talmanes miraba fijamente su copa de vino como si buscase en ella respuestas a preguntas profundas. Daerid, sonriente, observaba a Nalesean, que intentaba rechazar a una regordeta camarera de ojos grises y cabello castaño claro sin admitir en ningún momento que tenía los pies machacados. Mat se apoyó en la mesa plantando los

puños en el tablero.

—La Compañía emprende la marcha al sur con las primeras luces del día —anunció—, así que más vale que empecéis con los preparativos.

Los tres hombres lo miraron boquiabiertos.

—Pero si sólo faltan unas pocas horas —protestó Talmanes.

—Justo el tiempo que hará falta para sacar a los hombres de las tabernas —manifestó Nalesean al mismo tiempo.

Daerid sacudió la cabeza a la par que hacía una mueca.

—Ninguno de nosotros podrá dormir nada esta noche.

—Yo sí —respondió Mat—. Que uno de vosotros me despierte dentro de dos horas. Con las primeras luces emprenderemos la marcha.

Así fue como se encontró a lomos de *Puntos*, su resistente castrado castaño, en la gris penumbra que precede al alba, con la lanza apoyada de través en la silla de montar y el arco largo, sin encordar, metido debajo de la cincha, sin haber dormido apenas y con un molesto dolor en el fondo de los ojos, observando cómo la Compañía de la Mano Roja abandonaba Maerone. La totalidad de los seis mil hombres que la componían, la mitad a caballo y la mitad a pie, hacían suficiente ruido para despertar a los muertos. A despecho de la temprana hora, la gente se alineaba en las calles y se asomaba a las ventanas altas contemplando boquiabierta el ajetreo.

La bandera de la Compañía abría la marcha; era cuadrada y orlada en rojo, con una mano carmesí sobre fondo blanco y debajo su lema *Dovie'andi se tovya sagain*, «es hora de que rueden los dados», bordado también en rojo. Nalesean, Daerid y Talmanes cabalgaban detrás del estandarte, seguidos por diez hombres montados tocando timbales adornados con orlas escarlatas y otros tantos trompetas acompañándolos con sus toques. A continuación marchaban los jinetes de Nalesean, una mezcla de soldados tearianos y Defensores de la Ciudadela, nobles de segunda fila cairhieninos que llevaban los *con* a la espalda e iban seguidos de cerca por sus guardias, y unos pocos andoreños, cada escuadrón y tropa precedidos por su propio estandarte de la Mano Roja, una espada y un número. Mat les había mandado que echaran a suerte qué número le correspondía a cada cual.

La mezcla había ocasionado cierto descontento; a decir verdad, más que un poco. Al principio, los jinetes cairhieninos seguían a Talmanes en su totalidad, y los tearianos a Nalesean. La infantería había sido una mezcolanza de nacionalidades desde el primer momento. También había habido protestas por unificar el tamaño de cada unidad y por los números de los estandartes. Lores y capitanes siempre reunían bajo su mando a tantos soldados como quisieran seguirlos y a los que se conocía como los hombres de Edorion o los de Meresin o los de Alhandrin. Todavía seguían con esa costumbre hasta cierto punto —por ejemplo, los quinientos al mando de Edorion se autodenominaban Martillos de Edorion, en vez de «el primer

escuadrón»— pero Mat les había metido en la cabeza a fuerza de machacar que todos, del primero al último, pertenecían a la Compañía, no a este o aquel país en el que habían nacido, y que cualquiera que no estuviese conforme con su modo de hacer las cosas era libre de marcharse. Lo sorprendente era que ninguno se había ido.

Costaba entender por qué se quedaban. Vencían cuando él los lideraba, ciertamente, pero siempre había bajas. A Mat no le estaba resultando fácil mantenerlos alimentados y conseguir que recibieran la paga más o menos a tiempo, aparte de que harían bien si empezaban a olvidarse de las riquezas que, según alardeaban, iban a saquear. Hasta el momento nadie había visto una sola moneda, y Mat no creía que hubiese muchas probabilidades de que tal cosa ocurriera nunca. Era una locura.

El primer escuadrón lanzó un vítor al que de inmediato se unieron el cuarto y el quinto, los Leopardos de Carlomin y las Águilas de Reimon, como se llamaban a sí mismos:

—¡Lord Matrim y la victoria! ¡Lord Matrim y la victoria!

Si Mat hubiese tenido una piedra a mano se la habría arrojado.

La infantería venía a continuación cual una serpiente sinuosa, cada compañía precedida por un tambor que iba marcando el paso, así como uno de los largos estandartes, éstos con una pica cruzada sobre la mano carmesí en lugar de una espada, en veinte filas que creaban un erizado bosque de lanzas seguidas por otras cinco de arqueros o ballesteros. Cada compañía tenía también una o dos flautas, y cantaban con la música:

Cantando toda la noche y todo el día bebiendo,
con las chicas guapas nuestra paga gastaremos,
y cuando hayamos gastado hasta el último céntimo
a bailar con la Dama de las Sombras nos iremos.

Mat tuvo que aguantar la canción hasta que aparecieron las primeras filas de la caballería de Talmanes, entonces taloneó los flancos de *Puntos*. No era menester quedarse para ver pasar las carretas de suministros ni las reatas de remonta que cerraban la marcha. Habría caballos que se lisiarían de allí a Tear o que morirían por cosas que los veterinarios no podrían curar, y un soldado de caballería sin montura no valía para mucho. En el río, siete barcos pequeños se deslizaban aguas abajo impulsados por velas triangulares, un poco más deprisa que la propia corriente. En cada uno de ellos flameaba un gallardete blanco con la Mano Roja. Otras embarcaciones empezaban a moverse también, dirigiéndose hacia el sur, algunas utilizando cualquier trozo de lona que sirviese de vela.

Cuando Mat alcanzó la cabeza de la columna, el sol empezó finalmente a asomarse por el horizonte, arrojando sus rayos sesgados sobre las onduladas colinas y

las dispersas arboledas. El joven se caló bien el sombrero para resguardarse los ojos del resplandor. Nalesean tenía la mano, enfundada en el guantelete, puesta en la boca para reprimir fútilmente un tremendo bostezo, y Daerid iba como derrumbado en la silla, los párpados entrecerrados como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento. Sólo Talmanes llevaba muy recta la espalda y los ojos bien abiertos y alertas. Mat se sintió más identificado con Daerid.

Aun así, levantó la voz para hacerse oír sobre los tambores y las trompetas:

—Mandad por delante a los exploradores tan pronto como hayamos perdido de vista la ciudad. —Tanto el bosque como el territorio agreste estaban bastante distantes al sur, pero una ruta razonablemente establecida atravesaba ambas zonas; la mayoría del tráfico discurría por el río, pero también había habido el suficiente trasiego a pie o en carreta a lo largo de los años para dejar un camino marcado—. Y haced que pare ese condenado ruido.

—¿Los exploradores? —repitió extrañado Nalesean—. Demonios, no hay nadie armado siquiera con una lanza en un radio de quince kilómetros, a menos que pienses que los Leones Blancos han dejado de huir; y, si lo han hecho, no se acercarán a nosotros a menos de ochenta kilómetros si tienen la menor sospecha de nuestra presencia.

—Quiero que hoy se cubran cincuenta kilómetros —continuó Mat sin hacerle caso—. Cuando podamos hacer ese recorrido cada día, comprobaremos hasta dónde podemos incrementar la distancia apretando la marcha. —Lo miraron boquiabiertos, naturalmente. Los caballos no podían mantener ese paso durante mucho tiempo, y cualquiera salvo los Aiel consideraba cuarenta kilómetros un recorrido excelente en un día de marcha a pie. Sin embargo, Mat tenía que seguir el juego como lo había acordado—. Comadrin escribió: «Ataca en un terreno en el que tu enemigo piense que no lo harías, desde una dirección inesperada y en un momento inesperado. Defiende cuando tu enemigo crea que no lo estás haciendo y cuando esté convencido de que vas a huir. La sorpresa es la clave de la victoria, y la velocidad la clave de la sorpresa. Para un soldado, ser veloz significa seguir con vida».

—¿Quién es Comadrin? —preguntó Talmanes al cabo de un momento, y Mat tuvo que recobrar el dominio de sí mismo antes de responder.

—Un general. Murió hace mucho tiempo. Leí su libro una vez. —O al menos recordaba haberlo leído y en más de una ocasión; dudaba mucho que existiese alguna copia hoy en día. En realidad, recordaba haber conocido a Comadrin, después de perder una batalla contra él, unos seiscientos años antes de Artur Hawkwing. Esos recuerdos seguían colándose en su mente cuando menos lo esperaba. Por lo menos no había soltado el discursito en la Antigua Lengua; por lo general, ahora se las apañaba para no caer en eso.

Mientras observaba cómo los exploradores a caballo se dispersaban en abanico

por la ondulada planicie fluvial, Mat se tranquilizó. Su parte en el juego había empezado, conforme al plan: una partida casi precipitada como si estuviesen intentando desplazarse hacia el sur a hurtadillas, pero lo suficientemente ostentosa para estar seguro de que no pasaría inadvertida.

La combinación lo haría parecer un estúpido y eso también era conveniente. Enseñar a la Compañía a moverse rápidamente era una buena idea —desplazarse deprisa podía mantenerlo a uno lejos del combate—, pero su progreso sin duda se notaría desde el río como mínimo. Escudriñó el cielo; ni cuervos ni grajos, pero eso no significaba gran cosa. Tampoco palomas. Sin embargo, Mat se comería el sombrero si no salía ninguna de Maerone en ese día.

Como mucho, en cuestión de unos días Sammael sabría que la Compañía iba de camino y a buen paso, y con los comentarios dejados caer por Rand en Tear sería evidente que la llegada de Mat señalaría la inminente invasión de Illian. Aun así, por muy bien que marchara la columna tardarían más de un mes en llegar a Tear. Con suerte, Sammael estaría tan aplastado como un piojo entre dos piedras antes de que Mat hubiese llegado a menos de doscientos kilómetros de él. Sammael podía ver lo que se avecinaba —no todo, claro— pero iba a ser un baile distinto del que él esperaba. Diferente de lo que esperaba cualquiera salvo Rand, Bashere y él. Ése era el verdadero plan. De repente Mat se sorprendió a sí mismo silbando. Por una vez todo estaba saliendo del modo que esperaba.

6



Hilos tejidos con sombras

Con cautela, Sammael pisó en la sedosa alfombra floreada, dejando abierto el acceso por si acaso se hacía necesaria la retirada y aferrando con fuerza el *Saidin*. Por lo general rehusaba las reuniones salvo en terreno neutral o en el suyo, pero ésta era la segunda vez que acudía allí. Pura necesidad. Nunca había sido un hombre confiado y lo era aun menos desde que se había enterado de parte de lo ocurrido entre Demandred y las tres mujeres; y Graendal le había contado sólo lo justo para respaldar algún provecho que veía para sí misma. Sammael lo entendía muy bien; también él tenía sus propios planes de los que no sabían nada los otros Elegidos. Sólo habría un Nae'blis, y ese premio valía tanto como la propia inmortalidad.

Estaba de pie en un alto estrado, con barandilla de mármol a un extremo, donde mesas y sillas doradas y de marfil tallado, algunas repugnantes en los detalles, estaban colocadas de manera que dominaban el resto del largo salón con columnas, tres metros más abajo. No había escaleras que condujeran allí abajo; se trataba de un enorme y extravagante foso en el que ofrecer espectáculos. La luz del sol chispeaba a través de altos ventanales, cuyos cristales de colores representaban complejos dibujos. El abrasador calor del sol no penetraba allí; el aire era fresco, aunque Sammael sólo lo percibió vagamente. Graendal tenía tan poca necesidad como él de realizar tal esfuerzo, pero indudablemente lo haría. Lo extraño es que la mujer no hubiese extendido la red a todo el palacio.

Había algo distinto en la parte baja de la estancia desde la última vez que había estado allí, pero no acababa de discernir qué. Tres estanques, largos y someros, ocupaban la parte central del salón, cada uno con una fuente —sinuosas formas, el movimiento congelado en piedra— que lanzaban chorros de agua casi hasta las nervaduras de mármol tallado del techo en arco. Hombres y mujeres retozaban en los estanques, cubiertos con retazos de seda o menos, en tanto que otros, con vestimentas igualmente escasas, actuaban a lo largo de los laterales: acróbatas y juglares; bailarines de diversos estilos; y músicos tocando flautas, trompas, tambores y todo tipo de instrumentos de cuerda. De todas las tallas y medidas, de todos los tonos de

piel, de cabellos y de ojos, cada cual era físicamente más perfecto que el anterior. Todo esto estaba pensado para el esparcimiento de quien se encontrara en el estrado. Qué idiotez. Una pérdida de tiempo y de energía. Típico de Graendal.

El estrado estaba vacío cuando él llegó, pero henchido como estaba de *Saidin* percibió el perfume dulzón de Graendal, como el aroma de un jardín de flores, y oyó el roce de sus escarpines sobre las alfombras mucho antes de que la mujer hablara a su espalda:

—¿No son bellísimos mis animalitos de compañía?

Se reunió con él en la barandilla, contemplando sonriente el espectáculo que tenía lugar abajo. Su traslúcido vestido domani, de color azul, se ajustaba a su cuerpo y hacía algo más que insinuar sus formas. Como tenía por costumbre, lucía un anillo en cada dedo con distintas gemas, cuatro o cinco brazaletes con piedras preciosas engarzadas en cada muñeca, y un ancho collar de enormes zafiros ceñido alrededor del cuello alto del vestido. Él no entendía de esas cosas, pero sospechaba que se había tardado horas en peinar esos bucles dorados que le caían hasta los hombros y colocar las gotas de luna que parecían estar esparcidas por el cabello; algo en su aparente colocación fortuita apuntaba una exacta precisión.

A veces Sammael sentía curiosidad respecto a ella. No la había conocido hasta que había elegido dejar una causa perdida y seguir al Gran Señor, pero gozaba de fama y era honrada por todo el mundo como una dedicada asceta que trataba a aquellos con la mente perturbada por trastornos que la Curación no podía sanar. En aquel primer encuentro, cuando la mujer le aceptó sus primeros juramentos al Gran Señor, todo rastro de sobria benefactora había desaparecido, como si de manera deliberada se hubiese convertido en la antítesis de todo lo que era antes. En apariencia, su gran obsesión era su propio placer, que casi encubría un deseo imperativo de derribar a cualquiera que tuviese una partícula de poder. Y eso a su vez casi ocultaba su propia sed de poder que muy rara vez manifestaba abiertamente. Graendal había sido siempre muy buena para ocultar cosas que estaban a la vista. Sammael creía que la conocía mejor que cualquiera de los otros Elegidos —lo había acompañado a Shayol Ghul para rendir homenaje por primera vez— pero ni siquiera él la conocía a fondo. Esta mujer tenía tantos matices como escamas tenía un jegal, y pasaba de uno a otro con la rapidez del relámpago. Entonces ella era la señora, y él, el acólito a pesar de todos sus logros y habilidades como general. Esa situación había cambiado.

Ninguno de los que jugueteaban en los estanques ni los que actuaban levantaron la vista hacia el estrado, pero a raíz de su aparición se tornaron más activos, más gráciles si cabe, tratando de exhibirse lo mejor posible; existían para complacerla. Graendal se aseguraba de que fuese así.

La mujer señaló con un gesto a cuatro acróbatas, un hombre de cabello oscuro

que sostenía a tres esbeltas jóvenes, su piel cobriza untada con aceite, reluciendo.

—Son mis favoritos, creo. Ramsid es el hermano del rey domani. La mujer que está encaramada a sus hombros es su esposa, y las otras dos son la hermana menor del rey y su hija mayor. ¿No es extraordinario lo que la gente es capaz de aprender con el estímulo adecuado? Piensa cuánto talento se desperdicia.

Ése era uno de sus conceptos preferidos: un lugar para cada persona y cada persona en su lugar, dependiendo de sus aptitudes y de las necesidades de la sociedad, las cuales parecían centrarse siempre en sus deseos. Todo aquello hastiaba a Sammael; si le hubiesen aplicado a él los preceptos de Graendal, aún seguiría en el mismo sitio.

El acróbata giró lentamente para ofrecerles una buena vista; sostenía a una mujer en cada brazo extendido, ambas colgando de una mano de la sujeción que ofrecía la que estaba encaramada en los hombros. Graendal ya había dejado de prestarles atención para ponerla en un hombre y una mujer de piel muy oscura, con el cabello rizado, ambos de extraordinaria belleza. La esbelta pareja tocaba unas extrañas arpas alargadas, con un carillón que resonaba al pulsar las cuerdas produciendo sonidos cristalinos.

—Mi nueva adquisición, de las tierras que hay más allá del Yermo de Aiel. Deberían estarme agradecidos por rescatarlos. Chiape era Sh'boan, una especie de emperatriz, que había enviudado recientemente, y Shaofan iba a casarse con ella y a convertirse en Sh'botay. Durante siete años ella habría gobernado sin trabas, absolutamente, y entonces habría muerto. Entonces, él habría elegido una nueva Sh'boan y gobernaría a su antojo hasta su muerte, siete años después. Han seguido ese ciclo durante casi tres mil años sin interrupción. —Soltó una risita mientras sacudía la cabeza con asombro—. Shaofan y Chiape insisten en que esas muertes son algo natural. La Voluntad del Entramado, lo llaman. Para ellos todo es la Voluntad del Entramado.

Sammael no apartó los ojos de la gente de abajo. Graendal parloteaba como una necia, pero sólo los necios de verdad la consideraban estúpida. Lo que aparentemente dejaba caer por casualidad entre tanta palabrería a menudo estaba introducido con la precisión de una aguja *conje*. La clave estaba en pillar el porqué y qué era lo que esperaba ganar con ello. ¿Por qué de repente se había apoderado de «animalitos de compañía» de un lugar tan lejano? Rara vez se salía de su curso marcado. ¿Estaría intentando que él desviara su atención hacia tierras lejanas, más allá del Yermo, haciéndole creer que tenía intereses allí? El campo de batalla estaba aquí; el primer golpe del Gran Señor se descargaría aquí cuando estuviese libre. El resto del mundo sufriría los coletazos de las tormentas o puede que incluso quedara asolado por ellas, pero esas tormentas se generarían aquí.

—Considerando que gran parte de la familia real domani mereció tu aprobación,

me sorprende que no la obtuviesen más miembros —comentó en tono seco. Si lo que la mujer buscaba era distraer su atención, sin duda encontraría el modo de volver a introducir el asunto. Nunca se le pasaba por la cabeza que alguien conociese sus mañas lo bastante para descubrir el propósito que éstas encubrían.

Una mujer esbelta, de cabello oscuro, no joven pero sí con la clase de pálida belleza y elegancia que perduraría toda su vida, apareció junto a Sammael sosteniendo en las dos manos una copa de cristal con ponche de vino oscuro. Él la tomó, aunque no tenía intención de bebérsela; sólo los novatos permanecían alertas esperando un ataque violento y frontal hasta que los ojos les ardían, y en tanto dejaban que un asesino solitario se les acercara por la espalda. Las alianzas, bien que efímeras, eran convenientes; pero, cuantos menos Elegidos quedasen en el Día del Retorno, mayor la oportunidad para los supervivientes de alcanzar el puesto de Nae'blis. El Gran Señor había alentado siempre esta clase de… competición; sólo los más aptos eran merecedores de estar a su servicio. A veces Sammael pensaba que el escogido para gobernar el mundo para siempre sería el último de los Elegidos que quedase en pie.

La mujer volvió junto a un joven musculoso que sostenía una bandeja dorada con otra copa y una jarra a juego. Ambos llevaban atuendos blancos y transparentes y ninguno de ellos pestañeó siquiera por el hecho de que hubiese un acceso abierto a los aposentos de Sammael en Illian. Cuando la mujer sirvió a Graendal, su rostro era el vivo retrato de la adoración. Nunca había problema para hablar delante de sus sirvientes y favoritos, aunque entre ellos no había un solo Amigo Siniestro. Graendal desconfiaba de estos últimos y en su opinión eran fáciles de convencer para que cambiaran de bando; por el contrario el nivel de Compulsión utilizado sobre aquellos que la servían personalmente no dejaba cabida para nada más que la adoración.

—Casi esperaba ver aquí al propio rey sirviendo el vino —continuó Sammael.

—Sabes que sólo escojo lo más exquisito. Alsalam no está al nivel de mis exigencias. —Graendal tomó la copa que le ofrecía la mujer sin apenas dedicarle una mirada, y no por primera vez Sammael se preguntó si los favoritos no serían otra cortina, como la cháchara insustancial, para ocultar sus verdaderos propósitos. Quizá pinchándola un poco conseguiría que soltase algo.

—Antes o después tendrás un desliz, Graendal. Uno de tus visitantes reconocerá a la persona que le sirve el vino o que le abre la cama, y tendrá el sentido común de morderse la lengua hasta que se haya marchado. ¿Qué harás si alguien cae sobre este palacio con un ejército para rescatar a un esposo o a una hermana? Puede que una flecha no tenga la eficacia de una lanza de descarga, pero aun así puede matarte.

La Renegada echó la cabeza hacia atrás y rió con gran regocijo, obviamente demasiado estúpida para advertir el insulto implícito. Obviamente, se entiende, para quien no la conociera.

—Oh, Sammael, ¿por qué iba a dejarles ver algo más de lo que quiero que vean? Ciertamente no envío a mis animalitos para que los sirvan. Los partidarios de Alsalam y sus oponentes, incluso los seguidores del Dragón, se marchan de aquí convencidos de que los apoyo sólo a ellos. Además, no quieren molestar a una inválida.

El leve cosquilleo en la piel advirtió a Sammael que la mujer estaba encauzando y, durante un instante, su imagen cambió. Su tez se tornó cobriza, pero sin lustre, su cabello adquirió un tono oscuro, así como sus ojos, aunque carentes de brillo; su aspecto era demacrado y débil, una domani antaño hermosa que iba perdiendo lentamente la batalla contra la enfermedad. Sammael apenas pudo contener el gesto de desdén. Un simple contacto pondría de manifiesto que aquellos rasgos angulosos no eran los suyos —sólo el uso más sutil de la Ilusión pasaría tal prueba— pero Graendal parecía estar unida permanentemente a la extravagancia. Un instante después volvía a ser ella misma y exhibía una sonrisa irónica.

—No te creerías cómo confían en mí y escuchan mis consejos todos ellos.

Nunca dejaba de sorprenderle que Graendal prefiriera quedarse allí, en un palacio bien conocido en todo Arad Doman, con la guerra civil y la anarquía a su alrededor. Aunque, claro es, Sammael dudaba que la mujer hubiese permitido que cualquiera de los otros Elegidos conociera el lugar donde se había establecido. El hecho de que se lo hubiese confiado a él despertaba sus recelos. A Graendal le gustaban la comodidad y el lujo, pero nunca había estado dispuesta a dedicar demasiado esfuerzo en conservarlos; sin embargo, este palacio tenía las Montañas de la Niebla a la vista, y requería un gran esfuerzo de su parte mantener lejos el caos y evitar que alguien preguntara qué había sido del anterior propietario, así como de su familia y servidumbre. A Sammael no le habría extrañado enterarse de que todos los domani que habían acudido de visita allí se marcharan creyendo que aquellas tierras habían sido posesión de su familia desde el Desmembramiento. Utilizaba la Compulsión tan a menudo que uno podía olvidarse de que era capaz de dominar hasta los aspectos más endebles de ese arte dando vueltas y más vueltas a la mente hasta confundirla por completo y de un modo tal sutil que incluso el examen más minucioso no encontraría rastro de ella. De hecho, seguramente nunca había habido nadie que dominara como ella esta disciplina.

Dejó que el acceso desapareciera pero continuó aferrando el *Saidin*; esos trucos no funcionaban con alguien inmerso en la Fuente. Y, a decir verdad, él disfrutaba con la lucha por la supervivencia, aunque ahora no fuese consciente de ello; sólo los más fuertes merecían sobrevivir, y él ponía a prueba su preparación para la batalla cada día. No había modo de que ella supiese si todavía aferraba el *Saidin*, pero la mujer sonrió brevemente mientras se llevaba la copa a los labios. A Sammael le gustaba tan poco la gente que aparentaba saber cosas como la que sabía cosas que él ignoraba.

—¿De qué querías hablar conmigo? —inquirió con más dureza de lo que era su intención.

—¿Sobre Lews Therin, quieres decir? Porque parece que nunca estás interesado en nada más. Vaya, él sí que sería un estupendo animalito de compañía. Lo convertiría en el centro de toda exhibición. No es que sea exactamente lo que considero un hombre apuesto, pero compensa esa carencia con sus otras dotes. —De nuevo sonrió mientras se llevaba la copa a los labios, y añadió en un murmullo tan quedo que Sammael no lo habría oído de no estar conectado con la Fuente—: Y me encantan altos.

El Renegado tuvo que hacer un esfuerzo para no estirarse todo lo posible. No era bajo, pero lo sacaba de quicio que su talla no fuese acorde con su habilidad. Lews Therin le había sacado más de un palmo de altura; igual que Al'Thor. Siempre se suponía que el hombre más alto era el mejor. También hubo de esforzarse para no tocar la cicatriz que le surcaba el rostro desde el nacimiento del pelo hasta la barba recortada en forma cuadrada. Era obra de Lews Therin y la conservaba como un recordatorio. Sospechaba que Graendal había interpretado erróneamente su pregunta a propósito, para hostigarlo.

—Lews Therin murió hace mucho tiempo —replicó duramente—. Rand al'Thor es un muchachito campesino con ínfulas, un patán que ha tenido mucha suerte.

Graendal lo miró, parpadeando como si estuviese sorprendida.

—¿Lo crees de verdad? Tiene que haber algo más que lo respalde. La suerte no lo habría llevado tan lejos en tan poco tiempo.

Sammael no había ido allí para hablar de Al'Thor, pero a pesar de ello sintió de nuevo el helor en la base de la espina dorsal. Pensamientos que se había obligado a rechazar volvían a rezumar en su mente. Al'Thor no era Lews Therin. Pero sí el alma renacida de Lews Therin, del mismo modo que el propio Lews Therin había sido la reencarnación de esa alma. Sammael no era filósofo ni teólogo, pero Ishamael había sido ambas cosas y aseguraba haber descubierto secretos ocultos en ese hecho. Ishamael había muerto demente, cierto; pero mucho tiempo atrás, cuando todavía estaba cuerdo y parecía seguro que llevaría a Therin Telamon a la derrota, afirmaba que esta lucha se había venido disputando desde la Creación, una guerra eterna entre el Gran Señor y el Creador utilizando sustitutos humanos. Lo que es más, reconocía que el Gran Señor casi preferiría haber atraído a Lews Therin a la Sombra que haber quedado libre. Tal vez Ishamael ya estuviese un poco loco por entonces, pero lo cierto es que había habido intentos de atraer a Lews Therin. E Ishamael decía que ya había ocurrido tal cosa en el pasado, que el campeón del Creador se había vuelto una criatura de la Sombra y se había convertido en el campeón del Oscuro.

En esos planteamientos había inquietantes implicaciones, ramificaciones que Sammael no deseaba considerar, pero lo cierto es que en su mente alentaba la

sospecha de que el verdadero propósito del Gran Señor era hacer Nae'blis a Al'Thor. Y eso no podía suceder sin más ni más. Al'Thor necesitaría ayuda; ayuda que explicaría la suerte que había tenido hasta ahora.

—¿Has descubierto dónde esconde Al'Thor a Asmodean? ¿O algo sobre el paradero de Lanfear? ¿O de Moghedien?

Ciertamente el esconderse era característico de Moghedien; la Araña siempre acababa apareciendo de repente cuando uno estaba seguro de que finalmente había muerto.

—Sabes tanto como yo —repuso alegremente Graendal, que hizo una pausa para tomar un sorbo de su copa—. Aunque yo creo que Lews Therin los mató. Oh, no pongas ese gesto. Está bien, Al'Thor, si lo prefieres. —La idea no parecía alterarla ni poco ni mucho; claro que ella nunca se encontraría en la situación de un enfrentamiento abierto con Al'Thor. Jamás había sido su modo de actuar. Si es que Al'Thor llegaba a descubrirla alguna vez, Graendal se limitaría a abandonarlo todo y se establecería en cualquier otra parte; o se rendiría antes de que él tuviese ocasión de descargar el primer golpe y luego empezaría a convencerlo de que era indispensable —. Han llegado rumores de Cairhien sobre que Lanfear murió a manos de Lews Therin el mismo día en que mató a Rahvin.

—¡Rumores! Lanfear ha estado ayudando a Al'Thor desde el principio, si quieres saber mi opinión. ¡Habría tenido su cabeza en la Ciudadela de Tear si alguien no hubiese enviado Myrddraal y trollocs para salvarlo! Y ese alguien fue Lanfear, estoy convencido. He terminado con ella. ¡La próxima vez que la vea, la mataré! ¿Y por qué iba a matar Al'Thor a Asmodean? Yo sí lo haría si pudiese dar con él, pero se ha puesto de parte de Al'Thor. ¡Le está enseñando!

—Siempre encuentras excusas para justificar tus fracasos —musitó la mujer con los labios pegados a la copa, de nuevo en tono demasiado bajo para que la hubiese oído de no ser por el *Saidin*. Luego, en voz más alta, añadió—: Elige tus propias explicaciones, si es lo que quieres. Puede que incluso tengas razón. Lo único que sé es que Lews Therin parece que nos está retirando del juego uno por uno.

La mano de Sammael tembló de rabia con tanta violencia que estuvo a punto de derramar el ponche de la copa antes de lograr controlarse. Rand al'Thor no era Lews Therin. Él mismo había sobrevivido al gran Lews Therin Telamon, renunciando a las alabanzas por victorias que no estaba a su alcance obtener y dejando que otros se regodearan con ello. Su único pesar era que ese hombre no hubiese dejado una tumba para que él pudiese escupir en ella.

Moviendo los enjoyados dedos al compás de un fragmento musical que sonaba abajo, Graendal habló con aire ausente, como si en realidad tuviese puesta su atención en la melodía:

—Muchos de nosotros han muerto en enfrentamientos con él. Aginor y

Balthamel. Ishamael, Be'lal y Rahvin. Y Lanfear y Asmodean, a pesar de lo que tú creas. Y quizá Moghedien; tal vez esté acechando en las sombras, esperando hasta que el resto de nosotros hayamos caído; es lo bastante necia para hacer algo así. Espero que tengas preparado un sitio al que huir, porque desde luego es obvio que tú eres el próximo en su lista. Y pronto, diría yo. Aquí no hay ejércitos a los que tenga que hacer frente, pero Lews Therin está reuniendo uno muy grande para lanzarlo contra ti. Es el precio que hay que pagar por demostrar que se tiene poder y que se utiliza.

A decir verdad Sammael tenía preparado un plan de retirada —simple prudencia— pero percibir en la voz de la mujer la certeza de que lo necesitaba lo enfureció.

—Y si entonces destruyo a Al'Thor no violaré ningún mandato del Gran Señor. —No lo entendía, pero no se requería comprender al Gran Señor, sólo obedecerlo—. Al menos hasta donde me has contado. Porque si me has ocultado algo…

Los ojos de Graendal se endurecieron hasta semejar pedazos de hielo. No le importaba evitar enfrentamientos, pero no le gustaban las amenazas. Al cabo de un instante volvía a exhibir sonrisitas necias. Variable como el tiempo en M'jinn.

—Lo que Demandred me contó que el Gran Señor le había dicho te lo he comunicado, Sammael. Hasta la última palabra. Y dudo que él se atreva a mentir en nombre del Gran Señor.

—No obstante, apenas has hablado de lo que planea hacer —adujo en voz queda Sammael—. Ni él ni Semirhage ni Mesaana. Prácticamente no has dicho nada.

—Te he dicho lo que sé. —Suspiró con irritación.

Quizás era sincera. Parecía lamentar no estar enterada ella misma. Quizá. Con Graendal, cualquier cosa —y todo— podía ser una actuación.

—En cuanto a los demás… —continuó la mujer—. Recuerda, Sammael. Solíamos maquinar unos contra otros casi con tanto empeño como luchábamos contra Lews Therin, y sin embargo estábamos ganando antes de que nos sorprendiera a todos reunidos en Shayol Ghul. —Se estremeció y, por un momento, su rostro se tornó demacrado. Tampoco Sammael quería recordar aquel día ni lo que vino después, un sueño sin sueños durante el cual el mundo cambió hasta resultar irreconocible, y desapareció todo cuanto había forjado—. Ahora hemos despertado a un mundo en el que deberíamos estar tan por encima de los simples mortales como si perteneciéramos a otra especie, y pese a ello estamos muriendo. Olvida durante un instante quién será Nae'blis. Al'Thor, si es así como quieres que lo llame, estaba indefenso como un bebé cuando despertó.

—Pues Ishamael no lo encontró así —repuso. Claro que por entonces Ishamael estaba loco.

—Actuamos como si éste fuera el mismo mundo que conocíamos —prosiguió ella como si no la hubiese interrumpido—, cuando no queda nada que sea igual.

Morimos uno tras otro, y Al'Thor se hace más fuerte. Naciones y pueblos se agrupan bajo su mando. Y nosotros morimos. Yo no quiero morir. Aspiro a la inmortalidad.

—Si te asusta, entonces mátalo. —No bien habían salido las palabras de su boca cuando Sammael habría deseado tragárselas.

La incredulidad y la mofa se reflejaron en el semblante de Graendal.

—Yo sirvo al Gran Señor y obedezco, Sammael.

—Lo mismo que yo. Lo mismo que todos nosotros.

—Qué amable de tu parte dignarte postrarte de rodillas ante nuestro señor. —Su voz y su sonrisa eran gélidas y su gesto se ensombreció—. Lo único que digo es que Lews Therin es tan peligroso hoy en día como lo fue en nuestro tiempo. ¿Que si estoy asustada? Pues claro que sí. ¡Me propongo vivir para siempre, no sufrir la misma suerte de Rahvin!

—¡Tsag! —La obscenidad, al menos, la hizo parpadear y mirarlo realmente—. ¡Al'Thor! ¡Al'Thor, Graendal! ¡Un muchacho ignorante, por mucho que Asmodean logre enseñarle! ¡Un tosco patán que probablemente cree que el noventa por ciento de lo que tú y yo damos por sentado es totalmente imposible! Al'Thor hace que unos cuantos lores se inclinen ante él y piensa que ha conquistado una nación. Le falta la voluntad para cerrar el puño y conquistarlos. Sólo tiene a los Aiel… *¡Bajad drovja!* ¿Quién habría imaginado que cambiarían tanto? —Tenía que controlarse; nunca había proferido maldiciones de este modo y eso era una debilidad—. Sólo ellos lo siguen de verdad y no todos. Pende de un hilo y caerá, de un modo u otro.

—¿De veras? ¿Y si se…? —Enmudeció y se llevó la copa a los labios con tanta rapidez que se derramó el ponche sobre la muñeca; bebió hasta dejar la copa casi vacía. La elegante sirvienta se acercó presurosa con la jarra de cristal. Graendal tendió la copa para que se la llenara y continuó entrecortadamente—: ¿Cuántos de nosotros morirán antes de que esto haya acabado? Tenemos que permanecer unidos, como no lo hemos estado nunca.

Eso no era lo que había empezado a decir. Sammael hizo caso omiso del helor que atenazó su espina dorsal una vez más. Al'Thor no sería elegido Nae'blis. ¡No lo sería! Así que Graendal quería que todos estuvieran unidos, ¿no?

—Entonces, colígate conmigo. Estando los dos vinculados superaríamos a Al'Thor. Hagamos que esto sea el comienzo de nuestra nueva postura de unidad. —La cicatriz de su cara se atirantó al sonreír ante la repentina inexpresividad en el rostro de la mujer. La coligación tenía que arrancar de ella, pero estando los dos solos no le quedaría más remedio que dejarle el control a él y confiar en que le pondría fin sin aprovechar su indefensión.

»Bien. Al parecer seguiremos como antes. —En realidad en ningún momento se lo habían planteado, ya que la confianza no era parte de la naturaleza de ninguno de ellos—. ¿Qué más tenías que decirme? —Ésa era la razón de que hubiese ido allí, no

para oír su cháchara sobre Rand al'Thor. De él ya se ocuparía. Directa o indirectamente.

La mujer se quedó mirándolo fijamente mientras recobraba la compostura; en sus ojos había un brillo de enemistad.

—Muy poco —contestó finalmente. No olvidaría que la había visto perder el control. Su voz no dejó traslucir la ira que la embargaba, sino todo lo contrario; el tono era suave, incluso trivial—. Semirhage no acudió a la última reunión; ignoro el porqué, y tampoco creo que Mesaana o Demandred lo sepan. Mesaana en particular estaba molesta, aunque intentó disimularlo. Cree que Lews Therin estará pronto en nuestras manos. Claro que eso es lo mismo que ha dicho siempre. También estaba convencida de que Be'lal lo mataría o lo capturaría en Tear; se sentía muy orgullosa de la trampa tendida. Demandred te advierte que tengas cuidado.

—De modo que Demandred está enterado de nuestras entrevistas —comentó él con tono impasible. ¿Cómo pudo esperar nunca recibir de esta mujer algo más que migajas?

—Pues claro que está enterado. No de que te cuento tantas cosas, pero sí de que te informo de algo. Estoy intentando que nos unamos, Sammael, antes de que sea demasiado…

—Dale un recado de mi parte —la interrumpió bruscamente—. Dile que sé lo que se trae entre manos. —Los acontecimientos en el sur tenían la marca de Demandred; siempre le había gustado utilizar delegados—. Dile que es él quien debe tener cuidado. No permitiré que él ni sus «amigos» interfieran en mis planes. —A lo mejor podía dirigir la atención de Al'Thor en esa dirección; eso seguramente acabaría con él. Si es que no funcionaban otras cosas—. Mientras no se crucen en mi camino, sus lacayos pueden tramar cuanto quieran, pero que se mantengan lejos de mí o responderá por ello.

Había habido una larga lucha después de que se abriera la Perforación en la prisión del Gran Señor, mucho antes de que se hiciera suficiente acopio de fuerza para moverse abiertamente. Esta vez, cuando el último sello se hubiese roto, le ofrecería al Gran Señor naciones enteras listas para seguirlo. El hecho de que no supieran a quién seguían no tenía importancia. No fracasaría, como habían hecho Be'lal y Rahvin. El Gran Señor vería quién lo servía mejor.

—¡Díselo así! —instó.

—Si es lo que quieres —repuso la mujer con un gesto de renuencia. Un instante después aquella sonrisa indolente aparecía de nuevo en su cara. Variable—. Todas esas amenazas me agotan. Ven, escucha la música y sosiégate. —Sammael iba a decirle que no le interesaba la música y que ella lo sabía muy bien, pero la mujer se volvió hacia la balaustrada de mármol—. Ahí están. Escucha.

El hombre y la mujer de piel muy oscura se habían acercado al pie del estrado con

sus peculiares arpas. Sammael suponía que las campanillas contribuían en algo a la interpretación, aunque no sabía en qué. Alzaron jubilosos la mirada hacia Graendal cuando advirtieron que los estaba observando.

En contra de la recomendación de escuchar hecha por ella misma, Graendal continuó parloteando:

—Proceden de un lugar muy peculiar. Las mujeres capaces de encauzar deben casarse con los hijos de mujeres que encauzan, y cada uno de esos linajes se marcan con tatuajes en sus rostros al nacer. Nadie que esté marcado así puede casarse con alguien que no lo esté; a los hijos de esas uniones se los mata. Los varones con tatuajes mueren al cumplir los veintiún años de todos modos, y antes permanecen enclaustrados, sin saber siquiera leer.

De modo que había vuelto al asunto que le interesaba. En verdad debía de pensar que era un necio. Sammael decidió azuzarla con una pulla de su propia cosecha:

—¿Hacen un juramento vinculante, como los criminales de antaño?

Una expresión de desconcierto asomó fugazmente al semblante de la mujer, que se apresuró a reprimirla. Obviamente no se le había ocurrido planteárselo; no había razón para hacerlo. En su época pocas personas habían cometido un crimen violento, cuanto menos más de uno. Al menos antes de la Perforación. Graendal no admitió su ignorancia, por supuesto. Había ocasiones en que convenía ocultar que uno no sabía algo, pero Graendal a menudo llevaba esa práctica a la exageración. Tal era la razón de que él hubiese hecho el comentario; sabía que la picaría, y se lo tenía merecido por las inútiles migajas que tenía a bien echarle.

—No —respondió al cabo como si hubiese entendido—. Los Ayyad, como se llaman a sí mismos, viven en pequeñas ciudades propias, evitando a todos los demás y supuestamente jamás encauzan sin el permiso o las órdenes del Sh'botay o la Sh'boan. De hecho, ellos son el verdadero poder y la razón de que los Sh'botay y las Sh'boan sólo gobiernen durante siete años. —No pudo menos de soltar una risa divertida. Ella misma siempre había sido partidaria de ser el poder que hay detrás del poder—. Sí, una tierra fascinante. Demasiado alejada del centro para ser de utilidad durante muchos años, naturalmente. —Hizo un ligero ademán con los enjoyados dedos, como desestimando la idea—. Habrá tiempo de sobra para ver qué puede hacerse con ella después del Día del Retorno.

Sí, definitivamente Graendal quería que él pensara que tenía algún interés allí. Si hubiese sido así jamás habría mencionado el lugar. Sammael dejó la copa intacta sobre la bandeja que el musculoso tipo ya tenía extendida hacia él antes de que hubiese terminado de mover la mano. Graendal enseñaba bien a sus sirvientes.

—Estoy seguro de que su música es fascinante… —si a uno le interesaba algo así—, pero debo ocuparme de ciertos preparativos.

Graendal posó una mano en su brazo.

—Preparativos cuidadosos, espero. Al Gran Señor no lo complacería que alteraras sus planes.

Sammael apretó los labios.

—He hecho todo salvo rendirme para convencer a Al'Thor que no represento una amenaza para él, pero ese hombre parecer obsesionado conmigo.

—Podrías abandonar Illian y empezar en otro sitio.

—¡No! —Nunca había huido de Lews Therin y no pensaba huir de este payaso provinciano. Era imposible que el Gran Señor tuviera intención de poner a alguien así por encima de los Elegidos. ¡Por encima de él!—. ¿Me has comunicado todas las órdenes del Gran Señor?

—Me desagrada tener que repetirme, Sammael. —En su voz había un dejo de exasperación y en sus ojos un atisbo de cólera—. Si no me has creído la primera vez, tampoco lo harás ahora.

La observó fijamente un instante más y después asintió con un brusco cabeceo. Era muy probable que hubiese sido sincera en lo referente a eso; una mentira relacionada con el Gran Señor podría rebotar contra ella con mortífera fuerza.

—No veo razón para que volvamos a entrevistarnos hasta que tengas algo más que contarme aparte de si Semirhage ha acudido o no a una reunión. —Su leve ceño en dirección a los arpistas debería bastar para convencerla de que había tenido éxito en despertar sus sospechas sobre el supuesto interés en aquel lugar; paseó la mirada con gesto desaprobador sobre las personas que chapoteaban en los estanques, en los acróbatas y en el resto a fin de no hacerlo de un modo tan obvio. A decir verdad, todo este esfuerzo malgastado, toda esta exhibición de carne lo asqueaba—. La próxima vez puedes venir tú a Illian.

Graendal se encogió de hombros como si ello no le importara, pero sus labios se movieron ligeramente; la capacidad auditiva del Renegado, incrementada por el *Saidin*, hizo que captara sus palabras:

—Si es que aún sigues allí.

Fríamente, Sammael abrió un acceso de vuelta a Illian. El joven musculoso no se desplazó con suficiente rapidez; ni siquiera tuvo tiempo para gritar antes de que él, la bandeja y la jarra de plata fueran divididos en dos. El borde de un acceso hacía parecer embotado el filo de una cuchilla. Graendal hizo un mohín de disgusto por la pérdida de uno de sus animalitos de compañía.

—Si deseas hacer algo positivo para que sigamos con vida —le dijo Sammael—, descubre cómo se proponen Demandred y los otros llevar a cabo las instrucciones del Gran Señor. —Cruzó el acceso sin apartar un solo instante los ojos del rostro de la mujer.

Graendal conservó la expresión irritada hasta que el acceso se cerró tras Sammael y entonces se permitió tamborilear con las uñas la balaustrada de mármol. Sammael,

con su cabello dorado, podría haber sido suficientemente hermoso para estar entre sus favoritos si le hubiese permitido a Semirhage quitarle la fruncida cicatriz que le cruzaba el rostro; era la única que quedaba con la destreza para hacer algo que antaño habría sido sencillo. Qué idea tan absurda. Lo que de verdad importaba era si su esfuerzo había merecido la pena.

Shaofan y Chiape tocaban su música extrañamente atonal, repleta de complejas armonías y raras disonancias, casi con genialidad; sus rostros reflejaban gozo por la posibilidad de estar complaciéndola. Graendal asintió y el deleite de la pareja casi fue una sensación física. Eran mucho más felices ahora de lo que lo habrían sido si los hubiese dejado en paz. Tanto esfuerzo para conseguirlos y todo con el único fin de estos escasos minutos con Sammael. Ni que decir tiene que si hubiese querido no habría necesitado tomarse tantas molestias, ya que habría servido cualquiera de esas tierras, pero era exigente con el nivel de calidad incluso cuando preparaba un subterfugio pasajero. Mucho tiempo atrás había elegido buscar cualquier placer, no negarse ninguno que no amenazara su posición con el Gran Señor.

Sus ojos fueron hacia los despojos que manchaban la alfombra; encogió la nariz en un gesto de irritación. El tejido podría salvarse, pero le molestaba la idea de tener que limpiar la sangre. Impartió unas rápidas órdenes, y Osana corrió para encargarse de que se llevaran la alfombra. Y para deshacerse de los restos de Rashan.

Sammael era un idiota manifiesto. No, un idiota no. Resultaba muy mortífero cuando tenía algo contra lo que luchar directamente, algo que pudiera ver con claridad, pero era como si estuviese ciego en lo concerniente a las sutilezas. Seguramente creía que su estratagema tenía por fin ocultar lo que los otros y ella se traían entre manos. Pero nunca se plantearía que ella conocía hasta los últimos recovecos de su mente, cada giro en su modo de pensar. Después de todo, había pasado casi cuatrocientos años estudiando el proceso de mentes mucho más enrevesadas que la de él. Era diáfano, ni más ni menos. Por mucho que intentara ocultarlo, estaba frenético. Se encontraba atrapado en una jaula concebida por él mismo; una jaula que defendería hasta la muerte en lugar de abandonarla; una jaula en la que probablemente moriría.

Dio un sorbo de ponche y su frente se arrugó ligeramente. Era probable que ya hubiese alcanzado la meta que se proponía con él, aunque había esperado que le costara cuatro o cinco visitas. Tendría que encontrar un motivo para visitarlo en Illian; era conveniente observar al paciente aun después de que pareciera que las cosas iban en la dirección deseada.

Tanto si el muchacho era un simple granjero o Lews Therin en persona que había regresado —Graendal no acababa de decidirse por lo uno o lo otro— lo cierto es que se había vuelto muy peligroso. Ella servía al Gran Señor de la Oscuridad, pero no entraba en sus planes morir, ni siquiera por el Gran Señor. Viviría para siempre. Claro

que nadie iba en contra del más mínimo deseo del Gran Señor a menos que quisiera pasarse una eternidad muriendo y otra eternidad deseando la menor agonía que era esa muerte lenta. Con todo, había que quitar de en medio a Rand al'Thor, aunque sería Sammael quien cargaría con las culpas. Si éste se daba cuenta de que lo había puesto sobre el rastro de Rand al'Thor como a un *dornat* entrenado para la caza, se sorprendería muchísimo. No; no era un hombre familiarizado con las sutilezas.

Pero no era estúpido, ni mucho menos. Resultaría interesante descubrir cómo se había enterado de lo del juramento. Ella no lo habría sabido si no hubiese sido por el leve desliz de Mesaana mientras ésta daba rienda suelta a su ira por la ausencia de Semirhage; tanta era su cólera que ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que había revelado sobre Semirhage. ¿Cuánto tiempo llevaba Mesaana escondida en la Torre Blanca? El mero hecho de que lo estuviera abría un abanico de interesantes probabilidades. Si hubiese algún modo de descubrir dónde se habían ubicado Demandred y Semirhage tal vez la ayudara a desentrañar qué se proponían hacer. Eso era algo que no le habían confiado. Oh, no. Esos tres habían trabajado juntos desde antes de la Guerra del Poder. Al menos en apariencia. Estaba segura de que habían maquinado unos contra otros de manera tan asidua como contra cualquiera de los otros Elegidos, pero si Mesaana le ponía zancadillas a Semirhage o Semirhage a Demandred, Graendal no había encontrado todavía una fisura entre ellos en la que meter una cuña para agrandarla.

El roce de unas botas anunció una llegada, pero no de hombres para reemplazar la alfombra y llevarse los restos de Rashan. Ebram era un joven domani alto y bien formado, vestido con pantalones rojos y una amplia camisa blanca; podría haber encajado en su colección de favoritos si hubiese sido algo más que el hijo de un mercader. Sus ojos, oscuros y brillantes, se quedaron prendidos en ella mientras se arrodillaba.

—Lord Ituralde ha venido, Insigne Señora.

Graendal dejó la copa en una mesa que a primera vista parecía adornada con incrustaciones de bailarines de marfil.

—Entonces conversará con lady Basene.

Ebram se incorporó grácilmente y ofreció su brazo a la débil domani que ahora veía. Sabía quién se ocultaba tras la imagen urdida por la Ilusión, pero aun así la expresión reverente plasmada en su rostro menguó un tanto; la Renegada sabía que era a Graendal a quien adoraba, no a Basene. En ese momento no le importó. Sammael estaba, cuando menos, encarrilado hacia Rand al'Thor, y tal vez incluso lanzado contra él. En cuanto a Demandred, Semirhage y Mesaana… Sólo ella sabía que había hecho un viaje a Shayol Ghul y descendido al lago de fuego. Sólo ella estaba enterada de que el Gran Señor casi le había prometido nombrarla Nae'blis, promesa que sin duda se cumpliría quitando de en medio a Al'Thor. Sería la más

obediente de los servidores del Gran Señor. Sembraría el caos hasta que la cosecha hiciera reventar los pulmones de Demandred.

Semirhage dejó que la puerta forrada con hierro se cerrara tras ella. Uno de los globos radiantes, rescatados sólo el Gran Señor sabía dónde, titiló de manera intermitente, pero aun así seguían dando más luz que las velas y lámparas de aceite con las que tenía que conformarse en esta época. Aparte de la luz, el lugar ofrecía la apariencia intimidadora de una prisión, con sus toscas paredes de piedra y el desnudo suelo salvo por una tosca mesita de madera que había en un rincón. No por elección suya; ella lo tendría de un blanco impoluto y brillante *cueran*, impecable y estéril. Este lugar había sido preparado antes de que ella supiera que se necesitaba. Una mujer de cabello claro y vestida con seda colgaba suspendida en el aire con los brazos y las piernas en aspa, en el centro del cuarto, y la miraba de manera desafiante. Una Aes Sedai. Semirhage odiaba a las Aes Sedai.

—¿Quién sois? —demandó la prisionera—. ¿Una Amiga Siniestra? ¿Una hermana Negra?

Haciendo caso omiso del ruido que eran para ella las palabras de la otra mujer, Semirhage examinó rápidamente la barrera que había entre la Aes Sedai y el *Saidar*. Si fallaba, podía aislar a la infeliz otra vez sin ningún problema —el hecho de que Semirhage pudiera permitirse el lujo de dejar la barrera atada sin vigilancia mostraba la debilidad de la mujer—, pero ser prudente era su segunda naturaleza: avanzar paso a paso, en un turno riguroso. Las ropas de la mujer. Una persona vestida se sentía más segura que estando desnuda. Tejió delicadamente Fuego y Aire y cortó vestido, ropa interior y todo lo demás, incluidos los zapatos, que cubría a la prisionera. Hizo un bulto con todo y después volvió a encauzar, esta vez Fuego y Tierra, y un fino polvillo cayó sobre el suelo de piedra.

Los azules ojos de la mujer casi se desorbitaron. Semirhage dudaba que fuera capaz de duplicar esas cosas sencillas aun en el caso de que hubiese podido seguir la ejecución.

—¿Quién sois? —En esta ocasión había un timbre distinto en su pregunta. Tal vez temor. Siempre era una buena noticia si eso ocurría enseguida.

Con gran precisión, Semirhage localizó los centros nerviosos del cerebro de la mujer que recibían mensajes de dolor enviados por el cuerpo, y con igual meticulosidad empezó a estimularlos con Energía y Fuego. Sólo un poco al principio, y después aumentando la intensidad de manera paulatina y lenta. Demasiado de golpe podía matar en cuestión de segundos, aunque resultaba sorprendente hasta qué punto era capaz de aguantar el sistema si se lo inducía con crecientes y bien medidas dosis. Trabajar con algo que no se ve era una tarea difícil, incluso a una distancia tan corta, pero era una experta conocedora del cuerpo humano, la mejor que había habido

nunca.

La paciente extendida en cruz sacudió la cabeza como si así pudiera librarse del dolor y, cuando comprendió que era imposible, clavó la mirada en Semirhage. Ésta se limitó a observar, manteniendo la red. Aun en un caso tan urgente como éste, podía permitirse el lujo de tener un poco de paciencia.

Cómo odiaba a cualquiera que se llamase a sí misma Aes Sedai. Ella lo había sido, una verdadera Aes Sedai, no una necia ignorante como la estúpida que colgaba frente a ella. Había sido muy conocida, famosa, solicitada en el mundo de punta a punta por su habilidad para sanar cualquier herida, para hacer volver a la gente de ese borde entre la vida y la muerte, cuando todos los demás decían que no podía hacerse nada más. Y una delegación de la Antecámara de los Siervos le ofreció una elección que no era tal: un juramento vinculante de no experimentar jamás sus placeres de nuevo, y así vinculada ver cómo se acercaba el final de la vida; o ser seccionada y expulsada de la hermandad Aes Sedai. Habían esperado que aceptara prestar el juramento; era lo lógico, lo correcto, y eran hombres y mujeres racionales y correctos. Jamás imaginaron que huyera. Había sido una de las primeras en ir a Shayol Ghul.

Gruesas gotas de sudor perlaban el pálido rostro de la prisionera. Sus mandíbulas estaban tensas, y las aletas de la nariz se dilataban en su afán por tomar aire. De vez en cuando emitía un ahogado gemido. Paciencia. No tardaría mucho.

Había sido por envidia, la envidia de los que eran incapaces de hacer lo que ella sí podía. ¿Acaso alguna de las personas que había arrancado de las garras de la muerte había dicho que preferiría haber muerto que soportar el pequeño sufrimiento extra que exigía a cambio? ¿Y los otros? Siempre había quienes merecían el sufrimiento. ¿Qué importaba si ella disfrutaba dándoles su merecido? La Antecámara y su hipócrita defensa sobre legalidad y derechos. Se había ganado el derecho a hacer lo que hacía; se lo había ganado. Había sido más valiosa para el mundo que el conjunto de todos aquellos que le habían proporcionado entretenimiento con sus chillidos. ¡Y por envidia y rencor la Antecámara había intentado hundirla!

Bueno, algunos de ellos habían caído en sus manos durante la guerra. Con tiempo suficiente era capaz de romper la voluntad del hombre más fuerte, de la mujer más orgullosa, y moldearlos exactamente como ella deseaba que fueran. Puede que el proceso fuera más largo que la Compulsión, pero era infinitamente más divertido y satisfactorio; dudaba de que ni siquiera Graendal supiera deshacer lo que ella realizaba. La Compulsión podía desentrañarse y quedar anulados sus efectos. Sin embargo, sus pacientes… De rodillas le habían suplicado entregar sus almas a la Sombra y habían servido obedientemente hasta su muerte. En cada ocasión, Demandred se había mostrado satisfecho del gran éxito que representaba el que otro consejero de la Antecámara proclamara públicamente su fidelidad al Gran Señor,

pero para ella la mejor parte había sido el modo en que sus rostros palidecían al verla, incluso años después, y el modo en que se apresuraban a asegurarle que permanecían fieles a lo que había hecho de ellos.

El primer sollozo desgarrado salió de la mujer colgada en el aire y fue contenido. Semirhage aguardó con actitud impasible. La rapidez podía ser necesaria en este caso, pero apresurar el proceso demasiado podía echarlo a rodar todo. Estallaron nuevos sollozos que los esfuerzos de la prisionera no lograron contener, y se hicieron más y más altos hasta convertirse en aullidos. Semirhage esperó. La mujer brillaba con una capa de sudor, su cabeza se sacudía a uno y otro lado con violencia, haciendo ondear el cabello, y tiraba fútilmente de las invisibles ataduras, zarandeada por oleadas de convulsiones. Los gritos ensordecedores duraban hasta que se le acababa el aire, y volvían a empezar tan pronto como estaban llenos los pulmones. Aquellos azules ojos desorbitados no veían nada; parecían vidriosos. Ahora empezaba.

Semirhage cortó los flujos del *Saidar* de golpe, pero transcurrieron minutos antes de que los aullidos se redujeran a jadeos.

—¿Cómo te llamas? —inquirió afablemente.

La pregunta no importaba siempre y cuando fuera una que la mujer pudiera contestar. Aunque también podría haber sido «¿Todavía me desafías?» —a menudo era agradable repetir ésa una y otra vez hasta que suplicaban que les permitiera demostrarle que ya no la desafiaban— pero esta vez era preciso que cada pregunta contara.

Unos escalofríos involuntarios recorrieron todo el cuerpo de la mujer colgada. Lanzó a Semirhage una mirada cautelosa, de reojo, se lamió los labios, tosió y finalmente musitó con voz enronquecida:

—Cabriana Mecandes.

Semirhage sonrió.

—Es bueno que me digas la verdad. —En el cerebro había centros neurálgicos de dolor y de placer; estimuló uno de estos últimos, sólo durante unos instantes, pero con intensidad, y se aproximó. La sacudida hizo que Cabriana abriera los ojos desmesuradamente, hasta donde era posible; dio un respingo y se estremeció. Semirhage sacó un pañuelo del bolsillo, levantó el rostro asombrado de la mujer y le enjugó tiernamente el sudor—. Sé que esto es muy duro para ti, Cabriana —comentó afablemente—. Así que debes intentar que no lo sea más aun. —Con suavidad retiró el cabello empapado que le caía sobre la cara—. ¿Te gustaría beber algo?

Sin esperar una respuesta encauzó, y un frasco metálico abollado flotó desde la pequeña mesa que había en el rincón hasta su mano. La Aes Sedai no quitó los ojos un solo momento de Semirhage, pero bebió con fruición. Cuando hubo tomado unos pocos tragos, la Renegada retiró el frasco y lo devolvió a la mesa.

—Sí, eso está mejor, ¿verdad? —dijo—. Recuerda, trata de no hacértelo más

difícil.

Mientras se daba la vuelta, la otra mujer habló de nuevo con voz enronquecida:

—¡Escupo en la leche de tu madre, Amiga Siniestra! ¿Me has oído?

Semirhage dejó de prestar atención a sus palabras. En otro momento habría sentido una creciente oleada de placer porque el espíritu combativo de la paciente no se había quebrantado todavía. El gozo más puro provenía de ir cortando la rebeldía y la dignidad capa a capa, en finísimas láminas, viendo cómo los pacientes comprendían por fin que la vida se les escapaba y luchaban en vano para aferrarse a ese poco que les quedaba. No había tiempo para eso ahora. Con cuidado volvió a colocar la red en los centros nerviosos de dolor del cerebro de Cabriana y la ató. Por lo general le gustaba controlar el proceso personalmente, pero era necesario darse cierta prisa. Desencadenó los efectos de la red, encauzó para apagar las luces y se marchó, cerrando la puerta tras ella. También la oscuridad haría su labor. A solas, envuelta en las tinieblas, con el dolor.

A despecho de sí misma, Semirhage soltó un gruñido de enojo. No había refinamiento en esto; detestaba tener que darse prisa. Y que tuviera que dejar sola a la paciente para acudir a una llamada; la chica era voluntariosa y porfiada, y las circunstancias difíciles.

El corredor estaba en consonancia con la cámara de quebranto; era un sombrío y amplio pasaje excavado en roca, con pasillos laterales que se perdían en la oscuridad y que la Renegada no sentía el menor deseo de explorar. Sólo se veían otras dos puertas; una de ellas conducía a sus aposentos actuales. Eran estancias bastante cómodas si tenía que quedarse allí, pero la mujer no se encaminó hacia ellas. Shaidar Haran se encontraba delante de esa puerta, vestido de negro y envuelto en una penumbra que semejaba humo, tan inmóvil que casi la sobresaltó al hablar; su voz recordaba el sonido de hueso triturado y molido en polvo.

—¿Qué has descubierto?

El llamamiento a Shayol Ghul había tenido como resultado una advertencia del Gran Señor: *Cuando obedeces a Shaidar Haran, estás obedeciéndome a mí. Cuando desobedeces a Shaidar Haran…* Por mucho que escociera la admonición no hubo necesidad de más.

—Su nombre. Cabriana Mecandes. En tan poco tiempo difícilmente podría haber averiguado más.

La figura flotó a través del pasillo de aquel modo espeluznante, con la negra capa colgando como la negación de todo movimiento. En cierto momento era una estatua plantada a diez pasos, y un instante después se alzaba imponente ante ella de manera que la mujer no tuvo más opción que retroceder o doblar el cuello hacia atrás para mirar aquel rostro carente de ojos y pálido como la muerte.

—La exprimirás por completo, Semirhage. Le sacarás hasta la última gota de

información y me comunicarás todo cuanto descubras.

—Le prometí al Gran Señor que así lo haría —replicó fríamente.

Los labios exangües se torcieron en una sonrisa. Ésa fue su única respuesta. De pronto dio media vuelta y se alejó de sombra en sombra… Y desapareció repentinamente.

Semirhage deseó saber cómo hacían eso los Myrddraal. No tenía nada que ver con el Poder, pero en los límites de las sombras, allí donde la luz se convertía en oscuridad, un Myrddraal podía encontrarse de golpe en cualquier otra parte, en otra sombra lejana. Mucho tiempo atrás Aginor había experimentado con más de un centenar de ellos, sometiéndolos a pruebas que los destruyeron, en un vano esfuerzo por descubrir cómo lo hacían. Los mismos Myrddraal lo ignoraban; ella había demostrado ese punto.

De pronto se dio cuenta de que tenía las manos apretadas sobre el estómago, que parecía una bola de hielo. Habían pasado muchos años desde la última vez que había sentido miedo ante nada, salvo en presencia del Gran Señor en la Fosa de la Perdición. El nudo gélido empezó a derretirse a medida que la mujer se encaminó hacia la puerta del otro calabozo. Después analizaría la emoción experimentada, con objetividad; Shaidar Haran sería diferente de los otros Myrddraal, pero seguía siendo un Semihombre.

Su segundo paciente, suspendido como la primera en el aire, era un hombre robusto de rostro cuadrado, vestido con chaqueta y pantalones verdes, adecuados para camuflarse en el bosque. Aquí la mitad de los globos radiantes titilaban a punto de fallar —era un milagro que tantos hubiesen sobrevivido durante tanto tiempo—, pero el Guardián de Cabriana no era importante en realidad. Lo que se necesitaba, fuese para el propósito que fuese, se encontraba en la mente de la Aes Sedai; sin embargo, y aunque aparentemente el Myrddraal había recibido la orden de capturar a una de ellas, por alguna razón las mentes de Aes Sedai y Guardianes parecían algo inseparable. Más les habría valido que no fuera así. Hasta ahora Semirhage no había tenido oportunidad de quebrantar a uno de estos legendarios guerreros.

Los oscuros ojos del hombre se clavaron en ella como si quisieran horadarle la cabeza cuando la Renegada lo despojó de ropajes y botas y los destruyó del mismo modo que había hecho con los de Cabriana. Era velludo, y su cuerpo una masa de músculos y cicatrices. No hacía un solo gesto de dolor. No pronunciaba palabra. Su actitud desafiante era distinta de la de la mujer. La de ella, audaz, a las claras; la de él, una silenciosa negativa a doblegarse. Seguramente resultaría más difícil de quebrantar que su señora. En otras circunstancias, él habría sido el más interesante con mucho.

Semirhage hizo una pausa y lo observó. Había algo… Una especie de tirantez en torno a los ojos y la boca, como si ya luchara contra el dolor. Por supuesto. Aquel

vínculo peculiar entre Aes Sedai y Guardián. Resultaba extraño que estas criaturas primitivas hubiesen ideado algo que ninguno de los Elegidos entendía, pero así era. Por lo poco que sabía, era más que probable que este tipo sintiera, al menos en parte, lo que estaba soportando la otra paciente. En otro momento esto habría planteado posibilidades muy interesantes, pero ahora sólo significaba que el hombre sabía a lo que se enfrentaba.

—Tu ama no cuida muy bien de ti —dijo—. Si fuera algo más que una salvaje ignorante no habría necesidad de que estuvieses marcado por todas esas cicatrices. —La expresión del hombre varió sólo levemente; un ligero matiz de desprecio—. Vaya.

En esta ocasión Semirhage colocó la red en los centros nerviosos de placer y empezó a aumentar lenta y paulatinamente la estimulación. Era inteligente; frunció el entrecejo, sacudió la cabeza y después sus ojos se estrecharon, prendidos en ella cual oscuras esquirlas de hielo. Sabía que no debería estar sintiendo aquella dicha creciente y, aunque no podía ver la red, comprendía que tenía que ser obra de ella, de modo que se aprestó a combatir la sensación. Semirhage estuvo a punto de sonreír. Sin duda el hombre pensaba que era más fácil luchar contra el placer que contra el dolor. En contadas ocasiones había quebrantado pacientes recurriendo sólo a esto. Apenas le proporcionaba satisfacción, y después del tratamiento los afectados eran incapaces de pensar con coherencia, limitándose a desear más de aquel éxtasis que brotaba pujante en sus mentes; pero era un método rápido y los pacientes hacían cualquier cosa con tal de obtener más. Esa falta de coherencia en el razonamiento era el motivo de que no lo hubiese utilizado con la otra paciente; necesitaba respuestas de ella. Este tipo descubriría la diferencia antes de lo que pensaba.

Diferencia. Semirhage se llevó un dedo a los labios, pensativa. ¿Por qué era diferente Shaidar Haran del resto de los Myrddraal? No le gustaba encontrarse con una rareza justo cuando todo parecía ir a favor de ellos, y un Myrddraal ocupando una posición superior a los Elegidos, aun cuando fuera de vez en cuando, era algo más que una mera rareza. Al'Thor estaba cegado, su atención puesta por completo en Sammael, y Graendal le estaba pasando a Sammael la información oportuna para evitar que lo estropeara todo con su orgullo. Por supuesto que esos dos estaban maquinando para sacar ventaja de la situación, ya fuera juntos o por separado. Sammael era un *sofar* conflictivo, un exaltado, con sus retorcidos planes de gobierno, y Graendal resultaba igualmente imprevisible. No habían aprendido que el poder llegaba sólo del Gran Señor, que lo repartía a voluntad, por sus propias razones. A su capricho; eso podía pensarlo en la segura intimidad de su mente.

Más preocupante era la desaparición de los otros Elegidos. Demandred insistía en que tenían que haber muerto, pero Mesaana y ella no estaban tan seguras. Lanfear. Si había algo de justicia, el tiempo le entregaría a Lanfear. Esa mujer aparecía siempre donde menos se esperaba, actuando como si tuviera todo el derecho a meter las

narices en los planes de otros, escabulléndose a un lugar seguro si sus injerencias acababan en desastre. Moghedien. Tenía por costumbre ocultarse, pero nunca había estado ausente durante tanto tiempo sin hacerse notar, justo lo suficiente para recordar al resto que también era una Elegida. Asmodean. Un traidor y, por ende, condenado, pero su desaparición era innegable. Y la existencia de Shaidar Haran, junto con las órdenes recibidas, era un recordatorio de que el Gran Señor empleaba sus propios medios en la consecución de sus propios fines.

Los Elegidos no eran más que piezas en el tablero de juego; puede que fueran Consejeros o Roques, pero aun así simples piezas. Si el Gran Señor la había movido allí en secreto, ¿por qué no podía haber hecho igual con Moghedien, Lanfear o incluso Asmodean? ¿No podría haber enviado a Shaidar Haran con instrucciones secretas para Graendal o Sammael? ¿Y por qué no a Demandred o a Mesaana? Su incierta alianza —si es que podía llamársela con un término tan rotundo— había durado mucho tiempo, pero ninguno de los dos le contaría nada si hubieran recibido órdenes secretas del Gran Señor, del mismo modo que ella no les participaría las que la habían llevado allí o aquellas por las que había tenido que enviar Myrddraal y trollocs a la Ciudadela de Tear para que combatieran contra los enviados por Sammael.

Si el Gran Señor se proponía hacer Nae'blis a Al'Thor, ella se arrodillaría ante él… y esperaría un desliz que lo pusiera en sus manos. La inmortalidad significaba disponer de infinidad de tiempo para esperar. Entre tanto habría otros pacientes con los que podría divertirse. Lo que la preocupaba era Shaidar Haran. Nunca había sido una entusiasta jugadora del *tcheran*, pero Shaidar Haran era una pieza nueva en el tablero y, por ende, de fuerza y propósito desconocidos. Y una estrategia osada para capturar al Gran Consejero del adversario y pasarlo al propio bando era sacrificar los Roques en un falso ataque. Sí, se arrodillaría si era necesario, durante tanto tiempo como fuera preciso, pero no sería sacrificada.

Una extraña sensación en la red la sacó de sus reflexiones. Echó un vistazo al paciente y chasqueó la lengua con exasperación. La cabeza del hombre colgaba a un lado, con la mejilla oscurecida por la sangre derramada al morderse la lengua, los ojos fijos en una mirada vacía, vidriosos ya. No había estado atenta y había dejado que la estimulación aumentara demasiado deprisa y a un nivel excesivo. Con una irritación como jamás se había plasmado en su semblante, dejó de encauzar. No tenía sentido estimular el cerebro de un cadáver.

Una repentina idea le vino a la mente. Si el Guardián podía sentir lo que sentía la Aes Sedai, ¿ocurriría lo mismo a la inversa? Recorriendo con la mirada las cicatrices que marcaban el cuerpo del hombre llegó a la conclusión de que era imposible; incluso estas ignorantes necias habrían cambiado el vínculo si ello significaba compartir la sensación de algo así. Con todo, dejó solo al cadáver y se dirigió a la otra

punta del pasillo con paso vivo.

Suspiró de alivio cuando oyó los gritos antes de abrir la puerta reforzada con hierro de la celda envuelta en tinieblas. Matar a la mujer antes de sacarle toda la información que necesitaban significaría probablemente tener que quedarse allí hasta que se hubiese capturado a otra Aes Sedai. Eso, como mínimo.

Las palabras intercaladas entre aullido y aullido apenas resultaban inteligibles, pero llevaban la intensidad salida del alma:

—¡Por favoooor! ¡Oh, Luz, por faaaavoooooor!

Semirhage esbozó una leve sonrisa. Después de todo había un poco de diversión en esto.

7



Un asunto de reflexión

Sentada en el catre, Elayne terminó la centésima pasada con la mano izquierda y a continuación guardó el cepillo del pelo en la pequeña bolsa de cuero, que metió de nuevo bajo la estrecha cama. Sentía un dolor apagado en la parte posterior de los globos oculares después de pasarse el día encauzando, haciendo *ter'angreal*. Demasiado a menudo intentándolo, más bien. Nynaeve, en precario equilibrio sobre la banqueta con la ensambladura floja, hacía rato que había terminado de cepillarse el cabello, largo hasta la cintura, y casi había acabado de tejer de nuevo la trenza, aunque más suelta para dormir. El sudor le hacía brillar la cara.

Aun teniendo abierta la única ventana, la temperatura en el pequeño cuarto era sofocante. La luna asomaba llena en el negro cielo cuajado de estrellas. El cabo de vela proporcionaba una luz parpadeante. Las reservas de velas y de aceite para lámparas eran escasas en Salidar; nadie disponía de más de una pizca de luz por la noche a no ser que estuviera trabajando con pluma y papel. El cuarto estaba realmente abarrotado, sin apenas hueco para moverse alrededor de los dos pequeños catres. La mayoría de sus pertenencias estaban empaquetadas dentro de unos deteriorados arcones forrados con latón. Los vestidos de Aceptadas y unas capas que ciertamente no necesitaban ahora colgaban de unas clavijas en las paredes, donde los desconchones del amarillento yeso dejaban ver los listones de debajo. Una mesa diminuta, que cojeaba, estaba embutida entre las camas, y, en un rincón, un palanganero desvencijado contenía una jarra y una palangana con un increíble número de desconchaduras entre ambas. Ni siquiera las Aceptadas que se ganaban palmaditas en la cabeza a cada paso recibían un trato de favor.

Un ramo de enmarañadas flores silvestres blancas y azules —que, engañadas por el tiempo, habían florecido tarde y no muy bien— sobresalían de un jarrón amarillo, con la boca rota, entre un par de tazas de barro, encima de la mesita. La otra pincelada de color era un verderón metido en una jaula de mimbre. Elayne le estaba curando una ala rota con métodos corrientes. Había intentado poner en práctica su reducida habilidad en Curación con otro pájaro, pero las aves canoras eran demasiado pequeñas para soportar el impacto.

«No te quejes», se exhortó firmemente. Las Aes Sedai vivían un poco mejor, las novicias y la servidumbre un poco peor, y los soldados de Gareth Bryne dormían en el suelo la mayoría de las veces. «Lo que uno no puede cambiar lo tiene que aguantar», es lo que Lini solía decir a todas horas. En fin, desde luego Salidar no ofrecía muchas comodidades y ningún lujo. Y tampoco frescura.

Ahuecó el escote del camisón y sopló por dentro.

—Nos interesa adelantarnos a ellas, Nynaeve. Ya sabes cómo se ponen si tienen que esperar.

No soplaba pizca de brisa y el cargado aire parecía provocar sudor por cada poro de la piel. Tenía que haber algo que pudiera hacerse con el tiempo. Claro que, si lo hubiese, las Detectoras de Vientos de los Marinos ya lo habrían hecho; pero, aun así, podría ocurrírsele algo si las Aes Sedai le dejaran suficiente tiempo libre para ocuparse de otra cosa que no fueran los *ter'angreal*. Como Aceptada, se suponía que podía elegir el tema de estudios, pero… «Si pensaran que puedo comer y enseñarles a hacer *ter'angreal* al mismo tiempo, no tendría ni un minuto para mí misma.» Al menos habría un descanso en eso al día siguiente.

Nynaeve cambió de postura en la cama, frunció el entrecejo y jugueteó con el brazalete del *a'dam* que llevaba en la muñeca. Insistía siempre en que una de ellas lo llevase puesto incluso cuando dormían, a pesar de que provocaba sueños ciertamente extraños y desagradables. No era muy necesario; el *a'dam* controlaría a Moghedien con igual eficacia estando colgado de una clavija, y, por si eso no bastara, la Renegada compartía un diminuto cuarto con Birgitte, que era la mejor guardiana posible. Además, Moghedien casi lloraba con que Birgitte sólo frunciera el ceño. Era quien menos motivos tenía para querer que Moghedien siguiera viva y la que más deseaba su muerte, cosa que la otra mujer sabía de sobra. Esta noche el brazalete sería aun menos útil.

—Nynaeve, estarán esperándonos.

La antigua Zahorí resopló —no llevaba muy bien lo de estar a la entera disposición de nadie— pero cogió uno de los dos anillos de piedra que había en la mesita. Ambos eran demasiado grandes para ponérselos en un dedo; uno tenía franjas y motas azules y marrones, y el otro, azules y rojas, y los dos estaban retorcidos de manera que sólo tenían un borde. Desanudó el cordón de cuero que llevaba al cuello y metió el anillo azul y marrón junto con el otro, de oro y muy pesado. Era el sello de Lan. Acarició con ternura la gruesa banda de oro antes de meter ambos anillos dentro del camisón.

Elayne cogió el azul y rojo y lo miró con el entrecejo fruncido.

Los anillos eran *ter'angreal* que había hecho ella copiando el que estaba ahora en poder de Siuan, y a despecho de su apariencia sencilla eran increíblemente complejos. Si se dormía con uno de ellos tocando la piel, se acababa transportado al

Tel'aran'rhiod, el Mundo de los Sueños, un reflejo del mundo real… o quizá de todos los mundos; algunas Aes Sedai afirmaban que existían muchos mundos, como si todas las variantes del Entramado tuvieran que existir, y que todos esos mundos juntos formaban a su vez un Entramado más grande. Lo verdaderamente importante era que el *Tel'aran'rhiod* reflejaba este mundo y tenía propiedades que resultaban extraordinariamente útiles. Sobre todo habida cuenta de que la Torre ignoraba la posibilidad de entrar en él, que ellas supieran.

Ninguno de estos anillos funcionaba tan bien como el original, aunque hacían su función. Elayne iba mejorando en eso; de cuatro intentos de producir una copia, sólo había tenido un fracaso. Un porcentaje mucho mejor que con las otras cosas que empezaba desde cero, sin disponer de un original en el que fijarse. Sin embargo, ¿y si uno de esos fracasos tenía por resultado algo peor que no funcionar o no hacerlo muy bien? Algunas Aes Sedai se habían neutralizado mientras investigaban *ter'angreal*. Consumirse, lo llamaban cuando ocurría de manera accidental, aunque era igualmente definitivo. Nynaeve no opinaba lo mismo, por supuesto; pero Nynaeve no estaría satisfecha hasta que curara a alguien que llevase tres días muerto.

Elayne jugueteó con el anillo. Lo que hacía era sencillo de entender, pero el «cómo» todavía escapaba a su comprensión. El «cómo» y el «porqué» eran las claves. Con los anillos creía que el dibujo de colores tenía tanta importancia como la estructura —cualquier otra que no fuera un círculo retorcido no funcionaba, y el que había salido completamente azul sólo provocaba horrendas pesadillas— pero no sabía con certeza cómo reproducir el rojo, el azul y el marrón del original. Con todo, la fina estructura de las copias era idéntica hasta en los más mínimos detalles, incluso los que eran demasiado pequeños para detectarlos sin el Poder Único. ¿Por qué entonces tenían importancia los colores? Parecía haber una secuencia común en la trama de esas minúsculas estructuras para los *ter'angreal* que requerían encauzar, y otra para aquellos que simplemente hacían uso del Poder —haber tropezado con eso fue lo que le permitió intentar hacer *ter'angreal* originales— pero había mucho que ignoraba, mucho que sólo basaba en suposiciones.

—¿Vas a quedarte sentada ahí toda la noche? —dijo secamente Nynaeve haciendo que Elayne diera un respingo de sobresalto. Dejó una de las tazas de barro sobre la mesita y se acomodó en su cama, con las manos cruzadas sobre la cintura—. Eras tú la que hablaba de no hacerlas esperar. Yo al menos no tengo intención de dar a esas viejecitas una excusa para que me pongan a caldo.

Elayne se apresuró a meter el anillo moteado —en realidad ya no era piedra, aunque había empezado siéndolo— en un cordón que se ató al cuello. La otra taza de barro contenía también una tintura de hierbas que Nynaeve había preparado, ligeramente endulzada con miel para disimular su gusto amargo. Elayne se tomó más o menos la mitad, suficiente, según su experiencia, para ayudarla a dormir incluso

teniendo dolor de cabeza. Aquélla era una de esas noches en la que no podía permitirse perder el tiempo.

Se tumbó en la angosta cama, encauzó brevemente para apagar la vela, y luego agitó el camisón para abanicarse y refrescarse un poco. En fin, para agitar el aire, en cualquier caso.

—Ojalá Egwene se ponga bien pronto. Estoy harta de las migajas que Sheriam y las demás nos echan. ¡Quiero saber qué está ocurriendo!

Comprendió que había tocado un tema delicado. Egwene había resultado herida hacía mes y medio, el día en que Moraine y Lanfear habían muerto. El día en que Lan había desaparecido.

—Las Sabias dicen que está mejorando —masculló Nynaeve medio dormida, en la oscuridad. Por una vez su tono no sonó como si estuviera pensando adónde habría ido Lan—. Eso es lo que Sheriam y su pequeño círculo dicen, y no tienen motivo para mentir aun en el caso de que pudieran hacerlo.

—Bueno, pues, ojalá que pudiera asomarme por encima del hombro de Sheriam mañana por la noche.

—Ya puesta, podrías desear… —Nynaeve calló para bostezar—. Podrías desear que la Antecámara te eligiera Amyrlin. Quizás ese deseo se te acabaría concediendo, porque, al paso que van, cuando elijan a alguien ya tendremos bastantes canas para encajar en el puesto.

Elayne abrió la boca para contestar; pero, contagiada por su amiga, también bostezó. Nynaeve empezó a roncar, no fuerte pero sí con obstinada persistencia. Elayne dejó que sus párpados se cerraran, pero los pensamientos intentaban seguir enfocados a despecho de sí misma.

Ciertamente la Antecámara estaba alargando mucho la decisión, ya que las Asentadas se reunían algunos días menos de una hora y a menudo ni siquiera eso. Si se hablaba con una de ellas, cualquiera diría que no veía necesidad de apresurarse, aunque por supuesto las Asentadas de los seis Ajahs —no había Rojas en Salidar, naturalmente— no contaban a las otras Aes Sedai lo que hablaban en las sesiones, y mucho menos a una Aceptada. Ciertamente tenían motivo para mostrar prontitud. Aun en el caso de que sus intenciones siguieran siendo un secreto no ocurría lo mismo con su agrupamiento. Elaida y la Torre no harían caso omiso de ellas para siempre. Por si esto fuera poco, los Capas Blancas aún estaban a unos pocos kilómetros, en Amadicia, y empezaban a correr rumores de la presencia de seguidores del Dragón allí mismo, en Altara. Sólo la Luz sabía hasta dónde llegarían si Rand no tenía control sobre ellos. El Profeta era un buen ejemplo; o, más bien, un ejemplo terrible: disturbios, granjas y casas incendiadas, gente asesinada por no mostrar suficiente fervor en apoyo del Dragón Renacido.

Los ronquidos de Nynaeve sonaban como una tela desgarrándose, aunque a lo

lejos. Otro bostezo casi desencajó las mandíbulas a Elayne; se giró de costado y mulló la fina almohada. Razones para mostrar prontitud. Sammael instalado en Illian, y sólo había unos cuantos kilómetros hasta la frontera illiana, demasiado cerca tratándose de un Renegado. La Luz sabría dónde estaban los otros Renegados o qué tramaban. Y Rand; tenían que estar preocupadas por él. No era un peligro, naturalmente. Nunca podría serlo. Pero sí era la clave de todo; en verdad el mundo giraba a su alrededor ahora. Lo vincularía a ella; lo haría de algún modo. Min. Ella y la delegación debían de estar a menos de la mitad de camino de Caemlyn a estas alturas. No había nevadas que las retrasaran. Les quedaba un mes más para llegar. Y no es que le preocupara que Min fuera a reunirse con Rand. ¿En qué estaría pensando la Antecámara? Min. El sueño se apoderó de ella, y la joven entró en el *Tel'aran'rhiod*.

Y se encontró plantada en la calle principal de Salidar, envuelta en el silencio y la noche, con la gibosa luna allá en lo alto. Veía con total claridad, más de lo que podía achacarse a la luz del astro. Siempre había una luminosidad en el Mundo de los Sueños, procedente de todas partes y de ninguna, como si la propia oscuridad poseyera un oscuro fulgor. Claro que los sueños eran así, y aquello era un sueño, aunque no uno corriente.

La villa de allí era un reflejo de la verdadera Salidar, pero de un modo extraño, más silenciosa de lo que la haría la noche. Todas las ventanas estaban oscuras y la atmósfera de vacío resultaba aplastante, como si nadie ocupase los edificios. Por supuesto allí nadie lo hacía. La aflautada llamada de un pájaro nocturno fue respondida por otra, y después por una tercera, y algo hizo un débil ruido susurrante al escabullirse en la extraña penumbra, pero los establos estarían vacíos, así como la línea de estacas en las afueras del pueblo y los claros donde ovejas y ganado estaban recogidos. Habría muchas criaturas salvajes, pero ningún animal domesticado. Los detalles cambiaban de una ojeada a la siguiente; los edificios de techo de bálago permanecían inalterables, pero un barril de agua ocuparía un sitio ligeramente distinto o no estaría allí; una puerta que antes se encontraba abierta a continuación aparecía cerrada. Cuanto más efímera la naturaleza de una cosa en el mundo real, más podía cambiar su posición o condición, menos firme resultaba su reflejo.

De vez en cuando un fugaz movimiento surgía en la oscura calle, alguien aparecía y se desvanecía al cabo de unos pasos o incluso flotaba sobre el suelo como si volara. Los sueños de muchas personas podían tocar el *Tel'aran'rhiod*, pero sólo brevemente. Lo cual era una suerte para ellas. Otra propiedad del Mundo de los Sueños era que lo que ocurría en él seguía siendo real cuando uno despertaba. Si se moría allí, entonces no se despertaba. Un extraño reflejo. Sólo el calor era igual.

Nynaeve estaba allí, con un vestido de Aceptada, blanco y con las bandas de

colores en el bajo, aguardando impaciente al lado de Siuan y de Leane. También llevaba el brazalete de plata, aunque desde allí no funcionaría en el mundo real; seguía dominando a Moghedien, pero Nynaeve, fuera de su cuerpo físico, no percibiría nada a través de él. Leane, con su esbeltez, ofrecía un aspecto majestuoso, aunque en opinión de Elayne su atuendo domani de una fina seda apenas opaca desmerecía su elegancia. El color del tejido no dejaba de cambiar; ese tipo de cosas ocurría hasta que se aprendía a dominar lo que se hacía allí. Siuan estaba mejor. Llevaba un sencillo vestido de seda azul con un escote justo lo bastante bajo para mostrar el anillo retorcido que colgaba de un collar. Por otra parte, en ocasiones aparecían puntillas adornando el vestido, y el collar cambiaba de una sencilla cadena de plata a una compleja joya con rubíes o granates o esmeraldas engarzados en oro y pendientes a juego para después volver a la sencilla cadena.

El que colgaba del cuello de Siuan era el anillo original, y el aspecto de la mujer era tan sólido como el de cualquiera de los edificios. Elayne se veía a sí misma igualmente sólida, pero sabía que para las otras su imagen resultaba un poco borrosa, como ocurría con Nynaeve y Leane. Daba la impresión de que casi se podría ver la luz de la luna a través de ellas. Esto era el resultado de llevar una copia del anillo. Elayne percibía la Fuente Verdadera, pero en su estado el *Saidar* era una sensación tenue, y si intentase encauzar también el resultado sería muy pobre. Con el anillo que llevaba Siuan no ocurriría eso, pero tal era el precio de tener secretos que otros conocían y que no interesaba que salieran a la luz. Siuan se fiaba más del original que de las copias creadas por Elayne y, en consecuencia, se lo ponía ella —o en ocasiones Leane— mientras que Nynaeve y Elayne, que podían encauzar, tenían que conformarse con los otros.

—¿Dónde están? —demandó Siuan. El escote del vestido subió y bajó. Ahora era de color verde, y el collar una sarta de gruesas piedras de luna—. Como si no fuera bastante que quieran meter un remo en mi barca y bogar a su antojo, también me hacen esperar.

—No sé por qué te molesta que vengan —le dijo Leane—. Te gusta verlas cometer errores. No saben ni la mitad de lo que creen. —Por un instante su vestido se tornó casi transparente; una torques adornada con gruesas perlas apareció y desapareció de su cuello sin que ella lo advirtiera. Tenía incluso menos dominio que Siuan en esto.

—Necesito dormir de verdad un poco —rezongó Siuan—. Bryne parece dispuesto a dejarme exhausta, pero me veo obligada a esperar al antojo de unas mujeres que se pasarán la mitad de la noche recordando cómo caminar. Por no mencionar que tengo que cargar con estas otras dos. —Miró ceñuda a Elayne y a Nynaeve y luego alzó los ojos al cielo.

Nynaeve se aferró la trenza con fuerza, una clara indicación de su creciente

malhumor. Por una vez, Elayne coincidió plenamente con ella. Resultaba francamente difícil ser maestras de unas alumnas que pensaban que sabían más que ellas y que muy probablemente las reprendieran en lugar de ser al contrario. Claro que las otras eran mucho peores que Siuan y Leane. Y, por cierto, ¿dónde demonios estaban?

Al fondo de la calle se produjo un movimiento. Eran seis mujeres, envueltas en el brillo del *Saidar*, que no desaparecieron. Como solía ocurrir, Sheriam y el resto de su consejo se habían soñado a sí mismas en sus propios lechos y salían al exterior. Elayne no estaba segura de hasta dónde entendían los atributos del *Tel'aran'rhiod*. En cualquier caso, a menudo insistían en hacer las cosas a su manera aun cuando hubiese otra mejor. ¿Cómo iban unas Aceptadas a saber más que unas Aes Sedai?

Las seis Aes Sedai eran novicias en el *Tel'aran'rhiod*, y sus vestidos habían cambiado cada vez que Elayne las miraba. Primero era una la que llevaba un chal de Aes Sedai bordado, con los flecos del color de su Ajah y con la blanca Llama de Tar Valon cual una llamativa lágrima en la parte posterior; a continuación lo llevaban cuatro de ellas, y acto seguido, ninguna. A veces era una ligera capa de viaje, como para evitar el polvo del camino, con la Llama en la espalda y en el lado izquierdo del pecho. Sus rostros intemporales no mostraban señal alguna de calor —como ocurría siempre con las Aes Sedai— y tampoco de que fueran conscientes del continuo cambio en sus atuendos.

Su aspecto era tan etéreo como el de Nynaeve o el de Leane. Sheriam y las otras tenían más confianza en los *ter'angreal* de sueño con los que había que encauzar que en los anillos. Simplemente no parecían dispuestas a aceptar que el *Tel'aran'rhiod* no tenía nada que ver con el Poder Único. Al menos Elayne era incapaz de distinguir cuáles de ellas llevaban los originales o sus copias. Tres tenían que estar utilizando pequeños discos que en su momento habían sido de hierro, con una apretada espiral tallada en ambas caras y estimulados con un flujo de Energía, el único de los Cinco Poderes que podía encauzarse durante el sueño. Salvo allí, claro está. Las otras tres llevarían pequeñas láminas que en tiempos eran de ámbar, con la figura de una mujer dormida tallada en el interior. Aun en el caso de que Elayne tuviera delante los seis *ter'angreal*, no habría sabido distinguir los dos originales; esas copias habían salido muy bien. De todos modos, no dejaban de ser copias.

Mientras las Aes Sedai caminaban juntas calle adelante hacia ellas, Elayne captó el final de su conversación, si bien no le encontró ni pies ni cabeza:

—… desdeñarán nuestra elección, Carlinya —estaba diciendo la pelirroja Sheriam—, pero desdeñarán cualquier elección que hagamos, así que tanto da si nos mantenemos firmes en nuestra decisión. No me pidas que vuelva a enumerar las razones, porque no es menester.

Morvrin, una corpulenta hermana Marrón con hebras grises en el cabello, resopló.

—Después de todo nuestro trabajo con la Antecámara —manifestó—, no nos iba

a ser fácil hacerlas cambiar de opinión ahora.

—Mientras que ningún dirigente se mofe, ¿qué nos importa? —opinó acaloradamente Myrelle. Era la más joven de las seis y llevaba pocos años siendo Aes Sedai; su tono era definitivamente irritado.

—¿Y qué gobernante osaría hacerlo? —inquirió Anaiya de un modo muy similar a como una mujer preguntaría qué chiquillo se atrevería a dejar huellas de barro en sus alfombras—. En cualquier caso, ningún rey ni reina sabe lo bastante de lo que ocurre entre Aes Sedai para comprenderlo. Sólo nos interesa la opinión de las hermanas, no la de ellos.

—Lo que a mí me preocupa —replicó fríamente Carlinya—, es que si ella se deja guiar por nosotras tan fácilmente también podría dejarse guiar por otros. —La Blanca de piel pálida y ojos casi negros se mostraba siempre fría; algunos dirían que glacial.

Fuera lo que fuera de lo que hablaban no era algo que quisieran discutir delante de Elayne y las otras, de modo que guardaron silencio antes de llegar junto a ellas.

La reacción de Siuan y Leane ante la aparición de las recién llegadas había sido darse la espalda bruscamente, como si hubiesen estado enzarzadas en una discusión que la llegada de las Aes Sedai había interrumpido. Por su parte, Elayne comprobó rápidamente su vestimenta; el adecuado vestido blanco con las bandas de colores. No sabía bien qué sentía respecto a ir convenientemente vestida sin tener que pensarlo; apostaría a que Nynaeve había tenido que cambiar su atuendo después de aparecer allí. Claro que Nynaeve era mucho más intrépida y luchaba contra limitaciones a las que ella se sometía. ¿Cómo iba a ser capaz de gobernar Andor? Si es que su madre estaba muerta, cosa que se negaba a aceptar.

Sheriam, una mujer algo rellenita y de pómulos altos, dirigió los rasgados y verdes ojos hacia Siuan y Leane. Durante un instante llevó puesto un chal con flecos azules.

—Si sois incapaces de aprender a llevaros bien, juro que os enviaré a ambas a Tiana. —La frase sonó como algo dicho muy a menudo y que ya no iba en serio.

—Trabajasteis juntas durante mucho tiempo —intervino Beonin con su fuerte acento tarabonés. Era una Gris bastante bonita, con el cabello del color de la miel tejido en multitud de trenzas, y sus ojos azulgrisáceos tenían una perenne expresión de pasmo. Sin embargo, Beonin nunca se dejaría sorprender por nada; no creería que el sol había salido por la mañana hasta verlo por sí misma, aunque, si alguna mañana no lo hacía, Elayne dudaba que Beonin se inmutase lo más mínimo. Eso sólo confirmaría que ella tenía razón al pedir pruebas—. Podéis y debéis trabajar juntas de nuevo.

También lo dijo como si hubiese repetido las mismas palabras tan a menudo que lo hacía maquinalmente. Todas las Aes Sedai ya estaban acostumbradas a la actitud de Siuan y Leane, y habían empezado a tratarlas como habrían hecho con dos

chiquillas que no podían dejar de pelearse. Las Aes Sedai tenían tendencia a ver como críos a cualquiera que no fuera una de ellas. Incluso en el caso de estas dos mujeres, que habían sido hermanas.

—Mándalas ante Tiana o no las mandes, pero deja de decirlo —espetó ceñuda Myrelle.

Elayne no creía que la mujer enigmáticamente bella estuviera enfadada con Siuan o con Leane. Quizá no lo estaba con nadie ni con nada. Tenía un temperamento voluble, excesivo incluso para ser Verde. El cuello de su vestido de seda dorada se volvió alto hasta la barbilla, pero con un corte oval que dejaba a la vista el nacimiento de los senos; también llevaba un collar muy peculiar, como una ancha banda de plata de la que colgaban tres pequeñas dagas, cuyas empuñaduras descansaban sobre la hendedura del busto. Una cuarta apareció, pero se desvaneció tan deprisa que podría haber sido imaginación. Miró a Nynaeve de arriba abajo, como buscando un fallo.

—Vamos a la Torre, ¿no es así? —dijo—. Pues, si pensamos seguir con el mismo tema, podríamos hacer algo útil mientras tanto.

Ahora sabía Elayne por qué estaba enfadada Myrelle. Hasta que Nynaeve y ella llegaron a Salidar habían estado reuniéndose con Egwene una vez por semana para transmitirse lo que habían descubierto cada cual, tarea que no siempre había sido fácil puesto que todas las veces Egwene acudía acompañada al menos por una de las caminantes de sueños Aiel que la estaban instruyendo. Reunirse sin que estuvieran presentes una o dos Sabias no había sido fácil. De cualquier forma, todo había terminado cuando llegaron a Salidar. Las seis Aes Sedai del consejo de Sheriam se habían ocupado de acudir a dichos encuentros cuando sólo disponían de los tres *ter'angreal* originales y poco más conocimiento del *Tel'aran'rhiod* que el modo de entrar en él. Ello había coincidido con el momento en que Egwene resultó herida, lo cual dejó Aes Sedai ante Sabias, dos grupos de mujeres orgullosas y resueltas, cada uno de los cuales desconfiaba de lo que el otro buscaba y no estaba dispuesto a ceder un centímetro ni agachar la cabeza un pelo.

Naturalmente, Elayne ignoraba lo que ocurría en esas reuniones, pero podía sacar conclusiones de sus propias experiencias y de los comentarios que Sheriam y las otras dejaban caer de vez en cuando.

Las Aes Sedai estaban convencidas de que eran capaces de aprender cualquier cosa una vez que sabían que había algo que aprender; por lo general exigían el respeto debido a una reina y esperaban siempre que se les dijera lo que querían saber sin demora ni objeciones. Al parecer habían demandado respuestas a todo, desde lo que Rand planeaba, pasando por lo que Egwene tardaría en recuperarse y acudir al Mundo de los Sueños, hasta si era posible espiar los sueños de la gente en el *Tel'aran'rhiod* o entrar físicamente en el Mundo de los Sueños o llevar a alguien al sueño en contra de su voluntad. Incluso habían preguntado en más de una ocasión si

era factible hacer cosas en el sueño que repercutieran en el mundo real, algo llana y simplemente irrealizable que ellas aparentemente no aceptaban como cierto. Morvrin había leído algo sobre el *Tel'aran'rhiod*, lo suficiente para hacer infinidad de preguntas, aunque Elayne sospechaba que Siuan había contribuido en aumentar la lista. La joven creía que lo que la antigua Amyrlin andaba buscando era asistir a esas reuniones, pero al parecer las Aes Sedai consideraban suficiente concesión permitirle utilizar el anillo como una ayuda en su trabajo con las informadoras. La interferencia de las Aes Sedai en ese trabajo era lo que la irritaba.

En cuanto a las Aiel… Las Sabias —al menos las caminantes de sueños, según las conclusiones sacadas por Elayne durante sus propios encuentros con ellas— no sólo sabían todo lo que había que saber sobre el Mundo de los Sueños, sino que lo contemplaban como algo de su exclusivo dominio, su coto privado. No les gustaba que nadie entrara en él sin los debidos conocimientos y tenían un modo muy rudo de ocuparse de lo que consideraban necedades. Además de lo cual eran reservadas hasta la exageración y en apariencia ferozmente leales a Rand, poco dispuestas a decir nada más aparte de que se encontraba bien o que Egwene volvería a acudir al *Tel'aran'rhiod* cuando se hubiese recuperado del todo; y aun menos dispuestas a responder a preguntas que consideraban impropias, lo cual podía significar que no creían que la persona que planteaba la pregunta estuviera lo suficientemente preparada para escuchar la respuesta o que la una o la otra o ambas violaban de algún modo su extraña filosofía del honor y la obligación. Elayne sabía poco más sobre el *ji'e'toh* aparte de que existía y que era la causa de su peculiar y quisquilloso comportamiento.

En suma, que se reunían todos los ingredientes para acabar en desastre, y Elayne estaba convencida de que ése era el resultado cada siete días, al menos desde el punto de vista de las Aes Sedai.

Sheriam y las otras cinco habían exigido recibir lecciones cada noche al principio, pero ahora sólo lo pedían en dos ocasiones: la noche anterior al encuentro con las Sabias, como quien afila las armas por última vez antes de la liza; y la noche posterior, generalmente sin abrir la boca para nada, como buscando entender qué había salido mal y cómo ponerle remedio. A buen seguro que Myrelle estaba que ardía ya por el desastre del día siguiente, porque sin duda lo habría, de una u otra clase.

Morvrin se volvió hacia Myrelle y abrió la boca, pero de repente apareció otra mujer entre ellas. Elayne tardó un instante en reconocer a Gera, una de las cocineras, en aquellos rasgos intemporales. Llevaba un chal con flecos verdes y la Llama de Tar Valon en la espalda, aparte de que debía de pesar menos de la mitad de lo que realmente pesaba; levantó un dedo con gesto admonitorio hacia las Aes Sedai… Y desapareció.

—Así que eso es lo que sueña, ¿no? —dijo fríamente Carlinya. Las mangas de su vestido, blanco como la nieve, se alargaron en pico hasta cubrirle las manos y el cuello subió hasta la barbilla—. Alguien debería hablar con ella.

—Olvídalo, Carlinya —rió Anaiya—. Gera es una buena cocinera. Deja que tenga los sueños que quiera. Yo misma entiendo el atractivo que hay en ello. —De repente se tornó más esbelta y alta, aunque sus rasgos no cambiaron, conservando el mismo rostro sencillo y maternal de siempre. Con una risa volvió a cambiar—. ¿Es que eres incapaz de ver el lado divertido de algo por una vez, Carlinya?

Hasta el resoplido desdeñoso de la Blanca fue frío.

—Es obvio que Gera nos vio —dijo Morvrin—, pero ¿lo recordará? —Sus ojos, oscuros y acerados, estaban pensativos. Su vestido, de lana oscura, era el que menos variaciones sufría de los seis. Cambiaban detalles, pero tan sutilmente que Elayne no sabía exactamente qué había de distinto en él.

—Por supuesto que sí —ratificó mordazmente Nynaeve. Ya había explicado esto mismo con anterioridad. Seis Aes Sedai la miraron enarcando las cejas, y la joven moderó el tono de voz. Un poco. También ella detestaba fregar ollas—. Si recuerda el sueño, se acordará. Pero sólo como un sueño.

Morvrin frunció el entrecejo. Se adelantó un segundo a Beonin en pedir pruebas. La expresión de resignación de Nynaeve le iba a ocasionar problemas, adoptara el tono que adoptara; pero, antes de que Elayne tuviera ocasión de decir nada para apartar la atención de las Aes Sedai sobre su amiga, Leane habló con una actitud que rozaba la afectación:

—¿No os parece que deberíamos irnos ya?

Siuan resopló con desprecio ante semejante ñoñería, y Leane le asestó una mirada cortante.

—Sí, imagino que querréis permanecer en la Torre el mayor tiempo posible —dijo la antigua Amyrlin, tímidamente a su vez, y Leane aspiró ruidosamente por la nariz.

Realmente lo hacían muy bien. Sheriam y las otras jamás sospecharían que Siuan y Leane eran algo más que dos mujeres neutralizadas que se aferraban a un propósito que las mantuviese vivas, asiéndose al filo de lo que antaño habían sido. Dos mujeres que estaban como el perro y el gato todo el tiempo, peleándose puerilmente. Las Aes Sedai deberían haber recordado que Siuan había tenido fama de tenaz y astuta manipuladora, y, aunque en menor medida, Leane también. Si hubiesen presentado un frente común o mostrado sus verdaderas caras, las seis se habrían acordado de ello y no habrían mirado con buenos ojos nada de lo que hubiese dicho cualquiera de las dos. Sin embargo, divididas, escupiendo rencor en la cara de la otra, rebajándose ante las Aes Sedai y sin ser obviamente conscientes de ello… Cuando una se veía

obligada a regañadientes a aceptar lo que la otra decía, le daba incluso más peso. Cuando una hacía objeciones con argumentos obviamente frívolos, tenía el mismo resultado. Elayne sabía que utilizaban este artificio para guiar a Sheriam y las otras a que apoyaran a Rand, aunque habría deseado saber también para qué más lo usaban.

—Tienen razón —dijo con firmeza Nynaeve al tiempo que lanzaba una mirada de desagrado a Siuan y a Leane. Su subterfugio fastidiaba muchísimo a la antigua Zahorí, quien jamás se rebajaría ni siquiera para salvar la vida—. A estas alturas deberíais saber que cuanto más tiempo paséis aquí menos descanso real tendréis. Dormir mientras se está en el *Tel'aran'rhiod* no es tan reparador como un sueño normal. Bien, recordad que si veis algo extraño debéis tener cuidado. —En verdad detestaba tener que repetirse, y ello se hacía patente en su voz, pero Elayne no podía menos de admitir que con estas mujeres era necesario hacerlo demasiado a menudo. Empero, ojalá Nynaeve pudiera hablar sin que diera la impresión de que se dirigía a niñas de cortos alcances—. Cuando alguien se sueña a sí mismo en el *Tel'aran'rhiod*, como Gera, pero sufre una pesadilla, en ocasiones esas pesadillas perduran y entonces son muy peligrosas. Evitad cualquier cosa que os parezca inusual. Y esta vez intentad controlar vuestros pensamientos. Todo lo que se os ocurra aquí se convierte en real. Aquel Myrddraal que apareció repentinamente de la nada la última vez podría muy bien ser secuela de una pesadilla, pero sospecho que una de vosotras dejó volar su imaginación. Recordaréis que estabais hablando del Ajah Negro, y discutíais si estaban dando acceso a Engendros de la Sombra al interior de la Torre. —Como si aquello no fuera suficientemente malo, tuvo que añadir—: No impresionaréis a las Sabias mañana por la noche si hacéis aparecer un Myrddraal en medio de la reunión.

Elayne se encogió.

—Muchacha —empezó suavemente Anaiya mientras se ajustaba el chal de flecos azules que de repente apareció en torno a sus brazos—, has estado haciendo muy buen trabajo, pero eso no disculpa un lenguaje impertinente.

—Se te han concedido varios privilegios —abundó Myrelle, bien que no con tanta suavidad—, pero pareces olvidar que son eso, privilegios.

Su ceño habría debido bastar para que Nynaeve se echara a temblar. Myrelle se había mostrado más y más dura con la antigua Zahorí durante las últimas semanas. También ella llevaba puesto un chal; de hecho, lo llevaban todas. Mala señal.

Morvrin resopló con indignación antes de comentar:

—Cuando yo era Aceptada, cualquier chica que hubiese hablado de ese modo a una Aes Sedai se habría pasado el mes siguiente fregando suelos aun en el caso de que fuera a ser ascendida a Aes Sedai al día siguiente.

Elayne se apresuró a intervenir con la esperanza de poder prevenir el desastre que se les avecinaba. Nynaeve había adoptado lo que sin duda para ella era una expresión

conciliadora, aunque en realidad tenía un aire terco y malhumorado.

—Estoy segura de que no lo ha dicho con intención, Aes Sedai. Hemos estado trabajando mucho. Perdonad, por favor. —Incluirse a sí misma podría ayudar, ya que no había hecho nada. También podía ocurrir que acabaran las dos fregando suelos. Al menos consiguió que Nynaeve la mirara. Y, aparentemente, que reflexionara, puesto que sus rasgos se suavizaron en lo que parecía un gesto apaciguador al tiempo que hacía una reverencia y bajaba la vista al suelo, como avergonzada. Quizá lo estaba realmente. Quizá. Elayne continuó rápidamente como si Nynaeve hubiese pedido perdón expresamente y su disculpa hubiese sido aceptada—: Sé que todas deseáis pasar tanto tiempo como sea posible en la Torre, así que quizá no deberíamos demorarnos más. ¿Os importaría visualizar el estudio de Elaida tal y como lo visteis la última vez? —A Elaida nunca se la llamaba Amyrlin en Salidar, y ocurría otro tanto cuando se hacía referencia al estudio de la Amyrlin en la Torre Blanca—. Fijadlo todas en vuestras mentes y así llegaremos a la vez allí.

Anaiya fue la primera en asentir con la cabeza, pero hasta Carlinya y Beonin acabaron desviando su atención de Nynaeve.

No estaba claro si fueron las diez las que se movieron o si fue el *Tel'aran'rhiod* el que se desplazó a su alrededor, aunque podían haber sido ambas cosas, por lo que Elayne sabía; el Mundo de los Sueños era maleable casi hasta el infinito. En cierto momento estaban de pie en la calle de Salidar, y al siguiente se encontraban en una estancia amplia y ornamentada. Las Aes Sedai cabecearon con gesto satisfecho, todavía lo bastante inexpertas para sentirse halagadas cuando algo funcionaba como pensaban que debía hacer.

Con la misma precisión con que el *Tel'aran'rhiod* reproducía el mundo real, la habitación reflejaba el poder de las mujeres que la habían ocupado a lo largo de los últimos tres mil años. Las lámparas de pie doradas no estaban encendidas, pero había luz, bien que en el extraño modo que ocurría en el *Tel'aran'rhiod* y en los sueños. La alta chimenea era de mármol dorado procedente de Kandor, y el suelo de piedra roja pulida traída de las Montañas de la Niebla. Las paredes habían sido recubiertas hacía relativamente poco tiempo —apenas un millar de años— con paneles de madera clara, extrañamente veteada y tallada con bestias fabulosas y aves que, en opinión de Elayne, habían salido de la imaginación del artista. Piedra de brillo irisado enmarcaba las ventanas en arco que conducían al balcón desde el que se contemplaba el jardín privado de la Amyrlin; esa piedra había sido rescatada de una ciudad sin nombre que quedó sumergida en el Mar de las Tormentas durante el Desmembramiento del Mundo, y nadie había encontrado desde entonces algo que se le pareciera en ninguna parte.

Cada mujer que había utilizado esta habitación había puesto su marca personal en ella, aunque sólo fuera durante el período en que la ocupó, y Elaida no era diferente.

Un pesado sillón con aspecto de trono, con la Llama de Tar Valon rematando el alto respaldo, se encontraba detrás de un enorme escritorio, prolijamente tallado con triples anillos entrelazados. El tablero del mueble estaba vacío excepto por tres cofrecillos con adornos en laca que señalaban su procedencia altaranesa, equidistantes unos de los otros con precisión milimétrica. Un liso jarrón blanco contenía rosas; su número y color cambiaban de un momento al siguiente, pero siempre aparecían arregladas con rigurosa exactitud. ¡Rosas, en esta época del año y con este tiempo! Se había desperdiciado Poder Único para que las flores crecieran. Elaida había actuado igual cuando era consejera de la madre de Elayne.

Encima de la chimenea colgaba una pintura de nueva tendencia, sobre un lienzo, de dos hombres luchando entre las nubes, arrojando rayos. Uno de ellos tenía el rostro de fuego, y el otro era Rand. Elayne había estado en Falme; el cuadro no se apartaba mucho de la verdad. Un desgarrón en la tela, a través del rostro de Rand, como si le hubiesen lanzado algo pesado, estaba restaurado de modo que casi pasaba inadvertido. Era obvio que Elaida deseaba tener un constante recordatorio del Dragón Renacido, al igual que era evidente que no le agradaba tener que verlo.

—Si me disculpáis —dijo Leane antes de que todos los cabeceos satisfechos hubiesen acabado—, he de comprobar si mi gente ha recibido mis mensajes.

Cada Ajah, excepto el Blanco, tenía una red de informadoras distribuidas por todas las naciones, como también tenían su red particular algunas Aes Sedai, pero en este aspecto Leane era especial, quizás única, ya que siendo la Guardiana había creado una red en la propia Tar Valon. No bien había terminado de hablar cuando desapareció.

—No debería andar por aquí sola —dijo Sheriam con tono exasperado—. Nynaeve, ve con ella y quédate a su lado.

Nynaeve se dio un fuerte tirón a la trenza.

—No creo que…

—Eso te ocurre muy a menudo —la cortó Myrelle—. Por una vez, haz lo que se te dice y cuando se te dice, Aceptada.

La antigua Zahorí intercambió una mirada sesgada con Elayne y asintió al tiempo que reprimía visiblemente un suspiro y desapareció. Elayne no sintió lástima. Si Nynaeve no se hubiese permitido el lujo de dar rienda suelta a su genio en Salidar quizás habría sido posible explicar que Leane podía encontrarse en cualquier parte de la ciudad, que sería casi imposible encontrarla y que se había estado aventurando sola en el *Tel'aran'rhiod* desde hacía semanas.

—Veamos qué podemos descubrir —dijo Morvrin; pero, antes de que ninguna de ellas hubiera dado un paso, Elaida apareció detrás del escritorio, asestándoles una mirada furibunda.

La actual Amyrlin era una mujer de rostro severo, más agraciada que hermosa,

con el cabello y los ojos oscuros; llevaba un vestido de un color rojo como la sangre, y la estola de rayas echada sobre los hombros.

—Como supe por la Predicción, la Torre Blanca volverá a ser una bajo mi mando. ¡Bajo mi mando! —manifestó y después señaló bruscamente el suelo con el índice—. ¡Arrodillaos y pedid perdón por vuestras infracciones!

Sin más, desapareció. Elayne soltó un largo suspiro y se alegró al oír que no era la única.

—¿Una pronosticadora? —La frente de Beonin se arrugó en un gesto pensativo. No parecía preocupada, pero debería haberlo estado. Elaida poseía el Talento de la Predicción, aunque esporádicamente. Cuando la Predicción se apoderaba de una mujer y ésta sabía que algo iba ocurrir, ocurría.

—Un sueño —dijo Elayne, y se sorprendió de que su voz sonara tan tranquila—. Está dormida y soñando, y no es de extrañar que tenga sueños que son de su agrado. —«Oh, Luz, por favor, que sólo sea eso.»

—¿Os fijasteis en la estola? —preguntó Anaiya sin dirigirse a nadie en particular —. No llevaba franja azul.

Se suponía que la estola de la Amyrlin lucía una banda de color por cada uno de los siete Ajahs.

—Era un sueño —dijo Sheriam inexpresivamente. No parecía asustada, pero de nuevo llevaba puesto su chal con flecos azules y se lo ajustaba con fuerza. Anaiya hacía otro tanto.

—Lo sea o no —intervino Morvrin, tan práctica como siempre—, si hemos venido para hacer algo, hagámoslo. —Pocas cosas asustaban a Morvrin.

El repentino estallido de actividad tras las palabras de la hermana Marrón puso de manifiesto la inmovilidad que habían mantenido todas ellas. Carlinya, Anaiya y Morvrin salieron rápidamente a la antesala, donde estaba el despacho de la Guardiana. Actualmente era Alviarin Freidhen, al servicio de Elaida; cosa extraña, era una Blanca a pesar de que la Guardiana siempre procedía del mismo Ajah que la Amyrlin.

Siuan las siguió con la mirada, malhumorada. Era de la opinión que a menudo se descubrían más cosas en los papeles de Alviarin que en los de Elaida, porque la Blanca a veces parecía saber más que la mujer a la que se suponía servía, y en dos ocasiones Siuan había encontrado pruebas de que Alviarin había revocado órdenes de Elaida sin que, al menos aparentemente, ello tuviera repercusiones. No había participado a Elayne ni a Nynaeve qué órdenes eran ésas. Siuan tenía claramente delimitado hasta qué punto compartía cosas.

Sheriam, Beonin y Myrelle se dirigieron al escritorio de Elaida, abrieron uno de los cofres lacados y empezaron a revolver entre los papeles que había dentro. Elaida guardaba su correspondencia y los informes recientes allí. La caja, con adornos de

halcones combatiendo entre nubes blancas en un cielo azul, volvía a cerrarse de golpe cada vez que una de ellas soltaba la tapa, hasta que recordaron que tenían que mantenerla sujeta; y los propios papeles también cambiaron mientras los leían. En verdad el papel era algo efímero. En medio de irritados chasquidos de lengua y suspiros de fastidio, las Aes Sedai perseveraron en su tarea.

—Aquí hay un informe de Danelle —anunció Myrelle mientras echaba una rápida ojeada a la página.

Siuan intentó unirse a ellas, ya que Danelle era una joven Marrón que había tomado parte en la conspiración para destituirla; pero Beonin la miró con un pronunciado ceño que la hizo regresar a un rincón, mascullando entre dientes. Beonin había puesto de nuevo su atención en la caja y los papeles antes de que Siuan hubiese dado tres pasos; las otras dos mujeres ni siquiera se percataron de lo ocurrido.

—Dice que Mattin Stepaneos acepta de todo corazón —prosiguió Myrelle—. Que Roedran sigue intentando estar a bien con todos los bandos, en tanto que Alliandre y Tylin quieren más tiempo para reflexionar antes de dar una respuesta. Aquí hay una nota con la letra de Elaida: «¡Presionadlos!». —Chasqueó la lengua cuando el informe desapareció en su mano—. No decía sobre qué, pero sólo caben dos posibilidades que abarquen a esos cuatro.

Mattin Stepaneos era rey de Illian y Roedran de Murandy, mientras que Alliandre era reina de Ghealdan y Tylin de Altara. El asunto debía de estar relacionado con Rand o con las Aes Sedai que se oponían a Elaida.

—Al menos sabemos que nuestras emisarias todavía tienen tantas oportunidades como las de Elaida —comentó Sheriam.

Ni que decir tiene que Salidar no había enviado ninguna a Mattin Stepaneos; lord Brend, del Consejo de los Nueve, o más bien Sammael, era el verdadero poder en Illian. Elayne habría dado cualquier cosa por saber qué propuesta hacía Elaida para que Sammael estuviese dispuesto a apoyarla o, al menos, permitir que Mattin Stepaneos dijera que la apoyaría. Estaba convencida de que las tres Aes Sedai también habrían dado cualquier cosa por saberlo, pero se limitaron a seguir sacando documentos de la caja lacada.

—La orden de captura de Moraine sigue vigente —comentó Beonin, que sacudió la cabeza cuando la hoja que tenía en la mano se convirtió de repente en un grueso fajo de notas—. Aún no sabe que Moraine ha muerto. —Miró con gesto dolido las páginas y las dejó caer; se esparcieron como hojas secas y después desaparecieron en el aire antes de posarse—. Por lo visto Elaida sigue con su propósito de construirse un palacio.

—Por supuesto —repuso secamente Sheriam. Su mano tembló al coger lo que parecía una corta nota—. Shemerin ha huido. La «Aceptada» Shemerin.

Elayne estuvo a punto de rechinar los dientes. Nynaeve y ella les habían dicho

que Elaida iba a degradar a Aceptada a Shemerin, una hermana Amarilla, pero naturalmente no les habían creído. A una Aes Sedai se le podía imponer una penitencia por faltas cometidas, incluso se la podía expulsar, pero no se la podía degradar a no ser mediante la neutralización. Sólo que por lo visto era exactamente lo que estaba haciendo Elaida, dijera lo que dijera la ley de la Torre. Quizá la estaba reformando.

Les habían contado cierto número de cosas a estas mujeres que ellas no habían creído realmente. Unas mujeres tan jóvenes, unas Aceptadas, no podían tener tanto conocimiento del mundo como para saber mejor que ellas lo que podía ser y lo que no. Las jóvenes eran crédulas, incautas; podrían ver y creer lo que no existía. Elayne tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar una patada en el suelo. Una Aceptada tomaba lo que las Aes Sedai tenían a bien ofrecer, y no pedía lo que las Aes Sedai decidían no dar. Como, por ejemplo, disculpas. Mantuvo el gesto impasible aunque por dentro ardía de rabia.

Siuan, por el contrario, no se cohibía; la mayor parte del tiempo, al menos. Cuando las Aes Sedai no la estaban mirando, las fulminaba con los ojos. Claro que si una de las tres echaba un vistazo en su dirección, su semblante adquiría una expresión sumisa en un santiamén. Tenía mucha práctica en eso. En una ocasión le había dicho a Elayne que un león sobrevivía siendo león, y un ratón siendo ratón. A pesar de ello, la interpretación de Siuan como ratón resultaba floja y forzada.

A Elayne le pareció captar preocupación en los ojos de Siuan. Esta tarea había sido suya desde que había demostrado a las Aes Sedai que podía utilizar el anillo sin peligro —tras unas lecciones secretas que Nynaeve y Elayne les impartieron a Leane y a ella, cierto— y proporcionar una excelente fuente de información. Se necesitaba tiempo para restablecer el contacto con las informadoras repartidas por las naciones, así como desviar sus informes de la Torre a Salidar. Si Sheriam y las otras se proponían ocuparse de esto, Siuan ya no sería tan útil. En la historia de la Torre ninguna red de informadoras había sido dirigida jamás por alguien que no fuera Aes Sedai hasta que Siuan llegó a Salidar con sus conocimientos de las informadoras de la Sede Amyrlin y del Ajah Azul, el cual había tenido a su cargo antes de su nombramiento como Amyrlin. Beonin y Carlinya se mostraban abiertamente reacias a depender de una mujer que ya no era una de ellas, y las otras no les andaban muy a la zaga.

Tampoco Elayne podía hacer mucho respecto a eso. Las Aes Sedai podrían llamarlo una lección, incluso podían pensar que lo era, pero por experiencias pasadas la joven sabía que, si intentaba enseñar algo sin que se lo pidieran, a no tardar la habrían puesto en su sitio sin contemplaciones. Estaba allí para responder a cualquier pregunta que pudieran hacerle y nada más. Pensó en una banqueta —apareció una, con hojas de vid talladas en las patas— y se sentó para esperar. Una silla habría sido

más cómoda, pero podía levantar comentarios. A una Aceptada sentada con demasiada comodidad a menudo se la consideraba una Aceptada sin mucho que hacer. Al cabo de un momento, Siuan hizo aparecer una banqueta casi idéntica. Dedicó una leve sonrisa a Elayne; y una mirada ceñuda a las Aes Sedai vueltas de espalda.

La primera vez que Elayne había visitado esta estancia en el *Tel'aran'rhiod* había en ella un semicírculo de banquetas así, una docena o más, delante de la mesa profusamente tallada. Desde entonces, en cada visita su número había disminuido y ahora no quedaba ninguna. Estaba convencida de que tal cosa significaba algo, aunque no alcanzaba a imaginar qué. También estaba segura de que Siuan pensaba lo mismo, y probablemente ya había sacado alguna conclusión, aunque si era así no lo había compartido con Nynaeve y con ella.

—Los conflictos en Shienar y en Arafel están remitiendo —musitó Sheriam casi para sí misma—, pero sigue sin haber nada aquí que indique por qué empezaron. Sólo escaramuzas, pero los hombres de la frontera no luchan entre sí. Para esto tienen la Llaga.

Sheriam era saldaenina, y Saldaea era una de la Tierras Fronterizas.

—Al menos la Llaga sigue tranquila —intervino Myrelle—. Quizá demasiado tranquila. No puede durar. Menos mal que Elaida tiene muchas informadoras por todas las Tierras Fronterizas.

Siuan se las arregló para encogerse y asestar una mirada fulminante a las Aes Sedai al mismo tiempo. Elayne dudaba que hubiese conseguido entrar en contacto aún con ninguna de sus informadoras en esos territorios, tan lejanos a Salidar.

—Me sentiría mejor si pudiera decirse lo mismo de Tarabon. —La página que Beonin sostenía en la mano se hizo más larga y más ancha; la mujer la miró, aspiró sonoramente por la nariz y la tiró a un lado—. Las informadoras de Tarabon siguen guardando silencio. Todas ellas. La única noticia que ha recibido sobre Tarabon son los rumores que corren en Amadicia respecto a que las Aes Sedai están involucradas en la guerra. —Sacudió la cabeza ante lo absurdo de plasmar tales hablillas en un papel. Las Aes Sedai no se involucraban en guerras civiles. Al menos no tan declaradamente como para ser detectadas—. Y por lo visto sólo hay un puñado de informes confusos desde Arad Doman.

—Muy pronto tendremos nuestra propia información de Tarabon —manifestó con tono apaciguador Sheriam—. Unas pocas semanas más.

El registro continuó durante horas. En ningún momento faltaron papeles; la caja lacada no se vaciaba nunca. De hecho, el montón que había dentro a veces se incrementaba al sacar un documento. Claro que sólo los de contenido más corto duraban lo suficiente para poder leerlos del todo, pero de vez en cuando una carta o un informe que ya habían examinado aparecía de nuevo en la caja. Hubo largos

períodos de silencio, aunque algunos documentos provocaban comentarios, y sólo unos pocos eran discutidos por las Aes Sedai. Siuan empezó a jugar a hacer cunitas con un cordel, aparentemente sin prestar atención a lo que la rodeaba. Elayne deseó poder hacer lo mismo o, mejor aún, leer —un libro apareció en el suelo, a sus pies, *Los viajes de Jain el Galopador*, si bien lo hizo desaparecer al punto— pero a las mujeres que no eran Aes Sedai se les daba más libertad que a aquellas que se preparaban para serlo. Con todo, se enteró de unas cuantas cosas escuchando.

La intervención de Aes Sedai en Tarabon no era el único rumor que había encontrado su camino hasta el escritorio de Elaida. Se decía que el agrupamiento de Capas Blancas tenía como meta desde apoderarse del trono de Amadicia —lo que ciertamente era innecesario— hasta el acabar con las guerras y la anarquía reinantes en Tarabon y Arad Doman, pasando por dar apoyo a Rand. Elayne creería esto último cuando el sol saliera por el oeste. Había informes sobre extraños sucesos en Illian y Cairhien —tal vez hubiese otros, pero ésos fueron los únicos que vieron—: pueblos enteros cayendo presa de la locura; visiones de pesadilla a plena luz del día; terneros de dos cabezas que hablaban; Engendros de la Sombra apareciendo de la nada. Sheriam y las otras dos pasaron todo eso por encima; la misma clase de historias llegaba a Salidar desde algunas zonas de Altara y Murandy y a través del río desde Amadicia.

Las Aes Sedai las desestimaron como producto de la histeria entre la gente al enterarse de la aparición del Dragón Renacido. Elayne, sin embargo, no estaba tan segura. Ella había presenciado cosas que las Aes Sedai no habían visto, por muchos años y experiencia que tuvieran. Se rumoreaba que su madre estaba agrupando un ejército al oeste de Andor —¡y bajo la antigua bandera de Manetheren, nada menos! — o que Rand la retenía como prisionera o que había huido a cualquier nación imaginable, incluidas las Tierras Fronterizas y Amadicia, cuando esto último era de todo punto inconcebible. Aparentemente la Torre no daba crédito a nada de esto. Elayne habría querido saber qué creer.

Dejó de darle vueltas a la cabeza sobre dónde estaría realmente su madre cuando oyó a Sheriam pronunciar su nombre. No dirigiéndose a ella, sino leyendo apresuradamente una hoja cuadrada de papel que se convirtió en un pergamino largo con tres sellos en la parte inferior. Elayne Trakand tenía que ser localizada y devuelta a la Torre Blanca costara lo que costase. Si había más chapucerías, quienes metieran la pata «envidiarían la suerte de la tal Macura». Aquello provocó un escalofrío a Elayne; de camino a Salidar, una mujer llamada Ronda Macura había estado en un tris de enviarlas a Nynaeve y a ella de vuelta a la Torre como quien manda bultos de ropa al lavandero. La casa regente de Andor, leyó Sheriam, era «la clave», cosa que no tenía sentido. ¿La clave de qué?

Ninguna de las tres Aes Sedai se dignó echar una ojeada en su dirección; se

limitaron a intercambiar miradas y continuaron con lo que estaban haciendo. Quizá se habían olvidado de ella, aunque era igualmente probable que ocurriera justo lo contrario. Las Aes Sedai hacían siempre su santa voluntad. Si disponían protegerla de Elaida, sería decisión suya, y si resolvían por alguna otra razón entregarla a Elaida atada de pies y manos, también serían ellas quienes lo dispondrían. «El lucio no pide permiso a la rana antes de merendársela», recordó que solía decir Lini.

La reacción de Elaida a la amnistía de Rand era evidente por la condición en que estaba el informe. Elayne casi podía verla estrujando la hoja en su mano, empezando a desgarrarla y después alisándola fríamente y poniéndola en la caja junto a los otros papeles. Los estallidos de cólera de Elaida casi siempre eran fríos. No había escrito nada en ese documento, pero sí había garabateado palabras mordientes en otro, enumerando a las Aes Sedai de la Torre, dejando claro que estaba a punto de hacer público que cualquiera que no obedeciese su orden de regresar sería declarada traidora. Sheriam y las otras dos discutieron la posibilidad con aire sosegado. Aunque hubiese hermanas que intentasen obedecer, algunas tendrían que hacer un largo viaje; otras puede que aún no hubiesen recibido la citación. En cualquier caso, un decreto así confirmaría al mundo todos los rumores de una Torre dividida. Elaida debía de estar al borde del pánico para plantearse semejante cosa o es que se había vuelto completamente loca.

Elayne sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal, aunque no tenía que ver con que Elaida estuviese asustada o furiosa. Doscientas noventa y cuatro Aes Sedai en la Torre, apoyando a Elaida. Casi un tercio de todas las Aes Sedai, casi tantas como las que se habían agrupado en Salidar. Podría ser que lo mejor que cabría esperarse como resultado era que el resto también se dividiera en dos. De hecho, quizá no podía esperarse otra cosa. Tras la avalancha del principio, las llegadas a Salidar se habían reducido a un número casi inapreciable. Tal vez el flujo hacia la Torre también había menguado. Había que esperar que fuera así.

Durante un rato realizaron el registro en silencio, y después Beonin exclamó:

—Elaida ha enviado emisarias a Rand al'Thor.

Elayne se incorporó de un brinco y apenas pudo contener la lengua ante el gesto admonitorio de Siuan, echado a perder un tanto por su fracaso en hacer desaparecer antes el cordel del juego de las cunitas.

Sheriam alargó la mano hacia la hoja en cuestión, pero ésta se convirtió en tres antes de que sus dedos la tocaran.

—¿Adónde las ha enviado? —preguntó.

—¿Cuándo partieron de Tar Valon? —inquirió al mismo tiempo Myrelle.

Se notaba que las mujeres mantenían la serenidad con un arduo esfuerzo.

—A Cairhien —repuso Beonin—. Y no vi cuándo salieron, si es que se mencionaba. Pero sin duda se dirigirán a Caemlyn tan pronto como descubran que

está allí.

Aun así, era una buena noticia; podrían tardar un mes o más en viajar desde Cairhien a Caemlyn. La delegación de Salidar llegaría antes, sin lugar a dudas. Elayne tenía un ajado mapa escondido debajo del colchón en Salidar, y cada día marcaba la distancia que consideraba que debían de haber recorrido hacia Caemlyn.

La hermana Gris no había terminado.

—Al parecer Elaida se propone ofrecerle su apoyo. Y una escolta a la Torre.

Sheriam enarcó mucho las cejas.

—Eso es descabellado. —La piel olivácea de las mejillas de Myrelle se oscureció—. Elaida era Roja.

Una Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno, pero aun así nadie podía olvidar como si nada de dónde venía.

—Esa mujer sería capaz de cualquier cosa —intervino Sheriam—. Tal vez él encuentre atractivo el apoyo de la Torre Blanca.

—¿Y si enviamos un mensaje a Egwene a través de las Aiel? —sugirió Myrelle con tono incierto.

Siuan soltó una sonora y muy insinuante tosecilla, pero Elayne ya no pudo aguantar más. Advertir a Egwene era básico, por supuesto —la delegación de Elaida la llevaría a rastra a la Torre si la descubrían en Cairhien, y no para darle una agradable bienvenida—, ¡pero lo otro…!

—¿Cómo podéis pensar que Rand prestaría oídos a nada que dijera Elaida? ¿Creéis que no sabe que era del Ajah Rojo y lo que eso significa? No van a ofrecerle apoyo y lo sabéis bien. ¡Tenemos que advertirle! —Había en sus palabras una contradicción y era consciente de ello, pero la preocupación le hacía decir cosas sin pensar. Si le ocurría algo a Rand, ella moriría.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso nosotras, Aceptada? —inquirió fríamente Sheriam.

Elayne temía que debía de parecer un pez fuera del agua, boqueando sin emitir ningún sonido. No tenía ni idea de qué responder. La salvó momentáneamente un grito en la distancia, seguido por gritos inarticulados en la antesala. Era la que estaba más cerca de la puerta, pero aunque corrió las demás iban pisándole los talones.

La habitación estaba vacía salvo por el escritorio de la Guardiana, con sus ordenados montones de papeles y rollos de pergaminos y documentos, y una hilera de sillas pegadas contra una pared, donde las Aes Sedai solían sentarse mientras esperaban a ser recibidas por Elaida. Anaiya, Morvrin y Carlinya habían desaparecido, pero una de las altas hoja de la puerta todavía no había acabado de cerrarse. Los frenéticos gritos de una mujer penetraron por la estrecha rendija. Sheriam, Myrelle y Beonin casi derribaron a Elayne en su prisa por llegar al pasillo. Su aspecto sería vaporoso, pero sus empellones no tenían nada de etéreos.

—Tened cuidado —gritó Elayne, aunque realmente no podía hacer otra cosa que recogerse las faldas y seguirlas lo más rápido posible, junto a Siuan. Salieron a una escena de pesadilla. Literalmente.

A unos treinta pasos a su derecha, el corredor adornado con tapices se ensanchaba de manera repentina para desembocar en una caverna rocosa que parecía no tener fin y que estaba iluminada a trozos por el rojo resplandor de hogueras y braseros desperdigados. Había trollocs por todas partes, sus figuras semejantes a las de hombres muy grandes; sus rostros, en exceso humanos, estaban desfigurados por hocicos, jetas y picos bestiales, y lucían cuernos, colmillos y crestas plumosas. Los que estaban a lo lejos parecían más indistintos que los otros, sólo a medio formar, en tanto que los que se encontraban más próximos eran gigantes el doble de altos que un hombre, incluso más que cualquier trolloc real. Todos iban vestidos con cuero y cota de malla negra reforzada con pinchos, y aullaban y brincaban alrededor de lumbres y calderos, de potros de tortura y extraños armazones de pinchos.

En verdad era una pesadilla, aunque más grande que cualquiera de las que Elayne conocía por Egwene o las Sabias. Una vez liberadas de la mente que las creaba, estas visiones flotaban por el Mundo de los Sueños y a veces quedaban pegadas en un punto en particular. Las caminantes de sueños Aiel las destruían todas por norma cada vez que encontraban una, pero tanto ellas como Egwene les habían dicho que lo mejor era evitarlas del todo. Desdichadamente, por lo visto Carlinya no les había prestado atención a Nynaeve y a ella cuando les habían hecho esa advertencia.

La hermana Blanca estaba atada y colgada por los tobillos de una cadena que desaparecía en la oscuridad de las alturas. Elayne percibía aún el fulgor del *Saidar* alrededor de la Aes Sedai, pero Carlinya se retorcía frenéticamente y chillaba a medida que la descolgaban lentamente, cabeza abajo, hacia una inmensa y negra olla de aceite hirviendo.

En el momento en que Elayne salía al corredor, Anaiya y Morvrin se detuvieron al borde del punto donde el pasillo se transformaba repentinamente en caverna. Durante un instante permanecieron quietas allí y, de manera repentina, sus vaporosas figuras parecieron alargarse hacia la línea divisoria como humo aspirado por una chimenea. Tan pronto como tocaron el linde se encontraron dentro de la pesadilla: Morvrin gritaba mientras dos trollocs hacían girar grandes ruedas de hierro que la estiraban más y más, y Anaiya estaba colgada por las muñecas, con trollocs danzando a su alrededor y azotándola con látigos metálicos que desgarraban a tiras su vestido.

—Debemos coligarnos —dijo Sheriam, y el brillo que la envolvía se fundió con los que rodeaban a Myrelle y Beonin. Incluso así, ni siquiera se aproximaba al fulgor que emitía una sola mujer en el mundo de vigilia, una mujer que no fuera un sueño brumoso.

—¡No! —gritó con apremio Elayne—. No debéis aceptarlo como algo real.

Tenéis que tomarlo como… —Agarró el brazo de Sheriam, pero el flujo de Fuego tejido por las tres mujeres, tenue aun estando coligadas, tocó la línea divisoria entre sueño y pesadilla. El flujo desapareció como si la pesadilla lo hubiese absorbido y, en el mismo instante, las figuras de las tres Aes Sedai se alargaron cual niebla atrapada por el viento. Sólo tuvieron tiempo de soltar un grito de sobresalto antes de tocar el borde y desaparecer.

Sheriam reapareció dentro, con la cabeza asomando por la parte superior de un objeto de oscuro metal con forma de campana. Los trollocs giraron manillas y tiraron de palancas que había en la parte exterior, y el rojo cabello de Sheriam se sacudió violentamente al tiempo que la Aes Sedai lanzaba aullidos cada vez más desgarradores. De las otras dos no había ni rastro, pero Elayne creyó oír más gritos en la distancia, alguien chillando «¡No!» una y otra vez en una lastimosa petición de socorro.

—¿Recuerdas lo que te contamos sobre disipar pesadillas? —inquirió Elayne.

Con los ojos prendidos en la escena que se desarrollaba ante ella, Siuan asintió.

—Negar su condición de realidad. Intentar imaginar cómo serían las cosas sin ella y aferrarse a esa idea —recitó la antigua Amyrlin.

Ése había sido el error de Sheriam; probablemente el de todas las Aes Sedai: intentar encauzar contra una pesadilla que habían aceptado como algo real, y esa aceptación las había atraído hacia su interior tan irremediablemente como si hubiesen entrado por su propio pie, dejándolas indefensas a menos que recordaran lo que habían olvidado. Cosa que no parecía probable que fuera a ocurrir. Sus desgarradores aullidos taladraban los oídos de Elayne.

—El pasillo —musitó en tanto que procuraba imaginar cómo era el corredor cuando lo había visto por última vez—. Piensa en él como lo recuerdas.

—Es lo que estoy intentando, muchacha —gruñó Siuan—. Pero no funciona.

Elayne suspiró. Siuan tenía razón. Ni una sola línea de la escena que había ante ellas acusó la menor ondulación. La cabeza de Sheriam casi vibraba por encima de la mortaja metálica que envolvía el resto de su cuerpo. Los aullidos de Morvrin llegaban en forzados jadeos; Elayne tuvo la impresión de que podía oír cómo las articulaciones de la mujer empezaban a descoyuntarse. El cabello de Carlinya, colgando bajo ella, estaba a punto de tocar la hirviente superficie del aceite. Con dos mujeres no bastaba; la pesadilla era demasiado grande.

—Necesitamos a las otras —dijo.

—¿A Leane y Nynaeve? Muchacha, aunque supiéramos dónde encontrarlas, Sheriam y las otras estarían muertas antes de… —Dejó la frase en el aire y miró a Elayne—. No te refieres a ellas dos, ¿verdad? Hablas de Sheriam y… —Elayne se limitó a asentir con la cabeza; estaba demasiado asustada para hablar—. No creo que puedan vernos ni oírnos desde allí. Esos trollocs ni siquiera han mirado en nuestra

dirección. Por lo tanto significa que tenemos que intentarlo desde dentro. —Elayne volvió a asentir—. Muchacha, tienes el coraje de una leona y quizá el poco seso de un pájaro bobo —dijo Siuan con voz inexpresiva. Soltó un sonoro suspiro y añadió—: Pero tampoco se me ocurre otro modo de hacerlo.

Elayne estaba de acuerdo en todo salvo en lo del coraje. Si no hubiese tenido las rodillas agarrotadas, a esas alturas se habría encontrado hecha un ovillo sobre las baldosas. Advirtió que tenía una espada en la mano, una enorme y brillante hoja de acero que era absolutamente inútil aun en el caso de que hubiese sabido cómo blandirla. La dejó caer, y el arma desapareció antes de tocar el suelo.

—Esperando no arreglamos nada —musitó. Si no actuaba enseguida el poco valor que le restaba se evaporaría a buen seguro.

Siuan y ella avanzaron juntas hacia la línea divisoria; uno de los pies de Elayne la tocó y, repentinamente, la joven se sintió arrastrada hacia adentro, absorbida como agua por una cañería.

Un momento antes se encontraba de pie en el pasillo, contemplando aquellos horrores, y al siguiente estaba tendida boca abajo sobre una tosca piedra gris, con las muñecas y los tobillos fuertemente atados de manera que se unían a la altura de la región lumbar, y los horrores la rodeaban por doquier. La caverna parecía extenderse ilimitadamente en todas direcciones, como si el pasillo de la Torre hubiese dejado de existir. Los gritos llenaban el aire y resonaban en las rocosas paredes y en un techo del que colgaban estalactitas. A unos pocos pasos de ella, sobre un fuego rugiente, había un gigantesco caldero negro del que salían nubes de vapor. Un trolloc con jeta de jabalí, colmillos incluidos, estaba echando en él trozos de lo que parecía un tipo indistinguible de raíces. Era una olla de cocinar. Los trollocs comían de todo, incluidas las personas. Imaginó sus manos y sus pies libres, pero la burda cuerda siguió ceñida a ellos, clavándosele en la carne. Hasta el débil brillo del *Saidar* había desaparecido, como si la Fuente Verdadera no existiera para ella allí. Una verdadera pesadilla, y estaba bien atrapada en ella.

La voz de Siuan se oyó entre los aullidos en un gemido doliente:

—¡Sheriam, escúchame! —Sólo la Luz sabía qué le estaba ocurriendo a ella; Elayne no veía a ninguna de las otras, sólo las oía—. ¡Esto es un sueño! ¡Aaaaaah! ¡Imagina cómo debería ser en realidad!

—¡Sheriam, Anaiya, todas vosotras, escuchadme! —la secundó Elayne—. ¡Tenéis que pensar en el corredor tal como era! ¡Como es de verdad! ¡Esto sólo es real mientras creáis que lo es! —Evocó mentalmente la imagen del pasillo y se aferró a ella, con sus baldosas de colores de todos los Ajahs en filas ordenadas, las doradas lámparas de pie, los bellos tapices. No se produjo ningún cambio. Los gritos seguían resonando—. ¡Tenéis que pensar en el corredor! ¡Mantened esa imagen fija en la mente y se hará real! ¡Podéis vencer esto si lo intentáis! —El trolloc la miró; ahora

tenía un enorme cuchillo de hoja ancha en la mano—. ¡Sheriam, Anaiya, debéis concentraros! ¡Myrelle, Beonin, concentraos en la imagen del corredor! —El trolloc la giró sobre el costado y la joven se retorció en un intento de apartarse de él, pero una enorme rodilla la mantuvo inmóvil sin el menor esfuerzo mientras que la criatura empezaba a cortarle el vestido como haría un cazador que desuella un ciervo. Elayne se aferró desesperadamente a la imagen del pasillo.

»¡Carlinya, Morvrin, por el amor de la Luz, concentraos! ¡Pensad en el corredor! ¡En el corredor! ¡Todas vosotras! ¡Pensad en él con todas vuestras fuerzas! —Gruñendo algo en el tosco lenguaje que ningún ser humano podría articular, el trolloc volvió a girarla boca abajo y le plantó las rodillas encima, aplastándole los brazos contra la espalda—. ¡El corredor! —gritó Elayne. El monstruo la aferró del cabello y tiró bruscamente de su cabeza hacia atrás—. ¡El corredor! ¡Pensad en el corredor! —El filo del cuchillo le rozó en el estirado cuello, debajo de la oreja izquierda—. ¡El corredor! ¡El corredor! —La hoja empezó a deslizarse.

De repente Elayne se encontró mirando las baldosas de colores que había debajo de su nariz. Se llevó las manos a la garganta, maravillada porque estuvieran libres para moverlas, y al notar humedad alzó los dedos para mirarlos. Era sangre, pero sólo un hililllo. Se estremeció de la cabeza a los pies. Si aquel trolloc hubiese cumplido su propósito de cortarle el cuello… La Curación no habría servido de nada. Estremecida por otro escalofrío se incorporó lentamente. Estaba en el pasillo de la Torre, cerca del estudio de la Amyrlin, y ni rastro de trollocs o cavernas.

Siuan se encontraba allí, llena de contusiones y con el vestido hecho jirones, y las Aes Sedai, unas borrosas formas de aspecto deplorable. Carlinya era la que estaba en mejores condiciones; se puso de pie, temblorosa y con los ojos desorbitados, mientras se tanteaba el cabello, que ahora terminaba en puntas chamuscadas a un palmo de su cuero cabelludo. Sheriam y Anaiya eran bultos de andrajos ensangrentados sacudidos por los sollozos. Myrelle estaba acurrucada, el semblante lívido, desnuda y llena de arañazos y verdugones rojizos. Morvrin gemía cada vez que se movía, cosa que hacía de manera antinatural, como si sus articulaciones no funcionaran como era debido. El vestido de Beonin estaba hecho jirones, como rasgado por garras; la mujer se encontraba de rodillas, jadeando, con los ojos más desorbitados que nunca, apoyándose en la pared para no desplomarse.

De pronto Elayne fue consciente de que su propio vestido y ropa interior le colgaban de los hombros, limpiamente cortados en dos por delante. Un cazador desollando un ciervo. La sacudió un escalofrío tan violento que estuvo a punto de caer. Recomponer las ropas era simple cuestión de pensarlo, pero no sabía cuánto tiempo tardaría en recobrarse de los recuerdos.

—Debemos regresar —dijo Morvrin, arrodillándose torpemente entre Sheriam y Anaiya. A despecho de sus torpes movimientos y sus gemidos hablaba con su

habitual estilo impasible—. Hay que recurrir a la Curación, y ninguna de nosotras está en condiciones de hacerlo.

—Sí. —Carlinya volvió a tocarse el corto cabello—. Sí, será mejor que regresemos a Salidar. —Decididamente, su voz era un pobre reflejo de su frialdad habitual.

—Yo me quedaré un poco más, si no tenéis inconveniente —les dijo Siuan. O más bien lo sugirió con aquel tono humilde que tan mal encajaba con su personalidad. Su vestido estaba de nuevo intacto, pero las contusiones permanecían—. Podría descubrir algo más que fuera útil. Sólo tengo unos cuantos moretones y me los he hecho peores al caerme en una barca.

—Por tu aspecto se diría que te han tirado una barca encima, pero la decisión es tuya —contestó Morvrin.

—Yo también me quedaré —intervino Elayne—. Puedo ayudar a Siuan, y no sufrí ninguna herida. —Era muy consciente del puntazo en su garganta cada vez que tragaba.

—No necesito ayuda —adujo Siuan.

—Esta noche has mantenido la calma muy bien, pequeña —dijo al mismo tiempo Morvrin con un timbre aun más firme—. No lo eches a perder ahora. Te vienes con nosotras.

Elayne asintió malhumorada. Discutir no la llevaría a ninguna parte, como no fuera a salir escaldada. Cualquiera habría dicho que la hermana Marrón era la maestra allí y ella la alumna. Probablemente pensaban que había caído de bruces en la pesadilla del mismo modo que ellas.

—Recordad que podéis salir del sueño directamente en vuestro propio cuerpo, que no es necesario volver antes a Salidar.

Imposible saber si la escucharon siquiera. Morvrin se había dado media vuelta en el momento en que la joven hubo asentido.

—Tranquila, Sheriam —susurró confortadoramente la fornida mujer—. Estaremos de vuelta en Salidar dentro unos instantes. Sosiégate, Anaiya. —Sheriam al menos había dejado de sollozar, aunque todavía gemía de dolor—. Carlinya, ¿querrás por favor ayudar a Myrelle? ¿Estás dispuesta, Beonin? ¿Beonin?

La hermana Gris alzó la cabeza y miró fijamente a Morvrin antes de asentir en silencio. Las seis Aes Sedai desaparecieron.

Tras echar una última ojeada a Siuan, Elayne hizo lo propio un instante después, pero no se dirigió a Salidar. Probablemente alguien iría a curarle el pinchazo del cuello, si se habían percatado de él, pero durante un rato estarían muy ocupadas con seis Aes Sedai que se despertarían con un aspecto como si las hubiesen metido a empujones entre la maquinaria de un monstruoso reloj. Elayne disponía de esos pocos minutos y un punto de destino en mente.

El salón del trono en el palacio de su madre en Caemlyn apareció a su alrededor con dificultad. Hubo una sensación de resistencia antes de conseguir encontrarse sobre el suelo de baldosas rojas y blancas, bajo el techo en arco y entre hileras de grandes columnas blancas. De nuevo la luz parecía venir de todas partes y de ninguna. Los grandes ventanales en lo alto, en cuyos cristales se representaba el León Blanco de Andor alternándose con las primeras soberanas del reino y escenas de grandes victorias andoreñas, apenas se distinguían en contraste con la noche en el exterior.

De inmediato vio la diferencia por la que le había resultado dificultoso aparecer allí: sobre el estrado que se alzaba al fondo del salón, donde tendría que haber estado el Trono del León, había en cambio un monstruoso sillón hecho con relucientes dragones dorados y esmaltes carmesíes, cuyos ojos eran piedras de sol. El trono de su madre no se había retirado de la cámara; estaba en una especie de pedestal, detrás y por encima del ostentoso solio.

Elayne caminó lentamente por el centro del salón y subió los blancos peldaños de mármol hacia el dorado trono de las reinas andoreñas. El León Blanco de Andor en lo alto del respaldo, creado con piedras de luna sobre un campo de rubíes, habría quedado por encima de la cabeza de su madre.

—¿Qué estás haciendo, Rand al'Thor? —musitó duramente—. ¿Qué demonios estás haciendo?

La asustaba terriblemente que Rand estuviese metiendo la pata sin tenerla a su lado para guiarlo entre los escollos. Cierto, había manejado muy bien a los tearianos y, aparentemente, a los cairhieninos, pero su pueblo era diferente, franco y sencillo, con un rechazo total a que lo manipularan e intimidaran. Lo que había funcionado en Tear o Cairhien aquí podía estallarle en la cara como los fuegos artificiales de un Iluminador.

Ojalá pudiera estar con él. Ojalá pudiera advertirle sobre la delegación de la Torre. Elaida debía de tener preparada alguna trampa oculta para que saltara cuando Rand menos lo esperase. ¿Sería lo bastante sagaz para advertirlo? Pensándolo bien, ignoraba qué instrucciones tenía la delegación de Salidar. A pesar de los esfuerzos de Siuan, la mayoría de las Aes Sedai de Salidar estaban indecisas respecto a Rand al'Thor; era el Dragón Renacido, el salvador de la humanidad profetizado, pero también era un hombre que podía encauzar, condenado a la locura, la muerte y la destrucción.

«Cuida de él, Min —pensó—. Llega pronto a su lado y protégelo.»

Sintió una punzada de celos porque Min estaría allí para hacer lo que querría hacer ella. Sí, puede que tuviese que compartirlo, pero tendría una parte de él para ella sola. Lo vincularía como su Guardián, costara lo que costase.

—Así se hará. —Alzó la mano hacia el Trono del León para prestar juramento

como las reinas lo habían hecho desde que existía Andor. El pedestal era demasiado alto para alcanzar a tocarlo, pero la intención era lo que contaba—. Así se hará.

Se le estaba acabando el tiempo. En Salidar acudiría una Aes Sedai para despertarla y curarle el pequeño rasguño del cuello. Con un suspiro abandonó el sueño.

Demandred salió de detrás de las columnas del salón del trono y su mirada fue de donde estaban los dos solios hasta el lugar donde la muchacha había desaparecido. Elayne Trakand; a no ser que estuviera muy equivocado, y utilizando un *ter'angreal* de poca importancia a juzgar por su vaga apariencia, uno creado por estudiantes principiantes. Habría dado cualquier cosa por saber qué bullía en su cabeza, pero sus palabras y su expresión habían sido muy claras. A la chica no le gustaba ni pizca lo que Al'Thor estaba haciendo allí y se proponía tomar medidas al respecto. Sospechaba que era una joven resuelta. En cualquier caso, otro hilo en el enredo que tiraba, por flojo que resultara ese tirón.

—Que el Señor del Caos gobierne —dijo a los tronos, aunque se preguntó por qué tenía que ser así, y a continuación abrió un acceso para salir del *Tel'aran'rhiod*.

8



La tormenta se avecina

Nynaeve despertó al día siguiente con las primeras luces, de malhumor. Tenía la sensación de que se avecinaba mal tiempo, pero al echar una ojeada por la ventana comprobó que no había una sola nube en el cielo todavía gris; el día prometía ya ser otro horno. Tenía el camisón húmedo de sudor y retorcido de dar vueltas y más vueltas en la cama. En otro tiempo había sido capaz de Escuchar el Viento, pero desde que habían dejado Dos Ríos parecía que todas sus aptitudes se habían desvirtuado, cuando no la habían abandonado completamente.

El hecho de tener que esperar turno para utilizar el lavabo no ayudó a mejorar su humor, como tampoco escuchar la retahíla de Elayne sobre lo ocurrido después de que ella se hubo marchado del estudio de Elaida. Para ella la noche había sido una larga y fútil búsqueda por las calles de Tar Valon, desiertas a excepción de ella misma, palomas, ratas y montones de basura. Eso resultó una desagradable sorpresa. Tar Valon había estado siempre impoluta; Elaida debía de tener muy abandonada la ciudad para que apareciera tanta porquería en el *Tel'aran'rhiod*. En cierto momento había atisbado a Leane a través de la ventana de una taberna, cerca del Puerto del Sur, nada menos, pero cuando entró apresuradamente allí la sala común estaba vacía salvo por las mesas y los bancos recientemente pintados de azul. Tendría que haberse dado por vencida, pero Myrelle estaba acosándola últimamente, y quería tener la conciencia tranquila cuando le dijera que lo había intentado. Myrelle era capaz de pillarla a una en un renuncio con más rapidez que nadie. Y, para rematarlo, había salido del *Tel'aran'rhiod* para encontrarse con el anillo de Elayne ya en la mesita y a la joven profundamente dormida. Si hubiese habido un premio para el esfuerzo más inútil, ella habría salido ganadora. Y encima enterarse de que Sheriam y las demás habían estado a punto de ser asesinadas… Hasta el inocente verderón trinando en su jaula se ganó una mirada desabrida.

—Creen que lo saben todo —rezongó despectivamente—. Les hablé de las pesadillas. Se lo advertí, y anoche no fue la primera vez.

Daba igual que las seis hermanas hubiesen sido curadas antes incluso de que ella hubiese regresado del *Tel'aran'rhiod*. La cosa podría haber acabado mucho peor…

porque pensaban que lo sabían todo. El brazalete del *a'dam* se le enganchaba de vez en cuando en el pelo, pero no estaba dispuesta a quitárselo. Ese día le tocaba a Elayne llevarlo, pero la muchacha probablemente lo olvidaría en una de las clavijas de la pared. El brazalete le transmitía preocupación y el inevitable miedo, pero sobre todo frustración. A buen seguro «Marigan» estaba ayudando ya a preparar el desayuno; tener que realizar quehaceres domésticos parecía exasperarla más que el estar cautiva.

—Fue una buena idea de tu parte, Elayne —añadió Nynaeve—. No me has dicho cómo saliste tú parada después de intentar advertir a las demás.

La otra joven, que seguía frotándose la cara, se estremeció.

—No fue difícil pensar en la solución —contestó—. Una pesadilla de ese tamaño requería que todas nos ocupáramos de ella. Quizás hayan aprendido un poco de humildad, y tal vez el encuentro con las Sabias esta noche no vaya tan mal como en anteriores ocasiones.

Nynaeve asintió para sus adentros. Justo lo que había pensado. No respecto a Sheriam y las otras —las Aes Sedai aprenderían a ser un poco más humildes cuando las cabras aprendieran a volar, aunque sí un día antes que las propias Sabias— sino sobre Elayne. Seguramente se había dejado atrapar en la pesadilla, aunque la muchacha jamás lo admitiría. Nynaeve no sabía con certeza si Elayne consideraba jactancioso admitir su gran coraje o realmente es que no se daba cuenta de lo valiente que era. En cualquier caso, Nynaeve se debatía entre la admiración por la bravura de la joven y el deseo de que Elayne lo admitiera aunque sólo fuera por una vez.

—Me pareció ver a Rand.

Aquella manifestación hizo que la otra mujer bajara el paño con el que se lavaba la cara.

—¿Estaba allí en carne y hueso? —Tal cosa era peligrosa según las Sabias; se corría el riesgo de perder parte de lo que hacía humana a una persona—. Ya le advertiste sobre eso.

—¿Y cuándo ha hecho caso de un consejo sensato? Sólo lo atisbé un momento. Quizá sólo tocó el *Tel'aran'rhiod* en un sueño —adujo Nynaeve, aunque lo dudaba mucho. Aparentemente Rand protegía sus sueños con salvaguardas tan fuertes que la antigua Zahorí dudaba que pudiera alcanzar el *Tel'aran'rhiod* de otro modo que no fuera físicamente, ni siquiera aunque fuera un caminante de sueños y además tuviera uno de los anillos—. A lo mejor era alguien que se parecía a él. Como he dicho, sólo lo vislumbré un instante, en la plaza que hay frente a la Torre.

—Tendría que estar allí con él —masculló Elayne. Vació la palangana en la bacinilla y se apartó para dejar sitio a Nynaeve—. Me necesita.

—Lo que necesita es lo mismo de siempre —replicó malhumorada la otra mujer mientras volvía a llenar la palangana con la jarra. Detestaba lavarse con agua que llevaba echada toda la noche. Al menos no estaba fría, aunque eso era algo que había

pasado a la historia—. Que alguien le dé unos buenos sopapos una vez a la semana por norma, para mantenerlo en el buen camino.

—No es justo. —Las palabras de Elayne sonaron apagadas al estar metiéndose por la cabeza una camisola limpia—. Estoy preocupada por él todo el tiempo. —Su rostro asomó por el cuello de la prenda; a pesar de su tono, la expresión era más angustiada que indignada. Cogió uno de los vestidos blancos con el repulgo de colores de una de las clavijas—. ¡Hasta en sueños me preocupo por él! ¿Crees que él se pasa todo el tiempo preocupado por mí? Yo no.

Nynaeve asintió, aunque una parte de sí pensaba que no era lo mismo. A Rand le habían dicho que Elayne estaba a salvo con las Aes Sedai, aunque no dónde. No, la chica tenía razón. Estuviera haciendo lo que estuviera haciendo Lan, se encontrara donde se encontrara, dudaba mucho que pensara en ella ni la mitad de las veces que ella pensaba en él. «Luz, haz que siga vivo aunque no se acuerde siquiera de mí.» Seguramente eso habría bastado para que se arrancara de cuajo la trenza si no hubiese tenido las manos ocupadas con el jabón y el paño para lavarse.

—No puedes estar preocupada por un hombre todo el tiempo —repuso con acritud—, ni siquiera en el caso de que quieras ser una Verde. ¿Qué descubrieron anoche?

Fue un largo relato aunque con escasa importancia, y al cabo de unos minutos Nynaeve se sentó en la cama de Elayne para escuchar y hacer preguntas. Tampoco es que las respuestas le aclararan gran cosa. No era igual que si una misma veía los documentos. Estaba muy bien saber que Elaida se había enterado finalmente de la amnistía de Rand, pero ¿qué pensaba hacer al respecto? La constatación de que la Torre estaba poniéndose en contacto con los dirigentes podía ser una buena noticia; quizás eso azuzaría a la Antecámara. Algo tendría que hacerlo. El que Elaida hubiese enviado una delegación a Rand era ciertamente preocupante, pero el chico no podía ser tan necio como para hacer caso a nadie que fuera de parte de Elaida. ¿O sí? El problema es que Elayne no había oído suficiente para sacar conclusiones claras. ¿Y qué demonios hacía Rand colocando el Trono del León sobre un pedestal? Lo que es más: ¿qué demonios hacía él con un trono? Sería el Dragón Renacido, el Car… lo que fuese de los Aiel, pero Nynaeve no podía olvidar que había cuidado del muchacho cuando era un niño y que le había azotado el trasero cuando se lo había merecido.

Elayne siguió vistiéndose y acabó antes de que terminara con su relato.

—Te contaré el resto después —dijo apresuradamente, y salió disparada por la puerta.

Nynaeve gruñó y siguió aseándose y vistiéndose sin prisa. Ese día Elayne daba su primera clase a unas novicias, algo que a Nynaeve aún no le habían permitido. Empero, si no se confiaba en ella para enseñarle a las novicias, todavía le quedaba

Moghedien. Dentro de poco la Renegada habría terminado sus quehaceres domésticos.

Sólo que, cuando Nynaeve encontró a la mujer, Moghedien tenía los brazos metidos hasta los codos en agua jabonosa; el collar de plata del *a'dam* resultaba especialmente chocante. No estaba sola; otra docena de mujeres se afanaba restregando ropas sobre tablas de lavar en un patio rodeado por una valla de madera, en medio de ollas llenas de agua caliente. Algunas estaban tendiendo la primera colada en cuerdas extendidas entre postes, pero montones de sábanas, ropa interior y todo tipo de prendas esperaban su turno en las pilas. La mirada que Moghedien asestó a Nynaeve habría bastado para levantarle ampollas en la piel. Odio, vergüenza e indignación se transmitieron a través del *a'dam* en oleadas que casi ahogaron el sempiterno miedo.

La que estaba a cargo, una mujer canosa y delgada como una vara llamada Nildra, se acercó a paso vivo sosteniendo una paleta de agitar como un cetro y con la oscura falda de lana recogida en la cintura para que no rozara el suelo embarrado por el agua derramada.

—Buenos días, Aceptada. Imagino que venís en busca de Marigan, ¿no? —Su timbre de voz era una seca mezcla de respeto y advertencia de que al día siguiente podía encontrar a cualquier Aceptada incorporada a su lavadero para un día o un mes, con el encargo de hacerla trabajar y meterle prisa con tanta o más dureza que al resto —. Bueno, todavía no puedo dejarla ir. Me faltan manos tal y como están las cosas. Una de mis chicas se casa hoy, otra se escapó y dos realizan trabajos más llevaderos porque están embarazadas. Myrelle Sedai me dijo que podía traérmela. Quizá pueda prescindir de ella en unas pocas horas. Ya veremos.

Moghedien se irguió y abrió la boca, pero Nynaeve la hizo callar con una mirada firme —y tocando de manera evidente el brazalete del *a'dam* que llevaba en la muñeca—, y la mujer reanudó la faena. Sólo sería preciso que Moghedien dijera algo indebido, una queja que jamás plantearía la granjera que parecía ser, para que se encontrara en el camino de la neutralización y del verdugo, y para ponerlas a Elayne y a ella en otro no mucho mejor. Nynaeve tragó saliva con alivio sin poder evitarlo cuando la Renegada se volvió de nuevo a la tabla de lavar, moviendo la boca como si mascullara entre dientes. Una intensa vergüenza y una tremenda ira brotaron impetuosamente a través del *a'dam*.

Nynaeve se las ingenió para sonreír a Nildra y musitar algo, no supo bien qué, y luego se encaminó hacia una de las cocinas comunes para desayunar. Otra vez Myrelle. Se preguntaba si la Verde la habría tomado con ella por alguna razón en especial. También se preguntó si acabaría sufriendo un ardor de estómago crónico por conservar a Moghedien. Se pasaba prácticamente el día tomando menta de ánade como si fuera una golosina desde que le había puesto el *a'dam* a esa mujer.

No tardó en conseguir una taza de barro llena de té con miel y un bollo recién sacado del horno, pero una vez que los tuvo siguió caminando mientras comía. El sudor le perlaba la cara. A pesar de la temprana hora el calor era intenso y el aire estaba seco. El sol saliente formaba una cúpula de oro fundido por encima del bosque.

Las calles de tierra estaban muy concurridas, como era habitual cuando había luz. Las Aes Sedai iban de aquí para allí con aire sereno, haciendo caso omiso del polvo y el calor, rostros misteriosos ocupados en tareas misteriosas, a menudo acompañadas por Guardianes que les pisaban los talones, lobos de ojos fríos que fingían en vano estar domesticados. Había soldados por todas partes, casi siempre marchando o cabalgando en pelotones, aunque Nynaeve no entendía por qué les permitían ocupar así las calles teniendo como tenían campamentos en la fronda. Los chiquillos corrían de un lado para otro imitando a los soldados con palos a guisa de espadas y picas. Novicias vestidas de blanco que se dirigían a sus quehaceres se movían apresuradamente entre la muchedumbre. Los sirvientes se movían con más calma: mujeres que cargaban en los brazos montones de sábanas para las camas de las Aes Sedai o cestos con pan de las cocinas; hombres que conducían carretas de bueyes llenas de leña, llevaban arcones o cargaban al hombro ovejas sacrificadas para las cocinas. Salidar no se había construido para tanta gente; el pueblo estaba a punto de reventar.

Nynaeve siguió caminando. Se suponía que una Aceptada podía disponer de la mayor parte del día —a no ser que estuviera dando clases a novicias— para dedicarse a los estudios que prefiriera, ya fuera sola o con Aes Sedai, pero a una Aceptada aparentemente desocupada podía darle trabajo cualquier Aes Sedai, y ella no tenía intención de pasarse el día ayudando a una hermana Marrón a catalogar libros o garabateando notas para una Gris. Detestaba hacer escritos, con todo ese chasquear de lengua si dejaba caer una gota de tinta o todos esos suspiros porque su caligrafía no era tan clara como la de un escribiente. Así que se abrió camino entre el polvo y la gente, ojo avizor a Siuan o Leane. Estaba lo bastante furiosa para encauzar sin necesitar a Moghedien.

Cada vez que era consciente del pesado anillo de oro que reposaba entre sus senos, pensaba: «Tiene que estar vivo. Aunque me haya olvidado. Oh, Luz, me conformo con que siga vivo.» Esto último, por supuesto, sólo conseguía ponerla más furiosa. Si a al'Lan Mandragoran se le había pasado siquiera por la cabeza olvidarla, iba a ponerlo en su sitio. Tenía que estar vivo. A veces los Guardianes morían vengando a sus Aes Sedai —tan seguro como que el sol salía cada mañana que ningún Guardián permitiría que nada se interpusiera en esa satisfacción— pero Lan tenía tan pocas posibilidades de vengar a Moraine como si se hubiera caído del caballo y se hubiese roto el cuello. Ella y Lanfear se habían matado entre sí. Tenía

que estar vivo. ¿Y por qué tenía que sentirse culpable ella de la muerte de Moraine? Con ello Lan había quedado libre, cierto, pero no tenía nada que ver. Con todo, su primera reacción, aunque breve, cuando supo la muerte de Moraine fue de alegría porque Lan estaba libre, no de pena por la suerte de la Aes Sedai. No pudo desechar la sensación de vergüenza por ello y, en consecuencia, su enfado se acentuó más.

De repente vio a Myrelle venir calle abajo en su dirección, acompañada por el rubio Croi Makin, uno de sus tres Guardianes, un joven esbelto pero duro como una roca. Exhibiendo un gesto resuelto, la Aes Sedai no traslucía ciertamente ninguna secuela de la noche anterior. Imposible saber si Myrelle la había visto, pero por si acaso Nynaeve se metió rápidamente en un gran edificio de piedra que en tiempos había sido una de las tres posadas de Salidar.

La amplia sala común había sido despejada y amueblada como una sala de recibimiento; se les había echado unos parches a las paredes de yeso y al alto techo, se habían colgado varios tapices de tonos vivos y unas cuantas alfombras multicolores aparecían repartidas por un suelo de madera, que ya no parecía astillado pero que necesitaba muchas manos de cera. El interior en penumbra daba la impresión de frescura en contraste con la calle. Al menos, estaba un poco más fresco. Y también ocupado.

Logain estaba plantado con aire insolente delante de una de las grandes chimeneas apagadas, los faldones de la casaca roja bordada en oro recogidos hacia atrás con los brazos, bajo la atenta mirada de Lelaine Akashi; el hecho de que llevara puesto su chal de flecos azules denotaba lo ceremonioso de la ocasión. Esta mujer esbelta, de aire solemne que a veces se rompía con una cálida sonrisa, era una de las tres hermanas Azules en la Antecámara de la Torre de Salidar. Ese día era más evidente su mirada penetrante mientras estudiaba a quienes escuchaban el testimonio de Logain.

Eran dos hombres y una mujer, resplandecientes en sus ropas de seda bordada y joyas de oro, los tres con hebras canosas en el cabello; uno de los varones era casi calvo y lucía una barba cuadrada y un largo bigote para compensar esa carencia. Poderosos nobles altaraneses habían llegado el día anterior con fuertes escoltas y tanta desconfianza entre ellos como hacia las Aes Sedai que estaban reuniendo un ejército en territorio de Altara. Los altaraneses eran leales a un lord o una lady o una ciudad, y poco o nada para una nación llamada Altara; la mayoría de los nobles no pagaban impuestos ni hacían caso a lo que decía la reina en Ebou Dar, pero sí les interesaba un ejército en su territorio. Sólo la Luz sabía qué efecto causaban en ellos los rumores sobre los seguidores del Dragón. De momento, sin embargo, se habían olvidado de mirarse entre sí altaneramente o con aire desafiante a Lelaine. Sus ojos estaban prendidos en Logain del mismo modo que lo habrían hecho con una gigantesca serpiente venenosa.

Para completar el lote, el Guardián de piel cobriza, Burin Shaeren, que parecía tallado de un tocón arrancado de la tierra, observaba con actitud de alerta tanto a Logain como a los visitantes, listo para actuar repentina y violentamente en un abrir y cerrar de ojos. El Guardián de Lelaine se encontraba allí para vigilar a Logain sólo en parte —al fin y al cabo se suponía que Logain estaba en Salidar por voluntad propia — y principalmente para protegerlo de los visitantes y de una cuchillada en el corazón.

Por su parte, Logain daba la impresión de haberse crecido bajo aquellas intensas miradas. Era un hombre alto, cabello oscuro y rizado que le llegaba a los anchos hombros, moreno y apuesto aunque de rasgos un tanto duros, y su porte era tan orgulloso y seguro de sí mismo como el de un águila. Empero, era la promesa de venganza lo que ponía aquel brillo en sus ojos. Si no tenía posibilidad de hacer pagar a todas las personas que deseaba, al menos sí a algunas.

—Seis hermanas Rojas me encontraron en Cosamelle aproximadamente un año antes de que me autoproclamara —estaba diciendo cuando entró Nynaeve—. Javindhra, se llamaba la que estaba al mando, aunque una llamada Barasine también ejercía mucha influencia. Y les oí mencionar a Elaida, como si supiera lo que se traían entre manos. Me encontraron dormido y creí que todo había acabado cuando me aislaron con un escudo.

—Aes Sedai —interrumpió con tono desabrido la mujer que estaba escuchando. Era fornida y de mirada dura, con una fina cicatriz cruzándole la mejilla, algo que a Nynaeve le pareció incongruente en una mujer. Las altaranesas tenían fama de feroces, desde luego, aunque seguramente se exageraba—. Aes Sedai, ¿cómo es posible que sea verdad lo que afirma?

—No lo sé, lady Sarena —repuso sosegadamente Lelaine—, pero me fue confirmado por alguien que no puede mentir. Dice la verdad.

El semblante de Sarena no cambió, pero apretó los puños a la espalda. Uno de sus compañeros, el hombre alto de rostro afilado, con más canas que pelo negro, tenía metidos los pulgares bajo el cinto de la espada intentando dar una imagen despreocupada, pero sus nudillos estaban blancos de tanto apretar las manos.

—Como iba diciendo —continuó Logain, que esbozó una leve sonrisa—, me encontraron y me dieron a elegir entre la muerte en ese mismo instante o aceptar lo que me ofrecían. Una rara elección que no era ni mucho menos lo que yo esperaba, pero que tampoco tuve que considerar demasiado. No es que admitieran claramente que habían hecho lo mismo con anterioridad, pero se notaba práctica en su forma de actuar. No me dieron razones, pero ahora parecen obvias al mirar atrás. Reducir a un hombre que encauza no reportaba mucha gloria; en cambio, derribar a un falso Dragón…

Nynaeve frunció el entrecejo. Con qué tranquilidad lo contaba, como un hombre

charlando sobre la cacería del día, y sin embargo era de su propia caída de la que estaba hablando y cada palabra era un clavo más que cerraba el ataúd de Elaida. Tal vez el ataúd del Ajah Rojo al completo. Si las Rojas habían empujado a Logain a proclamarse el Dragón Renacido, ¿no habrían hecho otro tanto con Gorin Rogad o Mazrim Taim? Quizá con todos los falsos Dragones a lo largo de la historia. Era casi como si viera las ideas dando vueltas en las mentes de los altaraneses cual engranajes de un molino, lentamente al principio y después más y más deprisa.

—Durante todo un año me ayudaron a eludir a otras Aes Sedai —prosiguió Logain—, enviándome mensajes cuando había alguna cerca, aunque por entonces no había muchas. Después de autoproclamarme el Dragón Renacido y empezar a reunir seguidores, me enviaban aviso de dónde estaba el ejército del rey y el número de soldados que había. ¿De qué otro modo pensáis que podía saber siempre dónde y cuándo atacar?

Odiaba a las Aes Sedai. De eso estaba convencida Nynaeve merced a las contadas ocasiones en que había tenido oportunidad de examinarlo. Aunque no lo había hecho desde la partida de Min y tampoco había descubierto nada cuando lo hizo. Hubo un tiempo en que había creído que estudiarlo a él sería como enfocar el problema desde un ángulo diferente —la diferencia entre hombres y mujeres no se hacía tan patente en nada como al utilizar el Poder—, pero fue peor que asomarse a un agujero negro; allí no había nada, ni siquiera agujero. En suma, que resultaba inquietante estar cerca de Logain. El hombre había observado cada uno de sus movimientos con una ardiente intensidad que la hacía temblar, aun sabiendo que podía inmovilizarlo con el Poder no bien levantara un dedo de manera sospechosa. No era la clase de fervor ardiente con que los ojos masculinos se clavan en una mujer, sino un puro desprecio que en ningún momento se reflejaba en su semblante y que lo hacía todo más horrible. Las Aes Sedai lo habían privado del contacto con el Poder para siempre, lo habían amansado; Nynaeve podía imaginar lo que ella sentiría si alguien le hiciese lo mismo a ella. Sin embargo, no podía vengarse por ello de todas las Aes Sedai. Lo que sí estaba en su mano era destruir al Ajah Rojo, y llevaba buen camino de conseguirlo.

Ésta era la primera vez que habían acudido tres juntos, pero cada semana, más o menos, acudía algún lord o lady para oír su historia desde Altara —y en ocasiones incluso desde Murandy— para oír su historia, y todos ellos se marchaban apabullados tras escuchar lo que Logain les contaba. No era de extrañar; la única noticia que habría causado más conmoción habría sido que las Aes Sedai admitieran que el Ajah Negro existía realmente. En fin, no pensaban hacerlo ni mucho menos; no querían publicidad, y por eso mismo mantenían la información de Logain lo más restringida posible. Puede que fuera el Ajah Rojo el que hubiese hecho tal cosa, pero al fin y al cabo eran Aes Sedai, y había mucha gente que no distinguía entre un Ajah y otro. Total, que sólo se traía a unos pocos a oír la historia de Logain, aunque cada uno de

los visitantes era elegido cuidadosamente basándose en el poder de la casa que dirigía. Casas que ahora prestarían su apoyo a las Aes Sedai de Salidar, aunque no siempre abiertamente, pero que, en el peor de los casos, rehusarían respaldar a Elaida.

—Javindhra me avisaba cuando venían más Aes Sedai —continuó Logain—, las que me perseguían, y me indicaba dónde estarían, para que así cayera sobre ellas cuando estuvieran desprevenidas.

Los serenos e intemporales rasgos de Lelaine se endurecieron un instante, y la mano de Burin fue hacia la empuñadura de la espada. Habían muerto hermanas antes de que Logain fuera capturado. Éste no pareció advertir sus reacciones.

—El Ajah Rojo nunca me engañó hasta que me traicionó al final —concluyó.

El hombre barbudo miraba a Logain con tanta dureza que saltaba a la vista que era un gesto forzado.

—¿Qué hay de sus seguidores, Aes Sedai? —inquirió—. Tal vez estuviese a buen recaudo en la Torre, pero fue capturado muchas leguas más cerca de donde estamos ahora.

—No todos acabaron muertos o capturados —abundó acto seguido el lord de rostro enjuto—. La mayoría escapó, desapareció. Conozco la historia, Aes Sedai. Los seguidores de Raolin Perdición del Oscuro osaron atacar la propia Torre Blanca cuando fue apresado, y también los de Guaire Amalasan. El avance del ejército de Logain a través de nuestras tierras está aún muy fresco en nuestra memoria para que no nos importe que se repita y marchen de nuevo a fin de rescatarlo.

—No tenéis que temer por eso. —Lelaine miró a Logain y esbozó una fugaz sonrisa, como haría una mujer con un perro fiero que lo sabe sometido a su correa—. Ya no aspira a la gloria, sólo a ofrecer una pequeña compensación por lo que hizo. Además de lo cual, dudo que muchos de sus antiguos partidarios acudieran aunque los llamara, después de haber sido conducido a la Torre en una jaula y amansado.

La suave risa de la Aes Sedai fue coreada por los altaraneses, pero sólo unos breves instantes, y sin apenas ganas. El semblante de Logain era una máscara de hierro.

De repente, Lelaine reparó en la presencia de Nynaeve en el umbral de la puerta y sus cejas se enarcaron. Había intercambiado unas cuantas palabras agradables con la joven en más de una ocasión y había alabado los supuestos descubrimientos de Elayne y suyos, pero era tan diligente como cualquier otra Aes Sedai a la hora de hacer una llamada de atención a una Aceptada que diera un paso en falso.

Nynaeve hizo una reverencia al tiempo que gesticulaba con la taza de barro, ya vacía de té.

—Os pido disculpas, Lelaine Sedai. Tengo que llevar esto de vuelta a las cocinas. —Salió disparada al bochorno de la calle antes de que la Aes Sedai tuviera ocasión de pronunciar una palabra.

Por fortuna a Myrelle no se la veía por ninguna parte ahora. Nynaeve no estaba de humor para aguantar otro rapapolvo sobre actuar con responsabilidad o contener el mal genio o cualquier otra de la docena de estupideces por el estilo. Siguiendo la racha de suerte, vio a Siuan en medio de la calle a menos de treinta metros de distancia, frente a Gareth Bryne, con la muchedumbre rodeándolos. Como Myrelle, Siuan no mostraba señales del vapuleo descrito por Elayne; quizá sentirían más respeto por el *Tel'aran'rhiod* si no se limitaran a salir de él y que les curaran las secuelas de sus meteduras de pata. Nynaeve se acercó más.

—¿Qué demonios os pasa, mujer? —gruñó Bryne a Siuan. Su cabeza canosa se inclinó hacia el rostro aparentemente joven de ella; plantado con los pies bien separados y puesto en jarras ofrecía la apariencia de un peñasco. Hacía tan poco caso del sudor que le resbalaba por la cara que habríase dicho que no era él quien transpiraba—. Os hago un cumplido por lo suaves que han quedado mis camisas e intentáis partirme la cara. Y dije que parecíais estar alegre, lo que a mi modo de ver no es la declaración de una guerra. Era un cumplido, mujer, aunque no estuviera acompañado por flores.

—¿Cumplido? —replicó Siuan también con un gruñido, y los azules ojos le asestaron una mirada abrasadora—. ¡No quiero vuestros cumplidos! Lo que ocurre es que os complace que tenga que plancharos las camisas. Como hombre sois más poca cosa de lo que nunca imaginé, Gareth Bryne. ¿Acaso esperáis que vaya tras de vos como una de esas que siguen al ejército en su marcha, aguardando que os dignéis ofrecerme más de vuestros «cumplidos»? ¡Y no os dirijáis a mí con ese término, «mujer»! Suena como «¡Ven aquí, chucho!».

Una vena empezó a palpitar en la sien de Bryne.

—Lo que me complace es que cumpláis lo prometido, «Siuan». Y, si el ejército emprende alguna vez la marcha, confío en que sigáis haciendo honor a la palabra dada. Jamás os exigí que prestaseis ese juramento; lo hicisteis por decisión propia, para intentar escabulliros de la responsabilidad de lo que hicisteis. Jamás pensasteis que se os exigiría cumplirlo, ¿no es cierto? Y, hablando de la marcha del ejército, ¿qué habéis averiguado mientras os arrastráis ante las Aes Sedai y les besáis los pies?

En un abrir y cerrar de ojos, Siuan pasó de la más ardiente ira a una gélida calma.

—Eso no es parte de mi juramento. —Cualquiera habría pensado que era una joven Aes Sedai viéndola allí plantada, con la espalda muy recta en una actitud fría y arrogante y aire de desafío; una Aes Sedai que no había trabajado con el Poder durante el tiempo suficiente para adquirir un aspecto intemporal—. No espiaré para vos. Servís a la Antecámara de la Torre, Gareth Bryne, bajo juramento. Vuestro ejército marchará cuando lo decida la Antecámara. Atended sus palabras y obedeced sus órdenes.

El cambio experimentado por Bryne fue tan relampagueante como el de la mujer.

—Seríais un enemigo digno con el que cruzar las espadas. —Soltó una queda risa, con admiración—. Pero seríais una mejor… —Con igual rapidez su risa dio paso de nuevo al gesto ceñudo—. Conque la Asamblea, ¿no? ¡Bah! Decidle a Sheriam que haría bien dejando de evitarme. Decidle que un mastín metido en una jaula podría haberse convertido en un cordero cuando aparezca el lobo. No he agrupado a estos hombres para que los vendan en el mercado. —Tras saludar con un seco cabeceo, echó a andar entre la multitud. Siuan lo siguió con la mirada, fruncido el entrecejo.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Nynaeve, y Siuan dio un respingo de sobresalto.

—Nada que sea de tu incumbencia —espetó mientras se alisaba el vestido.

Cualquiera habría dicho que Nynaeve la había sobresaltado a propósito. Esta mujer siempre se tomaba todo como algo personal.

—Dejémoslo estar —repuso la joven fríamente. No estaba dispuesta a dejarse llevar por otros derroteros que la apartaran de lo que se proponía—. Lo que no pienso dejar a un lado es estudiarte. —Iba a hacer algo útil ese día aunque le costara la vida. Siuan abrió la boca a la par que miraba en derredor—. No, no puedo disponer de Marigan en este momento, y tampoco la necesito. Has dejado que me acerque a ti dos veces, ¡dos!, desde que descubrí un indicio de que había algo en ti susceptible de curar. Estoy dispuesta a examinarte hoy, y si no lo logro le diré a Sheriam que has desobedecido sus órdenes al no ponerte a mi disposición. ¡Juro que lo haré!

Por un momento creyó que la otra mujer iba a desafiarla a que se atreviera a hacerlo, pero al final Siuan accedió a regañadientes.

—De acuerdo, esta tarde. Estoy ocupada toda la mañana. A no ser que consideres que lo tuyo es más importante que ayudar a tu amigo de Dos Ríos.

Nynaeve se acercó más a ella. En la calle nadie les prestaba más atención que alguna ojeada por encima al pasar, pero aun así bajó la voz:

—¿Cuáles son sus planes respecto a él? Siempre dices lo mismo, que todavía no han decidido qué hacer, pero tienen que haber llegado a alguna conclusión a estas alturas. —Si era así, Siuan debía saberlo, tanto si se suponía que podía como si no.

Leane apareció inesperadamente y fue como si Nynaeve no hubiese hablado. Siuan y Leane intercambiaron una mirada iracunda, tiesa la espalda, erizadas como dos gatos desconocidos dentro de un cuarto pequeño.

—¿Y bien? —masculló Siuan, prietas las mandíbulas.

Leane aspiró sonoramente y sus bucles se mecieron al sacudir la mujer la cabeza. Una mueca burlona curvaba sus labios, pero sus palabras no eran acordes con su expresión ni su tono:

—Intenté persuadirlas —barbotó, aunque sin alzar la voz—. Pero por lo visto no te escucharon lo bastante para tomarlo siquiera en consideración. No estarás en la reunión con las Sabias de esta noche.

—¡Peces destripados! —maldijo Siuan y, girando sobre sus talones, echó a andar aunque no más rápido que Leane en dirección opuesta.

Nynaeve casi levantó las manos con frustración. Mira que hablar como si ella no estuviera, como si no supiera exactamente a qué se referían. Haciendo caso omiso de ella. ¡Más le valía a Siuan aparecer esa tarde como había prometido o Nynaeve hallaría el modo de retorcerla y ponerla a secar como una sábana! Dio un brinco de sobresalto cuando la voz de una mujer habló a su espalda:

—A esas dos habría que mandarlas ante Tiana para que les diera un buen escarmiento. —Lelaine se detuvo junto a Nynaeve y miró primero hacia Siuan y después hacia Leane. ¡Qué mala costumbre de acercarse a hurtadillas a la gente y darles un susto! No se veía a Logain, Burin o nobles altaraneses por ninguna parte. La hermana Azul se ajustó el chal—. Ya no son lo que eran, por supuesto, pero lo menos que podía esperarse de ellas es que guardasen un poco la compostura. No estaría bien que acabaran tirándose del pelo en plena calle.

—A veces hay gente que se le atraviesa a uno, simplemente —manifestó Nynaeve. Había muchas que lo tenían por costumbre; una costumbre que ella había intentado quitarles.

—No cuando afecta la dignidad de las Aes Sedai, pequeña —discrepó Lelaine—. Las mujeres que sirven a las Aes Sedai deberían mostrar más comedimiento en público por muy necias que sean en privado. —Nada que objetar a eso, ciertamente; al menos, sin correr algún riesgo—. ¿Por qué entraste hace un momento, cuando estaba enseñando a Logain?

—Creí que la sala estaba vacía, Aes Sedai —repuso Nynaeve sin tardanza—. Lo lamento. Espero no haberos causado molestias.

No podía confesar que se estaba escondiendo de Myrelle. No hubo respuesta, pero la esbelta Azul la miró fijamente a los ojos un momento.

—¿Qué crees que hará Rand al'Thor, pequeña?

Nynaeve parpadeó, desconcertada.

—Aes Sedai, no lo he visto desde hace medio año. Lo único que sé es lo que he oído aquí. ¿Acaso la Asamblea…?

Clavando una mirada escrutadora en Nynaeve, Lelaine frunció los labios. Aquellos oscuros ojos, que parecían ver dentro del cerebro de una, resultaban muy inquietantes.

—Qué increíble coincidencia el que seas del mismo pueblo que el Dragón Renacido. Igual que la otra chica, Egwene al'Vere. Había grandes expectativas con ella cuando entró de novicia. ¿Tienes idea de dónde está ahora? —No esperó a que Nynaeve respondiera—. Y los otros dos jóvenes, Perrin Aybara y Mat Cauthon. Los dos *ta'veren* también, según tengo entendido. Extraordinario, ya lo creo. Y estás tú, con tus grandes descubrimientos a pesar de tus limitaciones. Dondequiera que se

encuentre Egwene, ¿se aventura también allí donde ninguna de nosotras ha llegado? Todos vosotros habéis sido el tema de muchas conversaciones entre las hermanas, como podrás imaginar.

—Confío en que se dijeran cosas buenas —comentó lentamente la joven.

Se habían planteado muchas preguntas respecto a Rand desde su llegada a Salidar, sobre todo desde que la delegación había partido hacia Caemlyn —algunas Aes Sedai parecían no tener otro tema de conversación cuando hablaban con ella— pero esto parecía diferente. Ése era el problema de conversar con Aes Sedai: la mitad del tiempo uno no estaba seguro de lo que querían decir realmente o qué se proponían.

—¿Todavía albergas esperanzas de curar a Siuan y a Leane, pequeña? —Asintiendo con un cabeceo como si Nynaeve hubiese contestado, Lelaine suspiró—. A veces creo que Myrelle tiene razón. Te consentimos demasiado. Por importantes que fueran tus descubrimientos, quizá deberíamos ponerte a cargo de Theodrin hasta que tu bloqueo para encauzar quedase roto. Considerando lo que has hecho en los últimos dos meses, imagina de lo que serías capaz entonces. —Nynaeve se aferró la trenza inconscientemente e intentó meter baza, articular una protesta cuidadosamente formulada, pero Lelaine pasó por alto su intento—. No quieras hacerles un favor a Siuan y a Leane, pequeña. Deja que olviden quiénes y qué eran y que se conformen con lo que son ahora. Por el modo en que se comportan, lo único que les impide olvidarlo por completo eres tú y tus absurdos intentos de curar lo que no tiene curación. Ya no son Aes Sedai. ¿Por qué hacerles alentar falsas esperanzas?

Había un dejo de compasión en su voz y también un atisbo de desdén. Al fin y al cabo, quienes no pertenecían a la hermandad Aes Sedai eran inferiores, y la artimaña de Siuan y Leane las había colocado definitivamente entre estas últimas. Aparte, por supuesto, de que no pocos en Salidar culpaban de los problemas en la Torre a Siuan, a sus maquinaciones mientras era Amyrlin. Seguramente creían que merecía todo lo que le había ocurrido y más.

Empero, lo que se les había hecho lo complicaba todo. Neutralizar a una mujer era infrecuente. Antes de Siuan y Leane ninguna mujer había sido procesada y neutralizada desde hacía ciento cuarenta años, y ninguna se había consumido desde hacía por lo menos doce. Una mujer neutralizada, por lo general trataba de alejarse todo lo posible de las Aes Sedai. A buen seguro que, si Lelaine hubiese sido neutralizada, habría querido olvidar que había sido Aes Sedai, si hubiera podido. E indudablemente también le gustaría olvidar que Siuan y Leane lo habían sido, que les había sido arrebatado todo. Si fuera posible verlas como dos mujeres corrientes que nunca habían sido capaces de encauzar, que jamás habían pertenecido a la hermandad, muchísimas Aes Sedai se sentirían mucho menos incómodas.

—Sheriam Sedai me ha dado permiso para intentarlo —adujo Nynaeve hablando

con tanta firmeza como se atrevió con una hermana. Lelaine le sostuvo la mirada hasta que la joven bajó los ojos. Se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar la trenza antes de obligarse a soltarla, pero mantuvo el gesto suave. Tratar de sostener la mirada a una Aes Sedai era una solemne estupidez siendo sólo Aceptada.

—A veces nos comportamos neciamente, pequeña, pero una mujer sensata aprende a limitar las veces que cae en ello. Puesto que pareces haber terminado de desayunar, sugiero que te libres de esa jarra y busques algo que hacer antes de que te encuentres metida en un buen lío. ¿Has considerado alguna vez la posibilidad de dejarte corto el cabello? No importa. Márchate.

Nynaeve hizo una precipitada reverencia, pero la Aes Sedai ya se había dado media vuelta cuando aún no había acabado de inclinarse. A salvo de los ojos de Lelaine, lanzó una mirada furibunda a la mujer. ¿Cortarse el pelo? Levantó la trenza y la agitó hacia la Aes Sedai que se alejaba. Que hubiese esperado hasta estar a salvo la enfurecía, pero de no haberse aguantado seguramente estaría de camino a hacer compañía a Moghedien en el lavadero, con una parada intermedia para ver a Tiana. Meses detenida allí en Salidar sin hacer nada —a efectos prácticos así era, no importaba lo mucho o lo poco que Elayne y ella consiguieran sacarle a Moghedien— entre Aes Sedai que no hacían nada excepto hablar y esperar mientras el mundo seguía caminando hacia su ruina sin ellas. ¡Y Lelaine pensaba que debería cortarse el pelo! Había perseguido al Ajah Negro; la habían capturado y había escapado; a su vez había atrapado a una Renegada —bueno, ninguna de ellas sabía eso—; había ayudado a la Panarch de Tarabon a recuperar su trono aunque fuese por poco tiempo; y ahora lo único que hacía era quedarse sentada y recibir alabanzas por lo que conseguía sacarle a Moghedien. ¿Cortarse el cabello? ¡Para lo que serviría, tanto daba si se afeitaba la cabeza!

Divisó a Dagdara Finchey caminando a largas zancadas entre la muchedumbre, tan corpulenta como cualquier hombre que había en la calle y más alta que la mayoría; la Amarilla de rostro redondo la ponía furiosa. Una razón por la que se había quedado en Salidar era para estudiar con las Amarillas, porque las hermanas de este Ajah eran las que más conocimientos tenían sobre la Curación; o eso decía todo el mundo. Pero si alguna de ellas sabía algo más de lo que sabía ya Nynaeve, entonces es que no lo compartían con una mera Aceptada. Las Amarillas tendrían que haber sido las que mejor hubiesen acogido su deseo de curar cualquier cosa, todo, incluso la neutralización, pero eran las que menos entusiasmo habían mostrado. Dagdara la habría puesto a fregar suelos desde el alba hasta el ocaso hasta que hubiese renunciado a sus «ideas absurdas y ganas de perder el tiempo» si Sheriam no hubiese intervenido, en tanto que Nisao Dachen, una diminuta Amarilla con unos ojos que podían remachar clavos, se negó incluso a hablar con Nynaeve mientras persistiera en «alterar lo que había tejido el Entramado».

Para acabar de rematarlo, su percepción del tiempo seguía advirtiéndole que se aproximaba una tormenta, ahora más cerca, mientras que el cielo despejado y el sol ardiente se mofaban de ella.

Mascullando entre dientes, dejó la jarra de barro en la parte trasera de un carro de leña y continuó caminando por la abarrotada calle. No tenía nada que hacer salvo andar hasta que Moghedien quedara libre, y sólo la Luz sabía cuánto tardaría eso. Toda una mañana perdida que añadir a una sucesión de días malgastados.

Muchas Aes Sedai le sonreían y saludaban con un cabeceo, pero con el simple recurso de devolverles la sonrisa con aire de disculpa y apretar la marcha unos cuantos pasos como si se dirigiese presurosa a alguna parte, evitó que la pararan para hacerle las inevitables preguntas sobre qué nuevas cosas podían esperar de ella. En su estado de ánimo actual podía soltar exactamente lo que pensaba, lo que sería extremadamente estúpido. Sin hacer nada. ¡Mira que preguntarle a ella qué iba a hacer Rand! ¡O que se cortara el pelo! ¡Bah!

Claro que no todo eran sonrisas. Nisao no sólo la miró como si no existiera, sino que Nynaeve tuvo que apartarse ágilmente de su camino para que la pequeña mujer no le pasara por encima. Y una Aes Sedai altanera, de cabello claro, con una barbilla prominente, que guiaba a un alto ruano entre la multitud, le dirigió una penetrante y ceñuda mirada con sus azules ojos mientras pasaba a su lado. Nynaeve no la reconoció. La mujer iba vestida con un traje de montar de seda gris pálido, pero el ligero guardapolvo de lino que llevaba doblado sobre la silla denotaba un viaje y la señalaba como una recién llegada. Reafirmando la probabilidad de que era nueva allí, el larguirucho Guardián con capa verde que iba tras ella sobre un enorme caballo de batalla gris parecía inquieto. Los Guardianes nunca traslucían inquietud, pero Nynaeve supuso que unirse a una rebelión contra la Torre podía justificar la excepción. ¡Luz! ¡Hasta las recién llegadas venían dispuestas a ponerla en su sitio!

Y entonces apareció Ino, con su rostro surcado por una cicatriz, la cabeza afeitada excepto la cola de caballo y el ojo tuerto cubierto por un parche en el que iba pintado un rojizo remedo de globo ocular de expresión furibunda. Haciendo una pausa en el rapapolvo que echaba a un avergonzado joven equipado con armadura, que sostenía las riendas de un caballo con una lanza sujeta a la silla, Ino dirigió una afectuosa sonrisa a Nynaeve. En fin, habría resultado afectuosa sin el parche del ojo. La expresión tormentosa de la mujer lo hizo parpadear y reanudó la regañina al soldado.

No era Ino ni su parche lo que le daba ardor de estómago. No exactamente. Las había acompañado a Elayne y a ella hasta Salidar, y en cierta ocasión prometió robar caballos —«cogerlos prestados» lo llamó él— si querían marcharse de allí. Ya no había posibilidades de hacerlo. Ino lucía ahora un galón dorado en los puños de su desgastada chaqueta oscura; era un oficial que entrenaba caballería pesada para Gareth Bryne, y estaba demasiado absorto en ello para preocuparse por Nynaeve. No,

eso no era cierto. Si dijera que quería irse, le procuraría caballos en cuestión de horas y saldría con una escolta de shienarianos que habían prometido lealtad a Rand y que sólo estaban en Salidar porque Elayne y ella los habían conducido hasta allí. Pero para eso tendría que admitir que se había equivocado al decidir quedarse, admitir que había mentido todas las veces que le aseguró que estaba contenta con su actual situación. Y reconocer tales cosas iban en contra de su forma de ser. La principal razón de que Ino se quedara era que pensaba que debía cuidar de Elayne y de ella. ¡Así que no iba a admitir nada ante él!

La idea de abandonar Salidar era nueva, avivada la chispa al ver a Ino, y la hizo ponerse a reflexionar. Ojalá Thom y Juilin no se hubiesen ido a hacer un recorrido por Amadicia. Y no es que hubiesen salido de viaje por gusto. En aquellos primeros días, cuando parecía que las Aes Sedai de Salidar podrían hacer realmente algo, se habían ofrecido voluntarios para salir a explorar y ver qué estaba pasando al otro lado del río. Habiéndose propuesto llegar hasta la mismísima Amador, llevaban ausentes más de un mes y no regresarían hasta dentro de varios días en el mejor de los casos. No eran los únicos exploradores, claro es; incluso se había enviado a Aes Sedai y Guardianes, aunque la mayoría de éstos se dirigían más al oeste, a Tarabon. Toda una exhibición de estar haciendo algo; y el retraso hasta que cualquiera regresara con noticias era una buena excusa para esperar. Nynaeve deseó no haber dejado que los dos hombres se marcharan. Ninguno de ellos lo habría hecho si ella se hubiese opuesto.

Thom era un viejo juglar, aunque en tiempos había sido alguien mucho más importante, y Juilin, un rastreador de Tear, ambos unos hombres competentes que sabían arreglárselas en lugares desconocidos y bastante útiles en ciertos aspectos. También las habían acompañado a Elayne y a ella, y ninguno habría hecho preguntas si les hubiese dicho que querían marcharse. Claro que se habrían despachado a gusto a sus espaldas, pero no en su cara, como haría Ino.

Resultaba mortificante reconocer que realmente los necesitaba, pero lo cierto es que ella no tenía ni idea de cómo robar un caballo. En cualquier caso, una Aceptada llamaría la atención si se acercaba a los animales, tanto en los establos como en las hileras de estacas dispuestas por los soldados, y si se cambiaba el vestido blanco con franjas de colores, la verían sin duda e informarían de ello antes de que hubiese conseguido acercarse a un caballo. Aun en el caso de que lograra su propósito, la perseguirían. A las Aceptadas que huían, al igual que a las novicias, casi siempre se las traía de regreso para afrontar un castigo que borraría cualquier idea de intentarlo una segunda vez. Cuando una empezaba a instruirse para ser Aes Sedai, las hermanas no la soltaban hasta que decidían que era el momento de hacerlo.

No era el miedo al castigo lo que la echaba atrás, naturalmente. ¿Qué importancia tenían unos cuantos varapalos en comparación con la posibilidad de que el Ajah

Negro la matara, o enfrentarse a una Renegada? Era sólo una cuestión de si realmente quería marcharse o no. ¿Adónde podría ir, por ejemplo? ¿Con Rand, a Caemlyn? ¿Con Egwene, en Cairhien? ¿La acompañaría Elayne? Ciertamente sí, si se dirigían a Caemlyn. ¿Era sólo el deseo de hacer algo o el miedo de que acabaran descubriendo a Moghedien? ¡El castigo por huir no sería nada comparado con eso! No había llegado a ninguna conclusión cuando giró en una esquina y se encontró con la clase de novicias de Elayne, reunida en un espacio abierto entre dos casas de piedra con tejados de bálago, allí donde se habían limpiado las ruinas de una tercera.

Más de una veintena de mujeres vestidas de blanco, sentadas en banquetas bajas en un semicírculo, observaban a Elayne mientras guiaba a dos de ellas en un ejercicio. El brillo del *Saidar* envolvía a las tres mujeres. Tabiya, una muchachita de quince o dieciséis años, ojos verdes y pecosa, y Nicola, una esbelta mujer de cabello negro y de la edad de Nynaeve, se pasaban, inseguras, una llamita. Ésta titilaba y a veces desaparecía un instante, cuando una se retrasaba en cogérsela a la otra y mantenerla. En su estado de humor actual, Nynaeve veía claramente los flujos que tejían.

Cuando Sheriam y el resto habían huido se habían llevado a dieciocho novicias —Tabiya era una de ellas— pero la mayoría de este grupo era como Nicola, recientemente reclutadas desde que las Aes Sedai se habían establecido en Salidar. Nicola no era la única mujer mayor de lo que normalmente era una novicia; casi la mitad era de esa edad. Cuando Nynaeve y Elayne habían ido a la Torre, las Aes Sedai rara vez hacían pruebas a mujeres mucho mayores que Tabiya —Nynaeve había sido un caso excepcional, tanto por su edad como por su condición de espontánea—; pero, quizás empujadas por la desesperación, la Aes Sedai de allí habían incluido en las pruebas a mujeres que incluso sacaban uno o dos años a Nynaeve. El resultado era que en la actualidad había más novicias en Salidar que las que había tenido la Torre desde hacía años. Este éxito había inducido a las Aes Sedai a enviar hermanas por todo Altara, en una búsqueda minuciosa de pueblo en pueblo.

—¿Te apetecería estar dando clase tú?

La voz junto a su hombro hizo que el estómago se le encogiera. Dos veces en una misma mañana. Ojalá tuviera un poco de menta de ánade en la bolsita del cinturón. Si seguía dejando que la sorprendieran, iba a acabar poniendo en orden los papeles de una Marrón.

Claro que la domani de mejillas sonrosadas no era una Aes Sedai. De haber estado en la Torre, Theodrin ya habría sido ascendida al chal, pero aquí se la había promovido a algo que estaba por encima de las Aceptadas, pero que no llegaba a ser una hermana de hecho. Llevaba el anillo de la Gran Serpiente en la mano derecha, no en la izquierda, y un vestido verde que armonizaba con su tez cobriza, pero no podía elegir un Ajah ni llevar el chal.

—Tengo mejores cosas que hacer que ocuparme de enseñar a un puñado de torpes novicias.

Theodrin se limitó a sonreír ante el tono desabrido de Nynaeve. En realidad era agradable.

—¿Una torpe Aceptada enseñando a torpes novicias?

Bueno, por lo general era agradable.

—En fin, una vez que consigamos que puedas encauzar sin estar presta a aporrearles la cabeza, también enseñarás a novicias —continuó Theodrin—. Y no me sorprendería que fueras ascendida al poco tiempo, con todas esas cosas que has descubierto. ¿Sabes? Nunca me has contado qué truco utilizas.

Casi siempre las espontáneas tenían un truco que habían aprendido, el primero que revelaba su habilidad para encauzar. La otra cosa que las espontáneas tenían en común era un bloqueo, una especie de barrera levantada en sus mentes para ocultar su don para encauzar incluso a ellas mismas.

Nynaeve logró mantener el gesto tranquilo gracias a un gran esfuerzo. Ser capaz de encauzar cuando quisiera. Ser ascendida a Aes Sedai. Ninguna de las dos cosas resolvería el problema de Moghedien, pero entonces sí podría ir a donde quisiera, estudiar lo que quisiera sin que nadie le dijese que esto o aquello no podía curarse, simplemente.

—La gente se recuperaba cuando no tendrían que haberlo hecho —contestó—. Me ponía muy furiosa que alguien fuera a morirse, que todo lo que sabía sobre hierbas no fuera suficiente… —Se estremeció—. Y se ponían bien.

—Mucho mejor que lo mío. —La esbelta mujer suspiró—. Podía hacer que un chico deseara besarme o que no quisiera hacerlo. Mi modo de salvar el bloqueo eran los hombres, no la rabia. —Nynaeve la miró con incredulidad y Theodrin rió—. Bueno, también era una emoción. Si se encontraba presente un hombre y me gustaba o me desagradaba mucho, podía encauzar. Si no sentía ni lo uno ni lo otro o no había ningún hombre, podría haber sido una roca en lo que se refiere al *Saidar*.

—¿Y cómo lograste superarlo? —inquirió con curiosidad Nynaeve. Elayne había colocado por parejas a las novicias ahora, que se esforzaban torpemente para pasarse las llamitas unas a las otras.

La sonrisa de Theodrin se ensanchó al oír la pregunta, pero también el rubor le tiñó las mejillas.

—Un joven llamado Charel, un caballerizo de los establos de la Torre, empezó a echarme miradas insinuantes. Por entonces yo tenía quince años y él una sonrisa maravillosa. Las Aes Sedai lo dejaron que se sentara cerca durante mis lecciones, en un rincón y en silencio, y así yo podía encauzar de continuo. Lo que no sabía era que Sheriam lo había arreglado todo desde el principio para que me conociera. —Sus mejillas se pusieron más rojas—. Lo que tampoco sabía es que Charel tenía una

hermana gemela ni que al cabo de unos cuantos días quien estaba sentada en el rincón era realmente Marel. Cuando se quitó la chaqueta y la camisa un día en mitad de una de mis lecciones, sufrí tal impresión que me desmayé. Pero, a partir de ese momento, pude encauzar cada vez que quise.

Nynaeve se echó a reír sin poder evitarlo y, a despecho de su sonrojo, Theodrin se sumó a sus carcajadas sin rebozo.

—Ojalá fuera algo tan fácil para mí, Theodrin.

—Tanto si lo es como si no —dijo la otra mujer, apagadas ya las risas—, romperemos ese bloqueo tuyo. Esta tarde…

—Voy a examinar a Siuan —se apresuró a interrumpirla Nynaeve, y Theodrin apretó los labios.

—Has estado esquivándome, Nynaeve. En el último mes has conseguido escabullirte siempre, salvo en tres ocasiones. Puedo aceptar que lo intentes y fracases, pero no admitiré que empieces a tener miedo de intentarlo.

—No lo tengo —empezó, indignada, Nynaeve en tanto que una vocecilla interior preguntaba si no estaría tratando de ocultarse a sí misma la verdad. Resultaba tan descorazonador intentarlo, intentarlo e intentarlo… y fracasar.

Theodrin no la dejó añadir una palabra más.

—Daré por bueno que hoy estás ocupada —dijo sosegadamente—, así que te veré mañana, y todos los días de ahí en adelante, o me veré obligada a tomar otras medidas. No quisiera tener que hacer eso y a ti tampoco te interesa, pero estoy decidida a romper tu bloqueo. Myrelle me ha pedido que ponga todo mi empeño en ello y juro que lo haré.

El que esta advertencia fuera casi un calco de la que ella había hecho a Siuan dejó boquiabierta a Nynaeve. Era la primera vez que la otra mujer había hecho uso de la autoridad que le otorgaba su nueva posición. Con la mala suerte que estaba teniendo ese día, corría el peligro de encontrarse junto a Siuan esperando ver a Tiana.

Theodrin no aguardó su respuesta. Se limitó a asentir con un cabeceo como si le hubiese manifestado su conformidad y se alejó calle arriba. Nynaeve casi pudo ver un chal alrededor de los hombros de la otra mujer. Todo estaba saliendo mal esa mañana. ¡Y otra vez Myrelle! Qué ganas tenía de chillar.

En medio de las novicias, Elayne le dedicó una sonrisa enorgullecida, pero Nynaeve sólo sacudió la cabeza y se dio media vuelta para regresar a su cuarto. La medida de cómo le estaban saliendo las cosas esa mañana fue que, antes de estar a mitad de camino de allí, Dagdara Finchey se dio de bruces con ella tan violentamente que la tiró de espaldas en el suelo. ¡Corriendo! ¡Una Aes Sedai! La mujerona no se paró, ni tan siquiera le ofreció una disculpa mientras se alejaba al trote entre la multitud.

Nynaeve se levantó, se sacudió el polvo, recorrió el trecho que quedaba hasta su

cuarto y cerró de un portazo tras ella. Dentro hacía calor y las camas estaban sin hacer hasta que Moghedien pudiera ocuparse de eso; y lo peor de todo era que la percepción del tiempo de Nynaeve le anunciaba que tendría que descargarse una tormenta de granizo sobre Salidar en ese mismo momento. Pero no se dejaría sorprender en eso, ni permitiría que la pisotearan.

Se dejó caer de golpe sobre las sábanas arrugadas y permaneció tendida, jugueteando con el brazalete de plata, mientras su mente divagaba de un pensamiento a otro, desde lo que conseguiría sacarle a Moghedien ese día o si Siuan aparecería por la tarde, en su bloqueo o en Lan, o si iba a quedarse en Salidar. En realidad irse no significaba huir. Seguramente se dirigiría a Caemlyn, con Rand; el chico necesitaba a alguien que le bajara los humos y pusiera freno a su engreimiento, y a Elayne le gustaría esa propuesta. Aunque habría sido mejor si la idea de marcharse —¡nada de huir!— no le hubiese empezado a parecer tan tentadora después de que Theodrin le hubo comunicado sus intenciones.

Esperaba percibir alguna señal en las emociones transmitidas a través del *a'dam* que indicara que Moghedien había terminado con su trabajo y que tendría que ir a buscarla, ya que a menudo se escondía cuando estaba enfurruñada, de manera que fue toda una sorpresa cuando la puerta se abrió violentamente.

—Así que estás aquí —gruñó Moghedien—. ¡Mira! —Levantó las manos—. ¡Estropeadas! —A Nynaeve no le parecían distintas de cualesquiera otras manos que hubiesen estado haciendo la colada; blanquecinas y arrugadas, cierto, pero esas señales habrían desaparecido al cabo de un rato—. ¡No es bastante que tenga que vivir en la miseria, trayendo y llevando cosas como una sirvienta, sino que ahora se supone que debo trabajar como cualquier primitiva…!

Nynaeve la hizo callar mediante un sencillo recurso. Imaginó un rápido y breve golpe de fusta, lo que éste haría sentir, y luego transmitió el pensamiento a la zona receptora de sensaciones del cerebro de Moghedien. La otra mujer abrió mucho los ojos al tiempo que cerraba la boca bruscamente, apretando los labios. No había sido un golpe fuerte, sino un recordatorio.

—Cierra la puerta y siéntate —ordenó Nynaeve—. Puedes hacer las camas después. Ahora vamos a tener una lección.

—Estoy acostumbrada a algo mejor que esto —rezongó Moghedien mientras obedecía—. ¡Hasta un vaciador de letrinas de Tojar está acostumbrado a algo mejor!

—A menos que me equivoque en mi suposición —replicó cortante Nynaeve—, será un vaciador de letrinas en dondequiera que no tenga una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza. En el momento en que quieras podemos decirle a Sheriam quién eres exactamente. —Era un farol, y la mera idea hacía que a Nynaeve se le pusiera una bola en la boca del estómago, pero una oleada de miedo enfermizo se descargó a través del *a'dam*. Nynaeve casi admiró a Moghedien por lo impasible

que mantuvo el gesto; si ella se sintiera así, estaría chillando y abriendo surcos en el suelo con uñas y dientes.

—¿Qué quieres que te muestre? —inquirió la Renegada en tono aparentemente firme. Siempre tenían que decirle lo que querían saber, porque ella no revelaba nada de buen grado prácticamente nunca, a menos que la presionaran hasta un punto que Nynaeve consideraba rayano en la tortura.

—Lo intentaremos con algo en lo que no has tenido mucho éxito enseñándonos: detectar que un hombre está encauzando. —Hasta ese momento, eso era lo único que Elayne y ella no habían cogido enseguida. Sería útil si decidía ir a Caemlyn.

—No es fácil, sobre todo sin tener un hombre con el que practicar. Lástima que no hayas sido capaz de curar a Logain. —Ni en la voz ni en la expresión de Moghedien había indicio de mofa, pero la mujer miró a Nynaeve y se apresuró a continuar—: Aun así, podemos intentar de nuevo las formas de hacerlo.

Realmente la lección no era fácil. Nunca lo era, ni siquiera con cosas que Nynaeve podía aprender de inmediato una vez que los tejidos se volvían claros. A Moghedien no le era posible encauzar sin que Nynaeve se lo permitiera, de hecho, sin que la guiara; pero en una lección nueva la Renegada tenía que dirigir el proceso para mostrar el modo de tejer los flujos. Esto planteaba un verdadero lío y era la razón principal de que no pudieran aprender una docena de cosas nuevas de la mujer cada día. En este caso, Nynaeve tenía cierta idea de cómo se tejían los flujos, pero era un intrincado hilado de encaje con los Cinco Poderes que en comparación hacía parecer sencilla la Curación, aparte de que el entramado cambiaba con relampagueante rapidez. Su complejidad era la razón de que nunca se hubiera usado con frecuencia, según Moghedien.

No obstante, Nynaeve se recostó en su cama y se dedicó afanosa a ello. Si iba a reunirse con Rand, podría necesitar esto y quizá muy pronto. También encauzó todos los flujos por sí misma; bastaba con recordar brevemente a Lan o Theodrin para mantener viva la rabia. Antes o después Moghedien tendría que responder por sus crímenes y entonces ¿en qué situación se encontraría ella, acostumbrada a recurrir a los poderes de la otra mujer cada vez que lo precisaba? Tenía que vivir y trabajar con sus propias limitaciones. ¿Podría Theodrin encontrar un modo de romper su bloqueo? Lan tenía que estar vivo para que ella pudiera encontrarlo. El ligero dolor de cabeza cobró intensidad hasta dar paso a una lacerante presión en las sienes. Una cierta tensión se marcó en torno a los ojos de Moghedien, y la mujer se frotó la cabeza de vez en cuando, pero bajo la sensación de miedo que le transmitía el brazalete Nynaeve percibió otra tenue corriente de lo que casi parecía alegría. Supuso que, incluso cuando no se quería enseñar, hacerlo debía de producir cierta satisfacción, aunque no estaba segura de que le gustara que Moghedien experimentara una reacción humana tan normal.

Ignoraba cuánto se había prolongado la lección, intercalada con rezongos de Moghedien como «casi» y «no del todo», pero cuando la puerta volvió a abrirse bruscamente casi se incorporó de un brinco de la cama. La repentina descarga de miedo experimentada por Moghedien habría venido acompañada por un aullido en cualquier otra mujer.

—¿Te has enterado, Nynaeve? —preguntó Elayne al tiempo que empujaba la puerta—. Ha llegado una emisaria de la Torre, enviada por Elaida.

Nynaeve olvidó por completo las palabras que sin duda habría gritado de no ser por que tenía el corazón en la garganta. Hasta se olvidó de la jaqueca.

—¿Una emisaria? ¿Estás segura?

—Pues claro que lo estoy, Nynaeve. ¿O es que crees que habría venido corriendo por una simple hablilla? El pueblo entero está alborotado.

—No entiendo por qué —repuso con acritud. La sensación de presión dentro del cráneo había vuelto. Y ni toda su provisión de menta de ánade guardada en el morral de hierbas le habría aliviado la acidez de estómago. ¿Es que esta chica no iba a aprender nunca a llamar a una puerta? Moghedien tenía las manos apretadas sobre el estómago, como si a ella tampoco le viniera mal un poco de menta de ánade—. Ya les dijimos que Elaida sabía lo de Salidar.

—Puede que nos creyeran y puede que no —argumentó Elayne, que se sentó pesadamente a los pies de la cama de Nynaeve—, pero esto despeja cualquier duda. Elaida sabe dónde estamos y probablemente lo que nos proponemos hacer. Cualquiera de las criadas podría ser su informadora. Tal vez incluso alguna de las hermanas. Eché un vistazo a la emisaria, Nynaeve: cabello claro y ojos azules tan fríos que congelarían el sol. Una Roja llamada Tarna Feir, según dijo Faolain. Uno de los Guardianes que estaba de servicio de vigilancia la escoltó hasta el pueblo. Cuando mira es como si uno fuese menos que una piedra.

Nynaeve volvió la vista hacia Moghedien.

—Hemos terminado con la clase por ahora. Regresa dentro de una hora y podrás hacer las camas. —Esperó hasta que la Renegada se hubo ido, prietos los labios y agarrándose las faldas con los dedos crispados, y luego se volvió hacia Elayne—. ¿Qué mensaje trae?

—¡Qué cosas tienes, Nynaeve! ¿Crees que iban a decírmelo a mí? Todas las Aes Sedai con las que me he cruzado se estaban preguntando eso mismo. Oí comentar que cuando le dijeron a Tarna que sería recibida por la Antecámara de la Torre se echó a reír. Y no con regocijo. No creo que… —Elayne se mordió el labio inferior—. Espero que no decidan…

—¿Regresar? —preguntó Nynaeve con incredulidad—. ¡Elaida querrá que recorran los últimos quince kilómetros de rodillas, y el último arrastrándose como gusanos! Y, aunque no sea así, aunque esta Roja les diga «Volved a casa; todo está

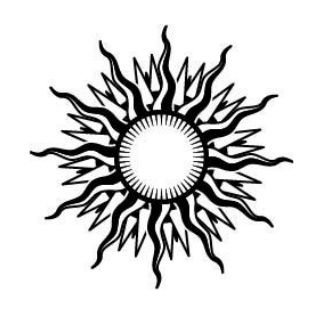
perdonado y os espera la cena», ¿crees que podrían desembarazarse de Logain como si nada?

—Nynaeve, las Aes Sedai podrían desembarazarse de cualquier obstáculo con tal de unir de nuevo la Torre Blanca. Cualquier cosa. No las conoces tan bien como yo; había Aes Sedai en palacio desde el día en que nací. La cuestión es qué estará diciendo Tarna ahora a la Antecámara y qué le dirá la Antecámara a ella.

Nynaeve se frotó los brazos con irritación. No tenía respuesta a eso, sólo esperanzas, y su percepción del tiempo le manifestaba que la inexistente tormenta de granizo se estaba descargando con toda su fuerza sobre los tejados de Salidar.

La sensación se prolongó durante días.

9



Planes

¿Habéis hecho venir a Amador a esos Iluminadores?

Muchos se habrían encogido al oír hablar a Pedron Niall en un tono tan frío, pero no así el hombre plantado sobre el dorado sol ensamblado en el suelo, delante del austero sillón de respaldo alto ocupado por Niall. Por el contrario, exudaba seguridad en sí mismo y competencia.

—Hay una razón para que tenga a dos mil Hijos guardando la frontera con Tarabon, Omerna —continuó Niall—. Tarabon está en cuarentena. No se debe permitir el paso a nadie. De estar en mi mano, ni siquiera lo haría un gorrión.

Omerna era la viva imagen de lo que se esperaba que fuera un oficial de los Hijos de la Luz: alto, de presencia imponente, un rostro aguerrido que traslucía arrojo, de fuerte mandíbula y pinceladas blancas en las sienes. Sus oscuros ojos parecían más que capaces de contemplar el campo de batalla más cruento sin inmutarse, como en realidad lo habían hecho. En ese momento reflejaban una profunda reflexión. El tabardo blanco y dorado de un capitán, Ungido de la Luz, le iba como anillo al dedo.

—Mi capitán general, desean establecer una sede de la Corporación aquí. —Incluso la voz, profunda y mesurada, encajaba con su imagen—. Los Iluminadores viajan por todas partes. Resultaría fácil introducir espías entre ellos. Espías que serían bien recibidos en cualquier ciudad, en cualquier mansión de nobles, en cualquier palacio de un dirigente. —Omerna era supuestamente un miembro poco relevante del Consejo de los Ungidos, pero en realidad era, por decirlo de algún modo, el jefe de espionaje de los Hijos de la Luz—. ¡Pensadlo!

Lo que Pedron Niall pensaba era que la Corporación de Iluminadores estaba integrada por taraboneses, desde el primer hombre y mujer hasta el último de ellos, y Tarabon estaba infestado por un caos y una locura que no permitiría que se desatara en Amadicia. Si no había más remedio que esperar para cauterizar esa herida, sí podía al menos aislarla.

—Recibirán el mismo trato que todos los que entran subrepticiamente en el país, Omerna: retenidos bajo vigilancia, sin permiso para hablar con nadie y escoltados de vuelta a la frontera, expulsados de Amadicia sin dilación.

—Si me permitís que insista, mi capitán general, su utilidad merecería el precio de los contados rumores que pudiesen propagar. Son gente muy reservada. Y, aparte de su utilidad para infiltrar a mis espías, el prestigio de contar con una sede de Iluminadores en Amador sería considerable. Constituiría la única sede en la actualidad. La de Cairhien ha sido abandonada y la de Tanchico habrá sufrido la misma suerte sin duda.

¡Prestigio! Niall se frotó el párpado izquierdo para calmar un tic nervioso. No tenía sentido enfurecerse con Omerna, pero contenerse requirió un arduo esfuerzo por su parte. El bochorno matinal era como un fuego lento sobre el que su mal humor iba alcanzando el punto de ebullición poco a poco.

—Ya lo creo que es gente reservada, Omerna. Viven y viajan con los de su propia clase, y apenas hablan con los demás. ¿Acaso os proponéis que vuestros espías se casen con Iluminadores? Rara vez contraen matrimonio con alguien que no pertenezca a su gremio, y no hay otro modo de convertirse en Iluminador que serlo por nacimiento.

—Oh, bien. Estoy seguro de que podría hallarse otra vía para conseguirlo.

No había nada que pudiera hacer mella en aquella apariencia de seguridad y competencia.

—Se hará como he dicho, Omerna. —El oficial volvió a abrir la boca, pero Niall se adelantó, irritado—: ¡Como he dicho, Omerna! ¡Ni una palabra más! Y bien, ¿qué información tenéis hoy? Información útil, quiero decir. Tal es vuestra función, no proporcionar fuegos de artificio para Ailron.

Omerna vaciló, obviamente deseoso de hacer otra interpelación en favor de sus preciados Iluminadores, pero al final manifestó con aire solemne:

—Los informes sobre la presencia de seguidores del Dragón en Altara son algo más que rumores, al parecer. Y quizá también en Murandy. La infección es pequeña, pero crecerá. Una acción enérgica en este momento podría resolver el problema de ellos y de las Aes Sedai de Salidar en un solo…

—¿Decidís ahora la estrategia militar de los Hijos? Limitaos a obtener información y dejad que yo haga uso de ella. ¿Qué otra cosa tenéis para despachar conmigo?

La respuesta del hombre por haberlo interrumpido fue una inclinación de cabeza sosegada, en señal de aquiescencia. Omerna era un maestro en lo de conservar la calma; quizás era lo que mejor sabía hacer.

—Tengo buenas noticias. Mattin Stepaneos está dispuesto a daros su apoyo. Todavía duda en hacer un anuncio público, pero mi gente destacada en Illian informa que lo hará pronto. Se dice que está ansioso.

—Eso sería realmente extraordinario —comentó secamente Niall. Extraordinario, desde luego.

Entre las banderas y los estandartes que se alineaban a lo largo de las cornisas de la sala, los Tres Leopardos de Mattin Stepaneos, plata sobre campo negro, pendían junto al estandarte real illiano, tres abejas hechas con hilo de oro sobre seda verde y con orla dorada. Al final el rey illiano no había salido tan mal parado de los Disturbios, aunque sí lo suficiente para forzarlo a un tratado que establecía la frontera entre Amadicia y Altara tal y como estaba antes del conflicto, pero Niall dudaba que el hombre olvidara nunca que había llevado ventaja en terreno y en número de tropas en Soremaine y que aun así había caído derrotado y capturado. Si los Compañeros Illianos no hubiesen defendido el campo para que el resto del ejército escapara a la trampa de Niall, Altara sería ahora un feudo de los Hijos, y muy probablemente también Murandy e incluso Illian. Peor aún: Mattin Stepaneos tenía una bruja de Tar Valon como consejera, aunque ocultaba tal hecho y a ella. Niall había enviado emisarios porque no osaría renunciar a una posibilidad de acuerdo sin antes intentarlo. Empero, el que Mattin Stepaneos hiciera voluntariamente un frente común con él resultaría en verdad extraordinario.

—Continuad —pidió al oficial—. Y sed breve. Hoy tengo el día muy ocupado y puedo leer vuestros informes escritos más tarde.

A pesar de esas instrucciones, la exposición de Omerna fue larga, pronunciada en una voz sonora y llena de certidumbre. Al'Thor apenas había extendido su control en Andor más allá de Caemlyn. Su relampagueante ataque se había quedado claramente estancado, como él había pronosticado, según hizo notar Omerna. No había muchas probabilidades de que las Tierras Fronterizas se unieran a los Hijos contra el falso Dragón a corto plazo; los señores de Shienar, Arafel y Kandor estaban aprovechando la tranquilidad reinante en la Llaga para rebelarse, y la reina de Saldaea se había recluido en el campo por miedo a tal posibilidad, según Omerna. Sus espías seguían adelante con su labor, sin embargo, y al cabo se metería en cintura a los dirigentes de las naciones fronterizas tan pronto como se aplastara esas pequeñas rebeliones. Por otro lado, los dirigentes de Murandy, Altara y Ghealdan estaban a punto de agachar la cerviz y entrar en razón, aunque hasta el momento mantenían una actitud ambivalente para tranquilizar a las brujas de Tar Valon. Alliandre de Ghealdan sabía que su trono era inestable, que necesitaba a los Hijos para evitar un derrocamiento tan repentino como el de sus predecesores, en tanto que Tylin de Altara y Roedran de Murandy confiaban en que el peso de los Hijos los convirtiera finalmente en algo más que unas figuras decorativas. Saltaba a la vista que para el oficial era como si Niall tuviese ya a estos países metidos en un bolsillo.

En la propia Amadicia el panorama era incluso mejor, a entender de Omerna. Hacía años que no había tanta afluencia para alistarse bajo la bandera de los Hijos como en la actualidad. Estrictamente hablando, eso no era incumbencia de Omerna, pero el hombre tenía por costumbre salpicar sus informes con cualquier buena noticia

que llegara a su conocimiento. El Profeta no causaría disturbios en la zona durante mucho más tiempo; actualmente su horda de desarrapados estaba enfrascada en saquear pueblos y caseríos en el norte, y muy bien podría desperdigarse de vuelta a Ghealdan con la siguiente arremetida de los soldados de Ailron. Las cárceles estaban abarrotadas porque se arrestaban Amigos Siniestros y espías de Tar Valon a un ritmo mayor de lo que se los podía ahorcar. En la búsqueda de brujas de Tar Valon sólo se habían encontrado dos hasta el momento, pero más de un centenar de mujeres estaban bajo sospecha, un claro indicativo del entusiasmo con que las patrullas realizaban su labor de vigilancia. El número de refugiados procedentes de Tarabon apresados se había reducido mucho, prueba de que la cuarentena se estaba volviendo más efectiva; a los que se apresaba se los volvía a echar a Tarabon tan pronto como se los podía llevar de vuelta a la frontera. Pasó por encima esto último, cosa lógica considerando su estupidez con los Iluminadores.

Niall escuchaba justo lo suficiente para saber cuándo asentir con la cabeza. Omerna había sido un comandante adecuado en el campo de batalla, siempre y cuando hubiera alguien que le dijera lo que tenía que hacer; pero, en su posición actual, su crédula necedad resultaba desquiciante. Había informado de la muerte de Morgase, asegurando que habían visto e identificado su cadáver sin lugar a dudas, hasta el mismísimo día en que Niall lo puso frente a frente con ella. Había ridiculizado los «rumores» de que la Ciudadela de Tear había caído, y aún seguía negando que la fortaleza más inexpugnable del mundo pudiera haber sido tomada por una fuerza desde el exterior; tenía que haber habido traición, insistía, algún Gran Señor que había entregado la Ciudadela a Al'Thor y a Tar Valon. Mantenía que el desastre de Falme y los problemas en Tarabon y Arad Doman eran obra de los ejércitos de Artur Hawkwing que habían regresado a través del Océano Aricio. Estaba convencido de que Siuan Sanche no había sido depuesta en absoluto, que Al'Thor estaba loco y muriéndose, que Tar Valon había asesinado al rey Galldrain para hacer estallar la guerra civil en Cairhien de manera deliberada, y que estos tres «hechos probados» estaban ligados de algún modo a rumores ridículos, siempre procedentes de algún lugar convenientemente lejano, sobre gente que de repente ardía en llamas de manera espontánea o de pesadillas que aparecían de la nada y masacraban pueblos enteros. No sabía exactamente cómo, pero estaba trabajando en una gran teoría que prometía presentar un día de éstos, una teoría que supuestamente destaparía todas las intrigas de las brujas y pondría a Tar Valon en manos de Niall.

Así funcionaba Omerna: o inventaba enrevesadas razones para lo que ocurría o se aferraba a los chismes que corrían por la calle y se los tragaba enteros. Empleaba mucho tiempo prestando oídos a los chismorreos, tanto en grandes casas solariegas como en las calles. No sólo se lo había visto bebiendo en las tabernas con cazadores del Cuerno, sino que era un secreto a voces que había pagado grandes sumas de

dinero por tres Cuernos de Valere como mínimo. En cada ocasión se había llevado el inútil trasto a la campiña y lo había soplado durante días hasta que incluso él no tuvo más remedio que admitir que ningún héroe legendario muerto iba a regresar cabalgando de su tumba. Con todo, no parecía probable que los fracasos le impidieran realizar otras futuras compras en callejones oscuros o en los cuartos traseros de las tabernas. Era tan simple como esto: mientras que cualquier jefe de espías dudaría de estar viendo su propio rostro al mirar a un espejo, Omerna creería cualquier cosa.

Finalmente el hombre se quedó sin más datos de los que informar.

—Daré la consideración debida a vuestros informes, Omerna —dijo Niall—. Habéis hecho una buena labor. —Cómo se pavoneó el tipo ante estas palabras, alisándose el tabardo—. Dejadme solo ahora. Cuando salgáis decidle a Balwer que pase. Tengo que dictarle unas cartas.

—Por supuesto, mi capitán general. ¡Ah! —En mitad de la reverencia, Omerna frunció el entrecejo y rebuscó en un bolsillo interior, del que sacó un minúsculo cilindro de hueso que le tendió a Niall—. Esto llegó con una paloma esta mañana.

A lo largo del cilindro había tres rayas rojas, lo que significaba que había que entregarlo a Niall con los sellos de cera intactos. ¡Y el hombre había estado a punto de olvidarlo!

Omerna aguardó, sin duda esperando algo que apuntara el contenido del cilindro, pero Niall hizo un ademán con la mano señalándole la puerta.

—No os olvidéis de mandarme a Balwer. Si Mattin Stepaneos parece inclinado a unirse a mí, debo escribir y ver si puedo contribuir en algo a que tome la decisión correcta.

Omerna no tuvo más remedio que hacer la reverencia de nuevo y marcharse. Cuando la puerta se hubo cerrado tras el hombre, Niall se limitó a toquetear el cilindro. Estos contados mensajes especiales rara vez eran portadores de buenas noticias. Se levantó despacio, ya que últimamente había ocasiones en que sentía la edad en los huesos, y llenó una copa lisa de plata con ponche, pero después la dejó sobre la mesa y abrió una carpeta de cuero repujado y forrada con lino. Contenía una única hoja de grueso papel, arrugada y parcialmente rasgada: un dibujo de un artista callejero en tizas de colores que representaba a dos hombres luchando entre las nubes, uno con el rostro de fuego y el otro con cabello rojizo oscuro. Al'Thor.

Todos los planes que había concebido para poner obstáculos al falso Dragón se habían ido al garete, así como todas sus esperanzas de frenar la oleada de conquistas del hombre, de distraerlo. ¿Habría esperado demasiado, dejando que Al'Thor se hiciera demasiado poderoso? En tal caso, sólo había un modo de ocuparse rápidamente de él: el cuchillo en la oscuridad o la flecha desde un tejado. ¿Cuánto podría arriesgarse a esperar? ¿Podía arriesgarse a no esperar? Actuar con excesiva precipitación podía significar el desastre con tanta certeza como lo haría una excesiva

demora.

—¿Milord me mandó llamar?

Niall miró al hombre que había entrado tan silenciosamente. Al verlo nadie habría dicho que Balwer podría moverse sin un seco crujido que anunciara su presencia. Todo en él era enjuto y consumido; la chaqueta marrón le colgaba de los huesudos hombros, y las piernas daban la impresión de que iban a quebrarse bajo su descarnado cuerpo. Se movía como un pájaro saltando de rama en rama.

—¿Tú crees que la llamada del Cuerno de Valere traerá a los héroes muertos de sus tumbas para salvarnos, Balwer?

—Tal vez, milord —repuso el secretario mientras se retorcía las manos—. O tal vez no. Por mi parte, yo no contaría con ello.

Niall asintió en silencio.

—¿Y crees que Mattin Stepaneos se unirá a mí?

—De nuevo he de decir quizá. No querrá acabar muerto ni como una marioneta. Su primera y única preocupación es conservar en su cabeza la Corona de Laurel, y el ejército que se está agrupando en Tear debe de estar haciéndolo sudar. —Balwer esbozó una leve sonrisa, apenas una ligera presión de sus labios—. Ha hablado abiertamente sobre aceptar la propuesta de milord, pero por otro lado he sabido que ha estado en contacto con la Torre Blanca. Aparentemente ha accedido a algo, aunque aún no sé a qué.

El mundo sabía que Abdel Omerna era el jefe de espías de los Hijos. Un cargo así debería haberse mantenido en secreto, naturalmente, pero los mozos de cuadra y los mendigos lo señalaban en las calles, con precaución para que el hombre más peligroso de Amadicia no los viera. La verdad era que ese necio de Omerna era un señuelo, un estúpido que ignoraba que era una máscara tras la que se ocultaba el verdadero jefe de espías en la Fortaleza de la Luz: Sebban Balwer, el remilgado y enteco secretario de Niall, con su sempiterno gesto desaprobador en la boca. Un hombre al que nadie imaginaría en ese puesto aun cuando se lo insinuaran.

Mientras que Omerna creía cualquier cosa, Balwer no daba crédito a nada, quizá ni siquiera a los Amigos Siniestros ni al mismísimo Oscuro. Si Balwer creía en algo era en observar a la gente con disimulo, escuchar lo que hablaba en susurros, desenterrar sus secretos. Ni que decir tiene que habría servido con igual dedicación a cualquier otro amo como hacía con Niall, pero eso era buena cosa. Lo que Balwer descubría nunca estaba falseado por lo que suponía que tenía que ser verdad o quería que fuera verdad. Con su actitud incrédula hacia todo, siempre se las ingeniaba para desentrañar la verdad.

—No esperaba más de Illian, Balwer, pero incluso a Mattin Stepaneos se lo puede convencer. —Tendría que hacerse. No podía ser demasiado tarde—. ¿Hay alguna noticia nueva de las Tierras Fronterizas?

—Aún no, milord. Pero Davram Bashere está en Caemlyn, con treinta mil soldados de caballería ligera, según mis informadores, aunque en mi opinión no deben de ser ni a la mitad. Él no debilitaría tanto las defensas de Saldaea, por mucha tranquilidad que haya en la Llaga, ni siquiera aunque se lo ordenara Tenobia.

Niall gruñó y sintió el tic nervioso en el rabillo del ojo. Pasó un dedo sobre el dibujo que había en la carpeta; se suponía que la imagen plasmada en él guardaba bastante parecido con Al'Thor. Bashere en Caemlyn; ése era un buen motivo para que Tenobia se ocultara en el campo evitando a su enviado.

En contra de la opinión de Omerna, no eran buenas las noticias de las Tierras Fronterizas. Las «pequeñas rebeliones» sobre las que Omerna había informado sí eran pequeñas, pero no de la clase que el hombre pensaba. A lo largo de la Frontera de la Llaga los hombres discutían sobre si Al'Thor era otro falso Dragón o el Dragón Renacido. Con la idiosincrasia de las gentes de la frontera, a veces esas discusiones desembocaban en batallas a pequeña escala. La lucha se había iniciado en Shienar, más o menos, coincidiendo con la caída de la Ciudadela de Tear, lo que confirmaba, si es que era necesaria una confirmación, que las brujas estaban involucradas en ello. Aun había dudas, según Balwer, respecto a cómo se resolvería todo.

El que Al'Thor siguiera estancado en Caemlyn era una de las pocas cosas en las que Omerna no estaba equivocado. Sin embargo ¿por qué seguía allí, con Bashere, los Aiel y las brujas? Ni siquiera Balwer había sido capaz de responder a eso. Fuera cual fuese el motivo, había que dar gracias a la Luz por ello. La chusma del Profeta se había parado, instalándose en el norte de Amadicia para saquear la zona, cierto, pero estaban consolidando su posición matando o haciendo huir a cualquiera que se negara a pronunciarse en favor del Profeta del Dragón. Los soldados de Ailron habían dejado de retroceder sólo porque el condenado Profeta había dejado de avanzar. Alliandre y los otros que Omerna daba por seguro que se unirían a los Hijos en realidad estaban indecisos y daban largas a sus embajadores con excusas pobres y aplazamientos. Niall sospechaba que ni ellos mismos sabían hacia qué lado se decantarían.

A primera vista todo parecía estar a favor de Al'Thor en ese momento, excepto por lo que quiera que lo estuviera reteniendo en Caemlyn, pero Niall había sido siempre más peligroso cuando el enemigo lo superaba y él estaba con la espalda contra la pared.

Si se daba crédito a los rumores, Carridin lo estaba haciendo bien en Altara y Murandy, aunque no tan deprisa como a Niall le hubiese gustado. El tiempo era tan enemigo como Al'Thor o la Torre. Empero, aun en el caso de que Carridin sólo estuviera haciendo buenos los rumores, sería suficiente. Quizás había llegado el momento de que los «partidarios del Dragón» se extendieran y entraran en Andor. Y puede que también en Illian; aunque, si el ejército que se estaba agrupando en la frontera de Tear no bastaba para señalar el camino a Mattin Stepaneos, unas cuantas

granjas y pueblos atacados difícilmente influirían en su decisión. El tamaño de ese ejército aterraba a Niall; aun cuando sólo fuera la mitad, la cuarta parte, de lo que decía la información de Balwer, seguía aterrándolo. No se había visto nada igual desde los tiempos de Artur Hawkwing. En lugar de asustar a los hombres para que se unieran a los Hijos, aquello podría intimidarlos hasta el punto de hacer que se pusieran bajo la bandera del Dragón. Si con ello pudiese disponer de un año, de seis meses, Niall habría dado por bueno todo el ejército de idiotas, villanos y salvajes Aiel de Al'Thor.

Pero no todo estaba perdido, naturalmente. Nunca estaba todo perdido mientras se tenía vida. Tarabon y Arad Doman, esos dos pozos de escorpiones, tenían tan poca utilidad para Al'Thor y las brujas como para él; sólo un necio metería la mano allí hasta que más escorpiones se hubiesen matado entre sí. Si Saldaea estaba perdido, cosa que no estaba dispuesto a admitir, Shienar, Arafel y Kandor seguían todavía en la balanza, y a las balanzas se las podía inclinar. Si Mattin Stepaneos quería montar dos caballos a la vez —siempre le había gustado hacer eso— todavía se lo podía obligar a elegir el correcto. A Altara y Murandy se los empujaría hacia el lado adecuado, y Andor acabaría resignándose a su intervención tanto si decidía que hacía falta o no un toque del látigo de Carridin. En Tear, los espías de Balwer habían convencido a Tedosian y a Estanda de que se unieran a Darlin, convirtiendo un simple gesto de desafío en una verdadera rebelión, y Balwer estaba convencido de que podía hacerse lo mismo en Cairhien y en Andor. Un mes más, dos como mucho, y Elmon Valda llegaría de Tar Valon; Niall no habría necesitado del concurso de Valda, pero de este modo la gran mayoría de los Hijos estarían agrupados en un solo punto, a mano para hacer uso de ellos en el momento más conveniente.

Sí, todavía tenía muchas cosas a su favor. Nada estaba consolidado, pero todo se aglutinaba e iba cobrando consistencia. Lo único que necesitaba era tiempo.

Cayó en la cuenta de que todavía tenía el cilindro en la mano; rompió el sello de cera con la uña del pulgar y extrajo cuidadosamente el fino papel que había enrollado dentro.

Balwer no dijo nada, pero sus labios volvieron a apretarse y esta vez no con una sonrisa. Soportaba lo de Omerna, consciente de que el hombre era un necio y prefiriendo con mucho permanecer en la sombra, oculto tras él, pero no le gustaba que Niall recibiera informes de los que no tenía noticia y de hombres a los que no conocía.

Una caligrafía menuda, apretada e irregular, cubría el papelito con una clave cifrada que aparte de Niall conocían muy pocos, y ninguno de ellos estaba en Amador. En cuanto a él, leerlo resultaba tan fácil como leer su propia mano. La firma al pie lo hizo parpadear, al igual que el contenido. Varadin era, o había sido, uno de sus mejores espías personales, un tratante de alfombras que había prestado muy

buenos servicios durante los Disturbios mientras vendía sus mercancías por Altara, Murandy e Illian. Lo que había ganado entonces lo había situado como un próspero mercader en Tanchico que suministraba de manera regular alfombras y vinos a los palacios del rey y de la Panarch, así como a la mayoría de los nobles de sus cortes; entraba con los ojos y los oídos bien alertas y siempre se marchaba con multitud de información. Hacía mucho que Niall lo había dado por muerto en los disturbios que hubo allí; ésta era la primera comunicación que se recibía de él desde hacía un año. Considerando la información que Varadin daba, habría sido mejor que realmente llevara muerto un año. Con el estilo inconexo y a trompicones de un hombre al borde de la locura, la nota era una deslavazada divagación sobre hombres montados en extrañas bestias y criaturas voladoras, Aes Sedai sujetas a correas como perros y los Hailene —los Precursores, según la Antigua Lengua—, pero no había ni el menor intento de explicar por qué le aterraban a Varadin ni quiénes se suponía que eran. Obviamente el hombre había sufrido un desequilibrio mental al presenciar cómo se desintegraba su país a su alrededor.

Niall arrugó el papelito, iracundo, y lo tiró a un lado.

—Primero tengo que aguantar sentado las idioteces de Omerna, y ahora esto. ¿Qué más tienes para mí, Balwer? —Bashere. Las cosas podían ponerse difíciles con Bashere al mando de los ejércitos de Al'Thor. El hombre tenía una bien merecida reputación como general. ¿Qué tal una daga en la espalda desde las sombras para acabar con el problema?

Los ojos de Balwer no se apartaron un solo instante del rostro de Niall, pero éste sabía que la pequeña bola de papel caída en el suelo acabaría en las manos del hombre a menos que la quemara.

—Cuatro cosas que pueden ser interesantes, milord. Empezaré por las que lo son menos. Los rumores referentes a reuniones entre *steddings* Ogier son ciertos. Tratándose de esta raza, parece que muestran cierta prisa. —No dijo qué motivaba esas reuniones, naturalmente; infiltrar a un humano en una asamblea Ogier resultaba tan imposible como conseguir que un Ogier trabajara como espía. Antes se lograría que el sol saliera de noche—. Asimismo, hay un número inusitado de barcos de los Marinos en los puertos sureños, sin coger cargamentos y sin hacerse a la mar.

—¿Y qué están esperando?

Durante un instante los labios de Balwer se apretaron como lo haría una bolsa al tirar de los cordones.

—Todavía no lo sé, milord.

Al hombre no le gustaba admitir que hubiese secretos humanos que él no pudiera descubrir. Tratar de enterarse de más de lo que había a simple vista respecto a lo que ocurría entre los Atha'an Miere era como intentar saber cómo hacían los fuegos artificiales los Iluminadores, es decir, un esfuerzo inútil. Al menos los Ogier podían

dar a conocer finalmente las decisiones tomadas en sus reuniones.

—Prosigue.

—La noticia de mediano interés es… peculiar, milord. A través de fuentes fidedignas se ha informado de la presencia de Al'Thor en Caemlyn, en Tear y en Cairhien, a veces en el mismo día.

—¿Fuentes fidedignas? Locura fidedigna, diría yo. Las brujas disponen probablemente de dos o tres hombres que se parecen a Al'Thor lo suficiente para engañar a cualquiera que no lo conozca personalmente. Eso explicaría muchas cosas.

—Tal vez, milord. Mis informadores son de fiar.

Niall cerró de golpe la carpeta de cuero, tapando así el rostro de Al'Thor.

—¿Y la novedad de mayor interés?

—Me ha llegado de dos fuentes distintas de Altara, fuentes fidedignas, milord. Al parecer las brujas de Salidar sostienen que el Ajah Rojo ayudó a Logain a convertirse en un falso Dragón. De hecho, podría decirse que fue su creación. Tienen a Logain en Salidar, o a un hombre que dice ser Logain, y lo están enseñando a nobles que acuden allí. No tengo pruebas, pero sospecho que están contando la misma historia a todos los dirigentes a los que pueden llegar.

Niall contempló las banderas que pendían en lo alto, fruncido el ceño. Representaban enemigos de casi cualquier país; nadie lo había derrotado jamás dos veces, y muy pocos una. Los estandartes estaban descoloridos, ajados por el tiempo. Como él. Empero, no estaba tan viejo como para no ver terminado lo que había empezado. Cada una de esas banderas se había tomado en sangrientas batallas, donde uno no sabía realmente lo que estaba ocurriendo más allá de donde le alcanzaba la vista, donde una victoria segura y una derrota cierta eran igualmente efímeras. La peor batalla en la que había tomado parte, con los ejércitos maniobrando a ciegas y tropezando uno contra otro en medio de la noche, cerca de Moisen, durante los Disturbios, había sido clara como un día estival comparada con la que combatía ahora.

¿Se habría equivocado? ¿Sería posible que la Torre estuviera dividida? ¿Que existiera alguna clase de lucha entre los Ajahs? ¿A causa de qué? ¿De Al'Thor? Si las brujas estaban peleando entre sí, habría muchos Hijos dispuestos a respaldar la proposición de Carridin, un ataque para destruir Salidar y a tantas brujas como fuera posible. Hombres que creían que planear pensando en mañana era ser previsor, pero que jamás consideraban la semana próxima o el mes siguiente, cuanto menos el próximo año. Valda, por ejemplo; quizá sería mejor que no hubiese llegado todavía a Amador. Y otro, Rhadam Asunawa, Inquisidor Supremo de los interrogadores. Valda siempre estaba dispuesto a hacer uso de un hacha, incluso cuando un puñal era mejor para esa tarea en concreto. Asunawa sólo deseaba colgar —como habían hecho antaño— a cuantas mujeres hubiesen pasado una noche en la Torre, que todos los

libros que mencionaran a las Aes Sedai o el Poder Único fueran pasto de las llamas, y que esas mismas palabras fueran prohibidas. Asunawa no veía más allá de esas metas ni le importaba lo que costase alcanzarlas. Niall había trabajado muy duro, había arriesgado demasiado para permitir que esto desembocara en una reyerta entre los Hijos y la Torre a los ojos del mundo.

A decir verdad, no importaba demasiado si estaba equivocado. Aun así, todavía quedaba mucho a su favor. Tal vez más que si estuviese en lo cierto. Con un poco de suerte, podría destruir la Torre Blanca hasta un punto irreparable, machacaría a las brujas en pedacitos fáciles de convertir en polvo. A buen seguro Al'Thor flaquearía entonces, aunque seguiría siendo todavía amenaza suficiente para utilizarlo como una aguijonada. Y por hacerlo no se apartaría mucho de la verdad. Apenas nada.

—La división en la Torre es cierta —dijo, sin quitar los ojos de las banderas—. El Ajah Negro se alzó, las vencedoras conservan la Torre y las perdedoras fueron expulsadas para lamerse las heridas en Salidar. —Miró a Balwer y casi sonrió. Uno de los Hijos habría protestado que no había Ajah Negro o, mejor, que todas las brujas eran Amigas Siniestras; los nuevos reclutas lo habrían dicho. Pero Balwer se limitó a mirarlo, como si no acabara de blasfemar contra todo lo que los Hijos representaban.

»La única incógnita que falta resolver es si el Ajah Negro ganó o perdió. Yo me inclino por que salió vencedor. La mayoría de la gente considera a quienesquiera que conserven la Torre como las verdaderas Aes Sedai. Dejemos que esa gente asocie a las "verdaderas" Aes Sedai con el Ajah Negro. Al'Thor es un títere de la Torre, un esbirro del Ajah Negro. —Cogió la copa de vino que había soltado en la mesa y dio un sorbo; no sirvió para aliviar el calor—. Quizá pueda esgrimirlo como la razón por la que todavía no he hecho ningún movimiento contra Salidar. —A través de sus emisarios, se había valido de esa abstención de atacar como prueba de cuán peligrosa consideraba la amenaza que representaba Al'Thor; tanto que prefería permitir que las brujas se reunieran a un paso de Amadicia que dejarse engañar desviando su atención del peligro del falso Dragón.

»Las mujeres que están allí, horrorizadas después de todos estos años por la aceptación que tienen entre sus filas las ideas del Ajah Negro, asqueadas al fin de la maldad en la que han estado inmersas… —Su capacidad inventiva se agotó; todas eran servidoras del Oscuro, así pues ¿qué maldad podría repugnarles? Sin embargo, un instante después Balwer acudió en su auxilio, y continuó en el punto donde él lo había dejado:

—Quizás han decidido abandonarse a la clemencia de milord o incluso pedir su protección. Derrotadas en una rebelión, más débiles que sus enemigas, temerosas de ser arrasadas… Ciertamente, un hombre que va a caer por un precipicio a una muerte segura tenderá la mano incluso a su peor enemigo. Quizá… —Balwer tamborileó los huesudos dedos contra sus labios en un gesto pensativo—. ¿Quizás estén dispuestas a

arrepentirse de sus pecados y a renunciar a ser Aes Sedai?

Niall lo miró de hito en hito. Sospechaba que unas de las cosas en las que Balwer no creía eran los pecados de las brujas de Tar Valon.

—Eso es absurdo —manifestó fríamente—. Es la clase de idea que esperaría de Omerna.

El semblante de su secretario no se alteró, manteniendo la misma expresión remilgada de siempre, pero empezó a frotarse las manos como solía cuando se sentía insultado.

—Puede que sea lo que milord esperaría de él, pero es exactamente el tipo de historia que se repetirá allí donde acude más a menudo para obtener información, en las calles y donde los nobles chismorrean mientras beben vino. En esos sitios los disparates no provocan risa: sólo se les presta oídos. A aquello que es demasiado absurdo de creer se le da crédito porque es demasiado desatinado para tratarse de una mentira.

—¿Con qué planteamiento lo presentarías? No quiero dar pie a rumores de que los Hijos tienen trato con brujas.

—Sólo sería un rumor, milord. —La mirada de Niall se endureció y Balwer alzó las manos—. Como milord desee. Cada vez que se repite un chisme se añaden adornos, de modo que una historia sencilla tiene más oportunidad de que sobreviva lo básico. Sugiero cuatro rumores, milord, no uno. El primero, que la división de la Torre fue causada por el levantamiento del Ajah Negro. El segundo, que el Ajah Negro venció y controla la Torre. El tercero, que las Aes Sedai de Salidar, asqueadas y horrorizadas, están renunciando a su condición de Aes Sedai. Y el cuarto, que se han dirigido a vos buscando clemencia y protección. Para la mayoría de la gente, cada uno de ellos será confirmación de los otros. —Balwer se dio suaves tirones de las solapas mientras esbozaba una leve sonrisa con aire de suficiencia.

—De acuerdo, Balwer. Hazlo así. —Niall dio un sorbo de vino más largo. El calor estaba haciendo que notara su edad; sentía los huesos quebradizos. Pero duraría lo suficiente para ver derrotado al falso Dragón y al mundo unido a fin de afrontar el Tarmon Gai'don. Aun en el caso de que no viviera para dirigir la Última Batalla, sin duda la Luz le concedería eso al menos—. Y quiero que se encuentre a Elayne Trakand y a su hermano Gawyn, Balwer, y que se los traiga a Amador. Ocúpate de ello. Puedes marcharte ahora.

En lugar de irse, Balwer vaciló.

—Milord sabe bien que nunca sugiero un curso de acción —dijo al cabo.

—Pero quieres sugerir uno ahora ¿no? ¿De qué se trata?

—Presionad a Morgase, mi señor. Ya ha pasado más de un mes y todavía está «considerando» la proposición de milord. Ella…

—Basta, Balwer. —Niall suspiró. A veces le habría gustado que su secretario no

fuera amadiciense, sino un cairhienino que había mamado el Juego de las Casas con la leche de su madre—. Morgase está más comprometida conmigo cada día que pasa, aunque crea lo contrario. Habría preferido que hubiese aceptado de inmediato, así tendría Andor levantado contra Al'Thor ya, pero cada día que pasa siendo mi huésped se va atando a mí más fuerte. Al final descubrirá que está aliada conmigo porque el mundo lo cree así, enredada de tal forma que nunca podrá escapar. Y nadie podrá alegar nunca que la coaccioné, Balwer. Eso es importante. Siempre es más difícil romper una alianza en la que el mundo cree que uno ha entrado voluntariamente que otra que uno puede probar que fue obligado a aceptar. La precipitación irreflexiva conduce al desastre, Balwer.

—Como diga milord.

Niall hizo un ademán despidiéndolo, y el hombre inclinó la cabeza y se retiró. Balwer no lo entendía. Morgase era una adversaria dura, pero sin sutileza. Si se la presionaba demasiado, se revolvería y lucharía aun estando en desventaja. Empero, si se la presionaba justo lo suficiente, combatiría al enemigo que creía ver y en ningún momento se percataría de la trampa tendida a su alrededor hasta que fuera demasiado tarde. Lo apremiaba el tiempo, todos los años que había vivido, todos los meses que necesitaba desesperadamente, pero no dejaría que la precipitación mandara al traste sus planes.

El halcón, una hembra, cayó en picado sobre en enorme pato, golpeándolo en un estallido de plumas; las dos aves se separaron, y el ánade se desplomó hacia el suelo. Tras elevarse en un vertiginoso arco hacia el cielo despejado, el halcón volvió a lanzarse sobre su presa mientras ésta caía y la aferró con sus garras. El peso del pato resultaba una carga casi excesiva, pero ella voló esforzadamente hacia la gente que aguardaba allá abajo.

Morgase se preguntó si no sería ella igual que esa hembra de halcón, demasiado orgullosa y también demasiado resuelta para darse cuenta de que había cazado una presa demasiado pesada para que sus alas aguantaran. Procuró que sus manos enguantadas aflojaran los dedos que aferraban prietamente las riendas. El sombrero blanco de ala ancha, con las largas plumas del mismo color, le proporcionaba cierta protección del abrasador sol, sin embargo, el sudor perlaba su rostro. Con el traje de montar de seda verde con bordados en oro no parecía una prisionera.

Figuras montadas y a pie llenaban el prado de hierba seca y parda, aunque no lo abarrotaban. Un puñado de músicos, uniformados con tabardos azules bordados en blanco, equipados con flautas, vihuelas y tambores, interpretaban una ligera melodía, apropiada para una tarde tomando vino frío. Una docena de adiestradores, vestidos con chalecos de cuero largos encima de camisas blancas, acariciaban a los halcones encapuchados posados sobre sus brazos protegidos, o chupaban cortas pipas y

echaban bocanadas de humo azul sobre sus aves. El doble de sirvientes se movía de aquí para allí llevando bandejas y copas doradas, las primeras con frutas frescas que iban y las segundas con vino; y un grupo de hombres equipados con brillantes cotas de malla rodeaba el prado a corta distancia de los árboles cuyas ramas estaban ya casi sin hojas. Esto a beneficio de Morgase y su séquito, para asegurarse de que la cacería con halcón transcurriera sin peligro.

En fin, ésa era la razón dada, aunque los seguidores del Profeta se encontraban sus buenos trescientos kilómetros más al norte, y no parecía muy probable que hubiese asaltantes tan cerca de Amador. A despecho de las mujeres agrupadas a su alrededor, amazonas de yeguas y castrados, ataviadas con trajes de montar de brillantes sedas y sombreros de ala ancha adornados ostentosamente con plumas de colores, y el cabello peinado en los largos bucles que estaban de moda actualmente en la corte amadiciense, el verdadero séquito de Morgase lo constituían, por un lado, Basel Gill, incómodo sobre el caballo, con el jubón forrado de láminas imbricadas ciñéndole la oronda cintura por encima de la chaqueta roja de seda que ella le había proporcionado para que no lo eclipsaran los sirvientes, y, por otro, Paitir Conel, aun más incómodo con la chaqueta roja y blanca de paje y trasluciendo el mismo nerviosismo que mostraba desde que lo había incorporado a su reducido grupo de leales. Las mujeres eran nobles de la corte de Ailron, «voluntarias» para actuar como damas de compañía de Morgase. El pobre maese Gill toqueteaba su espada y echaba miradas de reojo a los guardias Capas Blancas con aire desconsolado. Porque eso eran, aunque, como hacían casi siempre cuando la escoltaban, no llevaban las níveas capas. Y eran guardianes. Si intentaba cabalgar demasiado lejos o alargar en exceso la salida, su comandante, un joven de mirada dura llamado Norowhin que detestaba parecer otra cosa que un Capa Blanca, le «sugeriría» que regresara a Amador porque estaba haciendo demasiado calor o por un repentino rumor sobre la presencia de bandidos en la zona. No había discusión posible con cincuenta hombres armados. Al menos sin perder la dignidad. La primera vez que se le ocurrió objetar, Norowhin había estado en un tris de arrebatarle las riendas de su caballo. Ésa era la razón por la que no permitía a Tallanvor acompañarla en estas salidas a caballo. Ese necio joven era muy capaz de intentar hacer valer sus derechos y su honor aunque hubiera cien hombres contra él. Se pasaba las horas libres practicando esgrima como si se propusiera abrirle una vía a la libertad a golpes de espada.

Inesperadamente, un soplo de brisa le acarició la cara, y entonces cayó en la cuenta de que Laurain se había inclinado en su silla de montar para darle aire con un abanico de encaje blanco. Era una joven esbelta, de ojos oscuros y un poco juntos, que exhibía una perenne sonrisa afectada.

—Qué gratificante ha de resultar para vuestra majestad saber que vuestro hijo se ha integrado a las filas de los Hijos de la Luz y que además ha adquirido rango tan

pronto.

—Eso era de esperar —intervino Altalin mientras se abanicaba su oronda cara—. El hijo de su majestad tenía que ascender rápidamente, como hace el sol en su esplendor. —Se regodeó con los murmullos elogiosos dedicados a su pésimo retruécano.

Morgase tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el gesto impasible. Las noticias traídas por Niall el día anterior a última hora, en el transcurso de una de sus visitas por sorpresa, la habían conmocionado. ¡Galad un Capa Blanca! Por lo menos estaba a salvo, según Niall. Pero no podía visitarla; sus deberes como Hijo de la Luz lo mantenían lejos de Amador. Aunque podía estar segura de que formaría parte de su escolta cuando regresara a Andor a la cabeza de un ejército de Hijos.

No, Galad no estaba más a salvo que Elayne o Gawyn. Quizá menos. Quisiera la Luz que Elayne estuviese segura en la Torre Blanca. Quisiera la Luz que Gawyn estuviese vivo; Niall aseguraba que no sabía su paradero, pero que no estaba en Tar Valon. Galad era un cuchillo en su garganta. Niall no mostraría nunca la falta de tacto de sugerírselo, pero una simple orden suya destinaría a Galad allí donde a buen seguro moriría. La única baza a favor del joven era que Niall pensara que a ella no le importaba tanto su seguridad como la de Elayne o Gawyn.

—Me alegro por él si es lo que desea —respondió con indiferencia—. Pero es hijo de Taringail, no mío. Mi matrimonio con Taringail fue un asunto de Estado, ¿comprendéis? Es curioso, pero hace tanto tiempo que murió que apenas recuerdo sus rasgos. Galad es libre de hacer lo que guste. Es Gawyn quien se convertirá en Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne me suceda en el Trono del León. —Despidió con un ademán a un sirviente que traía una copa sobre una bandeja—. Lo menos que Niall podía haber hecho es proporcionarnos un buen vino.

La respuesta a su comentario fueron unas risitas nerviosas. Había tenido cierto éxito en atraerlas un poco hacia ella, pero ninguna se sentía tranquila ante la más leve ofensa a Pedron Niall, considerando que podía llegar a sus oídos. Morgase aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para hacerlo delante de ellas. Eso las convencía de su arrojo, cosa importante si quería ganarse aunque sólo fuera una lealtad parcial. Y quizá más importante, al menos en lo que le concernía personalmente, es que la ayudaba a mantener la ilusión de que no era prisionera de Niall.

—Oí comentar que Rand al'Thor exhibe el Trono del León como un trofeo de caza.

Era Marande la que habló, una mujer guapa de rostro en forma de corazón, un poco mayor que las otras. Hermana del Cabeza Insigne de la casa Algoran, era poderosa por sí misma, quizá tanto como para resistirse a Ailron, pero no a Niall. Las otras tiraron de las riendas para dejarla que adelantara su castrado bayo y se acercara

más a Morgase. De Marande no podía esperar conseguir ni lealtad ni amistad.

—Sí, eso oí —repuso Morgase con aire despreocupado—. El león no es una fiera fácil de cazar, y el Trono del León aun menos. En especial por un hombre. Siempre ha matado a los hombres que aspiraron a él.

—También oí —agregó Marande sonriendo— que entrega puestos importantes a hombres que pueden encauzar.

Aquello provocó ojeadas nerviosas entre las otras mujeres y un preocupado rumor. Una de las más jóvenes, Marewin, delgada y poco más que una chiquilla, se tambaleó en la silla de armazón alto como si fuera a desmayarse. La noticia de la amnistía de Al'Thor había generado rumores aterradores; Morgase esperaba fervientemente que sólo fueran eso. Quisiera la Luz que no fueran más que rumores el que hombres capaces de encauzar se estaban agrupando en Caemlyn, de francachela en palacio, aterrorizando a la ciudad.

—Habéis oído muchas cosas —dijo Morgase—. ¿Es que os pasáis todo el tiempo escuchando tras las puertas?

La sonrisa de Marande se acentuó. No había podido resistir la presión de convertirse en miembro del séquito de Morgase, pero era lo bastante poderosa para manifestar su desagrado sin temor. Era como una espina clavada profundamente en el pie, imposible de sacar, que asestaba un pinchazo a cada paso.

—El placer de atender a vuestra majestad apenas me deja tiempo libre para escuchar en ningún sitio, pero procuro enterarme de cuantas noticias me es posible sobre Andor. Así puedo conversar con vuestra majestad. Oí que el falso Dragón confraterniza con nobles andoreños y trata con ellos a diario. Con lady Arymilla y lady Naean, con lord Jarin y lord Lir, y otros amigos suyos.

Uno de los halconeros alzó hacia Morgase un ave encapuchada, de lustroso plumaje gris y negras alas.

—No, gracias, por hoy ya basta de cetrería —respondió la reina, que a continuación levantó la voz—. Maese Gill, reunid a la escolta. Regreso a la ciudad.

Gill dio un respingo. Sabía muy bien que para lo único que estaba allí era para cabalgar tras ella, pero empezó a hacer gestos y a gritar órdenes a los Capas Blancas como si creyera que obedecerían. Por su parte, Morgase hizo volver grupas a su yegua negra de inmediato. Puso al animal sólo al paso, naturalmente, porque Norowhin habría caído sobre ella como un rayo si hubiese creído ver una posibilidad de que pretendía escapar.

De hecho, los Capas Blancas vestidos de paisano galoparon para situarse en formación de escolta antes de que la yegua hubiese dado diez pasos; y, antes de que hubiese llegado al borde del prado, Norowhin estaba a su altura, con una docena de hombres en vanguardia y el resto pisándoles los talones. Los sirvientes, los músicos y los halconeros se quedaron atrás para organizarse y seguirlos tan rápido como fuera

posible.

Gill y Paitir ocuparon sus puestos detrás de Morgase, y a continuación las damas de compañía. Marande exhibía su sonrisa ahora con gesto triunfal, aunque algunas de las otras tenían el entrecejo fruncido con aire desaprobador, si bien no muy a las claras. Por más que la mujer no tuviera más remedio que someterse a los deseos de Niall, mientras que gozaba de una reconocida influencia en Amadicia, pero la mayoría intentaba hacer lo mejor posible la labor no deseada que se les había encomendado. Casi todas habrían atendido gustosas a Morgase; lo que no les gustaba era tener que residir en la Fortaleza de la Luz.

La propia Morgase habría sonreído si hubiese sabido con seguridad que Marande no la vería. La única razón de que no hubiese insistido en que la mujer fuera apartada del séquito era la ligereza de su lengua. Marande disfrutaba zahiriéndola con comentarios que insinuaban que Andor se le había escapado de sus manos, pero los nombres que elegía eran un bálsamo para Morgase. Todos pertenecían a hombres y mujeres que se habían opuesto a ella en la Sucesión, todos aduladores de Gaebril. No esperaba ni más ni menos de ellos. Si Marande hubiese nombrado a otros, el resultado habría sido muy distinto; otros como lord Pelivar o lord Abelle o lord Luan, lady Arathelle o lady Ellorien o lady Aemlyn. Pero nunca habían sido parte de las pullas de Marande, y lo habrían sido si hubiese llegado el menor rumor de Andor al respecto. Mientras Marande no los mencionara, al menos quedaba la esperanza de que no hubiesen hincado la rodilla ante Al'Thor. Ellos habían apoyado la pretensión al trono de Morgase la primera vez y podrían volver a hacerlo, si la Luz quería.

El bosque casi deshojado dio paso a una calzada de tierra y se dirigieron hacia el sur, en dirección a Amador. Tramos de bosque se alternaban con pequeños sotos, campos en barbecho vallados, y casas y graneros de techos de bálago bastante apartados de la calzada. El camino estaba muy concurrido, y la gente levantaba una polvareda que hizo que Morgase se atara un pañuelo de seda sobre el rostro, si bien los caminantes se apartaban precipitadamente a los lados nada más ver un grupo tan numeroso de hombres armados a caballo. Algunos incluso se metían rápidamente entre los árboles o saltaban las vallas y corrían hacia el interior de los campos. Los Capas Blancas hacían caso omiso de ellos y ningún granjero apareció para agitar el puño o gritar a los que se colaban en sus tierras. Varias granjas tenían aspecto de haber sido abandonadas, sin gallinas ni animales a la vista.

Entre la gente que iba por la calzada había un carro de bueyes, un hombre con unas cuantas ovejas aquí, un joven conduciendo una bandada de gansos allí; obviamente eran todos vecinos de la zona. Algunos llevaban un hatillo o un hinchado morral al hombro, pero la mayoría iba con las manos vacías, caminando como si no tuviesen idea de hacia dónde se dirigían. El número de estos últimos era mayor cada vez que Morgase había tenido ocasión de salir de Amador, fuera en una o en otra

dirección.

Morgase se ajustó el pañuelo a la nariz y miró a Norowhin de reojo. Era más o menos de la edad de Tallanvor y aproximadamente de la misma talla, pero ahí acababa toda semejanza entre ambos. Bajo el bruñido yelmo cónico, el rostro de Norowhin estaba rojo y medio pelado por el sol, y nunca había sido apuesto. Su cuerpo larguirucho y su prominente nariz le recordaban una piqueta a Morgase. Cada vez que salía de la Fortaleza de la Luz, él conducía su «escolta», y todas las veces la reina intentaba entablar conversación con él. Fuera o no Capa Blanca, cada centímetro que pudiera apartarlo de ser su carcelero significaba un triunfo para Morgase.

—¿Estas gentes son refugiados que huyen del Profeta, Norowhin? —No parecía probable que lo fueran todos; había tantos dirigiéndose hacia el norte como hacia el sur.

—No —contestó secamente, sin dignarse mirarla. Iba escudriñando los laterales de la calzada, como si esperara que en cualquier momento apareciera alguien para rescatarla.

Ésa, por desgracia, era la única clase de respuesta que Morgase había conseguido de él hasta entonces, pero perseveró.

—Entonces ¿quiénes son? Desde luego, taraboneses no. Hacéis un buen trabajo obligándolos a que continúen la marcha. —Había visto a un grupo de taraboneses, unos cincuenta entre hombres, mujeres y niños, sucios y la mitad de ellos a punto de desplomarse por el agotamiento, que era conducido como ganado por Capas Blancas montados. Sólo la amarga certeza de saber que no podía hacer absolutamente nada le había hecho contener la lengua—. Amadicia es un país rico. Ni siquiera esta sequía puede haber desplazado a tantos de sus granjas en sólo unos cuantos meses.

Los rasgos de Norowhin se tensaron.

—No —respondió finalmente—. Son refugiados que huyen del falso Dragón. —De nuevo se hizo palpable una pugna en el rostro quemado del hombre, ya fuera para encontrar las palabras adecuadas o por su resistencia a hablar—. Creen que es el verdadero Dragón Renacido —dijo por último, con actitud asqueada—. Dicen que ha roto todos los vínculos, según las Profecías. Los hombres abandonan a sus señores, los aprendices a sus maestros, los esposos a sus mujeres y las mujeres a sus esposos. Es una plaga que se propaga con el viento; el viento que sopla del falso Dragón.

Los ojos de Morgase se detuvieron sobre una joven pareja abrazada que observaba el paso de su comitiva. El sudor formaba churretes de tierra en sus rostros, y el polvo cubría sus sencillas ropas. Tenían aspecto de estar hambrientos, con las mejillas hundidas y los ojos demasiado grandes. ¿Estaría ocurriendo esto en Andor? ¿Había hecho también esto Al'Thor a Andor? «Si es así, lo pagará.» El problema estaba en conseguir que el remedio no fuera peor que la enfermedad. Que para liberar

a Andor, incluso de esto, tuviera que entregárselo a los Capas Blancas…

Morgase trató de alargar la conversación; pero, después de haber pronunciado más palabras de una sola tirada de lo que nunca había hablado con ella, Norowhin se refugió de nuevo en los monosílabos. Tanto daba; si había podido resquebrajar su reserva una vez, podría hacerlo de nuevo.

Se giró sobre la silla e intentó localizar a la joven pareja, pero se había quedado ya detrás de los soldados Capas Blancas. Tampoco importaba eso. El recuerdo de aquellas caras permanecería fresco en su memoria, al igual que su promesa.

10



Un dicho de las Tierras Fronterizas

Durante un momento Rand añoró los tiempos en que podría haber paseado solo por los corredores de palacio. Esa mañana iba acompañado por Sulin y veinte Doncellas, así como por Bael, jefe de clan de los Goshien Aiel, y su guardia de honor compuesta por media docena de *Sovin Nai*, o Manos Cuchillo, de los Jhirad Goshien, y por Bashere con otros tantos saldaeninos de nariz aguileña. Abarrotaban el amplio pasillo adornado de tapices. Las *Far Dareis Mai* y los *Sovin Nai*, vestidos con el *cadin'sor*, dirigían miradas vigilantes a los sirvientes, que hacían reverencias precipitadas y se apartaban con rapidez, y también a los saldaeninos más jóvenes, que caminaban pavoneándose, con sus chaquetas cortas y pantalones amplios metidos por las botas. Hacía calor incluso en el umbroso corredor, y las motas de polvo danzaban en el aire. Algunos sirvientes vestían el uniforme rojo y blanco que habían llevado cuando Morgase gobernaba, pero la mayoría eran nuevos y seguían con la misma ropa que tenían cuando se presentaron pidiendo el trabajo, lo que significaba una colección variopinta de sencillos atuendos de lana característicos de granjeros y vendedores, casi todos en colores oscuros aunque había de todas las tonalidades, con alguno que otro bordado y pequeños adornos de puntillas.

Rand tomó nota mentalmente de encargar a la señora Harfor, doncella primera de palacio, que encontrara suficientes uniformes para todos a fin de que los recién llegados no tuvieran que trabajar con sus mejores ropas. Los uniformes de palacio eran ciertamente prendas más finas de lo que la gente del campo habría esperado tener para los días festivos. El número de sirvientes era inferior al que había cuando Morgase regía el país, y muchos de los que vestían el uniforme rojo y blanco eran hombres y mujeres de pelo cano y espalda encorvada que vivían ya en el Alojamiento de los Jubilados. En lugar de huir como tantos otros habían hecho, habían preferido renunciar a su condición de retirados antes que ver el palacio cayendo en el abandono por falta de servidumbre. Rand tomó mentalmente una segunda nota: encargar a la señora Harfor —el de primera doncella era un título poco atractivo, aunque lo cierto es que Reene Harfor estaba a cargo de los asuntos cotidianos de palacio— que encontrara suficientes sirvientes para que estas personas mayores pudieran disfrutar de su merecido retiro. ¿Se les seguiría pagando la pensión habiendo muerto Morgase?

Tendría que habérsele ocurrido antes; Halwin Norry, el jefe amanuense, lo sabría. Era como ser azotado hasta la muerte con plumas: todo le recordaba otra cosa que había que hacer. Los Atajos; eso no era una pluma ni mucho menos. Tenía la puerta que había allí, en Caemlyn, bajo vigilancia, así como las que existían cerca de Tear y de Cairhien, pero ni siquiera sabía exactamente cuántas más había.

Oh, sí, habría cambiado todas las reverencias e inclinaciones de cabeza, todas las guardias de honor, todas las consultas y las responsabilidades, toda la gente cuyas necesidades había que solventar, por aquellos días en los que sólo tenía que preocuparse de su propia subsistencia. Ni que decir tiene que en aquellos tiempos no le habrían permitido caminar por esos pasillos a menos que hubiera ido acompañado por otro tipo de guardia, una que lo habría vigilado para que no escamoteara algún cáliz de oro y plata de su hornacina de la pared o una talla de marfil de una mesa con incrustaciones de lapislázuli.

Al menos la voz de Lews Therin no estaba murmurando dentro de su cabeza aquella mañana. Al menos parecía que empezaba a dominar el truco mental que Taim le había enseñado. El sudor resbalaba por el rostro de Bashere, pero el calor apenas afectaba a Rand. Llevaba la chaqueta de seda gris, con bordados en plata, abotonada hasta el cuello, y aunque tenía un poco de calor no sudaba ni una gota. Taim le había asegurado que con el tiempo no sentiría siquiera un calor o un frío lo bastante intenso para dejar baldado a cualquier otro hombre. Era cuestión de distanciarse de uno mismo, de concentrarse interiormente, un poco como la preparación para abrazar el *Saidin*. Qué curioso que estando tan próximo al Poder no tuviera nada que ver con él. ¿Harían lo mismo las Aes Sedai? Jamás había visto sudar a una de ellas. ¿Oh sí?

Inesperadamente rompió a reír. ¡Mira que estar divagando sobre si las Aes Sedai sudaban o no! Tal vez no estaba loco todavía, pero no haría mal papel como un necio con la cabeza llena de serrín.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó secamente Bashere mientras se atusaba el bigote con los nudillos. Algunas de las Doncellas lo observaron expectantes; estaban realizando un gran esfuerzo para entender el humor de las tierras húmedas.

Rand no sabía cómo era capaz Bashere de conservar la ecuanimidad. Esa misma mañana había llegado un rumor a palacio respecto a luchas en las Tierras Fronterizas, entre hombres de la frontera. Los cuentos de los viajeros brotaban como hierba tras la lluvia, pero éste había venido del norte, al parecer con mercaderes que habían llegado al menos hasta Tar Valon. Nadie decía exactamente dónde o quién, así que podía ser Saldaea como cualquier otro de los países norteños. Además, Bashere no había tenido noticias de allí desde que se había marchado meses atrás. No obstante, a juzgar por el efecto que el rumor había causado en él, habríase dicho que la noticia se refería a que el precio de los nabos había subido.

Claro que Rand tampoco sabía nada de cómo marchaban las cosas en Dos Ríos —

aparte de vagos rumores sobre un levantamiento en alguna parte del oeste que afectaba a su pueblo; en los tiempos que corrían, aquello podría significar algo o nada — pero no era lo mismo. Él había abandonado Dos Ríos a su suerte. Las Aes Sedai tenían espías en todas partes, y no habría apostado ni una moneda de cobre respecto a que los Renegados no los tuvieran también. Al Dragón Renacido no le interesaba la suerte de la pequeña aldea donde había crecido Rand al'Thor; estaba por encima de eso. Si no lo hiciera así, entonces Campo de Emond se convertiría en un rehén para utilizarlo contra él. Con todo, no iba a buscarle tres pies al gato con tal de justificarse. Desentenderse era desentenderse, sin paliativos.

«Aunque encontrara un modo de escapar a mi destino, ¿me lo merecería?» Ése era un pensamiento suyo, no de Lews Therin.

Movió los hombros, que de repente parecían afectados por un dolor sordo, y respondió con un timbre ligero:

—Perdonad, Bashere. Se me acaba de ocurrir una idea chocante, pero os estaba escuchando. Decíais que Caemlyn está casi atestado. Que por cada hombre que huyó porque temía que fuera el falso Dragón, han venido dos porque no lo soy y no tienen miedo. ¿Veis?

Bashere gruñó, lo que podía significar cualquier cosa.

—¿Cuántos han venido por otras razones, Al'Thor? —Bael era el hombre más alto que Rand había visto en su vida, su buen palmo más que el propio Rand, y hacía un contraste chocante con Bashere, que era más bajo que cualquiera de las Doncellas excepto Enaila. Las canas abundaban en el cabello rojizo oscuro de Bael, pero su enjuto rostro denotaba dureza y sus azules ojos eran penetrantes—. Tienes más enemigos que cien hombres juntos, e intentarán atacarte otra vez, ya verás. Incluso puede haber Seguidores de la Sombra entre ellos.

—Aunque no hubiese Amigos Siniestros —intervino Bashere—, el conflicto se cuece en la ciudad como el té que se deja hervir. A varias personas se las ha molido a golpes, obviamente por poner en duda que sois el Dragón Renacido, y a un pobre tipo lo sacaron a rastra de una taberna y lo ahorcaron de las vigas de un establo por haberse reído de vuestros milagros.

—¿Mis milagros? —repitió Rand con incredulidad.

Un viejo sirviente lleno de arrugas y con el pelo blanco, vestido con una librea que le sobraba por todas partes, y que llevaba un jarrón grande en las manos e intentó hacer una reverencia y apartarse al mismo tiempo, tropezó con sus propios pies y cayó cuan largo era. El jarrón verde pálido, de fina porcelana de los Marinos, voló por encima de su cabeza y rodó dando tumbos sobre las baldosas, girando y botando hasta que se detuvo, de pie, unos treinta pasos pasillo adelante. El anciano se incorporó con sorprendente agilidad y corrió a recoger el jarrón para, acto seguido, pasar las manos por su superficie, lanzando una exclamación de asombro y alivio al

comprobar que no tenía ni el menor pequeño desconchón ni la más pequeña grieta. Otros sirvientes lo miraron fijamente, sin salir de su asombro, antes de recobrar la compostura y continuar apresuradamente con sus quehaceres. Evitaron mirar a Rand con tanto empeño que algunos olvidaron hacer una reverencia.

Bashere y Bael intercambiaron una mirada, y el general saldaenino resopló de tal modo que se levantó el bigote.

—Digamos entonces sucesos raros —manifestó—. Todos los días surge una historia como que un niño que se ha caído de cabeza a la calle desde una ventana doce metros más arriba y no se ha hecho ni un rasguño. O que una anciana se ha cruzado en el camino de dos docenas de caballos desbocados pero que, de algún modo, los animales no sólo no la han arrollado y pisoteado sino que ni siquiera la han rozado. Por lo visto, el otro día un tipo sacó cinco coronas veintidós veces seguidas con los dados, y eso también os lo achacan a vos. Por suerte para ese estafador.

—Se dice —abundó Bael— que ayer un cesto con tejas cayó desde un tejado a la calle y que quedaron extendidas, intactas, formando el antiguo símbolo Aes Sedai. —Mientras pasaban ante él, echó una ojeada al anciano sirviente de pelo blanco, todavía boquiabierto y aferrando el jarrón contra su pecho—. Y no dudo que ocurriera así.

Rand soltó el aire lentamente. No habían mencionado los de la otra clase, claro está. Lo del hombre que tropezó en un escalón y se ahorcó al engancharsele el pañuelo del cuello al pestillo de la puerta. Lo de las pizarras arrancadas de un tejado por un ventarrón que volaron a través de una ventana abierta y una puerta interior y mataron a una mujer que estaba sentada a la mesa con su familia. El tipo de accidentes que podía ocurrir, pero muy de vez en cuando. Sólo que esas cosas no eran infrecuentes a su alrededor. Para bien o para mal, casi tan frecuentemente para mal como para bien, provocaba alteraciones en el azar meramente por encontrarse a pocos kilómetros. La respuesta a su anterior pregunta era no. Aunque desaparecieran los dragones de sus brazos y las garzas grabadas en sus palmas, todavía seguiría teniendo su sino marcado. En las Tierras Fronterizas existía un dicho: «La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que una montaña». Una vez que tenía la montaña cargada sobre los hombros, no había modo de soltarla. De todos modos, no había nadie más que pudiera llevarla a cuestas y no tenía sentido quejarse por algo que no se podía cambiar.

—¿Habéis dado con los hombres que llevaron a cabo el linchamiento? —inquirió con voz enérgica. Bashere sacudió la cabeza—. Entonces, encontradlos y arrestadlos por asesinato. Quiero que se ponga freno a esto. Ya. Dudar de mí no es ningún crimen.

Corría el rumor de que el Profeta sí lo consideraba de ese modo, pero él no podía hacer nada al respecto todavía. Ni siquiera sabía dónde estaba Masema, aparte de que era en Ghealdan o en Amadicia. Si es que no se había dirigido a algún otro lugar

entretanto. Añadió otra nota más a las tomadas mentalmente: tenía que encontrar a ese hombre y refrenarlo de algún modo.

—¿Tenga las consecuencias que tenga? —preguntó Bashere—. Se rumorea que sois un falso Dragón que mató a Morgase con la ayuda de las Aes Sedai. Se supone que el pueblo ha de alzarse contra vos y vengar a su reina. Tal vez haya más de una persona haciendo correr ese rumor. No está claro.

El semblante de Rand se endureció. Podía vivir con lo primero —tenía que hacerlo; había demasiadas variaciones en lo sucedido para sofocar los comentarios por mucho que él lo negara— pero no toleraría la incitación a la rebelión. Andor no se iba a dividir por culpa de una guerra. Le entregaría a Elayne un país tan íntegro como había llegado a sus manos. Lo haría, si es que volvía a verla alguna vez.

—Descubrid quiénes lo empezaron —instó duramente—, y metedlos en prisión. —Luz ¿cómo descubrir quién había comenzado un rumor?—. Si buscan el perdón, que se lo pidan a Elayne. —Una joven criada que llevaba un tosco vestido marrón y que estaba limpiando el polvo a una bandeja de cristal tallado, reparó en su gesto y el recipiente cayó de sus manos repentinamente temblorosas y se hizo añicos. No siempre cambiaba el azar—. ¿Hay alguna noticia buena? No me vendría nada mal.

La joven se agachó para recoger los fragmentos de cristal, pero Sulin la miró de soslayo, sólo de soslayo, y la chica se incorporó como impulsada por un resorte, con los ojos desorbitados, y se aplastó contra un tapiz que representaba la cacería de un leopardo. Rand no lo entendía, pero algunas mujeres parecían tenerles más miedo a las Doncellas que a los varones Aiel. La muchacha miró a Bael como si esperara que él la protegiese, pero el jefe de clan ni siquiera pareció reparar en ella.

—Eso depende de lo que entendáis por buenas noticias. —Bashere se encogió de hombros—. Me he enterado de que Ellorien de la casa Traemane y Pelivar de la casa Coelan llegaron a la ciudad hace tres días o, mejor dicho, entraron a hurtadillas, y ninguno de los dos se ha acercado a la Ciudad Interior, que yo sepa. En la calle se comenta que Dyelin de la casa Taravin se encuentra en la campiña, cerca de aquí. Ninguno de ellos ha respondido a vuestra invitación. No he oído nada que relacione a ninguno de los tres con los rumores de antes.

Miró hacia Bael, que sacudió la cabeza.

—A nosotros nos llegan menos chismes que a ti, Davram Bashere. La gente de aquí habla con más libertad con otros habitantes de las tierras húmedas.

En cualquier caso eran buenas noticias. Ésas eran personas que Rand necesitaba. Si lo consideraban un falso Dragón, encontraría un modo de sortear eso. Si creían que había matado a Morgase… En fin, tanto mejor si permanecían leales a su recuerdo y a su linaje.

—Enviadles nuevas invitaciones a visitarme. Incluid el nombre de Dyelin. Puede que sepan dónde está.

—Si envío yo esa invitación —arguyó, dubitativo, Bashere—, quizá sólo sirva para recordarles que hay un ejército saldaenino en Andor.

Rand vaciló y después asintió, repentinamente sonriente.

—Pedidle a lady Arymilla que la lleve en persona. No me cabe la menor duda de que saltará ante la oportunidad de mostrarles cuán estrecha es su relación conmigo. Pero escribidla vos.

Las lecciones de Moraine sobre el Juego de las Casas volvían a serle útiles.

—No sé si es buena o mala noticia —dijo Bael—, pero los Escudos Rojos me han informado que dos Aes Sedai han alquilado habitaciones en una posada de la Ciudad Nueva. —Los Escudos Rojos habían estado ayudando a los hombres de Bashere a patrullar Caemlyn y ahora se encargaban de hacer el trabajo ellos. Bael sonrió al advertir la mueca de disgusto del saldaenino—. Oímos menos comentarios, Davram Bashere, pero quizás a veces vemos más.

—¿Alguna de ellas es nuestra amiga a la que le gustan los gatos? —preguntó Rand. Los chismes sobre la presencia de alguna Aes Sedai en la ciudad continuaban; a veces eran dos o tres o todo un grupo. Lo único que Bashere o Bael habían conseguido sacar en claro, sin embargo, eran hablillas de una Aes Sedai que curaba a perros y gatos, pero siempre eran noticias de segunda mano, relatadas por alguien que las había oído en una taberna o en el mercado.

—No lo creo —repuso Bael sacudiendo la cabeza—. Los Escudos Rojos dicen que estas dos parecen haber llegado por la noche.

Bashere parecía interesado; rara vez dejaba pasar la oportunidad de repetir que Rand necesitaba Aes Sedai. Por el contrario, Bael tenía el entrecejo fruncido, aunque tan ligeramente que nadie lo habría advertido salvo otro Aiel. Su pueblo era precavido en el trato con Aes Sedai, incluso reacio.

Aquellas pocas palabras daban mucho que pensar a Rand, y todas las conclusiones que sacaba conducían hacia él. Dos Aes Sedai tenían que tener una razón para ir a Caemlyn considerando que sus hermanas evitaban la ciudad desde su llegada; y esa razón sin duda tenía que ver con él. Incluso en los mejores tiempos, pocas personas viajaban de noche, y los que corrían ahora no eran precisamente los más seguros. Unas Aes Sedai llegando en plena noche probablemente intentaban no llamar la atención, y a buen seguro que la suya la que menos. Por otro lado, a lo mejor se dirigían con urgencia hacia otro lugar, lo cual apuntaba una misión encomendada por la Torre. Y, a fuer de ser sincero, no se le ocurría nada que en ese momento tuviera más importancia para la Torre que él. O puede que estuvieran de camino para unirse con las Aes Sedai que Egwene insistía en que iban a apoyarlo.

Fuera lo que fuese, quería descubrirlo. Sólo la Luz sabía qué se proponían las Aes Sedai —tanto las de la Torre como las que se escondían de Elaida—, pero tenía que enterarse. Había muchas y podían ser demasiado peligrosas para que no le interesara.

¿Cómo reaccionaría la Torre cuando Elaida se enterara de su amnistía? ¿Cómo reaccionaría cualquier Aes Sedai? ¿Se habrían enterado ya?

Cuando se acercaban a las puertas que había al final del pasillo, Rand abrió la boca para decirle a Bael que pidiera a una de las Aes Sedai que fuera a palacio. Podía manejar a dos Aes Sedai si llegaba el caso —siempre y cuando no lo cogieran por sorpresa— pero era absurdo correr riesgos inútiles hasta que supiera quiénes eran y qué intenciones tenían.

«Estoy lleno de orgullo. ¡Me asquea el orgullo que me destruyó!»

Rand dio un traspié. Era la primera vez en ese día que la voz de Lews Therin sonaba dentro de su cabeza —y demasiado semejante a un comentario a sus reflexiones sobre las Aes Sedai para no inquietarlo—, pero no fue por eso por lo que se tragó lo que había estado a punto de decir ni por lo que se paró en seco.

A causa del calor las puertas estaban abiertas, y se veía uno de los jardines de palacio. No quedaban flores, y algunos rosales y arbustos de estrellas blancas estaban marchitos, pero los árboles caducos aguantaban todavía con hojas, aunque pocas, alrededor de la cantarina fuente de mármol blanco, en el centro del jardín. Una mujer vestida con amplias faldas de lana marrón y blusa suelta de blanco *algode* se encontraba de pie junto a la fuente, con un chal gris echado sobre los brazos, mirando el agua con la expresión maravillada con que la miraba a menudo cuando no tenía otro uso que el de ser contemplada. Rand admiró embebecido los rasgos de Aviendha, con las ondas del rojizo cabello cayéndole sobre los hombros desde el pañuelo gris doblado que le ceñía las sienes. Luz, qué hermosa era. Absorta en los chorros del agua no había reparado en su presencia.

¿La amaba? No lo sabía. En su mente y sus sueños se enredaba en una maraña con Elayne e incluso con Min. Lo que sí sabía es que él era peligroso; no tenía nada que ofrecer a una mujer excepto dolor.

«Ilyena —sollozó Lews Therin—. ¡La maté! ¡Así la Luz me consuma para siempre!»

—Un par de Aes Sedai que aparecen así podría ser importante —dijo en voz queda—. Creo que debería visitar esa posada y ver para qué han venido. —Casi todo el mundo se había parado cuando lo hizo él, pero Enaila y Jalani intercambiaron miradas y siguieron caminando en dirección al jardín. Levantó un poco el tono y lo endureció de manera considerable al añadir—: Las Doncellas vendrán conmigo. Cualquiera de ellas que prefiera ponerse un vestido y hacer de casamentera puede quedarse.

Enaila y Jalani se pusieron tensas y giraron rápidamente sobre sus talones para mirarlo con ojos brillantes de indignación. Menos mal que Somara no estaba ese día de servicio; habría seguido caminando a pesar de todo. Los dedos de Sulin se movieron veloces con el lenguaje de las manos utilizado por las Doncellas, y, fuera lo

que fuese lo que dijo, ahogó la expresión de indignación y puso encendidas de vergüenza las mejillas de las dos Doncellas. Los Aiel conocían una gama completa de signos de manos para comunicarse cuando era recomendable guardar silencio. Cada clan tenía su sistema propio, así como cada sociedad, además de todos los otros que los Aiel sabían, pero sólo las Doncellas lo habían convertido en un lenguaje propiamente dicho.

Rand no esperó a que Sulin terminara antes de dar media vuelta para alejarse del jardín. Las Aes Sedai podían abandonar Caemlyn tan rápidamente como habían llegado. Echó una ojeada por encima del hombro. Aviendha seguía contemplando el agua; no lo había visto. Aceleró el paso.

—Bashere, ¿queréis por favor mandar a uno de vuestros hombres para que tengan preparados los caballos? En la Puerta del Establo Sur.

Las puertas principales de palacio daban a la plaza de la Reina, que probablemente se encontraría abarrotada de gente esperando verlo aunque fuese de refilón. Tardaría media hora en abrirse paso entre el gentío, con suerte.

Bashere hizo una seña, y uno de los jóvenes saldaeninos se adelantó con aquellos andares bamboleantes propios del hombre habituado a la silla de montar.

—Un hombre tiene que saber cuándo esquivar a una mujer —comentó el general sin dirigirse a nadie en particular—, pero un hombre listo también sabe que a veces debe plantarse ante ella y dar la cara.

—Ah, los jóvenes —abundó Bael con aire indulgente—. Persiguen sombras y huyen de la luna, y al final se ensartan el pie con su propia lanza.

Algunos de los Aiel, Doncellas y Manos Cuchillo por igual, pero en especial los de más edad, soltaron risitas quedas. Irritado, Rand volvió a echar una ojeada hacia atrás.

—A ninguno de vosotros os quedaría bien un vestido —dijo.

Sorprendentemente, las Doncellas y los Manos Cuchillo volvieron a reír, esta vez más fuerte. A lo mejor empezaba a pillar un poco el sentido del humor Aiel.

Ocurrió lo que esperaba cuando salió por la Puerta del Establo Sur a una de las curvas calles de la Ciudad Interior. Los cascos de *Jeade'en* repicaron sobre los adoquines del pavimento cuando el caballo se puso a retozar; el rodado apenas salía de su cuadra últimamente. Había mucha gente en la calle, pero ni por asomo tanta como podía esperarse al otro extremo de palacio, y todo el mundo estaba enfrascado en sus asuntos. Aun así, se alzaron dedos para señalar y las cabezas se juntaron para cuchichear. Algunos debían de haber reconocido a Bashere quien, a diferencia de Rand, había ido y venido por la ciudad a menudo; pero cualquiera que saliese de palacio, sobre todo con una escolta de Aiel trotando, tenía que ser alguien importante. Los murmullos y los dedos señalando los siguieron a su paso.

A despecho de las intensas miradas, Rand trató de disfrutar de las bellezas de la

Ciudad Interior, obra de los Ogier. Las contadas ocasiones que se le presentaban para disfrutar de algo le eran preciosas. Las calles partían del Palacio Real trazando amplias curvas que seguían el contorno de las colinas como si fueran parte del terreno. Por doquier se alzaban esbeltas torres cubiertas con tejas de colores, o cúpulas doradas o púrpuras o blancas que centelleaban bajo el sol. Aquí, se había dejado un espacio abierto para disfrutar con la vista de un parque lleno de árboles; allí, un cerro proporcionaba una excelente visión panorámica de las suaves llanuras onduladas y los bosques que se divisaban más allá de la alta muralla veteada de plata que rodeaba Caemlyn completamente. La Ciudad Interior se había planeado para deleite de la vista y sosiego del espíritu. Según los Ogier, sólo la propia Tar Valon y la legendaria Manetheren la superaban en belleza, y muchos humanos, en su mayoría andoreños, opinaban que las igualaba.

Las níveas murallas de la Ciudad Interior señalaban el punto donde empezaba la Ciudad Nueva, con sus propias cúpulas y esbeltas torres, algunas de las cuales intentaban igualar la altura de las de la Ciudad Interior, construidas sobre colinas. Aquí las calles más estrechas estaban abarrotadas, e incluso los anchos bulevares, divididos en el centro por hileras de árboles, se encontraban llenos de gente, carros de bueyes, carretas tiradas por caballos, y personas montadas en corceles, carruajes y palanquines. En el aire flotaba un zumbido como el de una colmena.

Aquí se abrieron paso más despacio, aunque la multitud se apartaba. Al igual que la gente de la Ciudad Interior, no sabían quién era, pero nadie deseaba cruzarse en el camino de unos Aiel trotando. Simplemente se tardaba más en pasar entre tanta gente. Y la había de toda clase y condición. Granjeros con ropas de tosca lana y mercaderes con chaquetas o vestidos de excelente corte. Artesanos que se dirigían presurosos a sus negocios y vendedores ambulantes que voceaban sus mercancías expuestas en bandejas o en carros de mano, desde alfileres y cintas hasta fruta y fuegos artificiales, estos dos últimos productos igualmente apreciados y caros por su escasez en la actualidad. Un juglar, con su capa cubierta de parches, estaba hombro con hombro junto a tres Aiel, inspeccionando las armas blancas expuestas en mesas delante del taller de un cuchillero. Dos tipos delgados, con el oscuro cabello trenzado en coletas y la espada ceñida a la espalda —cazadores del Cuerno, supuso Rand— charlaban con varios saldaeninos mientras escuchaban a una mujer y un hombre que tocaban la flauta y el tambor en una esquina. Los cairhieninos, más bajos y de tez más pálida, resaltaban entre los andoreños, al igual que ocurría con los atezados tearianos, pero Rand vislumbró murandianos con largas levitas y altaraneses con los elaborados chalecos, y a barbudos kandoreses, e incluso a un par de domanis de largos bigotes y con pendientes.

También sobresalía otra clase de personas: las que deambulaban sin rumbo fijo, vestidas con chaquetas y vestidos arrugados, a menudo polvorientos y siempre

mirándolo todo con los ojos muy abiertos, obviamente sin tener adónde ir y ni idea de qué hacer a continuación. Éstos habían llegado todo lo lejos que podían hacia lo que buscaban: él. El Dragón Renacido. No tenía ni idea de qué iba a hacer con ellos, pero eran su responsabilidad de un modo u otro. Daba igual si él no les había pedido que echaran sus vidas por la borda, que no quisiera que lo hubiesen abandonado todo. Lo habían hecho. Por él. Y, si descubrían quién era, podrían arrollar a los Aiel y hacerlo pedazos en su afán por tocarlo simplemente.

Rozó con los dedos el *angreal* del hombrecillo gordo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Una buena cosa, si llegaba el momento de tener que utilizar el Poder Único para protegerse contra la gente que había renunciado a todo por él. Ésa era la razón de que se aventurara tan poco por la ciudad. En fin, una de las razones. Tenía muchas cosas que hacer para perder el tiempo dando un paseo a caballo.

La posada a la que Bael lo condujo, en la zona oeste de la ciudad, se llamaba El Sabueso de Culain y era un edificio de tres plantas, techado con tejas rojas. En la sinuosa calle lateral, la multitud se apartó a ambos lados y volvió a juntarse alrededor del grupo de Rand cuando se detuvo. Rand volvió a tocar el *angreal*. Dos Aes Sedai; debería ser capaz de manejarlas a ambas sin tener que recurrir a eso. Entonces desmontó y entró en el establecimiento, aunque no antes, por supuesto, de que lo hicieran tres Doncellas y un par de Manos Cuchillo, todos ellos de puntillas y en un tris de cubrirse con los velos. Conseguiría antes que un gato cantara que convencerlos de no estar siempre tan alerta. Tras dejar a dos saldaeninos a cargo de los caballos, Bashere y el resto de sus hombres, junto con Bael, fueron en pos de él casi pisándole los talones, y a continuación el resto de los Aiel, excepto los que se quedaron fuera montando guardia. Lo que encontraron no era lo que Rand esperaba.

La sala común podría haber pertenecido a cualquiera de las otras cientos de posadas de Caemlyn, con grandes barriles de cerveza y vino alineados contra la pared enyesada; sobre ellos, otros barriletes más pequeños con brandy, y, en lo alto de todo, un gato gris rayado. Había dos chimeneas barridas y vacías, y tres o cuatro camareras con delantales moviéndose entre las mesas y bancos repartidos por el piso de madera, bajo el techo de vigas. El posadero, un tipo de cara redonda y tres papadas, con el delantal blanco ceñido alrededor del prominente vientre, se acercó presuroso mientras se secaba las manos y echaba ojeadas a los Aiel, sólo con un atisbo de nerviosismo. Caemlyn ya había comprobado que no pensaban saquear y prender fuego a todo cuanto estaba a la vista —convencer a los Aiel que Andor no era un país conquistado y que no podían tomar el quinto no había sido tarea fácil— pero eso no quería decir que los posaderos estuviesen acostumbrados a ver aparecer en su establecimiento a dos docenas a la vez.

El posadero centró su atención en Rand y en Bashere. En este último principalmente. Ambos eran hombres acaudalados a juzgar por sus atuendos, pero

Bashere era el mayor por bastantes años y, en consecuencia, seguramente el más importante.

—Bienvenido, milores. ¿En qué os puedo servir? Tengo vinos de Murandy así como andoreños, brandy de…

Rand hizo caso omiso del hombre. Lo que distinguía esta sala común de otras cientos iguales eran los parroquianos. A esa hora del día habría esperado encontrar en ella uno o dos hombres, pero no había ninguno. En cambio, casi todas las mesas estaban ocupadas por mujeres jóvenes vestidas con ropas corrientes. A decir verdad, muchachas en su mayoría, que se giraron en los bancos, con las tazas en la mano, para mirar embobadas a los recién llegados. Más de una soltó una exclamación ahogada al reparar en la altura de Bael. No todas miraban a los Aiel, sin embargo; lo que hizo abrir mucho los ojos a Rand fue la docena más o menos que lo contemplaba boquiabierta a él. Las conocía. No muy bien, pero las conocía. Una en particular atrajo su atención.

—¿Bode? —preguntó con incredulidad.

La muchacha que lo miraba con ojos como platos —¿cuándo se había hecho lo bastante mayor para llevar trenzado el pelo?— era Bodewhin Cauthon, hermana de Mat. Y allí estaba la regordeta Hilde Barran, sentada al lado de la delgaducha Jerilin al'Caar, y la bonita Marisa Ahan, con las manos puestas en las mejillas, como hacía siempre que se sorprendía, y Emry Lewin, con su busto opulento. Y Elisa Marwin y Darea Candwin, y… Eran de Campo de Emond o de los alrededores. Tras echar una rápida ojeada a las otras mesas, Rand comprendió que las otras debían de ser también muchachas de Dos Ríos. La mayoría, en cualquier caso, ya que vio un rostro domani y uno o dos más que podrían ser de lejanas tierras, pero todos sus vestidos se podrían haber visto cualquier día en el Prado de Campo de Emond.

—En nombre de la Luz, ¿qué hacéis aquí? —preguntó.

—Vamos de camino a Tar Valon —logró responder Bode a pesar de estar boquiabierta. Lo único que tenía de parecido con Mat era aquel no sé qué de picardía en los ojos. Su asombro al verlo desapareció rápidamente y dio paso a una amplia sonrisa de maravilla y deleite—. Para hacernos Aes Sedai, como Egwene y Nynaeve.

—Lo mismo podríamos preguntarte a ti —intervino la esbelta Larine Ayellan mientras se colocaba la gruesa trenza sobre el hombro con estudiada indiferencia. Era la mayor de las chicas de Campo de Emond, aunque debía de tener sus buenos tres años menos que él, pero era la única aparte de Bode que llevaba trenzado el pelo. Siempre había tenido muy buena opinión de sí misma y era lo bastante bonita para que todos los chicos le hubiesen confirmado estar en lo cierto—. Lord Perrin apenas ha hablado de ti excepto para decir que estabas por ahí corriendo aventuras. Y llevando excelentes ropas, cosa que veo es cierta.

—¿Se encuentra bien Mat? —preguntó Bode con repentina ansiedad—. ¿Está

contigo? Madre está preocupada por él. Ni siquiera se acordaba de cambiarse de calcetines si alguien no se lo decía.

—No —repuso lentamente Rand—, no está aquí. Pero se encuentra bien.

—No imaginábamos que te encontraríamos en Caemlyn —comentó Janacy Torfinn con su voz de tono agudo. No podía tener más de catorce años; era la más joven, al menos entre las chicas de Campo de Emond—. Apuesto que Verin Sedai y Alanna Sedai se sentirán complacidas. Siempre están preguntando qué sabemos de ti.

Las dos mujeres que había nombrado eran Aes Sedai. Conocía a Verin, una hermana Marrón, bastante bien, aunque no sabía qué pensar de ella. Eso, en cualquier caso, era lo menos importante. Estas muchachas eran de casa.

—Entonces ¿todo marcha bien en Dos Ríos? ¿Y en Campo de Emond? Por lo visto Perrin llegó allí sin novedad. ¡Eh, un momento! ¿Lord Perrin, habéis dicho?

Aquello fue como abrir un dique. El resto de las chicas de Dos Ríos estaban más interesadas en observar a los Aiel con largas miraditas de reojo, en especial a Bael, y unas cuantas echaban alguna que otra mirada a los saldaeninos, pero las jóvenes de Campo de Emond se apiñaron alrededor de Rand y todas trataron de hablar al mismo tiempo, mezclando cosas y contándolo todo al revés e intercalando preguntas acerca de Mat y de él, de Egwene y de Nynaeve, la mayoría de las cuales no habría podido contestar ni en una hora aunque le hubiesen dado ocasión de hacerlo.

Los trollocs habían invadido Dos Ríos, pero lord Perrin los había expulsado. Y continuaron con la gran batalla, hablando todas a la par de modo que resultaba difícil enterarse de detalles salvo que había habido una. Todo el mundo había combatido, naturalmente, pero había sido lord Perrin quien los había salvado a todos. Siempre «lord» Perrin; cada vez que Rand se refería a él simplemente como Perrin, lo corregían del modo mecánico con que lo habrían hecho si en lugar de decir «caballo» hubiese dicho «burro».

A pesar de la noticia de que habían derrotado a los trollocs, Rand sintió opresión en el pecho. Los había abandonado a eso. Si hubiese ido, tal vez no habría habido una lista tan larga de muertos, tantos nombres que le eran conocidos. Pero, si hubiese ido, no tendría a los Aiel respaldándolo; Cairhien no sería suyo, en la medida que lo era; y seguramente Rahvin estaría lanzando a un Andor unido contra él y contra Dos Ríos. Siempre había que pagar un precio por cada decisión que tomaba. Ser quien era tenía un precio, que pagaban otros. Tenía que recordarse de continuo que era mucho menor que el que habrían pagado sin él. No obstante, ese razonamiento no lo ayudaba gran cosa.

Interpretando su gesto como consternación por los muertos de Dos Ríos, las chicas se apresuraron a contarle cosas más alegres. Por lo visto Perrin se había casado con Faile. Rand le deseó toda la dicha posible por ello y se preguntó cuánto duraría la poca o mucha felicidad que hallara cualquiera de ellos. Las chicas lo veían como algo

muy romántico y maravilloso, y sólo parecían lamentar que no hubiese habido tiempo para las habituales celebraciones de una boda. Se veía que apreciaban a Faile, que la admiraban mucho, y también se advertía una pizca de envidia, incluso en Larine.

También había habido Capas Blancas, y con ellos, Padan Fain, el viejo buhonero que solía ir a Campo de Emond cada primavera. Las muchachas no parecían muy seguras de si los Capas Blancas habían sido amigos o enemigos; pero, para Rand, la presencia de Fain dejaba muy claro el asunto aunque hubiese albergado alguna duda al respecto. Fain era un Amigo Siniestro, quizás algo incluso peor, y sería capaz de cualquier cosa con tal de hacer daño a Mat, a Perrin y a él. Sobre todo a él. Quizá la peor noticia que pudieron darle era que nadie sabía realmente si Fain había muerto. En cualquier caso, los Capas Blancas se habían marchado, los trollocs habían desaparecido, y los refugiados llegaban a montones a través de las Montañas de la Niebla, trayendo consigo todo tipo de cosas nuevas, desde costumbres y negocios, plantas y semillas, hasta estilos de vestir. Una de las chicas era domani, y había otras dos tarabonesas y tres del llano de Almoth.

—Larine compró un vestido domani —rió la pequeña Janacy—, pero su madre la obligó a devolverlo a la modista.

Larine alzó una mano, pero lo pensó mejor y se limitó a atusarse la coleta al tiempo que aspiraba ruidosamente por la nariz. Janacy soltó otra risita.

—¿A qué viene hablar de vestidos? —exclamó Susa al'Seen—. A Rand no le importan esas cosas. —Susa era una chica delgada e inquieta, con un carácter muy excitable, y ahora estaba brincando puesta de puntillas—. Alanna Sedai y Verin Sedai hicieron la prueba a todas. Bueno, a casi todas.

—Cilia Cole querían que se la hicieran también a ella —intervino Marce Eldin, una joven baja y fornida. Rand no recordaba gran cosa sobre ella, excepto que siempre tenía la nariz metida en un libro, incluso cuando iba caminando por la calle —. ¡Insistió! Y la pasó, pero le dijeron que era demasiado mayor para hacerse novicia.

—Y todas pasamos… —le quitó Susa la palabra de la boca a Marce.

—Hemos estado viajando a lo largo de todo el día y prácticamente de toda la noche a partir de Puente Blanco —agregó Bode—. Con lo agradable que es quedarse en un sitio un poco.

—¿Conoces Puente Blanco, Rand? —interrumpió Janacy a Bode—. ¿La propia Puente Blanco?

—¡Y vamos a Tar Valon a convertirnos en Aes Sedai! —terminó Susa al tiempo que lanzaba una mirada furibunda que abarcaba a Bode, Marce y Janacy—. ¡A Tar Valon!

—De momento no vamos a ir a Tar Valon.

La voz que sonó en la puerta de la calle atrajo la atención de las chicas,

apartándola de Rand, pero las dos Aes Sedai que acababan de entrar rechazaron sus preguntas con ademanes bruscos. Toda la atención de las dos mujeres estaba centrada en Rand. Eran muy dispares a pesar del rasgo común de intemporalidad de sus rostros; tanto la una como la otra podrían tener cualquier edad, pero Verin era baja y llenita, con el rostro cuadrado y un toque de canas en el cabello, mientras que la otra, que debía de ser Alanna, era de tez morena y esbelta, una hermosa mujer de rasgos zorrunos, con una densa y ondulada melena negra y un brillo en los ojos que denotaba un fuerte temperamento. Y con una ligera rojez en los párpados, como si hubiese estado llorando, aunque a Rand le costaba trabajo imaginar a una Aes Sedai derramando lágrimas. Su traje de montar era de seda gris con aplicaciones verdes, y daba la impresión de que se lo acabara de poner, mientras que el de Verin, en color marrón claro, parecía un poco arrugado. Sin embargo, si Verin prestaba escasa atención a su atuendo, sus oscuros ojos eran en verdad penetrantes y estaban prendidos en Rand con la firmeza de unos mejillones en la roca.

Dos hombres con capas de un tono verde apagado entraron tras ellas en la sala común; uno era fornido y canoso, y el otro alto y moreno, flexible como una vara, pero ambos llevaban espada al cinto y sus movimientos felinos los habrían señalado como Guardianes aun en el caso de que no hubiesen estado las Aes Sedai. No hicieron el menor caso a Rand y en cambio observaron vigilantes a los Aiel y los saldaeninos con una quietud que proclamaba su disposición a saltar como muelles en un visto y no visto. Por su parte, los Aiel no se movieron exactamente, pero había en ellos un aire de estar prestos a subir los velos en cualquier momento, Doncellas y Manos Cuchillo por igual, y los dedos de los jóvenes saldaeninos se dirigieron de inmediato hacia las empuñaduras de sus espadas. Sólo Bael y Bashere parecían encontrarse por completo a gusto. Las mujeres, excepto las Aes Sedai, no advirtieron nada, pero el gordo posadero percibió la tensión en el ambiente y empezó a retorcerse las manos, sin duda imaginando ya su sala común hechas trizas, cuando no toda la posada.

—No habrá problemas —dijo Rand en voz alta y firme para tranquilizar al posadero y a los Aiel. Y a todo el mundo, esperaba—. No los habrá a menos que vos los empecéis, Verin.

Varias de las chicas lo miraron con los ojos desorbitados por atreverse a hablar así a una Aes Sedai, y Larine incluso aspiró por la nariz sonoramente. Verin lo estudió con sus ojillos de pájaro.

—¿Y quiénes somos para empezar un conflicto contra ti? Has llegado muy lejos desde la última vez que te vi.

Por alguna razón, Rand no quería hablar de eso.

—Si habéis decidido no ir a Tar Valon, entonces es que os habéis enterado de la escisión de la Torre. —Aquello provocó un murmullo sobresaltado entre las jóvenes;

ellas, obviamente, no lo sabían. Por su parte, las Aes Sedai no mostraron reacción alguna—. ¿Sabéis dónde se encuentran las que se han opuesto a Elaida?

—Hay cosas que deberíamos discutir en privado —adujo sosegadamente Alanna —. Maese Dilham, necesitamos vuestro comedor privado.

El posadero hizo una reverencia tan pronunciada que casi se fue de bruces al suelo mientras le aseguraba que estaba a su disposición. Verin se encaminó hacia una puerta lateral.

—Por aquí, Rand —dijo.

Alanna lo miró enarcando una ceja con gesto interrogante. Rand esbozaba una sonrisa irónica. Acababan de entrar y ya se habían puesto al mando, pero por lo visto eso era algo tan natural en las Aes Sedai como respirar. Las chicas de Dos Ríos lo observaban con mayor o menor conmiseración. Sin duda creían que las Aes Sedai lo desollarían si no hablaba como era debido y se sentaba bien derecho. A lo mejor Alanna y Verin también pensaban lo mismo. Tras hacer una leve y elegante reverencia, invitó a Alanna a adelantarse a él. Así que había llegado muy lejos, ¿no? No tenían idea de cuánto.

Alanna respondió a su reverencia inclinando ligeramente la cabeza, se recogió los vuelos de la falda y fue en pos de Verin como si se deslizara por el suelo en lugar de caminar. Empero, el problema estalló de inmediato. Los dos Guardianes hicieron intención de seguir a las Aes Sedai y, antes de que hubiesen dado un solo paso, un par de *Sovin Nai* de fría mirada se interpusieron en su camino, en tanto que los dedos de Sulin transmitían algo con el lenguaje de señas, de manera que Enaila y otra fornida Doncella llamada Dagendra se desplazaron en dirección a la puerta hacia la que se dirigían las Aes Sedai. Los saldaeninos miraron a Bashere, que les indicó con un gesto que se quedaran quietos, pero a su vez él miró a Rand, como preguntándole. Alanna soltó un ruido de enojo.

—Hablaremos a solas con él, Ihvon.

El esbelto Guardián frunció el entrecejo, pero después asintió lentamente.

Verin miró hacia atrás, con cierto aire de sobresalto, como si la hubiesen sacado repentinamente de profundas reflexiones.

—¿Qué? Oh, sí, por supuesto. Tomás, quédate aquí, por favor.

El canoso Guardián parecía vacilante y asestó a Rand una dura mirada antes de retroceder hacia la pared, junto a la puerta principal. Al menos, parecía distendido, si es que tal cosa podía decirse de un cable tenso. Sólo entonces se relajaron los Manos Cuchillo… hasta el punto en que los Aiel se relajaban, claro es.

—Quiero hablar a solas con ellas —dijo Rand, mirando directamente a Sulin. Por un instante pensó que la mujer iba a discutir su orden al advertir que tenía prietas las mandíbulas en un gesto de obstinación; finalmente, hubo un intercambio con el lenguaje de señas entre ella, Enaila y Dagendra, y estas dos retrocedieron, aunque

mirándolo y sacudiendo la cabeza con desaprobación. Los dedos de Sulin se movieron de nuevo, y todas las Doncellas se echaron a reír. Rand deseó que hubiese algún modo de aprender ese lenguaje; Sulin se había escandalizado cuando le pidió que le enseñaran.

Entre las chicas de Dos Ríos se intercambiaron miradas confusas cuando Rand fue en pos de las Aes Sedai y cerró la puerta tras ellos; el murmullo subió de volumen. El comedor privado era un cuarto pequeño, pero con sillas enceradas en lugar de bancos, y candelabros de peltre tanto en la pulida mesa como sobre la repisa tallada de la chimenea. Las dos ventanas estaban cerradas, aunque ninguno de ellos hizo intención de abrirlas. Rand se preguntó si las Aes Sedai se habrían percatado de que el calor lo afectaba tan poco como a ellas.

—¿Las llevaréis con las rebeldes? —preguntó de inmediato.

Verin, con el ceño fruncido, se alisó la falda.

—Sabes bastante más sobre eso que nosotras.

—No nos enteramos de lo ocurrido en la Torre hasta que llegamos a Puente Blanco. —El tono de Alanna era frío, pero en sus ojos, prendidos en Rand, había un brillo ardiente—. ¿Qué sabes sobre las… rebeldes? —Esta última palabra la pronunció con infinito desagrado.

Así que habían oído los rumores en Puente Blanco y a continuación habían apresurado la marcha hasta allí sin decirles nada a las chicas. Y, a juzgar por la reacción de Bode y las demás, la decisión de no ir a Tar Valon era reciente. Aparentemente, habían tenido confirmación de los hechos esa misma mañana.

—Supongo que no querréis decirme quién es vuestra informadora en Caemlyn.

Se limitaron a mirarlo; Verin ladeó la cabeza para estudiarlo. Curioso lo inquietantes que le parecían en otro tiempo las miradas de las Aes Sedai, tan enteradas y serenas ocurriera lo que ocurriese. Tener clavada en él la mirada de una Aes Sedai, o incluso de dos, ya no hacía que se le encogiera el estómago. «Orgullo», rió dementemente Lews Therin, y Rand tuvo que reprimir una mueca.

—Me han dicho que existen las rebeldes —empezó—. Y vosotras no habéis negado saber dónde están. No es mi intención causarles ningún daño, todo lo contrario. Tengo razones para pensar que podrían apoyarme. —No confesó la verdadera razón por la que quería saberlo. Quizá Bashere estuviera en lo cierto; quizá necesitara el respaldo de las Aes Sedai. Pero principalmente quería saberlo porque le habían dicho que Elayne se encontraba con ellas. Necesitaba a la joven para ganarse Andor pacíficamente. Eso era lo único que lo movía a buscarla. Lo único. Era tan peligroso para ella como para Aviendha—. Por amor de la Luz, si lo sabéis, decídmelo.

—Si lo supiéramos —repuso Alanna—, no tendríamos derecho a decírselo a nadie. Si deciden apoyarte, puedes estar seguro de que te buscarán.

—Cuando ellas lo decidan —abundó Verin—, no tú.

Rand sonrió sombríamente. Debería haber sabido que no podía esperar de ellas otra cosa. Tenía grabada en la mente la recomendación de Moraine el día que murió: no confiar en ninguna mujer que llevara el chal.

—¿Está Mat contigo? —quiso saber Alanna, como si realmente se le acabara de ocurrir.

—Si supiera dónde está, ¿por qué razón habría de decíroslo? ¿Una pregunta por turno?

A las mujeres no pareció hacerles gracia.

—Es absurdo tratarnos como a enemigas —murmuró Alanna mientras se acercaba a él—. Pareces agotado. ¿Estás descansando lo suficiente? —Se detuvo cuando él retrocedió ante su mano levantada—. Igual que tú, Rand, no es mi intención hacer daño. Nada de lo que haga aquí te causará ninguna herida.

Puesto que lo había dicho directamente debía ser así. Asintió, y ella alzó la mano hacia su cabeza. Sintió un ligero cosquilleo en la piel cuando la mujer abrazó el *Saidar*, y una conocida oleada de calor le recorrió el cuerpo, la comprobación de su estado de salud.

Alanna asintió con satisfacción. Y, de repente, la sensación cálida se tornó en ardiente calor, un relampagueante fogonazo, como si durante un instante se hubiese encontrado en el interior de un horno. Aun después de que pasara, se sintió extraño, con una aguda percepción de sí mismo como nunca había experimentado antes, y percibiendo a Alanna con igual intensidad. Se tambaleó, mareado, notando los músculos fláccidos. Le llegó un lejano eco de confusión e intranquilidad procedente de Lews Therin.

—¿Qué habéis hecho? —demandó. Embargado por la furia entró en contacto con el *Saidin*, cuya fuerza lo ayudó a mantenerse erguido—. ¿Qué habéis hecho?

Algo golpeó contra el flujo que lo conectaba con la Fuente Verdadera. ¡Estaban intentando aislarlo! Tejió sus propios escudos y los situó violentamente alrededor de las dos mujeres. En verdad había llegado muy lejos y había aprendido mucho desde que Verin lo había visto por última vez. La hermana Marrón trastabilló y apoyó una mano en la mesa para sostenerse, y Alanna gruñó como si le hubiese asestado un puñetazo.

—¿Qué me habéis hecho? —Aun encontrándose en lo más profundo del frío e impasible vacío, su voz le sonó ronca—. ¡Decídmelo! Yo no hice promesas de no haceros daño a vosotras. Si no me lo decís…

—Te ha vinculado —se apresuró a contestar Verin; pero, aunque durante un momento había perdido su habitual serenidad, volvió a envolverse en ella un instante después—. Te ha vinculado como uno de sus Guardianes. Eso es todo.

Alanna recobró la compostura aun más deprisa. Todavía aislada por el escudo, lo

miró a la cara sosegadamente, cruzada de brazos y con un atisbo de satisfacción en los ojos. ¡Satisfacción!

—Dije que no te heriría, y lo que he hecho es exactamente lo contrario a herir.

Respirando con inhalaciones lentas y profundas, Rand trató de serenarse. Se había metido en la trampa como un corderito. La ira bramaba en el exterior del vacío. Calma. Debía tener calma. Uno de sus Guardianes. Entonces, era una Verde; aunque eso daba lo mismo. Sabía muy poco sobre los Guardianes, y ciertamente nada de cómo romper el vínculo, si es que podía romperse. Lo único que percibía de Lews Therin era una sensación de estupor conmocionado. No por primera vez, Rand deseó que Lan no se hubiera marchado a galope después de la muerte de Moraine.

—Dijisteis que no ibais a Tar Valon. En ese caso, y puesto que aparentemente no sabéis dónde están las rebeldes, podéis quedaros en Caemlyn. —Alanna abrió la boca, pero él se le adelantó—. ¡Y dad gracias si decido no atar esos escudos y dejaros así! —Aquello captó su atención. Verin apretó la boca, y los ojos de Alanna remedaron a la perfección el horno en el que se había sentido—. Os mantendréis alejadas de mí, sin embargo. Las dos. A menos que os mande llamar, la Ciudad Interior está cerrada para vosotras. Intentad quebrantar esa orden y entonces sí que os dejaré aisladas por los escudos, y además dentro de una prisión. ¿Queda claro?

—Perfectamente. —A despecho del fuego que había en sus ojos, la voz de Alanna sonó fría.

Verin se limitó a asentir con la cabeza.

Rand abrió violentamente la puerta y se paró en seco. Había olvidado a las chicas de Dos Ríos. Algunas estaban hablando con las Doncellas, otras simplemente observándolas y susurrando entre sorbo y sorbo de té. Bode y un puñado de muchachas de Campo de Emond estaban interrogando a Bashere, que tenía una jarra de peltre en la mano y un pie apoyado en el asiento de un banco. Las chicas parecían entre divertidas y estupefactas. El golpazo de la puerta al abrirse hizo que giraran las cabezas hacia allí.

—Rand —exclamó Bode—, este hombre está diciendo cosas horribles de ti.

—Asegura que eres el Dragón Renacido —barbotó Larine. Por lo visto, el resto de las muchachas no lo había oído y ahora se quedaron boquiabiertas.

—Lo soy —repuso Rand con cautela.

Larine resopló y se cruzó de brazos.

—Tan pronto como vi esa chaqueta supe que te habías vuelto un engreído, después de escaparte con una Aes Sedai de aquel modo. Lo supe antes de que hablaras con tan poco respeto a Alanna Sedai y a Verin Sedai. Pero lo que no sabía es que te hubiesen vuelto un completo estúpido.

La risa de Bode sonó más consternada que divertida.

—No deberías decir esas cosas ni de broma, Rand. Tam te educó mejor de lo que

tu comportamiento da a entender. Eres Rand al'Thor. Y deja ya esas tonterías.

Rand al'Thor. Ése era su nombre, pero en realidad no sabía quién era. Tam al'Thor lo había criado, pero su padre había sido un jefe Aiel, muerto largo tiempo atrás. Su madre fue una Doncella, pero no era Aiel. Eso era todo lo que sabía respecto a quién era.

El *Saidin* lo henchía todavía. Suavemente, envolvió a Bode y a Larine en flujos de Aire y las levantó hasta que sus pies quedaron colgando a un palmo del suelo.

—Soy el Dragón Renacido. Negarlo no cambiará ese hecho. Desearlo tampoco lo cambiará. Ya no soy el hombre que conocíais en Campo de Emond. ¿Lo entendéis ahora? ¿Lo entendéis?

Se dio cuenta de que estaba gritando y cerró la boca de golpe. Sentía el estómago como si fuera de plomo, y estaba temblando. ¿Por qué había hecho eso Alanna? ¿Qué maquinación Aes Sedai se escondía tras aquel bonito rostro? Moraine le había dicho que no confiara en ninguna de ellas.

Una mano se posó en su brazo, y Rand giró bruscamente la cabeza hacia ese lado.

—Por favor, bájalas —dijo Alanna—. Por favor. Están asustadas.

Estaban más que asustadas. Larine se había quedado lívida y abría la boca hasta donde le era posible como si quisiera gritar y hubiese olvidado cómo hacerlo. Bode sollozaba tan desconsoladamente que temblaba. No eran las únicas. El resto de las muchachas de Dos Ríos se habían arremolinado lo más lejos que podían de él y la mayoría también lloraba. Las camareras estaban igualmente en aquel apretado grupo, sollozando con tantas ganas como la que más. El posadero había caído de rodillas en el suelo, con los ojos casi en blanco y haciendo ruidos incomprensibles.

Rand bajó suavemente a las dos muchachas y cortó el contacto con el *Saidin*.

—Lo lamento. No quería asustaros. —Tan pronto como pudieron moverse, Bode y Larine corrieron a reunirse con las demás chicas, ceñidas en un abrazo—. Bode, Larine, lo siento. No os haré daño, lo prometo.

No lo miraron. Ninguna de ellas lo hizo. Sulin sí que lo miraba, al igual que las otras Doncellas, con gesto impasible y desaprobación en los ojos.

—Lo hecho, hecho está —intervino Bashere mientras soltaba la jarra—. ¿Quién sabe? Quizás haya sido mejor así.

Rand asintió con lentitud. Sí, probablemente lo era. Mejor que quisieran mantenerse alejadas de él. Mejor para ellas. Sólo que ojalá hubiese podido charlar un rato más sobre las cosas de casa. Un rato más con ellas viéndolo sólo como Rand al'Thor. Las rodillas le temblaban todavía por la vinculación, pero una vez que echó a andar no se detuvo hasta encontrarse a lomos de *Jeade'en*. Mejor que le tuvieran miedo. Mejor que se olvidara de Dos Ríos. Se preguntó si esa montaña cargada en sus hombros se tornaría alguna vez un poco más ligera durante un tiempo o sólo seguiría haciéndose más y más pesada.

11



Lecciones y maestros

Tan pronto como Rand salió por la puerta, Verin soltó el aire que había estado conteniendo. Una vez le había dicho a Siuan y a Moraine lo peligroso que era. Ninguna le había hecho caso y ahora, al cabo de poco más de un año, Siuan estaba neutralizada y quizá muerta, en tanto que Moraine… Las calles estaban llenas de rumores sobre el Dragón Renacido en el Palacio Real, la mayoría de ellos imposibles de creer, y ninguno verosímil que se refiriera a una Aes Sedai. Tal vez Moraine lo habría dejado creer que hacía las cosas a su modo, pero nunca habría permitido que se alejara de ella, en especial cuando estaba alcanzando tanto poder. ¿Se habría revuelto Rand contra ella con más violencia de lo que acababa de hacer con ellas? Había madurado desde la última vez que lo había visto; su rostro mostraba la tensión de una lucha continua. La Luz sabía que tenía razones de sobra para ello, pero ¿no sería también una lucha contra la locura?

Así pues, Moraine muerta, Siuan muerta, la Torre dividida y Rand posiblemente al borde de la locura. Verin chasqueó la lengua con irritación. Si uno corría riesgos, a veces le pasaban factura cuando menos lo esperaba y en el modo que menos imaginaba. Casi setenta años de cuidadoso trabajo por su parte, y ahora todo podía irse al traste por culpa de un joven. Aun así, había vivido demasiado tiempo, había soportado muchas cosas para permitirse caer en el desánimo. «Lo primero es lo primero; hay que ocuparse de lo que se puede hacer ahora en vez de preocuparse en exceso por lo que puede que nunca llegue a ser.» Esa lección se la habían enseñado a la fuerza, pero la había aprendido a pies juntillas.

Y lo primero era tranquilizar a las muchachas, que seguían apiñadas como un hato de ovejas, sollozando y abrazadas unas a otras, ocultando las caras. Lo entendía muy bien; aunque no era la primera vez que se encontraba ante un hombre capaz de encauzar, y mucho menos ante el mismísimo Dragón Renacido, sentía el estómago revuelto como si estuviese en un barco en plena mar. Empezó diciéndoles palabras reconfortantes, dando palmaditas en un hombro aquí, acariciando el cabello allí, tratando de dar a su voz un tono maternal. Tras convencerlas de que Rand se había

marchado —lo que significaba conseguir que algunas abrieran los ojos— le llevó bastante rato lograr imponer cierta calma. Finalmente los lloros cesaron. Pero Janacy siguió pidiendo con un timbre agudo que alguien le dijera que Rand había mentido, que todo había sido un truco, en tanto que Bodewhin clamaba con una voz igualmente aguda que se encontrara a su hermano y lo rescataran —Verin habría dado mucho por saber dónde se hallaba el joven— y Larine manifestaba entre lloriqueos que tenían que marcharse de Caemlyn inmediatamente, sin perder un instante.

Verin se llevó aparte a una de las camareras, una mujer de rostro vulgar y al menos veinte años mayor que cualquiera de las muchachas de Dos Ríos; tenía los ojos muy abiertos, y se limpiaba las lágrimas con el delantal, sin dejar de temblar. Verin le preguntó su nombre y a continuación le pidió:

—Tráenos té recién hecho, Azril, caliente y con mucha miel, y ponle un poco de brandy. —Al considerar el estado de las muchachas, añadió—: Mejor echa un buen chorro en cada taza. —Eso ayudaría a tranquilizarles los nervios—. Y tú y las otras camareras tomaos también una taza.

Azril sorbió, parpadeó y se limpió la cara, pero respondió con una reverencia; que le encargaran una tarea habitual consiguió frenar el flujo de lágrimas, ya que no borrar su miedo.

—Sírveselo en sus habitaciones —instruyó Alanna, y Verin convino asintiendo con la cabeza. Un rato de sueño haría maravillas. Hacía sólo unas pocas horas que se habían levantado, pero el brandy, sumado a las fatigas del duro viaje, sería un buen remedio para dormir.

La orden ocasionó un revuelo.

—No podemos escondernos aquí —logró protestar Larine entre hipidos y sorbidos de nariz—. ¡Tenemos que irnos! ¡Ahora! ¡Nos matará!

Las mejillas de Bodewhin brillaban con las lágrimas, pero en su rostro había una expresión decidida. La testarudez propia de la gente de Dos Ríos iba a causar problemas a más de una de estas chicas.

—Tenemos que encontrar a Mat. No podemos dejarlo con… Con un hombre que… ¡No podemos! ¡Aunque sea Rand, no podemos, simplemente!

—Pues yo quiero ver Caemlyn —adujo con voz chillona Janacy, aunque todavía estaba temblando.

Las demás se unieron de inmediato a las tres primeras; unas pocas respaldaron a Janacy a despecho de su miedo, pero la mayoría se decantó categóricamente a favor de la marcha inmediata. Una de las chicas de Colina del Vigía, una guapa jovencita llamada Elle, con el cabello claro en contraste con lo que era habitual en Dos Ríos, empezó a llorar de nuevo a lágrima viva.

Verin tuvo que hacer un alarde de autocontrol para no abofetearlas a todas. Las más jóvenes tenían excusa, pero en el caso de Larine, Elle y las otras, con su cabello

trenzado, se suponía que eran ya mujeres. A la mayoría no las había tocado, y ya no había peligro. Por otro lado, todas estaban cansadas, la visita de Rand había sido una fuerte impresión y seguramente tendrían que hacer frente a muchas otras en un futuro inmediato, así que refrenó su exasperación.

Alanna no. Incluso entre las Verdes se la conocía por su genio vivo, y últimamente ese rasgo se le había agudizado.

—Os iréis a vuestros cuartos ahora —ordenó fríamente, pero lo único frío en ella era su voz.

Verin suspiró mientras la otra Aes Sedai urdía Aire y Fuego con Ilusión. La sala se llenó de exclamaciones ahogadas y los ojos desorbitados parecieron a punto de salirse de las órbitas. No había necesidad real de hacer algo así, pero por costumbre no se veía con buenos ojos la injerencia en la actuación de otra Aes Sedai; además, a decir verdad, el brusco cese de los sollozos de Elle fue un gran alivio para Verin. Tampoco ella tenía los nervios muy bien. Al carecer de entrenamiento, las jóvenes no podían ver los flujos, por supuesto; para ellas era como si Alanna estuviese volviéndose más y más alta con cada palabra, y su voz crecía a la par, sin cambiar el tono pero haciéndose más intenso para estar en consonancia con su aparente tamaño.

—Vais a ser novicias, y la primera lección que una novicia debe aprender es obedecer a las Aes Sedai. De inmediato. Sin protestas ni evasivas. —Alanna se encontraba en medio de la sala (sin cambiar a los ojos de Verin, al menos), pero merced a la Ilusión su cabeza tocaba las vigas del techo—. ¡Y ahora, moveos! La que no esté en su cuarto cuando haya contado cinco va a lamentarlo hasta el día que muera. Uno, dos…

Antes de que hubiese llegado a contar tres se produjo una precipitada desbandada hacia la escalera que había en la parte posterior de la sala; fue un milagro que ninguna de las chicas acabara pisoteada por sus compañeras.

Alanna no se molestó en pasar del cuatro. Mientras la última chica de Dos Ríos desaparecía en el piso superior, soltó el *Saidar*, la Ilusión se desvaneció y la Aes Sedai hizo un breve y seco cabeceo de satisfacción. Verin supuso que habría que engatusar a las jóvenes para lograr que asomaran la nariz fuera de sus cuartos ahora. Quizás era mejor así. Tal y como estaban las cosas, no quería que a ninguna se le ocurriera escabullirse para ir a ver Caemlyn, y tener que ir a rescatarla.

Claro que la exhibición de Alanna también había tenido efectos en otros. Fue necesario convencer con buenas palabras a las camareras para que salieran de debajo de las mesas, donde se habían escondido, y a la que sufrió un vahído mientras intentaba llegar gateando a la cocina hubo que ayudarla a ponerse de pie. No hacían ningún ruido; sólo temblaban como hojas en un vendaval. Verin tuvo que darles a todas un empujoncito para que se pusieran en movimiento y repetir las órdenes sobre el té y el brandy tres veces antes de que Azril dejara de mirarla de hito en hito como

si esperara que le creciera otra cabeza en cualquier momento. El posadero estaba completamente boquiabierto y sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Verin miró a Tomás y le hizo un gesto señalando al tambaleante tipo.

El Guardián puso mala cara —siempre lo hacía cuando le pedía ocuparse de asuntos triviales, pero rara vez discutía sus órdenes—; después rodeó los hombros del posadero con su brazo y le sugirió en tono jovial que compartieran unas copas del mejor vino de la posada. Un buen tipo, Tomás, y muy hábil en situaciones inesperadas. Ihvon se había sentado en un banco, con la espalda recostada en la pared y los pies plantados en una mesa, ingeniándoselas para no perder de vista la puerta principal ni a Alanna. Se había mostrado muy solícito con ella desde que Owein, el otro Guardián, había muerto en Dos Ríos; y, denotando una gran prudencia, se había vuelto más cauteloso hacia el temperamento de la Aes Sedai, aunque por lo general la mujer controlaba mejor el genio de lo que había hecho ese día. La propia Alanna no mostró ningún interés en arreglar el alboroto que había ocasionado. Se quedó plantada en medio de la sala, mirando al vacío, cruzada de brazos. Para cualquiera que no fuese Aes Sedai probablemente habría parecido la personificación de la serenidad; pero, a los ojos de Verin, Alanna era una mujer a punto de estallar.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Alanna la miró con ojos inescrutables y después, sin decir palabra, se encaminó al comedor privado. A su espalda, Verin oyó decir a maese Dilham con voz temblorosa:

—¿Creéis que podría decir que el Dragón Renacido es parroquiano de mi posada? Al fin y al cabo, entró en ella.

Verin esbozó una breve sonrisa; al menos el hombre se estaba recuperando. El gesto se desvaneció en su rostro cuando cerró la puerta, dejando aisladas a Alanna y a ella dentro del comedor.

Alanna se había puesto a pasear de un lado a otro de la pequeña habitación, y la seda de la falda pantalón emitía sonidos siseantes, como espadas saliendo de la vaina. No había serenidad alguna en su rostro ahora.

—¡Ese insolente! ¡Ese desfachatado! ¡Reteniéndonos! ¡Restringiendo dónde podemos ir!

Verin la observó unos segundos antes de hablar. Le había costado diez años superar la muerte de Balinor y vincular a Ihvon. Alanna había tenido los sentimientos en carne viva desde que Owein había muerto y los había contenido demasiado tiempo sin darles rienda suelta. Los esporádicos ataques de llanto que se había permitido desde que habían salido de Dos Ríos no eran desahogo suficiente.

—Supongo que puede impedirnos entrar en la Ciudad Interior con guardias en las puertas, pero realmente no puede retenernos en Caemlyn.

Aquello la hizo ganarse la mirada furibunda que el comentario merecía. Podían marcharse sin apenas dificultad —por mucho que Rand hubiese aprendido, no era

muy probable que se las hubiese ingeniado para descubrir cómo levantar salvaguardas— pero eso significaría renunciar a las muchachas de Dos Ríos. Ninguna Aes Sedai había encontrado un tesoro oculto así desde… Verin no sabía desde hacía cuánto tiempo. Quizá desde la Guerra de los Trollocs. Aunque a las jóvenes de dieciocho años —el límite de edad que habían establecido— a menudo les resultaba duro aceptar las normas estrictas y las críticas que conllevaba el noviciado, con que sólo hubiesen ampliado el límite en cinco años, Alanna y ella habrían conseguido el doble de candidatas, si no más. Cinco de estas chicas —¡cinco!— tenía el don innato, incluidas la hermana de Mat, Elle y la joven Janacy; acabarían encauzando tanto si alguien las instruía como si no, y serían muy fuertes. Y se habían dejado a otras dos para recogerlas al cabo de un año más o menos, cuando fueran lo bastante mayores para abandonar sus casas. Ese plazo era suficientemente seguro; una chica con la habilidad innata rara vez la manifestaba antes de los quince años sin entrenamiento. Las demás mostraban una prometedora capacidad de aprender; todas ellas. Dos Ríos era un filón de oro puro.

Ahora que tenía la atención de la otra mujer, Verin cambió de tema. Ciertamente no estaba dispuesta a abandonar a esas muchachas. Ni a alejarse de Rand más de lo estrictamente necesario.

—¿Crees que está en lo cierto respecto a las rebeldes? —preguntó.

Alanna apuñó su falda durante unos instantes con los dedos crispados.

—¡La mera posibilidad me repugna! ¿Habremos llegado realmente a…? —Dejó la frase en el aire; parecía perdida, y sus hombros se encorvaron. Las lágrimas brillaron en sus ojos, contenidas a duras penas.

Ahora que la rabia de la otra mujer se había apaciguado, Verin tenía una pregunta que hacer antes de que la recobrara:

—¿Hay alguna posibilidad de que tu carnicera pueda contarte algo más sobre lo que ha ocurrido en Tar Valon si la presionas un poco?

La mujer no era en realidad una informadora de Alanna; trabajaba para el Ajah Verde, y la habían encontrado porque Alanna advirtió una señal de emergencia de algún tipo en el exterior de la tienda. No es que le hubiera dicho qué era exactamente, por supuesto. Desde luego, Verin no le habría revelado a ella ninguna señal del Ajah Marrón.

—No. Sólo sabe el mensaje que me transmitió, y hacerlo le dejó la boca tan seca que casi era incapaz de articular las palabras. Que todas las Aes Sedai leales tenían que regresar a la Torre. Que todo está perdonado. —En cualquier caso, ése era en resumen el mensaje. Un destello de ira asomó a los ojos de Alanna, pero sólo durante un momento y no con la intensidad de antes—. De no ser por todos esos rumores, no te habría permitido saber quién es esa mujer.

Por eso y por su inestabilidad emocional. Por lo menos había dejado de pasear de

un lado a otro.

—Lo sé —dijo Verin mientras se sentaba a la mesa—, y respetaré esa confidencia. Bien. Estarás de acuerdo conmigo en que ese mensaje ratifica los rumores. La pregunta es ¿qué vamos a hacer?

Alanna la miró como si se hubiese vuelto loca. No era de extrañar. Siuan tenía que haber sido depuesta por la Antecámara de la Torre, conforme a la ley de la Torre. Hasta la mera sugerencia de ir contra esa ley era impensable. Claro que también la división de la Torre lo era.

—Si no sabes todavía la respuesta, piénsalo —continuó Verin—. Y ten en cuenta esto: Siuan Sanche era partidaria de encontrar al joven Al'Thor desde el principio. —Alanna abrió la boca, sin duda para preguntar cómo sabía Verin tal cosa y si también había tomado parte en ello, pero la hermana Marrón no le dio ocasión—. Sólo una necia creería que esa decisión no influyó en su derrocamiento. No se dan coincidencias de ese calibre. Así que piensa cuál tiene que ser la opinión de Elaida respecto a Rand. Era una Roja, recuerda. Y, mientras lo piensas, contéstame una cosa. ¿Qué te propones vinculándolo a ti de ese modo?

La pregunta no tendría que haber cogido por sorpresa a Alanna, pero lo hizo. La mujer vaciló y después tomó asiento en una silla y se arregló los pliegues de la falda antes de contestar:

—Era lo más lógico, teniéndolo justo delante de nosotras. Tendría que haberse hecho hace tiempo. Tú no podías… o no debías. —Como casi todas las Verdes, le hacía cierta gracia la insistencia de los otros Ajahs de que cada hermana tuviese un único Guardián. Lo que las Verdes pensaban respecto a que las Rojas no tuvieran ninguno, era mejor no decirlo—. Todos ellos deberían haber sido vinculados en la primera ocasión que se hubiese presentado. Son demasiado importantes para dejarlos sueltos, y él el que más. —El rubor tiñó repentinamente sus mejillas; iba a tener que pasar bastante tiempo hasta que volviera a tener pleno control de sus emociones.

Verin sabía lo que había causado ese sonrojo; Alanna había soltado la lengua con ella. Habían tenido a Perrin a la vista durante las largas semanas en las que sometieron a prueba a las jóvenes de Dos Ríos, pero Alanna había abandonado enseguida la idea de vincularlo. La razón era tan simple como la acalorada promesa de Faile —pronunciada bien lejos de los oídos de Perrin— de que si Alanna hacía tal cosa no saldría viva de Dos Ríos. Si Faile hubiese sabido más sobre el vínculo entre Aes Sedai y Gaidin, aquella amenaza no habría funcionado; empero, esa ignorancia suya —si no otra cosa—, había detenido la mano de Alanna. Era más que probable que la frustración por aquello, sumado al hecho de tener los nervios de punta, la había conducido a hacer lo que hizo con Rand: no sólo vincularlo, sino hacerlo sin su permiso. Algo así no había ocurrido desde hacía cientos de años.

«Bueno —pensó Verin—, también yo me salté unas cuantas costumbres en mis

buenos tiempos.»

—¿Lógico? —repitió en voz alta, sonriendo para quitar hierro a sus palabras—. Hablas como una Blanca. En fin, ahora que lo tienes, ¿qué vas a hacer con él? Considerando la lección que nos dio. Recuerdo un cuento que oí junto al fuego cuando era niña, respecto a una mujer que ensilló y embridó a un león. Cabalgar en él le pareció maravilloso, pero entonces descubrió que no podía desmontar ni dormir.

Alanna tiritó y se frotó los brazos.

—Todavía no puedo creer que sea tan fuerte. Si hubiésemos podido coligarnos antes… Lo intenté y fracasé… ¡Qué fuerte es!

Verin apenas pudo reprimir un estremecimiento. No habrían podido coligarse antes; no a menos que Alanna estuviera sugiriendo que tendrían que haberlo hecho antes de vincularlo a él. Verin no estaba segura de cuál habría sido el resultado de ello. En cualquier caso, había sido una sucesión de momentos terribles, desde descubrir que no podían cortarle el acceso a la Fuente Verdadera hasta la desdeñosa facilidad con que él las había aislado a ellas, partiendo su conexión con el *Saidar* como si fuesen simples hilos. A las dos a un tiempo. Impresionante. ¿Cuántas harían falta para aislarlo y retenerlo? ¿Las trece que estaban establecidas? Eso sólo era una tradición, pero podría resultar necesario con él. En cualquier caso, aquél era un tema de reflexión para otro día.

—Y está el asunto de su amnistía —añadió.

Alanna abrió mucho los ojos.

—¡No creerás eso! Con cada falso Dragón han surgido historias de que estaba reuniendo hombres capaces de encauzar, todas ellas tan falsas como los hombres que se llamaban el Dragón Renacido. Sólo buscaban poder para sí mismos, no compartirlo con otros.

—Él no es un falso Dragón —adujo en voz queda Verin—, y eso puede cambiarlo todo. Si un rumor es cierto, también puede serlo otro, y la amnistía estaba en todas las bocas desde Puente Blanco.

—Aunque sea cierta, quizá no ha acudido nadie. Ningún hombre honrado desea encauzar. Si quisiera hacerlo más de un puñado, habríamos tenido un falso Dragón cada semana.

—Es *ta'veren*, Alanna. Atrae hacia sí lo que necesita.

La otra Aes Sedai abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido y las manos, apoyadas sobre la mesa, se apretaron tanto que se le pusieron los nudillos blancos. Hasta la última brizna de su tranquilidad de Aes Sedai se había ido al traste y la mujer temblaba visiblemente.

—No podemos permitir… ¿Hombres encauzando sueltos por el mundo? Si es cierto, tenemos que impedirlo. ¡Debemos hacerlo! —Estaba a punto de estallar otra vez, y sus ojos echaban chispas.

—Antes de que podamos decidir qué hacer con ellos —manifestó calmosamente Verin—, necesitamos saber dónde los esconde. Parece probable que sea en el Palacio Real, pero comprobarlo sería muy difícil teniendo como tenemos prohibida la entrada a la Ciudad Interior. Esto es lo que propongo…

Alanna se inclinó hacia adelante, pendiente de las palabras de la otra mujer.

Había muchas cosas que resolver, aunque la mayoría podía esperar. Muchas preguntas a las que buscar respuesta, pero más adelante. ¿Estaba muerta Moraine? En tal caso, ¿cómo había muerto? ¿Existían las rebeldes? En tal caso, ¿cuál sería la postura de ellas dos al respecto? ¿Debían intentar enviar a Rand a Elaida o a esas rebeldes? ¿Dónde estaban? Ese conocimiento sería muy valioso, tuviesen las respuestas que tuviesen las otras preguntas. ¿Qué uso le darían a la fragilísima correa que Alanna le había puesto a Rand? ¿Debería una de ellas, o ambas, tratar de ocupar el puesto de Moraine? Por primera vez Alanna había empezado a dejar que sus emociones por la muerte de Owein salieran a la superficie, y Verin se alegraba de que las hubiese tenido retenidas el tiempo suficiente para desestabilizarla. En su actual estado de confusión, Alanna estaba predispuesta a dejarse guiar, y Verin sabía exactamente cómo había que responder a varias de esas preguntas. Dudaba que a Alanna le gustaran algunas de esas respuestas. Más valía ocultárselas hasta que fuera demasiado tarde para cambiarlas.

Rand regresó a galope a palacio, distanciándose poco a poco incluso de los Aiel que corrían, sin hacer caso de sus gritos ni de los gestos amenazadores de la gente que tenía que saltar para apartarse del camino de *Jeade'en*, ni del revoltijo de sillas de mano volcadas y carruajes enganchados rueda con rueda con carros de mercado que dejaba a su paso. Bashere y los saldaeninos casi no podían mantener el paso con sus caballos más pequeños. Rand no estaba seguro de por qué tenía tanta prisa —sus noticias no eran tan urgentes— pero, a medida que remitía el temblor de sus brazos y piernas, iba siendo cada vez más consciente de estar percibiendo a Alanna, de estar sintiéndola. Era como si se hubiese colado dentro de su cabeza y se hubiese instalado allí. Si él podía sentirla, ¿podía sentirlo ella del mismo modo? ¿Qué más podía hacer la Aes Sedai? ¿Qué más? Tenía que alejarse de ella.

«Orgullo», rió socarronamente Lews Therin, y por una vez Rand no intentó silenciar esa voz.

Tenía en mente un destino que no era el palacio, pero Viajar requería que se conociera el sitio de partida incluso mejor que aquel al que uno se dirigía. Ya en las cuadras de la Puerta del Establo Sur entregó las riendas del semental a un mozo vestido con chaleco de cuero y echó a correr; sus largas piernas lo adelantaron a los saldaeninos por los corredores en los que los sirvientes lo miraban boquiabiertos, y pasó como alma que lleva el diablo ante reverencias interrumpidas a mitad de la

inclinación. Ya en el Salón del Trono, aferró el *Saidin*, abrió un acceso en el aire, y cruzó el claro cercano a la granja, para luego interrumpir el contacto con la Fuente.

Exhaló larga y profundamente y se dejó caer de rodillas sobre las hojas muertas. El calor bajo las desnudas ramas fue como un mazazo; había perdido la concentración necesaria para mantenerlo a raya hacía bastante rato. Todavía podía sentirla, pero allí era una sensación más débil… si es que la certeza de que la mujer estaba en esa dirección podía calificarse de una sensación más débil. Podría haberla señalado con los ojos cerrados.

Aferró de nuevo el *Saidin* durante un momento, aquel torrente de fuego y hielo y repugnante cieno. Sostenía en sus manos una espada; una espada hecha de fuego, de Fuego, con la oscura figura de una garza grabada en la roja cuchilla ligeramente curvada, aunque no recordaba haber pensado en ella. Era de Fuego, pero la larga empuñadura tenía un tacto frío y firme contra sus palmas. El vacío no cambiaba nada; el Poder no cambiaba nada. Alanna seguía allí, agazapada en un rincón de su mente, observándolo.

Con una amarga risa, volvió a cortar el contacto con el Poder y continuó arrodillado. ¡Qué seguro había estado! Sólo dos Aes Sedai. Pues claro que podía manejarlas; ya había dominado a Egwene y a Elayne juntas. ¿Qué podían hacerle? Advirtió que seguía riéndose; parecía incapaz de parar. Bueno, la cosa tenía su gracia. Su estúpido orgullo. Demasiado seguro de sí mismo. Ya lo había conducido a problemas antes, y a otros con él. Había estado tan seguro de que los Cien Compañeros y él podían sellar la Perforación sin peligro…

Las hojas crujieron cuando se obligó a incorporarse.

—¡Ése no fui yo! —gritó con voz ronca—. ¡No fui yo! ¡Sal de mi cabeza! ¡Salid todos de mi cabeza!

Lews Therin musitaba algo incomprensible, a lo lejos. Alanna esperaba en silencio, pacientemente, en un lugar recóndito de su mente. La voz parecía tener miedo de ella.

Con deliberada parsimonia, Rand se sacudió las rodilleras del pantalón. No se rendiría a esto. No confiar en ninguna Aes Sedai; lo recordaría de ahora en adelante. «Un hombre que no puede confiar en nadie puede decirse que está muerto», parloteó Lews Therin. No se rendiría.

En la granja no había cambiado nada. O mejor dicho, nada y todo. La casa y el granero seguían igual, con las gallinas, las cabras y las vacas. Sora Grady lo vio llegar desde una ventana, su rostro inexpresivo y frío. Ahora era la única mujer; todas las otras esposas y novias se habían marchado con los hombres que no superaron la prueba de Taim. Éste se encontraba con los estudiantes en un espacio despejado de tierra roja en donde crecían algunas hierbas dispersas, detrás del granero. Los siete. Aparte del marido de Sora, Jur, sólo quedaban Damer Flinn, Eben Hopwil y Fedwin

Morr de aquella primera prueba. Los otros eran nuevos, todos casi tan jóvenes como Fedwin y Eben.

A excepción del canoso Damer, los estudiantes estaban sentados en fila, de espaldas a Rand. Damer se hallaba de pie ante ellos, mirando con el entrecejo fruncido una piedra, del tamaño de la cabeza de un hombre, que había a unos treinta pasos de distancia.

—Ahora —dijo Taim, y Rand sintió que Damer asía el *Saidin* y vio al hombre tejer con poca pericia Fuego y Tierra.

La piedra explotó, y Damer y los otros estudiantes echaron cuerpo a tierra para escapar de las esquirlas que salieron disparadas en todas direcciones. Pero no Taim; los fragmentos de piedra rebotaron contra el escudo de Aire que había creado en el último instante. Damer levantó la cabeza cautelosamente y se limpió la sangre de un corte superficial que tenía debajo del ojo izquierdo. Rand apretó los labios; sólo era cuestión de suerte que ninguna de aquellas esquirlas despedidas lo hubiese alcanzado. Volvió la vista hacia la granja; Sora seguía allí, aparentemente indemne. Y todavía mirándolo con fijeza. Las gallinas apenas habían hecho una pausa en su picotear y rascar la tierra; parecían estar acostumbradas a esto.

—Quizás así la próxima vez recordaréis lo que os digo —empezó Taim, calmoso, mientras dejaba que su tejido desapareciera—. Escudaos al tiempo que atacáis o podéis mataros a vosotros mismos. —Miró hacia Rand como si supiera desde el principio que estaba allí—. Continuad —ordenó a los estudiantes y fue hacia donde aguardaba Rand. Su rostro, de nariz aguileña, parecía tener un aire cruel ese día.

Mientras Damer se sentaba en la fila, Eben se incorporó y se tironeó de la oreja con nerviosismo al tiempo que utilizaba Aire para levantar otra piedra de un montón que había a un lado. Sus flujos vacilaron y la dejó caer una vez antes de ponerla en su sitio.

—¿Es seguro dejarlos solos así? —preguntó Rand cuando Taim llegó junto a él.

La segunda piedra explotó como la primera, pero esta vez todos los estudiantes habían tejido escudos. Y también Taim, envolviéndose a sí mismo y a Rand con él. Sin decir una palabra, Rand aferró el *Saidin* de nuevo y tejió su propio escudo, apartando a la fuerza el del otro hombre. Los labios de Taim se curvaron en aquella casi sonrisa suya.

—Dijisteis que les apretara las clavijas, mi señor Dragón, y es lo que hago. Los obligo a que hagan todo con el Poder, las tareas diarias, todo. El más nuevo tomó su primera comida caliente anoche. Si no son capaces de calentarla ellos mismos, entonces la comen fría. Para la mayoría de las cosas todavía emplean el doble de tiempo que si lo hicieran a mano, pero están aprendiendo a manejar el Poder tan deprisa como les es posible, creedme. Claro que aún no son muchos.

Pasando por alto la pregunta implícita en el último comentario, Rand miró en

derredor.

—¿Dónde está Haslin? No se habrá embriagado otra vez, ¿verdad? Os dije que sólo podía tomar vino por la noche.

Henre Haslin había sido Maestro de Armas de la Guardia Real, encargado de entrenar a los reclutas, hasta que Rahvin empezó la remodelación de la guardia, licenciando a todo aquel que fuera leal a Morgase o enviándolo a combatir en Cairhien. Demasiado viejo para ir de campaña, a Haslin le habían dado su pensión y lo habían puesto en la calle; y, cuando la noticia de la muerte de Morgase se extendió por Caemlyn, empezó a beber hasta emborracharse. Pero creía que Rahvin —Gaebril para él— había matado a Morgase, no Rand, y podía enseñar. Cuando estaba sobrio.

—Lo eché —respondió Taim—. ¿Para qué sirven las espadas? —Otra piedra explotó—. Yo casi soy incapaz de sujetar una sin herirme a mí mismo, y nunca lo he echado en falta. Ahora tienen el Poder.

«¡Mátalo! ¡Mátalo ahora!» resonó hueca en el vacío la voz de Lews Therin. Rand sofocó aquella voz, pero no pudo hacer lo mismo con la cólera repentina que parecía una concha alrededor de la nada que lo envolvía. Sin embargo, el vacío hizo que su voz siguiera desprovista de emoción:

—Buscadlo, Taim, y traedlo de vuelta. Decidle que habéis cambiado de opinión. Decidle eso también a los estudiantes. O decidles lo que gustéis, pero lo quiero aquí, dando lecciones a diario. Necesitan ser parte del mundo, no estar aparte de él. ¿Qué se supone que habrán de hacer si en algún momento no pueden encauzar? Cuando las Aes Sedai os aislaron con el escudo aún podríais haber escapado si hubieseis sabido cómo utilizar una espada, cómo luchar con vuestras manos.

—Escapé. Estoy aquí.

—Algunos de vuestros seguidores os liberaron, es lo que tengo entendido. De no ser así habríais acabado en Tar Valon, como Logain, amansado. Estos hombres no contarán con seguidores. Encontrad a Haslin.

El otro hombre hizo una suave reverencia.

—Como ordene mi señor Dragón. ¿Era eso lo que trajo aquí a mi señor Dragón? ¿El asunto de Haslin y las espadas? —Un mínimo atisbo de irritación teñía su voz, pero Rand hizo caso omiso.

—Hay Aes Sedai en Caemlyn, de modo que las visitas a la ciudad tienen que terminar, tanto las vuestras como las de los estudiantes. Sólo la Luz sabe qué ocurriría si uno de ellos se da de bruces con una Aes Sedai y ella lo reconoce por lo que es. —O, ya puestos, cuando él la reconociese a ella, como sin duda ocurriría. Seguramente echaría a correr o desataría un ataque llevado por el pánico, y tanto lo uno como lo otro lo descubriría. Y lo condenaría. Por lo que Rand había visto, Verin o Alanna inmovilizarían con flujos a cualquiera de los estudiantes como si fuera un niño. Taim se encogió de hombros.

—Hacer con la cabeza de una Aes Sedai lo mismo que con esas piedras no está fuera de su alcance ni siquiera ahora. El tejido es sólo un poco diferente. —Echó una ojeada por encima del hombro y alzó la voz—: Concéntrate, Adley. Concéntrate.

El tipo larguirucho que estaba de pie frente a los otros estudiantes, todo él brazos y piernas, dio un respingo y perdió el contacto con el *Saidin*, y luego volvió a aferrarlo torpemente. Otra piedra explotó mientras Taim se volvía hacia Rand.

—Ya puestos, puedo… eliminarlas yo, si vos no os sentís capaz de hacerlo.

—Si las quisiera muertas, las habría matado. —Creía que podría si intentaban matarlo o amansarlo. Esperaba ser capaz. Pero ¿tratarían de hacer lo uno o lo otro ahora que lo habían vinculado? Eso era algo que no tenía intención de revelar a Taim; incluso sin los murmullos de Lews Therin no confiaba en ese hombre lo suficiente para mostrar ninguna debilidad que pudiera guardar en secreto. «Luz, ¿qué clase de control me ha impuesto Alanna?»—. Si llega el momento de matar Aes Sedai, os lo haré saber, pero hasta entonces nadie debe ni siquiera gritarle a una de ellas a no ser que intente decapitarlo. De hecho, todos debéis manteneros lo más lejos posible de cualquier Aes Sedai. No quiero incidentes, nada que las ponga en contra mía.

—¿Es que pensáis que no lo están ya? —murmuró Taim.

Rand no le hizo caso una vez más. En esta ocasión porque no estaba seguro de la respuesta.

—Y no quiero a nadie muerto o amansado porque se le hayan subido los humos a la cabeza. Aseguraos de que todos estén informados. Os hago responsable de ellos.

—Como gustéis —respondió Taim, encogiéndose de hombros otra vez—. Algunos morirán antes o después, a menos que os propongáis mantenerlos encerrados aquí para siempre. Aunque lo hicierais, seguramente morirían algunos. Es casi inevitable, a no ser que baje el ritmo de las clases. No tendríais que andar con tantas restricciones si me dejaseis salir a buscar.

Otra vez con lo mismo. Rand miró a los estudiantes. Un joven sudoroso, de cabello claro y ojos azules, estaba pasando un mal rato trasladando una piedra a su sitio. Perdía constantemente contacto con el *Saidin* y la roca se movía a pequeños saltos por el suelo. Dentro de unas horas llegaría la carreta de palacio con los aspirantes que se habían presentado desde el día anterior a mediodía. Cuatro, esta vez. Algunos días sólo eran tres o dos, aunque el número se había incrementado por lo general. Dieciocho desde que había llevado a Taim allí hacía siete días, y sólo tres de ellos podían aprender a encauzar. Taim insistía en que era un número sorprendente considerando que simplemente iban a Caemlyn buscando una oportunidad. También había hecho notar en más de una ocasión que, a este paso, podrían igualar a la Torre en unos seis años. Rand no necesitaba que nadie le recordara que no disponía de seis años. Y tampoco tenía tiempo para dejar que aprendieran más despacio.

—¿Cómo lo haríais?

—Utilizando accesos. —Taim había aprendido a hacer eso de inmediato; era muy rápido en todo lo que Rand le enseñaba—. Puedo visitar dos o incluso tres pueblos al día. Al principio sería más fácil en localidades pequeñas que en ciudades. Dejaría a Flinn a cargo de las lecciones; es el más adelantado a pesar de lo que habéis visto, y me llevaría a Grady o a Hopwil o a Morr. Tendríais que proporcionarnos algunos caballos decentes, porque el jamelgo que tira de nuestro carro no serviría.

—¿Qué os proponéis, pues? ¿Entrar a caballo y anunciar, sin más, que estáis buscando hombres que quieran encauzar? Tendríais suerte si los pueblerinos no intentan colgaros.

—Puedo ser un poco más discreto que eso —replicó secamente Taim—. Diré que estoy reclutando hombres para seguir al Dragón Renacido. —¿Un poco más discreto? No mucho, desde luego—. Eso tendría que asustar a la gente lo bastante para que no se me tire al cuello el tiempo necesario para reunir a quienquiera que esté dispuesto a unirse a vos, y dejará fuera a quien esté en contra. Porque supongo que no queréis instruir a hombres que se revolverán contra vos en la primera oportunidad que tengan. —Enarcó una ceja con gesto interrogante, pero no esperó respuesta porque no hacía falta.

»Una vez que los tenga a una distancia prudencial del pueblo, puedo traerlos aquí a través de un acceso. Tal vez algunos se dejen llevar por el pánico, pero no creo que resulte difícil manejarlos. Una vez que han accedido a seguir a un hombre que puede encauzar, difícilmente pueden oponerse a que les haga la prueba. Los que fracasen, los enviaré a Caemlyn. Es hora de que empecéis a reunir un ejército propio en lugar de depender de otros. Bashere podría cambiar de idea; lo hará si la reina Tenobia se lo ordena. Y quién sabe lo que harán esos tal Aiel.

Esta vez hizo una pausa, pero Rand no abrió la boca. Esa misma idea ya se le había ocurrido a él, aunque ciertamente no con respecto a los Aiel, pero Taim no tenía por qué saberlo. Al cabo de un momento, el hombre continuó como si no hubiese sacado el tema a colación:

—Os hago una apuesta y dejo que seáis vos quien establezca qué nos jugamos. El primer día que reclute gente, encontraré tantos hombres capaces de aprender como los que lleguen a Caemlyn por sus propios medios en un mes. Una vez que Flinn y algún otro estén preparados para continuar sin mí… —Extendió las manos—. Igualaré a la Torre Blanca para vos en menos de un año. Y cada uno de esos hombres será un arma.

Rand vaciló. Dejar marcharse a Taim era un riesgo; era demasiado agresivo. ¿Qué haría si en uno de sus viajes de reclutamiento se topaba con una Aes Sedai? Quizá mantendría su palabra y no le quitaría la vida, pero ¿y si ella descubría quién era? ¿Y si lo capturaba y lo aislaba con un escudo? Ésa era una pérdida que no podía permitirse. Él solo no podía instruir a los estudiantes y hacer todo lo demás también.

Seis años para igualar a la Torre. Eso, si las Aes Sedai no encontraban antes este sitio y lo destruían junto con los estudiantes antes de que ellos supieran lo suficiente para defenderse. O en menos de un año. Finalmente asintió. La voz de Lews Therin era un demencial zumbido en la distancia.

—Tendréis los caballos —accedió.

12

Preguntas y respuestas

¿Y bien? —preguntó Nynaeve con toda la paciencia que pudo. Mantener las manos en el regazo le costó un gran esfuerzo, igual que seguir sentada en la cama sin moverse. Refrenó un bostezo. Era muy temprano y no había dormido bien desde hacía tres noches. La jaula de mimbre estaba vacía, ya que habían liberado al verderón. Ojalá estuviese libre ella, deseó—. ¿Y bien?

Elayne estaba arrodillada en su cama, con la cabeza y los hombros asomados por la ventana hacia el pequeño callejón que había detrás de la casa. Desde allí se atisbaba un poco de la parte trasera de la Torre Chica, donde la mayoría de las Asentadas estaban recibiendo a la enviada de la Torre esa mañana. Una vista muy reducida, pero suficiente para advertir la salvaguarda que envolvía la posada contra oídos indiscretos. Era de la clase que paraba a cualquiera que intentara escuchar con el Poder. Tal era el precio de compartir conocimientos.

Al cabo de un momento, Elayne se sentó sobre los talones, con la frustración reflejada en su semblante.

—Nada. Dijiste que se podían atravesar esos flujos sin que se detectara. No creo que me hayan descubierto, pero desde luego no he oído nada.

Sus palabras iban dirigidas a Moghedien, que estaba sentada en la destartalada banqueta, en un rincón. El que la mujer no sudara irritaba sobremanera a Nynaeve. La Renegada afirmaba que hacía falta estar trabajando con el Poder durante un tiempo antes de poder alcanzar el distanciamiento necesario para hacer caso omiso del calor y del frío, lo que no se diferenciaba gran cosa de las vagas promesas de las Aes Sedai respecto a que «finalmente» lo conseguirían. Elayne y ella estaban sudando a mares, mientras que Moghedien parecía tan fresca como si fuera un día de principios de primavera, y ¡Luz, cómo le crispaba los nervios eso!

—Dije que deberían. —Los oscuros ojos de la Renegada se volvieron hacia ella a la defensiva, aunque en casi todo momento tenía prendida la mirada en Elayne; siempre estaba pendiente de la que llevaba puesto el brazalete del *a'dam*—. Que deberían. Hay miles de formas de tejer distintas salvaguardas. Podría tardarse días en urdir un agujero a través de una.

Nynaeve se mordió la lengua, pero a duras penas. Lo habían estado intentando durante días. Éste era el tercero desde la llegada de Tarna Feir, y la Antecámara seguía guardando silencio sobre el mensaje de Elaida que portaba la hermana Roja. Bueno, Sheriam y Myrelle y las otras de ese grupo lo sabían —a Nynaeve no la habría sorprendido si ellas lo hubiesen sabido antes hasta que la Antecámara— pero hasta Siuan y Leane habían quedado fuera de las reuniones diarias. Al menos,

supuestamente.

Nynaeve cayó en la cuenta de que estaba dándose tirones de la falda y se obligó a dejar quietas las manos. De algún modo tenían que descubrir qué se proponía Elaida y, lo que era más importante, qué respondía la Antecámara. Tenían que conseguirlo. De un modo u otro.

—He de irme —suspiró Elayne—. Tengo que enseñar a más hermanas cómo se hacen los *ter'angreal*.

Muy pocas Aes Sedai de Salidar poseían talento para ello, pero todas querían aprender y la mayoría parecía creer que podría conseguirlo una vez que Elayne les hubiese hecho tantas demostraciones como fuera menester.

—Será mejor que te quedes con esto —añadió la joven mientras se desabrochaba el brazalete—. Quiero intentar algo nuevo con el proceso de creación una vez que haya terminado con las hermanas, y después tengo una clase de novicias.

Tampoco parecía muy feliz con esto último, al menos no como lo estaba antes de empezar a enseñar. Después de cada clase, volvía tan irritada que parecía una gata erizada. Las alumnas más jóvenes habían sobrepasado la edad normal de iniciar el aprendizaje, y se adelantaban en cosas que no tenían ni idea de cómo manejar, a menudo sin preguntar antes; y las mayores, aunque un poco más prudentes, tendían a discutir o a oponerse directamente a una orden dada por alguien seis o siete años más joven que ellas. Elayne había cogido por costumbre rezongar «estúpidas novicias» o «tercas idiotas» como si llevara diez años como Aceptada.

—Tendrás tiempo para hacerle preguntas —continuó—. Quizá tengas más suerte que yo en cómo detectar a un hombre encauzando.

Nynaeve sacudió la cabeza.

—Se supone que tengo que ayudar a Janya y a Delana con sus notas esta mañana. —No pudo menos de hacer una mueca de desagrado. Delana era una Asentada del Ajah Gris, al igual que Janya lo era del Marrón, pero Nynaeve no conseguía sacarles lo más mínimo sobre nada—. Y después tengo otra «lección» con Theodrin. —Otra pérdida de tiempo. Todo el mundo en Salidar estaba desperdiciándolo—. Póntelo —le dijo a Elayne cuando la joven iba a dejarlo colgado en una clavija de la pared, junto con sus ropas.

La joven rubia soltó un sonoro suspiro, pero volvió a abrocharse el brazalete. En opinión de Nynaeve, Elayne era excesivamente descuidada con el *a'dam*. Cierto, mientras Moghedien siguiera llevando el collar, cualquier mujer capaz de encauzar podía encontrarla con el brazalete y controlarla. Si nadie lo llevaba puesto, la Renegada no podía alejarse más de doce metros de él sin caer de rodillas, sacudida por las náuseas, igual que si movía el brazalete más de un palmo del lugar donde se había dejado o intentaba desabrocharse el collar. Puede que la retuviera estando incluso en la clavija, pero a lo mejor una Renegada era capaz de discurrir un modo de

evitar todo eso si se le daba la ocasión y escapar. Una vez, en Tanchico, Nynaeve había dejado a Moghedien aislada con un escudo y atada con el Poder, sólo durante unos instantes, y se las había ingeniado para escapar. Cómo lo había logrado fue una de las primeras cosas que Nynaeve le preguntó una vez que se la capturó de nuevo, aunque para sacarle la respuesta casi había hecho falta retorcerle el cuello. Un escudo atado era vulnerable, al parecer, si la mujer aislada por él disponía de un poco de tiempo y tenía paciencia. Elayne se empeñaba en que tal cosa no pasaría con un *a'dam* —no había nudo contra el que actuar, y con el collar puesto Moghedien ni siquiera podía intentar tocar el *Saidar* sin permiso— pero Nynaeve prefería no correr riesgos.

—Escribe despacio —aconsejó Elayne—. He trabajado para Delana, y detesta las manchas de tinta y los errores. Te lo hará repetir cincuenta veces si es preciso con tal de que la hoja quede limpia.

Nynaeve se enfurruñó. Puede que su caligrafía no fuera tan delicada y precisa como la de Elayne, pero no era una palurda que acabara de aprender cuál extremo de la pluma había que mojar con tinta. La mujer más joven no advirtió su reacción y salió del cuarto tras dedicarle una sonrisa. A lo mejor sólo había intentado ayudarla. Si las Aes Sedai llegaban a enterarse de lo mucho que detestaba copiar cosas a limpio, empezarían a asignarle esa tarea de continuo como castigo.

—Tal vez deberíais ir con Rand —dijo de repente Moghedien. Estaba sentada con un aire diferente, más erguida, y sus oscuros ojos sostenían con firmeza la mirada de Nynaeve. ¿Por qué?

»Elayne y tú deberíais ir a Caemlyn, con Rand. Ella puede convertirse en reina, y tú… —La sonrisa de la Renegada no era en absoluto agradable—. Antes o después, van a sentarte hasta que te saquen cómo puedes hacer esos descubrimientos tan maravillosos y sin embargo te pones a temblar como una niña a la que se sorprende robando dulces cuando te piden que encauces.

—¡Yo no…! —No pensaba justificarse, y menos ante esta mujer. ¿Por qué mostraba tanto atrevimiento Moghedien de repente?—. Recuerda que, me ocurra lo que me ocurra a mí si descubren la verdad, tu cabeza estará en el tajo antes de que pase una semana.

—En cambio tú tendrás mucho más tiempo para sufrir. Una vez Semirhage tuvo gritando a un hombre todas las horas que estaba despierto durante cinco años. Incluso lo mantuvo en buena forma física, pero al final ni siquiera ella fue capaz de hacer que su corazón siguiera latiendo. Dudo que ninguna de esas pequeñas posea ni una décima parte de la destreza de Semirhage, pero podrías comprobar en tus propias carnes hasta dónde llegan sus conocimientos.

¿Cómo podía estar diciendo tal cosa esta mujer? Se había despojado de su habitual ansiedad y temor como una serpiente al cambiar de piel. Habríase dicho que

eran dos iguales discutiendo algo de poca trascendencia. No, peor aún: la actitud de Moghedien daba a entender que era un tema de poca trascendencia para ella, pero de vital importancia para Nynaeve. Ésta deseó tener puesto el brazalete. Habría sido un alivio. Era imposible que el estado de ánimo de Moghedien fuera tan frío y tranquilo como daban a entender su rostro y su voz.

A Nynaeve se le cortó la respiración. El brazalete. Eso era. El brazalete no estaba en el cuarto. Se le hizo un nudo en la boca del estómago y de repente el sudor pareció correr más copioso por su rostro. Lógicamente, que el brazalete estuviera o no allí no tenía importancia. Elayne lo llevaba puesto —«¡Luz, por favor, que no se lo haya quitado!»— y la otra mitad del *a'dam* rodeaba firmemente el cuello de Moghedien. Sólo que la lógica no tenía nada que ver con esto. Nynaeve no había estado nunca sola con la mujer sin llevar puesto el brazalete. O, mejor dicho, las únicas veces que se había dado una situación así las cosas habían estado a punto de terminar en desastre. Moghedien no llevaba entonces el *a'dam*, pero eso tampoco tenía importancia. Era una de las Renegadas, se encontraban solas en el cuarto y Nynaeve no tenía medios de controlarla. Aferró la falda con fuerza para no llevar la mano hacia el puñal del cinturón.

La sonrisa de Moghedien se acentuó, como si hubiese leído sus pensamientos.

—Ten la seguridad de que en este asunto sólo quiero lo mejor para ti. Esto —su mano se acercó al collar un instante, con cuidado de no tocarlo— me retendrá en Caemlyn igual que aquí, bien que la esclavitud allí es mejor que la muerte aquí. Pero no tardes mucho en tomar una decisión. Si esas «Aes Sedai» resuelven regresar a la Torre, ¿qué mejor regalo podrían llevar a la nueva Sede Amyrlin que a ti, una mujer tan próxima a Rand al'Thor? Y a Elayne. Si siente por ella aunque sólo sea la mitad de lo que la chica siente por él, retenerla será como atarle una soga al cuello que nunca podrá cortar.

Nynaeve se puso de pie, obligando a sus rodillas a sostenerla.

—Puedes hacer las camas y limpiar el cuarto ahora. Espero encontrarlo impoluto cuando regrese.

—¿Cuánto tiempo te queda? —inquirió Moghedien antes de que Nynaeve hubiese llegado a la puerta. Por su actitud, habríase dicho que preguntaba si el agua estaba caliente para preparar el té—. ¿Unos cuantos días más, como mucho, antes de que envíen su respuesta a Tar Valon? ¿Unas cuantas horas? ¿Qué peso tendrá para ellas Rand al'Thor, incluso los supuestos crímenes de Elaida, en contra de la posibilidad de unificar de nuevo su preciosa Torre?

—Pon especial atención en las bacinillas —dijo Nynaeve sin volverse—. Quiero que queden bien limpias esta vez.

Se marchó antes de que Moghedien pudiese añadir nada más y cerró la puerta tras de sí con firmeza.

Se recostó contra la burda hoja de madera, en el estrecho pasillo sin ventanas, y respiró hondo. Buscó en la bolsita del cinturón y sacó dos arrugadas hojas de menta de ánade, que se metió en la boca. Estas hierbas tardaban un poco en calmar el ardor de estómago, pero las masticó y se las tragó como si así fueran a surtir efecto antes. Los últimos minutos habían sido como recibir un golpe tras otro a medida que Moghedien echaba por tierra todo lo que tenía por cierto. A pesar de su desconfianza, había creído que la mujer estaba acobardada. Falso. Oh, Luz, totalmente falso. Había estado segura de que Moghedien sabía apenas tan poco sobre la relación entre Elayne y Rand como las Aes Sedai. Falso. Y en cuanto a la sugerencia de ir ella donde estaba Rand… Habían hablado con demasiada despreocupación delante de la mujer. ¿Qué más habían dejado escapar y qué uso podía hacer de ello la Renegada?

Otra Aceptada entró en el pasillo por la puerta principal de la pequeña casa, y Nynaeve se irguió mientras se tragaba las hierbas masticadas y se alisaba el vestido. Todos los cuartos excepto el primero se habían convertido en dormitorios, y estaban ocupados por Aceptadas y sirvientes: tres o cuatro en cada habitación, aunque ésta no fuera mucho más grande que la que ocupaban ellas, y en ocasiones con una cama para dos. La otra Aceptada era una mujer menuda, con ojos grises y una rápida sonrisa. A Emara, una illiana, no le caían bien Siuan y Leane, cosa que a Nynaeve no le costaba trabajo comprender, y pensaba que deberían hacerlas marchar —decentemente, como decía ella— como siempre se había hecho con las mujeres neutralizadas, pero aparte de eso era agradable y no se mostraba resentida por el «espacio extra» del que disfrutaban Elayne y Nynaeve ni por que «Marigan» hiciera sus tareas. No muchas opinaban igual que ella.

—Me he enterado de que hoy trabajas para Janya y Delana —dijo con su voz de timbre agudo mientras pasaba a su lado, en dirección a su cuarto—. Hazme caso y escribe tan deprisa como puedas. A Janya le interesa más que se copien todas sus palabras que si cae algún manchón de tinta en la hoja.

Nynaeve asestó una mirada furiosa a la espalda de Emara. Escribir despacio para Delana. Escribir deprisa para Janya. Como si no tuviera bastantes preocupaciones, ahora esos estupendos consejos. En cualquier caso, ahora era incapaz de preocuparse de si al escribir se le caían gotas de tinta o no. Y tampoco por Moghedien hasta que tuviera ocasión de comentarlo con Elayne.

Sacudiendo la cabeza y rezongando entre dientes, salió a la calle. Puede que hubiese estado dando por hecho cosas, dejando que se le escaparan otras al hablar, pero había llegado el momento de despabilarse y ponerle remedio. Sabía a quién tenía que buscar.

En los últimos días reinaba el silencio en Salidar a pesar de que las calles seguían igual de abarrotadas. Para empezar, las forjas que había en las afueras del pueblo estaban calladas. Se había advertido a todo el mundo que, mientras Tarna estuviera

allí, tuviera cuidado con lo que hablaba respecto a la delegación que iba de camino a Caemlyn, respecto a Logain, a quien habían llevado a uno de los campamentos de soldados, incluso respecto a los propios soldados, y sobre el motivo por el que se habían agrupado allí. En consecuencia, todos tenían miedo de decir nada y lo poco que hablaban lo hacían en susurros. El quedo runrún de las conversaciones en voz baja tenía un sonido ominoso.

Todos estaban afectados. Los sirvientes que, por costumbre, iban deprisa ahora se movían con vacilación, echando ojeadas temerosas por encima del hombro. Incluso las Aes Sedai parecían cautelosas bajo su aparente calma, mirándose unas a otras de un modo intencionado. Ahora había pocos soldados por las calles, como si Tarna no hubiese visto todo lo que había que ver el primer día y hubiese sacado sus conclusiones. Si la Antecámara daba la respuesta equivocada, todos acabarían con lazos corredizos al cuello; hasta los dirigentes y nobles que quisieran mantenerse aparte de los problemas de la Torre, seguramente colgarían a todos los soldados a los que pudieran atrapar, aunque sólo fuera para impedir que la idea de rebelión se extendiera. Conscientes de lo inseguro de su situación, los pocos que iban y venían por las calles lo hacían con rostros inexpresivos o con ceños de ansiedad. Excepto Gareth Bryne, que esperaba pacientemente delante de la Torre Chica. Había estado allí todos los días, desde antes de que las Asentadas llegaran hasta que se marchaban. Nynaeve suponía que lo hacía porque quería asegurarse de que no se olvidaran de él y de lo que estaba haciendo por encargo suyo. La única vez que Nynaeve había visto salir a las Asentadas, no pareció que les agradara la presencia del hombre.

Sólo los Guardianes daban la impresión de no haber cambiado desde la llegada de la hermana Roja. Los Guardianes y los niños. Nynaeve se llevó un buen susto cuando tres chiquillas salieron de repente ante ella como codornices levantando el vuelo, con cintas en el pelo, sudorosas, polvorientas y riendo mientras se alejaban corriendo. Los niños no sabían qué estaba esperando Salidar, y probablemente no lo habrían entendido si lo supieran. Cada Guardián seguía a su Aes Sedai, con su consentimiento o sin él y dondequiera que fuera, sin inmutarse.

Gran parte de las quedas conversaciones parecían girar en torno al tiempo. Y sobre historias de otros sitios referentes a sucesos extraños, como terneros con dos cabezas parlantes, hombres asfixiados por enjambres de moscas, la desaparición de todos los niños de un pueblo durante la noche, y gente que se desplomaba muerta a plena luz del día por el ataque de algo invisible. Cualquiera con dos dedos de frente sabía que la sequía y el calor impropio de la estación se debían a la mano del Oscuro tocando el mundo, pero ni siquiera las Aes Sedai daban crédito a las afirmaciones de Elayne y Nynaeve de que esos otros sucesos eran igualmente reales, que las burbujas malignas ascendían desde la prisión del Oscuro a medida que los sellos se debilitaban, y, tras llegar a la superficie, se deslizaban por el Entramado hasta que

estallaban. Casi nadie era capaz de razonar con claridad. Algunos culpaban a Rand. Otros decían que el Creador estaba disgustado porque el mundo no se había unido al mando del Dragón Renacido, o porque las Aes Sedai no lo habían capturado y amansado, o porque las Aes Sedai se oponían a una Amyrlin designada. Nynaeve había oído decir a varios que el tiempo sería de nuevo normal tan pronto como la Torre volviera a unificarse. Siguió caminando entre la multitud.

—¡Juro que es cierto! —murmuraba una cocinera, con los brazos cubiertos de harina hasta los codos—. Hay un ejército de Capas Blancas agrupado al otro lado del Eldar, esperando la orden de Elaida para atacar.

Aparte del tiempo y de los terneros de dos cabezas, las historias sobre Capas Blancas superaban en número a cualquiera de los otros temas; pero ¿unos Capas Blancas esperando órdenes de Elaida? ¡El calor había afectado el cerebro de esta mujer!

—La Luz es testigo de que digo la verdad —murmuró un carretero canoso a una mujer ceñuda, cuyo vestido de buen corte la señalaba como una doncella de Aes Sedai—. Elaida ha muerto. La Roja ha venido para pedir a Sheriam que sea la nueva Amyrlin.

La mujer asintió con la cabeza, aceptando como cierta hasta la última palabra del carretero.

—Pues yo digo que Elaida es una buena Amyrlin —manifestó un hombre vestido con una burda chaqueta y que cargaba al hombro un haz de leña—. Tan buena como cualquiera. —Éste no habló en susurros a su compañero, sino en voz bien alta, intentando con empeño no mirar en derredor para ver quién lo había oído.

Nynaeve torció la boca en un gesto amargo. El tipo intentaba adelantarse a los acontecimientos. ¿Cómo era posible que Elaida hubiese descubierto Salidar tan pronto? Tarna tenía que haber salido de Tar Valon poco después de que las Aes Sedai habían empezado a reunirse en el pueblo. Siuan había hecho notar, sombría, que un buen número de hermanas Azules seguían sin aparecer —el mensaje original de reunirse en Salidar había ido dirigido a las Azules— y Alviarin había hecho notar ese detalle como sospechoso. Era una idea que revolvía el estómago, pero no tan terrible como la explicación más lógica: había partidarias secretas de Elaida allí, en Salidar. Todos se miraban de reojo, y el leñador no era el primero a quien Nynaeve había oído decir lo mismo y del mismo modo. Puede que las Aes Sedai no lo expresaran en voz alta, pero Nynaeve sospechaba que algunas habrían querido manifestarlo así. Todo ello tenía a Salidar como un guiso a punto de romper a hervir, y no precisamente uno de sabor agradable. Eso le daba una razón más para seguir con lo que pensaba hacer.

Encontrar a la persona que buscaba no le llevó mucho tiempo. Tenía que estar entre un grupo de chiquillos jugando, y no había tantos en el pueblo. Ni que decir tiene que Birgitte estaba vigilando a cinco pequeños que correteaban por la calle

lanzándose una pequeña bolsa con guijarros unos a otros, y riendo a mandíbula batiente cuando alguno de ellos recibía el golpe, incluido el que lo recibía. Tenía tan poco sentido como cualquier juego de chicos. O de hombres.

Birgitte no estaba sola, naturalmente. Rara vez lo estaba a menos que se lo propusiera con empeño. Areina se encontraba a su lado, enjugándose el sudor que le resbalaba por la cara e intentando no parecer aburrida de estar con los niños. Un año o dos más joven que Nynaeve, Areina llevaba el oscuro cabello tejido en una trenza a imitación de la de Birgitte, aunque todavía le llegaba sólo un poco más abajo de los hombros, mientras que la de la arquera le colgaba hasta la cintura. También copiaba el estilo de su indumentaria —una chaqueta corta que terminaba en la cintura, de color gris pálido, y unos amplios pantalones de tono broncíneo, fruncidos en los tobillos, por encima de las botas bajas, con tacón—, al igual que el arco que llevaba y la aljaba colgada a la cintura. Nynaeve dudaba mucho que Areina hubiese manejado nunca un arco antes de conocer a Birgitte. Hizo caso omiso de ella.

—Necesito hablar contigo —le dijo a Birgitte—. A solas.

Areina le asestó una mirada intensa, y los azules ojos traslucieron una expresión próxima al desprecio.

—No sé por qué imaginé que llevarías puesto tu chal haciendo tan buen día, Nynaeve. Vaya, pero si estás sudando como un caballo. ¿Cómo es eso?

El rostro de Nynaeve se tensó. Había hecho amistad con la mujer antes que Birgitte, pero esa relación se había ido al traste al llegar a Salidar. Descubrir que Nynaeve no era Aes Sedai le había producido algo más que decepción. Sólo gracias a la petición de Birgitte, Areina no había informado a las Aes Sedai que la joven se había hecho pasar por una de ellas. Además, Areina había prestado los juramentos como cazadora del Cuerno, y ciertamente Birgitte era un modelo mucho mejor para ese tipo de vida que Nynaeve. ¡Y pensar que en una ocasión había curado las contusiones de esa mujer!

—A juzgar por la expresión de tu cara —dijo Birgitte con una mueca—, o estás a punto de estrangular a alguien, probablemente a Areina, o es que se te cayó el vestido en medio de un grupo de soldados y no llevabas puesta ropa interior.

Areina soltó una risa ahogada, pero parecía conmocionada. Nynaeve no sabía por qué, ya que la mujer había tenido tiempo de sobra para acostumbrarse al supuesto sentido del humor de Birgitte, más propio de un hombre sin afeitar, con la nariz metida en una jarra y el estómago lleno de cerveza.

La antigua Zahorí se quedó observando el juego de los niños un momento para darse la oportunidad de apaciguar su irritación. Era absurdo dejarse llevar por la ira cuando iba a pedir un favor.

Seve y Jaril estaban entre los chicos que se tiraban y esquivaban la bolsa. Las Amarillas tenían razón respecto a ellos; lo que habían necesitado era tiempo para

superar su mala experiencia, nada más. Después de casi dos meses en Salidar con otros niños y sin estar aterrados, reían y gritaban como el que más.

Una idea repentina fue como un mazazo. «Marigan» seguía ocupándose de ellos, aunque a regañadientes, para que se bañaran y comieran; pero, ahora que los chicos habían empezado a hablar otra vez, en cualquier momento podrían decir que la mujer no era su madre. Quizá ya lo habían dicho. Eso no tendría por qué dar pie a preguntas, pero también podía ocurrir lo contrario, y las preguntas podrían derrumbar sobre sus cabezas la casa de palitos que era la historia que habían montado. De nuevo se le hizo el nudo en la boca del estómago. ¿Por qué no había pensado en esto antes? Dio un brinco cuando Birgitte le tocó el brazo.

—¿Qué ocurre, Nynaeve? Tienes un aspecto que cualquiera diría que tu mejor amiga ha muerto y te ha maldecido con su último aliento.

Areina se alejaba ya, tiesa la espalda, echándoles una ojeada por encima del hombro. La mujer era capaz de ver a Birgitte bebiendo y coqueteando con hombres sin inmutarse e incluso intentar emularla, pero se encrespaba cada vez que la arquera quería estar a solas con Elayne o Nynaeve. Los hombres no eran una amenaza; sólo las mujeres podían ser amigas en opinión de Areina, pero únicamente ella podía ser amiga de Birgitte. La idea de tener más de una amiga parecía ser completamente ajena a ella. En fin, ya estaba bien de pensar en ella.

—¿Podrías conseguirnos caballos? —Nynaeve procuró que su voz sonara firme. Eso no era lo que había ido a pedir, pero el asunto de Seve y Jaril había hecho casi imprescindible esa pregunta—. ¿Cuánto tiempo tardarías?

Birgitte la condujo fuera de la calle hasta la entrada de un angosto callejón entre dos casas destartaladas, y luego echó una ojeada cautelosa en derredor. No había nadie lo bastante cerca para oír lo que decían ni prestarles atención.

—Uno o dos días. Ino acaba de decirme que…

—¡Ino no! Él se queda fuera de esto. Sólo tú, Elayne, Marigan y yo. A menos que Thom y Juilin regresen a tiempo. Y Areina, por supuesto, si te empeñas.

—Areina es una necia en ciertos aspectos —manifestó lentamente Birgitte—, pero la vida se encargará de suprimirle esa tendencia o la suprimirá a ella. Sabes que no insistiría en traerla con nosotras si Elayne y tú no quisieseis que nos acompañara.

Nynaeve guardó silencio. ¡Esta condenada mujer actuaba como si fuese ella la que estaba celosa! Le importaba un bledo si Birgitte quería hacerse amiga de alguien tan voluble como Areina.

La arquera se frotó los labios con el nudillo del índice y frunció el entrecejo.

—Thom y Juilin son buenos hombres, pero el mejor modo de evitar problemas es asegurarse de que nadie quiera causarlos. Una docena de shienarianos con armadura, o sin ella, contribuirían en gran medida a eso. No entiendo lo que te pasa con Ino. Es un tipo duro, y os seguiría a ti y a Elayne a la Fosa de la Perdición. —Una repentina

sonrisa afloró a sus labios—. Además, es un tipo bien plantado.

—No necesitamos que nadie nos lleve de la mano —repuso fríamente Nynaeve. ¿Bien plantado? Aquel parche pintado como un ojo surgió con un destello en su mente, así como las cicatrices. Esta mujer tenía unos gustos realmente raros respectos a los hombres—. Podemos ocuparnos de cualquier cosa que nos surja. Diría que ya lo hemos demostrado, si es que hiciese falta hacerlo.

—Sé que podemos, Nynaeve, pero atraeremos a los problemas como un estercolero a las moscas. Altara es una olla hirviendo a fuego lento. Cada día nos llega otra historia de los seguidores del Dragón, y apostaría mi mejor vestido de seda contra una de tus camisolas viejas a que la mitad de ellos son simplemente malhechores que verán a cuatro mujeres solas como un bocado fácil. Tendremos que demostrar que no lo somos un día sí y otro también. Murandy está aun peor, según he oído, rebosante de seguidores del Dragón, bandidos y refugiados de Cairhien que han huido por miedo a que el Dragón Renacido cayera sobre ellos en cualquier momento. Porque deduzco que no tienes intención de cruzar hacia Amadicia, sino ir a Caemlyn. —Su compleja trenza se meció al ladear la cabeza, al tiempo que enarcaba una ceja con gesto interrogante—. ¿Está Elayne de acuerdo contigo respecto a Ino?

—Lo estará —masculló Nynaeve.

—Entiendo. En fin, cuando lo haga, conseguiré los caballos que necesitemos. Pero quiero que ella me diga por qué no llevamos a Ino.

La inflexible firmeza de su tono hizo enrojecer a Nynaeve de rabia. Si le pedía a Elayne, siempre toda dulzura, que le dijera a Birgitte que Ino tenía que quedarse allí, seguramente encontrarían al hombre esperándolas en la calzada, y Birgitte haría toda una exhibición mostrándose sorprendida de cómo se habría enterado el shienariano de que se marchaban y en qué dirección. La arquera sería el Guardián de Elayne, pero a veces Nynaeve se preguntaba cuál de las dos estaba realmente al mando. Cuando encontrara a Lan —¡cuando, no si!— se proponía hacerle prestar tales juramentos que se le caería el pelo si no se atenía a sus decisiones.

Inhaló profunda y repetidamente para calmarse. No tenía sentido razonar con una pared de piedra. Lo mejor sería abordar el asunto que la había llevado a hablar con Birgitte.

Como si fuera fortuito, se adentró otro paso en el callejón, haciendo que la otra mujer la siguiera. En el suelo quedaba el pardo rastrojo de la maleza que se había arrancado para dejarlo limpio. En un intento de aparentar indiferencia, Nynaeve echó una ojeada al gentío que pasaba por la calle. Nadie les prestaba atención, pero aun así bajó el tono de voz:

—Necesitamos saber qué está diciendo Tarna a la Antecámara y qué respuesta le dan. Elayne y yo hemos estado intentando enterarnos, pero han protegido las reuniones con salvaguardas para evitar que se escuche nada. Pero sólo actúan contra

el Poder. Están tan obsesionadas con que alguien trate de enterarse de ese modo que al parecer han olvidado que cualquiera puede pegar la oreja a la puerta. Si alguien se…

—No —la cortó Birgitte con tono seco.

—Al menos, piénsalo. Elayne y yo corremos diez veces más peligro de que nos sorprendan que tú. —Se consideró muy sagaz al incluir a Elayne, pero la otra mujer resopló con desdén.

—¡He dicho que no! Has sido muchas cosas desde que te conozco, Nynaeve, pero nunca estúpida. Luz, lo anunciarán a todo el mundo dentro de un día o dos.

—Tenemos que saberlo ahora —siseó Nynaeve, tragándose la coletilla «pedazo de idiota con cerebro de hombre». ¿Estúpida? ¡Pues claro que nunca había sido estúpida! No tenía que enfadarse. Si podía convencer a Elayne de marcharse, lo más probable era que no estuviesen allí dentro de un día o dos. Mejor no volver a abrir esa bolsa de serpientes.

Estremeciéndose —un tanto exageradamente en opinión de Nynaeve— Birgitte se apoyó en el arco.

—Me sorprendieron una vez espiando a Aes Sedai. No me soltaron hasta tres días después, y me marché de Shaemal en cuanto pude conseguir un caballo. No pienso pasar por lo mismo otra vez para proporcionarte un día que no necesitas.

Nynaeve mantuvo la calma. Hizo un gran esfuerzo para conservar una expresión relajada, para no rechinar los dientes ni tirarse de la coleta. Estaba tranquila.

—Ninguna de las leyendas que se cuentan sobre ti habla de que espiaras a las Aes Sedai. —Tan pronto como lo hubo dicho, quiso tragarse las palabras. Lo esencial del secreto de Birgitte estaba en que era la Birgitte de las leyendas, y no se debía mencionar nada que aludiera a esa conexión.

Durante un instante el semblante de la arquera pareció tornarse de piedra, ocultando todo lo que había detrás. Fue suficiente para hacer temblar a Nynaeve; había mucho dolor en torno al secreto de la otra mujer. Finalmente, la piedra volvió a ser carne y hueso y Birgitte suspiró.

—El tiempo cambia las cosas —dijo—. Yo misma apenas si reconozco un poco de la mitad de esas historias y nada de la otra mitad. No volveremos a hablar de ello. —Obviamente no era ninguna sugerencia.

Nynaeve abrió la boca sin saber muy bien qué iba a decir; al fin y al cabo, la deuda que ella misma tenía con Birgitte significaba que no deseara hurgar en la herida de la mujer, pero ¡que rehusara tajantemente dos simples peticiones…! Y entonces la voz de una tercera mujer sonó de improviso en la entrada del callejón:

—Nynaeve, Janya y Delana quieren que vayas ahora mismo.

La antigua Zahorí reaccionó como si quisiera trepar en el propio aire; tenía la sensación de que el corazón se le había subido a la boca.

En la entrada del callejón, la novicia Nicola se sobresaltó durante un instante, al igual que Birgitte, aunque ésta se recuperó de inmediato y estudió su arco con aire divertido.

Nynaeve tuvo que tragar saliva dos veces antes de recobrar el habla. ¿Cuánto habría escuchado la novicia?

—Si crees que ése es el modo de hablarle a una Aceptada, Nicola, más te vale aprender enseguida o alguien te lo va enseñar.

Era una réplica acorde a una Aes Sedai, pero los oscuros ojos de la mujer la miraron de arriba abajo, sopesando y midiendo.

—Lo lamento, Aceptada —dijo al tiempo que hacía una reverencia—. Intentaré ser más cuidadosa.

La reverencia era precisa al milímetro para una Aceptada, y el tono de su voz, frío, pero no lo bastante para hacerle una llamada de atención. Areina no había sido la única compañera de viaje que se sintió decepcionada al enterarse de la verdad sobre Elayne y Nynaeve, pero Nicola había accedido a guardar el secreto, como si le sorprendiera que tuvieran que pedírselo. Después, tras la prueba que reveló que era capaz de aprender a encauzar, apareció aquella expresión evaluativa en sus ojos.

Nynaeve lo entendía muy bien. Nicola no tenía el don innato —sin recibir enseñanzas jamás habría tocado el *Saidar*— pero sin embargo se había revelado ya como una promesa del gran potencial que poseería si se aplicaba. Dos años antes, con un potencial superior a cualquier novicia desde hacía siglos, habría ocasionado un verdadero revuelo. Pero eso fue antes de Elayne y Egwene y de la propia Nynaeve. Nicola nunca decía nada, pero Nynaeve estaba segura de que estaba decidida a igualarlas a Elayne y a ella, cuando no superarlas. Nunca sobrepasaba el límite de la corrección, pero sí que caminaba al borde muy a menudo.

Nynaeve asintió con un seco cabeceo. El que lo entendiera no era óbice para que tuviera ganas de darle a esta necia mujer una dosis triple de agrimonia por su estupidez.

—No lo olvides —dijo—. Y ve a decirles a las Aes Sedai que me reuniré con ellas dentro de un momento. —Nicola volvió a hacer una reverencia; pero, cuando se volvía para marcharse, Nynaeve la detuvo—. Espera. —La mujer se paró de inmediato. Ya había desaparecido de su rostro, pero Nynaeve estaba convencida de haber visto un destello de… ¿satisfacción?—. ¿Me lo has dicho todo?

—Me enviaron para informarte que fueras, Aceptada, y es lo que he hecho. —Suave e insulsa como agua metida en la jarra una semana.

—¿Qué dijeron? Sus palabras exactas.

—¿Sus palabras exactas, Aceptada? No sé si podré recordar palabra por palabra lo que dijeron, pero lo intentaré. Pero ten presente que fueron ellas quienes las pronunciaron y que yo sólo las repito. Janya Sedai dijo algo así como: «Si esa chica

estúpida no aparece pronto, juro que no podrá sentarse cómodamente hasta que sea lo bastante vieja para ser abuela». Y, Delana Sedai añadió: «Será así de vieja cuando decida venir. Si no está aquí dentro de un cuarto de hora, haré con su piel trapos para limpiar el polvo». —Los ojos de la novicia eran la viva imagen de la inocencia. Y al mismo tiempo, muy vigilantes—. Eso fue hace unos veinte minutos, Aceptada. Puede que un poco más.

Faltó poco para que Nynaeve tragara saliva otra vez. Sólo porque las Aes Sedai no pudieran mentir no significaba que hubiera que tomarse al pie de la letra cada amenaza, pero a veces hasta un gorrión se moriría de hambre al alimentarse con la diferencia. Ante cualquier otra que no hubiese sido Nicola, habría gritado «¡Oh, Luz!» y habría salido disparada. Pero no bajo aquella intensa mirada. No ante una mujer que parecía estar haciendo un inventario de todas sus debilidades.

—En ese caso, supongo que no hace falta que vayas corriendo delante de mí. Continúa con tus quehaceres. —Dando la espalda a la reverencia de Nicola como si no tuviera la menor preocupación, se dirigió a Birgitte—. Hablaré contigo después. Sugiero que no hagas nada sobre ese tema hasta entonces. —Con suerte, eso podría mantenerla alejada de Ino. Con muchísima suerte.

—Tendré en cuenta tu sugerencia —contestó seriamente Birgitte, pero no había nada de seriedad en la expresión, mezcla de compasión y regocijo, plasmada en su semblante. La mujer conocía bien a las Aes Sedai. En ciertos aspectos, sabía más sobre Aes Sedai que cualquiera de las hermanas.

No había nada más que pudiera hacer, salvo asentir y confiar. Cuando Nynaeve echó a andar calle adelante, Nicola se puso a su lado.

—Te dije que continuaras con tus quehaceres —espetó.

—Me ordenaron que regresara cuando te encontrara, Aceptada. ¿Es ésa una de tus hierbas? ¿Por qué las utilizas? ¿Es porque no puedes…? Oh, lo siento, Aceptada. No tendría que haber mencionado eso.

Nynaeve parpadeó, mirando desconcertada la bolsita de menta de ánade que tenía en la mano —no recordaba haberla cogido—, y volvió a guardarla en la bolsa del cinturón. Quería masticar todas las hojas de la bolsita. Hizo caso omiso de la disculpa de la novicia y del motivo; la primera era tan falsa como deliberado era el segundo.

—Utilizo hierbas porque la Curación no es siempre necesaria. —¿Desaprobarían las Amarillas su comentario si llegaba a sus oídos? Despreciaban las hierbas; no parecían interesadas en enfermedades que no necesitaban de la Curación. O heridas que no tuvieran el aspecto de nueces machacadas con un macho de herrero. ¿Y por qué se preocupaba de lo que le dijera a Nicola por si se lo contaba a las Aes Sedai? No era más que una novicia, las mirara como las mirara a Elayne y a ella. Tampoco importaba cómo las mirara—. Y cierra el pico —dijo irritada—. Tengo cosas que pensar.

Nicola guardó silencio mientras se abrían camino por las calles abarrotadas, pero a Nynaeve le daba la impresión de que la otra mujer iba aflojando el paso. Tal vez sólo era imaginación suya, pero le empezaron a doler las rodillas por el esfuerzo de no apretar la marcha y dejarla atrás. Por ninguna circunstancia permitiría que Nicola la viera siquiera caminar con prisa.

La situación acabó por avivar la irritación de la antigua Zahorí. De todas las personas que podían haber mandado a buscarla, resultaba difícil imaginar a nadie peor que Nicola y sus ojos. A buen seguro que Birgitte corría en busca de Ino en ese mismo momento. Las Asentadas estarían diciéndole a Tarna que estaban dispuestas a arrodillarse ante Elaida y besarle el anillo. Seve y Jaril quizá le estaban contando a Sheriam que conocían tan poco a «Marigan» que no sabrían distinguirla de un pato salvaje. Era uno de esos días, y encima el sol lucía abrasador en un cielo despejado a pesar de haber recorrido sólo una cuarta parte de su ascenso al cenit.

Janya y Delana esperaban en la estancia delantera de la casa que compartían con otras tres Aes Sedai. Con una habitación para cada una, naturalmente. Cada Ajah contaba con una casa para sus reuniones, pero las Aes Sedai estaban repartidas por todo el pueblo, dependiendo de cuándo habían llegado a Salidar. Mirando con el ceño fruncido al suelo y con los labios apretados, Janya pareció no darse cuenta de la llegada de las dos mujeres. Delana, cuyo cabello era tan claro que resultaba imposible distinguir si había canas en él, clavó en ambas sus ojos, igualmente claros, tan pronto como cruzaron la puerta. Nicola dio un brinco. Nynaeve habría disfrutado con ello si no hubiese hecho otro tanto. Por lo general, los ojos de la fornida Gris no eran diferentes de los de cualquier otra Aes Sedai, pero cuando los enfocaba de verdad en uno, era como si no existiese nada aparte de uno mismo. Había quien decía que Delana tenía éxito como mediadora sólo porque las dos partes en conflicto llegarían a un acuerdo con tal de que dejara de mirar de ese modo. Uno empezaba a pensar qué había hecho mal aun en el caso de no haber hecho nada. La lista que pasó rápidamente por la mente de Nynaeve hizo que su reverencia fuera tan profunda como la de Nicola antes de ser consciente de ello.

—Ah —dijo Janya, que parpadeó como si las dos mujeres hubieran brotado del suelo—, ahí estás.

—Perdonad por mi retraso —se apresuró a disculparse Nynaeve, y que Nicola pensara lo que quisiera. Era Delana la que estaba mirándola de hito en hito, no Nicola —. Perdí la noción del tiempo.

—No importa. —Delana tenía un timbre de voz profundo para ser mujer, y su acento era un ronco eco del shienariano de Ino. Resultaba curiosamente melodioso en una mujer tan fornida; claro que Delana era curiosamente grácil para alguien de su corpulencia—. Nicola, puedes marcharte. Tienes que hacer recados para Faolain hasta que empiece tu próxima lección.

La novicia no perdió tiempo en hacer otra reverencia y salir a toda prisa. Quizá quería oír lo que las Aes Sedai le decían a Nynaeve por llegar tarde, pero nadie pisaba ningún límite con una Aes Sedai.

A Nynaeve le habría dado igual si a Nicola le hubiesen crecido alas. Acababa de darse cuenta de que no había tintero en la mesa donde las Aes Sedai tomaban las comidas, ni recipiente con arena ni pluma ni papel. Nada de lo que necesitaría para escribir. ¿Es que esperaban que lo llevase ella? Delana seguía mirándola de hito en hito. La mujer nunca miraba a nadie durante tanto tiempo a menos que tuviese una razón.

—¿Te apetece un té de menta frío? —preguntó Janya, y ahora le llegó el turno a Nynaeve de parpadear desconcertada—. Creo que el té es reconfortante. Siempre he opinado que facilita la conversación.

Sin esperar respuesta, la menuda hermana Marrón empezó a llenar tazas desparejadas con una tetera de rayas azules que había sobre el aparador. Una piedra sustituía una de las patas del mueble. Las Aes Sedai disponían de más espacio, pero su mobiliario era igualmente destartalado.

—Delana y yo hemos decidido que nuestras notas pueden esperar un poco más de tiempo —continuó la hermana Marrón—. En lugar de eso, sólo charlaremos. ¿Un poco de miel? A mí me gusta sin ella, porque tanto dulzor echa a perder el sabor del té. Sin embargo las jóvenes siempre quieren miel. Son maravillosas todas las cosas que habéis hecho. Me refiero a Elayne y a ti. —Un sonoro carraspeo hizo que alzara la vista hacia Delana con aire sorprendido. Al cabo de un momento, dijo—: Oh. Sí.

Delana había cogido una de las sillas de la mesa y la había colocado en medio del cuarto. Una silla con el asiento de mimbre. Desde el momento en que Janya mencionó una conversación, Nynaeve supo que no era eso en absoluto lo que iba a ocurrir. Delana señaló la silla, y Nynaeve tomó asiento en el mismo borde; aceptó una taza con el plato desportillado que Janya le tendía.

—Gracias, Aes Sedai.

No tuvo que esperar mucho.

—Háblanos de Rand al'Thor —dijo la Marrón. Parecía estar a punto de añadir algo más, pero Delana volvió a carraspear, y Janya parpadeó y guardó silencio para tomar un sorbo de té.

Las dos mujeres estaban de pie a ambos lados de Nynaeve. Delana lanzó una mirada intensa a Janya; luego suspiró y encauzó para servirse otra taza para ella. El recipiente flotó por el aire desde el aparador hasta sus manos. De inmediato, Delana volvió a clavar los ojos en Nynaeve de ese modo que parecían agujerearle a uno el cráneo, en tanto que Janya parecía absorta en sus pensamientos y tal vez sin verla siquiera.

—Os he contado todo lo que sé. —Nynaeve suspiró—. Bueno, se lo he contado a

Aes Sedai. —Tuvo que hacerlo, ya que nada de lo que sabía sobre él podía perjudicarlo, al menos no más de lo que lo hacía saber quién era, y quizá podría ayudarlo si lograba hacer que las hermanas lo vieran como a un hombre. No uno que podía encauzar; sólo un hombre. Aunque eso no era tarea fácil tratándose del Dragón Renacido—. No sé nada más.

—No te enfurruñes —espetó Delana—. Y estáte quieta.

Nynaeve soltó la taza en el plato y se limpió la muñeca con la falda.

—Pequeña —dijo Janya, con un tono rebosante de compasión—, sé que crees habernos dicho todo lo que sabes, pero Delana… No creo que ocultases nada a propósito…

—¿Y por qué no iba hacerlo? —bramó la hermana Gris—. Nació en el mismo pueblo. Lo vio crecer. Puede que su lealtad hacia él sea más fuerte que con la Torre Blanca. —Aquella mirada cortante volvió a caer sobre ella—. Dinos algo que no nos hayas contado antes. He oído todas tus historias, muchacha, así que lo sabré.

—Inténtalo, pequeña. Estoy segura de que no querrás que Delana se enfade contigo. Vaya, pero si… —Otro carraspeo la hizo enmudecer de nuevo.

Nynaeve confiaba en que creyeran que el tintineo de la taza en el plato se debía a que estaba temblando de miedo. Mira que llevarla a rastras allí aterrada —no; aterrada no, pero sí preocupada— por lo enfadadas que podrían estar y ahora salir con éstas. Estar rodeada de Aes Sedai le enseñaba a uno a prestar mucha atención a lo que decían. Puede que ni aun así se cogiera lo que realmente querían decir, pero sí se tenían más oportunidades que si sólo se las escuchaba por encima, como hacía la mayoría de la gente. Ninguna de las dos había dicho claramente que pensaban que estaba ocultando algo. Sólo intentaban asustarla con la esperanza de sacarle algo nuevo. No temblaba de miedo. Bueno, no mucho. Temblaba de rabia.

—Cuando era niño —dijo con cuidado—, aceptaba el castigo sin discutir si pensaba que lo merecía; pero, si no lo creía así, se resistía desde el principio hasta el final.

Delana resopló.

—¡Eso ya se lo has dicho a todo el que ha querido escucharte! Algo más. ¡Y deprisa!

—Es posible dirigirlo, o convencerlo, pero no admitirá que lo presionen. Se planta como una mula si cree que se le…

—Y eso también. —Puesta en jarras, Delana se inclinó hasta que su cara estuvo a la misma altura que la de Nynaeve. Ésta casi deseó que Nicola estuviera sopesándola con su mirada otra vez—. Algo que no le hayas contado a todas las cocineras y lavanderas de Salidar.

—Inténtalo, pequeña —intervino Janya y, sorprendentemente, lo dejó ahí.

Siguieron escarbando, Janya apremiándola con afable compasión, Delana sin

piedad, y Nynaeve sacó hasta la última pizca que era capaz de recordar. Pero hacerlo no le sirvió para darle un respiro; cada mínimo detalle lo había contado ya tantas veces antes, que podía identificar cada uno de ellos como si los saboreara. Delana se lo hizo notar amablemente. Bueno, no tan amablemente. Para cuando Nynaeve tuvo ocasión de dar un sorbo al té, le supo a rancio, y estaba tan dulzón que casi le dio una arcada. Por lo visto era verdad que Janya creía que a las jóvenes les gustaba con un montón de miel. La mañana transcurrió lentamente. Muy lentamente.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —dijo al cabo Delana, que asestó una mirada dura a Nynaeve, como si fuera culpa de ella.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó débilmente la joven. Tenía la impresión de que cada gota de sudor que la empapaba le había sido extraída retorciéndola como una sábana en el lavadero. Se sentía desmadejada. Y también sentía unas ganas locas de abofetear aquellos fríos rostros de Aes Sedai.

Delana y Janya intercambiaron una mirada. La Gris se encogió de hombros y se acercó al aparador para servirse otra taza de té.

—Claro que puedes —dijo Janya—. Sé que esto ha debido de ser difícil para ti, pero realmente necesitamos conocer a Rand al'Thor más incluso de lo que se conoce a sí mismo él, para poder decidir qué es lo mejor. De otro modo, todo podría convertirse en una catástrofe. Oh, vaya, sí. Lo has hecho muy bien, pequeña. Claro que nunca esperé menos de ti. Cualquiera que sea capaz de hacer los descubrimientos que has hecho tú, considerando tu limitación… En fin, de ti sólo puedo esperar algo excelente. Y pensar que…

Tardó un rato en agotar todos sus comentarios y dejar que Nynaeve saliera tambaleándose. Porque así fue como salió, sintiendo temblorosas las rodillas. Todo el mundo hablaba de ella. Pues claro que lo hacían. Debería haber hecho caso a Elayne y haber empezado a atribuir los supuestos descubrimientos a ella sola. Moghedien tenía razón: antes o después iban a empezar a azuzarla para saber cómo lo hacía. Así que tenían que decidir qué era lo mejor, evitar la catástrofe, ¿no? Eso no le daba ninguna pista sobre las intenciones que tenían respecto a Rand.

Una ojeada al sol, que ya había alcanzado casi el cenit, le confirmó que llegaba tarde a la cita con Theodrin. Al menos esta vez tenía una buena excusa.

La casa de Theodrin —la suya y la de otras dos docenas de mujeres— estaba más allá de la Torre Chica. Nynaeve aminoró el paso al llegar a la altura de la antigua posada. El corro de Guardianes apostados fuera, cerca de Gareth Bryne, ponía de manifiesto que la reunión seguía teniendo lugar. Un residuo de ira la permitió ver la salvaguardia, una cúpula casi plana, en su mayor parte de Fuego y Aire, con unos toques de Agua, brillante a sus ojos por encima de todo el edificio, con el nudo que la ataba ofreciéndose tentador. Tocar ese nudo sería tanto como ofrecer su piel a un curtidor; había muchas Aes Sedai en la abarrotada calle. De vez en cuando, algunos

de los Guardianes iban y venían atravesando la brillante barrera, invisible para ellos, a medida que un grupo se formaba y otro se rompía. Era la misma salvaguardia que Elayne había sido incapaz de penetrar, un escudo para impedir que se escuchara a escondidas. Con el Poder.

La casa de Theodrin se encontraba a cien pasos más o menos, calle adelante, pero Nynaeve giró en el patio anexo a la casa de techo de paja que estaba dos más allá de la antigua posada. Una valla de madera desvencija cercaba el pequeño solar de hierba marchita que había detrás de la casa, pero tenía una puerta que colgaba de un gozne lleno de herrumbre. Chirrió escandalosamente cuando la joven empujó la tranquera. Nynaeve echó una rápida ojeada en derredor —nadie en ninguna de las ventanas; nadie en la calle que ella alcanzaba a ver—, se recogió las faldas y se metió velozmente en el estrecho callejón al que daba, en su otro extremo, la habitación que compartía con Elayne.

Vaciló un momento mientras se secaba las manos sudorosas en el vestido, recordando lo que Birgitte había dicho. Sabía que, por mucho que detestara admitirlo, en el fondo era una cobarde. En otro tiempo se consideraba muy valiente; no una heroína, como Birgitte, pero sí valerosa. La vida la había sacado de su error. Sólo de pensar lo que las hermanas le harían si la sorprendían, le entraban ganas de dar media vuelta y correr a casa de Theodrin. Además eran muy escasas las probabilidades de que encontrara una ventana en la misma habitación donde estaban reunidas las Asentadas. Muy, muy escasas.

Intentando salivar un poco para humedecerse la boca —¿cómo podía tenerla tan seca mientras el resto de su cuerpo estaba empapado?— se acercó sigilosamente un poco más. Algún día le gustaría saber cómo se sentía una siendo tan valiente como Birgitte o Elayne, en lugar de ser una cobarde.

La salvaguardia no le causó cosquilleo al atravesarla. Era como si allí no hubiese nada, pero sabía que sería así. Tocarla no podía ocasionar ningún daño, pero aun así se aplastó contra la tosca pared de piedra. Trocitos de enredadera, aferrada a las grietas, le rozaron la cara.

Avanzó lentamente hacia la ventana más próxima… y estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse en ese momento. Estaba herméticamente cerrada, con los cristales reemplazados por tela untada de aceite que permitía que penetrase la luz pero que impedía ver nada a través. Ni escuchar; al menos, si había alguien dentro, no se oía ningún ruido. Respiró hondo, y se dirigió muy despacio hacia la siguiente ventana. También en ésta se había reemplazado uno de los cristales, pero el que quedaba dejaba ver una destartalada mesa en tiempos ornamentada, cubierta de papeles y tinteros, así como unas cuantas sillas, pero por lo demás la habitación estaba vacía.

Mascullando entre dientes una maldición que había aprendido de Elayne —la

chica tenía un repertorio sorprendente de ellas— continuó avanzando a lo largo de la tosca pared de piedra. Había una tercera ventana abierta. Se asomó cautelosa y lentamente, pero al punto se echó hacia atrás. En realidad no había esperado encontrar nada, pero Tarna estaba allí. No con las Asentadas, sino con Sheriam, Myrelle y el resto de ese grupo. Si el corazón no le hubiese estado latiendo con tanta fuerza habría oído el murmullo de sus voces antes de mirar.

Se agachó y se acercó todo lo posible al hueco de la ventana sin que la vieran quienes estaban dentro. La parte inferior de la ventana le rozaba la cabeza.

—¿… seguras de que es ése el mensaje que queréis que transmita —era la voz de Tarna—: Que necesitáis más tiempo para pensarlo? ¿Qué es lo que tenéis que pensar?

—La Antecámara… —empezó Sheriam.

—La «Antecámara» —repitió con sorna la enviada por la Torre—. No me consideréis tan necia como para no advertir quién es aquí el verdadero poder. La opinión de la supuesta «Antecámara» es la que le marcáis vosotras.

—La Antecámara ha pedido más tiempo —manifestó firmemente Beonin—. ¿Quién sabe a qué decisión llegarán sus representantes?

—Elaida tendrá que esperar a saber su decisión —abundó Morvrin con un tono frío que no tenía nada que envidiar al de Tarna—. ¿Es que no puede esperar un poco para ver unificada de nuevo a la Torre Blanca?

—Transmitiré la respuesta de vuestra… «Antecámara» a la Amyrlin —repuso la enviada, con un timbre incluso más frío—. Veremos qué opina de ello.

Una puerta se abrió y se cerró violentamente, y Nynaeve tuvo que apretar los dientes para no gritar de frustración. Si Janya y Delana la hubiesen dejado marchar un poco antes… En fin, eso era mejor que nada. Mejor que «Regresaremos y obedeceremos a Elaida». En cualquier caso, no tenía sentido continuar allí, arriesgándose a que alguien se asomara a la ventana y la descubriera. Había empezado a desplazarse con todo el cuidado posible, cuando Myrelle habló.

—Quizá deberíamos limitarnos a enviar un mensaje, llamarla, simplemente.

Nynaeve frunció el entrecejo y siguió en su escondite. ¿De quién hablaban?

—Hay que respetar las normas —adujo ásperamente Morvrin—. Debe seguirse el procedimiento adecuado.

—Tenemos que cumplir la ley al pie de la letra —manifestó al punto Beonin utilizando su tono más firme—. El más pequeño desliz sería utilizado en contra nuestra.

—¿Y si nos hemos equivocado? —La voz de Carlinya sonaba acalorada quizá por primera vez en su vida—. ¿Cuánto tendremos que esperar? ¿Cuánto podemos permitirnos esperar?

—Lo que haga falta —repuso Morvrin.

—Tanto como sea necesario. —Ésa era Beonin—. No he esperado tanto tiempo la

disponibilidad de una muchacha manejable para ahora renunciar a nuestros planes.

Por alguna razón aquello provocó un silencio prolongado, bien que Nynaeve alcanzó a escuchar a alguien repetir «manejable» en un murmullo, como analizando el término. ¿A qué muchacha se referían? ¿A una novicia o una Aceptada? No tenía sentido. Las hermanas jamás esperaban la disponibilidad de ninguna novicia o Aceptada.

—Hemos llegado demasiado lejos para dar marcha atrás, Carlinya —adujo finalmente Sheriam—. O la traemos aquí y nos aseguramos que hace lo que debe hacer o lo dejamos todo en manos de la Antecámara y confiamos en que no nos conduzca al desastre a todas. —A juzgar por su tono, consideraba esto último una estupidez mayúscula.

—Un paso en falso —contestó Carlinya incluso con más frialdad de la habitual—, y nuestras cabezas acabarán clavadas en picas.

—Pero ¿quién las pondrá ahí? —inquirió, cavilante, Anaiya—. ¿Elaida, la Antecámara o Rand al'Thor?

El silencio se prolongó, roto únicamente por el frufrú de faldas, y la puerta se abrió y se cerró una vez más.

Nynaeve se arriesgó a echar una ojeada. La habitación estaba vacía. La mujer hizo un sonido irritado. El que se propusieran esperar era un parco consuelo: la respuesta final podía ser cualquiera. El comentario de Anaiya implicaba que seguían sintiendo tanta desconfianza hacia Rand como hacia Elaida. Puede que más. Elaida no estaba reuniendo hombres capaces de encauzar. ¿Y quién era la «muchacha manejable»? No, eso no era importante. Las hermanas podían estar urdiendo cincuenta planes desconocidos para ella.

La salvaguardia titiló, y Nynaeve dio un brinco de sobresalto. Tendría que haberse marchado ya de allí. Se incorporó y empezó a sacudirse enérgicamente el polvo que tenía en la falda por haber estado arrodillada al tiempo que se apartaba de la pared. Sólo dio un paso, y se quedó inclinada, con las manos paralizadas sobre las manchas de polvo en la falda, contemplando fijamente a Theodrin.

La domani le sostuvo la mirada, sin decir una palabra.

Nynaeve se planteó la posibilidad de justificarse diciendo que estaba buscando algo que se le había caído, pero la rechazó de inmediato por ser absurda. En lugar de ello, se puso erguida y caminó lentamente hacia la otra mujer como si no hubiese nada que explicar. Theodrin echó a andar junto a ella en silencio, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura. Nynaeve barajó sus opciones; podía golpear a Theodrin en la cabeza y salir corriendo. Podía volver a arrodillarse y suplicar. Tanto una posibilidad como la otra tenían graves inconvenientes en su opinión, pero sí que podía decantarse por cualquier otra cosa intermedia.

—¿Has mantenido la calma? —preguntó Theodrin, con la mirada clavada al

frente.

Nynaeve dio un respingo. Eran las instrucciones del día anterior encaminadas a intentar romper su bloqueo interior: estar tranquila, muy tranquila; concebir únicamente pensamientos sosegados, apacibles.

—Por supuesto —rió sin ganas—. ¿Qué podría haber que me alterara?

—Eso está bien —repuso serenamente Theodrin—. Porque hoy tengo intención de intentar algo un poco más… directo.

Nynaeve le lanzó una intensa mirada. ¿Ninguna pregunta? ¿Ninguna acusación? Tal y como había transcurrido ese día, no podía creer que escapara de esto sin consecuencias.

No miró atrás hacia el edificio de piedra, de modo que no vio a la mujer que las observaba a Theodrin y a ella desde la ventana del segundo piso.

13



Bajo el polvo

Preguntándose si no sería mejor deshacerse la trenza, Nynaeve miró con rabia, por debajo de la toalla de rayas rojas, su vestido y su ropa interior colocadas sobre los respaldos de las sillas y goteando en el suelo de tablas fregado. Otra toalla de rayas verdes y blancas, bastante más grande y envuelta alrededor de su cuerpo le servía para cubrir su desnudez.

—Ahora sabemos que la impresión no funciona —dijo con voz gruñona a Theodrin, e hizo una mueca. Le dolía la mandíbula y todavía sentía ardor en la mejilla. Theodrin tenía buenos reflejos y un brazo fuerte—. Ahora podría encauzar, pero allí, durante un momento, el *Saidar* era de lo que menos me acordaba.

En aquel instante angustioso de querer inhalar aire, todo raciocinio había desaparecido de su mente y se había impuesto el instinto.

—Bien, pues seca tus cosas encauzando —rezongó Theodrin.

El dolor de mandíbula se le alivió un poco a Nynaeve por el hecho de ver a Theodrin mirándose en el triángulo de un espejo roto y tocándose suavemente el ojo. Ya lo tenía un poco hinchado alrededor, y Nynaeve sospechaba que, aparte de eso, el moretón iba a ser espectacular. Tampoco ella tenía un brazo débil. ¡Esa magulladura era lo menos que se merecía Theodrin!

Tal vez la domani era de su misma opinión, porque musitó:

—No probaré con eso otra vez. Pero, de un modo u otro, te enseñaré a rendirte al *Saidar* sin que antes tengas que encolerizarte lo bastante para emprenderla a mordiscos con quien esté más cerca.

Nynaeve echó una ojeada ceñuda a sus ropas empapadas y reflexionó un momento. Hasta entonces no había hecho nada parecido. La prohibición de realizar tareas mediante el Poder era muy seria y con toda razón. El *Saidar* resultaba tentador; cuanto más se encauzaba, más se deseaba encauzar, y, cuanto más se deseaba encauzar, mayor era el riesgo de que se acabara absorbiendo demasiado y se neutralizara una misma o incluso se matara. La dulzura de la Fuente Verdadera la hinchió fácilmente ahora. De ello se había ocupado, y bien, el cubo de agua que le había echado Theodrin, si es que ya no lo había hecho bastante el resto de lo ocurrido

esa mañana. Un sencillo tejido de Agua escurrió la humedad de sus ropas derramándola en el suelo en un charco que se unió rápidamente al que se había formado con la derramada del cubo.

—No se me da bien eso de rendirme —dijo. A no ser cuando no tenía sentido luchar. Sólo una necia se empeñaría sin tener la menor oportunidad de salir airosa. Ni podía respirar bajo el agua ni volar agitando los brazos… ni encauzar salvo cuando estaba furiosa.

Theodrin apartó la mirada ceñuda del charco de agua para posarla en Nynaeve y se puso en jarras.

—De eso ya me he dado cuenta —manifestó en un tono demasiado indiferente—. Por todo lo que he aprendido, no tendrías que ser capaz de encauzar en absoluto. Me enseñaron que se debe estar tranquila para encauzar, sentirse por dentro fría y serena, abierta y totalmente entregada. —El brillo del *Saidar* la envolvió, y unos flujos de Agua recogieron el charco formando una bola que se quedó posada en el suelo incongruentemente—. Debes someterte antes de poder dirigir, pero tú, Nynaeve… Por mucho que intentes rendirte, y te he visto intentarlo, te aferras con uñas y dientes a no ser que estés lo bastante furiosa para olvidarte de ello.

Unos flujos de Aire levantaron la trémula bola de agua. Durante un instante, Nynaeve pensó que la otra mujer se proponía arrojársela, pero la esfera de agua flotó a través del cuarto y salió por la ventana abierta. Sonó un fuerte chapoteo al caer y un gato maulló entre sobresaltado y furioso. Quizá la prohibición de hacer tareas normales con el Poder no se aplicaba al llegar al nivel de Theodrin.

—¿Por qué no dejarlo así? —Nynaeve procuró que su voz sonara indiferente, pero no tuvo éxito. Deseaba con toda su alma encauzar cada vez que quisiera. No obstante, como rezaba el viejo dicho: «Si los deseos fueran alas, los cerdos volarían»—. No tiene sentido perder…

—Deja eso —ordenó Theodrin cuando Nynaeve empezó a utilizar el tejido de Agua para secar su cabello—. Corta el contacto con el *Saidar* y déjalo que se seque de forma natural. Y ponte la ropa.

Nynaeve estrechó los ojos.

—No me tendrás preparada otra sorpresa, ¿verdad? —inquirió.

—No. Ahora empieza a preparar tu mente. Eres un capullo de flor que percibe el calor de la Fuente, listo para abrirse a ese calor. El *Saidar* es el río y tú la orilla. El río es más poderoso que la orilla, pero ésta lo contiene y lo guía. Vacía tu mente de pensamientos, que sólo quede el capullo. El capullo es lo único que hay en tu mente. Eres el capullo de…

Mientras se metía la camisola por la cabeza, Nynaeve suspiró y se dejó envolver por la hipnótica voz de Theodrin. Ejercicios de novicias. Si hubiesen funcionado con ella, llevaría encauzando cada vez que quisiera desde hacía mucho tiempo. Debería

poner fin a la sesión y ver qué podía hacer que sirviera realmente para algo, como convencer a Elayne para ir a Caemlyn. Sin embargo, quería que Theodrin tuviera éxito en su tarea, incluso si tal cosa significaba otros diez cubos de agua. Además, una Aceptada no discutía; una Aceptada no tenía opción a oponerse. Detestaba que le dijeran lo que debía hacer, pero más aun que le dijeran lo que no podía hacer.

Las horas pasaron, ahora con las dos mujeres sentadas una enfrente de la otra a cada lado de la mesa que parecía sacada de una granja destartalada; horas de repetir ejercicios que a buen seguro las novicias estaban realizando en ese mismo momento. El capullo de flor y la orilla del río. La brisa de verano y el arroyo cantarín. Nynaeve trató de ser una semilla de diente de león flotando al viento, la tierra bebiendo lluvia en primavera, una raíz abriéndose paso poco a poco a través del suelo. Todo ello sin resultado o, al menos, sin el resultado que buscaba Theodrin. Ésta llegó incluso a sugerir que Nynaeve se imaginara en brazos de su amado, lo que desembocó en desastre puesto que la hizo pensar en Lan y en cómo osaba haber desaparecido de ese modo. Pero, cada vez que la frustración encendía la rabia como una chispa prende fuego en la hierba seca y ponía a su alcance el *Saidar*, Theodrin la obligaba a soltarlo e intentarlo otra vez sosegada, tranquilamente. El empeño de la mujer en conseguir lo que quería resultaba enloquecedor y, en opinión de Nynaeve, Theodrin era muy capaz de dar lecciones a las mulas sobre cómo ser testarudas. Jamás se dejaba llevar por la frustración; había hecho de la serenidad un arte. Nynaeve deseó volcarle un cubo de agua encima y ver qué tal le sentaba a ella. Claro que, considerando el dolor de mandíbula que tenía, aquélla no parecía una buena idea.

Theodrin le curó ese dolor antes de que Nynaeve se marchara, lo cual era al máximo que llegaba su habilidad en ese Talento. Al cabo de un momento, Nynaeve hizo una Curación a cambio. A esas alturas Theodrin tenía el ojo de un fuerte tono purpúreo, y en realidad detestaba no dejárselo así para recordarle que tuviese un poco más de cuidado en el futuro con lo que hacía, pero tal intercambio era lo más justo. Además, el respingo y el estremecimiento de Theodrin cuando los flujos de Energía, Aire y Agua le recorrieron el cuerpo fueron en cierto modo una recompensa por los que ella misma había tenido cuando le vació encima el cubo de agua. Naturalmente también se estremeció con su propia Curación, pero no podía tenerse todo.

Fuera, el sol estaba a mitad de camino del horizonte occidental. Al fondo de la calle se produjo una sucesión de reverencias e inclinaciones de cabeza entre la multitud y a continuación la apiñada muchedumbre se abrió dando paso a Tarna Feir, que avanzó cual una reina caminando por una cochiquera, con el chal de flecos rojos echado por los brazos como una ostentosa bandera. Incluso a cincuenta pasos de distancia su actitud saltaba a la vista por el modo en que erguía la cabeza, por cómo sostenía la falda para que el repulgo no tocara el polvo, por la forma en que hacía caso omiso hasta de aquellos que hacían reverencias a su paso. El primer día había

habido menos muestras de respeto y muchas más actitudes jactanciosas, pero una Aes Sedai era una Aes Sedai, al menos para las hermanas de Salidar. Para dejar tal cosa muy clara, dos Aceptadas, cinco novicias y casi una docena de hombres y mujeres de la servidumbre estaban dedicando las que habrían sido sus horas libres transportando desperdicios de cocina y contenidos de bacinillas hasta el bosque y enterrándolos allí.

Mientras Nynaeve se escabullía antes de que Tarna pudiese verla, su estómago hizo un ruido lo bastante fuerte para que un tipo que cargaba con un cesto de nabos en la espalda se girara en su dirección y la mirara sobresaltado. La hora del desayuno la habían empleado en el intento de Elayne de traspasar la salvaguarda, y la de la comida se la había pasado con los ejercicios de Theodrin. Y aún no había terminado con ella. Las instrucciones de Theodrin para ese día habían sido que no durmiese esta noche. Tal vez el agotamiento funcionaría allí donde la impresión había fracasado. «Cualquier bloqueo interior puede romperse —había dicho Theodrin, su voz todo un dechado de seguridad—, y el tuyo se romperá. Sólo hace falta que ocurra una vez. Con una sola vez que encauces sin ira, el *Saidar* será tuyo.»

De momento, lo único que Nynaeve quería hacer suyo era algo de comida. Los pinches ya estaban recogiendo y limpiando cacharros, por supuesto, y les faltaba poco para terminar su tarea, pero el olor a guisado de cordero y cerdo asado que flotaba aún en los alrededores de las cocinas hicieron que su nariz aleteara. Tuvo que conformarse con dos manzanas pequeñas, un poco de queso de cabra y una rodaja de pan. El día no parecía querer encarrilarse por mejor camino del que había llevado hasta el momento.

De vuelta en su cuarto encontró a Elayne tumbada encima de la cama. La joven la miró sin levantar la cabeza y después volvió a clavar los ojos en el agrietado techo.

—He pasado un día espantoso, Nynaeve —suspiró—. Escaralde insiste en aprender a hacer *ter'angreal* aunque le falta la fuerza necesaria para ello, y Varilin creó algo, no sé qué, y la piedra en la que trabajaba se convirtió en una bola de… bueno, no era exactamente fuego, en sus manos. De no ser por Dagdara, creo que habría muerto; nadie más de las que estábamos allí habría podido curarla, y dudo mucho que hubiese habido tiempo de avisar a alguien que tuviese facultades para hacerlo. Después, pensando en Marigan, y que si no podíamos aprender a detectar a un hombre que está encauzando tal vez sí nos sería posible aprender a detectar qué es o que ha hecho, porque creo recordar que Moraine dio a entender que era posible. En fin, como decía, estaba pensando en ella y alguien me tocó en el hombro y grité como si me hubiesen clavado una aguja. Sólo era un pobre carretero que quería preguntarme sobre un absurdo rumor, pero lo asusté tanto que casi salió corriendo.

Por fin se dio un respiro y Nynaeve renunció a la idea de arrojarle la manzana que le quedaba a fin de aprovechar su momentánea pausa para preguntar:

—¿Y Marigan?

—Estaba terminando de arreglar el cuarto, que por cierto se lo ha debido tomar con calma, así que le mandé que se fuera al suyo. Todavía llevo puesto el brazalete, ¿lo ves? —Agitó el brazo en el aire y después lo dejó caer pesadamente en el colchón, pero el torrente de palabras no se detuvo—. No dejaba de insistir de ese modo gemebundo en que deberíamos huir a Caemlyn, y no pude soportarlo un segundo más. ¡Como si ya no tuviera bastante! Mi clase con las novicias fue un desastre. Esa horrible Keatlin, la de la nariz enorme, ¿recuerdas?, sin dejar de rezongar que en su lugar de procedencia jamás había permitido que una «chica» le diera órdenes, y Faolain se acercó a hurtadillas y exigió saber por qué tenía a Nicola en clase. ¿Cómo se suponía que iba a saber yo que Nicola tenía que estar haciendo recados para ella? Y entonces Ibrella decide escoger ese momento para comprobar lo grande que puede hacer una llama y estuvo a punto de prenderle fuego a toda la clase. Y Faolain me reprendió delante de todo el mundo por no mantener a la clase bajo control. Y Nicola dijo que ella…

Nynaeve renunció a meter baza en algún resquicio de la avalancha de palabras —quizá debería haberle arrojado el corazón de la manzana— y se limitó a gritar:

—¡Creo que Moghedien tiene razón!

Aquel nombre hizo que la muchacha cerrara el pico, y también que se incorporara y se quedara sentada en la cama, mirándola de hito en hito. Nynaeve no pudo menos de echar un vistazo en derredor para comprobar que nadie la había oído, a pesar de que estaban en su cuarto.

—Eso es una estupidez, Nynaeve.

La antigua Zahorí no supo si Elayne se refería a la sugerencia o a mencionar el nombre de Moghedien en voz alta, y tampoco tenía intención de preguntarle. Tomó asiento en la otra cama y se arregló los pliegues de la falda.

—No, no lo es. Cualquier día de éstos Jaril y Seve le dirán a alguien que Marigan no es su madre, si es que no lo han hecho ya. ¿Estás preparada para afrontar las preguntas que acarreará eso? Yo no. Cualquier día, alguna Aes Sedai va a ponerse a hurgar en cómo me es posible descubrir nada si para hacerlo tendría que estar furiosa desde el amanecer hasta el ocaso. Cada dos por tres las Aes Sedai con las que hablo lo mencionan, y Dagdara me ha estado echando miradas raras últimamente. Además, aquí no se va a hacer nada excepto quedarse de brazos cruzados y esperar. A no ser que decidan regresar a la Torre. Me acerqué a hurtadillas y oí a Tarna hablando con Sheriam…

—¿Qué hiciste qué?

—Que me acerqué a escondidas y escuché —repitió con tono impasible Nynaeve—. El mensaje que envían a Elaida es que necesitan más tiempo para pensar. Eso significa que al menos están considerando la idea de olvidar lo del Ajah Rojo y Logain. Cómo pueden hacerlo, no lo sé, pero tienen que estar planteándoselo. Si nos

quedamos aquí durante mucho más tiempo es posible que acaben entregándonos a Elaida como regalo. Al menos si nos vamos ahora podemos advertirle a Rand que no cuente con que tiene Aes Sedai respaldándolo. Podemos decirle que no confíe en ninguna Aes Sedai.

Frunciendo graciosamente el entrecejo, Elayne dobló las piernas con cuidado debajo de ella.

—Si todavía lo están pensando quiere decir que aún no se han decidido. Creo que deberíamos quedarnos. A lo mejor podemos ayudarlas a tomar la decisión correcta. Además, a no ser que te propongas invitar a Theodrin a acompañarnos, nunca romperás tu bloqueo interior si nos marchamos.

Nynaeve hizo caso omiso de esto último. Para lo que había logrado Theodrin hasta ahora… Cubos de agua. Esa noche, no dormir. ¿Qué sería lo próximo? Aunque no con las palabras exactas, esa mujer había dicho que pensaba intentar cualquier cosa hasta dar con algo que funcionara. En «cualquier cosa» cabía infinidad de posibilidades, y eso no era algo que le hiciese mucha gracia.

—¿Ayudarlas a decidir? No nos harán ningún caso. Ni siquiera Siuan nos presta atención, y eso que, aunque ella nos tenga cogidas por el cuello, nosotras la tenemos a ella por la oreja.

—Pues yo creo que deberíamos quedarnos. Al menos hasta que la Antecámara decida qué hacer. Entonces, si ocurre lo peor, al menos podremos advertir a Rand de un hecho, no de una posibilidad.

—¿Y cómo se supone que vamos a enterarnos? No hay que contar con que yo encuentre la ventana adecuada para escuchar a hurtadillas en dos ocasiones. Si esperamos hasta que lo anuncien, podríamos estar bajo vigilancia para entonces. Yo, al menos. No hay una sola Aes Sedai que no esté enterada de que Rand y yo somos de Campo de Emond.

—Siuan nos lo dirá antes de que se anuncie nada —adujo Elayne con calma—. No creerás que Leane y ella piensan regresar mansamente ante Elaida, ¿verdad?

Ahí estaba el asunto. Elaida les cortaría la cabeza antes de que hubiesen tenido ocasión de hacer una reverencia.

—No, desde luego, pero eso no nos protege de que Jaril y Seve puedan hablar —insistió.

—Ya se nos ocurrirá algo. En cualquier caso, no son los primeros niños refugiados que están al cuidado de alguien que no es de la familia. —Sin duda Elayne pensaba que su sonrisa radiante era tranquilizadora—. Lo único que tenemos que hacer es pensar un rato en ello para discurrir alguna idea. Por lo menos deberíamos esperar a que Thom regrese de Amadicia. No puedo dejarlo atrás.

Nynaeve levantó las manos en un gesto exasperado. Si la apariencia fuera un reflejo del carácter, entonces Elayne tendría que parecerse a una mula empecinada en

no moverse. La chica había puesto a Thom en el lugar dejado por el padre, que había muerto siendo ella pequeña. A veces también parecía creer que el juglar sería incapaz de encontrar el camino hacia la mesa para comer a menos que lo llevara de la mano.

La única advertencia que tuvo Nynaeve fue la sensación del *Saidar* abrazado muy cerca, y entonces la puerta se abrió de par en par empujada por un flujo de Aire y dio paso a Tarna Feir. Nynaeve y Elayne se pusieron de pie de un salto. Una Aes Sedai era una Aes Sedai, y algunos de esos trabajos de enterrar desechos se habían impuesto únicamente al considerarse merecidos según lo dicho por la propia Tarna.

La hermana Roja de cabello rubio y arrogante rostro cual mármol blanco las observó con ojos escrutadores.

—Vaya. La reina de Andor y la incapacitada espontánea.

—Todavía no, Aes Sedai —repuso Elayne con fría educación—. No hasta que me coronen en el salón del trono. Y únicamente en el caso de que mi madre esté muerta —añadió.

La sonrisa de Tarna habría congelado una tormenta de nieve.

—Por supuesto. Intentaron mantener tu presencia en secreto, pero los rumores corren por doquier. —Su mirada abarcó las estrechas camas, la banqueta destartalada, las ropas colgadas en clavijas y el yeso agrietado de las paredes—. Habría imaginado que teníais mejores aposentos, considerando todas las cosas milagrosas que habéis hecho. Si hubieseis estado en la Torre Blanca, que es donde deberíais estar, no me sorprendería ver que a estas alturas a ambas se os habría sometido a la prueba para alcanzar el chal.

—Gracias —dijo Nynaeve para demostrar que podía ser tan civilizada como Elayne. Tarna la miró y aquellos azules ojos hicieron que, en comparación, el resto de su semblante pareciera cálido—. Aes Sedai —se apresuró a añadir Nynaeve.

Tarna volvió la vista hacia Elayne.

—La Amyrlin siente un cariño especial por ti y por Andor. Ha organizado una búsqueda para dar contigo como jamás podrías imaginar. Sé que la complacería sobremanera si regresaras conmigo a la Torre.

—Mi lugar está aquí, Aes Sedai —El tono de Elayne continuaba siendo agradable, pero su barbilla se alzó igualando punto por punto la arrogancia de Tarna —. Regresaré a la Torre cuando lo hagan las demás.

—Entiendo —dijo inexpresivamente la Roja—. Muy bien. Puedes marcharte ahora. Quiero hablar con la espontánea a solas.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada, pero Elayne no podía hacer nada salvo saludar respetuosamente y marcharse.

Cuando la puerta se cerró, un cambio sorprendente se produjo en Tarna. Se sentó en la cama de Elayne, subió las piernas y las cruzó por los tobillos, para después recostarse en el destartalado cabecero mientras entrelazaba las manos sobre el

estómago. Su semblante se desheló e incluso sonrió.

—Pareces inquieta. No lo estés: no voy a morderte.

Nynaeve le habría creído si los ojos le hubiesen cambiado también, pero la sonrisa no se reflejó en ellos un solo instante; en contraste, ahora parecían diez veces más duros y cien veces más gélidos. La combinación le puso la piel de gallina.

—No lo estoy —repuso, envarada, mientras plantaba los pies con fuerza en el suelo para no moverlos inconscientemente y dejar traslucir que estaba nerviosa.

—Ah, vaya. Te has ofendido, ¿no? ¿Por qué? ¿Porque te he llamado espontánea? Yo también lo soy, ¿sabes? Galina Casban en persona echó abajo mi bloqueo interno. Sabía el Ajah que elegiría antes incluso que yo y tomó un interés especial en mí. Siempre lo hace con aquellas que cree que elegirán el Rojo. —Sacudió la cabeza, riendo, en tanto que sus ojos seguían siendo unos cuchillos helados—. ¡Las horas que pasé aullando y sollozando antes de ser capaz de contactar con el *Saidar* sin tener los ojos prietamente cerrados! No se puede tejer si no se ven los flujos, ¿comprendes? Tengo entendido que Theodrin está utilizando métodos más suaves contigo.

Nynaeve movió los pies a pesar de sí misma. ¡Sin duda Theodrin no intentaría nada por el estilo! No, por supuesto que no. Tensar las rodillas no aliviaba el nudo de nervios que le revolvía el estómago. De modo que no debería sentirse ofendida, ¿eh? ¿Tenía que olvidar también lo de «incapacitada»?

—¿De qué queríais hablar conmigo, Aes Sedai?

—La Amyrlin quiere que Elayne esté a salvo, fuera de peligro, pero en muchos aspectos tú eres igualmente importante. Puede que más. Lo que sabes sobre Rand al'Thor podría ser de un valor incalculable. Y también lo que sabe Egwene al'Vere. ¿Sabes dónde está?

Nynaeve habría querido limpiarse el sudor de la cara, pero se obligó a dejar las manos colgando a los costados.

—No la he visto desde hace mucho tiempo, Aes Sedai. —Meses, desde su último encuentro en el *Tel'aran'rhiod*—. ¿Puedo preguntaros qué…? —Nadie en Salidar llamaba Amyrlin a Elaida, pero se suponía que debía mostrarse respetuosa con esta mujer—. ¿Cuáles son las intenciones de la Amyrlin respecto a Rand?

—¿Intenciones, pequeña? Es el Dragón Renacido. La Amyrlin lo sabe y se propone darle todo el honor que merece. —La voz de Tarna adquirió un leve toque de intensidad—. Piensa, pequeña. Este grupo regresará al redil tan pronto como caigan en la cuenta del verdadero alcance de lo que han hecho, pero cada día será vital. Durante tres mil años la Torre Blanca ha guiado a dirigentes; habría habido más guerras y cosas peores sin la Torre. El mundo se enfrenta al desastre si Al'Thor carece de guía. Pero no se puede guiar lo que se desconoce, al igual que es imposible encauzar con los ojos cerrados. Lo mejor para él es que regreses conmigo ahora y compartas con la Amyrlin lo que sabes sobre él, en lugar de dejar que transcurran

semanas o meses. Y también lo mejor para ti. Aquí nunca podrán hacerte Aes Sedai. La Vara Juratoria está en la Torre, y la prueba sólo puede llevarse a cabo allí.

El sudor le producía escozor en los ojos a Nynaeve, pero ésta rehusó parpadear. ¿Es que esta mujer creía que podía sobornarla?

—La verdad es que nunca pasé mucho tiempo con él. Yo vivía en el pueblo mientras que él lo hacía en una granja situada en el Bosque del Oeste, a bastante distancia, ¿comprendéis? Lo que recuerdo con más claridad es a un chiquillo que nunca se avenía a razones. Había que empujarlo para que hiciera lo que debía o incluso arrastrarlo a la fuerza. Claro que eso ocurría cuando era pequeño. Puede que haya cambiado, no lo sé. Aunque casi todos los hombres son simplemente chiquillos que han crecido mucho, pero a lo mejor él ha madurado.

Durante unos instantes Tarna se limitó a mirarla. Aquellos gélidos ojos hicieron que los segundos parecieran larguísimos.

—Bien —dijo por último la Aes Sedai, y se puso de pie con tanta rapidez que Nynaeve estuvo a punto de retroceder un paso, aunque en el diminuto cuarto no había espacio para hacerlo. Aquella inquietante sonrisa no se borró del rostro de la mujer—. Qué grupo tan extraño el que se ha reunido aquí. Tampoco las he visto, pero tengo entendido que Siuan Sanche y Leane Sharif honran con su presencia Salidar. No son la clase de personas con las que una mujer inteligente se asociaría. Y quizá tampoco lo haría con otro tipo raro de gente, ¿no? Te convendría mucho más venir conmigo. Parto por la mañana, de modo que infórmame si he de esperarte en la calzada.

—Me temo que…

—Piénsalo, pequeña. Ésta puede que sea la decisión más importante que tengas que tomar en tu vida. Piénsalo muy bien. —La máscara amistosa se desvaneció, y Tarna salió del cuarto.

Por fin las rodillas de Nynaeve no aguantaron más tiempo derechas y al flaquear la dejaron sentada en la cama. La Aes Sedai había despertado tal cúmulo de emociones dispares dentro de ella que no sabía qué conclusiones sacar. La inquietud y la ira bullían entremezcladas con la euforia. Ojalá la Roja tuviese algún modo de comunicarse con las Aes Sedai de la Torre que buscaban a Rand. Oh, cómo le gustaría ser una mosca en la pared cuando intentaran poner en práctica la pauta que debían seguir con él de acuerdo con la valoración que ella le había dado. ¡Mira que intentar sobornarla! ¡Y asustarla! En esto último había hecho un buen trabajo. Tarna parecía tan segura de que las Aes Sedai de allí acabarían arrodillándose ante Elaida, como si fuera un resultado inevitable en el que sólo quedaba la duda respecto al momento oportuno. ¿Y la última insinuación se referiría a Logain? Nynaeve sospechaba que sí. Quizás Elaida contaba con partidarios en Salidar.

Nynaeve siguió esperando a que Elayne regresara y, cuando ya había pasado más de media hora sin que la muchacha apareciera, salió a buscarla; primero recorrió las

calles de punta a punta a paso vivo, y después trotando y deteniéndose de vez en cuando para subirse a la lanza de un carro, a un barril puesto boca abajo o a una piedra grande a fin de atisbar entre las cabezas de la multitud. El sol había descendido hasta casi tocar las copas de los árboles cuando regresó al cuarto mascullando entre dientes. Y allí encontró a Elayne, quien obviamente acababa de llegar también.

—¿Dónde has estado metida? ¡Temía que Tarna te hubiese echado el lazo para llevarte con ella a la fuerza!

—Estaba consiguiendo esto de Siuan. —Elayne abrió la mano. Dos de los retorcidos anillos de piedra yacían en su palma.

—¿Es alguno el verdadero? La idea de cogerlos es buena, pero tendrías que haber intentado hacerte con el real.

—No he cambiado de opinión, Nynaeve. Todavía pienso que deberíamos quedarnos.

—Tarna…

—Sólo ha conseguido afirmarme más en mi decisión. Si nos marchamos, Sheriam y la Antecámara elegirán la integridad de la Torre en detrimento de Rand. Lo sé. —Puso las manos sobre los hombros de Nynaeve, y ésta no opuso resistencia para sentarse en la cama. Elayne hizo lo mismo en la suya y se inclinó hacia adelante con una expresión intensa en su semblante—. ¿Recuerdas lo que me dijiste sobre valerse de la necesidad para encontrar algo en el *Tel'aran'rhiod*? Lo que nos hace falta es un modo de convencer a la Antecámara de que no vuelva con Elaida.

—¿Cómo? ¿Y qué? Si lo de Logain no es suficiente…

—Sabremos qué es cuando demos con ello —afirmó la joven.

Nynaeve toqueteó su gruesa trenza con gesto absorto.

—¿Accederás a que nos marchemos si no encontramos nada? —preguntó—. No me hace ninguna gracia la idea de quedarnos aquí sentadas hasta que decidan ponernos bajo vigilancia.

—Accederé a irme siempre y cuando tú accedas a quedarte si damos con algo útil. Nynaeve, con todo lo que deseo verlo, sé que podemos hacer más a su favor estando aquí.

—De acuerdo —aceptó finalmente la antigua Zahorí tras una breve vacilación. Parecía un plan bastante seguro. Sin tener la más ligera idea de qué buscar no esperaba que encontraran nada en absoluto.

Si el día había transcurrido lentamente hasta entonces, a partir de ese momento dio la impresión de avanzar a paso de tortuga. Hicieron cola en una de las cocinas para coger unos platos con lonchas de jamón, nabos y guisantes. Era como si el sol se hubiese quedado colgado sobre las copas de los árboles durante horas. Casi todos los habitantes de Salidar se acostaban al anochecer, pero unas pocas luces aparecieron en algunas ventanas, especialmente en los edificios más grandes. La Antecámara ofrecía

un banquete a Tarna esa noche. Fragmentos de música de arpa llegaban de vez en cuando desde la antigua posada; al parecer las Aes Sedai habían encontrado a un arpista entre los soldados y habían hecho que se afeitara y que se metiera en una especie de librea estrecha para él. La gente que pasaba ante la posada echaba rápidos vistazos al interior antes de continuar a buen paso, o hacía caso omiso de manera tan patente que prácticamente temblaba por el esfuerzo. De nuevo, Gareth Bryne era la excepción. Tomó su cena sentado en una caja en mitad de la calle; cualquier miembro de la Antecámara que mirara por la ventana tendría que verlo. Lenta, muy lentamente, el sol se metió tras los árboles y la oscuridad cayó repentinamente, sin apenas ocaso y con las calles vacías. La melodía del arpa comenzó de nuevo. Gareth Bryne siguió sentado en la caja, al borde de un rectángulo luminoso procedente del banquete de la Antecámara. Nynaeve sacudió la cabeza, sin saber si considerar al hombre digno de admiración o un completo necio. Un poco de ambas cosas, sospechaba.

Sólo cuando se encontró en la cama, con el jaspeado anillo *ter'angreal* ensartado junto al pesado sello de oro de Lan en el cordón que llevaba al cuello y la vela ya apagada, fue cuando se acordó de las instrucciones de Theodrin. En fin, ya era demasiado tarde para eso. De todos modos, Theodrin no sabría nunca si había dormido o no. ¿Dónde estaría Lan?

El ritmo de la respiración de Elayne se tornó más acompasado y lento; Nynaeve se acurrucó en la pequeña almohada mientras suspiraba y…

Se encontró a los pies de su cama vacía, mirando a una vaporosa Elayne a la extraña luz de la noche del *Tel'aran'rhiod*. Allí no podía verlas nadie. Puede que Sheriam o alguna otra del círculo rondara por el Mundo de los Sueños, o quizá Siuan o Leane. Cierto, ellas dos tenían derecho a visitar el *Tel'aran'rhiod*; pero, considerando su propósito de esa noche, ni la una ni la otra deseaba que nadie les hiciese preguntas. Por lo visto Elayne lo veía como una cacería; consciente o no de ello, se había soñado con un atuendo semejante al de Birgitte, con la chaqueta verde y los pantalones blancos. Parpadeó al reparar en el arco plateado que sostenía en la mano, y éste desapareció de inmediato junto con la aljaba.

Nynaeve comprobó su propia vestimenta y suspiró. Llevaba un vestido de seda azul propio para un baile, bordado con flores doradas alrededor del pronunciado escote y en hileras paralelas a lo largo de la amplia falda. Notaba los escarpines de terciopelo para bailar que calzaban sus pies. Lo que se llevaba puesto en el *Tel'aran'rhiod* no importaba realmente, pero ¿qué se le habría pasado por la cabeza para elegir algo así?

—Eres consciente de que quizás esto no funcione —dijo al tiempo que cambiaba su vestimenta a otra sencilla de la buena lana de Dos Ríos y unos fuertes zapatos. Elayne no tenía derecho a sonreír de ese modo. Un arco de plata, nada menos. ¡Ja!—.

Se supone que por lo menos deberíamos tener alguna idea de qué estamos buscando.

—Tendremos que arreglárnoslas, Nynaeve. Según tú, las Sabias dicen que la necesidad es la clave; cuanto más apremiante la necesidad, mejor, e indiscutiblemente necesitamos hallar algo o la ayuda que le prometimos a Rand va a desvanecerse salvo por lo que Elaida tenga a bien conceder. No permitiré que ocurra eso, Nynaeve. No lo permitiré.

—Baja la barbilla, Elayne. Tampoco yo pienso permitirlo si hay algo que podamos hacer para evitarlo. Podríamos ponernos a ello. —Enlazó sus manos con las de la muchacha y cerró los ojos. Necesidad. Confiaba en que alguna parte de sí misma tuviese al menos cierta idea de qué era lo que necesitaban. Tal vez no ocurriría nada. Necesidad. De repente todo pareció desplazarse a su alrededor, y notó que el *Tel'aran'rhiod* se ladeaba y se deslizaba.

Abrió los ojos de inmediato. Cada paso dado usando la necesidad se daba a ciegas; y, aunque cada uno de ellos llevaba más cerca de lo que se buscaba, cualquiera de ellos podía conducir a un nido de víboras o hasta un león que podía arrancarle a uno la pierna de un mordisco.

No había ningún león, pero aun así se encontraban en un lugar inquietante. Era mediodía, pero eso no importaba, pues allí el tiempo fluía de manera diferente. Elayne y ella estaban agarradas de las manos en una calle adoquinada, rodeadas de edificios de ladrillo y piedra. Cornisas y frisos ornamentados decoraban las casas y los comercios por igual. Las tejas de las cúpulas formaban dibujos, y puentes de piedra y madera salvaban en arco la calle, a veces a tres o cuatro pisos de altura. Montones de basura, ropas viejas y muebles rotos se apilaban en las esquinas de las calles, y las ratas, muy abundantes, corrían de un sitio a otro, a veces deteniéndose para lanzarles chillidos desafiantes sin ningún temor. La gente que se soñaba a sí misma en el límite del *Tel'aran'rhiod* aparecía y desaparecía fugazmente. Un hombre cayó gritando desde uno de los puentes y desapareció antes de estrellarse contra los adoquines de la calle. Una mujer que chillaba aterrada y que llevaba las ropas desgarradas corrió hacia ellas una docena de pasos antes de desvanecerse repentinamente. Gritos y chillidos truncados levantaban ecos por las calles, y a veces se oían risas groseras con un atisbo de locura.

—Esto no me gusta —dijo Elayne con preocupación.

En la distancia, una esbelta torre blanca se alzaba sobre la ciudad superando con mucho a las demás, muchas de las cuales estaban unidas por pasarelas que, en comparación, hacían parecer bajas las que había cerca de donde estaban las dos mujeres. Se encontraban en Tar Valon, en la zona en la que Nynaeve había atisbado fugazmente a Leane la última vez que habían estado allí. La antigua Guardiana no se había mostrado muy comunicativa respecto a lo que había estado haciendo, salvo el comentario, acompañado por una sonrisa, de haberse ocupado de aumentar el temor

reverencial y la leyenda que inspiraban las misteriosas Aes Sedai.

—No importa —manifestó tercamente Nynaeve—. Nadie en Tar Valon está enterado de lo del Mundo de los Sueños, así que no nos toparemos con ninguna persona. —El estómago se le revolvió cuando un hombre con el rostro ensangrentado apareció de repente, tambaleándose en su dirección. No tenía manos, sino que los brazos acababan en muñones por los que salía sangre a chorros.

—No me refería a eso —musitó Elayne.

—Sigamos con lo nuestro. —Nynaeve cerró los ojos. Necesidad.

Cambio.

Estaban en la Torre, en uno de los curvados pasillos adornados con tapices. Una novicia regordeta apareció de pronto a menos de tres pasos y sus ojos se abrieron de par en par al verlas.

—Por favor —sollozó—. ¡Por favor!

Y desapareció. Inopinadamente, Elayne dio un respingo.

—¡Egwene!

Nynaeve giró sobre sus talones, pero el pasillo estaba vacío.

—La he visto —insistió Elayne—. Sé que la vi.

—Imagino que también puede tocar el *Tel'aran'rhiod* en un sueño corriente, como todo el mundo —dijo Nynaeve—. Prosigamos con lo que hemos venido a hacer. —Empezaba a sentirse muy intranquila. Volvieron a enlazar las manos. Necesidad.

Cambio.

No era un almacén corriente. Los estantes llenaban las paredes y formaban dos cortas hileras en el suelo, siguiendo con precisión la línea de cajas de diversos tamaños y formas, algunas de madera corriente y otras talladas o lacadas, con objetos envueltos en paños, estatuillas y figuritas, y objetos de formas muy peculiares que parecían de metal o de cristal, de piedra o de porcelana vidriada. A Nynaeve no le hizo falta más para saber que tenían que ser objetos del Poder Único, probablemente *ter'angreal* en su mayor parte y puede que también algunos *angreal* y *sa'angreal*. Una colección tan dispar, almacenada con tanto esmero y en la Torre no podía ser otra cosa.

—No creo que tenga sentido seguir más adelante —opinó Elayne con desaliento—. No se me ocurre cómo podríamos sacar nada de aquí.

Nynaeve asestó un tirón a su trenza. Si realmente había algo en ese lugar que pudieran utilizar —tenía que haberlo, a no ser que las Sabias hubiesen mentido— entonces también debía haber un modo de llegar a ello en el mundo de vigilia. Los *angreal* y objetos por el estilo no se guardaban bajo estrecha vigilancia; cuando ellas vivían en la Torre, solían estar protegidos por un candado y una novicia de servicio. La puerta estaba hecha de gruesos tablones y cerrada con un cerrojo de hierro negro. Sin duda estaba echado, pero lo imaginó abierto y empujó.

La puerta se abrió a un cuarto de guardia. Unos estrechos catres, colocados unos encima de otros, llenaban una de las paredes, mientras que un astillero con alabardas ocupaba otra. Detrás de una pesada y destartalada mesa, rodeada de banquetas, había otra puerta reforzada con bandas de hierro y un pequeño hueco enrejado.

Al volverse hacia Elayne reparó de repente en que la puerta estaba cerrada de nuevo.

—Si no podemos conseguir lo que necesitamos aquí, tal vez lo hagamos en otro sitio. Quiero decir que quizás haya alguna otra cosa que nos sirva. Al menos ahora tenemos una pista. Me parece que todos esos objetos son *ter'angreal* que nadie ha descubierto todavía cómo utilizar. Tiene que ser la única razón para que estén vigilados, así. Podría ser peligroso incluso encauzar cerca de ellos. —Elayne la miró con mala cara.

—Pero, si lo intentamos otra vez, ¿no nos traerá al mismo sitio? —argumentó—. A menos que… A menos que las Sabias te dijeran cómo pasar por alto un sitio en la búsqueda.

No lo habían hecho, ya que no parecían muy dispuestas a contarle nada de nada; sin embargo, en un lugar donde se abrían cerrojos pensando simplemente que lo estaban, cualquier cosa era posible.

—Esto es exactamente lo que haremos. Fijaremos en la mente la idea de que lo que queremos no está en Tar Valon. —Nynaeve miró con el ceño fruncido los estantes y añadió—: Y apuesto a que es un *ter'angreal* que nadie sabe cómo utilizarlo. —Aunque no se le ocurría cómo podría ayudar algo así a Rand con la Antecámara.

—Necesitamos un *ter'angreal* que no se encuentra en Tar Valon —repitió Elayne, como queriendo convencerse a sí misma—. Muy bien, vamos a ello.

Alargó las manos y al cabo de un instante Nynaeve se las cogió. La antigua Zahorí no entendía por qué había acabado siendo ella la que había insistido en continuar. Al fin y al cabo, quería marcharse de Salidar, no encontrar una razón para quedarse. No obstante, si ello significaba asegurar que las Aes Sedai de Salidar respaldarían a Rand…

Necesidad. Un *ter'angreal*. No en Tar Valon. Necesidad.

Cambio.

Estuvieran donde estuviesen, la ciudad bajo la mortecina luz del alba no era Tar Valon. A menos de veinte pasos de distancia, la ancha calle pavimentada daba paso a un blanco puente de piedra con estatuas a ambos lados y cuyo arco se extendía sobre un canal encauzado entre piedras. A cincuenta pasos de distancia había otro. Por doquier se divisaban esbeltas torres circundadas por balcones, semejantes a lanzas seccionadas en tramos por ornamentaciones. Todos los edificios eran blancos, y las puertas y ventanas estaban rematadas por arcos puntiagudos, en ocasiones dobles o

triples. En los edificios más grandes, amplias balconadas de hierro forjado pintado en blanco, con intrincadas rejas forjadas a guisa de pantallas que impedían ver a quien hubiese dentro, se asomaban a las calles y canales, y las níveas cúpulas, ribeteadas con colores escarlatas o dorados, se elevaban hasta acabar en puntas tan agudas como las torres.

Necesidad. *Cambio.*

Podría haberse tratado de otra ciudad distinta. La calle era angosta y con el pavimento irregular, flanqueada por edificios de cinco o seis pisos de altura, con el enjalbegado exterior agrietado y desconchado en muchos sitios, de manera que se veían los ladrillos de debajo. Aquí no había balcones y las moscas zumbaban en el aire; resultaba difícil saber si todavía estaba amaneciendo a causa de las sombras que envolvían la parte inferior de la calle.

Intercambiaron una mirada. No parecía muy probable que encontraran un *ter'angreal* en tal lugar, pero habían llegado demasiado lejos para detenerse ahora. Necesidad.

Cambio.

Nynaeve estornudó antes de haber abierto los ojos, y volvió a estornudar una vez que los abrió. Cada movimiento de sus pies levantaba nubes de polvo. Este almacén no se parecía en nada al de la Torre. Arcones, cajas y barriles abarrotaban el pequeño cuarto, apilados de cualquier forma unos sobre otros, dejando apenas un espacio para andar entre medias, y todo cubierto por una espesa capa de polvo. Nynaeve estornudó tan fuerte que creyó que se saldría de los zapatos… Y el polvo desapareció por completo, hasta la última mota. Elayne exhibía una sonrisilla satisfecha. Nynaeve no dijo nada, limitándose a fijar en su mente la imagen del almacén sin polvo. Tendría que haber pensado en ello.

Echó un vistazo al revoltijo de objetos y suspiró. El cuarto no era más grande que aquel en el que sus cuerpos dormían en ese momento, en Salidar, pero buscar entre todo aquel embrollo…

—Tardaríamos semanas.

—Podríamos intentarlo otra vez. Puede que así al menos supiéramos entre qué cosas buscar. —La voz de Elayne ponía de manifiesto que albergaba tantas dudas como la propia Nynaeve.

Aun así, la sugerencia era tan buena como cualquier otra, de modo que Nynaeve cerró los ojos y de nuevo se produjo el desplazamiento.

Cuando volvió a mirar, estaba de pie al final del pasillo, al otro extremo de la puerta, de cara a un arcón cuadrado de madera que le llegaba más arriba de la cintura. Los herrajes de hierro parecían estar completamente oxidados, y el propio arcón tenía el aspecto de haber pasado los últimos veinte años recibiendo martillazos. Nynaeve era incapaz de imaginar un recipiente más inadecuado para guardar algo útil, y menos

un *ter'angreal*, pero Elayne estaba de pie a su lado, contemplando el mismo arcón.

La antigua Zahorí puso una mano sobre la tapa —pensando que los goznes se abrirían fácilmente— y tiró de ella hacia arriba. No sonó el menor chirrido. Dentro, dos espadas llenas de herrumbre y un peto tan oxidado que tenía un agujero yacían sobre una maraña de paquetes envueltos en trapos y lo que parecía ser un apretado montón de ropa vieja de alguien y un par de hornillos. Elayne rozó una pequeña tetera con el pitorro roto.

—Semanas no, pero sí el resto de la noche.

—¿Lo intentamos de nuevo? —sugirió Nynaeve—. No tenemos nada que perder.

Elayne se encogió de hombros. Cerraron los ojos. Necesidad.

Nynaeve alargó la mano y sus dedos se posaron en algo duro y redondo, cubierto con un trapo que se deshacía al tocarlo. Cuando abrió los ojos, la mano de Elayne estaba justo pegada a la de ella. La sonrisa de la joven le llegaba de oreja a oreja.

Sacarlo no resultó tan fácil. No era pequeño, y tuvieron que retirar chaquetas harapientas, ollas abolladas y paquetes cuya envoltura se deshizo dejando a la vista figurillas, tallas de animales y toda clase de trastos inútiles. Una vez que lo hubieron sacado, tuvieron que sostenerlo entre las dos; tenía una forma redonda y aplastada y estaba envuelto en trapos podridos. Tras quitarlos, resultó ser un cuenco somero de grueso cristal, de más de medio metro de diámetro y tallado por dentro del vidrio con lo que parecían nubes arremolinadas.

—Nynaeve —dijo lentamente Elayne—. Creo que esto es…

La otra mujer dio un respingo y estuvo a punto de soltar el lado que sostenía cuando de repente se tornó de un pálido color azul acuoso y las nubes talladas empezaron a desplazarse lentamente. Un instante después, el cristal volvía a ser transparente y las nubes permanecieron inmóviles. Sólo que Nynaeve estaba segura de que eran distintas de las de antes.

—Lo es —exclamó Elayne—. Es un *ter'angreal*. Y apostaría cualquier cosa a que tiene que ver con el tiempo. Sin embargo no estoy lo bastante fuerte para hacer que funcione.

Nynaeve tragó saliva e intentó apaciguar los desbocados latidos que sentía en su corazón.

—¡No lo hagas! ¿Es que no te das cuenta de que podrías neutralizarte manipulando un *ter'angreal* sin saber cuál es su función específica?

La muy necia tuvo la sangre fría de lanzarle una mirada sorprendida.

—Para eso es para lo que hemos venido, Nynaeve. ¿Es que crees que haya alguien que sepa más que yo sobre los *ter'angreal*?

Nynaeve resopló. Sólo porque tuviera razón no significaba que no pudiera hacerle una pequeña advertencia.

—No digo que no sea maravilloso si con este objeto se puede hacer algo respecto

al tiempo, porque lo es, pero no veo cómo puede tratarse de lo que necesitamos. Esto no cambiará la decisión de la Antecámara respecto a Rand.

—«Lo que necesitas no es siempre lo que quieres» —citó la joven—. Lini solía decir eso cuando no me dejaba ir a cabalgar o trepar a los árboles, pero quizá sirva también con esto.

Nynaeve volvió a resoplar. Puede que fuera así, pero ahora mismo ella quería encontrar lo que quería. ¿Acaso era mucho pedir?

El cuenco se desvaneció en sus manos y ahora le llegó el turno a Elayne de dar un respingo mientras rezongaba que nunca se acostumbraría a que ocurriera eso. También el arcón se había cerrado.

—Nynaeve, cuando encaucé en el cuenco, sentí… No es el único *ter'angreal* en este cuarto. Creo que también hay *angreal* y puede que incluso *sa'angreal*.

—¿Aquí? —inquirió Nynaeve con incredulidad al tiempo que miraba en derredor el abarrotado cuartucho. Sin embargo, si había uno ¿por qué no podía haber dos, o diez o incluso un centenar?—. ¡Luz, no vuelvas a encauzar! ¿Y si haces que alguno funcione por accidente? Podrías neutralizar…

—Sé lo que hago, Nynaeve. De verdad. El siguiente paso es descubrir dónde está esta habitación.

Aquello no resultó tarea fácil. Los goznes eran una sólida masa de herrumbre, pero, encontrándose en el *Tel'aran'rhiod*, la puerta no fue un impedimento. Los problemas empezaron después. El oscuro y estrecho corredor de fuera tenía sólo un ventanuco a un extremo, y por él sólo se veía una encalada pared desconchada al otro lado de la calle. Bajar los estrechos peldaños de la escalera de piedra no sirvió de nada. La calle era una copia de aquella en que habían aparecido la primera vez que habían visto ese barrio de la ciudad, fuera la que fuese, con todos los edificios tan iguales que apenas se diferenciaban. Las pequeñas tiendas que había a lo largo de la calle no tenían letreros, y la única indicación de las posadas eran las puertas pintadas de azul. El rojo parecía señalar las tabernas.

Nynaeve echó a andar buscando alguna edificación que le sirviera de referencia, algo que precisara con exactitud dónde se encontraban. Algo que indicara qué ciudad era. Cada calle que recorrió parecía igual que la anterior, pero no tardó en encontrar un sencillo puente de piedra, distinto de los otros que habían visto y sin estatuas. Desde el centro de su arco sólo alcanzó a ver el canal, que se unía a otros en ambas direcciones, y más puentes y más edificios enjalbegados. De repente se dio cuenta de que estaba sola.

—¿Elayne? ¡Elayne!

La joven rubia apareció en una esquina, cerca del arranque del puente.

—Ah, estás ahí —dijo Elayne—. Este sitio hace que la madriguera de un conejo parezca bien planeada. Volví la cabeza un momento y desapareciste. ¿Has encontrado

algo?

—Nada. —Nynaeve bajó la vista de nuevo hacia el canal antes de reunirse con la muchacha—. Nada que nos sirva de ayuda.

—Al menos sabemos con certeza dónde nos hallamos. En Ebou Dar. Tiene que ser esa ciudad. —La chaqueta corta y los amplios pantalones que llevaba se transformaron en un vestido de seda verde con grandes chorreras colgándole sobre las manos y un cuello alto complejamente bordado, aunque el escote era lo bastante bajo para mostrar un buen trozo del canal entre los senos—. No se me ocurre otra ciudad con tantos canales excepto Illian, y esto ciertamente no es Illian.

—Confío en que no —musitó Nynaeve. No se le había pasado por la cabeza en ningún momento que su búsqueda a ciegas pudiera llevarlas a la guarida de Sammael. Su propio vestido había cambiado, advirtió, en un traje azul profundo muy adecuado para viajar, completo con un guardapolvo de lino. Hizo desaparecer esta última prenda, pero dejó lo demás.

—Te gustaría Ebou Dar, Nynaeve. Las Zahoríes ebudarianas saben más que nadie sobre hierbas. Pueden curarlo todo. No les queda más remedio, porque los ebudarianos se baten en duelos por un simple estornudo, tanto nobles como plebeyos, hombres o mujeres. —Elayne soltó una risita—. Thom dice que solía haber leopardos aquí, pero que emigraron porque Ebou Dar les parecía un sitio demasiado puntilloso para ser de su agrado.

—Eso está muy bien —repuso la otra mujer—; pero, por lo que a mí respecta, pueden atravesarse de parte a parte unos a otros tantas veces como quieran. Elayne, teniendo en cuenta lo que hemos conseguido hasta ahora, podríamos haber dejado los anillos y limitarnos a dormir. Soy incapaz de regresar a ese cuarto desde aquí aunque fueran a darme el chal cuando llegase allí. Si hubiese algún modo de hacer un mapa…

Hizo una mueca. Eso era tanto como pedir que a uno le crecieran alas en el mundo de vigilia; si fuera posible sacar un mapa del *Tel'aran'rhiod* podrían llevarse el cuenco de cristal, simplemente.

—Entonces tendremos que venir a Ebou Dar y buscar —manifestó Elayne con tono decidido—. En el mundo real. Al menos sabemos en qué zona de la ciudad registrar.

Nynaeve se llenó de alegría. Ebou Dar se encontraba a unos pocos cientos de kilómetros Eldar abajo desde Salidar.

—Eso me parece una idea excelente. Y nos llevará lejos del pueblo antes de que todo se nos venga encima.

—Oh, vamos, Nynaeve. ¿De verdad sigue siendo eso lo más importante para ti?

—No me negarás que es algo importante. ¿Se te ocurre alguna otra cosa que podamos hacer aquí? —Elayne sacudió la cabeza—. Entonces, podríamos regresar.

Me gustaría disfrutar de un poco de verdadero sueño esta noche.

No había forma de calcular el tiempo que transcurría en el mundo de vigilia mientras se estaba en el *Tel'aran'rhiod*; a veces una hora allí también era una hora aquí, y otras veces un día o más. Con suerte, parecía que no funcionaba del mismo modo a la inversa o, al menos, no con tanta diferencia, porque de otro modo uno habría podido morirse de hambre mientras dormía.

Nynaeve salió del sueño…

Y abrió los ojos de golpe, viendo la almohada que estaba tan empapada de sudor como ella misma. Ni el más leve soplo de aire entraba por la ventana abierta. El silencio había caído sobre Salidar, y el sonido más fuerte que se oía eran los tenues gritos de las garzas nocturnas. Se sentó en la cama, desató el cordón que llevaba al cuello y sacó el retorcido anillo de piedra, deteniéndose un instante para acariciar el grueso sello de oro de Lan. Elayne rebulló y enseguida se sentó y bostezó; luego encendió un resto de vela encauzando.

—¿Crees que servirá de algo? —preguntó en voz queda Nynaeve.

—No lo sé. —Elayne contuvo otro bostezo llevándose la mano a la boca.

¿Cómo se las arreglaba para seguir estando bonita bostezando, con el cabello revuelto y una raya roja marcada en la mejilla por un doblez de la almohada? Ése sí que era un secreto que las Aes Sedai deberían investigar.

—Lo único que sé con certeza —continuó la joven— es que ese cuenco de cristal podría hacer algo para cambiar el tiempo. Y sé que un alijo de *ter'angreal* y *angreal* debe ponerse a cargo de las manos adecuadas. Tenemos el deber de entregárselo a la Antecámara. Al menos, a Sheriam. Y sé que, si tal cosa no influye en que respalden a Rand, seguiré buscando hasta encontrar algo que sí lo haga. Y también sé que quiero dormir. ¿No podríamos hablar de esto por la mañana?

Sin esperar a que respondiera, apagó la vela, volvió a hacerse un ovillo en la cama y, tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada, empezó a respirar acompasada y lentamente.

Nynaeve volvió a tumbarse, con la mirada prendida en el techo a través de la oscuridad. Al menos se pondrían en camino hacia Ebou Dar muy pronto. Tal vez mañana mismo. Un día o dos, como mucho, para prepararse para el viaje y detener a un barco fluvial que fuera de paso. Por lo menos…

De repente se acordó de Theodrin. Si necesitaban un par de días para prepararlo todo, Theodrin querría tener dos sesiones, tan seguro como que un pato tenía plumas. Y esperaba que ella no durmiera esa noche. Era imposible que supiera si lo había hecho o no, pero…

Suspirando hondo, se levantó de la cama. No había mucho espacio para caminar por el cuarto, pero se arregló con lo que tenía y se fue enfureciendo más y más a cada momento que pasaba. Lo único que quería era marcharse. Había dicho que no se le

daba bien lo de rendirse, pero tal vez sí que estaba cogiendo bastante experiencia en eso de escapar. Sería maravilloso encauzar cada vez que quisiera. Ni siquiera advirtió que las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

14



Sueños y pesadillas

Al ver a Nynaeve y a Elayne, Egwene no salió del sueño, sino que saltó fuera. No de vuelta a su cuerpo dormido en Cairhien —la noche era joven aún— sino a una vasta negrura llena de puntitos de luz parpadeantes, muchos más que las estrellas en un cielo despejado, cada uno de ellos brillante y nítido hasta donde alcanzaba la vista; si hubiese tenido ojos aquí, se entiende. Incorpórea, flotó en la infinidad existente entre el *Tel'aran'rhiod* y el mundo de vigilia, la estrecha franja entre el sueño y la realidad.

Si hubiese tenido corazón, le habría estado latiendo como un tambor enloquecido. No creía que la hubiesen visto, pero ¿qué demonios estaban haciendo allí, en una parte de la Torre que no guardaba nada de interés? En esas excursiones nocturnas evitaba con empeño el estudio de la Amyrlin, los aposentos de las novicias e incluso los de las Aceptadas. Si Nynaeve o Elayne o ambas no estaban siempre en uno de esos sitios, entonces lo estaban otras personas. Podría haberse acercado a sus amigas, naturalmente, porque sabían guardar secretos, pero algo le decía que no lo hiciese; había soñado que lo hacía, y siempre parecía una pesadilla. No de aquellas en que uno se despertaba empapado en sudor frío, sino de esas otras que hacían retorcerse de ansiedad. Esas otras mujeres… ¿Sabían las Aes Sedai de Salidar que gentes extrañas merodeaban por la Torre en el Mundo de los Sueños? Al menos, extrañas para ella. Si lo ignoraban, ella no podía advertirles. No del único modo que estaba a su alcance. ¡Era todo tan frustrante!

El inmenso y oscuro océano tachonado de luces giraba a su alrededor, parecía moverse mientras ella permanecía quieta. Sintiéndose como pez en el agua en ese océano, nadaba en él con segura confianza, sin necesitar pensarlo realmente, igual que los peces. Aquellas titilantes lucecitas eran sueños, todos los sueños de todas las gentes del mundo. De todos los mundos, en realidad; lugares que no eran exactamente el mundo que conocía, mundos que no se parecían en nada al suyo. Verin Sedai había sido la primera en hablarle de ellos; las Sabias confirmaron que era así, y ella misma, echando miradas a hurtadillas, había vislumbrado cosas que no acababa de creer, ni siquiera en un sueño. No pesadillas —éstas parecían estar

envueltas siempre en color rojo o azul o un gris oscuro semejante a unas densas sombras—, pero sí rebosantes de cosas imposibles. Mejor esquivarlas; era obvio que ella no pertenecía a esos mundos. Asomarse a un sueño así era como si de repente se encontrara rodeada de espejos rotos que giraran y sin saber distinguir arriba de abajo. Le entraban ganas de vomitar y, si allí no tenía estómago, sí lo tendría al volver a su cuerpo. Vomitar no era el mejor modo de despertarse.

Había aprendido varias cosas estando sola como en ese momento, además de lo que las Sabias le habían enseñado, e incluso se aventuraba allí donde ellas le habrían cerrado el paso de saberlo. Y a pesar de todo… Estaba plenamente convencida de que habría aprendido mucho más si hubiese tenido una caminante de sueños vigilándola; diciéndole que esto era demasiado peligroso todavía y, en consecuencia, rotundamente prohibido, cierto, pero al tiempo sugiriéndole lo que debía intentar hacer. Dejadas atrás las cosas sencillas hacía mucho tiempo, descifrándolas fácilmente —bueno, fácil no era en realidad; eso nunca— había llegado a un punto en el que era capaz de razonar por sí misma el siguiente paso a dar, pero había algunos pasos que las Sabias caminantes de sueños habían dado largo tiempo atrás. Lo que le costaba un mes dominar por sus propios medios, ellas podían enseñárselo en una noche, en una hora. Cuando decidían que estaba preparada. Nunca antes. Así de irritante, cuando todo lo que quería era aprender. Aprenderlo todo. Ya.

Cada una de las luces parecía idéntica a las demás, pero había aprendido a distinguir un puñado. Exactamente cómo, lo ignoraba, cosa que la irritaba sobremanera. Ni siquiera las caminantes de sueños sabían eso. Aun así, una vez que identificaba qué sueño pertenecía a quién, era capaz de volver a encontrar los sueños de esa persona con la puntualidad de una flecha volando a la diana, sin importar que estuvieran al otro lado del mundo. Esa luz era Berelain, la Principal de Mayene, la mujer que Rand había puesto al mando en Cairhien. Mirar en los sueños de Berelain causaba incomodidad a Egwene. Por lo general, no eran distintos de los de otras mujeres —cualquier mujer interesada como ella en el poder, la política y la última moda en vestidos— pero a veces Berelain soñaba con hombres, incluso algunos que Egwene conocía, de un modo que hacía enrojecer a la joven cuando los recordaba.

Y aquel brillo ligeramente mortecino era Rand, sus sueños protegidos con una salvaguarda tejida con *Saidin*. Casi se detuvo en él —le picaba que algo que no podía ver ni sentir pudiera impedirle el paso como un muro de piedra—, pero en cambio lo dejó pasar. Otra noche de esfuerzos fútiles no le resultaba atractiva.

Ese lugar distorsionaba el espacio del mismo modo que el *Tel'aran'rhiod* hacía con el tiempo. Rand estaba durmiendo en Caemlyn, a menos que se hubiese trasladado a Tear, cosa que a Egwene le encantaría saber cómo hacía; pero, a poca distancia de su sueño, la joven localizó otra luz que reconoció: Bair, en Cairhien, a cientos de leguas de Rand. Dondequiera que éste se encontrara, sabía con certeza que

no estaba en Cairhien esta noche. ¿Cómo demonios lo haría?

El manto de luces se desplazó rápido como un rayo cuando Egwene se alejó velozmente del sueño de la Sabia. Si hubiese visto también los de Amys y Melaine, tal vez no habría huido, pero si las otras dos Sabias no estaban dormidas y soñando podían encontrarse caminando en sueños. Cabía la posibilidad de que una de ellas estuviera en el mismo sitio que ella, e incluso dispuesta para echársele encima y sacarla a rastras del sueño o llevarla al propio sueño de la Sabia. Dudaba ser capaz de impedírselo; todavía no. Se encontraría a merced de la otra mujer, convertida en parte de su sueño. Aferrarse a uno mismo dentro del sueño de otro era muy difícil aun cuando el soñador fuera una persona corriente que ignorara por completo lo que estaba pasando, aunque no más difícil que salir antes de que dejara de soñar con uno. Con una caminante de sueños, tan consciente de los suyos propios como del mundo de vigilia, era imposible. Y ésa era la parte menos peliaguda de todas.

Se le ocurrió que estaba haciendo el tonto. Huir era inútil. Si Amys o Melaine la hubiesen encontrado, a estas alturas ya habría estado en otra parte. Pensándolo bien, incluso podía estar corriendo hacia ellas. El veloz movimiento de las luces no aminoró la velocidad. Se detuvo de súbito, simplemente. Así era como funcionaban las cosas allí.

Irritada, pensó qué hacer a continuación. Aparte de descubrir lo que estuviera a su alcance en el *Tel'aran'rhiod*, su principal propósito al venir allí era recoger alguna información de lo que acontecía en el mundo. En ocasiones era como si las Sabias no accedieran a decirle siquiera que el sol había salido si no lograba verlo por sí misma. Argumentaban que no tenía que alterarse. ¿Cómo no iba a alterarse si no dejaba de darle vueltas a la cabeza todo lo que no sabía? Por eso había estado acudiendo a la Torre Blanca, para descubrir alguna pista de las intenciones de Elaida. Y de Alviarin. Y pistas eran lo único que había sido capaz de encontrar, además de ser pocas. Detestaba no saber las cosas; la ignorancia era como quedarse repentinamente ciega y sorda.

En fin, la Torre en su totalidad quedaba borrada de su lista ahora; no le quedaba más remedio puesto que ya no estaba segura de en qué partes de ella podía moverse sin peligro. El resto de Tar Valon ya había quedado descartado, después de la cuarta vez que estuvo a punto de toparse con una mujer de tez cobriza, a quien en esta última ocasión vio asintiendo con satisfacción mientras examinaba —nada menos— que un establo que parecía recién pintado de azul. Fuera quien fuera, no se había soñado en el *Tel'aran'rhiod* de manera accidental durante un momento, y daba la impresión de ser de niebla. Estaba, obviamente, utilizando un *ter'angreal*, lo que significaba casi con toda seguridad que era una Aes Sedai. Egwene sólo conocía un *ter'angreal* que permitiera acceder al Mundo de los Sueños sin necesidad de encauzar, y Nynaeve y Elayne lo tenían en su poder. Aquella esbelta mujer no llevaba

mucho tiempo siendo Aes Sedai, sin embargo. Era muy hermosa —y llevaba un vestido escandalosamente fino— y aparentaba la misma edad que Nynaeve, no tenía un rostro intemporal.

Egwene se había planteado seguirla —podría pertenecer al Ajah Negro, después de todo, ya que habían robado *ter'angreal* de sueños—; pero, sopesando el riesgo de ser descubierta e incluso capturada con el hecho de no poder revelar nada de lo que descubriese, al menos hasta que volviera a hablar con Nynaeve y Elayne, y a no ser que se enterara de algo que pusiera todo en peligro… Al fin y a la postre, el Ajah Negro era asunto de las Aes Sedai; aunque no hubiese otras razones para guardar el secreto, de eso no podía hablar con cualquiera. En resumen, que no le quedaba otra elección.

Absorta, contempló las luces más próximas en la inmensa oscuridad. No reconoció ninguna de ellas. Permanecían absolutamente inmóviles a su alrededor, cual relucientes estrellas congeladas en un negro y transparente hielo.

Últimamente había mucha gente desconocida en el Mundo de los Sueños para sentirse tranquila allí. Dos, pero eso significaba dos más de la cuenta. La mujer de tez cobriza y otra, una mujer bonita, con aire resuelto y enérgico, ojos azules y rasgos firmes. La mujer decidida, como Egwene pensaba en ella, debía de ser capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod* por sus propios medios —su apariencia era sólida, no como un jirón de niebla— y, fuera quien fuese y estuviera allí por la razón que estuviera, rondaba por la Torre más a menudo que Nynaeve, Elayne, Sheriam y todas las demás juntas. Parecía estar en todas partes. Además de encontrarla en la Torre, casi había sorprendido a Egwene en su última visita a Tear —por supuesto, no a una reunión nocturna—; la mujer estuvo merodeando por el Corazón de la Ciudadela mascullando entre dientes con irritación. Y también se encontraba en Caemlyn en las dos últimas visitas de Egwene.

Las posibilidades de que la mujer decidida perteneciera al Ajah Negro eran tantas como con la otra; si bien, claro está, también podía proceder de Salidar. O ambas podían venir de allí, aunque Egwene nunca las había visto juntas o con nadie de esa localidad. Pensándolo bien, cualquiera de las dos podía ser de la propia Torre. Allí existían suficientes disensiones para que un bando espiara al otro, y antes o después las Aes Sedai de la Torre sabrían lo del *Tel'aran'rhiod*, si es que no estaban enteradas ya. Las dos desconocidas sólo planteaban preguntas sin respuestas, de modo que la única solución que se le ocurrió a Egwene fue evitarlas.

Ni que decir tiene que últimamente procuraba evitar a cualquiera en el Mundo de los Sueños. Había tomado por costumbre echar ojeadas por encima del hombro porque en todo momento tenía la sensación de que alguien se le acercaba a hurtadillas por detrás, además de ver cosas. Creía haber vislumbrado fugazmente a Rand, a Perrin, incluso a Lan, por el rabillo del ojo. Todo imaginación, por supuesto, o quizás

era el resultado de que rozara sus sueños, pero, sumándolo a todo lo demás, lo cierto es que estaba tan nerviosa como un gato en una perrera.

Frunció el entrecejo o, mejor dicho, lo habría fruncido si hubiera tenido rostro. Una de las luces le parecía… No exactamente familiar, porque no la conocía, pero era como si… la atrajera. Dirigiese la vista donde la dirigiese, siempre volvía al mismo punto reluciente.

A lo mejor podría intentar de nuevo encontrar Salidar. Eso significaba esperar a que Nynaeve y Elayne salieran del *Tel'aran'rhiod* —conocía los sueños de ambas de vista, por supuesto; «de vista» en sus sueños, puntualizó con una risita silenciosa— y hasta ahora una docena de intentos de localizar Salidar de ese modo habían tenido tan pocos resultados con tratar de atravesar la salvaguarda de los sueños de Rand. La distancia y la ubicación allí no guardaban ninguna similitud con el mundo de vigilia; Amys decía que en ese lugar no había distancia ni ubicación. Por otro lado, era una idea tan buena como…

Advirtió con un sobresalto que el punto luminoso que no dejaba de atraer su mirada había empezado a deslizarse hacia ella, y fue creciendo hasta que lo que antes era una distante estrella se convirtió rápidamente en una luna llena. En su interior alentó una chispa de miedo. Rozar un sueño, asomarse a él, era sencillo, como tocar con un dedo la superficie del agua, un roce tan leve que el líquido se alzaba hacia la yema del dedo, pero sin romper la superficie; empero, se suponía que eso tenía que ocurrir a su voluntad. La caminante de sueños buscaba el sueño, no a la inversa. Sólo que esa luz se movía, expandiéndose hasta llenar su campo visual con su brillantez.

Frenéticamente, trató de alejarse. Luz blanca. Sólo luz blanca, absorbiéndola…

Parpadeó, estupefacta. A su alrededor se extendía un bosque de grandes columnas blancas. La mayoría aparecían borrosas, imprecisas, sobre todo las que estaban lejos, pero algo muy preciso y real era Gawyn, que corría hacia ella por el suelo de baldosas blancas, vestido con una sencilla chaqueta verde, y en su rostro una expresión mezcla de ansiedad y alivio. Mejor dicho, era casi el rostro de Gawyn. Quizás éste no fuera tan guapo como su hermanastro Galad, pero sí era un hombre apuesto, mientras que aquella cara parecía… vulgar. Intentó moverse y no pudo ni poco ni mucho. Tenía la espalda contra una de las columnas y unas cadenas le ceñían las muñecas, por encima de la cabeza.

Debía de ser el sueño de Gawyn. Con la infinidad de puntos luminosos que existían, había tenido que pararse cerca del suyo. Y, de algún modo, se había visto arrastrada hacia él. Cómo, era una pregunta para más adelante. Ahora quería saber por qué soñaba que la retenía cautiva. Fijó firmemente la verdad en su mente: aquello era un sueño, el sueño de otra persona; ella era quien era, no lo que quiera que él deseaba que fuese; no aceptaba la realidad de nada allí; nada de allí podía alcanzar su verdadera esencia. Aquellas verdades se repitieron como un cántico en su mente. Con

ello resultaba difícil pensar en algo más, pero mientras las mantuviera firmes podía correr el riesgo de quedarse. Al menos, lo suficiente para descubrir qué ideas peregrinas tenía ese hombre rondándole por la cabeza. ¡Retenerla cautiva! ¡Qué ocurrencia!

De repente, una gigantesca llamarada brotó de las baldosas, expulsando un acre humo amarillento. Rand salió de aquel infierno, vestido con ropas rojas bordadas en oro, como un rey, frente a Gawyn, y el humo y las llamas desaparecieron. Sólo que apenas parecía Rand. El verdadero Rand era de la misma talla y corpulencia que Gawyn, pero esta imagen le sacaba una cabeza a Gawyn. El semblante sólo recordaba vagamente el de Rand, pues éste era más duro y tosco: el frío rostro de un asesino. El hombre exhibía una mueca burlona, despectiva.

—No la tendrás —gruñó.

—No la retendrás —replicó sosegadamente Gawyn, y de repente los dos hombres empuñaban espadas.

Egwene se quedó boquiabierta. No era Gawyn quien la tenía prisionera. ¡Lo que soñaba era que la estaba rescatando! ¡Y de Rand! Era hora de salir de esta locura. Se concentró en estar fuera, de vuelta en la oscuridad, contemplando la escena desde el exterior. No ocurrió nada.

Las espadas chocaron con un fuerte golpe metálico, y los dos hombres iniciaron una danza mortal. Mortal si no se tratara de un sueño, mejor dicho. Qué absurdo. Soñar con un duelo con espadas, nada menos. Y no era una pesadilla; todo parecía normal, aunque borroso, no impregnado de color. «Los sueños de un hombre son un laberinto que ni siquiera él mismo conoce», le había dicho Bair en una ocasión.

Egwene cerró los ojos para concentrarse mentalmente en una sola cosa: el exterior. Estaba fuera, contemplándolo. No había lugar en su mente para nada más. Fuera, observando. Fuera, observando. ¡Fuera!

Volvió a abrir los ojos. El combate estaba llegando a su punto culminante. La espada de Gawyn se hundió en el pecho de Rand, y éste se tambaleó; el arma salió de un tirón, trazó un arco brillante, y la cabeza de Rand rodó sobre las baldosas hasta llegar casi a los pies de Egwene, con los ojos clavados en ella. Un grito salió de su garganta antes de que la muchacha pudiera contenerlo. Un sueño. Sólo era un sueño. Pero aquellos ojos muertos, mirándola fijamente, parecían muy reales.

Entonces Gawyn estuvo ante ella, con la espada envainada de nuevo. La cabeza y el cuerpo de Rand habían desaparecido. Gawyn alzó las manos hacia los grilletes, y también éstos desaparecieron.

—Sabía que vendrías —musitó ella, y entonces dio un respingo. ¡Ella no era un sueño! No podía ceder ni un instante o de lo contrario quedaría atrapada y bien atrapada.

Sonriente, Gawyn la levantó en sus brazos.

—Me alegra que lo supieras —repuso—. Habría venido antes de haber podido. Jamás debí dejarte en peligro tanto tiempo. ¿Podrás perdonarme?

—Puedo perdonarte todo. —Ahora había dos Egwenes, una acurrucándose placenteramente en los brazos de Gawyn mientras éste la llevaba por el pasillo de un palacio adornado con hermosos tapices y enormes espejos de marcos dorados, y la otra insinuándose en un rincón de la mente de la primera.

Esto se estaba poniendo feo. Concentrarse con todas sus fuerzas en estar fuera no la sacaba de allí, seguía viendo a través de los ojos de su otro yo. Ahogó apresuradamente toda la curiosidad respecto a lo que Gawyn soñaba sobre ella. Ese tipo de interés era peligroso. ¡No admitía nada de esto! Sin embargo, no se produjo ningún cambio.

El corredor parecía muy real allí donde miraba, aunque lo que atisbaba por el rabillo del ojo parecía borroso. Su propia imagen, reflejada en un espejo, atrajo su atención; se habría girado para mirarla con más atención cuando quedó atrás, pero sólo era una pasajera en la cabeza de la mujer de los sueños de Gawyn. La persona reflejada durante ese instante era ella —no existía realmente diferencia apreciable en ninguno de sus rasgos— pero de algún modo el conjunto era… De una gran belleza, era el único modo de describirlo. Se quedó estupefacta. ¿Así era como Gawyn la veía?

¡No! ¡Nada de curiosidad! ¡Fuera!

Entre un paso y el siguiente, el corredor se convirtió en la ladera de una colina alfombrada de flores silvestres, de modo que la suave brisa estaba cargada de un intenso perfume. La verdadera Egwene dio un respingo. ¿Había hecho ella eso? La barrera entre ella y la otra se tornó más fina. Frenética, Egwene se concentró. No era real; rehusaba aceptarlo como tal; ella era ella, no otra. Fuera. Quería estar fuera, contemplándolo.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura de sus labios. Concentrarse así resultaba muy difícil. No dominaba el cuerpo en el que se movía ahora, pero sí percibía todas las sensaciones, y los dedos de él parecieron soltar pequeñas descargas en la piel.

—Mi corazón te pertenece —musitó el joven—, y mi alma y todo lo que soy. —Ahora llevaba una chaqueta escarlata con complejos bordados de hojas doradas y leones plateados. Gesticulaba de manera grandilocuente, ya fuera tocándose la cabeza o el corazón—. Cuando pienso en ti, ya no hay sitio para ningún otro pensamiento. Tu perfume inunda mi cerebro y enciende mi sangre. Mi corazón late con tanta fuerza que no oiría nada aunque el mundo se partiera en dos. Eres mi sol y mi luna y mis estrellas, mi cielo y mi tierra, más preciada para mí que la vida o el aliento o… —

Enmudeció de repente e hizo una mueca—. Pareces un necio hablando así —se reconvino.

Egwene se habría mostrado en desacuerdo si hubiese tenido algún control sobre sus cuerdas vocales. Era muy bonito oír esas cosas, aunque fueran un poco exageradas. Sólo un poco.

Cuando Gawyn hizo la mueca ella sintió como si estuviese soltándose del sueño, pero…

Cambio.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura de sus labios. No dominaba el cuerpo en el que se movía ahora, pero sí percibía todas las sensaciones, y los dedos de él parecieron soltar pequeñas descargas en la piel.

¡No! ¡No podía permitirse aceptar ninguna parte de su sueño!

El rostro de Gawyn reflejaba un gran dolor, y su chaqueta era de un apagado color gris. Tenía las manos apoyadas en las rodillas, apretados los puños.

—No tengo derecho a hablarte como quisiera hacerlo —dijo, envarado—. Mi hermano te ama. Sé que Galad está muerto de angustia y miedo por ti. Es un Capa Blanca, al menos en gran parte, porque cree que las Aes Sedai han abusado de ti. Sé que él… —Apretó los párpados con fuerza—. ¡Oh, Luz, ayúdame! —gimió.

Cambio.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura de sus labios.

¡No! ¡Estaba perdiendo el poco control que aún le quedaba! ¡Tenía que salir de allí! «¿De qué tienes miedo?» No estaba segura de si era una idea suya o de la otra Egwene. Ahora la barrera entre ellas era fina como una gasa. «Es Gawyn. Gawyn.»

—Te amo —dijo él, vacilante. De nuevo con la chaqueta verde, todavía menos apuesto de lo que realmente era, jugueteó con uno de los botones antes de dejar que su mano bajara hasta ella. La miró como si tuviera miedo de lo que podría ver en su cara, oculto, pero no demasiado—. Jamás le he dicho eso a otra mujer, jamás he deseado decirlo. No tienes idea de lo duro que es decírtelo a ti. Y no porque no lo desee —se apresuró a añadir al tiempo que alargaba la mano hacia ella—; pero decirlo, sin un gesto de ánimo por tu parte, es como arrojar mi espada y dejar desnudo el pecho ante un arma enemiga. No es que crea que tú me… ¡Luz! No me explico como es debido. ¿Hay alguna posibilidad de que tú…? ¿Que, con el tiempo, llegues a…? ¿Que puedas sentir… afecto hacia mí? ¿Algo más que amistad?

—Mi dulce y queridísimo tonto. —Ella rió suavemente—. Te amo.

«Te amo», repitió esa parte de ella que era ella realmente. Sintió que la barrera

desaparecía, tuvo un momento para darse cuenta de que no le importaba y entonces volvió a haber una única Egwene, una Egwene que enlazó los brazos, llena de felicidad, en torno al cuello de Gawyn.

Sentada en la banqueta bajo la tenue luz de la luna, Nynaeve sofocó un bostezo llevándose los nudillos a la boca y parpadeó; sentía los ojos como si los tuviera llenos de arena. Esto iba a funcionar; oh, sí. ¡Iba a quedarse dormida mientras saludaba a Theodrin, si no antes! Su cabeza se inclinó sobre el pecho, y Nynaeve se incorporó con brusquedad. La banqueta empezaba a parecer de piedra —el trasero se le había quedado insensible— pero al parecer esa incomodidad ya no era suficiente. Tal vez salir a dar un paseo funcionara. Extendió los brazos y tanteó en la penumbra para acercarse a la puerta.

De pronto, un grito lejano rompió la quietud de la noche y, al mismo tiempo, la banqueta la golpeó con fuerza en la espalda y la derribó contra la puerta. Lanzó un chillido de sobresalto y, estupefacta, miró fijamente la banqueta, ahora tendida de costado en el suelo; una de las patas parecía torcida.

—¿Qué ocurre? —gritó Elayne a la par que se levantaba de la cama bruscamente.

Por todo Salidar se oían chillidos y gritos, algunos dentro de la misma casa en la que estaban ellas, y también sonaba un apagado retumbo y un repiqueteo metálico que parecía provenir de todas partes a la vez. La cama vacía de Nynaeve traqueteó y luego se desplazó por el suelo. Elayne le dio un empellón que por poco la saca fuera.

—Una burbuja maligna. —Nynaeve estaba sorprendida por la serena frialdad que mostraba. No tenía sentido ponerse a dar saltos y agitar los brazos, pero por dentro era así como se sentía—. Tenemos que despertar a los que aún estén dormidos. —No sabía cómo alguien podía estar durmiendo con todo ese estruendo, pero los que lo estuvieran podían morir antes de saber lo que pasaba.

Sin esperar respuesta, salió presurosa al pasillo y abrió la primera puerta que había a continuación de la suya. Tuvo que agacharse cuando una palangana pasó zumbando por el sitio que antes ocupaba su cabeza y luego fue a estrellarse contra la pared, a su espalda. Cuatro mujeres compartían este cuarto, en dos camas un poco más anchas que la suya. Ahora una de esas camas estaba patas arriba y dos mujeres intentaban salir gateando de debajo del mueble. En la otra, Emara y Ronelle, otras Aceptadas, se sacudían y emitían sonidos ahogados, envueltas prietamente en sus propias sábanas.

Nynaeve agarró y sacó a la primera mujer de debajo de la cama volcada; era una delgada criada llamada Mulinda y la empujó hacia la puerta.

—¡Corre! ¡Despierta a todo el mundo y ayuda a los que puedas! ¡Vete!

Mulinda salió tambaleándose, y Nynaeve sacó a su temblorosa compañera de lecho y la ayudó a ponerse de pie.

—Ayúdame, Satina. Échame una mano con Emara y Ronelle.

Aunque temblorosa, la regordeta mujer asintió y se puso a la tarea sin vacilar. No era sólo cuestión de desenvolver la sábana, por supuesto. La cosa parecía tener vida propia, como una enredadera que seguiría apretando hasta quebrar lo que envolvía. Entre Nynaeve y Satina sólo consiguieron separarla de las gargantas de las dos mujeres; entonces la jofaina saltó del lavabo y se estrelló contra el techo; Satina dio un brinco y soltó la sábana, que se desembarazó de las manos de Nynaeve para volver a ponerse como antes. Los forcejeos de las dos mujeres apresadas iban perdiendo fuerza; una hacía un ruido estrangulado, en tanto que la otra no hacía ninguno. Incluso con la escasa luz de la luna que entraba por la ventana se advertía que sus caras estaban hinchadas y amoratadas.

Aferrando de nuevo la sábana con las dos manos, Nynaeve se abrió al *Saidar* y no encontró nada. «¡Me estoy rindiendo a ti, maldita sea! ¡Me estoy rindiendo! ¡Necesito el Poder!» Nada. La cama vibraba contra sus rodillas, y Satina chilló.

—¡No te quedes ahí parada! —espetó a la mujer—. ¡Ayúdame!

De repente la sábana se le escapó violentamente de las manos otra vez, pero en lugar de enroscarse alrededor de Emara y de Ronelle tiró en sentido contrario con tanta fuerza que las dos mujeres chocaron entre sí mientras la tela se desenredaba. Al reparar en la presencia de Elayne en el pasillo, Nynaeve cerró la boca tan bruscamente que sus dientes sonaron. La sábana colgaba del techo. El Poder. Por supuesto.

—Todo el mundo está despierto —dijo Elayne mientras le tendía un vestido. Ella ya se había puesto el suyo—. Unos cuantos moretones y arañazos, un par de cortes profundos que serán curados en su momento, y creo que todo el mundo va a tener pesadillas durante unos cuantos días, pero eso es todo. Toma. —Los gritos y chillidos todavía sonaban en la noche. Satina volvió a dar un brinco cuando Elayne dejó caer la sábana, pero la tela se quedó tirada en el suelo. La cama volcada se movió, sin embargo, emitiendo crujidos. Elayne se inclinó sobre las mujeres que gemían en la otra cama—. Creo que están mareadas, principalmente. Satina, ayúdame a ponerlas de pie.

Nynaeve dirigió una mirada furibunda al vestido que tenía en las manos. Ya podían estar mareadas, girando así, como peonzas. Luz, qué inútil era. Salir corriendo como una estúpida para ponerse al mando. Sin el Poder, no servía para nada.

—Nynaeve, ¿puedes echarme una mano? —Elayne sostenía de pie a Emara, que se tambaleaba, en tanto que Satina conducía a Ronelle hacia la puerta sosteniéndola para que no se cayera—. Creo que Emara va a vomitar y más vale que lo haga fuera. Me parece que las bacinillas del cuarto se han roto.

El olor confirmaba su suposición. Los trozos de loza chirriaban contra el suelo, intentando deslizarse por debajo de la cama volcada. Nynaeve metió los brazos en las

mangas del vestido con gesto malhumorado. Ahora podía percibir la Fuente, un cálido fulgor al borde de su campo visual, pero hizo caso omiso de él de manera deliberada. Se las había arreglado sin el Poder durante varios años, así que ahora podía hacer lo mismo. Echó sobre sus hombros el otro brazo de Emara y ayudó a Elayne a conducir a la gemebunda mujer hacia la calle. Casi lo consiguieron.

Cuando salieron después de limpiarle a Emara la boca, todas las demás estaban ya apiñadas delante de la casa, vestidas o con lo que quiera que llevaban puesto mientras dormían. La luna llena, todavía en lo alto del despejado cielo, proporcionaba una buena luz. De las otras casas salía gente en medio de un guirigay de chillidos y gritos. Una tabla de la valla empezó a traquetear, y a continuación otra. De repente un cubo empezó a saltar calle abajo. Un carro cargado con leña se puso a rodar inesperadamente, y las lanzas abrieron surcos en la dura tierra. Comenzaba a salir humo de una casa que había más abajo, y se alzaron voces pidiendo agua a gritos.

La oscura forma de alguien tendido en la calle atrajo la atención de Nynaeve. Debía de ser uno de los vigilantes nocturnos, a juzgar por la titilante linterna que había cerca de una de sus manos. A la luz de la luna vislumbró los ojos muy abiertos en una fija mirada, la sangre que le cubría la cara, el tajo abierto en un lado de la cabeza, donde algo lo había golpeado como un hacha. Aun así, puso la mano en su garganta, buscando el latido del pulso. Sintió unas ganas locas de gritar de rabia. La gente debería morir tras una larga vida, en su cama, rodeada de familiares y amigos. Cualquier otra cosa era un despilfarro. ¡Un puro y condenado despilfarro!

—De modo que has encontrado el *Saidar* esta noche, Nynaeve. Bien.

La antigua Zahorí sufrió un sobresalto y alzó la vista hacia Anaiya. Entonces se dio cuenta de que estaba abrazando la Fuente; incluso así seguía siendo inútil. Se incorporó y sacudió débilmente el polvo de las rodillas, tratando de no mirar al hombre muerto. Si hubiese sido más rápida, ¿habría servido para que el resultado fuera otro?

El brillo del Poder envolvía a Anaiya, pero no era ella la única; el halo rodeaba también a otras dos Aes Sedai vestidas del todo, a una Aceptada en bata, y a tres novicias, dos de ellas en ropa interior. Una de éstas era Nicola. Nynaeve vio otros grupos brillantes, docenas y docenas de ellos, moviéndose por la calle. Algunos parecían formados por Aes Sedai únicamente, pero la mayoría no.

—Ábrete a la coligación —continuó Anaiya—. Y tú también, Elayne, y… ¿Qué les pasa a Emara y a Ronelle? —Al enterarse de que sólo estaban mareadas, masculló algo entre dientes, les dijo que buscaran un círculo y que se coligaran tan pronto como hubieran recobrado la estabilidad. Apresuradamente escogió a otras cuatro Aceptadas del grupo que rodeaba a Elayne—. Sammael, si es que es él y no alguno de los otros, va a descubrir que no estamos ni mucho menos indefensas. Daos prisa. Abrazad la Fuente, pero manteneos en ese punto. Estáis abiertas y sometidas.

—Esto no es obra de uno de los Renegados —empezó Nynaeve, pero la maternal Aes Sedai la hizo callar sin contemplaciones.

—No discutas, pequeña; limítate a abrirte. Estábamos esperando un ataque, aunque no exactamente como éste, e hicimos planes al respecto. Deprisa, pequeña, no podemos malgastar el tiempo en cháchararas.

Nynaeve apretó los dientes e intentó ponerse en ese punto al borde de abrazar el *Saidar*, en el momento de rendirse a él. No era fácil. Por dos veces notó el Poder fluyendo no sólo dentro de sí, sino en Anaiya a través de ella, y otras dos lo sintió retirarse bruscamente. La Aes Sedai apretó los labios y asestó una mirada intensa a Nynaeve, como si pensara que lo estaba haciendo a propósito. La tercera vez fue como si la agarraran por la nuca. El *Saidar* fluyó a través de la antigua Zahorí hacia Anaiya, y cuando Nynaeve intentó tirar hacia atrás de él —era ella misma, comprendió, no el propio fluir— su flujo estaba ya retenido, fundiéndose en otro más grande.

Una sensación de sobrecogimiento la embargó, y se encontró mirando los rostros de las otras, preguntándose si sentirían lo mismo. Ahora era parte de algo más que ella misma, algo superior. No sólo el Poder Único. Los sentimientos se agolparon en su mente, temor y esperanza y alivio y… Sí, sobrecogimiento por encima de todo lo demás, y una sensación de calma que llegaba de la Aes Sedai, y fue incapaz de discernir cuáles sensaciones eran las suyas propias. Debería haber sido escalofriante, pero lo cierto es que se sentía más unida a estas mujeres de lo que se habría sentido con una hermana, como si todas fueran un solo ser. Una larguirucha Gris llamada Ashmanaille le sonrió afectuosamente, al ser consciente, al parecer, de lo que estaba pensando.

Nynaeve contuvo la respiración al darse cuenta súbitamente de que ya no estaba furiosa. La rabia había desaparecido, disuelta por el asombro. Empero, ahora que el control había pasado a la hermana Azul, de algún modo el *Saidar* seguía fluyendo. Sus ojos se detuvieron en Nicola y no encontraron una sonrisa de hermana, sólo aquella escrutadora evaluación. Nynaeve intentó de forma reflexiva apartarse de la coligación, sin ningún resultado. Hasta que Anaiya rompiera el círculo ella formaba parte de éste, y no había vuelta de hoja.

Elayne se unió con mucha más facilidad, si bien antes guardó el brazalete plateado en el bolsillo del vestido. Un sudor frío perló el rostro de Nynaeve. ¿Qué habría ocurrido si Elayne hubiese entrado en el círculo coligada ya a Moghedien por el *a'dam*? No tenía ni idea, y eso hacía más terrible la pregunta. Nicola frunció el entrecejo, y su mirada fue de Nynaeve a Elayne; era imposible que la mujer pudiera discernir a quién pertenecía esta o aquella emoción cuando Nynaeve era incapaz de distinguir las suyas propias de las demás. Las últimas dos entraron en el círculo con igual facilidad: Shimoku, una bonita kandoreña de oscuros ojos que había ascendido

a Aceptada justo antes de la división de la Torre; y Calindin, una tarabonesa que llevaba el negro cabello tejido en multitud de trencillas y que llevaba sus buenos diez años siendo Aceptada. Una mujer que apenas era algo más que una novicia reciente y otra que tenía que esforzarse al máximo para asimilar cada pizca de conocimiento, pero ninguna de ellas tuvo dificultades para coligarse.

Inesperadamente, Nicola empezó a hablar como si estuviese medio dormida:

—La espada del león, la lanza dedicada, la que ve más allá. Tres en la barca, y el que está muerto pero vivo. La gran batalla terminada, pero el mundo no acaba con la batalla. La tierra dividida por el regreso, y los guardianes igualan a los servidores. El futuro se tambalea en el filo de una cuchilla.

—¿Qué has dicho, pequeña? —Anaiya la miraba de hito en hito.

Nicola parpadeó.

—¿He dicho algo, Aes Sedai? —preguntó débilmente—. Me siento… rara.

—Bueno, si vas a vomitar —dijo con tono de eficiencia Anaiya—, hazlo de una vez. Coligarse provoca náuseas en ocasiones la primera vez, pero no tenemos tiempo para ocuparnos de tu estómago ahora. —Como para dejarlo claro, se recogió los vuelos de la falda y echó a andar calle adelante—. Quedaos cerca, todas vosotras. Y avisad si veis algo de lo que haya que ocuparse.

En eso no habría problema. La gente iba y venía por las calles preguntando a voz en grito qué pasaba o simplemente chillando, y las cosas se movían. Las puertas se cerraban violentamente y las ventanas se abrían y cerraban de golpe sin que nadie las tocara. Dentro de las casas se oía el ruido de cosas rompiéndose: ollas, utensilios, piedras; cualquier cosa suelta podía saltar o salir disparada en cualquier momento. Una fornida cocinera, vestida con el camisón, atrapó un cubo que pasó volando a su lado y soltó una risa casi histérica, pero cuando un tipo delgado, de tez pálida, que iba en ropa interior, intentó apartar con un golpe un palo de leña el resultado fue el ruido del hueso de su brazo al romperse. Las cuerdas se retorcían en torno a piernas y brazos, e incluso la ropa de la gente empezó a reptar. Encontraron a un hombre velludo con su camisa enroscada alrededor de la cabeza, braceando de tal modo que mantenía apartados a los que intentaban quitarle le prenda antes de que lo asfixiara. Una mujer que había conseguido meterse un vestido pero que no lo había abrochado, se aferraba al borde del bálago del techo chillando a pleno pulmón en tanto que el vestido intentaba arrastrarla por la casa o quizá lanzarla al cielo.

Encargarse de estas cosas no presentó más problemas que encontrarlas. Los flujos de Poder tejidos por Anaiya a través de la coligación —así como los de otros círculos — no habrían tenido dificultad para detener la carga de unos toros, cuanto menos una tetera a la que de repente se le antojaba echar a volar. Y una vez que un objeto era detenido, ya fuera con el Poder o con una mano, rara vez volvía a moverse. Lo único es que eran muchos a la vez. Ni siquiera había tiempo de pararse para realizar la

Curación a no ser que una vida estuviera en peligro; contusiones, hemorragias y huesos rotos tendrían que esperar. Otra tabla de una valla fue derribada contra el suelo sin contemplaciones antes de que abriese la cabeza a alguien, y se detuvo el enloquecido rodar de un barril antes de que rompiera alguna pierna.

Una sensación de frustración fue creciendo dentro de Nynaeve. Tantas cosas que frenar; todas pequeñas, pero un hombre con el cráneo partido por el golpe de una sartén o una mujer estrangulada por su propio camisón estaban tan muertos como si los hubiese derribado el Poder. La frustración no era sólo de ella; le parecía que procedía de todas las mujeres del círculo, incluso de las Aes Sedai. Pero lo único que podía hacer era seguir adelante junto a las demás, observar cómo tejía Anaiya una combinación de sus flujos para combatir un millar de pequeños peligros. Nynaeve perdió el sentido del tiempo, sumergida en la certeza de ser un conducto, de ser una con las otras doce mujeres.

Finalmente Anaiya se detuvo y frunció el entrecejo. La disolución de la coligación cogió desprevenida a Nynaeve. Durante un instante se tambaleó, mirando en derredor con aire desconcertado. Gemidos y sollozos habían reemplazado los gritos y chillidos; en la calle alumbrada por la pálida luz de la luna reinaba la calma, nada se movía excepto las personas que intentaban ayudar a los heridos. Por la posición del satélite, había transcurrido menos de una hora, pero a Nynaeve le parecían diez. Le dolía la espalda donde la banqueta la había golpeado, sentía flojedad en las rodillas y los ojos irritados. Bostezó con tantas ganas que tuvo la sensación de que los oídos iban a estallarle.

—No ha sido en absoluto lo que habría esperado de un Renegado —masculló Anaiya entre dientes. También parecía cansada, pero se lanzó de inmediato hacia la siguiente tarea, y agarró a Nicola por el hombro—. Apenas te sostienes en pie. Vete a la cama. Vamos, vamos, pequeña. Mañana, lo primero que quiero hacer es hablar contigo, antes de desayunar. Angla, tú quédate; todavía puedes coligarte otra vez y prestar un poco de fuerza para la Curación. Lanida, a la cama.

—No fue el Renegado —dijo Nynaeve o, más bien, murmuró. Luz, qué cansada estaba—. Era una burbuja maligna.

Las tres Aes Sedai la miraron fijamente. En realidad, también la miraron las otras Aceptadas, salvo Elayne, y las novicias. Incluso Nicola, que todavía no se había marchado. Por una vez, a Nynaeve le dio igual lo mucho o lo poco que la mujer la calibrara con la mirada; estaba demasiado adormilada para que le importara lo más mínimo.

—Vimos una en Tear —explicó Elayne—. En la Ciudadela. —En realidad sólo habían visto las secuelas, pero era todo lo más que ambas habrían querido tener contacto con una de ellas—. Si Sammael nos hubiese atacado no habría lanzado palos por el aire.

Ashmanaille intercambió una mirada indescifrable con Bharatine, una Verde que se las ingeniaba para hacer que una extrema delgadez pareciera grácil esbeltez y que una nariz larga pareciera elegante. Anaiya ni siquiera pestañeó.

—Pareces estar pletórica de fuerzas todavía, Elayne. Puedes ayudar también con la Curación. Y tú, Nynaeve… Lo has vuelto a perder, ¿verdad? En fin, tienes aspecto de necesitar que te lleven a la cama enseguida, pero tendrás que arreglártelas para hacerlo sola. Shimoku, levántate y ve a acostarte, pequeña. Calindin, tú ven conmigo.

—Anaiya Sedai —llamó, con cautela, Nynaeve—. Elayne y yo hemos descubierto algo esta noche. Si pudiésemos hablar con vos a so…

—Mañana, pequeña —la interrumpió la Azul—. Vamos, a la cama, antes de que te desplomes.

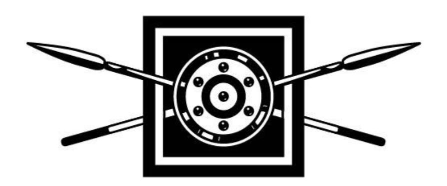
Anaiya no esperó siquiera a comprobar si la obedecía. Seguida por Calindin, tras ella, se dirigió hacia un hombre que gemía en el suelo, con la cabeza recostada en el regazo de una mujer, y se inclinó sobre él. Ashmanaille tiró de Elayne hacia otro lado, y Bharatine condujo a Angla en otra dirección. Antes de perderse entre la multitud, Elayne miró hacia atrás a Nynaeve y sacudió la cabeza levemente.

En fin, tal vez no era el mejor momento ni el lugar de sacar a relucir lo del cuenco y Ebou Dar. Había habido algo extraño en la reacción de Anaiya, como si la hubiese decepcionado saber que aquello en realidad no había sido un ataque de algún Renegado. ¿Por qué? Estaba demasiado cansada para pensar con claridad. Anaiya habría controlado los flujos, pero el *Saidar* había pasado a través de Nynaeve durante más de una hora, lo suficiente para agotar incluso a cualquiera que hubiese disfrutado de un buen sueño esa noche.

Tambaleándose, Nynaeve vio a Theodrin entre la gente. La domani caminaba cojeando junto con un par de novicias, deteniéndose allí donde alguien parecía sufrir una herida que su capacidad de Curación pudiera sanar. Ella no vio a Nynaeve.

«Me iré a la cama —pensó, resentida, la antigua Zahorí—. Anaiya Sedai me lo ordenó.» ¿Por qué le había parecido decepcionada la Azul? Una idea se insinuaba en su mente, pero estaba demasiado agotada para cogerla. Arrastraba los pies al caminar de tal manera que tropezó varias veces en el suelo libre de obstáculos. Se iría a dormir, y que Theodrin se lo tomara como quisiera.

15



Un montón de arena

Egwene abrió los ojos y miró al vacío. Durante un instante permaneció tendida en el catre, jugueteando ociosamente con el anillo de la Gran Serpiente ensartado en el cordón que llevaba al cuello. Lucirlo en la mano ocasionaba demasiadas miradas raras. Era más sencillo pasar por una estudiante de las Sabias si nadie la tomaba por una Aes Sedai. Cosa que no era, naturalmente, sino una Aceptada, aunque llevaba tanto tiempo fingiendo serlo que a veces casi olvidaba que no era una hermana de hecho.

Una leve claridad se coló por la solapa de la entrada, iluminando apenas el interior de la tienda. Se sentía como si hubiese pasado toda la noche en vela, y las sienes le dolían. Desde el día en que Lanfear había estado a punto de matarlas a Aviendha y a ella, el mismo en que la Renegada y Moraine se mataron la una a la otra, la cabeza le dolía cada vez que entraba en el *Tel'aran'rhiod*, aunque nunca con suficiente intensidad para considerarlo una verdadera molestia. En fin, Nynaeve le había enseñado algo sobre hierbas curativas, allá en casa, y se las había ingeniado para encontrar unas pocas de las indicadas allí, en Cairhien. La raíz de pasionaria la dejaría amodorrada, o puede que estando tan débil la hiciera dormir durante horas, pero al menos borraría todo vestigio de jaqueca.

Se levantó, estiró el arrugado y sudoroso camisón, y caminó sobre las alfombras hacia la palangana, un recipiente de cristal tallado que probablemente en otro tiempo había servido para el ponche de algún noble. En cualquier caso, resultó tan adecuado como una palangana para contener el agua que vertió de una jarra de vidrio azul, agua que apenas notó fresca cuando se mojó la cara con ella. Su mirada se encontró con sus propios ojos en el pequeño espejo de marco dorado, apoyado contra la lona de la tienda, y el rubor le tiñó las mejillas.

—Bueno, ¿qué pensabas que iba a pasar? —susurró. No lo habría creído posible, pero el reflejo de su rostro se tornó aun más colorado.

Sólo había sido un sueño, no como en el *Tel'aran'rhiod*, donde lo que ocurriese seguía siendo real al despertar. Pero lo recordaba todo, hasta el más pequeño detalle, como si hubiese sido verdad. Temió que sus mejillas echaran a arder. Sólo un sueño, y, además, uno de Gawyn. No tenía derecho a soñar con ella así.

—Todo fue cosa de él —dijo a su reflejo—. ¡No mía! ¡No tuve elección!

Cerró bruscamente la boca. Mira que intentar responsabilizar a un hombre por sus sueños. Y hablarle a un espejo como una imbécil.

Se paró ante la solapa de la entrada y echó una ojeada fuera. Su tienda se encontraba al borde del campamento Aiel. Las grises murallas de Cairhien se alzaban unos tres kilómetros al oeste de las peladas colinas, sin nada entre medias excepto el suelo carbonizado allí donde extramuros rodeaba anteriormente la ciudad. A juzgar por la escasa claridad, todavía debía de faltar un buen rato para que el sol saliera, pero los Aiel ya se movían afanosos entre las tiendas.

Esa mañana no madrugaría. Después de pasarse una noche entera fuera de su cuerpo… Sus mejillas se encendieron de nuevo; Luz, ¿es que iba a estar enrojeciendo toda la vida a costa de un sueño? Mucho se temía que sí. En fin, después de eso, podría dormir hasta la tarde. El olor de las gachas de avena no podía competir con la pesadez de sus párpados.

Débilmente regresó a las mantas y se derrumbó en ellas mientras se frotaba las sienes. Estaba demasiado cansada para preparar la raíz de pasionaria; claro que estando tan agotada, pensó, tampoco importaba mucho si no se tomaba la infusión. El sordo dolor siempre remitía al cabo de una hora más o menos, de modo que se le habría pasado cuando despertara.

Teniendo todo en cuenta, no fue de sorprender que Gawyn llenara sus sueños. A veces repetía uno de los de él, aunque no exactamente, por supuesto; en su versión, ciertos hechos embarazosos no ocurrían o, al menos, los pasaba por alto. Gawyn dedicaba mucho más tiempo a recitar poesías y a abrazarla mientras contemplaban amaneceres y puestas de sol. Y tampoco balbuceaba al decir que la amaba. Y estaba tan guapo como era realmente. Otros sueños eran suyos sólo. Tiernos besos que duraban eternamente. Él arrodillado mientras ella le cogía la cabeza entre las manos. Algunos no tenían sentido. En dos ocasiones consecutivas soñó que lo agarraba por los hombros e intentaba darle media vuelta para que la mirara en contra de su voluntad. Una de las veces él le retiraba las manos con brusquedad; en la otra, ella era de algún modo más fuerte que él. Ambos sueños se mezclaban borrosamente. En otro, Gawyn empezaba a cerrar una puerta que los separaba, y Egwene sabía que, si aquella estrecha franja de luz desaparecía, ella estaría muerta.

Los sueños se sucedían en su cabeza, no todos sobre él, y por lo general con tintes de pesadilla.

Perrin aparecía ante ella de pie, con un lobo tendido a sus pies y dos halcones, macho y hembra, posados en sus hombros y asestándose miradas desafiantes por encima de su cabeza. Aparentemente ajeno a ellos, el joven intentaba una y otra vez deshacerse de aquella extraña hacha suya hasta que, finalmente, echaba a correr con el hacha flotando en el aire, persiguiéndolo. Otra vez Perrin; le daba la espalda a un gitano y corría más y más deprisa aunque ella le gritaba que volviera. Mat

pronunciaba palabras raras que ella casi llegaba a entender —la Antigua Lengua, suponía— y dos cuervos se posaban en sus hombros e hincaban las garras más y más profundamente hasta traspasar chaqueta y músculos. Al igual que Perrin, no parecía advertir la presencia de las aves, aunque una expresión desafiante asomó a su rostro fugazmente, seguida de inmediato por otra de aceptación. Otro: una mujer cuyo rostro quedaba oculto en las sombras le hacía señas para atraerla hacia un gran peligro; Egwene no sabía qué peligro, pero sí que era algo monstruoso. Varios estuvieron relacionados con Rand, no todos malos, pero sí extraños. Elayne, obligándolo a ponerse de rodillas con una mano. Elayne y Min y Aviendha, sentadas en un círculo silencioso a su alrededor, las tres tendiendo una mano para tocarlo. Él caminando hacia una montaña ardiente, y algo crujiendo bajo sus botas. Egwene se estremeció y gimió; las cosas que crujían eran los sellos de la prisión del Oscuro que se hacían pedazos con cada paso que daba Rand. Lo sabía. No hacía falta que los viera para saberlo.

Alimentados por el terror, sus sueños se volvieron más terribles. Las dos mujeres desconocidas que había visto en el *Tel'aran'rhiod* la cogían y la arrastraban ante una mesa llena de mujeres encapuchadas, y cuando se retiraban las capuchas todas eran Liandrin, la hermana Negra que la había capturado en Tear. Una seanchan de rasgos duros le tendía un brazalete y un collar de plata unidos por una correa también de plata: un *a'dam*. Aquello la hizo gritar; los seanchan le habían puesto un *a'dam* en una ocasión. Moriría antes de permitir que aquello volviera a suceder. Rand saltaba por las calles de Cairhien, riendo mientras destrozaba edificios y gente con rayos y fuego, y otros hombres corrían con él, manejando el Poder como un arma; aquella espantosa amnistía suya se había anunciado en Cairhien, pero era inconcebible que ningún hombre escogiera voluntariamente encauzar. La Sabias la sorprendían en el *Tel'aran'rhiod* y la vendían como un animal en las tierras situadas más allá del Yermo de Aiel; eso era lo que se hacía con los cairhieninos que sorprendían en el Yermo. Permaneció fuera de sí misma, observando cómo su rostro se deshacía, su cráneo se partía y unas figuras entrevistas la pinchaban con palos. La pinchaban. La pinchaban…

Se incorporó bruscamente, jadeando, y Cowinde se sentó en los talones, junto a su cama, la cabeza inclinada bajo la capucha del blanco atuendo.

—Disculpa, Aes Sedai. Sólo quería despertarte para el desayuno.

—Para eso no era necesario que me hicieses un agujero en las costillas —rezongó Egwene, que lo lamentó al instante.

La irritación llameó en los ojos de Cowinde, de un azul profundo, pero enseguida quedó sofocada, oculta bajo la máscara *gai'shain* de dócil aceptación. Obligados bajo juramento a obedecer humildemente y no tocar un arma durante un año y un día, los *gai'shain* aceptaban todo, fuera lo que fuera, tanto una palabra grosera como un golpe

o incluso una cuchillada en el corazón. Aunque matar a un *gai'shain* era lo mismo entre los Aiel que matar a un niño: no había excusa, y el autor sería abatido por su propio hermano o hermana. Empero, era una máscara, de eso estaba segura Egwene. Los *gai'shain* la mantenían obstinadamente, pero seguían siendo Aiel, el pueblo menos humilde que Egwene podía imaginar. Incluso alguien como Cowinde, que había rehusado quitarse el ropaje blanco cuando el año y el día de su servicio concluyó. Su negativa era un acto de obstinado orgullo y desafío igual al de un hombre que rehúsa retirarse ante diez enemigos. A enredos así conducía el *ji'e'toh* a los Aiel.

Ésta era una de las razones por las que Egwene tenía mucho cuidado en cómo hablaba con los *gai'shain*, sobre todo con aquellos como Cowinde. No tenían posibilidad de defenderse a menos que violaran todo aquello en lo que creían. Por otro lado, Cowinde había sido una Doncella Lancera, y volvería a serlo si se la llegaba a convencer alguna vez para que se quitara el ropaje blanco. Dejando a un lado el Poder, seguramente sería capaz de hacer un nudo a Egwene al mismo tiempo que afilaba la punta de una lanza.

—No me apetece comer nada —respondió Elayne—. Vete y déjame dormir.

—¿Que no quieres comer? —preguntó Amys, cuyos collares y brazaletes de marfil, plata y oro tintinearon cuando se agachó para entrar en la tienda. Al igual que el resto de los Aiel, no llevaba anillos; pero, en cuanto a lo demás, lucía joyas suficientes para que tres mujeres se adornaran, y todavía sobraría alguna—. Creí que al menos habías recuperado el apetito.

Bair y Melaine entraron tras ella, ambas engalanadas con joyas. Las tres pertenecían a distintos clanes, pero, mientras que la mayoría de las Sabias que habían cruzado la Pared del Dragón estaban instaladas cerca de sus septiares, las tiendas de éstas se alzaban juntas, a corta distancia de la de Egwene. Se acomodaron en coloridos cojines adornados con borlones, al pie del jergón, mientras se ajustaban los chales que las mujeres Aiel parecían llevar siempre encima; al menos las que no eran *Far Dareis Mai*. Amys tenía el cabello tan blanco como Bair, pero en tanto que el maternal semblante de esta última estaba surcado de arrugas, el de Amys tenía una chocante apariencia juvenil, tal vez por el contraste entre el rostro y el pelo. La Sabia decía que lo había tenido casi igual de pálido desde que era niña.

Por lo general eran Bair o Amys quienes estaban al mando del grupo, pero ese día Melaine, de cabello dorado y ojos verdes, habló primero:

—Si dejas de comer no te pondrás bien. Hemos considerado la posibilidad de dejarte venir a la próxima reunión con las otras Aes Sedai. Todas las veces nos preguntan cuándo vendrás…

—Y actúan como unas necias mujeres de las tierras húmedas en cada ocasión —intervino Amys con timbre áspero. No era su carácter, pero las Aes Sedai de Salidar

parecían agriárselo. Quizá se debía sólo al hecho de reunirse con Aes Sedai. Por costumbre, las Sabias las evitaban, en especial las Sabias capaces de encauzar, como Amys y Melaine. Además, no les gustaba que las Aes Sedai hubiesen reemplazado a Nynaeve y a Elayne en los encuentros. Y tampoco le hacía gracia a Egwene. Sospechaba que las Sabias tenían la sensación de haber impresionado a las dos jóvenes con la seriedad del *Tel'aran'rhiod*; por el contrario, y a juzgar por los fragmentos que había oído sobre las reuniones actuales, las Aes Sedai no estaban impresionadas ni poco ni mucho. Muy pocas cosas impresionaban a las Aes Sedai.

—Pero podríamos planteárnoslo otra vez —prosiguió calmosamente Melaine. Había estado más quisquillosa que un arbusto espinoso antes de su reciente matrimonio, pero ahora casi nada rompía su compostura—. No debes regresar al sueño hasta que tu cuerpo haya recobrado toda su energía.

—Tienes mala cara —dijo Bair con preocupación, en esa voz atiplada tan acorde con su apariencia. En muchos aspectos, sin embargo, era la más dura de las tres—. ¿Has dormido mal?

—¿Cómo iba a dormir bien? —rezongó Amys—. Intenté mirar en sus sueños anoche tres veces y no encontré nada. Nadie puede dormir bien si no sueña.

En un instante a Egwene se le quedó seca la boca y su lengua pareció pegarse al paladar. Qué oportunas, tener que comprobarlo precisamente la noche en que no había vuelto a su cuerpo en varias horas.

Melaine frunció el ceño, pero no a Egwene, sino a Cowinde, que seguía arrodillada y con la cabeza gacha.

—Hay un montón de arena cerca de mi tienda —dijo en un tono muy cercano a su antigua aspereza—. Buscarás grano a grano hasta que des con uno rojo. Si no es el que busco, tendrás que empezar de nuevo. Ve. —Cowinde se limitó a hacer una reverencia hasta casi tocar la alfombra con la cara. Melaine miró a Egwene y sonrió agradablemente—. Pareces sorprendida. Si no hace lo que debe por propia iniciativa, tendré que convencerla para que lo haga. Puesto que se empeña en decir que sigue a mi servicio, todavía soy responsable de ella.

El largo cabello de Bair se meció cuando la Sabia sacudió la cabeza.

—No funcionará —dijo al tiempo que se ajustaba el chal a los huesudos hombros. Egwene estaba sudando a pesar de llevar sólo la camisola y de que el sol apenas estaba alto en el cielo, pero los Aiel estaban acostumbrados a un calor mucho más intenso—. He golpeado a Juric y a Beira hasta que se me ha cansado el brazo; pero, por mucho que les diga que se quiten la túnica blanca, vuelven a llevarla puesta antes del ocaso.

—Es una abominación —masculló Amys—. Desde que entramos en las tierras húmedas, más de una cuarta parte de los que han cumplido el plazo se han negado a regresar a sus septiares. Tergiversan el *ji'e'toh* más allá de su significado.

Eso era obra de Rand. Les había revelado a todos lo que sólo los jefes de clan y las Sabias sabían antes: que en tiempos los Aiel habían rehusado tocar cualquier arma o actuar con violencia. Ahora había quienes creían que todos deberían ser *gai'shain*, en tanto que otros se negaban a aceptar a Rand como el *Car'a'carn* por la misma razón, y cada día unos pocos seguían marchándose para reunirse con los Shaido en las montañas del norte. Algunos simplemente arrojaban sus armas y desaparecían y nadie sabía lo que era de ellos. Los Aiel lo llamaban estar afectados por el marasmo. Lo más raro de todo, desde el punto de vista de Egwene, era que ninguno culpaba de ello a Rand, excepto los Shaido. La Profecía de Rhuidean anunciaba que el *Car'a'carn* los llevaría de vuelta y los destruiría. De vuelta a qué o adónde nadie parecía estar seguro, pero que los destruiría de algún modo lo aceptaban con la misma calma que Cowinde había empezado una tarea que sabía irrealizable.

En ese momento a Egwene le habría importado un bledo si todos los Aiel de Cairhien se hubiesen puesto el ropaje blanco. Como las Sabias sospecharan lo que había estado haciendo… Rebuscaría de buena gana no ya en uno, sino en un centenar de montones de arena, pero dudaba mucho que tuviera tanta suerte. Su castigo sería mucho peor. Una vez Amys le había dicho que si dejaba de hacer exactamente lo que le mandaba —el Mundo de los Sueños era un lugar demasiado peligroso sin esa promesa— dejaría de instruirla. Sin duda las otras estarían de acuerdo con ella, y ése era el castigo que temía. Mejor un millar de montones de arena bajo el sol abrasador.

—Oh, vamos, no tiembles de ese modo —rió Bair—. Amys no está furiosa con todos los habitantes de las tierras húmedas, y menos contigo, que has venido a ser como una hija en nuestras tiendas. Es con tus hermanas Aes Sedai. La llamada Carlinya sugirió que tal vez te reteníamos contra tu voluntad.

—¿Que sugirió? —Las pálidas cejas de Amys se enarcaron de tal modo que casi llegaron al nacimiento del pelo—. ¡Esa mujer nos acusó directamente!

—Y aprendió a tener más cuidado con lo que dice —rió Bair, meciéndose en el cojín escarlata—. Apuesto a que sí. Cuando las dejamos, seguía chillando e intentando quitarse aquellas pufas escarlatas del vestido. Una pura escarlata —explicó la Sabia— se asemeja mucho a un coralillo si tu vista es tan poco aguda como la de las gentes de las tierras húmedas, pero no es venenosa. Aunque se retuerce cuando se cree acosada.

—Habrían desaparecido sólo con que hubiese pensado que no estaban —dijo Amys, resoplando con desdén—. Esa mujer no aprende nada. Las Aes Sedai a las que servíamos en la Era de Leyenda no habrían sido tan necias. —A pesar de sus palabras parecía apaciguada.

Melaine reía sin disimulo, y Egwene no pudo menos de soltar una risita queda. Algunas veces el sentido del humor Aiel escapaba a su comprensión, pero no en esta ocasión. Sólo había visto a Carlinya tres veces, pero la imagen de aquella estirada,

fría y arrogante mujer dando saltos e intentando quitarse serpientes del vestido… Tuvo que hacer un esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas.

—Al menos tu humor está eufórico —comentó Melaine—. ¿Se han repetido esos dolores de cabeza?

—Mi cabeza está estupendamente —mintió Egwene.

—Bien —asintió Bair—. Nos preocupó cuando no remitían. Siempre y cuando te refrenes de entrar en los sueños durante un poco más de tiempo, no te molestarán. No tengas miedo de que te queden secuelas; el cuerpo utiliza el dolor para avisarnos que debemos descansar.

Egwene estuvo a punto de echarse a reír otra vez, pero no con regocijo. Los Aiel pasaban por alto heridas abiertas y huesos rotos porque en ese momento no podían preocuparse de tales pequeñeces.

—¿Cuánto tiempo más tengo que mantenerme fuera? —preguntó. Detestaba mentirles, pero detestaba aun más no hacer nada. Los primeros diez días después de que Lanfear la hubo herido, con lo que quiera que lo hubiera hecho, fueron espantosos; luego había sido incapaz de pensar siquiera sin tener la impresión de que se le iba a romper la cabeza. Una vez que superó aquello, lo que su madre llamaba «la desazón de la inactividad» la había empujado al *Tel'aran'rhiod* a espaldas de las Sabias. No se aprendía nada descansando—. ¿Hasta el próximo encuentro, habéis dicho?

—Tal vez —contestó Melaine a la par que se encogía de hombros—. Ya veremos. Pero tienes que comer. Si se te ha quitado el apetito, es que algo que no sabemos va mal.

—Oh, pues claro que puedo comer. —Las gachas de avena que se cocinaban en el exterior olían bien—. Lo que pasa es que he estado perezosa, supongo. —Levantarse sin hacer una mueca de dolor resultó todo un esfuerzo; su cabeza no parecía muy conforme con que la moviera todavía—. Anoche se me ocurrieron algunas preguntas más.

Melaine puso los ojos en blanco, divertida.

—Desde que te hirieron, tus preguntas se han multiplicado por cinco.

Porque estaba intentando discernir cosas por sí misma, sin ayuda. Pero, naturalmente, eso no podía decirlo, de modo que sacó una camisola limpia de uno de los pequeños arcones alineados junto a la lona de la tienda y se quitó la sudada.

—Hacer preguntas es bueno —opinó Bair—. Adelante.

Egwene eligió las palabras con todo cuidado. Y siguió vistiéndose con aire despreocupado, poniéndose una blusa blanca de *algode* y una amplia falda de lana iguales a las que llevaban las Sabias:

—¿Es posible que lo arrastren a uno contra su voluntad hacia el sueño de otro?

—Pues claro que no —repuso Amys—, a menos que seas una manazas al rozarlo.

—Y a no ser —abundó Bair, como si eso fuera poco— que haya emociones intensas involucradas. Si intentas observar el sueño de alguien que te ama o te odia, te puede arrastrar hacia él. O si tú amas u odias a esa persona. Ésa es la razón de que no intentemos observar los sueños de Sevanna y ni siquiera hablar con las Sabias Shaido en sus sueños.

A Egwene no dejaba de sorprenderle que estas mujeres, así como las otras Sabias, siguieran viéndose y hablando con las Sabias Shaido. Se suponía que estas mujeres estaban por encima de batallas y conflictos entre clanes, pero a su modo de ver oponerse al *Car'a'carn*, jurar matarlo, situaba a las Shaido más allá de cualquier límite.

—Salir del sueño de alguien que te odia o te ama —continuó Bair— es como intentar trepar por un agujero profundo de paredes escarpadas.

—Exacto. —Amys pareció recobrar el buen humor de repente y lanzó una mirada de reojo a Melaine—. Por eso ninguna caminante de sueños jamás comete el error de intentar ver los sueños de su esposo. —Melaine mantenía la mirada prendida al frente, y su gesto se ensombreció—. Al menos, no comete el mismo error dos veces —añadió Amys.

Bair esbozó una sonrisa que marcó más sus arrugas y de manera ostentosa evitó mirar a Melaine.

—Puede ser muy conmocionante —dijo—. Sobre todo si está enfadado contigo, si, por poner un ejemplo, el *ji'e'toh* lo obliga a alejarse de ti, y tú, como una chiquilla tonta, fueras lo bastante necia para decirle que no se iría si te amara de verdad.

—Esto se está apartando mucho de la pregunta de la muchacha —adujo Melaine, muy estirada y colorada hasta la raíz del pelo.

Bair se echó a reír sin rebozo. Egwene, denotando un gran sentido común, contuvo la curiosidad y el regocijo.

—¿Y puede ocurrir aunque uno no intente meterse en su sueño? —inquirió, haciendo que su voz sonara con absoluta indiferencia.

Melaine le dedicó una mirada agradecida y la joven sintió un cierto remordimiento, aunque no lo bastante para que más adelante no quisiera enterarse de la historia completa. Si Melaine se había puesto tan colorada la cosa tenía que ser muy divertida.

—Me hablaron de ello cuando era joven y empezaba a aprender —contestó Bair —. Mora, la Sabia del dominio Colrada, me instruía, y dijo que si el sentimiento era muy intenso, un amor o un odio tan fuerte que no dejaba lugar para nada más, uno podía ser arrastrado simplemente siendo consciente del sueño de la otra persona.

—Nunca había oído tal cosa —adujo Melaine. Por su parte, Amys parecía dubitativa, simplemente.

—Ni yo, salvo la vez que me lo dijo Mora —respondió Bair—, pero era una

mujer excepcional. Me contaron que se acercaba a los trescientos años cuando murió a causa de una mordedura de cobra sanguina, y sin embargo parecía tan joven como cualquiera de vosotras. Yo sólo era una chiquilla, pero la recuerdo muy bien. Sabía muchas cosas y podía encauzar con gran fuerza. Venían Sabias de todos los clanes para aprender de ella. Creo que un amor tan grande, o un odio tan fuerte, no es corriente, pero ella me contó que esto le había ocurrido en dos ocasiones, una vez con el primer hombre que se casó, y otra con una rival en el interés de su tercer marido.

—¿Trescientos años? —exclamó Egwene, que se paró a medio atar una de las suaves botas. Seguramente ni siquiera las Aes Sedai tenían una vida tan longeva.

—He dicho que me lo contaron —repuso Bair, sonriendo—. Algunas mujeres envejecen más despacio que otras, como por ejemplo Amys; y, cuando se trata de una mujer como Mora, empiezan a correr historias. Algún día te contaré la referente a cómo movió Mora una montaña. Supuestamente, al menos.

—En otro momento, ¿vale? —opinó Melaine con un tono un poco demasiado amable. Saltaba a la vista que todavía la mortificaba lo que quiera que hubiese ocurrido en el sueño de Bael, así como el hecho de que las otras lo supieran—. Escuché todas las historias sobre Mora siendo niña; creo que las sé de memoria. Si Egwene acaba de vestirse de una vez, tenemos que asegurarnos de que coma algo. —Un brillo en sus verdes ojos reveló que se proponía ver cada bocado que tragara; obviamente no había desechado sus sospechas respecto a la salud de la muchacha—. Y responder a todas sus preguntas.

Egwene trató desesperadamente de pensar en otra. Por lo general tenía muchas que hacerles, pero los acontecimientos de la noche pasada le habían dejado vacía la mente de preguntas salvo ésa. Si lo dejaba así, podían empezar a preguntarse si no se le había ocurrido por haber estado espiando el sueño de alguien en contra de sus instrucciones. Tenía que hacer otra pregunta… que no estuviera relacionada con sus extraños sueños. Algunos de ellos seguramente tenían un significado, si es que era capaz de descubrirlo. Anaiya sostenía que Egwene era una Soñadora, capaz de predecir el curso de acontecimientos futuros, y estas tres mujeres pensaban que era posible, pero decían que sólo ella podía encontrar la certeza dentro de sí. Además, no estaba segura de querer discutir sus sueños con nadie. Estas mujeres sabían más de lo que sería de su agrado sobre lo que pasaba dentro de su mente.

—Eh… ¿Y las caminantes de sueños que no son Sabias? Quiero decir que si habéis visto otras mujeres en el *Tel'aran'rhiod*.

—A veces —contestó Amys—, pero no a menudo. Sin una guía para enseñarle, una mujer podría no darse cuenta de que tiene algo más que sueños muy vívidos.

—Y, por supuesto —abundó Bair—, al no saber nada, el sueño podría matarla antes de que se entere…

Habiendo conseguido desviar la conversación hacia otros temas más seguros,

Egwene se relajó. Había recibido una respuesta más clara de lo que esperaba. Ya sabía que amaba a Gawyn —«Así que lo sabías, ¿no?», susurró una vocecilla en su cabeza. «¿Y estabas dispuesta a admitirlo?»— y los sueños de él indicaban que su amor era correspondido. Aunque, naturalmente, si los hombres eran capaces de decir cosas que no sentían estando despiertos, muy probablemente podían hacer lo mismo soñando. Sin embargo, verlo confirmado por las Sabias, saber que la amaba con tanta intensidad como para superar cualquier cosa que ella…

No. Éste era un tema para meditarlo después. No tenía la menor idea de dónde se encontraba Gawyn. Lo importante ahora era que sabía el peligro. La próxima vez sería capaz de reconocer los sueños de Gawyn y evitarlos. «Si es que es eso lo que realmente quieres hacer», susurró la vocecilla en su cabeza. Confió en que las Sabias tomaran el rubor de sus mejillas como un tono saludable. Ojalá supiera qué significaban sus sueños. Si es que tenían algún significado.

Bostezando, Elayne se encaramó a una piedra para poder ver por encima de las cabezas del gentío. Ese día no había soldados en Salidar, pero las personas abarrotaban la calle y se asomaban a las ventanas. El rebullir inquieto de los pies y alguna que otra tos causada por el polvo eran los únicos sonidos. A pesar del tremendo calor matinal, la gente apenas se movía aparte de agitar un abanico o un sombrero para darse un poco de aire.

Leane estaba en el hueco que había entre dos casas de techo de bálago, del brazo de un hombre de rasgos duros que Elayne no había visto nunca. Muy, muy del brazo del hombre. Sin duda era uno de los espías de Leane. La mayoría de los informadores de las Aes Sedai eran mujeres, pero parecía que todos los de Leane eran hombres. Mayormente los mantenía fuera de la vista de los demás, pero Elayne la había visto una o dos veces dando palmaditas en una mejilla desconocida y mirando sonriente un par de ojos extraños. No tenía ni idea de cómo lo conseguía Leane. Elayne estaba segura de que, si utilizaba esos trucos de domani, el tipo pensaría que le había prometido mucho más de lo que tenía intención de dar, pero estos hombres aceptaban la palmadita y la sonrisa de Leane y se alejaban tan contentos como si le hubiesen regalado un arcón lleno de oro.

Entre la multitud, en otra dirección, Elayne localizó a Birgitte, que muy juiciosamente se mantenía lejos de ella aquella mañana. La noche había sido más que ajetreada, y Elayne no se había ido a la cama hasta que el cielo empezó a adquirir una tonalidad gris. En realidad, no se habría ido a acostar si Birgitte no le hubiese dicho que Ashmanaille pensaba que parecía agotada. No es que eso importara, claro es, pero el vínculo con un Guardián era a la recíproca. ¿Y qué, si estaba un poco cansada? Había trabajo de sobra y todavía podía encauzar más fuerte que la mitad de las Aes Sedai de Salidar. ¡Ese vínculo, no la arquera, le reveló que Birgitte no había

dormido todavía! ¡Mandándola a ella a la cama como una novicia mientras que Birgitte se pasaba toda la noche transportando heridos y despejando la calle de restos y escombros!

Miró de nuevo hacia donde se encontraba Leane y vio que estaba sola y se abría paso empujando entre la multitud para hallar un buen sitio. No había señales del hombre alto.

Nynaeve, bostezando y con los ojos embotados, se encaramó al lado de Elayne asestando una mirada iracunda al leñador vestido con chaleco de cuero que había intentado adelantarse para coger el sitio. Mascullando entre dientes, el tipo volvió a meterse entre la multitud a empellones. Elayne quería que su amiga no hiciera eso. Lo de bostezar, no lo de la mirada feroz. Sin poder remediarlo, su boca se abrió, imitando el gesto. Birgitte tenía cierta excusa, pero no Nynaeve. Theodrin no podía esperar que permaneciera despierta después de lo ocurrido la noche anterior, y Elayne había oído a Anaiya decirle que se fuera a la cama, pero allí estaba cuando Elayne llegó al cuarto, tambaleándose en la banqueta a pesar de la pata ahora torcida, dando cabezadas cada dos minutos y mascullando entre dientes algo de demostrárselo a Theodrin y a todo el mundo.

El brazalete del *a'dam* le transmitía miedo a Elayne, por supuesto, pero también algo que podría ser regocijo. Moghedien se había pasado la noche metida debajo de la cama, y al permanecer bien escondida no había levantado ni una astilla de los destrozos causados. Incluso había disfrutado de un buen descanso una vez que la primera conmoción pasó. Al parecer el viejo dicho sobre la suerte del Oscuro se cumplía a veces.

Nynaeve empezó a bostezar otra vez, y Elayne miró bruscamente a otra parte. Aun así, tuvo que llevarse el puño a la boca en un intento, con poco éxito, de no hacer lo mismo. El arrastrar de pies y las toses adquirieron un aire de impaciencia.

Las Asentadas seguían todavía en la Torre Chica con Tarna, pero el castrado ruano de la Roja ya estaba en la calle, a la puerta de la antigua posada, y una docena de Guardianes sostenían las riendas de sus caballos, con sus capas de colores cambiantes que hacían imprecisas sus formas; era una escolta de honor para los primeros kilómetros del viaje de vuelta de Tarna a Tar Valon. La multitud aguardaba para algo más que presenciar la partida de la emisaria de la Torre, aunque en su mayoría parecían tan agotados como se sentía Elayne.

—¿Crees que estaba… estaba…? —Nynaeve abrió la boca, tapada con la mano.

—Oh, rayos y centellas —rezongó Elayne, o más bien lo intentó, porque todo lo que venía después de «oh» sonó como un gruñido estrangulado detrás del puño metido en la boca. Lini decía que ese tipo de frases era señal de un cerebro embotado, justo como se estaba antes de lavarse los dientes, pero a veces no había otro comentario que expresara en unas pocas palabras cómo se sentía uno. Habría dicho

más, pero no tuvo ocasión.

—¿Por qué no le hacen también un desfile? —gruñó Nynaeve—. No entiendo a santo de qué se arma tanto jaleo por esta mujer.

Y volvió a bostezar. ¡Otra vez!

—Porque es una Aes Sedai, dormilona —dijo Siuan, que se unió a ellas—. Dos dormilonas —añadió tras echar una ojeada a Elayne—. Vais a acabar atrapando alevines si seguís abriendo la boca así.

Elayne cerró la suya de golpe y asestó a la mujer una de sus más frías miradas. Como siempre, a Siuan le resbaló como lluvia sobre unas tejas vidriadas.

—Tarna es Aes Sedai, pequeñas —continuó Siuan al tiempo que miraba hacia los caballos que esperaban. O quizá fuera el carro limpio que había sido traído delante del edificio lo que atrajo su atención—. Una Aes Sedai es una Aes Sedai, y nada cambia eso.

Nynaeve le asestó una mirada que la mujer no advirtió. Elayne se alegró de que su amiga contuviera la lengua, porque la réplica habría sido sin duda muy dura.

—¿Qué pérdidas tuvimos anoche?

—Siete muertos aquí en el pueblo. —Siuan contestó sin quitar los ojos del lugar por donde aparecería Tarna—. Casi un centenar en los campamentos de los soldados. Y todas esas espadas y hachas y cosas por el estilo moviéndose sin que hubiese nadie para que las detuviera encauzando. Hay algunas hermanas allí ahora, curando.

—¿Y lord Gareth? —preguntó Elayne con un leve timbre de ansiedad. El hombre actuaría con frialdad hacia ella ahora, pero hubo un tiempo en que siempre tenía una cálida sonrisa para una chiquilla y un bolsillo en el que siempre guardaba dulces. Siuan resopló con tanta fuerza que la gente de alrededor se volvió a mirar.

—Ése —rezongó—. Una escorpina se rompería los dientes al morder a ese hombre.

—Pareces tener un excelente humor esta mañana —dijo Nynaeve—. ¿Te has enterado por fin de cuál es el mensaje de la Torre? ¿O es que Gareth Bryne te ha pedido que te cases con él? ¿Se ha muerto alguien y te ha nombrado su…?

Elayne intentó no mirar a su amiga, pero hasta el sonido del bostezo hizo que su boca se abriera.

Siuan lanzó una mirada intensa a Nynaeve, pero, por una vez, ésta se la sostuvo con idéntica intensidad, aunque con los ojos un tanto llorosos.

—Si te has enterado de algo, dínoslo —intervino Elayne antes de que se tumbaran con las miradas la una a la otra.

—Una mujer que se hace pasar por Aes Sedai sin serlo —murmuró Siuan como si manifestara en voz alta una idea peregrina— está con el agua hasta el cuello, sí; pero, si además se ha arrogado un Ajah, ese Ajah tiene prioridad para pedirle cuentas. ¿Os ha contado Myrelle lo de la mujer que sorprendió en Chachin afirmando que era una

Verde? Era una antigua novicia que no superó la prueba para ascender a Aceptada. Pedidle que os lo cuente, cuando disponga de una o dos horas libres, porque tardará ese tiempo en relatarlo. La estúpida chica probablemente deseó que la neutralizaran antes de que Myrelle hubiese acabado con ella. Neutralizada y también decapitada.

Por alguna razón, la amenaza no tuvo más efecto en Nynaeve que la mirada; ni siquiera el menor estremecimiento. Quizá las dos estaban demasiado cansadas.

—Dime lo que sepas —pidió Elayne en voz baja—, o la próxima vez que estemos solas te enseñaré a sentarte bien derecha, y luego puedes ir corriendo a llorarle a Sheriam si quieres.

Siuan estrechó los ojos y, de repente, Elayne soltó un chillido y se llevó la mano a la cadera.

Siuan retiró la mano con la que la había pellizcado sin intentar siquiera disimular.

—No acepto muy bien las amenazas, muchacha. Sabes tan bien como yo lo que Elaida ha dicho. Lo viste antes que nadie de aquí.

—¿Que regresemos y que todo está perdonado? —inquirió Nynaeve con incredulidad.

—Más o menos. Con un montón de esa mierda sobre que la Torre tiene que estar unida, ahora más que nunca, y un poquito de unte pringoso respecto a que nadie debe temer nada excepto quienes «se han declarado en abierta rebeldía». La Luz sabrá lo que significa eso, porque yo no.

—¿Y por qué lo mantienen en secreto? —demandó Elayne—. Es imposible que crean que nadie va a volver con Elaida. Sólo tienen que sacar a relucir a Logain.

Siuan no dijo nada y se limitó a mirar ceñuda a los Guardianes.

—Sigo sin entender por qué piden más tiempo para pensarlo —rezongó Nynaeve—. Saben lo que tienen que hacer. —Siuan siguió callada, pero Nynaeve enarcó las cejas poco a poco—. No sabías lo que habían respondido.

—Ahora sí. —Siuan masticó las palabras y masculló entre dientes algo sobre «necias pusilánimes», con lo que Elayne estuvo de acuerdo.

De pronto la puerta principal de la antigua posada se abrió y media docena de Asentadas salió con sus chales de flecos, una de cada Ajah, y después apareció Tarna, seguida por las demás. Si el gentío reunido había esperado algún tipo de ceremonia, sufrió una gran desilusión. Tarna montó en su caballo y su mirada recorrió lentamente a las Asentadas y pasó sobre la muchedumbre, manteniendo un gesto indescifrable, y después taconeó al castrado y se puso en marcha. La escolta de Guardianes avanzó con ella. Un murmullo preocupado, semejante al zumbido de una colmena zarandeada, se levantó entre los espectadores mientras se apartaban para dejar paso.

El murmullo duró hasta que Tarna se perdió de vista, fuera del pueblo, y Romanda se encaramó al carro y se colocó suavemente su chal de flecos amarillos. Se hizo un profundo silencio. Según era tradición, la Asentada de más edad hacía los

pronunciamientos de la Antecámara. Romanda no se movía como una mujer mayor, naturalmente, y su rostro era tan intemporal como cualquiera, aunque hasta unos mechones canosos señalaban una edad considerable en una Aes Sedai, y el moño recogido en la nuca de la Amarilla era totalmente gris pálido, sin la menor traza de otro color. Elayne se preguntó qué edad tendría, pero preguntarle la edad a una Aes Sedai era lo más grosero que uno podía imaginar.

Romanda realizó un sencillo tejido de flujos de Aire para que su voz de soprano llegara a todos; Elayne la oyó como si la mujer estuviese delante de ella:

—Muchos de vosotros habéis estado preocupados estos últimos días, pero no había razón para ello. Si Tarna Sedai no hubiese venido aquí, nosotras habríamos enviado misivas a la Torre Blanca. Después de todo, no puede decirse que estemos escondiéndonos precisamente. —Hizo una pausa como para dar lugar a que la multitud riera, pero la gente se limitó a mirarla fijamente, y la Aes Sedai se ajustó el chal—. Nuestro propósito no ha cambiado. Buscamos la verdad y la justicia, hacer lo que es correcto…

—¿Lo correcto para quién? —murmuró Nynaeve.

—… y no flaquearemos ni fracasaremos. Seguid realizando vuestro trabajo como habéis venido haciendo, seguros de que continuaréis protegidos bajo nuestra tutela, ahora y después de nuestro seguro regreso a los lugares que nos corresponden en la Torre Blanca. Que la Luz os ilumine a todos. Que nos ilumine a todos.

El murmullo se levantó de nuevo, y la muchedumbre empezó a dispersarse lentamente mientras Romanda bajaba del carro. El rostro de Siuan parecía tallado en piedra; sus labios estaban exangües. Elayne deseaba hacer preguntas, pero Nynaeve se bajó de un salto de la piedra y empezó a dar codazos para abrirse paso hacia el edificio de tres pisos. Elayne la siguió rápidamente. La noche anterior Nynaeve había estado a punto de revelar lo que habían descubierto sin más ni más; había que hacerlo con cuidado y eso si es que consideraban que servía de algún modo para influir en la decisión de la Antecámara, cosa que, desde luego, parecía que era necesario. El anuncio de Romanda había sido un carretón de nada. E indudablemente había alterado a Siuan.

Metiéndose entre dos tipos fornidos que estaban asestando una mirada feroz a la espalda de Nynaeve, que no había parado mientes en pisarlos con tal de pasar, Elayne miró hacia atrás y vio a Siuan observándolas a Nynaeve y a ella. Sólo fue un instante, hasta que la mujer se dio cuenta de que la había visto, y entonces fingió que había localizado a alguien en la multitud y saltó de la piedra para reunirse con quien fuera. Elayne frunció el entrecejo y siguió adelante con paso rápido. ¿Estaba Siuan molesta o no? ¿Hasta qué punto la irritación y la ignorancia que había demostrado eran simuladas? La idea de Nynaeve de huir a Caemlyn —Elayne no sabía si su amiga había renunciado o no a ese plan— era sin duda una solemne estupidez, pero ella

consideraba el viaje a Ebou Dar con ansiedad, deseosa de hacer algo verdaderamente útil. Todo este enredo de secretos y sospechas no iban con su forma de ser. Ojalá Nynaeve no metiera la pata.

Alcanzó a su amiga en el momento en que ésta llegaba junto a Sheriam, cerca del carro en el que se había subido Romanda para hablar. Morvrin también estaba allí, así como Carlinya, las tres con los chales puestos. Todas las Aes Sedai los llevaban esa mañana. El cabello corto de Carlinya, reducido a unos rizos oscuros que le cubrían la cabeza, era la única señal de la experiencia vivida en el *Tel'aran'rhiod* que casi había acabado en desastre.

—Necesitamos hablar con las tres a solas —le dijo Nynaeve a Sheriam—. En privado.

Elayne suspiró. No era el mejor modo de empezar, pero tampoco el peor.

Sheriam las observó un instante a las dos y después volvió la mirada hacia Morvrin y Carlinya.

—De acuerdo. Vamos dentro.

Cuando se volvieron, Romanda se encontraba entre ellas y la puerta; la mujer, de ojos oscuros, poseía un atractivo que emanaba de su constitución robusta, y llevaba el chal de flecos amarillos, todo bordado con flores y enredaderas a excepción de la Llama de Tar Valon, bien ajustado a los hombros. Hizo caso omiso de Nynaeve y sonrió afablemente a Elayne; una de esas sonrisas que la joven había llegado a esperar, y a temer, de las Aes Sedai. En cambio, para Sheriam, Carlinya y Morvrin su gesto fue totalmente distinto. Se quedó mirándolas fijamente, impasible, la cabeza erguida, hasta que ellas hicieron una ligera reverencia y murmuraron un «con tu permiso, hermana». Sólo entonces se apartó, bien que aspiró sonoramente el aire por la nariz.

La gente corriente que había alrededor no lo advirtió, claro está, pero Elayne había oído fragmentos de conversaciones entre Aes Sedai respecto a Sheriam y su pequeño consejo. Algunas pensaban que sólo se preocupaban por el discurrir cotidiano de Salidar, descargando de esa función a la Antecámara para que pudiera ocuparse de asuntos más importantes. Otras sabían que tenían influencia en la Antecámara, pero la magnitud de ésta dependía de quién lo decía. Romanda era de las que pensaban que tenían demasiada; y, lo que era peor, que en su grupo había dos Azules y ninguna Amarilla. Elayne sintió los ojos de la Aes Sedai en la espalda mientras cruzaba la puerta detrás de las otras.

Sheriam las condujo a una de las estancias privadas, anexas a la sala principal, con los paneles horadados por la carcoma y una mesa llena de papeles pegada a una de las paredes. La Aes Sedai enarcó las cejas cuando Nynaeve le pidió que tejieran una salvaguarda para evitar ser escuchadas, pero protegió el cuarto con una sin hacer comentarios. Recordando la excursión de Nynaeve, Elayne comprobó que ambas

ventanas estuviesen bien cerradas.

—Espero que se trate de algo tan importante como que Rand al'Thor está de camino hacia aquí —espetó secamente Morvrin. Las otras dos Aes Sedai intercambiaron una rápida mirada. Elayne refrenó la indignación; en verdad creían que estaban reteniendo información sobre Rand. ¡Qué obsesión con los secretos!

—No tiene nada que ver con eso —repuso Nynaeve—, pero sí es algo igualmente importante, aunque en otro sentido.

Y se lanzó a relatar la historia de su viaje a Ebou Dar y el hallazgo del cuenco *ter'angreal*. No siguió el orden correcto ni mencionó la Torre, pero todos los detalles esenciales estaban allí.

—¿Estáis seguras de que ese cuenco es un *ter'angreal*? —preguntó Sheriam una vez que Nynaeve concluyó el relato—. ¿Que puede afectar al tiempo?

—Sí, Aes Sedai —respondió lisa y llanamente Elayne.

Morvrin gruñó; esa mujer dudaba de todo. Sheriam asintió y se ajustó el chal.

—Entonces habéis hecho bien en contarlo. Enviaremos una carta a Merilille. —Merilille Ceandevin era la hermana Gris que habían enviado para convencer a la reina de Ebou Dar de que apoyara a Salidar—. Tendréis que darnos todos los detalles.

—Nunca lo encontrará —barbotó Nynaeve antes de que Elayne tuviera ocasión de abrir la boca—. Pero Elayne y yo sí que podremos.

Los ojos de las Aes Sedai adquirieron una expresión gélida.

—Probablemente a ella le será imposible —se apresuró a intervenir Elayne—. Nosotras vimos dónde está el cuenco, e incluso así no nos resultará sencillo. Pero al menos sabemos lo que vimos. Dar una descripción por carta no será igual.

—Ebou Dar no es un lugar para Aceptadas —adujo fríamente Carlinya.

—Todas debemos hacer aquello para lo que estamos más preparadas, pequeñas —abundó Morvrin con un tono algo más amable, pero aun así reprobador—. ¿Creéis que Edesina o Afara o Guisin querían ir a Tarabon? ¿Qué pueden hacer ellas para poner orden en esa tierra agitada? Pero teníamos que intentarlo, así que fueron allí. Kiruna y Bera probablemente están en este momento en la Columna Vertebral del Mundo, de camino al Yelmo de Aiel a buscar a Rand al'Thor porque pensábamos, sólo pensábamos, que podría estar allí cuando las enviamos. Que tuviésemos razón no hace menos fútil su viaje ahora, que él ha salido del Yermo. Todas hacemos lo que podemos, lo que debemos. Vosotras sois Aceptadas, y las Aceptadas no salen corriendo hacia Ebou Dar o a ningún otro sitio. Lo que las dos podéis y debéis hacer es quedaros aquí y estudiar. Incluso si fueseis hermanas de hecho seguiría sin daros permiso para marcharos. Nadie ha hecho la clase de descubrimientos que vosotras habéis conseguido, tantos en tan corto espacio de tiempo, desde hace un siglo.

Siendo como era, Nynaeve hizo caso omiso de lo que no quería oír y clavó la mirada en Carlinya.

—Pues no lo hemos hecho nada mal valiéndonos por nosotras mismas, gracias —dijo—. Dudo que Ebou Dar sea tan peligrosa como Tanchico.

Elayne no creía que su amiga fuera consciente de que se estaba aferrando la trenza con todas sus fuerzas. ¿Es que nunca iba a aprender que con simple cortesía a veces se conseguía lo que con franqueza no se lograba?

—Comprendo vuestra preocupación, Aes Sedai —intervino la heredera del trono—, pero aunque peque de inmodestia lo cierto es que soy la persona más cualificada de Salidar para localizar un *ter'angreal*. Y Nynaeve y yo sabemos mejor dónde buscar de lo que podríamos indicar dando datos en una carta. Si nos enviáis con Merilille Sedai, estoy convencida de que, bajo su guía, podríamos localizarlo en poco tiempo. Sólo serían unos cuantos días de viaje en un barco fluvial hasta Ebou Dar y otros cuantos de regreso, con unos pocos allí bajo la vigilancia de Merilille Sedai. —Le costó un gran esfuerzo no pararse para coger aire—. Entre tanto, podríais enviar un mensaje a una de las informadoras de Siuan en Caemlyn, de modo que ya estará allí cuando Merana Sedai y la delegación lleguen a la ciudad.

—¿Y por qué íbamos a hacer semejante cosa? —rezongó Morvrin.

—Pensé que Nynaeve os lo había dicho, Aes Sedai. No estoy segura, pero creo que es necesaria la participación de un varón para que el cuenco funcione.

Aquello, ni que decir tiene, ocasionó una pequeña conmoción. Carlinya dio un respingo, Morvrin masculló entre dientes, y Sheriam se quedó boquiabierta. También Nynaeve se sorprendió, pero sólo un instante; Elayne estaba segura de que su amiga lo disimuló antes de que las otras mujeres se dieran cuenta. Estaban demasiado pasmadas para advertirlo. Era una mentira, pura y simplemente. Tan simple como la clave. Supuestamente los grandes logros de la Era de Leyenda se habían llevado a cabo por hombres y mujeres encauzando a la par, probablemente coligados. Casi con toda probabilidad lo ejecutaban con *ter'angreal* que requerían la colaboración de un varón para que funcionasen. En cualquier caso, si ella era incapaz de hacer funcionar el cuenco sola, indudablemente nadie más en Salidar podría hacerlo. Excepto tal vez Nynaeve. Si requería el concurso de Rand, no podían dejar pasar la oportunidad de hacer algo con el tiempo, y para cuando ella «descubriera» que un círculo de mujeres podía manejar el cuenco, las Aes Sedai de Salidar estarían tan comprometidas con Rand que no les sería posible desligarse de él.

—Todo eso está muy bien —dijo finalmente Sheriam—, pero no cambia el hecho de que sois Aceptadas. Enviaremos una carta a Merilille. Ya hay quien habla de vosotras y…

—¡Hablar! —espetó Nynaeve—. ¡Eso es todo lo que hacéis, vosotras y la Antecámara! ¡Hablar! Elayne y yo podemos encontrar ese *ter'angreal*, pero preferís poneros a cacarear como gallinas en un corral. —Las palabras se atropellaban para salir de su boca. La antigua Zahorí se tiraba de la trenza con tanta fuerza que Elayne

casi esperaba ver que se la arrancaba de cuajo—. Os sentáis aquí, esperando a que Thom y Juilin y los demás regresen y os digan que los Capas Blancas no van a caer sobre nosotras como el tejado de una casa en ruinas, cuando es posible que vuelvan con los Capas Blancas pisándoles los talones. Os sentáis, hurgando en el problema de Elaida en lugar de hacer lo que dijisteis que haríais, titubeando respecto a Rand. ¿Sabéis ya cuál es vuestra postura hacia él? ¿Lo sabéis, con vuestra delegación de camino a Caemlyn? ¿Y sabéis por qué os sentáis y habláis? ¡Yo sí! Tenéis miedo. Miedo de que la Torre esté dividida, miedo de Rand, de los Renegados, del Ajah Negro. Anoche Anaiya dejó escapar que teníais un plan previsto en caso de que uno de los Renegados atacara. Todos esos círculos coligándose, justo encima de una burbuja maligna, porque imagino que ya creeréis que era eso, pero todos desiguales y en su mayoría formados por más novicias que Aes Sedai. ¿Por qué? Porque sólo unas pocas Aes Sedai lo sabían de antemano. Creéis que el Ajah Negro está aquí mismo, en Salidar. Teníais miedo de que se informara a Sammael o a uno de los otros de vuestro plan. No os fiáis entre vosotras mismas. ¡No confiáis en nadie! ¿Es por eso por lo que no queréis enviarnos a Ebou Dar? ¿Pensáis acaso que somos del Ajah Negro o que iremos corriendo a reunirnos con Rand, o… o…?

El resto de la frase se redujo a palabras farfulladas por la ira y la falta de resuello. Casi no había respirado a lo largo de toda la diatriba.

El primer impulso de Elayne fue intentar suavizarlo de algún modo, aunque cómo no tenía la más ligera idea. Habría sido tan fácil como intentar calmar una montaña en erupción. Fueron las propias Aes Sedai quienes hicieron que dejara de preocuparse de si Nynaeve había echado todo a perder. Aquellos semblantes inexpresivos, aquellos ojos que parecían capaces de traspasar las piedras, no tendrían que haber dejado traslucir nada en absoluto. Pero, para ella, sí transmitían algo. No era la fría cólera que debería haber fluido hacia alguien tan estúpido como para despotricar contra unas Aes Sedai. Esas expresiones eran unas máscaras, y lo único que ocultaban era la verdad, una verdad que no querían admitir ni ellas mismas: estaban asustadas.

—¿Has terminado ya? —preguntó Carlinya con una voz que tendría que haber congelado el sol.

Elayne estornudó y se golpeó la cabeza con un costado del caldero volcado de lado. El olor a sopa quemada le impregnaba la nariz. El sol de media mañana había calentado el interior de enorme perol en el que estaba metida hasta dar la impresión de que seguía puesto al fuego; el sudor le corría por el cuerpo. No; le chorreaba. Soltó la áspera piedra pómez, salió gateando hacia atrás y asestó una mirada feroz a la mujer que estaba a su lado. O, más bien, a la mitad de la mujer que asomaba por la boca de otro caldero ligeramente más pequeño, tumbado también de lado. Le dio un

pellizco a Nynaeve en la cadera y esbozó una sombría sonrisa cuando escuchó el golpe de una cabeza contra el hierro y un chillido. Nynaeve salió del perol con una expresión torva que no ocultó en absoluto el bostezo que la mujer sofocó con una mano mugrienta. Elayne no le dio ocasión de hablar:

—Tenías que explotar, ¿verdad? No podías contener tu genio durante cinco minutos. Lo teníamos todo en nuestras manos y tuviste que darnos una patada en los tobillos.

—De todos modos no nos habrían permitido ir a Ebou Dar —rezongó Nynaeve—. Y no fui yo la única que asestó patadas en los tobillos. —Alzó la barbilla en un gesto tan ridículo que tuvo que mirar hacia la punta de la nariz para ver a Elayne—. «Las Aes Sedai dominan el miedo» —declamó con un tono adecuado para reprender a un borracho haragán que se pusiera en el camino del caballo de uno—, «no dejan que las domine a ellas. Dirigidnos y os seguiremos de buen grado, pero debéis dirigir, no acobardaros, confiando en que algo haga desaparecer vuestros problemas».

El rubor tiñó las mejillas de Elayne. Ella no había adoptado una actitud tan orgullosa ni mucho menos; y desde luego tampoco había empleado ese tono.

—Vale, quizá las dos nos excedimos y olvidamos el sentido común, pero… —Se interrumpió al oír el ruido de unos pasos.

—De modo que las niñas mimadas de las Aes Sedai han decidido tomarse un descanso, ¿no? —La sonrisa de Faolain distaba mucho de ser amistosa—. No estoy aquí porque me divierta, ¿sabéis? Tenía intención de pasar el día trabajando en algo mío, algo que no es terriblemente inferior a lo que vosotras, las niñas mimadas, habéis hecho, creo. En cambio, he de vigilar que unas Aceptadas frieguen ollas como castigo a sus faltas. Vigilar para que no os escabulláis como el par de despreciables novicias que deberíais ser. Y, ahora, volved al trabajo. No puedo marcharme hasta que hayáis terminado, y no tengo intención de pasarme aquí todo el día.

La mujer de tez atezada y cabello rizado era como Theodrin, algo más que una Aceptada, pero menos que una Aes Sedai. Como lo habrían sido ella y Nynaeve, si ésta no se hubiera comportado como una gata a la que han pisado la cola. Las dos, rectificó Elayne de mala gana. Sheriam se lo había dicho mientras les informaba cuántas de sus horas «libres» pasarían en las cocinas, realizando el trabajo más sucio que las cocineras pudieran encontrar. Pero nada de Ebou Dar, en cualquier caso; también eso lo había dejado muy claro. Una carta iría de camino a Merilille a mediodía, si es que no había salido ya.

—Lo… lamento —dijo Nynaeve, y Elayne la miró parpadeando. Una disculpa de Nynaeve era como una nevada en pleno verano.

—Yo también lo siento.

—Oh, sí, lo lamentáis las dos —les dijo Faolain—. Tanto como haya podido ver en mi vida a alguien. ¡Y, ahora, volved al trabajo antes de que encuentre una razón

para enviaros a Tiana cuando hayáis acabado aquí!

Elayne echó una mirada compungida a Nynaeve y a continuación volvió a meterse en el caldero, atacando la sopa pegada con la piedra pómez como si fuera a Faolain. Saltaron fragmentos menudos de la piedra y trozos de comida chamuscada. No, no a Faolain. A las Aes Sedai, que se quedaban cruzadas de brazos cuando tendrían que estar actuando. Iba a ir a Ebou Dar, iba a encontrar el *ter'angreal*, e iba a utilizarlo para atar a Sheriam y a las demás a Rand. ¡De rodillas! Soltó tal estornudo que casi se sale de los zapatos.

Sheriam se volvió del punto desde el que había estado observando a las jóvenes, a través de una grieta de la valla, y echó a andar por el angosto callejón, en el que crecían unas ridículas matas de hierba agostada y rastrojo.

—Lamento esto. —Considerando las palabras de Nynaeve y su tono, ¡y las de Elayne, la maldita chica!, añadió—: Hasta cierto punto.

Carlinya resopló con desdén; era muy buena en eso.

—¿Es que quieres contar a unas Aceptadas lo que poco más de dos docenas de Aes Sedai saben? —Cerró la boca de golpe al advertir la penetrante mirada que le asestó Sheriam.

—Hay oídos donde menos se espera —advirtió en voz baja.

—Esas chicas tienen razón en una cosa —intervino Morvrin—. Al'Thor me da tanto miedo que se me retuercen las entrañas. ¿Qué opciones nos quedan con respecto a él?

Sheriam no sabía con certeza si no se habrían quedado sin opciones hacía mucho.

Las tres Aes Sedai siguieron caminando en silencio.

16



Narraciones de la Rueda

Rand estaba repantigado en el Trono del Dragón, con el Cetro del Dragón sobre las rodillas, descansando. O, al menos, lo fingía. Los tronos no se habían hecho para relajarse en ellos, y al parecer éste menos que ninguno, pero esa incomodidad sólo era una parte de la dificultad para estar a gusto. Otra era sentir a Alanna, bien que aquella sensación incordiante estaba siempre presente. Si les dijese a las Doncellas que… No. ¿Cómo se le había pasado esa idea por la cabeza? La había asustado lo bastante para mantenerla alejada; la mujer no había hecho ningún intento de entrar en la Ciudad Interior. De ser así, él lo sabría. No. De momento, Alanna era una incomodidad menor que el inadecuado acolchado del asiento.

A pesar de llevar abotonada completamente la chaqueta azul con bordados de plata, el calor apenas lo afectaba —realmente estaba dominando el truco de Taim—; pero, si la impaciencia hubiese producido transpiración, en ese momento estaría tan empapado como si acabara de salir de un río. Mantener la sensación de frescor no representaba ningún problema, pero sí permanecer inmóvil. Intentaba entregar a Elayne un Andor íntegro e intacto, y esa mañana se daría el primer paso verdadero hacia tal propósito. Si es que acudían.

—… además —prosiguió el hombre alto y huesudo que estaba de pie ante el trono, hablando en un tono casi monótono—, de mil cuatrocientos veintitrés refugiados de Murandy, quinientos sesenta y siete de Altara y ciento nueve de Illian. Hasta donde ha llegado el recuento del censo en la ciudad propiamente dicha al día de hoy, quiero añadir. —Los ralos mechones de cabello gris que le quedaban a Halwin Norry le sobresalían por detrás de las orejas como si fueran plumas de escribir, un rasgo muy adecuado ya que había sido el jefe amanuense de Morgase—. He contratado a veintitrés escribientes adicionales para realizar el trabajo, pero sigue siendo un número insuficiente para…

Rand dejó de prestar atención. Aunque estaba agradecido al hombre porque no hubiese huido como habían hecho muchos otros, le daba la impresión de que para Norry no existía nada real excepto los números en sus libros mayores. Informaba del número de muertos habidos durante la semana y del precio de los nabos llegados en

carros desde la campiña con el mismo tono impersonal; organizaba los entierros diarios de los indigentes, refugiados que no tenían amigos, con una actitud en la que no había más horror ni más alegría que la que demostraba al contratar albañiles para que repararan las murallas de la ciudad. Illian era simplemente otro país para él, no la residencia de Sammael, y Rand otro gobernante, nada más.

«¿Dónde están? —se preguntó, irritado—. ¿Por qué Alanna no ha intentado al menos acercarse sigilosamente a mí?» Moraine no se habría dejado asustar tan fácilmente.

«¿Dónde están todos los muertos? —susurró Lews Therin—. ¿Por qué no guardan silencio?»

Rand soltó una risita lúgubre. Eso no había tenido gracia.

Sulin estaba sentada en cuclillas a un lado del estrado, y el pelirrojo Urien al otro. Ese día, veinte *Aethan Dor*, los Escudos Rojos, algunos de los cuales lucían la cinta roja ceñida a la frente, esperaban entre las columnas del salón del trono junto con las Doncellas. Estaban de pie o en cuclillas o sentados, algunos charlando quedamente; pero, como siempre, todos parecían estar prestos para ponerse en movimiento en un abrir y cerrar de ojos, incluso la Doncella y los dos Escudos Rojos que jugaban a los dados. Al menos un par de ojos estaban siempre vigilando a Norry; pocos Aiel se fiaban de un hombre de las tierras húmedas que estuviera tan cerca de Rand.

De repente, Bashere apareció en la alta puerta del salón. Al ver el gesto de asentimiento del general saldaenino, Rand abandonó su postura repantigada. Por fin. Por fin, maldición. El borlón verde y blanco se meció cuando gesticuló con el trozo de lanza seanchan en el que se había tallado un dragón.

—Buen trabajo, maese Norry. Vuestro informe no ha dejado nada fuera. Me ocuparé de que el oro que necesitáis se os entregue, pero ahora, si me disculpáis, debo atender otros asuntos.

El hombre no dio señales de curiosidad ni de sentirse ofendido al ser interrumpido tan bruscamente. Se limitó a dejar a medias la frase que estaba diciendo, hizo una reverencia acompañada por un «como ordene mi señor Dragón» en el mismo tono seco, y retrocedió tres pasos antes de girar sobre sus talones. Ni siquiera dirigió una mirada a Bashere cuando pasó a su lado. Nada real excepto sus libros mayores.

Impaciente, Rand hizo un gesto al general y se sentó erguido, con la espalda muy recta, en el trono. Los Aiel guardaron silencio, cosa que los hizo parecer el doble de alerta que antes.

Cuando el saldaenino entró no lo hizo solo. Dos hombres y dos mujeres lo seguían de cerca, ninguno de ellos joven y todos ataviados con ricas sedas y brocados. Trataban de actuar como si Bashere no existiera y casi lo consiguieron, pero los vigilantes Aiel entre las columnas eran harina de otro costal. La rubia Dyelin sólo vaciló un paso, pero Abelle y Pelivar, ambos canosos pero de rostros duros,

dirigieron una mirada ceñuda a las figuras vestidas con *cadin'sor* y en un gesto reflejo llevaron las manos hacia unas espadas que no portaban, en tanto que Ellorien, una mujer regordeta y de cabello oscuro, que habría parecido bonita de no ser porque su semblante exhibía una expresión de fría determinación, se paró en seco y les asestó una mirada feroz antes de recobrar la compostura y alcanzar a los demás apretando el paso. La primera visión de Rand también los cogió por sorpresa, a los cuatro, y hubo un rápido intercambio de miradas sorprendidas entre ellos. Quizás habían pensado que sería mayor.

—Mi señor Dragón —anunció Bashere en voz alta mientras se paraba al pie del estrado—, Señor de la Mañana, Príncipe del Amanecer, Defensor Verdadero de la Luz ante quien el mundo se arrodilla con respeto reverencial, os presento a lady Dyelin de la casa Taravin, a lord Abelle de la casa Pendar, a lady Ellorien de la casa Traemane y a lord Pelivar de la casa Coelan.

Los cuatro andoreños miraron entonces a Bashere con los labios apretados e intensas ojeadas de soslayo. Había habido algo en su tono que dio la impresión de que hubiese traído ante Rand a cuatro caballos. Decir que sus espaldas se pusieron tiesas sería como decir que el agua se había vuelto más húmeda, pero ésa fue la impresión que dieron cuando alzaron la vista hacia Rand. Principalmente, porque no pudieron evitar que los ojos se les fueran hacia el Trono del León que resplandecía sobre su pedestal, detrás de su cabeza.

Rand habría querido reírse de sus expresiones ultrajadas. Ultrajadas, pero también cautelosas y puede que un poco impresionadas a pesar de sí mismos. Bashere y él habían confeccionado aquella sarta de títulos entre los dos, pero ese remate sobre el mundo arrodillándose era nuevo para él, un añadido de última hora hecho por el general saldaenino. Sin embargo, había sido Moraine la que le había dado el consejo de hacerlo así. Casi le pareció que podía oír de nuevo su voz argentina. «La primera imagen que tenga la gente de ti es la que se grabará con más fuerza en su mente. Así funciona el mundo. Puedes descender de un trono e, incluso si te comportas como un granjero en una pocilga, una parte de ellos recordará que descendiste de un trono. Pero si al principio sólo ven a un joven, un muchacho del campo, les ofenderá que tome asiento en su trono después, por mucho derecho que tenga a él y por grande que sea su poder.» Bien, si un título o dos podían causar esa impresión, todo resultaría mucho más sencillo.

«Yo fui el Señor de la Mañana —murmuró Lews Therin—. Yo soy el Príncipe del Amanecer.»

Rand mantuvo relajado el gesto.

—No os daré la bienvenida, porque ésta es vuestra tierra y el palacio de vuestra reina, pero me complace que hayáis aceptado mi invitación.

La habían aceptado después de cinco días y sólo con unas pocas horas de aviso,

pero no mencionó esos detalles. Se puso de pie, dejó el Cetro del Dragón en el trono, y luego descendió del estrado. Con una sonrisa circunspecta —«Nunca te muestres hostil a menos que debas serlo —le había dicho Moraine—, pero por encima de todo no te muestres amistoso jamás. No denotes ansiedad nunca»—, señaló cinco cómodas sillas con cojines y respaldos acolchados colocadas en círculo entre las columnas.

—Acompañadme y tomemos asiento —invitó—. Beberemos un poco de vino frío mientras hablamos.

Lo siguieron, naturalmente, mirándolos a los Aiel y a él con idéntica curiosidad y quizá con igual animosidad, ambas mal disimuladas. Cuando todos estuvieron sentados, se acercaron unos *gai'shain*, silenciosos y envueltos en sus ropajes blancos, que portaban vino y copas doradas, empañadas ya por la humedad condensada. Detrás de cada silla había otro con un abanico de plumas que movía suavemente. Es decir, detrás de todas las sillas salvo la de Rand. No les pasó inadvertido, como tampoco que su rostro no transpiraba. Pero tampoco sudaban los *gai'shain*, a pesar de los amplios ropajes, ni ninguno de los otros Aiel. Rand estudió los rostros de los nobles por encima del borde de su copa.

Los andoreños estaban orgullosos de ser más francos que la mayoría, y no andaban remisos a la hora de vanagloriarse de que, aunque el Juego de las Casas era más habitual y retorcido en otros países, eran capaces de practicar el *Da'es Daemar* cuando era preciso. En cierto modo podían, pero lo cierto es que los cairhieninos e incluso los tearianos los consideraban simples en lo que atañía al sutil toma y daca del Gran Juego. Estos cuatro guardaban la compostura bastante bien, pero para alguien instruido por Moraine, y más duramente instruido en Tear y Cairhien, dejaban traslucir mucho con cada movimiento de ojos, cada leve cambio de expresión.

En primer lugar, repararon en el hecho de que no había silla para Bashere y hubo un rápido intercambio de miradas entre ellos, una ligera animación insinuándose en sus rostros, sobre todo cuando se dieron cuenta de que el general saldaenino se dirigía hacia las puertas del salón del trono. De hecho, los cuatro lo siguieron con la mirada al tiempo que esbozaban una levísima sonrisa de satisfacción. Al parecer les desagradaba la presencia del ejército saldaenino en Andor tanto como a Naean y al resto de esa pandilla. A continuación se hizo patente lo que pensaban: quizá la influencia extranjera era menor de lo que se temían. ¡Vaya, pero si a Bashere se le había dado el mismo trato que a un servidor de alto rango!

Los ojos de Dyelin se abrieron un tanto en un gesto de sorpresa, casi al mismo tiempo que los de Pelivar, y los de los otros dos lo hicieron sólo con unos segundos de retraso. Durante un momento observaron a Rand con tanta fijeza que resultó obvio su esfuerzo para no mirarse entre sí. Bashere era un forastero, cierto, pero también era el mariscal de Saldaea, con tres títulos de lord, y tío de la reina Tenobia. Si Rand lo utilizaba como a un servidor…

—Un vino excelente. —Con la mirada prendida en su copa, Pelivar vaciló antes de añadir—: Mi señor Dragón. —Sonó como si le hubiesen sacado las palabras a la viva fuerza.

—Procedente del sur —comentó Ellorien tras dar un sorbo—. Cosecha de las colinas de Tunaighan. Es sorprendente que hayáis encontrado hielo en Caemlyn este año. He oído que la gente empieza a decir que éste es «el año sin invierno».

—¿Creéis que malgastaría tiempo y esfuerzo en encontrar hielo cuando tantas penalidades afligen al mundo? —inquirió Rand.

El anguloso semblante de Abelle palideció, y el noble pareció obligarse a dar otro sorbo. Por su parte, Pelivar vació la copa de vino deliberadamente y la tendió hacia un *gai'shain* para que volviera a llenársela; los verdes ojos del Aiel brillaron con un destello de furia que contrastaba poderosamente con la obstinada humildad plasmada en su rostro tostado por el sol. Servir a gentes de las tierras húmedas era como ser un sirviente, y los Aiel despreciaban la mera idea de la servidumbre. Cómo encajaba ese desagrado con el concepto de *gai'shain* era algo que Rand no había llegado a descubrir, pero las cosas eran así.

Dyelin sostuvo su copa de vino firmemente sobre las rodillas y a partir de ese momento hizo caso omiso de la bebida. A tan corta distancia, Rand advirtió algunas pinceladas grises en su cabello dorado; seguía siendo encantadora, aunque no se parecía en nada a Morgase o a Elayne a excepción del pelo rubio. Era la siguiente en la línea del trono, de modo que debía de ser al menos prima, y cercana. La mujer lo observó fugazmente con el entrecejo fruncido y pareció a punto de sacudir la cabeza.

—Nos preocupan los problemas que padece el mundo —dijo en cambio—, y más los que atañen a Andor. ¿Nos habéis traído aquí para encontrarles un remedio?

—Si conocéis alguno —se limitó a responder Rand—. En caso contrario, tendré que buscarlo en otro sitio. Muchos creen que tienen el remedio indicado, de modo que, si me es imposible hallar el que deseo, tendré que aceptar el que más se le aproxime.

Aquello hizo que los labios de los nobles se apretaran. En el camino hacia allí, Bashere los había llevado a través del patio en donde Arymilla, Lir y el resto de esa pandilla aguardaban, según se les había dicho. Aparentemente, instalados a sus anchas en palacio, como si estuvieran en su casa.

—Imagino que desearéis colaborar para que Andor recupere la unidad —continuó Rand—. ¿Conocéis mi proclamación? —No tuvo que especificar cuál; en este contexto, sólo podía tratarse de una.

—Ofrecéis una recompensa a quien pueda dar noticias sobre el paradero de Elayne —dijo fríamente Ellorien, cuyo semblante se tornó aun más pétreo—, que será coronada reina, ahora que Morgase ha muerto.

—Eso me parece bien —asintió Dyelin.

—¡Pues a mí no! —espetó Ellorien—. Morgase traicionó a sus amigos y desdeñó a sus más antiguos partidarios. Tiene que ser el fin de la casa Trakand en el Trono del León. —Parecía haberse olvidado de Rand. Todos ellos.

—Yo abogo por Dyelin —dijo rotundamente Pelivar. La aludida sacudió la cabeza como si ya hubiese oído lo mismo con anterioridad, pero el noble continuó—: Es la que tiene más derecho al trono. Apoyo la candidatura de Dyelin.

—Elayne es la heredera del trono —les dijo la mujer rubia sin alterar el gesto—. Yo apoyo la de Elayne.

—¿Y qué importa que nosotros apoyemos a una u a otra? —demandó Abelle—. Si él mató a Morgase, hará…

El noble enmudeció bruscamente e hizo una mueca; luego miró a Rand, no exactamente con aire desafiante, pero sí retándolo a que hiciera lo peor. Y esperando que ésa sería su reacción.

—¿De verdad creéis eso? —Rand miró tristemente el Trono del León encaramado al pedestal—. En nombre de la Luz, ¿por qué iba a matar a Morgase si mi intención es poner en manos de Elayne el país?

—Muy pocos saben qué creer —adujo, envarada, Ellorien, cuyos pómulos habían enrojecido—. La gente comenta muchas cosas, en su mayoría necedades.

—¿Por ejemplo? —Rand dirigió la pregunta a ella, pero fue Dyelin quien respondió mirándolo directamente a los ojos:

—Que combatiréis la Última Batalla y mataréis al Oscuro. Que sois un falso Dragón o una marioneta de las Aes Sedai o ambas cosas. Que sois hijo ilegítimo de Morgase o un Gran Señor teariano o un Aiel. —De nuevo frunció el entrecejo pero siguió hablando—. Que sois hijo de una Aes Sedai engendrado por el Oscuro. Que sois el Oscuro o el propio Creador encarnado. Que destruiréis el mundo, que lo salvaréis, que lo subyugaréis, que iniciaréis una nueva Era. Tantas historias como bocas hay. La mayoría afirma que matasteis a Morgase y muchos añaden que a Elayne. Dicen que vuestra proclamación es una máscara para ocultar esos crímenes.

Rand suspiró. Algunos de aquellos rumores eran peores que cualquiera de los que habían llegado a sus oídos.

—No os pediré que me creáis. —¿Por qué seguía mirándolo ceñuda? Y no era ella la única. También lo hacía Pelivar, y Abelle y Ellorien le asestaban esa clase de miradas que habría esperado recibir de Arymilla y su grupo cuando creían que no los veía. «Observando. Vigilando.» Ésa era la voz de Lews Therin, un ronco susurro divertido. «Yo te veo. ¿Quién me ve a mí?»—. Pero sí os pregunto si me ayudaréis a devolver la unidad a Andor. No quiero que este país se convierta en otro Cairhien o, lo que es peor, en otro Tarabon o Arad Doman.

—Conozco algo del *Ciclo Karaethon* —dijo Abelle—. Creo que sois el Dragón Renacido, pero en las Profecías no se mencionaba nada de que gobernaréis; sólo que

lucharéis en el Tarmon Gai'don contra el Oscuro.

La mano de Rand apretó con tanta fuerza la copa que la oscura superficie del vino tembló. Todo habría sido mucho más fácil si esos cuatro hubieran sido como la mayoría de los Grandes Señores tearianos o los cairhieninos, pero ninguno de ellos deseaba ni una brizna más de poder para sí mismos que el que ya tenían. Por mucho que el vino se hubiese helado mediante el Poder, Rand dudaba mucho que tal circunstancia intimidara a este grupo. «¡Lo más probable es que me dijeran que los matara y que me fuera al infierno por ello!»

«Al infierno por ello», repitió con tono taciturno Lews Therin.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no deseo gobernar Andor? Cuando Elayne tome posesión del Trono del León, me marcharé de aquí. Y nunca regresaré, si todo sale como quiero.

—Si el trono pertenece a alguien por derecho —adujo Ellorien con voz tensa—, es a Dyelin. Si realmente tenéis intención de hacer lo que decís, ocupaos de que sea coronada y marchaos. Entonces Andor estará unificado, y estoy segura de que los soldados andoreños os seguirán a la Última Batalla, si es ése el precio requerido.

—Sigo negándome —intervino Dyelin con voz firme, y luego se volvió hacia Rand—. Esperaré y reflexionaré sobre ello, mi señor Dragón. Cuando vea que Elayne está viva y coronada y vos abandonáis Andor, enviaré a mis fuerzas a seguiros tanto si otros en Andor lo hacen como si no. Pero si el tiempo pasa y seguís reinando aquí o si vuestros salvajes Aiel repiten en este país lo que he oído contar que hicieron en Cairhien y Tear… —Lanzó una mirada feroz a las Doncellas y a los Escudos Rojos, y también a los *gai'shain*, como si los estuviera viendo incendiar y saquear—. O dejáis sueltos aquí a esos… hombres que estáis reuniendo con vuestra amnistía, entonces iré contra vos, tanto si lo hacen como si no otros en Andor.

—Y yo cabalgaré a tu lado —manifestó firmemente Pelivar.

—Y yo —corroboró Ellorien, a lo que se hizo eco Abelle.

Rand echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a pesar de sí mismo, entre divertido y frustrado. «¡Luz! ¡Y creía que una oposición sincera sería mejor que ese intrigar a mis espaldas o lamer mis botas!»

Lo observaron con inquietud, obviamente pensando si su reacción no estaría motivada por la demencia. Tal vez era así. Ni siquiera él estaba seguro ya.

—Reflexionad todo lo que consideréis oportuno —les dijo mientras se levantaba de la silla para poner fin a la audiencia—. Todo lo que he dicho es en serio y es lo que me propongo hacer. El Tarmon Gai'don se aproxima. No sé de cuánto tiempo disponemos para que lo empleéis en reflexiones.

Se despidieron —una cautelosa inclinación de cabeza, como entre iguales, bien que ya era más de lo que habían hecho al entrar—; pero, cuando se daban media vuelta para marcharse, Rand cogió a Dyelin de una manga.

—Tengo una pregunta para vos. —Los otros se detuvieron e hicieron intención de volverse—. Una pregunta en privado.

Al cabo de un momento, Dyelin hizo un gesto de asentimiento y sus compañeros se alejaron un poco, aunque sin salir de la sala del trono. Los observaron con atención, pero no se encontraban lo bastante cerca para poder escuchar.

—Me miráis… de un modo extraño —dijo Rand. «Vos y todos los nobles que he conocido en Caemlyn.» Al menos todos los que eran andoreños—. ¿Por qué?

Dyelin alzó la vista hacia él y luego, finalmente, asintió como respondiéndose a sí misma.

—¿Cómo se llama vuestra madre? —preguntó.

Rand parpadeó sorprendido.

—¿Mi madre? —Kari al'Thor era su madre. Así era como pensaba en ella; lo había criado desde la infancia, hasta que murió. Sin embargo, decidió responder con la cruda verdad que había sabido en el Yermo—. Mi madre se llamaba Shaiel y era una Doncella Lancera. Mi padre era Janduin, un jefe de clan de los Taardad Aiel. —Vio que la mujer enarcaba las cejas en un gesto incrédulo—. Lo juraré por lo que vos queráis. ¿Qué tiene eso que ver con lo que os he preguntado? Ambos murieron hace mucho tiempo.

Una expresión de alivio asomó al rostro de la noble.

—Por lo visto se trata de un parecido casual, nada más. No era mi intención insinuar que no conocéis a vuestros padres, pero tenéis el acento del oeste de Andor.

—¿Un parecido? Crecí en Dos Ríos, pero mis padres fueron quienes os he dicho. ¿A quién me parezco para que me hayáis mirado así?

La mujer vaciló un momento y luego suspiró.

—Supongo que no tiene importancia. Algún día tenéis que contarme cómo es que, siendo Aiel vuestros padres, os criasteis en Andor. Hace más de veinticinco años, la heredera del trono de Andor desapareció en mitad de la noche. Se llamaba Tigraine. Dejó un esposo, Taringail, y un hijo, Galad. Sé que sólo es casualidad, pero aun así veo a Tigraine en vuestro rostro. Me causó una gran impresión.

El propio Rand estaba conmocionado. Se había quedado helado. Fragmentos del relato de las Sabias giraban en su cabeza como un torbellino, «… una joven de las tierras húmedas de cabello dorado, vestida con ropas de seda… un hijo al que amaba, y un esposo al que no quería… Shaiel fue el nombre que nos dio. Nunca mencionó otro… Hay en tus rasgos cosas de ella.»

—¿Cómo es que Tigraine desapareció? Me interesa la historia de Andor.

—Os agradecería que no empleaseis el término «historia», mi señor Dragón. Era una chiquilla cuando ocurrió, pero ya no una niña, y acudía a palacio a menudo. Una mañana, Tigraine no estaba en palacio, simplemente, y no se la volvió a ver. Algunos afirman que en su desaparición estuvo involucrado Taringail, pero lo cierto es que

estaba medio loco de pena. Taringail Damodred deseaba más que nada en el mundo ver a una hija suya convertida en reina de Andor y a su hijo en rey de Cairhien. Taringail era cairhienino. Ese matrimonio se convino para poner fin a las guerras con Cairhien, y lo consiguió, pero la desaparición de Tigraine los hizo sospechar que Andor deseaba romper el tratado, lo cual los condujo a la confabulación tan propia de los cairhieninos, que a su vez desembocó en lo que se conoce como la Arrogancia de Laman. Y, como vos sabréis bien, tuvo el resultado que tuvo —agregó secamente—. Mi padre decía que Gitara Sedai era la verdadera responsable.

—¿Gitara? —Le sorprendió que su voz no sonara estrangulada. Había oído ese nombre más de una vez. Había sido Gitara Moroso, una Aes Sedai con el Talento de la Predicción, quien anunció que el Dragón había renacido en las laderas del Monte del Dragón, y con ello había inducido a Moraine y a Siuan a iniciar su larga búsqueda. También había sido Gitara Moroso quien años antes le había dicho a «Shaiel» que, a menos que huyera al Yermo sin revelárselo a nadie y se convirtiera en una Doncella Lancera, el desastre sobrevendría a Andor y al mundo.

Dyelin asintió con un atisbo de impaciencia.

—Gitara era consejera de la reina Modrellein —contestó escuetamente—, pero pasaba más tiempo con Tigraine y con Luc, el hermano de Tigraine, que con la reina. Después de que Luc salió a caballo hacia el norte, de donde nunca regresó, hubo rumores de que Gitara lo había convencido de que en la Llaga lo aguardaba la fama. O su destino. Otros decían que lo que haría sería encontrar al Dragón Renacido allí o que la Última Batalla dependía de su marcha. Eso ocurrió aproximadamente un año antes de la desaparición de Tigraine. Soy de la opinión de que Gitara no tuvo nada que ver con esto ni con la marcha de Luc. Continuó como consejera de la reina hasta la muerte de Modrellein, causada, según se dice, por la pena de la pérdida de Tigraine sumada a la de Luc. Y su muerte, naturalmente, dio lugar a la Sucesión. —Lanzó una ojeada hacia los otros, que movían los pies y fruncían el entrecejo con desconfianza e impaciencia, pero no pudo resistir añadir una cosa más—: Habríais encontrado un Andor diferente de no ocurrir eso. A Tigraine como reina, a Morgase sólo como Cabeza Insigne de la casa Trakand y Elayne ni siquiera habría nacido. Morgase se desposó con Taringail una vez que ascendió al trono, ¿comprendéis? ¿Quién sabe cuántas otras cosas habrían sido distintas?

Rand la siguió con la mirada mientras se reunía con los otros y se marchaban; se le ocurrió otra cosa que también habría sido diferente: él no estaría en Andor, porque no habría nacido. Todo se plegaba sobre sí mismo en círculos infinitos. Tigraine fue al Yermo en secreto, lo que hizo que Laman Damodred ordenara cortar Avendoraldera, un regalo de los Aiel, para que le construyeran un trono, hecho que trajo a los Aiel a través de la Columna Vertebral del Mundo para matarlo —ése había sido su único fin, aunque las naciones lo llamaran la Guerra de Aiel— y con ellos

vino una Doncella llamada Shaiel, que murió al dar a luz. Cuántas vidas cambiadas, cortadas, para que lo diera a luz a él en el momento y lugar indicados y morir en el parto. Kari al'Thor era la madre que recordaba, aunque vagamente, pero aun así deseó haber conocido a Tigraine o a Shaiel o como quiera que deseaba que la llamaran, aunque sólo fuera durante un rato. Se conformaba con haberla visto.

Un sueño irrealizable. Había muerto hacía mucho tiempo. Punto y final. Entonces ¿por qué no dejaba de atosigarlo?

«La Rueda del Tiempo y la rueda de la vida de un hombre giran por igual sin compasión ni piedad», murmuró Lews Therin.

«¿Estás realmente ahí? —pensó Rand—. ¡Si eres algo más que una voz y unos cuantos recuerdos añejos, respóndeme! ¿Estás ahí?» Silencio. En ese momento le habría venido bien contar con el consejo de Moraine o de otra persona.

De repente se dio cuenta de que estaba mirando fijamente la blanca pared de mármol del salón del trono, en dirección noroeste. Hacia donde estaba Alanna. Había salido de El Sabueso de Culain. «¡No! ¡Así se abrase!» No reemplazaría a Moraine con la mujer que le había tendido una trampa así. No confiaría en ninguna mujer que tuviera contacto con la Torre. Salvo tres: Elayne, Nynaeve y Egwene. Esperaba que pudiera confiar en ellas. Aunque sólo fuera un poco.

Por alguna razón alzó la vista al inmenso techo abovedado, con sus cristaleras de colores en las que se representaban batallas y reinas alternándose con el León Blanco. Aquellas figuras femeninas, de un tamaño superior al natural, parecían observarlo fijamente, con desaprobación, como preguntándose qué hacía allí. Imaginación, desde luego, pero ¿por qué? ¿Por qué tenía que haberse enterado de lo de Tigraine? ¿Imaginación o locura?

—Ha venido alguien que creo que deberíais recibir —anunció Bashere junto a su hombro, y Rand salió bruscamente de su contemplación de las mujeres representadas en lo alto. ¿Realmente había estado sosteniendo sus miradas desafiantes? A Bashere lo acompañaba uno de sus jinetes, un tipo alto —lo que no era difícil estando junto a Bashere— con barba y bigote negros, y los rasgados ojos de color verde.

—No a no ser que se trate de Elayne —respondió Rand con más dureza de lo que era su intención—, o alguien que traiga pruebas de que el Oscuro ha muerto. Voy a Cairhien esta mañana. —No lo tenía pensado hasta que las palabras salieron de su boca. Egwene estaba en esa ciudad. Y las reinas del techo abovedado no—. Hace semanas que estuve allí por última vez. Si no los tengo vigilados, algún lord o alguna lady reclamarán el Trono del Sol a mis espaldas.

Bashere lo miró de un modo raro. Estaba dando demasiadas explicaciones.

—Como queráis, pero antes desearéis ver a este hombre. Dice que viene de parte de lord Brend, y creo que es cierto.

Los Aiel se incorporaron al instante; sabían quién utilizaba ese nombre. Rand, por

su parte, dirigió una mirada de sorpresa a Bashere. Lo que menos habría esperado era un emisario de Sammael.

—Hacedlo entrar.

—Hamad —dijo Bashere a la par que hacía un gesto con la cabeza, y el saldaenino más joven se alejó a buen paso.

Al cabo de unos minutos, Hamad regresó junto con un puñado de saldaeninos que vigilaban cautelosamente a un hombre que caminaba en medio de ellos. A primera vista nada en el aspecto del hombre justificaba tal cautela. Aparentemente desarmado, llevaba una levita gris de cuello alto y rizada barba aunque no bigote, como estaba de moda entre los illianos. Tenía la nariz roma y la boca grande, ahora torcida en una mueca sonriente. A medida que se acercaba, sin embargo, Rand cayó en la cuenta de que esa mueca no variaba ni un pelo. Todo el rostro del hombre parecía petrificado en aquel gesto jovial. En contraste, sus ojos oscuros destacaban de aquella máscara, anegados en miedo.

A diez pasos, Bashere levantó la mano y la guardia se detuvo. El illiano, que miraba fijamente a Rand, no pareció advertirlo hasta que Hamad le plantó la punta de su espada en el pecho, obligándolo a detenerse si no quería atravesarse en el acero. Se limitó a echar una fugaz ojeada a la hoja ligeramente serpentina y luego volvió a clavar la vista en Rand con aquellos aterrados ojos en un rostro sonriente. Las manos le colgaban a los costados, crispadas y temblorosas en contraste con la inmovilidad de su semblante.

Rand empezó a salvar la distancia que los separaba, pero de repente Sulin y Urien se plantaron delante, no interponiéndose en su camino exactamente, pero sí situándose de manera que tendría que empujarlos para pasar entre ellos.

—Me pregunto qué es lo que le han hecho —dijo Sulin mientras estudiaba la cara del individuo. Varios Escudos Rojos y Doncellas habían salido de entre las columnas, alguno incluso con el rostro velado—. O es un servidor de la Sombra o ha sido tocado por ella.

—Alguien así podría hacer cosas que ignoramos —manifestó Urien. Era uno de los que lucía la banda escarlata ceñida a las sienes—. Matar con un simple roce, tal vez. Buen mensaje para mandar a un enemigo.

Ninguno de los dos se había dirigido a Rand, al menos directamente, pero éste asintió. Quizá tuvieran razón.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Sulin y Urien se desplazaron un paso a ambos lados cuando vieron que se iba a quedar donde estaba.

—Vengo de parte de… de Sammael —respondió el hombre sin alterar aquella rígida expresión sonriente—. Traigo un mensaje para… para el Dragón Renacido. Para vos.

Bueno, no podía decirse que eso no fuera bastante directo. ¿Era un Amigo Siniestro o simplemente un pobre diablo que Sammael había atrapado en uno de los tejidos más siniestros de los que Asmodean le había hablado?

—¿Qué mensaje? —inquirió.

La boca del illiano se movió, como forzada. La voz que salió de ella no era en nada parecida a la que había hablado antes. Ésta era más profunda, rebosante de seguridad, y con un acento distinto:

—Estaremos en bandos opuestos, tú y yo, cuando llegue el día del Retorno del Gran Señor, pero ¿por qué tenemos que matarnos el uno al otro ahora y dejar que Demandred y Graendal se disputen la posesión del mundo pisando nuestros huesos?

Rand conocía esa voz por uno de los fragmentados recuerdos de Lews Therin que estaban dentro de su mente. Era la de Sammael. Lews Therin emitió un sordo gruñido.

—Ya es mucho lo que tienes que digerir —prosiguió el illiano o, mejor dicho, Sammael—. ¿Por qué dar otro bocado? Y uno duro de roer, incluso si no te encuentras con que Semirhage o Asmodean te atacan por la retaguardia mientras estás ocupado en esto. Te propongo una tregua, que duraría hasta el Día del Retorno. Si tú no me atacas, yo no daré ningún paso contra ti. Me comprometeré a no llevar más allá de los llanos de Maredo mi expansión al este, ni más al norte de Lugard ni más al oeste de Jehannah. ¿Ves? Te dejo la mayor parte del pastel para ti. No pretendo hablar en nombre del resto de los Elegidos, pero al menos ahora sabes que no tienes nada que temer de mí o de las tierras que domino. Me comprometeré a no ayudarlos en nada que hagan contra ti ni a defenderlos de ti. Hasta ahora se te ha dado muy bien quitar de en medio Elegidos y no me cabe duda de que seguirás esa línea o incluso mejor que antes, sabiendo que tu flanco meridional no corre peligro y que los otros te combatirán sin mi colaboración. Sospecho que el Día del Retorno sólo quedaremos tú y yo, como tendría que ser. Como se tenía intención de que fuera.

Los dientes del hombre se encajaron con un seco chasquido tras aquella petrificada mueca sonriente. Sus ojos parecían al borde de la locura.

Rand lo miró de hito en hito. ¿Una tregua con Sammael? Aun en el caso de que hubiese podido fiarse de que la cumpliría, aunque ello significara dejar a un lado un peligro hasta haberse ocupado de todos los demás, también significaba abandonar a miles y miles de seres a merced de Sammael, y ese hombre no conocía la compasión. Percibió la ira deslizándose al borde del vacío y entonces se dio cuenta de que había aferrado el *Saidin*. En el torrente de desgarradora dulzura y heladora suciedad creyó percibir un eco de su cólera. Lews Therin. Nada que objetar a que estuviera furioso en medio de su locura. El eco resonó con una ira propia hasta el punto de que a Rand le resultó totalmente imposible distinguir la una de la otra.

—Lleva este mensaje a Sammael —dijo fríamente—. Cada muerte que ha

causado desde que despertó la pondré ante él y le pediré cuentas. Cada asesinato que haya cometido o provocado, lo pondré ante él y le pediré cuentas. Escapó al merecido castigo en Rorn M'doi, en Nol Caimaine y en Sohadra… —Más recuerdos de Lews Therin, aunque el dolor por lo que se había hecho allí, la angustia de lo que Lews Therin había visto, alentaba su cólera fuera del vacío como si se tratara de algo propio—. Pero ahora me encargaré de que se haga justicia. Dile esto: no hay tregua para los Renegados. No hay tregua para la Sombra.

El mensajero alzó una mano con gestos espasmódicos para limpiarse el sudor de la cara. No, no era sudor. Su mano se retiró manchada de rojo. Por sus poros salían gotitas carmesíes, y el hombre temblaba de la cabeza a los pies. Hamad soltó una ahogada exclamación y retrocedió un paso, y no fue él el único. Bashere se atusó el bigote con los nudillos al tiempo que hacía una mueca, e incluso los Aiel miraban al individuo de hito en hito. Manchado de rojo, el illiano se desplomó hecho un ovillo, sacudido por violentos espasmos, mientras la sangre formaba a su alrededor un oscuro y brillante charco, una pringue que se extendió con las convulsiones y embadurnó el suelo.

Rand contempló su muerte impasible, escudado en el vacío que dejaba fuera todas las emociones; en cualquier caso, tampoco había nada que él pudiera hacer. Aunque poseyera el Talento de la Curación, no creía que hubiese puesto remedio a esto.

—Me parece —dijo lentamente Bashere—, que quizá Sammael tenga su respuesta cuando este tipo no regrese. Sabía de mensajeros a los que se mataba por traer malas noticias, pero nunca había oído que se dispusiera su muerte para saber que las noticias eran malas.

Rand asintió. La muerte de este hombre no cambiaba nada; como tampoco lo cambiaba lo que había descubierto sobre Tigraine.

—Que alguien se ocupe de que se lo entierre. Una oración no lo perjudicará, aun cuando tampoco le sirva de nada.

¿Por qué las reinas de las cristaleras de colores parecían seguir teniendo un gesto acusador? A buen seguro que habían presenciado cosas tan malas o peores en sus vidas, puede que incluso en ese mismo salón. Todavía percibía a Alanna, la sentía; el vacío no era un escudo contra eso. ¿Podría fiarse de Egwene? Ella sabía guardar secretos.

—Puede que pase la noche en Cairhien —anunció.

—Un final extraño para un hombre extraño —dijo Aviendha mientras salía rodeando el estrado; detrás de éste había unas puertas pequeñas que conducían a los guardarropas en donde se ponían y quitaban las vestiduras ceremoniales, y desde los cuales podía accederse a los corredores que había a continuación.

Rand hizo intención de interponerse entre ella y los restos desplomados en las baldosas rojas y blancas, pero se detuvo. Tras echar una ojeada de curiosidad,

Aviendha hizo caso omiso del cadáver. Cuando era Doncella Lancera sin duda había visto morir a más hombres que él. Para cuando había renunciado a la lanza, probablemente había matado a tantos como los que él había visto morir hasta ese momento.

Fue en él en quien se concentró ahora, repasándolo con la mirada para asegurarse de que no estaba herido. Algunas de las Doncellas le sonrieron y abrieron un paso hasta Rand, apartando a empellones a los Escudos Rojos cuando era necesario, pero la joven no se movió de donde estaba; se ajustó el chal y lo observó atentamente. Era una buena cosa que, a pesar de lo que creyeran las Doncellas, Aviendha sólo permaneciera cerca de él porque las Sabias le ordenaban que lo hiciera así, que lo espiara; porque en ese momento se sorprendió a sí mismo deseando estrecharla en sus brazos allí mismo. Era bueno que ella no lo quisiera. Él le había regalado el brazalete de marfil que llevaba puesto, con un trabajo de talla recreando rosas entre espinas, muy acorde con su carácter. Era la única joya que lucía, salvo el collar de plata trabajado con el complejo dibujo kandorés conocido como copos de nieve. Ignoraba quién le había regalado aquello.

«¡Luz! —pensó, asqueado por desear a Aviendha y a Elayne cuando sabía que no podía tener a ninguna de las dos—. Eres peor de lo que Mat habría soñado ser jamás.» Hasta su amigo tenía el sentido común se mantenerse apartado de una mujer si creía que podría perjudicarla.

—También yo tengo que ir a Cairhien —dijo ella.

Rand torció el gesto. Precisamente uno de los atractivos de hacer noche en Cairhien era no tener que compartir con ella el mismo cuarto.

—No tiene nada que ver con… —empezó la joven en tono brusco; entonces se mordió el carnoso labio inferior mientras sus ojos, azulverdosos, centelleaban—. He de hablar con las Sabias, con Amys.

—Por supuesto —le dijo Rand— No hay razón para que no vengas. —Siempre quedaba la posibilidad de dejarla allí cuando él se marchara.

Bashere le tocó el brazo.

—Ibais a ver cómo desfilan mis jinetes esta tarde. —El tono era coloquial, pero sus ojos rasgados dieron peso a las palabras.

Era algo importante, pero Rand tenía la necesidad de salir de Caemlyn, de Andor.

—Lo haré mañana. O pasado mañana.

Tenía que alejarse de los ojos de aquellas reinas que parecían preguntarse si uno de su linaje —¡Luz, y él lo era!— acabaría desgarrando el país como había hecho con tantos otros. Tenía que alejarse de Alanna. Aunque sólo fuera por una noche, tenía que marcharse de allí.

17



La rueda de la vida

Rand recogió con un flujo de Aire el talabarte y el cetro que estaban junto al trono y abrió el acceso allí mismo, delante del estrado; la línea de luz giró sobre sí misma ampliándose hasta ofrecer la vista de una cámara de oscuros paneles de madera, vacía, a casi mil kilómetros de distancia de Caemlyn, en el Palacio del Sol de Cairhien. Reservada para que Rand la utilizara de este modo, la estancia no tenía muebles, pero las baldosas de color azul oscuro y las paredes forradas con paneles brillaban de limpias. A pesar de que no había ventanas, el cuarto estaba iluminado, ya que ocho lámparas de pie doradas permanecían encendidas día y noche y los espejos aumentaban el fulgor de las llamas alimentadas con aceite. Hizo un alto para abrocharse el talabarte mientras Sulin y Urien abrían la puerta que daba al corredor y encabezaban la marcha de Doncellas y Escudos Rojos, con los rostros velados, delante de él.

En este caso Rand consideraba sus precauciones ridículas. El amplio pasillo, único modo de llegar a esta estancia, estaba abarrotado ya con unos treinta *Far Aldazar Din*, Hermanos del Águila, y casi dos docenas de los mayenienses de Berelain con sus petos pintados en rojo y yelmos con forma de olla que bajaban hasta la nuca por la parte de atrás. Si había un sitio en el que Rand sabía que no necesitaba la protección de las Doncellas era en Cairhien, menos aun que en Tear.

No bien apareció Rand cuando un Hermano del Águila se encaminó a buen paso corredor abajo, hacia la salida, y un mayeniense, aferrando desmañadamente la lanza y la espada corta, corrió en pos del Aiel. De hecho, un pequeño ejército iba detrás del *Far Aldazar Din*: sirvientes con diferentes libreas; un Defensor de la Ciudadela teariano con el bruñido peto y la capa negra y dorada; un soldado cairhienino con la parte frontal de la cabeza afeitada y el peto mucho más abollado que el del teariano; dos jóvenes Aiel vestidas con oscuras y voluminosas faldas y blusas blancas sueltas, a quien Rand creyó reconocer como aprendizas de las Sabias. La noticia de su llegada se propagaría rápidamente. Siempre ocurría igual.

Al menos Alanna había quedado lejos. Verin también, pero principalmente Alanna. Todavía la sentía, incluso a tanta distancia, como una vaga sensación de que la mujer se encontraba en alguna parte hacia el oeste. Como la sensación de una

mano a punto de tocarle la nuca. ¿Habría algún modo de liberarse de ella? Volvió a aferrar el *Saidin* durante unos instantes, pero siguió sin cambiar nada.

«Nunca escapas de las trampas que tú mismo hilas. —El murmullo de Lews Therin sonaba confuso—. Sólo un poder superior puede romper lo creado por otro poder, y entonces vuelves a estar atrapado. Atrapado para siempre, de modo que no puedes morir.»

Rand se estremeció. A veces parecía realmente que la voz le hablaba a él. Si, aunque sólo fuera una vez, lo que decía tuviera sentido, entonces le resultaría más fácil tenerla dentro de su cabeza.

—Te veo, *Car'a'carn* —saludó uno de los Hermanos del Águila. Sus ojos grises estaban a la misma altura que los de Rand; la cicatriz que le cruzaba la nariz resaltaba por su palidez contra la tez curtida por el sol—. Soy Corman, de los Mosaada Goshien. Que encuentres sombra en este día.

Rand no había tenido oportunidad de responder adecuadamente cuando el oficial mayeniense, de tez sonrosada, apartó al Aiel empujando con el hombro. Bueno, no lo apartó de un empujón realmente —era demasiado esbelto para retirar con el hombro a un tipo que le sacaba una cabeza y era el doble de corpulento que él, especialmente si se trataba de un Aiel, aunque quizá sí lo bastante joven para creer que podía hacerlo—, pero sí que consiguió meterse junto a Corman para situarse ante Rand mientras se colocaba bajo el brazo un yelmo carmesí con una fina pluma roja.

—Mi señor Dragón, soy Havien Nurelle, teniente de la Guardia Alada —a los lados del yelmo se veían alas cinceladas—, al servicio de Berelain sur Paendrag Paeron, Principal de Mayene, y también al vuestro.

Corman le dirigió una divertida mirada de reojo.

—Te veo, Havien Nurelle —respondió seriamente Rand, y el muchacho parpadeó. ¿Muchacho? Pensándolo bien, no parecía ser más joven que él. La idea fue un impacto—. Si tú y Corman queréis indicarme… —De repente advirtió que Aviendha se había marchado. ¡Casi se había roto la espalda para evitarla, y la primera vez que accedía a dejarla acercarse a él desde hacía semanas se escabullía tan pronto como él volvía la cabeza! Estaba ansiosa por reunirse con la Sabias, sin duda, para informar sobre lo que había estado haciendo. Iba a dejarla allí, estaba decidido.

«Lo que se desea no se puede tener. Lo que no se puede tener es lo que se desea.» Lews Therin se echó a reír como un poseso. Ya no lo molestaba a Rand como al principio. No tanto. Lo que había que soportar por fuerza, podía aguantarse.

Discutiendo quién iba delante, Corman y Havien dejaron atrás a sus hombres, pero aun así formaban una procesión con las Doncellas y los Escudos Rojos siguiéndolos de cerca, atestando el corredor. Éste daba una agobiante sensación de lobreguez pese a las lámparas encendidas. Apenas había colorido en ninguna parte, salvo en los contados tapices, y los cairhieninos trataban de compensar esa nota

discrepante haciendo que la composición tuviera una rigurosa simetría, ya fuera un tema de flores o pájaros, de ciervos o leopardos en una cacería o de nobles en una batalla. En lo tocante a los sirvientes, que se apartaban con presteza a su paso, las libreas se limitaban generalmente a unas franjas de color en los puños y la insignia de la casa bordada en la pechera; de vez en cuando, el cuello o las mangas con los colores de la casa, y muy rara vez la chaqueta o el vestido en su totalidad. Sólo los sirvientes de alto rango lucían más colores. A los cairhieninos les gustaban el orden y les desagradaba la ostentación. De tanto en tanto, una hornacina exhibía un cuenco dorado o un jarrón de los Marinos, pero austeros y de líneas rectas, procurando disimular las curvas si es que tenían alguna. Cada vez que el pasillo desembocaba en una balconada cuadrada con columnas y abajo había un jardín, los muros marcaban los límites de un trazado en cuadrículas exactas, cada arriate del mismo tamaño, los arbustos y los pequeños árboles podados y espaciados con uniforme precisión. Si la sequía y el calor hubiesen permitido que nacieran flores, Rand estaba convencido de que también habrían crecido en líneas rectas.

Rand deseó que Dyelin pudiera ver aquellos jarrones y cuencos. Los Shaido se habían llevado todo lo que podía cogerse por dondequiera que habían pasado en su marcha a través de Cairhien, y habían quemado lo que no podían llevarse; sin embargo, esa actitud violaba el *ji'e'toh*. Los Aiel que seguían a Rand y que habían salvado a la ciudad también se habían apropiado de cosas, pero de acuerdo con sus leyes; cuando tomaban un lugar por medio de la batalla se les permitía coger un quinto de lo que contenía, y ni una cuchara más. Bael había accedido, a regañadientes, a renunciar incluso a ese quinto en Andor, pero Rand pensaba que nadie habría dicho que faltaba nada aquí a no ser que tuviera una lista exhaustiva de todos y cada uno de los objetos.

A pesar de su discusión, Corman y Havien no lograron encontrar a Rhuarc ni a Berelain antes de que éstos les salieran al paso.

Los dos acudieron solos, sin séquitos, a encontrarse con Rand en uno de los balcones y con ello consiguieron que se sintiera ridículo, como si estuviera dirigiendo un desfile. Rhuarc, con su *cadin'sor*, el cabello rojo oscuro surcado de hebras grises, empequeñecía a Berelain, una bonita joven de tez pálida, ataviada con un vestido azul y blanco de escote lo bastante bajo para que Rand carraspeara cuando ella se inclinó en una reverencia. Rhuarc, que llevaba el *shoufa* envuelto flojamente alrededor de cuello, no iba armado salvo por el pesado cuchillo Aiel. Ella lucía la Diadema del Principal, un dorado halcón en vuelo ciñendo el negro cabello que le caía en ondas sobre los hombros desnudos.

Quizás era mejor que Aviendha se hubiese marchado; a veces tenía reacciones violentas contra mujeres de las que incluso sólo sospechara que se le insinuaban.

De repente cayó en la cuenta de que Lews Therin estaba tarareando de forma

poco melodiosa. Había algo en ello que resultaba inquietante, pero ¿qué? Sí. Tarareaba entre dientes, como un hombre admirando a una mujer que no es consciente de su presencia.

«¡Basta! —gritó mentalmente—. ¡Deja de mirar a través de mis ojos!» Imposible saber si lo había oído —¿acaso había alguien para que pudiera oírlo?—, pero el tarareo cesó.

Havien hincó una rodilla en el suelo, pero Berelain le hizo un gesto para que se levantara, casi distraídamente.

—Confío en que todo le vaya bien a mi señor Dragón. Y a Andor. —La mujer tenía esa clase de voz que hacía que un hombre la escuchara—. Y también a vuestros amigos, Mat Cauthon y Perrin Aybara.

—Todo marcha bien —respondió Rand. Siempre le preguntaba por Mat y Perrin, por muchas veces que le dijera que uno estaba de camino a Tear y que al otro no lo veía desde antes de partir hacia el Yermo—. ¿Y a vosotros dos?

Berelain echó una mirada a Rhuarc mientras ambos se colocaban uno a cada lado de Rand para proseguir la marcha por el siguiente tramo del pasillo.

—Todo lo bien que podría esperarse, mi señor Dragón.

—Bien, Rand al'Thor —respondió Rhuarc. En su rostro apenas había expresión; claro que rara vez la había.

Rand sabía que ambos comprendían por qué había puesto a Berelain a cargo allí: razones de fría lógica. Había sido la primera dirigente en ofrecerle alianza por propia iniciativa y podía confiar en ella porque lo necesitaba, ahora más que nunca después de esa alianza, para que Tear no se abalanzara sobre Mayene. Los Grandes Señores habían intentado siempre tratar a Mayene como una provincia. Además, siendo como era una extranjera de una pequeña nación situada a cientos de leguas al sur, Berelain no tenía razón para favorecer a una facción de Cairhien en detrimento de otra. Tampoco tenía aspiraciones de hacerse con el poder, y sabía cómo dirigir un país. Por razones de fría lógica. Dado lo que los Aiel sentían hacia Cairhien y viceversa, poner a Rhuarc a cargo habría conducido a un baño de sangre, y Cairhien ya había tenido más que de sobra en ese aspecto.

El arreglo parecía funcionar bien. Como con Semaradrid y Weiramon en Tear, los cairhieninos aceptaban a la mayeniense como gobernadora tanto porque no era Aiel como porque Rand la había nombrado para el cargo. Berelain sabía lo que estaba haciendo, y al menos escuchaba los consejos ofrecidos por Rhuarc, que hablaba en nombre de los jefes de clan que permanecían en Cairhien. Seguramente también tenía que tratar con las Sabias —quienes renunciarían a entremeterse, lo que ellas no veían como tal, un día después de que las Aes Sedai hicieran lo propio—, pero hasta ahora no las había mencionado.

—¿Y Egwene? —preguntó Rand—. ¿Se encuentra mejor?

Berelain apretó levemente los labios. No le gustaba Egwene. Claro que a Egwene tampoco le caía bien ella. No había razón para que existiera ese mutuo desagrado, que él supiera, pero ahí estaba.

Rhuarc extendió las manos.

—Sí, por lo poco que Amys accede a contarme. —Además de ser una Sabia, Amys era su esposa. Una de sus esposas; tenía dos, y ésta era una más de las extrañas costumbres Aiel que a Rand le resultaban chocantes—. Dice que Egwene necesita descansar, hacer un poco de ejercicio ligero, comida en abundancia y aire fresco. Creo que da paseos en las horas de menos calor.

Berelain le lanzó una mirada sesgada; la tenue capa de transpiración de su rostro no desmerecía su belleza, pero Rhuarc, por supuesto, no sudaba ni pizca.

—Me gustaría verla. Si las Sabias lo permiten —añadió Rand. Las Sabias eran tan celosas de sus prerrogativas como cualquier Aes Sedai que él conocía, y se aseguraban de dejarlas muy claras con los jefes de septiar, los jefes de clan y quizá más que nadie con el *Car'a'carn*—. Pero antes nos…

Un ruido había ido cobrando nitidez a medida que se acercaban a otro tramo donde una de las paredes del corredor era reemplazada por una balaustrada de columnas: el golpeteo de espadas de práctica. Echó una ojeada hacia abajo al pasar. Al menos, ésa era su intención, pero lo que vio lo dejó mudo y lo hizo pararse en seco. Bajo la atenta vigilancia de un envarado cairhienino vestido con una lisa chaqueta gris, una docena de mujeres sudorosas se entrenaban por parejas, algunas vestidas con faldas pantalón y otras con ropas masculinas. La mayoría ejecutaba los pasos torpemente, aunque con energía, en tanto que otras pasaban de una postura a otra con gracilidad, bien que movían con inseguridad las armas, hechas con un haz de varillas torneadas. Todas exhibían el mismo gesto de inflexible determinación, aunque esa expresión ceñuda daba paso a una risa atribulada cuando cualquiera de ellas se daba cuenta de que había cometido un error.

El tipo envarado dio unas palmas, y las jadeantes mujeres se recostaron en sus espadas de práctica; algunas sacudieron los brazos, que, obviamente, no estaban habituados a este tipo de ejercicio. Unos sirvientes, que hasta entonces habían permanecido fuera del radio visual de Rand, aparecieron presurosos haciendo reverencias e inclinaciones de cabeza a izquierda y derecha mientras ofrecían bandejas con jarras y copas. No obstante, si eran realmente sirvientes sus libreas resultaban raras tratándose de Cairhien. Vestían de blanco, tanto mujeres como hombres.

—¿Qué es esto? —preguntó Rand.

Rhuarc hizo un ruido de desagrado.

—Algunas cairhieninas están muy impresionadas con las Doncellas —contestó, sonriente, Berelain—. Quieren ser Doncellas. Sólo que con espada, supongo, no con

lanzas.

Sulin adoptó una postura estirada de indignación, y el lenguaje de las señas relampagueó entre las Doncellas; los gestos parecían ultrajados.

—Éstas son hijas de casas nobles —continuó Berelain—. Las dejo estar aquí porque sus padres no permitirían algo así. Hay casi una docena de escuelas en la ciudad ahora que enseñan esgrima a mujeres, pero muchas tienen que escabullirse para asistir a las clases. Y no ocurre sólo con las mujeres, claro está. Los cairhieninos más jóvenes en general parecen muy impresionados con los Aiel. Están adoptando el *ji'e'toh*.

—Lo están machacando —gruñó Rhuarc—. Muchos preguntan sobre nuestras costumbres y ¿quién se niega a enseñar a alguien que podría aprender lo que es correcto, aunque sea un Asesino del Árbol? —Parecía a punto de escupir—. Pero cogen lo que se les dice y lo cambian.

—No lo cambian realmente —protestó Berelain—. Sólo lo adaptan, creo.

Rhuarc enarcó levemente las cejas y la mujer suspiró. El rostro de Havien era la viva imagen de la afrenta al ver así desafiada la opinión de su dirigente. Ni Rhuarc ni Berelain lo advirtieron; ambos estaban atentos a Rand, el cual tenía la impresión de que ésta era una discusión que sostenían los dos a menudo.

—Lo cambian —insistió deliberadamente Rhuarc—. Esos necios de ahí abajo dicen que son *gai'shain*. ¡*Gai'shain*!

Los otros Aiel murmuraron; hubo otro intercambio del lenguaje de señas entre las Doncellas. Por su parte, Havien parecía un tanto inquieto.

—¿En qué batalla o asalto fueron capturados? ¿Qué *toh* han contraído? —inquirió el jefe de clan—. Confirmasteis mi prohibición de combatir en la ciudad, Berelain Paeron, pero sostienen duelos dondequiera que piensan que no serán descubiertos, y el perdedor se viste de blanco. Si uno golpea al otro yendo ambos armados, el que recibe el golpe aboga por un duelo y, si se le niega, se viste de blanco. ¿Qué tiene eso que ver con honor y obligación? Lo cambian todo y hacen cosas que abochornarían incluso a un sharamanés. Tendría que ponerse fin a esto, Rand al'Thor.

La mandíbula de Berelain se tensó en un gesto obstinado y apretó los puños contra la falda.

—Los jóvenes luchan siempre. —Su tono era lo bastante prepotente para que uno olvidara que ella misma era joven—. Pero desde que empezaron con esto nadie ha muerto en un duelo. Nadie. Eso por sí solo hace que merezca la pena dejarlos que continúen. Además de lo cual, me he enfrentado a padres y madres, algunos poderosos, que querían que enviara a sus hijas de vuelta a casa. No les negaré a esas jóvenes lo que les prometí.

—Pues que se queden aquí si queréis —replicó Rhuarc—. Dejad que aprendan «esgrima», si gustan. Pero impedidles que proclamen estar siguiendo el *ji'e'toh*. Que

dejen de vestirse de blanco y de afirmar que son *gai'shain*. Lo que hacen es una ofensa. —Sus gélidos ojos azules se clavaron en Berelain, pero los grandes y oscuros ojos de la mujer permanecieron prendidos en Rand.

Éste sólo vaciló un momento. Creía entender lo que impulsaba a los jóvenes cairhieninos hacia el *ji'e'toh*. Dos veces conquistados por los Aiel en veintitantos años, tenían por fuerza que preguntarse si el secreto radicaba en eso. O quizá pensaban que sus derrotas demostraban que el modo Aiel era mejor. Obviamente los Aiel estaban molestos por lo que veían como una mofa de sus creencias, pero, a decir verdad, algunas de las formas en que los Aiel se convertían en *gai'shain* parecían igualmente peculiares. Por ejemplo, hablar a un hombre de su suegro o a una mujer de su suegra —padre segundo y madre segunda, en términos Aiel— se consideraba lo bastante hostil para justificar el uso de las armas a menos que ellos los hubiesen mencionado antes. Si la parte ofendida en cambio tocaba al otro después de que hubiese hablado, con respecto al *ji'e'toh* era lo mismo que tocar a un enemigo armado sin herirlo. Eso proporcionaba mucho ji y hacía incurrir en mucho *toh*, pero el que era tocado podía demandar ser hecho *gai'shain* para disminuir el honor del otro y su propia obligación. Debido al *ji'e'toh*, una demanda adecuada de ser hecho *gai'shain* tenía que cumplirse, de modo que un hombre o una mujer podía acabar como *gai'shain* por mencionar a la suegra de alguien. No mucho menos absurdo que lo que estos cairhieninos estaban haciendo. Sin embargo, todo se reducía a un único punto relevante: había puesto a cargo a Berelain y tenía que apoyarla. Tan simple como eso.

—Los cairhieninos os ofenden por el mero hecho de ser cairhieninos, Rhuarc. Déjalos estar. ¿Quién sabe? A lo mejor acaban aprendiendo lo bastante para que ya no tengáis motivo para seguir odiándolos.

Rhuarc gruñó con desagrado y Berelain sonrió. Para sorpresa de Rand, por un instante le pareció que la mujer estaba a punto de sacarle la lengua al jefe de clan. Naturalmente, tenía que haber sido imaginación suya. Berelain era sólo unos pocos años mayor que él, pero ya gobernaba Mayene cuando él todavía cuidaba ovejas en Dos Ríos.

Rand mandó volver a sus puestos de guardia a Corman y a Havien y siguió adelante con Rhuarc y Berelain a cada lado y el resto siguiéndolos de cerca. Un desfile. Sólo faltaban tambores y trompetas.

El golpeteo de las espadas de práctica empezó de nuevo a su espalda. Otro cambio, por pequeño que fuese. Ni siquiera Moraine, a pesar de haber estudiado largo tiempo las Profecías del Dragón, sabía si el que él volviera a desmembrar el mundo significaba que daría inicio a una nueva Era, pero de lo que sí estaba seguro era de que traía cambios, de un modo u otro. Al parecer, tantos por casualidad como a propósito.

Cuando llegaron a la puerta del estudio que Berelain y Rhuarc compartían —unos

soles nacientes que decoraban los paneles de oscura madera indicaban algún uso oficial de la realeza en el pasado— Rand se paró y se volvió hacia Sulin y Urien. Si no podía prescindir de todos estos guardianes allí, entonces no había ningún lugar donde pudiera.

—Tengo previsto regresar a Caemlyn mañana, una hora más o menos después de la salida del sol. Hasta entonces, visitad las tiendas, reuníos con vuestros amigos e intentad no iniciar ninguna enemistad de sangre. Si insistís, dos de vosotros podéis quedaros por aquí para protegerme de los ratones; no creo que nada más grande salte sobre mí en este lugar.

Urien esbozó una ligera sonrisa y asintió, aunque hizo un gesto hacia un cairhienino y murmuró:

—Los ratones pueden ser grandes aquí.

Por un instante pensó que Sulin iba a discutir. No obstante, la mirada de desafío duró sólo un instante antes de que asintiera también, aunque todavía con los labios apretados. Sin duda tendría que escuchar su protesta una vez que sólo estuvieran presentes Doncellas.

El estudio, una estancia amplia, presentaba fuertes contrastes incluso ahora que lo veía por segunda vez. En el alto techo con adornos de escayola, las líneas rectas y pronunciados ángulos trazaban una sucesión de complejos dibujos repetidos, y alrededor de las paredes también, así como en un ancho hogar recubierto con mármol de un color azul profundo. En el centro había una mesa enorme, cubierta de papeles y mapas, que marcaba una especie de límite. Los dos altos ventanales a un lado del hogar estaban adornados con macetas de barro sobre taburetes, llenos de pequeñas plantas en las que crecían unas pocas flores diminutas, rojas y blancas. A ese lado de la mesa un gran tapiz representaba barcos en el mar y hombres tirando de redes llenas de peces clavo, la fuente de riqueza de Mayene. Un bastidor de bordar, con aguja e hilo rojo colgando de una labor a medio terminar, reposaba sobre una silla de respaldo alto, lo bastante ancha para que Berelain se sentara enroscada en ella si quería. Sólo había una alfombra en esa mitad de la habitación, con dibujos a semejanza de flores doradas, rojas y azules, y en una mesita colocada junto a la silla había una jarra de vino y copas sobre una bandeja de plata, así como un libro delgado con encuadernación roja y una tira de cuero taraceada en oro, que señalaba el sitio de Berelain.

El suelo al otro lado de la mesa estaba cubierto de alfombrillas de colores intensos y variados, con cojines de borlas en rojo, azul y verde repartidos por el suelo. Había una bolsa de tabaco, una pipa de cañón corto y un par de tenacillas colocadas junto a un brasero de bronce cubierto, encima de un pequeño arcón forrado de bronce, mientras que encima de otro arcón ligeramente más grande, reforzado con tiras de hierro, había una talla en marfil de un animal de aspecto desgalichado que

Rand dudaba que existiera realmente. Dos docenas de libros de todos los tamaños, desde uno lo bastante pequeño para caber en un bolsillo de la chaqueta hasta otro tan sumamente grande que hasta Rhuarc necesitaría las dos manos para levantarlo, formaban una ordenada hilera sobre el suelo, a lo largo de la pared. Los Aiel hacían todo lo que necesitaban en el Yermo, excepto libros; los buhoneros habían ganado fortunas entre los Aiel transportando únicamente libros.

—Bien —dijo Rand cuando la puerta se hubo cerrado, dejándolo a solas con Rhuarc y Berelain—. ¿Cómo van realmente las cosas?

—Como dije —contestó Berelain—. Todo lo bien que cabía esperar. Se habla mucho en las calles de Caraline Damodred y Toram Riatin, pero la gran mayoría de la gente está demasiado cansada para desear otra guerra durante un tiempo.

—Se comenta que diez mil soldados andoreños se les han unido. —Rhuarc empezó a llenar su pipa—. Los rumores siempre multiplican las cifras por diez cuando no por veinte, pero aun así representa un problema de ser cierto. Los exploradores dicen que no son muchos, pero si se los deja crecer podrían acabar siendo una molestia. La mosca amarilla es casi demasiado pequeña para verla a simple vista; pero, si pone sus huevos en tu piel, habrás perdido un brazo o una pierna antes de que se incuben… si es que no acaban contigo.

Rand gruñó sin comprometerse. La rebelión de Darlin en Tear no era la única a la que se enfrentaba. La casa Riatin y la casa Damodred, las últimas dos que habían estado en posesión del Trono del Sol, habían sido enemigas implacables antes de que llegara Rand y probablemente volverían a serlo si desaparecía, pero ahora habían dejado a un lado la rivalidad —al menos en apariencia; lo que había realmente debajo de la apariencia podía ser algo completamente distinto tratándose de cairhieninos— y, al igual que Darlin, se proponían reunir fuerzas en algún lugar que Toram y Caraline consideraban seguro. En su caso, las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo, tan lejos de la ciudad como les era posible sin salir del país. Habían reunido una mezcolanza de gente, como Darlin: nobles, principalmente de rango medio; campesinos desplazados; algunos mercenarios declarados; y quizás unos cuantos malhechores. Ahí también podía estar la mano de Niall, como era en el caso de Darlin.

Esas estribaciones no eran ni mucho menos tan impenetrables como Haddon Mirk, pero Rand no había ordenado un ataque de castigo; tenía demasiados enemigos en infinidad de sitios. Si se detenía para aplastar la mosca amarilla de Rhuarc aquí, podía encontrarse con un leopardo en la espalda en algún otro sitio. Se proponía abatir primero al leopardo. Sólo que ojalá supiera dónde estaban todos los leopardos.

—¿Qué se sabe de los Shaido? —preguntó mientras soltaba el Cetro del Dragón sobre un mapa medio enrollado. Representaba el norte de Cairhien y las montañas llamadas Daga del Verdugo de la Humanidad. Puede que los Shaido no fueran un

leopardo tan grande como Sammael, pero sí un peligro mucho mayor que el Gran Señor Darlin o lady Caraline. Berelain le tendió una copa de vino, y él le dio las gracias.

—¿Han dicho algo las Sabias sobre las intenciones de Sevanna?

Había esperado que al menos una o dos podrían mirar y escuchar un poco cuando Sevanna viajara hacia la Daga del Verdugo de la Humanidad. Apostaría a que las Sabias Shaido lo habían hecho cuando ellos llegaron al río Gaelin. No comentó ni lo uno ni lo otro, claro es. Puede que los Shaido hubiesen abandonado el *ji'e'toh*, pero Rhuarc tenía un punto de vista tradicional Aiel respecto a espiar. Los puntos de vista de las Sabias eran otro cantar, desde luego, aunque exactamente en qué no era cosa fácil de precisar.

—Dicen que están construyendo dominios. —Rhuarc hizo una pausa y utilizó el par de tenazas para coger una brasa del cuenco del brasero y encender con ella la pipa. Cuando hubo soltado la primera bocanada de humo, prosiguió—: Dicen que no creen que los Shaido tengan intención de regresar jamás a la Tierra de los Tres Pliegues. Soy de la misma opinión.

Rand se pasó los dedos por el cabello. Caraline y Toram iniciando una rebelión, y los Shaido instalándose a este lado de la Pared del Dragón. Una combinación mucho más peligrosa que Darlin. Y el dedo invisible de Alanna dando la impresión de estar a punto de tocarlo.

—¿Hay más buenas noticias?

—Se combate en Shamara —informó Rhuarc sin quitarse la pipa de la boca.

—¿Dónde? —preguntó Rand.

—En Shamara. O Shara. Sus habitantes le dan muchos nombres a su tierra: Co'dansin, Tomaka, Kigali, y otros. Cualquiera podría ser cierto, o ninguno. Esa gente miente sin pensar. Desenrolla todas las piezas de seda que les compres o descubrirás que sólo la parte de fuera es seda. Y si la próxima vez en el centro de comercio resulta que encuentras al hombre con el que ya has tratado, negará haberte visto antes o haber venido a comerciar con anterioridad. Si insistes, los otros lo matarán para apaciguarte y entonces dirán que sólo él podía tratar con sedas, e intentarán venderte agua como vino.

—¿Por qué las luchas en Shara son buenas noticias? —inquirió Rand quedamente. En realidad no quería oír la respuesta.

Berelain estaba escuchando con auténtico interés; nadie salvo los Aiel y los Marinos sabía gran cosa sobre las tierras prohibidas que se encontraban más allá del Yermo aparte de que el marfil y la seda venían de allí. Eso y los relatos de Los viajes de Jain el Galopador, los cuales eran probablemente demasiado fantasiosos para ser verdad. Aunque, ahora que lo pensaba, Rand recordaba que lo de mentir se mencionaba, y lo de los nombres diferentes, salvo que los ejemplos dados por Jain el

Galopador no coincidían con ninguno de los mencionados por Rhuarc, que él recordara.

—Nunca hay luchas en Shara, Rand al'Thor. Se dice que la Guerra de los Trollocs fue como una plaga para ellos. —Los trollocs habían entrado también en el Yermo de Aiel; desde entonces, los trollocs le daban el nombre de Tierra de la Muerte—. Sin embargo, si desde entonces ha habido alguna batalla no ha llegado la noticia a los centros de comercio. Tampoco es que lleguen muchas noticias dentro de los muros de los centros sobre nada de lo que ocurre fuera de ellos. Dicen que su tierra siempre ha sido una, no muchas como aquí, y que siempre hay paz. Cuando llegaste de Rhuidean como el *Car'a'carn*, se corrió la noticia sobre ti y sobre el título que te dan aquí los habitantes de las tierras húmedas: el Dragón Renacido. La noticia llegó hasta los centros de comercio a lo largo de la Gran Falla y los Riscos del Alba. —Los ojos de Rhuarc traslucían calma y firmeza; esto no lo alteraba—. La noticia llega ahora a través de la Tierra de los Tres Pliegues: hay luchas en Shara, y los sharamaneses de los centros de comercio preguntan cuándo desmembrará el mundo el Dragón Renacido.

De repente el vino le supo amargo. Otro lugar como Tarabon y Arad Doman, desgarrado por el mero hecho de haber tenido noticias de su aparición. ¿Hasta dónde se extendía la reacción provocada por su presencia? ¿Se estarían librando batallas de las que nunca tendría noticia, en unas tierras de las que nunca oiría hablar, por causa suya?

«La muerte cabalga conmigo —murmuró Lews Therin—. La muerte me sigue los pasos. Soy la muerte.»

Sacudido por un estremecimiento, Rand soltó la copa en la mesa. ¿Cuánto de las Profecías, cuántos de todos aquellos grandilocuentes circunloquios e insinuaciones tentadoras en verso se requería que se cumplieran? ¿Se esperaba de él que añadiera Shara, o como quiera que se llamara realmente, a Cairhien y al resto? ¿El mundo entero? ¿Cómo, si ni siquiera era capaz de conservar completamente Tear o Cairhien? Lograr algo así requeriría una vida entera. Andor. Aunque estuviese destinado a provocar la discordia en todas las naciones, la desintegración del mundo en su totalidad, conservaría Andor indemne para Elayne. De algún modo.

—Shara, o como quiera que se llame, está muy lejos de aquí. Hay que ir paso a paso, hacer una sola cosa a la vez, y Sammael es lo primero.

—Sammael, sí —convino Rhuarc.

Berelain se estremeció y apuró de un trago su copa. Durante un rato hablaron de los Aiel que todavía marchaban hacia el sur. Rand se proponía que la tenaza preparada en Tear fuera patentemente lo bastante grande para aplastar cualquier cosa que Sammael pudiera poner a su paso. Rhuarc parecía satisfecho; fue Berelain la que protestó de que hacía falta que se quedaran más fuerzas en Cairhien. Hasta que

Rhuarc la hizo callar. La mujer masculló algo sobre que era demasiado testarudo para su propio bien, pero cambió el tema hacia los esfuerzos que se estaban llevando a cabo para reinstalar granjeros en el país. Opinaba que para el año siguiente no sería necesario traer grano de Tear. Si es que terminaba la sequía, claro. En caso contrario, Tear no tendría cereales para cubrir siquiera sus necesidades, cuanto menos para suministrarles a otros. Los primeros elementos para crear de nuevo la infraestructura comercial empezaban a surgir. Los mercaderes habían comenzado a llegar de Andor, Tear y Murandy y desde las Tierras Fronterizas. Incluso un barco de los Marinos había echado el ancla en el río esa misma mañana, cosa que a ella le resultaba chocante, encontrándose tan lejos del mar, pero que era bienvenido.

El semblante de Berelain adquirió una expresión intensa y su voz tomó un tono enérgico mientras caminaba alrededor de la mesa de trabajo para coger este o aquel montón de papeles, comentando lo que Cairhien necesitaba comprar y qué podía permitirse comprar; lo que había que vender ahora y lo que tendría para vender dentro de seis meses, de un año. Dependiendo del tiempo, claro está. Desestimó esto último con un gesto, como si no tuviera importancia, aunque lanzando al tiempo una mirada directa a Rand que le decía que era el Dragón Renacido y que, si había algún modo de acabar con el calor, debería encontrarlo. Rand la había visto perturbadoramente seductora, asustada, desafiante, encastillada en altivez y soberbia, pero nunca así. Parecía una mujer completamente distinta. Rhuarc, sentado en uno de sus cojines y chupando la pipa, parecía divertido al observarla.

—… esta escuela vuestra podría ser positiva —continuó la mujer mientras contemplaba con el entrecejo fruncido una larga hoja cubierta de una escritura clara y precisa—, si dejan de discurrir cosas nuevas el tiempo suficiente para hacer lo que ya han pensado hacer. —Se dio unos golpecitos en el labio inferior con un dedo, la mirada perdida en el vacío con gesto pensativo—. Dijisteis que se les diera todo el oro que pidieran, pero si me permitieseis cortarles el suministro hasta que hicieran…

Jalani se asomó por la puerta entreabierta —al parecer los Aiel no entendían que había que llamar antes— y dijo:

—Mangin está aquí para hablar con Rhuarc y contigo, Rand al'Thor.

—Dile que estaré encantado de hablar con él más tarde… —empezó Rand, pero Rhuarc lo interrumpió sugiriendo en voz queda:

—Deberías verlo ahora, Rand al'Thor.

El semblante del jefe de clan tenía una expresión seria; Berelain había vuelto a dejar el papel largo sobre la mesa y miraba fijamente el suelo.

—De acuerdo —accedió lentamente Rand.

La cabeza de Jalani desapareció tras la hoja de la puerta, y Mangin entró en la estancia. Era más alto que Rand y había sido uno de los que habían cruzado la Pared del Dragón para buscar a El que Viene con el Alba, uno de los pocos que habían

tomado la Ciudadela de Tear.

—Hace seis días maté a un hombre —empezó sin preámbulos—, un Asesino del Árbol, y quiero saber si tengo *toh* contigo, Rand al'Thor.

—¿Conmigo? —se extrañó Rand—. Puedes defenderte tú mismo, Mangin. ¡Luz, sabes que…! —Guardó silencio un momento, sosteniendo la mirada seria pero no temerosa, ciertamente, de sus grises ojos. Tal vez traslucían curiosidad. La expresión de Rhuarc no le aclaraba nada, y Berelain seguía eludiendo su mirada—. Te atacó, ¿no?

Mangin sacudió levemente la cabeza.

—Vi que merecía morir, así que lo maté. —Lo dijo en un tono coloquial, como quien comenta que ha visto sucios los sumideros y los ha limpiado—. Pero tú dijiste que no podíamos matar Asesinos del Árbol excepto en combate o si nos atacaban. ¿Tengo pues *toh* contigo?

Rand recordó lo que había dicho: «… mandaré que lo ahorquen». Sintió el pecho oprimido.

—¿Por qué merecía morir?

—Llevaba algo a lo que no tenía derecho —contestó Mangin.

—¿Qué? ¿Qué demonios llevaba, Mangin?

—Esto. —Fue Rhuarc quien contestó al tiempo que se tocaba el brazo izquierdo. Se refería al dragón enroscado en el antebrazo. Los jefes de clan no lo mostraban a menudo y apenas se referían a él; casi todo lo relacionado con las marcas estaba envuelto en el misterio y los jefes estaban conformes con que fuera así—. Era un trabajo hecho con agujas y tintas, desde luego.

Un tatuaje.

—¿Se quería hacer pasar por un jefe de clan? —Rand se dio cuenta de que estaba buscando una excusa: «… mandaré que lo ahorquen». Mangin había sido uno de los primeros en seguirlo.

—No —repuso Mangin—. Estaba bebiendo y presumiendo de lo que no habría debido llevar. Veo tus ojos, Rand al'Thor. —De repente sonrió—. Es un rompecabezas. Yo hice bien al matarlo, pero ahora tengo *toh* contigo.

—Hiciste mal. Sabías el castigo por asesinato.

—Una cuerda alrededor del cuello, como acostumbran estos hombres de las tierras húmedas. —Mangin asintió pensativamente—. Dime dónde y cuándo; allí estaré. Que encuentres agua y sombra hoy, Rand al'Thor.

—Que encuentres agua y sombra, Mangin —contestó tristemente Rand.

—Supongo —dijo Berelain en cuanto la puerta se hubo cerrado detrás de Mangin— que es cierto que acudirá voluntariamente a su ejecución. Oh, no me mires de ese modo, Rhuarc. No es mi intención poner en duda ni a él ni tampoco al honor Aiel.

—Seis días —siseó, furioso, Rand volviéndose hacia ella—. Sabíais por qué

estaba aquí. Lo sabíais los dos. Ocurrió hace seis días y me lo dejasteis a mí. Un asesinato es un asesinato, Berelain.

—No estoy acostumbrada a que un hombre acuda a mí y me confiese que acaba de cometer un asesinato. —La Principal adoptó una actitud regia, pero se notaba que estaba a la defensiva—. El condenado *ji'e'toh*. Los malditos Aiel y su puñetero honor.

Las maldiciones sonaban raras viniendo de su boca.

—No tienes motivo para enfadarte con ella, Rand al'Thor —intervino Rhuarc— El *toh* de Mangin es contigo, no con ella. Ni conmigo.

—Su *toh* era con el hombre al que mató —replicó fríamente Rand. Rhuarc pareció conmocionado por sus palabras—. La próxima vez que alguien cometa asesinato, no esperéis a que esté yo. ¡Cumplid la ley!

De ese modo, tal vez, no tendría que volver a dictar sentencia contra un hombre al que conocía y apreciaba. Pero lo haría si era preciso. Lo sabía, y ello lo entristeció. ¿En qué se había convertido?

«La rueda de la vida de un hombre —murmuró Lews Therin—. Sin clemencia. Sin piedad.»

18



Un poco de soledad

¿Hay más problemas de los que queréis que me ocupe? —El tono de Rand dejó claro que se refería a problemas que ellos podrían haber resuelto ya. Rhuarc sacudió ligeramente la cabeza; Berelain enrojeció—. Bien. Poned fecha para la ejecución de Mangin.

«Si duele mucho —dijo Lews Therin en un ronco susurro—, haz que el dolor lo sufra otro.» Era su responsabilidad. Su deber. Enderezó la espalda para impedir que aquella montaña lo aplastara.

—Colgadlo mañana. Decidle que así lo he dispuesto yo. —Hizo una pausa, lanzando una mirada iracunda, y entonces se dio cuenta de que estaba esperando el comentario de Lews Therin, no el de ellos dos. Esperando la voz de un hombre muerto; de un muerto demente—. Voy a la escuela.

Rhuarc comentó que las Sabias seguramente venían de camino desde las tiendas, y Berelain que los nobles tearianos y los cairhieninos por igual querrían saber dónde se había metido, pero Rand les contestó que les dijeran la verdad. Y que les dijeran también a todos ellos que no lo siguieran; que volvería cuando tuviera que volver. Los dos tenían un gesto como si se hubiesen tragado unas ciruelas amargas, pero Rand recogió el Cetro del Dragón y se marchó.

En el pasillo, Jalani y un Escudo Rojo de cabello rubio, no mucho mayor que ella, se incorporaron suavemente mientras intercambiaban una mirada rápida. Aparte de ellos no había nadie en el corredor excepto unos pocos sirvientes que se escabulleron enseguida. Uno de cada asociación; no era de extrañar, aunque Rand se preguntó si Urien no habría tenido que pelearse con Sulin para que fuera de ese modo.

Les indicó con una seña que lo siguieran y se encaminó directamente al establo más próximo, donde las cuadras eran del mismo mármol verde que las columnas que sostenían el alto techo. El primer mozo de cuadras, un tipo nervudo de grandes orejas, con el emblema del Sol Naciente de Cairhien en el corto chaleco de cuero, se quedó tan pasmado al ver aparecer a Rand con sólo dos Aiel de escolta que siguió mirando las puertas esperando ver entrar más e hizo tantas inclinaciones de cabeza entre ojeada y ojeada que Rand se preguntó si finalmente conseguiría o no un corcel. Empero, una vez que el hombre gritó «¡Un caballo para el señor Dragón!», seis

mozos de cuadra se apresuraron a preparar un castrado bayo de gran alzada y ojos fieros, con las bridas adornadas con flecos dorados y una silla de montar trabajada con oro sobre un sudadero azul claro, con flecos y con soles nacientes bordados en hilo de oro.

A pesar de lo deprisa que trabajaron, el orejudo primer mozo de cuadras se había marchado para cuando Rand subió a la silla. Posiblemente en busca del círculo de seguidores que el Dragón Renacido debía tener. O para decirle a alguien que Rand se marchaba de palacio prácticamente solo. Cairhien era así. El esbelto castrado tenía ganas de retozar, pero mientras todavía intentaba acompasar sus movimientos Rand lo hizo salir trotando del recinto de palacio, pasando ante los sobresaltados guardias cairhieninos. No le preocupaba que hubiese asesinos tendiendo emboscadas por el aviso del tipo de orejas grandes; cualquiera que lo emboscara se encontraría que había ido al esquileo sin tijeras. Cualquier retraso, sin embargo, y seguramente estaría rodeado de nobles en tal número que le sería imposible marcharse sin ellos. Era agradable estar solo, para variar.

Echó una mirada a Jalani y al joven Aiel que trotaban junto al bayo. Dedric, creía que se llamaba; un Codarra del septiar Falla Jaern. Casi solo. Todavía podía sentir a Alanna, y Lews Therin gemía en la distancia sobre su Ilyena muerta. Nunca podía estar realmente solo. Quizá nunca volvería a estarlo. Aun así, lo que había de soledad en la situación presente, después de tanto tiempo, resultaba agradable.

Cairhien era una ciudad grande, con sus calles principales lo bastante anchas para empequeñecer al gentío que las abarrotaba. Cada vía se extendía recta como una flecha a través de colinas cortadas y trazadas en terrazas con piedra hasta el punto de que parecían obra del hombre, encontrándose con todas las otras calles en un ángulo recto. Por toda la urbe se alzaban enormes torres rodeadas de andamios de madera que casi ocultaban los complejos contrafuertes de arcos cuadrados; unas torres que parecían tocar el cielo y que se proponían llegar más arriba. Hacía veinte años que las legendarias torres inacabadas de Cairhien, una maravilla del mundo, habían ardido cual antorchas durante la Guerra de Aiel, pero todavía no se había llevado a cabo su reconstrucción.

Abrirse camino no era fácil, y el trote no duró mucho. Rand se había acostumbrado a que la muchedumbre se abriera para dejarle paso ante su habitual escolta, pero con los cientos de Aiel vestidos con *cadin'sor* que había a la vista entre el gentío que se desplazaba lentamente, no era lo mismo; no con sólo dos de escolta. Le pareció que algunos Aiel lo reconocían, pero hicieron caso omiso, contrarios a provocar turbación al llamar la atención cuando el *Car'a'carn* llevaba una espada y, algo no tan malo pero tampoco digno de aplauso, cabalgaba en un caballo. Para los Aiel, la vergüenza y la turbación eran mucho peor que el dolor, aunque por supuesto el *ji'e'toh* tenía que complicar las cosas con grados que Rand sólo entendía en parte.

Aviendha podía explicárselo, naturalmente; parecía querer convertirlo en un Aiel.

Muchas otras gentes abarrotaban también las calles: cairhieninos con su habitual vestimenta de tonos monótonos, pero también con las abigarradas y llamativas ropas de quienes habían vivido en extramuros antes de que ardiera; tearianos que sobresalían de la multitud por sacarles una cabeza a los otros, aunque sin llegar a la altura de los Aiel. Carros de bueyes y carretas tiradas por caballos se entremezclaban con la muchedumbre, cediendo el paso a cerrados carruajes lacados y a sillas de mano, a veces con el emblema de una casa. Los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías, exhibidas en bandejas, y los buhoneros las suyas transportadas en carros de mano; músicos, saltimbanquis y juglares actuaban en las esquinas de las calles. Tanto lo uno como lo otro eran cosas nuevas; antaño, Cairhien era una ciudad silenciosa, apagada, excepto en extramuros. Todavía quedaba algo de aquella sobriedad. Las tiendas conservaban letreros pequeños, sin exponer mercancías fuera. Y si los antiguos habitantes de extramuros seguían pareciendo tan ruidosos como siempre, riendo y gritándose unos a otros, discutiendo en mitad de la calle, los otros cairhieninos continuaban mirándolos con gazmoño desagrado.

Sólo los Aiel reconocían al jinete con la cabeza destocada y chaqueta azul con bordados en plata, aunque de vez en cuando alguien cercano echaba un par de miradas al sudadero de la montura. El Cetro del Dragón todavía no era muy conocido allí. Nadie se apartaba para dejarle paso. Rand se debatía entre la impaciencia y el placer de no ser el foco de todas las miradas.

La escuela estaba instalada en un palacio distante a casi dos kilómetros del Palacio del Sol, y que en tiempos había sido propiedad de lord Barthanes, ahora muerto y sin que nadie lo llorara; el edificio era un enorme montón de bloques cuadrados de piedra, con torres angulosas y severos balcones. Las altas puertas que daban al patio principal estaban abiertas, y cuando Rand entró a caballo se encontró con una bienvenida en toda regla.

Idrien Tarsin, que dirigía la escuela, estaba en los anchos escalones del otro extremo del patio; era una mujer fornida, con un sencillo vestido gris, que mantenía la espalda tan recta que daba la impresión de ser una cabeza más alta de lo que era realmente. No estaba sola. Docenas y docenas de personas se apiñaban en la escalera de piedra, hombres y mujeres vestidos con ropas en las que abundaba más la lana que la seda, y que con frecuencia estaban desgastadas y rara vez ornamentadas. Principalmente era gente mayor. Idrien no era la única que tenía más cabellos grises que negros o todo el pelo cano o incluso nada de pelo, aunque aquí y allí alguna cara más joven observaba con ansiedad a Rand. Por más joven se entendía diez o quince años mayor que él.

Eran, en cierto modo, los maestros, aunque aquello no era exactamente una escuela. Los alumnos acudían a aprender, sí —hombres y mujeres jóvenes se

asomaban, boquiabiertos, a todas las ventanas que daban al patio—, pero principalmente lo que Rand pretendía era reunir los conocimientos en un sitio. Había oído una y otra vez cuánto se había perdido en la Guerra de los Cien Años y en la Guerra de los Trollocs. ¿Y cuánto más debía de haber desaparecido en el Desmembramiento del Mundo? Si es que iba a desgarrar el mundo otra vez, se proponía crear depósitos donde el saber se preservara. Otra escuela igual existía ya en Tear, aunque desde hacía apenas nada de tiempo, y Rand había empezado a buscar un sitio en Caemlyn para hacer lo mismo.

«Nada sale como uno espera —murmuró Lews Therin—. No esperes nada y así no te llevarás una sorpresa. No esperes nada. Nada.»

Rand ahogó aquella voz y desmontó.

Idrien acudió a recibirlo e hizo una reverencia. Como siempre, cuando se irguió, volvió a chocarle sobremanera que la mujer apenas le llegara al pecho.

—Bienvenido a la Escuela de Cairhien, mi señor Dragón.

Su voz era sorprendentemente dulce y juvenil, lo cual creaba un pasmoso contraste con los vulgares rasgos de su rostro. Rand había oído endurecerse esa voz, sin embargo, tanto con estudiantes como con maestros; Idrien llevaba las riendas de la escuela con mano firme.

—¿Cuántos espías tenéis en el Palacio del Sol? —preguntó suavemente a la mujer. Ella pareció sobresaltarse, quizá porque sugiriera semejante cosa, pero más probablemente porque una pregunta tan directa se consideraba de mala educación entre los cairhieninos.

—Hemos preparado una pequeña demostración. —En fin, tampoco Rand había esperado que le respondiera. Idrien miró a los dos Aiel como lo haría una mujer con dos enormes y mugrientos perros con malas pulgas, pero se contentó con aspirar ruidosamente el aire por la nariz—. Si mi señor Dragón quiere seguirme…

Rand la siguió, fruncido el entrecejo. ¿Una demostración de qué?

El vestíbulo de la escuela era una vasta cámara de brillantes columnas grises oscuras y baldosas de un gris más claro, con una balconada en mármol de vetas grises que recorría todo el perímetro, a una altura de casi seis metros. Ahora estaba bastante llena de… artilugios. Los maestros que se apiñaban detrás de él corrieron hacia aquellos artefactos. Rand se quedó mirando de hito en hito, recordando de repente que Berelain había dicho algo sobre que la escuela estaba fabricando cosas. Pero ¿qué?

Idrien se lo dijo —más o menos— mientras lo llevaba de un artilugio al siguiente, donde hombres y mujeres explicaban lo que habían creado. Rand entendió incluso un poco.

Un despliegue de mamparas y rasquetas y vasijas llenas de trozos de lino producían un papel más fino que cualquiera conocido hasta entonces, o eso es lo que

afirmaba su constructor. Un artilugio enorme con palancas y grandes chapas lisas era una prensa impresora, mucho mejor que las que había ahora en uso, según su constructor. Dedric mostró mucho interés en este artefacto, hasta que Jalani al parecer decidió que el joven Aiel debería estar alerta por si alguien intentaba atacar al *Car'a'carn*; le asestó un tremendo pisotón, y el Aiel cojeó en pos de Rand. Había un arado sobre ruedas pensado para abrir seis surcos a la vez —al menos eso Rand pudo reconocerlo; pensó que podría funcionar— y otra cosa con tiros para caballos que se suponía que recogía el heno en lugar de hombres con guadañas, y un nuevo tipo de telar que era más fácil de manejar, según dijo el tipo que lo había hecho. Había modelos a escala, en madera pintada, de viaductos para llevar agua a lugares donde los pozos se estaban secando, de sumideros y alcantarillas para Cairhien, incluso una mesa llena con una exhibición de minúsculas figuras de hombres y carros, grúas y rodillos para mostrar cómo podían construirse y pavimentarse las calzadas tan bien como se había hecho en tiempos remotos.

Rand ignoraba si alguna de esas cosas funcionaría, pero varias parecían merecedoras de intentarlo al menos. Aquel arado, por ejemplo, vendría bien si Cairhien volvía a proveerse a sí misma de nuevo. Le diría a Idrien que lo construyeran. No, le encargaría a Berelain que se lo dijera ella. «Respeta siempre los rangos de autoridad en temas públicos —le había dicho Moraine—, a menos que quieras saltarte a alguien y rebajarlo.»

Sabía que entre los maestros estaba Kin Tovere, un fornido fabricante de lentes que no dejaba de enjugarse la calva cabeza con un pañuelo de rayas. Aparte de anteojos de distintos tamaños —«Con esto se pueden contar los pelos de la nariz de un tipo a un kilómetro», decía; era su forma de hablar—, tenía una lente tan grande como su cabeza, un plano de un visor donde instalarla y varias más iguales, un artilugio de seis metros de largo; nada menos que un aparato para mirar las estrellas. En fin, Kin siempre quería mirar cosas lejanas.

Idrien traslucía una expresión de tranquila satisfacción mientras Rand estudiaba el plano de maese Tovere. A ella sólo le interesaban las cosas prácticas. Durante el asedio de Cairhien, ella misma había construido una gigantesca ballesta, toda palancas y poleas, que disparaba una pequeña lanza a casi dos kilómetros con fuerza suficiente para atravesar a un hombre. De hacerse las cosas a su manera, no se habría perdido tiempo en nada que no comportara utilidad real.

—Construidlo —le dijo Rand a Kin. Tal vez no tuviese una función práctica, como el arado, pero le caía bien Tovere. Idrien suspiró y sacudió la cabeza, en tanto que Tovere se llenaba de alegría—. Y os concedo un premio de cien coronas de oro. Esto parece interesante.

Aquello provocó un sordo murmullo general, y Rand no habría sabido decir quién se había quedado más boquiabierto, si Tovere o Idrien.

Otras cosas expuestas en el vestíbulo hacían parecer a Tovere tan práctico y equilibrado como el constructor de calzadas; estaba el tipo de cara redonda que hacía algo con estiércol de vaca que terminaba con una llama azulada ardiendo al extremo de un tubo de bronce; ni siquiera él parecía saber para qué servía. O la larguirucha joven cuya invención era principalmente un armazón de papel sujeto por cuerdas y mantenido a flote por el calor que salía de un pequeño fuego en un brasero; masculló algo sobre volar —Rand estaba seguro de que era eso lo que había dicho— y de que las alas de los pájaros eran curvas —tenía dibujos de pájaros y de lo que parecían pájaros de madera— pero hablaba tan poco al estar en presencia del Dragón Renacido que Rand fue incapaz de entender una sola palabra más, y ciertamente Idrien no sabía explicar lo que era.

Y estaba el hombre calvo, con un surtido de tubos y cilindros de bronce, varillas y ruedas, todo ello cubriendo una pesada mesa marcada con arañazos recientes y con algunos boquetes que casi traspasaban el tablero. Por alguna razón, la mitad de la cara del hombre y una de sus manos estaban envueltas con vendas. Tan pronto como Rand apareció en el vestíbulo, el tipo se había puesto ansiosamente a encender un fuego debajo de uno de los cilindros. Cuando Rand e Idrien se detuvieron delante de él, movió una palanca y sonrió enorgullecido.

El artilugio empezó a temblar y a sisear expulsando vapor por dos o tres sitios. El siseo se convirtió en una especie de chillido y la cosa se puso a trepidar. Emitía unos gemidos ominosos. El chillido se volvió ensordecedor, y el invento se sacudía con tal fuerza que movía la mesa. El hombre calvo se lanzó sobre la mesa, quitando torpemente un tapón del cilindro más grande. El vapor salió en una nube y la cosa se quedó quieta. Mientras se chupaba los dedos quemados, el hombre se las ingenió para esbozar una débil sonrisa.

—Una creación de bronce muy bonita —dijo Rand antes de dejar que Idrien se lo llevara de allí—. ¿Para qué sirve? —preguntó en voz baja cuando se hubieron apartado lo suficiente para que el hombre no lo oyera. Idrien se encogió de hombros.

—Mervin no se lo ha dicho a nadie —contestó—. A veces suenan explosiones en sus aposentos lo bastante fuertes para que las puertas tiemblen, y ya se ha escaldado seis veces hasta ahora, pero afirma que traerá una nueva Era cuando consiga que funcione. —Miró a Rand con inquietud.

—Mervin tiene mi beneplácito para traerla si puede —replicó con sequedad. ¿A lo mejor esa cosa era para hacer música? ¿Con esos pitidos y chillidos?—. No veo a Herid. ¿Ha olvidado bajar?

Idrien volvió a suspirar. Herid Fel era un andoreño que, de algún modo, había acabado leyendo en la Biblioteca Real de Cairhien —un estudioso de historia y filosofía, se llamaba a sí mismo— y difícilmente la clase de persona que se ganaría el afecto de Idrien.

—Mi señor Dragón, nunca sale de su estudio, salvo para ir a la Biblioteca.

Marcharse requirió que hiciera un pequeño discurso, encaramado a una banqueta y con el Cetro del Dragón en el doblez del brazo, asegurándoles que sus inventos eran prodigiosos. Algunos podrían serlo, que él supiera. Después pudo escabullirse con Jalani y Dedric. Y con Lews Therin y Alanna. Dejaron tras de sí un parloteo satisfecho. Rand se preguntó si a cualquiera de ellos, aparte de Idrien, se le había pasado por la cabeza hacer un arma.

El estudio de Herid Fel se encontraba en uno de los pisos altos, donde la vista se reducía a las oscuras tejas de la escuela y una torre cuadrada y escalonada que tapaba todo lo demás. Herid decía que, de todos modos, él nunca miraba por las ventanas.

—Podéis esperar aquí —dijo Rand al llegar a la estrecha puerta (también el cuarto al otro lado lo era) y se sorprendió cuando Jalani y Dedric accedieron de inmediato.

Entonces encajaron muchos pequeños detalles. Desde que había salido de la reunión con Rhuarc y Berelain, Jalani no le había lanzado una sola mirada desaprobadora a la espada, algo que tenía por costumbre. Ni ella ni Dedric habían dedicado ni una ojeada al caballo en el establo ni hicieron ningún comentario despectivo sobre que sus propias piernas deberían bastarle, otra cosa que la Doncella repetía con regularidad.

Como confirmación, cuando Rand se volvió hacia la puerta, Jalani dirigió una breve mirada a Dedric, de la cabeza a los pies. Breve, pero con un innegable interés y acompañada de una sonrisa. Por su parte, Dedric hizo caso omiso de ella de una manera tan ostentosa que tanto habría dado si la hubiese mirado de hito en hito. Así era el estilo Aiel: fingir que no se había dado cuenta hasta que ella dejara mucho más claro su interés. Jalani habría hecho lo mismo si hubiese sido él el que hubiera empezado a echar miraditas.

—Que disfrutéis —dijo Rand por encima del hombro, lo cual provocó dos miradas sobresaltadas, y entró.

El pequeño cuarto estaba atestado de libros, pergaminos y montones de papel, o ésa era la impresión que daba. Las abarrotadas estanterías cubrían las paredes hasta el techo, excepto el hueco de la puerta y las dos ventanas abiertas. Libros y papeles tapaban la mesa que ocupaba gran parte del suelo, se amontonaban desordenadamente sobre una silla, e incluso en algunos de los pocos huecos libres que quedaban en el suelo. Herid Fel era un hombre fornido que parecía que hubiese olvidado cepillarse el ralo cabello gris esa mañana. La pipa que sostenía entre los dientes estaba apagada, y la ceniza de tabaco salpicaba la pechera de su arrugada chaqueta marrón.

Miró a Rand, parpadeando, un instante y luego dijo:

—Ah. Sí. Por supuesto. Estaba a punto de…

Frunció el entrecejo al bajar la vista hacia el libro que tenía en las manos y

después se sentó detrás de la mesa y rebuscó entre algunas hojas sueltas que tenía delante mientras mascullaba algo. Volviendo a la página del título del libro, se rascó la cabeza. Finalmente miró de nuevo a Rand y volvió a parpadear con sorpresa.

—Oh, sí. ¿De qué queríais hablar?

Rand quitó los libros y los papeles de la otra silla y los puso en el suelo, dejó encima del montón el Cetro del Dragón y se sentó. Había intentado hablar con otros allí, filósofos e historiadores, mujeres eruditas y estudiosos, y era igual que intentar que una Aes Sedai se definiera. Estaban muy seguros de lo que sabían con certeza, y, en cuanto a lo demás, soltaban un diluvio de palabras que no significaban nada. Se enfadaban si uno los presionaba —parecían pensar que se dudaba de sus conocimientos, algo que aparentemente era un gran pecado— o aumentaban el torrente de palabras hasta que Rand no sabía lo que la mitad de ellas significaba o se tornaban obsequiosos tratando de descubrir qué quería oír para así decírselo. Herid era diferente. Una de las cosas que parecía olvidar siempre era que Rand era el Dragón Renacido, lo que a él le parecía estupendo.

—¿Qué sabéis sobre Aes Sedai y Guardianes, Herid? Respecto al vínculo que los une.

—¿Guardianes? ¿Vínculo? Lo mismo que cualquiera que no sea Aes Sedai, supongo. —Herid chupó la pipa, aparentemente sin darse cuenta de que se había apagado—. ¿Qué es lo que queréis saber?

—¿Puede romperse?

—¿Romperse? Oh, no. No lo creo. A no ser que el Guardián o la Aes Sedai muera. Eso lo rompe. Creo. Recuerdo haber oído algo sobre el vínculo en una ocasión, pero no me acuerdo… —Su vista se detuvo sobre un montón de notas que había en la mesa, y Herid las acercó a él con las yemas de los dedos y se puso a leer, frunciendo el entrecejo y sacudiendo la cabeza. Las notas parecías estar escritas por él, pero al parecer ya no estaba de acuerdo con ellas.

Rand suspiró; casi creía que si volvía la cabeza rápidamente vería a Alanna asomándose por encima de su hombro.

—¿Qué hay de la pregunta que os hice la última vez? Herid… ¡Herid!

El fornido hombre levantó bruscamente la cabeza.

—Oh. Sí. Ah, una pregunta. La última vez. Tarmon Gai'don. Bien, no sé cómo será. Con trollocs, supongo. ¿Y Señores del Espanto? Sí. Señores del Espanto. Pero he estado pensando. No puede ser la Última Batalla. No creo que lo sea. Quizá cada Era ha tenido una Última Batalla. O la mayoría de ellas. —De repente bajó la vista a la pipa que tenía entre los dientes y empezó a rebuscar por la mesa—. Tengo un yesquero aquí, en alguna parte.

—¿Qué queréis decir con que no puede ser la Última Batalla? —Rand procuró que su voz sonara reposada. Herid siempre llegaba al meollo; sólo que había que

empujarlo hacia él.

—¿Qué? Sí, ése es el asunto. No puede ser la Última Batalla. Incluso si el Dragón Renacido vuelve a sellar la prisión del Oscuro tan bien como lo hizo el Creador. Cosa que no creo que sea capaz. —Se inclinó hacia adelante y bajó la voz a un tono conspirador—. Se diga lo que se diga en las calles, no es el Creador, ¿sabéis? Aun así, tiene que ser sellada por alguien. La Rueda, ¿comprendéis?

—No, no lo… —Rand dejó la frase en el aire.

—Sí, claro que lo comprendéis. Seríais un buen estudiante. —Se quitó la pipa de la boca y trazó un círculo en el aire con el cañón—. La Rueda del Tiempo. La Eras llegan y pasan y vuelven a llegar conforme la Rueda gira. Una repetición de todo el ciclo. —De repente marcó un punto en aquella imaginaria rueda—. Aquí la prisión del Oscuro está intacta. Aquí, abren un agujero en ella y se vuelve a sellar. —Movió el cañón de la pipa a lo largo del arco que había trazado—. Aquí estamos ahora. Los sellos se debilitan. Pero eso no importa, por supuesto. —El cañón de la pipa completó el círculo—. Cuando la Rueda vuelva en su giro aquí, donde abrieron el agujero la primera vez, la prisión del Oscuro tiene que quedar sellada de nuevo.

—¿Por qué? Quizá la próxima vez atraviesen el remiendo. A lo mejor es así como lo hicieron la última vez. Quiero decir que atravesaron lo que el Creador había hecho, que quizás abrieron la Perforación a través de un remiendo y no lo sabemos.

Herid sacudió la cabeza. Se quedó mirando la pipa un instante, reparando de nuevo en que estaba apagada, y Rand pensó que tendría que volver a llamarlo. Sin embargo, Herid parpadeó y continuó hablando:

—Alguien tuvo que hacerlo alguna vez. Mejor dicho, por primera vez. A menos que penséis que el Creador hizo la prisión del Oscuro con un agujero y su correspondiente parche. —Sus cejas subieron y bajaron rápidamente ante la sugerencia—. No, estaba intacta al principio, y creo que volverá a estarlo cuando llegue de nuevo la Tercera Era. Ummmm. Me pregunto si ellos la llamaban Tercera Era. —Se apresuró a mojar una pluma con tinta y garabateó una nota en el margen de un libro abierto—. En fin. Eso no importa ahora. No es que diga que el Dragón Renacido será el que la vuelva a dejar intacta, no en esta Era necesariamente, en cualquier caso, pero tiene que estar así antes de que empiece de nuevo la Tercera Era, y que pase tiempo suficiente desde que se la dejó intacta… una Era al menos… para que nadie recuerde al Oscuro ni su prisión. Nadie lo recuerda. Ummmm. Me pregunto… —Echó una ojeada a sus notas y se rascó la cabeza; entonces dio un respingo al advertir que lo había hecho con la mano con la que sostenía la pluma. Había un manchón de tinta en su cabello—. Cualquier Era en que los sellos se debiliten tiene que recordar al Oscuro antes o después, porque tendrá que enfrentarse a él y volver a encerrarlo. —Volvió a meterse la pipa entre los dientes e intentó escribir otra nota sin mojar antes la pluma.

—A no ser que el Oscuro se libere —dijo quedamente Rand—. Para romper la Rueda del Tiempo y rehacer éste y el mundo a su propia imagen.

—Ahí está. —Herid se encogió de hombros y miró ceñudo la pluma. Al fin recordó el tintero—. Supongo que no hay mucho que vos o yo podamos hacer al respecto. ¿Por qué no venís a estudiar conmigo? Supongo que el Tarmon Gai'don no tendrá lugar mañana, y sería un modo de emplear vuestro tiempo tan bueno como…

—¿Hay alguna razón que se os ocurra para romper los sellos?

Las cejas de Herid se arquearon de golpe.

—¿Romper los sellos? ¿Romper los sellos? ¿Por qué iba nadie a querer hacer tal cosa salvo un loco? ¿Es que se pueden romper? Creo recordar haber leído en alguna parte que eso es imposible, aunque no me acuerdo ahora si decía por qué. ¿Qué os ha hecho pensar algo así?

—No lo sé. —Rand suspiró.

En un rincón de su mente, oyó el susurro de Lews Therin. «Rómpelos. Rompe los sellos y pon fin a todo. Déjame que muera para siempre.»

Abanicándose ociosamente con un pico del chal, Egwene echó un vistazo a uno y otro lado del corredor confiando en no haberse extraviado otra vez. Mucho se temía que sí, y no estaba muy contenta con ello. El Palacio del Sol tenía kilómetros de pasillos, en ninguno de los cuales hacía más fresco que fuera, y ya había pasado un rato en ellos tratando de encontrar el camino.

Había Doncellas por todas partes, en grupos de dos o tres, muchas más de las que Rand llevaba normalmente consigo; desde luego, bastantes más de lo habitual teniendo en cuenta que él no estaba allí. Parecía que se limitaban a pasear, pero algo en ellas daba una sensación de… furtivo. Varias la conocían de vista y lo menos que habría esperado es que le dijeran una palabra amable. Las Doncellas, especialmente, parecían haber decidido que ser alumna de las Sabias superaba el ser Aes Sedai, como creían que era ella, hasta el punto de que ya no la llamaban Aes Sedai. Sin embargo, cuando la veían, daban la impresión de estar todo lo sobresaltadas que podía esperarse de unas Aiel. Un instante después llegaban los gestos de asentimiento cómplices, y apresuraban la marcha sin decir una palabra. Ése no era el comportamiento más indicado para pedirles que la orientaran.

En vez de eso, Egwene miró ceñuda a un sirviente sudoroso que lucía finas franjas azules y doradas en los puños de la librea, preguntándose si él sabría cómo llegar desde allí a donde quería ir. La dificultad estaba en que no sabía exactamente adónde quería ir. Por desgracia, era obvio que el tipo tenía los nervios de punta con tantos Aiel por todas partes. Al ver que la que él creía una Aiel lo miraba con el ceño fruncido —nadie parecía reparar en sus ojos oscuros, rasgo que no era habitual en esas gentes, ciertamente— y con la cabeza probablemente llena de historias sobre las

Doncellas, el tipo se dio media vuelta y echó a correr tan deprisa como pudo.

Egwene resopló con irritación. En realidad no necesitaba que nadie la orientara. Antes o después tenía que llegar a un sitio que reconociera. Ciertamente no tenía sentido volver por donde había venido, pero ¿cuál de las otras tres direcciones tomar? Eligiendo una al azar echó a andar con pasos firmes, e incluso algunas de las Doncellas se apartaron de su camino.

A decir verdad se sentía un poco malhumorada. Volver a ver a Aviendha después de tanto tiempo habría sido estupendo si la joven Aiel no se hubiese limitado a saludarla con un breve y frío gesto de cabeza y se hubiese metido en la tienda de Amys para sostener una reunión privada con ella. Y descubrió que era en verdad privada cuando intentó seguirla.

«No te he llamado —le había dicho secamente Amys mientras Aviendha se sentaba cruzada de piernas en un cojín y se quedaba mirando fijamente el suelo con expresión desalentada—. Ve a dar un paseo. Y come algo. Una mujer no debe parecer un junco.»

Bair y Melaine habían llegado apresuradamente, avisadas por *gai'shain,* pero Egwene quedó excluida. Se consoló un poco al ver que varias Sabias más también eran rechazadas, pero sólo un poco. Después de todo, era amiga de Aviendha y si ésta se encontraba en algún apuro Egwene habría deseado ayudarla.

—¿Por qué estás aquí? —demandó la voz de Sorilea a su espalda.

Egwene se sintió orgullosa de sí misma. Se volvió calmosamente para mirar a la Sabia del dominio Shende. Sorilea, una Jarra de los Chareen, tenía el cabello blanco y escaso y un rostro que parecía cuero curtido estirado sobre el cráneo. Era toda ella nervio y huesos, y aunque era capaz de encauzar poseía menos fuerza en el Poder que la mayoría de las novicias que Egwene conocía. De hecho, en la Torre nunca habría llegado a ser más que novicia antes de que la mandaran de vuelta a casa. De todos modos, encauzar no tenía mucho peso entre las Sabias. Fueran cuales fuesen las reglas por las que se regían, cuando Sorilea estaba presente el mando siempre recaía en ella. Egwene creía que se debía a la fuerza de carácter, simplemente.

Alta, como eran casi todas las mujeres Aiel —a Egwene le sacaba casi una cabeza—, Sorilea la miró fijamente con aquellos ojos verdes que parecían capaces de tumbar a un toro. Era un alivio, ya que ese modo de mirar era el habitual en Sorilea. Si hubiese tenido alguna cuenta que saldar, las paredes se habrían desplomado allí donde hubiese clavado la mirada y los tapices se habrían prendido fuego. En fin, ésa era la impresión que daba.

—He venido a ver a Rand —contestó—. Venir dando un paseo desde las tiendas me pareció un ejercicio tan bueno como cualquier otro. —Desde luego, mucho mejor que dar cinco o seis vueltas en torno a las murallas de la ciudad a paso vivo, lo que era la idea Aiel de hacer un poco de ejercicio ligero. Esperaba que Sorilea no

preguntara por qué quería ver a Rand. No le gustaba tener que mentir a ninguna de las Sabias.

Sorilea la observó intensamente un momento más, como si hubiese olisqueado algo oculto, y luego se ciñó el chal a los estrechos hombros.

—No está aquí —dijo—. Ha ido a su escuela. Berelain Paeron sugirió que no sería prudente seguirlo, y estoy de acuerdo con ella.

Mantener impasible el gesto supuso todo un esfuerzo a Egwene. Que Berelain les gustara a las Sabias habría sido lo último que hubiese esperado que ocurriera, pero la trataban como una mujer juiciosa y digna de respeto, lo que no tenía sentido alguno para Egwene, y no porque Rand le hubiese dado autoridad. Les importaba un pimiento la autoridad de cualquier habitante de las tierras húmedas. Era absurdo. La mayeniense se exhibía con vestidos escandalosos y coqueteaba desvergonzadamente… cuando no hacía algo más que coquetear, como Egwene sospechaba que era la mayoría de las veces. No era en absoluto la clase de mujer para que Amys le sonriera como a una hija predilecta. Ni Sorilea.

Pensamientos sobre Gawyn acudieron espontáneamente a su cabeza. Sólo había sido un sueño, y para colmo, un sueño de él. Ciertamente nada semejante a lo que hacía Berelain.

—Cuando las mejillas de una joven enrojecen sin razón aparente —dijo Sorilea —, por lo general hay un hombre involucrado. ¿Quién despierta tu interés? ¿Podemos esperar que pongas una guirnalda nupcial a sus pies pronto?

—Las Aes Sedai rara vez contraen matrimonio —replicó fríamente Egwene.

El resoplido de la Sabia sonó como una tela al desgarrarse. Las Doncellas y las Sabias, y de hecho todos los Aiel, quizá consideraban que no era Aes Sedai mientras estuviera estudiando con Amys y las otras, pero Sorilea llevaba el asunto mucho más lejos. Parecía pensar que Egwene se había convertido en Aiel y, lo que era más, que no había nada en lo que no pudiera entremeterse.

—Tú lo harás, muchacha. No eres de las que se convierten en *Far Dareis Mai* y toman a los hombres como una diversión semejante a la caza, como mucho. Esas caderas están hechas para tener niños, y los tendrás.

—¿Querrías indicarme dónde puedo esperar a Rand? —preguntó Egwene en un tono más sumiso de lo que era de su agrado. Sorilea no era una caminante de sueños capacitada para interpretarlos, y desde luego no poseía el don de la Predicción, pero decía las cosas con una certeza tan aplastante que las hacía parecer inevitables. Los hijos de Gawyn. Luz, ¿cómo iba a tener hijos de Gawyn? Era verdad que las Aes Sedai no se casaban casi nunca. Era raro el hombre que deseaba casarse con una mujer que, mediante el Poder, podría manejarlo como a un niño si así lo decidía.

—Sígueme —contestó Sorilea—. ¿Se trata de Sanduin, ese fornido Descendiente Verdadero que vi rondando por la tienda de Amys ayer? Esa cicatriz hace que el resto

de su semblante parezca más atractivo…

Sorilea siguió diciendo nombres mientras conducía a Egwene por el palacio, sin dejar de observarla de reojo para captar alguna reacción. También se esmeró en enumerar los encantos de cada hombre, y, puesto que esto incluía describir su aspecto sin ropas —los hombres y mujeres Aiel compartían las mismas tiendas de baños de vapor—, ciertamente no faltaron las ocasiones en que se puso colorada.

Para cuando llegaron a los aposentos donde Rand pasaría la noche, Egwene estuvo más que contenta de darle las gracias con premura y cerrarle en las narices la puerta de la sala de estar. Por suerte, la Sabia debía de tener asuntos propios de los que ocuparse, porque de no ser así seguramente la habría seguido dentro ni que quisiera ni que no.

Egwene respiró profundamente y se puso a alisarse la falda y a ajustarse el chal. No era necesario, pero se sentía como si hubiese bajado rodando una cuesta empinada. A esa mujer le encantaba hacer de casamentera. Era muy capaz de preparar la guirnalda nupcial para una mujer, arrastrarla para que la pusiera a los pies del hombre que ella había elegido, y retorcerle el brazo a él hasta que la recogiera. Bueno, no es que arrastrara ni retorciera el brazo literalmente, pero el resultado venía a ser lo mismo. Por supuesto Sorilea no llevaría las cosas a ese extremo con ella. Después de todo la Sabia no creía realmente que se hubiese convertido en Aiel; sabía que Egwene era Aes Sedai; o creía que lo era, en cualquier caso. No, pues claro que no había razón para preocuparse por eso.

Estaba tanteando el pañuelo gris doblado que le sujetaba el pelo en las sienes cuando se quedó paralizada al oír el suave murmullo de unos pasos en el dormitorio. Si Rand era capaz de trasladarse de Caemlyn a Cairhien, quizás había utilizado el mismo método para regresar directamente a sus aposentos. O tal vez alguien —o algo— lo estaba esperando. Abrazó el *Saidar* y tejió varias cosas desagradables, listas para ser utilizadas. Una *gai'shain* salió del cuarto con un bulto de sábanas en los brazos y dio un respingo al verla. Egwene soltó el *Saidar* y confió en que no se hubiese puesto colorada otra vez.

Niella se parecía lo bastante a Aviendha para sorprender a primera vista, con aquella túnica blanca de amplia capucha; hasta que uno caía en la cuenta de que había que añadir seis o siete años a un rostro que quizá no era tan moreno y tal vez sí un poco más llenito. La hermana de Aviendha nunca había sido Doncella Lancera, sino tejedora, y había cumplido con creces más de la mitad del plazo de un año y un día de servicio. Egwene no saludó, porque con ello sólo habría agravado la turbación de la otra mujer.

—¿Se espera pronto a Rand? —preguntó.

—El *Car'a'carn* vendrá cuando tenga que venir —contestó Niella con los ojos agachados en un gesto humilde. Eso resultaba muy chocante; el rostro de Aviendha,

aunque más lleno, no encajaba bien con ese aire sumiso—. Somos nosotros los que debemos estar preparados para cuando él aparezca.

—Niella, ¿tienes idea de por qué Aviendha necesitaba encontrarse a solas con Amys, Bair y Melaine? —Desde luego no tenía nada que ver con el caminar en sueños; en ese terreno su capacidad era tan escasa como la de Sorilea.

—¿Está Aviendha aquí? No, no sé qué razón tendrá. —Sin embargo, los ojos azulverdosos de Niella se estrecharon levemente nada más pronunciar las palabras.

—Tú sabes algo —insistió Egwene. Podía aprovechar la circunstancia de la obediencia obligada de los *gai'shain*—. Dime lo que es, Niella.

—Sé que Aviendha me azotará hasta que no pueda sentarme si el *Car'a'carn* me encuentra plantada aquí con las ropas de la cama sucias —contestó Niella a regañadientes.

Egwene ignoraba si el *ji'e'toh* estaba involucrado de algún modo, pero cuando estaban juntas Aviendha trataba a su hermana de un modo tan estricto como a cualquier *gai'shain*. La túnica de Niella arrastró tras ella sobre la alfombra cuando la mujer se encaminó apresuradamente hacia la puerta, pero Egwene la agarró de una manga.

—¿Dejarás la vestimenta blanca cuando hayas cumplido tu plazo de servicio?

No era una pregunta adecuada, y la humildad desapareció dando paso a un orgullo digno de cualquier Doncella.

—Lo contrario sería hacer mofa del *ji'e'toh* —repuso, envarada. De improviso, una leve sonrisa asomó a sus labios—. Además, mi esposo vendrá a buscarme y eso no le gustaría nada. —La máscara sumisa volvió a aparecer—. ¿Puedo irme ya? Si Aviendha está aquí, prefiero no encontrarme con ella si puedo evitarlo, y antes o después vendrá a estos aposentos.

Egwene la dejó marchar. En cualquier caso no tenía derecho a hacer preguntas; hablar de la vida de un *gai'shain* antes o después de los ropajes blancos era deshonroso. Se sintió un poco avergonzada, aunque por supuesto ella no intentaba realmente seguir el *ji'e'toh*. Sólo lo suficiente para ser cortés.

Ya a solas, se instaló en un sillón dorado y de tallas severas que le resultó sorprendentemente incómodo después de tanto tiempo de sentarse cruzada de piernas en cojines o en el suelo. Subió las piernas y las dobló sobre el asiento; se preguntó qué estaría hablando Aviendha con Amys y las otras dos Sabias. Sobre Rand, casi con toda seguridad. Todo lo referente a él les interesaba a las Sabias. Les daban igual las Profecías del Dragón de las tierras húmedas, pero se sabían la Profecía de Rhuidean del derecho y del revés. Cuando destruyera a los Aiel, como la profecía anunciaba que haría, «un resto del resto» se salvaría, y se proponían conseguir que ese resto fuera lo más numeroso posible.

Por esa razón obligaban a Aviendha a permanecer cerca de él. Demasiado cerca

para considerarlo decente. Si Egwene entrara en el dormitorio estaba convencida de que encontraría un jergón en el suelo preparado para Aviendha. Aun así, los Aiel veían esas cosas de manera distinta. Las Sabias querían que la joven le enseñara las costumbres y modos Aiel para recordarle que su ascendencia era Aiel aunque no hubiese sido educado así. Aparentemente las Sabias creían que para ello eran necesarias todas las horas de vigilia, y considerando a lo que se enfrentaban no les faltaba su punto de razón y Egwene lo reconocía. Pero aun así seguía siendo indecente hacer que una mujer durmiera en el mismo cuarto que un hombre.

No obstante, no estaba en sus manos hacer nada respecto a este asunto, sobre todo si se tenía en cuenta que Aviendha no parecía verlo como un problema. Egwene apoyó la barbilla en la mano, acodada en el sillón, e intentó discurrir cómo iniciar la conversación con Rand para llevarla hacia donde quería; pero, aunque le dio vueltas y vueltas a la cabeza, no había conseguido nada para cuando él entró, diciendo algo en voz baja a dos Aiel que había en el puerta, antes de cerrarla.

Egwene se incorporó de un brinco.

—Rand, tienes que ayudarme con las Sabias; ellas te harán caso —soltó de buenas a primeras sin poder contenerse. Eso no era ni mucho menos lo que se proponía decirle.

—También yo me alegro de volver a verte —saludó él, sonriendo.

Llevaba ese trozo de lanza seanchan, pero ahora tenía unos dragones cincelados en el astil que no estaban la última vez que la había visto. Egwene habría querido saber dónde la había conseguido; cualquier cosa seanchan le ponía la piel de gallina.

—Yo estoy bien, gracias, Egwene —continuó Rand—. ¿Y tú? Parece que vuelves a ser la misma, con el mismo empuje de siempre.

Tenía aspecto de estar agotado. Y ofrecía un aire endurecido, tanto que hacía parecer chocante su sonrisa. Cada vez que lo veía daba la impresión de haberse vuelto más inflexible.

—No tienes que hacerte el gracioso —gruñó. Mejor seguir en la misma línea que había empezado. Mucho mejor que echar marcha atrás y darle motivo para que siguiera sonriendo—. ¿Querrás ayudarme?

—¿Cómo?

Actuando como si estuviera en su casa —bueno, en realidad estaba en sus aposentos— soltó el trozo de lanza sobre una pequeña mesa de patas talladas con figuras de leopardos, y se quitó el cinturón de la espada y la chaqueta. De algún modo conseguía no sudar, lo mismo que los Aiel.

—Las Sabias me prestan atención —prosiguió él—, pero sólo escuchan lo que quieren escuchar. He llegado a conocer bien esa mirada inexpresiva que adoptan cuando deciden que estoy diciendo tonterías, y, en lugar de avergonzarme manifestándolo en voz alta o discutirlo conmigo, se limitan a hacer caso omiso.

Acercó una de las sillas doradas para ponerla frente a la de Egwene y se sentó despatarrado, con las piernas estiradas. Se las ingenió para hacer incluso eso con arrogancia. Definitivamente había demasiada gente que le hacía reverencias.

—Es que a veces sólo dices tonterías —rezongó Egwene. Por alguna razón, el no disponer de más tiempo para pensar le aclaró las ideas. Se ajustó bien el chal y se plantó delante de él—. Sé que te gustaría tener noticias de Elayne otra vez. —¿Por qué asomó a su rostro esa expresión tan triste y tan gélida a la vez? Seguramente porque hacía mucho tiempo que no sabía nada de la joven—. Dudo que Sheriam les haya dado a las Sabias muchos mensajes suyos para ti. —Ninguno, por lo que sabía, aunque Rand apenas había estado en Cairhien para que se los hubiesen transmitido, en cualquier caso—. Es a mí a quien Elayne confiaría ese tipo de mensajes. Podría traértelos si convences a Amys de que ya estoy lo bastante fuerte para… Para reanudar mis estudios.

Ojalá no hubiese vacilado, pero Rand ya sabía demasiado sobre el caminar en sueños, si no del *Tel'aran'rhiod*. Era un nombre que se guardaba muy en secreto entre las Sabias, particularmente entre las que sabían caminar en sueños. Ella no era quién para revelar secretos que no eran suyos.

—¿Querrás decirme dónde está Elayne?

Lo preguntó como quien pide una taza de té. Egwene vaciló, pero el acuerdo entre Nynaeve, Elayne y ella —Luz, ¿cuánto tiempo había pasado desde que lo habían hecho?— seguía en pie. Rand había dejado de ser el muchacho con el que había crecido. Era un hombre adulto, pagado de sí mismo, y a pesar del tono utilizado aquella mirada intensa exigía una respuesta. Si entre las Aes Sedai y las Sabias saltaban chispas, entre las primeras y él estallaría una conflagración. Tenía que haber una barrera amortiguadora entre ellos, y las únicas disponibles eran ellas tres. Tenía que hacerse así, pero confiaba en no acabar estallando en llamas por llevarlo a cabo.

—No puedo decirte eso, Rand. No tengo derecho, porque no me corresponde a mí hacerlo.

Y eso también era verdad. Pensándolo bien, no es como si le dijera dónde estaba Salidar, más allá de Altara, en alguna parte a lo largo del río Eldar. Rand se inclinó hacia adelante, mirándola intensamente.

—Sé que está con Aes Sedai. Y me dijiste que esas Aes Sedai me apoyaban o podrían apoyarme. ¿Me tienen miedo? Si es por eso, juraré mantenerme lejos de ellas. Egwene, me propongo entregar el Trono del León y el Trono del Sol a Elayne. Tiene derecho a reclamar ambos; Cairhien la aceptará tan pronto como Andor. La necesito, Egwene.

La joven abrió la boca… Y entonces se dio cuenta de que había estado a punto de contarle todo lo que sabía de Salidar. Justo a tiempo la cerró con tanta fuerza que le dolieron las mandíbulas. Se abrió al *Saidar*; la dulce sensación de vida, tan intensa

que superaba todo lo demás, pareció ayudarla; lentamente la urgencia de hablar empezó a remitir.

Se recostó en el sillón soltando un suspiro y lo miró con los ojos muy abiertos. Una cosa era saber que Rand era el *ta'veren* más fuerte desde Artur Hawkwing y otra muy distinta quedar atrapada en su atracción. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abrazarse a sí misma y estremecerse.

—No me lo dirás —musitó él, y no era una pregunta. Luego se frotó los antebrazos, recordando a la joven que aferraba el *Saidar*, así de cerca, él lo percibía como un leve cosquilleo—. ¿Crees que quiero sacártelo a la fuerza? —espetó, de repente furioso—. ¿Acaso soy ahora un monstruo tan horrible para que necesites recurrir al Poder a fin de protegerte contra mí?

—No necesito que nada me proteja de ti —adujo ella con toda la calma que fue capaz. Su estómago todavía estaba un poco revuelto. Era Rand, y también un hombre que podía encauzar. Una parte de ella deseaba farfullar y chillar, y se avergonzaba por ello, pero eso no bastó para que desapareciera la sensación. Soltó el *Saidar*, lamentando el leve atisbo de renuencia con que lo hizo. Empero, eso no tenía importancia; si la cosa llegaba a un forcejeo con el Poder, a menos que se las ingeniara para aislarlo con un escudo Rand podría someterla con la misma facilidad como lo haría luchando físicamente—. Siento no poder complacerte, Rand, pero no me es posible. Aun así, sigo pidiéndote que me ayudes. Sabes que sería como ayudarte a ti mismo.

Su ira desapareció para dar paso a una mueca inquietante; era aterrador la rapidez con que le ocurría eso.

—«Un gato por un pato o un pato por un gato» —recitó él.

«Pero nada por nada», terminó el dicho Egwene para sus adentros. Se lo había oído decir a un tipo de Embarcadero de Taren cuando era una chiquilla.

—Puedes coger tu gato y tu pato y metértelos en donde te quepan, Rand al'Thor —le replicó fríamente. Se las ingenió para no dar un portazo cuando salió, pero le faltó poco.

Mientras se alejaba a grandes zancadas, se preguntó qué iba a hacer ahora. Tenía que convencer de algún modo a las Sabias de que la dejaran volver al *Tel'aran'rhiod*; legalmente, se entiende. Antes o después Rand se encontraría con las Aes Sedai de Salidar y sería de gran ayuda si pudiera volver a hablar antes con Elayne o Nynaeve. Estaba un poco sorprendida de que Salidar no hubiese entrado en contacto con él ya; ¿qué estaba frenando a Sheriam y a las demás? Nada sobre lo que ella pudiera hacer algo, y probablemente sabían mejor que ella a qué atenerse.

Había algo que estaba deseando contarle a Elayne: Rand la necesitaba. Lo había dicho como si fuera lo más sincero que hubiese manifestado en su vida. Eso debería alejar cualquier preocupación sobre si seguía amándola. Ningún hombre podía decir

de ese modo que necesitaba a una mujer a menos que la amase.

Durante unos instantes, Rand se quedó sentado mirando la puerta después de que se hubo cerrado tras Egwene. ¡Cuánto había cambiado! Ya no era aquella muchachita con la que había crecido. Con esas ropas Aiel se las arreglaba bastante bien para parecer una Sabia —salvo por la estatura, se entiende—, una Sabia baja, con enormes ojos oscuros. Claro que Egwene había hecho todo siempre volcándose en ello. Se había mantenido fría como cualquier Aes Sedai, aferrando el *Saidar* cuando creyó que la amenazaba. Eso era lo que él debía tener muy presente: llevara las ropas que llevara, quería ser Aes Sedai, y guardaría los secretos de las Aes Sedai aunque él le hubiera dejado muy claro que necesitaba a Elayne para consolidar la paz en dos naciones. Tenía que pensar en ella como una Aes Sedai. Qué triste.

Cansado, se puso de pie y volvió a meterse la chaqueta. Todavía tenía que ver a los nobles de Cairhien; a Colavaere, Maringil, Dobraine y los demás. Y a los tearianos. Meilan, Aracome y esa pandilla se revolverían si les dedicaba un segundo más a los cairhieninos que a ellos. Y las Sabias también querrían entrevistarse con él. Y Timolan y los otros jefes de clan que estaban allí y con los que no se había reunido todavía ese día. ¿Por qué demonios habría querido marcharse de Caemlyn? Bueno, charlar con Herid había sido agradable; no así los interrogantes que habían surgido en la conversación, pero resultaba grato hablar con alguien que nunca pensaba en él como el Dragón Renacido. Y había disfrutado de un rato en soledad sin tener un corrillo de Aiel a su alrededor; iba a buscar el modo de tener otros ratos así.

Reparó en su imagen reflejada en un espejo de marco dorado.

—Al menos no dejaste que advirtiera que estás cansado —le dijo a su reflejo. Aquél había sido uno de los consejos más concisos de Moraine: «Nunca dejes que ellos adviertan que estás débil». Sólo tenía que acostumbrarse a pensar en Egwene como una de ellos.

Acuclillada como si estuviera a sus anchas en el jardín que había bajo los aposentos de Rand al'Thor, Sulin lanzaba un pequeño cuchillo contra la tierra, entreteniéndose aparentemente en un juego de lanzamiento. El suave grito de un búho procedente de una de las ventanas la hizo incorporarse con rapidez al tiempo que mascullaba una maldición y se guardaba el cuchillo en el cinturón. Rand al'Thor había salido de nuevo de su habitación. Estar vigilándolo de este modo no iba a funcionar. Si dispusiera de Enaila o Somara, se lo dejaría a ellas. Por lo general, trataba de protegerlo de esa clase de estupideces al igual que lo haría con un primer hermano.

Trotó hacia la puerta más próxima y se reunió con otras tres Doncellas —ninguna de las cuales había llegado con ella— y empezaron a buscar por el laberinto de

corredores tratando de aparentar que sólo estaban caminando. Quisiera lo que quisiera el *Car'a'carn*, nada debía ocurrirle al único hijo de una Doncella que había vuelto a ellas.

19



Cosas del *toh*

Rand pensó que dormiría bien esa noche. Estaba casi lo bastante agotado para olvidar el roce de Alanna y, lo que era más importante, que Aviendha seguía en las tiendas con las Sabias, sin desnudarse despreocupadamente aunque él estuviera presente, ni alterando su descanso con el acompasado sonido de su respiración. Empero, era otra cosa lo que le hacía dar vueltas en la cama. Sueños. Siempre salvaguardaba sus sueños para impedir que entraran en ellos los Renegados —y las Sabias—, pero protegerlos no dejaba fuera lo que ya había en ellos. Tenía sueños de enormes cosas blancas como gigantescas alas de pájaro sin el pájaro, volando por el cielo; de inmensas urbes con edificios increíblemente altos, brillando al sol, y formas como escarabajos y gotas de agua aplastadas desplazándose veloces por las calles. Había visto todo eso antes, dentro del gigantesco *ter'angreal* de Rhuidean, donde había obtenido los dragones en los antebrazos, y reconocía tales imágenes como pertenecientes a la Era de Leyenda, pero esta vez era distinto. Todo parecía distorsionado, los colores… equivocados, como si les ocurriera algo a sus ojos. Los volaplanos vacilaban y caían, llevando a la muerte a centenares. Los edificios se hacían añicos como si fueran de cristal, las ciudades ardían y la tierra se combaba cual un océano en plena tempestad. Y una vez tras otra se encontraba ante una hermosa mujer de cabello rubio y contemplaba cómo su expresión de amor se transformaba en otra de terror. Una parte de él sabía quién era. Una parte de él deseaba salvarla, del Oscuro, de cualquier mal y de lo que él mismo estaba a punto de hacer. ¡Tantas partes de él, la mente que se astillaba en brillantes fragmentos cristalinos, todos chillando!

Despertó en medio de la oscuridad, sudoroso, trémulo. Los sueños de Lews Therin. Esto, soñar los sueños de ese hombre, no había ocurrido antes. Se quedó tumbado las siguientes horas hasta que amaneció, mirando al vacío, con temor de cerrar los ojos. Mantuvo aferrado el *Saidin* como si con él pudiera combatir al hombre muerto, pero Lews Therin permaneció en silencio.

Cuando la pálida luz del alba apareció finalmente en la ventana, un *gai'shain*

entró sin hacer ruido en el cuarto llevando una bandeja de plata cubierta con un paño blanco. Al ver que Rand estaba despierto, no habló, pero hizo una reverencia y se marchó tan en silencio como había llegado. Con el Poder dentro de sí, Rand olió vino aromatizado con especias, pan reciente, mantequilla y miel, así como las gachas de avena calientes que los Aiel tomaban por la mañana, todo ello como si tuviera la nariz metida en la bandeja. Soltó la Fuente, se vistió y se ciñó la espada a la cintura. No tocó el paño que tapaba el desayuno; no tenía apetito. Salió de sus aposentos con el Cetro del Dragón apoyado en el doblez del brazo.

Las Doncellas estaban de vuelta en el ancho pasillo, con Sulin, y Urien con sus Escudos Rojos, pero no eran los únicos. La gente se apiñaba, hombro con hombro, en el corredor, detrás de los guardias. Y algunos en el interior del anillo. Aviendha se encontraba entre una delegación de Sabias formada por Amys, Bair, Melaine, Sorilea —por supuesto—, Chaelin, una Miagoma de Agua Humeante con pinceladas grises en el cabello rojo oscuro, y Edarra, una Neder del clan Shiande que no parecía mucho mayor que él mismo, aunque sus azules ojos poseían ya una calma aparentemente inquebrantable, y su pose erguida no tenía nada que envidiar a las del resto. También Berelain se encontraba con ellas, pero no así Rhuarc ni ninguno de los otros jefes de clan. Lo que tenía que hablar con ellos ya estaba dicho y los Aiel no alargaban las cosas sin necesidad. Empero ¿qué hacían allí estas Sabias? ¿O Berelain? El vestido verde y blanco que llevaba esa mañana dejaba a la vista una generosa porción de su pálido busto.

Además estaban los cairhieninos, fuera del círculo de Aiel. Colavaere, impresionantemente atractiva en su madurez, con el oscuro cabello peinado en una compleja torre de rizos; las bandas horizontales prestaban color a su vestido desde el cuello bordado con hilos de oro hasta más abajo de las rodillas, un número de bandas muy superior al de cualquiera de los presentes. Dobraine, con su rostro cuadrado y complexión robusta, el cabello casi completamente gris afeitado al estilo soldadesco y la chaqueta desgastada por el roce de las correas del peto. Maringil, tieso como un palo, el blanco cabello cayendo sobre sus hombros; no se había afeitado la frente, y su oscura levita de seda, surcada horizontalmente de franjas como el vestido de Dobraine hasta casi las rodillas, no habría desentonado en un baile. Dos docenas o más se apiñaban detrás, en su mayoría hombres y mujeres más jóvenes, muy pocos de los cuales lucían franjas horizontales que les llegaran a la cintura.

—Que la gracia le sea propicia al señor Dragón —murmuraron al tiempo que hacían reverencias o inclinaban la cabeza llevándose la mano al corazón, y añadieron —: La gracia nos honra con la presencia del señor Dragón.

También los tearianos contaban con su contingente, Grandes Señores y Señoras, sin nobles de menor rango, tocados con gorros picudos de terciopelo y ataviados con chaquetas de seda y mangas abullonadas y con franjas de satén ellos, y vestidos de

colores fuertes con chorreras de encaje y tocas de perlas o gemas ajustadas a la cabeza ellas; presentaron sus respetos con un «La Luz ilumine al Dragón Luminoso». Meilan, ni que decir tiene, era el más adelantado, esbelto, impasible y duro, con su barba canosa recortada en pico. Muy cerca de él, la expresión severa y los acerados ojos de Fionnda no menguaban su belleza, mientras que la sonrisa tonta de Anaiyella sí disminuía la suya. Ciertamente no había sonrisas, ni de un tipo ni de otro, en los semblantes de Maraconn, cuyos azules ojos eran una rareza entre los tearianos, ni del calvo Gueyam, ni de Aracome, que parecía el doble de delgado en comparación con la oronda figura de Gueyam, aunque la expresión de ambos era igualmente dura. Estos últimos, así como Meilan, habían sido uña y carne con Hearne y Simaan. Rand no había mencionado a esos dos, ni su traición, el día anterior, pero estaba seguro de que tal hecho era conocido aquí, como también estaba seguro de que su silencio al respecto guardaba un significado u otro conforme a la manera de pensar de cada hombre. Se habían acostumbrado a esta actitud de Rand desde su llegada a Cairhien, y esa mañana lo observaban como si en cualquier momento fuera a impartir órdenes para que los arrestaran.

En realidad, casi todo el mundo estaba vigilando a alguien. Muchos echaban ojeadas nerviosas a los Aiel, a menudo tapando la ira con mayor o menor éxito. Otros observaban a Berelain casi con igual prevención; a Rand le sorprendió advertir que en los varones, incluso en los tearianos, predominaba la expresión cavilosa a la lasciva en sus semblantes cuando la miraban. En su mayoría, naturalmente, lo observaban a él; era quien era y lo que era. La fría mirada de Colavaere pasaba de Rand a Aviendha, y entonces se volvía abrasadora; ahí había una enemistad enquistada, aunque la joven Aiel parecía haberlo olvidado. Desde luego, Colavaere jamás olvidaría la paliza que había recibido de Aviendha cuando ésta la sorprendió en los aposentos de Rand, ni perdonaría el hecho de que lo sucedido fuera del dominio público ahora. Meilan y Maringil dejaban claro su mutua desconfianza al evitar mirarse entre ellos. Ambos deseaban el trono de Cairhien y ambos creían que el otro era su principal rival. Dobraine observaba a Meilan y a Maringil, aunque a saber el porqué. Melaine estudiaba a Rand, en tanto que Sorilea la estudiaba a ella, y Aviendha tenía la vista clavada en el suelo, el ceño fruncido. Una joven de ojos grandes que estaba entre los cairhieninos llevaba el cabello suelto y cortado por los hombros en lugar de peinado en alto con rizos, y ceñida a la cintura lucía una espada sobre el traje de montar en el que sólo había seis franjas de color. Muchos de los otros no se molestaban en disimular sonrisas desdeñosas cuando la miraban; ella no parecía advertirlo, ya que estaba pendiente de las Doncellas, a las que dirigía ojeadas de franca admiración, y de Rand, a quien miraba con franco terror. Rand la recordaba. Era Selande, una de las muchas jóvenes bonitas que Colavaere había enviado a sus aposentos en la creencia de que así enredaría al Dragón Renacido en sus intrigas,

hasta que Rand la convenció de que no funcionaría. Con la ayuda no solicitada de Aviendha, desafortunadamente. Rand esperaba que Colavaere lo temiera la bastante para que renunciara a vengarse de Aviendha; sin embargo, le habría gustado convencer a Selande de que no tenía nada que temer de él. «No puedes complacer a todos —había dicho Moraine—. Ni puedes disipar los temores de todos.» Una mujer dura.

Para acabar de rematarlo, los Aiel vigilaban a todo el mundo salvo a las Sabias, naturalmente. Y excepto a Berelain, por alguna razón. Siempre miraban con desconfianza a las gentes de las tierras húmedas, pero por su actitud despreocupada hacia ella habríase dicho que la Principal era una Sabia más.

—Me honráis con vuestra presencia. —Rand confiaba en que su tono no sonara demasiado seco. Otra vez de vuelta a los desfiles. Se preguntó dónde estaría Egwene. Seguramente holgazaneando en la cama. Durante unos breves instantes consideró la posibilidad de buscarla y hacer un último intento para… No, si ella no quería decírselo, no sabía cómo podía convencerla de lo contrario. Mala suerte que las peculiaridades de ser *ta'veren* no funcionaran cuando más lo precisaba—. Lamentablemente hoy no podré hablar más con vosotros. Regreso a Caemlyn.

Andor era el problema que tenía que solucionar ahora. Andor y Sammael.

—Vuestras órdenes se van a llevar a cabo, mi señor Dragón —dijo Berelain—. Esta mañana, para que así podáis presenciarlo.

—¿Mis órdenes?

—Mangin —repuso escuetamente ella—. Se le comunicó esta mañana.

La mayoría de las Sabias habían adoptado una expresión impávida, pero Bair y Sorilea traslucían una manifiesta desaprobación, curiosamente dirigida a Berelain.

—No tengo intención de presenciar el ahorcamiento de todos los asesinos —replicó fríamente Rand.

En realidad lo había olvidado o, más bien, lo había apartado a un rincón de su mente. Colgar a un hombre al que se aprecia no es algo que nadie desee recordar. Rhuarc y los demás jefes de clan ni siquiera habían mencionado el tema cuando habló con ellos. Otra cosa cierta es que no estaba dispuesto a convertir en algo especial esta ejecución. Los Aiel debían vivir conforme a la ley como todos los demás; los cairhieninos y los tearianos tenían que ver que era así y comprender que si no actuaba con favoritismo hacia los Aiel ciertamente tampoco lo haría con ellos. «Estás utilizando todo y a todos», pensó, asqueado; al menos esperaba que el pensamiento fuera suyo. Además, no deseaba presenciar un ahorcamiento, y mucho menos el de Mangin.

Meilan, desde luego, parecía pensativo y el sudor empezaba a perlar la frente de Aracome, aunque eso podría deberse al calor. Colavaere, que se había quedado pálida, parecía estar viéndolo por primera vez. Berelain repartía una mirada

atribulada entre Bair y Sorilea, que asintió con un cabeceo; ¿le habrían dicho que respondería así? No parecía probable. Las reacciones de los demás variaron desde la sorpresa a la satisfacción, pero Rand reparó particularmente en la de Selande. Tenía los ojos desorbitados y se había olvidado de las Doncellas; si antes lo miraba atemorizada, ahora estaba aterrada. Bien, pues que lo hiciera.

—Parto para Caemlyn de inmediato —anunció.

Un suave rumor recorrió las filas de cairhieninos y tearianos, algo muy parecido a suspiros de alivio.

No le sorprendió que todos lo acompañaran hasta la habitación reservada para los Viajes. A excepción de Berelain, las Doncellas y los Escudos Rojos mantuvieron detrás al resto de los habitantes de las tierras húmedas; en particular no les gustaba que los cairhieninos estuviesen cerca de él, y Rand se alegró de que ese día hicieran lo mismo con los tearianos. Hubo muchas miradas enconadas, pero nadie dijo nada, al menos a él. Ni siquiera Berelain, que venía inmediatamente detrás, con las Sabias y Aviendha, charlando en voz baja y de vez en cuando soltando risitas quedas. Eso le puso de punta el vello de la nuca; Berelain y Aviendha conversando. Y riendo.

Ya ante la puerta cuadrada de la habitación de Viajes, Rand mantuvo con todo cuidado la mirada por encima de la cabeza de Berelain cuando ésta le hizo una profunda reverencia.

—Dirigiré Cairhien sin temor ni favoritismo hasta vuestro regreso, mi señor Dragón.

A lo mejor, a pesar del asunto de Mangin, en realidad había acudido esa mañana sólo para decir eso y para que la oyeran decirlo los otros nobles. Por alguna razón, sus palabras provocaron una sonrisa indulgente en Sorilea. Rand sintió la necesidad de descubrir qué se estaba cociendo ahí; no permitiría que las Sabias interfirieran con Berelain. Las demás habían llevado aparte a Aviendha; parecían hablar a la joven por turnos, con firmeza, aunque Rand no alcanzó a entender una sola palabra.

—Cuando volváis a ver a Perrin Aybara —añadió la Principal—, transmitidle por favor mi más afectuoso saludo. Y también a Mat Cauthon.

—Esperaremos con ansiedad el regreso del señor Dragón —mintió Colavaere, manteniendo con empeño una expresión impasible.

Meilan le asestó una mirada feroz por habérselas arreglado para hablar en primer lugar, y a continuación soltó un florido discurso con el que no dijo realmente más de lo expresado por la noble, y que, claro está, Maringil tuvo que superar, al menos en lo referente a las florituras. Fionnda y Anaiyella aventajaron con creces los de los dos, agregando tantos halagos que Rand no pudo menos de echar una ojeada inquieta a Aviendha, pero las Sabias tenían ocupada a la joven todavía. Dobraine se conformó con un «Hasta la vuelta de mi señor Dragón», mientras que Maraconn, Gueyam y Aracome farfullaban algo incomprensible al tiempo que lo observaban con cautela.

Fue un alivio para Rand entrar en el cuarto, lejos de todos ellos. La sorpresa llegó cuando Melaine lo siguió delante de Aviendha. Rand enarcó las cejas en un gesto interrogante.

—Tengo que consultar con Bael ciertos asuntos de las Sabias —le dijo ella en un tono que no admitía tonterías, y acto seguido lanzó una mirada penetrante a Aviendha, quien mostraba tal expresión de inocencia que Rand supo que estaba ocultando algo. Aviendha podía ofrecer una amplia gama de expresiones naturales, pero nunca ésa; no tan inocente.

—Como quieras —respondió. Sospechaba que las Sabias habían estado esperando una oportunidad para mandarla a Caemlyn. ¿Quién mejor para asegurarse de que Rand no ejercía una mala influencia en Bael que la propia esposa de Bael? Al igual que Rhuarc, también tenía dos, algo sobre lo que Mat comentaba siempre que o era un sueño o una pesadilla y que él no sabía decidir entre una cosa y la otra.

Aviendha observó con interés mientras Rand abría el acceso a Caemlyn, en el salón del trono. La joven solía hacerlo a pesar de que no podía ver los flujos urdidos por un varón. Una vez había abierto un acceso ella, pero fue en un inusitado momento de pánico y después había sido incapaz de recordar cómo lo había hecho. Ese día, por alguna razón, la rotante franja luminosa pareció recordarle lo ocurrido aquella vez; el rubor tiñó sus morenas mejillas, y de repente se negó a mirar en su dirección. Con el Poder hinchiéndolo, Rand percibía su olor, el aroma a hierbas del jabón que utilizaba y un leve atisbo de perfume que él no recordaba que hubiese llevado nunca. Por una vez ansioso de cortar el contacto con el *Saidin*, Rand fue el primero que pasó al vacío salón del trono. Fue como si Alanna chocara violentamente dentro de su cabeza, su presencia tan palpable como si la tuviera ante sí. Había estado llorando, le pareció percibir. ¿Porque él se había marchado? Bueno, podía llorar por eso todo lo que quisiera. Tenía que librarse de ella de algún modo.

El hecho de que cruzara el acceso primero no les sentó bien a las Doncellas ni a los Escudos Rojos. Urien se limitó a gruñir mientras sacudía la cabeza con desaprobación. Sulin, pálida, se puso de puntillas para situarse cara a cara con Rand.

—El grande y poderoso *Car'a'carn* hizo a las *Far Dareis Mai* portadoras de su honor —siseó en un quedo susurro—. Si el supremo *Car'a'carn* muere en una emboscada mientras las Doncellas lo protegen, las *Far Dareis Mai* se quedarán sin honor. Si al todopoderoso *Car'a'carn* no le importa eso, tal vez Enaila tenga razón. Quizás el infalible *Car'a'carn* es un caprichoso muchachito al que habría que coger de la mano para que no se caiga por un precipicio porque no mira hacia dónde corre.

Rand tensó las mandíbulas. En privado apretaba los dientes y aguantaba cosas así —con menos pullas, generalmente— por la deuda que tenía contraída con las Doncellas, pero ni siquiera Enaila o Somara se habían atrevido a reprenderlo abiertamente en público. Melaine ya se encontraba a mitad de camino del salón, las

faldas remangadas y casi trotando; por lo visto estaba impaciente por restablecer la influencia de las Sabias en Bael. Rand no sabía si Urien había oído las palabras de la Doncella, aunque el Aiel parecía extrañamente volcado en dirigir a sus velados *Aethan Dor*, que registraban entre las columnas junto con las Doncellas, algo para lo que no hacía falta instrucciones. Aviendha, por otro lado, cruzada de brazos, exhibía un gesto entre ceñudo y de aprobación, por lo que a Rand no le cupo duda alguna de que lo había escuchado.

—Ayer funcionó muy bien —respondió firmemente a Sulin—. De ahora en adelante creo que con dos guardias será más que suficiente.

Los ojos de la mujer parecieron a punto de salirse de las órbitas; parecía haberse quedado sin habla. Ahora que la había pillado por sorpresa, dejándola pasmada, era el momento para resarcirse, antes de que explotara como los fuegos artificiales de un Iluminador.

—Es diferente cuando salgo de palacio, por supuesto —agregó—. La guardia que me habéis proporcionado servirá entonces, pero aquí, o en el Palacio del Sol o en la Ciudadela de Tear, bastará con dos.

Le dio la espalda mientras la boca de la Doncella seguía abriéndose y cerrándose sin emitir sonido alguno.

Aviendha lo siguió de inmediato y rodearon el estrado de los tronos hacia las pequeñas puertas que había detrás. Había abierto el acceso allí en lugar de hacerlo directamente en sus aposentos con la esperanza de dejarla atrás. Incluso sin el *Saidin* podía olerla, o quizás era sólo el recuerdo. En uno u otro caso, Rand deseó tener la nariz congestionada con un catarro; ese aroma le gustaba demasiado.

Con el chal muy ajustado, Aviendha caminó con la mirada prendida al frente, como si estuviese preocupada, sin reparar en que él le abría una de las puertas que daban a los vestidores forrados con paneles de madera con tallas de leones y la sujetaba para que pasara, algo que generalmente provocaba al menos un poco de ira en ella y a veces la cáustica pregunta sobre cuál de los dos brazos creía que se había roto para que no pudiera hacerlo ella misma. Cuando Rand le preguntó qué le ocurría, la joven sufrió un sobresalto.

—Nada. Sulin tenía razón, pero… —De repente esbozó una sonrisa, como a regañadientes—. ¿Viste su cara? Nadie le había leído la cartilla así desde… Creo que nunca. Ni siquiera Rhuarc.

—Me sorprende un poco que te pongas de mi lado.

Ella lo miró con aquellos enormes ojos. Rand habría podido pasarse todo el día tratando de decidir si eran azules o verdes. No. No tenía derecho a pensar en sus ojos. Lo que había ocurrido entre ellos después de que la joven había abierto aquel acceso —para huir de él— no había cambiado nada. Él, sobre todo, no tenía derecho a pensar en ello.

—Cuántos problemas me causas, Rand al'Thor —dijo sin acalorarse—. Luz, a veces pienso que el Creador te hizo sólo para darme dolores de cabeza.

Rand quiso decirle que era culpa de ella —en más de una ocasión le había ofrecido enviarla de vuelta con las Sabias, aunque ello sólo habría significado que la reemplazarían por otra persona—; pero, antes de que tuviera ocasión de abrir la boca, Jalani y Liah los alcanzaron, seguidas a poca distancia por dos Escudos Rojos, uno de ellos un tipo canoso que tenía el triple de cicatrices en la cara que Liah. Rand mandó volver al salón del trono al Escudo Rojo de las cicatrices y a Jalani, lo que estuvo a punto de provocar una discusión. No por parte del Escudo Rojo, que se limitó a mirar a su compañero, se encogió de hombros y se marchó, pero la joven Doncella se plantó muy erguida. Rand señaló la puerta que daba al salón del trono.

—El *Car'a'carn* espera de las *Far Dareis Mai* que vayan donde les ordena.

—Puede que seas un rey para las gentes de las tierras húmedas, Rand al'Thor, pero no para los Aiel. —Un asomo de malhumor echaba a perder la actitud orgullosa de Jalani, recordándole a Rand lo joven que era—. Las Doncellas jamás te fallarán en la danza de las lanzas, pero esto no es la danza.

Aun así se marchó tras un rápido intercambio en el lenguaje de señas con Liah.

Acompañado por Liah y el otro Escudo Rojo, un hombre rubio llamado Cassin que era un par de dedos más alto que Rand, éste se encaminó a buen paso hacia sus aposentos. Y con Aviendha, naturalmente. Si había pensado que aquellas amplias faldas podían dejarla atrás, estaba muy equivocado. Liah y Cassin se quedaron en el pasillo, a la puerta de la sala de estar, una amplia estancia con un friso de mármol con tallas de leones en la unión de las paredes con el alto techo, y tapices que representaban escenas de caza y montañas brumosas, pero Aviendha lo siguió dentro.

—¿No deberías estar con Melaine? —demandó él—. ¿Los asuntos de Sabias y todo eso?

—No —repuso secamente—. A Melaine no le haría gracia que interfiriera en sus cosas en este momento.

Luz, y él no tendría que alegrarse de que no se marchara. Arrojó el Cetro del Dragón sobre una mesa de patas doradas y tallas de hojas de enredadera, y se desabrochó el cinturón de la espada.

—¿Te han dicho Amys y las otras dónde está Elayne? —preguntó.

Durante unos segundos larguísimos Aviendha se quedó parada en medio del suelo de baldosas azules, mirándolo fijamente con una expresión indescifrable.

—No lo saben —contestó finalmente—. Lo pregunté.

Era lo que Rand había esperado de ella. No lo hacía desde hacía meses, pero, antes de ir a Caemlyn con él la primera vez, una de cada dos palabras que salían de su boca era para recordarle que le pertenecía a Elayne. Y era así desde su punto de vista como Aiel, y dejó muy claro que lo ocurrido entre ambos al otro lado de aquel acceso

no cambiaba ese hecho; como también dejó claro que no volvería a suceder. Como tenía que ser. Rand se sentía peor que un cerdo por lamentar que fuera así. Haciendo caso omiso de todas las excelentes sillas doradas, Aviendha se sentó cruzada de piernas en el suelo y arregló los pliegues de la falda.

—Pero sí hablaron de ti —comentó.

—¿Por qué será que no me sorprende? —manifestó con acritud él y, para su sorpresa, las mejillas de la mujer enrojecieron. Aviendha no era la clase de mujer que se ruborizara, y ésta era la segunda vez que le ocurría en el mismo día.

—Han compartido sueños, algunos de los cuales te conciernen a ti. —Su voz sonaba un tanto estrangulada e hizo una pausa para aclararse la garganta; después su mirada firme y decidida se clavó en él—. Melaine y Bair soñaron contigo subido en un bote —dijo; pronunció la última palabra con un acento raro a pesar de los meses que llevaba en las tierras húmedas—, con tres mujeres cuyos rostros no pudieron ver y una balanza inclinándose primero a un lado y después a otro. Melaine y Amys soñaron con un hombre de pie a tu lado, que tenía una daga puesta en tu garganta, pero tú no parecías verlo. Bair y Amys soñaron que cortabas las tierras húmedas en dos con una espada. —Durante un instante sus ojos lanzaron una ojeada rápida y despectiva hacia el arma envainada y puesta encima del Cetro del Dragón; despectiva y un tanto culpable. Se la había regalado ella, un arma que en tiempos había pertenecido el rey Laman, cuidadosamente envuelta en una manta para que no pudiera decirse que ella la había tocado—. No han podido interpretar los sueños, pero pensaron que tú deberías saberlo.

El primero le resultaba tan incomprensible como a las Sabias, pero el segundo parecía obvio. Un hombre al que no veía y con una daga tenía que ser un Hombre Gris; habiendo entregado su alma al Oscuro —no meramente comprometida, sino entregada— podían moverse sin que se reparara en ellos aunque se los estuviera mirando directamente, y su único propósito real era el asesinato. ¿Por qué no habían interpretado las Sabias algo tan evidente? En cuanto al último, se temía que también era muy obvio. De hecho ya había dividido países; Tarabon y Arad Doman estaban en ruinas, las rebeliones en Tear y Cairhien podían convertirse en algo más serio que meras conversaciones a escondidas en cualquier momento, e Illian ciertamente sentiría el peso de su espada. Y eso sin contar con el Profeta y los seguidores del Dragón en Altara y Murandy.

—No veo el misterio en ninguno de esos dos, Aviendha.

Sin embargo, cuando se lo explicó, la mujer lo miró con expresión de duda. Pues claro. Si las Sabias caminantes de sueños eran incapaces de interpretar un sueño, ciertamente nadie más podía hacerlo. Rand soltó un gruñido amargo y se sentó pesadamente en una silla enfrente de Aviendha.

—¿Qué más soñaron? —preguntó.

—Hay otro que puedo contarte, aunque quizá no te concierne. —Lo que significaba que había otros que no estaba autorizada a revelarle, cosa que le hizo preguntarse por qué las Sabias los habían comentado con ella, puesto que no era una caminante de sueños—. Las tres tuvieron este sueño, lo que lo hace especialmente significativo. La lluvia —esa palabra también la pronunció torpemente—, viniendo de un cuenco. Hay trampas tendidas alrededor de ese cuenco. Si lo cogen las manos adecuadas, hallarán un tesoro quizá tan grande como el cuenco. En las manos equivocadas, el mundo está condenado. La clave para encontrarlo es hallar al que ya no es.

—¿Que ya no es qué? —Éste, ciertamente, parecía mucho más importante que el resto—. ¿Te refieres a alguien que ha muerto?

El cabello rojo oscuro de Aviendha se meció por debajo de sus hombros cuando la joven sacudió la cabeza.

—No saben más de lo que he dicho.

Para sorpresa de Rand, Aviendha se incorporó suavemente haciendo esos arreglos automáticos en las ropas que las mujeres siempre hacían.

—¿Tienes que…? —Tosió deliberadamente. Había estado a punto de preguntarle si tenía que marcharse. Luz, pero si eso era lo que quería él. Cada minuto a su lado era una tortura. Claro que también lo era cada minuto lejos de ella. En fin, en este caso podía hacer lo que era adecuado y al mismo tiempo conveniente para él, y lo mejor para ella—. ¿Quieres regresar con las Sabias, Aviendha? ¿Deseas reanudar tus estudios? En realidad no tiene sentido que te quedes más tiempo aquí. Me has enseñado tanto que se diría que me he criado como un Aiel.

La sonora aspiración por la nariz de la joven lo dijo todo, pero, claro está, no se conformó con eso.

—Sabes menos que un crío de seis años —manifestó—. ¿Por qué un hombre hace más caso a su segunda madre que a su propia madre, y una mujer a su segundo padre más que al suyo propio? ¿Cuándo puede una mujer casarse con un hombre sin hacer una guirnalda matrimonial? ¿Cuándo debe obedecer una señora del techo a un herrero? Si tomas a una orfebre de *gai'shain*, ¿por qué debes dejarla trabajar para sí misma un día por cada uno que trabaje para ti? ¿Por qué no ocurre lo mismo con una tejedora?

Rand empezó a farfullar respuestas que venían a decir que no tenía ni idea, pero de repente Aviendha empezó a toquetear su chal con gesto absorto, como si se hubiese olvidado de él.

—A veces el *ji'e'toh* conduce a situaciones chistosas. Me partiría de risa si no fuera yo el blanco de ésta. —Su voz se redujo a un susurro—. Cumpliré con mi *toh*.

Rand creía que hablaba consigo misma, pero aun así respondió:

—Si te refieres a Lanfear, no fui yo quien te salvó, sino Moraine. Murió por

salvarnos a todos —dijo con tono cuidado.

El regalo de la espada de Laman la había liberado de otro *toh* con él, aunque Rand nunca acabó de comprender cuál había sido. La única obligación que ella sabía. Rand rogó que nunca descubriera la otra; porque la vería como tal, aunque él no la viera así. Aviendha alzó los ojos hacia él, con la cabeza ladeada y una leve sonrisa asomando a sus labios. Había recobrado la compostura de un modo que habría hecho sentirse orgullosa a Sorilea.

—Gracias, Rand al'Thor. Bair dice que está bien recordar de vez en cuando que un hombre no lo sabe todo. Asegúrate de avisarme cuando pienses acostarte. No quiero llegar tarde y despertarte.

Rand se quedó sentado, mirando la puerta después de que la mujer hubo salido. Por lo general era más fácil comprender a un cairhienino enredado en el Juego de las Casas que a cualquier mujer sin que ésta hiciera esfuerzo alguno por ser enigmática. Sospechaba que lo que sentía por Aviendha, fuera lo que fuese, enredaba aun más las cosas.

«Aquello que amo, lo destruyo —rió Lews Therin—. Aquello que destruyo, lo amo.»

«¡Cállate!», pensó, furioso, Rand, y la vesánica risa desapareció. No sabía a quién amaba, pero sí sabía a quién iba a salvar. De todos los peligros que estuvieran a su alcance, pero especialmente de él.

En el pasillo, Aviendha se tambaleó contra la puerta al tiempo que hacía inhalaciones profundas para calmarse. O para intentarlo. Su corazón parecía seguir empeñado en salírsele a través de la caja torácica. Estar cerca de Rand al'Thor era como si la tendieran desnuda sobre brasas y tiraran de ella hasta que tuviera la impresión de que se le iban a descoyuntar los huesos. La vergüenza que la embargaba era mayor de lo que jamás pensó que sentiría. Una situación chistosa, le había dicho, y una parte de ella quiso reír. Tenía *toh* con él, pero mucho más con Elayne. Lo único que él había hecho había sido salvarle la vida. Lanfear la habría matado si no hubiese estado él. Lanfear quería matarla a ella particularmente, y del modo más doloroso posible. De algún modo, Lanfear lo había descubierto. En relación con el incurrido con Elayne, su *toh* con Rand era un termitero comparado con la Columna Vertebral del Mundo.

Cassin —el corte de su chaqueta le indicó que era Goshien así como *Aethan Dor*, aunque no supo reconocer su septiar— se limitó a mirarla desde donde estaba en cuclillas, con las lanzas sobre las rodillas; no sabía nada, por supuesto. Pero Liah le sonrió, demasiado animosa para una mujer a quien no conocía, demasiado avisada para cualquier persona. Aviendha se impresionó al descubrirse pensando que los Chareen, como la chaqueta de Liah indicaba que era, a menudo le daban a la lengua y

andaban con chismorreos; jamás había pensado en ninguna Doncella como otra cosa que una *Far Dareis Mai*. Rand al'Thor la había alterado hasta el punto de volver incoherente su razonamiento.

Aun así, sus dedos se movieron furiosamente con el lenguaje de señas. «¿Por qué te ríes, muchacha? ¿No tienes nada mejor en lo que emplear tu tiempo?»

Las cejas de Liah se enarcaron levemente y, si hubo algún cambio, fue que su sonrisa se tornó aun más divertida. Sus dedos se movieron en una respuesta. «¿A quién llamas muchacha, chica? Todavía no eres Sabia pero has dejado de ser Doncella. Creo que tejerás tu alma en una guirnalda para ponerla a los pies de un hombre.»

Aviendha adelantó un paso con aire iracundo —había pocos insultos peores entre las *Far Dareis Mai*— pero se detuvo. Si hubiera llevado puesto el *cadin'sor*, probablemente Liah no habría sido superior a ella, pero con faldas acabaría derrotada. Lo que es peor, Liah seguramente rehusaría hacerla su *gai'shain* —estaba en su derecho, al ser atacada por una mujer que no era Doncella y todavía no había llegado a Sabia— o exigiría azotarla delante de todos los Taardad que pudiera reunir. Una vergüenza menor que el rechazo, pero no pequeña. Lo peor de todo, tanto si ganaba como si perdía, era que Melaine encontraría el modo de recordarle que había dejado la lanza y, a buen seguro, de una manera que la haría desear que Liah le hubiera dado diez palizas frente a todos los clanes. Aplicada por una Sabia, la humillación era más afilada que la hoja de un cuchillo. Liah no movió un solo músculo; sabía todo eso tan bien como la propia Aviendha.

—Ahora os sostenéis fijamente la mirada —comentó Cassin con aire indiferente —. Algún día tengo que aprender ese lenguaje de manos que utilizáis.

Liah volvió los ojos hacia él y soltó una risa cristalina.

—Estarás muy guapo con faldas, Escudo Rojo, el día que solicites convertirte en Doncella.

Aviendha había estado conteniendo la respiración y soltó el aire con alivio cuando Liah apartó la vista de ella; en estas circunstancias no habría podido mirar a otro lado primero sin mengua de su honor. De manera automática, sus dedos se movieron en reconocimiento, los primeros signos que aprendía una Doncella, ya que era la frase que utilizaba más a menudo una novata: tengo *toh* contigo.

Liah respondió al instante: «Muy pequeño, hermana de lanza».

Aviendha sonrió con agradecimiento al faltar en el mensaje el gesto del dedo meñique doblado que habría convertido la última parte de la frase en una pulla y que se utilizaba con las mujeres que habían renunciado a la lanza y que después intentaban comportarse como si no lo hubiesen hecho.

Un sirviente de las tierras húmedas venía pasillo adelante con paso apresurado. Evitando que su rostro reflejara el desdén que sentía por alguien que se pasaba la vida

sirviendo a otros, Aviendha se encaminó en dirección opuesta para así no tener que cruzarse con el tipo. Matar a Rand al'Thor satisfaría un *toh*, y matarse a sí misma satisfaría el segundo, pero cada *toh* impedía esa solución para el otro. Dijeran lo que dijeran las Sabias, tenía que encontrar un modo de resarcir ambos.

20



Desde el stedding

Rand había empezado a apretar con el pulgar el tabaco metido en la cazoleta de su pipa cuando Liah asomó la cabeza por la puerta. Antes de que tuviera ocasión de decir nada, un hombre de cara oronda, vestido con librea roja y blanca, la empujó para pasar y cayó de rodillas ante Rand, jadeando, mientras la Doncella lo miraba sin salir de su asombro.

—Mi señor Dragón —barbotó el tipo casi sin resuello—, unos Ogier han llegado a palacio. ¡Tres, nada menos! Se les ha ofrecido vino, pero insisten en que lo único que quieren es ver al lord Dragón.

Rand se obligó a dar un tono sosegado a su voz; no deseaba asustar al hombre.

—¿Cuánto hace que estás en palacio? —La librea correspondía a su talla y el hombre no era joven—. Me temo que no sé tu nombre.

El hombre arrodillado lo miró con ojos desorbitados.

—¿Mi nombre? Me llamo Bari, milord Dragón. Eh… Veintidós años en servicio, mi señor Dragón, en la próxima Noche de Invierno. Mi señor Dragón, los Ogier…

Rand había visitado un *stedding* Ogier en dos ocasiones, pero no estaba seguro del protocolo correcto. Los Ogier habían construido la mayoría de las grandes ciudades, sus zonas más antiguas, y seguían saliendo de sus *steddings* de vez en cuando para realizar reparaciones, aunque Rand dudaba que Bari se mostrara tan excitado con la llegada de alguien de menor categoría que un rey o unas Aes Sedai. Bueno, quizá por ellas no. Rand volvió a guardar la pipa y la bolsita del tabaco en un bolsillo.

—Condúceme hasta ellos.

Bari se incorporó rápidamente, casi saltando sobre las puntas de los pies. Rand supuso que había tomado la decisión correcta, ya que el hombre no mostraba sorpresa por que el lord Dragón acudiera a recibir a los Ogier en vez de ordenar que los llevara a su presencia. No cogió la espada ni el cetro; ninguna de las dos cosas impresionaría a los Ogier. Liah y Cassin lo acompañaron, por supuesto, y fue evidente que Bari habría regresado a la carrera de no verse obligado a mantener el paso marcado por Rand.

Los Ogier aguardaban en un patio en el que había una fuente, con el pilón lleno de nenúfares y peces de colores. Eran un varón y dos féminas; él tenía el pelo blanco y llevaba una larga levita cuyos vuelos caían sobre unas botas altas con la parte superior vuelta; una de las mujeres era mucho más joven que la otra, y las faldas de ambas lucían bordados de hojas y enredaderas, los de la mayor bastante más complejos. Las copas doradas, acordes al tamaño de humanos, parecían minúsculas en sus manos. Varios árboles conservaban hojas todavía y el propio palacio daba sombra. Los Ogier no estaban solos; cuando Rand apareció, Sulin y alrededor de tres docenas de Doncellas estaban arracimadas a su alrededor, y también Urien con cincuenta o más de sus hombres. Los Aiel tuvieron la delicadeza de guardar silencio al ver a Rand.

—Vuestro nombre canta en mis oídos, Rand al'Thor —dijo el Ogier con una voz semejante a un trueno lejano, e hizo las presentaciones con aire serio.

Él era Haman, hijo de Dal, nieto de Moral. La mujer de más edad era Covril, hija de Ela, nieta de Soong; y la más joven era Erith, hija de Iva, nieta de Alar. Rand recordaba haber visto a Erith una vez, en el *stedding* Tsofu, situado a dos días a caballo desde la ciudad de Cairhien. No se le ocurría qué los habría llevado a Caemlyn.

Los Ogier empequeñecían a los Aiel con su tamaño; hacían que el patio pareciera pequeño. Haman debía de ser unos noventa centímetros más alto que Rand, y su corpulencia estaba en consonancia con su talla; Covril era una cabeza más baja que su compañero —una cabeza Ogier, se entiende—, e incluso Erith sacaba cuarenta y cinco centímetros a Rand como poco. Empero, el tamaño era la diferencia menor entre Ogier y humanos. Los ojos de Haman eran tan grandes y redondos como tazas, su ancha nariz casi le tapaba la cara, y sus orejas sobresalían erguidas entre el cabello y estaban rematadas en las puntas por mechones. Lucía un largo y blanco bigote lacio y perilla, y las cejas le colgaban hasta las mejillas. Rand no habría sabido decir en qué se diferenciaban los rostros de ellas, excepto por la ausencia de barba y bigote, claro está, y porque las cejas no eran tan largas ni tan espesas. Pero de algún modo parecían más delicadas, bien que Covril mostraba un gesto severo en ese momento —por alguna razón le resultaba familiar a Rand—, y Erith parecía preocupada, con las orejas gachas.

—Si me disculpáis un momento —les dijo Rand.

Sulin no le dejó que pronunciara una sola palabra más.

—Hemos venido a hablar con los Hermanos del Árbol, Rand al'Thor —manifestó firmemente—. Has de saber que los Aiel han sido amigos de agua de los Hermanos del Árbol desde hace mucho tiempo. Acudimos a comerciar a sus *steddings* a menudo.

—Eso es muy cierto —murmuró Haman. Para un Ogier, fue un murmullo; para

los demás, el retumbo de una avalancha en la lejanía.

—Estoy seguro de que los otros vinieron para hablar —le respondió Rand a Sulin. Podía distinguir a las Doncellas de su guardia a simple vista, hasta la última de ellas; Jalani se puso roja como la grana—. No me gustaría pensar que hace falta que les pida a Enaila y a Somara que te pongan a su mando. —El curtido semblante de Sulin se ensombreció de indignación, haciendo que la cicatriz que había recibido por seguirlo resaltara aun más—. Hablaré con ellos a solas. A solas —repitió, poniendo énfasis mientras miraba hacia Liah y Cassin—. A menos que creas que necesito que me protejáis de ellos.

Aquello la ofendió aun más y reunió a las Doncellas mediante rápidos signos de las manos en lo que cualquiera excepto un Aiel habría llamado una actitud airada. Algunos de los varones Aiel reían por lo bajo cuando se marcharon; Rand supuso que había hecho alguna clase de chiste.

Mientras los Aiel salían del patio, Haman se atusó la perilla.

—Los humanos no siempre nos han considerado tan pacíficos como para sentirse seguros cerca de nosotros ¿sabes? Ummm. Ummm. —El murmullo caviloso sonó como el zumbido de un gigantesco abejorro—. Está registrado en los antiguos anales. Muy antiguos. En realidad, sólo son fragmentos, pero que datan de justo después de…

—Mayor Haman —interrumpió educadamente Covril—, ¿podemos ceñirnos al asunto que nos ocupa?

Mayor Haman. ¿Dónde había oído eso Rand con anterioridad? Cada *stedding* contaba con su Consejo de Mayores.

—Está bien, Covril. —Haman suspiró profundamente—. Pero estás mostrando una premura impropia. Apenas nos diste tiempo para lavarnos antes de venir aquí. Juro que has empezado a ir corriendo de aquí para allí como un… —Aquellos enormes ojos lanzaron una fugaz mirada a Rand y luego el anciano Ogier soltó una tosecilla, tapándose la boca con una mano grande como un jamón. Los Ogier consideraban precipitados a los humanos, siempre intentando hacer ahora lo que indudablemente no era necesario hasta mañana. O hasta el próximo año; los Ogier contemplaban las cosas a largo plazo. También consideraban ofensivo recordar a los humanos que siempre tenían prisa.

»Éste ha sido un viaje de lo más excitante al exterior —continuó Haman, explicándoselo a Rand—, y una de las cosas más llamativas ha sido descubrir que los Aiel Shaido habían sitiado Al'cair'rahienallen, algo realmente extraordinario, y que vos estabais de hecho allí; pero entonces os marchasteis antes de que pudiéramos hablar con vos, y… No puedo evitar pensar que hemos sido impetuosos. No. No, tú insististe, Covril. Es por ti por quien dejé mis estudios y mis enseñanzas, para ir corriendo por todo el mundo. A estas alturas habrá un motín en mis clases.

Rand estuvo a punto de sonreír; considerando el modo en que los Ogier hacían las cosas, las clases de Haman tardarían medio año en decidir que se había marchado realmente y otro año más para discutir qué hacer al respecto.

—Una madre tiene derecho a sentirse inquieta —repuso Covril mientras sus orejas copetudas se agitaban. Parecía estar debatiéndose entre el respeto debido a un Mayor y una impaciencia por demás impropia de su raza. Cuando se volvió hacia Rand, se irguió, adelantó la barbilla y enderezó las orejas—. ¿Qué habéis hecho con mi hijo?

—¿Vuestro hijo? —Rand estaba boquiabierto.

—¡Loial! —Lo miraba como si se hubiese vuelto loco. Erith lo estaba observando anhelante, con las manos crispadas sobre el pecho.

»Le prometisteis a la más anciana de los Mayores del *stedding* Tsofu que cuidaríais de él —prosiguió Covril—. Me lo contaron. Entonces no os hacíais llamar el Dragón, pero erais vos. ¿Cierto, Erith? ¿No dijo Alar que se llamaba Rand al'Thor? —Sólo le dio tiempo a la joven para que respondiera con un breve cabeceo. A medida que aumentaba la velocidad con que hablaba, Haman empezó a mostrar una expresión dolida—. Mi Loial es demasiado joven para estar en el exterior, demasiado joven para estar corriendo de un lado al otro del mundo, haciendo cosas que sin duda le habéis mandado hacer. La Mayor Alar me habló de vos. ¿Qué tiene que ver mi Loial con los Atajos y con trollocs y con el Cuerno de Valere? Me lo entregaréis ahora mismo, por favor, para que así pueda casarlo como es debido con Erith. Ella hará que siente la cabeza y se le quiten las ganas de vagabundear.

—Es muy apuesto —musitó tímidamente Erith, cuyas orejas se agitaban de tal modo por la turbación que los copetes se sacudían de un modo extraordinario—. Y también creo que es muy valiente.

A Rand le costó unos segundos recobrar el equilibrio mental. Una Ogier mostrándose firme se asemejaba mucho a una montaña derrumbándose. Y una Ogier mostrándose firme y hablando rápidamente…

Según el entender de los Ogier, Loial, con poco más de noventa años, era demasiado joven para salir solo del stedding. Los Ogier eran muy longevos. Desde el primer día en que Rand lo conoció, Loial, ansioso por conocer mundo, se había preocupado de lo que ocurriría cuando los Mayores se dieran cuenta de que se había escapado. Sobre todo le preocupaba que su madre saliera tras él llevando una novia a remolque. Había explicado que los hombres de su raza no tenían voz ni voto en ese asunto, y las mujeres elegidas poco más; todo lo acordaban entre las dos madres. No estaba fuera de lo posible que uno se encontrara casado con una mujer a la que no se conocía hasta el día en que su madre le presentaba a su futura esposa y a su suegra.

Loial parecía pensar que el matrimonio sería el final de todo para él, al menos de sus ansias de ver mundo, y tanto si era así como si no, Rand no entregaría a un amigo

a aquello que temía. Estaba a punto de decir que ignoraba el paradero de Loial y sugerirles que regresaran al *stedding* y esperaran a que el joven Ogier volviera —de hecho ya había abierto la boca para hablar— cuando se le ocurrió una pregunta. Lo avergonzaba no recordar algo tan importante; al menos para Loial.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera del stedding?

—Demasiado —respondió Haman, y su voz sonó como peñascos retumbando al rodar ladera abajo—. El chico nunca fue aplicado en sus tareas. Siempre estaba hablando de ver el exterior, como si hubiese cambiado realmente algo de lo que hay en los libros que debería haber estudiado. Ummm. ¿Qué cambio representa en realidad el que los humanos hayan variado las líneas de un mapa? La tierra sigue siendo…

—Ha permanecido fuera demasiado tiempo —intervino la madre de Loial con tanta firmeza como un poste que se clava en arcilla seca. Haman la miró ceñudo, y la mujer se las arregló para sostenerle la mirada con igual firmeza a pesar de que las orejas le temblaban de azoramiento.

—M… más de cinco años —puntualizó Erith. Durante un instante sus orejas se doblaron, pero acto seguido se alzaron brusca y obstinadamente. En una buena imitación de Covril, manifestó—: Quiero que sea mi esposo. Lo supe desde el primer momento en que lo vi. No dejaré que muera. Y menos por ser un necio.

Rand y Loial habían hablado de muchas cosas y una de ellas había sido la añoranza, aunque al joven Ogier no le gustaba hablar de ella. Cuando el Desmembramiento del Mundo obligó a los humanos a huir a cualquier lugar que les ofreciera seguridad, también llevó a los Ogier fuera de los *steddings*. Durante largos años los humanos erraron por un mundo que a veces cambiaba en el mismo día, persiguiendo la seguridad, y los Ogier erraron en busca de los *steddings* perdidos en la cambiante tierra. Fue entonces cuando los aquejó la Añoranza. Un Ogier alejado del *stedding* deseaba regresar. Un Ogier alejado largo tiempo del *stedding* necesitaba regresar. Un Ogier alejado demasiado tiempo del *stedding* moría.

—Loial me dijo que un Ogier podía permanecer fuera más tiempo que eso —repuso quedamente Rand—. Diez años, creo recordar.

Haman empezó a sacudir la inmensa cabeza antes de que Rand hubiese terminado de hablar.

—No es exacto. Que yo sepa, sólo cinco han permanecido fuera tanto tiempo y han vivido para regresar al *stedding*, y creo que yo lo sabría si hubiese habido más. Se habría escrito y hablado de una locura semejante. De los cinco, tres murieron antes de transcurrir un año desde su vuelta al hogar, el cuarto fue un inválido el resto de su vida, y la mejor parada fue la quinta, una mujer, que sólo necesitó un bastón para caminar. Pero siguió escribiendo. Ummm… Dalar tenía algunas cosas interesantes que contar referentes a…

Esta vez, cuando Covril abrió la boca, el Mayor giró la cabeza hacia ella y la miró, enarcando bruscamente las pobladas cejas. La Ogier empezó a alisarse los pliegues de la falda con gestos furiosos, pero le mantuvo la mirada sin vacilar.

—Cinco años es un corto espacio de tiempo, lo sé —siguió diciendo Haman a Rand, aunque sin dejar de mirar intensamente a Covril por el rabillo del ojo—, pero ahora estamos anclados al stedding. No hemos oído nada en la ciudad que nos indique que Loial está aquí, y a juzgar por el alboroto que nuestra presencia ha causado tendríamos que haber escuchado algún comentario, pero si nos decís dónde se encuentra le estaréis haciendo un gran favor.

—En Dos Ríos —informó Rand. Salvar la vida a un amigo no era traicionarlo—. La última vez que lo vi partía hacia allí en buena compañía, con amigos. Dos Ríos es un lugar tranquilo. Y seguro. —Volvía a serlo ahora, gracias a Perrin—. Y gozaba de buena salud hace unos pocos meses. —Bode se lo había dicho cuando las muchachas de la región le estuvieron contando lo ocurrido allí.

—Dos Ríos —murmuró Haman—. Ummm. Ummm. Sí, sé dónde está. Otra larga caminata. —Los Ogier montaban a caballo en muy contadas ocasiones, ya que había pocos animales que pudieran aguantar su peso; y, en cualquier caso, preferían confiar en sus propias piernas.

—Debemos ponernos en marcha inmediatamente —dijo Erith con un retumbo firme aunque ligero. Ligero comparado con el timbre de Haman, claro está.

Covril y Haman la miraron sorprendidos, escandalizados de que se hubiese atrevido a hablar de ese modo, y las orejas de Erith se doblaron por completo. Después de todo, era una jovencita que acompañaba a un Mayor y a una mujer que, según sospechaba Rand, debía de ser muy importante a juzgar por la forma en que le plantaba cara a Haman. A buen seguro que Erith no superaba en mucho los ochenta años.

Sonriendo ante esta idea —el patinazo era propio de una chiquilla, de modo que quizá sólo tenía setenta—, Rand ofreció:

—Por favor, aceptad mi hospitalidad en palacio. Unos pocos días de descanso contribuirán a que vuestro viaje sea más rápido, Mayor Haman. —¡Claro, ahora lo recordaba! Loial estaba hablando siempre de su maestro. Según él, el Mayor Haman lo sabía todo.

»Y quizá podáis prestarme ayuda. Necesito localizar las puertas a los Atajos. Todas ellas —añadió.

Los tres Ogier empezaron a hablar a la vez:

—¿Las puertas a los Atajos? —dijo Haman, alzando cejas y orejas bruscamente —. Los Atajos son muy peligrosos. Demasiado peligrosos.

—¿Unos pocos días? —protestó Erith—. Mi Loial podría estar muriéndose.

—¿Unos pocos días? —dijo Covril a la par de la joven—. Mi Loial podría… —

Enmudeció y clavó los ojos en la chica, con los labios prietos y las orejas trémulas.

Haman les asestó una mirada ceñuda a ambas mientras se atusaba la perilla con un aire irritado.

—No sé por qué me dejé convencer para meterme en esto. Debería estar impartiendo conocimientos en mis clases, y hablando con los miembros del Tocón. Si no fueses una Oradora tan respetada, Covril…

—Querrás decir si no estuvieses casado con mi hermana —espetó categóricamente—. Voniel te dijo que cumplieses con tu deber, Haman. —Las cejas del Mayor se hundieron hasta que las largas puntas rozaron sus mejillas, y sus orejas parecieron perder gran parte de su tiesura—. Quería decir que te lo pidió —prosiguió Covril. No con precipitación exactamente, ni tampoco perdiendo el aplomo, pero, definitivamente, con presteza—. Por el Árbol y la quietud, no era mi intención ofenderte, Mayor Haman.

Éste carraspeó sonoramente —lo que en un Ogier significaba muy sonoramente— y se volvió hacia Rand al tiempo que se tiraba de la chaqueta como si la tuviera descolocada.

—Los Engendros de la Sombra están utilizando los Atajos —se le adelantó Rand antes de que Haman pudiera hablar—. He apostado guardias en las pocas puertas a las que tenemos acceso. —Eso incluía la que se encontraba a las afueras del *stedding* Tsofu, tras su última y fútil visita allí, obviamente después de que los tres hubiesen partido, o no habrían hecho este viaje—. Apenas un puñado. Todas ellas tienen que estar vigiladas o en caso contrario Myrddraal y trollocs podrían aparecer en enjambres de repente, como salidos de la nada, en lo que concierne a todos aquellos sobre los que podrían caer por sorpresa. Pero ni siquiera sé dónde están ubicadas todas.

Eso no solucionaría lo de los accesos, por supuesto. A veces se preguntaba por qué los Renegados no hacían llegar unos pocos miles de trollocs a través de uno. O diez o veinte mil. No le resultaría fácil contener un ataque semejante; si es que podía. En el mejor de los casos tendría lugar una matanza. En fin, no había nada que hacer respecto a los accesos si no estaba presente en el lugar, y en el momento, en que se abriera uno, pero sí podía hacer algo con las puertas a los Atajos.

Haman intercambió una mirada con Covril. Los dos hicieron un aparte y hablaron en susurros que, sorprendentemente, fueron lo bastantes quedos para que Rand sólo consiguiera captar un zumbido semejante al de un enjambre sobre el tejado. Debía de estar acertado en su suposición de que la Ogier era alguien importante. Una Oradora; había advertido que era una especie de título. Consideró la posibilidad de aferrar el *Saidin* —de ese modo podría escucharlos— pero rechazó la idea con desagrado. Todavía no había caído tan bajo como para ponerse a escuchar a escondidas. Erith repartió su atención entre sus mayores y Rand, sin dejar un solo momento de alisarse

la falda con movimientos inconscientes.

Rand confiaba en que no le plantearan por qué no había hecho su petición al Consejo de Mayores del *stedding* Tsofu. Alar, la más anciana de los Mayores de allí, había sido muy categórica; el Tocón estaba reunido, y nada tan peculiar —tanto que ni siquiera se había pensado la posibilidad— como era entregar a un humano el control de las puertas a los Atajos podía hacerse a menos que el Tocón estuviera de acuerdo. Quién era él parecía importarle tan poco a la anciana Ogier como a estos tres.

Finalmente Haman regresó; tenía fruncido el entrecejo y se asía con fuerza las solapas de la chaqueta. También Covril estaba ceñuda.

—Todo esto es precipitado, muy precipitado —manifestó Haman en un tono bajo que recordaba un deslizamiento de grava—. Ojalá pudiera discutirlo con… En fin, no puedo. ¿Engendros de la Sombra, decís? Ummm. Ummm. De acuerdo, si hay que actuar con prisa, se actúa con prisa. Que no se diga que los Ogier son incapaces de reaccionar rápidamente cuando es preciso, y quizás ése es el caso ahora. Tenéis que entender que el Consejo de Mayores de cualquier *stedding* podría deciros que no, al igual que el Tocón.

—¡Mapas! —gritó Rand tan fuerte que los tres Ogier dieron un brinco—. ¡Necesito mapas!

Giró sobre sus talones buscando con la vista a alguno de los sirvientes que siempre parecían estar por los alrededores, a un *gai'shain*, o a cualquiera. Sulin asomó la cabeza por una de las puertas que daban al patio. Tenía que estar cerca, después de todo lo que le había dicho.

—Mapas —bramó a la Doncella—. Quiero todos los mapas que hay en palacio. Y una pluma y tintero. ¡Ya! ¡Deprisa!

La Doncella lo miró casi despectivamente —los Aiel no utilizaban mapas y, naturalmente, se vanagloriaban de no necesitarlos— y se dio media vuelta.

—¡Corre, *Far Dareis Mai*! —espetó Rand.

Ella miró hacia atrás… y echó a correr. Rand deseó saber cuál era el aspecto de su semblante porque así podría recordarlo para utilizarlo de nuevo.

Haman daba la impresión de que habría estado retorciéndose las manos si su dignidad se lo hubiese permitido.

—A decir verdad, es muy poco lo que podemos deciros que ya no sepáis. Cada *stedding* tiene una justo al borde del perímetro. —Las primeras puertas a los Atajos no se habían hecho dentro debido a la imposibilidad de encauzar, al estar bloqueada la conexión con la Fuente por el propio stedding; cuando se les dio el Talismán del Nacimiento a los Ogier y pudieron hacer por sí mismos que los Atajos crecieran hasta una nueva puerta, el Poder seguía involucrado en la creación, pero no encauzándolo —. Y en todas vuestras urbes que tenían arboledas Ogier. Aunque parece que aquí la

ciudad ha crecido encima de la arboleda. Y en Al'cair'rahienallen… —Dejó la frase en el aire y sacudió la cabeza.

El propio nombre era un resumen del problema. Tres mil años antes, más o menos, había existido una ciudad llamada Al'cair'rahienallen, construida por los Ogier. Hoy en día era Cairhien, y la arboleda que los constructores Ogier habían plantado para que les recordara a sus *steddings* era parte de una finca perteneciente a la misma familia Barthanes cuyo palacio albergaba ahora la escuela de Rand. Pero nadie, con excepción de los Ogier y quizás algunas Aes Sedai, recordaba Al'cair'rahienallen. Ni siquiera los cairhieninos.

Aunque Haman pensara lo contrario, en tres mil años podían producirse muchos cambios. Grandes urbes creadas por los Ogier ya no existían, y de algunas ni siquiera quedaba el nombre. Se habían levantado otras ciudades importantes en cuya construcción los Ogier no habían tenido parte. Amador, iniciada tras la Guerra de los Trollocs, era una, o así se lo había dicho Moraine; y Chachin, en Kandor; y Shol Arbela, en Arafel; y Fal Moran, en Shienar. En Arad Doman, Bandar Eban se había construido sobre las ruinas de una ciudad destruida en la Guerra de los Cien Años, una urbe de la que Moraine conocía tres nombres supuestos, y ésta a su vez se había levantado sobre las ruinas de una ciudad sin nombre que había desaparecido en la Guerra de los Trollocs. Rand conocía la existencia de una puerta a los Atajos en Shienar, en la campiña cercana a una ciudad de tamaño moderado que había conservado parte del nombre de una gran urbe arrasada por los trollocs; y de otra ubicada dentro de la Llaga, en la Malkier destruida por la Sombra. En otros lugares se habían trasladado o la población había crecido encima, como el propio Haman había señalado. La puerta a los Atajos de aquí, en Caemlyn, se encontraba ahora en un sótano. Un sótano fuertemente vigilado. Rand sabía que había una puerta a los Atajos en Tear, en la gran pradera donde los Grandes Señores criaban sus famosas caballadas. Tenía que haber otra en alguna parte de las Montañas de la Niebla, donde antaño se levantaba Manetheren. En lo referente a los *steddings*, sólo sabía dónde estaba el *stedding* Tsofu. Moraine no había considerado una parte vital de su educación los *steddings* ni los Ogier.

—¿Que no sabéis dónde están los *steddings*? —preguntó Haman con incredulidad una vez que Rand acabó de explicarse—. ¿Es esto un chiste Aiel? Nunca he llegado a entender vuestro sentido del humor.

—Para los Ogier —adujo suavemente Rand—, ha pasado mucho tiempo desde que se crearon los Atajos. Para los humanos es como si hubiese transcurrido una eternidad.

—¿Pero es que no recordáis siquiera Mafal Dadaranell o Ancohima o Londaren Cor o…?

Covril posó una mano en el hombro de Haman, pero la compasión reflejada en

sus ojos estaba dirigida a Rand.

—No se acuerda —dijo suavemente—. Sus recuerdos se han borrado. —Lo dijo de un modo que sonaba como la mayor pérdida imaginable.

Erith, con las manos sobre la boca, parecía a punto de llorar. Sulin regresó, obviamente sin correr de manera deliberada, seguida por un nutrido grupo de *gai'shain* cargados hasta los topes con mapas enrollados de todos los tamaños, algunos lo bastante largos para que arrastraran por el pavimento del patio. Un varón *gai'shain* llevaba una escribanía trabajada con incrustaciones de marfil.

—He puesto a otros *gai'shain* a buscar más —informó, envarada, la Doncella—. Y también a algunos de los habitantes de las tierras húmedas.

—Gracias —le dijo Rand. La tirantez del rostro de la mujer se suavizó un poco.

Rand se puso en cuclillas y empezó a extender mapas allí mismo, sobre el pavimento, haciendo una selección. Algunos eran de la ciudad, y muchos de regiones de Andor. Enseguida encontró uno que mostraba toda la extensión de las Tierras Fronterizas, y la Luz sabría qué haría eso allí, en Caemlyn. Algunos eran tan antiguos que estaban hechos jirones, y marcaban unas fronteras que ya no estaban vigentes o tenían escritos nombres de países que habían desaparecido cientos de años atrás.

Las fronteras y los nombres bastaban para organizar los mapas por antigüedad. En los más viejos, Hardan limitaba con Cairhien al norte; después Hardan ya no estaba y las fronteras cairhieninas se desplazaban a mitad de camino de Shienar, antes de retroceder de nuevo como prueba palpable de que el Trono del Sol no podía dominar tal extensión de tierra. Maredo aparecía entre Tear e Illian, y a continuación Maredo desaparecía, y la frontera de Tear e Illian se situaba en los llanos de Maredo, retrocediendo lentamente por la misma razón que Cairhien. Habían desaparecido Caralain, Almoth, Mosara, Irenvelle y otras, a veces absorbidas por otras naciones y más frecuentemente convertidas en territorios deshabitados y agrestes que nadie reclamaba como suyos. Esos mapas relataban una historia de decadencia desde el desmoronamiento del imperio de Hawkwing, de una humanidad en lento retroceso. Un segundo mapa de las Tierras Fronterizas mostraba sólo Saldaea y parte de Arafel, pero también situaba la frontera de la Llaga ochenta kilómetros más al norte. La humanidad retrocediendo y la Sombra avanzando.

Un hombre muy delgado y calvo, vestido con una librea de palacio que le quedaba grande, entró en el patio con otro montón de mapas; Rand suspiró y prosiguió con la tarea de seleccionar y descartar.

Haman examinó seriamente la escribanía que le había entregado el *gai'shain* y después sacó una casi igual de grande, aunque muy sencilla, de un bolsillo muy amplio de su chaqueta. La pluma que cogió era de madera pulida, bastante más gruesa que el pulgar de Rand y lo bastante larga para resultar esbelta. Encajaba a la perfección en los dedos del Ogier, gordos como salchichas. A continuación se puso a

gatas y repasó los mapas seleccionados por Rand, mojando de vez en cuando la pluma en el tintero sostenido por el *gai'shain* y haciendo anotaciones en una letra que parecía demasiado grande hasta que uno caía en la cuenta de que para él debía de resultar muy pequeña. Covril lo seguía, asomándose sobre su hombro aun después de que Haman le hubo preguntado por segunda vez si creía realmente que podía cometer un error.

Fue una sesión instructiva para Rand, empezando con siete *steddings* repartidos por las Tierras Fronterizas. Claro que a los trollocs los atemorizaba entrar en un *stedding*, e incluso los Myrddraal necesitaban de un motivo imperioso para inducirlos a entrar en ellos. En la Columna Vertebral del Mundo, o la Pared del Dragón, había trece, incluido uno en la Daga del Verdugo de la Humanidad, desde el *stedding* Shangtai, al sur, hasta el *stedding* Qichen y el *stedding* Sanshen al norte, distantes sólo unos cuantos kilómetros entre sí.

—El mundo cambió realmente en el Desmembramiento —explicó Haman cuando Rand hizo un comentario, pero siguió haciendo apuntes rápidamente; o, al menos, rápidamente tratándose de un Ogier—. Territorios secos pasaron a ser mares y viceversa, pero también la tierra se plegó. En ocasiones, lo que estaba lejos acabó encontrándose cerca, y al contrario. Aunque, naturalmente, nadie sabía si Qichen y Sanshen habían estado distantes o no.

—Has olvidado Cantoine —manifestó Covril, provocando que otro sirviente uniformado dejara caer otro montón de mapas que traía, al sufrir un sobresalto.

Haman le echó una mirada y luego escribió el nombre justo encima del río Iralell, un poco al norte de Haddon Mirk. En la franja occidental de la Pared del Dragón, desde la frontera meridional de Shienar hasta el Mar de las Tormentas, sólo había cuatro, todos ellos nuevos según la estimación del Ogier, lo que significaba que el más reciente, Tsofu, estaba habitado por su raza desde hacía seiscientos años y ninguno de los otros durante más de mil. Algunas de las ubicaciones resultaron ser una sorpresa tan grande como las de las Tierras Fronterizas, tales como en las Montañas de la Niebla, que contaban con seis, y en la Costa de las Sombras. Las Colinas Negras estaban incluidas, así como los bosques por encima del río Ivo y las montañas situadas más arriba del río Dhagon, justo al norte de Arad Doman.

Más triste fue la lista de los *steddings* abandonados, debido a que el número de habitantes se había reducido en exceso. La Columna Vertebral del Mundo, las Montañas de la Niebla y la Costa de las Sombras también estaban en esa lista, al igual que un *stedding* ubicado en el interior del llano de Almoth, cerca de la gran foresta llamada Paerish Swar, y otro en los montes que se alzaban a lo largo de Punta Toman, por el norte, orientados al Océano Aricio. Quizá más triste era el señalado al mismo borde de la Llaga, en Arafel; los Myrddraal serían reacios a entrar en los *steddings*, pero a medida que la Llaga ganaba terreno hacia el sur año tras año barría todo a su

paso. Haman hizo una pausa.

—A Sherandu se lo tragó la Gran Llaga hace mil ochocientos cuarenta y tres años —dijo tristemente—. Y a Chandar hace novecientos sesenta y ocho.

—Que su recuerdo florezca y alcance la plenitud en la Luz —musitaron al unísono Covril y Erith.

—Conozco uno que no habéis marcado —apuntó Rand. Perrin le había contado que se había refugiado en él en una ocasión. Acercó un mapa de Andor al este del río Arinelle y señaló un punto bastante por encima de la calzada que iba de Caemlyn a Puente Blanco. Una ubicación bastante aproximada, esperaba.

Haman hizo una mueca que casi era un gruñido.

—Donde tenía que levantarse la ciudad de Hawkwing. Aquél no se reclamó nunca. Fueron varios los *steddings* encontrados que nunca ocupamos. Tratamos de mantenernos todo lo lejos posible de las tierras de los humanos.

En efecto, todas las marcas se hallaban en montañas abruptas, en lugares a los que los humanos no les era fácil acceder o, en unos pocos casos, a cierta distancia de núcleos habitados. El *stedding* Tsofu se encontraba bastante más cerca de una población que cualquier otro, y a pesar de ello Rand sabía que había un día de distancia con el pueblo más próximo.

—Éste sería un buen tema para discutir, pero en otro momento —adujo Covril; aunque le habló a Rand, las miradas de reojo de la Ogier dejaban claro que sus palabras iban dirigidas a Haman—. Quiero emprender camino hacia el oeste y recorrer la mayor distancia posible antes de que caiga la noche.

Haman soltó un sonoro suspiro.

—Supuse que os quedaríais un tiempo —protestó Rand—. Debéis de estar exhaustos tras recorrer a pie todo el camino desde Cairhien.

—Las mujeres no se agotan, sólo agotan a los demás —dijo Haman—. Es un viejo dicho entre nosotros.

Covril y Erith aspiraron ruidosamente el aire por la nariz en perfecta sincronización. Mascullando entre dientes, Haman continuó con la lista, pero ahora se trataba de ciudades que los Ogier habían construido, urbes donde había habido arboledas, cada una de ellas con su correspondiente puerta a los Atajos a fin de facilitar los desplazamientos de los Ogier desde los *steddings* y hacia ellos sin necesidad de pasar a través de las tierras de los humanos, tan a menudo envueltas en conflictos.

Marcó, naturalmente, Caemlyn; y Tar Valon, Tear, Illian, Cairhien, Maradon y Ebou Dar. Eso completaba la lista en lo referente a ciudades que todavía existían, y en el caso de la última, Ebou Dar, la apuntó como Barashta. Quizá Barashta perteneciera, en cierto modo, más a las otras, a esos puntos marcados en lugares de los mapas donde no aparecía nada o, como mucho, un pueblo: Mafal Dadaranell,

Ancohima y Londaren Cor; y, por supuesto, Manetheren, Aren Mador, Aridhol, Shaemal, Deranbar, Braem, Condaris, Hai Ecorimon, Iman… A medida que la lista crecía, Rand empezó a ver puntos húmedos en cada mapa que Haman le pasaba cuando había terminado. Le costó un momento comprender que el Mayor Ogier estaba llorando en silencio, y que sus lágrimas caían mientras señalaba las ciudades muertas y olvidadas. Tal vez lloraba por la gente o tal vez por los recuerdos. Lo que sí entendió Rand es que las lágrimas no eran por las ciudades en sí ni por las obras perdidas de los albañiles Ogier. Para ellos, la construcción era sólo algo que habían llevado a cabo durante el Exilio y ¿qué trabajo en piedra podía compararse con la majestuosidad de los árboles?

Unos de aquellos nombres despertó algo más que recuerdos en Rand, así como la localización, al este de Baerlon, a varios días de camino al norte de Puente Blanco, en el Arinelle.

—¿Había una arboleda aquí? —inquirió, apuntando con el dedo.

—¿En Aridhol? Sí —respondió Haman—. Sí, la había. Un caso triste, ése.

—En Shadar Logoth —corrigió Rand sin levantar la cabeza—. Un caso muy triste, sí. ¿Podríais…? ¿Querríais mostrarme esa puerta a los Atajos si os llevo allí?

21

A Shadar Logoth

¿Llevarnos allí? —repitió Covril mientras miraba con un extraordinario ceño el mapa que Rand sostenía en las manos—. Nos apartaría mucho de nuestra ruta, si no recuerdo mal la localización de Dos Ríos. No pienso perder un solo día más en encontrar a Loial.

Erith asintió con un categórico cabeceo.

—No puedo permitirlo —dijo Haman, con las mejillas todavía húmedas por las lágrimas—. Aridhol, o Shadar Logoth como la llamáis ahora con toda razón, no es lugar para alguien tan joven como Erith. A decir verdad, no es un lugar adecuado para nadie.

Rand dejó caer el mapa y se puso de pie. Conocía Shadar Logoth mejor de lo que habría sido de su agrado.

—No perderéis tiempo. De hecho, lo ganaréis. Os llevaré allí mediante el Viaje, por un acceso. De ese modo habréis recorrido hoy gran parte del camino a Dos Ríos. No tardaremos mucho. Sé que podéis conducirme directamente a la puerta a los Atajos.

Los Ogier eran capaces de percibir estos accesos si se encontraban cerca de ellos.

Esta propuesta requirió otra conferencia detrás de la fuente y en la que exigió tomar parte Erith. Rand sólo logró captar fragmentos de la conversación, pero era evidente que Haman, sacudiendo obstinadamente su enorme cabeza, se oponía al plan, mientras que Covril, con las orejas tan tiesas que la Ogier parecía querer estirar su altura hasta el último centímetro, insistía en aceptar. Al principio, Covril había mirado a Erith con tanto ceño como a Haman; fuera cual fuese la relación entre suegra y nuera entre los Ogier, resultaba evidente que opinaba que la joven no tenía nada que decir en esto. Empero, no tardó mucho en cambiar de parecer. Las mujeres Ogier flanquearon a Haman y lo acribillaron sin darle cuartel:

—… muy peligroso. Demasiado peligroso —llegó como un trueno distante la voz de Haman.

—… estar casi allí hoy… —Un trueno más ligero, que era Covril.

—… ya ha permanecido en el exterior demasiado tiempo… —Un repique cercano a un trueno, de Erith.

—… quien mucho corre, pronto para…

—… mi Loial…

—… mi Loial…

—… el Mashadar bajo nuestros pies…

—… mi Loial…

—… mi Loial…

—… como uno de los Mayores…

—… mi Loial…

—… mi Loial…

Haman regresó junto a Rand tirándose de la chaqueta como si se la hubiesen arrancado casi, seguido por las dos mujeres. Covril mantenía un gesto más relajado que Erith, quien se esforzaba para reprimir una sonrisa, pero sus orejas copetudas se erguían en un idéntico ángulo airoso que de algún modo transmitía satisfacción.

—Hemos decidido aceptar vuestra oferta —anunció, envarado, Haman—. Acabemos de una vez con este ridículo cazcalear para que pueda volver a mis clases. Y al Tocón. Ummm. Ummm. Hay mucho que hablar sobre vos ante el Tocón.

A Rand le importaba poco si Haman le decía al Tocón que era un déspota. Los Ogier se mantenían apartados del resto del mundo excepto para efectuar reparaciones de sus antiguas construcciones, y no parecía probable que ejercieran influencia en los humanos respecto a él, para bien o para mal.

—Bien —contestó—. Mandaré a alguien a la posada en la que os alojáis para recoger vuestras pertenencias.

—Lo tenemos todo aquí. —Covril fue al otro lado de la fuente, se agachó y al incorporarse levantó dos bultos que habían permanecido ocultos por el pilón. Cualquiera de ellos habría resultado pesado para un hombre, pero ella le tendió uno a Erith y se metió la correa que ataba el otro por la cabeza de manera que le quedó cruzada sobre el pecho, en bandolera, con el fardo a la espalda.

—Veréis, si Loial hubiera estado aquí —explicó Erith mientras se acomodaba su fardo—, habríamos emprendido el regreso al *stedding* Tsofu de inmediato. Si no, habríamos estado preparados para proseguir camino. Sin demora.

—De hecho, estaba el problema de las camas —le confió Haman mientras indicaba con las manos una medida adecuada para un niño humano—. Antaño todas las posadas en el exterior tenían dos o tres cuartos para Ogier, pero ahora es complicado encontrar alguna. Resulta difícil de entender. —Echó una ojeada a los mapas marcados y suspiró—. Resultaba difícil de entender.

Esperando sólo a que Haman recogiera su propio fardo, Rand asió el *Saidin* y abrió un acceso justo al lado de la fuente; la abertura en el aire dejó a la vista una calle en ruinas y plagada de malas hierbas, así como edificios desmoronados.

—Rand al'Thor. —Sulin entró en el patio casi corriendo, a la cabeza de un puñado de sirvientes y *gai'shain* cargados de mapas. Liah y Cassin llegaron con ella,

fingiendo la misma actitud despreocupada, como si estuviesen allí por casualidad—. Pediste más mapas. —En la mirada que Sulin echó al acceso apenas había un atisbo de acusación.

—Allí puedo protegerme a mí mismo mejor de lo que podéis vosotras —le dijo Rand fríamente. No era su intención hablarle así, pero cuando se encontraba dentro del vacío no estaba en su mano darle otro timbre a su voz que no sonara frío y distante—. En ese lugar no hay nada contra lo que vuestras lanzas puedan luchar, y sí algunas cosas contra las que no pueden.

En la actitud de Sulin seguía quedando gran parte de su anterior envaramiento.

—Razón de más para que vayamos —manifestó.

Eso no tenía el menor sentido para quien no fuera Aiel, pero…

—De acuerdo —accedió Rand. Trataría de seguirlo, si rehusaba; llamaría a las Doncellas, quienes intentarían saltar a través del acceso aun en el caso de que él lo estuviese cerrando—. Supongo que tienes al resto de tu guardia de hoy ahí al lado. Dales un silbido y que entren. Pero todo el mundo tiene que permanecer cerca de mí y no tocar nada. Y date prisa. Quiero acabar de una vez con esto. —Los recuerdos que guardaba de Shadar Logoth no eran agradables.

—Como insististe, les mandé que se marcharan —explicó Sulin con mala cara—. Dame el tiempo que tardes en contar despacio hasta cien.

—Hasta diez.

—Cincuenta.

Rand asintió y los dedos de Sulin se movieron velozmente. Jalani entró corriendo a palacio. Sulin volvió a mover las manos. Tres mujeres *gai'shain* dejaron caer los montones de mapas que cargaban en los brazos, con gesto estupefacto —los Aiel jamás evidenciaban tal estupor—, se recogieron las largas faldas blancas y desaparecieron hacia el interior de palacio en distintas direcciones; pero, a pesar de la rapidez con que actuaron, Sulin se les adelantó.

Cuando Rand llegaba a veinte en la cuenta, empezaron a entrar Aiel al patio en tropel, a través de las ventanas, saltando desde los balcones. Rand casi perdió la cuenta. Todos iban con el rostro velado y sólo había algunas Doncellas. Miraron de hito en hito en derredor, desconcertados, cuando vieron sólo a Rand y a tres Ogier, que los miraron con curiosidad, parpadeando. Algunos se bajaron el velo. Los sirvientes de palacio se abrazaban, en una temblorosa piña.

El flujo continuó incluso después de que Sulin hubo regresado, sin cubrirse con el velo, justo a la cuenta de cincuenta; el patio estaba lleno de Aiel. Enseguida se hizo evidente que Sulin había hecho correr la voz de que el *Car'a'carn* estaba en peligro, el único modo que se le ocurrió de reunir suficientes lanzas en el tiempo concedido por Rand. Hubo unos pocos entre los hombres que rezongaron, pero en su mayoría decidieron que era una buena broma, y algunos incluso rieron o hicieron sonar las

lanzas contra los escudos. Sin embargo, ninguno se marchó; miraron al acceso y se pusieron en cuclillas para ver qué estaba pasando.

Con el oído aguzado por el Poder, Rand escuchó a una Doncella llamada Nandera, nervuda pero todavía atractiva a pesar de tener más cabellos grises que rubios, susurrarle a Sulin:

—Hablaste a unas *gai'shain* como a *Far Dareis Mai*.

—Lo hice, sí. —Los azules ojos de Sulin sostuvieron la mirada de los verdes de Nandera—. Nos ocuparemos de ello cuando Rand al'Thor esté hoy a salvo.

—Bien, cuando esté a salvo —accedió Nandera.

Sulin escogió rápidamente a veinte Doncellas, algunas de las cuales habían sido parte de la guardia de aquella mañana, y otras que no; pero, cuando Urien empezó a elegir Escudos Rojos, hombres de otras sociedades insistieron en que debía incluírselos a ellos. Esa ciudad que se atisbaba a través del acceso parecía un lugar donde podían hallarse enemigos, y había que proteger al *Car'a'carn*. En honor a la verdad, ningún Aiel le daba la espalda a un posible combate, y cuanto más jóvenes eran más probabilidades había de que trataran de intervenir en uno. Estuvo a punto de organizarse otra discusión cuando Rand dijo que los hombres no podían superar el número de Doncellas —eso habría sido una deshonra para las *Far Dareis Mai*, puesto que él les había hecho depositarias de su honor— y que no podían ir más Doncellas de las que Sulin ya había escogido. Realmente los iba a conducir a un sitio donde ninguna habilidad combativa podría protegerlos, y cada uno que lo acompañara sería una persona más de la que tendría que cuidar. Eso no lo dijo; a saber el honor de quién ofendería si lo hacía.

—Recordad —advirtió una vez que las cosas quedaron arregladas—: no toquéis nada, no cojáis nada, ni siquiera un sorbo de agua. Y quedaos donde pueda veros en todo momento. No entréis en ningún edificio por ninguna razón.

Haman y Covril asintieron con enérgicos cabeceos, lo que pareció impresionar a los Aiel más que sus palabras. Tanto daba; lo importante es que se sintieran impresionados.

Cruzaron por el acceso a una ciudad muerta desde hacía mucho tiempo; una ciudad más que muerta.

Un sol dorado, que había superado la mitad del arco hacia su cenit, caía a plomo sobre las ruinas de una pasada grandeza. Aquí y allí, una enorme cúpula intacta remataba un palacio de pálido mármol, pero abundaban más las que tenían agujeros que las que no, y en la mayoría de los casos sólo restaba un fragmento curvo y quebrado. Largas columnatas conducían hacia torres más altas que las soñadas jamás por Cairhien, en su mayor parte acabadas en picos irregulares. Había techos desplomados por doquier, ladrillos y piedras aparecían esparcidos sobre el pavimento resquebrajado por el desplome de edificios y paredes. Fuentes y monumentos rotos

decoraban cada cruce. Árboles raquíticos, medio muertos por la sequía, salpicaban grandes montículos de cascotes. Hierba muerta perfilaba las grietas de calles y edificios. No se movía nada, ni un pájaro ni una rata ni un soplo de brisa. El silencio envolvía Shadar Logoth. Shadar Logoth: Donde Acecha la Sombra.

Rand dejó que el acceso desapareciera. Ningún Aiel se quitó el velo. Los Ogier miraban en derredor, los rostros tensos y las orejas echadas hacia atrás. Rand mantuvo asido el *Saidin* en esa constante pugna que, según Taim, hacía que un hombre supiera que estaba vivo. Aunque no hubiese sido capaz de encauzar —y quizá más aún en tal caso— le habría gustado tener ese recordatorio allí.

Aridhol había sido una gran capital en los tiempos de la Guerra de los Trollocs, una aliada de Manetheren y del resto de las diez naciones. Cuando aquellos conflictos se prolongaron lo suficiente para empequeñecer la Guerra de los Cien Años, cuando parecía que la Sombra se alzaba vencedora en todas partes y cada victoria de la Luz sólo servía para ganar un poco de tiempo, un hombre llamado Mordeth se convirtió en consejero en Aridhol y recomendó que, para ganar, para sobrevivir, Aridhol debía ser más dura que la Sombra, más cruel que la Sombra, más desconfiada. Así acabaron haciéndolo, poco a poco, hasta que al final Aridhol se volvió, si no más, sí igual de negra que la Sombra. Cuando todavía la encarnizada guerra contra los trollocs se hallaba en pleno apogeo, Aridhol terminó encerrándose en sí misma, replegándose sobre sí misma, consumiéndose a sí misma.

Pero dejó algo atrás, algo que había impedido que nadie volviera a vivir allí. Hasta la más pequeña piedrecilla de ese lugar estaba impregnada del odio y la desconfianza que habían acabado con Aridhol y creado Shadar Logoth. Con el tiempo, hasta el más pequeño guijarro podía contagiar ese mal, como una infección.

Y quedaba algo más que esa infección, aunque tal cosa bastara para que ninguna persona en su sano juicio se acercara a la ciudad.

Rand giró lentamente sobre sí mismo contemplando las ventanas semejantes a cuencas oculares con los ojos arrancados. A pesar de que el sol estaba alto podía percibir observadores ocultos. Cuando había estado allí por primera vez, esa sensación no la había experimentado con tanta fuerza hasta que el sol empezó a meterse. Sí, quedaba mucho más que la contaminación. Un ejército trolloc acampado allí había muerto, desaparecido excepto por los mensajes garabateados en las paredes con sangre, suplicando al Oscuro que los salvara. La noche no era un tiempo para pasarlo en Shadar Logoth.

«Este lugar me asusta —murmuró Lews Therin más allá del vacío—. ¿A ti no?»

Rand contuvo la respiración. ¿Estaba la voz dirigiéndose realmente a él? «Sí, claro que me asusta.»

«Hay oscuridad aquí. Una negrura más profunda que el negro. Si el Oscuro decidiese vivir entre los hombres, escogería este lugar.»

«Lo haría, sí.»

«He de matar a Demandred.»

Rand parpadeó desconcertado. «¿Tiene Demandred alguna relación con Shadar Logoth? ¿Con este sitio?»

«Recuerdo haber matado finalmente a Ishamael. —Había un dejo de sorpresa en la voz ante un nuevo descubrimiento—. Merecía morir. También Lanfear lo merecía, pero me alegro de no haber sido yo quien la mató.»

¿Sería sólo casualidad que la voz se estuviese dirigiendo a él? ¿Estaba Lews Therin oyéndolo, respondiéndole? «¿Cómo maté…? ¿Cómo mataste a Ishamael? Dime cómo lo hiciste.»

«Morir. Anhelo el descanso de la muerte. Pero no aquí. No quiero morir aquí.»

Rand suspiró. Sólo coincidencia. Tampoco él querría morir en este lugar. Un palacio que se alzaba a corta distancia, con las columnas del pórtico rotas, estaba claramente inclinado hacia la calle. Se desplomaría en cualquier momento y los enterraría donde estaban parados.

—¡Adelante! —le dijo a Haman, y añadió dirigiéndose a los Aiel—: Recordad lo que os he advertido. No toquéis nada, no cojáis nada, y permaneced donde pueda veros.

—No imaginé que estaría tan mal —murmuró Haman.

—Casi se ha llevado la puerta a los Atajos —gimió Erith.

Covril daba la sensación de que habría salido corriendo de no ser por su dignidad. Los Ogier eran muy perceptivos del ambiente de un lugar. Haman, cuyo sudoroso rostro no tenía nada que ver con el calor, señaló:

—Por ahí.

El pavimento roto crujía bajo las botas de Rand como huesos desmenuzándose. Haman los condujo girando en esquinas y a lo largo de calles, pasando ante montones y montones de ruinas, pero manteniendo la dirección sin vacilar. Los Aiel, a su alrededor, avanzaban de puntillas; por encima de los negros velos, sus ojos no parecían estar esperando un ataque, sino como si éste ya se hubiese producido.

Los observadores ocultos y los desmoronados edificios revivieron en Rand unos recuerdos que habría preferido evitar. Aquí Mat había iniciado el camino que lo llevó al Cuerno de Valere, un periplo que casi había acabado con él y que tal vez lo había conducido a Rhuidean y al *ter'angreal* del que no quería hablar. Aquí Perrin había desaparecido cuando todos se vieron obligados a huir en plena noche, y cuando Rand volvió a verlo, muy lejos de este lugar, tenía los ojos dorados, un aire triste y secretos que Moraine jamás había compartido con Rand.

Él mismo no había salido indemne, aunque Shadar Logoth no lo afectó directamente. Padan Fain los siguió a todos hasta aquí: a él, a Mat y a Perrin, a Moraine y a Lan, a Nynaeve y a Egwene. Padan Fain, un Amigo Siniestro. Ahora

más que eso, y peor, según dijo Moraine. Fain los había seguido a todos hasta este lugar, pero cuando se marchó era algo más que Fain; o algo menos. Fain, hasta donde siguiera siendo Fain, quería ver muerto a Rand. Había amenazado a todos sus seres queridos si no se reunía con él. Y Rand no había acudido. Perrin se había ocupado de ese asunto, poniendo a salvo Dos Ríos, pero ¡Luz, cómo dolía! ¿Qué habría estado haciendo Fain con los Capas Blancas? ¿Es que Pedron Niall era un Amigo Siniestro? Si podían serlo unas Aes Sedai, entonces también podía un capitán general de los Hijos de la Luz.

—Ahí está —anunció Haman, y Rand sufrió un sobresalto. Shadar Logoth era el lugar menos indicado para quedarse absorto en reflexiones.

Donde el Mayor se había parado había sido una espaciosa plaza antaño, aunque ahora un erosionado montículo de escombros llenaba uno de los extremos. En medio de la plaza, donde tendría que haber habido una fuente, se alzaba en cambio una ornamentada valla afiligranada de algún tipo de metal brillante, de altura adecuada para los Ogier, y sin sufrir los estragos del óxido. Rodeaba lo que parecía ser un tramo de un alto muro de piedra, con tallas de parras y enredaderas tan delicadas que uno esperaba sentir la brisa que las agitaba, que sorprendía que fueran grises en vez de verdes. Era la puerta a los Atajos, aunque ciertamente su aspecto no correspondía a ninguna clase de puerta.

—Talaron la arboleda tan pronto como los Ogier partieron de regreso al *stedding* —murmuró Haman enfadado; las largas cejas colgaban en un gesto de disgusto—. Antes de veinte o treinta años, y ampliaron la ciudad.

Rand tocó la valla con un flujo de Aire mientras se preguntaba cómo cruzarla, y parpadeó cuando todo el conjunto se desmoronó en veinte trozos o más con un sonoro y estremecedor golpeteo metálico que hizo saltar a los Ogier. Rand sacudió la cabeza. Por supuesto. Un metal que había sobrevivido durante tanto tiempo sin una sola picadura de óxido tenía que estar forjado con el Poder; tal vez incluso era una reliquia de la Era de Leyenda, pero las junturas que habían mantenido ensambladas las distintas piezas estaban corroídas hacía mucho tiempo, esperando un ligero empellón para venirse abajo.

—Os pediría que no la abrieseis —dijo Covril al tiempo que ponía una mano sobre su hombro—. Sin duda Loial os habrá dicho cómo hacerlo, ya que siempre mostró demasiado interés en esa clase de cosas, pero los Atajos son peligrosos.

—Puedo clausurarla —sugirió Haman—, de manera que para abrirla de nuevo sea necesario el Talismán de Nacimiento. Ummm. Ummm. Una tarea sencilla de fácil ejecución. —Empero, no parecía muy deseoso de hacerlo. En realidad, no avanzó un solo paso.

—Tal vez sea necesario utilizarla en algún momento y sin tiempo para ir a buscar ningún talismán —le dijo Rand.

Cabía la posibilidad de tener que utilizar todos los Atajos, por muy peligrosos que fueran. Si fuese capaz de limpiarlos de algún modo… Esa era una idea tan pretenciosa por su parte como la fanfarrona afirmación ante Taim de que limpiaría el *Saidin*.

Empezó a tejer el *Saidin* alrededor de la puerta a los Atajos, utilizando los Cinco Poderes al completo, e incluso volvió a levantar los fragmentos de la valla y los puso en su lugar. Desde el primer flujo que encauzó, la infección pareció vibrar dentro de él, una trepidación que aumentó lentamente. Tenía que deberse a la perversidad de la propia Shadar Logoth, una resonancia de dos influjos malignos. Aun estando dentro del vacío se sintió mareado con esas vibraciones, como si el mundo oscilara bajo sus pies al mismo compás; la horrible náusea lo hizo desear vomitar hasta la última papilla. Aun así, perseveró. No podía destacar hombres allí para montar guardia por la misma razón que no se había planteado enviarlos a buscar la puerta.

Lo que tejió y después invirtió era una especie de trampa perversa muy apropiada a un lugar perverso; una salvaguarda de indescriptible maldad. Los humanos podían cruzarla sin sufrir daño, puede que incluso los Renegados —tenía capacidad para protegerla contra humanos o Engendros de la Sombra, no contra ambos— y ni siquiera un Renegado varón podría detectarla. Si cualquier tipo de Engendro de la Sombra la cruzaba… Ahí estaba la perversidad. No morirían de inmediato; puede que sobrevivieran incluso para tener tiempo de llegar más allá de las murallas de la ciudad. El suficiente para morir lejos, no allí, donde pondrían sobre aviso a los próximos Myrddraal que llegaran. El suficiente para que un ejército de trollocs saliera al completo, y fuera recogiendo a sus muertos a medida que lo hacía. Lo bastante cruel para ser digno de un trolloc. Crear la trampa le revolvió el estómago tanto como la infección del *Saidin*.

Atar el tejido y soltar la Fuente sólo conllevó un ligero alivio. El residuo de la contaminación que siempre persistía vibraba aún en su interior; era casi como si el suelo bajo sus pies palpitara. Le dolían los oídos y los dientes. Ardía en deseos de marcharse de allí.

Inhaló profundamente y se preparó para encauzar otra vez y abrir un acceso, pero se detuvo, fruncido el entrecejo. Contó rápidamente a todos; los contó por segunda vez, más despacio.

—Falta alguien. ¿Quién?

Los Aiel sólo tardaron unos segundos en comprobarlo.

—Liah —respondió Sulin a través del velo.

—Estaba justo detrás de mí. —Era la voz de Jalani, no cabía la menor duda.

—Quizá vio algo —dijo otra Doncella que Rand creyó identificar como Desora.

—¡Os dije a todos que permanecieseis juntos! —La ira chocó contra el vacío como olas rompiendo en un acantilado. Faltaba una de ellas, sola en este lugar, y se lo

tomaban con aquella maldita frialdad Aiel. Faltaba una Doncella. Una mujer, en Shadar Logoth—. ¡Cuando la encuentre…!

Reprimió poco a poco, con denuedo, la cólera que amenazaba con desbordar el vacío que lo rodeaba. Lo que deseaba hacerle a Liah era gritarle hasta que se desmayara, enviarla a Sorilea para el resto de su vida. Esa ira ansiaba matar con una intensidad candente.

—Dividíos en parejas. Gritad, buscad en todas partes, pero no entréis en los edificios en ninguna circunstancia. Y manteneos alejados de las sombras. Podéis morir aquí antes de daros cuenta de lo que pasa. Todos podéis morir antes de que nadie se dé cuenta. Si la veis en un edificio, aunque parezca encontrarse bien, llamadme a no ser que ella salga a vuestro encuentro.

—Acortaríamos la búsqueda si vamos solos en lugar de hacerlo en parejas —adujo Urien, a lo que Sulin asintió en señal de conformidad. Fueron muchos los asentimientos de cabeza.

—¡En parejas! —Rand tuvo que reprimir de nuevo la cólera. «¡Así la Luz abrase la obstinación Aiel!»—. Al menos de ese modo tendréis alguien que os cubra la espalda. Por una vez, haced lo que os digo sin discutir. Ya he estado aquí, y sé un poco lo que es este sitio.

Unos minutos después, en su mayoría perdidos discutiendo cuántos debían quedarse con Rand, veinte parejas de Aiel se desplegaron por los alrededores. La que se quedó con él era Jalani, creía Rand, aunque no resultaba fácil de asegurar con el velo. Por una vez no parecía contenta de ocuparse de la seguridad de Rand; los verdes ojos traslucían un atisbo de malhumor.

—Supongo que nosotros podríamos formar otro par —sugirió Haman, mirando a Covril.

—Sí —asintió ésta—. Y Erith que se quede aquí.

—¡No! —protestaron casi al unísono Rand y Erith. Los dos Ogier mayores se volvieron hacia la joven con un gesto de severa desaprobación. Las orejas de Erith se hundieron hasta dar la impresión de que se le iban a caer.

Rand controló su genio firmemente. En tiempos parecía que estando envuelto en el vacío la ira quedaba lejos, en alguna parte, unida a él por un mero hilo; pero cada vez parecía estar más próxima a superarlo, a traspasar la barrera del vacío. Cosa que seguramente sería desastrosa. Aparte de eso, sin embargo…

—Lo lamento. No tenía derecho a gritaros, Mayor Haman, ni a vos, Oradora Covril. —¿Era ésa la forma correcta de dirigirse a ella? ¿Era siquiera algún tipo de título? Sus expresiones no le aclararon ni lo uno ni lo otro—. Os agradecería mucho que todos os quedaseis conmigo. Así podremos buscar juntos.

—Por supuesto —respondió Haman—. En realidad no veo cómo puedo ofreceros más protección de la que vos mismo os podéis dar, pero es vuestra.

Covril y Erith asintieron con aprobación. Rand no tenía la más remota idea de a qué se refería Haman, pero no consideró que fuera el momento más oportuno para hacer preguntas, con los tres aparentemente animados a protegerlo. A Rand no le cabía duda de ser capaz de protegerlos a ellos mientras se mantuvieran cerca.

—Siempre y cuando sigas tus propias reglas, Rand al'Thor. —La Doncella de verdes ojos era, efectivamente, Jalani, y hablaba como animada de que no tuviera que quedarse quieta allí y esperar.

Rand confiaba en haber sabido hacer entender mejor a los demás lo que era realmente este sitio. Desde el principio la búsqueda resultó frustrante. Recorrieron las calles de arriba abajo, observados por ojos invisibles, a veces encaramándose a los montones de escombros, turnándose para llamar «¡Liah! ¡Liah!». Los gritos de Covril hacían crujir las paredes inclinadas; los de Haman las hacían gemir de un modo ominoso. No había respuesta. Los únicos sonidos eran los gritos de los grupos de búsqueda y los burlones ecos a lo largo de las calles: ¡Liah! ¡Liah!

—No creo que haya llegado tan lejos, Rand al'Thor —dijo Jalani. Para entonces, el sol había llegado casi a su cenit—. No a menos que estuviera intentando esquivarnos, y eso no lo haría.

Rand se volvió hacia ella; había estado escudriñando a través de las columnas sumidas en sombras que se alzaban al final de una escalinata, tratando de atisbar el interior de la inmensa cámara que había detrás. Hasta donde le alcanzaba la vista, allí sólo había polvo. Ninguna huella. Los observadores ocultos se habían retirado, sin desaparecer del todo, pero casi.

—Tenemos que buscar tanto como nos sea posible. A lo mejor se ha… —No supo cómo terminar la frase—. No la dejaré aquí, Jalani.

El sol siguió desplazándose hacia el cenit y lo rebasó; Rand se encontraba en lo alto de lo que había sido un palacio, o tal vez toda una manzana de edificios, pero que ahora era un cerro de escombros lo bastante erosionado en el transcurso de los años para que sólo unos cuantos ladrillos y fragmentos de piedra cincelada que sobresalían de la capa de tierra seca revelaran que había sido algo más que un montículo.

—¡Liah! —gritó, haciendo bocina con las manos—. ¡Liah!

—Rand al'Thor —llamó una Doncella desde la calle de más abajo; se bajó el velo para que viera que era Sulin. Ella y otra Doncella, todavía velada, se habían detenido junto a Jalani y a los Ogier—. Baja.

Él descendió del montículo levantando una polvareda y lanzando una lluvia de fragmentos de ladrillo y piedra, tan deprisa que a punto estuvo de caer dos veces.

—¿La habéis encontrado?

Sulin sacudió la cabeza.

—Deberíamos, a estas alturas, si estuviese viva. No se habría alejado mucho sola. Y, si alguien se la ha llevado lejos, se la habrá llevado muerta, diría yo; no sería fácil

de otro modo. Y, si estaba tan mal herida que no pudo responder a nuestras llamadas, creo que eso también significa que ha muerto.

Haman suspiró tristemente. Las largas cejas de las mujeres Ogier cayeron hasta sus mejillas; por alguna razón, su actitud triste, de lástima, iba dirigida a Rand.

—Seguid buscando —dijo éste.

—¿Podemos mirar dentro de los edificios? Hay muchas habitaciones que no vemos desde fuera.

Rand vaciló. Acababa de empezar la tarde, y ya volvía a percibir los ojos observando. Tan intensos como a la caída del sol la primera vez que había estado allí. Las sombras no eran lugar seguro en Shadar Logoth.

—No. Pero seguimos buscando.

Rand perdió la noción del tiempo; no sabía cuánto llevaba subiendo por una calle y bajando por otra, gritando, pero finalmente Urien y Sulin se plantaron delante de él, ambos con el rostro velado. El sol se estaba poniendo tras las copas de los árboles, una bola roja como la sangre en un cielo sin nubes. Las sombras se alargaban sobre las ruinas.

—Buscaremos hasta que tú quieras —dijo Urien—, pero se ha hecho todo lo que se ha podido llamando y buscando. Si pudiéramos entrar en los edificios…

—No. —Su voz sonó ronca, y Rand se aclaró la garganta. Luz, qué ganas tenía de beber un poco de agua. Los invisibles observadores cubrían cada ventana, cada abertura, a millares, aguardando, expectantes. Y las sombras envolvían la ciudad. Las sombras no eran seguras en Shadar Logoth, pero con la oscuridad venía la muerte. El Mashadar se levantaba con el ocaso—. Sulin, yo…

Era incapaz de decir que tenían que darse por vencidos, dejar a Liah allí, estuviese viva o muerta, tal vez tendida en alguna parte, inconsciente, detrás de una pared o debajo de un montón de ladrillos que a lo mejor se habían desplomado sobre ella. Era posible.

—Lo que quiera que nos está vigilando aguarda a que llegue la noche, creo —dijo Sulin—. Me asomé a algunas ventanas donde algo me estaba mirando, pero no había nada. Danzar las lanzas con algo que no podemos ver no será fácil.

Rand comprendió que había querido que la Doncella le repitiera que Liah debía de estar muerta, que podían marcharse. Pero era posible que la mujer se encontrara herida en alguna parte. Tocó el bolsillo de la chaqueta; el *angreal* del hombrecillo gordo se había quedado en Caemlyn, con su espada y su cetro. Moraine era de la opinión que ni la Torre Blanca al completo podría acabar con el Mashadar. Si es que podía decirse que era algo vivo. Haman carraspeó.

—Por lo que recuerdo de Aridhol —empezó, fruncido el entrecejo—, es decir, de Shadar Logoth, cuando el sol se meta probablemente muramos todos.

—Sí. —Rand pronunció la palabra a regañadientes. Por un lado, Liah, que quizás

estaba viva. Por el otro, todos los demás. Covril y Erith se habían apartado un poco y tenían juntas las cabezas. Captó un murmullo sobre «Loial».

«La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que una montaña.»

Lews Therin tenía que haber aprendido ese dicho de él —al parecer los recuerdos fluían en ambas direcciones— pero las palabras le traspasaron el corazón.

—Debemos marcharnos —les dijo—. Tanto si Liah está viva como si está muerta, tenemos… tenemos que irnos.

Urien y Sulin se limitaron a asentir con la cabeza, pero Erith se acercó y le palmeó el hombro con una sorprendente suavidad para una mano que podría abarcar su cabeza.

—No quisiera molestaros, pero nos hemos quedado más de lo que pensábamos. —Haman señaló el sol poniente—. Si nos hacéis el favor de sacarnos de la ciudad del mismo modo que nos trajisteis a ella, os quedaría profundamente agradecido.

Rand recordó la foresta que se alzaba a corta distancia de Shadar Logoth. Esta vez no habría Myrddraal ni trollocs, pero sí un denso bosque, y sólo la Luz sabía a qué distancia se encontraba el pueblo más próximo ni en qué dirección.

—Haré algo mejor —contestó—. Puedo llevaros a la misma región de Dos Ríos en el mismo tiempo.

Los dos Ogier mayores asintieron seriamente.

—Que la bendición de la Luz y la quietud sean con vos por vuestra ayuda —musitó Covril.

Las orejas de Erith se agitaron con ansiedad, quizás a partes iguales por ver a Loial y por salir de Shadar Logoth.

Rand vaciló un momento. Seguramente Loial se hallaba en Campo de Emond, pero no podía llevarlos allí. Demasiado riesgo de que la noticia de su visita saliera de la región. Entonces, a las afueras del pueblo, lo bastante lejos para evitar las granjas que se apiñaban en los aledaños.

La raya vertical de luz apareció y se ensanchó; la infección volvió a retumbar con fuerza dentro de él, peor que antes; el suelo parecía golpear en las suelas de sus botas.

Media docena de Aiel saltaron a través del acceso y los tres Ogier los siguieron con una premura que no era del todo impropia en esas circunstancias. Rand hizo un alto y volvió a mirar la ciudad en ruinas. Había prometido dejar que las Doncellas murieran por él.

Cuando el último de los Aiel hubo cruzado el acceso se oyó un siseo de Sulin y Rand la miró, pero los ojos de la mujer estaban prendidos en su mano; en la palma, donde se había abierto una raja con las uñas por la que manaba sangre. Envuelto como estaba en el vacío, el dolor podría haber sido de otra persona. La marca física no importaba; se curaría. Se había hecho otras más profundas dentro, donde nadie

pudiera verlas. Una por cada Doncella muerta, y no dejaba que se le cerraran nunca.

—Hemos acabado aquí —manifestó y, pasando por el acceso, salió en Dos Ríos. El doloroso pálpito desapareció al mismo tiempo que el acceso.

Fruncido el entrecejo, Rand trató de orientarse. Situar con precisión un acceso no resultaba fácil cuando era en un lugar donde no se había estado anteriormente, pero él había escogido un campo que conocía, un prado de malas hierbas a dos horas de camino de Campo de Emond, al sur, que nadie utilizaba nunca para nada. En el refulgente ocaso, sin embargo, vio un numeroso rebaño de ovejas y a un chiquillo con un cayado en la mano y un arco a la espalda que los miraba de hito en hito a cien pasos de distancia. Rand no necesitó el Poder para darse cuenta de que el chico tenía los ojos desorbitados, y con toda razón. Dejó caer el cayado y salió corriendo hacia una granja que no había allí cuando Rand había estado por última vez. Una granja techada con tejas.

Durante un momento se preguntó si realmente estaban en Dos Ríos. Sí; el entorno, el olor del aire, le confirmaban que estaba en el hogar. Todos los cambios de los que Bode y las otras chicas le habían hablado… en realidad no los había asimilado; nada cambiaba nunca en Dos Ríos. ¿Debería mandar de vuelta a las chicas aquí, a casa? «Lo que tienes que hacer es mantenerte lejos de ellas.» Era una idea irritante.

—Campo de Emond está en esa dirección —señaló. Campo de Emond. Perrin. Tal vez Tam estaría también allí, y la Posada del Manantial, con los padres de Egwene—. Es donde Loial debería encontrarse. No sé si llegaréis antes de que oscurezca. Podríais acercaros a esa granja. Estoy seguro de que os proporcionarán un lugar donde dormir. No les habléis de mí. No le contéis a nadie cómo llegasteis aquí.

El chico lo había visto, pero lo que dijese un chiquillo podría tomarse como una exageración cuando aparecieran los Ogier.

Haman y Covril se acomodaron los bultos a la espalda e intercambiaron una mirada.

—No diremos nada sobre cómo hemos llegado —contestó la mujer—. Que la gente imagine lo que quiera.

Haman se atusó la perilla y se aclaró la garganta.

—No hagáis que os maten.

A pesar del vacío, Rand no pudo menos de sobresaltarse.

—¿Cómo decís?

—El camino que tenéis ante vos —retumbó Haman— es largo, oscuro y, mucho me temo, sangriento. También me temo que nos conduciréis a todos por ese camino. Pero debéis vivir para llegar al final.

—Lo haré —contestó Rand, cortante—. Que os vaya bien. —Trató de dar cierto tono afectuoso a su despedida, algún sentimiento, pero dudaba que lo hubiese

conseguido.

—Que os vaya bien —contestó Haman, secundado por las dos mujeres antes de que los tres se volvieran en dirección a la granja. Pero, a juzgar por el tono, ni siquiera Erith parecía creerlo.

Rand se demoró un instante más. En la puerta de la casa había aparecido gente que contemplaba a los Ogier que se acercaban hacia ellos, pero Rand miraba al noroeste, no hacia Campo de Emond, sino en la dirección donde estaba la granja en la que había crecido. Cuando se dio media vuelta y abrió el acceso a Caemlyn, fue como si se arrancara de cuajo un brazo. Ese dolor era una marca conmemorativa mucho más adecuada a la memoria de Liah que un simple arañazo.

22



De camino al sur

Las cinco piedras formaban un círculo que giraba suavemente entre las manos de Mat, una roja, otra azul, otra verde claro y las dos restantes con interesantes dibujos de rayas. Montaba a lomos de *Puntos*, guiándolo con las rodillas, la lanza de mango negro metida debajo de la cincha, al lado contrario de donde llevaba su arco sin encordar. Las piedras le recordaban a Thom Merrilin, que le había enseñado a hacer malabarismos, y se preguntó si el viejo juglar seguiría vivo. Probablemente no. Rand le había mandado acompañar a Elayne y Nynaeve lo que parecía mucho tiempo atrás, supuestamente para que cuidara de ellas. O eran las dos mujeres que menos necesitaban que cuidasen de ellas o es que Mat no las conocía, pero tampoco había otras dos con las que hubiese mayor probabilidad de que metieran a los demás en un lío o hicieran que los mataran porque no atendían a razones.

Nynaeve, siempre pinchando por lo que uno decía o hacía o pensaba y tirándose de la jodida trenza todo el tiempo mientras lo miraba a uno. Y Elayne, la jodida heredera del trono, convencida de que podía salirse con la suya con sólo levantar la nariz altaneramente y tratando a la gente con tan poca consideración como Nynaeve, sólo que peor, porque, cuando lo del gélido despotismo no funcionaba, Elayne sonreía y se le hacían los hoyuelos y esperaba que todo el mundo se postrase de rodillas porque era bonita. Confiaba en que Thom se las hubiese ingeniado para sobrevivir en su compañía. También esperaba que las dos mujeres estuviesen bien, pero no le importaría si, al menos una vez, se hubiesen metido en un buen berenjenal desde que se habían escabullido la Luz sabría adónde. A ver qué tal les iba sin tenerlo a él para sacarlas de apuros; y ni una palabra de agradecimiento cuando sí estuvo para hacerlo. No pensaba en un follón gordo, cuidado; sólo lo suficiente para que desearan que Mat Cauthon estuviera por allí para rescatarlas otra vez, como un idiota.

—¿Y tú qué, Mat? —preguntó Nalesean mientras se acercaba con el caballo—. ¿Has pensado alguna vez en ser Guardián?

Mat estuvo a punto de dejar caer las piedras. Daerid y Talmanes lo miraban, con los rostros sudorosos, esperando su respuesta. El sol se desplazaba hacia el horizonte; dentro de poco tendrían que pararse. El ocaso parecía alargarse un poco más a medida

que los días se acortaban, pero Mat quería estar instalado y fumando su pipa para cuando anocheciese. Además, en un territorio como éste, los caballos se rompían los remos cuando faltaba luz. Y los hombres también.

La Compañía de la Mano Roja se extendía tras ellos, hacia el norte, jinetes e infantería bajo una creciente nube de polvo, a través de cerros cubiertos con escasos matorrales y dispersos sotos; los estandartes ondeaban pero los tambores estaban callados. Once días desde que habían partido de Maerone y se encontraban a mitad de camino de Tear o un poco más, avanzando con mayor rapidez de lo que Mat había esperado. Y uno de esos once días empleado en su totalidad en dar descanso a las monturas. Ciertamente no tenía ninguna prisa en tomar el puesto de Weiramon, pero no podía evitar pensar qué distancia máxima estarían en disposición de cubrir entre el amanecer y el ocaso en caso de ser necesario. Hasta el momento lo más que habían recorrido en ese tiempo habían sido setenta kilómetros aproximadamente, por lo que habían podido calcular. Naturalmente, las carretas de suministros se pasaban la mitad de la noche en marcha para alcanzarlos, pero últimamente los soldados de infantería parecían haberse propuesto demostrar que eran capaces de igualar a la caballería en largas distancias, ya que no en cortas.

Un poco más atrás y hacia el este, un grupo de Aiel coronó la cima de una elevación bordeada de hileras de árboles, corriendo a buen paso sin dificultad y acortando distancias con ellos. Seguramente estaban corriendo desde el amanecer y no pararían hasta la puesta del sol, si no más tarde. Si pasaban a la Compañía cuando todavía hubiese luz para ver, sería un aliciente para el día siguiente. Cada vez que los Aiel los superaban, sus hombres parecían dispuestos a alargar la marcha otros dos o tres kilómetros más al día siguiente.

Unos cuantos kilómetros más adelante los sotos volvían a agruparse en bosques; sería necesario bajar más hacia el Erinin antes de que llegaran a esas frondas. Al coronar la cima de una colina, Mat divisó el río y a cinco de los barcos fluviales contratados, con la bandera de la Mano Roja ondeando en los mástiles. Otros cuatro iban de vuelta a Maerone para coger otra carga, en su mayor parte forraje y caballos. Los que no veía, pero sabía que estaban allí, eran los grupos de gente; unos seguían el sinuoso curso río arriba, otros corriente abajo, y algunos cambiaban de dirección cada vez que se encontraban con un grupo liderado por alguien con poder de convicción. Unos pocos viajaban en carreta y algunos tiraban de carros de mano, pero en su mayoría iban únicamente con lo puesto; hasta los asaltantes de caminos más duros de entendederas habían aprendido que no tenía sentido atacar a estos últimos. Mat no tenía ni idea de adónde se dirigían, ni ellos tampoco, pero eran lo bastante numerosos para atascar la mal llamada calzada que corría a lo largo del río. A menos que apartaran a la gente a golpes, la Compañía avanzaría con mayor rapidez siguiendo su ruta actual.

—¿Guardián? —repitió Mat mientras guardaba las piedras en las alforjas. Podría encontrar otras en cualquier parte, pero le gustaban los colores. En la alforja llevaba también una pluma de águila y un fragmento de piedra blanca como la nieve que daba la impresión de haber tenido grabadas volutas. También había visto un pedrusco que daba la impresión de ser la cabeza de una estatua, pero era tan grande que habría hecho falta un carro para transportarlo—. Nunca. Son todos unos necios y unos primos que dejan que las Aes Sedai los manejen a su antojo. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así?

Nalesean se encogió de hombros. Sudaba copiosamente, pero aun así llevaba la chaqueta —roja con rayas azules ese día— abotonada hasta el cuello. Por su parte, aunque Mat llevaba la suya desbrochada estaba achicharrado.

—Supongo que es por las Aes Sedai —explicó el teariano—. Así me condene, pero da que pensar. Maldición, lo que quiero decir es qué se traerán entre manos.

Se refería a las Aes Sedai al otro lado del Erinin que, según les habían informado, se desplazaban río arriba o abajo muchísimo más deprisa que los caminantes que iban también por ese lado del río.

—Pues yo digo que lo mejor es no pensar en ellas. —Mat tocó la cabeza de zorro plateada que llevaba debajo de la camisa; aun llevando eso, se alegraba de que las Aes Sedai se encontrasen en la orilla opuesta. Un puñado de sus soldados viajaba en cada uno de los barcos fluviales y, si bien no eran muchos los pueblos que se alzaban en la ribera, se acercaban con un bote a todos los que había al otro lado, siguiendo sus órdenes, para ver de qué podían enterarse. Hasta el momento las noticias habían sido poco o nada reveladoras, aunque a menudo desagradables. La afluencia de Aes Sedai la que menos.

—¿Y cómo no vamos a pensar en ellas? —preguntó Talmanes—. ¿Crees que la Torre era realmente la que movía los hilos con Logain?

Ésa era una de las noticias más recientes, conocida sólo un par de días antes. Mat se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente antes de contestar. Al caer la noche la temperatura bajaría un poco; empero, no habría vino ni cerveza ni mujeres ni juego. ¿Quién querría ser soldado por propia iniciativa?

—Son muy pocas las cosas en las que, en mi opinión, no están detrás las Aes Sedai. —Metió un dedo entre el pañuelo y el cuello y lo aflojó. Los Guardianes, al menos por lo que había observado en Lan, no sudaban nunca—. Pero ¿eso? Talmanes, antes creería que tú eres Aes Sedai. Y no lo eres, ¿verdad?

Daerid se dobló sobre la perilla de la silla, riendo a mandíbula batiente, y Nalesean estuvo a punto de caerse del caballo. Al principio Talmanes se puso envarado, pero finalmente acabó sonriendo. Casi se rió. No tenía mucho sentido del humor, pero sí algo.

Empero, su seriedad se reafirmó enseguida.

—¿Y qué me dices de los seguidores del Dragón? Si lo que se cuenta es cierto, Mat, significa problemas.

Las risas de los otros se cortaron de golpe. Mat hizo una mueca. Ése era el rumor más reciente —o como se quisiera llamarlo—, conocido el día anterior, y hablaba de que habían incendiado un pueblo en alguna parte de Murandy. Y, lo que era aun peor, supuestamente habían matado a todos lo que se habían negado a hacerse seguidores del Dragón, y a sus familias con ellos.

—Rand se encargará de ellos. Si es que es cierto. Por suerte, ocuparse de Aes Sedai, seguidores del Dragón y todo eso le concierne a él, no a nosotros. Bastante tenemos con lo que nos toca.

Aquello, naturalmente, no hizo que la expresión de nadie se volviera menos sombría. Habían visto muchos pueblos incendiados y sin duda verían muchos más poco después de llegar a Tear. ¿Quién querría ser soldado?

Un jinete apareció en lo alto de la próxima loma y galopó hacia ellos haciendo que su montura saltara por encima de los matorrales en lugar de esquivarlos y a pesar de ir cuesta abajo. Mat ordenó parar con una seña.

—Nada de trompetas —añadió. La voz se corrió por las filas en un murmullo cada vez más apagado, pero Mat no quitó ojo al jinete.

Chorreando sudor, Chel Vanin sofrenó a su castrado pardo delante de Mat. Con su tosca chaqueta gris que le sentaba como un saco, su corpulenta figura semejaba también un saco encima de la silla de montar. Vanin estaba gordo, sin rodeos. Sin embargo, en contra de lo que podría pensarse, era capaz de montar cualquier animal de cuatro patas y era muy bueno en lo que hacía.

Mucho antes de llegar a Maerone, Mat había sorprendido a Nalesean, Daerid y Talmanes al pedirles los nombres de los mejores cazadores furtivos y cuatreros que hubiera entre sus hombres, los que supieran que eran culpables pero que no se podía probar nada contra ellos. Los dos nobles en particular no querían admitir que tenían esa clase de hombres a su mando, pero después de insistirles dieron los nombres de tres cairhieninos, dos tearianos y, sorprendentemente, dos andoreños. Mat pensaba que los andoreños no llevaban tiempo suficiente con la Compañía para que se conocieran esas tendencias suyas, pero por lo visto la voz se había corrido.

Se llevó aparte a aquellos siete hombres y les dijo que necesitaba exploradores y que un buen explorador utilizaba muchas de las mañas de un cazador furtivo o un cuatrero. Haciendo caso omiso de las fervientes negativas de que ellos jamás habían cometido delito alguno —las protestas de cada uno fueron más numerosas que las de Talmanes y Nalesean juntos, e igualmente elocuentes aunque mucho más toscas—, ofreció el indulto de los robos cometidos hasta ese momento, triple paga y exención de fajinas siempre y cuando informaran la verdad. Y una soga al cuello en la primera mentira; un montón de hombres podía morir a causa de la mentira de un explorador.

A pesar de la amenaza, no dejaron pasar la oportunidad, probablemente más por la reducción de trabajo que por el dinero extra.

No obstante, siete no eran suficientes, de modo que les pidió que se lo sugiriesen a otros y que tuvieran presente lo que había dicho respecto a las aptitudes requeridas, así como el hecho de que si vivían o no para disfrutar de la triple paga dependía en gran medida de las habilidades de aquellos que le propusieran para el trabajo. Aquello ocasionó mucho rascarse barbillas y muchas miradas nerviosas, pero entre los siete dieron otros once nombres, aunque poniendo gran énfasis en que por nombrarlos no estaban insinuando nada sobre esos tipos. Once hombres, cazadores furtivos y cuatreros lo bastante buenos para no despertar las sospechas de Daerid, Talmanes o Nalesean, pero no lo suficientemente buenos para evitar atraer la atención de los primeros siete. Mat les hizo la misma oferta y volvió a pedir más nombres. Para cuando llegó al punto de no encontrar más nombres, contaba ya con cuarenta y siete exploradores. Los malos tiempos que corrían habían empujado a un montón de hombres a enrolarse en el ejército en lugar de dedicarse a la actividad que habrían preferido realizar.

El último, nombrado por los tres que lo precedieron, fue Chel Vanin, un andoreño que había vivido en Maerone pero cuya actividad abarcaba un amplio radio a ambos lados del Erinin. Vanin era capaz de robar los huevos de un faisán sin levantar al ave de su nido, aunque no era probable que dejara de meterla también en el saco. Podía robar un caballo en el que iba montado un noble sin que éste se diera cuenta hasta dos días después. O eso era lo que afirmaban con respeto reverencial quienes lo recomendaron. Con su sonrisa desdentada y un aire de total inocencia en su redonda cara, Vanin había manifestado enérgicamente ser un honrado mozo de cuadra y herrador ocasional cuando podía encontrar ocupación, pero que cogería el trabajo por el cuádruple de la soldada normal de la Compañía. Hasta entonces, se había ganado con creces su paga.

En este momento, sentado en el caballo delante de Mat en aquella ladera, Vanin parecía agitado. Aprobaba el hecho de que Mat no quisiera que se lo llamara milord, ya que no le gustaba tener que inclinar la cabeza ante nadie, pero se las arregló para tocarse la frente a modo de saludo.

—Creo que deberíais ir a echar un vistazo, porque yo no sé qué conclusiones sacar. Tenéis que verlo vos mismo.

—Esperad aquí —ordenó Mat a los otros. Luego dijo a Vanin—: Guíame.

No tuvieron que cabalgar muy lejos, sólo un par de colinas más adelante y subir un trecho de un sinuoso arroyo bordeado con barro seco. El hedor anunciaba lo que Vanin quería que viese antes de otear los primeros buitres que alzaban el vuelo pesadamente. Los otros aleteaban unos cuantos metros antes de posarse otra vez y, adelantando bruscamente las peladas cabezas, lanzar graznidos desafiantes. Pero lo

peor eran los que no levantaban la cabeza del banquete, apiñados en montones de plumas negras.

Una carreta volcada, semejante a una pequeña casa sobre ruedas y pintada de abigarrados tonos verdes, azules y amarillos, identificaba la escena como una caravana de gitanos, pero pocos vehículos habían escapado del fuego. Por doquier yacían cadáveres con ropas de colores chillones, desgarradas y oscurecidas con sangre reseca, hombres, mujeres y niños. Una parte de Mat analizó la situación fríamente; el resto de él deseaba vomitar o salir corriendo o hacer cualquier cosa excepto quedarse allí sentado en *Puntos*. Los atacantes habían llegado por el oeste al principio. La mayoría de los hombres y muchachos de más edad yacían en esa dirección, entre lo que quedaba de un numeroso grupo de perros grandes, como si hubiesen intentado formar una línea para frenar a los asesinos con sus cuerpos mientras las mujeres y los niños corrían. Una huida inútil. Los cadáveres amontonados mostraban el punto donde se habían precipitado de cabeza contra el segundo frente de ataque. Ahora sólo se movían los buitres.

Vanin escupió con desprecio a través de la mella de su dentadura.

—Se los echa antes de que tengan tiempo de robar mucho; secuestran niños si uno no se anda con ojo, y luego los crían como uno de ellos. Quizá se les da una patada para que se larguen más deprisa, pero ¿esto? ¿Quién puede haber hecho algo así?

—No lo sé. Salteadores.

Faltaban todos los caballos. Pero los salteadores querían robar, no matar, y ningún gitano se resistiría si se le robaba hasta el último céntimo y se lo dejaba en cueros. Mat se obligó a aflojar las manos, que asían las riendas con crispación. Se mirara hacia donde se mirara había una mujer muerta, un niño muerto. Quienquiera que hubiese hecho esto no quería que quedaran supervivientes. Rodeó el lugar de la escena haciendo avanzar lentamente su caballo, tratando de no hacer caso de los buitres que siseaban y aleteaban cuando pasaba cerca —el suelo estaba demasiado seco para que hubiesen quedado huellas claras, aunque a Mat le parecía que los caballos habían partido en varias direcciones— y completó el circuito, volviendo al lado de Vanin.

—Podrías haberme informado de lo ocurrido. No hacía falta que lo viera. —«¡Luz! ¿Qué necesidad tenía de verlo?»

—Podría haberos dicho que no había huellas claras —manifestó Vanin mientras hacía dar media vuelta a su caballo para vadear el somero arroyo—. Pero quizá sí teníais que ver esto.

El fuego había acabado con gran parte del carromato tumbado de costado, pero la base de la caja se había salvado, apuntalada en las ruedas amarillas con los radios verdes. Un hombre, cuya chaqueta todavía conservaba un poco de su color azul

chillón, yacía despatarrado contra ella, con un brazo extendido y la mano oscurecida por la sangre. Lo que había escrito con trazos temblorosos resaltaba más oscuro que la madera de la base del carromato:

DECIDLE AL DRAGÓN RENACIDO

¿Decirle qué?, pensó Mat. ¿Que alguien había asesinado a toda una caravana de gitanos? ¿O es que el hombre había muerto antes de poder escribir lo que quiera que fuese? No sería la primera vez que los gitanos habían topado con información importante. En un relato habría vivido el tiempo suficiente para garabatear la vital información que significaría la victoria. En fin, fuese cual fuese el mensaje, ahora nadie iba a saber una sola palabra más al respecto.

—Tenías razón, Vanin. —Mat vaciló. ¿Decirle qué al Dragón Renacido? No era menester dar pie a más rumores de los que corrían ya—. Ocúpate de que el resto de este carromato arda del todo antes de marcharte. Si alguien pregunta, aquí no había nada más que un montón de hombres muertos. —Y de mujeres, y de niños.

—De acuerdo —asintió Vanin—. Asquerosos salvajes —rezongó y volvió a escupir por la mella—. Podrían haber sido algunos de ellos, supongo.

La tropa Aiel, entre tres y cuatrocientos hombres, los había alcanzado. Bajaron la cuesta y cruzaron el arroyo a menos de cincuenta pasos de los carromatos. Algunos levantaron la mano para saludarlo; Mat no los reconoció, pero muchos Aiel habían oído hablar del amigo de Rand al'Thor, el que llevaba sombrero y contra el que era mejor no apostar. Pasaron y subieron la ladera del siguiente cerro, como si aquellos cadáveres no existieran.

«Condenados Aiel», pensó Mat. Sabía que los Aiel evitaban a los gitanos, que hacían caso omiso de ellos, aunque desconocía el porqué, pero esto…

—Creo que no —dijo—. Ocúpate de quemarlo, Vanin.

Talmanes y los otros dos seguían donde los había dejado, naturalmente. Cuando Mat les contó lo que había más adelante y que había que destacar a los grupos de enterramiento, asintieron con aire sombrío.

—¿Gitanos? —murmuró Daerid con incredulidad.

—Acamparemos aquí —añadió Mat.

Esperaba algún comentario; quedaba luz suficiente para recorrer varios kilómetros más, y estos tres se habían enganchado con lo de la distancia que podía avanzar la Compañía en un día hasta el punto de hacer apuestas.

—Mandaré a un hombre para que haga señales a los barcos antes de que se hayan adelantado demasiado —se limitó a decir Nalesean.

Quizá se sentían igual que él. A menos que se desviaran hasta el río, sería imposible eludir, como poco, la vista de los buitres alzando el vuelo tras ser espantados por los grupos de enterramiento. Sólo porque un hombre hubiese visto

morir gente no significaba que tuviera que disfrutar con ello. En lo tocante a Mat, creía que le bastaría con ver otra vez a esos pajarracos para vomitar. Por la mañana sólo habría tumbas, fuera del alcance de la vista.

Sin embargo, el recuerdo no se le iba de la mente, ni siquiera después de que se hubo instalado su tienda en la misma cumbre de la colina, donde podría llegar un soplo de brisa del río, si es que se levantaba. Cuerpos destrozados por asesinos, despedazados por buitres. Peor que la batalla alrededor de Cairhien contra los Shaido. Allí habían muerto Doncellas, pero él no había visto ninguna, y no había habido niños. Un gitano no lucharía ni para defender su vida. Nadie mataba al Pueblo Errante. Comió con desgana, picoteando del plato de carne con judías, y se retiró a su tienda tan pronto como le fue posible. Ni siquiera Nalesean tenía ganas de hablar, y Talmanes se mostraba más tenso que nunca.

Se había corrido la voz de la matanza, y en el campamento reinaba un silencio que Mat conocía de antes. Por lo general, la quietud de la noche se rompía al menos con risas escandalosas y a veces con cantos subidos de tono, hasta que los portaestandartes llevaban a sus mantas al puñado de soldados que no admitían estar cansados. Aquella noche era como cuando habían encontrado un pueblo con los muertos sin enterrar o un grupo de refugiados que habían intentado conservar lo poco que tenían resistiéndose a los salteadores. Pocos podían reír o cantar después de algo así, y, a los que sí, generalmente los hacía callar el resto.

Mat permaneció tumbado, mientras la noche caía, pero la tienda era un espacio cerrado y el sueño no llegaba, ahuyentado por el recuerdo de los gitanos muertos, por recuerdos más antiguos de muertos del pasado. Demasiadas batallas y demasiadas muertes. Tanteó la lanza, siguiendo con las yemas de los dedos la inscripción en la Antigua Lengua que llevaba grabada en el negro astil:

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.
La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.
Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.
De ese pacto, la peor parte él se ha llevado.

Al cabo de un rato cogió una manta y la lanza y salió al exterior en ropa interior; la cabeza de zorro plateada, sobre su torso desnudo, reflejó la luz de la luna menguante. Corría una leve brisa, un soplo casi inapreciable, carente de frescor, que apenas movía el estandarte de la Mano Roja que colgaba del astil clavado en el suelo, delante de su tienda, pero aun así se estaba mejor que dentro.

Extendió la manta entre los matorrales y se tumbó boca arriba. Cuando era un crío, a veces solía quedarse dormido identificando las constelaciones. En aquel cielo despejado, la luna arrojaba luz suficiente para difuminar la mayoría de las estrellas a pesar de estar menguante, pero quedaban suficientes. Allí estaba el Carro de Heno,

justo encima de su cabeza, y las Cinco Hermanas, y los Tres Gansos, marcando el norte. El Arquero, el Labriego, el Herrero, la Serpiente. Los Aiel llamaban a esta última el Dragón. El Escudo, que algunos llamaban el Escudo de Hawkwing —eso lo hizo rebullir; en algunos de sus recuerdos no le gustaba ni pizca Artur Paendrag Tanreall—, el Ciervo, el Carnero, la Copa. Y la Caminante, con su bastón resaltando marcadamente.

Algo lo hizo aguzar el oído, no estaba seguro qué. Si no hubiese habido tanto silencio el apagado sonido no habría parecido tan furtivo, pero en la quietud dio esa impresión. ¿Quién andaría moviéndose a hurtadillas por allí? Despierta su curiosidad, se incorporó sobre un codo. Y se quedó inmóvil como una estatua.

Unas figuras, como sombras de luz de luna, se movían alrededor de su tienda. La luz del astro cayó sobre una de ellas lo suficiente para que Mat distinguiera un rostro velado. ¿Aiel? ¿Qué demonios…? En silencio rodearon la tienda, se acercaron; un brillo de metal centelleó en la noche, se oyó el susurro de tela desgarrada, y las figuras desaparecieron en el interior. Sólo pasó un segundo antes de que volvieran a salir. Y a mirar en derredor; había luz suficiente para advertir ese gesto.

Mat plantó los pies en el suelo; si se mantenía agachado, a lo mejor era capaz de escabullirse sin que lo oyeran.

—Mat… —se oyó llamar a Talmanes, subiendo la ladera; parecía embriagado.

Mat no movió un solo músculo; quizás el hombre daba media vuelta si creía que estaba dormido. Los Aiel parecieron desvanecerse en el aire, pero Mat estaba seguro de que continuaban allí. Las pisadas de Talmanes se oyeron más cerca.

—Tengo un poco de brandy, Mat. Creo que deberías echar un trago. Es bueno para los sueños, Mat. No los recuerdas.

Mat se preguntó si los Aiel lo oirían, con las voces de Talmanes, si se marchaba ahora. Había unos diez pasos hasta donde estarían durmiendo los primeros hombres —el primer pelotón de caballería, los Relámpagos de Talmanes, tenía el «honor» esa noche—, y menos de diez a su tienda y a los Aiel. Eran rápidos, pero con una o dos zancadas de ventaja no deberían alcanzarlo antes de que se encontrara a un metro de casi cincuenta hombres.

—Mat… No creo que estés dormido, Mat. Te vi la cara. Te sentirás mejor después de que hayas matado los sueños. Créeme, lo sé.

Mat se agazapó y asió con firmeza la lanza e inhalaba hondo. Dos zancadas.

—¡Mat!

Talmanes estaba más cerca. El muy idiota se iba a dar de bruces con un Aiel en cualquier momento. Podían rebanarle el pescuezo sin hacer el menor ruido.

«Maldito seas —pensó Mat—. Sólo necesitaba un par de zancadas.»

—¡A las armas! —gritó al tiempo que se incorporaba de golpe—. ¡Aiel en el campamento! —Salió corriendo cuesta abajo—. ¡Acudid hacia el estandarte!

¡Reuníos bajo la Mano Roja! ¡Arriba, perros salteadores de tumbas!

Despertó todo el mundo, ya que berreaba como un toro enganchado en zarzales. Los gritos se propagaron en todas direcciones, los tambores empezaron a tocar, las trompetas a formar. Hombres del primer batallón salieron de sus mantas gritando y agitando las espadas mientras corrían hacia el estandarte.

Con todo, el hecho era que los Aiel tenían menos distancia que cubrir que los soldados. Y sabían a qué iban. Algo —el instinto, la suerte, o ser *ta'veren*, porque desde luego no oyó nada con aquel tumulto— lo hizo girarse justo cuando la primera figura velada salió tras él como si se hubiese materializado en el aire. No había tiempo para pensar. Paró el lanzazo con el astil de su arma, pero el Aiel detuvo su contragolpe con la adarga y le asestó una patada en el estómago. La desesperación proporcionó fuerza a Mat para no doblar las piernas, aunque tenía los pulmones sin aire; hizo un quiebro, frenético, para esquivar la punta de lanza que iba derecha a sus costillas, zancadilleó al Aiel con el astil de su lanza, y luego le atravesó el corazón. Luz, esperaba sinceramente que fuera un varón.

Sacó de un tirón la lanza justo a tiempo de hacer frente a la avalancha de adversarios. «¡Debería haber huido cuando tuve la puñetera oportunidad de hacerlo!» Blandió el arma como una vara de combate imprimiéndole más velocidad que nunca, girándola, parando los lanzazos de los Aiel, sin tiempo para contraatacar. Demasiados. «¡Tendría que haber mantenido cerrada la jodida boca y huir!» Dispuso de un instante para gritar de nuevo:

—¡Zafarrancho, apocados pichones, ladrones de ovejas! ¿Es que estáis sordos? ¡Limpiaos los oídos y a las armas!

Maravillado de no estar muerto a esas alturas —había tenido suerte con un Aiel, pero nadie era tan afortunado como para hacer frente a esto— de repente se dio cuenta de que ya no estaba solo. Un flaco cairhienino, en ropa interior, cayó casi a sus pies al tiempo que exhalaba un chillido agudo, pero de inmediato ocupó su puesto un teariano con la desabrochada camisa ondeando y blandiendo una espada. Varios más se sumaron a la refriega, lanzando todo tipo de gritos, como «¡Lord Matrim y victoria!», «¡La Mano Roja!» o «¡Muerte a las alimañas!»

Mat retrocedió y los dejó que se ocuparan ellos. «Un general que combate en primera línea es un necio.» Eso provenía de aquellos antiguos recuerdos, una cita de alguien cuyo nombre no formaba parte de la evocación. «Uno puede acabar fiambre ahí.» Eso era pura cosecha de Mat Cauthon.

Al final, fue simple cuestión de números: una docena de Aiel contra, si no toda la Compañía, sí varios centenares de hombres que se las arreglaron para llegar a lo alto del cerro antes de que la lucha hubiese acabado. Doce Aiel muertos y, por el hecho de ser Aiel, un tercio más de la Compañía, y el doble o más de esa cifra sangrando aunque todavía vivos para gemir mientras se los atendía. A pesar de haberse

encontrado en una situación límite tan escaso tiempo, Mat estaba dolorido y sangraba por media docena de heridas, de las cuales tres al menos sospechaba que necesitarían puntos.

Su lanza le hizo un buen servicio como bastón cuando se encaminó, cojeando, hacia donde Talmanes permanecía tendido en el suelo, con Daerid atándole un torniquete en la pierna izquierda.

La blanca camisa de Talmanes, sin remeter en los pantalones, tenía unas manchas oscuras y brillantes en un par de sitios.

—Me parece —jadeó— que Nerim tendrá que practicar conmigo otra vez su poca maña como remendón, así la Luz lo consuma por ser tan bruto.

Nerim era su asistente, y lo remendaba tan a menudo como a sus ropas.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Mat en voz baja.

Daerid se encogió de hombros. El cairhienino llevaba puesto sólo los pantalones.

—Está sangrando menos que tú, creo. —Alzó la cabeza para mirar a Mat. A partir de ese día tendría una nueva cicatriz en la colección de su cara—. Menos mal que te quitaste de en medio, Mat. Es obvio que iban por ti.

—Está muy bien no haberles dado lo que venían buscando. —Talmanes hizo un gesto de dolor mientras se esforzaba por incorporarse echando un brazo sobre los hombros de Daerid—. Habría sido una pena perder la suerte de la Compañía por un puñado de salvajes atacando en plena noche.

—Sí, eso es lo que me pareció a mí también —dijo Mat aclarándose la garganta. La imagen de los Aiel desapareciendo dentro de su tienda acudió a su memoria; tuvo un escalofrío. ¿Por qué demonios querían matarlo los Aiel?

Nalesean se acercó desde el lugar donde estaban colocando en una hilera los cuerpos de los Aiel. Incluso en aquellas circunstancias llevaba puesta la chaqueta, aunque no abotonada; no dejaba de mirar, ceñudo, una mancha de sangre que tenía en la solapa, quizá la suya propia o quizá no.

—Así me condene, sabía que esos salvajes se revolverían contra nosotros antes o después. Supongo que venían de ese grupo que nos pasó esta tarde.

—Lo dudo —dijo Mat—. Si hubiesen querido matarme entonces, me habrían tenido ensartado en un espetón y puesto al fuego antes de que cualquiera de vosotros se hubiese dado cuenta.

Se obligó a acercarse renqueando hasta los Aiel muertos y examinó los cadáveres cogiendo la linterna que alguien había llevado para reforzar la luz de la luna. El alivio de encontrar únicamente rostros de hombres casi consiguió que le flaquearan las piernas. No conocía a ninguno, aunque no era de extrañar puesto que conocía a pocos Aiel.

—Shaido, imagino —dijo mientras regresaba junto a los demás con la linterna. Podrían serlo. Y podrían ser Amigos Siniestros; sabía por propia experiencia que los

había entre los Aiel. Y, naturalmente, los Amigos Siniestros tenían motivo para querer matarlo.

—Creo que mañana deberíamos intentar encontrar a una de esas Aes Sedai al otro lado del río —manifestó Daerid—. Talmanes vivirá a menos que todo el brandy que ha tragado se le filtre por los poros, pero algunos de los otros quizá no sean tan afortunados.

Nalesean no pronunció palabra, pero su gruñido lo dijo todo; al fin y a la postre era teariano y las Aes Sedai le gustaban menos aun que al propio Mat, pero éste que no vaciló en acceder a la sugerencia de Daerid. Él no permitiría que ninguna Aes Sedai lo tocara con el Poder —en cierto modo, cada cicatriz señalaba una pequeña victoria, una vez más que había evitado a las Aes Sedai— pero no podía dejar que muriera nadie si podía evitarse. Entonces les explicó lo que quería.

—¿Una zanja? —repitió Talmanes con un dejo de incredulidad.

—¿Todo alrededor del campamento? —la barba puntiaguda de Nalesean se estremeció—. ¿Todas las noches?

—¿Y una estacada? —exclamó Daerid. Miró en derredor y bajó el tono de voz. Todavía quedaban unos cuantos soldados por las inmediaciones, llevándose a los muertos—. Habrá un amotinamiento, Mat.

—No, no lo habrá —lo contradijo—. Por la mañana hasta el último hombre sabrá que los Aiel cruzaron a hurtadillas todo el campamento para llegar a mi tienda. La mitad no podrá dormir pensando que se despertará con una lanza clavada en las costillas. Vosotros tres aseguraos de que entienden que una estacada podría impedir que los Aiel vuelvan a colarse inadvertidamente. —Por lo menos sería un obstáculo que los frenaría—. Y ahora marchaos y dejadme dormir un poco.

Después de que se hubieron ido, Mat examinó su tienda. Los largos cortes abiertos en los costados por los Aiel se agitaban levemente con la brisa que soplaba intermitentemente. Suspiró y echó a andar hacia la manta tendida entre los matorrales; entonces se detuvo. Ese ruido que lo había alertado. Los atacantes no habían hecho ningún otro, ni un susurro. Los Aiel eran silenciosos como sombras, así pues ¿qué había sido?

Apoyado en la lanza, rodeó cojeando la tienda a la par que estudiaba el suelo. No estaba seguro de lo que buscaba. Las suaves botas Aiel no habían dejado marcas que pudiera distinguir con la luz de la linterna. Dos de los vientos de la tienda colgaban cortados, pero… Dejó la linterna en el suelo y tocó las cuerdas. Ese ruido podría haber sido el de una cuerda tirante al ser cortada, pero no era necesario cortarlas para entrar en la tienda. Algo en el ángulo de los cortes, en el modo en que estaban alineados el uno con el otro, le llamó la atención. Volvió a coger la linterna y la enfocó en derredor. Un matorral de ramaje duro y enhiesto, a corta distancia, había sido podado por un costado, de arriba abajo, y las finas ramas con pequeñas hojas se

encontraban caídas en el suelo. Un corte muy limpio, perfectamente recto, que había dejado los extremos de las ramas sesgadas tan lisos y suaves como si fuera el meticuloso trabajo de un carpintero.

A Mat se le erizó el vello de la nuca. Allí se había abierto uno de esos agujeros en el aire que Rand utilizaba. Ya era bastante malo que los Aiel hubiesen intentado matarlo, pero que los hubiese enviado alguien capaz de crear uno de esos… accesos, los llamaba Rand. Luz, si no estaba a salvo de los Renegados con la Compañía a su alrededor, entonces ¿dónde lo estaría? Se preguntó cómo iba a poder dormir de ahora en adelante; con hogueras prendidas alrededor de su tienda, y con guardias. Lo llamaría una guardia de honor, para quitarle un poco de hierro a la cosa, para soportar el hecho de que hubiera centinelas rodeando su tienda. La próxima vez probablemente sería un centenar de trollocs o un millar en lugar de un puñado de Aiel. ¿O no era lo bastante importante para eso? Si decidían que era demasiado importante, la próxima vez podría ser uno de los Renegados. ¡Rayos y centellas! ¡Él no había pedido ser *ta'veren* ni estar vinculado con el jodido Dragón Renacido!

—¡Rayos y centellas!

El crujido de la tierra bajo una pisada lo alertó, y giró velozmente blandiendo el arma a la par que soltaba un gruñido. Apenas tuvo tiempo de detener la arremetida al mismo tiempo que Olver gritaba y caía patas arriba, mirando con los ojos desorbitados la punta de la lanza.

—¡Por la Fosa de la Perdición! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espetó Mat.

—Yo… Yo… —El chico enmudeció y tragó saliva—. Dicen que cincuenta Aiel intentaron mataros mientras dormíais, lord Mat, pero que vos los matasteis a ellos antes y quería ver si estabais bien y… Lord Edorion me compró zapatos, ¿veis? —Levantó un pie calzado.

Mascullando entre dientes, Mat ayudó al chico a ponerse de pie.

—No me refería a eso. Lo que quiero saber es por qué estás aquí y no en Maerone. ¿Acaso Edorion no encontró a nadie que se hiciese cargo de ti?

—Esa mujer sólo quería el dinero de lord Edorion, no a mí. Tiene seis hijos. Maese Burdin me alimenta bien, y todo lo que tengo que hacer es darles de comer y de beber a los caballos, y almohazarlos. Me gusta eso, lord Mat. Sin embargo, no me deja que los monte.

Sonó un carraspeo.

—Lord Tamanes me envía por si puedo ayudaros, milord. —Nerim era flaco, y bajo incluso para un cairhienino; tenía el cabello canoso y una cara larga que parecía decir que nada iba bien ni en ese momento ni a largo plazo—. Si milord me disculpa por decirlo, esas manchas de sangre no saldrán nunca de su ropa interior, pero si milord me lo permite tal vez pueda hacer algo respecto a los desgarrones que tiene

milord. —Llevaba la caja de costura debajo de un brazo—. Tú, chico, trae un poco de agua. ¡Y no me repliques! Agua para milord, y deprisa. —Nerim aprovechó que se agachaba a coger la linterna para hacer una reverencia al mismo tiempo—. Si milord tiene a bien entrar en la tienda… El aire nocturno es perjudicial para las heridas.

A poco Mat estaba tendido en el suelo, al lado del catre, ya que «milord no querría manchar las mantas», dejando que Nerim le lavara la sangre seca y lo cosiera. Talmanes tenía razón; como sastre dejaba mucho que desear; era un matarife. Estando presente Olver no le quedó más remedio que apretar los dientes y aguantar.

Tratando de pensar en otra cosa que no fuera la aguja de Nerim, Mat señaló el raído morral de tela que colgaba del hombro de Olver.

—¿Qué guardas ahí? —preguntó entre jadeos.

El chico sujetó fuertemente la ajada bolsa contra su pecho. Ciertamente estaba más limpio que cuando lo había conocido, aunque no más agraciado. Los zapatos tenían aspecto de ser fuertes, y la camisa y los pantalones de lana parecían nuevos.

—Todo es mío —contestó a la defensiva—. No he robado nada. —Al cabo de un momento abrió el morral y empezó a sacar cosas: otro par de pantalones, dos camisas más y varios calcetines no tenían interés para él, pero repasó una a una las demás cosas—. Ésta es una pluma de un halcón rojo, lord Mat, y esta piedra tiene el mismo color que el sol, ¿veis? —Mostró una pequeña bolsa—. Tengo cinco monedas de cobre y un céntimo de plata. —A continuación vino un trozo de tela enrollado y atado y una pequeña caja de madera—. Mi juego de serpientes y zorros. Me lo hizo mi padre; él dibujó el tablero. —Durante un breve instante su rostro se crispó, y después el chico prosiguió—: Mirad, esta piedra tiene dentro la cabeza de un pez. No sé cómo llegó ahí. Y ésta es mi concha de tortuga. De una tortuga de dorso azul. ¿Veis las rayas?

Haciendo un gesto de dolor por un pinchazo particularmente fuerte de la aguja de coser, Mat alargó la mano para tocar el trozo de tela enrollado. Le dolería mucho menos si respiraba por la nariz. Era realmente extraño el modo en que funcionaban las lagunas de su propia memoria; recordaba cómo se jugaba a serpientes y zorros, pero no haber jugado a ello alguna vez.

—Es un caparazón muy bonito, Olver. Yo también tuve uno, hace tiempo. De una tortuga verde. —Tanteó al otro lado y cogió su bolsa de dinero, de la que sacó dos coronas cairhieninas de oro—. Añade éstas a tu bolsa, Olver. Un hombre debe llevar un poco de oro en el bolsillo.

—No pido limosna, lord Mat. —El chico, envarado, empezó a recoger y guardar las cosas dentro del morral—. Puedo trabajar para ganarme un plato de comida. No soy un mendigo.

—No he dicho que lo fueras. —Mat se estrujó el cerebro para encontrar rápidamente alguna razón por la que pagar dos coronas al chico—. Yo… Necesito

que alguien lleve mis mensajes. No puedo pedírselo a nadie de la Compañía; todos están demasiado ocupados con sus tareas militares. Claro que tendrás que cuidar tú mismo de tu caballo, porque no puedo pedirle a nadie que lo haga por ti.

Olver se sentó muy erguido.

—¿Tendría mi propio caballo? —preguntó con incredulidad.

—Pues claro. Ah, una cosa: mi nombre es Mat. Si vuelves a llamarme lord Mat, te haré un nudo en la nariz. —Soltó un chillido y se incorporó a medias, bruscamente—. ¡Maldito seas, Nerim, ésa es mi pierna, no un jodido costillar de vaca!

—Como diga milord —murmuró Nerim—. La pierna de milord no es un costillar de vaca. Gracias, milord, por informarme.

Olver se estaba tocando la nariz cuidadosamente, como planteándose si era posible hacerle un nudo.

Mat volvió a tumbarse con un gemido. Se había echado la carga de cuidar de un chico, y con ello no le había hecho un favor; no si se encontraba cerca la próxima vez que los Renegados intentaran reducir el número de *ta'veren* que había en el mundo. En fin, si el plan de Rand funcionaba, dentro de poco quedaría un Renegado menos. Y, si Mat Cauthon conseguía salirse con la suya, se proponía mantenerse bien lejos de problemas y del peligro hasta que no quedara ninguno.

23



Interpretación de un mensaje

Graendal se las ingenió para no mirar fijamente cuando entró en la estancia, pero su vestido recto se tornó de un negro intenso antes de que la mujer pudiera controlarse y volverlo a su anterior apariencia de neblina azul. Sammael había hecho más que suficiente para que nadie sospechara que esta habitación se encontraba en la Gran Cámara del Consejo de Illian. Claro que le habría sorprendido mucho que alguien aparte de él hubiese entrado nunca hasta allí sin haber sido invitado a los aposentos de «lord Brend».

El ambiente era agradablemente fresco; en un rincón se alzaba el cilindro hueco de un convertidor ambiental. Globos radiantes, fuentes de una constante y regular luminosidad, aparecían incongruentemente colocados sobre pesados candelabros de oro y ofrecían una iluminación mucho mejor de la que jamás podrían dar velas o lámparas de aceite. Una pequeña caja de música que había encima de la repisa de la chimenea reproducía de su memoria los suaves acordes de una composición que a buen seguro no se había escuchado fuera de esta habitación desde hacía más de tres mil años. Y Graendal también reconoció varias de las obras de arte que adornaban las paredes.

Se detuvo ante el «Tempo de infinidad», de Ceran Tol. No era una copia.

—Diríase que has saqueado un museo, Sammael. —Le costó un gran esfuerzo ocultar la envidia en su voz, y cuando vio la leve sonrisa de él comprendió que su intento había fracasado.

Sammael llenó con vino dos copas de plata cincelada y le tendió una.

—Un museo no. Sólo una cámara estática. Imagino que la gente trató de salvar cuanto pudo en los últimos días.

Al sonreír se atirantó aquella desagradable cicatriz que le cruzaba la cara mientras recorría con mirada radiante los objetos del cuarto y la detenía con una expresión de especial apego en el tablero de zara, que proyectaba su campo de cuadros todavía transparentes en el aire; siempre había tenido preferencia por los juegos violentos. Por supuesto, un tablero de zara significaba que la cámara estática había sido equipada por un seguidor del Gran Señor; la posesión de una única pieza de juego

que hubiera sido humana había significado, cuando poco, confinamiento en el otro lado. ¿Qué más habría encontrado?

Graendal movió el vino de su copa y reprimió un suspiro; era un caldo de allí y del presente; había esperado un delicado satare o uno de los exquisitos comolades. Se alisó los pliegues del vestido con los dedos ensortijados.

—También encontré una, pero, aparte de la camalina, contenía la más espantosa colección de inútiles desechos. —Después de todo, puesto que la había invitado allí y le permitía ver todo aquello, era un buen momento para hacer confidencias. Pequeñas confidencias.

—Qué lástima.

De nuevo apareció aquella leve sonrisa. Había encontrado algo más que juegos, artilugios y obras de arte, de eso no cabía duda.

—Por otro lado —continuó Sammael—, imagina qué desagradable habría sido abrir una cámara estática y destapar un nido de cafaras, pongamos por ejemplo, o un jumara o cualquier otra de las pequeñas creaciones de Aginor. ¿Sabes que hay jumaras sueltos en la Llaga? Totalmente crecidos, aunque ahora ya no se transforman. La gente de allí los llama Gusanos. —Rió con tantas ganas que se sacudió.

Graendal sonrió con mucha más calidez de lo que se sentía por dentro, aunque si su vestido sufrió alguna variación fue mínima. Había tenido una desagradable experiencia, de hecho casi fatal, con una de las creaciones de Aginor. El hombre había sido genial a su modo, pero estaba loco. Sólo un demente habría creado a los gholams.

—Pareces estar de muy buen humor.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —respondió, comunicativo—. Estoy a punto de echarle mano a un surtido de *angreal* y quién sabe qué más. Oh, no pongas esa expresión sorprendida. He sabido desde el principio que todos vosotros habéis estado espiándome con la esperanza de que os condujese hasta ese cargamento. Bien, pues no os va a servir de nada. Oh, lo compartiré, sí, pero después de que sea mío y después de que haya escogido primero. —Se repantigó en una silla recargada con dorados, o quizá fuera de oro macizo; muy propio de él. Apoyó el talón de una bota en la puntera de la otra y se atusó la rubia barba—. Además, envié un emisario a Al'Thor. Y la respuesta fue favorable.

Faltó poco para que Graendal derramara el vino.

—¿Favorable? He sabido que mató a tu mensajero.

Si el hecho de que estuviese enterada de eso lo alteró, Sammael lo disimuló bien. Incluso sonrió.

—Al'Thor no mató a nadie. Andris iba allí a morir. ¿O es que crees que me gusta esperar la llegada de mensajeros? ¿O de palomas? El modo en que murió me reveló la respuesta de Al'Thor.

—¿Que fue? —preguntó cautelosamente.

—Una tregua entre nosotros dos.

La Renegada tuvo la sensación de que unos dedos gélidos se le hincaban en el cráneo. Eso no podía ser cierto. Sin embargo, Sammael se mostraba más tranquilo de lo que lo había visto desde el despertar.

—Lews Therin jamás aceptaría…

—Lews Therin murió hace mucho, Graendal.

La interrupción sonó divertida, incluso burlona. Ni rastro de ira.

Graendal ocultó una profunda respiración simulando beber un sorbo de vino. ¿Sería verdad?

—Su ejército sigue agrupándose en Tear. Lo he visto. Eso difícilmente apunta una tregua, a mi modo de entender.

Sammael estalló en carcajadas.

—Lleva tiempo reconducir un ejército. Créeme, jamás me atacará.

—¿Crees que no? Una o dos de mis pequeñas amigas afirman que te quiere muerto porque mataste a sus queridas Doncellas. Yo en tu lugar estaría buscando otro sitio menos conspicuo, un lugar donde no pudiera encontrarme.

No movió ni una pestaña. Era como si las cuerdas que generalmente lo movían hubiesen sido cortadas.

—¿Qué importancia puede tener la muerte de unas pocas Doncellas? —La expresión de Sammael era de genuino desconcierto—. Fue una batalla, y los soldados mueren en las batallas. al'Thor será un campesino, pero cuenta con generales que dirigen sus batallas y le explican las cosas. Dudo de que se diera cuenta siquiera.

—En verdad no has mirado a estas gentes. Han cambiado tanto como el propio mundo, Sammael. No sólo los Aiel. En ciertos aspectos, los demás han cambiado mucho más. Esos soldados eran mujeres, y para Rand al'Thor eso guarda gran importancia.

El Renegado se encogió de hombros como desestimando el comentario, y Graendal reprimió el malhumor y mantuvo la camalina fija en una tranquila niebla. Este hombre nunca había entendido que uno debía comprender a la gente para obligarla a hacer lo que se quería. La Compulsión estaba bien, pero no podía utilizarse con el mundo entero.

Graendal se preguntó si la cámara estática habría almacenado ese surtido al que Sammael estaba «a punto de echarle mano». Si tenía en su poder aunque sólo fuera un *angreal*… De ser así, ella lo descubriría, pero probablemente no antes de que él permitiera que se enterase.

—Entonces, supongo que comprobaremos hasta qué punto es ahora más sabio el primitivo Lews Therin. —Graendal enarcó una ceja con aire dubitativo e incluso esbozó una sonrisa. Ninguna reacción en él. ¿Cuándo o cómo había aprendido a

mantener a raya de este modo su genio? El mero nombre de Lews Therin habría bastado antes para que perdiera el control—. Si finalmente no te hace salir huyendo de Illian como a una coda corriendo árbol arriba, quizá…

—Eso podría significar haberse quedado esperando demasiado —la interrumpió suavemente—. Demasiado para ti, se entiende.

—¿Se supone que eso es una amenaza, Sammael? —Su vestido cambió a un pálido rosa, pero lo dejó estar. Que se diera cuenta de que estaba enfadada—. Creí que habías aprendido hace mucho tiempo que amenazarme es un error.

—Nada de amenazas, Graendal —replicó calmosamente. Ninguno de sus puntos débiles para presionarlo reaccionaban; nada parecía capaz de sacarlo de aquella divertida frialdad—. Hechos, simplemente. Al'Thor no me atacará a mí y yo no lo atacaré a él. Y, por supuesto, accedí a no ayudar a ninguno de los otros Elegidos si Al'Thor los encuentra. Todo muy acorde con los mandatos del Gran Señor, ¿no te parece?

—Por supuesto. —Mantuvo el gesto relajado, pero la cornalina se había vuelto de un rosa más fuerte, perdiendo parte de su aspecto neblinoso. En parte, el color seguía siendo consecuencia de la furia. En todo aquel asunto había algo más, pero ¿cómo podía descubrirlo?

—Lo que significa —continuó él— que en el Día del Retorno muy probablemente seré yo el único que quede para enfrentarse a Al'Thor.

—Dudo que sea capaz de matarnos a todos —contestó con acritud, pero también había acidez en su estómago. Demasiados Elegidos habían muerto ya. Sammael había encontrado un modo de quedarse aparte hasta el final; era la única explicación.

—¿De veras lo crees? ¿Ni siquiera si descubre dónde estáis todos vosotros? —La sonrisa se acentuó—. Estoy seguro de que Demandred está maquinando, pero ¿se ha ocultado? ¿Dónde se encuentra Semirhage? ¿Y Mesaana? ¿Y qué hay de Asmodean y Lanfear? ¿Y Moghedien?

Aquellos dedos gélidos volvieron a aparecer, a clavarse en su cráneo. Sammael no podía estar repantigado así y hablando de este modo —no se atrevería a sugerir lo que estaba sugiriendo— a no ser que…

—Asmodean y Lanfear han muerto, y estoy segura de que a Moghedien tiene que haberle pasado lo mismo. —Se sorprendió de oír su propia voz, ronca y temblorosa. El vino no pareció aliviar su garganta seca.

—¿Y los otros?

Sólo era una pregunta; en la voz de Sammael no había el menor dejo de insistencia. Aquello la estremeció.

—Te he contado todo lo que sé, Sammael.

—Que es lo mismo que nada. Cuando sea Nae'blis, elegiré quién estará un escalón más abajo que yo. Esa persona tendrá que estar viva para recibir el toque del

Gran Señor.

—¿Estás diciendo que has estado en Shayol Ghul? ¿Que el Gran Señor te ha prometido…?

—Lo sabrás todo a su debido tiempo, y no antes. Pero acepta un pequeño consejo, Graendal: decídete ahora. ¿Dónde están?

El cerebro de la Renegada estaba trabajando a marchas forzadas. Sammael tenía que haber recibido esa promesa. No podía ser de otro modo. Pero ¿por qué a él? No, no había tiempo para elucubraciones. El Gran Señor elegía a su voluntad. Y Sammael sabía, al menos, dónde se ocultaba ella. Podía huir de Arad Doman, establecerse en cualquier otra parte; no sería difícil. Renunciar a los jueguecillos que tenía allí e incluso a los más importantes que podría tener que abandonar sería una mínima pérdida comparado con la posibilidad de que Al'Thor —o Lews Therin— fuera por ella. No tenía la más remota intención de enfrentarse directamente a él; si Ishamael y Rahvin habían caído ante él, no estaba dispuesta a poner a prueba la fuerza de su rival, al menos de frente. Sammael tenía que haber recibido esa promesa. Si muriese ahora… A buen seguro estaba asiendo el *Saidin* —tendría que estar loco para decir las cosas que había dicho sin estar conectado al Poder— y percibiría el momento en que ella abrazara el *Saidar*. Entonces sería ella la que moriría. Tenía que haber recibido la promesa.

—Yo… No sé dónde están Demandred ni Semirhage. Mesaana… Mesaana se encuentra en la Torre Blanca. Eso es todo lo que sé. Lo juro.

La opresión que sentía en el pecho desapareció cuando Sammael asintió finalmente.

—Encontrarás a los demás y me informarás. —No era una pregunta—. A todos ellos, Graendal. Si quieres que crea que cualquiera de ellos está muerto, muéstrame un cadáver.

La Renegada deseaba con todas sus fuerzas tener valor para convertirlo a él en un cadáver. El vestido pasó de distintas tonalidades violetas al rojo, reflejando la cólera, el miedo y la vergüenza que la asaltaron incontrolablemente. Muy bien, que pensara que estaba acobardada. Si le entregaba Mesaana a Al'Thor, si se los ponía a todos en bandeja a Al'Thor, que así fuera, siempre y cuando mantuviera a Al'Thor lejos de su propia garganta.

—Lo intentaré.

—Haz algo más que intentarlo, Graendal. Algo más.

Sólo cuando la Renegada se hubo marchado y el acceso al palacio en Arad Doman se cerró, Sammael dejó que la sonrisa se borrara de su rostro. Le dolían los músculos de mantener ese gesto forzado. Graendal pensaba demasiado; estaba tan acostumbrada a hacer que otros actuaran para ella que había olvidado actuar para sí

misma. El Renegado se preguntó qué diría si alguna vez descubriese que la había manipulado tan hábilmente como ella había hecho con tantos necios en sus tiempos. Apostaría cualquier cosa a que en ningún momento había sospechado su verdadero propósito. Bien, así que Mesaana estaba en la Torre Blanca. Mesaana en la Torre y Graendal en Arad Doman. Si Graendal hubiese podido verle la cara en ese momento, entonces sí que habría sabido lo que era el miedo. Ocurriera lo que ocurriese, Sammael se proponía ser el único que quedara vivo en el Día del Retorno, ser nombrado Nae'blis y desafiar al Dragón Renacido.

24



La delegación

Egwene dio la espalda a los músicos que tocaban en una esquina —una mujer sudorosa que soplaba una flauta larga y un hombre con el rostro enrojecido que tañía una vihuela de nueve cuerdas— y se abrió paso entre la multitud sintiéndose de buen humor. El sol se hallaba alto en el cielo, como oro fundido, y los adoquines estaban lo bastante calientes para quemarle los pies a través de las suelas de sus flexibles botas. El sudor le goteaba por la nariz, el chal parecía una manta a pesar de llevarlo suelto en el doblez de los brazos, y había suficiente polvo en el aire para hacerle sentir ganas de bañarse; pero, aun así, sonreía. Algunas personas la miraban con recelo cuando creían que no las veía, cosa que casi la hacía reír. Así era como miraban a los Aiel. La gente veía lo que esperaba ver, y lo que veía era una mujer con ropas Aiel, sin fijarse en el color de sus ojos o en su estatura.

Los vendedores ambulantes y los buhoneros pregonaban sus mercancías, rivalizando con los gritos de carniceros y fabricantes de velas, con el martilleo y el repiqueteo de los talleres de orfebres y alfareros, con el chirrido de ejes de rueda sin engrasar. Carreteros deslenguados y hombres que conducían a pie carretas de bueyes se disputaban el paso por la calle con las sillas de mano lacadas en oscuro y los sobrios carruajes que lucían emblemas de casas en las puertas. Había músicos por doquier, además de acróbatas y malabaristas. Un puñado de pálidas mujeres vestidas con trajes de montar y que portaban espadas pasaron con aire arrogante imitando lo que suponían era el comportamiento de los hombres, riendo con excesiva estridencia y abriéndose paso a empujones de un modo que habría dado pie a una docena de peleas si hubiesen sido varones. El martillo de un herrero repicaba contra el yunque. En general flotaba en el aire un zumbido de ajetreo y bullicio, el sonido de una ciudad que la joven casi había olvidado al convivir con los Aiel. Quizá lo había echado de menos.

Entonces se echó a reír, en mitad de la calle. La primera vez que había escuchado el ruido de una ciudad le había producido un gran aturdimiento. En ocasiones tenía la sensación de que aquella muchacha con los ojos abiertos como platos había sido otra

persona.

Una mujer que se abría paso entre la muchedumbre con su yegua castaña se giró para mirarla con curiosidad. El animal llevaba campanillas de plata trenzadas en las lustrosas crines y larga cola, y la amazona también lucía campanillas en el oscuro cabello, que le llegaba a la mitad de la espalda. Era bonita y no debía de ser mucho mayor que Egwene, pero su semblante traslucía dureza; su mirada era cortante, y como poco llevaba seis cuchillos en el cinturón, uno de ellos casi tan grande como los de los Aiel. Una cazadora del Cuerno, a buen seguro.

Un hombre alto y apuesto, vestido con una chaqueta verde y con dos espadas cruzadas en la espalda, siguió con la mirada a la mujer mientras pasaba con su montura. Probablemente era otro cazador. Parecían estar en todas partes. Cuando la amazona y su yegua desaparecieron entre la apiñada multitud, el tipo se volvió y vio que Egwene lo estaba mirando. Sonrió con repentino interés, cuadró los anchos hombros y echó a andar hacia la joven.

Egwene adoptó instantáneamente su expresión más fría, intentando emular la severidad de Sorilea combinada con el porte imperioso de Siuan Sanche ciñéndose la estola de la Amyrlin sobre los hombros.

El hombre se paró, obviamente sorprendido. Al tiempo que volvía sobre sus pasos, Egwene lo oyó claramente gruñir: «Condenados Aiel». No pudo menos de echarse a reír de nuevo; a despecho del barullo, el tipo debió de oírla, porque se puso envarado y sacudió la cabeza. Pero no miró atrás.

Su buen humor tenía doble motivo; uno de ellos, que por fin las Sabias habían admitido que caminar por la ciudad le proporcionaba tanto ejercicio físico como hacerlo alrededor de las murallas. Sorilea en particular no parecía entender por qué quería pasar un minuto más de lo estrictamente necesario entre multitudes de habitantes de las tierras húmedas, sobre todo cuando estaban apiñados dentro de unos muros. Empero, su talante alegre venía a cuento principalmente porque le habían dicho que, ahora que las jaquecas habían desaparecido del todo —las había tenido desconcertadas que no remitieran ya que a Egwene le había sido imposible disimularlas por completo—, podría regresar al *Tel'aran'rhiod* pronto. No a tiempo de asistir a la próxima reunión, acordada para dentro de tres noches, pero sí antes de la siguiente.

Eso era un gran alivio en muchos aspectos. Se habría acabado tener que entrar a escondidas en el Mundo de los Sueños; y resolver penosamente todo por sí misma; y el miedo de que las Sabias la sorprendieran y rehusaran seguir instruyéndola; y verse obligada a mentir. Porque no tenía más remedio que engañarlas —no se podía permitir el lujo de perder tiempo; había demasiadas cosas que aprender y dudaba mucho de que pudiera asimilarlas todas en el plazo que quedaba— pero ellas nunca lo entenderían.

Había Aiel entre la multitud, tanto vestidos con el *cadin'sor* como con los blancos ropajes de *gai'shain*. Estos últimos iban donde les habían mandado, pero los demás quizás era la primera vez que entraban en el recinto amurallado y, muy probablemente, la última. A los Aiel no parecían gustarles las ciudades, aunque habían acudido en gran número seis días antes para presenciar la ejecución de Mangin. Se contaba que él mismo se había puesto el nudo corredizo alrededor del cuello y que incluso había hecho un chiste Aiel sobre si sería la cuerda la que le rompería el cuello o su cuello el que rompería la cuerda. Egwene había oído a varios Aiel repetir el chiste, pero ni un solo comentario respecto al ahorcamiento. A Rand le caía bien Mangin, de eso no le cabía a Egwene la menor duda. Berelain había comunicado la sentencia a las Sabias como si les estuviera diciendo que tendrían su colada lista al día siguiente, y ellas la habían escuchado con idéntica actitud. Egwene no creía que jamás llegara a entender a los Aiel. Y mucho se temía que ya no entendía a Rand. En cuanto a Berelain, la entendía, y muy bien por cierto; a ésa sólo le interesaban los hombres vivos.

Con ideas así, le costó un gran esfuerzo recuperar el buen humor. En la ciudad, ni que decir tiene, hacía tanto calor como fuera de las murallas —de hecho, sin haber un soplo de aire y con tanta gente apiñada, puede que incluso hiciera más bochorno— y había casi tanto polvo, pero al menos no tenía que caminar y caminar sin otra cosa que mirar que los montones de cenizas de extramuros. Sólo unos cuantos días más y podría volver a aprender; a aprender de verdad. Aquello bastó para que la sonrisa retornara a su rostro.

La muchacha se paró cerca de un enjuto y sudoroso Iluminador; era fácil adivinar cuál era o había sido su oficio. Su espeso bigote no iba cubierto por el diáfano velo que los taraboneses llevaban a menudo, pero los pantalones con pliegues, con bordados en las perneras, y la camisa suelta igualmente bordada en la pechera delataban de sobra su procedencia. Vendía pinzones y currucas en jaulas toscamente construidas. Con la destrucción de la sucursal de su corporación, incendiada por los Shaido, eran muchos los Iluminadores que intentaban encontrar recursos para regresar a Tarabon.

—Lo he oído de una fuente fidedigna —le estaba contando a una guapa mujer de mediana edad que llevaba un vestido de corte sencillo en color azul oscuro. Una mercader, a buen seguro, atenta a sacar algún provecho de quienes esperaban en Cairhien la llegada de tiempos mejores—. Las Aes Sedai están divididas —le confió el Iluminador mientras se inclinaba sobre las jaulas para hablar en un susurro—. Están en pie de guerra. Las unas contra las otras.

La mercader asintió en un gesto de conformidad. Egwene se paró fingiendo estar interesada en un pinzón de cabeza verde y después reanudó la marcha, aunque tuvo que saltar a un lado para apartarse del camino de un juglar de rostro redondo que

caminaba ondeando su capa de parches con aire engreído. Los juglares sabían de sobra que se contaban entre las pocas personas de las tierras húmedas que eran bien recibidas en el Yermo; los Aiel no los intimidaban. Al menos, eso aparentaban.

Aquel rumor la inquietaba. No que la Torre estuviera dividida —algo así no podía guardarse en secreto mucho más tiempo— sino lo referente a la guerra entre Aes Sedai. Enterarse de que existía un conflicto entre las hermanas era como saber que una parte de la propia familia estaba enfrentada con la otra, y el hecho de conocer las razones apenas lo hacía tolerable, pero la idea de que la situación pudiera llegar a más… Ojalá hubiese un modo de devolver a la Torre su anterior fortaleza, al igual que se sana a un enfermo con la Curación; unificarla de nuevo sin que hubiera derramamiento de sangre.

En la calle, un poco más adelante, una sudorosa mujer de extramuros, que habría resultado bonita si su cara hubiera estado más limpia, despachaba rumores junto con las cintas y alfileres que llevaba en una bandeja sujeta con una correa al cuello. Su vestido era de seda azul con franjas rojas en la falda; se notaba que estaba confeccionado para otra mujer más baja, de manera que el raído repulgo le quedaba lo bastante alto para mostrar sus toscos zapatos. Unos agujeros en las mangas y en el corpiño señalaban los lugares donde se había arrancado los bordados.

—Es un hecho —informaba a la mujer que estaba escogiendo en la bandeja—. Se han visto trollocs por los alrededores de la ciudad. Ah, sí, ese color verde hará resaltar vuestros ojos. Centenares de trollocs, y…

Egwene siguió caminando sin aminorar el paso. Si hubiese habido un solo trolloc en las cercanías de la ciudad, los Aiel lo habrían sabido mucho antes de que se convirtiera en tema de chismorreo en las calles. Ojalá que las Sabias fueran más dadas a chismorrear. Bueno, a veces lo hacían, pero siempre respecto a otros Aiel. En lo que a los Aiel concernía, ninguna cosa sobre las gentes de las tierras húmedas era digna de despertar su interés. Empero, tener la oportunidad de colarse en el estudio de Elaida en el *Tel'aran'rhiod* cada vez que quería y leer las cartas y los documentos de la mujer había despertado en ella un instinto que la ayudaba a saber lo que estaba ocurriendo en el mundo.

De pronto se dio cuenta de que estaba mirando a su alrededor con otros ojos, observando los rostros de las personas. Que había informadores de las Aes Sedai en Cairhien era tan cierto como que estaba transpirando. Elaida debía de recibir un informe diario con palomas mensajeras desde Cairhien, si no más de uno. Espías de la Torre, espías de los Ajahs, espías personales de una u otra hermana. Estaban por todas partes, a menudo donde menos se sospechaba y de quien menos se esperaba. ¿Qué hacían esos dos acróbatas plantados allí, sin efectuar sus volantines? ¿Estarían recobrando el resuello o es que se dedicaban a vigilarla? Los artistas callejeros reanudaron su número, uno de ellos haciendo el pino en los hombros del otro.

Una informadora del Ajah Amarillo había intentado en una ocasión enviar a Elayne y Nynaeve de vuelta a la Torre como si fuesen simples fardos, en cumplimiento de las órdenes impartidas por Elaida. En realidad Egwene no sabía si Elaida también la quería a ella, pero dar por sentado lo contrario sería una solemne estupidez por su parte. No podía creer que Elaida perdonara jamás a cualquiera que hubiese colaborado estrechamente con la mujer a la que había depuesto.

Lo que es más, probablemente algunas Aes Sedai de Salidar también tenían informadores aquí. Si les llegaban noticias sobre una tal «Egwene Sedai del Ajah Verde»… El informador podía ser cualquiera: aquella mujer delgada parada en el escaparate de una tienda, que al parecer examinaba una pieza de paño gris oscuro; o la mujer de aspecto ordinario que holgazaneaba en la puerta de una taberna mientras se daba aire en la cara con el delantal; o aquel tipo gordo que empujaba una carretilla llena de pasteles… ¿Por qué la miraba de un modo tan extraño? Faltó poco para que Egwene se encaminara de inmediato a las puertas de la ciudad más próximas.

Fue precisamente aquel tipo quien la hizo cambiar de opinión o, más bien, la forma repentina en que trató de tapar los pasteles con las manos. La miraba porque se había dado cuenta de que ella lo estaba observando fijamente. Seguramente tenía miedo de que una «salvaje» Aiel fuera a coger parte de su mercancía sin pagar.

Egwene rió con desgana. Aiel. Hasta la gente que la miraba a la cara daba por hecho que era Aiel. Un informador de la Torre que la estuviese buscando pasaría de largo a su lado. Sintiéndose mucho mejor, la joven reanudó su caminata por las calles, escuchando cuando le era posible hacerlo.

El problema era que se había acostumbrado a enterarse de cosas sólo semanas, o incluso días, después de que hubiesen ocurrido, y con la certeza de que, efectivamente, habían pasado. Un rumor podía recorrer un centenar de kilómetros en un día o tardar un mes y dar origen a diez versiones distintas a diario. Aquella mañana había oído que se había ejecutado a Siuan por descubrir al Ajah Negro; que pertenecía al Ajah Negro y seguía viva; que el Ajah Negro había forzado la huida de la Torre a las Aes Sedai que no pertenecían a él. Ninguna de esas noticias era nueva, sólo una versión de otras ya conocidas. Una novedad, que se había propagado como el fuego en una pradera en verano, era que la Torre había estado detrás de todos los falsos Dragones; aquello la enfureció tanto que se alejó a grandes pasos, con la espalda muy tiesa, cada vez que lo oyó. Lo que significaba que había caminado bastante de esa guisa. Escuchó que los andoreños agrupados en Aringill habían proclamado reina a una noble —una tal Dylin o Delin, el nombre variaba con cada versión— ahora que Morgase había muerto, cosa que podía ser verdad; y que había Aes Sedai recorriendo Arad Domad de punta a punta llevando a cabo cosas increíbles, lo que era totalmente incierto. Que el Profeta se encaminaba hacia Cairhien; que el Profeta había sido coronado rey de Ghealdan —no, de Amadicia—;

que el Dragón Renacido había matado al Profeta por blasfemo. Que todos los Aiel se marchaban; no, que se proponían quedarse y establecerse allí. Que Berelain iba a ser coronada reina del Trono del Sol. Un hombrecillo bajo y flaco, de mirada furtiva, estuvo a punto de recibir una paliza de quienes lo escuchaban a la puerta de una taberna por afirmar que Rand era uno de los Renegados, pero Egwene intervino sin pensar en las consecuencias.

—¿Es que no tenéis honor? —demandó fríamente. Los cuatro hombres malcarados que habían estado a punto de abalanzarse sobre el tipo flaco la miraron con desconcierto. Eran cairhieninos, no mucho más altos que ella, pero sí mucho más corpulentos, con las narices rotas y los nudillos hundidos habituales en los camorristas, pero los mantuvo a raya con su actitud firme. Por eso y por la presencia de Aiel en la calle; no eran tan necios como para tratar de mala manera a la que creían una mujer Aiel en tales circunstancias—. Si tenéis que enfrentaros a un hombre por lo que ha dicho, hacedlo de uno en uno, con honor. Esto no es una batalla; os deshonráis vosotros mismos yendo cuatro contra uno.

La miraron como si estuviese loca, y el semblante de Egwene enrojeció paulatinamente. La joven esperaba que creyeran que se debía a la rabia. No les había echado en cara que se lanzaran sobre alguien más débil, sino por no permitirle que se enfrentara a ellos uno a uno. Estaba avergonzada; acababa de reconvenirlos como si siguieran el *ji'e'toh*. Claro que, si lo hubiesen seguido, no habría sido menester el rapapolvo.

Uno de los hombres inclinó la cabeza en algo parecido a una ligera reverencia. La nariz del tipo no sólo estaba rota, sino que le faltaba la punta.

—Eh… Ese hombre se ha marchado ya… eh… señora. ¿Podemos irnos también?

Era verdad; el tipo flaco había aprovechado su intervención para desaparecer. Egwene sintió una repentina ira. Se había escabullido por temor a enfrentar a cuatro adversarios. ¿Cómo podía soportar semejante vergüenza? ¡Oh, Luz, ya estaba otra vez con lo mismo!

Abrió la boca para contestar que por supuesto podían marcharse, pero no emitió sonido alguno. Los tipos interpretaron su silencio como aquiescencia, o quizá como una excusa, y se alejaron a toda prisa, pero Egwene apenas si reparó en su marcha. Estaba demasiado absorta contemplando las espaldas de un grupo a caballo que avanzaba calle abajo.

No reconoció a los diez o doce jinetes con capas verdes que se abrían paso entre la apiñada multitud, pero las escoltadas eran harina de otro costal. Egwene sólo alcanzaba a ver las espaldas de las mujeres, unas cinco o seis, que cabalgaban entre los jinetes, pero era más que suficiente. Mucho más. Las amazonas llevaban ligeros guardapolvos en distintas tonalidades marrones, pero los ojos de la joven estaban prendidos en lo que semejaba un disco blanco bordado en la parte trasera de una de

aquellas capas de viaje. El color del pespunte que bordeaba la Llama de Tar Valon, en este caso níveo, indicaba el Ajah Blanco. Egwene atisbó otros pespuntes en verde, en rojo. ¡En rojo! Eran cinco o seis Aes Sedai dirigiéndose hacia el Palacio Real, donde una copia del estandarte del Dragón tremolaba intermitentemente en lo alto de una de las torres escalonadas, junto con una de las banderas carmesí de Rand en la que aparecía el antiguo símbolo Aes Sedai. Algunos la llamaban a ésa el estandarte del Dragón y otros, el estandarte de al'Thor o incluso el estandarte Aiel y hasta una docena más de distintos nombres.

Avanzando dificultosamente entre la muchedumbre, Egwene fue en pos del grupo a unos veinte pasos de distancia, pero poco después se detuvo. Una hermana Roja —al menos una, que ella hubiera visto— significaba que ésta era la delegación de la Torre largo tiempo esperada, la que Elaida había anunciado por escrito que escoltaría a Rand hasta Tar Valon. Habían pasado más de dos meses desde que la misiva había llegado con un mensajero cabalgando sin descanso; este grupo debía de haber partido no mucho después.

No encontrarían a Rand, a no ser que éste hubiese regresado sin anunciarlo; Egwene estaba convencida de que Rand había descubierto de algún modo el Talento llamado Viaje, pero eso no le aclaraba a ella cómo se llevaba a cabo. Sin embargo, tanto si encontraban a Rand como si no, a quien no debían localizar era a ella. En el mejor de los casos, se la llevarían a la fuerza de vuelta a Tar Valon como una Aceptada que había salido de la Torre sin la supervisión de una Aes Sedai; y eso contando con que Elaida no hubiera dado orden de capturarla. En cualquier caso, la obligarían a regresar a Tar Valon; ante Elaida. No se hacía ilusiones respecto a ser capaz de resistirse a cinco o seis Aes Sedai.

Tras echar una última ojeada al grupo que se alejaba, se recogió los vuelos de la falda y echó a correr entre el gentío, sorteando a unos y a otros, a veces chocando con los transeúntes o cruzando delante de los animales que tiraban de carretas o carruajes. A su paso iba dejando una estela de gritos furiosos. Cuando finalmente salió por una de las grandes puertas cuadradas de la ciudad, el aire caliente la azotó de lleno en la cara. Sin el obstáculo de los edificios, el viento arrastraba nubes de polvo que la hicieron toser, pero la joven siguió corriendo todo el trecho hasta las tiendas de las Sabias.

Para su sorpresa, ante la entrada de la tienda de Amys había una yegua gris ensillada y embridada, al cuidado de un *gai'shain* que mantenía los ojos bajos excepto cuando palmeaba al brioso animal. Egwene se agachó y entró en la tienda, donde encontró a la amazona, Berelain, tomando té con Amys, Bair y Sorilea, todas ellas recostadas en cojines de vivos colores y rematados con borlas. Una mujer con ropas blancas, Rodera, se encontraba arrodillada a un lado, esperando sumisamente a rellenar las tazas.

—Hay Aes Sedai en la ciudad —anunció Egwene tan pronto como hubo entrado —, y se dirigen al Palacio del Sol. Debe de ser la delegación enviada por Elaida para Rand.

Berelain se incorporó grácilmente; Egwene tuvo que admitir, aunque a regañadientes, que la mujer poseía donaire. Y su traje de montar tenía una hechura decente, ya que ni siquiera ella era tan necia como para cabalgar bajo el ardiente sol con sus atuendos habituales. Las otras se levantaron al mismo tiempo.

—Por lo visto he de regresar a palacio —suspiró—. Sólo la Luz sabe cómo se tomarán el que no haya nadie allí para recibirlas. Amys, si sabéis dónde está Rhuarc, ¿seríais tan amable de mandarle un mensaje para que se reúna conmigo?

Amys asintió, pero Sorilea manifestó:

—No debes depender tanto de Rhuarc, muchacha. Rand al'Thor puso Cairhien en tus manos. Dale un dedo a cualquier hombre y te habrá cogido la mano antes de que te quieras dar cuenta de lo que pasa. Dale un dedo a un jefe de clan, y te cogerá el brazo entero.

—Eso es cierto —convino Amys—. Rhuarc es la sombra de mi corazón, pero lo que dice Sorilea es verdad.

Berelain sacó unos finos guantes de montar que llevaba metidos debajo del cinturón y empezó a ponérselos.

—Me recuerda a mi padre. Demasiado, a veces. —Un gesto compungido asomó fugazmente al rostro de la mayeniense—. Pero sabe dar buenos consejos. Y también cuándo y hasta qué punto plantarse con aire imponente. Creo que hasta unas Aes Sedai se impresionarán si Rhuarc las mira fijamente.

Amys rió entre dientes.

—Resulta imponente cuando quiere, sí. Te lo enviaré. —Besó levemente a Berelain en la frente y las mejillas.

Egwene se quedó boquiabierta; así era como una madre Aiel besaba a su hijo o a su hija. ¿Qué se estaba cociendo entre Berelain y las Sabias? No podía preguntarlo, naturalmente. Una pregunta así representaba una vergüenza para ella y para las Sabias. También para Berelain, aunque la Principal no lo sabría, aparte de que a Egwene no le importaría avergonzar a esa mujer hasta que se le cayera el pelo.

Cuando la mayeniense se volvía para salir de la tienda, Egwene puso una mano sobre su brazo.

—Hay que tratarlas con sumo cuidado. No se mostrarán amistosas hacia Rand, pero unas palabras equivocadas, un movimiento en falso, podrían ponerlas en contra de él abiertamente. —Tal cosa no podía ser más cierta, pero no era lo que realmente habría querido decir. Antes se arrancaría la lengua que pedirle un favor a Berelain.

—He tratado con Aes Sedai antes, Egwene Sedai —replicó secamente la Principal.

Egwene consiguió refrenar un profundo suspiro. Había que hacerlo, pero no dejaría que esta mujer viera lo difícil que era.

—Las intenciones de Elaida respecto a Rand no son mejores que las que tendría una comadreja hacia una gallina, y estas Aes Sedai están a sus órdenes. Si se enteran de que hay una Aes Sedai de parte de Rand, aquí, donde la tendrían a su alcance, esa mujer podría desaparecer a no tardar.

La joven enmudeció, incapaz de añadir nada más ante la expresión indescifrable de la mayeniense. Al cabo de unos segundos muy largos, Berelain sonrió.

—Egwene Sedai, haré todo cuanto esté en mi mano por Rand —manifestó. La sonrisa y el tono de su voz eran… insinuantes.

—Muchacha —reconvino Sorilea con un timbre cortante y, quién lo hubiese dicho, el rubor tiñó los pómulos de Berelain.

—Agradecería que no se lo contaseis a Rhuarc —manifestó la Principal en un estudiado tono indiferente, evitando mirar a Egwene. En realidad no miraba a nadie, pero procuraba hacer caso omiso de la presencia de la joven.

—No lo haremos —fue la pronta respuesta de Amys, que se adelantó a Sorilea—. No lo haremos.

La reiteración iba dirigida a la anciana Sabia y en ella había una mezcla de firmeza y súplica. Finalmente, Sorilea asintió, aunque un tanto a regañadientes. De hecho, Berelain suspiró con alivio antes de agacharse para salir de la tienda.

—La muchacha tiene carácter —rió Sorilea tan pronto como la Principal se hubo marchado. Volvió a reclinarse en los cojines y dio unas palmaditas al que había a su lado, indicando a Egwene que se sentara allí—. Deberíamos encontrarle el marido adecuado, un hombre que esté a su altura. Si es que existe alguien así entre los varones de las tierras húmedas.

Mientras se limpiaba la cara y las manos con el paño húmedo que le alcanzó Rodera, Egwene se preguntó si aquello bastaría para dar pie a preguntar por Berelain sin incurrir en la indiscreción. Aceptó una taza de té de porcelana de los Marinos y se acomodó en el círculo de las Sabias. Si alguna de las otras respondía a Sorilea, sería suficiente.

—¿Estás segura de que estas Aes Sedai quieren perjudicar al *Car'a'carn*? —preguntó, en cambio, Amys.

Egwene se puso colorada. ¡Mira que estar pensando en chismorreos cuando había cosas tan importantes de las que ocuparse!

—Sí —se apresuró a responder, y luego añadió más despacio—: Al menos… No tengo pruebas de que quieran hacerle daño, exactamente. Por lo menos de manera intencionada. —La misiva de Elaida hablaba de todo «el honor y el respeto» por él merecidos. ¿Cuánto era lo que una antigua Roja consideraba que se merecía un varón capaz de encauzar?—. Pero de lo que no me cabe duda es de que intentarán

controlarlo de algún modo, forzarlo a hacer lo que Elaida quiere. No son amigas suyas. —¿Hasta qué punto lo eran las Aes Sedai de Salidar? Luz, necesitaba hablar con Nynaeve y Elayne—. Y no les importará ni poco ni mucho que sea el *Car'a'carn*.

Al oír esto, Sorilea gruñó con acritud.

—¿Crees que tratarán de hacerte daño a ti? —preguntó Bair, a lo que Egwene asintió con la cabeza.

—Si descubren que estoy aquí… —La joven intentó disimular un escalofrío tomando un sorbo del té de menta. Ya fuera para tener algo con lo que presionar a Rand o simplemente por ser una Aceptada sin la supervisión de una hermana, harían todo lo posible para llevarla a rastras de vuelta a la Torre—. No me dejarán libre si pueden evitarlo. Y Elaida no querrá que Rand siga los consejos de nadie salvo los de ella.

Bair y Amys intercambiaron una mirada sombría.

—Entonces, la cosa es simple. —Sorilea habló como si todo estuviese decidido —. Te quedarás en las tiendas y así no te verán. De todos modos, las Sabias evitan a las Aes Sedai. Si te quedas con nosotras unos cuantos años, acabaremos haciendo de ti una buena Sabia.

Egwene estuvo a punto de dejar caer la taza.

—Me siento halagada —respondió con cuidado—, pero, antes o después, tendré que irme.

Sorilea no parecía muy convencida. Egwene había aprendido a componérselas con Amys y Bair, hasta cierto punto, pero Sorilea…

—No será pronto, a mi modo de ver —le dijo Bair, aunque con una sonrisa para quitar hierro a sus palabras—. Todavía te queda mucho que aprender.

—Sí, y estás deseosa de reiniciar el aprendizaje —añadió Amys. La joven trató, sin éxito, de no enrojecer, y la Sabia frunció el entrecejo—. Tienes un aspecto raro. ¿Te has sentido demasiado sofocada esta mañana? Estaba segura de que ya te encontrabas bastante recuperada…

—Y lo estoy —se apresuró a asegurarle Egwene—. De veras que sí. Hace días que no me ha dolido la cabeza. Es por culpa del polvo, mientras volvía corriendo aquí. Y la muchedumbre apiñada en la ciudad, mucho más de lo que recordaba. Además, estaba tan excitada que no desayuné gran cosa.

—Trae un poco de pan de miel si queda, y queso y la fruta que encuentres — ordenó Sorilea a Rodera. Luego dio golpecitos con el dedo en las costillas de la joven —. Una mujer debe tener más carne encima.

Y eso lo decía alguien que parecía haber estado tendida al sol hasta secar la poca carne que tenía.

A Egwene no le importaba realmente comer algo —era cierto que esa mañana se había sentido demasiado nerviosa para desayunar— pero Sorilea estuvo pendiente de

cada bocado que engulló, y su escrutadora mirada consiguió que a la muchacha le costase trabajo tragar. Por no mencionar el hecho de que las Sabias querían discutir qué hacer respecto a las Aes Sedai. Si éstas eran hostiles hacia Rand, habría que tenerlas vigiladas y discurrir algún modo de protegerlo. Hasta a Sorilea la ponía un tanto tensa la idea de oponerse directamente a unas Aes Sedai —no por temor; lo que las inquietaba era ir en contra de la tradición—, pero se haría lo que fuera necesario para proteger al *Car'a'carn*.

En cuanto a Egwene, le preocupaba que al final convirtieran en una orden la sugerencia de Sorilea de que permaneciera en las tiendas. No habría modo de eludir algo así, imposible evitar que cincuenta pares de ojos la observaran a no ser que permaneciese dentro de su tienda. ¿Cómo realizaba Rand el Viaje? Las Sabias harían todo lo necesario, siempre y cuando ello no infringiera el *ji'e'toh*, puede que interpretasen de manera distinta alguna que otra cosa, pero cumplían esas variantes con tanta rigurosidad como cualquier Aiel. Luz, Rodera era una Shaido, una de los miles capturados en la batalla con la que se expulsó a su clan de la ciudad, pero las Sabias la trataban igual que a cualquier otro *gai'shain*, y, que Egwene supiera, Rodera se comportaba exactamente igual que los demás, sin la más mínima diferencia. No, no irían en contra del *ji'e'toh*, por muy necesario que fuera.

Afortunadamente el tema no salió a colación. Por desgracia, sí lo hizo el asunto de su salud. La Sabias no sabían sanar con la Curación ni examinar el estado de salud de alguien mediante el Poder. Sin embargo, utilizaron sus propios métodos para hacer esa comprobación. Algunos le resultaron conocidos de cuando había estudiado con Nynaeve para convertirse en Zahorí, como examinar los ojos y escuchar el corazón a través de un tubo de madera. Otros eran inconfundiblemente Aiel, como el ejercicio de inclinarse una y otra vez para tocarse los dedos de los pies hasta que se sintió mareada; o brincar en un mismo sitio hasta que creyó que los ojos se le saldrían de las órbitas; o correr alrededor de las tiendas de las Sabias hasta que unas motitas empezaron a bailar en su vista, para a continuación aguantar que una *gai'shain* le vertiera un balde de agua por la cabeza, beber cuanto pudiera, recogerse las faldas y correr un poco más. Si hubiese aflojado el paso aunque sólo fuera un poco, si se hubiera parado tambaleándose antes de que Amys dijera que podía hacerlo, habrían decidido que, después de todo, no había recuperado la salud lo suficiente.

Cuando, finalmente, Sorilea asintió y dijo «estás tan en forma como una Doncella, muchacha», Egwene se encontraba algo mareada y sin resuello, cosa que, a buen seguro, no le habría ocurrido a una Doncella. Aun así, se sintió orgullosa de sí misma. Nunca se había considerado blanda, pero sabía muy bien que antes de empezar a vivir con los Aiel se habría desplomado de bruces a mitad de la prueba. «Otro año —pensó—, y correré tan bien como cualquier *Far Dareis Mai*.»

Por otro lado, no tenía intención de regresar a la ciudad. Se unió a las Sabias en la

tienda de vapor —por una vez no le hicieron echar agua en las piedras calientes; Rodera se encargó de ello— y disfrutó del calor húmedo mientras sus músculos se relajaban. Se marchó sólo porque Rhuarc y otros dos jefes de clan, Timolan de los Miagoma e Indirian de los Codarra, se les unieron; varones altos y corpulentos, con el pelo algo canoso y semblantes duros y severos. Aquello la hizo salir de la tienda a toda prisa mientras se enrollaba el chal tratando de cubrirse. Siempre esperaba oír risas cuando hacía esto, pero los Aiel no parecían comprender por qué abandonaba la tienda tan precipitadamente cada vez que entraban hombres en ella. De haberlo entendido, sin duda habría sido motivo de jolgorio habida cuenta del sentido del humor Aiel, pero por suerte no relacionaban lo uno con lo otro, de lo cual ella se alegraba, y mucho.

Tras recoger el resto de su ropa de los ordenados montones situados en el exterior de la tienda de vapor, regresó apresuradamente a la suya. El sol estaba ya bastante bajo para entonces y, después de tomar una cena ligera, se dispuso a dormir, demasiado cansada para pensar en el *Tel'aran'rhiod*. Demasiado cansada también para recordar gran parte de sus sueños —eso era algo que las Sabias le habían enseñado a hacer—, pero la mayoría de los que sí consiguió evocar estaban relacionados con Gawyn.

25



Como relámpago y lluvia

Por alguna razón, cuando Cowinde acudió a despertarla al día siguiente, antes del amanecer, Egwene se sentía vigorizada y con ánimos de ver qué podía descubrir en la ciudad. Soltó un enorme bostezo mientras se estiraba y al punto se puso de pie, tarareando entre dientes una canción mientras se lavaba y se vestía apresuradamente, apenas pasándose el peine por los cabellos. Se habría alejado del campamento sin perder tiempo en desayunar, pero Sorilea la vio y puso fin de manera tajante a semejante idea. Lo que, en realidad, resultó ser una suerte.

—No tendrías que haberte marchado de la tienda de vapor tan pronto —le dijo Amys, que cogió el cuenco de gachas de avena y fruta seca que le tendía Rodera. Casi dos docenas de Sabias se encontraban apiñadas en la tienda de Amys, y Rodera, Cowinde y un hombre con las ropas blancas llamado Doilan, otro Shaido, se afanaban para servirlas a todas—. Rhuarc tenía mucho que contar sobre tus hermanas. A lo mejor puedes añadir algo más.

Tras meses de simular ser Aes Sedai, a Egwene no le hizo falta pensar para saber que se refería a la delegación de la Torre.

—Os diré lo que pueda. ¿Qué contó Rhuarc?

Para empezar, había seis Aes Sedai, dos de ellas Rojas, no una —Egwene no daba crédito a la arrogancia de Elaida o quizás a su estupidez, cuando lo más sagaz habría sido no mandar a ninguna— pero al menos era una Gris la que tenía el mando de la delegación. Las Sabias, en su mayoría tendidas en un amplio círculo, como los radios de una rueda, volvieron la vista hacia Egwene tan pronto como se terminó de decir la lista de los nombres.

—Me temo que sólo conozco a dos de ellas —empezó, con cuidado—. Hay muchas Aes Sedai, después de todo, y no llevo mucho tiempo siendo hermana para conocerlas a todas. —Hubo asentimientos de cabeza, aceptando su explicación—. Nesune Bihara, una hermana Marrón, es una mujer imparcial que escucha a todas las partes antes de sacar una conclusión, pero es de las que pilla el más mínimo fallo en lo que una dice. Se fija en todo, lo recuerda todo; es capaz de echar una ojeada a una

página y repetirla después palabra por palabra al cabo de un año, y lo mismo reza para una conversación que haya oído. A veces habla consigo misma, sin embargo, manifestando en voz alta lo que está pensando sin darse cuenta de ello.

—Rhuarc dice que se mostró interesada en la Biblioteca Real. —Bair removió sus gachas de avena, sin quitar ojo a Egwene—. Y que la oyó musitar algo sobre unos sellos.

Un rápido murmullo se alzó entre las otras mujeres, que Sorilea cortó al aclararse sonoramente la garganta.

Mientras cogía una cucharada de gachas, que tenían ciruelas secas cortadas en trocitos y algún tipo de bayas dulces, Egwene reflexionó sobre ello. Si Elaida había interrogado a Siuan antes de que la ejecutaran, entonces ahora sabía que había tres sellos rotos. Rand guardaba otros dos —Egwene habría querido saber dónde, pero él no parecía fiarse de nadie últimamente— y Nynaeve y Elayne habían hallado un sexto en Tanchico que habían llevado a Salidar, pero no había modo de que Elaida supiera el paradero de estos últimos. A menos, claro es, que tuviera espías en Salidar. No. Tal posibilidad era algo sobre lo que reflexionar en otro momento, no ahora. Elaida debía de estar buscando desesperadamente el resto. Enviar a Nesune a la segunda mayor biblioteca del mundo, después de la de la propia Torre Blanca, tenía sentido. Egwene se tragó unos trozos de ciruela seca y así se lo dijo a las Sabias.

—Es lo que yo dije anoche —gruñó Sorilea—. Aerin, Colinda, Edarra, vosotras tres id a la biblioteca. Tres Sabias deberían ser capaces de encontrar lo que haya que encontrar antes que una Aes Sedai. —Eso provocó tres caras largas; la Biblioteca Real era inmensa. Empero, Sorilea era Sorilea, y, aunque las mujeres nombradas suspiraron y rezongaron, soltaron los cuencos de gachas y partieron de inmediato—. Dijiste que conocías a dos —continuó Sorilea antes de que las tres Sabias hubiesen salido de la tienda—. Nesune Bihara ¿y quién más?

—Sarene Nemdahl —contestó Egwene—. Pero entended que no conozco muy bien a ninguna de las dos. Sarene es como casi todas las Blancas, lo razona todo mediante la lógica y a veces parece sorprenderse cuando alguien actúa impulsivamente, pero aun así tiene genio. La mayor parte del tiempo lo mantiene firmemente controlado, pero si uno mete la pata en el momento equivocado… se lo hace pagar caro en un abrir y cerrar de ojos. No obstante, escucha sus razones y admite que estaba equivocada, incluso después de tener un estallido de mal genio. En fin, al menos cuando vuelve a estar de mejor humor.

Egwene se metió una cucharada de gachas y bayas mientras procuraba observar la reacción de las Sabias sin que se notara; ninguna parecía haber advertido su vacilación. Había estado a punto de decir que Sarene la ponía a una a fregar suelos en un visto y no visto. Sólo conocía a las dos mujeres a través de lecciones recibidas de ellas siendo novicia. Nesune, una esbelta kandoresa de ojos penetrantes, era capaz de

advertir cuando la atención de una novicia no estaba en el tema tratado aun encontrándose de espaldas; había dado varias clases a las que asistió Egwene. En cuanto a Sarene, sólo había asistido a dos clases impartidas por ella, relativas a la naturaleza de la realidad, pero no era fácil olvidar a una mujer que afirmaba con absoluta seriedad que la belleza y la fealdad eran simples ilusiones, cuando ella tenía una cara que atraería la mirada de cualquier hombre.

—Espero que recuerdes algo más —manifestó Bair mientras se reclinaba sobre un codo para acercarse más a ella—. Aparentemente eres nuestra única fuente de información.

Egwene tardó unos segundos en entender este último comentario. Sí, naturalmente. Bair y Amys debían de haber intentado mirar en los sueños de las Aes Sedai la noche anterior, pero las hermanas salvaguardaban los suyos. Ésa era una habilidad que la joven lamentaba profundamente no haber aprendido antes de abandonar la Torre.

—Si está en mi mano. ¿En qué ala de palacio tienen las habitaciones? —Si quería acercarse a Rand la próxima vez que viniese a Cairhien, sería conveniente estar advertida para no entrar por equivocación en los aposentos que estuviesen ocupando mientras lo buscaba a él. Sobre todo no quería topar con Nesune. Quizá Sarene no recordase el rostro de una novicia en particular, pero la hermana Marrón se acordaría sin lugar a dudas. Más aun, podría ocurrir que cualquiera de las otras que no conocía la identificase; se había hablado mucho de Egwene al'Vere cuando había estado en la Torre.

—Declinaron la oferta de sombra de Berelain incluso para una sola noche. —Amys frunció el entrecejo. Entre los Aiel una oferta de hospitalidad se aceptaba siempre; rehusar, incluso entre aquellos que tenían pleitos de sangre, era deshonroso —. Se albergan con una mujer llamada Arilyn, una noble de los Asesinos del Árbol. Rhuarc cree que Coiren Saeldain conocía de antes a esa tal Arilyn.

—Una de sus informadoras —declaró con certeza Egwene—. O una del Ajah Gris.

Varias de las Sabias rezongaron malhumoradas; Sorilea resopló con patente desagrado, en tanto que Amys soltó un sonoro y decepcionado suspiro. Otras tenían una opinión distinta. Corelna, una mujer de ojos verdes y rasgos aguileños, cuyo cabello rubísimo tenía bastantes hebras grises, sacudió la cabeza con gesto dubitativo, mientras que Tialin, una esbelta pelirroja de nariz afilada, dirigió a Egwene una mirada de incredulidad.

Espiar violaba el *ji'e'toh*, aunque cómo conciliar tal cosa con el que las caminantes de sueños se asomaran a los sueños de la gente siempre que querían era algo que Egwene todavía no había llegado a entender. Tampoco tenía ningún sentido comentarles que las Aes Sedai no seguían el *ji'e'toh*. Eso ya lo sabían; les costaba

trabajo creer o entender que no lo hicieran, ya fueran Aes Sedai o cualquier otra persona.

Pensaran lo que pensasen, Egwene habría apostado todo cuanto tenía a que estaba en lo cierto. Galldrain, último rey de Cairhien, había tenido una consejera Aes Sedai. Niande Moorwyn había sido casi invisible antes incluso de que desapareciese nada más morir Galldrain, pero una cosa que había descubierto Egwene era que esa consejera había visitado esporádicamente los predios de lady Arilyn. Y Niande era una Gris.

—Al parecer han apostado un centenar de guardias bajo ese techo —apuntó Bair al cabo de un rato. Su voz se tornó muy desabrida cuando añadió—: Argumentan que la situación en la ciudad sigue siendo inestable, pero creo que lo que pasa es que temen a los Aiel.

Unas expresiones inquietantemente interesadas aparecieron en los rostros de varias Sabias.

—¡Un centenar! —exclamó Egwene—. ¿Es que han traído a cien hombres?

—No. —Amys sacudió la cabeza—. Cien, no. Más de quinientos. Los exploradores de Timolan encontraron a la mayoría acampados a medio día de camino al norte de la ciudad. Rhuarc se refirió a ello, y Coiren Saeldain dijo que eran una guardia de honor, pero que los habían dejado fuera de la ciudad para no «alarmarnos».

—Creen que escoltarán al *Car'a'carn* hasta Tar Valon. —La voz de Sorilea habría partido una piedra y su expresión hacía que, en contraste, ese tono pareciese suave. Egwene no les había ocultado el contenido de la carta de Elaida a Rand, y a las Sabias les gustaba menos cada vez que lo oían.

—Rand no es tan estúpido como para aceptar esa oferta —adujo Egwene, pero tenía la mente en otro asunto.

Quinientos hombres podían ser una guardia de honor. Cabía la posibilidad de que Elaida creyera que el Dragón Renacido no esperaría menos que eso e incluso que se sentiría halagado. Se le pasó por la cabeza un montón de sugerencias, pero tenía que ser prudente. Una palabra equivocada podía inducir a Amys y Bair —o, peor incluso, a Sorilea; esquivar a esta última era como intentar trepar a una peña que estuviera rodeada de zarzas— a darle unas órdenes que no estaba en su mano obedecer. Debía actuar con prudencia pero hacer cuanto podía. O lo que debía, al menos.

—Supongo que los jefes tienen vigilados a esos soldados acampados fuera de la ciudad ¿no? —preguntó.

A medio día de camino; más bien casi un día, ya que no eran Aiel. Demasiado lejos para resultar peligrosos, pero un poco de precaución no perjudicaba a nadie. Amys asintió; Sorilea miró a la joven como si hubiese preguntado si el sol estaba en lo alto del cielo a mediodía. Egwene se aclaró la garganta antes de responderse a sí

misma.

—Sí, por supuesto. —Los jefes no iban a cometer esa clase de error—. Bien. Esto es lo que sugiero. Si cualquiera de esas Aes Sedai o más de una de ellas van a palacio, algunas de vosotras que encaucen deberían seguirlas y asegurarse de que no han colocado ninguna clase de trampa. —Las Sabias asintieron en conformidad. Dos tercios de ellas podían manejar el *Saidar*, algunas en tan escasa medida como Sorilea, y otras como Amys, que era tan fuerte como cualquier Aes Sedai que Egwene conocía; el porcentaje era más o menos igual en todo el colectivo de Sabias. Sus habilidades diferían de las de las Aes Sedai (inferiores en ciertas cosas, superiores en unas pocas, pero por lo general eran distintas, simplemente), aunque a pesar de ello tenían que ser capaces de olerse cualquier regalito indeseado—. Y tenemos que asegurarnos de que son realmente sólo seis.

Tuvo que explicar el porqué. Habían leído libros de las tierras húmedas, pero hasta las mujeres que podían encauzar desconocían los rituales que se habían desarrollado en torno a las Aes Sedai que se enfrentaban con hombres que habían descubierto el contacto con el *Saidin*. Entre los Aiel, un hombre que descubría su capacidad para encauzar creía que había sido elegido y se encaminaba hacia el norte, a la Llaga, para dar caza al Oscuro; ninguno había regresado jamás. A decir verdad, tampoco Egwene había sabido nada sobre esos rituales hasta que fue a la Torre; las historias que había oído antes rara vez guardaban parecido con la realidad.

—Rand es capaz de dominar a dos mujeres a la vez —terminó. Eso lo sabía por propia experiencia—. Puede que incluso pueda dominar a seis, pero si son más de las que se han presentado abiertamente entonces significará que, como mínimo, han faltado a la verdad, aunque sólo sea por omitir esa información. —Faltó poco para que Egwene se encogiera al verlas fruncir el entrecejo; si uno mentía, incurría en *toh* con aquella persona a la que engañaba. En su caso, sin embargo, era preciso hacerlo. ¡Lo era!

El resto del tiempo del desayuno discurrió mientras las Sabias decidían quién iría ese día a palacio y a qué jefes debía confiarse la tarea de elegir hombres y Doncellas para descubrir si había más Aes Sedai. Algunos podrían mostrarse reacios a actuar en contra de las Aes Sedai en cualquier circunstancia; las Sabias no lo dijeron así de claro, pero era obvio por lo que sí dijeron, y a menudo con acritud. Otros podrían opinar que el mejor modo de acabar con cualquier amenaza para el *Car'a'carn*, aun viniendo de unas Aes Sedai, era con la lanza. Unas pocas de las Sabias parecían inclinarse también por esa solución; Sorilea acabó de manera tajante con más de una indirecta sugiriendo que el problema se resolvería si las Aes Sedai dejaran de estar allí, simplemente. Al final, Rhuarc y Mandelain de los Daryne fueron los dos únicos en los que todas estuvieron de acuerdo en delegar el encargo.

—Aseguraos de que no escogen a ningún *siswai'aman* —dijo Egwene.

Ciertamente, aquellos Aiel recurrirían a la lanza al menor asomo de amenaza. El comentario le acarreó muchas miradas intensas con todo tipo de expresiones, desde las impasibles hasta las furibundas. Las Sabias no eran unas necias. Había algo, no obstante, que inquietaba a la joven. Ninguna de ellas había mencionado lo que salía a relucir casi siempre que se hablaba de Aes Sedai: que los Aiel les habían fallado en una ocasión y que serían destruidos si volvían a fallarles.

Después del último comentario, Egwene no intervino más en la conversación, dedicándose exclusivamente a ingerir otro plato de gachas de avena, esta vez con peras secas además de ciruelas, y con ello se ganó un gesto de aprobación por parte de Sorilea. Sin embargo, no era la aprobación de la anciana Sabia lo que Egwene buscaba en realidad; tenía hambre, sí, pero principalmente lo hizo con la esperanza de que olvidaran que estaba allí. Por lo visto, su pequeña estratagema funcionó.

Terminado el desayuno y la conversación, la joven se dirigió a su tienda, pero se quedó acuclillada debajo de la solapa de la entrada, observando desde allí al reducido grupo de Sabias que se encaminaba hacia la ciudad, encabezadas por Amys. Cuando desaparecieron por las puertas de la muralla más cercanas, Egwene volvió a salir de la tienda. Había Aiel por todas partes, tanto *gai'shain* como otros, pero no se veía a ninguna Sabia y nadie la miró con interés cuando echó a andar en dirección a la ciudad, sin apretar el paso. Si alguien se fijaba en ella, creería que había salido para hacer sus ejercicios matutinos. Se había levantado un fuerte viento, y las ráfagas arremolinaban nubes de polvo y vieja ceniza de extramuros, pero la animosa joven mantuvo un paso regular. Sólo había salido para hacer ejercicio.

Ya en la ciudad, a la primera persona que preguntó, una desgarbada mujer que vendía manzanas arrugadas en una carretilla a un precio desorbitado, no supo indicarle la dirección del palacio de lady Arilyn, como tampoco supo decírselo una regordeta modista que abrió los ojos como platos al ver entrar en su establecimiento a la que tomó por una mujer Aiel; ni un cuchillero calvo, que pensó que estaría mucho más interesada en sus mercancías. Finalmente, una orfebre de ojos entrecerrados que la observó de hito en hito todo el tiempo que permaneció en su tienda le dio la información que buscaba. Mientras se abría paso entre la multitud, Egwene sacudió la cabeza. A veces olvidaba lo grande que era una urbe como Cairhien, que no todo el mundo sabía dónde estaba todo.

De hecho, se extravió en tres ocasiones y tuvo que preguntar el camino dos veces más antes de encontrarse pegada contra la pared lateral de un establo público, asomándose a la esquina cautelosamente, para desde allí examinar un edificio cuadrado de oscura piedra que había al otro lado de la calle, con todas las ventanas estrechas, los balcones angulares y las torres escalonadas. Para ser un palacio, la construcción no era grande, aunque sí enorme para una casa; Arilyn ocupaba un rango algo más alto que la nobleza media de Cairhien, si Egwene no recordaba mal.

Soldados uniformados en verde, con petos y yelmos, hacían guardia en la amplia escalinata principal, así como en todas las puertas que alcanzaba a ver, e incluso en los balcones. Cosa extraña, todos aquellos hombres parecían jóvenes. Aun así, eso no era lo que le interesaba realmente. Había mujeres encauzando dentro del edificio y para que ella lo notara desde la calle de forma tan contundente tenía que ser grande la cantidad de Poder que se estaba manejando. La intensidad decreció de manera repentina, pero con todo siguió siendo bastante considerable.

Egwene se mordisqueó el labio. Imposible saber lo que estaban haciendo mientras no viera los flujos. Sin embargo, del mismo modo, también ellas tenían que verlos para tejerlos. Aunque estuviesen encauzando desde una ventana, cualesquiera flujos proyectados fuera de la mansión, puesto que ella no los veía, tendrían que estar dirigidos hacia el sur, lejos del Palacio del Sol; lejos de todo. ¿Qué demonios estaban haciendo?

Las hojas de unas puertas se abrieron y permanecieron así el tiempo suficiente para que saliera por ellas un tronco de seis caballos castaños que tiraban de un carruaje negro, cerrado, con un emblema pintado en la puerta: dos estrellas plateadas sobre un campo de franjas rojas y verdes. Se encaminó hacia el norte a través de la multitud, con el cochero uniformado haciendo restallar un largo látigo tanto para hacer que la gente se apartara de su camino como para azuzar a los animales. ¿Lady Arilyn iba a alguna parte o era alguna de las componentes de la delegación?

Bueno, no había acudido allí sólo para mirar. Se echó hacia atrás poco a poco, de manera que sólo asomaba un ojo por la esquina, lo suficiente para tener la gran casa a la vista, y sacó una pequeña piedra roja de la bolsita del cinturón; respiró hondo y empezó a encauzar. Si una de ellas estaba mirando por alguna ventana de este lado vería los flujos, pero no a ella. A pesar de todo, tenía que correr el riesgo.

La suave piedra sólo era eso, un canto pulido de un arroyo, pero Egwene había aprendido este truco de Moraine, y Moraine utilizaba una piedra como foco del Poder —en realidad usaba una gema, pero el tipo de mineral no importaba— de modo que Egwene hacía lo mismo. En su mayor parte era Aire lo que tejió, con un toque de Fuego. Ello permitía escuchar a escondidas. Espiar, como dirían las Sabias. A Egwene le importaba poco si se lo llamaba de una u otra forma siempre y cuando se enterara de algo respecto a lo que se proponían las Aes Sedai de la Torre.

Su tejido rozó cuidadosamente la abertura de una ventana, con gran delicadeza, y a continuación otra, y otra. Silencio. De pronto…

—… y le dije —oyó una voz en su oído—, si quieres que haga las camas, será mejor que dejes de hacerme cosquillas en la mejilla, Alwin Rael.

—Oh, cómo fuiste capaz de hacer eso —rió otra mujer.

Egwene torció el gesto. Eran doncellas.

Una mujer robusta que llevaba un cesto de pan cargado en el hombro miró a

Egwene con estupor cuando pasó a su lado. Y con razón, ya que se oían las voces de dos mujeres cuando sólo estaba ella plantada en la esquina y sus labios no se movían. La joven solucionó el problema de la mejor y más rápida forma que sabía: asestó una mirada tan furibunda a la mujer que ésta soltó un chillido y a punto estuvo de dejar caer el cesto al salir corriendo para perderse entre la multitud.

De mala gana, Egwene disminuyó la potencia del tejido; puede que así no oyese igual de bien, pero eso era mejor que atraer a más mirones. En las circunstancias actuales, ya había gente más que de sobra echando ojeadas a una supuesta Aiel que estaba pegada contra la pared, aunque ninguno más aflojó el paso; nadie quería tener problemas con los Aiel. La joven se olvidó de los transeúntes y movió el tejido de ventana en ventana; sudaba copiosamente, y no sólo debido al calor crecientemente intenso. Con que sólo una Aes Sedai viera sus flujos y aunque no reconociera qué eran sabría que alguien estaba encauzando hacia ellas. Lógicamente sospecharían cuál era el propósito. Egwene empezó a retirarse más, centímetro a centímetro, hasta que sólo asomó la mitad del ojo.

Silencio. Silencio. Un apagado roce. ¿Alguien moviéndose? ¿El susurro de unos escarpines sobre una alfombra? Ni una sola palabra, sin embargo. Silencio. Los rezongos de un hombre que, al parecer, vaciaba las bacinillas con evidente desagrado; aguzando al máximo el oído, la joven prosiguió el registro aceleradamente. Silencio. Silencio. Silencio.

—¿… de verdad lo crees necesario? —A pesar de llegarle como un susurro, la voz de la mujer rebosaba firmeza y engreimiento.

—Debemos estar preparadas para cualquier eventualidad, Coiren —respondió otra mujer con un timbre férreo—. He oído un rumor perturbador…

Una puerta se cerró de golpe, cortando el resto de la frase. Egwene se derrumbó contra la pared de piedra del establo. Habría querido gritar de frustración. Era la hermana Gris que estaba al mando de la delegación, y la otra tenía que ser una de las otras Aes Sedai o de otro modo no habría hablado así a Coiren. Estaban discutiendo lo que quería oír y habían tenido que marcharse. ¿A qué rumor perturbador se referiría? Haciendo otra profunda inhalación, Egwene empezó de nuevo, obstinadamente.

A medida que el sol ascendía, la joven escuchó muchos ruidos por lo general indeterminables y bastante chismorreo y charlas entre sirvientes. Alguien llamada Ceri iba a tener otro niño; las Aes Sedai tomarían vino de Arindrim, fuera lo que fuera eso, con el almuerzo. La noticia más interesante fue que, efectivamente, era Arilyn quien había salido en el carruaje para reunirse con su esposo en el campo. Si es que saber tal cosa servía de algo. Toda una mañana perdida.

Las puertas principales de la mansión se abrieron de par en par y unos sirvientes uniformados se inclinaron haciendo una reverencia. Los soldados no se pusieron

firmes, pero sí parecieron estar más atentos. Nesune Bihara salió, seguida por un hombre joven que parecía extraído de una roca.

Egwene soltó el tejido precipitadamente y cortó el contacto con el *Saidar*. Respiró hondo y despacio; no era el mejor momento para dejarse llevar por el pánico. Nesune y su Guardián conferenciaron y después la morena hermana Marrón escudriñó la calle, primero a un lado y luego a otro. Definitivamente estaba buscando algo.

Egwene decidió que quizá sí era un buen momento para asustarse, después de todo. Retirándose muy lentamente a fin de no llamar la atención de la Aes Sedai con un brusco movimiento, giró sobre sí misma tan pronto como estuvo fuera del alcance de la vista de la mujer, se recogió las faldas y echó a correr abriéndose paso a empujones entre la multitud. O, mejor dicho, dio tres zancadas y entonces chocó contra una pared, rebotó y cayó de nalgas en la calle con tanta fuerza que volvió a rebotar en los adoquines.

Atontada, alzó la vista y el aturdimiento dio paso a la estupefacción. La pared contra la que había chocado era Gawyn, que la contemplaba de hito en hito, tan atónito como ella. Sus ojos, tan azules, brillaban; y esos rizos dorado rojizos. La joven deseó enredar los dedos en ellos de nuevo. Notó que se ponía roja como la grana. «Nunca hiciste eso —se increpó firmemente—. ¡Solamente fue un sueño!»

—¿Te he hecho daño? —preguntó él, anhelante, mientras empezaba a arrodillarse a su lado.

Egwene se puso de pie rápidamente y se sacudió el polvo de la falda; si le hubiesen concedido un deseo en ese instante, habría pedido no ponerse colorada nunca más. Ya habían atraído la atención de varios mirones, así que la joven enlazó su brazo en el de él y lo condujo calle abajo, en la misma dirección hacia donde había echado a correr. Una ojeada por encima del hombro le confirmó que no había nada fuera de lo normal entre la apiñada multitud. Aunque Nesune viniera por esa misma esquina, no vería nada más. Con todo, Egwene no aflojó el paso; la gente se apartaba ante una mujer Aiel y un hombre lo bastante alto para ser también Aiel de no haber llevado una espada. El modo en que se movía ponía de manifiesto que sabía cómo utilizar el arma; Egwene lo comparó con un Guardián.

Al cabo de una docena de pasos, soltó su brazo del de él, aunque de mala gana. Gawyn la tomó de la mano antes de que se apartara, sin embargo, y Egwene dejó que la llevara cogida así mientras caminaban.

—Supongo —musitó él al cabo de un momento— que he de pasar por alto el que vayas vestida como una Aiel. La última vez que supe algo de ti fue que estabas en Illian. Y supongo que tampoco tengo que hacer ningún comentario respecto al hecho de que te alejaras corriendo de un palacio donde se albergan seis Aes Sedai. Qué conducta tan extraña en una Aceptada.

—Nunca he estado en Illian —dijo Egwene, que echó una rápida ojeada en

derredor para ver si había cerca algún Aiel que pudiera escucharla. Varios miraban en su dirección, pero todos estaban muy lejos para poder oír. De repente, lo que Gawyn había dicho se abrió paso en su cerebro. Reparó en la chaqueta verde, del mismo tono que las de los soldados.

—Estás con ellas. Con las Aes Sedai de la Torre. —Luz, qué necia era por no haberse dado cuenta en el momento en que lo vio.

La expresión de Gawyn se suavizó; durante un instante se había tornado muy dura.

—Estoy al mando de la guardia de honor que las Aes Sedai han traído para escoltar al Dragón Renacido hasta Tar Valon. —En su voz se advertía una curiosa mezcla entre ironía, cólera y agotamiento—. Es decir, si decide ir. Y si estuviese aquí. Tengo entendido que… aparece y desaparece. Coiren está enojada.

Egwene tenía el corazón en la garganta.

—Yo… He de pedirte un favor, Gawyn.

—Cualquier cosa salvo hacer daño o perjudicar a Elayne o a Andor, o convertirme en seguidor del Dragón. Todo lo demás que esté en mi mano, es tuyo.

Las cabezas se volvían hacia ellos. Cualquier mención a los seguidores del Dragón despertaba el interés. Cuatro hombres malcarados, con látigos de carreteros enrollados al hombro, lanzaron una mirada feroz a Gawyn al tiempo que hacían chascar los nudillos como hacen los hombres antes de luchar. Gawyn se limitó a clavar los ojos en ellos. No eran tipos pequeños, pero su beligerancia desapareció bajo la intensidad de su mirada. De hecho, dos de ellos se llevaron la mano a la frente en una especie de saludo antes de desaparecer entre el gentío. Pero seguía habiendo demasiados ojos prendidos en ellos, demasiadas personas haciendo como si no estuviesen escuchando. Vestida con esas ropas, Egwene llamaba la atención incluso sin hablar. Si a ello se añadía la compañía de un hombre de cabello rubio rojizo, con su más de metro ochenta de estatura y aspecto de Guardián, la combinación no podía menos de llamar la atención.

—He de hablar contigo en privado —dijo Egwene. «Si alguna mujer ha vinculado a Gawyn como Guardián, la…» Curiosamente, no había acaloramiento en la idea.

Sin decir palabra, Gawyn la condujo hacia una posada que había cerca, El Hombre Largo, donde una corona de oro lanzada a la oronda posadera les procuró una exagerada reverencia y un pequeño comedor reservado, forrado con oscuros paneles de madera, amueblado con una mesa y sillas muy lustradas y con unas flores secas en un jarrón azul encima de la repisa de la chimenea. Gawyn cerró la puerta y de repente una fuerte sensación de embarazo se adueñó de los dos al encontrarse a solas, frente a frente. Luz, qué guapo era, tanto como Galad; y ese modo en que su cabello se ensortijaba alrededor de sus orejas…

Gawyn se aclaró la garganta.

—Parece que el calor es peor cada día. —Sacó un pañuelo y se enjugó la cara; luego se lo ofreció a ella. De pronto cayó en la cuenta de que estaba usado y volvió a carraspear—. Creo que tengo otro.

Egwene sacó el suyo mientras el joven rebuscaba en los bolsillos.

—Gawyn, ¿cómo puedes servir a Elaida después de lo que hizo?

—Los Cachorros sirven a la Torre —replicó, envarado, pero ladeó la cabeza en un gesto de incomodidad—. Lo hacemos mientras que… Siuan Sanche… —Durante un momento sus ojos se tornaron gélidos. Sólo un instante—. Egwene, mi madre solía decir: «Hasta una reina debe obedecer la ley que dicta, o no es ley». —Sacudió la cabeza con irritación—. No debería sorprenderme encontrarte aquí. Tenías que estar donde estuviese al'Thor.

—¿Por qué lo odias? —Estaba segura de que lo que denotaba su voz era odio—. Gawyn, es realmente el Dragón Renacido. Tienes que haber oído lo que ocurrió en Tear. Él…

—Me importa poco si es el mismísimo Creador encarnado —replicó, prietos los dientes—. ¡Al'Thor mató a mi madre!

A Egwene casi se le salieron los ojos de las cuencas.

—¡Gawyn, no! ¡Él no lo hizo!

—¿Puedes jurarlo? ¿Estabas allí cuando ella murió? Lo dice todo el mundo. El Dragón Renacido tomó Caemlyn y mató a Morgase. Y probablemente también mató a Elayne. No he conseguido saber nada de ella. —Toda la ira pareció abandonarlo repentinamente y se vino abajo, la cabeza agachada, los puños prietos, los ojos cerrados—. No he sabido nada de ella —musitó.

—Elayne está ilesa —dijo Egwene, sorprendida de encontrarse delante de él, muy cerca. Alzó la mano y volvió a sorprenderse al pasar los dedos por el cabello del joven. Su tacto era tal como lo recordaba. Retiró la mano como si se hubiese quemado. Estaba segura de que sus mejillas arderían por el sofoco, pero… Gawyn se puso colorado. Por supuesto. También él lo recordaba, sólo que como si fuera únicamente su propio sueño. Eso tendría que haberle puesto la cara roja como la grana, pero en cambio tuvo el efecto contrario. El rubor de Gawyn le calmó el nerviosismo e incluso la hizo sonreír—. Elayne está sana y salva, Gawyn, eso sí puedo jurártelo.

—¿Dónde se encuentra? —Había angustia en su voz—. ¿Dónde ha estado? Su puesto está en Caemlyn ahora. Bueno, no en Caemlyn mientras al'Thor siga allí, pero sí en Andor. ¿Dónde está, Egwene?

—Yo… No puedo decírtelo. No puedo, Gawyn.

Él estudió su rostro, con gesto inexpresivo, y luego suspiró.

—Cada vez que te veo eres más Aes Sedai. —Soltó una risa que sonó forzada—. ¿Sabes que solía pensar en ser tu Guardián? ¿No te parece una gran necedad?

—Serás mi Guardián. —La joven no se dio cuenta de que las palabras salían de su boca hasta que las hubo pronunciado, pero después de dichas supo que eran verdad. Ese sueño. Gawyn arrodillado para que ella le pusiera las manos en la cabeza. Podía significar cientos de cosas o ninguna, pero estaba convencida de lo que decía.

Él sonrió. ¡El muy tonto creía que estaba bromeando!

—No seré yo, a buen seguro. Creo que será Galad. Aunque para ello tendrás que espantar con un palo a otras Aes Sedai. Aes Sedai, sirvientas, reinas, camareras, mercaderes, granjeras… He visto a todas mirándolo. No te molestes en afirmar que es…

El modo más sencillo de hacerlo callar era poner una mano sobre sus labios.

—No amo a Galad. Te amo a ti.

Gawyn siguió intentando fingir que era una broma, sonriendo bajo sus dedos.

—No puedo ser un Guardián. Seré el Primer Príncipe de la Espada de Elayne.

—Si la reina de Andor puede ser Aes Sedai, un Primer Príncipe también puede ser Guardián. Y tú serás el mío. Que eso te entre de una vez en tu dura cabeza. Lo digo en serio. Y te amo.

Se quedó mirándola fijamente. Al menos había dejado de sonreír. Pero no pronunció palabra; sólo la miraba. Egwene retiró la mano de su boca.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Es que no vas a decir nada?

—Cuando se desea durante tanto tiempo escuchar algo —musitó lentamente—, y entonces, de repente, sin previo aviso, se oye, es como la descarga de un rayo y la lluvia sobre un suelo reseco a la vez. Uno se queda atónito, pero lo que ha oído no basta: desea escucharlo una y otra vez.

—Te amo, te amo, te amo —repitió, sonriendo—. ¿Es suficiente?

Por toda respuesta, la tomó en sus brazos, levantándola en vilo, y la besó. Era exactamente igual que en el sueño, hasta el último detalle. No, era mejor. Era… Cuando por fin la soltó en el suelo, Egwene siguió agarrada a él porque sentía las piernas como si fuesen de goma.

—Milady Aiel Egwene Aes Sedai —dijo él—. Te amo y ardo en deseos de que me vincules. —Deshaciéndose de la fingida formalidad, añadió en un susurró—: Te amo, Egwene al'Vere. Dijiste que querías un favor. ¿Qué es? ¿La luna en un collar? Tendré a un orfebre trabajando en ello antes de una hora. ¿Quieres las estrellas para entretejerlas en tu pelo? Haré que…

—No le digas a Coiren ni a las otras que estoy aquí. Ni siquiera me menciones ante ellas.

Esperaba alguna vacilación, pero Gawyn se limitó a responder:

—No lo sabrán por mí. O por nadie, si puedo evitarlo. —Hizo una breve pausa y después la agarró de los hombros—. Egwene, no preguntaré por qué estás aquí. No, escucha. Sé que Siuan te enredó en sus maquinaciones, y comprendo que sientas

lealtad por un hombre que es de tu pueblo. Eso no importa. Deberías estar en la Torre, estudiando. Recuerdo que todas decían que algún día serías una poderosa Aes Sedai. ¿Tienes algún plan para regresar sin… consecuencias? —Ella respondió sacudiendo la cabeza y el joven se apresuró a añadir—: Quizá se me ocurra algo, si no se te ocurre a ti antes. Sé que no tenías otra opción que obedecer a Siuan, pero dudo que eso cuente demasiado para Elaida; hasta el hecho de pronunciar el nombre de Siuan Sanche en su presencia puede costarte la cabeza. Pero encontraré la solución de algún modo. Lo juro. Sin embargo, prométeme que hasta entonces no… No harás ninguna tontería. —Sus manos apretaron los hombros de la joven hasta el punto de hacerle casi daño—. Prométeme que tendrás cuidado.

Luz, menudo lío. No podía decirle que no tenía la menor intención de regresar a la Torre mientras Elaida se sentara en la Sede Amyrlin. Y lo de hacer una tontería sin duda estaba relacionado con Rand. Qué preocupado parecía. Preocupado por ella.

—Tendré cuidado, Gawyn, lo prometo. —«Todo el cuidado que pueda», rectificó para sus adentros; la posibilidad era mínima, pero de algún modo le puso más difícil lo que iba a decirle a continuación—. Tengo que pedirte otro favor. Rand no mató a tu madre. —¿Cómo plantearle esto para causarle la menor tensión posible? Fuera como fuese, debía decirlo—. Prométeme que no levantarás una mano contra Rand hasta que pueda probarte que no lo hizo.

—Lo juro.

Tampoco hubo ahora la menor vacilación, pero el timbre de su voz era áspero y sus dedos apretaron de nuevo con mayor fuerza que antes. Egwene no dejó traslucir que le hacía daño; ese pequeño dolor era el justo pago por el que ella le estaba causando.

—Tiene que ser así, Gawyn. Él no lo hizo, pero tardaré tiempo en poder demostrarlo. —¿Cómo demonios iba a lograrlo? La palabra de Rand no bastaría. Qué horrible enredo. Debía concentrarse en una sola cosa a la vez. ¿Qué se proponían esas Aes Sedai?

Gawyn la sorprendió al inhalar de manera entrecortada, con dificultad.

—Renunciaré a todo, traicionaré a todos por ti. Ven conmigo, Egwene. Dejemos atrás todo. Tengo un pequeño predio al sur de Puente Blanco, con viñedos y un pueblo, un lugar tan aislado, tan atrasado, que el sol sale con dos días de retraso. El mundo no nos alcanzará allí. Podríamos casarnos en el camino. No sé cuánto tiempo tendremos, con al'Thor y el Tarmon Gai'don. No lo sé, pero lo viviremos juntos.

Egwene lo miró sin salir de su asombro. Entonces se dio cuenta de que había expresado en voz alta su última idea —¿qué se proponían esas Aes Sedai?— y la palabra clave, «traicionar», encajó en su sitio. Gawyn creía que le pedía que las espiara. Y lo haría. Aunque buscase desesperadamente una salida para evitarlo, lo haría si ella se lo pedía. Cualquiera cosa, le había prometido, y lo había dicho

totalmente en serio, le costara lo que le costase. Entonces se hizo una promesa a sí misma; en realidad se la hizo a él, pero no era la clase de promesa que se pronunciaba en voz alta. Si se le escapaba algo que ella pudiera utilizar, lo aprovecharía —no le quedaba otro remedio— pero no hurgaría, no presionaría para sacarle ninguna información. Costara lo que costase. Sarene Nemdahl jamás lo entendería, pero era la única forma que tenía de igualar lo que él había puesto a sus pies.

—No puedo —musitó—. Nunca imaginarías lo mucho que lo deseo, pero no puedo. —Se echó a reír inopinadamente, sintiendo el calor de las lágrimas en los ojos—. Y tú, ¿traicionar? Gawyn Trakand, esa palabra encaja contigo tanto como la oscuridad encaja con el sol. —Lo de las promesas sin darles voz estaba muy bien, pero Egwene sabía que no podía dejarlo así. Utilizaría aquello que le diera, lo usaría en contra de lo que él creía. Así pues, también debía ofrecerle alguna compensación—. Duermo en las tiendas, pero todas las mañanas vengo a la ciudad. Entro por la puerta del Muro del Dragón, un poco después de amanecer.

Él lo entendió, claro está. Su demostración de confianza en la palabra de él, el servirle en bandeja su libertad. Gawyn tomó sus manos entre las suyas y se las giró hacia arriba para besarle suavemente las palmas.

—Me has confiado algo muy preciado. Si voy a la puerta del Muro del Dragón todas las mañanas, sin duda alguien se dará cuenta y también es posible que no pueda acudir a diario, pero no te sorprendas si aparezco a tu lado poco después de que hayas entrado en la ciudad la mayoría de los días.

Cuando Egwene salió de la posada finalmente, el sol había recorrido un buen trecho en el cielo, entrando en las horas más calurosas de la tarde, de manera que no había tanta gente en la calle. Habían tardado en despedirse más de lo que habría imaginado; besar a Gawyn no sería la clase de ejercicio que las Sabias esperaban que hiciese, pero el corazón todavía le latía desbocado, como si hubiese estado corriendo.

Lo apartó de su mente con firmeza —bueno, lo dejó en un rinconcito, no sin un gran esfuerzo; apartarlo por completo parecía fuera de su alcance— y regresó a su puesto de observación junto al establo. Alguien seguía encauzando dentro de la mansión; seguramente más de una mujer, a no ser que estuviese tejiendo algo grande; la sensación era menos intensa que antes, pero aun así resultaba fuerte. En ese momento, una mujer de cabello oscuro entraba en la casa y, a pesar de que Egwene no la conocía, la intemporalidad de su rostro la delataba. La joven no intentó de nuevo escuchar a través del Poder y tampoco se quedó mucho —si estaban entrando y saliendo había muchas posibilidades de que la vieran y la reconocieran a pesar de sus ropas— pero mientras se encaminaba a las afueras de la ciudad a paso vivo una pregunta no dejaba de martillear en su mente: ¿qué se proponían?

—Nos proponemos ofrecerle escolta hasta Tar Valon —dijo Katerine Alruddin al

tiempo que rebullía ligeramente. Nunca había sido capaz de concretar si las sillas cairhieninas eran realmente incómodas como aparentaban o es que uno creía que lo eran precisamente por tener un aspecto tan incómodo—. Una vez que parta de Cairhien hacia Tar Valon, se producirá un… vacío aquí.

Sin sonreír lo más mínimo, sentada en otra silla dorada frente a ella, lady Colavaere se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Habéis despertado mi interés, Katerine Sedai. Salid —ordenó bruscamente a los sirvientes.

Katerine sonrió.

—Nos proponemos ofrecerle escolta hasta Tar Valon —dijo Nesune con tono preciso, bien que sintió un fugaz destello de irritación. A despecho de su semblante impasible, el teariano no dejaba de mover los pies, nervioso en presencia de una Aes Sedai, tal vez por la aprensión de que fuera a encauzar. Sólo un amadiciense habría sido peor interlocutor—. Cuando parta hacia Tar Valon, va a hacer falta una mano fuerte en Cairhien.

El Gran Señor Meilan se lamió los labios.

—¿Por qué me contáis esto?

La sonrisa de Nesune podría significar cualquier cosa.

Cuando Sarene entró en la sala de estar sólo encontró en ella a Coiren y a Erian, tomando té. Y a un criado para servir las tazas, claro está. Sarene le hizo un ademán indicándole que se marchara.

—Berelain puede plantear dificultades —dijo una vez que la puerta se hubo cerrado tras el sirviente—. Ignoro qué funcionaría mejor con ella, si la manzana o la fusta. Se supone que mañana he de reunirme con Aracome, ¿no es así? Pero creo que hará falta más tiempo con Berelain.

—Manzana o fusta —repitió Erian con timbre tenso—. Lo que sea preciso. —Su semblante podría haber sido una pálida talla de mármol enmarcada con las alas de un cuervo.

La afición secreta de Sarene era la poesía, aunque jamás habría permitido que nadie supiera su debilidad por algo tan… emotivo. Se moriría de vergüenza si Vitalien, su Guardián, descubriese alguna vez que había escrito unos versos en los que lo comparaba con un leopardo, entre otros animales gráciles, fuertes y peligrosos.

—Recobra la compostura, Erian. —Como era habitual en ella, Coiren habló como si estuviese haciendo un discurso—. Lo que le preocupa, Sarene, es un rumor que Galina ha oído. Un rumor respecto a que una hermana Verde estuvo en Tear con el joven Rand al'Thor y que ahora está aquí, en Cairhien. —Siempre lo llamaba «el joven Rand al'Thor», como queriendo recordar a quienes la escuchaban que era un

hombre joven y, por ende, inexperto.

—Así que Moraine y una Verde —musitó Sarene. Eso, desde luego, podía apuntar problemas. Elaida insistía en que Moraine y Siuan habían actuado solas en dejar que al'Thor actuara sin guía, pero si había otra Aes Sedai involucrada podía significar que había más, y ése era un hilo que tal vez conducía hasta algunas, tal vez muchas, de las que habían huido de la Torre cuando habían depuesto a Siuan—. Sin embargo, es sólo un rumor.

—Quizá no lo sea —intervino Galina, que entró en ese momento en la sala—. ¿Es que no lo sabéis? Alguien ha estado encauzando hacia nosotras esta misma mañana. Ignoro con qué propósito lo hizo, pero no creo que sea difícil imaginarlo.

Las cuentas entretejidas en las menudas y oscuras trenzas de Sarene tintinearon cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Eso no prueba la existencia de una Verde, Galina. Ni siquiera es prueba de que se trate de una Aes Sedai. He oído comentar que algunas mujeres Aiel pueden encauzar, las que llaman Sabias. O podría tratarse de alguna infeliz expulsada de la Torre por fallar la prueba de Aceptada.

Galina sonrió enseñando los dientes; una mueca chocante en contraste con la severidad de sus negros ojos.

—Pues yo creo que es la prueba de que Moraine está aquí. Me contaron que conoce un truco para escuchar a escondidas y no doy crédito a esa historia respecto a su muerte, una coincidencia por demás conveniente, sin que se viera su cadáver y sin que nadie pueda dar detalles.

Eso también inquietaba a Sarene. En parte porque Moraine le caía bien —habían sido amigas en su época de novicias y de Aceptadas a pesar de que la hermana Azul iba un año por delante, y esa amistad continuó durante los escasos encuentros que tuvieron en los años posteriores— y en parte porque ciertamente era una historia demasiado vaga y demasiado conveniente el que Moraine muriera, más bien que desapareciera, cuando una orden de arresto pendía sobre ella. Moraine era muy capaz de fingir su propia muerte en tales circunstancias.

—De modo que crees que tenemos que vérnoslas con Moraine y una hermana Verde cuyo nombre ignoramos, ¿no es eso? Sigue siendo simple especulación, Galina.

La sonrisa de la hermana Roja no se alteró, pero en sus ojos hubo un destello. Era demasiado rígida para la lógica —creía lo que creía a pesar de las evidencias—, pero Sarene siempre había sido de la opinión que dentro de Galina, en algún recóndito rincón de su ser, ardía un fuego abrasador.

—Lo que creo —dijo la hermana Roja— es que Moraine es la tal hermana Verde. ¿Qué mejor modo de escapar a un arresto que morir y reaparecer como una persona distinta o de otro Ajah? Incluso he oído que esa Verde es baja, y todas sabemos lo

lejos que está Moraine de ser una mujer alta. —Erian se había sentado muy tiesa y la ira hacía que sus castaños ojos reluciesen como ascuas—. Cuando le pongamos las manos encima a esa «hermana Verde» —le dijo Galina—, propongo que la dejemos a tu cargo en el viaje de regreso a la Torre.

Erian se limitó a hacer un brusco gesto de asentimiento, pero el brillo enardecido de sus ojos no menguó.

Sarene estaba estupefacta. ¿Moraine? ¿Hacerse pasar por hermana de un Ajah que no era el suyo? Imposible. Sarene nunca se había casado —era ilógico creer que dos personas podían ser compatibles durante toda la vida— pero con lo único que podía comparar eso era con acostarse con el marido de otra mujer. Sin embargo, lo que la tenía asombrada era el cargo, no la posibilidad de que fuese verdad. Estaba a punto de decir que había muchas mujeres bajas en el mundo y que una apreciación así era muy relativa, cuando Coiren habló con aquella voz engreída:

—Sarene, debes hacer tu turno otra vez. Hay que estar preparadas, ocurra lo que ocurra.

—No me gusta —adujo firmemente Erian—. Es como prepararse para el fracaso.

—Sólo es una medida lógica —le respondió Sarene—. Si se divide el tiempo en los menores incrementos posibles, hace imposible afirmar con alguna certeza qué ocurrirá entre uno y el siguiente. Puesto que seguir a al'Thor hasta Caemlyn podría significar que al llegar nos encontráramos con que ha vuelto a Cairhien, nos quedaremos aquí con la certeza de que finalmente acabará regresando, aunque tal cosa podría suceder mañana o dentro de un mes. Cualquier suceso ocurrido durante una hora de esa espera o cualquier combinación de acontecimientos podría dejarnos sin alternativas. En consecuencia, estar preparadas es lógico.

—Muy bien expuesto —repuso secamente Erian.

No, no tenía cabeza para la lógica; a veces Sarene pensaba que las mujeres bellas no la tenían, bien que tampoco veía lógica en tal conexión.

—Tenemos todo el tiempo que necesitamos —manifestó Coiren. Cuando no estaba dando un discurso, hacía declaraciones—. Beldeine llegó hoy y ha tomado una habitación cerca del río, pero Mayam tardará otros dos días. Debemos tener cuidado, y eso nos da tiempo.

—Sigue sin gustarme el que nos preparemos para un fracaso —rezongó Erian, que se llevó la taza a los labios.

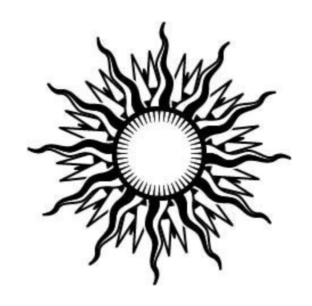
—Yo daré por bien empleado el tiempo y el esfuerzo —dijo Galina— si dedicamos una parte a prender a Moraine y llevarla a juicio. Hemos esperado largo tiempo, y no hay necesidad de apresurarse con al'Thor.

Sarene suspiró. Eran buenas en lo que hacían, pero ella no lo entendía; ninguna de ellas tenía pizca de lógica.

Subió la escalera y se retiró a su cuarto; una vez allí, tomó asiento delante de la

apagada chimenea y empezó a encauzar. ¿Habría redescubierto el tal al'Thor el Talento del Viaje? Resultaba increíble, pero era la única explicación. ¿Qué clase de hombre era? Eso lo descubriría cuando lo conociera, no antes. Henchida con el *Saidar* hasta el punto en que la dulzura se tornaba dolor, empezó a repasar ejercicios de novicia. Era un método tan bueno como cualquier otro. Estar preparadas era lógico, ni más ni menos.

26



Linajes que se entroncan

Una especie de trueno interminable resonó sobre las bajas colinas de hierba marchita, a pesar de un cielo completamente despejado y un sol de justicia que todavía no había alcanzado el cenit. En lo alto de un cerro, Rand sujetaba las riendas y el Cetro del Dragón sobre la perilla de la silla de montar, esperando. El atronador retumbo se recrudeció. Resultaba difícil no mirar hacia atrás constantemente, al sur, a Alanna. La mujer estaba de muy mal humor; se había golpeado un talón esa mañana y se había arañado una mano. Rand no tenía ni idea de cómo y porqué, e ignoraba por completo cómo podía estar tan seguro. El fragor alcanzó su apogeo y se volvió ensordecedor.

Los jinetes saldaeninos aparecieron en la cumbre de la colina vecina, de tres en fondo, a galope tendido, formando una interminable columna sinuosa que avanzaba cual una serpiente ladera abajo, hacia la ancha cañada que trazaba una curva entre las dos elevaciones. Nueve mil jinetes conformaban una serpiente muy larga. Al pie de la colina se dividieron, y la columna central continuó hacia adelante mientras las otras lo hacían a izquierda y a derecha; cada una de ellas se dividió de nuevo, una y otra vez, hasta ser cientos y cientos los que bajaban a galope tendido, pasando junto a sus compañeros. Los jinetes empezaron a encaramarse en las sillas, a veces de pie y otras veces apoyados en las manos. Otros se inclinaban, primero por un costado de su montura y después por el contrario, hasta tocar el suelo en pleno galope. Algunos de ellos se descolgaban totalmente de las sillas para pasar por debajo del vientre de sus galopantes monturas o bajaban al suelo para dar una zancada junto al animal antes de volver a montar de un salto y repetir el ejercicio por el lado opuesto.

Rand levantó las riendas y taloneó a *Jeade'en*. En el momento en que el rodado se movió, los Aiel que lo rodeaban hicieron lo propio. Esa mañana los hombres que lo acompañaban eran Danzarines de Montaña, los *Hama N'dore*, de los cuales más de la mitad llevaba la cinta roja de los *siswai'aman*. Caldin, canoso y con la piel curtida, había intentado convencer a Rand de que lo dejara llevar más de veinte, ya que había por los alrededores tantos hombres de las tierras húmedas armados; ninguno de los Aiel perdía el tiempo en dirigir miradas despectivas a la espada de Rand. Por su parte,

Nandera dedicaba más tiempo en vigilar a los dos centenares, más o menos, de mujeres que los seguían a caballo; parecía ver más amenaza en las damas y esposas de oficiales saldaeninas que en los propios soldados, y, después de conocer a varias de esas mujeres, Rand no pensaba discutírselo. Sin duda Sulin habría estado completamente de acuerdo. De pronto se le ocurrió que no había visto a Sulin desde hacía… Desde que habían regresado de Shadar Logoth, es decir, ocho días. Se preguntó si habría hecho algo que la hubiese ofendido.

Bien, no era momento de preocuparse por Sulin ni por el *ji'e'toh*. Avanzó alrededor de la cañada hasta llegar a lo alto de la colina por la que los saldaeninos habían aparecido. El propio Bashere, que cabalgaba allí abajo, estaba examinando por turno a los grupos mientras los hombres realizaban sus ejercicios acostumbrados; casi como si fuera por casualidad, llevó a cabo la revista encaramado en la silla de montar.

Rand aferró el *Saidin* durante unos breves instantes y después lo soltó. Con el sentido de la vista aguzado por el Poder no le había resultado difícil localizar las dos piedras blancas que había cerca de la base de la colina, exactamente donde Bashere en persona las había colocado la noche anterior, a cuatro pasos de distancia una de la otra. Con suerte, nadie lo habría visto. Con suerte, nadie haría demasiadas preguntas al respecto esa mañana. Allá abajo, algunos hombres montaban en dos caballos ahora, con un pie en cada silla, todavía a galope tendido. Otros llevaban en los hombros a compañeros que en algunos casos iban haciendo el pino.

Rand volvió la cabeza al oír el sonido de un caballo dirigiéndose hacia él. Deira ni Ghaline t'Bashere cabalgaba entre los Aiel con aparente despreocupación; armada sólo con un pequeño cuchillo colgado de su cinturón de plata y vestida con un traje de montar de seda gris, con bordados plateados en las mangas y en el alto cuello, su mirada parecía retarlos a que se atrevieran a atacarla. Tan alta como muchas de las Doncellas, casi un palmo más que su esposo, era una mujerona. Sin embargo, no era nada corpulenta y tampoco gorda; era grande, simplemente. Unas pinceladas blancas surcaban su negro cabello en las sienes, y sus oscuros ojos estaban prendidos en Rand. Éste sospechaba que la mujer de Bashere debía de ser hermosa cuando su presencia no convertía su semblante en una talla de granito.

—¿Mi marido os está… divirtiendo? —Jamás se dirigía a Rand con un título ni por su nombre.

Él miró a las otras mujeres saldaeninas. Lo observaban como si fuesen una tropa de caballería lista para cargar, también con los semblantes pétreos y los rasgados ojos fríos como el hielo. Sólo necesitaban la orden de Deira. A Rand no le costaba trabajo creer algunas historias que le habían contado sobre las mujeres saldaeninas, que empuñaban las espadas de sus esposos caídos y tomaban el mando de sus hombres para conducirlos de nuevo a la batalla. Mostrarse agradable no lo había llevado a ninguna parte con la esposa de Bashere; el propio mariscal se limitaba a encogerse de

hombros y a decir que en ocasiones era una mujer difícil, todo ello esbozando una sonrisa que sólo podía significar que se sentía orgulloso.

—Decidle a lord Bashere que me ha complacido —repuso. Hizo volver grupas a *Jeade'en* y emprendió el camino de regreso a Caemlyn. Los ojos de las saldaeninas parecían clavarse en su espalda, empujándolo.

Lews Therin soltó una risita ahogada; era la única forma de describirlo. «Nunca aguijonees a una mujer a menos que no quede más remedio. Te matará más rápido que un hombre y por menos razones, aunque después llore por haberlo hecho.»

«¿Estás realmente ahí? —demandó Rand—. ¿Eres algo más que una voz?» La única respuesta fue aquella risita queda, demente.

Todo el camino de vuelta a Caemlyn se estuvo guisando en su propia salsa por culpa de Lews Therin, incluso después de que hubieron dejado atrás uno de los largos mercados techados con tejas que se alineaban en las cercanías de las puertas que conducían a la Ciudad Nueva. Le preocupaba volverse loco —no por el hecho en sí, aunque eso era razón más que suficiente; si perdía la razón ¿cómo iba a saber lo que debía hacer?— pero hasta el momento no había advertido ningún indicio de ello. Claro que, si enloquecía, ¿cómo iba a darse cuenta? Jamás había visto un hombre con la mente trastornada. Para juzgar sólo tenía a Lews Therin divagando dentro de su cabeza. ¿Acabaría él así, riendo y llorando por cosas que nadie más veía o conocía? Sabía que tenía una posibilidad de vivir, aunque era muy remota. «Si vas a vivir, debes morir»; ésa era una de las tres cosas que sabía que debían ser verdad porque le habían sido dichas dentro del *ter'angreal*, donde las respuestas tenían que ser siempre ciertas aunque por lo visto nunca fáciles de comprender. Sin embargo, vivir así… No estaba seguro de no preferir la muerte.

El gentío apiñado en la Ciudad Nueva abrió paso ante los más de cuarenta Aiel, y un puñado de personas reconoció también al Dragón Renacido. Tal vez lo hicieron más, pero fueron unas pocas y roncas aclamaciones las que se alzaron a su paso: «¡Que la Luz ilumine al Dragón Renacido!» y «¡Toda la gloria de la Luz para el Dragón Renacido!» y «¡El Dragón Renacido, rey de Andor!»

Esto último lo sobresaltaba cada vez que lo oía, y lo escuchó en varias ocasiones. Tenía que encontrar a Elayne. Notó que estaba rechinando los dientes. Era incapaz de mirar a la gente de la calle; deseaba obligarlos a ponerse de rodillas, gritarles que Elayne era su verdadera reina. Procurando no escucharlos, contempló el cielo, los tejados, cualquier cosa excepto a la multitud. Y por eso fue por lo que vio al hombre de blanca capa, encaramado a un tejado rojo, levantar una ballesta.

Todo transcurrió en cuestión de segundos. Rand aferró el *Saidin* y encauzó en el mismo momento en que la saeta volaba hacia él; el proyectil chocó contra el tejido de Aire, una masa azul plateada suspendida sobre la calle, haciendo un ruido semejante al de metal golpeando contra metal. Una bola de fuego saltó de la mano de Rand y

alcanzó al ballestero en el pecho, al tiempo que la saeta salía rebotada del escudo de Aire. Las llamas envolvieron al hombre, que se precipitó a la calle lanzando un chillido. Alguien saltó sobre Rand, desmontándolo de la silla.

Se dio un tremendo batacazo contra los adoquines, con el peso de una persona encima de él; se quedó sin resuello y perdió contacto con el *Saidin* al mismo tiempo. Esforzándose para recuperar la respiración, se debatió contra el peso que tenía encima y, al apartarlo, se encontró sujetando a Desora por los brazos. La Doncella le sonrió —una sonrisa bellísima— y después su cabeza cayó pesadamente hacia un lado. Los azules ojos sin vida que lo contemplaban empezaban ya a ponerse vidriosos. La saeta que sobresalía del costado de la Doncella se apoyaba contra su muñeca. ¿Por qué Desora se habría empeñado en ocultar siempre una sonrisa tan hermosa?

Unas manos lo agarraron y lo ayudaron a ponerse de pie; Doncellas y Danzarines de Montaña lo empujaron hacia un lado de la calle, junto al taller de un hojalatero, y formaron un círculo prieto de rostros velados a su alrededor, con los arcos de hueso en las manos y los ojos registrando la calle y los tejados. Los gritos y los chillidos se alzaban por doquier, pero la calle estaba despejada a más de cincuenta pasos a cada lado; a partir de esa distancia, el gentío apiñado bregaba por alejarse del lugar. La calle se quedó vacía salvo por los cadáveres: el de Desora y otros seis más, tres de ellos Aiel. Rand creyó distinguir que había otra Doncella; no resultaba fácil afirmarlo a esta distancia cuando un cuerpo yacía en el suelo como un montón de harapos.

Rand hizo intención de moverse y los Aiel que lo rodeaban estrecharon más el cerco, como un muro viviente.

—Estos sitios son como madrigueras de conejos —comentó coloquialmente Nandera, aunque sus vigilantes ojos no dejaron de registrar los alrededores—. Si uno empieza la danza aquí, puede acabar con una hoja de acero hincada en la espalda antes de darse cuenta del peligro.

—Sí —convino Caldin—. Esto me recuerda una vez cerca de Tajo Sedar, cuando… Vaya, al menos tenemos un prisionero. —Algunos de sus *Hama N'dore* acababan de salir de una taberna al otro lado de la calle, empujando a un hombre que llevaba los brazos sujetos a la espalda. El tipo siguió debatiéndose hasta que, a empellones, lo pusieron de rodillas en los adoquines, con la punta de una lanza apoyada en su garganta—. A lo mejor nos dice quién ordenó esto. —El tono de Caldin traslucía su convencimiento de que le sacarían la información que deseaban.

Al cabo de un momento las Doncellas salieron de otro edificio llevando a un segundo hombre que iba cojeando y que tenía la cara cubierta de sangre. Poco después, eran cuatro los hombres arrodillados en la calle, vigilados por los Aiel. Por fin el semicírculo que protegía a Rand se aflojó.

Los cuatro prisioneros eran tipos malcarados, aunque el del rostro ensangrentado se balanceó y puso los ojos en blanco. Otros dos habían adoptado una hosca

expresión desafiante, y el cuarto esbozaba una mueca burlona. Rand sintió hormiguearle las manos.

—¿Estáis seguros de que participaban en esto? —Le sorprendió lo suave que sonó su voz, lo firme. El fuego compacto resolvería todo. «Fuego compacto no —resolló Lews Therin—. Nunca más.»—. ¿Estáis seguros?

—Desde luego —contestó una Doncella; Rand no veía quién era pues iba tapada con el velo—. Todos los que matamos llevaban esto. —Tiró de la capa sujeta bajo los brazos atados a la espalda del hombre ensangrentado. Una blanca capa desgastada, mugrienta, con un sol radiante bordado en la pechera. Los otros tres la llevaban también.

—Éstos estaban apostados para observar —añadió un corpulento Danzarín de Montaña— e informar si el ataque no les iba bien a los otros. —Soltó una corta y seca risa—. Quienquiera que los enviara no podía imaginar lo mal que les iría.

—¿Ninguno de estos hombres disparó una ballesta? —preguntó Rand. Fuego compacto. «No», chilló Lews Therin a lo lejos. Los Aiel intercambiaron miradas y después sacudieron las cabezas envueltas en los *shoufa*—. Colgadlos —ordenó. El hombre con sangre en la cara casi se desmayó. Rand lo aferró con flujos de Aire y lo arrastró a sus pies. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba asiendo el *Saidin*. Recibió de buen grado la lucha por la supervivencia, incluso la infección que se adhería a sus huesos como un fango corrosivo. Lo hacía ser menos consciente de cosas que prefería no recordar, de emociones que era mejor no experimentar—. ¿Cómo te llamas?

—F… faral, m… milord. D… dimir Faral. —Los ojos, casi fuera de las órbitas, lo miraban fijamente a través de la máscara de sangre—. P… por favor, no me colguéis, m… milord. ¡Volveré al c… camino de la Luz, lo juro!

—Eres un hombre muy afortunado, Dimir Faral. —Rand sentía su propia voz tan distante como los gritos de Lews Therin—. Vas a presenciar el ajusticiamiento de tus amigos. —Faral rompió a llorar—. Después te darán un caballo e irás a decirle a Pedron Niall que algún día también lo colgaré a él por lo que ha ocurrido aquí.

Cuando soltó los flujos de Aire, Faral se derrumbó hecho un ovillo, gimiendo que cabalgaría hasta Amador sin parar. Los tres que iban a morir miraron ferozmente al que lloriqueaba. Uno de ellos le escupió.

Rand los apartó de su mente. Niall era al único que tenía que recordar. Había algo más que aún debía hacer. Apartó el *Saidin* lejos de sí, experimentó la lucha de escapar de él sin ser arrastrado por la corriente, la lucha para obligarse a soltarlo. Para llevar a cabo lo que tenía que hacer no quería que hubiese una barrera entre él y sus sentimientos.

Una Doncella estaba enderezando el cuerpo de Desora; le había levantado el velo. La mujer alargó una mano para detenerlo cuando Rand tocó aquel pedazo de negro

algode, después, al fijarse en su cara, vaciló y finalmente se puso en cuclillas.

Rand levantó el velo de Desora para grabar los rasgos de la Doncella en su memoria. Parecía estar dormida. Desora, del septiar Musara de los Reyn Aiel. Tantos nombres: Liah, de los Cosaida del clan Chareen; Dailin, de los Montaña de Hierro del clan Taardad; Lamelle, de los Agua Humeante del clan Miagoma… y tantos. A veces repasaba esa lista nombre por nombre. Había uno añadido pero no por él: Ilyena Therin Moerelle. Ignoraba cómo lo había incluido Lews Therin en esa relación, sin embargo no lo borraría aunque supiese la manera de hacerlo.

Dar la espalda al cadáver de Desora fue a la vez un esfuerzo y un alivio, esto último debido a que descubrió que lo que había tomado por otra Doncella muerta era en realidad un varón, de talla baja para ser Aiel. Le dolía la pérdida de los hombres que morían por su causa, pero con ellos podía recordar un viejo dicho: «Deja que los muertos descansen y ocúpate de los vivos». No resultaba fácil, pero podía obligarse a hacerlo. Por el contrario, ni siquiera era capaz de evocar las palabras cuando era una mujer quien caía.

Unas faldas extendidas en el suelo captaron su atención. No sólo habían muerto Aiel.

La saeta se había hincado justo entre los omóplatos de la mujer. La mancha de sangre en la espalda del vestido no era grande; la muerte había sido rápida, por fortuna, pero era un parco consuelo para él. Se arrodilló y le dio la vuelta tan suavemente como le fue posible; la punta de la saeta le asomaba por el pecho. Era una mujer de mediana edad, rostro cuadrado y algunas hebras grises en el cabello. Sus oscuros ojos estaban muy abiertos; parecía sorprendida. Rand ignoraba su nombre, pero aprendió de memoria sus rasgos para añadirla a la lista. Había muerto por encontrarse en la misma calle que él.

Cogió a Nandera por el brazo, y la Doncella se libró de su mano de un tirón ya que no quería que le quitara libertad de movimientos para manejar el arco, pero sí bajó la vista hacia él.

—Encontrad a los familiares de esta mujer —ordenó— y ocupaos de que tengan todo cuanto necesiten. Oro… —No bastaba con eso. Lo que les haría falta sería que les devolvieran a la esposa, a la madre, pero eso no podía dárselo—. Ocupaos de ellos —continuó—. Y enteraos de su nombre.

Nandera extendió una mano hacia él, pero la retiró y volvió a ponerla en el arco. Cuando Rand se levantó advirtió que las Doncellas lo estaban observando. Oh, claro que observaban todo como siempre, pero aquellos rostros velados se volvían hacia él con más frecuencia de lo que era habitual. Sulin sabía cómo se sentía, si es que no estaba enterada también de lo de la lista, pero Rand no tenía ni idea si se lo había dicho a las demás. De ser así, ignoraba lo que opinaban al respecto.

Regresó al punto donde había caído y recogió el Cetro del Dragón. Agacharse

supuso un esfuerzo, y el fragmento de lanza parecía pesar una barbaridad. *Jeade'en* no se había alejado mucho después de que la silla quedó vacía; el caballo estaba bien entrenado. Rand montó al rodado.

—He hecho cuanto podía aquí —manifestó. Que pensaran lo que quisieran. Luego taloneó los ijares del caballo.

Ya que le era imposible alejar los recuerdos, se distanciaría de los Aiel. Al menos durante un rato. Ya había dejado su montura en manos de un mozo de cuadra y había entrado en palacio cuando Nandera y Caldin lo alcanzaron, junto con dos tercios del número de Doncellas y Danzarines de Montaña que lo acompañaban antes. Varios se habían quedado atrás para ocuparse de los muertos. Caldin tenía un aire agriamente irritado y, a juzgar por la ardiente ira reflejada en los ojos de Nandera, Rand pensó que tendría que estar satisfecho de que la Doncella no tuviese el rostro velado.

Antes de que Nandera tuviera ocasión de decir nada, la señora Harfor se acercó a Rand e hizo una reverencia.

—Milord Dragón —empezó con su voz profunda y fuerte—, hay una petición de audiencia con vos de la Señora de las Olas del clan Catelar, de los Atha'an Miere.

Si el buen corte del vestido de rayas rojas y blancas de Reene no hubiese sido suficiente para poner de manifiesto que la denominación de «primera doncella» era poco apropiada, habrían bastado sus modales. La mujer, algo rellena, con el cabello canoso y una barbilla larga, miraba a Rand directamente a los ojos, aunque obligada a echar la cabeza hacia atrás para hacerlo, y de algún modo se las ingeniaba para combinar un grado de deferencia apropiado, una falta absoluta de servilismo y una altanería que para sí quisieran muchas nobles. Al igual que Halwin Norry, la mujer se había quedado en palacio cuando casi toda la servidumbre había huido, bien que Rand sospechaba que el motivo de Reene había sido defender y preservar el palacio de los invasores. No le habría sorprendido enterarse de que hacía un registro periódico en sus aposentos para asegurarse de que no ocultaba en ellos objetos valiosos de palacio. Y tampoco le sorprendería que hubiese intentado registrar a los Aiel.

—¿Los Marinos? —se extrañó—. ¿Qué quieren?

La mujer le lanzó una mirada paciente, intentando ser indulgente con él. Y haciendo patente que le resultaba todo un esfuerzo.

—No han dicho cuál es su petición, milord Dragón.

Si Moraine había sabido algo sobre los Marinos, no lo había incluido en sus lecciones, pero a juzgar por la actitud de Reene esa mujer tenía que ser importante. Desde luego, lo de Señora de las Olas sonaba como tal. En cuyo caso habría de recibirla en el Salón del Trono. No había vuelto allí desde su regreso de Cairhien y no porque tuviera razones para evitar el gran salón; sencillamente no había tenido necesidad de ir allí.

—Esta tarde —dijo lentamente—. Comunicadle que la veré a media tarde. ¿Le habéis proporcionado buenos aposentos? No sólo a ella, sino también a su séquito. —Dudaba que alguien con ese título viajase sola.

—Los rechazó. Habían tomado habitaciones en La Pelota y el Aro. —Su boca se apretó levemente; por lo visto, por muy alto que fuera el título de Señora de las Olas, ese comportamiento no era adecuado a los ojos de Reene Harfor—. Estaban cubiertos de polvo, tan doloridos y agotados del viaje que apenas se sostenían en pie. Vinieron a caballo, no en carruaje, y dudo mucho que estén acostumbrados a los caballos. —Parpadeó, como sorprendida de haber dejado escapar ese comentario, y recobró su habitual aire reservado como quien se echa una capa sobre los hombros—. Otra persona desea veros, milord Dragón. —En su tono se advertía un ligerísimo dejo de desagrado—. Lady Elenia.

Rand estuvo a punto de torcer el gesto. Sin duda Elenia tenía preparada otra disertación sobre sus derechos al Trono del León; hasta el momento, Rand se las había ingeniado para no escuchar más de una palabra de cada tres. No le resultaría difícil rechazarla. Con todo, en realidad debería conocer algo de la historia de Andor, y de los que tenía a mano nadie sabía más de ella que Elenia Sarand.

—Conducidla a mis aposentos, por favor.

—¿De verdad os proponéis que sea la heredera quien ocupe el trono? —El tono de Reene no era duro, pero en su voz había desaparecido todo rastro de deferencia. Su semblante no había cambiado, pero Rand estaba convencido de que la respuesta equivocada la induciría a gritar «Por Elayne y el León Blanco» e intentar aplastarle los sesos, ni que hubiese Aiel ni que no.

—Así es —suspiró—. El Trono del León le pertenece a Elayne. Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, lo es.

Reene lo estudió un momento y después extendió los vuelos de su falda al hacer otra reverencia.

—Os la enviaré, milord Dragón.

Su espalda estaba muy tiesa cuando se alejó, pero lo cierto es que siempre estaba así; imposible saber si había creído una sola palabra.

—Un enemigo artero tenderá una débil trampa —dijo Caldin antes de que Reene se hubiese alejado cinco pasos—. Sintiéndote seguro porque has acabado con la amenaza y con la guardia bajada, te metes en una segunda y más fuerte emboscada.

No había acabado de hablar cuando Nandera manifestó con voz fría:

—Los jóvenes pueden ser impetuosos o atolondrados o necios, pero el *Car'a'carn* no puede permitirse el lujo de ser joven.

Rand lanzó una ojeada por encima del hombro antes de echar a andar, justo lo suficiente para decir:

—Ya estamos dentro de palacio, de modo que escoged a vuestros dos guerreros.

No le sorprendió mucho que Nandera y Caldin despidieran a los demás y se designaran a sí mismos la tarea de acompañarlo, y no le sorprendió nada que lo siguieran sumidos en un sombrío silencio.

Al llegar a las puertas de sus aposentos, les dijo que hicieran pasar a Elenia cuando hubiese llegado y los dejó en el corredor. Le esperaba un ponche de ciruelas en una jarra de plata cincelada, pero no lo probó. Se quedó plantado delante, mirando fijamente el recipiente, mientras intentaba discurrir lo que iba a decir hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y gruñó, sorprendido. ¿Qué había que planear?

Una llamada en la puerta anunció la llegada de la rubia Elenia, que barrió el suelo con el vestido bordado con rosas doradas al hacer una reverencia. En cualquier otra mujer, Rand habría imaginado que eran simples rosas; tratándose de Elenia, sin embargo, debían de representar la Corona de la Rosa de Andor.

—Mi señor Dragón es muy gentil al recibirme.

—Deseo preguntaros varias cosas sobre la historia de Andor —declaró Rand—. ¿Os apetece un poco de ponche de ciruelas?

Los ojos de Elenia se abrieron en un gesto de placer antes de que pudiera reprimir el gesto. Sin duda había planeado cómo entrarle a Rand en esto a fin de conducir la conversación hacia sus pretensiones, y hete aquí que él se lo ponía en bandeja. Una sonrisa floreció en su zorruno rostro.

—¿Me concedéis el placer de serviros el ponche, milord Dragón? —dijo, aunque se adelantó al gesto con que Rand accedía a su petición. La noble estaba tan complacida por el giro de los acontecimientos que Rand casi temió que lo empujara hasta un sillón y le hiciera poner los pies en alto—. ¿Sobre qué parte de la historia deseáis que arroje un poco de luz?

—Algo general sobre… —Rand frunció el entrecejo; aquello le daría una excusa a la mujer para hacer una lista exhaustiva de su ascendencia entre dos frases—. Es decir, ¿cómo es que Souran Maravaile acabó trayendo a su esposa aquí? ¿Era oriundo de Caemlyn?

—Fue Ishara la que trajo a Souran, mi señor Dragón. —La sonrisa de Elenia se tornó un tanto indulgente—. La madre de Ishara era Endara Casalain, que por entonces era la gobernadora de Artur Hawkwing aquí, una provincia llamada Andor, y también hija de Joal Ramedar, el último rey de Aldeshar. Souran sólo era un… un general. —Rand habría apostado que había estado a punto de decir «plebeyo»—. Aunque el mejor general de Hawkwing, desde luego. Endara renunció a su posición y se arrodilló ante Ishara como reina. —Rand sospechaba que las cosas no habían ocurrido exactamente así ni tan pacíficamente—. Corrían muy malos tiempos, tan malos como la Guerra de las Trollocs, estoy segura. Con Hawkwing muerto, todos los nobles proyectaban convertirse en Rey Supremo. O Reina Suprema. Ishara sabía que nadie sería capaz de abarcarlo todo, sin embargo; existían demasiadas facciones y las

alianzas se rompían nada más establecerse. Convenció a Souran de que levantara el cerco a Tar Valon y lo trajo aquí con todo el ejército que logró mantener unido.

—¿Fue Souran quien sitió a Tar Valon? —preguntó, sobresaltado, Rand. Artur Hawkwing había tenido cercada Tar Valon durante veinte años y puesto precio a las cabezas de las Aes Sedai.

—Durante el último año, sí —respondió la noble con un dejo de impaciencia—, hasta donde puede saberse por los anales que se conservan. —Saltaba a la vista que no sentía mucho interés por Souran salvo que era el esposo de Ishara—. Ishara era sagaz. Prometió a las Aes Sedai que enviaría a su hija mayor a estudiar en la Torre Blanca, con lo que obtuvo el respaldo de la Torre y una consejera Aes Sedai llamada Ballair. Fue la primera dirigente en dar ese paso. Otros la imitaron, claro está, pero seguían queriendo el trono de Hawkwing. —Ahora estaba en su salsa, el rostro animado, la copa de ponche olvidada, gesticulando con la mano libre. Las palabras salieron de su boca como un torrente:

»Pasó toda una generación antes de que se renunciara a esa idea, aunque Narasim Bhuran lo intentó en una época tan avanzada como la última década de la Guerra de los Cien Años, un estrepitoso fracaso que terminó con su cabeza clavada en una pica al cabo de un año, y los afanes de Esmara Getares, unos treinta años antes, tuvieron bastante buenos resultados hasta que intentó conquistar Andor y pasó los últimos doce años de su vida como «huésped» de la reina Telaisien. Esmara fue asesinada al final, aunque no hay ninguna referencia escrita de por qué querría nadie su muerte una vez que Telaisien hubo destruido su poder.

»Veréis, las reinas que vinieron a continuación de Ishara, desde Alesinde hasta Lyndelle, continuaron lo que ella empezó, y no sólo en lo de enviar una hija a la Torre. Lo primero que hizo Ishara fue que Souran asegurara el territorio alrededor de Caemlyn, sólo unos pocos pueblos al principio, y después, poco a poco, expandió su dominio. Vaya, pero si le llevó cinco años llegar hasta el río Erinin. Incluso así, el territorio dominado por las reinas de Andor se mantenía firmemente bajo su mando, en tanto que otros que se llamaban a sí mismos reyes o reinas seguían estando más interesados en conquistar nuevas tierras que en consolidar lo que ya poseían.

Hizo una pausa para respirar, y Rand se apresuró a aprovechar la oportunidad. Elenia hablaba de esos personajes como si los conociera personalmente, pero a él la cabeza le daba vueltas con tantos nombres que no había oído nunca.

—¿Por qué no hay una casa Maravaile? —preguntó.

—Ningún hijo de Ishara vivió más de veinte años. —Elenia se encogió de hombros y tomó un sorbo de ponche; el tema no le interesaba. Pero sí le dio pie para entrar en otro de sus preferidos—. Hubo nueve reinas durante la Guerra de los Cien Años, y ninguna tuvo un hijo que sobreviviera más de veintitrés. Las batallas eran constantes, y Andor soportaba presiones por todos los lados. Caray, pero si durante el

reinado de Maragaine hubo cuatro reyes que lanzaron sus ejércitos contra ella… Existe una ciudad con el nombre de la batalla, en el lugar donde se sostuvo. Los reyes eran…

—Pero ¿todas las reinas han sido descendientes de Souran y de Ishara? —la atajó Rand. Esta mujer le daría una explicación exhaustiva si la dejaba. Tomó asiento y le indicó con un ademán que hiciera lo mismo.

—Sí —contestó ella de mala gana. Seguramente porque él había incluido a Souran. Pero enseguida alegró el gesto—. Veréis, la cosa está en cuánto de la estirpe de Ishara lleva cada cual en la sangre, cuántos linajes lo conectan con ella y en qué grado. En mi caso…

—Un momento. No me resulta fácil de entender. Por ejemplo, pongamos por caso a Tigraine y a Morgase. Morgase fue la aspirante con mayor derecho a suceder a Tigraine en el trono. Imagino que ello significa que entre Morgase y Tigraine existía un parentesco cercano ¿no?

—Eran primas. —Elenia hizo un esfuerzo por disimular la irritación que le producía ser interrumpida tan a menudo, sobre todo ahora que estaba tan cerca de llegar a lo que quería decir, si bien no pudo evitar apretar los labios. Parecía un zorro que quería darse un festín pero la gallina no dejaba de ponerse fuera de su alcance.

—Entiendo. —Primas. Rand bebió un buen trago y medio vació su copa.

—Todas somos primas. Todas las casas. —El silencio de Rand pareció estimularla, y su sonrisa retornó—. Con los matrimonios habidos a lo largo de miles de años, no hay una sola casa que no tenga un mínimo del linaje de Ishara, pero lo importante es en qué grado y las líneas de entroncamiento. En mi caso…

—¿Todas sois primas? —Rand parpadeó—. ¿Todas vosotras? Parece algo imposi… —Se inclinó hacia adelante, con una mirada intensa—. Elenia, si Morgase y Tigraine hubiesen sido… mercaderes o granjeras, ¿qué grado de parentesco habría existido entre ambas?

—¿Granjeras? —exclamó, mirándolo de hito en hito—. Mi señor Dragón qué ocurrencia tan… —Su semblante palideció poco a poco. Después de todo, él había sido granjero. Se humedeció los labios con aire perturbado—. Bueno… Tendría que pensarlo. Granjeras. Supongo que eso significa imaginar a todas las casas como granjeras. —El nerviosismo hizo que se le escapara una risita ahogada antes de que le diera tiempo de disimularla llevándose la copa a los labios—. Si hubiesen sido granjeras, dudo que nadie las hubiese considerado emparentadas en absoluto. Todas las conexiones vienen de muy antiguo. Pero el caso, milord Dragón, es que no eran…

Rand dejó de prestarle atención y se recostó de nuevo en su sillón. Ningún parentesco.

—… treinta y una líneas de entroncamiento, en tanto que Dyelin tiene sólo treinta, y…

¿Por qué se sentía tan relajado de repente? Sus músculos habían dejado de estar tensos, cosa que no había notado hasta que se aflojaron.

—… si se me permite decirlo, mi señor Dragón…

—¿Cómo? Disculpadme, me he quedado abstraído un momento. Ya sabéis, los problemas con… No escuché lo último que habéis dicho. —Sin embargo había habido algo que le había dado un toque de atención.

Elenia exhibía aquella sonrisa obsequiosa y aduladora que resultaba tan chocante en su rostro.

—Vaya, pues sólo decía que vos mismo guardáis cierto parecido con Tigraine, mi señor Dragón. Podría incluso haber un vestigio del linaje de Ishara en vuestra sangre y…

Se interrumpió con un chillido ahogado, y entonces Rand cayó en la cuenta de que se había puesto de pie.

—Me… Estoy un poco cansado. —Trató de dar un tono normal a su voz, pero le sonaba tan distante como si estuviera envuelto en el vacío—. Os ruego que me dejéis solo.

Ignoraba qué aspecto ofrecía su rostro, pero Elenia se incorporó de su silla de un brinco y se apresuró a soltar la copa en una mesa. Estaba temblando, y si antes su semblante había palidecido ahora estaba más blanco que la nieve. Tras hacer una reverencia, que parecía más propia de una fregona a quien se sorprende robando, se encaminó hacia la puerta a toda prisa, cada paso más rápido que el anterior, en todo momento observándolo de reojo por encima del hombro, hasta que abrió de un tirón la hoja de madera; el sonido de unos pies corriendo se perdió pasillo adelante. Nandera se asomó para comprobar que Rand estaba bien antes de cerrar la puerta.

Durante largo rato, Rand se quedó de pie, el gesto ausente. No era de extrañar que aquellas antiguas reinas lo miraran severamente; sabían lo que pensaba aunque él mismo lo hubiese ignorado en ese momento. Ese repentino reconcomerse desde que había descubierto el verdadero nombre de su madre. Pero Tigraine no estaba emparentada con Morgase. Su madre no tenía vínculos familiares con la madre de Elayne. Él no tenía parentesco con…

—Eres aun peor que un depravado —se increpó en voz alta, con aspereza—. Eres un necio y un…

Habría querido que Lews Therin hablara, porque así podría decirse a sí mismo: «Ése es un demente; yo estoy cuerdo». ¿Eran aquellas reinas muertas de Andor a quienes percibía observándolo o era Alanna? Se dirigió a la puerta y la abrió bruscamente. Nandera y Caldin estaban sentados en cuclillas, debajo de un tapiz que representaba aves de brillante plumaje.

—Reunid a los vuestros —ordenó—. Me voy a Cairhien. Y, por favor, no se lo digáis a Aviendha.

27



Presentes

En el camino de vuelta al extenso campamento, Egwene trató de controlarse, pero ni siquiera estaba segura de sentir sus pies tocando el suelo. Bueno, sabía que sí lo hacían. De hecho contribuían a incrementar las nubes de polvo que el cálido viento levantaba; tuvo un acceso de tos y deseó que las Sabias llevaran velo. No era igual enrollarse un chal en la cabeza, además de que era como estar metida en una tienda de vapor. Empero, tenía la sensación de ir caminando por el aire. La cabeza le daba vueltas y no precisamente a causa del calor.

Al principio pensó que Gawyn no iba a reunirse con ella, pero entonces apareció de repente a su lado, mientras caminaba entre la multitud. Habían pasado toda la mañana en el pequeño reservado de El Hombre Largo, agarrados de las manos y charlando mientras tomaban té. Se había portado como una completa descarada, besándolo nada más cerrarse la puerta tras ellos, antes de que Gawyn hiciese intención de besarla, e incluso se sentó en sus rodillas una vez, aunque eso no había durado mucho, porque la hizo pensar en los sueños de él, en la posibilidad de dejarse arrastrar de nuevo hacia ellos, en cosas que una mujer decente no debería plantearse siquiera. Al menos una mujer soltera. Se había levantado de sus rodillas de un salto, como una cervatilla asustada, y sobresaltándolo a más no poder.

Echó una rápida ojeada en derredor. Las tiendas estaban todavía a más de un kilómetro de distancia y no se veía un alma por las cercanías. Aun en el caso de que hubiese habido alguien no habría visto que se ponía colorada. Al darse cuenta de que estaba sonriendo como una idiota debajo del chal, borró la sonrisa de su cara. Luz, tenía que controlarse, olvidar los fuertes brazos de Gawyn y recordar el motivo por el que había pasado tanto tiempo en El Hombre Largo:

Mientras se abría paso entre la multitud miró a su alrededor buscando a Gawyn e intentando, no sin dificultad, aparentar despreocupación; después de todo, no quería que la viera ansiosa por estar con él. De repente un hombre se inclinó hacia ella y susurró ferozmente:

—Sígueme hasta El Hombre Largo.

Egwene dio un brinco sin poderlo remediar. Tardó unos segundos en reconocer a

Gawyn. El joven llevaba una sencilla chaqueta marrón y un fino guardapolvo colgando a la espalda, con la capucha echada de modo que casi le tapaba el rostro. No era el único que llevaba esta clase de prenda —cualquiera que no fuese Aiel y se dirigiera más allá de las murallas llevaba una— pero eran pocos los que iban con la capucha echada haciendo semejante bochorno.

Egwene lo agarró de la manga firmemente cuando él trató de adelantarse disimuladamente.

—¿Qué te hace pensar que iré contigo a una posada sin más ni más, Gawyn Trakand? —demandó al tiempo que estrechaba los ojos, bien que mantuvo el tono bajo; no había necesidad de llamar la atención por discutir—. Caminaremos. Estás dando por sentado demasiadas cosas si crees que…

Gawyn hizo una mueca y le instó en un susurro:

—Las mujeres con las que vine están buscando a alguien. Alguien como tú. Apenas hablan delante de mí, pero he pillado un comentario aquí y otro allí. Y, ahora, sígueme.

Sin mirar atrás echó a andar calle abajo, y ella lo siguió sintiendo un nudo en el estómago.

El recuerdo consiguió bajarla de la nube y que plantara los pies firmemente en el suelo. Estaba casi tan caliente como los adoquines de la ciudad, y lo notaba a través de las suelas de sus botas flexibles. Siguió caminando entre el polvo, devanándose los sesos. Gawyn no sabía mucho más de lo que le adelantó en ese primer intercambio. Adujo que no tenía por qué ser ella a quien buscaban y que lo único que tenía que hacer era ser cauta a la hora de encauzar y dejarse ver lo menos posible. Sólo que él mismo no parecía muy convencido, sobre todo teniendo en cuenta que iba disfrazado. Egwene reprimió el impulso de mencionarle su atuendo; estaba tan preocupado de que si estas Aes Sedai daban con ella se encontraría metida en un buen problema, preocupado de ser él quien, sin saberlo, las condujera hasta ella, tan obviamente reacio a dejar de verla a pesar de sugerírselo él mismo. Y tan convencido de que sólo tenía que escabullirse de vuelta a Tar Valon y a la Torre. O que hiciera las paces con Coiren y las otras y regresara con ellos. Luz, debería haberse enfadado con él por pensar que sabía mejor que ella lo que le convenía, pero, por alguna razón, era incapaz de pensar con claridad estando con él, además de que Gawyn parecía colarse de rondón en todos y cada uno de sus pensamientos.

Se mordisqueó el labio y centró su atención en el verdadero problema. Las Aes Sedai de la Torre. Si tuviera el valor de hacerle preguntas; no sería traicionarlo si le planteaba algunas cosas sin importancia, como a qué Ajahs pertenecían, adónde iban o… ¡No! Sólo se lo había prometido a sí misma, pero incumpliendo esa promesa lo deshonraría a él. Nada de preguntas. Sólo lo que él quisiera decirle por propia

iniciativa.

Pensara lo que pensase Gawyn, no había razón para sospechar que esas mujeres estaban buscándola a ella. Aunque, admitió de mala gana, tampoco había ninguna razón para creer que no: sólo un montón de suposiciones y de esperanzas. Los Aiel iban y venían entre las tiendas bajas, pero sólo había un puñado de *gai'shain* por allí cerca. No se veía a ninguna de las Sabias. Había roto una promesa que les había hecho. En realidad, se la había hecho a Amys, pero era con todas ellas. La necesidad se estaba convirtiendo en una excusa cada vez más vana para justificar su engaño.

—Únete a nosotras, Egwene —llamó una voz de mujer. A pesar de llevar la cabeza tapada no resultaba difícil identificar a Egwene, a no ser que estuviese rodeada de muchachas que todavía no habían acabado de crecer. Surandha, la aprendiza de Sorilea, asomaba la cabeza por la solapa de una tienda y le hacía señas para que se acercara—. Las Sabias se han vuelto a reunir en las tiendas, todas ellas, y nos han dado el día libre. Entero.

Aquello era un lujo rara vez concedido y que Egwene no estaba dispuesta a desaprovechar. Dentro las mujeres estaban tumbadas sobre cojines, leyendo a la luz de las lámparas de aceite —la tienda estaba cerrada para que no pasara polvo, de modo que tampoco entraba luz— o sentadas cosiendo o haciendo punto o bordando. Dos jugaban a hacer cunitas con una cuerda. El murmullo de las conversaciones llenaba la tienda, y varias la saludaron con una sonrisa. No todas eran aprendizas —dos madres y varias hermanas primeras habían ido de visita—, y la mujer de más edad lucía tantas joyas como cualquier Sabia. Todas llevaban desatadas las cintas superiores de las blusas y los chales ceñidos a la cintura, aunque el calor reinante no parecía molestarles.

Un *gai'shain* iba de un sitio para otro llenando las tazas de té. Había algo en su modo de moverse que lo señalaba como un artesano, no un *algai'd'siswai*; la dureza seguía presente en sus rasgos, pero en comparación eran una pizca más suaves, de modo que mantener la actitud sumisa no parecía requerir tanto esfuerzo en él. Llevaba una de aquellas bandas que lo identificaba como un *siswai'aman*. Ninguna de las mujeres le dedicaba más de una mirada superficial a pesar de que se suponía que los *gai'shain* sólo podían llevar cosas blancas.

Egwene se ató el chal a la cintura y aceptó, agradecida, agua para lavarse la cara y las manos; a continuación desanudó unas pocas lazadas de la blusa y se acomodó en un cojín rojo con borlas que había entre Surandha y Estair, la pelirroja aprendiza de Aerin.

—¿Para qué se han reunido las Sabias?

Su mente no estaba en ese asunto. No tenía intención de renunciar completamente a las visitas a la ciudad —había accedido a mirar en El Hombre Largo todas las mañanas para ver si Gawyn estaba allí, a pesar de que la sonrisita cómplice de la

oronda posadera la hizo enrojecer; ¡sólo la Luz sabía lo que imaginaba esa mujer!— pero, definitivamente, se había acabado el escuchar a escondidas en la mansión de lady Arilyn. Después de separarse de Gawyn, se había acercado a la casa lo suficiente para percibir que en su interior se seguía encauzando, pero se marchó nada más echar un rápido vistazo desde la esquina. El estar tan cerca le producía la inquietante sensación de que Nesune iba a aparecer de repente a su espalda.

—¿Lo sabe alguien? —añadió.

—Tus hermanas, por supuesto —rió Surandha. Era una mujer guapa, con grandes ojos de color azul y una risa que la hacía parecer preciosa. Tenía unos cinco años más que Egwene, era capaz de encauzar con tanta fuerza como muchas Aes Sedai y aguardaba con impaciencia ser reclamada a un dominio en el que establecer su hogar. Hasta entonces, sin embargo, corría a complacer el menor deseo de Sorilea—. ¿Qué otra cosa las haría brincar como si se hubiesen sentado en una *segade*?

—Deberían enviar a Sorilea a hablar con ellas —dijo Egwene mientras tomaba una taza de rayas verdes que le tendía el *gai'shain*. Al explicarle que sus Cachorros estaban apiñados en los cuartos que no habían ocupado las Aes Sedai y que algunos se habían tenido que instalar en el establo, Gawyn había dejado escapar que no quedaba sitio siquiera para otra fregona; y que las Aes Sedai no estaban preparando ninguna sorpresa. Era una buena noticia—. Sorilea las pondría firmes.

Surandha estalló en carcajadas, en tanto que la risa de Estair fue comedida y no poco escandalizada; la esbelta joven, cuyos grises ojos tenían una expresión seria, se comportaba siempre como si una Sabia estuviese vigilándola. Para Egwene era incomprensible que Sorilea tuviese una aprendiza con la risa siempre pronta, en tanto que Aerin, una mujer afable y sonriente que jamás tenía una palabra desagradable para nadie, tuviese una que parecía estar a la caza de reglas que obedecer.

—Creo que es por el *Car'a'carn* —dijo Estair en un tono exageradamente grave.

—¿Por qué? —preguntó Egwene con aire ausente. No tenía más remedio que evitar la ciudad. Excepto para reunirse con Gawyn, naturalmente; por muy embarazoso que le resultara admitirlo, no renunciaría a verlo por ninguna razón de menos peso que la certeza de que Nesune estaría aguardándola en El Hombre Largo. Lo cual significaba volver a las caminatas por el exterior de las murallas, con todo ese polvo. Lo de esa mañana había sido una excepción, pero no pensaba dar ninguna excusa a las Sabias para que le prohibiesen volver al *Tel'aran'rhiod*. Esta misma noche se reunirían con las Aes Sedai de Salidar e irían solas, pero dentro de siete días ella las podría acompañar—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—¿Es que no te has enterado? —exclamó Surandha.

Dentro de dos o tres días podría intentar un contacto con Nynaeve y Elayne o hablarles en sus sueños de nuevo. Mejor dicho, intentar hablarles otra vez; nunca se podía tener la completa seguridad de que la otra persona se diera cuenta de que una

era algo más que un simple sueño a no ser que estuviera habituada a ese tipo de comunicación, cosa que no ocurría con Nynaeve y Elayne. Sólo les había hablado de ese modo en una ocasión.

En cualquier caso, la idea de tener contacto con ellas seguía causándole una vaga inquietud. Había tenido otro sueño, casi una pesadilla, respecto a eso; cada vez que una de ellas pronunciaba una palabra, tropezaban y se iban de bruces al suelo o dejaban caer una taza o un plato o derribaban un jarrón, siempre algo que se hacía añicos con el golpe. Desde su interpretación del sueño con Gawyn convirtiéndose en su Guardián, Egwene había intentado descifrarlos todos, aunque sin resultado hasta el momento, pero de lo que no le cabía ninguna duda era de que aquél guardaba algún significado. Tal vez lo mejor sería esperar a la próxima reunión para hablar con ellas. Además, siempre estaba el peligro de tropezar con los sueños de Gawyn y ser arrastrada hacia ellos. La mera idea le encendió las mejillas.

—El *Car'a'carn* ha vuelto —informó Estair—. Va a reunirse con tus hermanas esta tarde.

Todos los pensamientos sobre Gawyn y sueños se borraron de un plumazo; Egwene frunció el entrecejo mientras tomaba un sorbo de té. Dos veces en diez días. No era propio de Rand volver tan pronto. ¿Por qué lo había hecho? ¿Se había enterado de la llegada de las Aes Sedai de la Torre? ¿Cómo? Y, como siempre, sus viajes en sí desataron las preguntas relativas a ellos. ¿Cómo hacía eso?

—¿Cómo hace qué? —inquirió Estair y Egwene parpadeó, sorprendida de haber hablado en voz alta.

—Esa facilidad que tiene de ponerme mal el estómago —improvisó.

Surandha sacudió la cabeza con aire conmiserativo, pero a la vez esbozó una sonrisa.

—Es un hombre, Egwene —dijo.

—Es el *Car'a'carn* —apuntó Estair con gran énfasis y no poca reverencia.

A Egwene no le sorprendería mucho verla con esa estúpida cinta roja ceñida a la frente. Surandha la emprendió con Estair arguyendo que cómo pensaba arreglárselas con un jefe de dominio, y mucho menos con un jefe de septiar o de clan, si no comprendía que un hombre no dejaba de ser un hombre sólo porque tuviese mando. Estair se mantuvo en sus trece, insistiendo en que el *Car'a'carn* era distinto. Una de las mujeres mayores, Mera, que había acudido a ver a su hija, se inclinó hacia ellas y afirmó que la forma de manejar a cualquier jefe, ya fuera de dominio, septiar, clan o el *Car'a'carn*, era igual que manejar a un esposo, con lo que provocó la carcajada de Baerin, que también había ido a visitar a una hija, y el comentario de que ésa sería una buena forma de conseguir que una señora del techo pusiera su cuchillo a los pies de una, es decir, una declaración de pleito. Baerin había sido Doncella antes de casarse, pero cualquiera podía declarar un pleito a quien fuera excepto una Sabia o un

herrero. No había acabado de hablar Mera cuando todo el mundo, salvo el *gai'shain*, se sumó a la discusión, abrumando a la pobre Estair —el *Car'a'carn* era un jefe entre jefes, nada más; eso no tenía vuelta de hoja—, para debatir si era mejor tratar directamente con un jefe o a través de su señora del techo.

Egwene dejó de prestar atención. Sin duda Rand no haría ninguna tontería. Se había mostrado convenientemente desconfiado respecto a la carta de Elaida, pero daba crédito a la de Alviarin, que no sólo era más cordial sino descaradamente aduladora. Creía que tenía amigas, incluso partidarias, en la Torre. Egwene no era de la misma opinión. Ni con los Tres Juramentos ni sin ellos, estaba convencida de que Elaida y Alviarin habían elaborado esa segunda carta entre las dos, con todas esas patochadas sobre «arrodillarse ante su magnificencia». No era más que un ardid para llevarlo a la Torre.

Mirándose las manos con pesar, Egwene suspiró y soltó la taza. El *gai'shain* la recogió cuando apenas acababa de retirar la mano.

—He de irme —anunció a las otras aprendizas—. Acabo de darme cuenta de que tengo que hacer una cosa.

Surandha y Estair se ofrecieron a acompañarla para cumplir. Bueno, no fue por cumplir, pues, cuando un Aiel decía algo, hablaba en serio; pero estaban interesadas en la conversación y no porfiaron cuando insistió en que se quedaran. Se envolvió de nuevo la cabeza con el chal y se agachó para salir otra vez a los remolinos de polvo, dejando atrás las voces cada vez más acaloradas. Mera le estaba diciendo a Estair con un tono tajante que quizás acabase siendo una Sabia algún día, pero que hasta entonces podía aprender de una mujer que se las había arreglado para dirigir a un marido y criar tres hijas y dos hijos sin contar con la ayuda de una hermana conyugal.

Ya en la ciudad, la joven procuró moverse sigilosamente por las calles abarrotadas pero sin dar esa impresión, tratando de mirar a todas partes al tiempo que fingía tener la vista fija en la dirección que iba. Las posibilidades de topar con Nesune eran mínimas, pero… Un poco más adelante, dos mujeres vestidas con sobriedad y primorosos delantales remilgados dieron un paso hacia un lado para esquivarse, pero ambas se movieron en la misma dirección y casi se dieron de narices. Murmuraron unas disculpas y de nuevo se desviaron a un lado. En la misma dirección. Más disculpas y, como si se tratara de un baile, volvieron a moverse a la par. Cuando Egwene pasaba junto a ellas, todavía seguían dando un paso a uno y otro lado a la vez, como si lo hiciesen a propósito, en tanto que el rubor empezaba a teñirles las mejillas y las disculpas se cortaban tras los labios apretados. Egwene ignoraba cuánto podía durar esa situación, pero no estaba de más recordar que Rand se encontraba en la ciudad. Luz, estando él cerca no sería de sorprender que se tropezase con las seis Aes Sedai en el momento en que una ráfaga le quitaba el chal de la cabeza y tres personas gritaban su nombre y la llamaban Aes Sedai. Estando él

cerca, no sería de extrañar que se diera de bruces con Elaida.

Apretó el paso, cada vez más intranquila ante el temor de verse envuelta en uno de esos remolinos de *ta'veren*, y cada vez con más ojos de loca. Menos mal que ver a una Aiel con ojos de loca y el rostro cubierto —¿qué sabían de la diferencia entre un chal y un velo?— hacía que la gente se apartara ante ella, lo que le permitía avanzar a paso vivo, casi al trote, pero no respiró a gusto hasta que se metió en el Palacio del Sol por una pequeña puerta de servicio que había en la parte posterior.

Un intenso olor a comida cocinándose flotaba en el angosto pasillo, y mujeres y hombres uniformados iban y venían apresuradamente. Otros, que habían hecho un alto y descansaban en mangas de camisa o se daban aire con los delantales, la contemplaron con expresión atónita. Probablemente nadie excepto otros sirvientes se acercaba tanto a las cocinas más que de año en año. Y, desde luego, nadie que fuese Aiel. La miraban como si esperasen verla sacar una lanza de debajo de la falda.

Señaló con el dedo a un hombre bajo y regordete que se estaba enjugando el sudor del cuello con un pañuelo.

—¿Sabes dónde está Rand al'Thor?

Al oírlo, el tipo dio un respingo y volvió los ojos hacia sus compañeros, que se apresuraban a apartarse. Movió los pies con nerviosismo, deseoso de unirse a ellos.

—¿El señor Dragón, decís, eh… señora? En sus aposentos. Bueno, eso supongo. —Empezó a desplazarse hacia un lado mientras hacía reverencias—. Si la señora… eh… si milady me disculpa, he de volver a mi…

—Me llevarás allí —ordenó firmemente. Esta vez no estaba dispuesta a vagar perdida por palacio.

Una última ojeada a sus amigos que desaparecían, un suspiro rápidamente reprimido, una fugaz y atemorizada ojeada para ver si la había ofendido, y el tipo corrió a recoger su chaqueta. Resultó ser muy eficiente en el laberinto de corredores, avanzando a paso rápido y haciéndole una reverencia en cada giro, pero cuando finalmente señaló, con otra inclinación, unas altas puertas adornadas con dorados soles nacientes y vigiladas por una Doncella y otro Aiel, Egwene sintió una repentina irritación hacia el nervioso hombrecillo y lo despidió con un gesto despectivo. No comprendía por qué; el hombre sólo hacía aquello por lo que le pagaban.

El Aiel se puso de pie al verla acercarse; era muy alto, de mediana edad, con un pecho de toro, hombros anchos y fríos ojos grises. Egwene no lo conocía y saltaba a la vista que él tenía intención de hacerle dar media vuelta. Por suerte, sí conocía a la Doncella.

—Déjala pasar, Maric —dijo Somara, sonriendo—. Es la aprendiza de Amys, y de Bair y de Melaine. La única aprendiza que conozco que está a las órdenes de tres Sabias. Y, por su aspecto, la han enviado corriendo con algún recado poco agradable para Rand al'Thor.

—¿Corriendo? —La risita queda de Maric no suavizó ni sus rasgos ni sus ojos—. Más bien arrastrándose, diría yo.

Egwene no tuvo que preguntar para saber a qué se refería. Sacó el pañuelo de la bolsita del cinturón y se limpió precipitadamente la cara; nadie iba a tomarla en serio si estaba sucia, y Rand tenía que hacerle caso.

—Un recado importante en cualquier caso, Somara —dijo—. Espero que esté solo. ¿Han venido ya las Aes Sedai? —El pañuelo acabó de color gris, y Egwene volvió a guardarlo con un suspiro.

—No —respondió la Doncella—. Todavía falta un buen rato para que lleguen. ¿Le dirás que tenga cuidado? No es mi intención ser irrespetuosa con tus hermanas, pero Rand al'Thor no mira dónde pisa. Es un cabezota.

—Se lo diré. —Egwene no pudo evitar sonreír. Ya había oído hablar así a Somara en otras ocasiones, con esa especie de orgullo exasperado que una madre emplearía refiriéndose a un hijo demasiado aventurero y de unos diez años, y lo mismo podía decir de otras cuantas Doncellas más. Debía de tratarse de alguna clase de broma Aiel y, aunque no lo entendía, estaba a favor de cualquier cosa que le impidiera volverse demasiado engreído—. Y también le diré que se lave las orejas. —Somara asintió con la cabeza antes de poder evitar el gesto. Egwene respiró hondo—. Somara, mis hermanas no deben saber que estoy aquí. —Maric le lanzó una mirada de curiosidad entre vistazo y vistazo a los sirvientes que entraban en el pasillo. Egwene se reconvino para sus adentros; debía tener cuidado—. No tenemos mucho trato, Somara. De hecho, podría decirse que estamos todo lo distantes que pueden estar unas hermanas.

—Los peores resentimientos se dan entre hermanas primeras —dijo la Doncella al tiempo que asentía—. Entra. No oirán tu nombre de mis labios y, si a Maric se le va la lengua, le haré un nudo con ella.

El Aiel, al que Somara no le llegaba al hombro y que debía de pesar el doble como poco, esbozó una ligera sonrisa sin mirar en su dirección.

La costumbre de las Doncellas de dejarla pasar en los aposentos de Rand sin anunciarla había dado pie a situaciones embarazosas en el pasado, pero esta vez Rand no estaba tomando un baño. Era obvio que aquellas estancias habían pertenecido al rey, y la antesala parecía un salón del trono en miniatura. En miniatura, se entiende, comparándola con el de verdad. Los rayos ondulantes de un sol dorado, incrustado en el pulido suelo de piedra, medían casi dos metros y eran las únicas líneas curvas visibles. Grandes espejos con severos marcos dorados jalonaban las paredes debajo de amplias y rectas bandas del mismo tono áureo, y el ancho friso estaba hecho de triángulos superpuestos como escamas, asimismo dorados. A ambos lados del sol había dos filas de sillones, la una frente a la otra, tan rectas como los altos respaldos. Rand estaba sentado en otro sillón, con mucho más dorado que los restantes y el

respaldo el doble de alto, situado sobre un pequeño estrado que también tenía incrustaciones de oro. Vestía una roja chaqueta de seda, bordada con hilos de oro, y sostenía en el doblez del brazo aquel fragmento de lanza seanchan con el dragón tallado; su gesto era sombrío y ceñudo. Parecía un rey, un rey a punto de matar a alguien. Egwene se puso en jarras.

—Somara dice que deberías lavarte las orejas ahora mismo, jovencito —manifestó, y él levantó bruscamente la cabeza.

La sorpresa, y un atisbo de irritación, duró sólo un momento. Luego esbozó una mueca, bajó del estrado y echó el fragmento de lanza sobre el asiento del solio.

—¿Dónde demonios te has metido? —Salvó la distancia que los separaba, la cogió por los hombros y le hizo dar media vuelta para que se mirase en un espejo.

Egwene dio un respingo a despecho de sí misma. Vaya pinta tenía. El polvo —o más bien el barro al mezclarse con el sudor— se había colado a través del chal dejando churretes en las mejillas y en la frente, donde había intentado limpiárselo con el pañuelo.

—Le diré a Somara que mande traer un poco de agua. A lo mejor cree que es para mis orejas —observó fríamente Rand.

—No es menester —contestó con toda la dignidad de que fue capaz. No estaba dispuesta a lavarse con él allí plantado, mirándola. Sacó de nuevo el mugriento pañuelo y procuró limpiar los churretes más llamativos—. Vas a reunirte con Coiren y las otras dentro de poco. Supongo que no es necesario que te advierta que son peligrosas, ¿verdad?

—Me parece que acabas de hacerlo. No vienen todas. Puntualicé un máximo de tres, de modo que son ésas las que envían. —Reflejado en el espejo, lo vio ladear la cabeza como si estuviese escuchando algo y asentir. Cuando habló lo hizo en un susurro—. Sí, puedo vérmelas con tres, si no son demasiado fuertes. —De pronto advirtió que la joven lo observaba—. Ni que decir tiene que si una de ellas es Moghedien disfrazada con peluca o Semirhage puedo tener serios problemas.

—Rand, tienes que tomarte esto en serio. —El pañuelo no estaba sirviendo de mucho. Muy a regañadientes, escupió en él; no existía una forma digna de escupir en un pañuelo, simplemente—. Sé lo fuerte que eres, pero ellas son Aes Sedai. No puedes actuar como si fueran mujeres que vienen del campo. Aunque creas que Alviarin va a arrodillarse a tus pies, y todas sus amigas con ella, ten en cuenta que a éstas las envía Elaida. No puedes pensar que tiene otro propósito que ponerte una correa. Resumiendo, lo mejor que podrías hacer es mandarles que se marchen.

—¿Y confiar en tus desconocidas amigas? —preguntó suavemente. Demasiado suavemente.

No había nada que hacer con la suciedad de la cara; debería haberle dejado que mandara traer agua. Pero pedírselo ahora, después de haber rehusado, quedaba

descartado.

—Sabes que no puedes fiarte de Elaida —manifestó con cuidado mientras se volvía hacia él. Teniendo muy presente lo ocurrido la última vez, no quería mencionar siquiera a las Aes Sedai de Salidar—. Lo sabes.

—No me fío de ninguna Aes Sedai. Ellas —hubo una vacilación en su voz, como si hubiese pensado utilizar otra palabra, aunque Egwene no supo imaginar cuál— intentarán utilizarme, y yo a mi vez intentaré utilizarlas a ellas. Un bonito círculo, ¿no te parece?

Si la joven había considerado alguna vez la posibilidad de permitirle un acercamiento con las Aes Sedai de Salidar, sus ojos, tan duros, tan fríos que la hicieron estremecerse por dentro, la desengañaron.

Tal vez si Rand se encolerizaba lo bastante, si saltaban las chispas suficientes entre él y Coiren para que la delegación regresara a la Torre con las manos vacías…

—Si a ti te parece bonito, supongo que lo será. Al fin y al cabo eres el Dragón Renacido. En fin, puesto que tienes intención de seguir adelante con esto, más vale que lo hagas lo mejor posible. Recuerda que son Aes Sedai y que hasta un rey les muestra respeto, aun en el caso de no estar de acuerdo con ellas, y que se pondrá en camino hacia Tar Valon de inmediato si se lo llama allí. Incluso los Grandes Señores de Tear, o Pedron Niall, lo harían así. —El muy necio volvió a sonreírle o, mejor dicho, le enseñó los dientes en una mueca; el resto de su semblante continuaba tan impenetrable como un trozo de piedra.

»Espero que estés prestando atención a lo que te digo, porque mi intención es ayudarte. —No del modo que él esperaba, claro—. Si te propones utilizarlas no puedes encresparlas como a gatos escaldados. El Dragón Renacido no les causará más impresión que a mí, a pesar de tus ostentosas chaquetas, tus tronos y tu ridículo cetro. —Lanzó una mirada despectiva al fragmento de lanza; ¡Luz, esa cosa le ponía los pelos de punta!—. No van a caer de hinojos cuando te vean, y no vas a morirte por eso. Como tampoco por actuar con cortesía. Dobla tu envarado cuello, que no es degradante mostrar la debida deferencia ni un poco de humildad.

—La debida deferencia —repitió, pensativo. Con un suspiro, sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. Supongo que puedo hablar con una Aes Sedai del mismo modo que lo hago con algún lord que ha estado intrigando a mi espalda. Es un buen consejo, Egwene. Seré tan humilde como un ratón.

Procurando no dejar ver su prisa, volvió a frotarse la cara con el pañuelo a fin de disimular su estupefacción. No estaba segura de que sus ojos no parecieran a punto de salirse de las órbitas, pero así era como se sentía. ¡Durante toda su vida, cada vez que le había dicho que el camino de la derecha era el mejor, él había adelantado la barbilla replicando que era el izquierdo! ¿Por qué había elegido aquel momento para hacerle caso?

¿Servía para algo positivo tal como estaban las cosas? Al menos no lo perjudicaría mostrar cierto respeto. Aunque estas mujeres siguieran a Elaida, la idea de que cualquier persona se mostrara impertinente con una Aes Sedai la irritaba sobremanera. Sólo que, en este caso, habría querido que Rand fuera impertinente, más arrogante que nunca. Sin embargo, no tenía sentido decirle lo contrario ahora; y no porque fuera corto de entendederas. Sólo exasperante.

—¿Has venido sólo por eso? —preguntó.

Todavía no podía marcharse. Tal vez tenía la oportunidad de poner las cosas en su sitio o, al menos, asegurarse de que no iba a ser tan idiota como para ir a Tar Valon.

—¿Sabes que hay una Señora de las Olas en un barco en el río? El Espuma blanca. —Aquél era un tema tan bueno como cualquier otro para dar un nuevo enfoque a la conversación—. Vino a verte y he oído decir que se está impacientando. —Se lo había contado Gawyn. Al parecer, Erian en persona había ido en un bote hasta el velero para enterarse de qué hacían los Marinos tan tierra adentro, y le fue negado el permiso para subir a bordo. Había regresado con lo que podría considerarse un humor de perros en cualquier mujer que no fuera Aes Sedai. Egwene tenía la fundada sospecha de saber a qué habían venido, pero no pensaba decírselo a Rand; le estaría bien empleado conocer a alguien de quien no esperaba que se inclinara ante él.

—Por lo visto los Atha'an Miere están por todas partes. —Rand tomó asiento en uno de los sillones; por alguna razón, parecía divertido, pero Egwene habría jurado que no era por nada relacionado con los Marinos—. Berelain dice que debería entrevistarme con esa tal Harine din Togara Dos Vientos; pero, si su genio es tal como lo pinta Berelain, por mí puede esperar. De momento ya tengo a mi alrededor mujeres furiosas más que de sobra.

Aquello casi le daba pie para hablar de lo que quería, pero no del todo.

—No entiendo por qué, con ese encanto irresistible que tienes siempre. —Al punto Egwene deseó tragarse las palabras; sólo reafirmaría lo que no quería que Rand hiciera.

Él tenía fruncido el entrecejo y no parecía haberla oído.

—Egwene, sé que no te gusta Berelain, pero la cosa no va más allá ¿o sí? Me refiero a que has hecho tan buen trabajo en identificarte con los Aiel que casi te imagino ofreciéndole danzar las lanzas contigo. Estaba preocupada por algo, intranquila, pero no quiso decirme el motivo.

Probablemente la Principal había topado con un hombre que le había dicho «no»; eso sería suficiente para que el mundo de Berelain se tambaleara en sus cimientos.

—No he cambiado una docena de palabras con ella desde que salimos de la Ciudadela de Tear, y no muchas más antes. Rand, no creerás que…

Una de las hojas de la puerta se abrió justo lo suficiente para que Somara pasara, y la Doncella volvió a cerrarla rápidamente a su espalda.

—Las Aes Sedai están aquí, *Car'a'carn*.

Rand volvió la cabeza hacia la puerta, el semblante convertido en un pedazo de roca.

—¡No tenían que llegar hasta dentro de…! Así que intentando cogerme con la guardia baja, ¿no? Tienen que aprender quién da las órdenes aquí.

En ese momento a Egwene le importaba poco si trataban de pillarlo en paños menores. Olvidó por completo a Berelain. Somara hizo un ligero gesto que podría ser de conmiseración. Tampoco le importaba nada eso. Rand podía impedir que se la llevaran si se lo pedía. Sólo que tal cosa significaría tener que permanecer pegada a él de ahora en adelante para que no la aislaran con un escudo y se la llevaran sin contemplaciones en cuanto asomase la nariz a la calle. Significaría tener que pedírselo, ponerse bajo su protección. La diferencia entre eso y ser conducida dentro de un saco de vuelta a la Torre era tan mínima que sintió un nudo en el estómago. Para empezar, jamás se convertiría en Aes Sedai escondiéndose detrás de él; además, la idea de esconderse detrás de cualquiera le daba dentera. Sólo que estaban allí, al otro lado de la puerta, y antes de una hora la tendrían metida en el saco o algo por el estilo. Respirar lenta y profundamente varias veces no sirvió para templarle los nervios.

—Rand, ¿hay otro camino para salir de aquí? Si no, me esconderé en uno de los cuartos. No deben saber que me encuentro aquí. Rand… ¡Rand! ¿Me estás escuchando?

—Estás ahí —susurró él con voz ronca, pero definitivamente no hablaba con ella—. Sería demasiada coincidencia que pensases eso precisamente ahora. —Miraba fijamente al vacío, enfurecido y, tal vez, un tanto asustado—. ¡Maldito seas, respóndeme! ¡Sé que estás ahí!

Egwene se humedeció los labios con la punta de la lengua sin poder remediarlo. Puede que Somara lo estuviese observando con una expresión que podía describirse como la cariñosa preocupación de una madre —y él ni siquiera se daba cuenta de lo absurdo del gesto— pero a Egwene empezó a revolvérsele el estómago. No podía haberse vuelto loco tan de repente. Imposible. No obstante, hacía un momento parecía estar escuchando alguna voz oculta y quizá también respondiéndole.

La joven no recordaba haber salvado el trecho que los separaba, pero de pronto se encontró poniéndole una mano en la frente. Nynaeve decía siempre que lo primero era comprobar si la persona tenía fiebre, aunque eso no serviría para mucho en estas circunstancias. Ojalá supiera hacer algo más que sanar un arañazo con la Curación. Claro que tampoco eso serviría de gran cosa. No si Rand se había…

—Rand, ¿estás…? ¿Te encuentras bien?

Él reaccionó, echando atrás la cabeza bruscamente para retirarse de su mano al tiempo que le lanzaba una mirada desconfiada. Un instante después se ponía de pie,

la aferraba del brazo y casi la llevaba a rastras hacia el fondo de la sala, tan deprisa que la joven estuvo a punto de tropezarse con la falda al intentar mantener el paso.

—Quédate aquí y no te muevas —ordenó, enérgico, dejándola a un lado del estrado y dando un paso hacia atrás.

Frotándose el brazo con suficiente fuerza para que a él no le pasara inadvertido, hizo intención de seguirlo. Los hombres no eran conscientes de la fuerza que tenían; incluso Gawyn lo olvidaba algunas veces, aunque, para ser sincera, con él no le importaba.

—¿Qué te crees…?

—¡No te muevas! —Luego, en un timbre de desagrado, añadió—: Así la Luz lo abrase, esa cosa parece ondear si te mueves. La fijaré al suelo, pero aun así no puedes saltar de un lado para otro. Ignoro lo grande que puedo hacerla y éste no es el momento de comprobarlo.

Somara se había quedado pasmada, aunque enseguida reaccionó y cerró la boca rápidamente.

¿Fijar al suelo qué? ¿De qué demonios hablaba? Lo comprendió tan de repente que olvidó preguntarse a quién se refería con lo de que «la Luz lo abrase». Rand había tejido *Saidin* a su alrededor. Los ojos se le desorbitaron; estaba jadeando, pero no podía evitarlo. ¿Lo tendría muy cerca? Hasta la última brizna de su raciocinio le decía que la infección no podía filtrarse de lo que quiera que hubiese tejido; ya la había tocado con el *Saidin* anteriormente, pero, en todo caso, esa idea sólo sirvió para angustiarla más. En un gesto instintivo encogió los hombros y se recogió la falda, ajustándola por delante contra las piernas.

—¿Qué…? ¿Qué has hecho? —Se sintió orgullosa de la voz que le salió, puede que un tanto temblorosa, pero ni por asomo parecida al gemido angustiado que habría querido exhalar.

—Mira en ese espejo. —Se echó a reír. ¡A reír!

Malhumorada, hizo lo que le decía… y dio un respingo. Allí, en el cristal azogado, se reflejaba el solio sobre el estrado. Y parte de la sala. Pero no ella.

—Soy… invisible —musitó. Recordó que Moraine los había ocultado a todos una vez tras una pantalla de *Saidar*, pero ¿cómo lo había aprendido a hacer Rand?

—Es mucho mejor que esconderte debajo de mi cama —dijo.

Al hablar, Rand se dirigió al aire, a un punto situado a más de un palmo de donde estaba la cabeza de Egwene. ¡Meterse debajo de su cama! ¡No se le había pasado por la cabeza ni por un momento!

—Y quiero que veas lo respetuoso que puedo ser —continuó él. Su tono se hizo más serio al añadir—: Además, quizá pilles algo que a mí me pase inadvertido. A lo mejor hasta tienes a bien decírmelo.

Soltó una risotada y subió de un salto al estrado; recogió el fragmento de lanza

del asiento del solio y se acomodó en él.

—Hazlas pasar, Somara. Que la delegación de la Torre Blanca se acerque al Dragón Renacido.

Su sonrisa sesgada produjo casi tanta inquietud en Egwene como la proximidad del tejido de *Saidin*. ¿Cuán cerca estaba esa condenada cosa?

Somara salió, y al cabo de unos instantes las puertas se abrieron de par en par.

Una mujer rellena y de porte imponente, con un vestido azul oscuro, que sólo podía ser Coiren encabezaba el grupo; un paso por detrás, flanqueándola, venían Nesune, con un sencillo vestido de lana marrón, y una Aes Sedai envuelta en seda verde, una mujer bonita, de rostro redondo, con una boca llena de gesto exigente. Egwene habría querido que las Aes Sedai tuvieran que vestir con el color de su Ajah —las Blancas lo hacían siempre que tenían ocasión— porque, perteneciera esa mujer al que perteneciese, la joven estaba segura de que no era una Verde, habida cuenta de la dura mirada que asestó a Rand desde que dio el primer paso dentro de la sala. Una máscara de fría serenidad apenas ocultaba su desprecio; quizá sí lo enmascaraba para cualquiera que no estuviese acostumbrado a tratar con Aes Sedai. ¿Lo advertiría Rand? Tal vez no; parecía concentrado en Coiren, cuyo semblante era totalmente indescifrable. A Nesune, claro está, no le pasó nada por alto; sus ojos de pájaro lanzaban rápidas miradas a todos los rincones de la sala.

En aquel momento Egwene se alegraba de la pantalla que Rand había tejido para ella. Empezó a enjugarse el sudor de la cara con el pañuelo que todavía tenía en la mano y entonces se paró de golpe. Rand había dicho que lo fijaría al suelo. ¿Lo había hecho? Luz, por lo que notaba, podría encontrarse plantada allí en medio, a la vista de todos. Salvo que la mirada de Nesune pasó sobre ella sin siquiera detenerse. El sudor le corrió copiosamente por el rostro a Egwene. A mares. ¡Maldito hombre! Se habría encontrado tan a gusto escondida debajo de su cama…

Detrás de las Aes Sedai venía una docena más de mujeres, vestidas con sencillez y con toscos guardapolvos colgando a la espalda. Casi todas eran fornidas, pero avanzaban trabajosamente por el peso de dos arcones, nada pequeños, con la Llama de Tar Valon cincelada en las trabas de latón bruñido. Las sirvientas soltaron los arcones con sonoros suspiros de alivio y se frotaron los brazos y la espalda disimuladamente mientras las puertas se cerraban; Coiren y las otras dos se inclinaron en una reverencia ejecutada con una sincronización perfecta, aunque no muy profunda.

Rand se levantó del solio y bajó el estrado antes de que las mujeres se hubiesen enderezado. El brillo del *Saidar* envolvía a las Aes Sedai, juntas: estaban coligadas. Egwene trato de recordar lo que había visto, cómo lo habían hecho; a despecho del fulgor, su aparente calma no se alteró cuando Rand pasó junto a ellas y llegó ante las sirvientas para observar sus rostros uno por uno.

¿Qué estaba…? Oh, claro; se aseguraba de que ninguna de ellas tenía los rasgos intemporales de una Aes Sedai. Egwene sacudió la cabeza y de nuevo se detuvo de golpe. Rand era un necio si creía que eso era suficiente. Casi todas estaban entradas en años —no es que fueran viejas, ni mucho menos, aunque sí se les podía calcular una edad—, pero había dos lo bastante jóvenes para ser Aes Sedai ascendidas hacía poco tiempo. No lo eran —Egwene sólo percibió la habilidad en las tres Aes Sedai, y estaba a una distancia corta para advertirlo— pero él no podía saberlo sólo con mirarlas.

Rand le cogió la barbilla a una de las chicas y la hizo levantar la cara para mirarla a los ojos y sonreírle.

—No temas —susurró. La muchacha se balanceó como si fuera a desmayarse. Con un suspiro, Rand giró sobre sus talones. No miró a las Aes Sedai cuando pasó a su lado—. No encauzaréis en mi presencia —manifestó firmemente—. Soltadlo.

Una fugaz y calculadora expresión asomó al rostro de Nesune, pero las otros dos se limitaron a seguirlo con la mirada, serenamente, mientras volvía a tomar asiento. Rand se frotó un brazo; Egwene estaba presente cuando él había descubierto que ese hormigueo se lo provocaba una mujer encauzando.

—He dicho —repitió utilizando un tono más duro— que no encauzaréis en mi presencia. Ni siquiera abrazaréis el *Saidar*.

Los segundos parecieron alargarse increíblemente mientras Egwene rezaba en silencio. ¿Qué haría si ellas mantenían el contacto con la Fuente? ¿Intentar aislarlas? Aislar a una mujer del *Saidar* cuando ya lo había abrazado era mucho más difícil que hacerlo anticipadamente. Egwene dudaba que ni siquiera él fuera capaz de lograrlo siendo tres mujeres y, por si fuera poco, estando coligadas. Y, lo que era peor, ¿qué harían ellas si Rand intentaba algo así? El brillo desapareció, y Egwene reprimió un suspiro de alivio a duras penas. Lo que quiera que Rand hubiese tejido a su alrededor la hacía invisible, pero no servía de barrera para los sonidos, obviamente.

—Así está mejor. —La sonrisa de Rand las abarcó a todas, pero no se reflejó en sus ojos—. Empecemos otra vez desde el principio. Sois huéspedes honorables y acabáis de entrar en la sala.

Las mujeres lo entendieron, naturalmente. Rand no había estado haciendo suposiciones. Coiren se puso ligeramente tensa, y los ojos de la mujer de pelo negro se abrieron de par en par. Nesune se limitó a asentir para sí, como agregando un nuevo apunte a sus notas mentales. Egwene confió desesperadamente en que Rand tuviese cuidado. A la observadora Nesune no se le pasaría nada por alto.

Mediante un evidente esfuerzo, Coiren recobró la calma, se alisó el vestido y a punto estuvo de ajustarse el chal que no llevaba puesto.

—Me llamo Coiren Saeldain Aes Sedai —anunció con timbre sonoro—, y tengo el honor de ser la embajadora de la Torre Blanca y emisaria de Elaida do Avriny

a'Roihan, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

De un modo menos florido, aunque incluyendo el honorífico Aes Sedai, presentó a las otras dos; la mujer de mirada dura era Galina Casban.

—Soy Rand al'Thor. —La escueta simplicidad resultó un marcado contraste. Las mujeres no habían hecho mención al Dragón Renacido, y tampoco lo hizo él, pero de algún modo el hecho de que Rand lo omitiese dio la impresión de que la sala susurrara el título.

Coiren inhaló hondo y movió la cabeza como si oyera ese susurro.

—Traemos una gentil invitación al Dragón Renacido. La Sede Amyrlin es plenamente consciente de que han surgido señales y se han cumplido profecías, que… —Con aquel tono sonoro y profundo no tardó en llegar al meollo: que Rand debería acompañarlas «con los honores merecidos» a la Torre Blanca, y que si aceptaba esta invitación Elaida le ofrecía no sólo la protección de la Torre, sino el respaldo de todo el peso de su autoridad e influencia. Hubo otro poco de palabrería florida antes de que Coiren terminara con—: Y, como prueba de ello, la Sede Amyrlin envía este insignificante presente.

Se volvió hacia los arcones, levantando la mano, pero tuvo una vacilación e hizo un ligerísimo gesto de fastidio. Tuvo que hacer una seña dos veces antes de que las sirvientas comprendieran y levantaran las tapas; por lo visto, había planeado abrirlas con el *Saidar*. Los arcones estaban repletos de bolsas de cuero. Obedeciendo a otro gesto más brusco, las sirvientas empezaron a desatarlas.

Egwene contuvo un respingo. ¡No era de extrañar que esas mujeres los hubieran trasladado con esfuerzo! De las bolsas abiertas salieron monedas de oro de todos los tamaños, anillos relucientes, collares rutilantes y gemas sin engastar. Aunque las de abajo sólo contuvieran basura, lo que estaba a la vista representaba una fortuna.

Rand se recostó en el solio y contempló los arcones casi con una sonrisa. Las Aes Sedai lo estudiaron, sus rostros meras máscaras de compostura, pero aun así Egwene creyó detectar un atisbo de complacencia en los ojos de Coiren, y un leve aumento en el desprecio insinuado en los llenos labios de Galina. Nesune… Ella era el verdadero peligro.

Inopinadamente, las tapas se cerraron de golpe sin que ninguna mano las tocase, y las sirvientas retrocedieron de un salto, sin molestarse en ahogar sus chillidos. Las Aes Sedai se pusieron tensas, y Egwene rezó con tanta intensidad como sudaba. Quería que Rand se mostrara arrogante y un poco insolente, pero sólo lo justo para irritarlas, no hasta el extremo de empujarlas a intentar amansarlo allí mismo.

De repente cayó en la cuenta de que hasta el momento no había demostrado una actitud en nada parecida a ese «humilde como un ratón». Nunca había tenido intención de hacerlo. ¡Sólo le había estado tomando el pelo! Si no hubiera estado tan asustada que le temblaban las rodillas, se habría acercado para darle una buena

bofetada.

—Un montón de oro —dijo Rand. Parecía relajado, sonriendo de oreja a oreja—. Siempre puedo encontrar un buen uso para el oro.

Egwene parpadeó. ¡Hablaba de un modo que casi parecía avaricioso! Coiren respondió con otra sonrisa, ahora la viva imagen del aplomo y la satisfacción de sí misma.

—La Sede Amyrlin es, naturalmente, muy generosa. Cuando lleguéis a la Torre Blanca…

—Cuando llegue a la Torre Blanca —la interrumpió Rand como si pensase en voz alta—. Sí, espero con impaciencia ese día. —Se echó hacia adelante, acodado en una rodilla y haciendo oscilar el Cetro del Dragón—. Pero todavía tardaré un poco, ya sabéis. Tengo obligaciones que atender primero, aquí, en Andor y en otros lugares.

Los labios de Coiren se apretaron un instante. Su voz, empero, continuó tan sosegada y sonora como antes:

—Claro. No tenemos nada que objetar a descansar unos cuantos días antes de iniciar el viaje de regreso a Tar Valon. Entre tanto, ¿puedo sugeriros que una de nosotras se quede con vos para aconsejaros si así lo deseáis? Nos hemos enterado, claro es, de la lamentable muerte de Moraine. No puedo prestarme personalmente a ello, pero Nesune o Galina estarían encantadas.

Rand estudió, ceñudo, a las dos Aes Sedai nombradas, y Egwene contuvo la respiración. Parecía estar escuchando de nuevo a alguien o esperando oír algo. Nesune lo examinó a su vez tan directamente como él a ella. Los dedos de Galina alisaron la falda del vestido sin que la mujer fuera consciente de ello.

—No —dijo Rand finalmente, sentándose hacia atrás, con los brazos apoyados en los del sillón. Por alguna razón, su gesto hizo que el mueble pareciese más trono que antes—. No sería seguro. A lo mejor ocurriría un percance. No querría que ninguna de vosotras acabara con una lanza en las costillas por accidente. —Coiren abrió la boca, pero él se le adelantó:

»Por vuestra propia seguridad, ninguna de vosotras deberá acercarse a mí sin permiso a menos de un kilómetro. Y mejor aun sería que os mantuvieseis a esa distancia de palacio si no se os ha dado permiso. Os lo haré saber cuando esté dispuesto a acompañaros. Eso lo prometo. —De repente se puso de pie. Allí, encaramado en el estrado, estaba tan alto que las Aes Sedai tuvieron que doblar el cuello para mirarlo, y saltaba a la vista que eso les hacía tan poca gracia como las restricciones que acababa de imponerles. Tres rostros que parecían tallados en piedra se alzaron hacia él—. Podéis regresar a vuestra residencia ahora. Cuanto antes me ocupe de ciertas cosas, antes podré ir a la Torre. Os mandaré aviso cuando pueda recibiros otra vez.

No les gustaba nada que las despidiera tan repentinamente; o puede que fuera el

hecho de despedirlas —eran las Aes Sedai quienes decían cuándo había terminado una audiencia—, mas poco podían hacer al respecto salvo reducir al máximo las reverencias; la contrariedad casi se hizo patente a través de la calma Aes Sedai. Mientras se volvían para marcharse, Rand habló de nuevo, en un tono coloquial:

—Oh, por cierto, casi lo olvido. ¿Cómo está Alviarin?

—Está bien. —Galina se quedó boquiabierta un momento, con los ojos como platos. Parecía sorprendida de haber hablado.

Coiren vaciló, a punto de aprovechar la ocasión para añadir algo más, pero Rand ofrecía una actitud impaciente, como si estuviese en un tris de empezar a dar golpecitos en el suelo con el pie. Cuando las mujeres se hubieron marchado, bajó del estrado, sopesando el trozo de lanza y con los ojos prendidos en las puertas por las que habían salido. Egwene fue a reunirse con él sin perder un momento.

—¿A qué juegas, Rand al'Thor? —Había dado media docena de pasos antes de que, al atisbar su imagen en los espejos, cayera en la cuenta de que había pasado a través de su tejido de *Saidin*. Bueno, al menos no sabía cuándo la había tocado—. ¿Y bien?

—Es una de las de Alviarin —musitó, pensativo—. Me refiero a Galina. Es una de las amigas de Alviarin. Apostaría por ello.

Plantándose delante de él, Egwene resopló.

—Perderías tu apuesta y además te clavarías una horca en el pie. Galina es una Roja, o yo no conozco a ninguna.

—¿Porqué no le caigo bien? —Ahora la miraba, y la joven casi deseó que no lo hubiese hecho—. ¿Porque me tiene miedo? —No sonreía ni estaba irritado; ni siquiera la miraba con especial dureza, pero sus ojos parecían saber cosas que ella ignoraba. Y eso era algo que Egwene detestaba. Su sonrisa surgió tan de repente que la joven parpadeó—. Egwene, ¿esperas que crea que puedes descubrir el Ajah de una mujer por su cara?

—No, pero…

—De todos modos, hasta las Rojas pueden acabar siguiéndome. Conocen las Profecías tan bien como cualquiera. «La torre impoluta se rompe e hinca la rodilla ante el símbolo olvidado.» Escrito antes de que hubiese una Torre Blanca, pero ¿qué otra cosa podría ser «la torre impoluta»? ¿Y el símbolo olvidado? Mi estandarte, Egwene, con el antiguo símbolo de los Aes Sedai.

—¡Maldito seas, Rand al'Thor! —El juramento le salió con más torpeza de la que habría deseado; no estaba acostumbrada a decir esas cosas—. ¡Así te ciegue la Luz! No es posible que estés pensando realmente ir con ellas. ¡No es posible!

Sonrió divertido. ¡Divertido!

—¿Acaso no he hecho lo que querías? Lo que me dijiste que hiciera y lo que querías.

Egwene apretó los labios, furiosa. Malo era que él lo supiese, pero que encima se lo restregara en las narices, era de mala educación.

—Rand, por favor, escúchame. Elaida…

—La cuestión ahora es cómo hacerte volver a las tiendas sin que se enteren de que estabas aquí. Sospecho que tienen espías en palacio.

—¡Rand, tienes que…!

—¿Qué te parece un viajecito en uno de esos grandes cestos de ropa del lavadero? Podría encargar a un par de Doncellas que lo transportaran.

Faltó poco para que Egwene alzara las manos en un gesto exasperado. Estaba deseoso de librarse de ella, como lo había estado con las Aes Sedai.

—Mis propios pies bastarán, gracias. —¡Un cesto de ropa, vaya!—. No tendría que preocuparme por eso si me dijeses cómo vas y vienes de Caemlyn aquí cada vez que se te antoja. —No entendía por qué preguntárselo le escocía tanto, pero así era—. Sé que no puedes enseñarme; pero, si me dijeses cómo, quizá fuese capaz de discurrir cómo llevarlo a cabo con el *Saidar*.

En lugar de la broma a sus expensas que casi esperaba, Rand cogió un extremo de su chal con las dos manos.

—El Entramado —dijo—. Caemlyn. —Un dedo de la mano izquierda levantó el pico como si fuese el poste de una tienda—. Y Cairhien. —Un dedo de la otra mano hizo lo mismo con el otro pico, y luego unió ambos—. Doblo el Entramado y abro un agujero desde un punto al otro. No sé qué abro a través, pero no hay espacio entre un lado del agujero y el otro. —Dejó caer el chal—. ¿Te ayuda eso?

Egwene se mordió el labio y miró el chal frunciendo el ceño. No la ayudaba en absoluto. La mera idea de abrir un agujero en el Entramado le revolvía el estómago. Había esperado que fuera como algo que había descifrado respecto al *Tel'aran'rhiod*. No es que tuviese intención de utilizarlo nunca, naturalmente, pero había tenido todo ese tiempo en sus manos, y las Sabias seguían rezongando de que las Aes Sedai preguntaban cómo entrar en persona. Pensó que la manera más sencilla sería crear una similitud —similitud parecía la única forma de describirlo— entre el mundo real y su reflejo en el Mundo de los Sueños. Ello debería originar un espacio donde fuera posible pasar simplemente del uno al otro. Si el método de viajar de Rand hubiese tenido aunque sólo fuese un ligero parecido con eso, Egwene habría estado dispuesta a intentarlo, pero así… El *Saidar* realizaba lo que una quería, siempre y cuando se recordase que era infinitamente más fuerte que una y que había que guiarlo con delicadeza; si se intentaba forzar algo indebido, el resultado era la muerte o la consunción antes de que se tuviera tiempo siquiera de gritar.

—Rand, ¿estás seguro de que no tendría más sentido hacer como una copia de las cosas o…? —No sabía cómo exponerlo pero, en cualquier caso, él sacudió la cabeza antes de que dejara la frase en el aire.

—Eso suena como cambiar el tejido del Entramado, ¿no? Creo que me haría pedazos si lo intentara. Abro un agujero. —Le dio un golpecito con la punta del dedo a modo de demostración.

Bien, no tenía sentido continuar con ese tema. Egwene se ajustó el chal en un gesto irritado.

—Rand, respecto a esos Marinos, no sé nada más que lo que he leído sobre ellos. —Sí que sabía más, aunque todavía no pensaba decírselo—. Sin embargo, creo que tiene que ser algo importante si se han visto empujados a llegar tan lejos a fin de hablar contigo.

—Luz —rezongó con aire abstraído—, saltas de un asunto a otro como una gota de agua al caer sobre una plancha caliente. Los recibiré cuando tenga tiempo. —Se frotó la frente y, por un instante, dio la impresión de que sus ojos miraban a través de la joven, sin verla. Luego parpadeó y de nuevo enfocó la vista en ella—. ¿Es que piensas quedarte hasta que regresen?

Luz, sí que tenía ganas de librarse de ella. Egwene se detuvo en la puerta, pero Rand parecía haberse olvidado ya de ella y, con las manos enlazadas a la espalda, hablaba consigo mismo, en tono muy quedo, pero la joven alcanzó a escuchar algo:

—¿Dónde te escondes, maldita sea? ¡Sé que estás ahí!

Sacudida por un escalofrío, Egwene salió al pasillo. Si en realidad empezaba a volverse loco ya, no había nada que hacer para cambiarlo. La Rueda giraba según sus designios, y había que aceptarlo así.

Al caer en la cuenta de que estaba observando a los sirvientes que pasaban arriba y abajo del pasillo, preguntándose cuáles podrían ser espías de las Aes Sedai, Egwene se obligó a dejar de hacerlo. La Rueda giraba según sus designios. Tras despedirse de Somara con un gesto de la cabeza, la joven cuadró los hombros y se esforzó al máximo para no dirigirse a hurtadillas hacia la puerta de servicio más próxima.

Apenas se habló mientras el mejor carruaje de Arilyn se alejaba del Palacio del Sol, seguido por la carreta que había transportado los arcones y que ahora sólo cargaba con las sirvientas y el conductor. Dentro del carruaje, Nesune se daba golpecitos en los labios con los dedos, pensativa. Un joven fascinante. Un objeto de estudio francamente interesante. Su pie tocaba una de las cajas de especímenes que había debajo del asiento; nunca iba a ninguna parte sin llevar consigo las cajas de especímenes correspondientes. Cualquiera pensaría que el mundo tenía que estar catalogado desde hacía mucho tiempo; sin embargo, desde su partida de Tar Valon había recogido y guardado cincuenta plantas y el doble de insectos, así como las pieles y los huesos de un zorro, tres variedades de alondra y no menos de cinco especies de ardillas de tierra que estaba segura de que no aparecían en los registros.

—No sabía que mantuvieses amistad con Alviarin —dijo Coiren al cabo de un

rato.

Galina aspiró sonoramente el aire por la nariz.

—No hace falta ser amigas para saber que estaba bien cuando nos marchamos.

Nesune se preguntó si la hermana Roja era consciente de estar haciendo un mohín. Quizá no era un gesto, sino la forma de su boca, pero una tenía que aprender a vivir con su cara.

—¿Creéis que realmente lo sabía? —continuó Galina, refiriéndose a Rand—. ¿Que estábamos abrazando…? No, imposible. Tuvo que ser una conjetura, nada más.

Nesune prestó atención, aunque siguió dándose golpecitos en los labios con los dedos. Aquello era claramente un intento de cambiar de tema, además de un indicio de que Galina estaba nerviosa. El silencio se había prolongado durante tanto rato porque ninguna quería mencionar a al'Thor y no había otro tema de conversación posible. ¿Por qué Galina no quería hablar de Alviarin? Las dos no eran ciertamente amigas; eran contadas las Rojas que tenían amigas fuera de su Ajah. Nesune añadió el asunto en su lista mental.

—Pues si sólo hacía suposiciones, podría ganar una fortuna en las ferias. —Coiren no era tonta. Grandilocuente hasta la exageración, pero no tonta—. Por ridículo que pueda parecer, hemos de presuponer que es capaz de percibir el *Saidar* en una mujer.

—Eso podría resultar desastroso —mascullό Galina—. No. Es imposible. Tiene que haberlo supuesto. Cualquier hombre con capacidad de encauzar daría por hecho que abrazaríamos el *Saidar*.

El mohín de la Roja irritaba a Nesune. Toda esta expedición en sí la irritaba. Se habría sentido más que satisfecha de formar parte de ella si se lo hubiesen pedido, pero Jesse Bilal no había pedido su opinión, sino que prácticamente la había empujado hasta su caballo. Funcionasen las cosas como funcionasen en otros Ajahs, no era propio que la cabeza del consejo de Marrones actuara así. Lo peor, sin embargo, era que las compañeras de Nesune estaban tan concentradas en el joven al'Thor que parecían estar ciegas a todo lo demás.

—¿Tenéis alguna idea —reflexionó en voz alta— de quién era la hermana que compartió nuestra entrevista?

Tal vez no había sido una hermana —tres mujeres Aiel habían aparecido de repente en la Biblioteca Real cuando estaba allí y dos de ellas podían encauzar—, pero lo dijo porque quería ver sus reacciones. No se llevó una desilusión; o, mejor dicho, sí que la decepcionaron. Coiren se limitó a sentarse más erguida, pero Galina la miró de hito en hito. Nesune no pudo menos de soltar un suspiro. Realmente estaban ciegas. Sólo a unos pasos de distancia de una mujer capaz de encauzar y no se habían percatado por la simple razón de que no podían verla.

—Ignoro cómo estaba oculta —prosiguió Nesune—, pero será interesante

descubrirlo.

Tenía que haber sido obra de él o de lo contrario habrían visto el tejido del *Saidar*. Sus compañeras no le preguntaron si estaba segura pues sabían que sus conjeturas siempre eran acertadas.

—Es la confirmación de que Moraine está viva. —Galina se recostó con una torva sonrisa—. Sugiero que encarguemos a Beldeine que la encuentre. Entonces la cogeremos y la encerraremos en el sótano. Así no sólo la apartaremos de al'Thor, sino que los llevaremos juntos a Tar Valon. Dudo que él se dé cuenta siquiera, siempre y cuando pongamos suficiente oro brillando delante de sus narices.

Coiren sacudió la cabeza con énfasis.

—No tenemos más confirmación respecto a Moraine de la que teníamos antes. Podría tratarse de esa misteriosa Verde. En lo referente a encontrar a quienquiera que sea, estoy de acuerdo, pero hemos de considerar cuidadosamente lo demás. No quiero arriesgar todo lo que se ha planeado tan concienzudamente. Hay que tener presente que al'Thor está en contacto con esa hermana, sea quien sea, y que su petición de disponer de un poco de tiempo podría muy bien ser una estrategia. Afortunadamente disponemos de tiempo.

Galina, aunque de mala gana, asintió; antes se casaría y se establecería en una granja que poner en peligro los planes.

Nesune se permitió soltar un quedo suspiro. Aparte de la pomposidad, el único fallo real de Coiren era señalar lo obvio. Tenía una buena cabeza cuando la utilizaba. Y era cierto que disponían de tiempo. Su pie volvió a tocar una de las cajas de especímenes. Tomaran el giro que tomaran los acontecimientos, el trabajo que se proponía escribir sobre al'Thor sería la culminación de su obra.

28



Cartas

Que Lews Therin estaba allí no le cabía duda alguna a Rand, pero en su cabeza no sonaba un solo susurro que no fuese suyo. Durante el resto del día procuró pensar en otras cosas, por superfluas que fuesen. Berelain estaba con los nervios de punta a causa de las muchas veces que se acercó a ella para preguntarle sobre algo que la mujer era perfectamente capaz de manejar sin su intervención; Rand no estaba seguro, pero tenía la impresión de que empezaba a esquivarlo. Hasta Rhuarc comenzó a traslucir cierta expresión de sentirse acosado después de que Rand lo atosigó por décima vez respecto a los Shaido; éstos no se habían movido, y las únicas alternativas que Rhuarc veía era o dejarlos en la Daga del Verdugo de la Humanidad o sacarlos de allí a la fuerza. Herid Fel andaba perdido por ahí como solía hacer, según se apresuró a señalar Idrien, y no había modo de dar con él; cuando Fel se sumía en reflexiones a veces también se perdía en la ciudad. Rand gritó a la mujer, a pesar de que ni era culpa suya que hubiese desaparecido ni responsable del estudioso, pero la dejó pálida y temblando. El mal humor de Rand tenía el mismo efecto que una serie de tormentas desplazándose desde el horizonte de manera consecutiva. Gritó a Meilan y a Maringil hasta que estuvieron temblando de pies a cabeza y se marchó dejándolos pálidos como cadáveres; redujo a lady Colavaere a un manojo de nervios, lágrimas y palabras incoherentes, e incluso consiguió que Anaiyella saliera corriendo con las faldas recogidas hasta las rodillas. De hecho, cuando Amys y Sorilea se presentaron para preguntarle qué le habían dicho las Aes Sedai, también les gritó a ellas; a juzgar por el gesto de Sorilea cuando se marchaban, Rand sospechó que quizás ésa era la primera vez que alguien le había levantado la voz. Y todo por saber, por tener la certeza, de que Lews Therin estaba realmente allí, no sólo una voz, sino un hombre, metido dentro de su cabeza.

Casi le dio miedo quedarse dormido cuando cayó la noche; miedo de que Lews Therin pudiera tomar el control mientras dormía. Cuando por fin se quedó dormido, los agitados sueños le hicieron dar vueltas en la cama y mascullar. Con las primeras luces del día colándose por la ventana, Rand despertó enredado en las sábanas empapadas de sudor, con los ojos irritados, un sabor a podredumbre en la boca y las piernas doloridas. Los sueños que recordaba eran todos de estar huyendo a la carrera

de algo que no veía. Se levantó del enorme lecho de dosel e hizo sus abluciones en un lavamanos dorado. Como el cielo empezaba apenas a tomar el color gris que anuncia el alba, el *gai'shain* que traería agua caliente no había aparecido todavía, pero Rand se arregló con la que quedaba de la noche anterior.

Casi había terminado de afeitarse cuando se quedó en suspenso, con la cuchilla pegada a la cara, observándose en el espejo de pared. Corriendo. Había estado convencido de que era de los Renegados de quienes huía en sus sueños, o del Oscuro o del Tarmon Gai'don o puede que incluso de Lews Therin. Qué engreído; había dado por supuesto que el Dragón Renacido soñaría que lo perseguía el Oscuro. A pesar de todas sus protestas de ser Rand al'Thor, por lo visto le costaba tan poco trabajo olvidar eso como a los demás. Rand al'Thor había huido de Elayne, de su miedo de amar a Elayne, al igual que había huido por temor a amar a Aviendha.

El espejo se hizo añicos y los pedazos cayeron en la palangana de porcelana. Los trozos que quedaban en el marco le devolvían una imagen fragmentada de su rostro.

Soltó el *Saidin* y con deliberada lentitud arrastró el resto de espuma con la cuchilla y dobló la navaja de afeitar. Se acabó el correr. Haría lo que debía hacer, pero se había acabado el huir.

Dos Doncellas aguardaban en el corredor cuando salió de la habitación. Harilin, una larguirucha pelirroja que debía de tener más o menos su edad, corrió en busca de las demás tan pronto como lo vio aparecer por la puerta. La otra, Chiarid, una mujer rubia de ojos chispeantes y lo bastante mayor para ser su madre, lo acompañó por los pasillos, en los que se movían sólo unos pocos sirvientes que se sorprendieron al verlo levantado tan temprano. Por lo general a Chiarid le encantaba hacer bromas a sus expensas cuando estaban solos —Rand incluso entendía unas cuantas; la Doncella lo veía como a un hermano pequeño al que hacía falta bajarle un poco los humos—, pero la mujer advirtió su estado de ánimo y no dijo palabra. Y lanzó una mirada de desagrado a su espada, pero sólo una.

Nandera y el resto de las Doncellas los alcanzaron antes de que estuvieran a mitad de camino de la cámara de Viajes, y supieron interpretar su gesto y su silencio de inmediato. Otro tanto ocurrió con los mayenienses y los Ojos Negros que hacían guardia ante la cincelada puerta cuadrada. Rand pensaba ya que se marcharía de Cairhien sin que nadie hubiese pronunciado una palabra cuando una joven vestida con los colores rojo y azul de la servidumbre personal de Berelain entró corriendo en la estancia e hizo una profunda reverencia justo en el momento en que él abría el acceso.

—La Principal os envía esto —jadeó al tiempo que le tendía una carta lacrada con un gran sello verde. Por lo visto la muchacha había corrido todo el camino intentando dar con él—. Es de los Marinos, mi señor Dragón.

Rand se guardó la misiva en un bolsillo de la chaqueta y traspasó el acceso

haciendo caso omiso de las preguntas de la joven sirvienta sobre si había alguna respuesta. El silencio le cuadraba perfectamente esa mañana. Pasó el pulgar sobre la talla del Cetro del Dragón. Sería firme y duro y dejaría atrás toda su autocompasión.

El oscuro Salón del Trono de Caemlyn trajo de nuevo a Alanna agazapada en un rincón de su mente. Allí era de noche todavía, pero la Aes Sedai estaba despierta; Rand lo sabía con tanta certeza como que la mujer había estado llorando, como que sus lágrimas habían cesado unos instantes después de que él cerró el acceso una vez que hubo pasado la última Doncella. Un pequeño resto de indescifrable emoción permanecía en el fondo de su mente, mas estaba seguro de que ella sabía que había vuelto. Sin duda la Aes Sedai y su vínculo habían tenido también parte de culpa en su huida, pero Rand aceptaba ahora el vínculo aunque no le gustara. Esa idea casi le hizo soltar una risa irónica; más le valía aceptarlo, puesto que le era imposible cambiarlo. La mujer le había atado un hilo —simplemente un hilo; Luz, que no fuera nada más — y no debería causar problemas a no ser que la dejara aproximarse lo suficiente para convertirlo en una correa. Ojalá Thom Merrilin estuviese allí; seguramente el juglar sabía todo cuanto había que saber sobre Guardianes y vínculos; sabía cosas realmente sorprendentes. En fin, si encontraba a Elayne encontraría a Thom y no había que darle más vueltas al asunto.

El *Saidin* creó un globo de luz, con Fuego y Aire, para alumbrarle el camino fuera del Salón del Trono. Las antiguas reinas, ocultas en la oscuridad allá arriba, no lo perturbaron en absoluto. Sólo eran retratos en cristales de colores.

No pudo decir lo mismo de Aviendha. Nandera despidió a las Doncellas a las puertas de sus aposentos, excepto a Jalani, y las dos entraron con él para registrar las habitaciones mientras él utilizaba el Poder para encender las lámparas y dejaba el Cetro del Dragón sobre una mesita con incrustaciones de marfil que tenía mucho menos dorado de lo que habría tenido de estar en el Palacio del Sol. Ocurría lo mismo con todos los muebles, menos oro y más talla, por lo general de leones o rosas. Una enorme alfombra roja cubría el suelo, con hilo de oro perfilando el dibujo de rosas.

Si no hubiese estado conectado con el *Saidin*, Rand dudaba que hubiese oído los suaves pasos de las Doncellas; pero, antes de que las dos mujeres hubiesen cruzado la antesala, Aviendha salió de la habitación con el cabello despeinado y el cuchillo en la mano. Y sin más vestimenta que su piel. Al verlo se quedó rígida como un poste y volvió sobre sus pasos, casi corriendo. A través de la puerta apareció una lucecilla al encenderse una lámpara. Nandera soltó una queda risita e intercambió una mirada divertida con Jalani.

—Jamás entenderé a los Aiel —rezongó Rand a la par que cortaba el contacto con la Fuente. No lo dijo porque las Doncellas encontraran chusca la situación; hacía mucho que había renunciado a comprender el humor Aiel. Era por Aviendha. A lo mejor a ella le parecía muy divertido desnudarse delante de él para acostarse, pero

con que sólo le viera el tobillo cuando la joven no se proponía enseñarlo bastaba para que se convirtiera en una gata escaldada. Por no mencionar que lo culpaba a él. Nandera soltó otra risita.

—No es a los Aiel a los que no puedes entender, sino a las mujeres —dijo—. Ningún hombre nos entiende.

—Por otro lado —intervino Jalani—, los hombres son muy simples.

Rand la miró fijamente, y las mejillas de la muchacha, todavía con algunas redondeces de la adolescencia, se tiñeron con un leve rubor. Nandera parecía a punto de estallar en carcajadas.

«La muerte», susurró Lews Therin.

Rand se olvidó de golpe de todo lo demás.

«¿La muerte? ¿A qué te refieres?»

«Llega la muerte.»

«¿Qué clase de muerte? —demandó Rand—. ¿De qué hablas?»

«¿Quién eres? ¿Dónde estoy?»

Rand sintió como si una mano le apretara la garganta. Estaba seguro, claro, pero… Ésta era la primera vez que Lews Therin le había dicho algo, algo clara y evidentemente dirigido a él.

«Soy Rand al'Thor. Y tú estás dentro de mi cabeza.»

«¿Dentro de…? ¡No! ¡Yo soy yo! ¡Soy Lews Therin Telamon! ¡Yo soy yooooo!» El grito se perdió en la distancia.

«¡Vuelve! —gritó Rand—. ¿Qué muerte? ¡Respóndeme, maldito seas!»

Silencio. Rand rebulló con inquietud. Mejor saberlo, pero estar hablando mentalmente con un hombre muerto lo hacía sentirse manchado, como el ligero roce de la infección del *Saidin*.

Alguien le tocó el brazo, y Rand estuvo a punto de aferrar la Fuente de nuevo antes de darse cuenta de que era Aviendha. Debía de haberse metido la ropa a toda prisa, pero parecía como si hubiese empleado una hora en arreglarse a su gusto hasta el último pelo. La gente decía que los Aiel no mostraban emociones, pero la realidad es que eran más reservados que la mayoría. Sus rostros traslucían tanto como el de cualquier persona si uno sabía qué buscar en ellos. Y Aviendha estaba sosteniendo una lucha interna entre la preocupación y el deseo de estar furiosa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven.

—Sólo estaba pensando —contestó. Y no era mentira. «¡Respóndeme, Lews Therin! ¡Vuelve y respóndeme!» ¿Cómo se le habría ocurrido pensar que el silencio encajaba a la perfección con la mañana?

Por desgracia, Aviendha dio por buena su respuesta y, puesto que no había nada por que preocuparse… se puso en jarras. Eso era algo que sí entendía en las mujeres, ya fuesen Aiel, de Dos Ríos o de cualquier otro lugar; sin lugar a dudas, ponerse en

jarras significaba problemas. No habría hecho falta que se molestara en encender las lámparas, porque los ojos de Aviendha habrían bastado para iluminar la habitación.

—Te fuiste sin mí otra vez. Prometí a las Sabias que estaría contigo en todo momento hasta que tenga que marcharme, pero has reducido mi promesa a nada. Tienes *toh* conmigo por esto, Rand al'Thor. Nandera, de ahora en adelante se me comunicará adónde va y cuándo. No hay que permitirle marcharse sin mí si he de acompañarlo.

—Se hará como quieres, Aviendha —respondió la Doncella sin vacilar un instante.

—¡Eh, un momento! —las increpó Rand—. No se informará de mis idas y venidas a nadie salvo si yo digo que se haga.

—He dado mi palabra, Rand al'Thor —respondió Nandera con un timbre impasible mientras lo miraba directamente a los ojos, sin la menor intención de dar marcha atrás.

—Igual que la doy yo —abundó Jalani con idéntica impasibilidad.

Rand abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Maldito *ji'e'toh*. No tendría sentido mencionar que era el *Car'a'carn*, naturalmente. Aviendha parecía un tanto sorprendida de que incluso hubiese protestado; por lo visto para ella era un resultado inevitable. Rand movió los hombros con intranquilidad, aunque no a causa de Aviendha. Esa sensación de suciedad seguía allí, y más intensa. Quizá Lews Therin había vuelto. Lo llamó en silencio, pero tampoco ahora hubo respuesta.

Un toque en la puerta precedió por segundos a la entrada de la señora Harfor, que hizo su habitual reverencia. La primera doncella no acusaba lo temprano de la hora, por supuesto; en cualquier momento del día Reene Harfor ofrecía el aspecto de acabar de vestirse.

—Ha habido llegadas a la ciudad, mi señor Dragón, y lord Bashere creyó que se os debería comunicar lo más pronto posible. Lady Aemlyn y lord Culhan entraron ayer a mediodía y se han instalado con lord Pelivar. Lady Arathelle llegó una hora después, con un nutrido séquito. Lord Barel, lord Macharan, lady Sergase y lady Negara entraron por separado durante la noche, con sólo una reducida escolta cada uno. Ninguno ha presentado sus respetos en palacio. —Manifestó esto último con el mismo tono inexpresivo, sin el menor atisbo de su propia opinión.

—Son buenas noticias —respondió Rand, y lo eran, ni que hubiesen presentado sus respetos ni que no. Aemlyn y su esposo Culhan eran casi tan poderosos como Pelivar, y Arathelle más poderosa que ninguno excepto Dyelin y Luan. Los demás pertenecían a casas menores y sólo Barel ostentaba el título de Cabeza Insigne de su casa, pero los nobles que se habían opuesto a «Gaebril» empezaban a agruparse. Al menos eran buenas noticias siempre y cuando encontrara a Elayne antes de que decidiesen arrebatarle Caemlyn.

La señora Harfor lo observó un instante y después le tendió una carta sellada con cera azul.

—Esto se entregó en palacio ayer a última hora, mi señor Dragón. Lo trajo un mozo de cuadras. Un mozo de cuadras muy sucio. La Señora de las Olas de los Marinos no estaba muy complacida de que os hubieseis ido cuando acudió a la audiencia concedida. —Esta vez la desaprobación era claramente patente en su voz, aunque era imposible saber si la causaba la actitud de la Señora de las Olas o que Rand faltara a la audiencia o el modo en que se había entregado la misiva.

Rand suspiró; había olvidado por completo a los Marinos que estaban en Caemlyn. Eso le recordó la carta que le habían entregado en Cairhien, y la sacó del bolsillo. Tanto la cera verde como la azul llevaban la misma impresión, aunque no supo interpretar su significado. Eran dos cosas como cuencos someros, con una gruesa línea de adorno pasando de uno al otro. Las dos cartas iban dirigidas al «Coramoor» quienquiera o lo que quiera que fuese. Él, suponía. Quizás era así la manera en que los Marinos llamaban al Dragón Renacido. Rompió el sello azul en primer lugar. No había encabezamiento ni saludo y desde luego su redacción no se parecía en nada a los escritos que Rand había visto dirigidos al Dragón Renacido.

«Si la Luz quiere, quizá regreséis finalmente a Caemlyn. Ya que he viajado tan lejos para veros, tal vez encuentre tiempo para ello cuando hayáis vuelto.

»Zaida din Parede Ala Negra
»Señora de la Olas del clan Catelar.»

Por lo visto la señora Harfor tenía razón: la Señora de las Olas no estaba muy contenta precisamente. La misiva del sello verde contenía un mensaje que no era mucho mejor:

«Si la Luz quiere, os recibiré a bordo del Espuma blanca a la mayor brevedad posible.

»Harine din Togara Dos Vientos
»Señora de la Olas del clan Shodin.»

—¿Son malas noticias? —se interesó Aviendha.

—No lo sé. —Rand, que miraba las misivas con el entrecejo fruncido, apenas fue consciente de que la señora Harfor dejaba entrar a una mujer con el uniforme rojo y blanco e intercambiaba unas quedas palabras con ella. Ninguna de las dos mujeres de los Marinos parecía ser alguien con quien apeteciera pasar una hora siquiera. Había leído todas las traducciones de las Profecías del Dragón que había logrado encontrar

y, a pesar de que las más claras resultaban a menudo confusas, Rand no recordaba nada que hiciera alusión a los Atha'an Miere. Quizás al encontrarse en sus barcos en plena mar y en sus lejanas islas fuera un pueblo no afectado por él ni por el Tarmon Gai'don. Le debía una disculpa a la tal Zaida, pero tal vez podía endilgarle el asunto a Bashere; ciertamente el mariscal poseía suficientes títulos para halagar la vanidad de cualquiera—. Creo que no.

La criada que acababa de entrar se arrodilló ante él, con la canosa cabeza inclinada y las manos alzadas tendiéndole otra carta, ésta en un grueso pergamino. La postura de la mujer lo hizo parpadear; ni siquiera en Tear había visto a ningún criado en una actitud tan servil y mucho menos en Andor. La señora Harfor tenía fruncido el ceño y sacudía la cabeza.

—Esto ha llegado para mi señor Dragón —dijo la mujer arrodillada, sin alzar la vista hacia él.

—¿Sulin? —musitó Rand sin salir de su asombro—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué vas vestida con esa… ropa?

Sulin levantó la cara; ofrecía un aspecto horrible, como un lobo intentando con todas sus fuerzas fingir ser un ciervo.

—Es el uniforme que llevan las mujeres que sirven y obedecen lo que les ordenan a cambio de dinero. —Movió la carta que todavía sostenía en las manos alzadas—. Se me ordenó que dijera que esto acababa de llegar para mi señor Dragón, traído por un… jinete que partió tan pronto como lo entregó.

La primera doncella chasqueó la lengua con irritación.

—Quiero una respuesta clara, nada de evasivas —espetó Rand al tiempo que cogía de un manotazo el pergamino. La mujer se incorporó de un brinco tan pronto como él lo tuvo en sus manos—. ¡Vuelve aquí, Sulin! ¡Sulin, quiero que me respondas!

Pero la Aiel se alejó corriendo en dirección a las puertas tan deprisa como si llevara puesto el *cadin'sor* y salió del cuarto.

Por alguna razón, la señora Harfor asestó una mirada fulminante a Nandera.

—Te dije que no funcionaría. Y también os dije a las dos que mientras llevase el uniforme de palacio esperaba que hiciera honor a ello, ya sea una Aiel o la reina de Saldaea.

Tras hacer una breve reverencia a Rand y pronunciar un precipitado «mi señor Dragón», la primera doncella salió a paso vivo de la habitación al tiempo que rezongaba algo sobre los locos Aiel.

Rand no podía estar más de acuerdo con ella. Su mirada fue de Nandera a Aviendha y de ésta a Jalani. Ninguna de las tres parecía asombrada ni lo más mínimo, como si no hubiesen visto algo totalmente inusitado.

—Por la Luz bendita, ¿vais a contarme qué ocurre? ¡Ésa era Sulin!

—Al principio —empezó Nandera—, Sulin y yo fuimos a las cocinas. Ella creía que restregar ollas y cosas por el estilo sería lo apropiado. Pero el tipo que había allí dijo que no necesitaba más fregonas; parecía pensar que Sulin estaría peleando con las demás a todas horas. No era muy alto —alzó la mano por debajo de la barbilla de Rand—, pero sí corpulento, y creo que se habría ofrecido a danzar las lanzas con nosotras si no nos hubiésemos marchado. Entonces acudimos a la mujer llamada Reene Harfor ya que parecía ser la señora del techo aquí. —Una leve mueca de desagrado asomó fugazmente a su rostro; una mujer podía ser o no una señora del techo, pero en el modo de pensar Aiel no había lugar para una primera doncella—. Aunque no lo entendió acabó accediendo. Por un momento pensé que Sulin iba a cambiar de idea cuando comprendió que Reene Harfor se proponía hacerle poner un vestido, pero no lo hizo, claro es. Sulin tiene más entereza que yo. De estar en su lugar, habría preferido que me hiciese *gai'shain* un Seia Doon nuevo.

—Y yo habría preferido que me azotase el hermano primero de mi peor enemigo delante de mi madre, a diario durante un año entero —abundó Jalani.

Nandera estrechó los ojos en un gesto de desaprobación y sus dedos hicieron intención de moverse, aunque en lugar de utilizar el lenguaje de señas espetó con parsimonia:

—Fanfarroneas más que un Shaido, chica.

Si Jalani hubiese sido mayor, a buen seguro que los tres insultos deliberados habrían ocasionado problemas, pero en cambio la joven apretó los ojos para no ver a quienes habían sido testigos de la humillación. Rand se pasó los dedos entre el pelo.

—¿Que Reene no lo entendió? Yo sí que no lo entiendo, Nandera. ¿Por qué está haciendo Sulin esto? ¿Es que ha renunciado a la lanza? Si se ha casado con un andoreño —cosas más raras habían pasado a su alrededor—, le daré suficiente oro para comprar una granja o lo que quieran. No tiene que convertirse en una criada.

Jalani abrió los ojos de golpe; las tres mujeres lo miraban como si fuese él el que se había vuelto loco.

—Sulin cumple su *toh*, Rand al'Thor —manifestó firmemente Aviendha, que estaba muy erguida y lo miraba directamente a los ojos en una muy buena imitación de Amys. Sólo que cada día había menos de imitación y más de sí misma—. Esto no te incumbe.

Jalani asintió mostrándose completamente de acuerdo. Nandera se limitó a permanecer en silencio, examinando la punta de una lanza.

—Sulin me concierne —replicó Rand—. Si le pasa algo…

De repente recordó el intercambio de palabras que había escuchado antes de ir a Shadar Logoth. Nandera había acusado a Sulin de hablar a una *gai'shain* como si fuera una *Far Dareis Mai*, y Sulin lo admitió y dijo que se ocuparían de eso después. No había visto a Sulin desde su regreso de Shadar Logoth, pero había dado por

sentado que estaba enfadada con él y había dejado que otras se ocuparan de la tarea de protegerlo. Qué estupidez por su parte. Estar cerca de los Aiel durante tanto tiempo debería haberle bastado para aprender algo sobre el *ji'e'toh*, y las Doncellas en especial eran más susceptibles que cualquiera, salvo quizá los Soldados de Piedra y los Ojos Negros. Y luego estaba Aviendha y sus intentos de convertirlo en Aiel.

Esta situación era simple; o tan simple como podía ser cualquier cosa con el *ji'e'toh*. Si no hubiese estado tan absorto en sí mismo se habría dado cuenta desde el principio. Era posible recordarle a diario a una señora del techo lo que era, mientras llevara las ropas blancas de *gai'shain* —resultaba muy humillante, pero estaba permitido e incluso se fomentaba a veces—, pero para los miembros de nueve de las trece asociaciones guerreras hacerles tal recordatorio representaba una profunda humillación salvo en un puñado de circunstancias que Rand no conseguía recordar. La asociación de las *Far Dareis Mai* estaba entre esas nueve. Era uno de los contados modos de incurrir en *toh* hacia un *gai'shain*, pero se lo consideraba la obligación más dura de cumplir de todas. Aparentemente Sulin había escogido cumplirla al aceptar una humillación mayor, a los ojos de los Aiel, que aquella en la que había incurrido. Era su *toh*, y también le correspondía el derecho a elegir cómo saldarlo y hasta cuándo hacer aquello que más despreciaba. ¿Quién iba a saber mejor que ella el valor de su honor y la profundidad de su obligación? Con todo, si estaba haciendo aquello era debido a que él no le había dado tiempo suficiente para reunir a la escolta.

—Fue culpa mía —dijo.

Rand dijo justo lo que no debía decir. Jalani le lanzó una extraña mirada de sobresalto. Aviendha enrojeció de vergüenza; le había repetido hasta la saciedad que no había excusa posible con el *ji'e'toh*. Si salvar a un hijo llevaba a contraer una obligación con un enemigo acérrimo, se pagaba el precio sin rechistar.

La mirada que Nandera dirigió a Aviendha podría, en el mejor de los casos, describirse como desdeñosa.

—Si dejases de soñar despierta con sus cejas podrías enseñarle mejor.

El semblante de Aviendha se tornó sombrío por la indignación, pero Nandera hizo unos rápidos signos del lenguaje de las manos a Jalani y ésta prorrumpió en carcajadas en tanto que Aviendha se ponía colorada hasta la raíz del pelo y su expresión se tornaba de nuevo avergonzada. Rand casi esperaba oír una oferta de danzar las lanzas. Bueno, no exactamente; Aviendha le había enseñado que ni las Sabias ni sus aprendizas hacían tal cosa. Empero, no le habría sorprendido que la joven le atizara un bofetón a Nandera. En consecuencia, se apresuró a intervenir para evitar que ocurriera algo así.

—Puesto que fui yo quien causó que Sulin actuara como lo hizo, ¿no habré incurrido en *toh* con ella?

Por lo visto, sí era posible hacer más el tonto de lo que ya lo había hecho. A saber

cómo, el rostro de Aviendha se puso todavía más colorado y Jalani pareció sentir un repentino y profundo interés en la alfombra que estaba pisando. Hasta Nandera daba la impresión de estar un tanto desilusionada por su ignorancia. Podían decirle a uno que tenía *toh*, aunque era ofensivo, o se lo podían recordar, pero de modo que diera a entender que uno lo ignoraba. Bien, pues él sabía que lo tenía. Podía empezar por ordenar a Sulin que abandonara ese ridículo trabajo como sirvienta, que volviera a vestir el *cadin'sor* y… E impedirle que cumpliera con su *toh*. Cualquier cosa que él hiciese para aligerar su carga interferiría con el honor de la Doncella. Su *toh*, su decisión. Había algo en ello, pero Rand no veía qué. A lo mejor podía preguntarle a Aviendha. Lo haría después, cuando preguntarle no la llevara a morirse de vergüenza. La expresión plasmada en los semblantes de las tres mujeres dejaba muy claro que ya la había avergonzado más que de sobra para mucho tiempo. Luz, qué desastre.

Mientras se devanaba los sesos para encontrar una salida a la situación cayó en la cuenta de que todavía tenía en la mano la carta que Sulin le había llevado. Se metió el pergamino en un bolsillo para desabrocharse el cinturón de la espada y soltar el arma encima del Cetro del Dragón, tras lo cual volvió a sacar la misiva. ¿Quién le enviaría un mensaje con un jinete que ni siquiera había hecho un alto para desayunar? Por fuera no había nada escrito, ningún nombre; sólo el correo, ahora desaparecido, podría haber dicho a quién iba dirigido. Esta vez tampoco reconoció el sello, una especie de flor impresa en cera púrpura, pero el contenido, redactado en una escritura refinada, lo hizo sonreír pensativamente:

«Primo:

«Vivimos un momento muy delicado, pero siento que debo escribiros para aseguraros mi buena voluntad y para expresar mi esperanza de recibir la vuestra a cambio. No temáis; sé quién sois y os reconozco como tal, pero hay quienes no verían con buenos ojos que nadie se pusiera en contacto directo con vos, sin su mediación. Sólo pido que guardéis mis confidencias en el benevolente fuego de vuestro corazón.

«Alliandre Maritha.»

—¿Por qué sonríes? —preguntó Aviendha al tiempo que echaba una ojeada curiosa a la carta. Todavía quedaba un resto de ira en la comisura de sus labios por lo que le había hecho pasar.

—Porque es agradable tener noticias de alguien que actúa de manera sencilla —le contestó.

El Juego de las Casas era sencillo comparado con el *ji'e'toh*. El nombre bastaba para hacerle saber quién enviaba la misiva; pero, si el pergamino caía en las manos equivocadas, parecería una nota para un amigo o quizás una afectuosa contestación a

una petición. Alliandre Maritha Kigarin, por la Gracia de la Luz reina de Ghealdan, jamás firmaría de un modo tan familiar una carta a alguien a quien no conocía, y menos aun al Dragón Renacido. Era obvio que le preocupaban los Capas Blancas de Amadicia y el Profeta, Masema. Al final tendría que hacer algo respecto a Masema. Alliandre se mostraba cauta, sin arriesgarse en ese escrito más de lo estrictamente necesario, además de insinuarle que quemara la misiva. El benevolente fuego de su corazón. Con todo, era la primera vez que un dirigente había dado un paso hacia él voluntariamente, sin que tuviera a su nación entre la espada y la pared. Bien, ahora sólo hacía falta que encontrara a Elayne para poder entregarle Andor antes de tener que librar de nuevo otra batalla aquí.

La puerta se abrió suavemente y Rand alzó la cabeza; pero, al no ver a nadie, puso de nuevo su atención en la carta, preguntándose si sabría leer todo lo que había entre líneas. Repasó de nuevo la misiva mientras se frotaba la nariz. Lews Therin y su cháchara sobre la muerte. No conseguía librarse de aquella sensación de suciedad.

—Jalani y yo ocuparemos nuestros puestos en el pasillo —informó Nandera.

Rand asintió abstraído, sin quitar los ojos de la carta. A buen seguro que, con un primer vistazo, Thom descubriría otras seis cosas que a él se le habían pasado por alto.

Aviendha posó una mano en su brazo, pero la retiró bruscamente.

—Rand al'Thor, he de hablar contigo muy en serio.

De repente todo encajó en la mente de Rand. La puerta se había abierto. Percibía el hedor a suciedad; no era solamente una sensación, bien que tampoco podía describirse exactamente como un olor. Soltó la carta, apartó a Aviendha de un empujón lo bastante fuerte para que la joven perdiese el equilibrio y se cayera —la muchacha lanzó un grito de sorpresa, pero cayó lejos de él, por suerte, lejos del peligro; fue como si todo se lentificara—, y aferró el *Saidin* a la par que giraba sobre sí mismo.

Nandera y Jalani se volvían en ese momento para ver qué había hecho gritar a Aviendha. Rand tuvo que forzar la vista al máximo para localizar al hombre alto vestido con una chaqueta gris y al que ninguna de las dos Doncellas había visto en absoluto mientras se deslizaba justo a su lado, con los terribles ojos sin vida clavados en él. Incluso concentrándose, Rand tuvo que bregar para que la vista no se desviara del Hombre Gris, porque eso era: uno de los asesinos de la Sombra. En el momento en que la carta tocaba el suelo, el Hombre Gris comprendió que Rand lo había visto. El grito de Aviendha todavía resonaba en el aire y ella aún no había tocado con el trasero en el suelo cuando un cuchillo apareció en la mano del Hombre Gris, que aprestó el arma mientras se abalanzaba hacia adelante. Rand lo envolvió en flujos de Aire casi con desdén. Y entonces, de repente, un haz de fuego, grueso como la muñeca de un hombre, le pasó junto al hombro y abrió en el tórax del Hombre Gris

un agujero lo bastante ancho para que cupiera un puño. El asesino murió sin tener tiempo siquiera de estremecerse; su cabeza se dobló hacia abajo con aquellos ojos, tan muertos como antes, todavía prendidos en Rand al'Thor.

Muerto, lo que quiera que se le hubiese hecho al Hombre Gris para que resultara casi imposible de ver dejó de funcionar. Muerto, de repente se tornó tan visible como cualquier persona. Aviendha, que empezaba a levantarse del suelo, soltó un grito de sobresalto y Rand notó que se le ponía la piel de gallina, prueba de que la joven había abrazado el *Saidar*. La mano de Nandera subió rápidamente hacia el velo a la par que ahogaba una exclamación, y Jalani se cubrió a medias con el suyo.

Rand dejó que el cadáver se desplomara, pero no soltó el *Saidin* al volverse para mirar a Taim, que estaba plantado en el umbral del dormitorio.

—¿Por qué lo has matado? —Sólo una parte de la fría dureza de su voz podía achacarse a encontrarse en el vacío—. Lo tenía inmovilizado; podría habernos contado algo, tal vez incluso quién lo había enviado. En cualquier caso ¿qué haces aquí, metiéndote a hurtadillas en mi dormitorio?

Taim entró en la antesala haciendo gala de una absoluta tranquilidad; llevaba una chaqueta negra con bordados de dragones enroscados alrededor de las mangas, en azul y oro. Aviendha se incorporó precipitadamente y, a despecho del *Saidar*, la expresión de sus ojos daba a entender que lo mismo podía utilizar contra Taim el cuchillo que empuñaba que enfundarlo de nuevo. Nandera y Jalani se habían cubierto con el velo y estaban de puntillas y con las lanzas prestas. Taim hizo caso omiso de las mujeres; Rand notó que el hombre cortaba el contacto con el Poder. Taim no parecía siquiera preocupado por que el *Saidin* hinchiera a Rand todavía. Aquel peculiar gesto que insinuaba una sonrisa bailó en sus labios cuando miró al Hombre Gris muerto.

—Qué repugnantes estos Sin Alma. —Cualquier otra persona se habría estremecido, pero no Taim—. Llegué a vuestro balcón a través de un acceso porque pensé que querríais saber la noticia cuanto antes.

—¿Hay alguien que aprende demasiado deprisa? —lo interrumpió Rand y de nuevo apareció aquel atisbo de sonrisa en el otro hombre.

—No, ninguno de los Renegados se esconde tras un disfraz, a no ser que se las haya ingeniado para hacerse pasar por un muchacho de apenas veinte años. Se llama Jahar Narishma y posee el don innato, aunque todavía no lo ha desarrollado. Por lo general en los hombres suele manifestarse después que en las mujeres. Deberíais volver a la escuela; os sorprenderían los cambios habidos.

Rand no lo dudaba. Jahar Narishma no era un nombre andoreño; que él supiera, el Viaje no tenía límites, pero al parecer Taim estaba llevando a cabo su reclutamiento en lugares muy lejanos. Rand no dijo nada y se limitó a contemplar fijamente el cadáver desplomado en la alfombra. Taim torció el gesto, irritado, pero no perdió la

compostura.

—Creedme, desearía tanto como vos que aún viviera. Lo vi y actué sin pensar; lo último que querría es que murieseis. Lo inmovilizasteis en el momento en que encaucé, pero ya era demasiado tarde para frenarlo.

«Tengo que matarlo», murmuró Lews Therin, y el Poder hinchió a Rand. Petrificado, Rand se esforzó denodadamente para apartar el *Saidin,* y tuvo que emplearse a fondo porque Lews Therin trataba de aferrarlo, trataba de encauzar. Por último, lentamente, el Poder Único lo abandonó como el agua en un cubo con un agujero en el fondo.

«¿Por qué? —demandó—. ¿Por qué quieres matarlo?» Por toda respuesta hubo una risa demente y un lejano sollozo.

Aviendha lo observaba con una profunda preocupación plasmada en su semblante. Había enfundado el cuchillo, pero el hormigueo en la piel le reveló a Rand que no había soltado el *Saidar*. Las dos Doncellas se habían bajado el velo, ahora que parecía evidente que la aparición de Taim no era una amenaza; con todo, se las ingeniaron para no perder de vista al hombre al tiempo que vigilaban el resto de la sala y además se dirigían miradas avergonzadas la una a la otra por alguna razón.

Rand tomó asiento en una silla que había junto a la mesa donde había dejado su espada encima del Cetro del Dragón. El forcejeo interno sólo había durado unos instantes, pero sentía flojas las piernas. Lews Therin había estado a punto de hacerse con el control o, al menos, a punto de aferrar el *Saidin*. En otras ocasiones anteriores, en la escuela, Rand se había engañado a sí mismo, pero no esta vez.

Si Taim había advertido algo no dio señales de ello. Se inclinó para recoger la carta y le echó una ojeada antes de tendérsela a Rand con una mínima reverencia.

Rand se guardó el pergamino en un bolsillo. Nada alteraba a Taim; nada perturbaba su aplomo. ¿Por qué quería matarlo Lews Therin?

—Habida cuenta de lo dispuesto que estabas a dar caza a las Aes Sedai me sorprende que no hayas sugerido atacar a Sammael. Tú y yo y tal vez unos cuantos de los estudiantes más fuertes, cayendo de repente sobre él en Illian a través de un acceso. Tuvo que ser él quien mandó a ese hombre.

—Quizá —fue la escueta respuesta de Taim mientras echaba un vistazo al Hombre Gris—. Daría cualquier cosa por estar seguro. —Sus palabras tenían visos de realidad—. En cuanto a Illian, dudo que fuera tan fácil como deshacerse de un par de Aes Sedai. No dejo de pensar qué haría yo si estuviese en la piel de Sammael. Protegería la ciudad dividiéndola en pequeños sectores e instalando salvaguardias en cada uno de ellos de manera que si un hombre intentara encauzar sabría exactamente dónde localizarlo y reduciría a cenizas ese sector hasta sus cimientos antes de que tuviese tiempo de respirar.

Era exactamente lo mismo que Rand había pensado; nadie sabía defender un

lugar mejor que Sammael. Quizá lo único que pasaba era que Lews Therin estaba loco. O puede que también celoso. Rand intentó convencerse de que no había estado evitando ir a la escuela porque él sintiera celos, pero lo cierto es que siempre lo asaltaba una sensación de irritación cuando Taim estaba cerca.

—Ya me has comunicado la noticia que traías, de modo que te sugiero que vuelvas para ocuparte de instruir a ese tal Jahar Narishma. Y entrénalo bien. Es posible que tengamos que hacer uso de su habilidad muy pronto.

Los oscuros ojos de Taim relampaguearon un instante, pero enseguida saludó con una ligera inclinación de cabeza. Sin pronunciar palabra, aferró el *Saidin* y abrió un acceso allí mismo. Rand se obligó a permanecer sentado, sin entrar en contacto con la Fuente, hasta que el hombre se hubo ido y el acceso se estrechó en una línea perpendicular de brillante luz hasta desaparecer; no podía arriesgarse a sostener otra pugna con Lews Therin cuando cabía la posibilidad de perderla y encontrarse luchando contra Taim en contra de su voluntad. ¿Por qué ese afán de Lews Therin por verlo muerto? Luz, Lews Therin parecía desear verlos muertos a todos, incluido él mismo.

La mañana estaba transcurriendo con una continua sucesión de acontecimientos, sobre todo considerando que apenas había claridad en el cielo. Las buenas noticias superaban a las malas. Observó el cadáver del Hombre Gris despatarrado sobre la alfombra; probablemente la herida se había cauterizado en el mismo momento de producirse, pero la señora Harfor se aseguraría de hacérselo saber, sin necesidad de pronunciar una palabra, si había alguna mancha de sangre. En cuanto a la Señora de las Olas de los Marinos, por lo que a él respectaba podía cocerse en su propio mal genio hasta reventar; ya tenía bastantes problemas que afrontar para añadir el de otra mujer susceptible.

Nandera y Jalani seguían paradas cerca de la puerta, cambiando el peso ora en un pie ora en otro. Tendrían que haber salido para ocupar sus puestos en el pasillo tan pronto como Taim se hubo marchado.

—Si estáis preocupadas por lo del Hombre Gris, olvidadlo ya —dijo Rand—. Sólo un necio esperaría advertir la presencia de un Sin Alma a no ser por casualidad, y ninguna de vosotras es una necia.

—No es por eso —repuso, envarada, Nandera.

Jalani tenía tan tensa la mandíbula que resultaba obvio su esfuerzo por contener la lengua.

De repente Rand lo comprendió. No es que creyesen que tendrían que haber visto al Hombre Gris, pero aun así se sentían avergonzadas de no haberlo hecho. Avergonzadas por eso y temerosas de la vergüenza que sería si se corría la voz de su «fallo».

—No quiero que nadie sepa que Taim ha estado aquí ni lo que dijo. La gente ya

está bastante nerviosa sabiendo que la escuela se encuentra en algún lugar cerca de Caemlyn para que además le asuste la posibilidad de que él o cualquiera de los estudiantes puedan aparecer de repente. Creo que lo mejor es guardar silencio sobre todo lo ocurrido esta mañana. Es imposible ocultar un cadáver, pero quiero que me prometáis que no diréis nada salvo que un hombre intentó matarme y murió por ello. Eso es lo que me propongo decirles a todos y no me gustaría que me hicieseis pasar por mentiroso.

La gratitud reflejada en sus semblantes era palpable.

—Tengo *toh* contigo —manifestaron casi al unísono las dos Doncellas.

Rand se aclaró la garganta sonoramente; no era eso lo que pretendía, pero al menos había conseguido aliviarles el cargo de conciencia. De repente se le ocurrió un modo de ocuparse del asunto de Sulin. A la Doncella no le gustaría, pero con ello seguiría cumpliendo su *toh*, puede que más aun puesto que no sería de su agrado; además de que también él se quitaría en parte su sensación de culpabilidad y pagaría hasta cierto punto su *toh* con ella.

—Bien, id a hacer vuestra guardia o empezaré a pensar que queréis quedaros contemplando mis cejas. —Eso era lo que Nandera había dicho. ¿De verdad estaría Aviendha fascinada con sus cejas?—. Vamos. Y buscad a alguien que se lleve a este tipo de aquí. —Las dos se marcharon sonriendo de oreja a oreja e intercambiando signos del lenguaje de señas mientras Rand se incorporaba del sillón y cogía a Aviendha por el brazo—. Dijiste que querías hablar conmigo. Vayamos al dormitorio hasta que hayan limpiado la antesala.

Si había alguna mancha a lo mejor podría encauzar para limpiar. Aviendha se soltó de un tirón.

—¡No! ¡Ahí dentro no! —Inhaló hondo y suavizó el tono, pero seguía mostrándose desconfiada y un poco furiosa—. ¿Por qué no podemos hablar aquí?

Ninguna razón aparte de que había un hombre muerto en el suelo, pero eso a ella no le importaba. Lo empujó casi con violencia para que se sentara de nuevo en el sillón y después lo observó atentamente e hizo otra profunda inhalación antes de seguir hablando:

—El *ji'e'toh* es la esencia de los Aiel. Somos el *ji'e'toh*. Esta mañana me has avergonzado lo indecible.

Se cruzó de brazos y sus ojos se quedaron prendidos fijamente en los de él mientras lo sermoneaba por su ignorancia y hacía hincapié en la importancia de que la ocultara hasta que ella llenara esa laguna, y luego prosiguió reiterando que el *toh* debía cumplirse costase lo que costase. Se extendió un buen rato en esto.

Rand sabía que no era ninguna de estas cosas de lo que quería tratar cuando había dicho que quería hablar con él, pero estaba disfrutando demasiado mirándose en sus ojos para planteárselo. Disfrutando. Desmenuzó en pedacitos aquella complacencia

que le causaban sus ojos hasta machacarla de manera que sólo quedó un dolor sordo.

Creía que lo había disimulado, pero la expresión de su semblante debió de cambiar porque Aviendha enmudeció lentamente y se quedó plantada ante él, mirándolo en silencio. Con un obvio esfuerzo, la joven apartó la mirada.

—Al menos ahora lo entiendes —murmuró—. Tengo que… Necesito… En fin, siempre y cuando lo entiendas…

Se recogió los vuelos de la falda, cruzó la habitación rodeando el cadáver como si fuese un bulto de ropas y salió.

Dejándolo en una estancia menos luminosa por alguna razón; solo con un hombre muerto. No podía ser más apropiado. Cuando los *gai'shain* entraron para llevarse al Hombre Gris encontraron a Rand riendo suavemente.

Padan Fain estaba sentado con los pies recostados sobre un escabel, contemplando la belleza de la radiante luz de un nuevo amanecer reflejada en la curva hoja de su daga, a la que daba vueltas una y otra vez en sus manos. Llevarla en el cinturón no bastaba; de tanto en tanto tenía que cogerla. El enorme rubí engastado en el pomo irradiaba un sutil brillo de malevolencia. La daga era parte de él; o él de ella. La daga era parte de Aridhol, a la que los hombres llamaban Shadar Logoth; claro que también él era parte de Aridhol. O ésta era parte de él. Estaba muy loco y lo sabía, pero no le importaba. La luz del sol brilló en el acero, un acero ahora aun más mortífero que cualquiera de los fabricados en Thakandar.

Un susurro atrajo su atención y miró hacia el fondo de la habitación, donde el Myrddraal aguardaba a su disposición. El Fado no hizo intención de buscar su mirada; Fain le había quitado las ganas de hacerlo tiempo atrás.

Fain procuró sumirse de nuevo en la contemplación de la cuchilla, de la perfecta belleza de la muerte perfecta, de la belleza de lo que Aridhol había sido y volvería a ser, pero el Myrddraal había conseguido romper su concentración. La había echado a perder. Faltó poco para que Fain se acercase a él y lo matara. Los Semihombres tardaban mucho tiempo en morir; ¿cuánto tardaría si utilizaba la daga? Como si percibiera sus pensamientos, el ser volvió a moverse ligeramente. No, todavía podía serle útil.

De todos modos, le costaba mucho trabajo concentrarse en algo durante largo rato. Salvo, naturalmente, en Rand al'Thor. A tan corta distancia, podía sentirlo, señalar la dirección en la que estaba. Al'Thor tiraba de él, tiraba hasta resultar doloroso. Últimamente había una diferencia que había surgido de repente, casi como si otra persona hubiese tomado posesión parcial y súbitamente de al'Thor y, al hacerlo, había reducido una parte de la propia posesión de Fain. Bah, qué más daba. Al'Thor le pertenecía a él.

Quería percibir el dolor de al'Thor; a buen seguro ya le había infligido un poco al

menos. Hasta ahora simples pinchazos, pero muchos pinchazos acabarían desangrándolo. Los Capas Blancas presentaban una decidida e inflexible oposición al «Dragón Renacido». Los labios de Fain se atirantaron en una mueca burlona. No era probable que Niall hubiese apoyado jamás a al'Thor más de lo que lo haría Elaida, pero era mejor no dar nada por sentado con el maldito Rand al'Thor. En fin, había dado un buen repaso a esos dos con lo que había traído de Aridhol; puede que confiaran en su propia madre, pero ahora jamás lo harían en Rand al'Thor.

La puerta se abrió bruscamente, y el pequeño Perwyn Belman irrumpió en el cuarto perseguido por su madre. Nan Belman era una mujer atractiva aunque en la actualidad Fain rara vez reparaba en si una fémina lo era o no. Nan era una Amiga Siniestra que creía que sus juramentos se reducían a tener escarceos con la perversidad hasta que Padan Fain apareció en el umbral de su puerta. Pensaba que también él era Amigo Siniestro, uno de alto rango en los consejos. Fain, ni que decir tiene, había superado tal cosa con creces; podría darse por muerto en el momento en que uno de los Elegidos le pusiera las manos encima. La idea lo hizo reír entre dientes.

Perwyn y su madre dieron un respingo al advertir la presencia del Myrddraal, naturalmente, pero el chico se recuperó antes y llegó ante Fain antes de que la mujer hubiese recobrado el aliento.

—Maese Mordeth, maese Mordeth —gritó el chiquillo, brincando en uno y otro pie alternativamente; llevaba una chaqueta roja y blanca—. Tengo noticias para vos.

Mordeth. ¿Había utilizado ese nombre? En ocasiones no recordaba qué nombre daba ni cuál era el suyo. Se guardó la daga debajo de la chaqueta y esbozó una cálida sonrisa.

—Vaya, ¿y qué noticias son ésas, jovencito?

—Alguien intentó matar al Dragón Renacido esta mañana. Un hombre. Ahora está muerto. Se coló entre todos los Aiel sin que lo vieran y entró en los aposentos del señor Dragón.

Fain notó que su sonrisa daba paso a una mueca desagradable. ¿Que habían intentado matar a al'Thor? ¡Al'Thor era suyo! ¡Al'Thor moriría a sus manos y a las de nadie más! Un momento. ¿Que el asesino había pasado entre los Aiel sin que lo vieran y había entrado en los aposentos de al'Thor?

—¡Un Hombre Gris! —No reconoció su voz en aquel chirrido rasposo. Decir Hombres Grises era decir Elegidos. ¿Es que nunca iba a librarse de sus injerencias?

Tenía que descargar aquella inmensa rabia o reventaría. Casi como por casualidad pasó la mano por el rostro de chiquillo. Los ojos del pequeño se desorbitaron y sus dientes castañetearon por los temblores tan fuertes que sacudieron su cuerpo.

Fain no comprendía en realidad los trucos que hacía. Un poco del Oscuro, tal vez, un poco de Aridhol. Había ocurrido después de estar allí, después de que dejó de ser

simplemente Padan Fain, cuando esta habilidad empezó a manifestarse, poco a poco. Lo único que sabía era que ahora podía realizar ciertas cosas siempre y cuando tocara aquello en lo que quería que surtiera efecto.

Nan cayó de hinojos junto al sillón y aferró la chaqueta del hombre con los dedos crispados.

—¡Piedad, maese Mordeth! —jadeó—. Por favor, tened compasión. No es más que un chiquillo. ¡Sólo es un niño!

Durante un momento Fain la observó con curiosidad, la cabeza ladeada. Era una mujer bastante bonita, en verdad. Plantó un pie en el pecho de Nan y la empujó para incorporarse del sillón. El Myrddraal, echando ojeadas furtivas, giró bruscamente su rostro sin ojos cuando advirtió que Fain lo estaba mirando. También él recordaba sus… trucos.

Fain se puso a pasear; tenía que moverse. La caída de al'Thor tenía que ser obra suya —¡suya!— no de los Elegidos. ¿Cómo podía hacer daño a ese hombre, pero que le doliera de verdad? Estaban esas chicas charlatanas, en El Sabueso de Culain; pero, si al'Thor no había acudido cuando estaban destrozando Dos Ríos, ¿por qué iba a importarle si él quemaba la posada hasta los cimientos y a las mocosas con ella? ¿Qué efectivos tenía para actuar? Sólo quedaban unos pocos de los que habían sido sus Hijos de la Luz. La emboscada en la calle no había sido más que una prueba, realmente —¡habría hecho que el hombre que hubiese conseguido matar a Rand al'Thor le suplicara que lo desollara vivo!—, pero le había costado muchos hombres. Tenía al Myrddraal, un puñado de trollocs ocultos fuera de la ciudad, unos cuantos Amigos Siniestros reunidos en Caemlyn y en su camino desde Tar Valon, de donde salió arrastrado por el tirón de al'Thor. Le ocurría algo realmente curioso con los Amigos Siniestros. No tendría que haber ningún detalle que los identificase como tal, pero últimamente había descubierto que los distinguía con sólo mirarlos, incluso alguien que únicamente hubiese pensado jurar fidelidad a la Sombra, como si llevasen una mancha de hollín en la frente.

¡No! Tenía que concentrarse. ¡Concentrarse! Despejar su mente. Sus ojos cayeron sobre la mujer, que gimoteaba y acariciaba a su balbuciente mocoso mientras le hablaba en voz queda, como si eso sirviese de algo. Fain no tenía idea de cómo interrumpir uno de sus trucos una vez puesto en marcha; el chico sobreviviría, bien que le quedarían secuelas insignificantes, una vez que la cosa llegara a su término. Fain no había puesto mucho entusiasmo en hacerlo. Aclarar la mente. Pensar en otra cosa. Una mujer bonita. ¿Cuánto hacía que no había estado con una mujer?

Sonriendo, agarró a Nan por el brazo; tuvo que separarla a la fuerza del estúpido chico.

—Ven conmigo. —Su voz sonaba diferente, más distinguida, sin el menor rastro del acento lugardeño, pero él no se dio cuenta; nunca lo notaba—. Estoy seguro de

que, al menos, sabes cómo demostrar verdadero respeto. Si me complaces, no sufrirás ningún daño.

¿Por qué forcejeaba? Sabía que se estaba mostrando encantador. Al final tendría que hacerle daño a esta necia. Y todo por culpa de al'Thor.

29



Fuego y Energía

Nynaeve hizo un alto a la sombra de la Torre Chica y se enjugó la cara con cuidado, tras lo cual se guardó de nuevo el pañuelo en la manga. No es que sirviese de mucho —el sudor brotó de inmediato otra vez— pero quería tener el mejor aspecto posible ahí dentro. Deseaba aparentar un aire frío, sereno, digno. No tenía muchas posibilidades de lograrlo. Unos latidos dolorosos le martilleaban las sienes, y sentía el estómago… delicado; esa mañana había sido incapaz de mirar siquiera el desayuno. Era por el calor, desde luego, pero habría querido volverse a la cama, tumbarse hecha un ovillo y morir. Por si fuera poco, su percepción del tiempo volvía a incomodarla; el abrasador sol debería estar oculto tras unos nubarrones negros y amenazantes relámpagos.

Los Guardianes que aparentemente holgazaneaban en el exterior no tenían aspecto de guardias a primera vista, pero lo eran. Le recordaban a los Aiel que había visto en la Ciudadela de Tear; seguramente que parecían lobos incluso mientras dormían. Un hombre calvo, de rostro cuadrado, no mucho más alto que ella pero muy corpulento, salió trotando de la Torre Chica y continuó calle abajo, con la empuñadura de la espada sujeta a la espalda sobresaliendo por encima de su hombro. Hasta él —Jori, vinculado a Morvrin— tenía ese aire.

Ino, con el mechón de pelo atado en una cola de caballo, pasó conduciendo a su montura entre la multitud sin dar señales de que el calor lo afectara a pesar de las piezas metálicas y la cota de malla de la armadura que lo cubría de hombros para abajo. Se giró en la silla para mirarla con el ojo bueno, y su semblante se ensombreció. Birgitte había hablado con él, no cabía duda. Cada vez que el hombre la veía era obvio que esperaba que le pidiera caballos. A decir verdad, Nynaeve estaba tentada de hacerlo. Ni siquiera Elayne podía negar ya que su estancia allí estuviera sirviendo de algo. Bueno, sí que podía; y lo había hecho, aunque no habría debido.

Ino se perdió de vista al girar en una esquina, y Nynaeve suspiró. Sólo estaba retrasando entrar. A lo mejor Myrelle estaba allí dentro. Volvió a limpiarse la cara, y frunció el ceño al fijarse en su mano arrugada; ese día sería la undécima vez que fregaba ollas, y todavía le quedaban otras veintinueve más. ¡Veintinueve! Finalmente

entró.

Hacía un poco más de fresco en lo que había sido la sala común cuando la Torre Chica era una posada y le proporcionó un ligero alivio a su dolorida cabeza. Ahora todo el mundo llamaba a esta habitación la «sala de espera». No se había perdido tiempo en hacer reparaciones allí. En las chimeneas faltaban piedras y en las paredes se veían los listones en los huecos donde se había desprendido el yeso. Areina y Nicola, junto con otra novicia, estaban barriendo, aunque eso no mejoraba el aspecto del deslucido y gastado suelo; Areina estaba ceñuda, pero no era de extrañar ya que no le gustaba tener que hacer tareas con las novicias. En Salidar nadie estaba mano sobre mano. Al fondo de la sala, Romanda hablaba con dos Aes Sedai mayores —sus rostros serían intemporales, pero tenían blanco el cabello— que obviamente acababan de llegar a juzgar por los ligeros guardapolvos que todavía llevaban puestos. Ni rastro de Myrelle, cosa que provocó un suspiro de alivio en Nynaeve; ¡esa mujer la ponía de vuelta y media cada vez que se le presentaba la ocasión! Había Aes Sedai sentadas a las mesas desparejadas pero colocadas en ordenadas filas, trabajando en pergaminos o impartiendo órdenes a Guardianes o sirvientes, pero menos de las que Nynaeve había visto la primera vez que entró en la sala. Ahora sólo las Asentadas y su servidumbre vivían en los pisos de arriba; todos los demás habían sido trasladados a fin de dejar más sitio a las Aes Sedai para trabajar. La Torre Chica había adoptado atributos de la Torre Blanca, la ceremoniosa formalidad principalmente. Cuando Nynaeve había visto esa sala por primera vez bullía de actividad, daba la impresión de que se estaba haciendo algo. Una impresión falsa. Ahora parecía que hubiese aminorado el ajetreo, pero se respiraba el ambiente de la Torre Blanca.

Se acercó a una de las mesas, no la más próxima, e hizo una esmerada reverencia.

—Disculpad, Aes Sedai, pero me han dicho que Siuan y Leane estaban aquí. ¿Querríais indicarme dónde puedo encontrarlas?

La pluma con la que escribía Brendas se paró, y la mujer alzó los oscuros y fríos ojos. Nynaeve la había escogido a ella en lugar de a otra que estuviese más cerca de la puerta porque era una de las contadas Aes Sedai que nunca la había acribillado a preguntas respecto a Rand. Además de que en una ocasión, cuando Siuan era Amyrlin, había señalado a Brendas como alguien en quien podía confiarse. La confianza no tenía nada que ver con lo de ahora, pero Nynaeve aprovechaba cualquier pequeño consuelo.

—Están con algunas de las Asentadas, pequeña. —La voz de Brendas era un claro tañido y tan carente de emoción como su pálido semblante. Las Blancas rara vez denotaban emociones, pero Brendas jamás lo hacía.

Nynaeve reprimió un suspiro de irritación. Si las Asentadas las tenían ocupadas con las noticias recibidas de las informadoras, podrían tardar horas en estar libres. Tal vez incluso lo que quedaba de día, y para entonces ella estaría metida de cabeza en

las ollas.

—Gracias, Aes Sedai.

Brendas la interrumpió a mitad de una reverencia con un gesto.

—¿Hizo Theodrin algún progreso contigo ayer? —preguntó.

—No, Aes Sedai.

Si su voz sonaba un poco tensa y algo seca tenía motivos. Theodrin había dicho que se proponía intentarlo todo y, por lo visto, lo decía completamente en serio. La tentativa del día anterior consistía en que diera unos sorbos de vino para relajarse, sólo que, de algún modo, Nynaeve había acabado tomando algo más que unos sorbitos. No creía que jamás pudiese olvidar que la llevaron de vuelta a su cuarto cantando —¡cantando!— o recordarlo sin que la cara se le cayera de vergüenza. Brendas debía de saberlo. Debía de saberlo todo el mundo. Nynaeve deseó que se la tragara la tierra.

—Sólo lo pregunto porque parece que tus estudios están resintiéndose. He oído comentar a varias hermanas que da la impresión de que tus notables descubrimientos han llegado a su fin. Tal vez se debe a tus tareas extras, aunque Elayne descubre algo nuevo cada día a pesar de estar dando clases a las novicias y de limpiar ollas. Algunas hermanas se están planteando si podrían darte más ayuda que Theodrin. Si lo hacemos por turnos, trabajando contigo a lo largo de todo el día sin descanso, uno tras otro, quizá sea más fructífero que esas sesiones con alguien que, al fin y a la postre, es poco más que una Aceptada.

Habló con un tono tranquilo, sin el menor atisbo de acusación, pero aun así las mejillas de Nynaeve enrojecieron como si le hubiese gritado.

—Estoy convencida de que Theodrin encontrará la clave cualquier día de estos, Aes Sedai —respondió en un susurro apenas audible—. Y yo pondré aun más empeño.

Tras hacer una precipitada reverencia, giró sobre sus talones antes de que Brendas tuviera ocasión de detenerla otra vez. El resultado fue que se dio de bruces con una de las dos recién llegadas de pelo blanco. Se parecían lo bastante para ser verdaderas hermanas, casi un calco la una de la otra, con una delicada estructura ósea en sus aristocráticos rostros.

El choque no fue un simple roce, y Nynaeve trató de disculparse; pero la Aes Sedai clavó en ella una mirada que en nada tenía que envidiar a la de un halcón.

—Mira por dónde vas, Aceptada. En mis tiempos, una Aceptada que hubiese intentado atropellar a una Aes Sedai habría tenido el pelo más blanco que yo para cuando hubiese terminado de fregar suelos.

La otra le tocó el brazo.

—Oh, deja que la chica se vaya, Vandene. Tenemos trabajo que hacer.

La tal Vandene aspiró sonoramente el aire sin quitar los ojos de Nynaeve, pero se

dejó conducir fuera por la otra.

La joven esperó unos segundos para darles tiempo a alejarse y entonces vio salir de una de las salas de reuniones a Sheriam con Myrelle, Morvrin y Beonin. También Myrelle la vio a ella e hizo intención de encaminarse hacia allí; antes de que diese un paso, Sheriam y Morvrin pusieron una mano en los brazos de la hermana Verde y dijeron algo en voz baja, hablando deprisa, al tiempo que echaban constantes ojeadas a Nynaeve. Todavía hablando, las cuatro Aes Sedai cruzaron la sala y desaparecieron por otra puerta.

Nynaeve aguardó a encontrarse de nuevo fuera de la Torre Chica para darse un lento y fuerte tirón de la trenza. Se habían reunido con las Sabias la noche anterior, de modo que no resultaba difícil deducir por qué las otras habían frenado a Myrelle. Si finalmente Egwene había acudido al Corazón de la Ciudadela, no había que decírselo. Nynaeve al'Meara había caído en desgracia. Nynaeve al'Meara estaba fregando ollas como una novicia cuando quizá podría estar un escalón más arriba que una Aceptada. Nynaeve al'Meara no estaba llegando a ninguna parte con el tratamiento de Theodrin y todos sus descubrimientos maravillosos se habían acabado. Nynaeve al'Meara tal vez no se convirtiera nunca en Aes Sedai. Sabía que era un error empezar a canalizar exclusivamente a través de Elayne todo lo que le sacaban a Moghedien. ¡Lo sabía!

Sintió que la lengua se le encogía ante la evocación de un sabor asqueroso: infusión de agrimonia y hojas de ricino, un antídoto que había utilizado con cualquier chiquillo que no dejaba de mentir. Vale, había sido ella quien sugirió la idea, pero seguía siendo un error. Las Aes Sedai habían dejado de hablar sobre sus innovaciones; ahora hablaban de la falta de éstas. Aes Sedai que nunca se habían interesado especialmente en su bloqueo ahora consideraban un reto echarlo abajo. No tenía escapatoria. De un modo u otro, iba a acabar siendo examinada por Aes Sedai desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies, desde el alba hasta el ocaso.

Se dio otro tirón de la coleta, lo bastante fuerte para que le doliera el cuero cabelludo, y, habida cuenta de la jaqueca que tenía, aquello no mejoró su humor precisamente. Un soldado, con el yelmo de arquero y un jubón acolchado, aminoró el paso para contemplarla con curiosidad, pero Nynaeve le asestó tal mirada de refinada malevolencia que el hombre tropezó con sus propios pies y se perdió rápidamente entre la multitud. ¿Por qué tenía que ser Elayne tan testaruda?

Unas manos varoniles se posaron sobre sus hombros, y Nynaeve se volvió dispuesta a despellejar al tipo con su afilada lengua, pero las palabras murieron en su boca.

Thom Merrilin le sonreía bajo el largo y blanco bigote, y los penetrantes ojos azules chispeaban en su curtido rostro.

—Por tu expresión, Nynaeve, habría pensado que estás furiosa, pero sé que es tal tu dulzura que la gente te pide que remuevas su té con tus dedos.

Juilin Sandar estaba junto a él; el enjuto hombre parecía tallado en madera y se apoyaba en su vara de bambú. Juilin era teariano, no tarabonés, pero llevaba aquel ridículo gorro cónico con la copa plana, de color rojo, ahora mucho más desastrado que la última vez que Nynaeve lo había visto. El hombre se destocó bruscamente cuando ella lo miró. Los dos estaban polvorientos y extenuados por el viaje, con los rostros descarnados, si bien ninguno de ellos había sido rollizo nunca. Por su aspecto habríase dicho que habían dormido con la ropa puesta, cuando no en la silla de montar, todas las semanas que llevaban ausentes de Salidar.

Antes de que Nynaeve tuviese ocasión de abrir la boca, un remolino humano cayó sobre ellos. Elayne se arrojó en brazos de Thom con tanto ímpetu que el hombre trastabilló. Ni que decir tiene que él la levantó en vilo y le dio vueltas en círculo como si fuese una niña, a pesar de su leve cojera. Thom reía alegremente cuando la soltó en el suelo, y también la joven, que alzó una mano y le tiró del bigote, arreciando las risas de ambos. El viejo juglar examinó las manos de Elayne, tan arrugadas como las de Nynaeve, y le preguntó en qué lío se había metido al no estar él para hacerla ir por el buen camino, y la joven contestó que no necesitaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer, aunque lo echó todo a perder al enrojecer, soltar una risita y mordisquearse el labio.

Nynaeve respiró hondo. Había veces en que esos dos llevaban demasiado lejos su jueguecito de papá e hijita. Elayne actuaba en ocasiones como si creyera que tenía diez años, y él lo mismo.

—Creía que tenías una clase con las novicias esta mañana, Elayne.

La muchacha le echó una mirada de reojo y después se esforzó por recobrar la compostura y cierto decoro, aunque ya era demasiado tarde para eso, y se alisó el vestido.

—Le pedí a Calindin que se encargara ella —respondió con despreocupada actitud—. Pensé que podría hacerte compañía, y ahora me alegro de haberlo hecho —añadió, dirigiendo una sonrisa a Thom—. Así nos contaréis todo lo que habéis descubierto en Amadicia.

Nynaeve resopló por la nariz. De modo que hacerle compañía. No recordaba todo lo ocurrido el día anterior, pero sí que Elayne se reía mientras la desnudaba y la metía en la cama cuando el sol no se había puesto todavía. Y estaba segura de que la chica le había preguntado si quería que le trajera un cubo de agua para refrescarse la cabeza.

Thom no se dio cuenta de nada; casi todos los hombres estaban ciegos, aunque el juglar era bastante sagaz por regla general.

—Tendremos que ser breves —dijo él—. Ahora que Sheriam nos ha estrujado como a una bayeta, tiene intención de que informemos personalmente a algunas Asentadas. Por fortuna todo puede resumirse en pocas palabras. Hay tan pocos Capas

Blancas a lo largo del Eldar que cualquiera podría cruzarlo aunque anunciara su llegada un día antes con tambores y trompetas. Aparte de una fuerza considerable en la frontera con Tarabon y los hombres que tiene destacados para contener al Profeta en el norte, parece que Niall está reuniendo hasta el último Capa Blanca en Amadicia, y Ailron también está agrupando a sus soldados. El rumor sobre Salidar empezó a correr por las calles antes de que nos marcháramos; pero, si Niall le ha dedicado a eso más de un pensamiento pasajero, no hay indicios de ello.

—Tarabon —murmuró Juilin, con la mirada prendida en su gorro—. Toda ella un territorio peligroso para cualquiera que no sepa cuidar de sí mismo, o eso hemos oído.

Nynaeve no habría sabido decir a cuál de los dos hombres se le daba mejor fingir, pero estaba segura de que cualquiera de ellos podía mentir con una soltura que habría hecho palidecer de envidia a un mercader de lanas. Y ahora mismo estaba convencida de que ocultaban algo.

Elayne supo ver algo más. Agarró a Thom por las solapas y lo miró directamente a los ojos.

—Has oído algo sobre mi madre —declaró sosegadamente, y no era una pregunta.

Thom se atusó el bigote con los nudillos.

—Hay un centenar de rumores en todas las calles de Amadicia, pequeña, cada uno de ellos más absurdo que el anterior. —Su rostro descarnado y curtido era la viva imagen de la inocencia y la franqueza, pero ese hombre no había sido inocente ni en el día en que nació—. Se cuenta que la Torre Blanca al completo está aquí, en Salidar, con diez mil Guardianes preparados para cruzar el Eldar. Se dice que las Aes Sedai han ocupado Tanchico y que Rand tiene alas que utiliza para volar de aquí para allí por la noche, y…

—¡Thom! —apremió Elayne.

Él resopló y asestó una mirada furibunda a Juilin y a Nynaeve como si fuese culpa suya.

—Pequeña, sólo es un rumor, tan absurdo como cualquier otro de los que hemos oído y sin que te pueda confirmar nada aunque, créeme, lo he intentado. No tenía intención de mencionarlo, porque sólo serviría para remover tu angustia. Dejémoslo, pequeña.

—Thom. —Esta vez puso mucha más firmeza en la voz.

Juilin se movía con nerviosismo poniendo el peso ora en un pie ora en otro y su expresión evidenciaba que habría querido estar en cualquier otra parte.

—Bien, si quieres saberlo, allá va. Todo el mundo en Amadicia cree que tu madre se encuentra en la Fortaleza de la Luz y que va a dirigir un ejército de Capas Blancas de vuelta a Andor.

Elayne sacudió la cabeza mientras reía suavemente.

—Oh, Thom, ¿de verdad pensabas que algo así iba a preocuparme? Madre jamás acudiría a los Capas Blancas. Casi desearía que lo hubiese hecho, porque significaría que estaba viva, aunque con ello iría en contra de todo lo que me enseñó. ¡Llevar soldados extranjeros a Andor y nada menos que Capas Blancas! Sí, casi desearía que lo hubiese hecho. Pero, ya se sabe: «Si los deseos fuesen alas…» —Su sonrisa traslucía tristeza, pero era una tristeza amortiguada—. Ya he llorado mi pérdida, Thom. Madre está muerta y he de hacer cuanto esté en mi mano para ser digna de ella. Nunca habría prestado oídos a rumores ridículos ni tampoco habría llorado por ellos.

—Pequeña —musitó torpemente.

Nynaeve se preguntó qué sentía él, si es que sentía algo, respecto a la muerte de Morgase. Por increíble que pudiera parecer, Thom había sido el amante de Morgase en otros tiempos, cuando la reina era joven y Elayne poco más que un bebé. Por aquel entonces el juglar no debía de tener ese aspecto de haber estado puesto al sol para secarse. Nynaeve no sabía cómo o por qué había terminado esa relación, aparte de que Thom había tenido que escabullirse de Caemlyn con una orden de arresto pisándole los talones. No era precisamente la clase de historia de amor que aparece en los relatos. En este momento, ciertamente el juglar parecía preocupado sólo por si Elayne estaba diciendo la verdad o es que disimulaba su pena, en tanto le daba palmaditas en el hombro y le acariciaba el cabello. Si Nynaeve no hubiese deseado que alguna vez se gritaran el uno al otro como la gente normal, le habría parecido una escena tierna. Un carraspeo le puso fin.

—Maese Merrilin, maese Sandar, Sheriam Sedai dice que las Asentadas os recibirán ahora —anunció Tabitha mientras extendía los vuelos de su falda blanca al hacer una rápida reverencia—. Dice que se suponía que no debíais abandonar la Torre Chica.

—Vaya, con que la Torre Chica, ¿no? —repitió secamente Thom al tiempo que volvía la vista hacia la antigua posada—. Elayne, no pueden retenernos indefinidamente. Cuando hayamos acabado, tú y yo discutiremos… lo que quieras.

El juglar hizo un ademán a Tabitha para que se pusiera a la cabeza y regresó al interior del edificio cojeando visiblemente, como le ocurría cuando estaba cansado. Juilin cuadró los hombros y fue en pos de él como si se encaminase a la horca; después de todo, era teariano. Nynaeve y Elayne se quedaron allí sin mirarse la una a la otra.

—No pretendía… —empezó finalmente Nynaeve.

—No debí… —dijo al mismo tiempo Elayne.

Las dos enmudecieron a la par y transcurrieron unos segundos mientras se toqueteaban las faldas y se secaban las caras.

—Hace mucho calor para quedarse aquí plantadas —declaró al cabo Nynaeve.

No parecía probable que las Asentadas que estaban escuchando el informe de Siuan y Leane hiciesen un alto para recibir a Thom y a Juilin. Estas tareas solían repartírselas entre ellas. Por tanto, sólo quedaba Logain, aunque Nynaeve habría deseado que no fuera así. No sacaría nada en claro con él, pero eso era mejor que estar mano sobre mano hasta que una docena de Aes Sedai se le echaran encima con una lista interminable de tareas.

Suspiró y echó a andar calle abajo. Elayne la acompañó como si la hubiese invitado a hacerlo. Ello le sirvió a Nynaeve para encontrar la rabia que iba a necesitar. De repente advirtió que Elayne no llevaba nada puesto en las muñecas.

—¿Dónde está el brazalete? —preguntó quedamente. Nadie comprendería a qué se refería si la oía por casualidad, pero cuando se olvidaba la precaución una vez, después podía olvidarse por costumbre—. ¿Dónde está Marigan?

—Llevo el brazalete en mi bolsita, Nynaeve. —Elayne se apartó para que pasara un carromato de ruedas altas y después volvió a ponerse junto a la antigua Zahorí—. Marigan está lavando nuestra ropa, con otras veinte mujeres a su alrededor. Y gimiendo cada vez que se mueve. Dijo algo que no creyó que Birgitte pudiera oír, pero… No tuve más remedio que quitármelo, Nynaeve. Birgitte tenía todo el derecho y la verdad es que dolía. Le dije a Marigan que contase que se había caído por una escalera.

Nynaeve aspiró ruidosamente por la nariz, pero con falta de ganas. No había llevado mucho el brazalete últimamente y no porque no pudiera presentar como un descubrimiento suyo cualquier cosa que sacara a Moghedien. Estaba convencida de que la Renegada sabía algo sobre la Curación aunque no fuera consciente de ello —nadie podía estar tan ciego— y no había que olvidar lo del truco de detectar que un hombre estaba encauzando y que Moghedien insistía en que casi lo habían cogido. Lo cierto era que temía llegar a actuar con más dureza aun que Birgitte si estaba en contacto con la mujer más de lo absolutamente necesario. Tal vez se debía al modo en que la satisfacción parecía subyacer en todo, hasta cuando Moghedien gemía por la dolorosa reacción de Nynaeve en su intento de dominar esa detección. Quizá se debía a recordar lo asustada que se había sentido al encontrarse sola con la mujer y sin el brazalete. O puede que fuera el creciente desagrado de estar impidiendo que una Renegada recibiese su merecido. Acaso era un poco de todo eso. Lo que sí sabía era que ahora se ponía el brazalete a la fuerza y que cada vez que le veía la cara a Moghedien le entraban ganas de darle de puñetazos.

—No debí reírme —dijo Elayne—. Lo lamento.

Nynaeve se paró en seco, tan bruscamente que un jinete tuvo que tirar de las riendas para no arrollarla con su montura. El hombre gritó algo antes de perderse entre la multitud, pero la conmoción de Nynaeve impidió que escuchara las palabras.

No era por la disculpa de Elayne, sino por lo que tenía que decir. Lo que debía decir. La verdad.

Incapaz de mirar a la joven, echó a andar otra vez.

—Tenías derecho a reírte. Yo… —Tragó saliva con esfuerzo—. Hice el más completo ridículo. —Y era cierto. Unos pocos sorbos, había dicho Theodrin; una copa. Y había vaciado la jarra. Si iba a fracasar, más valía tener otra razón y no la verdadera: que no podía hacerlo—. Deberías haber mandado traer ese cubo de agua y meterme en él la cabeza hasta que hubiese sido capaz de recitar *La Gran Cacería del Cuerno* sin cometer un error.

Se arriesgó a mirar de reojo a Elayne. Unas pequeñas manchas rojas teñían los pómulos de la joven. De modo que sí había mencionado un cubo de agua.

—Podría ocurrirle a cualquiera —fue su escueta respuesta.

Nynaeve sintió que sus mejillas enrojecían. Cuando a Elayne le había pasado lo mismo, ella había hecho desaparecer los efectos del vino sumergiéndole la cabeza en agua una y otra vez.

—Tendrías que haber hecho lo que… lo que hubieses creído necesario para que se me pasara la borrachera.

Era la conversación más extraña que Nynaeve podía recordar; ella insistiendo en que había sido una completa idiota y que se merecía todo lo que resultara de ello, en tanto que Elayne buscaba excusa tras excusa para justificarla. La antigua Zahorí no entendía por qué se sentía tan bien culpándose de todo. No recordaba haber hecho algo así nunca sin intentar al menos justificarse o defenderse. Casi se enfadó con Elayne por no mostrarse de acuerdo en que había actuado como una payasa inmadura. Aquello duró hasta que llegaron a la pequeña casa de tejado de paja, al borde del pueblo, donde tenían a Logain.

—O lo dejas ya —advirtió finalmente Elayne—, o mando a buscar un cubo de agua ahora mismo.

Nynaeve abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Incluso en su actual euforia de admitir que se había equivocado aquello se pasaba de la raya. Sintiéndose tan bien no se veía con ánimos de trabajar con Logain. Además, tampoco serviría de nada a menos que recurriera a Moghedien poniéndose el brazalete, cosa que no estaba dispuesta a hacer encontrándose tan a gusto. Observó a los dos Guardianes que estaban apostados junto a la puerta de dintel de piedra. Se encontraban muy lejos para que la oyeran, pero a pesar de todo bajó el tono de voz:

—Elayne, vayámonos de aquí. Esta noche. —Estando Thom y Juilin en Salidar ya no hacía falta pedir a Ino que les consiguiera caballos—. A Caemlyn no, si no quieres. A Ebou Dar. Merilille jamás encontrará ese cuenco, y Sheriam nunca nos permitirá que vayamos a buscarlo. ¿Qué dices? ¿Esta noche?

—No, Nynaeve. ¿De qué le sirve a Rand que nos declaren fugitivas? Es lo que

seríamos. Lo prometiste, Nynaeve. Prometiste quedarte si encontrábamos algo.

—Si encontrábamos algo que pudiéramos utilizar. ¡Y esto es lo único que hemos sacado en limpio! —Alargó las manos y las puso casi debajo de la nariz de la joven.

La expresión de firmeza desapareció del semblante de Elayne; y de su voz. La heredera del trono frunció los labios en un mohín y bajó la vista al suelo.

—Nynaeve, sabes que le conté a Birgitte que nos quedábamos. Bien, pues, al parecer, le dijo a Ino que por ningún motivo te proporcionara un caballo a menos que ella estuviese de acuerdo. Le contó que estabas pensando en escaparte. No lo supe hasta que ya no tenía remedio. —Sacudió la cabeza con irritación—. Si esto es lo que significa tener un Guardián, no entiendo por qué hay alguien que quiera uno.

Nynaeve estaba tan indignada que pensó que echaría fuego por los ojos. De modo que ésa era la razón de que el shienariano la mirara así. La sensación de euforia se desvaneció, consumida por una abrasadora oleada de… En fin, en parte ira y en parte humillación. Ese hombre lo sabía, pensaba que ella… Un momento. Miró pensativa a Elayne unos segundos y después decidió no dar voz a la pregunta que se le había ocurrido. ¿Birgitte le había mencionado sólo su nombre a Ino o también había incluido el de Elayne? La muchacha se había buscado toda una familia adoptiva. En Thom encontraba al padre indulgente que deseaba enseñarle todo lo que sabía, y en Birgitte a una hermana mayor que creía que su deber era evitar que la menor se rompiera el cuello por montar caballos que todavía no dominaba.

—En ese caso —manifestó, tajante—, veamos qué consigo descubrir con Logain.

Era una casa pequeña con sólo dos cuartos, pero las gruesas paredes de piedra conservaban relativamente fresco el interior. Logain estaba en mangas de camisa, fumando una pipa y leyendo junto a una ventana. Las Aes Sedai le estaban dando un buen trato. Las mesas y sillas eran como todos los muebles que había en Salidar —nada primoroso pero bien construido, aunque ninguna pieza hacía juego con otra— y una alfombra con dibujos de volutas en rojo y dorado cubría gran parte del suelo, que estaba tan limpio que Nynaeve dudó que el hombre se encargara de barrerlo.

Logain dejó el libro cuando las dos mujeres entraron, sin que aparentemente le molestara que no hubiesen llamado a la puerta. Se levantó sin prisas, vació la pipa y se puso la chaqueta. Sólo entonces hizo una suave chanza:

—Qué agradable veros después de tanto tiempo. Creí que os habíais olvidado de mí. ¿Os apetece a alguna un poco de vino? Las Aes Sedai me lo tienen racionado, pero el que me dan no está nada mal.

La oferta del vino habría bastado —Nynaeve reprimió a duras penas un respingo— si no hubiese estado ya muy irritada. Recordando a Ino, el hecho de que fuese un varón era más que suficiente. No necesitó remover lo de la Torre Chica para enfurecerse, aunque pensar en ello contribuyó a aumentar su mal humor. La Fuente Verdadera surgió de pronto, como una calidez al borde de su radio visual. Se abrió a

ella, y el *Saidar* la inundó; si lo que había experimentado antes era euforia, esto sólo podía describirse como éxtasis. ¡Se estaba rindiendo al Poder, condenada Theodrin!

—Siéntate —le dijo fríamente—. No quiero oír tu cháchara, de modo que guarda silencio salvo para responder cuando te pregunte.

Logain se limitó a encogerse de hombros y obedeció, tan sumiso como un cachorrillo. No, de sumiso nada; aquella sonrisa era pura insolencia. En parte se debía a los sentimientos que albergaba hacia las Aes Sedai, de eso no le cabía duda a Nynaeve, y en parte… El hombre seguía con la mirada a Elayne, que se sentó en otra silla y se arregló los vuelos de la falda con estudiada calma; aunque Nynaeve no hubiese visto lo que estaba mirando habría sabido que era a una mujer. No había sonrisa de satisfacción ni lujuria, sólo… Nynaeve no sabía qué, pero cuando le dirigió la misma clase de mirada a ella de repente fue muy consciente de que ella era una mujer y él un hombre. Tal vez se debía a que era apuesto y tenía los hombros anchos, pero prefería tener mejor opinión de sí misma. No, pues claro que no podía ser por eso.

Se aclaró la garganta y tejió filamentos del *Saidar* en el hombre, de Aire y de Agua, de Fuego y de Tierra, de Energía. Todos los elementos de la Curación, pero utilizados ahora para sondear. Habría sido una ayuda poner sus manos en él, pero Nynaeve no se sentía capaz de hacer eso. Ya era bastante malo tocarlo con el Poder. Estaba tan sano y casi tan fuerte como un toro; no le pasaba nada… salvo por el agujero.

No era realmente un agujero, más bien la sensación de que lo que parecía continuo no lo era, de que lo que parecía suave y parejo en realidad bordeaba una ausencia. Conocía bien esa sensación, de los primeros días, cuando creía que realmente podría descubrir algo. Todavía le ponía la carne de gallina.

Logain alzó la vista hacia ella y la miró con intensidad. Nynaeve no recordaba haberse acercado. El hombre había adoptado un gesto que convertía su rostro en una máscara de descarado desprecio; no sería una Aes Sedai, pero sí algo que se le parecía mucho.

—¿Cómo puedes hacer todo eso a la vez? —preguntó Elayne—. No he podido seguir el rastro de la mitad siquiera.

—Chist —susurró Nynaeve. Disimulando el esfuerzo que requería, tomó la cabeza de Logain entre sus manos. Sí. Era mejor con el contacto físico, las sensaciones más intensas.

Dirigió todo el flujo del *Saidar* allí donde debería estar el agujero; y casi se sorprendió al hallar un vacío. A decir verdad, no esperaba descubrir nada todavía. Los hombres eran tan diferentes de las mujeres en el Poder como lo eran físicamente; puede que incluso más. Era como si examinara una roca para saber algo sobre peces. Le costaba mucho trabajo concentrarse en lo que estaba haciendo, consciente de que

sólo estaba cumpliendo con las formalidades; en realidad, matando el tiempo.

«¿Qué ha estado a punto de decir Myrelle? ¿Sería capaz de no darme un mensaje de Egwene?» Aquel vacío, tan pequeño que podría pasarlo por alto, era vasto una vez que deslizó los flujos dentro, lo bastante inmenso para tragárselos todos. «Si pudiese hablar con Egwene. Apostaría a que en el momento en que supiera que la Torre ha enviado una embajada a Rand y que las Aes Sedai de aquí están de brazos cruzados conseguiría convencer a Elayne de que hemos hecho todo lo que podíamos en este sitio.» Un vasto vacío; la nada. ¿Y qué pasaba con lo que había encontrado en Siuan y Leane, esa sensación de algo cortado? Estaba segura de que era real por muy débil que se notara. Los hombres y las mujeres podían ser diferentes, pero quizá… «Lo único que necesito es hablar con ella de algún modo. Enseguida verá que Rand estaría mejor con nosotras allí. Elayne le hará caso, porque cree que Egwene conoce a Rand mejor que nadie.» Ahí estaba. Algo cortado. Sólo la sensación, pero igual que en Siuan y Leane. «Bueno ¿y cómo la encuentro? Si se colara en nuestros sueños otra vez… Apuesto a que soy capaz de convencerla para que se reúna con nosotras. Las tres seríamos mucho más útiles al lado de Rand. Juntas podríamos explicarle lo que descubrimos en el *Tel'aran'rhiod*, impedir que, por su testarudez, cometiera algún error estúpido con las Aes Sedai. Ella lo entendería.» Algo respecto a ese corte… Si estuviese conectado con Fuego y Energía, así…

Fue el gesto de Logain, cuyos ojos se desorbitaron ligeramente, lo que le hizo entender lo que había hecho. Se le cortó la respiración. Se apartó de él, reculando, tan deprisa que se tropezó con la falda.

—Nynaeve ¿qué te pa…? —empezó Elayne al tiempo que se sentaba derecha.

En un abrir y cerrar de ojos la antigua Zahorí había absorbido todo el *Saidar* que era capaz y lo había reconducido para crear un escudo.

—Ve a buscar a Sheriam —barbotó—. A nadie más, sólo a ella. Dile… —Hizo una inhalación que parecía la primera después de horas; su corazón parecía un caballo desbocado—. Dile que he curado a Logain.

30



Curar otra vez

Algo empujaba contra el escudo que Nynaeve había puesto entre Logain y la Fuente Verdadera, creciendo en fuerza hasta que el escudo empezó a doblarse y a temblar, a punto de desgarrarse. Dejó que el *Saidar* fluyera a través de ella, encauzando cada hilo en Energía en el escudo, hasta que la dulzura llegó al punto crítico del dolor.

—¡Ve, Elayne! —No le importó en absoluto que su orden sonara como un chillido destemplado.

Elayne, que la Luz la bendijera, no perdió tiempo en hacer preguntas. Saltó de la silla y se marchó a todo correr.

Logain no había movido un solo músculo. Sus ojos estaban prendidos en los de ella; parecían brillar. Luz, qué grande era. Nynaeve tanteó torpemente el cinturón para coger su puñal y comprendió lo ridículo de su gesto —seguramente el hombre se lo arrebataría sin el menor esfuerzo; sus hombros le parecieron de repente anchísimos — y dirigió parte de su tejido hacia Aire, creando unas ataduras que lo inmovilizaron en la silla, de brazos y piernas. Seguía siendo un tipo muy grande, pero de pronto parecía más normal, totalmente dócil. Sólo que entonces a Nynaeve se le ocurrió que había reducido la fuerza del escudo. Empero, era incapaz de encauzar una pizca más; de hecho ya… el puro gozo de vivir que era el *Saidar* se había vuelto tan intenso dentro de ella que casi quería llorar. Logain le sonrió.

Uno de los Guardianes asomó la cabeza por la puerta; era un hombre de cabello oscuro, nariz aguileña y con una blanquecina cicatriz recorriéndole toda la angulosa mandíbula.

—¿Va todo bien? La otra Aceptada salió corriendo como si se hubiese sentado en un rodal de ortigas.

—Todo está bajo control —contestó fríamente Nynaeve. Tan fríamente como fue capaz. Nadie debía saberlo, ¡nadie!, hasta que hubiese hablado con Sheriam y la hubiese puesto de su parte—. Elayne recordó de repente algo que había olvidado. —Eso sonaba estúpido—. Podéis dejarnos. Estoy muy ocupada.

Tervail —así se llamaba, Tervail Dura, y estaba vinculado a Beonin; ¿y qué demonios importaba su nombre?— le dedicó una irónica sonrisa e hizo una burlona reverencia antes de retirarse. Los Guardianes rara vez consentían que una Aceptada jugara a ser Aes Sedai.

Nynaeve tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no lamerse los labios. Observó atentamente a Logain. El hombre estaba aparentemente tranquilo, como si nada hubiese cambiado.

—No hay necesidad de esto, Nynaeve. ¿Crees que me lanzaría a atacar un pueblo en el que hay cientos de Aes Sedai? Me cortarían en pedacitos antes de que hubiese dado dos pasos.

—Cállate —repuso de manera automática. Tanteando a su espalda encontró una silla y se sentó sin quitar un instante los ojos de él. Luz, ¿por qué tardaba tanto Sheriam? Tenía que entender que había sido un accidente. ¡Tenía que entenderlo! La rabia contra sí misma era lo único que la mantenía en disposición de encauzar. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada, tan estúpida?

—No tengas miedo —dijo Logain—. No me volveré contra ellas ahora. Están teniendo éxito en lo que deseo, lo sepan o no. El Ajah Rojo está acabado. Dentro de un año no habrá una sola Aes Sedai que se atreva a admitir que es una Roja.

—¡He dicho que te calles! —espetó—. ¿Piensas que voy a creer que sólo odias a las Rojas?

—¿Sabes? Una vez vi a un hombre que ocasionará más problemas de los que causé yo nunca. Quizás era el Dragón Renacido, no lo sé. Fue cuando me conducían a través de Caemlyn, después de ser capturado. Estaba lejos, pero vi un… un resplandor, y supe que sacudiría al mundo en sus cimientos. A pesar de estar enjaulado, no pude menos de echarme a reír.

Desplazando una pequeña parte del Aire que lo ataba, Nynaeve la forzó contra la boca del hombre a guisa de mordaza. Las cejas de Logain se fruncieron en un gesto de ira que desapareció en un visto y no visto, pero a la antigua Zahorí no le importó. Ahora lo tenía a buen recaudo. Al menos… En fin, no había hecho ningún intento de resistirse ni forcejear, pero a lo mejor era porque sabía desde el principio que sólo se enredaría más. Y podía ser así. Sin embargo, ¿hasta qué punto se había esforzado en romper el escudo? Sólo aquel empujón, no exactamente incrementando la fuerza con lentitud pero tampoco con rapidez; fue casi como un hombre estirando los músculos entumecidos tras un largo período sin utilizarlos, empujando contra algo no con la intención de moverlo, sino sólo por la necesidad de sentir de nuevo esos músculos. La idea le heló las entrañas.

Irritándola aun más, unas arrugas divertidas se marcaron en los ojos de Logain, casi como si el hombre supiera lo que acababa de pasársele por la cabeza. Estaba allí sentado, con la boca entreabierta ridículamente, atado y aislado con un escudo, y era

él el que se encontraba tan tranquilo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? No era la persona adecuada para ser Aes Sedai, ni aunque su bloqueo desapareciera en ese momento. No era una persona a la que se pudiera dejar a su libre albedrío. Tendrían que advertir a Birgitte que tuviera cuidado de ella para que no se fuera de bruces al suelo al intentar cruzar la calle.

Los reproches y la reprimenda para sus adentros no eran intencionados, pero con ello consiguió mantener encendida la rabia lo suficiente hasta que la puerta se abrió de par en par. No era Elayne.

Sheriam entró detrás de Romanda, con Myrelle, Morvrin y Takima pisándole los talones, y a continuación Lelaine, Janya, Delana, Bharatine y Beonin. Y más, apiñándose en el cuarto hasta llenarlo. Nynaeve alcanzó a ver a otras a través de la puerta, que no tenía hueco para cerrarse. Las que estaban dentro la miraban de hito en hito a ella y a su tejido, con tanta intensidad que Nynaeve tragó saliva con esfuerzo y toda su rabia se esfumó. Y, naturalmente, ocurrió lo mismo con el escudo y las ataduras de Logain.

Antes de que Nynaeve tuviese ocasión de pedir que alguien volviera a aislarlo, Nisao se plantó frente a ella. A pesar de ser baja, Nisao se las ingenió para parecer enorme.

—¿Y bien? ¿Qué es toda esa tontería de que lo has curado?

—¿Es eso lo que dice que ha hecho? —Logain se las arregló para parecer sorprendido.

Varilin se adelantó para ponerse junto a Nisao. La esbelta y pelirroja Gris parecía enorme por la sencilla razón de que era tan alta como Logain.

—Me temía algo así en cuanto todo el mundo empezó a mimarla por sus descubrimientos. Cuando se le acabaron, los mimos cesaron, y era de esperar que hiciese una afirmación absurda para recuperarlos.

—Fue por permitirle fantasear respecto a Siuan y a Leane —manifestó firmemente Romanda—. Y con este tipo. ¡Habría que haberle dicho que hay cosas que no tienen cura y se acabó!

—¡Pero lo hice! —protestó Nynaeve—. ¡Lo hice! Por favor, aisladlo con un escudo. ¡Por favor, tenéis que hacerlo!

Las Aes Sedai que estaban frente a ella se volvieron a mirar a Logain, abriendo justo un hueco para que también ella pudiera verlo. El hombre aguantó todas las miradas con cara impasible. ¡Incluso se encogió de hombros!

—Creo que lo menos que podemos hacer es aislarlo hasta que estemos completamente seguras —sugirió Sheriam.

Romanda asintió y un escudo cobró vida, lo bastante fuerte para retener a un gigante, mientras el brillo del *Saidar* rodeaba a casi todas las mujeres que había en el cuarto. Romanda puso un poco de orden nombrando enérgicamente a seis de ellas

para que se ocupasen de mantener un escudo de menor potencia pero adecuado. La mano de Myrelle se ciñó en torno al brazo de Nynaeve.

—Si nos disculpas, Romanda, tenemos que hablar a solas con Nynaeve.

Romanda asintió con aire ausente. Estaba observando a Logain con el entrecejo fruncido. Como casi todas las Aes Sedai presentes; nadie se movió para marcharse.

Sheriam y Myrelle levantaron a Nynaeve de la silla y la llevaron hacia la puerta casi en volandas.

—¿Qué estáis haciendo? —demandó, falta de aliento—. ¿Adónde me lleváis?

Fuera, se abrieron paso entre la multitud de Aes Sedai, muchas de las cuales le dirigieron miradas frías, incluso acusadoras. Pasaron delante de Elayne, que hizo una mueca, disculpándose. Nynaeve miró hacia atrás mientras las dos Aes Sedai la conducían tan deprisa que tropezaba cada dos por tres. No es que esperase que Elayne la ayudara, pero podía ser la última vez que viera a la heredera del trono. Beonin le estaba diciendo algo a Elayne, que salió corriendo entre la multitud.

—¿Qué vais a hacerme? —gimió Nynaeve.

—Podríamos tenerte fregando ollas durante el resto de tu vida —respondió Sheriam en tono coloquial.

—Sí —asintió Myrelle—. Podrías trabajar en las cocinas todo el día.

—O podríamos hacer que te azotaran a diario.

—Arrancarte la piel a tiras.

—Meterte en un barril, clavarlo y alimentarte a través del agujero del tapón del fondo.

—Pero sólo con papilla. Con papilla agria.

A Nynaeve le flaqueaban las piernas.

—¡Fue un accidente! ¡Lo juro! ¡No era mi intención!

Sheriam la zarandeó de manera contundente aunque sin perder el paso.

—No seas necia, muchacha. Puede que acabes de haber logrado lo imposible.

—¿Me creéis? ¡Me creéis! ¿Por qué no dijisteis algo cuando Nisao y Varilin y…? ¿Por qué no dijisteis algo?

—He dicho «puede», pequeña. —El timbre de Sheriam era deprimentemente neutral.

—Otra posibilidad es que tu cerebro se haya resentido por la tensión. —Myrelle observó a Nynaeve con los ojos entrecerrados—. Te sorprendería el número de Aceptadas, e incluso de novicias, que afirman haber descubierto algún Talento perdido o que han encontrado uno nuevo. Cuando era novicia, una Aceptada llamada Echiko estaba tan convencida de que sabía cómo volar que saltó desde lo alto de la Torre.

Nynaeve, a la que la cabeza le daba vueltas, miró a una y otra Aes Sedai. ¿Le creían o no? ¿De verdad pensaban que su mente se había resentido? «¿Qué demonios

van a hacer conmigo?» Trató de encontrar palabras para convencerlas —no mentía ni estaba loca; había curado a Logain— pero su boca seguía moviéndose sin emitir ningún sonido cuando la metieron a toda prisa en la Torre Chica.

Hasta que no hubieron entrado en lo que en tiempos había sido un comedor privado, una estancia grande en la que ahora había una mesa estrecha con sillas detrás, cerca de una de las paredes, Nynaeve no advirtió que llevaban detrás una comitiva. Más de una docena de Aes Sedai entraron pisándoles los talones; Nisao, cruzada de brazos, y Dagdara, con la barbilla tan adelantada que parecía tener intención de caminar a través de una pared, y Shanelle y Therva y… Todas del Ajah Amarillo, excepto Sheriam y Myrelle. Aquella mesa sugería la sala de un magistrado, y esa hilera de semblantes severos insinuaba un juicio. Nynaeve tragó saliva con esfuerzo.

Sheriam y Myrelle la dejaron de pie y rodearon la mesa para conferenciar en voz baja, de espaldas a ella. Cuando se volvieron de nuevo, la expresión de sus rostros era indescifrable.

—Afirmas haber curado a Logain. —Había un atisbo de desdén en la voz de Sheriam—. Aseguras haber curado a un hombre amansado.

—Tenéis que creerme —protestó Nynaeve—. Vos dijisteis que sí. —Dio un brinco cuando algo invisible le azotó las nalgas.

—No olvides quién eres, Aceptada —dijo fríamente Sheriam—. ¿Haces tal afirmación?

Nynaeve la miró intensamente. Era Sheriam la que estaba loca, con esos cambios bruscos de actitud; sin embargo, la antigua Zahorí se las ingenió para responder respetuosamente:

—Sí, Aes Sedai.

Dagdara resopló tan fuerte que sonó como un trozo de lona desgarrándose. Sheriam atajó con un gesto el murmullo que se había levantado entre las Amarillas.

—Y dices que lo hiciste accidentalmente. Si es ése el caso, supongo que no hay posibilidad de que lo pruebes haciéndolo de nuevo.

—¿Cómo iba a poder? —intervino Myrelle, que parecía divertida. ¡Divertida!—. Si ha llegado a ello tanteando a ciegas, ¿cómo podría repetirlo? Pero eso no importaría a menos que realmente lo haya hecho.

—¡Respóndeme! —espetó Sheriam, y el invisible azote golpeó otra vez. En esta ocasión Nynaeve logró no saltar—. ¿Hay alguna posibilidad de que recuerdes, aunque sólo sea en parte, lo que hiciste?

—Lo recuerdo, Aes Sedai —respondió hoscamente, poniéndose en tensión a la espera de otro golpe. No lo hubo, pero ahora percibió el brillo del *Saidar* envolviendo a Sheriam, y parecía amenazador.

Se produjo un pequeño alboroto en la puerta, y Carlinya y Beonin se abrieron

paso entre la fila de Amarillas, una llevando a Siuan y la otra a Leane.

—No querían venir —informó Beonin con un tono exasperado—. ¿Puedes creer que intentaron decirnos que estaban ocupadas?

El rostro de Leane estaba tan inexpresivo como el del cualquier Aes Sedai, pero Siuan lanzaba miradas hoscas, furiosas a todo el mundo, en especial a Nynaeve.

Finalmente la Aceptada comprendió. Por fin todo encajó en su sitio. La presencia de las hermanas Amarillas. Sheriam y Myrelle creyéndole, después no creyéndole, amenazándola, golpeándola. Todo a propósito, todo para ponerla lo bastante furiosa para realizar su Curación en Siuan y Leane, para demostrar su valía a las Amarillas. No. A juzgar por sus expresiones, estaban allí para verla fracasar, no para presenciar su éxito. Nynaeve no hizo el menor esfuerzo por disimular el firme tirón que se dio a la trenza. De hecho, se dio un segundo por si alguna había pasado por alto el primero. Deseaba abofetearlas a todas. Deseaba hacerles tragar una cocción de hierbas que las haría sentarse en el suelo y llorar como criaturas sólo por el olor. Deseaba arrancarles el pelo y estrangularlas con él. Deseaba…

—¿Voy a tener que aguantar esta estupidez? —gruñó Siuan—. Tengo trabajo importante que hacer, pero aunque sólo fuera limpiar pescado seguiría siendo más imp…

—Oh, cierra el pico —la interrumpió, irritada, Nynaeve. Avanzó un paso y cogió la cabeza de Siuan con las dos manos como si se propusiera partirle el cuello. Se había creído todas esas tonterías. ¡Hasta lo del barril! ¡La habían manipulado como a una marioneta!

El *Saidar* la llenó y la mujer encauzó igual que había hecho con Logain, combinando los Cinco Poderes. Esta vez sabía lo que buscaba, esa casi imperceptible sensación de algo cortado. Energía y Fuego para recomponer la ruptura y…

De momento Siuan se limitó a mirarla fija, inexpresivamente. Después el brillo del *Saidar* la envolvió. Exclamaciones ahogadas llenaron la sala. Lentamente, Siuan se inclinó hacia Nynaeve y la besó en ambas mejillas. Un lágrima se deslizó por su rostro, después otra y de repente Siuan prorrumpió en sollozos, ciñéndose a sí misma y tiritando; el halo reluciente que la envolvía se apagó. Sheriam se apresuró a abrazarla con gesto reconfortante; también ella parecía a punto de llorar.

Todas las demás miraban de hito en hito a Nynaeve. La conmoción que trascendía a la serenidad de todas las Aes Sedai resultaba muy satisfactoria; y también la contrariedad. Los ojos de Shanelle, de un color azul claro que contrastaba con el moreno y bonito rostro, parecían que iban a salirse de las órbitas. Nisao estaba boquiabierta, hasta que advirtió que Nynaeve la miraba y entonces la cerró de golpe.

—¿Qué te hizo pensar en utilizar Fuego? —preguntó Dagdara con una voz estrangulada y que sonaba demasiado aguda para una mujer tan grande—. ¿Y Tierra? Utilizaste Tierra. La Curación es Energía, Agua y Aire.

Aquello fue como abrir una esclusa por la que salió un torrente de preguntas de todas las gargantas, si bien eran en realidad la misma aunque planteada de manera diferente.

—No sé por qué —contestó Nynaeve cuando por fin pudo hablar—. Me pareció lo adecuado, simplemente. Casi siempre he utilizado todo.

Aquello provocó una andanada de admoniciones. La Curación era Energía, Agua y Aire. Era peligroso experimentar con la Curación; un error no sólo podía matar a la sanadora sino también a su paciente. Nynaeve no respondió nada, pero las advertencias cesaron enseguida dando paso a miradas pesarosas y manos que alisaban los vuelos de las faldas; no había matado a nadie y sí había curado lo que según ellas no podía curarse.

Leane sonreía con una expresión tan esperanzada que casi resultaba dolorosa. Nynaeve se acercó a ella sonriendo a su vez para disimular la ardiente rabia que tenía dentro. El Ajah Amarillo y su cacareado conocimiento de la Curación que ella había estado dispuesta a suplicar de rodillas que lo compartieran. ¡Sabía más de Curación que cualquiera de ellas!

—Observad atentamente, porque no tendréis pronto otra oportunidad de ver cómo se hace.

Notó claramente cómo se unía la rotura mientras encauzaba, aunque todavía no habría sabido decir qué era lo que había unido. La sensación era distinta de la experimentada con Logain —había ocurrido igual con Siuan— pero, como no dejaba de repetirse, los nombres y las mujeres eran diferentes. «¡Luz, tengo suerte de que esto funcione con ellas tan bien como lo hizo con él!» Aquello dio pie a un incómodo planteamiento especulativo. ¿Y si algunas cosas tenían que curarse de manera distinta en hombres y en mujeres? A lo mejor no sabía mucho más que las Amarillas, después de todo.

La reacción de Leane fue diferente de la de Siuan. Nada de lágrimas. Abrazó el *Saidar* y sonrió beatíficamente; después lo soltó, bien que la sonrisa permaneció, y rodeó a Nynaeve entre sus brazos y la estrechó hasta que las costillas de la antigua Zahorí crujieron.

—Gracias, gracias, gracias —susurró una y otra vez.

Entre las Amarillas se había alzado un murmullo, y Nynaeve se preparó para regodearse con sus felicitaciones. Aceptaría sus disculpas con elegancia. Entonces oyó lo que estaban hablando.

—… utilizar Fuego y Tierra como si estuviese intentando abrir un agujero a través de la piedra. —Ésa era Dagdara.

—Un toque más suave sería mejor —se mostró de acuerdo Shanelle.

—… ver si el Fuego puede ser útil en problemas con el corazón —decía Therva mientras se daba golpecitos en su larga nariz. Baldemaine, una arafelina regordeta

con campanillas de plata tejidas en el cabello, asintió pensativamente.

—… si la Tierra se combinase con el Aire así, ¿comprendes?

—… el Fuego tejido con el Agua…

Nynaeve se quedó boquiabierta. Se habían olvidado completamente de ella. ¡Creían que podían hacer lo que acababa de enseñarles mejor que ella! Myrelle le dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo hiciste muy bien —musitó—. No te preocupes; se desharán en elogios más tarde. Ahora mismo están todavía un poco sorprendidas.

Nynaeve aspiró sonoramente el aire por la nariz, pero ninguna de la Amarillas pareció advertirlo.

—Espero que esto signifique al menos que no tendré que fregar más ollas.

La cabeza de Sheriam se giró bruscamente hacia ella; tenía una expresión sobresaltada.

—Vaya, pequeña, ¿y qué te hace pensar eso? —Todavía rodeaba con un brazo a Siuan, que se enjugaba los ojos con un pañuelo de encaje, bastante turbada—. Si cualquiera pudiese quebrantar las reglas que quisiera, hacer lo que deseara y escapara del castigo simplemente por hacer algo bueno en contrapartida, el mundo sería el caos.

Nynaeve suspiró. Debería haberlo imaginado.

Apartándose del resto de las Amarillas, Nisao carraspeó y, al pasar junto a Nynaeve, le lanzó una mirada que sólo podía describirse como de acusación.

—Supongo que esto significa que tendremos que amansar de nuevo a Logain. —Hablaba como si quisiera negar la evidencia de lo ocurrido.

Varias cabezas empezaron a asentir, y entonces Carlinya habló; sus palabras se hincaron en la sala cual un carámbano de hielo:

—¿Podemos? —Todos los ojos se volvieron hacia ella, pero la mujer continuó sosegada, fríamente—: Desde un punto de vista ético, ¿podemos considerar la posibilidad de apoyar a un hombre que encauza, un hombre que intenta reunir a otros hombres que pueden hacerlo, y al mismo tiempo seguimos como antes, amansando a los que encontramos? Desde un punto de vista práctico, ¿qué efecto tendrá en ese hombre cuando se entere? Por muy penoso que sea, tal y como van las cosas, nos verá separadas de la Torre y, lo que es más importante, separadas de Elaida y del Ajah Rojo. Si amansamos aunque sólo sea a un varón, podríamos perder esa diferenciación y con ella nuestra oportunidad de tener algún poder sobre él antes de que lo tenga Elaida.

El silencio se adueñó de la sala cuando Carlinya terminó de hablar. Las Aes Sedai intercambiaron miradas preocupadas y las que dirigieron a Nynaeve hicieron parecer elogiosa la anterior de Nisao. Habían muerto hermanas para capturar a Logain y, aunque de nuevo estuviese convenientemente aislado con un escudo, ella las había

puesto de nuevo en la situación de antes, teniendo que enfrentarse al mismo problema desde el principio, agravado por el rencor de Logain.

—Creo que deberías marcharte —le dijo suavemente Sheriam.

Nynaeve no tenía la más mínima intención de discutir. Hizo las reverencias tan deprisa y cuidadosamente como le fue posible y se esforzó para no salir corriendo de allí.

Fuera, Elayne se levantó del peldaño de piedra en el que estaba sentada.

—Lo siento, Nynaeve —dijo mientras se sacudía la falda—. Estaba tan nerviosa que le solté todo a Sheriam antes de darme cuenta de que Romanda y Delana estaban allí.

—No importa —respondió amargamente mientras echaba a andar calle abajo—. Se habría sabido antes o después. —Pero no era justo. «Hice algo que según ellas no podía hacerse ¡y aun así tengo que fregar ollas!»—. Elayne, no me importa lo que digas, pero tenemos que irnos. Carlinya estaba hablando de tener «poder» sobre Rand. Esta pandilla no será mucho mejor que Elaida. Thom y Juilin nos conseguirán caballos, y Birgitte puede irse al cuerno.

—Me temo que es demasiado tarde —comentó Elayne, desolada—. Ya se está corriendo la voz.

Larissa Lyndel y Zenare Ghodar cayeron sobre Nynaeve como halcones, una por cada lado. Larissa era una mujer huesuda cuya fealdad casi superaba la intemporalidad Aes Sedai, y Zenare era algo gruesa y tan altanera como dos reinas juntas, pero los rostros de ambas mujeres traslucían una gran ansiedad. Eran del Ajah Amarillo, aunque no estaban en la sala cuando Nynaeve había curado a Siuan y a Leane.

—Quiero verte repetirlo paso a paso, Nynaeve —dijo Larissa al tiempo que la agarraba de un brazo.

—Nynaeve —manifestó Zenare cogiéndola del otro brazo—, apuesto a que puedo encontrar un centenar de cosas que ni siquiera has pensado si repites el tejido tantas veces como sea necesario.

Salima Toranes, teariana y de piel casi tan oscura como un Marino, pareció materializarse de la nada.

—Vaya, así que otras se me han adelantado. Bien, pues que me aspen si voy a esperar el turno.

—Yo estaba antes, Salima —protestó firmemente Zenare, que apretó más los dedos en torno al brazo de Nynaeve.

—No, *yo* estaba antes —la contradijo Larissa, aumentando también la presión de los suyos.

Nynaeve lanzó una mirada de puro terror a Elayne, y recibió otra de conmiseración mientras la heredera se encogía de hombros. A esto era a lo que

Elayne se refería al decir que era demasiado tarde: a partir de ahora no tendría ni un minuto libre para sí misma.

—¿… furiosa? —estaba diciendo Zenare—. Se me ocurren cincuenta formas distintas para enfurecerla lo bastante para que mastique rocas.

—Y a mí se me ocurre un centenar —replicó Larissa—. Estoy dispuesta a romper su bloqueo aunque sea lo último que haga.

Magla Daronos se abrió paso en el grupo a empellones, y tenía unos hombros muy apropiados para hacerlo. Por su aspecto parecía que practicase esgrima o que trabajara con el martillo de un herrero.

—¿Que lo romperás, Larissa? ¡Ja! Tengo varias ideas en mente para arrancárselo.

Nynaeve tenía unas ganas horribles de chillar.

Siuan apenas pudo contener el deseo de abrazar el *Saidar* y retenerlo, pero temió que rompería a llorar otra vez. Eso no serviría de nada. Además, para las mujeres que se apiñaban a su alrededor en la sala de espera sería como la exhibición de una estúpida novicia. Todas aquellas expresiones de maravilla y complacencia, todas las palabras de bienvenida como si hubiese estado ausente durante años, tenían el efecto de un bálsamo en ella, en especial las de quienes habían sido amigas antes de que se convirtiese en Amyrlin, antes de que el tiempo y las obligaciones las separaran. Lelaine y Delana la rodeaban con un brazo como no lo habían hecho hacía muchos años. Moraine había sido la única con quien había mantenido una relación más íntima, la única aparte de Leane que había conseguido conservar después de ponerse la estola, y el deber había contribuido a mantenerlas unidas.

—Es estupendo tenerte de vuelta —rió Lelaine.

—Es fantástico —abundó Delana afectuosamente.

Siuan rió y tuvo que limpiar con el dorso de la mano las lágrimas que le humedecían las mejillas. Luz, ¿qué demonios le pasaba? ¡No había llorado con tanta facilidad desde que era una niña!

Tal vez era sólo alegría por recuperar el *Saidar*, por todo el afecto que la rodeaba. La Luz sabía que había más que motivos suficientes para desestabilizar a cualquiera. No había osado soñar con que este día llegaría, y ahora que había llegado no guardaba ningún resentimiento contra estas mujeres por su frío distanciamiento anterior ni por su insistencia en que recordara cuál era su sitio. La línea entre Aes Sedai y no Aes Sedai era clara —ella misma había repetido esto antes de que la neutralizaran y no era menester decir que volvería a hacerlo—, y sabía cómo había que tratar a las mujeres neutralizadas por su propio bien y el de quienes todavía podían encauzar. Sabía cómo había que tratarlas… Qué extraño resultaba pensar que las cosas no volverían a ser así.

Por el rabillo del ojo vio a Gareth Bryne subiendo a paso rápido la escalera que

había a un lado de la habitación.

—Disculpadme un momento —dijo Siuan y se apresuró a ir tras él.

En realidad ir deprisa significó tener que pararse cada dos pasos para recibir otra felicitación todo el trecho que la separaba de la escalera, así que no alcanzó al hombre hasta llegar al pasillo del segundo piso, por el que Gareth avanzaba a zancadas. Se adelantó y se plantó frente a él. El canoso cabello del hombre estaba revuelto por el viento y su cuadrado rostro y la desgastada chaqueta de gamuza tenían una capa de polvo. Su aspecto era tan sólido como el de una roca.

—Tengo que dejar esto, Siuan —dijo, alzando un puñado de papeles e intentando pasar por un lado, pero ella se desplazó y se puso delante otra vez.

—Me han curado. Puedo encauzar otra vez.

Él asintió con la cabeza; ¡nada más!

—He oído decir algo. Supongo que esto significa que encauzaréis para lavar mis camisas de ahora en adelante. Puede que incluso ahora queden limpias. He lamentado haber dejado marcharse a Min tan fácilmente.

Siuan lo miró fijamente. No era estúpido, de modo que ¿por qué fingía no entender?

—Vuelvo a ser Aes Sedai. ¿De verdad esperáis que una Aes Sedai haga vuestra colada?

Sólo para dejarlo bien claro, abrazó el *Saidar* —aquella dulzura añorada era tan maravillosa que se estremeció—, lo envolvió en flujos de Aire y lo levantó. Mejor dicho, intentó levantarlo. Sin salir de su sorpresa, Siuan absorbió más, lo intentó con más ahínco, hasta que la dulzura le provocó punzadas dolorosas, como si le estuviesen clavando anzuelos. Los pies del hombre no se movieron del suelo lo más mínimo.

Era imposible. Cierto, el sencillo acto de levantar en vilo algo era uno de los más difíciles en el encauzamiento, pero ella había sido capaz de alzar casi tres veces su propio peso.

—¿Esto tiene por objeto impresionarme o asustarme? —preguntó calmosamente Bryne—. Sheriam y sus amigas lo prometieron, la Antecámara lo prometió y, lo más importante, vos disteis vuestra palabra, Siuan. No dejaría que os escapaseis de mí ni aunque volvieseis a ser la Amyrlin. Y, ahora, deshaced lo que habéis hecho o cuando me libre de ello os pondré sobre mis rodillas y os daré unos azotes por ser infantil. Casi nunca lo sois, así que no esperéis que os permita que empecéis a serlo ahora.

Casi aturdida, Siuan soltó la Fuente. Su estado no era por la amenaza del hombre —era muy capaz de cumplirla; ya lo había hecho antes— y tampoco por la impresión de verse incapaz de levantarlo. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos como una fuente y confió en que soltando el *Saidar* se contendrían. Aun así unas pocas resbalaron por sus mejillas a pesar de sus parpadeos.

Gareth le había cogido la cara entre las manos antes de que ella advirtiera siquiera que se había movido.

—Luz, mujer, no me digáis que os he asustado. Creía que ni siquiera os asustaría que os arrojaran a un foso de leopardos.

—No estoy asustada —repuso, envarada. Bien, todavía podía mentir. Más lágrimas agolpándose en los párpados.

—Tenemos que resolver esto, encontrar la forma de no estar como el perro y el gato todo el tiempo —musitó él.

—No hay razón para que resolvamos nada. —Venían. Venían. Otra vez las lágrimas. Oh, Luz, no podía permitirle que las viera—. Dejadme sola, por favor. Por favor, idos.

Cosa sorprendente, Gareth Bryne dudó sólo un instante antes de hacer lo que le pedía.

Escuchando tras ella el sonido de sus botas, Siuan se las arregló para girar en el recodo donde el pasillo se cruzaba con otro antes de que el llanto la desbordara y cayera de rodillas sollozando lastimeramente. Ahora sabía por qué. Alric, su Guardián. Su Guardián muerto, asesinado cuando Elaida la había depuesto. Podía mentir —el efecto de los Tres Juramentos todavía no se había manifestado en ella— pero una parte de su vínculo con Alric, un vínculo de cuerpo a cuerpo, de mente a mente, había resurgido. El dolor de su muerte, ese dolor que al principio quedó encubierto por la conmoción de lo que Elaida se proponía hacer y después enterrado por la neutralización, ese dolor la llenó ahora hasta rebosar. Acurrucada contra la pared, gimiendo y llorando a mares, se alegró de que Gareth Bryne no la viera así. «¡No tengo tiempo para enamorarme, así se abrase!»

La idea fue como un balde de agua fría en la cara. El dolor persistió, pero el llanto cesó y Siuan se incorporó tambaleándose. ¿Enamorarse? Eso era tan imposible como… como… No se le ocurría nada lo bastante imposible. ¡Ese hombre sí era imposible!

De pronto se dio cuenta de que Leane estaba de pie a dos pasos de distancia, observándola. Siuan hizo ademán de limpiarse las lágrimas de la cara, pero después renunció. En el semblante de Leane sólo había comprensión.

—¿Cómo te enfrentaste a… la muerte de Anjen, Leane? —De eso hacía ahora quince años.

—Lloré —contestó la otra mujer—. Durante un mes contuve el llanto durante el día y pasé las noches hecha un ovillo, tiritando y en un mar de lágrimas. Eso después de rasgar las sábanas. Durante otros tres, de repente se me humedecían los ojos sin previo aviso. Pasó más de un año antes de que dejara de dolerme. Ése es el motivo por el que no vinculé a otro. Me sentía incapaz de soportar lo mismo otra vez. Se pasa, Siuan. —Se sacó de algún sitio una sonrisa pícara—. Ahora creo que podría con

dos o tres Guardianes, si no con cuatro.

Siuan asintió. Podía llorar por la noche. En cuanto al maldito Gareth Bryne… No había nada de «en cuanto». ¡No lo había!

—¿Crees que están a punto? —Sólo habían dispuesto de unos instantes abajo para hablar. Este anzuelo había que echarlo rápidamente o no echarlo.

—Tal vez. No tuve mucho tiempo. Y he de ser prudente. —Leane hizo una pausa —. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto, Siuan? Está cambiando todo para lo que hemos trabajado, sin el menor aviso, y… No soy tan fuerte como era, Siuan, y tampoco tú. La mayoría de las mujeres aquí pueden encauzar más que cualquiera de nosotras dos ahora. Luz, creo que hasta algunas Aceptadas pueden hacerlo, sin contar a Elayne y Nynaeve.

—Lo sé. —Había que correr el riesgo. El otro plan había sido sólo provisional porque ya no era Aes Sedai. Pero ahora volvía a serlo, y la habían depuesto respetando el mínimo de la ley de la Torre. Si volvía a ser Aes Sedai, ¿no sería de nuevo la Amyrlin?

Cuadró los hombros y bajó dispuesta a sostener un combate con la Antecámara.

Tumbada en la cama, con la camisola, Elayne reprimió un bostezo y siguió untándose las manos con la crema que le había facilitado Leane. Parecía surtir efecto; al menos estaban más suaves. Un soplo de brisa nocturna se coló por la ventana haciendo que la llama de la vela temblara. El aire sólo consiguió que se notara más calor en la habitación.

Nynaeve entró dando traspiés, cerró la puerta con un golpe, se tiró sobre la cama y se quedó mirando a Elayne.

—Magla es la mujer más despreciable, odiosa y rastrera del mundo —murmuró —. No, Larissa le gana. No, la peor es Romanda.

—Deduzco que te enfurecieron lo bastante para que encauzaras. —Por toda respuesta Nynaeve gruñó con una expresión tan furibunda que Elayne se apresuró a continuar—. ¿A cuántas tuviste que hacer una demostración? Te esperaba hace mucho rato. Te busqué a la hora de cenar, pero no di contigo.

—Cené un panecillo —rezongó—. ¡Un panecillo! Hice la demostración para todas, hasta la última Amarilla que hay en Salidar, sólo que no están satisfechas. Quieren disponer de mí de una en una. Han organizado un turno rotativo. Larissa me tendrá mañana por la mañana… ¡antes del desayuno! Y justo a continuación, Zenare. Después… ¡Discutieron cómo ponerme furiosa como si no estuviese yo delante! —Alzó la cabeza de la colcha; su expresión era la de un animal acosado—. Elayne, están compitiendo para ver quién de ellas rompe mi bloqueo. ¡Están como niños intentando coger el cochinillo engrasado en un día festivo, y el cerdito soy yo!

Elayne bostezó y le tendió el tarro de crema; Nynaeve se puso boca arriba y

empezó a untarse las manos. También había cumplido con su turno fregando ollas.

—Lamento no haber hecho hace días lo que querías, Nynaeve. Podríamos haber tejido disfraces como el de Moghedien y pasar delante de todo el mundo sin que se dieran cuenta. —La antigua Zahorí dejó de frotarse las manos—. ¿Qué te pasa, Nynaeve?

—No se me ocurrió eso. ¡No se me pasó por la cabeza!

—¿No? Estaba segura de que sí lo habías pensado. Fuiste tú la que aprendió a hacerlo antes, después de todo.

—Intenté no pensar siquiera en lo que no podíamos decirles a las hermanas. —La voz de Nynaeve era fría como el hielo e igualmente dura—. Y ahora es demasiado tarde. Estoy tan cansada que no podría encauzar ni aunque me prendieran fuego al pelo, y si esas mujeres se hubiesen salido con la suya, estaría demasiado cansada para siempre. La única razón por la que me han dejado marcharme esta noche es porque no pude tocar el *Saidar* ni cuando Nisao… —Se estremeció y entonces sus manos empezaron a moverse otra vez, extendiendo la crema.

Elayne soltó un quedo suspiro. Casi había metido la pata. También ella estaba cansada. Admitir la propia equivocación siempre conseguía que la otra persona se sintiese mejor, pero no había tenido intención de mencionar el uso del *Saidar* para disfrazarse. Había temido desde el principio que Nynaeve hiciera esa sugerencia. Aquí, al menos, podían estar pendientes de lo que las Aes Sedai de Salidar se proponían, y tal vez avisar a Rand a través de Egwene una vez que ésta regresara al *Tel'aran'rhiod*. En el peor de los casos, podrían ejercer alguna influencia a través de Siuan y Leane.

Como si sus pensamientos hubiesen sido un llamamiento, la puerta se abrió para dejar pasar justo a esas dos mujeres. Leane llevaba una bandeja de madera con pan y un cuenco de sopa, una taza de cerámica roja y una jarra vidriada en blanco. Había incluso un ramito de hojas verdes en un pequeño jarrón azul.

—Siuan y yo pensamos que podías tener hambre, Nynaeve. Me he enterado de que las Amarillas te han exprimido.

Elayne no sabía si levantarse o no de la cama. Eran Siuan y Leane, pero volvían a ser Aes Sedai. Al menos, ella lo veía así. Las dos mujeres solucionaron su dilema al sentarse, Siuan a los pies de la cama de Elayne y Leane en la de Nynaeve. Ésta miró a ambas con desconfianza antes de sentarse con la espalda recostada en la pared y apoyando la bandeja sobre sus rodillas.

—He oído comentar que te has dirigido a la Antecámara, Siuan —dijo Elayne, con cuidado—. ¿Deberíamos haber hecho una reverencia?

—¿Te refieres a si somos Aes Sedai otra vez, muchacha? Lo somos. Discutieron como pescaderas el Día Solar, pero al menos accedieron a eso.

Siuan intercambió una mirada con Leane, y un leve rubor tiñó los pómulos de la

antigua Amyrlin. Elayne sospechó que nunca se enteraría de qué era a lo que no habían accedido.

—Myrelle fue tan amable como para buscarme y contármelo —dijo Leane para romper el tenso silencio—. Creo que voy a elegir el Ajah Verde.

Nynaeve se atragantó con la cuchara metida en la boca.

—¿A qué te refieres? ¿Es que se puede cambiar de Ajah?

—No, no se puede —respondió Siuan—. Pero lo que la Antecámara decidió es que, aunque somos Aes Sedai, dejamos de serlo durante un tiempo. Y, puesto que insisten en creer que esa pantomima fue legal, todos nuestros vínculos, compromisos, asociaciones y títulos se fueron por la borda. —Su voz estaba cargada de amarga ironía—. Mañana preguntaré a las Azules si me aceptan otra vez. No sé de ningún Ajah que haya rechazado nunca a nadie. Para cuando se asciende de Aceptada, una ya ha sido dirigida hacia el Ajah adecuado lo sepa o no. Empero, tal y conforme marchan las cosas no me sorprendería si me dan con la puerta en las narices.

—¿Y cómo marchan las cosas? —preguntó Elayne, consciente de que ahí había algo. Siuan la acosaba a una, la hostigaba, le retorcía el brazo, pero no le traía sopa y se sentaba en la cama a charlar como una amiga—. Creía que todo iba tan bien como cabía esperarse.

Nynaeve se las arregló para lanzarle una mirada que era a la vez incrédula y feroz. Bueno, Nynaeve tenía que saber a qué se refería. Siuan volvió la cabeza para dirigir la vista hacia ella, pero también abarcaba a la antigua Zahorí.

—Fui a la casa de Logain. Seis hermanas mantienen el escudo, igual que cuando se lo capturó. Al parecer intentó liberarse cuando descubrió que sabíamos que estaba curado. Las Aes Sedai dijeron que si hubiesen sido sólo cinco las que reforzaban el escudo a lo mejor lo habría conseguido. De modo que es tan fuerte como antes o casi tanto como para que no se note la diferencia. No ocurre igual conmigo. Ni con Leane. Quiero que lo intentes otra vez Nynaeve.

—¡Lo sabía! —La antigua Zahorí tiró la cuchara contra la bandeja—. ¡Sabía que tenías alguna razón para hacer esto! Bien, pues estoy demasiado cansada para encauzar y daría lo mismo aunque no lo estuviera. No se puede curar lo que ya ha sido curado. ¡Salid las dos de aquí y llevaos vuestra asquerosa sopa!

Quedaba menos de la mitad de la «asquerosa sopa» y el cuenco tenía un tamaño considerable.

—¡Sabía que no funcionaría! —espetó Siuan—. ¡Esta mañana sabía que la neutralización no se podía curar!

—Un momento, Siuan —intervino Leane—. Nynaeve, ¿te das cuenta de lo que estamos arriesgando al venir aquí las dos juntas? Ésta no es una habitación en un callejón con vuestra amiga arquera montando guardia; la casa está llena de mujeres, con ojos para ver y lenguas para hablar. Si se descubre que Siuan y yo hemos estado

interpretando una comedia ante todo el mundo, aunque el asunto no se destape hasta dentro de diez años… En fin, baste decir que a las Aes Sedai se las puede castigar y es muy posible que sigamos en una granja cultivando coles después de que el cabello se nos haya puesto blanco. Vinimos por lo que hiciste por nosotras, para empezar desde el principio.

—¿Y por qué no acudís a una de las Amarillas? —preguntó Elayne—. La mayoría de ellas tienen que saber tanto como Nynaeve a estas alturas.

Siuan y Leane intercambiaron una mirada y, por último, Siuan admitió a regañadientes:

—Si recurrimos a una hermana todo el mundo lo sabrá antes o después. Si lo hace Nynaeve, tal vez cualquiera que se las ingenie para aquilatarnos hoy pensará que estaba equivocada. Se supone que todas las hermanas son iguales, e incluso ha habido algunas Amyrlin que apenas eran capaces de encauzar lo suficiente para aspirar al chal; pero, aun dejando aparte las Amyrlin y las cabezas de los Ajahs, por costumbre, si otra es más fuerte en el Poder que una se espera que una ceda ante ella.

—No lo entiendo —adujo Elayne. Estaba recibiendo una buena lección de todo esto; lo de la jerarquía tenía sentido, pero suponía que era una de esas cosas que no se aprendían hasta que se ascendía a Aes Sedai. De un modo u otro, había pillado suficientes indicios para imaginar que, en muchos sentidos, la educación comenzaba cuando una se ponía el chal—. Si Nynaeve puede curaros otra vez, entonces estáis más fuertes.

Leane sacudió la cabeza.

—Hasta ahora ninguna mujer había sido curada de la neutralización. Tal vez las otras lo vean como… como ser espontáneas, digamos. Eso nos coloca un poco más abajo de la fuerza de nuestro potencial. Quizás el haber estado más débil tenga algo que ver. Si Nynaeve no pudo curarnos del todo la primera vez, quizá sólo consiga devolvernos dos tercios de la fuerza que teníamos o incluso la mitad. Pero aun eso sería mejor que lo que tenemos ahora, aunque la mayoría de las mujeres de aquí serían igual de fuertes que nosotras y otras muchas lo serían más.

Elayne la miraba fijamente, más confusa que antes. Nynaeve parecía como si la hubiese golpeado entre los ojos.

—Todo cuenta —explicó Siuan—. Quién aprende más deprisa, quién ha pasado menos tiempo siendo novicia y Aceptada. Hay todo tipo de matices. No se puede asegurar con exactitud cuán fuerte es una mujer. Puede que dos mujeres parezcan ser igualmente fuertes; tal vez lo sean o tal vez no, pero el único modo de establecerlo con seguridad sería con un duelo y, gracias le sean dadas a la Luz por ello, estamos por encima de eso. A menos que Nynaeve nos devuelva toda nuestra fuerza original, corremos el riesgo de quedarnos relegadas a un puesto muy, muy bajo.

—La jerarquía —volvió a tomar la palabra Leane— se supone que no rige nada

salvo la marcha de las cosas cotidianas, pero lo hace. El consejo de alguien que ocupa un puesto más alto tiene más peso que el de alguien que está por debajo. Eso no importó mientras estábamos neutralizadas. No teníamos ningún tipo de posición y ellas sopesaban lo que decíamos solamente por sus pros y sus contras. Ahora ya no será así.

—Comprendo —dijo débilmente Elayne. ¡No era de extrañar que la gente pensara que las Aes Sedai habían inventado el Juego de las Casas! Hacían que el *Da'es Daemar* pareciese sencillo.

—Es agradable saber que el curaros haya ocasionado *a otras* más problemas que a mí —rezongó Nynaeve. Con la vista prendida en el fondo del cuenco, suspiró y luego lo rebañó con el último trozo de pan.

—Verás —manifestó Siuan que, a pesar de que su rostro se había ensombrecido, se las arregló para mantener la voz ecuánime—, que nos hemos puesto al descubierto. Y no sólo para convencerte de que intentes curarnos otra vez. Me devolviste… la vida. Así de sencillo. Me había persuadido a mí misma de que no estaba muerta, pero eso es exactamente lo que parece comparado con esto. Así pues, empecemos desde cero, como ha dicho Leane. Seamos amigas, si me aceptáis como tal. Si no, seamos entonces compañeras de tripulación en un mismo barco.

—Amigas —dijo Elayne—. Amigas me suena mucho mejor.

Leane le sonrió, pero Siuan y ella seguían pendientes de Nynaeve, quien a su vez miraba alternativamente a la una y a la otra.

—Elayne ha planteado una pregunta a la que habéis respondido —dijo finalmente—, así que también a mí me asiste el mismo derecho. ¿Qué noticias comunicaron las Sabias a Sheriam y a las otras anoche? Y no digas que no lo sabes, Siuan. Por lo que a mí concierne, sabes incluso lo que piensan una hora después de que lo hayan pensado.

Siuan alzó la barbilla con aire testarudo; aquellos ojos, azul profundo, adoptaron un aire de intimidación. De repente soltó un chillido y se inclinó para frotarse un tobillo.

—Díselo —instó Leane mientras retiraba el pie con el que le había atizado una patada—, o lo haré yo. Todo, Siuan.

Ésta le asestó una mirada furibunda mientras se congestionaba hasta el punto de que Elayne pensó que iba a reventar, pero entonces los ojos de la antigua Amyrlin se volvieron hacia Nynaeve y pareció desinflarse. Cuando habló fue como si le sacaran las palabras a la fuerza, pero lo hizo:

—La delegación de Elaida llegó a Cairhien. Rand las recibió pero al parecer intenta jugar con ellas. Al menos, confiemos en que es eso lo que está haciendo. Sheriam y las otras se dan muchos aires porque, por una vez, no han hecho el ridículo ante las Sabias. Y Egwene estará en la próxima reunión.

Por alguna razón, esto último pareció ser lo que más trabajo le costó contar. Nynaeve sintió una gran alegría y se sentó más derecha.

—¿Egwene? ¡Oh, eso es maravilloso! Así que, por una vez, no hicieron el tonto. Casi estaba sorprendida de que no hubiesen venido aquí para llevarnos a rastra a darles otra lección. —Entrecerró los ojos para observar a Siuan, pero incluso ese gesto parecía alegre—. ¿En el mismo barco, has dicho? ¿Y quién es el capitán?

—Yo, condenada mocosa de… —El carraspeo de Leane la hizo callar e inhalar profundamente—. De acuerdo, la tripulación del barco será compartida, a partes iguales. Pero alguna tendrá que llevar el timón —agregó cuando empezaba a asomar una sonrisa en el rostro de Nynaeve—, y ésa seré yo.

—De acuerdo —accedió Nynaeve al cabo de un momento. Hubo otro titubeo mientras jugueteaba con la cuchara y a continuación, en un tono tan coloquial que Elayne habría alzado las manos, prosiguió—: ¿Hay alguna posibilidad de que podáis ayudarme… ayudarnos a salir de las cocinas?

Sus rostros eran tan jóvenes como el de Nynaeve, pero habían sido Aes Sedai durante mucho tiempo y sus ojos recordaban esa intensa mirada Aes Sedai. Nynaeve la sostuvo con mayor firmeza de lo que Elayne creyó que ella habría sido capaz, salvo por un leve rebullir, aunque al final no se sorprendió cuando su amiga musitó:

—No, supongo que no.

—Tenemos que marcharnos —anunció Siuan, levantándose—. En todo caso, Leane ha restado importancia a las consecuencias de ser descubiertas. Seríamos las primeras Aes Sedai desolladas en público, y yo ya tengo suficiente con haber sido la primera en algo.

Para sorpresa de Elayne, Leane se inclinó para abrazarla.

—Amigas —susurró.

La heredera del trono le devolvió el abrazo y la palabra con afecto.

Leane también abrazó a Nynaeve, murmurando algo que Elayne no alcanzó a oír, y después Siuan hizo lo propio y pronunció un «gracias» que sonó brusco y renuente.

Al menos, es lo que le pareció a ella. No obstante, cuando las dos mujeres se hubieron ido Nynaeve comentó:

—¿Sabes, Elayne? Siuan estaba a punto de llorar. Quizá todo lo que dijo era en serio. Supongo que podría tratar de mostrarme más amable con ella. —Soltó un suspiro que se convirtió en un bostezo, de manera que al llevarse los dedos a la boca sus palabras sonaron amortiguadas—. Sobre todo teniendo en cuenta que vuelve a ser Aes Sedai.

Sin más, se quedó dormida, con la bandeja todavía sobre las rodillas.

Reprimiendo a su vez un bostezo tras la mano, Elayne se levantó y ordenó todo, metiendo la bandeja debajo de la cama de Nynaeve. Le costó un rato desvestir a su amiga y meterla en la cama más cómodamente, pero ni siquiera eso la despertó. En

cuanto a ella, una vez que hubo apagado la vela y abrazó la almohada ya tendida en la cama, permaneció despierta mirando en la oscuridad y pensando. ¿Rand tratando de jugar con las Aes Sedai enviadas por Elaida? Se lo comerían vivo. Casi deseó haberse dejado convencer para aceptar la sugerencia de Nynaeve cuando había oportunidad de tener éxito. Ella podría guiarlo para esquivar cualquier trampa que le pusieran, estaba segura —Thom había ampliado mucho las enseñanzas impartidas por su madre — y Rand seguiría sus consejos. Además, de ese modo podría vincularlo a ella. Después de todo, no había esperado a llevar el chal para vincular a Birgitte, así que ¿por qué esperar con Rand?

Se movió en la cama y se acurrucó más contra la almohada. Rand tendría que esperar; estaba en Caemlyn, no en Salidar. Un momento, Siuan había dicho que estaba en Cairhien. ¿Cómo…? Se sentía demasiado cansada, y la idea se borró poco a poco de su mente. Siuan. Siuan todavía ocultaba algo, estaba convencida.

Se quedó dormida y tuvo un sueño de una barca con Leane sentada a la proa, coqueteando con un hombre cuyo rostro era distinto cada vez que Elayne miraba hacia ellos. En la popa, Siuan y Nynaeve forcejeaban, cada una de ellas intentando navegar en direcciones opuestas… hasta que Elayne se levantó y se puso al mando. Una capitana que ocultaba secretos podía ser razón suficiente para un motín si era preciso.

A la mañana siguiente Siuan y Leane regresaron antes incluso de que Nynaeve hubiese abierto los ojos, lo que bastó para irritarla lo necesario para encauzar. No sirvió de nada, sin embargo. Lo que ya se había curado no podía volver a curarse.

—Haré lo que esté en mi mano, Siuan —dijo Delana mientras se inclinaba hacia adelante para dar unas palmaditas en el brazo de la otra mujer. Se encontraban solas en la sala de estar, y las tazas de té puestas sobre una pequeña mesa que había entre las dos permanecían intactas.

Siuan suspiró con aire abatido, aunque Delana no sabía qué otra cosa podía esperar después de su arrebato con la Antecámara. La luz de primeras horas de la mañana se colaba por las ventanas, y la Aes Sedai pensó que aún no había desayunado, pero la mujer que tenía delante era Siuan. La situación resultaba desconcertante, y a Delana no le gustaba sentirse desconcertada. Se había disciplinado a sí misma para no ver a su vieja amiga en la cara de esta mujer —cosa por otro lado nada difícil ya que no se parecía en nada a la Siuan Sanche que recordaba, a ninguna edad— pero verla de nuevo, a una Siuan joven y bonita, sólo fue la primera conmoción. La segunda fue que Siuan apareciese en su puerta cuando el sol aún no había salido para pedirle ayuda, algo que Siuan jamás había hecho. Y entonces llegó la impresión mayor de todas, la que se repetía cada vez que se encontraba cara a cara con Siuan desde que la joven al'Meara había realizado el

milagro imposible. Era más fuerte que Siuan, mucho más, cuando siempre había sido al contrario; Siuan había tomado el mando cuando eran novicias, antes incluso de llegar a Aceptadas. Con todo, seguía siendo Siuan, y además estaba preocupada, algo también nuevo. Siuan podría estar disgustada o intranquila, pero nunca dejó que nadie se diera cuenta. A Delana la afligía no poder hacer más por la mujer con quien había robado dulces de miel y que en más de una ocasión había cargado con las culpas de travesuras en las que habían estado involucradas las dos.

—Siuan, al menos haré esto: Romanda estaría más que satisfecha de dejar esos *ter'angreal* del sueño al cuidado de la Antecámara. No cuenta con suficiente número de Asentadas que la apoyen para salirse con la suya, pero si Sheriam cree que sí, si piensa que has utilizado tu influencia con Lelaine y conmigo para impedirlo, entonces no estará en condiciones de rechazarte. Sé que Lelaine accederá a hacerlo. Sin embargo no entiendo por qué quieres reunirte con esas Aiel. Romanda sonríe y se relame como una gata ante un plato de crema cada vez que Sheriam está de un humor de perros después de una de esas reuniones. Con tu temperamento, probablemente sufras un ataque.

Qué gran cambio. En otros tiempos ni siquiera se le habría pasado por la cabeza mencionar el genio vivo de Siuan; ahora se había referido a él sin pensarlo. La expresión abatida de la otra mujer dio paso a una sonrisa.

—Esperaba que hicieses algo así. Hablaré con Lelaine. Y con Janya; creo que ella también colaborará. Pero tendrás que asegurarte de que Romanda no se salga con la suya. Por lo poco que sé, Sheriam ha conseguido encontrar el modo de llegar a un ten con ten con esas Aiel. Me temo que Romanda tendría que empezar desde el principio. Claro que tal cosa quizá no sea importante para la Antecámara, pero no me gustaría nada verlas por primera vez cuando todo el mundo tiene un anzuelo en las agallas.

Delana contuvo la sonrisa mientras acompañaba a Siuan a la puerta principal y le daba un abrazo. Oh, sí, para la Antecámara sería muy importante que las Sabias continuaran en plan pacífico, aunque eso no podía saberlo Siuan. La estuvo mirando caminar calle abajo a buen paso antes de volver al interior de la casa. Por lo visto le había llegado el turno a ella de ser la protectora; confiaba en realizar tan buen trabajo como su amiga había hecho antaño.

El té aún estaba templado, así que decidió mandar a Miesa, la sirvienta que la atendía, por algunos dulces y fruta; empero, cuando sonó una tímida llamada en la puerta de la sala no era Miesa, sino Lucilde, una de las novicias que habían traído de la Torre.

La larguirucha muchacha hizo una nerviosa reverencia, pero lo cierto es que Lucilde siempre estaba nerviosa.

—¿Delana Sedai? ¿Una mujer llegó esta mañana y Anaiya Sedai dijo que la condujera ante vos? ¿Se llama Halima Saranov y dice que os conoce? —anunció con

su habitual costumbre de dar un timbre de interrogación a sus palabras.

Delana abrió la boca para manifestar que no conocía a ninguna Halima Saranov cuando una mujer apareció en el umbral. La Aes Sedai se quedó mirándola de hito en hito a despecho de sí misma. De algún modo la mujer se las arreglaba para parecer esbelta y exuberante al mismo tiempo. Vestía un traje de montar de color gris oscuro, cortado ridículamente bajo; una negra y lustrosa melena le enmarcaba el rostro, donde relucían unos ojos verdes que sin duda hacían quedarse boquiabierto a cualquier hombre que la mirase. Delana, ni que decir tiene, no la miraba pasmada por ese motivo. Las manos de la mujer colgaban a los costados, pero tenía los pulgares metidos entre los dedos índice y corazón. Delana jamás había esperado ver esa seña en ninguna mujer que no llevaba el chal, y la tal Halima Saranov ni siquiera era capaz de encauzar. Estaba lo bastante cerca para que no le cupiese duda a ese respecto.

—Sí —dijo la Aes Sedai—, me parece recordarla. Déjanos, Lucilde. Y, pequeña, trata de recordar que todas las frases no son preguntas.

Lucilde hizo una reverencia tan rápida y pronunciada que a punto estuvo de caerse. En otras circunstancias, Delana habría suspirado; nunca se le habían dado bien las novicias, aunque no entendía el motivo.

Lucilde apenas había salido de la habitación cuando Halima se desplazó hasta la silla que Siuan había utilizado y tomó asiento sin que la invitase a hacerlo. Cogió una de las tazas de té intactas, se cruzó de piernas y dio un sorbo, observando a Delana por encima del borde de la taza. La Aes Sedai le asestó una dura mirada.

—¿Quién creéis que sois, mujer? Por muy alta que penséis que estáis, nadie se halla por encima de una Aes Sedai. ¿Y dónde aprendisteis esa seña?

Quizá por primera en su vida esa mirada no le sirvió de nada. Halima le sonrió con sorna.

—¿De verdad crees que los secretos del… digamos Ajah más oscuro son realmente tan secretos? En cuanto a tu alta posición, sabes muy bien que obedecerás sin rechistar a cualquier pordiosero que haga las señas adecuadas. Mi historia consiste en que durante un tiempo fui compañera de viaje de Cabriana Mecandes, una hermana Azul. Por desgracia Cabriana murió de una mala caída de su caballo, y su Guardián simplemente se negó a levantarse o a comer a raíz de aquello. También murió. —Halima sonrió como preguntando si hasta el momento Delana la estaba entendiendo.

»Cabriana y yo charlamos mucho antes de que muriese y me habló de Salidar. También me puso al corriente de ciertas cosas de las que se había enterado respecto a los planes de la Torre Blanca para ti aquí. Y para el Dragón Renacido. —Otra sonrisa, un fugaz destello de blancos dientes antes de volver a beber té mientras la observaba.

Delana no había sido nunca una mujer que se diera por vencida fácilmente. Había obligado a reyes a declarar la paz cuando lo que querían era la guerra; había

coaccionado a reinas a firmar tratados que había que firmar. Sí que habría obedecido a ese hipotético pordiosero si hiciese las señas adecuadas y dijese las frases establecidas, cierto, pero la posición de las manos de Halima la identificaban como miembro del Ajah Negro, lo que no era obviamente. Quizá pensaba que era el único modo de que ella admitiera reconocerla y puede que también quisiera demostrar su conocimiento de cosas secretas. A Delana no le gustaba esta tal Halima.

—E imagino que se supone que yo he de asegurarme de que la Antecámara acepte tu información —dijo ásperamente—. No habrá ningún problema siempre y cuando sepas lo bastante de Cabriana para respaldar tu historia. En eso no puedo ayudarte, porque sólo tuve contacto con ella un par de veces. Supongo que no habrá ninguna posibilidad de que aparezca y eche a rodar tu historia, ¿no?

—Ninguna en absoluto. —De nuevo aquella rápida y burlona sonrisa—. Y soy capaz de recitar la vida de Cabriana de punta a cabo. Sé cosas que ella misma había olvidado.

Delana se limitó a asentir. Siempre era de lamentar tener que matar a una hermana, pero lo que era necesario hacerse se hacía.

—Entonces no hay problema. La Antecámara te recibirá como a una invitada y yo me aseguraré de que te escuchen.

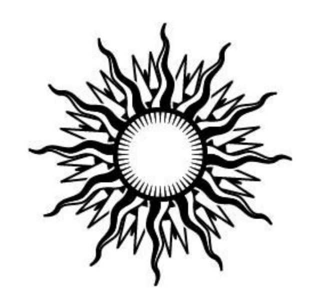
—Una invitada no es exactamente lo que tenía en mente, sino algo mucho más permanente, creo. Tu secretaria o, mejor aún, tu compañera. He de asegurarme que tu Antecámara esté convenientemente aconsejada y orientada. Aparte de la historia de la noticia sobre Cabriana, tendré más instrucciones para ti de vez en cuando.

—¡Ahora escúchame tú! ¡Yo no…!

—Se me dijo que te mencionara un nombre —la interrumpió Halima sin levantar la voz—. Un nombre que utilizo en ocasiones. Aran'gar.

Delana, que se había incorporado impulsada por la ira, se sentó pesadamente en la silla. Ese nombre le había sido revelado en sueños. Por primera vez en muchos años, Delana Mosalaine estaba asustada.

31



Cera roja

Elmon Valda avanzaba lentamente en su caballo por las abarrotadas calles; el sonido de los cascos del castrado negro quedaba casi ahogado por el ruido de Amador. El hombre transpiraba por cada poro, y más con el peto y la cota de malla perfectamente bruñidos, relucientes a pesar de la capa de polvo, y la nívea capa extendida sobre la poderosa grupa del castrado; no obstante, podría haber sido un agradable día primaveral por el poco caso que hacía del calor. También ponía todo su empeño en pasar por alto a los sucios hombres, mujeres e incluso niños, todos ellos con aspecto de estar perdidos y con las ropas muy gastadas por el viaje. Incluso allí. Incluso allí.

Por primera vez en su vida, contemplar las grandes murallas de piedra de la Fortaleza de la Luz, imponentes, coronadas de estandartes e inexpugnables, bastión de la verdad y la justicia, no le levantó el ánimo. Desmontó en el patio principal y echó las riendas a un Hijo al tiempo que le daba secas instrucciones para que se ocupase del animal; el hombre sabía lo que tenía que hacer, naturalmente, pero Valda deseaba gritarle a alguien. Hombres con blancas capas iban y venían por doquier haciendo toda una exhibición de energía a despecho del intenso calor. El alto oficial esperaba que hubiese algo más detrás, no simple apariencia.

El joven Dain Bornhald llegó trotando a través del patio y se llevó el puño al peto en un saludo anhelante.

—Que la Luz os ilumine, mi señor capitán. Confío en que hayáis tenido un buen viaje desde Tar Valon.

Sus ojos estaban inyectados en sangre y soltaba olor a brandy. Que bebiera durante el día era prueba de la relajación en la disciplina.

—Rápido sí, al menos —gruñó iracundo Valda mientras se quitaba los guanteletes y los sujetaba bajo el talabarte. No era por el brandy, aunque pensaba poner una falta en el expediente del hombre por ello.

El viaje había sido rápido, habida cuenta de la distancia, y tenía intención de dar a la legión una noche libre en la ciudad a modo de recompensa una vez que se hubiese terminado de levantar el campamento en los aledaños de la urbe. Pero desaprobaba

las órdenes que lo habían hecho regresar justo cuando una arremetida firme habría echado abajo la tocada Torre, enterrando a las brujas bajo sus escombros. Un viaje notable, pero en el que cada día las noticias que llegaban eran peores: Al'Thor en Caemlyn, y daba igual si ese hombre era un falso Dragón o el verdadero, ya que podía encauzar y cualquier varón que hacía algo así tenía que ser un Amigo Siniestro; la chusma de los seguidores del Dragón en Altara; el así llamado Profeta y su escoria en Ghealdan, en la propia Amadicia.

Al menos había logrado matar a unos pocos de esos depravados, aunque resultaron unos enemigos con los que no era fácil luchar puesto que se escabullían con más frecuencia que plantaban cara, que se mezclaban con los condenados torrentes de refugiados y, lo que era peor, con los cientos de trotamundos majaderos que parecían creer que al'Thor había puesto patas arriba todo orden establecido. Valda había encontrado una solución, no obstante, aunque no del todo satisfactoria. Las calzadas que su legión había dejado atrás ahora estaban sembradas de cadáveres y los cuervos se estaban atiborrando. Si no se podía distinguir a la escoria del Profeta de la basura de refugiados entonces sólo restaba matar a todos los que atestaban el camino. Los inocentes deberían haber permanecido en sus casas, donde tenían que estar; el Creador los habría protegido, de todos modos. En su opinión, los trotamundos no eran más que pasas agregadas al pastel.

—Oí en la ciudad que Morgase está aquí —dijo. No lo creía; en Andor, una de cada dos palabras pronunciadas giraba sobre conjeturas de quién había matado a Morgase, de modo que se quedó estupefacto cuando Dain asintió.

La sorpresa dio paso al desagrado cuando el joven balbució algo sobre los aposentos de la reina y sus cacerías, lo bien que se la estaba tratando, la certeza de que firmaría un tratado con los Hijos cualquier día de aquéllos. Valda no se molestó en disimular su ceño. Tendría que haber esperado algo así de Niall. Ese hombre había sido uno de los mejores soldados de su tiempo, considerado como un gran capitán, pero se estaba haciendo viejo y blando. Valda lo comprendió así tan pronto como las órdenes llegaron a Tar Valon. Niall tendría que haber lanzado un ataque en masa contra Tear al tener la primera noticia de al'Thor. Él habría reunido a todos los efectivos necesarios a lo largo de la marcha; las naciones se habrían unido a los Hijos contra el falso Dragón. Entonces sí lo habrían conseguido. Ahora al'Thor estaba en Caemlyn y era lo bastante fuerte para amedrentar a los pusilánimes. Pero Morgase se encontraba allí. Si él hubiese tenido a Morgase en sus manos, esa mujer habría firmado el tratado el primer día aunque para ello hubiese sido necesario que alguien le sujetara la pluma en la mano. Si se mostraba reacia a regresar a Andor con los Hijos, él la colgaría por las muñecas a un palo; ése sería un buen estandarte para encabezar el avance al territorio de Andor.

Dain había acabado de transmitirle las noticias y aguardaba. Sin duda, confiaba

en que lo invitara a cenar esa noche. Al ser un joven oficial de menor rango no podía hacer esa invitación a un superior, pero a buen seguro deseaba hablar con su antiguo comandante sobre Tar Valon y puede que incluso sobre su padre muerto. Valda casi no había pensado en Geofram Bornhald; había sido un hombre blando.

—Os veré en el campamento a la seis para cenar. Y quiero veros sobrio, Hijo Bornhald.

El joven oficial tenía unas copas encima, sin duda; se quedó boquiabierto y balbució algo antes de hacer el saludo y marcharse. Valda se preguntó qué habría ocurrido. Dain había sido un buen oficial. Se preocupaba demasiado por nimiedades tales como pruebas de culpabilidad cuando no había forma de obtenerlas, pero buen oficial a pesar de ello. No tan débil como su padre. Lástima verlo echado a perder por la bebida.

Mascullando entre dientes —el que hubiese oficiales bebiendo en la mismísima Fortaleza de la Luz era otro indicio de que Niall estaba corrompiéndose hasta la médula—, Valda se dirigió a sus aposentos. Se proponía dormir en el campamento, pero un baño caliente no le vendría mal.

Un joven Hijo, de hombros anchos, venía en dirección contraria por el pasillo de piedra; en la pechera de la capa llevaba la insignia del báculo escarlata de la Mano de la Luz, detrás del radiante sol dorado. Sin detenerse ni dirigir una mirada a Valda, el interrogador murmuró al pasar a su lado:

—Tal vez mi señor capitán querría visitar la Cúpula de la Verdad.

Valda, fruncido el ceño, se giró para seguir con la mirada al hombre. No le gustaban los interrogadores; aunque hacían un buen trabajo a su modo, no podía evitar pensar cada vez que veía a uno de ellos que se habían acogido al cayado porque así nunca tendrían que enfrentarse a un enemigo armado. Iba a levantar la voz para hacer volver sobre sus pasos al tipo, pero cambió de opinión. Entre los interrogadores se había relajado un tanto la disciplina, pero un simple Hijo nunca hablaría por hablar a un capitán. Quizás el baño podría esperar.

La Cúpula de la Verdad era una maravilla que, finalmente, le devolvió parte de lo que para él era fundamental. Era de un blanco puro en el exterior, y por dentro el pan de oro reflejaba la luz de un millar de lámparas colgadas. Gruesas y blancas columnas circunvalaban la cámara, lisas y tan pulidas que brillaban, pero la cúpula en sí se extendía en un diámetro de cien pasos sin estar sustentada y el ápice alcanzaba una altura de cincuenta, por encima del sencillo estrado de mármol blanco erigido en el punto central del suelo, también de níveo mármol, donde se situaba el capital general de los Hijos de la Luz para dirigirse a los Hijos reunidos en las ocasiones más solemnes, en sus más importantes ceremonias. Algún día sería él quien se subiría allí. Pedron Niall no viviría siempre.

Docenas de Hijos deambulaban por la vasta cámara —era un espectáculo digno

de contemplarse, aunque, por supuesto, nadie salvo los Hijos lo veía nunca—, pero el mensaje no se le había transmitido para que fuera a admirar la Cúpula. Estaba seguro. Detrás de las grandes columnas había hileras de otras más pequeñas, igualmente sencillas y pulimentadas, así como altos nichos donde unas pinturas al fresco representaban escenas de los triunfos de los Hijos a lo largo de mil años. Valda caminó por la cámara mirando en cada hueco. Finalmente vio a un hombre alto y canoso que contemplaba una de las pinturas, en la que Serenia Latar era subida al patíbulo, la única Sede Amyrlin a la que los Hijos habían conseguido ahorcar. Ya estaba muerta para entonces, por supuesto, ya que no era fácil colgar viva a una de esas brujas, pero ése era un detalle que no venía al caso. Seiscientos noventa y tres años atrás, se había hecho justicia conforme a la ley.

—¿Estáis preocupado, hijo mío? —La voz era suave, casi afable.

Valda se puso un poco tenso. Rhadan Asunawa ostentaría el título de Inquisidor Supremo, pero seguía siendo un inquisidor, mientras que él era un capitán, un Ungido de la Luz, nada de «hijo mío».

—No que yo sepa —repuso fríamente.

Asunawa suspiró. Su enjuto rostro era la viva imagen de un mártir sufriendo suplicio, de modo que las gotas de transpiración podrían haberse tomado por lágrimas, pero sus ojos hundidos parecían arder con el fuego que había consumido toda la carne de su magro cuerpo. En su capa sólo estaba bordado el cayado, no el sol radiante, como si no perteneciese a los Hijos. O quizás como si estuviese por encima de ellos.

—Corren malos tiempos. La Fortaleza de la Luz alberga a una bruja.

Valda reprimió el mal gesto que pugnaba por plasmarse en su semblante. Cobardes o no, los interrogadores podían ser peligrosos incluso para un capitán. Puede que el hombre no pudiera nunca colgar a una Amyrlin, pero seguramente soñaba con ser el primero que colgaba a una reina. A Valda le importaba poco si Morgase moría, siempre y cuando fuese después de haberle sacado hasta la última brizna de provecho que pudiese proporcionarles. No pronunció palabra, y las espesas y canosas cejas de Asunawa se fruncieron hasta que dio la impresión de que sus ojos lo miraban desde el fondo de una caverna.

—Corren malos tiempos —repitió—, y no se debe permitir a Niall que destruya a los Hijos de la Luz.

Valda contempló la pintura durante largos minutos. Quizás el artista había sido bueno o quizá no; él no entendía de esas cosas y le interesaban menos aun. El pintor, sin embargo, había plasmado de manera correcta las armas y armaduras de los guardias, y la cuerda y el cadalso parecían reales. De eso sí entendía.

—Estoy dispuesto a escuchar —dijo finalmente.

—Entonces hablaremos, hijo mío. Después, donde haya menos ojos que vean y

oídos que escuchen. Que la Luz os ilumine, hijo mío.

Asunawa se alejó sin añadir nada más, con la blanca capa ondeando levemente a su espalda y las botas resonando en el suelo como si el hombre estuviese intentando hincar cada paso en las losas de piedra. Algunos Hijos hacían profundas reverencias a su paso.

Desde una estrecha ventana a bastante altura sobre el patio, Niall vio desmontar a Valda y hablar con el joven Bornhald para, acto seguido, alejarse con aire furioso. Valda estaba siempre enfurecido. Si hubiese habido alguna forma de traer a los Hijos de Tar Valon y dejar a Valda allí, Niall no habría dudado un instante en aprovecharla. El hombre era un comandante de campaña bastante bueno, pero estaba más capacitado para levantar a la chusma. Su idea de la táctica era lanzarse a la carga, y la de la estrategia… lanzarse a la carga.

Niall sacudió la cabeza y se encaminó hacia su sala de audiencias. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse que de Valda. Morgase seguía resistiéndose como un ejército en terreno elevado con provisiones de agua y la moral muy alta. Se negaba a admitir que defendía un valle sin salida, y que era su enemigo el que ocupaba el terreno alto.

Balwer se levantó de la mesa cuando Niall entró en la antesala.

—Omerna estuvo aquí, milord. Dejó esto para vos. —Balwer tocó un montón de papeles atados con una cinta roja que había sobre la mesa—. Y esto. —Sus finos labios se apretaron al sacar un pequeño tubo de hueso que guardaba en un bolsillo.

Niall cogió el tubo a la par que mascullaba algo y entró en la habitación interior. Por alguna razón, Omerna se estaba volviendo más inútil cada día. Dejar sus informes a Balwer ya era malo de por sí, aunque sólo fueran tonterías, pero hasta Omerna tenía que saber que no debía entregar estos tubos con las tres rayas rojas a nadie salvo al propio Niall. Sostuvo el pequeño objeto cerca de una lámpara para examinar la cera. Intacta. Luego la rompió con la uña del pulgar. Tendría que prender un fuego a los pies de Omerna, meterle el temor de la Luz en el cuerpo. El muy necio no servía como tapadera a menos que interpretara el papel de consumado jefe de espionaje hasta donde alcanzaba su corto intelecto.

El mensaje era de Varadin otra vez, redactado en la clave particular de Niall, con aquellos garabatos de trazos menudos e inseguros, en una pequeña tira de papel fino. Niall estuvo a punto de quemarlo sin leerlo, pero entonces algo al final del mensaje atrajo su mirada. Empezando por el principio descifró mentalmente la clave; quería estar absolutamente seguro. Como la vez anterior, todo era un galimatías sobre Aes Sedai atadas con correas y bestias extrañas, pero justo al final… Varadin había ayudado a Asidim Faisar a encontrar un escondite en Tanchico; intentaría sacar clandestinamente a Faisar, pero los Precursores mantenían una vigilancia tan estrecha

que ni siquiera un susurro traspasaría las paredes sin su permiso.

Niall se frotó la barbilla, ensimismado. Faisar era uno de los que había enviado a Tarabon para ver si se podía salvar algo. Faisar no sabía nada sobre Varadin, y éste no debería saber nada sobre el primero. Los Precursores mantenían una vigilancia tan estrecha que ni siquiera un susurro podría traspasar las paredes. El mensaje de un demente.

Se guardó el papel en un bolsillo y volvió a la antesala.

—Balwer, ¿qué es lo último que se sabe del oeste?

Entre ellos, el «oeste» significaba siempre la frontera con Tarabon.

—No ha habido ningún cambio, milord. Las patrullas que se internan demasiado en Tarabon no regresan. El mayor problema cerca de la frontera es el de los refugiados que intentan cruzarla.

Patrullas que se internaban demasiado. Tarabon era un foso en el que rebullían víboras y ratas rabiosas, pero…

—¿Cuánto tardaría en llegar un correo a Tanchico?

Balwer ni siquiera pestañeó. El hombre no traslucíría sorpresa aunque su caballo le hablara un día.

—El problema serían los corceles de refresco una vez que cruzara la frontera, milord. En circunstancias normales, diría que veinte días para ir y volver, quizás alguno menos con suerte. Tal y como están las cosas, calculo el doble, si todo sale bien. O puede que el doble sólo para llegar a Tanchico.

Una fosa que se tragaría a un correo del que no quedarían siquiera los huesos. El regreso no sería necesario, pero Niall se guardó para sí ese detalle.

—Organízalo todo, Balwer. Tendré preparada una carta dentro de una hora. Yo mismo hablaré con el correo.

Balwer asintió con la cabeza pero al mismo tiempo se secó las manos, agraviado. Allá él. Eran escasas las posibilidades de llevar esto a cabo sin poner en peligro a Varadin. Naturalmente las precauciones serían innecesarias si el hombre había perdido la razón, pero si no… Revelar su condición de espía no serviría para acelerar sus planes.

De vuelta en la sala de audiencias, Niall repasó el mensaje de Varadin antes de sostener la tira de papel sobre la llama de una lámpara hasta que se prendió; estrujó las cenizas entre los dedos.

Tenía cuatro reglas respecto a actuaciones e informaciones: no hacer planes sin saber todo lo posible sobre el enemigo; no temer hacer cambio de planes si se recibía información nueva; no dar por hecho que se sabía todo; y no esperar a saberlo todo. El que esperaba a saberlo todo seguía sentado en su tienda cuando el enemigo le prendía fuego con él dentro. Niall seguía esas reglas. Sólo una vez en su vida se las había saltado para seguir una corazonada. En Jhamara, sin más razón que un

cosquilleo en la nuca, había destacado a un tercio de sus fuerzas para vigilar unas montañas que según todo el mundo eran infranqueables. Mientras maniobraba con el resto de sus tropas para aplastar a murandianos y altaraneses, un ejército illiano que supuestamente se encontraba a casi doscientos kilómetros de distancia salió de aquellas «infranqueables» montañas. La única razón de que pudiera retroceder sin ser aplastado fue un «pálpito». Y ahora sentía ese cosquilleo otra vez.

—No me fío de él —manifestó firmemente Tallanvor—. Me recuerda a un avispado joven que vi en la feria una vez, un tipo de cara infantil que era capaz de mirarlo a uno a los ojos y sonreír mientas escamoteaba el guisante que había debajo de la taza.

Por una vez a Morgase no le resultó difícil reprimir su genio. El joven Paitir había informado que su tío había encontrado por fin un modo de sacarla clandestinamente de la Fortaleza de la Luz a ella y a los otros. Los otros habían sido la dificultad, porque según Torwyn Barshaw habría podido sacarla a ella sola desde hacía mucho tiempo, pero Morgase se había negado a dejarlos a merced de los Capas Blancas. Ni siquiera a Tallanvor.

—Tomo nota de tus recelos —respondió con tono indulgente—. Pero no dejes que te ofusquen. ¿No tienes algún dicho que venga al caso, Lini? ¿Algo que encaje con el joven Tallanvor y sus corazonadas? —Luz, ¿por qué disfrutaba tanto zahiriéndolo? A veces, con su forma de tratarla, rayaba en la traición, pero ella era su reina, no su… Fue incapaz de terminar el pensamiento.

Lini estaba sentada cerca de los ventanales, devanando un ovillo de hilo azul de la madeja que Breane sostenía tirante entre las manos.

—Paitir me recuerda a aquel joven ayudante de mozo de cuadra que tuvimos poco antes de que fueras a la Torre Blanca. El que dejó embarazadas a dos doncellas y fue sorprendido mientras intentaba escabullirse de la mansión llevándose un saco lleno con la vajilla de plata de tu madre.

Morgase tensó las mandíbulas, pero nada podía echar a perder su complacencia, ni siquiera la mirada que Breane le lanzó, como si hubiese tenido que permitirle dar también su opinión. Paitir había mostrado una gran alegría ante la inminente huida. Claro que, en parte, era porque parecía esperar algún tipo de recompensa hacia su tío —al menos, unos cuantos comentarios lo sugerían así; algo sobre compensar una vuelta a casa sin éxito—, pero el joven casi se puso a bailar de contento cuando Morgase accedió al plan que los sacaría a todos de la Fortaleza ese día y fuera de Amador para el próximo amanecer, de camino hacia Ghealdan, donde la ayuda de soldados no estaría supeditada a ataduras para Andor. Dos días atrás Barshaw había acudido en persona para revelarle el plan, disfrazado como un comerciante que traía agujas de tejer e hilos; era un hombre rechoncho y bajo, con una nariz enorme, ojos

de expresión colérica y una mueca burlona en la boca, bien que habló con gran respeto. Costaba trabajo creer que era tío de Paitir, ya que no guardaban ningún parecido, y mucho menos un mercader. Aun así, su plan era una maravilla por su simplicidad, aunque no tenía nada de elegante, y sólo precisaba que hubiese suficiente gente fuera de la Fortaleza para que funcionara. Morgase iba a salir de la Fortaleza de la Luz metida en el fondo de una carreta, bajo un montón de basura de las cocinas.

—Bien, todos sabéis lo que tenéis que hacer —les dijo. Mientras ella permaneciese en sus aposentos, los demás tenían bastante libertad de movimientos. Todo dependía de eso. En fin, no todo, pero sí la huida de todos salvo la suya—. Lini, tú y Breane debéis estar en el patio del lavadero cuando suene la hora Alta.

La nodriza asintió con una sonrisa de suficiencia, pero Breane le lanzó una mirada sesgada al tiempo que fruncía los labios. Habían repasado lo mismo veinte veces, pero a pesar de todo Morgase no estaba dispuesta a permitir que por un error alguno de ellos se quedara atrás.

—Tallanvor —continuó la reina—, tú te dejarás la espada y esperarás en la posada El Roble y el Espino. —El hombre abrió la boca para protestar, pero Morgase se adelantó y añadió firmemente—: Ya oí tus objeciones. Puedes comprarte otra espada. Creerán que vas a volver si la dejas. —Él torció el gesto, pero finalmente asintió—. Lamgwin esperará en La Cabeza Dorada, y Basel en…

Sonó una apremiante llamada en la puerta, y un instante después ésta se abría y Basel asomaba la calva cabeza.

—Mi reina, hay un hombre… un Hijo… —Echó una ojeada hacia atrás, al pasillo —. Hay un interrogador, mi reina.

Tallanvor llevó la mano hacia la empuñadura de su espada, claro es, y no la apartó hasta que Morgase lo obligó con un gesto, que tuvo que repetir, además de hacer una mueca.

—Hazlo entrar. —Se las ingenió para dar un tono sereno a su voz a pesar de que los nervios se le habían puesto de punta. ¿Un interrogador? ¿Es que ahora, cuando las cosas daban un repentino giro positivo, iban a dar otro igualmente brusco hacia el desastre?

Un hombre alto, de nariz aguileña, apartó a Basel de un empujón y le cerró la puerta en las narices. El tabardo blanco y dorado, con el cayado carmesí en el hombro, lo señalaba como un Inquisidor. No conocía personalmente a Einor Saren, pero sí se lo habían señalado. En su rostro se plasmaba una expresión de certeza inquebrantable.

—Se requiere vuestra presencia ante el capitán general —anunció fríamente—. Vendréis ahora.

Las ideas se sucedieron en la mente de Morgase a una velocidad vertiginosa.

Estaba acostumbrada a ser llamada a presencia de Niall —éste no iba a verla ahora que la tenía en la Fortaleza— para oír otro sermón sobre sus obligaciones para con Andor o para una supuesta charla amistosa destinada a demostrarle que Niall sólo se preocupaba por sus intereses y los de Andor. A eso sí estaba acostumbrada, pero no a este tipo de mensajero. Si la iban a entregar a los interrogadores no utilizarían esta clase de subterfugios. Asunawa habría enviado suficientes hombres para llevarla a la fuerza y a todos los demás con ella. A él sí lo había conocido brevemente, e hizo que se le helara la sangre. ¿Por qué habían enviado a un interrogador? Hizo la pregunta en voz alta y Saren contestó con el mismo timbre frío:

—Estaba con el capitán general y venía hacia aquí. He acabado con mis asuntos y ahora os llevaré de vuelta allí. Después de todo, sois una reina, digna de respeto. —Habló con un atisbo de ligero aburrimiento mezclado con cierta impaciencia, hasta la última frase, cuando a su tono asomó una nota de irónica burla. Aunque ni asomo de calidez.

—De acuerdo —dijo Morgase.

—¿Os acompaño, mi señora? —Tallanvor hizo una reverencia protocolaria; al menos mostraba deferencia cuando había cerca algún extraño.

—No. —Prefería llevarse a Lamgwin. No, si se hacía acompañar por cualquiera de los hombres daría la impresión de que creía que necesitaba guardaespaldas. Saren la asustaba casi tanto como Asunawa, y no estaba dispuesta a darle la satisfacción de que se percatara de tal cosa. Esbozó una sonrisa despreocupada, tolerante—. Sin duda no necesito protección aquí.

Saren también sonrió o, al menos, lo hicieron sus labios. Él parecía estar riéndose de Morgase.

Fuera, al reparar en la incertidumbre reflejada en las caras de Basel y de Lamgwin, estuvo a punto de cambiar de idea respecto a hacerse acompañar; de no haber dicho eso dentro, lo habría hecho. Empero, dos hombres no podrían protegerla si se trataba de una trampa bien preparada, y cambiar de opinión sería una muestra de debilidad. A fuer de ser sincera, mientras caminaba junto a Saren por los corredores de piedra se sentía débil, en absoluto como una reina. No. Quizá gritaría como cualquier otra persona si los interrogadores la metieran en sus mazmorras —bueno, nada de «quizá»; no era tan estúpida como para creer que la carne real era distinta de otra en lo tocante a eso—, pero hasta entonces actuaría como lo que era. Deliberadamente, se centró en desterrar el nerviosismo.

Saren la condujo hasta un pequeño patio pavimentado con adoquines donde unos hombres con el torso desnudo arremetían contra postes de madera con sus espadas.

—¿Adónde me lleváis? —demandó—. Éste no es el camino por el que he ido al estudio del capitán general en otras ocasiones. ¿Acaso está en otra parte?

—He cogido un atajo —replicó de manera cortante—. Tengo asuntos más

importantes que atender que… —No terminó la frase y tampoco aflojó el paso.

Morgase no tuvo más remedio que seguirlo a través del patio y de allí a un corredor jalonado de grandes habitaciones llenas de catres estrechos y de hombres desnudos de cintura para arriba o incluso con menos ropa. Morgase mantuvo fija la vista en la espalda de Saren mientras preparaba las frases virulentas que pensaba dirigirle a Niall. Cruzaron unas cuadras donde el olor a caballos y estiércol era muy intenso y en las que un herrero ponía herraduras a unos caballos en un rincón; después a lo largo de otro pasillo de barracones y a continuación por otro con cocinas a un lado, con el penetrante olor a comidas preparándose, y de allí a un nuevo patio… Morgase se frenó en seco.

Un alto y largo cadalso se alzaba en el centro del patio. Tres mujeres y más de una docena de hombres lo llenaban por completo, atados de pies y manos y con lazos corredizos alrededor del cuello. Alguien sollozaba lastimeramente; la mayoría, sin embargo, estaban mudos de terror. Los dos últimos hombres al otro extremo de la fila eran Torwyn Barshaw y Paitir, el joven en mangas de camisa en lugar de llevar la chaqueta roja y blanca que Morgase había mandado hacer para él. Paitir no lloraba, pero su tío sí. El muchacho parecía demasiado aterrorizado para pensar siquiera en llorar.

—¡Por la Luz! —gritó un oficial Capa Blanca y otro empujó una larga palanca que había al extremo del cadalso.

Las trampillas se abrieron bruscamente emitiendo fuertes y secos chasquidos y las víctimas desaparecieron de la vista. Algunas de las cuerdas tensas se cimbrearon cuando los que colgaban de sus extremos murieron asfixiados en lugar de perecer rápidamente al romperse el cuello. La de Paitir fue una de ésas. Y con él murió su fantástica huida. Quizá debería haberse preocupado más por el muchacho, pero en lo que pensó fue en la huida, en escapar de la trampa en la que se había metido. No sólo a sí misma, sino también a Andor.

Saren la observaba, obviamente esperando que se desmayara o vomitara.

—¿Tantos a la vez? —dijo, orgullosa de la firmeza de su voz. La cuerda de Paitir había dejado de cimbrearse y ahora sólo se mecía lentamente de lado a lado. Se acabó la posibilidad de huir.

—Colgamos Amigos Siniestros a diario —respondió con sequedad Saren—. Quizás en Andor los soltéis después de echarles un sermón, pero nosotros no.

Morgase lo miró a los ojos. ¿Un atajo? De modo que ésta era la nueva táctica de Niall. No le sorprendía que no se hiciera mención a su fuga planeada. Niall era demasiado sutil para eso. Ella era una invitada de honor, y Paitir y su tío habían sido colgados por casualidad, por algún crimen que no tenía nada que ver con ella. ¿Quién sería el siguiente en subir al cadalso? ¿Lamgwin o Basel? ¿Lini o Tallanvor? Era extraño, pero imaginar a Tallanvor con una soga al cuello le dolía más que imaginar

así a Lini. La mente jugaba malas pasadas. Por encima del hombro de Saren atisbó a Asunawa en una ventana desde la que se veía el cadalso. La miraba fijamente. Quizás esto era obra suya, no de Niall. Tanto daba. En cualquier caso ella no podía permitir que su gente muriese por nada. No podía dejar que Tallanvor muriera. Sí, la mente jugaba malas pasadas.

Enarcó una ceja con gesto burlón.

—Si el espectáculo os ha dejado flojas las piernas supongo que podemos esperar hasta que recobréis las fuerzas —dijo con aparente despreocupación, como si no la hubiese afectado lo que había visto. Luz, ojalá no vomitara.

El semblante de Saren se ensombreció, y el Inquisidor giró sobre sus talones y echó a andar a zancadas. Ella lo siguió con paso majestuoso, sin alzar la vista hacia la ventana donde estaba Asunawa, procurando no pensar en el cadalso.

Tal vez sí era el camino más corto al estudio de Niall, ya que en el siguiente corredor Saren la condujo por una empinada escalera y la dejó en la sala de audiencias del capitán general mucho antes que las anteriores veces que había ido allí. Como era habitual, Niall no se levantó; tampoco había una silla para que ella tomara asiento, de modo que se vio obligada a permanecer de pie ante él, como una suplicante. El hombre parecía distraído, sentado en silencio y contemplándola fijamente, pero sin verla en realidad.

Había ganado y ni siquiera la veía. Eso la irritó. Luz, había ganado él. Quizá debería regresar a sus aposentos. Si les pedía a Tallanvor, Lamgwin y Basel que le abrieran paso a la fuerza, lo intentarían. Morirían, claro, y ella también; nunca había empuñado una espada, pero si daba esa orden tomaría una. Ella moriría, y Elayne ascendería al Trono del León. Lo haría, tan pronto como al'Thor fuera desalojado de él. La Torre Blanca se ocuparía de que Elayne tuviera lo que era suyo. La Torre. Si la Torre aseguraba el trono para Elayne… Parecía una locura, pero confiaba menos en la Torre que en el propio Niall. No, tenía que salvar Andor ella misma. Pero el precio… Había que pagar el precio. Tuvo que obligarse a pronunciar las palabras:

—Estoy dispuesta a firmar vuestro tratado.

Niall no pareció haberla oído al principio. Después parpadeó y de repente se echó a reír y sacudió la cabeza. Aquello la irritó sobremanera. ¡Mira que fingir sorpresa! Ella no había intentado escapar. Era una invitada. Morgase deseó verlo a él sobre un cadalso.

Se puso en movimiento de manera tan repentina que casi disipó el recuerdo de su anterior apatía. En cuestión de segundos había hecho entrar a su consumido secretario con un largo pergamino en el que ya estaba escrito todo e incluso con una copia del Sello de Andor que Morgase no habría podido distinguir del original.

Tuviera o no otra opción, hizo toda una exhibición de leer las condiciones. No eran distintas de lo que había imaginado. Niall conduciría a los Capas Blancas para

recobrar su trono, pero había un precio, aunque no se lo llamara así. Un millar de Capas Blancas acuartelados en Caemlyn, con sus propios tribunales, no sujetos a las leyes andoreñas, a perpetuidad. Capas Blancas en igual número que la Guardia de la Reina por todo Andor, a perpetuidad. Seguramente le llevaría el resto de su vida deshacer lo que estaba firmando en ese momento, y también la de Elayne, pero la alternativa era al'Thor con el Trono del León como un trofeo. Si otra mujer volvía a sentarse en él sería Elenia o Naean o una de esa calaña, y como una marioneta de al'Thor. Eso o Elayne como marioneta de la Torre; era incapaz de confiar en la Torre.

Estampó su nombre con claridad y apretó la copia del Sello en la cera roja que el secretario de Niall vertió al pie del documento. El León de Andor rodeado por la Corona de la Rosa. ¡Ea!, era la primera reina en aceptar que soldados extranjeros pisaran territorio de Andor.

—¿Cuándo…? —Costaba más trabajo decirlo de lo que había imaginado—. ¿Cuándo emprenderán la marcha vuestras legiones?

Niall vaciló y bajó la vista a la mesa. En ella sólo había pluma y tinta, un cuenco de arena y un trozo de barra de cera recién quemada, como si hubiese escrito una carta hacía muy poco. Terminó de garabatear su firma en el tratado y apretó su propio sello, un sol radiante en cera dorada; después le entregó el documento a su secretario.

—Guarda esto en la sala de documentos, Balwer. Me temo que no podré moverme tan pronto como esperaba, Morgase. Hay acontecimientos que he de considerar. Nada que deba preocuparos. Simplemente es cuestión de decidir cuál es el mejor movimiento en áreas que no están relacionadas con Andor. Sugiero que os toméis esto como una oportunidad que se me ofrece de poder disfrutar un poco más de vuestra compañía.

Balwer se inclinó suavemente aunque con cierta afectación, pero Morgase habría jurado que los ojos del hombrecillo casi se habían desviado bruscamente hacia Niall, con sorpresa. Faltó poco para que ella misma se quedara boquiabierta. No había dejado de presionarla ¿y ahora tenía otras cosas que considerar? Balwer salió con premura, como si temiese que Morgase intentara arrebatarle el tratado para romperlo en pedazos, pero eso era lo último que se le pasaría por la cabeza. Al menos no habría más ejecuciones en el cadalso. De lo demás se ocuparía cuando tuviera oportunidad de hacerlo. Había que ir paso a paso. Su empecinada resistencia había fracasado, pero ahora volvía a disponer de tiempo, un inesperado regalo que no pensaba desaprovechar. Así que el placer de su compañía, ¿no? Esbozó una afable sonrisa.

—Siento como si me hubiese quitado un peso de encima. Decidme: ¿jugáis a las damas?

—Se me considera un buen jugador. —Su sonrisa fue de sorpresa al principio, y después, divertida.

Morgase enrojeció, pero logró que su rostro no trasluciera ira. Quizás era mejor

que la creyera quebrantada ahora. No se vigilaba estrechamente a un adversario acabado ni se tenía muy buena opinión de él; si iba con cuidado, con el tiempo empezaría a recuperar lo que había entregado antes de que los soldados del capitán general partieran de Amadicia. Había tenido un excelente maestro en el Juego de las Casas.

—Procuraré no hacer un mal papel si os apetece jugar. —Era más que una buena jugadora, quizás incluso brillante, pero, naturalmente, tendría que perder, aunque no tanto como para que él se aburriera. ¡Luz, cómo detestaba perder!

Con el ceño fruncido, Asunawa tamborileó los dedos en el dorado brazo de su sillón. Por encima de su cabeza, rematando el respaldo, se alzaba el cayado de pastor trabajado en un brillante lacado sobre un disco de un blanco puro.

—La bruja se sorprendió —murmuró.

—Algunas personas reaccionan de ese modo ante un ahorcamiento —respondió Saren como si las palabras de su superior fuesen una acusación—. Los Amigos Siniestros fueron acorralados ayer; me dijeron que los sorprendieron entonando algún tipo de invocación a la Sombra cuando Trom echó abajo la puerta. Lo comprobé, pero a nadie se le ocurrió preguntar si tenían alguna conexión con ella. —Por lo menos no movió los pies; se mantuvo tan derecho como se esperaba de cualquier Mano de la Luz.

Asunawa desestimó las explicaciones con un leve ademán. Pues claro que no había conexión, aparte del hecho de que ella era una bruja y ellos, Amigos Siniestros. Después de todo, la bruja estaba en la Fortaleza de la Luz. Aun así, estaba inquieto.

—Niall me mandó a buscarla como si yo fuese un perro —manifestó con crispación—. Casi vomité de asco por tener tan cerca a una bruja. Mis manos ansiaban ceñir su garganta.

Asunawa no se molestó en contestar; apenas lo había oído. Niall odiaba a la Mano, desde luego. Casi todos los hombres odiaban aquello que temían. No, su mente debía centrarse en Morgase. No era una mujer débil, a decir de todos. Ciertamente no se le había dado mal rechazar a Niall; la mayoría de la gente se habría venido abajo tan pronto como hubiese entrado en la Fortaleza. Esa bruja echaría a perder algunos de sus planes si al final resultaba ser débil. Tenía hasta el último detalle grabado en su mente, cada día de su juicio con embajadores presentes de cada país que todavía pudiera enviar alguno, hasta que finalmente llegara su dramática confesión, extraída tan hábilmente que nadie descubriría la menor marca, y después las ceremonias que acompañarían su ejecución. Un cadalso especial para ella, que sería conservado después para señalar la ocasión.

—Esperemos que siga resistiéndose a Niall —dijo con una sonrisa que algunos habrían descrito como afable y piadosa. Ni siquiera la paciencia de Niall podía durar

siempre; al final tendría que entregarla a la justicia.

32



Emplazamiento con urgencia

Para Egwene la visita de Rand a Cairhien fue como uno de esos espectáculos de fuegos artificiales de los Iluminadores de los que había oído hablar pero que nunca había visto, una explosión que llegó a toda la ciudad y cuyos ecos parecieron retumbar interminablemente.

Ni que decir tiene que no volvió a acercarse a palacio, pero las Sabias acudieron allí a diario para comprobar si había trampas tendidas con *Saidar* y le contaron lo que ocurría. Los nobles se observaban de reojo, con desconfianza, tearianos y cairhieninos por igual. Berelain parecía estar escondiéndose y se negaba a ver a nadie a menos que fuese absolutamente imprescindible; al parecer Rhuarc le había llamado la atención por desatender sus obligaciones, aunque la reprimenda no surtió mucho efecto. El jefe de clan parecía ser el único en todo el palacio al que no había afectado la situación. Hasta los sirvientes se sobresaltaban si uno los miraba, aunque quizá su nerviosismo se debía a que las Sabias husmeaban en todos los rincones.

En las tiendas las cosas no iban mejor, al menos entre las Sabias. Los demás Aiel, igual que Rhuarc, se mostraban tranquilos y firmes. Su actitud hacía que el mal humor de las Sabias pareciera más tenso en comparación, aunque no era menester tal cosa para notarlo. Amys y Sorilea regresaron de la entrevista con Rand bufando de indignación. No explicaron el motivo, al menos donde Egwene pudiese oírlas, pero el estado de ánimo se contagió a todas las Sabias, de manera que iban de aquí para allí como gatas erizadas, listas para lanzar un zarpazo a cualquier cosa que se moviera. Las aprendizas caminaban casi de puntillas y hablaban en susurros, pero aun así recibieron reprimendas por cosas que habrían pasado inadvertidas en otro momento y se las castigó por otras que antes sólo habrían merecido una regañina.

La aparición de Sabias Shaido en el campamento no ayudó precisamente a mejorar la situación. Al menos, Therava y Emerys eran Sabias; la tercera era la propia Sevanna, que se movía de un lado para otro dándose aires, con la blusa lo bastante desabrochada para hacerle la competencia a Berelain a pesar del fuerte viento que levantaba polvo. Therava y Emerys afirmaban que Sevanna era una Sabia y, aunque Sorilea rezongó, no hubo más remedio que aceptarla como tal. A Egwene

no le cabía duda alguna de que estaban espiando, pero Amys se limitó a mirarla cuando la joven lo sugirió. Amparadas por la tradición, eran libres de moverse por el campamento, bien acogidas por todas las Sabias —incluso Sorilea— como si fuesen amigas íntimas o primeras hermanas. A pesar de ello, su presencia agudizó el mal humor de todo el mundo. Sobre todo el de Egwene. Esa sarcástica gata de Sevanna sabía quién era y no hacía el menor esfuerzo en disimular el placer que le causaba mandar a «la aprendiza baja» por un vaso de agua o nimiedades por el estilo a la primera oportunidad que se le presentaba. Sevanna también la miraba de un modo escrutador que a Egwene le hacía pensar en alguien observando a una gallina, pensando cómo cocinarla después de robarla. Y lo peor era que las Sabias no le contaban de qué hablaban; eran asuntos que concernían a las Sabias, no a las aprendizas. Fuera el motivo que fuera el que había llevado allí a las Sabias Shaido, el estado de ánimo de las otras Sabias ciertamente les interesaba; en más de una ocasión Egwene había sorprendido a Sevanna, cuando ésta creía que nadie la observaba, sonriendo al ver a Amys o Malindhe o Cosain ir de aquí para allí hablando para sí y ajustándose el chal sin necesidad. Ni que decir tiene que nadie le hizo caso a Egwene. Demasiados comentarios respecto a las Shaido acabó acarreándole casi todo un día cavando un agujero «lo bastante hondo para estar de pie en él sin ser vista», y cuando por fin salió del hoyo, empapada de sudor y mugrienta, tuvo que empezar a rellenarlo; todo ello mientras Sevanna la observaba.

Dos días después de que Rand se marchara, Aerin y otras cuantas Sabias convencieron a tres Doncellas para que entraran a hurtadillas en el palacio de Arilyn por la noche, y ello empeoró aun más las cosas. Las tres eludieron a los guardias de Gawyn, bien que con mayor dificultad de lo que esperaban, pero con las Aes Sedai fue otro cantar; mientras todavía se descolgaban desde el tejado al ático, quedaron atrapadas por el Poder y transportadas bruscamente al interior de la mansión. Afortunadamente Coiren y las otras por lo visto creyeron que habían ido a robar, aunque las Doncellas no debieron considerarse tan afortunadas. Fueron arrojadas a la calle tan magulladas que apenas podían caminar y cuando llegaron a las tiendas todavía se esforzaban para no gimotear. Las demás Sabias se turnaron para reprender a Aerin y a sus amigas, generalmente en privado, aunque Sorilea pareció poner gran empeño en soltarles la regañina delante del mayor número posible de personas. Sevanna y sus dos compañeras se mofaban abiertamente cada vez que veían a Aerin o a una de las otras, y especulaban en voz alta sobre lo que las Aes Sedai harían cuando se enterasen. Incluso Sorilea las miró con recelo por eso, pero nadie dijo nada, y Aerin y sus amigas empezaron a moverse como si fuesen simples aprendizas. Éstas, por su parte, trataban de esconderse cuando no estaban realizando sus tareas o tomando lecciones. La irritación subió de tono.

Salvo por lo del agujero, Egwene se las arregló para esquivar lo peor de la

situación, pero sólo porque permaneció lejos de las tiendas gran parte del tiempo, principalmente para no toparse con Sevanna y dar una lección a esa mujer. No tenía la menor duda de cómo acabarían las cosas si ocurría algo así; Sevanna estaba aceptada como una Sabia a pesar de las muchas muecas de desagrado que se producían cuando no estaba presente, por lo que probablemente Amys y Bair permitirían a la Shaido establecer el castigo que debería imponerse a Egwene. Al menos mantenerse alejada no resultaba tan difícil. Sería una aprendiza, pero únicamente Sorilea se empeñaba en enseñarle el millar de cosas que una Sabia debía saber. Hasta que Amys y Bair le dieran finalmente permiso para volver al *Tel'aran'rhiod*, podía disponer del día y la noche para hacer lo que quisiera, siempre y cuando evitara que Surandha y las demás no la pillaran para lavar platos o recoger estiércol para las lumbres o tareas por el estilo.

No entendía por qué los días parecían transcurrir con tanta lentitud; supuso que era por tener que estar pendiente de Amys y Bair. Gawyn acudía a El Hombre Largo todas las mañanas. Egwene se acostumbró a las sonrisitas insinuantes de la oronda posadera, si bien una o dos veces se le pasó por la cabeza darle una patada a la mujer. Bueno, quizá fueron tres veces, pero no más. Esas horas pasaban en un visto y no visto. No bien acababa de sentarse en las rodillas de Gawyn cuando tenía que atusarse el cabello y marcharse. Sentarse en su regazo ya no la asustaba; en ningún momento la había asustado exactamente, pero ahora se había convertido en algo muy, pero que muy agradable. Si a veces imaginaba cosas que no debería haber pensado, si esas ideas la hacían enrojecer, él siempre le acariciaba suavemente la cara y pronunciaba su nombre de un modo que la joven podría haberse pasado la vida escuchándolo. Gawyn dejaba escapar menos cosas sobre lo que pasaba con las Aes Sedai de las que Egwene oía en cualquier otra parte, pero eso le importaba bien poco.

Eran las otras horas las que discurrían como si estuviesen atascadas en barro. Tenía tan poco que hacer que creyó que reventaría de frustración. La vigilancia mantenida por las Sabias en la mansión de Arilyn confirmaba que no había más Aes Sedai. Elegidas entre las que podían encauzar, las observadoras informaban que las Aes Sedai continuaban manejando el Poder dentro día y noche, sin interrupción, pero Egwene no osó acercarse; aun en el caso de que lo hubiese hecho, no habría podido saber qué estaban haciendo sin ver los flujos. Si las Sabias hubiesen estado menos irascibles, quizás habría intentado pasar más tiempo leyendo en su tienda, pero la única vez que había cogido un libro sin ser de noche y a la luz de una lámpara Bair rezongó tanto sobre las chicas que perdían el tiempo tumbadas perezosamente que Egwene balbució que había olvidado una cosa y se escabulló de la tienda antes de que la Sabia le encontrara algo más útil en lo que ocuparse. Una breve conversación con otra aprendiza era igualmente peligroso. El pararse a hablar con Surandha, que se escondía a la sombra arrojada por una tienda perteneciente a unos Soldados de

Piedra, les costó toda una tarde haciendo la colada cuando Sorilea las descubrió. De hecho, Egwene habría agradecido tener una tarea de la que ocuparse con tal de que las horas no se le hiciesen tan largas, pero Sorilea examinó la ropa perfectamente limpia y tendida dentro de la tienda para evitar el omnipresente polvo, aspiró ruidosamente por la nariz y les dijo que la lavaran otra vez. ¡Se lo dijo dos veces más! Sevanna también presenció parte de eso.

Cuando estaba en la ciudad, Egwene no podía evitar echar ojeadas por encima del hombro constantemente, pero el tercer día la joven se encaminó hacia los muelles con la cautela de un ratón que quiere evitar al gato. Un tipo acartonado que tenía un pequeño bote se rascó el ralo cabello y le pidió un marco de plata para llevarla hasta el barco de los Marinos. Todo era caro en la ciudad, pero eso rayaba en lo ridículo. Le asestó una gélida mirada y le contestó que le daría un céntimo de plata —todavía era un precio exorbitado, a decir verdad— y esperó que el regateo no le dejara el bolsillo vacío; no disponía de mucho dinero. Todo el mundo se encogía y se ponía nervioso con los Aiel; pero, cuando se trataba de regatear, se olvidaban por completo del *cadin'sor* y las lanzas y luchaban como leones. El tipo abrió la desdentada boca, la cerró, estrechó los ojos para mirarla, rezongó algo incomprensible y, para sorpresa de Egwene, le dijo que estaba robando el pan a sus hijos.

—Sube —gruñó—. Vamos, sube. No puedo perder todo el día por una miseria. Habráse visto, intimidar a un hombre, robarle el pan.

Continuó con su retahíla aun después de empezar a bogar, mientras dirigía el pequeño bote hacia el ancho caudal del Alguenya.

Egwene ignoraba si Rand se había reunido con esta Señora de las Olas, pero esperaba que sí. Según Elayne, el Dragón Renacido era el Coramoor de los Marinos, el Elegido, y no tenía más que hacer acto de presencia para que se pusieran a su entera disposición. Sin embargo, esperaba que no se humillaran demasiado. A Rand le sobraban ese tipo de actitudes sumisas hacia su persona. No obstante, no era por Rand por lo que Egwene se había metido en ese bote con un barquero que no dejaba de refunfuñar. Elayne había conocido a varios Atha'an Miere, había navegado en uno de sus veleros, y decía que las Detectoras de Vientos podían encauzar. Algunas de ellas, en cualquier caso; puede que la mayoría. Ése era un secreto que los Marinos guardaban celosamente, pero la Detectora de Vientos del barco en el que viajó Elayne se había mostrado muy dispuesta a compartir sus conocimientos una vez que su secreto dejó de ser tal. Las Detectoras de Vientos de los Marinos sabían mucho de los fenómenos atmosféricos; según Elayne, estaban mucho más versadas en eso que las propias Aes Sedai. Afirmaba que la Detectora de Vientos a la que conoció había tejido flujos enormes para crear vientos favorables. Egwene ignoraba cuánto de ello era verdad y cuánto simple entusiasmo de su amiga, pero aprender un poco sobre el tiempo sería mucho mejor que estar de brazos cruzados y preguntándose si ser

atrapada por Nesune no sería un alivio preferible al ambiente agobiante entre las Sabias y tener que soportar a Sevanna. Con lo poco que sabía ahora en este campo, sería incapaz de hacer que lloviese aunque el cielo estuviera encapotado y tan negro que sólo lo alumbraran los relámpagos. De momento, claro es, el sol irradiaba dorado y ardiente en un cielo despejado y la reverberación rielaba sobre las oscuras aguas. Al menos el polvo no llegaba tan dentro del río.

Cuando el barquero levantó finalmente los remos y dejó que el pequeño bote se deslizara junto al barco, Egwene se puso de pie haciendo caso omiso de sus rezongos sobre que conseguiría que los dos acabasen en el agua.

—¡Hola! —llamó—. ¡Hola! ¿Puedo subir a bordo?

Había estado en varios barcos fluviales y se preciaba de conocer los términos correctos —los marineros parecían muy quisquillosos respecto a la utilización de las palabras adecuadas— pero este velero escapaba a todas sus experiencias previas. Egwene había visto unos pocos barcos fluviales más largos, pero ninguno tan alto. Varios miembros de la tripulación se encontraban encaramados en los aparejos o trepando por los inclinados mástiles; eran hombres de piel oscura, que iban desnudos de cintura para arriba y descalzos y llevaban pantalones de llamativos colores sujetos a la cintura con fajines de tonos aun más fuertes; también había mujeres, de piel igualmente oscura y cubiertas con camisas de tonalidades tan intensas como las ropas de sus compañeros.

Egwene iba a llamar otra vez, gritando con más fuerza, cuando una escala de cuerda se desenrolló mientras caía por el costado del barco. No hubo respuesta a su llamada en la cubierta, pero eso podía considerarse una invitación y la joven empezó a subir. No le resultó fácil —no por el hecho de trepar por la escala, sino por mantener la falda decentemente pegada a las piernas; ahora entendía por qué las mujeres de los Marinos llevaban pantalones— pero por fin llegó a la batayola.

De inmediato sus ojos se posaron en una mujer que estaba en la cubierta, a menos de dos metros. Tanto la blusa como los pantalones eran de seda azul, ceñidos con un fajín del mismo color en un tono más oscuro. Llevaba tres pendientes en cada oreja, y una fina cadena, de la que colgaban diminutos medallones, unía uno de los pendientes con su nariz. Elayne le había descrito estos adornos e incluso se los había mostrado utilizando un atuendo semejante en el *Tel'aran'rhiod*, pero al verlo al natural Egwene no pudo evitar hacer una mueca. Sin embargo había algo más: podía percibir la habilidad de la mujer para encauzar. Había encontrado a la Detectora de Vientos.

Abrió la boca, y en ese momento una oscura mano surgió de manera repentina delante de sus ojos, empuñando una reluciente daga. Antes de que la joven tuviese tiempo de gritar, la cuchilla sesgó las cuerdas de la escala. Todavía aferrada inútilmente a ella, Egwene cayó en picado al agua.

Entonces sí que gritó, aunque sólo durante los breves instantes que tardó en

sumergirse en el río de pie, a gran profundidad. El agua le entró en la boca abierta, ahogando su chillido; creyó haberse tragado la mitad del caudal del río. Frenéticamente se esforzó por desenredarse la falda envuelta en la cabeza y librarse de la escala. El pánico no la dominaba. En absoluto. ¿Hasta qué profundidad se había sumergido? A su alrededor todo era oscuridad y cieno. ¿En qué dirección estaba la superficie? Sentía como si unas barras de hierro le ciñesen el tórax, pero aun así soltó aire por la nariz y observó que las burbujas se movían lo que para su posición era hacia abajo y a la izquierda. Se giró y pateó hacia la superficie. ¿A qué distancia estaría? Los pulmones le ardían.

Su cabeza emergió a la luz del día, y Egwene inhaló aire boqueando y tosiendo. Para su sorpresa, el barquero se inclinó sobre el agua y la subió al bote progresivamente al tiempo que rezongaba que dejara de patear y retorcerse si no quería que la pequeña embarcación zozobrara, añadiendo que los Marinos eran una pandilla de quisquillosos. Volvió a inclinarse sobre la regala para recoger el chal de la joven antes de que la prenda su hundiera. Egwene se lo arrebató de un tirón, y el barquero respingó y se echó hacia atrás como si temiese que la muchacha fuera a golpearlo con él. La falda le colgaba pesadamente, la blusa y la ropa interior se le pegaban al cuerpo, y el pañuelo ceñido a la frente estaba torcido hacia un lado. En el fondo de la barca empezó a formarse un charco de agua, bajo sus pies.

La corriente había llevado el bote a la deriva alejándolo del barco unos veinte metros. La Detectora de Vientos estaba en la batayola ahora junto a otras dos mujeres, una vestida con sencillas ropas de seda verde y la otra de color rojo, con brocados en hilo de oro. Los pendientes y las cadenitas que los unían a la nariz destellaban con el sol.

—Se te niega el derecho del regalo de pasaje —gritó la mujer de verde.

—Y diles a las otras que los disfraces no nos confundirán. No nos dais miedo. ¡Se os niega a todas el regalo de pasaje! —abundó la de rojo.

El acartonado barquero cogió los remos, pero Egwene lo señaló con el dedo directamente a la estrecha nariz.

—Quédate donde estás —ordenó. El hombre obedeció. ¿Quiénes se creían que eran esas mujeres? ¡Mira que tirarla al agua y dejarla empapada! ¡Y ni una palabra de la más mínima cortesía!

Egwene aspiró profundamente, abrazó el *Saidar* y encauzó cuatro flujos antes de que la Detectora de Vientos tuviese tiempo de reaccionar. Así que sabía mucho sobre fenómenos atmosféricos, ¿no? ¿Era capaz de dividir los flujos en cuatro formas distintas? Había pocas Aes Sedai que pudiesen hacerlo. Uno de los flujos era Energía, un escudo que lanzó sobre la Detectora de Vientos para impedir que interfiriese. Si es que sabía cómo. Los otros tres eran Aire, tejido cada uno de ellos casi delicadamente alrededor de cada mujer para inmovilizarles los brazos contra los costados.

Levantarlas no era precisamente difícil, pero tampoco sencillo.

Un clamor se alzó en el barco cuando las tres mujeres flotaron en el aire y quedaron suspendidas sobre el río. Egwene oyó gemir al barquero, pero no estaba interesada en él. Las tres Atha'an Miere ni siquiera patalearon; con cierto esfuerzo, Egwene las elevó más, unos diez o doce metros sobre la superficie del agua. Por mucho que se esforzase aquél parecía ser su límite. «Bueno, tampoco te propones hacerles daño —pensó y soltó los tejidos—. Ahora gritarán.»

Las tres mujeres de los Marinos se hicieron unos ovillos tan pronto como empezaron a caer, giraron en el aire y se estiraron, con los brazos extendidos hacia adelante. Se zambulleron en el agua en medio de pequeños chapoteos. Instantes después las tres cabezas oscuras emergían y las mujeres empezaron a nadar velozmente de vuelta al velero.

Egwene cerró la boca. «Si las levanto por los tobillos y les sumerjo las cabezas, se…» Pero ¿qué estaba pensando? ¿Es que tenían que gritar porque ella lo había hecho? No era mejor que ellas. «¡Debo de parecer una rata medio ahogada!» Encauzó con cuidado —trabajar con una misma siempre conllevaba cierto riesgo ya que no se veían los flujos con claridad— y el agua escurrió completamente de sus ropas. Se formó un buen charco a sus pies.

El barquero la miraba boquiabierto y con los ojos desorbitados, y eso sirvió para que la joven se diese cuenta de lo que acababa de hacer. Encauzar, en mitad del río, sin nada que la ocultase si por casualidad había por allí alguna Aes Sedai. A pesar del sol abrasador Egwene no pudo evitar un escalofrío.

—Puedes llevarme de vuelta a la orilla. —A saber quién había en los muelles; a esta distancia ni siquiera podía distinguir entre hombres y mujeres—. Pero no a la ciudad, sino a la ribera del río.

El tipo se puso a bogar con tal entusiasmo que la joven estuvo a punto de caer de espalda.

La condujo a un punto donde la orilla era toda de cantos rodados grandes como su cabeza. No se veía a nadie por los alrededores, pero aun así Egwene saltó del bote tan pronto como la pequeña embarcación chirrió al rozar la quilla contra las piedras; se recogió la falda y subió el empinado ribazo a todo correr. No paró hasta encontrarse en su tienda, donde se desplomó jadeando y empapada de sudor. No volvió a acercarse a la ciudad. Salvo para encontrarse con Gawyn, claro.

Los días pasaron y ahora un viento casi incesante arrastraba nubes de polvo y tierra a todas horas. En la quinta noche, Bair acompañó a Egwene al Mundo de los Sueños, sólo una corta excursión a modo de prueba, un paseo por una parte del *Tel'aran'rhiod* que era la que Bair conocía mejor, es decir, el Yermo de Aiel, un territorio abrupto y reseco que en comparación hacía que el propio Cairhien, castigado por la sequía, pareciese un lugar exuberante de vegetación. Tras una corta

caminata, Bair y Amys la despertaron para comprobar si había tenido algún efecto nocivo en la joven. No lo había. Por mucho que la hicieron saltar y correr, por muchas veces que le miraron los ojos y escucharon su corazón no tuvieron más remedio que admitirlo; a pesar de ello, a la noche siguiente Amys la llevó a otra corta excursión al Yermo, seguida de un nuevo examen tan agotador que Egwene se alegró de poder arrastrarse hasta su catre después y quedarse profundamente dormida nada más tenderse en él.

Esas dos noches no regresó al Mundo de los Sueños, pero se debió más al cansancio que a otra cosa. Antes de eso, se había repetido a sí misma que debería dejar de hacerlo —estaría bueno que la pillaran violando sus restricciones justo cuando estaban a punto de levantarlas— pero, de algún modo, siempre decidía que un corto viaje no importaría con tal que fuese lo bastante rápido para reducir el peligro de ser descubierta. Algo que sí evitaba era el lugar entre el *Tel'aran'rhiod* y el mundo de vigilia; el lugar donde flotaban los sueños. Sobre todo lo evitó después de sorprenderse pensando que si tenía mucho cuidado a lo mejor podía atisbar los sueños de Gawyn sin ser arrastrada hacia ellos, y que, aun en el caso de que ocurriera eso, sólo sería un sueño. Se recordó firmemente que era una mujer adulta, no una chiquilla estúpida. Se alegraba de que nadie más supiera la confusión que el hombre producía en sus pensamientos. Amys y Bair se habrían reído hasta saltárseles las lágrimas.

En la séptima noche, Egwene se preparó cuidadosamente para acostarse, poniéndose una camisola limpia y cepillándose el cabello hasta que brilló. Todo lo cual era inútil con respecto al Mundo de los Sueños, pero sí le sirvió para no pensar en el nerviosismo que le atenazaba el estómago. Esta noche serían Aes Sedai quienes estarían esperando en el Corazón de la Ciudadela, no Elayne o Nynaeve. Daba igual que fuesen unas u otras a menos que… El cepillo de mango de marfil se detuvo sin acabar la pasada por el pelo. A menos que una de las Aes Sedai revelara que era sólo Aceptada. ¿Por qué no había pensado antes en eso? Luz, ojalá pudiese hablar con Elayne o Nynaeve. Aunque tampoco veía de qué podría servir eso, aparte de que estaba convencida de que su sueño sobre romper cosas significaba que algo iría muy mal si hablaba con ellas.

Se mordisqueó el labio mientras consideraba la posibilidad de presentarse ante Amys y decirle que no se sentía bien. Nada serio, sólo un poco revuelto el estómago, pero dudaba mucho que pudiera visitar el Mundo de los Sueños esta noche. Iban a reanudar sus clases tras su encuentro nocturno, pero… Otra mentira, además de ser una artimaña propia de alguien cobarde. Ella no lo sería. No todas las personas podían ser igualmente valientes, pero la cobardía era despreciable. Ocurriera lo que ocurriese esta noche, tendría que afrontarlo, y se acabó.

Dejó el cepillo con actitud firme, apagó la lámpara y se metió en el camastro. Estaba lo bastante cansada para que quedarse dormida no representara ningún

problema, aunque si fuese necesario ahora sabía cómo sumirse en el sueño a cualquier hora o entrar en un ligero trance de manera que podría estar en el Mundo de los Sueños y hablar —bueno, más bien balbucir— con alguien que estuviese junto a su cuerpo dormido. Lo último que le vino a la cabeza antes de abandonarse al sueño fue darse cuenta de algo sorprendente: el nerviosismo no le atenazaba el estómago ya.

Se encontró en una gran cámara abovedada rodeada por un bosque de gruesas columnas de pulida piedra roja: el Corazón de la Ciudadela, en la Ciudadela de Tear. Lámparas doradas colgaban de cadenas por doquier; a pesar de estar apagadas había luz que procedía de todas partes y de ninguna. Amys y Bair ya estaban allí, su aspecto exactamente igual que el que tenían esa mañana, a excepción de que sus collares y brazaletes relucían un poco más de lo que hasta el oro tendría que haber brillado. Hablaban en voz baja y parecían irritadas. Egwene sólo captó un par de palabras sueltas, pero fueron «Rand al'Thor».

De pronto cayó en la cuenta de que llevaba un vestido blanco con bandas en el repulgo, la ropa de Aceptada. Tan pronto como se percató de ello su atuendo cambió a una copia exacta del de las Sabias, aunque sin joyas. No creía que las otras dos mujeres se hubiesen dado cuenta; de cualquier modo tampoco habrían sabido lo que significaba ese vestido. En ocasiones rendirse implicaba perder menos ji y deber menos *toh* que las alternativas, pero ningún Aiel se lo plantearía sin antes haber intentado luchar al menos.

—Vuelven a retrasarse —comentó secamente Amys al tiempo que se adentraba en el espacio abierto, bajo la gran bóveda de la cámara. Hincada en las baldosas estaba lo que parecía una espada de cristal, la *Callandor* de las profecías, un *sa'angreal* masculino y uno de los más poderosos que se habían creado. Rand la había puesto allí para que los tearianos lo recordaran, como si tuviesen posibilidad de olvidarlo, pero Amys apenas le dedicó una mirada superficial. Para otros La Espada que no es una Espada sería un símbolo del Dragón Renacido; para ella era algo que sólo concernía a las gentes de las tierras húmedas—. Esperemos al menos que no intenten fingir que lo saben todo y nosotras no sabemos nada. La última vez se comportaron mucho mejor.

El resoplido de Bair habría hecho parpadear a Sorilea.

—Nunca mejorarán su actitud —manifestó—. Lo menos que podrían hacer es estar donde dijeron que estarían a la hora que… —Se calló cuando siete mujeres aparecieron repentinamente al otro lado de *Callandor*.

Egwene las reconoció, incluida la mujer joven de azules ojos rebosantes de decisión a quien había visto antes en el *Tel'aran'rhiod*. ¿Quién sería? Amys y Bair habían mencionado a las otras —por lo general con acritud— pero nunca se refirieron a ésa. La mujer se cubría con un chal con flecos azules; todas ellas llevaban los chales puestos. Sus vestidos cambiaban de color y de estilo de manera constante, pero no así

los chales.

Los ojos de las Aes Sedai se enfocaron de inmediato en Egwene, como si las Sabias no existiesen.

—Egwene al'Vere —empezó solemnemente Sheriam— se requiere tu presencia ante la Antecámara de la Torre.

Sus almendrados y verdes ojos brillaban con alguna emoción reprimida, y a Egwene se le subió el corazón a la garganta; sabían que había estado fingiendo ser una hermana de pleno derecho.

—No preguntes para qué se te requiere —intervino Carlinya de inmediato, y su fría voz hizo resaltar aun más la formalidad del anuncio—. De ti se espera que respondas, no que preguntes.

Por alguna razón desconocida, la Blanca se había dejado corto el oscuro cabello; ésa era la clase de detalle sin importancia que parecía cobrar magnitud en la mente de Egwene. Desde luego no deseaba pensar en el significado de todo esto. Las frases ceremoniosas se sucedieron a un ritmo regular, en tanto que Amys y Bair se ajustaban los chales y fruncían el ceño, haciendo evidente que su irritación iba dando paso a la preocupación.

—No retrases tu llegada —ordenó Anaiya, a quien Egwene siempre había visto como una mujer afable, pero que ahora hablaba con tanta firmeza como Carlinya y una formalidad carente por completo de cordialidad—. Se espera de ti una inmediata obediencia.

A continuación, las tres Aes Sedai hablaron a unísono:

—Es bueno temer la convocatoria de la Antecámara. Es bueno obedecer al punto y con humildad, sin hacer preguntas. Se te emplaza para que te arrodilles ante la Antecámara de la Torre y aceptes el fallo de sus componentes.

Egwene controló su respiración al menos lo suficiente para no jadear. ¿Cuál era el castigo por lo que había hecho? Ninguno leve si había que juzgar por esta ceremonia. Todas la miraban fijamente. La joven trató de descubrir algo en aquellos semblantes Aes Sedai; seis de ellos traslucían únicamente serenidad intemporal, quizá con un atisbo de intensidad en los ojos. La joven Azul traslucía la fría calma propia de quien lleva años siendo Aes Sedai, pero no podía ocultar una leve y satisfecha sonrisa. Todas parecían esperar algo.

—Acudiré tan pronto como pueda —respondió. Puede que tuviera la sensación de tener el estómago en los talones, pero su voz era una réplica perfecta de las de ellas. Nada de cobardía. Sería Aes Sedai algún día. Si se lo permitían después de esto—. Sin embargo no sé cuánto tardaré. La distancia es mucha e ignoro dónde se encuentra Salidar, sólo que está en algún punto a lo largo del río Eldar.

Sheriam intercambió una mirada con las otras. Su vestido cambió de color azul pálido a un gris oscuro, con la falda pantalón.

—Estamos seguras de que existe un modo de hacer rápido el viaje. Si las Sabias acceden a colaborar. Siuan está convencida de que no se tardaría más que uno o dos días si entras físicamente en el *Tel'aran'rhiod*…

—No —espetó Bair.

—No le enseñaremos algo así —abundó al mismo tiempo Amys—. Se utilizaba para el mal, es el mal, y quienquiera que lo haga pierde parte de sí mismo para siempre.

—No podéis saber con certeza algo así —adujo pacientemente Beonin— puesto que al parecer ninguna de vosotras lo ha hecho jamás. Pero si tenéis conocimiento de ello entonces debéis de tener alguna noción de cómo se realiza. Quizá nosotras podríamos descubrir algo que vosotras no sabéis.

Ese tono paciente era precisamente el peor que podía emplear. Amys se ajustó el chal y se irguió más que nunca. Bair se puso en jarras y adoptó un gesto furibundo, enseñándole los dientes. En cualquier momento se iba a producir uno de esos estallidos que las Sabias habían insinuado. Iban a enseñarles a estas Aes Sedai unas cuantas lecciones sobre lo que podía hacerse en el *Tel'aran'rhiod* por medio de demostrarles lo poco que sabían ellas. Las Aes Sedai las observaban envueltas en una calma absoluta, rebosantes de seguridad. Sus chales no sufrieron cambios pero sus vestidos variaron casi al mismo ritmo desaforado de los latidos del corazón de Egwene. Sólo el de la joven Azul pareció mantener cierta estabilidad, cambiando sólo una vez durante el largo silencio.

Tenía que impedirlo. Tenía que ir a Salidar y ciertamente no sería ninguna ayuda si era testigo de la humillación de estas Aes Sedai.

—Sé cómo hacerlo. Creo que sé. Estoy dispuesta a intentarlo. —Si no funcionaba, siempre podía ir a caballo—. Pero todavía ignoro dónde he de dirigirme y sería mejor que lo supiese ahora.

La atención de Amys y Bair pasó de las Aes Sedai a ella. Ni siquiera Carlinya ni Morvrin habrían sido capaces de igualar la frialdad de aquellas miradas. A Egwene el corazón se le cayó a los pies, junto con su estómago.

Sheriam empezó a dar indicaciones de inmediato —a tantos kilómetros de tal pueblo, a tantas leguas al sur de aquello—, pero la joven Azul carraspeó y dijo:

—Puede que esto sea de más ayuda.

La voz le sonaba conocida a Egwene, pero la muchacha no supo encajarla con un rostro. No tendría mucho más control sobre su vestimenta que las demás —el suave color verde se convirtió en azul mientras hablaba, y el cuello alto dio paso a unas chorreras de puntillas al estilo teariano, en tanto que un casquete de perlas aparecía en su cabeza—, pero sí sabía algo del *Tel'aran'rhiod*. De repente un gran mapa apareció suspendido en el aire a un lado, con un reluciente punto rojo a un extremo, junto al nombre «Cairhien» escrito con grandes letras, y otro al extremo opuesto con el

nombre de «Salidar». El mapa empezó a ampliarse y a cambiar; de pronto las cadenas montañosas dejaron de ser simples líneas y se elevaron, los bosques adquirieron tonalidades verdes y ocres, los ríos relucieron como cursos de agua al sol. Aumentó de tamaño hasta crear una especie de muro que ocultaba todo ese lado de la gran cámara. Era como contemplar el mundo desde arriba.

Hasta las Sabias estaban lo bastante impresionadas para pasar por alto su desaprobación, al menos hasta que el vestido teariano de la mujer joven cambió a otro de seda amarilla, con un remate en el escote bordado con hilo de plata. Sin embargo, la mujer no estaba interesada en ellas. Por alguna razón miraba con aire desafiante a las otras Aes Sedai.

—Eso es espléndido, Siuan —dijo Sheriam al cabo de un momento.

Egwene parpadeó. ¿Siuan? Debía de ser una mujer con el mismo nombre. Esta joven Aes Sedai aspiró aire por la nariz en un gesto ufano e hizo un brusco asentimiento con grandes reminiscencias de Siuan Sanche, pero tal cosa era imposible. «Estás tratando de posponerlo, nada más» se increpó para sus adentros, con firmeza.

—Ciertamente me basta para encontrar Salidar, pueda o no… —Echó una mirada de reojo a Amys y a Bair, cuyo desaprobador silencio e inmovilidad eran tal que podían estar talladas en piedra—. Pueda o no ir físicamente. De un modo u otro, prometo que estaré en Salidar tan pronto como me sea posible. —El mapa desapareció. «Luz ¿qué piensan hacer conmigo?»

A punto estuvo de hacer la pregunta en voz alta, pero Carlinya se lo impidió al tomar de nuevo la palabra, otra vez inmersa en la severidad ceremoniosa de antes e incluso con mayor dureza:

—No preguntes para qué se te requiere —repitió—. De ti se espera que respondas, no que preguntes.

—No retrases tu llegada —reiteró Anaiya—. Se espera de ti una inmediata obediencia.

Las Aes Sedai intercambiaron miradas y desaparecieron tan repentinamente que Egwene se preguntó si creerían que de todos modos iba a preguntar a pesar de sus admoniciones.

La dejaron sola con Amys y Bair, pero cuando la joven se volvió hacia las Sabias, dudando entre empezar con una explicación o con una disculpa o simplemente rogándoles que comprendieran, también ellas desaparecieron y la dejaron allí, rodeada por las columnas de piedra roja y con *Callandor* rutilando a su lado. No había excusas en el *ji'e'toh*.

Suspiró tristemente y salió del *Tel'aran'rhiod* de vuelta a su cuerpo dormido.

Despertó de inmediato; despertar a voluntad era una parte tan importante en el adiestramiento de una caminante de sueños como el quedarse dormida cuando una

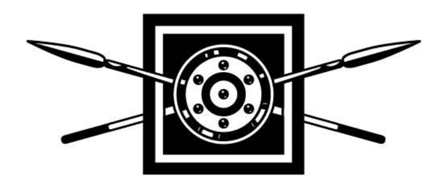
quisiera; y había prometido irse tan rápido como le fuera posible. Encauzó para encender las lámparas, todas ellas. Iba a necesitar luz. Hizo un esfuerzo para imprimir dinamismo a sus movimientos mientras se arrodillaba junto a uno de los pequeños arcones que estaban colocados contra la lona de la tienda y empezó a sacar ropas que no había llevado desde que entró en el Yermo. Una parte de su vida había quedado atrás, pero no lloraría por ello. No lloraría.

Tan pronto como Egwene desapareció, Rand apareció entre las columnas. Acudía allí de vez en cuando para mirar a *Callandor*. La primera visita fue después de que Asmodean le enseñara a invertir los tejidos. Entonces había cambiado las trampas dispuestas alrededor del *sa'angreal* de modo que sólo él podía verlas. Si se daba crédito a las Profecías, «quien la extraiga continuará después». Ya no estaba muy seguro de hasta qué punto creía esos vaticinios, pero no tenía sentido correr ningún riesgo.

Lews Therin rezongaba en algún rincón de su mente —siempre lo hacía cuando Rand estaba cerca de *Callandor*— pero esa noche la reluciente espada cristalina no interesaba en absoluto a Rand. Tenía los ojos prendidos en el punto donde el mapa había estado suspendido. No era realmente un mapa al final, sino algo más. ¿Qué era ese lugar? ¿Se debía a una simple casualidad el que hubiese acudido allí aquella noche en lugar del día anterior o el siguiente? ¿Sería uno de los tirones de *ta'veren* en el Entramado? Qué más daba. Egwene había accedido al emplazamiento humildemente, cosa que jamás habría hecho si la llamada viniese de la Torre y de Elaida. Ese Salidar tenía que ser el sitio donde sus misteriosas amigas se escondían. Donde estaba Elayne. Ellas mismas se le habían entregado.

Riendo, abrió un acceso al reflejo del palacio de Caemlyn en el Mundo de los Sueños.

33



Valor para fortalecer

Vestida únicamente con la camisola y arrodillada, Egwene contempló ceñuda el traje de montar de seda verde que había llevado puesto al entrar en el Yermo lo que parecía mucho tiempo atrás. Tenía mucho que hacer. Había dedicado un rato a redactar apresuradamente una nota y había levantado a Cowinde de sus mantas para darle instrucciones de llevarla a El Hombre Largo a la mañana siguiente. En ella explicaba poco más que tenía que marcharse —tampoco sabía mucho aparte de eso— pero no podía desaparecer simplemente, sin decírselo a Gawyn. Recordar algunas de las frases escritas la hizo enrojecer; decir que lo amaba era una de ellas, pero ¡mira que pedirle que la esperara! Empero, se había ocupado de él hasta donde le era posible. Ahora tenía que prepararse y sin saber muy bien para qué.

La solapa de la entrada de la tienda se abrió y entró Amys, seguida de Bair y de Sorilea. Se colocaron en fila mirándola desde arriba, los tres semblantes sombríos en un gesto de desaprobación. No le fue fácil a la joven contener las ganas de apretar el vestido contra el pecho; cubierta sólo con la camisola se sentía en desventaja; aunque, en honor a la verdad, hasta protegida con una armadura se habría sentido igual. Era una cuestión de saber que estaba obrando mal. Le sorprendía que hubiesen tardado tanto en acudir. Hizo una profunda inhalación.

—Si habéis venido para castigarme, no tengo tiempo para traer y llevar agua ni para cavar agujeros o cualquier otra cosa parecida. Lo lamento, pero dije que iría lo antes posible y creo que para ellas cuentan hasta los minutos.

Las pálidas cejas de Amys se enarcaron en un gesto de sorpresa mientras Sorilea y Bair intercambiaban una mirada desconcertada.

—¿Cómo íbamos a castigarte? —preguntó Amys—. Dejaste de ser aprendiza en el momento en que tus hermanas te llamaron. Debes reunirte con ellas como Aes Sedai.

Egwene disimuló una mueca de angustia examinando el traje de montar otra vez. Era asombroso lo poco arrugado que estaba después de haber permanecido doblado dentro del arcón todos esos meses. Se obligó a volver los ojos hacia las Sabias.

—Sé que estáis enfadas conmigo y tenéis motivo para…

—¿Enfadadas? —repitió Sorilea—. En absoluto. Creí que nos conocías mejor. —Era cierto que su voz no traslucía enfado, pero aun así la censura se reflejaba en el

semblante de las tres.

Egwene las miró de una en una, deteniéndose más en Amys y en Bair.

—Pero me advertisteis lo malo que es lo que voy a hacer. Dijisteis que ni siquiera debía planteármelo. Yo accedí, pero después seguí adelante y descifré cómo llevarlo a cabo.

Sorprendentemente, una sonrisa iluminó el curtido rostro de Sorilea. Los numerosos brazaletes de la Sabia tintinearon cuando la mujer se ajustó el chal con aire satisfecho.

—¿Veis? Os dije que lo entendería. Podría ser una Aiel.

Parte de la tensión desapareció de los rasgos de Amys, y un poco más de los de Bair; entonces Egwene lo comprendió. No estaban enfadadas porque tuviese intención de entrar en el *Tel'aran'rhiod* físicamente; para ellas era una equivocación, pero cada cual tenía que hacer lo que pensaba que debía e incluso si esto funcionaba no incurría en obligación alguna salvo consigo misma. En verdad no estaban enfadadas en absoluto; todavía. Lo que las mortificaba era su mentira. Egwene sintió un nudo en el estómago. La mentira que había confesado; puede que la menor de todas. Tuvo que respirar hondo otra vez para que las palabras le salieran de la garganta:

—Os he mentido en otras cosas también. Entré en el *Tel'aran'rhiod* sola después de prometer que no lo haría. —El rostro de Amys volvió a ensombrecerse. Sorilea, que no era una caminante de sueños, se limitó a sacudir la cabeza con aire compungido—. Prometí obedecer como aprendiza; pero, cuando dijisteis que el Mundo de los Sueños era demasiado peligroso tras haber sido herida, fui allí.

Bair se cruzó de brazos, inexpresivamente. Sorilea murmuró algo sobre las muchachas necias, pero no había enfado en su tono. Egwene inhaló profundamente por tercera vez; esto iba a ser lo más difícil de confesar. El nerviosismo que le atenazaba el estómago era tan intenso que le sorprendía no estar tiritando.

—Lo peor de todo —continuó— es que no soy Aes Sedai. Sólo soy Aceptada. Algo así como una aprendiza. Todavía tardaré años en ser ascendida a Aes Sedai, si es que lo consigo alguna vez, después de lo ocurrido.

Sorilea levantó bruscamente la cabeza al oír esto y sus finos labios se apretaron, pero aun así ninguna de ellas dijo una palabra. Dependía de Egwene arreglar las cosas; nunca volverían a ser como antes, pero…

«Lo has confesado todo —susurró una vocecilla dentro de su cabeza—. Ahora más te vale centrarte en descubrir la forma más rápida de llegar a Salidar. Todavía puedes ser ascendida a Aes Sedai algún día, pero no lo conseguirás si las haces esperar y las enfureces más de lo que están ya.»

Egwene bajó los ojos y fijó la vista en las alfombrillas de abigarrados colores mientras la comisura de sus labios se torcía en una mueca desdeñosa. Desdeñosa

hacia esa vocecilla. Y avergonzada de que se hubiese expresado, de que ella hubiese sido capaz de pensarlo. Se iba a marchar, pero antes tenía que arreglar las cosas. Era posible siguiendo el *ji'e'toh*. Una hacía lo que tenía que hacer y después pagaba el precio. Muchos meses atrás, en el Yermo, Aviendha le había demostrado el precio que se pagaba por una mentira.

Haciendo acopio de todo el valor que halló dentro de sí, confiando en que fuera suficiente, Egwene dejó a un lado el traje de seda y se puso de pie. Cosa extraña, dar el primer paso pareció facilitar el seguir adelante. Todavía tenía que levantar los ojos para mirarlas a la cara, pero lo hizo con orgullo, la cabeza bien alta, y cuando habló no tuvo que esforzarse para que las palabras salieran de su boca:

—Tengo *toh*. —El nudo en el estómago había desaparecido por completo—. Os pido el favor de que me ayudéis a cumplir con mi *toh*.

Salidar tendría que esperar.

Recostado en un codo, Mat examinaba el juego de serpientes y zorros extendido sobre el suelo de la tienda. De vez en cuando una gota de sudor le resbalaba de la barbilla y caía muy cerca del tablero. En realidad no era un tablero, sino un pedazo de paño rojo con una red de líneas dibujadas con tinta negra y flechas señalando cuáles de esas líneas permitían movimientos en una sola dirección y cuáles en ambas. Diez fichas de madera clara con un triángulo dibujado eran los zorros, y diez con el dibujo de una línea sinuosa eran las serpientes. Dos lámparas colocadas a ambos lados proporcionaban luz de sobra.

—Esta vez ganaremos, Mat —dijo Olver, excitado—. Sé que ganaremos.

—Quizá —respondió Mat. Las dos fichas marcadas en negro estaban casi de vuelta al círculo central del tablero, pero la siguiente tirada de dados era para las serpientes y los zorros. La mayoría de las veces no se llegaba más allá del borde exterior.

»Tira los dados. —Él nunca tocaba el cubilete desde que se lo había dado al chico; si iban a jugar sería mejor hacerlo sin que su suerte influyera en nada.

Olver sonrió, agitó el cubilete y echó los dados de madera que su padre había hecho. Gruñó al contar los puntos; esta vez tres de los dados mostraban la cara donde había dibujado un triángulo, y los otros tres las líneas sinuosas. Cuando era el turno de los zorros y las serpientes había que adelantar sus fichas por el camino más corto, y si una caía en la casilla que uno ocupaba… Una serpiente tocó la ficha negra de Olver y un zorro la del Mat; éste comprobó que si se hubiese movido el resto de la tirada otras dos serpientes lo habrían alcanzado.

No era más que un juego de niños, además de ser uno imposible de ganar mientras se siguieran las reglas. Dentro de poco Olver sería lo bastante mayor para comprender eso y, como los demás niños, dejaría de jugar a ello. Sólo un juego de

críos, pero a Mat no le gustaba que lo alcanzaran los zorros y aun menos las serpientes. Le traía malos recuerdos aunque una cosa no tuviera nada que ver con la otra.

—Bueno —murmuró Olver—, estuvimos a punto de ganar. ¿Otra partida, Mat? —Sin esperar respuesta, el chico hizo la señal que daba comienzo al juego, un triángulo y después una línea sinuosa a través del primero; a continuación entonó el verso—: Valor para fortalecer, fuego para cegar, música para aturdir, hierro para encadenar. Mat, ¿por qué decimos eso? No hay fuego ni música ni hierro.

—No lo sé. —El verso insinuaba cierta evocación en un recóndito lugar de su memoria, pero no lograba asirlo. Los viejos recuerdos adquiridos en el *ter'angreal* podían estar elegidos al azar, como probablemente ocurría, además de tener todas esas lagunas de los suyos propios, esas zonas enmarañadas y confusas. El chico siempre estaba haciendo preguntas para las que él no tenía respuesta y que por lo general empezaban con «¿por qué?».

Daerid entró agachado en la tienda, dejando tras de sí la noche, e hizo un gesto de sorpresa. El rostro le brillaba por el sudor y todavía llevaba puesta la casaca, aunque sin abrochar. Su reciente cicatriz trazaba un frunce rosáceo por encima de las otras líneas blancas que le surcaban la cara.

—Creo que ya es hora de que estés en la cama, Olver —dijo Mat al tiempo que se incorporaba. Las heridas le daban punzadas, pero no demasiado; se estaban curando bien—. Recoge el tablero. —Se acercó a Daerid y redujo el tono de voz a un susurro —: Si le cuentas esto a alguien, te cortaré el cuello.

—¿Por qué? —replicó secamente el otro hombre—. Te estás convirtiendo en un padre maravilloso. El chico tiene un asombroso parecido contigo. —Daba la impresión de estar esforzándose para no sonreír, pero la mueca apenas insinuada desapareció al punto—. El lord Dragón viene al campamento —anunció, terriblemente serio.

Mat olvidó por completo la idea de atizarle un puñetazo en las narices; apartó bruscamente la solapa de la tienda y salió a la noche en mangas de camisa. Seis de los hombres de Daerid, apostados en círculo alrededor de la tienda, se pusieron firmes al verlo aparecer. Ballesteros; ciertamente las picas no servirían de mucho para montar guardia. A pesar de ser de noche el campamento no estaba oscuro. El intenso brillo de la luna creciente en sus tres cuartas partes en medio de un cielo despejado quedaba atenuado por el resplandor de las hogueras espaciadas regularmente entre las hileras de tiendas y los hombres dormidos en el suelo. Había centinelas cada veinte pasos todo el trecho hasta la empalizada de troncos. No era exactamente como a Mat le habría gustado; si podía producirse un ataque repentino, salido de la nada…

Allí el terreno era casi llano, de modo que enseguida vio a Rand dirigiéndose hacia él a grandes zancadas. No venía solo. Dos Aiel velados avanzaban de puntillas,

y sus cabezas giraban velozmente cada vez que un miembro de la Compañía se daba una vuelta en sueños o uno cambiaba de postura para observarlos. La mujer Aiel, Aviendha, también iba con ellos; llevaba un fardo a la espalda y caminaba como si pensara cortarle el cuello al primero que se pusiera en su camino. Mat no entendía por qué Rand la mantenía a su lado. «Las Aiel sólo dan problemas —pensó sombríamente—, y no he visto una mujer más dispuesta a dar problemas que ésa.»

—¿De verdad es el Dragón Renacido? —preguntó Olver, falto de aliento. Sostenía contra el pecho el juego enrollado y estaba tan nervioso que casi daba brincos.

—Lo es —contestó Mat—. Y ahora, a la cama. Éste no es lugar para chiquillos.

Olver se marchó rezongando en tono de reproche, pero sólo llegó hasta la siguiente tienda. Por el rabillo del ojo, Mat advirtió que el chico se escondía rápidamente y que volvía a asomar la cara por la esquina de la lona.

Mat lo dejó estar, aunque después de mirar con atención el rostro de Rand se preguntó si ese lugar era adecuado siquiera para hombres hechos y derechos, cuanto menos para un muchachito. Aquel semblante habría podido pasar por un pedazo de hierro, bien que cierta emoción pugnaba por emerger, ansiedad o tal vez entusiasmo; los ojos de Rand relucían con un brillo febril. Llevaba un pergamino enrollado en una mano, en tanto que con la otra acariciaba la empuñadura de la espada de manera inconsciente. La hebilla del cinturón con forma de dragón titilaba con la luz de las hogueras; a veces la cabeza de uno de los dragones que asomaban por los puños de la chaqueta también brillaba.

Cuando llegó ante Mat no perdió el tiempo con saludos.

—Tengo que hablar contigo. A solas. Necesito que hagas algo.

La noche era un oscuro horno y Rand llevaba una chaqueta verde bordada en oro, con el cuello alto, pero no sudaba ni una gota.

Daerid, Talmanes y Nalesean se encontraban a unos cuantos pasos, con más o menos ropas encima, observándolos. Mat les hizo una seña para que esperaran y después hizo un gesto con la cabeza hacia su tienda. Siguió a Rand al interior mientras toqueteaba la cabeza del zorro por encima de la camisa. No tenía por qué preocuparse. Al menos, esperaba que fuese así.

Rand había dicho que a solas, pero por lo visto Aviendha no creía que eso la incluyera a ella. Se quedó a dos pasos de él, ni más ni menos; la mayor parte del tiempo observaba a Rand con una expresión indescifrable, pero de vez en cuando echaba una ojeada a Mat, frunciendo el ceño y mirándolo de arriba abajo. Rand no le prestaba la menor atención y, a pesar de su aparente prisa de antes, ahora no daba señales de tener ninguna. Recorrió la tienda con la mirada, aunque Mat se preguntó con inquietud si realmente la estaba viendo. Tampoco había mucho que ver. Olver había vuelto a poner las dos lámparas encima de la mesa plegable de campaña.

También era plegable la silla, así como el lavabo y el camastro. Todos los muebles estaban lacados en negro, con unas líneas doradas. Si un hombre disponía de dinero, bien podía gastarlo en algo. Las rajas abiertas por los Aiel en la lona de la tienda se habían remendado cuidadosamente, pero a pesar de ello seguían notándose. Mat no aguantó más el silencio.

—¿Qué ocurre, Rand? Espero que no hayas decidido cambiar los planes a estas alturas.

No hubo respuesta, sólo una mirada como si Rand acabara de recordar que estaba allí. Lo puso nervioso a Mat. Pensaran lo que pensaran Daerid y el resto de la Compañía, se esforzaba al máximo para eludir las batallas. A veces, sin embargo, el ser *ta'veren* jugaba en su contra; así es como él lo veía. Creía que Rand tenía algo que ver en ello; era un *ta'veren* más fuerte, lo bastante para que a veces Mat casi sintiera el tirón. Si Rand metía baza, a Mat no le sorprendería encontrarse en medio de una batalla aunque estuviese durmiendo en un granero.

—Unos cuantos días más y estaremos en Tear —agregó—. Los transbordadores llevarán a la Compañía a través del río y otros pocos días después nos reuniremos con Weiramon. Es jodidamente tarde para venir a meterse…

—Quiero que traigas a Elayne a… Caemlyn —lo interrumpió Rand—. Quiero que la lleves a salvo allí pase lo que pase. No te apartes de su lado hasta que esté en el Trono del León.

Aviendha carraspeó.

—Sí —dijo Rand. Por alguna razón su voz se tornó tan fría como su rostro. Claro que ¿necesitaba razones si se estaba volviendo loco?—. Aviendha va contigo. Creo que es mejor.

—¿Que tú crees que es mejor? —espetó ella, indignada—. Si no me hubiese despertado cuando lo hice jamás habría sabido que la habías encontrado. Tú no me envías a ninguna parte, Rand al'Thor. He de hablar con Elayne por… Tengo mis razones.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado a Elayne —dijo Mat con cuidado. Si él fuese Rand dejaría a esa mujer dondequiera que estuviese. ¡Luz, hasta Aviendha sería mejor! Al menos las Aiel no iban de aquí para allí con la nariz apuntando al cielo o creyendo que uno tenía que saltar porque se lo dijeran. Claro que algunos de sus juegos eran rudos, además de que tenían la costumbre de intentar matarlo a uno de vez en cuando—. Pero no entiendo para qué me necesitas a mí. Salta a través de uno de tus accesos, dale un beso, cógela en brazos y vuelve de otro salto.

Aviendha le asestó una mirada indignada; cualquiera diría que había dicho que la besase a ella. Rand desenrolló el largo pergamino sobre la mesa y utilizó las lámparas para sujetar los extremos.

—Aquí es donde está. —Era un mapa, una parte del río Eldar con unos ochenta

kilómetros de territorio a uno y otro lado. Habían dibujado una flecha con tinta azul que señalaba el bosque; al lado de la flecha aparecía un nombre: Salidar. Rand golpeó con el índice cerca del extremo oriental del mapa. También era un terreno boscoso; en realidad casi todo lo era—. Aquí hay un claro bastante grande. Verás que el pueblo más próximo está a más de treinta kilómetros al norte. Abriré un acceso a ese claro para ti y para la Compañía.

Mat se las ingenió para cambiar una mueca crispada en una sonrisa.

—Mira, si he de hacerlo yo, entonces ¿por qué no ir solo? Abre tu acceso a ese tal Salidar, la echo encima del caballo y… —¿Y qué? ¿Iba a hacer Rand otro acceso desde Salidar a Caemlyn? Había un largo camino a caballo desde el Eldar a Caemlyn. Un camino muy, muy largo, con una noble altanera y una Aiel por toda compañía.

—La Compañía, Mat —espetó Rand—. ¡Tú y toda la Compañía! —Aspiró profunda y temblorosamente; y cuando volvió a hablar su tono se había suavizado. Aun así, su rostro no había perdido la rigidez y sus ojos seguían febriles. Mat pensó si no estaría enfermo o sufriendo algún dolor—. Hay Aes Sedai en Salidar, Mat. Ignoro cuántas; cientos, por lo que he oído, pero no me sorprendería si su número ronda las cincuenta, más bien. Por el modo en que hablan de la Torre, unida y pura, dudo que haya más. Me propongo situaros a dos o tres días de camino para que así se enteren de vuestra llegada. No tiene ningún sentido sobresaltarlas; podrían pensar que sois Capas Blancas lanzando un ataque. Son rebeldes contra Elaida y probablemente están lo bastante asustadas, de modo que sólo tendrás que imponerte un poco y decir que Elayne ha de ser coronada en Caemlyn para conseguir que la dejen marchar. Si consideras que se puede confiar en ellas, ofréceles tu protección. Y la mía. Se supone que están de mi parte y a estas alturas es posible que hasta agradezcan mi protección. Después escoltas a Elayne, y a tantas Aes Sedai como deseen venir, directamente a través de Altara y Murandy a Caemlyn. Haz ondear mis estandartes, anuncia lo que estás haciendo y no creas que los altaraneses ni los murandianos vayan a causarte muchos problemas, no mientras no te detengas. Si topas con algunos seguidores del Dragón en el camino, recógelos también. La mayoría se convertirán en bandidos si no los ato en corto enseguida; ya me han llegado un par de rumores al respecto. Pero los unirás a las tropas, ondeando mis estandartes. —Su repentina sonrisa dejó a la vista los dientes, pero no llegó a sus ojos en ningún momento—. ¿Cuántos pájaros de un tiro, Mat? Cabalga a través de Altara y de Murandy con seis mil hombres y haz que los seguidores del Dragón se unan a ti y quizá me entregues ambos países.

Había tantas implicaciones en eso que a Mat le dio dentera y dejó de importarle si a Rand le dolían las muelas o si llevaba las botas llenas de abrojos. ¿Hacer que las Aes Sedai creyeran que tenía intención de atacarlas? Desde luego que no. ¿Y se suponía que debía intimidar a cincuenta de ellas? Las Aes Sedai no le daban miedo, quizá ni siquiera cinco o seis juntas, pero ¿cincuenta? Volvió a tocar la cabeza de

zorro a través de la camisa antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo; eso sí que le daría ocasión de probar hasta qué punto la suerte realmente le sonreía. En lo tocante a cabalgar a través de Altara y de Murandy, ahora lo veía con claridad. Todos y cada uno de los nobles por cuyas tierras pasara se hincharían como gallos de pelea e intentarían picarlo en el momento en que les diera la espalda. Y si además el asunto de los *ta'veren* hacía también su parte, a buen seguro que se daba de narices con cualquier lord o lady agrupando un ejército. Decidió intentarlo otra vez:

—Rand, ¿no crees que esto haría que Sammael volviera los ojos hacia el norte? Tú quieres que esté pendiente del este. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Para que mire en esta dirección.

—No. —Rand sacudió la cabeza—. Lo único que verá es una escolta de honor a la reina de Andor en su camino hacia Caemlyn, y eso si se entera antes de que hayas llegado a Caemlyn. ¿Cuánto tardarías en estar preparado?

Mat abrió la boca, pero finalmente se dio por vencido. No lo haría cambiar de opinión dijera lo que dijese.

—Dos horas —contestó. La Compañía podía hacer los petates y estar en sus caballos mucho antes, pero él no tenía prisa y lo último que quería era que los hombres creyeran que se ponían en marcha para atacar.

—Bien. Yo necesito una hora más o menos. —Para qué, no lo dijo—. No te apartes de Elayne, Mat. Mantenla a salvo. Lo que quiero decir es que nada de esto tiene sentido si ella no llega a Caemlyn viva para ser coronada.

¿Es que Rand pensaba que no estaba enterado de que Elayne y él se habían estado besuqueando por todos los rincones de la Ciudadela la última vez que estuvieron juntos?

—La trataré como a mi propia hermana. —Sus hermanas habían hecho todo lo posible para amargarle la vida. En fin, no esperaba menos de Elayne, sólo que de un modo diferente. Quizás Aviendha sería un poco mejor—. No la perderé de vista hasta que la haya dejado a buen recaudo en el Palacio Real. —«¡Y si intenta hacerse la señora Altanera conmigo demasiado a menudo, le daré una buena patada en el trasero!»

—De acuerdo. Eso me recuerda algo. Bodewhin está en Caemlyn, con Verin y Alanna y unas cuantas chicas más de Dos Ríos. Iban de camino a la Torre para prepararse para ser Aes Sedai. No sé si lo harán; me he asegurado de que no se dirijan a la Torre tal y como están las cosas. Quizá las Aes Sedai que traigas tú se ocupen de ello.

Mat estaba boquiabierto. ¿Su hermana una Aes Sedai? ¿Bode, que solía ir corriendo a contárselo a su madre cada vez que él hacía una trastada?

—Otra cosa —continuó Rand—. Puede que Egwene llegue a Salidar antes que tú. Creo que han descubierto de algún modo que se ha estado haciendo pasar por Aes

Sedai. Haz todo lo posible por sacarla del apuro. Dile que la conduciré de vuelta con las Sabias tan pronto como pueda. Probablemente estará más que dispuesta a acompañarte. Aunque también es posible que no; ya sabes lo testaruda que ha sido siempre. Lo principal es Elayne. Recuerda, no te apartes de su lado hasta que llegue a Caemlyn.

—Lo prometo —murmuró Mat. ¿Cómo demonios iba a estar Egwene en algún lugar próximo al Eldar? No le cabía duda de que la joven se encontraba en Cairhien cuando él había partido de Maerone. A menos que hubiese descubierto también el truco de los accesos de Rand, en cuyo caso podía regresar en cualquier momento que quisiera. O saltar a Caemlyn y abrir un acceso para la Compañía y para él al mismo tiempo—. Tampoco te preocupes por Egwene. La sacaré a rastras de cualquier problema en el que se haya metido por muy testaruda que se muestre.

No sería la primera vez que le había sacado las castañas del fuego antes de que se le quemasen. Y probablemente tampoco en esta ocasión le daría las gracias por ello. ¿Que Bode iba a ser Aes Sedai? ¡Rayos y centellas!

—Bien —dijo Rand—. Muy bien. —Pero estaba absorto contemplando el mapa. Apartó de repente los ojos del pergamino y por un instante Mat creyó que iba a decirle algo a Aviendha. En cambio, le dio bruscamente la espalda a la Aiel—. Thom Merrilin debe de estar con Elayne. —Rand sacó una carta del bolsillo, doblada y sellada—. Entrégale esto. —Tras poner la misiva en las manos de Mat se marchó apresuradamente de la tienda.

Aviendha dio un paso en pos de él, levantando a medias una mano y los labios entreabiertos para hablar. Con idéntica rapidez cerró la boca, ocultó las manos en los pliegues de la falda y apretó los párpados con fuerza. Vaya, conque por ahí iban los tiros, ¿no? «Y ha dicho que tiene que hablar con Elayne.» ¿Cómo se había metido Rand en semejante berenjenal? Era el que siempre había sabido cómo tratar a las mujeres; igual que Perrin.

Con todo, no era asunto suyo. Le dio la vuelta a la carta. El nombre de Thom estaba escrito por una mano femenina y el sello de cera le resultaba desconocido, un árbol de copa extensa rematado con una corona. ¿Qué mujer noble escribiría a un viejo acartonado como Thom? Tampoco era de su incumbencia. Soltó la carta en la mesa y cogió la pipa y la bolsa de tabaco.

—Olver —llamó mientras llenaba la cazoleta—, diles a Talmanes, Nalesean y Daerid que se reúnan conmigo.

Sonó un grito ahogado justo al otro lado de la solapa de la entrada.

—Sí, Mat —se oyó a continuación, y el ruido de unos rápidos pasos alejándose.

Aviendha lo miró y se cruzó de brazos con gesto firme, pero antes de que dijese nada Mat se le anticipó:

—Mientras viajes con la Compañía, estarás bajo mi mando. No quiero problemas

y espero que te comportes de manera que no surja ninguno. —Si provocaba un jaleo, se la entregaría a Elayne atada en una albarda aunque para conseguirlo fueran necesarios diez hombres.

—Sé cumplir órdenes, jefe de batalla. —Pronunció el título con un timbre despectivo—. Pero deberías saber que no todas las mujeres son tan blandas como las de las tierras húmedas. Si intentas subir a una mujer en un caballo cuando ella no quiere marcharse, podría ocurrir que te hincara un cuchillo en las costillas.

A Mat casi se le cayó la pipa de las manos. Sabía que las Aes Sedai no podían leer la mente —en caso contrario, su piel habría estado colgada en una muralla de la Torre Blanca desde hacía mucho tiempo— pero tal vez las Sabias Aiel… «Pues claro que no. Sólo es uno de esos trucos que utilizan las mujeres.» Podría discurrir cómo había deducido sus intenciones simplemente dedicándole un poco de reflexión al asunto, sólo que no tenía ningún interés en hacerlo.

Se aclaró la voz, se puso la pipa entre los dientes y se inclinó sobre el mapa para estudiarlo. La Compañía seguramente podría cubrir la distancia entre el claro y Salidar en un día si metía prisa a los hombres, aun en aquel terreno boscoso, pero se proponía tardar dos o incluso tres. Así daría tiempo de sobra a las Aes Sedai para estar advertidas; no quería que se asustaran más de lo que debían de estar ya. Una Aes Sedai asustada era casi una contradicción. Ni siquiera llevando el medallón de la cabeza de zorro tenía el menor interés en descubrir lo que podían hacer unas Aes Sedai asustadas.

Sintió la mirada de Aviendha clavada en su nuca; entonces oyó un sonido rasposo. Sentada cruzada de piernas contra la lona de la tienda, la Aiel había sacado el cuchillo del cinturón y una piedra de amolar, sin quitarle ojo. Cuando Nalesean, Daerid y Talmanes entraron, los recibió con un anuncio:

—Vamos a hacer cosquillas a unas Aes Sedai, a rescatar a una mula y a sentar a una engreída mocosa en el Trono del León. Ah, sí. Ésta es Aviendha. No le dirijáis una mirada atravesada o tratará de cortaros el cuello y probablemente se raje el suyo por equivocación.

La Aiel se echó a reír como si hubiese hecho el chiste más divertido del mundo. Empero, no dejó de afilar el cuchillo.

Durante un instante Egwene fue incapaz de entender por qué el dolor había dejado de intensificarse. Después se obligó a levantarse de las alfombrillas de su tienda y se quedó de pie, sacudida por los sollozos. Habría querido sonarse la nariz. Ignoraba cuánto tiempo llevaba llorando de ese modo; sólo sabía que sentía ardiendo el cuerpo desde las caderas hasta las corvas. Mantenerse de pie e inmóvil seguía siendo un problema que solucionaba a duras penas. La camisola que creyó sería una ligera protección había sido desechada hacía largo rato. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se quedó allí plantada, sollozando sin rebozo.

Sorilea, Amys y Bair la miraban seriamente y no eran las únicas, aunque casi todas las demás estaban sentadas en cojines o recostadas en el suelo, charlando y saboreando el té servido por una esbelta *gai'shain*, una mujer, gracias le fueran dadas a la Luz. Todas eran mujeres, Sabias y aprendizas, a las que Egwene había dicho que era Aes Sedai. La joven se alegraba de que dejar que creyeran que lo era no contase; ¡no habría sobrevivido a eso! Era decirlo, la mentira pronunciada en voz alta, pero había habido sorpresas. Cosain, una delgada y rubia Miagoma de los Sierra Dorsal, había dicho en tono gruñón que Egwene no tenía *toh* con ella pero que se quedaría a tomar el té, e igual había hecho Estair. Aerin, por otro lado, parecía querer cortarla en dos y Surandha…

Tratando de librarse del velo de lágrimas, Egwene miró hacia Surandha. Estaba sentada con tres Sabias, charlando y lanzando alguna que otra mirada en dirección a Egwene. Surandha se había mostrado totalmente implacable. No es que ninguna de las otras hubiese sido clemente. El cinturón que Egwene había encontrado en uno de sus arcones era fino y flexible, pero el doble de ancho que su mano, y todas estas mujeres tenía brazos fuertes. Se sumaron alrededor de media docena de azotes por parte de cada una.

Egwene no se había sentido tan avergonzada en toda su vida; no porque estuviese desnuda y con la cara enrojecida y sollozando como una niñita. Bueno, lo de llorar sí tenía que ver. Ni siquiera que todas ellas hubiesen presenciado cómo era azotada cuando no era su turno. Lo que la avergonzaba era haberlo sufrido con tan poca entereza. Una niña Aiel se habría mostrado más estoica. En fin, una niña nunca habría tenido que hacer frente a algo así, pero básicamente era la pura verdad.

—¿Ha terminado? —¿Realmente era suya aquella voz pastosa y entrecortada? ¡Cómo se reirían estas mujeres si supieran con qué cuidado había hecho acopio de valor!

—Sólo tú conoces el valor de tu honor —respondió fríamente Amys. Sostenía el cinturón colgando a un lado, utilizando la gruesa hebilla como mango. El murmullo de las conversaciones había cesado.

Egwene inhaló profunda y temblorosamente entre sollozo y sollozo. Sólo tenía que decir que se había acabado y se habría acabado. Podría haber dicho que era suficiente después de un golpe de cada mujer. Podría…

Haciendo una mueca de dolor, se arrodilló y se tendió boca abajo cuan larga era sobre las alfombrillas. Metió las manos por debajo del repulgo de la falda de Bair para agarrar los huesudos tobillos de la mujer, que se notaban a través de las botas flexibles. Esta vez demostraría coraje. Esta vez no gritaría, ni patalearía ni se retorcería ni… El cinturón no se había vuelto a descargar sobre sus nalgas. Levantó la cabeza, parpadeó para aclararse los ojos y les lanzó una mirada intensa.

—¿A qué esperáis? —La voz le temblaba todavía, pero en ella había un dejo de

rabia. ¿Es que iban a hacerla esperar encima de todo lo demás?—. Tengo que emprender viaje esta noche, por si lo habéis olvidado. Vamos, continuad.

Amys tiró el cinturón al suelo, junto a la cabeza de Egwene.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo —manifestó.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo. —Ésa era la fina voz de Bair.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo —declaró rotundamente Sorilea, que se inclinó y retiró el sudoroso cabello del rostro de Egwene con delicadeza—. Sabía que en el fondo de tu corazón eras Aiel. No te enorgullezcas en exceso ahora, muchacha. Has cumplido tu *toh*. Levántate antes de que pensemos que estás alardeando.

La ayudaron a incorporarse, la abrazaron, le limpiaron las lágrimas y le ofrecieron un pañuelo para que se sonara la nariz. Las otras mujeres las rodearon para manifestar cada una de ellas que esa mujer ya no tenía *toh* con ellas antes de abrazarla y sonreírle. Las sonrisas fueron lo que más le impresionó; la de Surandha era tan afectuosa como siempre. Naturalmente. El *toh* no existía cuando se había cumplido; aquello que lo había causado era como si no hubiese ocurrido nunca. Una parte de Egwene que no estaba envuelta en el *ji'e'toh* razonó que quizá lo que había dicho al final también influyó, así como volver a tenderse en el suelo. Tal vez no le había hecho frente con la entereza de un Aiel al principio, pero Sorilea tenía razón. Había sido una Aiel en el fondo de su corazón. Creía que una parte de sí misma siempre sería Aiel.

Las Sabias y aprendizas se marcharon poco a poco. Por lo visto deberían haberse quedado el resto de la noche o más tiempo, riendo y hablando con Egwene, pero eso sólo era una costumbre, no *ji'e'toh*, y con la ayuda de Sorilea se las ingenió para convencerlas de que no tenía tiempo. Por fin sólo quedaron en la tienda Sorilea y las dos caminantes de sueños con ella. Todos los abrazos y las sonrisas habían frenado su llanto a alguna que otra lágrima de vez en cuando. En realidad, la joven deseaba ponerse a llorar otra vez, aunque por razones diferentes. A fuer de ser sincera, sólo en parte por otras razones, porque verdaderamente sentía ardiendo la piel.

—Voy a echaros mucho de menos a todas.

—Tonterías. —Sorilea resopló para poner énfasis—. Si tienes suerte, te dirán que nunca podrás ser Aes Sedai ahora y entonces volverás con nosotras. Serás mi aprendiza. Tendrás tu propio dominio en tres o cuatro años. Incluso tengo el marido adecuado para ti: Taric, el nieto más joven de mi hija mayor Amaryn. Creo que llegará a ser jefe de clan algún día, así que debes estar atenta para encontrar una hermana conyugal para que sea su señora del techo.

—Gracias. —Egwene se echó a reír. Al parecer tendría a donde recurrir si la Antecámara de Salidar la expulsaba.

—Y Amys y yo nos reuniremos contigo en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Bair—, y te contaremos lo que sepamos sobre los acontecimientos de aquí y sobre Rand al'Thor.

A partir de ahora te moverás en el Mundo de los Sueños a tu modo, pero si quieres estoy dispuesta a seguir enseñándote.

—Claro que quiero. —Eso si la Antecámara le permitía acercarse al *Tel'aran'rhiod*. Claro que tampoco podían impedirle que entrara en él; hiciesen lo que hiciesen, eso no estaba a su alcance—. Por favor, no perdáis de vista a Rand y a las Aes Sedai. No sé a qué está jugando, pero no me cabe duda de que es mucho más peligroso de lo que él cree.

Amys no dijo nada acerca de seguir enseñándole, naturalmente. Le había dado su palabra con ciertas condiciones y la había incumplido y ni siquiera satisfacer el *toh* borraba eso.

—Sé que Rhuarc lamentará no haber estado aquí esta noche —dijo en cambio la Sabia—. Ha ido al norte para observar personalmente a los Shaido. No temas que tu *toh* con él no vaya a cumplirse. Te dará la oportunidad de hacerlo cuando volváis a veros.

Egwene se quedó boquiabierta y lo disimuló sonándose la nariz por lo que le parecía la décima vez. Había olvidado completamente a Rhuarc. Claro que nada la obligaba a pagar su obligación con él del mismo modo. Tal vez parte de su corazón era Aiel, pero durante un momento se devanó los sesos buscando febrilmente otro método. Tenía que haberlo. Bien, dispondría de tiempo suficiente para encontrarlo antes de que volviese a verlo.

—Estaré muy agradecida —respondió débilmente. Y también quedaba Melaine. Y Aviendha. ¡Luz! Creía que había acabado con ello. No dejaba de apoyar el peso ora en un pie ora en otro por más que intentaba quedarse quieta. Tenía que haber otro modo.

Bair abrió la boca, pero Sorilea se adelantó:

—Dejemos que se vista. Tiene que emprender un viaje.

El delgado cuello de Bair se puso tenso, y las comisuras de los labios de Amys se curvaron hacia abajo. Saltaba a la vista que a ninguna de las dos le gustaba más que antes lo que Egwene iba a intentar.

Quizá pensaban quedarse y tratar de convencerla de que no lo hiciese, pero Sorilea empezó a rezongar en voz no demasiado baja sobre necias que intentaban impedir que una mujer hiciese lo que creía que debía. Las dos Sabias más jóvenes se ajustaron los chales —Bair debía de tener setenta u ochenta años, pero desde luego era más joven que Sorilea— le dieron un abrazo de despedida a Egwene y se marcharon musitando:

—Que siempre encuentres agua y sombra.

Sorilea sólo se quedó un momento más.

—Piensa en Taric. Tendría que haberlo invitado a la tienda de vapor para que así lo hubieses visto. Entre tanto, hasta que vuelvas, recuerda esto: siempre estamos más

asustados de lo que querríamos, pero siempre podemos ser más valientes de lo que esperamos. Sé fiel a tu corazón, y las Aes Sedai no podrán dañar lo que eres realmente, tu espíritu. No son ni mucho menos tan superiores a nosotras como pensábamos. Que encuentres siempre agua y sombra, Egwene. Y no olvides ser siempre fiel a tu corazón.

Ya sola, Egwene se quedó de pie un rato, inmóvil, con la mirada perdida en el vacío y pensando. Su corazón. Quizá tenía más coraje de lo que creía. Aquí había hecho lo que debía hacer; había sido una Aiel. En Salidar iba a necesitar eso. Los métodos de las Aes Sedai diferían de los de las Sabias en ciertos aspectos, pero no actuarían con benevolencia si sabían que se había hecho pasar por Aes Sedai. Si lo sabían. No se le ocurría otro motivo para que la llamaran con tanta frialdad; pero los Aiel no se rendían antes de iniciar la batalla.

Salió de su ensimismamiento con una sacudida. «No voy a rendirme antes de luchar —pensó, poniendo mala cara—, así que mejor será que me prepare para la batalla.»

34



Viaje a Salidar

Egwene se lavó la cara. Dos veces. Después cogió las alforjas y las llenó; dentro fueron a parar su peine y su cepillo de marfil y su costurero —un cofrecillo con delicados dorados que probablemente en otros tiempos había servido para guardar las joyas de una dama—, además de una pastilla blanca de jabón perfumado con rosas, medias, ropa interior, pañuelos y un montón de cosas, hasta que las bolsas de cuero estuvieron tan hinchadas que le costó trabajo echar la hebilla de la solapa. Quedaban varios vestidos, capas y un chal Aiel con los que hizo un hatillo, que ató meticulosamente con un cordel. Hecho esto, echó un vistazo en derredor para ver si había algo más que quisiera llevarse. Todo era suyo; incluso la tienda se la habían dado en propiedad, pero eso era algo demasiado voluminoso, al igual que las alfombrillas y los cojines. Su palangana de cristal era preciosa; y también muy pesada. Lo mismo ocurría con los arcones, aunque varios de ellos tenían un precioso trabajo en los cierres y unas tallas encantadoras.

Sólo entonces, al pensar en los arcones, se dio cuenta de que estaba intentando aplazar la parte más dura de prepararse para partir.

—Valor —se instó con tono seco—. El corazón de una Aiel.

Resultaba menos difícil de lo que podría pensarse ponerse las medias sin tener que sentarse, siempre y cuando a una no le importara ir dando brincos de un lado a otro. A continuación se calzó los fuertes zapatos, buenos si tenía que caminar mucho, y ropa interior de seda, blanca y suave. Después vino el traje de montar verde oscuro, con la estrecha falda partida. Por desgracia la prenda le quedaba muy ceñida en las caderas y las nalgas, lo bastante para recordarle, innecesariamente, que no le apetecería sentarse durante un tiempo.

No tenía sentido salir al exterior. Bair y Amys seguramente se encontrarían en sus propias tiendas, pero no quería correr el riesgo de que una de ellas la viera hacer esto por casualidad. Sería como abofetearlas; es decir, si es que funcionaba. Si no, le aguardaba una cabalgada muy, muy larga.

Se frotó las manos con nerviosismo y abrazó el *Saidar*, dejando que la hinchiera.

Rebulló. El *Saidar* aguzaba la percepción de todo, incluido el propio cuerpo, algo que en ese momento habría preferido que no ocurriese. Intentar algo nuevo, algo que nadie había hecho nunca que ella supiera, requeriría llevarlo a cabo lenta y cuidadosamente, pero por una vez estaba deseosa de librarse de la Fuente. Encauzó con decisión y eficiencia flujos de Energía y los tejió con igual actitud.

El aire rieló en el centro de la tienda junto con el tejido, desdibujando el otro lado tras una especie de neblina. Si lo había hecho bien, acababa de crear un lugar en el que el interior de su tienda era tan similar a su reflejo en el *Tel'aran'rhiod* que no existiría diferencia entre ambos. Uno de ellos era el *otro*. Sólo había un modo de comprobarlo.

Se cargó al hombro las alforjas, cogió el hatillo bajo un brazo y pasó a través del tejido cortando al punto el contacto con el *Saidar*.

Estaba en el *Tel'aran'rhiod*. Sólo necesitó ver que las lámparas que habían estado encendidas ya no ardían y, sin embargo, existía otra clase de luz. Las cosas cambiaban levemente de una ojeada a la siguiente: la palangana, uno de los arcones. Estaba en el *Tel'aran'rhiod* en persona. No notó ninguna diferencia a cuando entraba allí en un sueño.

Salió al exterior. La luna, creciente en tres cuartas partes, brillaba sobre las tiendas, entre las que no ardía ninguna lumbre ni se movía nadie, sobre una Cairhien que parecía extrañamente distante y envuelta en sombras. Sólo quedaba el problema de llegar a Salidar. Había meditado sobre eso. Mucho dependía de si tenía control suficiente estando en persona como cuando formaba parte del Mundo de los Sueños.

Centrándose mentalmente en lo que iba a encontrar, rodeó la tienda y sonrió. Allí estaba *Bela*, la yegua greñuda y de baja alzada que había montado para salir de Dos Ríos lo que le parecía toda una vida atrás. No era más que una *Bela* soñada, pero la resistente yegua agitó la cabeza arriba y abajo y relinchó al verla.

Egwene soltó los bultos que cargaba y rodeó el cuello del animal con sus brazos.

—También yo me alegro de verte de nuevo —susurró. Aquel oscuro y límpido ojo que la miraba era de *Bela*, por muy reflejo que fuese la yegua.

Bela llevaba la silla de arzón alto que también había imaginado, normalmente cómoda para largos viajes, pero no blanda. Egwene la miró con recelo, preguntándose qué aspecto tendría estando acolchada, y entonces se le ocurrió una idea. Se podía cambiar cualquier cosa en el *Tel'aran'rhiod* si se sabía cómo hacerlo, incluso a uno mismo. Si tenía suficiente control estando allí en persona para hacer aparecer a *Bela*… Egwene se concentró en sí misma.

Sonriendo, sujetó las alforjas y el hatillo detrás de la silla y montó, arrellanándose cómodamente.

—Esto no es hacer trampas —le dijo a la yegua—. No esperarán que cabalgue todo el camino hasta Salidar con las nalgas doloridas y la piel ardiendo. —Bueno,

pensándolo bien, quizá sí lo esperaban. A pesar de ello, con corazón de Aiel o sin él, todo tenía un límite. Hizo dar media vuelta a *Bela* y taloneó suavemente los flancos del animal—. He de ir lo más rápido posible, así que tendrás que correr como el viento.

Antes de que le diera tiempo a soltar una risita al imaginar a la achaparrada *Bela* cabalgando como el viento, la yegua lo estaba haciendo así. El paisaje pasaba relampagueante a los lados, convirtiéndose en una mancha borrosa. Durante un instante Egwene se aferró a la perilla, boquiabierta. Era como si cada zancada de *Bela* las transportara kilómetros. Con la primera, la joven dispuso de un momento para advertir que estaban en la orilla del río al pie de la ciudad, con barcos flotando en las oscuras aguas bajo los rayos de la luna, y cuando intentó sofrenar al animal para que no se zambullera en el río, otra zancada las llevó a las colinas cubiertas de matorrales.

Egwene echó la cabeza hacia atrás y rió. ¡Era maravilloso! A excepción del borroso paisaje no había verdadera sensación de velocidad; casi no daba tiempo a que su cabello ondeara a su espalda con el viento creado por el fulgurante desplazamiento antes de que la ráfaga cesara para, al punto, repetirse un instante después. El trote de *Bela* parecía el mismo paso lento y constante que recordaba, pero el repentino cambio de lo que la rodeaba resultaba emocionante; en cierto momento estaba en la calle oscura y silenciosa de un pueblo y al siguiente se encontraba en un camino rural que serpenteaba entre colinas, y, un instante después, en una pradera con la seca hierba tan alta que llegaba a las paletillas de *Bela*. Egwene sólo se paró de vez en cuando para orientarse —cosa que no representaba ningún problema teniendo en mente aquel mapa maravilloso, el que la mujer llamada Siuan había hecho—, pero el resto del tiempo dejó que *Bela* trotara libremente. Pueblos y ciudades aparecían y se desvanecían en un borroso manchón, así como grandes urbes, una de las cuales creyó reconocer como Caemlyn, con las murallas reluciendo plateadas en la noche, y en una ocasión, en medio de unas colinas boscosas, la cabeza y los hombros de una gigantesca estatua asomando en la tierra, una reliquia de alguna nación perdida en la noche de los tiempos que apareció tan de improviso junto a *Bela* que Egwene estuvo a punto de chillar al vislumbrar la mueca de la erosionada piedra, sólo que desapareció antes de que hubiese abierto la boca para gritar. La luna no se movía en absoluto entre salto y salto, y apenas un poco a medida que la distancia recorrida se ampliaba velozmente. ¿Un día o dos para llegar a Salidar? Eso era lo que Sheriam había dicho. Las Sabias tenían razón. La gente había creído durante tanto tiempo que las Aes Sedai lo sabían todo que también ellas habían acabado creyéndolo. Iba a demostrarles esa misma noche que estaban equivocadas, aunque a buen seguro pasarían por alto que su pronta llegada demostraba su error de cálculo porque sería admitir que no lo sabían todo.

Al cabo de un tiempo, cuando estaba segura de encontrarse en algún punto

bastante dentro del territorio de Altara, empezó a acortar los saltos de Bella tirando de las riendas más a menudo e incluso cabalgando a paso normal de vez en cuando, sobre todo si había un pueblo en las cercanías. En ocasiones una posada envuelta en la oscuridad tenía un letrero en el que aparecía el nombre de la población, como la posada de Marella o la posada de Fontanar Ionin; la luz de la luna, sumada a la claridad omnipresente en el *Tel'aran'rhiod*, facilitaba su lectura. Poco a poco consiguió estar plenamente segura de su localización con respecto a Salidar, de modo que empezó a dar saltos aun más cortos y después ninguno, limitándose a dejar que *Bela* trotara normalmente a través de la fronda donde los altos árboles habían matado a casi todo el sotobosque y la sequía se había encargado de acabar con el resto.

Aun así, se sorprendió cuando un pueblo bastante grande apareció de repente, silencioso y oscuro bajo la luz de la luna. Sin embargo, tenía que ser el sitio que buscaba.

Desmontó al borde de las casas de piedra con techos de bálago y descargó sus pertenencias. Era tarde, pero quizá todavía quedara alguien por los alrededores en el mundo de vigilia. No había necesidad de asustarlos surgiendo repentinamente de la nada. Si alguna Aes Sedai la veía y la tomaba por lo que no era, podría muy bien no tener ocasión de presentarse ante la Antecámara.

—Sí que corriste como el viento —musitó dando un último abrazo a la yegua—. Ojalá pudiera llevarte conmigo.

Una idea absurda, por supuesto. Lo que se creaba en el *Tel'aran'rhiod* sólo podía existir allí. Ésta no era la verdadera *Bela*, después de todo. Empero, no pudo menos de sentir cierto pesar cuando giró sobre sus talones —no dejaría de imaginar a *Bela*; que existiera todo el tiempo que estuviera a su alcance— y tejió su rielante cortina de Energía. Con la cabeza bien alta la cruzó, dispuesta a afrontar lo que viniera con su corazón de Aiel.

Dio un paso y se paró de golpe al tiempo que daba un respingo y sus ojos se desorbitaban.

—¡Oh! —Los cambios realizados en sí misma en el *Tel'aran'rhiod* eran tan inexistentes en el mundo real como *Bela*. La sensación de ardor en la piel reapareció de manera repentina, y con ella fue casi como si Sorilea le estuviese hablando: «Si aceptaste lo que recibiste para cumplir con tu *toh* y lo cambias como si nunca hubiese ocurrido, ¿cómo ibas a saldar ese *toh*? Recuerda tu corazón Aiel, muchacha».

Sí. Lo recordaría. Estaba allí para luchar, lo supieran o no las Aes Sedai, dispuesta a pelear por el derecho a ser Aes Sedai, para afrontar… Luz, ¿qué?

Había gente en las calles, unas cuantas personas moviéndose entre las casas donde las ventanas iluminadas creaban rectángulos dorados. Caminando con cautela para no hacerse daño, Egwene se acercó a una mujer enjuta que lucía delantal blanco y una expresión agobiada.

—Disculpad, me llamo Egwene al'Vere. Soy una Aceptada y acabo de llegar —aclaró al advertir la mirada intensa que la mujer asestó a su traje de montar—. ¿Podéis llevarme ante Sheriam Sedai? Tengo que encontrarla.

Seguramente Sheriam ya estaría durmiendo, pero si era así Egwene estaba dispuesta a despertarla. Le habían ordenado que fuera lo antes posible, y Sheriam iba a enterarse de que ya estaba allí.

—Todo el mundo acude a mí —rezongó la mujer—. ¿Es que no hay nadie que haga las cosas por sí misma? No, todas quieren que Nildra lo haga. Y vosotras, las Aceptadas, sois las peores. Bien, no dispongo de toda la noche. Seguidme, si es que pensáis venir. Si no, podéis encontrarla vos misma. —Nildra echó a andar a grandes zancadas sin mirar hacia atrás una sola vez.

Egwene la siguió en silencio, porque si abría la boca temía decirle a la mujer lo que pensaba y ése no sería el mejor modo de empezar su estancia en Salidar. Por corta que fuese. Ojalá su corazón Aiel y su sensatez de Dos Ríos se complementaran para trabajar a su favor.

No fueron lejos; un corto trecho por la calle de tierra apelmazada y tras girar en una esquina entraron en otra más estrecha. Se oían risas en algunas casas. Nildra se paró ante una en la que reinaba el silencio aunque por las ventanas de la fachada salía luz.

Haciendo un alto justo para llamar a la puerta, la mujer entró antes de que hubiera respuesta. Su reverencia fue perfectamente correcta, aunque rápida, y habló con un tono más respetuoso que el de antes:

—Aes Sedai, esta muchacha dice que se llama Egwene y que es… —No pudo añadir una palabra más.

Todas estaban allí, las mismas siete del Corazón de la Ciudadela y ni una sola de ellas con aspecto de estar a punto de irse a la cama, aunque todas salvo la mujer joven llamada Siuan llevaban batas. A juzgar por el modo en que las sillas estaban arrimadas unas a otras, daba la impresión de que Egwene hubiese interrumpido una conferencia. Sheriam fue la primera en levantarse de su asiento de un salto e hizo un ademán a Nildra para que se marchara.

—¡Luz, pequeña! ¿Ya?

Nadie hizo el menor caso a la reverencia de Nildra ni al gesto de mártir de la mujer al irse.

—Nunca lo habríamos imaginado —dijo Anaiya mientras cogía los brazos de Egwene al tiempo que le sonreía afectuosamente—. Tan pronto no. Bienvenida, pequeña. Bienvenida.

—¿Se han producido efectos secundarios? —demandó Morvrin. No se había levantado de la silla, como tampoco Carlinya ni la joven Aes Sedai, pero la hermana Marrón estaba inclinada hacia adelante, interesada. Las batas de las demás eran de

seda en diferentes colores, algunas incluso con brocados o bordados; la suya era de lisa lana marrón aunque parecía suave y bien tejida—. ¿Sientes algún cambio después de la experiencia? La Luz sabe que disponíamos de muy pocos datos y, francamente, me sorprende que haya funcionado.

—Tendremos que probarlo para decidir hasta qué punto funciona bien. —Beonin hizo una pausa para tomar un sorbo de té y después soltó la taza y el platillo sobre una mesa auxiliar destartalada. La taza y el platillo no hacían juego; claro que ninguna pieza del mobiliario era igual a otra y en su mayor parte estaban tan desvencijadas como la pequeña mesa—. Si hubiera efectos secundarios se nos puede tratar con la Curación y se acabó.

Egwene se apartó con premura de Anaiya y dejó sus pertenencias junto a la puerta.

—No, estoy muy bien, de veras. —Quizá debería haber vacilado un poco al contestar; Anaiya podría haberla curado sin pedirle permiso. Sin embargo, eso habría sido hacer trampa y no cumplir su *toh*.

—Tiene un aspecto muy saludable, desde luego —comentó fríamente Carlinya. Llevaba muy corto el cabello, con los oscuros rizos cubriendo apenas las orejas; así que no era simplemente uno de los cambios experimentados por la Aes Sedai en el *Tel'aran'rhiod*. Vestía de blanco, naturalmente; hasta los bordados eran de ese color —. Si es preciso, podemos llamar a una de las Amarillas después y que le haga una revisión a fondo para estar seguras.

—Oh, vamos, dale un respiro para que se recupere —rió Myrelle. Los bordados de exuberantes flores amarillas y rojas cubrían de tal modo su bata que apenas se veía el color verde de la tela—. Acaba de recorrer mil leguas en una noche. En unas horas.

—No disponéis de tiempo para darle un respiro —intervino con firmeza la joven Aes Sedai. Realmente parecía fuera de lugar en aquella reunión, con su vestido amarillo con acuchilladuras azules en la falda y el bajo escote redondo con bordados azules. Eso y el hecho de ser la única a la que podía calcularse una edad—. Cuando amanezca, la Antecámara se apiñará a su alrededor. Si no está preparada, Romanda la destripará como a una gorda carpa.

Egwene estaba boquiabierta. Esa voz no sólo tenía el mismo tono, sino que hablaba de la misma forma y con los mismos giros.

—¡Sois Siuan Sanche! ¡No, es imposible!

—Oh, vaya si lo es —manifestó secamente Anaiya al tiempo que asestaba a la mujer joven una mirada de resignación.

Tenía que ser verdad —ellas lo habían dicho— pero Egwene casi no pudo creerlo ni siquiera cuando Sheriam se lo explicó. ¿Que Nynaeve había curado la neutralización? ¿Que haber sido neutralizada era la razón de que Siuan no pareciera mayor que la propia Nynaeve? Siuan había sido siempre una estricta y exigente mujer

de rostro curtido y corazón no menos endurecido, no esta joven bonita de aterciopeladas mejillas y boca casi delicada.

Egwene no apartó la vista de Siuan mientras Sheriam hablaba. Aquellos azules ojos eran los mismos, sin embargo. ¿Cómo podía haber contemplado esa mirada lo bastante firme para clavar puntas con ella y no haberse dado cuenta? En fin, los demás rasgos del rostro eran justificación de sobra en este caso. Pero Siuan también había sido fuerte con el Poder. Lo primero que se hacía con una joven capaz de encauzar era una prueba para ver lo fuerte que podría ser, pero no una vez que ya había adquirido esa fuerza. Egwene sabía ahora lo suficiente para calibrar a otra mujer en cuestión de segundos. Sheriam era indiscutiblemente la más fuerte de las que estaban en la sala, aparte de ella misma, y Myrelle iba a continuación, aunque no resultaba fácil asegurarlo; todas las demás tenían un potencial muy parecido, a excepción de Siuan. Era la más débil por un margen bastante amplio.

—En verdad éste es el descubrimiento más notable de Nynaeve —abundó Myrelle—. La Amarillas están investigando lo que hizo, obteniendo resultados sorprendentes, pero fue ella quien lo empezó. Siéntate, pequeña. Es una historia muy larga para escucharla de pie.

—Prefiero seguir así, gracias. —Egwene echó un vistazo a la silla de respaldo recto y asiento de madera que Myrelle le indicaba y contuvo un escalofrío a duras penas—. ¿Y Elayne? ¿También se encuentra bien? Quiero saberlo todo sobre las dos. —¿El descubrimiento más notable de Nynaeve? Eso significaba que había más de uno. Por lo visto se había retrasado durante su estancia con las Sabias; iba a tener que correr para alcanzarlas. Ahora creía que se lo permitirían. No la habrían recibido de un modo tan afectuoso si tuvieran intención de expulsarla como castigo, cubierta de vergüenza. No había hecho reverencias ni las había llamado Aes Sedai una sola vez —más porque no había tenido oportunidad de hacerlo que por otra razón; la actitud desafiante no era modo de enfrentarse a estas mujeres—, y aun así nadie le había llamado la atención. Quizá no lo sabían, después de todo. Pero entonces ¿por qué la convocatoria?

—Oh, está bien, salvo por un pequeño problema que ella y Nynaeve tienen con las ollas en este momento —empezó Sheriam, pero Siuan la interrumpió ásperamente:

—¿Por qué charláis por los codos como estúpidas muchachitas? Es demasiado tarde para tener miedo de seguir adelante con esto. Ya se ha puesto en marcha; vosotras lo empezasteis: O lo termináis o Romanda os pondrá a secar al sol a todas junto con esta chica, y Delana, Faiselle y el resto de la Antecámara estarán con ella para ayudarla a estiraros bien.

Sheriam y Myrelle se volvieron para mirarla casi al mismo tiempo. Todas las Aes Sedai lo hicieron, en el caso de Morvrin y Carlinya girándose sobre las sillas. Los

fríos ojos Aes Sedai la contemplaron intensamente desde unos fríos rostros Aes Sedai.

Al principio Siuan sostuvo aquellas miradas con otra desafiante y tan Aes Sedai como las suyas aunque aparentemente mucho más joven. Después agachó ligeramente la cabeza y los colores tiñeron sus pómulos. Se levantó de la silla, gacha la vista.

—Hablé sin reflexionar —murmuró suavemente.

Empero, sus ojos no cambiaron un ápice; puede que las Aes Sedai no lo advirtieran, pero Egwene sí se percató. Con todo, no era una reacción propia de la Siuan que conocía. La muchacha también cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de lo que se estaba cociendo allí. No sólo porque Siuan actuara como si fuera una malva; después de presionarla, claro. Eso era lo de menos. ¿Qué habían empezado? ¿Por qué las pondrían a secar al sol si no lo terminaban?

Las Aes Sedai intercambiaron miradas tan indescifrables como podía esperarse de estas mujeres. Morvrin fue la primera en asentir con la cabeza.

—Se te ha llamado por una razón muy específica, Egwene —anunció solemnemente Sheriam.

El corazón de la joven se puso a latir más deprisa. No sabían lo que había hecho. No lo sabían. Entonces ¿qué?

—Vas a ser la próxima Sede Amyrlin —concluyó Sheriam.

35



En la Antecámara de las Asentadas

Egwene miró de hito en hito a Sheriam mientras se preguntaba si se esperaba de ella que se echara a reír. A lo mejor durante el tiempo pasado con los Aiel se le había olvidado qué se entendía por humor entre las Aes Sedai. Sheriam le sostenía firmemente la mirada con aquel semblante intemporal, imperturbable, los almendrados ojos verdes sin parpadear. Egwene volvió la vista hacia las otras. Siete rostros inexpresivos, sólo aguardando. El de Siuan parecía apuntar un atisbo de sonrisa, pero la mueca podía ser muy bien la curva natural de sus labios. La titilante luz de las lámparas otorgó de repente una apariencia extraña e inhumana a los rasgos faciales de las mujeres.

La joven se sentía mareada, y notaba flojedad en las rodillas. Sin pensar lo que hacía, se dejó caer pesadamente en la silla de respaldo recto. Y también se incorporó de inmediato. Aquello, ni que decir tiene, le aclaró la mente; bueno, al menos un poco.

—Pero si ni siquiera soy Aes Sedai —musitó, falta de aliento. Aquello sonaba bastante evasivo. Tenía que ser alguna clase de broma o… o… o algo.

—Eso puede soslayarse —manifestó firmemente Sheriam, ciñendo más el lazo del fajín azul pálido de un tirón para poner énfasis a sus palabras.

Las trenzas de color miel de Beonin se mecieron al asentir la mujer.

—La Sede Amyrlin es Aes Sedai; la ley es muy clara al respecto. En varias ocasiones establece «la Sede Amyrlin, como Aes Sedai», pero en ninguna parte dice que sea necesario ser Aes Sedai para convertirse en Sede Amyrlin. —Cualquier Aes Sedai estaría familiarizada con la ley de la Torre, pero en su condición de mediadoras las Grises tenían que conocer las leyes de todos los países y Beonin adoptó un tono aleccionador, como si estuviera explicando algo que nadie sabía tan bien como ella —. La ley que establece cómo ha de elegirse una Amyrlin se limita a decir que «la mujer a quien se llama» o «aquella que se presenta ante la Antecámara» o cosas por el estilo. Desde el principio hasta el final, las palabras «Aes Sedai» no se mencionan una sola vez. En ningún momento. Habrá quien argumente que ha de considerarse la intención de las artífices, pero está claro que, fuese cual fuese la intención de las

mujeres que redactaron la ley… —Frunció el ceño cuando Carlinya la interrumpió.

—Sin duda creyeron que se daba por entendido a tal punto que no había necesidad de puntualizarlo. Lógicamente, sin embargo, una ley significa lo que dice, fuera lo que fuera lo que sus artífices pensaron que se daba por sentado.

—Las leyes rara vez tienen que ver con la lógica —abundó Beonin con acritud—. En este caso, no obstante —concedió al cabo de un momento—, tienes mucha razón. —Se volvió hacia Egwene y añadió—: Y la Antecámara lo entiende también así.

Todas estaban muy serias, incluso Anaiya, que manifestó:

—En resumidas cuentas, serás Aes Sedai, pequeña, tan pronto como asciendas a Sede Amyrlin. No hay que darle más vueltas al asunto.

Hasta Siuan estaba seria a despecho de aquel atisbo de sonrisa. Porque era una sonrisa.

—Puedes hacer los Tres Juramentos en cuanto hayamos regresado a la Torre —le dijo Sheriam—. Nos planteamos que los tomaras de un modo u otro pero, sin la Vara Juratoria, podría tomarse por un fraude. Es mejor esperar.

Egwene estuvo a punto de sentarse otra vez, pero se frenó a tiempo. Quizá las Sabias tenían razón; a lo mejor viajar en persona por el *Tel'aran'rhiod* le había afectado la mente.

—Esto es una locura —protestó—. No puedo ser Amyrlin. Soy… Soy…

Las objeciones se amontonaron en su lengua enmarañándose de tal modo que no pudo pronunciar palabra. Era demasiado joven; la propia Siuan había sido la Amyrlin más joven de la historia y ya tenía treinta años cuando la habían nombrado. Ella apenas había iniciado su aprendizaje, por mucho que supiera respecto al Mundo de los Sueños; las Amyrlin poseían muchos conocimientos y experiencia. Y eran sabias; o por lo menos se suponía que debían serlo. Se sentía totalmente aturdida y confusa. La mayoría de las mujeres pasaban diez años como novicia y otros diez como Aceptada. Cierto, algunas avanzaban más deprisa, incluso mucho más deprisa. Siuan, por ejemplo. Pero ella había sido novicia menos de un año y Aceptada durante un período aun más corto.

—¡Es imposible! —fue todo lo que consiguió manifestar al cabo.

El resoplido de Morvrin le recordó al de Sorilea.

—Tranquilízate, pequeña, o seré yo quien te calme. Éste no es momento de ponerse nerviosa ni de que empieces a desmayarte encima de nosotras.

—¡Pero no sabría qué hacer! ¡Ni una sola cosa! —Egwene inhaló profundamente. Ello no aminoró el alocado palpitar de su corazón, pero la apaciguó. Un poco. Un corazón Aiel. Hicieran lo que hiciesen, no dejaría que la manejaran a su antojo. Al observar el campechano rostro de Morvrin, ahora endurecido con un gesto severo, añadió para sus adentros: «Podrá desollarme, pero no me manejará»—. Esto es ridículo, ni más ni menos. No voy a prestarme a una parodia absurda y pasar por

idiota ante todo el mundo, y eso es lo que estaría haciendo. Si es para esto para lo que la Antecámara me ha llamado, les responderé que no.

—Me temo que no tienes esa opción —musitó Anaiya mientras se alisaba los frunces de la bata, una prenda sorprendentemente recargada, de seda rosa con delicado encaje blanco rematando todos los bordes—. No puedes rehusar una convocatoria para convertirte en Amyrlin del mismo modo que no podrías eludir una citación para ser juzgada. La fórmula de emplazamiento es incluso igual.

Oh, claro; eso la tranquilizaba. ¡Diantres!

—La decisión está ahora en manos de la Antecámara. —En la voz de Myrelle había un dejo triste, cosa que no ayudó precisamente a animar a Egwene.

Sonriendo inopinadamente, Sheriam rodeó los hombros de la joven con su brazo.

—No te preocupes, pequeña. Te ayudaremos y te guiaremos. Para eso estamos aquí.

Egwene no respondió. No se le ocurría nada que decir; quizás obedecer la ley no era ser manejada, pero se le parecía mucho. Interpretaron su silencio como un consentimiento, y la joven supuso que así era. Sin demora, enviaron a Siuan, que rezongó porque se le encargara a ella la tarea, a despertar a las Asentadas y anunciarles que Egwene había llegado.

La casa se convirtió en un torbellino de actividad antes de que Siuan hubiese salido por la puerta. El traje de montar de Egwene fue objeto de muchas discusiones —en ninguna de las cuales tomó parte ella— y se despertó a una rolliza sirvienta que estaba en el cuarto trasero, echando una cabezada en una silla, y se la mandó fuera, con terribles amenazas si se iba de la lengua, para reunir todos los vestidos de Aceptada que encontrara que pudieran servirle a Egwene. Poco después la joven empezaba a probarse vestidos allí mismo, en la sala; hasta ocho tuvo que ponerse antes de dar con uno que le sentara bien hasta cierto punto. Le estaba muy ajustado en el pecho pero, gracias a la Luz, bastante suelto en las caderas. Durante todo el rato que la criada estuvo trayendo vestidos y Egwene probándoselos, Sheriam y las otras hicieron turnos para salir corriendo a vestirse ellas y entre tanto aprovecharon para instruirla sobre lo que iba a pasar, lo que tenía que hacer y decir.

Le hicieron repetirlo todo. Las Sabias pensaban que decir algo una vez bastaba, y pobre de la aprendiza que no atendiera y entendiera. Egwene recordaba algo de lo que tenía que decir de una clase en la Torre y se lo aprendió al pie de la letra la primera vez, pero las Aes Sedai continuaron repitiendo todo una y otra vez, sin descanso. Egwene no lo entendía; de no ser Aes Sedai habría dicho que estaban nerviosas, por muy sosegada que fuera la expresión plasmada en sus rostros. Empezó a preguntarse si no estaría cometiendo algún error y comenzó a dar énfasis a distintas palabras.

—Pronúncialas como se te ha dicho —espetó Carlinya, cuya voz recordaba el crujido de un carámbano.

—No puedes permitirte el lujo de cometer un solo error, pequeña. ¡Ni uno solo! —abundó Myrelle con un timbre no menos frío.

La hicieron pasar por lo mismo otras cinco veces, y cuando protestó alegando que había repetido correctamente hasta la última palabra y enumerado quién estaría dónde y quién diría qué exactamente igual que lo habían dicho ellas, creyó que Morvrin iba a abofetearla si es que no lo hacían antes Carlinya o Beonin. En cualquier caso, sus ceños fueron tan efectivos como unas bofetadas, y Sheriam la miró como si fuera una novicia propensa a enfurruñarse. Egwene suspiró y comenzó de nuevo:

—Entro con tres de vosotras escoltándome…

Fue una procesión silenciosa la que se encaminó a través de las casi desiertas calles bañadas por la luna. Pocas de las escasas personas que todavía no se habían recogido les dedicaron apenas una mirada; ver a seis Sedai con una Aceptada en medio quizá no fuera algo corriente pero tampoco tan extraño como para comentarlo. Ventanas que habían estado iluminadas ahora se encontraban oscuras; la quietud envolvía al pueblo, de manera que sus pisadas sonaban claramente sobre la dura tierra. Egwene toqueteaba su anillo de la Gran Serpiente, que de nuevo llevaba puesto en la mano izquierda. Le temblaban las rodillas. Había estado preparada para afrontar cualquier cosa, pero en su lista de «cualquier cosa» no figuraba esto.

Se detuvieron frente a un edificio rectangular de piedra, de tres plantas. Todas las ventanas estaban a oscuras, pero a la luz de la luna su aspecto parecía el de una posada. Carlinya, Beonin y Anaiya iban a quedarse allí y, al menos las dos primeras, no parecían muy complacidas; no protestaron, como tampoco lo habían hecho en la casa, pero se arreglaban los pliegues de las faldas innecesariamente y mantenían las cabezas rígidamente erguidas, sin mirar a Egwene. Anaiya acarició el cabello de la joven con actitud tranquilizadora.

—Saldrá bien, pequeña —dijo. Llevaba un bulto bajo el brazo: el vestido que Egwene se pondría cuando todo hubiese acabado—. Tienes una mente muy despierta y aprendes rápido.

Dentro del edificio de piedra sonó el repique de un gong tres veces consecutivas, y Egwene casi dio un brinco. Hubo un breve silencio y después se repitió el resonante toque metálico. Myrelle se alisó el vestido en un gesto inconsciente. De nuevo un silencio, seguido por el triple tañido.

Sheriam abrió la puerta y Egwene la siguió al interior, con Myrelle y Morvrin pisándole los talones. Por el modo en que la rodeaban, no pudo menos de pensar la joven, parecían unos guardianes con la función de impedir que escapara.

La sala grande y de techo alto no estaba a oscuras ni mucho menos. Había lámparas alineadas sobre las repisas de cuatro amplios hogares de piedra, así como en la escalera que conducía al siguiente piso y en la galería que se asomaba a la sala. En las esquinas de la estancia había también cuatro grandes lámparas de pie, con varios

brazos y provistas con espejos para incrementar la luz. Las mantas colocadas en las ventanas impedían que el resplandor saliese al exterior.

Dos filas de nueve sillas cada una se encaraban en grupos de tres. Las mujeres que las ocupaban, las Asentadas de los seis Ajahs con representación en Salidar, llevaban los chales y los vestidos con el color correspondiente a cada uno de ellos. Las cabezas se volvieron hacia Egwene, rostros que no traslucían nada salvo una fría serenidad.

Al otro extremo de la sala había un sillón colocado sobre un pequeño estrado que más parecía una caja. Era un mueble sólido y alto, con las patas y demás piezas verticales talladas en espiral, y se había pintado en amarillo oscuro, a imitación del habitual acabado dorado. Una estola con rayas de siete colores reposaba sobre los apoyabrazos. Egwene tenía la impresión de estar a kilómetros de distancia de aquella estola.

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre? —demandó Romanda en voz alta y clara. Estaba sentada justo debajo de la silla dorada, enfrente de tres hermanas Azules. Sheriam se retiró suavemente hacia un lado dejando a la vista a Egwene.

—Alguien que acude obedientemente, en la Luz —respondió la joven. Su voz tendría que haber sonado temblorosa. Sin duda no iban a hacer esto de verdad.

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre? —demandó Romanda de nuevo.

—Alguien que acude humildemente, en la Luz. —En cualquier momento esto se convertiría en un juicio contra ella por hacerse pasar por Aes Sedai. No, eso no; de ser así, se habrían limitado a aislarla con un escudo y a encerrarla hasta que hubiese llegado la hora de juzgarla. Pero sin duda no iban a…

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre?

—Alguien que acude a la citación de la Antecámara, obediente y humildemente en la Luz, pidiendo sólo aceptar la voluntad de la Antecámara.

En el grupo de Grises, situado a continuación de Romanda, una mujer joven y esbelta se puso de pie. Siendo la Asentada más joven, Kwamesa pronunció la pregunta ritual que databa del Desmembramiento del Mundo:

—¿Hay alguien presente que no sea mujer?

Romanda echó pausadamente hacia atrás el chal y lo dejó sobre el respaldo de la silla mientras se ponía de pie. Como la Asentada de mayor edad, sería la primera en responder. Con igual parsimonia se desabrochó el vestido y se lo bajó hasta la cintura junto con la ropa interior.

—Soy una mujer —manifestó.

Kwamesa dejó cuidadosamente su propio chal sobre la silla y se desnudó hasta la cintura.

—Soy una mujer —dijo.

Las otras se levantaron entonces y empezaron a hacer lo propio, anunciando una por una, tras haber dado prueba de ello, que eran mujeres. Egwene tuvo cierta dificultad con el ceñido corpiño del vestido de Aceptada que le habían proporcionado y hubo de recurrir a la ayuda de Myrelle para desabrochar los botones, pero a no tardar las cuatro estaban tan desnudas de cintura para arriba como el resto de las presentes.

—Soy una mujer —dijo Egwene al tiempo que las otras.

Kwamesa caminó lentamente por la sala haciendo un alto delante de cada mujer para lanzar una intensa y casi insultante mirada directa; después se paró ante su propia silla y anunció que no había nadie presente salvo mujeres. Las Aes Sedai se sentaron y la mayoría empezó a subirse el corpiño del vestido. No exactamente con prisa, pero muy pocas se entretuvieron en hacerlo. Egwene casi sacudió la cabeza. Ella no podía cubrirse hasta una parte más avanzada de la ceremonia. Largo tiempo atrás, la pregunta de Kwamesa habría requerido más pruebas; en aquellos días las ceremonias solemnes se llevaban a cabo «vestidas en Luz», es decir, sin llevar encima otra cosa que la propia piel. ¿Qué opinarían estas mujeres de una tienda de vapor Aiel o de un baño shienariano?

No era el momento de pensar en esas cosas.

—¿Quién presenta a esta mujer y se compromete por ella, corazón por corazón, alma por alma, vida por vida? —preguntó Romanda, que se sentaba muy erguida y sumamente circunspecta, todavía con el opulento busto descubierto.

—Yo me comprometo —respondió firmemente Sheriam, seguida al momento por las rotundas voces de Morvrin y Myrelle haciendo la misma declaración por turno.

—Adelántate, Egwene al'Vere —ordenó fríamente Romanda. La joven avanzó tres pasos y se arrodilló; se sentía entumecida—. ¿Por qué estás aquí, Egwene al'Vere?

Realmente estaba paralizada; no sentía nada. Tampoco recordaba las respuestas, pero de algún modo las palabras salieron de su boca como por propia iniciativa:

—Fui emplazada por la Antecámara de la Torre.

—¿Que persigues, Egwene al'Vere?

—Servir a la Torre Blanca, ni más ni menos. —¡Luz, iban a hacerlo!

—¿Cómo la servirías, Egwene al'Vere?

—Con mi corazón, mi alma y mi vida, en la Luz. Sin temor ni parcialidad, en la Luz.

—¿Dónde servirás, Egwene al'Vere?

La joven inhaló profundamente. Todavía podía detener esta estupidez. Era imposible ser ascendida a…

—En la Sede Amyrlin, si así lo tiene a bien la Antecámara de la Torre. —Se

quedó sin aliento. Demasiado tarde para dar marcha atrás. Quizá lo era ya en el Corazón de la Ciudadela.

Delana fue la primera en incorporarse, seguida por Kwamesa, Janya y más, hasta que nueve Asentadas se encontraron de pie delante de sus sillas en señal de aquiescencia. Romanda seguía sentada. Nueve de dieciocho. La aclamación tenía que ser por unanimidad —la Antecámara buscaba siempre el consenso; al final, todos los votos daban el mismo dictamen, aunque en ocasiones requería muchas conversaciones y contraste de pareceres para lograrlo—, pero esta noche no se diría nada aparte de las frases ceremoniales, y tal cosa era una especie de abierta oposición. Sheriam y las otras se habían reído de su sugerencia de que algo así podía pasar, y había pasado tan rápidamente que la joven se habría preocupado si todo el asunto no fuera tan ridículo, pero le habían advertido, casi con ligereza, que esto podía ocurrir. No como un rechazo, sino como una declaración por parte de las Asentadas que permanecieran en sus sillas de que no estaban dispuestas a ser perritos falderos. Sólo un gesto simbólico, un formulismo, según Sheriam; pero, a juzgar por la severa expresión de Romanda, y la de Lelaine, apenas menos austera sobre el torso desnudo, Egwene no tenía nada claro de que se tratara sólo de eso. También le habían dicho que podría haber como mucho tres o cuatro.

Sin decir nada, las mujeres que estaban de pie volvieron a tomar asiento. Nadie habló, pero Egwene sabía lo que tenía que hacer. La anterior sensación de entumecimiento había desaparecido por completo.

Se incorporó y se dirigió hacia la Asentada que tenía más cerca, una Verde de rostro afilado llamada Samalin que no se había levantado de la silla. Cuando Egwene se arrodilló ante la hermana Verde, Sheriam llegó a su lado e hizo lo propio; sostenía en las manos una jofaina con agua. Había ondas en la superficie del líquido. Sheriam tenía el rostro fresco y seco mientras que el de Egwene empezaba a brillar por el sudor, pero a Sheriam le temblaban las manos. Morvrin se arrodilló también y entregó a Egwene un pequeño trapo en tanto que Myrelle aguardaba a su lado sosteniendo montones de toallas en un brazo. Por alguna razón, Myrelle parecía enfadada.

—Por favor, permitidme serviros —dijo la joven.

Con la vista fija al frente, Samalin se levantó la falda hasta las rodillas. Estaba descalza. Egwene le lavó los pies y los secó con suaves golpecitos antes de moverse hacia la siguiente Verde, una mujer algo metida en carnes llamada Malind. Sheriam y las otras le habían facilitado los nombres de todas las Asentadas.

—Por favor, permitidme serviros.

Malind poseía una bonita cara de labios llenos y oscuros ojos que debían de ser sonrientes por lo habitual; no era el caso ahora. Era una de las que se habían levantado, pero también estaba descalza.

Los pies de todas las Asentadas lo estaban a lo largo de las dos filas de sillas. Mientras Egwene lavaba aquellos pies, se preguntó si las Asentadas sabían de antemano cuántas permanecerían sentadas. Obviamente sabían que algunas lo harían, de manera que este servicio tendría que llevarse a cabo. La joven sabía poco más del funcionamiento de la Antecámara aparte de lo aprendido en aquella clase como novicia, es decir, que en la práctica no sabía nada. Lo único que podía hacer era seguir adelante.

Lavó y secó el último pie —pertenecía a Janya, que tenía el entrecejo fruncido como si estuviese pensando en otra cosa; al menos se había levantado— y tras soltar el paño en la jofaina regresó a su sitio, al extremo de las filas de sillas, y se arrodilló.

—Por favor, dejadme servir. —Una oportunidad más.

De nuevo fue Delana la primera en levantarse, pero Samalin lo hizo inmediatamente después en esta ocasión. Ninguna se puso de pie con rapidez, pero lo fueron haciendo una tras otra hasta que sólo quedaron sentadas Lelaine y Romanda, mirándose entre sí, no a Egwene. Finalmente Lelaine se encogió de hombros de manera casi imperceptible, se subió el corpiño sin prisa y se levantó. Romanda volvió la cabeza para mirar a Egwene. La estuvo contemplando durante tanto tiempo que la joven fue consciente del sudor que le corría entre los senos y resbalaba por el tórax. Al cabo, con majestuosa lentitud, Romanda se cubrió y se puso de pie, uniéndose a las otras. Egwene oyó una ahogada exclamación de alivio a su espalda, donde Sheriam y las otras esperaban.

No había acabado la ceremonia, claro está. Romanda y Lelaine se aproximaron a ella para conducirla al sillón pintado de amarillo. Egwene se detuvo ante él mientras las dos Aes Sedai le subían el corpiño y le ponían la estola de Amyrlin alrededor de los hombros al tiempo que ellas y todas las otras Asentadas decían:

—Habéis sido ascendida a la Sede Amyrlin, en la gloria de la Luz, que la Torre Blanca perdure para siempre. Egwene al'Vere, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

Lelaine le quitó el anillo de la Gran Serpiente de la mano izquierda y se lo entregó a Romanda, quien lo puso en la mano derecha de la joven.

—Que la Luz ilumine a la Sede Amyrlin y a la Torre Blanca.

Egwene se echó a reír. Romanda parpadeó y Lelaine dio un respingo; no fueron ellas las únicas.

—Acabo de recordar algo —dijo la joven, que añadió—, hijas.

Así era como la Amyrlin llamaba a las Aes Sedai. Lo que le había venido a la memoria era el siguiente paso de la ceremonia. No pudo evitar pensar que era el justo castigo por haber hecho más fácil su viaje a través del *Tel'aran'rhiod*. Egwene al'Vere, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin, se las ingenió para sentarse en aquel duro sillón de madera sin permitirse precauciones y sin hacer el

menor gesto de dolor. Consideró ambas cosas como triunfos de su fuerza de voluntad.

Sheriam, Myrelle y Morvrin se adelantaron —imposible saber cuál de ellas había lanzado la exclamación ahogada antes, ya que sus rostros estaban serenos— y las Asentadas formaron una fila tras ellas que se extendía hacia la puerta. El orden de colocación lo marcaba la edad, con Romanda en último lugar. Sheriam extendió los vuelos de la falda haciendo una profunda reverencia.

—Por favor, permitidme servir, madre.

—Puedes servir a la Torre, hija —contestó Egwene dando a su voz toda la gravedad de que fue capaz. Sheriam le besó el anillo y se apartó al tiempo que Myrelle hacía la reverencia.

El ritual se repitió con cada Aes Sedai. La posición en la fila le deparó algunas sorpresas a Egwene. Ninguna de las Asentadas era realmente joven a despecho de sus rostros intemporales, pero la rubia Delana, a la que había supuesto casi tan mayor como Romanda, se encontraba en la primera mitad de la línea, en tanto que Lelaine y Janya, ambas unas mujeres muy bonitas y sin asomo de canas en el oscuro cabello, ocupaban los puestos inmediatamente anteriores a la canosa Amarilla. Todas hicieron la reverencia y le besaron el anillo envueltas en una impasibilidad total —bien que algunas no pudieron evitar dirigir ojeadas al repulgo con las bandas de colores de su vestido— y salieron de la sala por una puerta trasera sin decir nada más. Normalmente la ceremonia debería haberse prolongado con más actos, pero el resto tendría que esperar hasta la mañana siguiente.

Por fin Egwene estuvo sola con las tres mujeres que se habían comprometido por ella. Todavía no tenía muy claro qué significaba eso. Myrelle fue a abrir a las otras tres que esperaban fuera mientras Egwene se levantaba del sillón.

—¿Qué habría ocurrido si Romanda no se hubiese puesto de pie? —Se suponía que habría habido otra oportunidad, otra ronda de lavar pies y pedir que le permitieran servir, pero Egwene estaba convencida de que si Romanda hubiese votado en contra la segunda vez, habría hecho otro tanto la tercera.

—Entonces probablemente ella habría sido ascendida a Amyrlin en unos cuantos días —contestó Sheriam—. Ella o Lelaine.

—No era a eso a lo que me refería —insistió Egwene—. ¿Qué me habría pasado a mí? ¿Habría vuelto simplemente a mi condición de Aceptada?

Anaiya y las otras se acercaron presurosas, sonriendo, y Myrelle se puso a ayudar a Egwene a quitarse el vestido blanco con bandas de colores en el dobladillo y a ponerse uno verde claro que llevaría únicamente el tiempo necesario para llegar a su cama. Era tarde, pero la Amyrlin no podía andar por ahí con un vestido de Aceptada.

—Es muy probable —repuso Morvrin al cabo de un momento—. Ignoro si puede considerarse buena la situación de ser una Aceptada de la que todas las Asentadas saben que ha estado a punto de acceder a la Sede Amyrlin.

—Casi nunca ha pasado —intervino Beonin—, pero por lo general una mujer rechazada como Sede Amyrlin es exiliada. Es tarea de la Antecámara procurar que haya armonía, y esa mujer no podría evitar ser motivo de discordia.

Sheriam miró a Egwene a los ojos como para que sus palabras se le quedaran grabadas:

—A nosotras, Myrelle, Morvrin y yo, desde luego se nos habría exiliado, puesto que nos comprometimos por ti, y probablemente a Carlinya, Beonin y Anaiya también. —Su sonrisa fue repentina—. Pero no ocurrió así. La nueva Amyrlin se supone que tiene que pasar la primera noche en contemplación y oración; pero, una vez que Myrelle acabe de abrochar esos botones, sería mejor que dedicáramos parte de ella a explicarte cómo están las cosas en Salidar.

Todas la miraban. Myrelle estaba a su espalda acabando de abrocharle el vestido, pero sentía los ojos de la mujer.

—Sí. Sí, creo que sería lo mejor.

36



La Amyrlin queda ascendida

Egwene levantó la cabeza de las almohadas y miró en derredor, momentáneamente sorprendida al encontrarse en una cama de dosel en una amplia habitación. La claridad del alba entraba por las ventanas y una mujer rellena y bonita, con un sencillo vestido de lana gris, estaba junto al lavabo dejando una gran jarra blanca con agua caliente. Le habían presentado a Chesa como su doncella la noche anterior. La doncella de la Amyrlin. Una bandeja cubierta descansaba ya en una mesa estrecha, junto a su peine y su cepillo del pelo, debajo de un espejo con el marco plateado. El aroma a pan recién horneado y peras en compota impregnaba el aire.

Anaiya había preparado el cuarto para la llegada de Egwene. Los muebles estaban desparejados, pero eran lo mejor que Salidar podía ofrecer, desde el sillón acolchado y tapizado en seda verde hasta el espejo de pie colocado en un rincón, con el dorado intacto, así como el armario profusamente tallado donde ahora colgaban sus ropas. Por desgracia, el gusto de Anaiya parecía inclinarse exageradamente por las puntillas fruncidas y los volantes. Ambos tipos de ornamentación bordeaban el dosel de la cama y las colgaduras recogidas, y lo uno o lo otro adornaba la mesa y la banqueta, los brazos y las patas del mullido sillón, el cobertor que Egwene había tirado al suelo y las finas sábanas de seda que había debajo. Las cortinas de las ventanas eran también de encaje. Egwene recostó de nuevo la cabeza. Las puntillas bordeaban igualmente las almohadas. El cuarto le producía la sensación de que iba a ahogarse en puntillas y encajes.

Se había hablado largo y tendido después de que Sheriam y las otras la condujeran allí, a lo que llamaban la Torre Chica, aunque habían sido ellas las que habían llevado casi toda la conversación. En realidad no estaban interesadas en lo que Egwene creía que Rand se traía entre manos ni en lo que Coiren y las otras podían querer. Una embajada de Salidar estaba de camino a Caemlyn a las órdenes de Merana, que sabía lo que tenía que hacer, aunque no fueron muy explícitas respecto a lo que era eso. Principalmente, ellas hablaron y Egwene escuchó, dejando a un lado

las preguntas que la joven planteaba. Las respuestas de algunas carecían de importancia, le dijeron, al menos por el momento; a aquellas a las que contestaron sólo les dedicaron un rápido comentario para enseguida pasar de nuevo a lo que era importante. Se habían enviado embajadas a todos los gobernantes, a todos los cuales se nombró, con una explicación de por qué él o ella era absolutamente vital para la causa de Salidar, cosa que por lo visto eran todos y cada uno de ellos. No dijeron exactamente que todo fracasaría si uno solo de los dirigentes se les oponía, pero el énfasis puesto en cada uno de esos personajes lo hizo por ellas. Gareth Bryne estaba reuniendo un ejército y finalmente sería lo bastante poderoso para hacer valer sus reivindicaciones —las de ella— contra Elaida si llegaba el caso. No parecían creer que se llegara a eso, a pesar de la exigencia de Elaida de que regresaran a la Torre; parecían estar convencidas de que, una vez que se corriera la voz de que Egwene al'Vere había sido nombrada Sede Amyrlin, las Aes Sedai acudirían a ella, incluso algunas de las que ahora estaban en la Torre, las suficientes para que a Elaida no le quedara más opción que dimitir. Los Capas Blancas estaban mano sobre mano por alguna razón, de modo que Salidar era un lugar tan seguro como cualquier otro durante todo el tiempo necesario. La noticia de que a Logain se lo había curado como a Siuan —igual se habría hecho con Leane de haber estado allí, fue el comentario de Egwene, y se llevó la sorpresa de que así era efectivamente— se dio casi de pasada.

—No tienes que preocuparte por eso —le había dicho Sheriam en tono tranquilizador. Estaba erguida ante Egwene, que se encontraba sentada en el sillón acolchado, con las otras formando un arco a su alrededor—. La Antecámara estará debatiendo la conveniencia de volver a amansarlo hasta que la edad avanzada haga que el problema deje de serlo.

Egwene había procurado contener otro bostezo —se estaba haciendo tarde— y Anaiya dijo:

—Debemos dejarla dormir. Mañana es casi tan importante como lo ha sido esta noche, pequeña. —Soltó una repentina y queda risa—. Madre. Mañana también es importante, madre. Mandaremos a Chesa para que os ayude a prepararos para iros a la cama.

Incluso después de que se hubieron marchado, no resultó fácil irse a dormir. Mientras Chesa estaba desabrochando todavía el vestido de Egwene, Romanda apareció con varias sugerencias para la Amyrlin planteadas en un timbre firme que no admitía réplica, y no bien acababa de salir cuando entró Lelaine, como si la hermana Azul hubiese estado esperando la marcha de la Amarilla. Lelaine traía su propio consejo útil que ofreció con Egwene ya sentada en la cama y después de que Chesa fuera despedida afable pero firmemente. No se parecía en nada al consejo de

Romanda —ninguno de los dos tenía nada que ver con el de Sheriam— y vino acompañado por una afable, casi afectuosa, sonrisa, pero con el mismo convencimiento de que Egwene necesitaría un poco de guía durante los primeros meses. Ninguna de las mujeres manifestó exactamente que ella podía guiarla hacia lo que convenía más a la Torre mejor que Sheriam o que Sheriam y su pequeño círculo podrían intentar tirar en demasiadas direcciones o que tal vez la aconsejaran mal, pero tales implicaciones estaban sobrentendidas en sus palabras. Romanda y Lelaine también insinuaron la una de la otra que quizá tenía sus prioridades y que seguirlas ocasionaría desgracias sin cuento.

Para cuando Egwene apagó las lámparas encauzando, temía sufrir una noche de pesadillas. De hecho, sólo hubo dos que ella recordara a la mañana siguiente. En una era la Amyrlin —una Aes Sedai, pero sin prestar los juramentos— y todo lo que hacía conducía al desastre. Aquello la despertó tan bruscamente que se incorporó en el lecho, sólo para escapar de ella, pero no obstante estaba segura de que no era un sueño con significado. Se parecía mucho a una de las experiencias tenidas dentro del *ter'angreal* cuando había pasado la prueba para ascender a Aceptada; que nadie supiera, esas vivencias no estaban relacionadas con la realidad. No con esta realidad. La otra pesadilla fue la clase de tontería que había esperado al acostarse; conocía lo suficiente sobre sus sueños ahora para saberlo, aun cuando finalmente tuvo que provocar el despertarse para salir de él también. Sheriam le había quitado bruscamente la estola de los hombros y entonces todo el mundo se reía de ella y señalaban a la necia que realmente se había creído que una muchacha de apenas dieciocho años podía ser Amyrlin. No sólo eran Aes Sedai, sino todas las Sabias y Rand, Perrin y Mat, Nynaeve y Elayne, prácticamente todas las personas que conocía, mientras que ella estaba allí de pie, desnuda, intentando con desesperación ponerse un vestido de Aceptada que le habría estado bien a una cría de diez años.

—Bien, no podéis quedaros en la cama todo el día, madre.

Egwene abrió los ojos bruscamente.

Chesa tenía una expresión de fingida severidad plasmada en el rostro y los ojos le brillaban. Como poco doblaba la edad a Egwene y nada más conocerse había caído inevitablemente en aquella mezcla de respeto y familiaridad que podía esperarse de una criada mayor.

—A la Sede Amyrlin no pueden pegársele las sábanas y menos hoy.

—Es lo último que se me pasaría por la cabeza. —Bajó de la cama con movimientos agarrotados y se estiró antes de quitarse el sudado camisón. Estaba impaciente por haber trabajado lo bastante con el Poder para dejar de transpirar—. Me pondré el vestido de seda azul con velloritas bordadas en el escote. —Advirtió que Chesa ponía empeño en no mirarla mientras le tendía la ropa interior limpia. Los efectos de cumplir su *toh* se habían desdibujado un tanto pero todavía tenía la piel

marcada por unos moretones desvaídos—. Sufrí un accidente antes de llegar aquí —comentó al tiempo que se metía apresuradamente la camisola por la cabeza. Chesa asintió como comprendiendo de repente.

—Los caballos son malas bestias en las que no se puede confiar. Nunca me veréis montada en uno, madre. Un buen carro siempre es mucho más seguro. Si me cayera de un caballo así, jamás se lo diría a nadie. Nildra es de las que cuentan esa clase de cosas, y Kaylin… Oh, no imagináis lo que algunas mujeres son capaces de decir en el momento en que una les da la espalda. Naturalmente, es distinto con la Sede Amyrlin, pero así es como yo actuaría. —Abrió la puerta del armario y miró de reojo a Egwene para ver si la había entendido. La joven sonrió.

—Las personas son personas, da igual si su posición es alta o baja —respondió gravemente.

Chesa sonrió brevemente antes de sacar el vestido azul. Sheriam la habría escogido, pero era la doncella de la Sede Amyrlin y le debía lealtad. Además, tenía razón sobre la importancia del día de hoy.

Comió deprisa a despecho de los rezongos de Chesa, que mascullaba entre dientes que tragarse la comida sentaba muy mal; y que la leche templada, con miel y especias, tenía una eficacia garantizada para calmar los nervios que agarrotaban el estómago. Después se limpió los dientes y se lavó con diligencia, dejó que Chesa le pasara el cepillo por el cabello unas cuantas veces y se vistió tan rápidamente como la doncella fue capaz de meterle el vestido azul por la cabeza y abrochárselo. Tras echarse la estola con las siete franjas de colores sobre los hombros hizo un alto para mirarse en el espejo de pie. A pesar de la estola no tenía mucho aspecto de Sede Amyrlin. «Pero lo soy. Esto no es un sueño.»

En la amplia sala del piso bajo, las mesas estaban tan vacías como la noche anterior. Sólo las Asentadas se encontraban allí, con los chales puestos y agrupadas por Ajahs, y Sheriam de pie, sola. Enmudecieron al ver que Egwene bajaba la escalera e hicieron reverencias cuando llegó al pie de ésta. Romanda y Lelaine la observaron intensamente; luego se volvieron poniendo gran empeño en no mirar a Sheriam y reanudaron la conversación. Puesto que Egwene permaneció en silencio, las demás acabaron callándose. De vez en cuando una de ellas le echaba una mirada. Incluso hablando en susurros sus voces sonaban demasiado altas. Fuera reinaba el silencio, un silencio absoluto. Egwene sacó el pañuelo de la manga y se enjugó la cara. Ninguna de ellas sudaba una sola gota. Sheriam se acercó a la joven.

—Todo irá bien —susurró—. Sólo tienes que recordar lo que has de decir.

Ésa era otra de las cosas de las que se habían ocupado largo y tendido la noche anterior. Egwene tenía que hacer un discurso esta mañana. La joven asintió. Era extraño; debería haber tenido el estómago agarrotado por los nervios y las rodillas temblorosas, pero no era así, y no podía entenderlo.

—No hay por qué estar nerviosa —dijo Sheriam. Parecía pensar que Egwene lo estaba y deseaba tranquilizarla; pero, antes de que pudiera añadir más, Romanda habló en voz alta:

—Es la hora.

En medio de un frufrú de faldas, las Asentadas se pusieron en fila según la edad, esta vez a la inversa, con Romanda a la cabeza, y salieron a la calle. Egwene se quedó a corta distancia de la puerta. Ni pizca de nerviosismo todavía. A lo mejor Chesa tenía razón con lo de la leche templada. El silencio se prolongó un poco más y entonces se oyó la voz de Romanda, demasiado fuerte para ser natural:

—Tenemos Sede Amyrlin.

Egwene salió a la calle, a un calor que no habría esperado hasta estar el día más avanzado. Nada más cruzar el umbral, el pie de la joven se posó sobre una plataforma tejida con Aire. Las filas de las Asentadas se extendieron a ambos lados de Egwene; el brillo del *Saidar* las envolvía a todas y cada una de ellas.

—Egwene al'Vere —anunció Romanda, cuya voz ampliaban y propagaban tejidos del Poder—, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

La elevaron en el aire a medida que Romanda hablaba, simbolizando la ascensión de la Amyrlin en la verdad, hasta que Egwene se encontró justo debajo del tejado de bálago, aparentemente de pie en el aire para cualquier observador que no fuese una mujer capaz de encauzar. Había de sobra para verla perfilada por el sol naciente; un segundo tejido convirtió la luz en una reluciente urdimbre a su alrededor. Hombres y mujeres abarrotaban las calles; la multitud apiñada se perdía tras las esquinas. Cada puerta, cada ventana, cada tejado, excepto el de la Torre Chica, estaban llenos. Sonó un clamor que casi ahogó la voz de Romanda, oleadas de aclamaciones que resonaban en todo el pueblo. Egwene buscó a Nynaeve y a Elayne entre la multitud, pero no pudo localizarlas en aquel mar de rostros alzados hacia ella. Pareció transcurrir toda una era antes de que hubiese suficiente silencio para que pudiese hablar. El tejido que había propagado la voz de Romanda se trasladó hacia ella.

Sheriam y las otras le habían preparado el discurso, una grave e importante alocución que habría podido pronunciar sin enrojecer si tuviese el doble de edad o, mejor aún, el triple. Había realizado unos cuantos cambios por su cuenta.

—Estamos todos unidos en el empeño de hacer triunfar la verdad y la justicia y ese cometido no concluirá hasta que la falsa Amyrlin Elaida sea destituida del puesto que usurpó. —El único cambio en esta frase era «no concluirá» en lugar de «no puede concluir», pero le pareció más concluyente y mejor—. Como Amyrlin, os conduciré hacia ese propósito y no flaquearé, como sé que tampoco lo haréis vosotros. —Como exhortación era más que suficiente; en cualquier caso, no estaba dispuesta a permanecer allí arriba para repetir todo lo que querían que dijese. De todos modos, ya estaba resumido en lo que había manifestado—. Como mi Guardiana

de las Crónicas nombro a Sheriam Bayanar.

Ese anuncio mereció una aclamación mucho más comedida; al fin y a la postre, una Guardiana no era una Amyrlin. Egwene miró abajo y esperó hasta ver a Sheriam salir apresuradamente, todavía ajustándose la estola de Guardiana a los hombros, azul para mostrar que había sido ascendida del Ajah de ese color. Se había decidido no hacer una copia de la Vara de la Amyrlin, rematada por una llama dorada, y que portaba la Guardiana; hasta que se recuperara la verdadera de la Torre Blanca, se arreglarían sin una. Sheriam había calculado una espera mucho más larga, de modo que miró a Egwene con una exasperación no disimulada. En las filas de las Asentadas, Romanda y Lelaine mantenían un gesto inexpresivo; ambas habían hecho sus propias sugerencias para la Guardiana y, ni que decir tiene, ninguna de ellas había sido Sheriam.

Egwene respiró hondo y se volvió hacia la expectante muchedumbre.

—En honor a este día, vengo a decretar que todas las Aceptadas y novicias quedan eximidas de sanciones y castigos. —Esta dispensa era tradicional y sólo provocó gritos de alegría en muchachas vestidas de blanco y en unas cuantas Aceptadas que perdieron el control—. En honor a este día, vengo a decretar que Theodrin Dabei, Faolain Orande, Nynaeve al'Meara y Elayne Trakand quedan ascendidas a partir de este momento al chal, hermanas de derecho y Aes Sedai.

Aquello fue acogido con un silencio un tanto crítico y alguno que otro murmullo aquí y allí. No era conforme a la costumbre, ni mucho menos. Pero estaba dicho, y menos mal que por casualidad Morvrin había mencionado a Theodrin y a Faolain. Era hora de volver a lo que habían redactado para su discurso.

—Declaro este día jornada de fiesta y celebración. No se harán más trabajos que los absolutamente imprescindibles para el disfrute de la ocasión. Que la Luz brille sobre todos vosotros y que el Creador os cobije en su mano.

Las últimas palabras quedaron ahogadas en una tumultuosa aclamación que superó el tejido que propagaba su voz. Algunas personas empezaron a bailar en la calle en ese mismo momento a pesar de que apenas había espacio para moverse. La plataforma de Aire descendió quizás un poco más deprisa de como había subido. Las Asentadas la miraban fijamente cuando Egwene descendió de ella, y el brillo del *Saidar* fue desapareciendo entre ellas casi antes de que la joven hubiese tocado el suelo.

Sheriam se adelantó con presteza para coger a Egwene del brazo y sonrió a las Asentadas, cuyos semblantes parecían tallados en piedra.

—He de mostrar su estudio a la Amyrlin. Disculpad.

Egwene no habría podido afirmar sin equivocarse que Sheriam la empujó al interior del edificio, aunque tampoco habría podido afirmar lo contrario. No creía que Sheriam tratara realmente de arrastrarla, pero por si acaso se recogió las faldas con la

mano libre y avanzó a largos pasos.

Su estudio, contiguo a la sala de espera, resultó ser un poco más pequeño que su dormitorio, con dos ventanas, un escritorio, una silla de respaldo recto detrás de éste y otras dos colocadas delante. Nada más. Los paneles de las paredes, con marcas de carcoma, se habían encerado y pulido hasta darles un apagado brillo, pero el tablero de la mesa era bastante tosco. Había una alfombra con dibujos de flores cubriendo parte del suelo.

—Disculpadme si he sido brusca, madre —empezó Sheriam al tiempo que le soltaba el brazo—, pero pensé que debíamos hablar en privado antes de que lo hicieseis con cualquiera de las Asentadas. Todas contribuyeron a la redacción de vuestro discurso y…

—Sé que hice algunos cambios —la interrumpió Egwene con una radiante sonrisa—, pero me sentía como una idiota allí arriba, con tantas cosas que decir. —¿Así que todas habían colaborado en la redacción? No era de extrañar que le hubiese sonado como el discurso de una pomposa anciana incapaz de callarse. Casi se echó a reír—. En fin, dije lo que tenía que decir, la base de ello: que Elaida debe ser destituida y que los dirigiré en la consecución de ese fin.

—Sí, pero pueden surgir unas cuantas preguntas respecto a algunos de los otros… cambios —repuso lentamente Sheriam—. Theodrin y Faolain ciertamente serán ascendidas a Aes Sedai tan pronto como hayamos recobrado la Torre y la Vara Juratoria, y, muy probablemente, también Elayne. Pero Nynaeve sigue sin ser capaz de encender una vela a menos que antes se dé un tirón de la trenza mientras mira irritada a la gente.

—Ése es exactamente el punto que quería sacar a colación —dijo Romanda que entró sin llamar—. Madre —agregó tras una marcada pausa. Lelaine cerró la puerta tras ellas, casi en las narices de otras cuantas Asentadas.

—Me pareció necesario —manifestó Egwene, abriendo mucho los ojos—. Lo pensé anoche. Se me ha ascendido a Aes Sedai sin pasar la prueba y sin prestar los Tres Juramentos, y si era la única ello bastaría para hacerme destacar. Habiendo otras cuatro más, no resultaré una singularidad tan notable. Al menos, no para las gentes de aquí. Puede que Elaida trate de sacar provecho de ello cuando se entere, pero la mayoría de las personas saben muy poco sobre las Aes Sedai, y, en cualquier caso, no sabrán qué creer. Es la gente de aquí la que más importa. Ha de tener confianza en mí.

Cualquier otra persona que no fuera una Aes Sedai la habría mirado boquiabierta. En este caso, faltó poco para que Romanda echara espuma por la boca.

—Tal vez sea así —empezó, cortante, Lelaine al tiempo que daba un seco tirón a su chal azul, y después se quedó inmóvil. Nada de tal vez; *era* así. Peor aún, la Sede Amyrlin había decretado públicamente que esas mujeres eran Aes Sedai. La

Antecámara tenía poder para mantenerlas como Aceptadas, o lo que quiera que fuesen Theodrin y Faolain en su caso, pero no podía borrar la memoria de la gente; y con ello no impediría que todo el mundo se enterase de que había actuado contra la Amyrlin su primer día de mandato. ¡Menuda confianza daría algo así!

—Espero, madre —dijo Romanda con voz tensa—, que la próxima vez consultaréis a la Antecámara antes de tomar una decisión. Ir contra la tradición puede traer consecuencias inesperadas.

—E ir contra la ley puede tener otras lamentables —abundó Lelaine sin andarse por las ramas, remachando la frase con un tardío «madre». Aquello era una estupidez o le faltaba poco. Las condiciones para ser ascendida a Aes Sedai estaban marcadas por la ley, cierto, pero la Amyrlin podía decretar casi cualquier cosa que deseara. Con todo, una Amyrlin sabia no echaba pulsos con la Antecámara si se podía evitar.

—Oh, consultaré en el futuro —les contestó con seriedad—. Pero me pareció lo más indicado que podía hacer. Por favor, si nos disculpáis, realmente he de hablar con la Guardiana.

Casi temblaban de rabia. Sus reverencias fueron breves y sus palabras de despedida perfectamente correctas en cuanto a las frases en sí, pero, en el caso de Romanda, pronunciadas entre dientes, y las de Lelaine tan aceradas que habrían podido cortar.

—Habéis llevado el asunto muy bien —opinó Sheriam cuando se hubieron ido. Parecía sorprendida—. Pero tenéis que recordar que la Antecámara puede ocasionar problemas a una Amyrlin. Una de las razones por las que soy vuestra Guardiana es para aconsejaros y alejaros de ese tipo de problemas. Deberíais preguntarme antes sobre cualquier decreto que queráis hacer. Y, si no estoy a mano, recurrid a Myrelle o Morvrin o las otras. Estamos aquí para ayudaros, madre.

—Entiendo, Sheriam. Prometo escuchar atentamente cualquier cosa que digáis. Me gustaría ver a Nynaeve y a Elayne, si es posible.

—Debería serlo —respondió la otra mujer, sonriente—, aunque quizá tenga que arrancar literalmente a Nynaeve de las manos de una Amarilla. Siuan va a venir para enseñaros todo lo relativo a la etiqueta en vuestra posición de Amyrlin, y no es poco lo que hay que aprender, pero le diré que acuda un poco más tarde.

Egwene se quedó mirando fijamente la puerta tras salir por ella Sheriam. Después se volvió y contempló la mesa. Absolutamente vacía de cualquier cosa. Ni un informe que leer, ni comunicados que examinar. Ni siquiera había pluma y tinta para escribir una nota y, mucho menos, un decreto. Y Siuan iba a venir a enseñarle etiqueta. Cuando sonó una tímida llamada a la puerta, seguía en la misma postura.

—Adelante —dijo, preguntándose si sería Siuan o quizás una sirvienta con un tentempié de pasteles de miel, cortados ya en convenientes trozos pequeños.

Nynaeve asomó la cabeza con vacilación, pero al momento entró al darle un

empujón Elayne. La una al lado de la otra, hicieron una profunda reverencia extendiendo los blancos vestidos con las bandas de colores rematando el repulgo.

—Madre —murmuraron a la par.

—Por favor, no hagáis eso —instó Egwene. De hecho, fue más bien un gemido —. Sois las únicas amigas que tengo y si empezáis a… —¡Luz, estaba al borde de las lágrimas!

Elayne llegó antes a su lado por un pelo y la abrazó. Nynaeve permaneció callada, toqueteando con nerviosismo un estrecho brazalete de plata, pero la heredera del trono sí habló:

—Seguimos siendo tus amigas, Egwene, pero eres la Sede Amyrlin. Luz, ¿recuerdas que te dije que algún día serías la Amyrlin cuando yo fuera…? —Elayne hizo una leve mueca—. En fin, en cualquier caso, lo eres. No podemos acercarnos a la Amyrlin sin más y decir: «Egwene, ¿crees que este vestido me hace parecer gorda?». No sería correcto.

—Sí, lo sería —la contradijo rotundamente—. Bueno, al menos en privado —admitió al cabo de un momento—. Cuando estemos solas, quiero que me digáis si un vestido me hace parecer gorda o… o lo que quiera que deseéis. —Sonrió a Nynaeve y le dio un tirón de la gruesa trenza, sobresaltando a la antigua Zahorí—. Y quiero que te tires de la coleta estando conmigo si sientes que debes hacerlo. Necesito a alguien que sea amiga de Egwene y no esté viendo esta… maldita estola todo el tiempo o me volveré loca. Y, hablando de vestidos, ¿por qué seguís llevando ésos? Di por sentado que ya os habríais cambiado a estas alturas.

Nynaeve se dio un tirón de la trenza entonces.

—Esa Nisao me dijo que debía de ser alguna clase de error y me llevó a rastra diciendo que no iba a perder su turno sólo por una celebración.

Los sonidos de ésta empezaron a oírse en el exterior, un zumbido generalizado, justo lo bastante alto para que se escuchara a través de las paredes de piedra, así como una apagada música.

—Bueno, pues no es un error —repuso Egwene. ¿El turno de Nisao? En fin, no preguntaría ahora sobre eso; a Nynaeve parecía angustiarla y ella quería que ésta fuera una ocasión lo más feliz posible. Arrastró la silla que había detrás de la mesa y, al ver que tenía dos mullidos cojines de labor de retales, sonrió. Chesa—. Vamos a sentarnos y a hablar y después os ayudaré a encontrar los dos mejores vestidos de Salidar. Contadme lo de esos descubrimientos vuestros. Anaiya los mencionó, y Sheriam también, pero no logré que continuaran con el tema lo suficiente para que me diesen detalles.

Casi al unísono, las dos mujeres se pararon a medio sentarse e intercambiaron una mirada. Inexplicablemente, se mostraron reacias a hablar de cualquier otra cosa que no fuera la Curación de Siuan y Leane realizada por Nynaeve —la antigua Zahorí

repitió tres veces y con gran nerviosismo que la curación de Logain había sido un accidente— y sobre el trabajo de Elayne con los *ter'angreal*. Tales cosas eran muy notables, en especial lo de Nynaeve, pero la conversación no se podía alargar indefinidamente hablando sobre los mismos logros y ella diciendo lo maravilloso que le parecía y cuánto las envidiaba. El intento de demostración no duró mucho; al fin y al cabo, Egwene no tenía necesidad de una Curación, sobre todo ese complicado tapiz que Nynaeve tejía sin pensar; en cuanto a Elayne, aunque Egwene tenía cierta afinidad con los metales y poseía mucha fuerza tanto en Fuego como en Tierra, la heredera del trono consiguió que se perdiera casi de inmediato.

Ni que decir tiene que las dos querían saber cómo era la vida entre los Aiel. A juzgar por los repentinos parpadeos de sobresalto y las escandalizadas risas, ahogadas bruscamente, de ambas, Egwene no habría sabido decir si creían algo de lo que les estaba contando; tampoco les dijo todo, por supuesto. El tema de los Aiel condujo, naturalmente, a Rand. Las dos mujeres siguieron atentamente su interpretación de la reunión con las Aes Sedai. Se mostraron de acuerdo en que Rand estaba vadeando aguas más profundas de lo que pensaba y que necesitaba a alguien que lo guiara antes de que pisara en una poza. Elayne creía que Min podría ayudarlo en eso una vez que la embajada llegara a Caemlyn —ésta era la primera noticia que Egwene tenía de que Min acompañaba a la delegación o de que hubiese estado en Salidar— aunque, a decir verdad, Elayne parecía muy poco entusiasmada con ello. Y masculló algo realmente extraño, como si fuera una verdad que no le gustara admitir:

—Min es mejor mujer que yo. —Por alguna razón, aquello provocó una mirada compasiva de Nynaeve hacia la joven heredera—. Ojalá estuviese yo allí —continuó Elayne con un tono más firme—. Para guiarlo, me refiero. —Miró alternativamente a sus dos amigas en tanto que un ligero rubor le teñía las mejillas—. Bueno, además de por otras cosas.

Nynaeve y Egwene se echaron a reír con tantas ganas que por poco no se caen de las sillas, y Elayne se les unió casi de inmediato.

—Hay otra cosa y ésta es buena, Elayne —manifestó Egwene al cabo de un rato, casi sin resuello todavía, tratando de contener las carcajadas. Entonces cayó en la cuenta de lo que iba a decir y por qué. ¡Luz, en qué lío se había metido y cuando se estaba riendo!—. Lamento lo de tu madre, Elayne. No sabes lo mucho que he deseado ofrecerte mis condolencias antes. —La heredera parecía desconcertada, y con razón—. El asunto es que Rand se propone entregarte el Trono del León y el Trono del Sol.

Para su sorpresa, la reacción de Elayne fue sentarse muy erguida.

—¿De veras? —dijo con un tono seco y frío—. Así que se propone entregármelos, ¿no? —Alzó un poco más la barbilla—. Tengo ciertos derechos al Trono del Sol y, si decido reivindicarlos, lo haré porque me corresponde por mi

ascendencia. En cuanto al Trono del León, Rand al'Thor no tiene derecho, ningún derecho, a darme lo que ya es mío.

—Estoy segura de que no lo dijo en ese sentido —protestó Egwene. ¿O sí lo había hecho?—. Te ama, Elayne. Sé que te quiere.

—Si todo se redujera a eso —murmuró Elayne, significara lo que significase.

—Los hombres siempre aducen que no era eso lo que querían decir —resopló Nynaeve—. Cualquiera pensaría que hablan otro idioma.

—Cuando le ponga las manos encima, voy a enseñarle a hablar el idioma correcto —manifestó firmemente Elayne—. ¡Conque dármelos!

Egwene tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír otra vez. La próxima vez que su amiga le pusiera encima las manos a Rand estaría demasiado ocupada buscando un rincón discreto para tener tiempo de enseñarle nada. Esto se parecía mucho a los viejos tiempos.

—Ahora que sois Aes Sedai podéis reuniros con él cuando gustéis. Nadie puede impedíroslo.

Hubo un rápido intercambio de miradas entre las dos mujeres.

—La Antecámara no permite a nadie que coja y se marche sin más —adujo Nynaeve—. Y, aun en el caso de que nos dejaran, hemos dado con algo que es más importante.

—Sí —asintió vigorosamente Elayne con la cabeza—. Opino lo mismo. Admito que lo primero que me vino a la cabeza cuando oí anunciar tu nombramiento como Amyrlin fue que ahora quizá Nynaeve y yo podíamos ir a buscarlo. Mejor dicho, lo segundo, porque lo primero fue experimentar una especie de estupefacción gozosa.

—¿Decís que habéis dado con algo pero que tenéis que encontrarlo? —Egwene parpadeó, desconcertada.

Sus dos amigas se echaron hacia adelante, excitadas, y respondieron con ansiedad y casi quitándose la palabra de la boca la una a la otra:

—Lo encontramos —empezó Elayne—, pero sólo en el *Tel'aran'rhiod*.

—Utilizamos la necesidad —añadió Nynaeve—, porque, ciertamente, *necesitábamos* algo.

—Es un cuenco —continuó la heredera del trono—, un *ter'angreal*, y creo que es lo bastante fuerte para cambiar el tiempo.

—Sólo que el cuenco está en alguna parte en Ebou Dar, en un sitio que es un espantoso laberinto de callejuelas sin letreros ni ningún otro tipo de indicación para orientarse. La Antecámara envió una carta a Merilille, pero ella jamás lo encontrará.

—Sobre todo teniendo en cuenta que se supone que está muy ocupada convenciendo a la reina Tylin de que la verdadera Torre está aquí.

—Les dijimos que hacía falta la participación de un hombre en el encauzamiento —suspiró Nynaeve—. Claro que eso fue antes de lo de Logain, aunque no creo que

confíen en él para eso.

—En realidad no se precisa la intervención de un varón —aclaró Elayne—. Sólo pretendíamos hacerles creer que necesitaban a Rand. Ignoro cuántas mujeres se requieren para hacerlo funcionar. Tal vez un círculo completo de trece.

—Elayne afirma que es muy poderoso, Egwene. Podría hacer que el tiempo retornara a sus cauces normales. Daría por buena la búsqueda aunque sólo fuera para conseguir que mi percepción del tiempo volviera a ser como antes.

—El cuenco puede conseguirlo, Egwene. —Elayne intercambió una mirada feliz con Nynaeve—. Lo único que tienes que hacer es mandarnos a Ebou Dar.

El torrente de palabras cesó y Egwene se recostó en la silla.

—Haré cuanto esté en mi mano. Tal vez no haya objeciones ahora que sois Aes Sedai. —Tenía la sensación de que las habría, sin embargo. Ascenderlas a hermanas de derecho había sido un golpe audaz, pero empezaba a pensar que no iba a resultar tan sencillo.

—¿Lo que esté en tu mano? —repitió Elayne con incredulidad—. Eres la Sede Amyrlin, Egwene. Tienes el mando, y las Aes Sedai deben obedecerte prestamente. —Esbozó una rápida sonrisa—. Di «saltad» y te lo demostraré.

Egwene rebulló en los cojines e hizo un gesto de dolor.

—Sí, soy la Amyrlin, pero… Elayne, Sheriam no tiene que pensar mucho para recordar a una novicia llamada Egwene que miraba todo con ojos como platos y a la que se envió a rastrillar los paseos del Nuevo Jardín por comer manzanas después de la hora de acostarse. Se propone conducirme de la mano o, tal vez, agarrarme por la nuca y empujarme hacia donde quiera llevarme. Romanda y Lelaine querían ser Amyrlin y también ven a esa novicia en mí. Están tan dispuestas como Sheriam a marcarme cada paso que dé.

Nynaeve frunció el entrecejo, preocupada, pero Elayne era la viva imagen de la indignación.

—No puedes permitirles que se salgan con la suya y te mangoneen ni te… intimiden. Eres la Amyrlin. La Amyrlin le dice a la Antecámara lo que debe hacer, no al contrario. Tienes que plantar cara y hacer que vean a la Amyrlin.

La risa de Egwene tuvo un dejo de amargura. ¿De verdad había sido la noche anterior, hacía sólo unas cuantas horas, cuando estaba tan decidida a no dejar que la intimidaran?

—Eso costará un poco de tiempo, Elayne. Por fin he comprendido la razón de que me escogieran, ¿sabes? En parte, creo, es por Rand. Quizá piensan que se mostrará más dispuesto a avenirse a razones si me ve con la estola. Y en parte, principalmente, porque recuerdan a esa novicia. Una mujer, mejor dicho, una muchacha, que está tan acostumbrada a hacer lo que le mandan que no planteará problemas para actuar como ellas quieren. —Pasó los dedos por la estola de rayas que llevaba puesta—. En fin,

sean cuales sean sus motivos, me eligieron Amyrlin y, una vez que lo han hecho, estoy decidida a serlo. Pero he de ir con cuidado, al menos al principio. Puede que Siuan consiguiera que la Antecámara diera un brinco cada vez que fruncía el ceño —se preguntó si aquello sería realmente cierto—; pero, si intento hacerlo yo, a buen seguro que paso a ser la primera Amyrlin depuesta al día siguiente de ser ascendida.

Elayne estaba atónita, pero Nynaeve asintió lentamente. Tal vez el haber sido Zahorí y tener que vérselas con el Círculo de Mujeres allí, en casa, le permitía entender mejor cómo funcionaban realmente las cosas entre la Sede Amyrlin y la Antecámara de la Torre que Elayne con toda su preparación para ser reina.

—Elayne, una vez que la noticia se propague y los dirigentes conozcan mi nombramiento, podré empezar a hacer entender a la Antecámara que han elegido una Amyrlin, no una marioneta, pero hasta entonces están en condiciones de quitar esta estola de mis hombros tan rápidamente como la han puesto. Me refiero a que si no soy realmente Amyrlin, entonces es sencillo echarme a un lado. Quizás habría algunos comentarios en contra, pero estoy convencida de que los aplacarían a no mucho tardar. Si alguien fuera de Salidar oyera que una tal Egwene al'Vere había sido nombrada Sede Amyrlin, sólo sería uno de esos peculiares rumores que surgen en torno a las Aes Sedai.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Elayne en voz baja—. Tú no lo aceptarás mansamente.

Aquello hizo sonreír a Egwene de buena gana. No era una pregunta, sino una afirmación categórica de algo indiscutible.

—No, claro que no. —Había escuchado algunas de las lecciones dadas por Moraine a Rand respecto al Juego de las Casas. En aquel momento había considerado el Juego absurdo y muy poco limpio. Ahora esperaba ser capaz de recordar todo lo escuchado. Los Aiel decían siempre: «Utiliza el arma que tienes»—. Tal vez ayude el que quieran conducirme con tres correas distintas. Puedo fingir que me tiran de una u otra, dependiendo de cuál se acerca más a lo que quiera yo. De vez en cuando podré hacer exactamente lo que desee, como lo de ascenderos a vosotras dos, pero todavía no muy a menudo. —Irguió los hombros y sostuvo firmemente las miradas de sus amigas.

»Me gustaría decir que os ascendí porque lo merecéis, pero lo cierto es que lo hice porque sois mis amigas y porque confío en que, como hermanas de pleno derecho, podáis ayudarme. Ciertamente no sé en quién más podría confiar excepto en vosotras dos. Os enviaré a Ebou Dar tan pronto como me sea posible, pero antes y después sois las únicas con quienes puedo discutir cosas. Sé que me diréis la verdad. Tal vez ese viaje a Ebou Dar tarde menos en llevarse a cabo de lo que podríais pensar. Las dos habéis realizado todo tipo de descubrimientos, según tengo entendido; pero, si soy capaz de resolver unos cuantos detalles sueltos, acaso también yo tenga uno de

mi propia cosecha.

—Eso sería maravilloso —dijo Elayne, aunque daba la impresión de estar distraída.

37



Cuando empieza la batalla

El silencio que se hizo era muy peculiar y Egwene no lo entendía en absoluto. Elayne miró a Nynaeve y después las dos bajaron la vista al fino brazalete de plata que la antigua Zahorí llevaba en la muñeca. Nynaeve alzó la vista hacia Egwene, con los ojos muy abiertos, y la bajó rápidamente al suelo.

—Tengo que hacer una confesión —musitó en un quedo susurro. No levantó el tono, pero las palabras salieron atropellándose—: He capturado a Moghedien. —Todavía con los ojos gachos, levantó la muñeca con el brazalete—. Esto es un *a'dam*. La retenemos prisionera con él y nadie lo sabe. Salvo Siuan, Leane y Birgitte. Y ahora tú.

—No tuvimos más remedio que hacerlo —intervino Elayne mientras se echaba hacia adelante con apremio—. La habrían ejecutado, Egwene. Sé que lo merece, pero su cabeza está llena de conocimientos, cosas que no habríamos imaginado ni en sueños. De ahí es de donde han salido todos nuestros «descubrimientos», excepto la Curación de Siuan y Leane por parte de Nynaeve y mis *ter'angreal*. ¡La habrían matado sin esperar a aprender nada!

Las preguntas giraban en la mente de Egwene vertiginosamente. ¿Que habían capturado a una de las Renegadas? ¿Cómo? ¿Que Elayne había creado un *a'dam*? Egwene se estremeció, incapaz casi de dirigir una mirada a esa cosa. No se parecía en nada a los *a'dam* que conocía más que de sobra. Aun así, ¿cómo se las habían arreglado para mantener oculta a una Renegada entre tantas Aes Sedai? ¡Una de las Renegadas, prisionera! No juzgada y ejecutada. Con lo desconfiado que se había vuelto Rand, si alguna vez llegaba a enterarse de eso no volvería a confiar en Elayne jamás.

—Traedla aquí —logró decir con voz hueca.

Nynaeve saltó de la silla y echó a correr. Los sonidos de la celebración, risas, música y canciones, entraron a raudales por la puerta un momento antes de que la cerrara de golpe al salir. Egwene se frotó las sienes. Una de las Renegadas.

—Es un terrible secreto que guardar —musitó.

Las mejillas de Elayne enrojecieron. ¿Por qué, en nombre de la Luz…? ¡Ah,

claro!

—Elayne, no tengo intención de preguntar sobre… nadie de quien supuestamente no sé nada.

La joven rubia dio un brinco.

—Yo… Quizá pueda hablar de ello. Después. Mañana. Quizá. Egwene, tienes que prometerme que no le contarás nada a nadie a no ser que te diga que puedes hacerlo. Veas lo que… veas.

—Si es lo que quieres. —Egwene no entendía por qué su amiga estaba tan agitada. De verdad que no. Elayne tenía un secreto que ella compartía, pero sólo porque lo había descubierto por casualidad, y desde entonces ambas habían fingido que Elayne seguía siendo la única que lo sabía. Elayne había conocido a Birgitte, la heroína legendaria, en el *Tel'aran'rhiod*; quizá todavía se reunía con ella allí. Un momento ¿qué era lo que Nynaeve había dicho? Que Birgitte estaba enterada de lo de Moghedien. ¿Se había referido a la mujer que aguardaba en el *Tel'aran'rhiod* a que la llamada del Cuerno de Valere la hiciera regresar al mundo? ¿Que Nynaeve compartía el secreto que Elayne se había negado a admitir ante ella incluso cuando la pilló *in fraganti*? No. No quería convertir esto en una tanda de acusaciones y desmentidos.

—Elayne, soy la Amyrlin, de verdad, y ya tengo planes. Las Sabias que encauzan ejecutan muchos de sus tejidos de manera diferente de las Aes Sedai. —Elayne estaba enterada de lo de las Sabias, aunque, ahora que lo pensaba, Egwene ignoraba si las Aes Sedai lo sabían también; mejor dicho, las otras Aes Sedai—. A veces lo que hacen es más complicado o más burdo, pero de vez en cuando es más sencillo de lo que nos han enseñado en la Torre y funciona igual de bien.

—¿Quieres que las Aes Sedai estudien con las Aiel? —Los labios de la heredera del trono se curvaron brevemente en una sonrisa divertida—. Egwene, jamás accederán a eso, ni aunque vivas un millar de años. Sin embargo, supongo que todas querrán hacer la prueba a las muchachas Aiel para convertirlas en novicias en el momento en que se enteren.

Egwene rebulló en los cojines, vacilante. Las Aes Sedai estudiando con las Sabias. ¿Como aprendizas? Eso no pasaría nunca, pero a Romanda y a Lelaine no les vendría mal aprender un poco del *ji'e'toh*. Y a Sheriam y a Myrelle y a… Encontró una forma más cómoda de sentarse y dejó de lado esas ideas absurdas.

—Dudo que las Sabias accedan a que las muchachas Aiel se hagan novicias. —Tal vez lo hubiesen hecho en otros tiempos, pero no ahora, desde luego. El trato de ahora era el más civilizado que Egwene esperaba de ellas hacia las Aes Sedai—. En lo que he pensado es en una especie de asociación. Elayne, hay menos de mil Aes Sedai. Si contamos las que quedan en el Yermo, creo que hay más Sabias que encauzan que Aes Sedai. Tal vez muchas más. En cualquier caso, no se les pasa por alto una sola joven que posea el don innato. —¿Cuántas mujeres habían muerto a este

lado de la Pared del Dragón porque de repente pudieron encauzar, quizá sin darse cuenta en absoluto de lo que estaban haciendo y no tener a nadie que las enseñara?—. Quiero agrupar a más mujeres, Elayne. ¿Qué pasa con esas capacitadas para aprender pero a las que las Aes Sedai encontraron cuando ya se las consideraba demasiado mayores para convertirse en novicias? Pues yo digo que si quieren aprender hay que dejarles que lo intenten, aunque tengan cuarenta o cincuenta años o sus nietas tengan nietos.

Elayne rió con tantas ganas que se rodeó con los brazos, sujetándose los costados.

—Oh, Egwene, a las Aceptadas les «encantará» dar clase a unas novicias así.

—Pues tendrán que discurrir cómo hacerlo —repuso firmemente su amiga. No veía qué problema había en ello. Las Aes Sedai habían dicho siempre que una podía ser demasiado mayor para novicia, pero si esa mujer quería aprender… En realidad, ya habían cambiado de idea en parte; entre la multitud había visto rostros con más edad que Nynaeve sobre las ropas blancas de novicia—. La Torre ha sido siempre demasiado estricta en rechazar a la gente, Elayne. Si una no es bastante fuerte, la rechazan. Si se niega a pasar una prueba, la mandan a casa. Si falla una prueba, adiós. Deberían permitirles quedarse y aprender si ellas lo desean.

—Pero las pruebas son precisamente para asegurarse de que se es lo bastante fuerte —protestó Elayne—. No sólo en el Poder Único, sino como persona. Sin duda no querrás tener Aes Sedai que se vengan abajo en el momento en que se las someta a cierta presión, ¿verdad? O unas Aes Sedai apenas capaces de encauzar, ¿eh?

Egwene aspiró por la nariz sonoramente. A Sorilea la habrían echado de la Torre sin hacerle siquiera la prueba para Aceptada.

—Tal vez no puedan ser Aes Sedai, pero eso no significa que sean inútiles. Después de todo, se les da cierta instrucción para que manejen el Poder con discreción o de otro modo no les permitirían que abandonaran Tar Valon. Mi sueño es que todas las mujeres que pueden encauzar estén conectadas con la Torre de algún modo. Hasta la última.

—¿Las Detectoras de Vientos? —Elayne se encogió cuando Egwene asintió.

—No las has traicionado, Elayne. Me resulta increíble que hayan podido guardar su secreto durante tanto tiempo.

—En fin, lo hecho, hecho está. —La heredera del trono suspiró con fuerza—. No se puede volver a meter la miel en el panal, como dice Lini. Sin embargo, si a tus Aiel se les dan ciertas prerrogativas, las mujeres de los Marinos deberían tenerlas también. Que sean las Detectoras de Vientos quienes enseñen a sus jóvenes. Ninguna Atha'an Miere deberá ser llevada a la Torre por las Aes Sedai, se pongan como se pongan.

—Trato hecho. —Egwene se escupió la palma de la mano y se la tendió a su amiga. Al cabo de un momento, ésta escupió en la suya y sonrió cuando se las

estrecharon para cerrar el trato.

La sonrisa se desdibujó poco a poco.

—¿Tiene esto algo que ver con la amnistía de Rand, Egwene?

—En parte. Elayne, ¿cómo puede ese hombre ser tan…?

No había modo de terminar la frase y tampoco necesitaba contestación. La otra joven asintió con una cierta tristeza, ya fuera con comprensión o mostrando su acuerdo o ambas cosas.

La puerta se abrió y apareció una mujer corpulenta vestida con ropas de lana oscura; llevaba una bandeja en las manos con tres copas de plata y una jarra de vino de cuello largo, también de plata. Su rostro estaba ajado, como el de una campesina, pero sus oscuros ojos relucieron al observar a Egwene y a Elayne alternativamente. Egwene sólo dispuso de un momento para extrañarse de que la mujer llevara un ajustado collar de plata, en contraste con su sencillo y oscuro vestido, antes de que Nynaeve entrara tras ella y cerrara la puerta. Debía de haber corrido como el viento, porque había encontrado tiempo para cambiarse el vestido de Aceptada por otro de seda azul oscuro, bordado con volutas doradas en el cuello y en el repulgo. El escote no era tan bajo como los que Berelain lucía, pero aun así bastante más de lo que habría esperado ver en Nynaeve.

—Ésta es «Marigan» —dijo la antigua Zahorí mientras hacía un movimiento con la cabeza y se echaba la trenza sobre el hombro con la fácil soltura de la práctica. Su anillo de la Gran Serpiente brillaba en su mano derecha.

Egwene iba a preguntar por qué pronunciaba el nombre de la mujer con énfasis, pero de pronto se dio cuenta de que el collar de «Marigan» hacía juego con el brazalete que llevaba Nynaeve en la muñeca. No pudo evitar observarla de hito en hito. Desde luego, la mujer no tenía ni mucho menos el aspecto que uno esperaría que tuviese una Renegada. Así lo dijo, y Nynaeve se echó a reír.

—Observa, Egwene.

Ésta hizo algo más que observar; faltó poco para que se levantara de un salto y abrazó el *Saidar*. No bien acababa de hablar Nynaeve, el fulgor dorado envolvió a «Marigan». Sólo fue durante un instante, pero antes de que se apagara, la mujer del sencillo vestido de lana experimentó un cambio absoluto. De hecho, fueron cambios muy pequeños, pero en conjunto hicieron una mujer distinta, atractiva más que hermosa aunque ni por asomo ajada; una mujer que era orgullosa, incluso regia. Sólo los ojos continuaron igual, relucientes, pero por mucho que la mirada fuera huidiza a Egwene no le costó admitir que ésta era Moghedien.

—¿Cómo? —fue todo cuanto pudo decir. Escuchó atentamente las explicaciones de Nynaeve y Elayne sobre tejer disfraces e invertir urdimbres, pero en todo momento estuvo observando a la Renegada. Era orgullosa, indiscutiblemente; y muy pagada de sí misma, ufana de volver a ser ella misma.

—Devuélvele el aspecto de antes —instó Egwene cuando hubieron acabado las explicaciones. De nuevo el brillo del *Saidar* duró sólo unos instantes y, una vez que se apagó, no quedaron tejidos que Egwene pudiera ver. Moghedien volvía a ser una campesina, sencilla y ajada, que había llevado una vida dura y aparentaba más edad de la que tenía. Aquellos negros ojos centellearon al mirar a Egwene, rebosantes de odio y quizá también de aborrecimiento hacia sí misma.

Al darse cuenta de que todavía abrazaba el *Saidar*, Egwene se sintió como una estúpida durante un momento. Ni Nynaeve ni Elayne habían entrado en contacto con la Fuente. Claro que Nynaeve llevaba ese brazalete. Egwene se puso de pie sin quitar un instante los ojos de la Renegada y tendió la mano hacia su amiga. Curiosamente, la antigua Zahorí parecía ansiosa de quitarse el brazalete, cosa que Egwene entendía muy bien.

—Deja la bandeja en la mesa, Marigan —indicó Nynaeve al tiempo que le entregaba el brazalete a Egwene—. Y compórtate lo mejor que puedas. Egwene ha estado viviendo con los Aiel.

La nueva Amyrlin giró la joya entre sus dedos para examinarla, procurando no temblar. Un trabajo muy ingenioso, dividido en segmentos tan hábilmente que daba la impresión de ser una única pieza. Una vez ella había estado al otro extremo de un *a'dam*, un artilugio seanchan con una cadena plateada que unía el collar con el brazalete, pero era lo mismo. El estómago se le revolvió de un modo que no había experimentado cuando se enfrentó a la Antecámara o a la multitud; se le agarrotó como si tratara de compensar el permanecer estable antes. Con deliberada lentitud, Egwene se puso el artilugio de plata en la muñeca. Tenía cierta idea de las sensaciones que percibiría, pero aun así faltó poco para que diese un brinco. Las emociones de la otra mujer se revelaron claramente ante ella, así como su estado físico, todo agrupado en una zona parapetada de su cerebro. Sobre todo había un miedo latente, pero el autodesprecio que creía haber advertido en sus ojos emergía casi con igual intensidad. A Moghedien no le gustaba su actual apariencia; quizá le desagradaba especialmente después de una breve vuelta a la suya propia.

Egwene consideró quién era la persona a la que estaba mirando: una de las Renegadas; una mujer cuyo nombre se había utilizado durante siglos para asustar a los niños; una mujer cuyos crímenes merecían cien veces la muerte. Pensó en los conocimientos albergados en esa cabeza. Se forzó a sonreír; no era una sonrisa agradable. No tenía intención de que lo fuese, pero dudaba de haberlo conseguido en caso de intentarlo.

—Tienen razón. He vivido una temporada con los Aiel; de modo que, si estás pensando que seré tan afable como Nynaeve y Elayne, quítatelo de la cabeza. Da un solo paso en falso conmigo, y haré que me supliques que te mate. Sólo que no lo haré. Y me encargaré de encontrar un modo de conseguir que ese rostro que ahora

luces sea permanente. Por otro lado, si haces algo más que dar un paso en falso… —Ensanchó la sonrisa hasta enseñar los dientes como una fiera amenazadora.

La sensación de miedo se volvió tan intensa que ahogó todas las demás y se acumuló contra el parapeto. De pie ante la mesa, Moghedien se aferraba la falda con las manos tan crispadas que tenía blancos los nudillos y los temblores la sacudían visiblemente. Nynaeve y Elayne miraban a Egwene como si la vieran por primera vez. Luz, ¿acaso esperaban que se mostrara amable con una Renegada? Sorilea habría atado a un poste a esa mujer al sol para hacerla entrar en vereda, si es que no la degollaba, sin darle más vueltas al asunto.

Se acercó más a Moghedien. La otra mujer era más alta, pero reculó contra la mesa, tirando las copas y haciendo que el jarro se zarandeara. La nueva Amyrlin dio un tono frío a su voz al hablar, y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para conseguirlo:

—El día que descubra que has dicho una mentira será el de tu ejecución. Por mi propia mano. ¿Queda claro? Ahora, respóndeme. He considerado la posibilidad de viajar de un sitio a otro abriendo un agujero, por decirlo de algún modo, desde el punto de partida al de destino. Un agujero a través del Entramado, de modo que no haya distancia entre un punto y otro. ¿Funcionaría eso?

—En absoluto, ni para vos ni para ninguna mujer —respondió Moghedien, rápidamente y entre jadeos. El miedo que bullía en su interior se reflejaba con total claridad en su semblante ahora—. Así es como los varones realizan el Viaje. —Era obvio; que estaba hablando de uno de los Talentos perdidos—. Si lo intentáis, seréis arrastrada hacia… Ignoro lo que es. El espacio entre los hilos del Entramado, tal vez. No creo que vivieseis mucho tiempo. Y sé que jamás regresaríais.

—El Viaje —masculló con malhumor Nynaeve—. ¡Nunca hemos pensado en eso!

—No, no lo hicimos. —Elayne no parecía más complacida consigo misma que Nynaeve—. Me pregunto qué más no nos habremos planteado nunca.

—Entonces ¿cómo? —inquirió suavemente Egwene, haciendo caso omiso de sus amigas. Un tono de voz quedo siempre daba mejor resultado que gritar.

Aun así, Moghedien se encogió como si le hubiese chillado.

—Hacéis los dos sitios idénticos en el Entramado. Puedo mostraros cómo. Me cuesta un poco de trabajo debido al… collar, pero puedo…

—¿Así? —dijo Egwene al tiempo que abrazaba el *Saidar* y tejía flujos de Energía. Esta vez no trataba de tocar el Mundo de los Sueños, pero esperaba algo muy semejante si funcionaba. Lo que obtuvo resultó muy distinto.

La sutil cortina que tejió no produjo el efecto titilante y sólo duró un momento antes de fundirse repentinamente en una línea vertical que de pronto fue una hendidura de luz azul plateada. La propia luz se ensanchó rápidamente —o quizás giró; ésa era la impresión que le dio a Egwene— abriéndose a… algo. Allí, en medio del suelo, había un… acceso, en nada parecido a la vista borrosa que había tenido del

Tel'aran'rhiod desde su tienda, una puerta a un paisaje abrasado por el sol que hacía que la sequía de aquí pareciese un vergel en comparación. Las agujas de piedra y los escarpados riscos se alzaban sobre un llano polvoriento de arcilla amarilla, surcado por fisuras y salpicado de unos pocos arbustos de apariencia espinosa incluso a distancia.

Egwene estuvo a punto de quedarse boquiabierta. Aquello era el Yermo de Aiel, a mitad de camino entre el dominio Peñas Frías y el valle de Rhuidean, un punto donde era muy improbable que hubiese alguien a quien ver —o herir; las precauciones de Rand con ese cuarto especial en el Palacio del Sol le habían servido como sugerencia para tomar las mismas medidas preventivas— pero sólo había esperado vislumbrarlo a través de una cortina rutilante.

—¡Luz! —exclamó Elayne—. ¿Sabes cómo lo has hecho, Egwene? ¿Lo recuerdas? Creo que puedo hacerlo. Si repites el tejido estoy segura de que me acordaré.

—¿Acordarte de qué? —gimió prácticamente Nynaeve—. ¿Cómo lo ha hecho? ¡Oh, este condenado bloqueo! Elayne, dame una patada en el tobillo, por favor.

El rostro de Moghedien estaba paralizado; la incertidumbre emergía a través del brazalete casi con tanta intensidad como el miedo. Interpretar emociones no se parecía en nada a leer palabras escritas en una hoja, pero esas dos sensaciones eran obvias.

—¿Quién…? —La Renegada se lamió los labios—. ¿Quién os enseñó eso?

Egwene sonrió del mismo modo que había visto hacer a las Aes Sedai; al menos, esperaba que el gesto transmitiera misterio.

—Nunca des por hecho que ignoro la respuesta de lo que te pregunto —replicó fríamente—. Recuerda, si me mientes una sola vez… —De repente cayó en la cuenta de cómo debía de sonar eso a sus amigas. Ellas habían capturado a la mujer, la habían retenido prisionera en las circunstancias más difíciles, le habían extraído todo tipo de información. Se volvió hacia Elayne y Nynaeve y soltó una risita arrepentida—. Lo lamento. No tenía intención de asumir el control.

—¿Y por qué ibas a lamentarlo? —Elayne sonreía de oreja a oreja—. Se supone que tienes que tomar el mando, Egwene.

Nynaeve se dio un tirón de la trenza y después le asestó una mirada furibunda.

—¡Parece que nada funciona! ¿Por qué no consigo ponerme furiosa? Oh, puedes quedarte con ella para siempre por lo que a mí respecta. De todos modos no podríamos llevarla a Ebou Dar. ¿Por qué no me enfado? ¡Oh, maldita sea mi alma! —Sus ojos se desorbitaron al darse cuenta de lo que había dicho y se tapó la boca con la mano.

Egwene echó una mirada a Moghedien. La mujer se afanaba en poner las copas de pie otra vez y a servir en ellas un vino con aroma a especias dulces, pero algo le

había llegado a través del brazalete mientras Nynaeve hablaba. ¿Conmoción, quizá? Tal vez prefería al ama que conocía ya a otra que la amenazaba de muerte nada más abrir la boca. Sonó una llamada firme en la puerta, y Egwene soltó con premura el *Saidar*, de modo que la abertura al Yermo desapareció.

—Adelante.

Siuan sólo dio un paso dentro del estudio antes de pararse en seco y abarcar de una sola ojeada a Moghedien, el brazalete en la muñeca de Egwene, a Nynaeve y a Elayne. Cerró la puerta e hizo una reverencia tan mínima que en nada tenía que envidiar a las de Romanda o Lelaine.

—Madre, vengo a instruiros en la etiqueta, pero si queréis que vuelva más tarde… —Sus cejas se enarcaron en un tranquilo gesto interrogante.

—Vete —ordenó Egwene a Moghedien. Si Nynaeve y Elayne la dejaban moverse suelta por ahí entonces es que el *a'dam* debía de limitarla de algún modo, si no más que una con una correa. Toqueteó el artilugio; aunque odiaba esa cosa se proponía llevarlo puesto día y noche. Luego añadió—: Pero estáte dispuesta a acudir en cualquier momento. Doy el mismo trato a un intento de huida que a una mentira. —El miedo fluyó a raudales por el *a'dam* mientras Moghedien se apresuraba a salir. Eso podía acabar siendo un problema. ¿Cómo se las habían arreglado Nynaeve y Elayne para aguantar esos torrentes de terror? En fin, ése era un asunto del que ocuparse después.

Se volvió hacia Siuan y cruzó los brazos bajo el pecho.

—No os esforcéis, Siuan. Lo sé todo. Hija.

La mujer ladeó la cabeza.

—A veces el saber cosas no es una ventaja ni mucho menos. A veces sólo significa compartir el peligro.

—¡Siuan! —exclamó Elayne con un tono entre escandalizado y de represión. Para sorpresa de Egwene, la otra mujer hizo algo que jamás pensó que vería hacer a Siuan Sanche: enrojeció.

—No podéis esperar que me convierta en otra mujer completamente distinta de un día para otro —rezongó malhumorada.

Egwene suponía que Nynaeve y Elayne podían prestarle ayuda para hacer lo que debía hacer; pero, si de verdad iba a ser la Amyrlin, tenía que hacerlo sola.

—Elayne, sé que querrás quitarte ese vestido de Aceptada cuanto antes. ¿Por qué no vas a cambiarte? Después mira a ver qué más puedes descubrir sobre Talentos perdidos. Nynaeve, lo mismo te digo.

Las dos nuevas Aes Sedai intercambiaron una mirada y después volvieron los ojos hacia Siuan. A continuación se levantaron de las sillas e hicieron unas reverencias impecables.

—Como ordenes, madre —musitaron respetuosamente al mismo tiempo.

No hubo señales de que tal cosa causara alguna impresión en Siuan, quien permaneció observando a Egwene con una expresión irónica mientras las otras dos mujeres se marchaban.

Egwene abrazó el *Saidar* de nuevo, brevemente, para desplazar su silla a su lugar detrás de la mesa; acto seguido se ajustó el chal y tomó asiento.

—Os necesito —dijo al cabo—. Sabéis lo que es ser Amyrlin, lo que se puede hacer y lo que no. Conocéis a las Asentadas, lo que piensan, lo que quieren. Os necesito y estoy decidida a obtener esa ayuda. Sheriam, Romanda y Lelaine pueden pensar que todavía llevo el blanco de una novicia debajo de esta estola, puede que lo piensen todas, pero vos vais a ayudarme a demostrarles que están equivocadas. No os lo estoy pidiendo, Siuan. Tendré vuestra ayuda. Punto. —Ahora sólo le quedaba esperar.

Siuan la observó unos instantes; después sacudió levemente la cabeza y rió bajito.

—Han cometido un gran error, ¿verdad? Claro que yo fui la primera que cayó en él. El pequeño y gordito bagre para la cena resulta que es un cazón vivo y tan largo como mi pierna. —Extendió los vuelos de la falda e hizo una profunda reverencia al tiempo que inclinaba la cabeza—. Madre, por favor permitidme servir y aconsejar.

—Siempre y cuando comprendáis que sólo es aconsejar, Siuan. Ya tengo a mi alrededor a demasiada gente convencida de que puede atarme cordeles a los brazos y las piernas y tirar de ellos como si fuera una marioneta. No pienso aguantar eso de vos.

—Antes me ataría esos cordeles a mí misma —respondió secamente Siuan—. Nunca me gustasteis realmente, ¿sabéis? Tal vez porque veía mucho de mí misma en vos.

—En ese caso —replicó Egwene en un tono igualmente seco—, podéis llamarme Egwene. Y nos tutearemos. Cuando estemos solas. Y ahora siéntate y dime por qué la Antecámara sigue parada aquí y cómo puedo hacer que se ponga en movimiento.

Siuan empezó a arrimar una de las sillas antes de recordar que podía moverla con el *Saidar* ahora.

—Siguen aquí sin dar un paso porque en el momento en que lo hagan la Torre Blanca estará definitivamente dividida. En cuanto a cómo empujarlas para que se muevan, mi consejo es…

Tardó un buen rato en exponer sus ideas. Algunas coincidían con las que Egwene había pensado ya y todas parecían buenas.

En su cuarto de la Torre Chica, Romanda sirvió té de menta para las otras tres Asentadas que la acompañaban, de las cuales sólo una era Amarilla. La habitación estaba en la parte trasera del edificio, pero los sonidos de la celebración llegaban hasta allí; Romanda hizo caso omiso de ellos con estudiada indiferencia. Estas tres mujeres habían estado dispuestas a apoyarla para ser ascendida a Sede Amyrlin; votar

por la muchacha había tenido por fin evitar que Lelaine fuera nombrada tanto o más que por cualquier otra razón. Lelaine montaría en cólera si lo supiera. Ahora que Sheriam tenía a su niña Amyrlin instalada, estas tres mujeres seguían bien dispuestas a escucharla a ella. Sobre todo después del asunto de ascender Aceptadas al chal por decreto. Eso tenía que ser obra de Sheriam; ella y su pequeña camarilla habían mimado a las cuatro; suya había sido la idea de situar a Theodrin y a Faolain por encima de las otras Aceptadas y también habían sugerido lo mismo para Elayne y Nynaeve en cierto momento. Romanda frunció el entrecejo, preguntándose dónde se habría metido Delana, pero de todos modos empezó sin ella, después de proteger la habitación con un escudo de *Saidar* que impedía que las escucharan a escondidas. Delana tendría que ponerse al corriente cuando se incorporase a la reunión. Lo importante era que Sheriam iba a descubrir que no había conseguido tanto poder como pensaba al apropiarse del puesto de Guardiana.

En una casa al otro lado de Salidar, Lelaine servía vino frío a cuatro Asentadas, de las que sólo una pertenecía, como ella, al Ajah Azul. El *Saidar* se tejía alrededor del cuarto para evitar que se oyera su conversación. Los ruidos de la celebración la hicieron sonreír. Las cuatro mujeres que la acompañaban le habían sugerido que intentara acceder al puesto de Amyrlin y a ella no le desagradaba la idea, pero un fracaso habría significado que Romanda fuera ascendida, algo que le habría dolido tanto como estar exiliada. Romanda rechinaría los dientes si alguna vez se enteraba de que todo este grupo había votado a favor de la pequeña con tal de impedir que la estola fuera a parar a sus hombros. Sin embargo, el motivo de la reunión era discutir cómo menguar la influencia de Sheriam ahora que se las había ingeniado para apoderarse de la estola de Guardiana. ¡Como lo de esa farsa de ascender Aceptadas a Aes Sedai por decreto de la chica! Sheriam debía de haberse vuelto loca. A medida que la conversación avanzó, Lelaine empezó a preguntarse dónde se habría metido Delana. Ya tendría que estar allí.

Delana estaba sentada en su cuarto, mirando fijamente a Halima, que se había acomodado al borde de la cama. El nombre de Aran'gar no debía utilizarse nunca; a veces a Delana le daba miedo incluso que Halima se enterara de que lo pensaba siquiera. La salvaguarda contra oídos indiscretos era pequeña y protegía únicamente a las dos mujeres.

—Esto es una locura —logró decir al fin—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Si sigo dando mi apoyo a todas las facciones acabarán por pillarme antes o después!

—Todos debemos correr algún riesgo. —La firmeza de la voz de la otra mujer desmentía la sonrisa de aquella boca exuberante—. Y seguirás presionando para que se amanse de nuevo a Logain. O eso o matarlo. —Una leve mueca hizo que,

curiosamente, la mujer pareciese más bella de algún modo—. Si alguna vez lo sacan de esa casa, me ocuparé personalmente de él.

Delana no imaginaba cómo podría hacerlo, pero no pondría en duda la capacidad de esta mujer hasta que fracasara.

—Lo que no entiendo es por qué te da tanto miedo un hombre al que seis hermanas tienen aislado con un escudo de sol a sol.

Los verdes ojos de Halima ardían de furia cuando la mujer se incorporó bruscamente.

—¡No le tengo ningún miedo! ¡Y más te vale no sugerirlo siquiera! Quiero a Logain amansado o muerto y no tengo que darte más explicaciones. ¿Hablo con suficiente claridad?

No por primera vez, Delana consideró la opción de matar a la otra mujer, pero, como siempre, tenía la completa seguridad de que sería ella la que acabaría muerta. De algún modo, Halima sabía cuándo abrazaba el *Saidar* aunque ella no pudiera encauzar. Lo peor de todo era la posibilidad de que, puesto que la necesitaba, Halima no la mataría. Delana no sabía qué haría con ella en cambio, pero la mera vaguedad de la amenaza la hacía estremecerse. Tendría que ser capaz de matar a esa mujer allí, en ese mismo momento.

—Sí, Halima —contestó sumisamente, y se odió por ello.

—Muy amable, gracias —murmuró Siuan mientras sostenía su taza para que Lelaine añadiera un chorrito de brandy en el té. El sol empezaba a meterse por el horizonte, otorgando a la luz una tonalidad rojiza, pero en las calles continuaba la algarabía—. No os imagináis lo agotador que es tratar de enseñar etiqueta a esa chica. Parece pensar que mientras actúe como una «Zahorí» de su tierra todo irá bien. Supone que la Antecámara es algo así como el Círculo de Mujeres, sea lo que sea eso.

Lelaine chasqueó la lengua comprensivamente y tomó un poco de té.

—¿Y decís que se quejaba de Romanda?

—Sí. —Siuan se encogió de hombros—. Algo sobre la insistencia de Romanda en que sigamos paradas aquí en lugar de marchar hacia Tar Valon, por lo que pude entender. Luz, esa chica tiene un temperamento peor que el de una gaviota en la estación de apareamiento. Estuve tentada de cogerla por los hombros y sacudirla, pero, naturalmente, ahora lleva la estola. En fin, una vez que termine mis lecciones, he acabado con ella. ¿Recordáis cuando…?

Sonriendo para sus adentros, Siuan observó cómo Lelaine se tragaba todo junto con el té. Sólo la primera frase era realmente importante. Lo del temperamento había sido un añadido de su cosecha, pero con ello quizás algunas de las Asentadas se andarían con más cuidado al tratar con Egwene. Además, sospechaba que

seguramente era verdad. Nunca volvería a ser Amyrlin y estaba bastante segura de que tratar de manipular a la joven sería tan fútil como lo había sido intentarlo con ella misma, e igualmente doloroso. Sin embargo, enseñar a una Amyrlin a ser una Amyrlin… Estaba ansiosa por ponerse a la tarea, más de lo que lo había estado por ninguna otra cosa desde hacía mucho tiempo. Egwene al'Vere sería una Amyrlin que haría temblar a los tronos.

—Pero ¿y mi bloqueo? —preguntó Nynaeve

Romanda la miró ceñuda. Estaban en el cuarto que ocupaba Romanda en la Torre Chica y allí era donde se suponía que tenía que tratarla de acuerdo con el programa fijado por las Amarillas. La música y las risas del exterior parecían irritar a la mujer.

—No estabas tan ansiosa antes. He sabido que le dijiste a Dagdara que también eras Aes Sedai y que podía buscar un lago y meter la cabeza en él.

Nynaeve se puso roja como la grana. Debía controlar su genio, que no interfiriese.

—Quizá me he dado cuenta de que ser Aes Sedai no significa que pueda encauzar con más facilidad que antes.

—Aes Sedai —resopló Romanda con desdén—. Te queda mucho trecho que recorrer para llegar a eso, aunque te… Vale, de acuerdo. Haremos algo que no hemos intentado nunca. Brinca en un solo pie. Y habla al mismo tiempo. —Tomó asiento en un sillón tallado que había cerca de la cama, sin que se suavizara su ceño—. Algún chismorreo, digamos. Habla de cosas sin importancia. Por ejemplo, ¿de qué dijo la Amyrlin que Lelaine quería hablar con ella?

Por un instante Nynaeve la miró indignada. ¿Saltar sobre un pie? ¡Eso era ridículo! Claro que no estaba allí realmente por lo de su bloqueo. Se remangó la falda y empezó a brincar.

—Egwene… la Amyrlin… no dijo mucho. Algo sobre… tener que quedarnos… en Salidar… —Más valía que esto funcionara o Egwene iba a escuchar unas cuantas palabras muy bien escogidas, ni que fuera Amyrlin ni que no.

—Creo que éste funcionará mejor, Sheriam —dijo Elayne al tiempo que tendía un anillo retorcido y con motitas hecho de lo que esa misma mañana era simple piedra. A decir verdad, no difería de los otros que había hecho. Las dos mujeres estaban apartadas de la muchedumbre, a la entrada de un angosto callejón iluminado por el rojizo sol. A sus espaldas sonaban las notas de violines y flautas.

—Gracias, Elayne. —Sheriam guardó el *ter'angreal* en la bolsita del bolsillo sin mirarlo siquiera. Elayne había pillado a Sheriam en una pausa entre baile y baile; tenía el rostro un poco encendido bajo toda su fría calma de Aes Sedai, pero los ojos color verde claro, que habían hecho temblar las rodillas de Elayne cuando era novicia, estaban clavados en los suyos—. ¿Por qué tengo la sensación de que esto no

es la única razón de que hayas venido a verme?

Elayne hizo una mueca mientras le daba vueltas al anillo de la Gran Serpiente en su mano derecha. Su mano derecha; sólo tenía que recordar que ahora también era Aes Sedai.

—Es Egwene. La Amyrlin, supongo que debería decir. Está preocupada, Sheriam, y confiaba en que pudieseis ayudarla. Sois la Guardiana y no sabía a quién más acudir. No he conseguido sacarle todo con claridad. Ya conocéis a Egwene; no se quejaría aunque le hubiesen cortado un pie. Es por Romanda, creo, aunque a quien mencionó fue a Lelaine. Una o las dos han estado calentándole los oídos respecto a permanecer aquí, en Salidar, de no movernos todavía porque es demasiado peligroso.

—Ése es un buen consejo —manifestó lentamente Sheriam—. Respecto a lo de peligroso, no lo sé, pero yo le daría el mismo consejo.

Elayne abrió los brazos con las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia.

—Lo sé. Me dijo que lo hicisteis, pero… En fin, no lo admitió abiertamente, pero me parece que la asustan un poco esas dos. Sé que es la Amyrlin ahora, pero creo que la hacen sentirse como una novicia. Me da la impresión de que tiene miedo de que, si hace lo que quieren, aunque se trate de un buen consejo, esperarán que haga lo mismo la próxima vez. Creo… Oh, Sheriam, tiene miedo de ser incapaz de decir «no» la próxima vez si ahora dice «sí». Y… y también a mí me da miedo que ocurra eso. Sheriam, ella es la Sede Amyrlin; no debería estar dominada por Romanda o por Lelaine o por nadie. Sois la única que puede ayudarla. Ignoro cómo, pero sólo vos podéis.

Sheriam guardó silencio tanto tiempo que Elayne empezó a pensar que la otra mujer iba a decirle que todo aquello era absurdo.

—Haré cuanto esté en mi mano —respondió al cabo Sheriam.

Elayne reprimió un suspiro de alivio antes de caer en la cuenta de que habría dado lo mismo si lo hubiese soltado.

Egwene se echó hacia adelante, apoyando los brazos en los costados de la bañera de cobre y se dejó arrullar por la cháchara de Chesa mientras la mujer le frotaba la espalda. Había soñado con darse un baño de verdad, pero, de hecho, encontrarse sentada en agua jabonosa, perfumada con aceites aromáticos, resultaba extraño después de las tiendas de vapor Aiel. Había dado sus primeros pasos como Amyrlin, reuniendo a sus reducidas tropas e iniciado el ataque contra un enemigo mucho más numeroso. Recordaba haber oído decir a Rhuarc una vez, que cuando la batalla empieza, el jefe de combate ya no tiene realmente control sobre los acontecimientos. Ahora lo único que podía hacer era esperar.

—Aun así —musitó—, creo que las Sabias estarían orgullosas de mí.

38



Un frío repentino

El ardiente sol todavía ascendía a su espalda, y Mat se alegró de que su sombrero de ala ancha le diera un poco de sombra en la cara. El aspecto de ese bosque altaranés era el deslucido y mustio de la estación invernal aunque más seco de lo que sería lógico; cedros, alerces y otras especies perennes aparecían marchitos, en tanto que robles, fresnos y alcornoques estaban desnudos de hojas. Cuando aún no era mediodía y las peores horas de calor estaban por llegar, la temperatura era ya como la de un horno. Mat llevaba la chaqueta echada sobre las alforjas, pero el sudor le pegaba la fina camisa al cuerpo. Los cascos de *Puntos* hacían crujir los helechos muertos y las hojas caídas sobre la espesa capa de mantillo, un sonido que era la música de fondo en el avance de la Compañía. Apenas se veían pájaros, alguno que otro centelleo de color entre las ramas, y ni una sola ardilla. Sin embargo abundaban moscas y bitemes, como si fuera pleno verano en lugar de faltar menos de un mes para la Fiesta de las Luces. En realidad no era distinto de lo que había visto allá, en el Erinin, pero encontrarse con lo mismo aquí lo ponía nervioso. ¿Es que todo el mundo estaba quemándose al sol?

Aviendha caminaba a largas zancadas junto a *Puntos*, con el hatillo a la espalda, en apariencia indiferente a los árboles moribundos o a las molestas moscas, y haciendo mucho menos ruido que el caballo a pesar de ir con falda. Los ojos de la Aiel escudriñaban los árboles de los alrededores como si no se fiara de que los exploradores de la Compañía ni los batidores que marchaban a los flancos fueran capaces de evitar que cayeran en una emboscada. No había aceptado subir al caballo una sola vez, cosa que tampoco él esperaba que hiciese al ver lo que los Aiel pensaban sobre cabalgar, pero tampoco había causado problemas, a no ser que ponerse a afilar su cuchillo cada vez que paraban pudiera considerarse una provocación. Estaba el incidente con Olver, por supuesto. Montado en el castrado gris de paso brioso que Mat le había escogido de entre los caballos de refresco, Olver no dejaba de vigilarla con desconfianza. Había intentado clavarle su cuchillo la segunda noche al tiempo que gritaba algo de que los Aiel habían matado a su padre. Ni que decir tiene que Aviendha lo había desarmado sin problemas; pero, aun después de que

Mat le atizara un cachete e intentara explicar la diferencia entre los Shaido y los otros Aiel —algo que tampoco él tenía muy claro—, Olver continuó asestando constantemente miradas furibundas a Aviendha. No le gustaban los Aiel. En cuanto a Aviendha, daba la impresión de que Olver la inquietaba, lo que para Mat era del todo incomprensible.

Los árboles eran suficientemente altos para dejar que corriera algo de brisa bajo el poco denso dosel de las copas, pero el estandarte de la Mano Roja colgaba fláccido, al igual que los otros dos que habían vuelto a sacar una vez que Rand los hizo pasar a través de aquel acceso a un amplio claro envuelto en la oscuridad de la noche: un estandarte del Dragón, con la figura roja y dorada medio oculta en los pliegues blancos; y uno de esos que la Compañía había dado en llamar la bandera del al'Thor, el antiguo símbolo Aes Sedai que también, afortunadamente, quedaba oculto en los pliegues de la fláccida tela. Un portaestandarte veterano y canoso llevaba la Mano Roja; era un tipo de ojos pequeños y con más cicatrices que Daerid, que de hecho insistía en cargar con la enseña un trecho cada día, algo que pocos portaestandartes hacían. Talmanes y Daerid habían designado a hombres del segundo escuadrón para llevar las otras dos, unos hombres jóvenes sin experiencia que habían demostrado ser lo suficientemente tranquilos para cargarlos con una pequeña responsabilidad.

Llevaban tres días cruzando Altara por terrenos boscosos, y no habían visto a un solo seguidor del Dragón —ni a ninguna otra persona, dicho sea de paso—, y Mat confiaba en que la cosa siguiera igual al menos durante esa cuarta jornada antes de llegar a Salidar. Aparte de las Aes Sedai, se le planteaba el problema de cómo impedir que Aviendha le saltara al cuello a Elayne. Mat estaba convencido de saber el motivo de que la Aiel no dejara de amolar su cuchillo, cuyo filo brillaba como gemas a estas alturas. Mucho se temía que iba a acabar conduciendo a la Aiel a Caemlyn bajo vigilancia, con la jodida heredera del trono exigiendo que la colgara durante todo el camino. ¡Rand y sus puñeteras mujeres! A su modo de ver, cualquier cosa que retrasara la marcha de la Compañía, evitándole el guisado que esperaba se organizaría en Salidar, era bienvenida. Acampar temprano y reanudar el viaje tarde era una ayuda; como también lo eran las carretas de suministros que venían en la retaguardia, ya que avanzaban lentamente a través del bosque. Pero en realidad la Compañía podía cabalgar despacio sólo hasta un punto. Seguro que a no mucho tardar Vanin encontraría algo.

Como si lo hubiese invocado al pensar su nombre, el gordo explorador apareció entre los árboles un poco más adelante, con otros cuatro jinetes. Cuando había salido antes del amanecer iba acompañado por seis.

Mat levantó el brazo para detener la marcha y los murmullos recorrieron la columna. Su primera orden al cerrarse el acceso había sido «nada de tambores ni flautas ni jodidos cantos», y si al principio hubo algunas malas caras, después del

primer día en aquel terreno boscoso, donde nunca se veía con claridad a más de cien pasos y rara vez a tanta distancia, nadie hizo la menor objeción.

Apoyando la lanza cruzada sobre la silla, Mat aguardó hasta que Vanin sofrenó su montura y saludó llevándose la mano a la sien.

—¿Las has encontrado?

El hombre calvo se ladeó en la silla para escupir por una mella de su dentadura. Sudaba tan profusamente que daba la impresión de que iba a derretirse en cualquier momento.

—Las he encontrado. A unos diez o quince kilómetros al oeste. Hay Guardianes en esos bosques. Vi a uno que cazó a Mar; salió de la nada, con una de esas capas, y lo desmontó. Le dio un buen repaso, pero no lo mató. Espero que el que Ladwin no haya dado señales de vida no se deba a lo mismo.

—Así que saben que estamos aquí. —Mat aspiró profundamente por la nariz. No esperaba que ninguno de los dos hombres ocultara información alguna a los Guardianes y menos a las Aes Sedai. Claro que, después de todo, las Aes Sedai tenían que enterarse antes o después. Sólo que él había confiado en que lo descubrieran cuanto más tarde mejor. Descargó un manotazo sobre un tábano, pero el insecto se alejó zumbando y dejó un punto de sangre en su muñeca—. ¿Cuántas?

—Más de las que imaginé que vería. —Vanin volvió a escupir—. Entré en el pueblo a pie y había rostros Aes Sedai por todas partes. Doscientas o trescientas, tal vez. Puede que cuatrocientas. No quería llamar la atención por ir contando. —Antes de que Mat tuviese tiempo de recobrarse de esta impresión, el explorador soltó otra información conmocionante—. También tienen un ejército, principalmente acampado en el norte. Más hombres de los que están a vuestro mando. Quizás el doble.

Talmanes, Nalesean y Daerid se habían acercado mientras tanto, sudorosos y espantando moscas y bitemes a manotazos.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Mat, a lo que respondieron con graves asentimientos de cabeza. Todo eso de su suerte en la batalla estaba muy bien, pero verse superados en dos a uno, con cientos de Aes Sedai tomando parte en la fiesta, podía resultar demasiado por mucho que le sonriera la fortuna—. Bien. No estamos aquí para luchar —les recordó, aunque las caras largas no desaparecieron. Para ser sincero, su comentario tampoco lo hizo sentirse mejor. Lo que contaba era si las Aes Sedai querían que ese ejército suyo luchara o no. La decisión era de ellas.

—Que la Compañía se prepare para un ataque —ordenó—. Despejad todo el terreno que podáis y utilizad los troncos para levantar barricadas. —Talmanes torció el gesto casi tanto como Nalesean; les gustaba estar montados y moviéndose cuando combatían—. Pensad una cosa: quizás haya Guardianes vigilándonos en este momento. —Le sorprendió ver que Vanin asentía con un cabeceo y echaba una ojeada hacia la derecha de un modo elocuente—. Si nos ven preparándonos para

defendernos, entonces es evidente que no nos proponemos atacar. Tal vez baste para que decidan dejarnos en paz y, si no es así, al menos estaremos preparados. —Lo juicioso de tal decisión por fin les entró en la cabeza, a Talmanes antes que a Nalesean. Daerid había estado asintiendo desde el principio.

—¿Qué te propones hacer, entonces? —inquirió Nalesean al tiempo que se atusaba la untada barba—. ¿Quedarte sentado y esperar a que vengan?

—Eso es exactamente lo que vais a hacer vosotros —respondió Mat. «¡Maldito Rand y su "quizá cincuenta Aes Sedai"! ¡Así se abrasen él y su "imponte un poco, intimídalas!".» Esperar allí mismo hasta que alguien saliera del pueblo para preguntar quiénes eran y qué querían parecía una buena idea. Nada del tirón del *ta'veren* esta vez. Si había una batalla tendría que venir a él, porque no estaba dispuesto a caer en eso como un tonto.

—¿Están en esa dirección? —preguntó Aviendha mientras señalaba. Sin esperar respuesta, se acomodó el hatillo a la espalda y echó a andar hacia el oeste.

Mat la siguió con la mirada. Condenada Aiel. Probablemente algún Guardián intentaría cogerla también y el tipo acabaría sin cabeza. Bueno, tal vez no, siendo como eran los Guardianes; si Aviendha trataba de clavarle el cuchillo a uno de ellos, podría salir herida. Además, si lograba llegar hasta Elayne y se enzarzaba con ella por Rand tirándole del pelo o, peor aún, hincándole el cuchillo… La Aiel se alejaba a rápidas zancadas, casi trotando, ansiosa por llegar a Salidar. ¡Rayos y centellas!

—Talmanes, te quedas con el mando hasta que yo regrese, pero no mováis ni un dedo a menos que alguien lance un ataque abierto contra la Compañía. Estos cuatro te pondrán al corriente de la situación. Vanin, tú vienes conmigo. Olver, quédate cerca de Daerid por si necesita mandar algún mensaje. Puedes enseñarle a jugar a zorros y serpientes —añadió al tiempo que dedicaba una sonrisa a Daerid—. Me ha dicho que le gustaría aprender.

El aludido se quedó boquiabierto, pero Mat se puso en camino sin esperar más. Estaría bonito si acababa entrando en Salidar arrastrado por un Guardián y con un buen chichón en la cabeza. ¿Cómo reducir la posibilidad de que ocurriera eso? Los estandartes atrajeron su mirada.

—Tú quédate aquí —le dijo al canoso portaestandarte. Después se dirigió a los otros—. Vosotros dos, acompañadme. Y mantened esas cosas plegadas.

Su extraño y reducido grupo alcanzó a Aviendha enseguida. Si había algo que convenciera a los Guardianes para dejarlos seguir adelante sin ponerles impedimentos, un vistazo bastaría. No había amenaza en una mujer y cuatro hombres que, obviamente, no hacían nada para pasar inadvertidos y que llevaban dos banderas. Echó una ojeada a los portaestandartes del segundo escuadrón. A pesar de que seguía sin haber un soplo de brisa, los hombres llevaban las enseñas agarradas contra los astiles. Sus rostros estaban tensos. Sólo un necio querría que, mientras iba al

encuentro de un montón de Aes Sedai, un repentino golpe de viento hiciera ondear aquellas telas.

Aviendha lo miró de reojo y después trató de quitarle el pie del estribo.

—Súbeme —ordenó secamente.

En nombre de la Luz, ¿por qué quería ahora ir a caballo? En fin, no estaba dispuesto a que la Aiel intentara encaramarse a toda costa y seguramente derribarlo en el proceso; había presenciado un par de veces cómo montaban los Aiel. Tras dar un manotazo a otra mosca, se inclinó y la cogió de la mano.

—Agárrate —dijo y la aupó a la grupa del animal, soltando un gruñido por el esfuerzo. Aviendha era casi tan alta como él y pesaba como un cebón—. Rodéame la cintura con un brazo y no te caerás. —Ella se limitó a mirarlo y se giró torpemente hasta ponerse a horcajadas, con la falda levantada hasta las rodillas y sin que enseñar las piernas de ese modo le importara lo más mínimo. Las tenía bonitas, pero él nunca volvería a tener relaciones con una Aiel aunque, como era el caso, no estuviese loca por Rand.

—El chico, Olver —habló a su espalda poco después—. ¿Los Shaido mataron a su padre?

Mat asintió sin volverse para mirarla. ¿Vería siquiera a un Guardián antes de que fuera demasiado tarde? Encabezando la marcha, Vanin cabalgaba hundido en la silla como siempre, cual un sudoroso saco, pero su vista era muy aguda.

—¿Su madre murió de hambre? —preguntó Aviendha.

—De eso o quizá de una enfermedad. —Los Guardianes llevaban aquellas capas que se fundían con cualquier entorno. Uno podía pasar junto a cualquiera de ellos sin verlo—. Olver no fue muy claro en ese punto y no quise insistirle. Él mismo la enterró. ¿Por qué lo quieres saber? ¿Crees estar en deuda con él puesto que perdió a su familia a manos de unos Aiel?

—¿En deuda con él? —Parecía sobresaltada—. No maté a ninguno de los dos y, aunque lo hubiese hecho, eran Asesinos del Árbol. ¿Cómo iba a tener *toh*? —Sin hacer una pausa continuó como si estuviese hablando del mismo tema—: No lo cuidas adecuadamente, Mat Cauthon. Sé que los hombres no saben nada sobre niños, pero es demasiado joven para pasarse el día entero entre varones adultos.

Entonces sí que Mat volvió la cabeza para mirarla. La joven se había quitado el pañuelo ceñido a la frente y se pasaba afanosamente un peine de piedra verde pulida por el rojizo cabello. Esa tarea parecía requerir toda su atención; aparte de no caerse del caballo. También se había puesto un collar de plata minuciosamente trabajado, así como un ancho brazalete de marfil tallado.

Mat sacudió la cabeza y volvió a escudriñar el bosque a su alrededor. Aiel o no, todas eran iguales en ciertos aspectos. «Si está llegando el fin del mundo, una mujer querrá tener tiempo para arreglarse el cabello. Y aún encontrará un momento para

reprocharle a un hombre algo que ha hecho mal.» Aquella idea habría bastado para causarle risa si no hubiese estado tan ocupado preguntándose si los Guardianes estarían vigilándolo en ese mismo momento.

El sol había alcanzado el cenit y empezaba a sobrepasarlo cuando el bosque dio paso bruscamente a una zona despejada; menos de un centenar de pasos separaban la maleza del pueblo y, a juzgar por su aspecto, el terreno no llevaba mucho tiempo desbrozado. Salidar era una población de edificios de piedra con tejados de bálago y sus calles estaban muy concurridas y con gran ajetreo. Mat se puso la chaqueta; de fino paño de lana verde, con bordados dorados en cuello y puños, debería ser un atuendo adecuado para un encuentro con unas Aes Sedai. No obstante, se la dejó desabrochada; ni siquiera por unas Aes Sedai se moriría de calor.

Nadie intentó detenerlo cuando entró en el pueblo, pero la gente hacía un alto y todas las miradas se volvían hacia él y su extraña comitiva. Sabían su llegada, vaya que sí. Todos lo sabían. Dejó de contar rostros Aes Sedai después de llegar a cincuenta; y tardó demasiado poco en alcanzar ese número como para sentirse tranquilo. Entre la multitud no había soldados, si no se contaba a los Guardianes, algunos de los cuales llevaban aquellas capas de colores cambiantes; unos cuantos toquetearon las empuñaduras de sus espadas mientras lo veían pasar. El que no hubiese soldados en el pueblo significaba simplemente que se encontraban todos en los campamentos mencionados por Vanin. Y el hecho de que todos los soldados se encontraran en los campamentos indicaba que estaban preparados para emprender alguna acción. Mat esperaba que Talmanes estuviese cumpliendo a rajatabla sus instrucciones. Talmanes tenía sentido común, pero también casi tanta disposición como Nalesean para salir a la carga contra cualquiera. Mat habría dejado a Daerid al mando —el cairhienino había vivido demasiadas batallas para estar deseoso de lucha— pero los nobles no habrían pasado por eso. En Salidar no parecía que hubiese moscas. «Tal vez saben algo que yo ignoro.»

Alguien atrajo su atención; era una mujer bonita con una peculiar vestimenta —amplios pantalones amarillos y chaqueta corta de color blanco— y con el rubio cabello tejido en una compleja trenza que le llegaba a la cintura. Llevaba un arco, nada menos. No eran muchas las mujeres que utilizaban ese tipo de arma. Al reparar en que la estaba observando, la mujer se metió por un estrecho callejón lateral. El aspecto de la mujer parecía querer despertar un recuerdo en un rincón de su memoria, pero no sabría decir qué. Ése era uno de los problemas con aquellas viejas evocaciones; siempre estaba viendo gente que le recordaba a alguien que, cuando por fin conseguía acordarse, resultaba que llevaba muerto mil años. Tal vez había visto realmente a alguien parecido a ella. Esas lagunas de lo que recordaba como su propia vida tenían unos límites muy borrosos. «Seguramente es otra cazadora del Cuerno», pensó con ironía y la apartó de su mente.

No tenía sentido seguir adentrándose en el pueblo hasta que alguien hablara porque parecía que nadie iba a hacerlo. Mat sofrenó al caballo e, inclinando la cabeza, saludó a una mujer delgada de cabello oscuro que lo miró con una fría expresión interrogante. Era bonita, pero demasiado flaca para su gusto aunque no tuviera aquel rostro intemporal. ¿Quién querría clavarse un montón de huesos cada vez que diera un abrazo?

—Soy Mat Cauthon —anunció con tono inexpresivo. Si esperaba de él reverencias y cumplidos podía esperar sentada, pero suscitar su hostilidad sería una necedad—. Busco a Elayne Trakand y a Egwene al'Vere. Y también a Nynaeve al'Meara, supongo. —Rand no la había mencionado, pero sabía que la antigua Zahorí había partido con Elayne.

La Aes Sedai parpadeó sorprendida, bien que la serenidad reapareció en un visto y no visto. Los observó intensamente de uno en uno, deteniéndose un momento en Aviendha, para pasar de inmediato a los portaestandartes y mirarlos durante tanto tiempo que Mat se preguntó si no estaría viendo el dragón y el disco blanco y negro de las telas plegadas.

—Seguidme —dijo al cabo—. Veré si la Sede Amyrlin puede recibiros. —Se recogió la falda y echó a andar calle adelante.

Mientras Mat taloneaba a *Puntos* para ir tras ella, Vanin retuvo un momento a su caballo pardo y susurró:

—Preguntar algo a una Aes Sedai nunca es buena idea. Yo os habría indicado adónde ir. —Hizo un gesto con la cabeza hacia un edificio cuadrado de piedra que tenía tres pisos—. Lo llaman la Torre Chica.

Mat se encogió de hombros, incómodo. ¿La Torre Chica? ¿Y tenían a alguien aquí a la que llamaba Sede Amyrlin? No creía que la mujer se hubiese referido a Elaida. Rand se había equivocado otra vez. Esta pandilla no estaba asustada ni mucho menos. Eran demasiado engreídas para tener miedo. La delgaducha Aes Sedai se detuvo ante el edificio cuadrado.

—Esperad aquí —dijo con tono perentorio y después desapareció en el interior.

Aviendha se deslizó de la grupa al suelo y Mat la siguió de inmediato, listo para agarrarla si intentaba salir corriendo. Aunque le costara derramar un poco de sangre no iba a permitirle escapar y cortarle el cuello a Elayne antes de que él tuviese ocasión de hablar con la tal Amyrlin. Sin embargo, la mujer se limitó a quedarse de pie allí, con la mirada fija al frente y las manos enlazadas en la cintura y el chal sujeto a la altura de los codos. Parecía completamente tranquila, aunque Mat pensó que cabía la posibilidad de que estuviese aterrorizada. Si tenía una pizca de sentido común, debería estarlo. Su presencia había atraído a una multitud.

Habían empezado a reunirse Aes Sedai que rodearon al grupo ante la fachada de la Torre Chica y lo observaron de hito en hito; el semicírculo se fue engrosando a

medida que pasaba el tiempo. De hecho, parecían estudiar a Aviendha tanto como a él, pero Mat sentía sobre sí todas aquellas miradas frías e indescifrables. Casi no pudo resistir la tentación de toquetear la cabeza de zorro plateada que colgaba debajo de su camisa.

Una Aes Sedai de rasgos poco agraciados se abrió paso entre la multitud hacia la parte delantera, conduciendo a una esbelta joven vestida de blanco, con unos grandes ojos. Mat recordaba vagamente a Anaiya, pero la mujer apenas parecía interesada en él.

—¿Estás segura, pequeña? —le preguntó a la novicia.

La boca de la joven se atirantó levemente, pero por supuesto no dejó traslucir irritación en su tono:

—Todavía parece brillar o resplandecer. De verdad lo veo. Sólo que no sé por qué.

Anaiya dedicó una sonrisa encantada a la joven.

—Es un *ta'veren*, Nicola. Has sacado a la luz tu primer Talento. Puedes ver a los *ta'veren*. Y ahora regresa a clase. Deprisa. No querrás retrasarte respecto a las otras.

Nicola hizo una reverencia y, tras lanzar una última mirada a Mat, se abrió paso entre las apretadas filas de Aes Sedai.

Anaiya volvió la vista hacia él entonces, una de aquellas miradas Aes Sedai pensadas para poner nervioso a un hombre. Con él, desde luego, funcionó a la perfección. Naturalmente algunas Aes Sedai sabían quién era —algunas sabían más de lo que Mat habría deseado, y, ahora que lo pensaba, le pareció recordar que Anaiya era una de ésas—, pero hacer tales manifestaciones de ese modo, delante de la Luz sabría cuántas mujeres con aquellos fríos ojos de Aes Sedai… Sus manos acariciaron el tallado mango de la lanza. Ni con cabeza de zorro ni sin ella, había suficientes para agarrarlo y llevarlo a rastra donde quisieran. «¡Malditas Aes Sedai! ¡Maldito Rand!»

Empero, sólo retuvo el interés de Anaiya un momento. La mujer se acercó a Aviendha.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —inquirió. Su tono era agradable, pero resultaba obvio que esperaba una respuesta y sin tardanza.

Aviendha la miró directamente a la cara, sin aparente temor, respaldándose en la supuesta ventaja de todos y cada uno de los centímetros del palmo de altura que le sacaba a la otra mujer.

—Soy Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel.

Los labios de Anaiya se curvaron en un asomo de sonrisa ante la nota desafiante en la voz de la joven.

Mat se preguntó quién saldría vencedora de aquel pulso de miradas; pero, antes de que tuviera ocasión de hacer una apuesta consigo mismo, se les unió otra Aes

Sedai, una mujer de rostro tan huesudo que daba la impresión de vejez a pesar de las tersas mejillas y el brillante cabello castaño.

—¿Eres consciente de que puedes encauzar, chica?

—Lo soy —replicó fríamente Aviendha y cerró la boca de un modo que parecía dispuesta a no decir una sola palabra más. Se concentró en ajustarse el chal, pero ya había dicho más que suficiente. Las Aes Sedai se arremolinaban a su alrededor, apartándose de Mat.

—¿Qué edad tienes, pequeña?

—Has desarrollado gran fuerza, pero podrías aprender mucho más como novicia.

—¿Mueren muchas chicas Aiel de enfermedades que consumen cuando son unos cuantos años más jóvenes que tú?

—¿Desde cuándo has…?

—¿Podrías…?

—Realmente deberías…

—Tienes que…

Nynaeve apareció en la puerta tan de repente que pareció surgir de la nada. Se puso en jarras y miró a Mat.

—¿Qué haces aquí, Matrim Cauthon? ¿Cómo has llegado? Supongo que sería mucho esperar que no tengas nada que ver con ese ejército de seguidores del Dragón que está a punto de caer sobre nosotras.

—De hecho —replicó secamente él—, está a mi mando.

—¡Que tú…! —Nynaeve se quedó boquiabierta, después se sacudió y se tiró del vestido azul como si lo tuviera descolocado. El escote era más bajo de lo que Mat recordaba haber visto nunca en ella, lo bastante para mostrar el comienzo del busto, con bordados de volutas amarillas alrededor del escote y del repulgo. En resumen, un atuendo muy distinto de lo que solía llevar allá, en casa—. Te conduciré ante la Amyrlin.

—Mat Cauthon —llamó Aviendha, un tanto falta de aliento. Estaba mirando por encima y alrededor de las Aes Sedai para localizarlo—. Mat Cauthon. —No dijo nada más, pero siendo Aiel su expresión revelaba desesperación.

Las Aes Sedai que la rodeaban continuaron acribillándola con sus voces sosegadas, razonables e implacables.

—Lo mejor que podrías hacer…

—Debes plantearte…

—Es mucho mejor…

—No pensarás que…

Mat hizo una mueca. Cabía la posibilidad de que la joven sacara su cuchillo en cualquier momento, pero en medio de esa muchedumbre dudaba que le sirviera de mucho. No iría a la caza de Elayne en bastante rato, de eso no cabía duda.

Preguntándose si al volver a la calle la encontraría con un vestido blanco, le entregó su lanza a Vanin.

—Adelante, Nynaeve. Veamos a esa Amyrlin vuestra.

La mujer lo miró ceñuda y lo condujo al interior dándose tirones a la trenza y mascullando entre dientes, aunque lo bastante alto para que pudiera oírla:

—Esto es obra de Rand, ¿verdad? Sé que lo es. De algún modo. Dar un susto de muerte a todo el mundo. Mucho cuidado con lo que haces, «lord general» Cauthon, o juro que desearás que te hubiese pillado de nuevo robando arándanos. ¡Asustar así a la gente! ¡Hasta un hombre debería tener más juicio! Y deja de sonreír de ese modo, Mat Cauthon. No sé qué va a pensar ella de esto.

Dentro había Aes Sedai sentadas a las mesas —al él le parecía la sala de una posada a pesar de todas esas Aes Sedai escribiendo diligentemente y dando instrucciones— pero les dedicaron poco más que una breve mirada a Nynaeve y a él mientras cruzaban la estancia. Todo aquello no era más que un curioso montaje. Una Aceptada pasó entre las mesas con aire malhumorado, rezongando entre dientes, y ni una sola de las Aes Sedai dijo una palabra. Mat había estado en la Torre el menor tiempo posible, pero sabía que ése no era el modo en que las Aes Sedai hacían las cosas.

En la parte posterior de la sala, Nynaeve abrió una puerta que había conocido tiempos mejores; todo lo que había allí parecía haberlos conocido. Mat la siguió dentro… y se paró en seco. Allí estaba Elayne, preciosa con aquel cabello dorado, pero actuando como una gran dama, luciendo un vestido de seda verde con el cuello alto de encaje y una de aquellas sonrisas de superioridad plasmada en su rostro. Y también estaba Egwene, sentada detrás de una mesa, exhibiendo una sonrisa entre inquisitiva y extrañada. Y con una estola de siete colores sobre el vestido amarillo pálido. Tras echar una rápida ojeada hacia atrás, Mat cerró la puerta rápidamente, antes de que alguna Aes Sedai pudiera ver el interior del cuarto.

—Quizás esto os parezca divertido —gruñó mientras cruzaba la pequeña alfombra en zancadas tan rápidas como le fue posible—, pero os desollarán si lo descubren. Nunca os permitirán continuar, a ninguna de las tres, si… —Le quitó la estola a Egwene de un tirón y la levantó apresuradamente de la silla… Y la cabeza de zorro plateada se tornó repentinamente fría contra la piel de su pecho.

Tras dar un leve empujón a Egwene para apartarla de la mesa, les asestó una mirada furiosa a las tres. Egwene sólo parecía estar desconcertada, pero Nynaeve se había quedado boquiabierta de nuevo y los grandes y azules ojos de Elayne parecían a punto de salirse de las órbitas. Una de ellas había intentado utilizar el Poder con él; lo único bueno que había sacado del viaje a través de aquel *ter'angreal* era el medallón de la cabeza de zorro. Suponía que también debía de ser un *ter'angreal*, pero de todos modos agradecía el tenerlo. Mientras estuviese tocándole la piel, el

Poder Único no lo alcanzaba. Es decir, al menos no lo afectaba el *Saidar*, tenía más pruebas de las que habrían sido de su gusto para corroborarlo. Empero, se tornaba frío cuando alguien hacía un intento.

Echando la estola y su sombrero sobre la mesa, tomó asiento; se incorporó de inmediato para quitar unos cojines que tenía la silla y tirarlos al suelo. Plantó uno de los pies en el borde de la mesa y contempló a las tres necias mujeres.

—Necesitaréis esos cojines si la tal Amyrlin descubre esta pequeña broma vuestra.

—Mat —empezó Egwene con tono firme, pero él la hizo callar.

—¡No! Si queríais hablar, debisteis hacerlo en lugar de arremeter con el jodido Poder. Ahora vais a escuchar.

—¿Cómo lo…? —empezó, estupefacta, Elayne—. Los flujos… se desvanecieron… Sin más.

Casi al mismo tiempo, Nynaeve manifestó con voz amenazadora:

—Mat Cauthon, estás comportándote como el mayor…

—¡He dicho que escuchéis! —Apuntó con el índice a Elayne—. A ti voy a llevarte de vuelta a Caemlyn, si es que puedo evitar que Aviendha te mate. ¡Si no quieres acabar con ese precioso cuello rajado, quédate cerca de mí y haz lo que te diga, sin rechistar! —El índice apuntó a Egwene—. Rand dice que te mandará de vuelta con las Sabias ni que quieras ni que no. ¡Y si lo que he visto hasta ahora es una muestra de las chiquilladas que estás haciendo, mi consejo es que sigas sus instrucciones cuanto antes! Por lo visto conoces el Viaje —Egwene dio un leve respingo—, así que puedes abrir un acceso a Caemlyn para la Compañía. ¡No quiero oír una sola objeción, Egwene! ¡Y eso va también por ti, Nynaeve! Debería dejarte aquí, pero si quieres venir, puedes hacerlo. Y te lo advierto, si vuelves a darte un tirón de la trenza mientras me miras, ¡juro que te calentaré el trasero!

Lo contemplaban como si le hubiesen salido cuernos como a un trolloc, pero al menos mantenían la boca cerrada. A lo mejor había conseguido que pensaran con un poco de sentido común, aunque tampoco esperaba que le dieran las gracias por salvarles el pellejo. Oh, no; ellas nunca harían eso. Como siempre, dirían que habrían podido arreglarlo todo por sí mismas al cabo de poco tiempo. Si una mujer le decía que estaba entrometiéndose cuando la rescataba de una mazmorra, ¿qué no sería capaz de decir? Hizo una profunda inhalación.

—Bien, cuando la pobre idiota que han elegido como su Amyrlin llegue aquí, seré yo quien hable. No puede ser muy lista cuando se ha dejado embaucar para ocupar el puesto. ¡La Sede Amyrlin de un puñetero pueblo en mitad de la nada! Mantened la boca cerrada y limitaos a hacer reverencias si sabéis lo que os conviene y yo me encargaré de sacaros las castañas del fuego otra vez. —Seguían calladas, mirándolo. Bien.

»Estoy enterado de lo de su ejército, pero yo también tengo uno. Si está tan loca como para pensar que puede arrebatarle la Torre a Elaida… En fin, seguramente no se arriesgará a tener bajas sólo para lograr reteneros a las tres aquí. Tú abres el acceso, Egwene, y os tendré en Caemlyn sanas y salvas mañana o, todo lo más tarde, pasado mañana, y estas dementes pueden correr de cabeza a su muerte a manos de Elaida si es lo que quieren. Quizás haya más que deseen acompañaros. Es imposible que todas estén locas. Rand está dispuesto a ofrecerles asilo bajo su protección. Una reverencia, un simple juramento de fidelidad y se ocupará de impedir que Elaida exhiba sus cabezas en picas en Tar Valon. No pueden pedir más. ¿Y bien? ¿No tenéis nada que decir? —Que él viera, ni siquiera pestañearon. Bastaría con un simple «gracias, Mat». Pero, no. Ni una palabra. Ni un parpadeo.

Una tímida llamada a la puerta precedió la entrada de una novicia, una bonita muchacha de ojos verdes que hizo una profunda reverencia, los ojos muy abiertos en una expresión de maravillado asombro.

—Me envían para ver si queréis algo, madre. Para el… el general, quiero decir. Vino o… o…

—No, Tabitha. —Egwene sacó la estola rayada de debajo del sombrero y se la puso en los hombros—. Deseo hablar un poco más con el «general» Cauthon en privado. Dile a Sheriam que la llamaré dentro de un rato para consultarla.

—Cierra la boca, Mat, antes de que te entren moscas —dijo Nynaeve con un tono de profunda satisfacción.

39



Surgen nuevas posibilidades

Egwene observó a Mat mientras se ajustaba la estola. Esperaba verlo reaccionar como un oso acorralado, pero estaba sudoroso y como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza. Habría querido preguntarle muchas cosas —¿Cómo se había enterado Rand de la existencia de Salidar? ¿Cómo demonios sabía que había descubierto el Viaje? ¿Quién se creía que era para decirle lo que tenía que hacer?— pero decidió no plantearlas. Mat y su Compañía de la Mano Roja suscitaban un montón de ideas que no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Quizá Rand había puesto en sus manos lo que era como un regalo caído del cielo.

—¿Te importa desocupar mi silla? —pidió en voz queda. Confiaba en que Mat hubiese advertido que no sudaba, como tampoco Elayne ni Nynaeve; en fin, ésta no mucho. Siuan les había revelado el truco, algo que no tenía nada que ver con el Poder, sino simplemente con concentrarse de cierto modo. Nynaeve, no era de extrañar, se había puesto furiosa porque Siuan no se lo hubiese enseñado antes, pero la antigua Amyrlin se limitó a responder tranquilamente que era algo exclusivo para Aes Sedai, no para Aceptadas. Hasta ahora Egwene se las había ingeniado para no traslucir lo que pensaba cuando había hermanas cerca, y un rostro sereno y fresco en lugar de otro sudoroso parecía influir un tanto en su actitud hacia ella. Al menos de algunas. De modo que, con Mat, tendría que hacer maravillas. Si es que dejaba de mirar sin ver y se fijaba—. Mat, mi silla, por favor.

Mat dio un respingo y después se levantó y se apartó a un lado, mirando alternativamente a Elayne, a Nynaeve y a ella sin decir palabra, como si fueran una especie de rompecabezas. Bueno, en realidad Nynaeve y Elayne lo observaban a él del mismo modo aunque, desde luego, con mayor motivo.

Egwene sacudió el polvo de los cojines antes de colocarlos de nuevo en el asiento mientras dedicaba un pensamiento afectuoso a Chesa. Después de dos días ya no los necesitaba realmente, pero o renunciaba al baño o aceptaba los cojines hasta que no quedara en su cuerpo rastro alguno de cardenales. Chesa los quitaría si se lo ordenaba; con rostro sudoroso o seco, era la Amyrlin, ante quien reyes y reinas se inclinaban aunque ninguno lo hubiese hecho todavía; quien haría juzgar y ejecutar a

Elaida a no tardar y arreglaría las cosas nefastas acontecidas en la Torre Blanca y, por ende, en el mundo. Sí, Chesa los quitaría; y le lanzaría unas miradas tan dolidas y llenas de reproche por no permitirle cuidar de ella, que era mucho mejor dejar los cojines donde estaban.

Se acomodó y juntó las manos, apoyándolas sobre la mesa.

—Mat —empezó, pero él la interrumpió de inmediato.

—Esto es realmente una locura ¿sabes? —manifestó sosegadamente, sin levantar la voz pero con mucha firmeza—. Acabarás sin cabeza, Egwene. Todas vosotras. De… ca… pi… ta… das.

—Mat —repitió más firmemente, pero él continuó como si no la hubiese oído.

—Escucha, aún estás a tiempo de escapar de todo esto. Si te consideran la Amyrlin, puedes acompañarme para… pasar revista a la Compañía, pongamos por caso. Abres un acceso y nos habremos marchado antes de que esta pandilla de lunáticas con la cabeza a pájaros tengan tiempo de parpadear.

Nynaeve había comprobado que el Poder no surtía efecto en él, pero se las había visto con hombres recalcitrantes mucho antes de aprender a encauzar. Al tiempo que gruñía entre dientes un «¿calentarme el trasero?», que Egwene imaginó se suponía no tendría que haberlo oído nadie, la antigua Zahorí se remangó las faldas y atizó una patada tremenda a Mat justo en sus posaderas, con tal ímpetu que el joven fue trastabillando todo el trecho hasta la pared antes de recuperar el equilibrio. Elayne soltó una carcajada y la reprimió de inmediato, pero sus hombros se agitaban y los ojos relucían con regocijo.

Egwene se mordió el labio inferior para no echarse a reír también, porque la escena era verdaderamente cómica. Mat giró despacio la cabeza para mirar a Nynaeve, los ojos muy abiertos en una expresión indignada y ultrajada. Después frunció el ceño y, dando tirones a la chaqueta desabrochada como para colocársela bien, caminó lentamente hacia ella. Y lo hizo lentamente porque cojeaba. Egwene se tapó la boca. Reírse sería lo peor que podía hacer en este momento.

Nynaeve adoptó una actitud erguida y severa. De repente se le ocurrieron varias cosas. Puede que estuviese lo bastante furiosa para encauzar, pero aparentemente el *Saidar* era inútil con él. Mat era alto para la media de los hombres de Dos Ríos, bastante más alto que ella y bastante más fuerte; y, decididamente, en sus ojos había un brillo peligroso. Nynaeve lanzó una rápida mirada a Egwene al tiempo que se alisaba los pliegues de la falda, procurando mantener el gesto severo. Mat se aproximó, con una expresión tormentosa en el rostro. Otra rápida ojeada, en la que ya había un atisbo de preocupación, antes de retroceder un corto paso.

—Mat —dijo Egwene en tono sosegado. Él no se detuvo—. Mat, déjate de payasadas y atiéndeme. Estás en un buen aprieto, pero podría sacarte de él si atiendes a razones.

Por fin se detuvo. Tras asestar una mirada feroz a Nynaeve y sacudir el índice en un gesto admonitorio, le dio la espalda y apoyó los puños en la mesa.

—¿Que yo estoy en un buen aprieto? ¡Egwene, has saltado desde un árbol hacia la madriguera de un oso y crees que todo marcha bien porque aún no has aterrizado en ella!

Ella le sonrió sosegadamente.

—Mat, aquí, en Salidar, no hay muchos que tengan buena opinión de los seguidores del Dragón. Lord Bryne no, desde luego, ni sus soldados. Nos han llegado algunas noticias muy alarmantes. Y otras en verdad pavorosas.

—¡Seguidores del Dragón! —chilló él—. ¿Qué tienen que ver conmigo? ¡No soy un puñetero seguidor del Dragón!

—Pues claro que lo eres, Mat. —Lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo. Y lo era, si uno lo pensaba—. Vas allí donde Rand te manda. ¿Qué otra cosa eres sino un seguidor del Dragón? Sin embargo, si me haces caso, puedo impedirles que pongan tu cabeza en una pica. A decir verdad, no creo que lord Bryne utilizase una pica, porque siempre está protestando de no tener bastantes, pero no me cabe la menor duda de que acabaría ocurriéndosele algo.

Mat Cauthon miró a las otras dos mujeres y Egwene apretó fuertemente los labios un momento. No se había andado con rodeos, pero Mat parecía no tener la más mínima idea de lo que estaba hablando. Elayne le contestó con una tensa sonrisa y un contundente cabeceo. No entendía muy bien adónde quería ir a parar Egwene, pero se daba perfecta cuenta de que no hablaba por hablar. Nynaeve, todavía esforzándose por mantener un gesto severo y tirando fuertemente de la trenza, se limitó a asestarle una mirada fulminante, pero tal vez eso era incluso mejor. Aunque empezaba a sudar; cuando Nynaeve se ponía furiosa perdía la concentración.

—Ahora escúchame tú, Egwene —dijo Mat, y ella pensó que quizá ninguna de esas respuestas había sido suficiente. Mat se las arregló para combinar un tono razonable con un dejo de superioridad de lo más ofensivo—. Si quieres llamarte Amyrlin, puedes hacerlo. Rand te recibirá con los brazos abiertos en Caemlyn aunque no le lleves a todas esas Aes Sedai, pero sé que estaría contentísimo si lo hicieras. Sean cuales sean tus problemas con Elaida, él los resolverá. Esa mujer sabe que es el Dragón Renacido. Luz, tienes que recordar su carta. Diantre, tendrás tu Torre Blanca recompuesta en menos que canta un gallo. Nada de batallas. Nada de derramamiento de sangre. Sabes perfectamente que no quieres derramamiento de sangre, Egwene.

No, no lo quería. Si se llegaba a una lucha cruenta entre Salidar y Tar Valon, sería difícil unificar de nuevo la Torre. Si se derramaba sangre Aes Sedai, sería imposible. Con todo, Elaida tenía que ser depuesta y Egwene haría lo que tuviera que hacer. Sólo que no le gustaba. Y tampoco le gustaba que Mat le dijera que lo sabía, sobre todo porque tenía razón. Y aun menos le gustaba que empleara ese tono. Tuvo que hacer

un denodado esfuerzo por mantener quietas las manos sobre la mesa. Habría querido levantarse y abofetearlo.

—Trate como trate con Rand —manifestó fríamente—, puedes estar seguro de que no será llevando Aes Sedai a jurar fidelidad ni a él ni a ningún hombre. —Sin acaloramiento ni discusión; exponiendo unos simples hechos con tranquilidad—. Y cómo me encargo de Elaida es asunto mío, no os concierne a ninguno de vosotros. Si tienes un poco de sentido común, Mat, mantendrás la boca cerrada mientras permanezcas en Salidar e irás con pies de plomo. Empieza a decir a otras Aes Sedai lo que Rand va a hacer tan pronto como se arrodillen ante él, y puede que no te gusten las respuestas que recibas. Habla de llevarme contigo, o a Nynaeve o a Elayne, y serás muy afortunado de no acabar ensartado en una espada.

Mat se irguió bruscamente, con aire desafiante.

—Volveré a hablar contigo cuando estés dispuesta a atender a razones, Egwene. ¿Está Thom Merrilin por aquí?

La Amyrlin respondió con un seco cabeceo. ¿Qué quería de Thom? Seguramente empaparlo en vino. Bueno, pues lo tenía difícil si buscaba una taberna allí.

—Cuando atiendas a razones —repitió sombríamente él y se encaminó a largas zancadas, y renqueando, hacia la puerta.

—Mat —llamó Elayne—. Yo que tú no intentaría marcharme. Entrar en Salidar es mucho más fácil que salir.

Mat le lanzó una sonrisa insolente y, del modo en que la miró de arriba abajo, tuvo suerte de que no le atizara un tortazo lo bastante fuerte para soltarle los dientes.

—A ti, mi exquisita dama, voy a llevarte a Caemlyn aunque para ello tenga que atarte en un fardo que entregaré a Rand, y así me aspen si no lo hago. Y me marcharé cuando me dé la jodida gana. —Su reverencia fue burlona, tanto para Elayne como para Egwene. Nynaeve sólo recibió otra mirada fulminante y otro gesto admonitorio con el índice.

—¿Cómo puede tener Rand como amigo a un patán tan despreciable e insufrible? —preguntó Elayne a nadie en particular antes de que la puerta se hubiese cerrado del todo tras él.

—Desde luego su lenguaje no puede ser más vulgar —rezongó, iracunda, Nynaeve al tiempo que movía la cabeza para echarse la trenza hacia atrás. Egwene supuso que su amiga tenía miedo de arrancársela de un tirón si no la ponía fuera de su alcance.

—Tendría que haberle dejado hacer lo que quería, Nynaeve. Debes recordar que ahora eres Aes Sedai. No puedes ir por ahí dando patadas a la gente ni propinando bofetadas ni pinchándola con un palo. —La antigua Zahorí la miró fijamente, abriendo y cerrando la boca, y sus mejillas enrojecieron por momentos. Elayne se puso a mirar atentamente la alfombra, como si fuera lo más interesante del mundo.

Egwene suspiró, dobló la estola rayada y la dejó a un extremo de la mesa. Era su modo de recordar a Elayne y a Nynaeve que estaban solas; a veces la prenda hacía que empezaran a hablar a la Sede Amyrlin en lugar de a Egwene al'Vere. Como siempre, el truco funcionó. Nynaeve respiró profundamente.

Antes de que pudiese decir nada, sin embargo, Elayne se le anticipó:

—¿Te propones unirlos a él y a su Compañía de la Mano Roja con Gareth Bryne?

Egwene sacudió la cabeza. Los Guardianes habían informado que había seis o siete mil hombres en la Compañía de Mat, más de los que había visto en Cairhien, y era un número considerable aunque ni de lejos tanto como habían afirmado los dos hombres capturados; no obstante, los soldados de Bryne no verían con buenos ojos la colaboración con seguidores del Dragón. Además, tenía sus propios planes, que empezó a explicar mientras sus amigas acercaban las otras sillas a la mesa. Se parecía mucho a sentarse en una cocina para charlar. Retiró un poco más la estola.

—Es brillante. —La sonrisa de Elayne revelaba que decía lo que sentía. Claro que Elayne hablaba siempre sin tapujos—. Tampoco creía que lo otro fuera a funcionar, pero esto es realmente brillante, de veras.

Nynaeve resopló con irritación.

—¿Y qué te hace pensar que Mat te seguirá el juego? Es de los que metería un palo entre los radios de una rueda sólo por divertirse.

—Porque creo que hizo una promesa —respondió llanamente Egwene, a lo que Nynaeve asintió. Despacio, a regañadientes, pero asintió. Elayne, ni que decir tiene, parecía confundida; ella no conocía a Mat—. Elayne, Mat hace exactamente lo que le place. Siempre lo ha hecho.

—Por muchos nabos que tuviera que pelar en castigo o por muchos varejonazos que recibiera —rezongó Nynaeve.

—Sí, ése es Mat. —Egwene suspiró. Había sido el chico más irresponsable de Campo de Emond, puede que de Dos Ríos—. Pero, si da su palabra, la cumple. Y creo que ha prometido a Rand llevarte a Caemlyn, Elayne. Te habrás fijado que claudicó respecto a mí… lo hizo, en cierto sentido…, pero en tu caso no cedió un ápice. Me parece que tratará de estar tan cerca de ti como si fuera tu bolsita del cinturón. Pero no le dejaremos que te vea siquiera a menos que haga lo que queremos. —Hizo una breve pausa—. Elayne, si quieres ir con él, adelante. Con Rand, quiero decir. Tan pronto como hayamos sacado todo el provecho posible de Mat y de su Compañía.

Elayne sacudió la cabeza sin vacilación, pero con gran firmeza.

—No, Ebou Dar es demasiado importante. —Aquélla había sido una victoria obtenida sorprendentemente con una mera sugerencia. Elayne y Nynaeve iban a reunirse con Merilille en la corte de Tylin—. Al menos, si es cierto que se mantiene cerca de mí, dispondré de unos días para estudiar el *ter'angreal* que lleva. Tiene que

ser eso, Egwene. No hay ninguna otra explicación.

Egwene estaba totalmente de acuerdo. Había intentado envolverlo en Aire para inmovilizarlo en el sitio y así enseñarle a quién trataba de mangonear, pero los flujos, al tocarlo, se habían disuelto. Era el único término para describirlo: se desvanecieron allí donde lo rozaron. Todavía sentía la impresión de ese momento, al recordarlo, y de pronto advirtió que no era la única que estaba alisando una falda que no lo necesitaba.

—Podríamos encargar a unos Guardianes que lo registraran y le vaciaran los bolsillos. —El tono de Nynaeve ponía de manifiesto lo mucho que le complacía esa idea—. Veríamos qué tal le sentaba eso a maese Mat Cauthon.

—Si le quitamos sus cosas —adujo pacientemente Egwene—, ¿no crees que podría negarse en redondo cuando le digamos lo que queremos que haga?

Mat nunca había aceptado bien las órdenes y su reacción habitual a las Aes Sedai y al Poder Único era aprovechar la primera ocasión que se le presentaba para escabullirse. Tal vez la promesa hecha a Rand lo frenara —tenía que haber tal promesa; no cabía otra explicación a su comportamiento— pero Egwene no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Nynaeve asintió, aunque muy de mala gana.

—Quizá… —Elayne tamborileó los dedos sobre la mesa, con la mirada perdida en el vacío, pensativa—. Quizá podríamos llevarlo con nosotras a Ebou Dar. De ese modo, tendría más tiempo para estudiar ese *ter'angreal*. Aunque, si interrumpe el *Saidar*, no sé cómo voy a poder hacerlo.

—¡Llevar a ese joven rufián con nosotras! —Nynaeve se sentó muy erguida en la silla—. No lo dirás en serio, Elayne. Nos amargará cada día; eso se le da muy bien. No hará nada de lo que se le diga. Además, no lo aceptará sin más ni más. Tiene una idea fija: llevarte a Caemlyn; y no conseguirás que se desvíe de ella ni un centímetro aunque uses palancas y un tiro de caballos.

—Pero si tiene intención de no perderme de vista hasta que me lleve a Caemlyn —respondió Elayne—, no tendrá más remedio que venir. Es perfecto.

—Tal vez no sea tan mala idea —intervino Egwene mientras Nynaeve buscaba otro argumento en contra. Enviarlas tras el cuenco todavía parecía adecuado, pero cuanto más pensaba en el lugar donde tendrían que buscarlo más se preocupaba—. Una escolta de unos cuantos soldados podría ser una buena idea, a menos que hayáis escogido ya Guardianes sin decírmelo. Thom y Juilin no están mal, así como Birgitte, pero el sitio al que os dirigís es muy peligroso.

—Unos pocos soldados bastarían —adujo Elayne mientras enrojecía levemente —. Siempre y cuando sepan obedecer órdenes.

Nynaeve no miró exactamente a Elayne, pero hubo una clara pausa antes de que sacudiera la cabeza, irascible.

—No vamos a entablar duelos, Egwene —dijo—, por muy susceptibles que sean esos ebudarianos. Con Thom y Juilin será suficiente. Me da en la nariz que todas esas

historias que hemos estado escuchando tienen el único fin de convencernos de que lo mejor es renunciar al viaje.

Todo el mundo tenía algo malo que contar sobre Ebou Dar desde que se había corrido la voz de que iban allí; Chesa sabía unos cuantos chismes, cada uno de ellos más lamentable y horrendo que el anterior, como que unos forasteros habían sido asesinados en un abrir y cerrar de ojos por el simple hecho de mirar a quien no debían; mujeres a las que habían dejado viudas o niños que se habían quedado huérfanos por una palabra; mujeres luchando en las calles con cuchillos.

—Si fuimos capaces de sobrevivir en Tanchico contando sólo con Thom y Juilin, estando Liandrin y algunas de sus hermanas Negras involucradas en el asunto, nos las arreglaremos muy bien en Ebou Dar sin Mat Cauthon y sin soldados —agregó Nynaeve—. ¡Mat dirigiendo un ejército! Pero si ni siquiera se acordaba de ordeñar las vacas de su padre a menos que una lo sentara en la baqueta y le pusiera el cubo en la mano.

Egwene exhaló un leve suspiro. La menor mención a Birgitte provocaba esta reacción; las dos se quedaban mirando como aturulladas y después una u otra empezaba a balbucir tonterías sobre la arquera o seguía hablando como si no se la hubiese mencionado. Sólo con verla Egwene se había convencido de que la mujer que seguía a Elayne y a Nynaeve a todas partes —en especial a Elayne, por alguna razón— era la misma que había visto en el *Tel'aran'rhiod*. La legendaria Birgitte, la arquera que jamás fallaba un tiro, una de los héroes y heroínas que esperaban la llamada del Cuerno de Valere. Una heroína muerta, no una mujer viva que se paseaba por las calles de Salidar, pero la misma, no obstante. Elayne no había dado ninguna explicación todavía, sólo unas palabras farfulladas y comedidas aduciendo que no podía hablar de lo que había prometido guardar en secreto. La propia Birgitte, la heroína de las leyendas, se daba media vuelta o se metía en callejones laterales si veía venir a Egwene en su dirección. Ordenar a la mujer acudir a su despacho y exigirle una explicación estaba descartado; después de todo ella también había hecho una promesa, por muy estúpida que se sintiera con aquella situación. En fin, no parecía que aquello fuera a tener repercusiones negativas. Sólo que le habría gustado saber el porqué. Y el cómo.

Apartando a Birgitte de su mente un instante, Egwene se inclinó sobre la mesa hacia Nynaeve.

—Tal vez no podamos conseguir que Mat cumpla órdenes al pie de la letra, pero ¿no sería estupendo verlo echando humo por tener que serviros de escolta?

—Ciertamente merecería la pena —convino Elayne, pensativa—, si Rand lo ha nombrado realmente general. Madre solía decir que los mejores hombres eran reacios a obedecer órdenes y que siempre resultaba gratificante enseñarles a hacerlo. No veo a Mat como uno de los mejores; Lini dice que los necios sólo se escuchan a sí

mismos. Sin embargo, si conseguimos enseñarle lo suficiente para que no haga una solemne estupidez donde no haya nadie que lo saque del apuro, le estaremos haciendo un gran favor a Rand. Además, necesito tiempo si he de estudiar ese *ter'angreal*.

Egwene procuró no sonreír; Elayne era muy viva para coger las cosas. Claro que, probablemente, iba a intentar enseñar a Mat a sentarse derecho. Eso sí que merecería la pena verse. Le gustaba Elayne y admiraba su fortaleza, pero en este pulso de voluntades apostaría por Mat como ganador, por un pelo.

Nynaeve seguía empeñada en no dar su brazo a torcer. Mat era obcecado; diría «abajo» si ellas decían «arriba» sólo por llevarles la contraria. Era de los que causaban problemas aunque se lo metiera en un barril cerrado con clavos. Tendrían que estar sacándolo a rastras constantemente de las tabernas y de los garitos de juego. Casi al final se contentó con aducir que seguramente le daría un pellizco en el trasero a Elayne en el momento en que ésta le diera la espalda, y esto hizo comprender a Egwene que la antigua Zahorí se estaba quedando sin objeciones. Era cierto que Mat dedicaba mucho tiempo en ir tras las mujeres, cosa que Egwene no aprobaba, pero Nynaeve sabía sin duda tan bien como ella que, a pesar de perseguirlas cuando y como no debería, parecía poseer un sexto sentido para escoger mujeres que deseaban que las cortejara, hasta aquellas que nunca lo habrían imaginado. Por desgracia, cuando estaba segura de que Nynaeve estaba a punto de ceder, una llamada a la puerta anunció a Sheriam.

Ésta no esperó a tener permiso para entrar; nunca lo hacía. Lucía la estola azul y una fría mirada, e hizo una pausa para clavar los ojos en Nynaeve y en Elayne. Fuera o no la ayudante de la Amyrlin, la Guardiana no tenía autoridad sobre las Aes Sedai salvo la que la Amyrlin decidiera darle y, por supuesto, ninguna para despedir a nadie reunido con la Amyrlin; sin embargo, aquella mirada era claramente una invitación a retirarse.

Elayne se levantó grácilmente e hizo una ceremoniosa reverencia a Egwene.

—Si me disculpáis, madre, he de reunirme con Aviendha.

Por su parte, Nynaeve sostuvo firmemente la mirada de Sheriam hasta que Egwene carraspeó y recogió la estola rayada para ponérsela de nuevo sobre los hombros.

La antigua Zahorí se sonrojó y se incorporó rápidamente.

—También yo he de marcharme. Janya dijo que quería hablar conmigo sobre los Talentos perdidos.

La recuperación de esos Talentos no estaba resultando tan fácil como Egwene había esperado y no porque las hermanas fuesen reacias a hablar; el problema radicaba en hacer entender a Moghedien lo que se buscaba con una vaga descripción o a veces sólo un nombre, y después confiar en que realmente supiera algo al

respecto. Estaba muy bien saber, por ejemplo, que al Alinear la Matriz se conseguía hacer más resistentes los metales, pero la mujer sabía menos de metales que de la Curación; ¿y qué demonios era Hilar Geofuego o, ya puestos, Exprimir Lágrimas?

Moghedien parecía ansiosa, desesperada, por colaborar, sobre todo desde que Siuan les había enseñado el truco para hacer caso omiso del calor. Por lo visto la Renegada había mentido a Nynaeve y a Elayne respecto a eso. Para convencer a Egwene de que no considerara aquello como «una mentira» sobre la que le había advertido, la mujer se había postrado de rodillas, sollozando y suplicando, con los dientes castañeteándole, y había besado el repulgo de sus faldas. Ansiosa o no por colaborar, la intensidad de su terror había alcanzado nuevas cotas, y el constante y nauseabundo chaparrón de terror gimoteante resultó ser simplemente excesivo. En contra de su intención, el brazalete del *a'dam* descansaba ahora en el fondo de la bolsita del cinturón de Elayne. Se lo habría entregado a Nynaeve —y contenta de librarse de él— pero estar pasándose unas a otras esa cosa delante de terceras personas acabaría levantando comentarios antes o después.

Alejando de su mente esas ideas, advirtió a su amiga:

—Nynaeve, quizá te convendría evitar a Mat hasta que se le pase el malhumor. —No tenía la certeza de que Mat pretendiera realmente llevar a cabo su amenaza; pero, si había alguien capaz de incitarlo a hacerlo, ésa era Nynaeve; y después de algo así no habría modo de convencerla a ella—. O al menos asegúrate de que haya mucha gente cerca cuando hables con él. Creo que unos cuantos Guardianes sería lo más indicado.

Nynaeve abrió la boca, pero un instante después volvía a cerrarla; sus mejillas palidecieron ligeramente mientras la mujer tragaba saliva. Había entendido a lo que se refería Egwene.

—Sí. Sí, creo que será lo mejor, madre.

Sheriam observó cómo se cerraba la puerta; tenía un ligero ceño que no desapareció cuando se volvió hacia Egwene.

—¿Hubo palabras duras, madre?

—Sólo las que uno puede esperar cuando viejos amigos se encuentran después de mucho tiempo. Nynaeve recuerda a Mat como un bribonzuelo, pero él ya no tiene diez años y se ha dado por ofendido. —Obligadas por el Juramento que prohibía mentir, las Aes Sedai habían hecho de la verdad a medias, de la verdad a una cuarta parte y de la verdad sobrentendida todo un arte. Un arte muy útil, en opinión de Egwene. En especial con las Aes Sedai. Los Tres Juramentos no le hacían ningún favor a nadie, y a las Aes Sedai a quienes menos.

—A veces cuesta trabajo recordar que la gente cambia. —Tomando asiento en una silla sin ser invitada a hacerlo, Sheriam se arregló con cuidado la falda azul—. Imagino que quienquiera que tenga el mando de los seguidores del Dragón envió al

joven Mat con un mensaje de Rand al'Thor, ¿no? Confío en que no dijeseis nada que pueda interpretarse como una promesa, madre. Un ejército de seguidores del Dragón a quince kilómetros de distancia nos coloca en una situación delicada que nos trastorna. No sería de mucha ayuda que su comandante crea que incumplimos promesas.

Egwene observó atentamente a la otra mujer un momento. Nada trastornaba a Sheriam. Al menos, no lo dejaba entrever. Sabía mucho sobre Mat, así como otras cuantas hermanas de Salidar. ¿Serviría eso para empujarlo en la dirección correcta o lo haría salir corriendo? «Mat para después —se dijo firmemente—. Y Sheriam ahora.»

—¿Queréis, por favor, pedir a alguien que traiga un poco de té, Sheriam? Tengo un poco de sed.

El semblante de la otra mujer sólo reflejó una leve alteración, una mera tensión alrededor de los rasgados ojos, tan ligera que apenas malogró su aparente serenidad. Egwene casi podía ver la pregunta que pugnaba por salir de sus labios, sin embargo. ¿Qué le había dicho a Mat que no quería hablar de ello? ¿Qué promesas había hecho de las que Sheriam tendría que salvarla sin perder terreno a favor de Romanda o de Lelaine?

No obstante, Sheriam se limitó a decir unas breves palabras a alguien que había fuera y, cuando tomó de nuevo asiento, Egwene no le dio oportunidad de abrir la boca. Por el contrario, le disparó entre ceja y ceja, por decirlo de algún modo.

—Al parecer Mat es el comandante, Sheriam, y, en cierto modo, el ejército es el mensaje. Por lo visto a Rand le gustaría que todas acudiéramos ante él en Caemlyn. Se mencionó algo sobre juramentos de fidelidad.

Sheriam levantó bruscamente la cabeza, abriendo mucho los ojos, aunque su gesto se debió sólo en parte a una reacción ofendida. Había también un atisbo de… En fin, en cualquier otra persona que no fuera una Aes Sedai, Egwene lo habría llamado miedo. De ser así, resultaba muy comprensible. Si había prometido tal cosa —al fin y al cabo eran del mismo pueblo; uno de los puntos que la hacía «útil» como Amyrlin era que había crecido con Rand— sería como haberse caído en un pozo sin fondo del que no podrían salir. Se correría la voz por mucho que Sheriam hiciese; algunas de las Asentadas podrían muy bien echarle la culpa a ella o utilizarlo como un pretexto.

Romanda y Lelaine no eran las únicas Asentadas que habían prevenido a Egwene respecto a seguir los consejos de Sheriam sin antes consultar con la Antecámara. En realidad, Delana era la única que realmente parecía apoyar plenamente a Sheriam, pero también le había aconsejado que prestara oídos a Romanda y a Lelaine, como si de verdad fuera posible ir en tres direcciones distintas a la vez. E, incluso si podía arreglarse la situación con la Antecámara, una vez que la noticia de esa promesa y su

retirada le llegara a Rand, les sería diez veces más difícil manejarlo. Cien veces.

Egwene esperó a que los labios de Sheriam se entreabrieran y de nuevo se le anticipó:

—Le contesté que era ridículo, por supuesto.

—Por supuesto. —La voz de Sheriam no era tan firme como antes. Estupendo.

—Pero tenéis razón. La situación es delicada. Qué lástima. Vuestro consejo sobre cómo tratar con Romanda y Lelaine era bueno, pero no creo que acrecentar los preparativos para movernos sea suficiente ahora.

Romanda la había acorralado y le había dado una charla con actitud severa respecto a que el apresuramiento conducía al desastre; el ejército de Gareth Bryne debía incrementarse, hacerse lo bastante grande para que la mera noticia de su magnitud intimidara a Elaida. Y, por cierto, Romanda no pudo hacer más hincapié en recalcarle de nuevo que había que llamar de vuelta a las embajadas enviadas a los dirigentes; no debía permitirse que nadie salvo las Aes Sedai supiera más sobre los problemas en la Torre que lo inevitable.

A Lelaine le importaban bastante poco el ejército de lord Bryne y los gobernantes —eran intrascendentes— aunque sí le aconsejó prudencia y paciencia. Los contactos adecuados con las Aes Sedai de la Torre a buen seguro darían resultados positivos; Elaida sería destituida de la Sede Amyrlin y Egwene ocuparía el cargo de tal modo que nadie, salvo una pocas hermanas, sabría nunca con seguridad lo que realmente había pasado. Con el tiempo, el hecho de que la Torre Blanca hubiese estado dividida una vez pasaría a considerarse un simple chisme de campesinos.

Tal vez podría haber funcionado si hubiesen tenido tiempo suficiente. Y si quedarse esperando no diera a Elaida la misma oportunidad para captar hermanas de aquí hacia su bando.

La otra diferencia entre Romanda y Lelaine había sido que ésta lo había dicho todo con una sonrisa; una sonrisa muy apropiada para una novicia o Aceptada predilecta de la que se sintiera muy orgullosa. El redescubrimiento del Viaje hecho por Egwene había causado muchas sonrisas en Aes Sedai, aunque sólo un puñado era lo bastante fuerte para crear un acceso lo suficientemente grande para pasar una mano a través de él y la mayoría ni siquiera eso. Romanda quería utilizar accesos para coger la Vara Juratoria y otros objetos —Egwene no sabía cuáles exactamente— de la Torre, para así poder hacer verdaderas Aes Sedai en Salidar mientras privaban a Elaida de la posibilidad de hacer lo mismo; sin duda Egwene deseaba ser una verdadera Aes Sedai. Lelaine se mostró de acuerdo con esto último, pero no en lo de utilizar accesos en la Torre Blanca; había muchas posibilidades de que la detectaran y si las que estaban en la Torre aprendían el Viaje entonces ellas perderían la gran ventaja que poseían. Esos puntos habían tenido mucho peso en la opinión de la Antecámara, cosa que no le hizo pizca de gracia a Romanda.

Sheriam también había sonreído, muy de acuerdo con Lelaine respecto a algo, pero ahora no sonreía.

—Madre, no estoy segura de entenderos —dijo con excesiva tolerancia—. Los preparativos ciertamente bastarán para demostrar a la Antecámara que no os dejaréis intimidar. Moverse antes de que todo esté dispuesto sería desastroso.

Egwene se las ingenió para poner una expresión falsa.

—Lo comprendo, Sheriam. No sé qué haría sin vos y vuestros consejos. —Oh, qué ganas tenía de que llegara el momento de poner fin a esta comedia. Sheriam sería una Guardiana muy buena, puede que incluso hubiese sido una mejor Amyrlin, pero Egwene iba a disfrutar el día que pudiera enseñarle a esa mujer que era la Guardiana, no la Amyrlin. A Sheriam y a la Antecámara—. Pero el caso es que Mat tiene a ese ejército de seguidores del Dragón a la puerta de casa. ¿Qué hará lord Bryne? ¿O algunos de sus soldados, por propia iniciativa? Todo el mundo habla de lo mucho que deseaba mandar hombres a la caza de esos seguidores del Dragón que supuestamente están quemando pueblos. Sé que se le ha advertido que controle a sus soldados, pero…

—Lord Gareth hará exactamente lo que nosotras… Lo que vos le ordenéis y nada más.

—Tal vez. —El general no estaba tan conforme con lo de controlar a sus hombres como Sheriam creía. Siuan pasaba mucho tiempo con Gareth Bryne a pesar de todos sus rezongos sobre el hombre, y éste le había contado algunas cosas. Empero, Egwene no podía permitirse el lujo de descubrir que contaba con la lealtad de Siuan —. Espero que pueda decirse lo mismo de todos sus soldados. No podemos movernos hacia el oeste, en territorio de Amadicia, pero he pensado que quizá sí podríamos hacerlo río abajo, hacia Ebou Dar. Tal vez a través de un acceso. A buen seguro que allí las Aes Sedai son bienvenidas. Lord Bryne podría acampar a las afueras de la ciudad. Trasladarnos sería una forma de dejar muy claro que no vamos a aceptar la… oferta de Rand, si es que puede llamarse así. Y, si nos proponemos hacer más preparativos, estoy convencida de que nos resultaría mucho más fácil conseguir todo en una gran urbe, con calzadas y barcos entrando y saliendo del puerto.

De nuevo Sheriam perdió el control hasta el punto de traslucir su alteración en la voz:

—Ebou Dar no es tan acogedor como pensáis, madre. La presencia de unas pocas hermanas es algo muy distinto a que se instalen unos cuantos centenares, respaldadas por un ejército. Madre, incluso el menor indicio de algo así podría hacer pensar a Tylin que nos proponemos tomar la ciudad. A Tylin y a un número considerable de nobles altaraneses a los que nada les gustaría más que tener una excusa para derrocarla y apoderarse del Trono de los Vientos para sí mismos. Una clase de enredo así echaría a perder nuestra posición con todos los mandatarios. No, madre, eso queda

completamente descartado.

—Pero ¿qué hacemos entonces? ¿Correr el riesgo de quedarnos aquí? Mat no hará nada, aunque para que estalle el conflicto sólo hace falta que un puñado de soldados de lord Bryne decida tomar cartas en el asunto. —Egwene bajó la vista hacia su falda, fruncido el ceño, y se alisó los vuelos como si estuviese preocupada; luego suspiró—. Cuanto más tiempo pase sin que hagamos nada, con un ejército de seguidores del Dragón observándonos de cerca, la situación irá a peor. No me sorprendería que nos llegaran rumores de que su intención es atacarnos y que la gente diga que deberíamos adelantarnos e ir contra ellos. —Si esto no funcionaba, los supuestos rumores aparecerían: Nynaeve, Elayne, Siuan y Leane se encargarían de ello. Sería peligroso, pero podía encontrar la forma de hacer que Mat retrocediera antes de que saltaran las chispas si se llegaba a eso.

»Caray, del modo en que los rumores se extienden, tampoco me sorprendería si la mitad de la población de Altara piensa que somos seguidores del Dragón antes de que haya pasado un mes. —Ése era un rumor que habría frenado si hubiera sabido cómo. La Antecámara había dejado de traer nobles para que vieran a Logain desde que éste había sido curado, pero las partidas de reclutamiento de Bryne todavía seguían saliendo para alistar a más hombres, así como grupos de Aes Sedai en busca de novicias y hombres que hacían el largo recorrido a los pueblos más cercanos con sus carros y galeras para comprar provisiones. Cien caminos distintos para hacer correr ese rumor, y sólo hacía falta uno—. Sheriam, no puedo evitar tener la sensación de que estamos en una jaula y que no salir de ella no traerá nada bueno. Nada bueno.

—La solución es hacer que los seguidores del Dragón se marchen —manifestó Sheriam con mucho menos paciencia que antes—. Lamento tener que dejar que Mat se nos escape de las manos otra vez, pero no hay más remedio. Le habéis respondido que rehusamos la «oferta»; decidle que se marche.

—Ojalá fuera tan sencillo. Dudo que acepte irse porque se lo pidamos, Sheriam. Dio a entender muy claramente que tenía que quedarse exactamente donde está hasta que ocurra algo. Quizás esté esperando órdenes de Rand o tal vez al propio Rand en persona. En Cairhien corría el rumor de que estaba cogiendo por costumbre utilizar el Viaje con algunos de esos hombres que está reuniendo. A los que está enseñando a encauzar, me refiero. No sé qué podremos hacer si eso sucede.

Sheriam la miró de hito en hito, respirando con demasiada agitación habida cuenta de la aparente calma de su semblante.

Una tímida llamada a la puerta precedió la entrada de Tabitha, que traía una bandeja de plata batida. Sin advertir la tensión del ambiente, la novicia se afanó colocando la tetera y las tazas de porcelana verde, el recipiente de plata con miel y una jarrita con crema, así como servilletas rematadas con puntillas, hasta que finalmente Sheriam le ordenó con tanta ferocidad que volviera a su trabajo que

Tabitha soltó un chillido, hizo una reverencia tan profunda que casi tocó el suelo con la cabeza y salió corriendo.

Durante un instante Sheriam se dedicó a colocarse la falda mientras recobraba la compostura.

—Quizá —dijo al cabo, de mala gana—, sea preciso que abandonemos Salidar, después de todo. Antes de lo que yo habría querido.

—Pero la única dirección que queda es hacia el norte. —Egwene abrió mucho los ojos. ¡Luz, cómo detestaba esta comedia!—. Dará la impresión de que nos encaminamos hacia Tar Valon.

—Lo sé —replicó Sheriam con excesiva dureza. Respiró hondo y moderó el tono —. Disculpadme, madre. Estoy un poco… No me gusta que me impongan cosas a la fuerza, y me temo que Rand al'Thor nos ha obligado a actuar antes de estar preparadas.

—Hablaré muy seriamente con él cuando lo vea —manifestó Egwene—. No sé qué haría sin vuestro asesoramiento.

A lo mejor encontraba una forma de mandar a Sheriam a estudiar con las Sabias como aprendiza. Imaginar a la Guardiana después de, pongamos, medio año con Sorilea, la hizo sonreír de tal modo que de hecho la otra mujer le devolvió la sonrisa.

—¿Con miel o amargo? —preguntó Egwene mientras cogía la tetera.

40



Risa inesperada

Tienes que ayudarme, hablar con ellas a ver si consigues hacerlas entrar en razón —dijo Mat sin quitarse la pipa de la boca—. Thom, ¿me estás escuchando?

Se encontraban sentados en unos barriles colocados boca abajo, a la escasa sombra arrojada por una casa de dos pisos, y fumando en sus pipas, pero la carta que Rand le había dado para él parecía acaparar casi toda la atención del viejo y desgarbado juglar, que la contemplaba fijamente. Entonces la guardó en el bolsillo de la chaqueta, sin romper el sello del árbol y la corona. Al fondo del callejón, el runrún de voces y el chirrido de los ejes de ruedas en la calle sonaban distantes. El sudor resbalaba por las caras de ambos. De momento al menos se habían tomado medidas sobre una cosa; cuando Mat salió de la Torre Chica se enteró de que un grupo de Aes Sedai se había llevado a Aviendha a alguna parte, de modo que la Aiel no tendría oportunidad de clavarle el cuchillo a nadie de aquí a un rato.

Thom se quitó la pipa de la boca. Era una pipa de boquilla larga, toda tallada con hojas de roble y bellotas.

—Una vez intenté rescatar a una mujer, Mat. Laritha era un capullo de rosa, casada con un bruto, un guarnicionero que hacía botas en un pueblo donde me paré para descansar unos días durante un viaje. Aquel tipo era una bestia. Le gritaba si la cena no estaba lista cuando él quería sentarse a la mesa y la medía con la vara si dirigía más de dos palabras a otro hombre.

—Thom, ¿qué infiernos tiene eso que ver con meter un poco de sentido común en la cabeza de esas necias?

—Tú calla y escucha, muchacho. En el pueblo era del dominio público el trato que le daba, pero Laritha me lo contó personalmente y sin dejar de gimotear sobre lo mucho que desearía que alguien la salvara. En ese momento yo tenía oro en mi bolsa, un estupendo carruaje, un cochero y un sirviente. Era joven y bien parecido. —Thom se atusó el blanco bigote con los nudillos y suspiró; resultaba difícil creer que aquel rostro curtido hubiese sido agraciado en algún momento. Mat parpadeó. ¿Un carruaje? ¿Desde cuándo tenía un carruaje un juglar?—. Verás, Mat, la terrible

situación de la mujer me partía el corazón. Y no niego que también su cara bonita influyó. Como decía, era joven; creí que me había enamorado, me veía como un héroe de cuento. Así pues, un día, sentados bajo un manzano en flor bastante apartado de la casa del guarnicionero, me ofrecí a llevarla conmigo, a sacarla de allí. Le proporcionaría una doncella y una casa de su propiedad y la cortejaría con canciones y poesía. Cuando por fin comprendió mi proposición, me atizó una patada en la rodilla tan fuerte que estuve cojeando un mes, además de golpearme con el banco.

—Por lo visto a todas les gusta dar patadas —rezongó Mat mientras cambiaba de postura las posaderas en el barril—. Supongo que no te creyó, y no se la puede culpar por ello.

—Oh, sí que me creyó. Y se mostró muy ultrajada porque se me hubiese pasado siquiera por la cabeza que abandonaría a su amado esposo. Es el término que utilizó: «amado». Regresó corriendo junto a él tan deprisa como pudieron llevarla los pies y a mí no me quedó más alternativa que matarlo o meterme en mi carruaje y salir a toda prisa. Tuve que dejar atrás casi todo cuanto poseía. Espero que siga viviendo con él y en las mismas condiciones: la bolsa bien cerrada para que el infeliz no meta mano al dinero y partiéndole la cabeza con lo primero que agarre cada vez que entre en una taberna para tomarse una cerveza. Como había hecho siempre, según me enteré después gracias a unas discretas indagaciones. —Volvió a ponerse la pipa entre los dientes, como si hubiese demostrado algo.

—No veo qué tiene que ver con esto —adujo Mat al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Simplemente que no deberías creer que sabes toda la historia cuando sólo has oído una versión. Por ejemplo ¿estás al corriente de que Elayne y Nynaeve parten para Ebou Dar dentro de un día o dos? Juilin y yo tenemos que acompañarlas.

—¡A Ebou…! —Mat cogió la pipa un momento antes de que se le cayera de la boca a los yerbajos secos que alfombraban el callejón. Nalesean le había contado algunas cosas de una visita suya a Ebou Dar y, aun teniendo en cuenta su tendencia a la exageración en lo tocante a mujeres que había conocido y las luchas en las que había tomado parte, esa ciudad seguía pareciendo un lugar peligroso. Así que creían que podían escabullirse de él, ¿no?—. Thom, tienes que ayudarme…

—¿A qué? —lo interrumpió el juglar—. ¿A rescatarlas de las garras del guarnicionero? —Exhaló una bocanada de humo—. No lo haré, muchacho. Todavía no sabes toda la historia. ¿Qué sientes por Egwene y Nynaeve? Pensándolo mejor, sólo responde con respecto a Egwene.

Mat frunció el entrecejo y se preguntó si el juglar creía que podía trastocarlo todo dándole vueltas al asunto el tiempo suficiente.

—Aprecio a Egwene. Yo… Que me aspen, Thom, es Egwene, y no hay más que decir. Por eso es por lo que estoy tratando de salvarle el cuello a esa tonta.

—Te refieres a salvarla del guarnicionero —murmuró Thom, pero Mat prosiguió como si no lo hubiese oído.

—Su cuello y también el de Elayne; incluso el de Nynaeve, si soy capaz de contenerme y no estrangularla yo mismo. ¡Luz, sólo quiero ayudarlas! Además, Rand me rompería el cuello a mí si permito que le ocurra algo a Elayne.

—¿Has pensado alguna vez en ayudarlas para hacer lo que quieren en lugar de lo que quieres tú? Si me dejara llevar por lo que yo deseo, montaría a Elayne en un caballo y la conduciría de vuelta a Andor. Pero ella necesita hacer otras cosas; lo necesita, según creo. De modo que voy tras ella de aquí para allí, sudando de miedo día y noche por el temor de que alguien se las ingenie para matarla antes de que yo pueda impedirlo. Irá a Caemlyn cuando esté preparada. —Dio unas chupadas a la pipa con expresión complacida, pero en su voz hubo un atisbo de tensión al final de la parrafada, como si no le gustase lo que decía por mucho que fingiera que sí.

—Pues a mí me parece que lo que quieren es entregar sus cabezas a Elaida. —Así que Thom montaría a esa estúpida moza en un caballo, ¿no? ¡Un juglar llevándose a la fuerza a la heredera del trono para que fuera coronada, nada menos! ¡Anda que no se lo tenía creído el bueno de Thom!

—Tú no eres tonto, Mat —prosiguió quedamente Thom—. Te das cuenta de lo que pasa en realidad. Egwene… Resulta difícil pensar en esa chiquilla como la Amyrlin… —Mat se mostró de acuerdo con un gruñido, pero Thom no le hizo caso —. Sin embargo, creo que tiene redaños para serlo. Aún es muy pronto para decir si algunas cosas son sólo casualidades, pero empiezo a pensar que también es inteligente. La cuestión está en si es lo bastante inflexible. Si le falta eso, se la comerán viva, con redaños, inteligencia y todo lo demás.

—¿Quién? ¿Elaida?

—Oh, ella por supuesto, si se le presenta la ocasión. A ésa no es precisamente dureza lo que le falta. Pero las Aes Sedai de aquí no ven a Egwene como Aes Sedai; como Amyrlin, puede, pero no como Aes Sedai, por difícil que resulte comprenderlo. —Thom sacudió la cabeza—. No lo entiendo, pero es verdad. Lo mismo cuenta para Elayne y Nynaeve. Intentan disimularlo, pero ni siquiera las Aes Sedai ocultan tanto como ellas piensan si uno está atento y no pierde los nervios. —Volvió a sacar la carta y le dio vueltas en las manos sin mirarla—. Egwene va caminando al borde de un precipicio, Mat, y hay tres facciones aquí mismo, en Salidar. Tres que yo sepa. Pueden empujarla al vacío si da un solo paso en falso. Elayne la seguirá si algo así ocurre; y también Nynaeve. O quizá las empujen a ellas primero para deponerla.

—En el mismo Salidar —repitió Mat con tono monótono. Thom asintió calmosamente y Mat alzó la voz sin poder contenerse—. ¿Y quieres que las deje aquí?

—Lo que quiero es que dejes de pensar que vas a obligarlas a hacer algo. Ya han

decidido el camino que van a seguir y no puedes cambiar eso. Aunque sí es posible, sólo posible, que puedas ayudarme a mantenerlas con vida.

Mat se incorporó de un salto. En su mente había surgido la imagen de una mujer con un cuchillo clavado en el pecho, y no era uno de los recuerdos prestados. Dio una patada al barril en el que había estado sentado y lo mandó rodando callejón adelante. ¿Ayudar a un juglar a mantenerlas vivas? Un débil recuerdo pugnó por abrirse paso en su cerebro, algo sobre Basel Gill, un posadero de Caemlyn, diciendo algo sobre Thom, pero era como una neblina y desapareció tan pronto como intentó concretarlo.

—¿De quién es la carta, Thom? ¿De otra mujer a la que rescataste? ¿O la dejaste en un sitio donde corría el peligro de que le cortaran la cabeza?

—La dejé —repuso quedamente el juglar. Se levantó y se alejó sin decir nada más.

Mat estuvo a punto de alargar la mano para detenerlo, de decirle algo, sólo que no se le ocurría qué. «¡Viejo loco!» No, no estaba loco. Egwene era terca como una mula y Nynaeve… Bueno, en comparación, Egwene era dócil. Peor aún: ambas treparían a un árbol para ver mejor los rayos. En cuanto a Elayne, las nobles no tenían sentido común siquiera para guarecerse si llovía. Y después se indignaban cuando se mojaban.

Vació la cazoleta y aplastó las brasas del tabaco con el tacón para que los secos rastrojos no se prendieran fuego; luego recogió el sombrero, que había dejado en el suelo, y se encaminó hacia la calle, cojeando. Necesitaba información de una fuente mejor que un juglar con delirios de grandeza a costa de andar de aquí para allí con esa estirada mocosa heredera del trono. Un poco más abajo en la calle, a la izquierda, vio a Nynaeve salir de la Torre Chica y se dirigió hacia ella sorteando carros muy cargados tirados por bueyes o caballos. Ella podría decirle lo que necesitaba saber. Si es que le daba la gana. La cadera le dio un buen pinchazo. «Diantre, lo menos que me debe son unas cuantas respuestas.»

Justo en ese momento Nynaeve lo vio y se puso en tensión de manera manifiesta. Durante unos segundos observó cómo se acercaba y después, repentinamente, se encaminó con rapidez en dirección contraria con la obvia intención de esquivarlo. Miró hacia atrás un par de veces antes de perderse de vista entre la gente y los carros.

Mat se detuvo, fruncido el ceño, y se caló más el sombrero. Primero, la mujer le daba una patada sin motivo y ahora no quería hablar con él. Se proponían dejarlo que se cociera en su propia salsa para suscitarle un estado de ansiedad, ella y Egwene, hasta conseguir que se largara sumisamente cuando le apuntaran con un dedo. «¡Bueno, pues han elegido al hombre equivocado para sus jueguecitos, así la Luz les abrase el pellejo!»

Vanin y los otros estaban a las puertas de un establo, junto a un edificio de piedra que, en tiempos, debía de haber sido una posada. Ahora un continuo torrente de Aes

Sedai entraba y salía de él. *Puntos* y los demás caballos estaban atados a una tosca baranda destinada a tal propósito; Vanin y los dos exploradores que habían sido capturados se habían sentado en cuclillas, apoyados contra la pared. Mar y Ladwin no podían ser más distintos físicamente; el uno, alto, desgarbado y de gesto rudo; el otro, bajo, fornido y de aspecto afable. Sin embargo, la expresión de los dos al verlo acercarse era de sentirse avergonzados. Ninguno de ellos había superado el hecho de que los capturaran tan fácilmente. Por su parte, los dos soldados que lo habían acompañado permanecían firmes, todavía sujetando prietamente los estandartes contra las astas aunque ya no tenía ningún sentido. Denotaban algo más que un simple temor. Participar en una batalla era una cosa, pero todas estas Aes Sedai eran otra muy distinta. Un hombre tenía posibilidades en un combate. Había dos Guardianes vigilándolos. Disimuladamente y desde el otro lado de la calle, pero no habían elegido ese punto, a pleno sol, para ponerse a charlar.

Mat acarició el hocico de *Puntos* y al cabo de unos segundos empezó a examinar los ojos del caballo. Un tipo con chaleco de cuero salió del establo empujando una carretilla de estiércol calle arriba. Vanin se acercó para examinar también los ojos de *Puntos*. Sin mirar al hombre, Mat susurró:

—¿Podrías llegar hasta la Compañía?

—Quizá. —Vanin frunció el entrecejo y levantó el párpado de *Puntos*—. Con un poco de suerte, tal vez. Aunque, detesto tener que dejar atrás mi caballo.

Mat asintió y observó con más detenimiento el ojo del animal.

—Informa a Talmanes que he dicho que no se mueva. Cabe la posibilidad de que me quede aquí unos cuantos días y no quiero tener la sorpresa de ningún estúpido intento de rescate. Luego trata de regresar. Sin ser visto, si es posible.

Vanin escupió en el polvo, debajo de *Puntos*, y comentó:

—El hombre que se mezcla con Aes Sedai se embrida y se cincha la silla él mismo. Volveré en cuanto pueda. —Sacudió la cabeza y echó a andar entre la muchedumbre; con su constitución rolliza y sus andares bamboleantes nadie lo imaginaría capaz de escabullirse.

Uno de los portaestandartes se aclaró la voz y se acercó a Mat.

—Milord, ¿va todo…? Esto es exactamente lo que planeasteis que pasara, ¿verdad, milord?

—Hasta el último detalle, Mito —contestó Mat mientras daba unas palmadas a *Puntos*.

Estaba metido de cabeza en un saco, con las cuerdas bien atadas. Había prometido a Rand llevar sana y salva a Elayne a Caemlyn y no podía marcharse sin ella. Y tampoco podía largarse y dejar que Egwene pusiera el cuello bien estirado sobre el tajo del verdugo. Podía ser —¡Luz, cómo lo sacaba de quicio!— que no tuviera más remedio que seguir el consejo de Thom. Intentar mantener las jodidas cabezas de esas

jodidas mujeres sobre sus jodidos hombros ayudándolas a que su demente e imposible plan funcionara de algún modo. Y mientras tanto intentando conservar su propio cuello intacto, por cierto. Y eso descartaba impedir que Aviendha se tirara a degüello a Elayne. En fin, por lo menos estaría cerca para quitarlas de en medio cuando todo se viniese abajo. Parco consuelo.

—Toda va jodidamente bien —concluyó.

Elayne esperaba encontrar a Aviendha en la sala de espera o tal vez fuera del edificio, pero no tuvo que esforzarse mucho para descubrir por qué no estaba en ninguno de los dos sitios. Había dos temas de conversación entre las otras Aes Sedai y todas estaban hablando, olvidados los papeles sobre las mesas. Mat estaba en casi todas las bocas; incluso los criados y las novicias que habitualmente iban y venían afanosos por la sala de espera ahora habían hecho un alto en sus tareas para intercambiar unas palabras respecto a él. Era un *ta'veren*. ¿No sería arriesgado dejar quedarse a un *ta'veren* en Salidar? ¿Realmente había estado en la Torre y le habían permitido irse, sin más? ¿No habría que arrestarlo por las atrocidades que habían llegado hasta sus oídos? ¿Era cierto que procedía del mismo pueblo que el Dragón Renacido y la Amyrlin? Corrían rumores sobre dos *ta'veren* relacionados con el Dragón Renacido; ¿quién era el otro y dónde se lo podía localizar? Quizá Mat Cauthon lo sabía. Parecía haber tantas opiniones como gente dispuesta a dar la suya.

Había dos preguntas que Elayne había esperado escuchar y que sin embargo no oyó: a qué había ido Mat a Salidar y cómo había descubierto Rand dónde tenía que enviarlo. Nadie las planteó; pero, aquí, una Aes Sedai se ajustaba el chal de repente como si tuviese frío o daba un respingo cuando caía en la cuenta de que alguien le había hablado; allí, una criada se quedaba mirando al vacío en mitad de la sala antes de salir de su abstracción con una sacudida o una novicia lanzaba miradas aterradas a las hermanas. Mat no era exactamente un gato suelto entre pichones, pero no le andaba muy lejos. El mero hecho de que Rand supiera dónde estaban bastaba para provocar escalofríos.

Aviendha despertaba menos comentarios, pero las hermanas no podían evitar hablar sobre ella y no simplemente para cambiar de tema. No ocurría todos los días que una espontánea apareciera por su propio pie, sobre todo con una fuerza tan notable; y, para colmo, una Aiel. Esto último fascinaba totalmente a las hermanas. Jamás una Aiel se había instruido en la Torre y muy pocas Aes Sedai habían entrado en el Yermo de Aiel.

Una única pregunta le bastó a Elayne para saber dónde la tenían retenida. No se utilizó ese término, pero la heredera del trono sabía a qué extremos podían llegar las Aes Sedai cuando querían que una mujer se hiciese novicia.

—Vestirá de blanco al caer la noche —manifestó con absoluta convicción Akarrin, una delgada Marrón que asentía para dar énfasis casi a cada palabra que

pronunciaba. Las dos hermanas que estaban con ella hicieron sendos asentimientos con igual seguridad.

Elayne, chasqueando la lengua para sí, se apresuró a salir a la calle. Un poco más adelante vio a Nynaeve que iba prácticamente trotando y echando ojeadas hacia atrás tan a menudo que tropezaba con la gente cada dos por tres. Elayne pensó en alcanzarla —no le vendría mal tener compañía— pero no le apetecía correr con tanto calor, con concentración para no transpirar o sin ella, y era el único modo de conseguirlo. Aun así, se remangó un poco la falda y apretó el paso.

Antes de haber recorrido cincuenta metros, sintió que Birgitte se acercaba y se volvió para verla venir corriendo calle abajo. Areina la acompañaba, pero se detuvo un trecho antes y se cruzó de brazos al tiempo que ponía un gesto ceñudo. Esa mujer era una insoportable tunanta; y desde luego no había cambiado de opinión porque ahora Elayne fuera realmente Aes Sedai.

—Creí que debías saberlo —empezó quedamente Birgitte—. Acabo de enterarme de que cuando partamos hacia Ebou Dar también vendrán Vandene y Adeleas.

—Comprendo —murmuró Elayne. Podría ser que las dos hermanas fueran a reunirse con Merilille por alguna razón, aunque ya había tres Aes Sedai en la corte de Tylin. O puede que tuviesen una misión específica en Ebou Dar. Tampoco creía que fuera por eso. Areina ya se había formado una opinión irrevocable; y lo mismo había hecho la Antecámara. Nynaeve y ella irían acompañadas de dos «verdaderas» Aes Sedai como preceptoras—. ¿Entiende que ella no viene?

Birgitte dirigió la vista hacia donde Elayne estaba mirando fijamente, a Areina, y después se encogió de hombros.

—Lo entiende. Y no le hace pizca de gracia. En lo que a mí respecta, estoy deseando que nos marchemos.

Elayne vaciló sólo un instante. Había jurado guardar cosas en secreto, algo que no le gustaba hacer, pero no había prometido dejar de intentar convencer a la otra mujer que no era preciso ni tenía sentido.

—Birgitte, Egwene…

—¡No!

—¿Por qué? —No hacía mucho que Elayne tenía a Birgitte como Guardián cuando la heredera del trono decidió que cuando vinculase a Rand discurriría algún modo de hacerle prometer que haría lo que le dijera, al menos cuando fuese importante. Últimamente había añadido una condición más: tendría que responder a sus preguntas. Birgitte contestaba cuando quería, lo eludía cuando le parecía bien y a veces se limitaba a adoptar un gesto obstinado, como ocurría en este momento—. Dime por qué no y si es una buena razón no te lo volveré a pedir.

Al principio Birgitte sólo frunció el ceño, pero después cogió a Elayne por el brazo y casi la arrastró hasta la boca de un callejón. Nadie de los que pasaban por la

calle les prestó atención, y Areina continuó plantada en el mismo sitio, si bien su expresión se volvió aun más sombría; pese a ello, Birgitte echó una ojeada cautelosa en derredor.

—Todas las veces que los giros de la Rueda me han trasladado hacia afuera —susurró—, he nacido, vivido y muerto sin saber que estaba vinculada a ella. Sólo era consciente de eso en los intervalos, en el *Tel'aran'rhiod*. En ocasiones llegué a ser conocida, incluso famosa, pero era como todos los demás, no alguien salido de una leyenda. Esta vez se me sacó violentamente, no llevada por los giros. Por primera vez con envoltura física, sabiendo quién soy. Por primera vez también otros lo saben. Thom y Juilin están enterados; no dicen nada, pero no me cabe duda. No me miran igual que a las demás personas. Si les dijera que iba a escalar una montaña de cristal y a matar a un gigante con mis manos, sólo preguntarían si necesitaba algo de ayuda en el camino y no esperarían que respondiera afirmativamente.

—No entiendo —manifestó lentamente Elayne, y Birgitte suspiró e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No sé si podré estar a la altura de lo que se espera de mí. En otras vidas hice lo que tenía que hacer, lo que parecía lo correcto, suficiente para Merian o Joanna o cualquier mujer. Ahora soy la Birgitte de las leyendas. Cualquiera que lo sepa esperará que actúe como tal. Me siento como una danzarina de plumas acudiendo ante un cónclave tovano.

Elayne no preguntó; cuando Birgitte mencionaba cosas de vidas pasadas, por lo general las explicaciones sólo servían para hacerlo todo más confuso en lugar de aclararlo.

—Eso es una tontería —afirmó rotundamente mientras cogía a la otra mujer por los brazos—. Yo lo sé y, ciertamente, no espero que mates gigantes. Ni Egwene tampoco. Y ya lo sabe.

—Mientras yo no lo admita, es como si no lo supiera —murmuró la arquera—. Y no te molestes en decir que eso también es una tontería; sé que lo es, pero no cambia nada.

—Veamos si esto otro lo cambia: es la Amyrlin y tú eres un Guardián. Se merece tu confianza, Birgitte. La necesita.

—¿Has acabado de hablar ya? —demandó Areina, a un metro de distancia—. Si vas a marcharte y a dejarme, lo menos que puedes hacer es ayudarme con el tiro con arco, como dijiste que lo harías.

—Pensaré en lo que me has dicho —respondió en tono quedo Birgitte a Elayne. Se volvió hacia Areina y aferró la coleta de la mujer a la altura de la nuca—. Nos dedicaremos al tiro con arco —dijo mientras la empujaba calle arriba—, pero antes sostendremos una charla sobre los buenos modales.

Elayne sacudió la cabeza al recordar de repente a Aviendha y reemprendió la

marcha a paso vivo. La casa a la que se dirigía no estaba lejos.

Tardó unos instantes en reconocer a Aviendha. Elayne estaba acostumbrada a verla con el *cadin'sor* y el cabello rojizo oscuro corto, no con blusa, falda y chal y con el pelo cayéndole más abajo de los hombros y sujeto a las sienes por un pañuelo doblado. A primera vista, no parecía encontrarse en dificultades. Sentada con evidente incomodidad en una silla —los Aiel no estaban acostumbrados a tales muebles— daba la impresión de estar tomando tranquilamente un té con cinco hermanas, formando un círculo, en la sala de estar. Las casas donde se alojaban Aes Sedai tenían estas estancias, aunque Nynaeve y ella aún seguían en su abarrotado cuartito. Sin embargo, al observar con más atención, advirtió que Aviendha lanzaba miradas acosadas a las Aes Sedai por encima del borde de la taza. No tuvo tiempo de echar un tercer vistazo a la escena; nada más ver a Elayne, la Aiel se incorporó bruscamente y dejó caer la taza al suelo limpio. La heredera del trono había visto pocos Aiel excepto en la Ciudadela de Tear, pero sabía que ocultaban sus emociones y que Aviendha lo sabía hacer muy bien. Sólo que ahora un dolor manifiesto se plasmaba en su semblante.

—Lo siento —dijo suavemente Elayne a las mujeres presentes en la habitación—, pero he de privaros de su compañía durante un rato. Quizá podáis hablar con ella después.

Varias de las hermanas vacilaron y estuvieron en un tris de protestar aunque no tenían derecho. Obviamente era la más fuerte —y por mucho— en la sala, aparte de Aviendha, y ninguna de esas Aes Sedai era una Asentada ni miembro del consejo de Sheriam. Se alegró sobremanera de que Myrelle no estuviese allí, ya que vivía en esa casa. Elayne había manifestado su preferencia por el Ajah Verde y su pretensión había sido aceptada; después se encontró con que Myrelle era la cabeza de este Ajah allí, en Salidar. Myrelle, que no llevaba ni quince años siendo Aes Sedai. Por cosas que Elayne había oído sabía que había Verdes en Salidar que llevaban el chal al menos diez lustros, aunque ninguna de ellas tuviese una sola cana. De haber estado presente Myrelle, la fuerza de Elayne podría no haber contado para nada si la cabeza de su Ajah quería retener a Aviendha. Tal y como estaban las cosas, sólo Shana, una Blanca de ojos saltones que le recordaba un pez a Elayne, a lo más que llegó fue a abrir la boca, aunque la volvió a cerrar con gesto hosco cuando la heredera del trono la miró enarcando una ceja.

Las cinco tenían los labios prietos ostensiblemente, pero Elayne hizo caso omiso de la tensión reinante.

—Gracias —dijo con una sonrisa que no sentía.

Aviendha se cargó a la espalda un oscuro hatillo, pero vaciló hasta que Elayne le pidió que la siguiera.

—Te pido disculpas por eso —empezó la heredera del trono una vez que

estuvieron en la calle—. Me ocuparé de que no vuelva a pasar. —Estaba segura de que podría conseguirlo; al menos, Egwene sí—. Me temo que no hay muchos sitios donde hablar en privado. En mi cuarto hace mucho calor a esta hora del día. Podemos buscar alguna sombra o tomar un poco de té, si es que no te han llenado a reventar ya.

—En tu cuarto. —No fue exactamente cortante, pero resultaba obvio que Aviendha no quería hablar todavía. Inesperadamente corrió hacia un carro que pasaba lleno con leña y cogió una rama que habría que cortar para utilizarla en las chimeneas, más larga que su brazo y más gruesa que su pulgar. Se reunió de nuevo con Elayne y empezó a pelar la rama con el cuchillo; la afilada hoja cortó las menudas ramificaciones como una cuchilla de afeitar. El gesto de dolor había desaparecido de su semblante, que ahora reflejaba una firme determinación.

Elayne la observó de reojo mientras caminaban. No podía creer que Aviendha quisiera hacerle daño, dijera lo que dijese el patán de Mat Cauthon. Claro que… Sabía muy poco sobre el *ji'e'toh*; Aviendha les había explicado algo cuando estuvieron juntas en la Ciudadela. Quizá Rand había dicho o hecho algo. Quizás aquel complejísimo laberinto de honor y obligación requería que Aviendha… No, no parecía posible. Pero, tal vez…

Cuando llegaron a su habitación Elayne decidió adelantarse y sacar el tema. Se puso frente a la otra mujer, sin abrazar el *Saidar* de manera deliberada.

—Mat asegura que has venido aquí para matarme —dijo.

Aviendha parpadeó.

—Los habitantes de las tierras húmedas entienden todo al revés —comentó, sin salir de su asombro. Soltó el palo a los pies de la cama de Nynaeve y dejó el cuchillo al lado con todo cuidado—. Mi medio hermana, Egwene, me pidió que vigilara a Rand al'Thor por ti, cosa que prometí hacer. —El hatillo y el chal fueron a parar al suelo, junto a la puerta—. Tengo *toh* con ella, pero es mucho mayor el que tengo contigo. —Se desató las lazadas de la blusa, se la sacó por la cabeza y después se bajó la camisola hasta la cintura—. Amo a Rand al'Thor y una vez me permití yacer con él. Tengo *toh* y te pido que me ayudes a cumplirlo. —Se volvió de espaldas y se arrodilló en el reducido espacio libre—. Puedes usar el palo o el cuchillo, como quieras; el *toh* es mío, pero la elección te corresponde a ti. —Alzó la barbilla, estirando el cuello. Tenía los ojos cerrados—. Sea cual sea tu elección, la acepto.

Elayne creyó que las rodillas le iban a fallar. Min había dicho que la tercera mujer sería peligrosa, pero ¿Aviendha? «¡Un momento! Dijo que ella… ¡Con Rand!» Su mano hizo intención de ir hacia el cuchillo dejado sobre la cama, y Elayne se cruzó de brazos para sujetarse las manos.

—Levántate. Y ponte la blusa. No voy a golpearte… —¿Sólo unos pocos vergajazos? Apretó los brazos para dejar quietas las manos donde estaban—… y por supuesto no pienso tocar ese cuchillo. Por favor, quítalo de ahí. —Debería

entregárselo ella misma, pero no estaba segura de ser capaz de tocar el arma en ese momento y no hacer una locura—. No tienes *toh* conmigo. —Creía que ésa era la fórmula correcta—. Amo a Rand, pero no me importa que tú lo ames también. —La mentira le quemaba la lengua. ¿Aviendha se había acostado con él?

La Aiel giró sobre sus rodillas y frunció el entrecejo.

—No estoy segura de entenderlo. ¿Me estás proponiendo que lo compartamos? Elayne, somos amigas, creo, pero tenemos que ser primeras hermanas si vamos a ser hermanas conyugales. Llevará tiempo saber si podemos ser eso.

Dándose cuenta de que estaba boquiabierta, Elayne cerró la boca.

—Sí, supongo que sí —musitó débilmente. Min no dejaba de repetir que lo compartirían, pero ¡ciertamente no de ese modo! ¡Hasta la idea resultaba indecente! —. Es un poco más complicado de lo que imaginas. Hay otra mujer que también lo ama.

Aviendha se puso de pie tan rápidamente que dio la impresión de estar en un instante en un sitio y al siguiente en el otro.

—¿Cómo se llama? —Sus verdes ojos echaban chispas, y la joven tenía empuñado el cuchillo.

Elayne casi se echó a reír. «Hace un momento hablaba de compartir y ahora está tan furiosa como… como… Como yo —terminó, en absoluto complacida con la idea. Esto podría haber sido mucho peor. Podría haberse tratado de Berelain. Puesto que tenía que haber alguien más, podía muy bien ser Aviendha—. Y también yo podría enfrentarme a la situación y aceptarla en lugar de tener una pataleta como una niñita mimada.» Se sentó en la cama y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Enfunda esa arma y siéntate, Aviendha. Y, por favor, ponte la blusa. Tengo mucho que contarte. Hay una mujer, amiga mía, mi medio hermana, llamada Min…

Aviendha se vistió, pero pasó un buen rato antes de que se sentara, y bastante rato más antes de que Elayne la convenciese de que no debían aunar fuerzas para liquidar a Min. Al menos, accedió a esto último.

—He de conocerla —dijo finalmente la Aiel—. No lo compartiré con una mujer a la que no pueda querer como una primera hermana. —Habló mientras miraba escrutadoramente a Elayne, que suspiró.

Aviendha estaba dispuesta a considerar el compartirlo con ella. Min ya había asumido compartirlo. ¿Es que era ella la única normal de las tres? Según el mapa que guardaba debajo del colchón, Min llegaría pronto a Caemlyn o quizá ya estaba allí. Ignoraba lo que quería que pasara en la capital de Andor; lo único que sabía con certeza era que deseaba que Min utilizara su don para ayudarlo. Lo que significaba que Min tendría que estar cerca de él. Y, mientras tanto, ella viajaría a Ebou Dar.

—¿Hay algo fácil en la vida, Aviendha?

—No cuando hay hombres involucrados.

Elayne no supo qué la sorprendió más, si encontrarse de repente riendo o que lo hiciera Aviendha.

41



Una amenaza

Cruzando Caemlyn a caballo, despacio, bajo un sol de justicia a media mañana, Min realmente vio muy poco de la ciudad. Apenas reparó en la gente y en las sillas de mano, carretas y carruajes que abarrotaban las calles salvo para guiar a su yegua castaña a fin de sortearlos. Siempre había soñado con vivir en una gran urbe y viajar a lugares exóticos, pero ese día las espectaculares torres cubiertas con tejas relucientes y las fascinantes vistas que surgían a medida que la calle rodeaba una colina casi le pasaron inadvertidas. Grupos de Aiel caminando entre la muchedumbre, que dejaba un hueco despejado a su alrededor, atrajeron algo más su atención, así como las patrullas de jinetes de nariz aguileña y a menudo con barba, pero sólo porque le recordaron los rumores que habían empezado a oír estando todavía en Murandy. Merana se había puesto furiosa a causa de esas historias y también por la evidencia, en forma de restos calcinados, de la presencia de seguidores del Dragón con que habían topado en dos ocasiones; sin embargo Min creía que algunas de las otras Aes Sedai estaban preocupadas. Cuanto menos hablaran de lo que pensaban sobre la amnistía de Rand, mejor.

Al borde de la plaza, frente al Palacio Real, sofrenó a *Galabardera* y se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo orlado con puntilla que volvió a guardar en la manga de la chaqueta. Sólo había unas cuantas personas dispersas por el amplio espacio ovalado, tal vez debido a que los Aiel montaban guardia a las puertas principales del palacio. Más Aiel ocupaban balconadas de mármol o se desplazaban con gráciles movimientos por las altas pasarelas cubiertas con columnatas, como leopardos. El León Blanco de Andor ondeaba con la brisa sobre la cúpula más alta del palacio. Otra bandera carmesí tremolaba en una de las torres, un poco más abajo que la de la cúpula blanca, agitada por el leve soplo del aire justo lo suficiente para que se viese el antiguo símbolo de los Aes Sedai, blanco y negro.

Al ver a aquellos Aiel se alegró de haber rechazado la oferta de un par de Guardianes como escolta; sospechaba que entre unos y otros podían saltar chispas. En fin, no había sido precisamente una oferta y su modo de rehusar fue escabullándose

una hora antes de la acordada, según el reloj que había sobre la repisa de la chimenea de la posada. Merana era de Caemlyn y cuando llegaron antes del amanecer los condujo directamente a la que, según sus palabras, era la más selecta posada de la Ciudad Nueva.

Sin embargo, no era la presencia de los Aiel el motivo de que Min permaneciera quieta en la silla. No del todo, aunque había oído todo tipo de historias terribles sobre los Aiel de rostro velado. Su chaqueta y sus calzas eran de la mejor y más fina lana que había podido encontrar en Salidar, en un tono rosa pálido, con minúsculas flores azules y blancas bordadas en solapas y puños, así como en los costados de las perneras. La camisa también era de corte masculino, pero de seda color cremoso. En Baerlon, después de que su padre muriese, sus tías habían intentado convertirla en lo que ellas llamaban una mujer como es debido, aunque quizá su tía Miren comprendió que después de diez años correteando por las minas vestida con ropas de chico tal vez fuera demasiado tarde para enfundarla en un vestido. Aun así, lo habían intentado, y ella se había resistido con la misma obstinación con que se había negado a aprender a utilizar una aguja de coser. Aparte de un episodio poco afortunado sirviendo mesas en El Reposo de los Mineros —un lugar bronco, pero en el que no había estado mucho tiempo; Rania, Jana y Miren se habían encargado del asunto con toda contundencia cuando se enteraron y dio igual que por entonces tuviese ya veinte años—, salvo esa vez nunca se había puesto un vestido por propia voluntad. Ahora estaba pensando que quizá tendría que haber encargado que le hiciesen uno en lugar de esta chaqueta y estas calzas. Un vestido de seda, con el corpiño muy ceñido y el escote bajo y…

«Tendrá que aceptarme como soy —pensó al tiempo que retorcía las riendas con irritación—. No pienso cambiar por ningún hombre.» Sólo que hasta no hacía mucho tiempo sus ropas eran tan sencillas como las de cualquier granjero y su cabello no le había caído casi hasta los hombros en tirabuzones. *Serás como quiera que creas que él desea que seas*, susurró una vocecilla dentro de su cabeza y Min la expulsó con una imaginaria patada, más fuerte de lo que nunca había pateado a cualquier mozo de cuadra que había intentado ponerse agresivo con ella, y a continuación taconeó los flancos de *Galabardera* sólo un tantico más flojo. Odiaba la mera idea de que las mujeres fuesen débiles en lo tocante a hombres. Sólo había un problema: estaba bastante segura de que iba a descubrir lo que era eso a no mucho tardar.

Desmontó frente a las puertas de palacio, palmeó a la yegua como queriendo decirle que no había sido su intención taconearla al tiempo que miraba con incertidumbre a los Aiel. La mitad eran mujeres y todas, salvo una, bastante más altas que ella. Los hombres igualaban la talla de Rand en su mayoría y algunos la superaban incluso. Todos, desde el primero al último, la estaban observando —bueno, daba la impresión de que vigilaban todo, pero indudablemente a ella también— y, que la joven viera, sin parpadear una sola vez. Con esas lanzas y adargas, los arcos a la

espalda, las aljabas en la cadera y los enormes cuchillos al cinturón parecían prestos a matar. Las tiras de tela negra que llevaban colgando sobre el pecho debían de ser los velos. Había oído decir que los Aiel no mataban sin antes taparse la cara. «Espero que sea cierto.» Se dirigió a la mujer más baja. Enmarcado por un brillante cabello pelirrojo, tan corto como Min solía llevar antes, el tostado rostro podría haber sido una talla de madera; sin embargo, era incluso un poco más baja que ella.

—Vengo a ver a Rand al'Thor —dijo Min un tanto vacilante—. El Dragón Renacido. —¿Parpadearían alguna vez estas gentes?—. Me llamo Min. Me conoce y traigo un mensaje importante para él.

La mujer pelirroja se giró hacia los otros Aiel y gesticuló rápidamente con su mano libre. Las demás mujeres se echaron a reír mientras se volvía de nuevo hacia ella.

—Te conduciré hasta él, Min. Pero, si no te conoce, tardarás mucho menos en salir que en entrar. —Algunas de las Aiel también rieron por esto último—. Me llamo Enaila.

—Me conoce —repitió a la par que enrojecía. En las mangas de la chaqueta llevaba un par de cuchillos que Thom Merrilin le había enseñado cómo utilizar, pero tenía la impresión de que esta mujer se los quitaría y la despellejaría con ellos. Una imagen flotó de repente sobre la cabeza de Enaila y al punto desapareció; era una especie de corona o halo, pero Min no tenía ni idea de lo que significaba—. ¿Se supone que tengo que entrar también a mi yegua? No creo que Rand quiera verla. —Para su sorpresa, varios Aiel, hombres y mujeres, soltaron una risita y los labios de Enaila se curvaron levemente en las comisuras como si reprimiera las ganas de hacer lo mismo.

Un hombre se acercó para hacerse cargo de *Galabardera* —a Min le pareció que también era Aiel a pesar de la mirada gacha y el atuendo blanco— y ella siguió a Enaila, a través de las puertas y de un amplio patio, al interior del palacio propiamente dicho. Fue un cierto alivio ver sirvientes con libreas rojas y blancas recorriendo los pasillos jalonados de tapices y que miraban con precaución a los Aiel que también deambulaban por los corredores, pero no más de lo que habrían hecho con un perro desconocido. Min había llegado a pensar que encontraría el palacio ocupado únicamente por Aiel, con Rand rodeado por ellos y quizá vestido con una de esas chaquetas y calzas de tonalidades marrones, grises y verdes, mirándola sin parpadear.

Enaila se detuvo ante unas anchas y altas puertas adornadas con tallas de leones, que estaban abiertas, y gesticuló rápidamente con la mano a las Aiel que estaban de guardia. Todas eran mujeres. Una, con el cabello muy rubio y considerablemente más alta que la mayoría de los hombres, respondió del mismo modo.

—Espera aquí —le dijo Enaila, que a continuación entró.

Min dio un paso tras ella, pero una lanza se interpuso sin gestos bruscos en su camino, sostenida por la rubia mujer. O quizá no fue tan despreocupadamente, pero a Min no le importó. Podía ver a Rand.

Estaba sentado en un enorme trono dorado que parecía cubierto totalmente con dragones, vestía una chaqueta roja muy recargada con bordados dorados, y sostenía en las manos —¡quién lo habría imaginado!— un fragmento de lanza con borlones verdes y blancos. Otro trono se alzaba sobre un alto pedestal detrás de él, también dorado, pero con un león formado a base de gemas blancas sobre fondo rojo. El Trono del León, según los rumores que corrían. En ese momento, por ella Rand podría haber estado utilizándolo como escabel. Parecía cansado. Estaba tan guapo que a la joven se le encogió el corazón. Las imágenes danzaban a su alrededor de manera continua. Con las Aes Sedai y los Guardianes, esa avalancha era algo de lo que siempre procuraba evadirse; no sabía su significado más de lo que le ocurría con el resto de la gente, pero siempre estaban presentes. Con Rand, tenía que obligarse a mirarlas o, en caso contrario, no apartaría los ojos de su rostro. Una de aquellas imágenes la había vislumbrado cada vez que lo veía: millares, incontables lucecitas chispeantes, cual estrellas o luciérnagas, que se precipitaban hacia una inmensa negrura con el propósito de llenarla, entraban en ella y eran absorbidas. Parecía haber más luces de las que había visto anteriormente, pero la oscuridad también se las tragaba con mayor rapidez. Y había algo más, algo nuevo, un halo amarillo, marrón y púrpura cuya visión le provocó un nudo en el estómago.

Intentó visualizar algo en los nobles que estaban ante él —porque debían de ser eso sin duda, con aquellas levitas bellamente bordadas y aquellos vestidos de ricas sedas— pero no surgió ninguna imagen ni halo de ellos. Era lo normal con casi toda la gente y la mayoría del tiempo; y cuando sí veía, lo más frecuente era que no supiera lo que pronosticaban tales visiones. Aun así, estrechó los ojos, esforzándose con empeño. Si conseguía ver una imagen, un halo, a lo mejor podría servirle de alguna ayuda. A juzgar por los comentarios que había oído desde que habían entrado en territorio de Andor, le vendría bien toda la ayuda posible.

Suspiró profundamente y acabó dándose por vencida. Escrutar y esforzarse no servía de nada a menos que hubiese algo que ver.

De repente advirtió que los nobles se estaban retirando, que Rand se había incorporado y que Enaila le hacía señas con la mano para que entrara. Rand sonreía. Min creyó que el corazón le iba a estallar en el pecho. De modo que así era como se sentían todas esas mujeres de las que ella se había reído porque se echaban a los pies de un hombre. No. Ella no era una chiquilla atolondrada; era mayor que él, había dado su primer beso cuando él todavía pensaba que escaquearse de cuidar el rebaño de ovejas era lo más divertido del mundo, y que… «Luz, no permitas que me flaqueen las rodillas.»

Rand soltó descuidadamente el Cetro del Dragón en el asiento del trono, descendió del estrado de un salto y cruzó el gran salón a la carrera. Tan pronto como llegó ante Min la levantó por las axilas a pulso y empezó a dar vueltas con ella cuando Dyelin y los demás no se habían marchado todavía. Varios nobles los miraron de hito en hito, aunque saltaba a la vista que a Rand le importaba un ardite; por él, podían seguir mirándolos.

—Luz, Min, qué alegría volver a verte la cara —rió. Y lo decía en serio; sobre todo después de tener que estar mirando el pétreo rostro de Dyelin o de Ellorien. Pero si Aemlyn, Arathelle, Pelivar, Luan y todos ellos, del primero al último, hubiesen proclamado su regocijo porque Elayne estuviese de camino a Caemlyn en lugar de contemplarlo fijamente, con desconfianza e incluso con el insulto «mentiroso» asomando a sus ojos, se habría sentido igual de contento de ver a Min.

Cuando la soltó en el suelo, la mujer se tambaleó contra él, agarrándole los brazos y respirando entrecortadamente.

—Lo siento —se disculpó—. No era mi intención hacer que te mareases. Pero es que me siento realmente feliz al verte.

—Bueno, pues has hecho que me maree, palurdo —rezongó contra su pecho. Se obligó a separarse de él y alzó la cara para mirarlo, iracunda, a través de las largas pestañas—. He cabalgado una larga distancia, he llegado en mitad de la noche y lo único que me faltaba es que me cogieras y me zarandearas como a un saco de patatas. ¿Es que nunca vas a aprender a tener modales?

—Palurdo —rió él suavemente—. Min, puedes acusarme de mentiroso pero te aseguro que he echado de menos oírte llamarme eso.

La joven no le dijo nada; se limitó a mirarlo intensamente, la expresión iracunda ausente por completo. De repente a Rand sus pestañas le parecieron más largas de lo que recordaba.

Cayendo en la cuenta de dónde estaban, la tomó de la mano. Un salón del trono no era lugar para reunirse con viejos amigos.

—Ven, Min, nos tomaremos un poco de ponche fresco en mi sala de estar. Somara, voy a mis aposentos, así que puedes mandar retirarse a todo el mundo, pues no os voy a necesitar.

A Somara no pareció gustarle mucho aquella orden, pero relevó de servicio a todos los Aiel salvo Enaila y ella misma. Ambas parecían algo hoscas, cosa que Rand no entendió. Había permitido a Somara reunir dentro de palacio a todos los guerreros que quisiera porque Dyelin y los otros se dirigían hacia allí. Bashere se hallaba en el campamento de sus jinetes al norte de la ciudad por el mismo motivo. Lo de las Doncellas porque sería un recordatorio, y la ausencia del general shienariano porque con él quizá fuesen demasiados recordatorios. Confiaba en que las dos Doncellas no estuvieran planeando comportarse en plan maternal. Rand tenía la impresión de que

se alternaban en las guardias más a menudo de lo que en realidad les correspondía por turno, pero Nandera era tan inflexible como Sulin en lo tocante a que él dijese específicamente quién tenía que hacer qué. Podría dirigir a las *Far Dareis Mai*, pero, para empezar, no era una Doncella y lo otro no era asunto de su incumbencia.

Mientras la conducía de la mano corredor adelante, Rand advirtió que Min contemplaba los tapices, arcones y mesas taraceados, cuencos dorados y altos jarrones de porcelana de los Marinos colocados en hornacinas; y que examinaba a Enaila y a Somara de pies a cabeza, tres veces a cada una. Pero no lo miró a él una sola vez ni pronunció ninguna palabra. Su mano envolvía la de la mujer y sintió el pulso en su muñeca a un ritmo tan alocado como el de un caballo desbocado. Esperaba que Min no se hubiese enfadado de verdad por haberle dado vueltas en el aire.

Para gran alivio de Rand, Somara y Enaila tomaron posiciones a ambos lados de la puerta, aunque ambas le asestaron una mirada impasible cuando pidió ponche, y tuvo que repetirlo. Cuando entró en la sala de estar, se quitó la chaqueta y la echó sobre una silla.

—Siéntate, Min, siéntate. Ponte cómoda y relájate. Traerán el ponche enseguida. Tienes que contármelo todo. Dónde has estado, cómo has venido a parar aquí, por qué has llegado en plena noche. Es peligroso viajar cuando está oscuro, Min. Ahora más que nunca. Te daré las mejores habitaciones de palacio, es decir, las mejores en segundo lugar, porque éstas son las mejores. Y te proporcionaré una escolta Aiel para que te acompañe a donde quieras ir. Cualquier matasiete o bravucón se quitará el sombrero e inclinará la cabeza si es que no trepa por la pared de un edificio para quitarse de en medio.

Por un momento creyó que ella se echaría a reír, pero Min siguió plantada junto a la puerta, hizo una profunda inhalación y sacó una carta del bolsillo.

—No puedo decirte de dónde vengo porque lo prometí, Rand, pero Elayne está allí y…

—En Salidar —la interrumpió y sonrió al ver el modo en que abría los ojos de par en par—. Sé unas cuantas cosas, Min. Quizá más de lo que piensan algunas personas.

—Eh… ya lo veo —musitó con un hilo de voz. Le puso bruscamente la carta en las manos y luego volvió a retroceder. Su voz cobró firmeza al añadir—: Juré que lo primero que haría sería darte eso. Adelante, léelo.

Rand reconoció el sello, un lirio estampado en cera de color amarillo oscuro, así como la fluida escritura de Elayne con su nombre, y vaciló antes de abrir la carta. Los cortes radicales, por lo sano, eran lo mejor y él había hecho uno, pero con la carta en la mano todas sus resoluciones se fueron al traste. Leyó la misiva, tras lo cual se sentó encima de la chaqueta roja y volvió a leerla. Ciertamente era corta.

«*Rand,*

»Creo haber expresado claramente mis sentimientos hacia ti. Ten presente que no han cambiado. Espero que sientas por mí lo que siento yo por ti. Min puede ayudarte, si le haces caso. La quiero como a una hermana y confío en que tú la quieras como yo.

»Elayne.»

Debía de estar acabándosele la tinta, porque las últimas palabras eran unos garabatos apresurados, muy distintos del trazo elegante del resto. Min había estado desplazándose furtivamente y torciendo la cabeza en un intento de leer la carta sin que resultara demasiado obvio, pero cuando Rand se incorporó para quitar la chaqueta sobre la que se había sentado —el *ter'angreal* del hombrecillo gordo estaba en un bolsillo y se le clavaba— volvió a recular.

—¿Es que todas las mujeres tratan de volver locos a los hombres? —masculló.

—¿Qué?

Él bajó la vista hacia la carta y dijo como si hablara consigo mismo:

—Elayne es tan hermosa que no puedo evitar quedarme embobado cuando la miro, pero la mitad del tiempo no sé si quiere que la bese o que me arrodille a sus pies. En honor a la verdad, a veces deseé arrodillarme… y adorarla, que la Luz me asista. Aquí dice que sé lo que siente por mí. Me ha escrito otras dos cartas antes que ésta, una rebosante de amor y la otra para decirme que no quería volver a verme nunca. Cuántas veces me he quedado sentado deseando que la primera fuera la de verdad y la segunda algún tipo de broma o error o… Y Aviendha. También es hermosa, pero cada día que he pasado a su lado ha sido una batalla. Nada de besos, ya no. Ni queda la más leve duda sobre los sentimientos que le inspiro. Se alegró más ella de alejarse de mí que yo de verla partir. Sólo que sigo esperando encontrarla cuando me doy media vuelta; pero no está y es como si me faltara una parte de mí. A decir verdad echo de menos esa brega y hay ocasiones en que me sorprendo pensado: «Todavía existen cosas por las que merece la pena luchar».

Algo en el silencio de Min le hizo alzar la cabeza. Lo miraba fijamente, con el semblante tan inexpresivo como el de una Aes Sedai.

—¿Nunca te ha dicho nadie que es una falta de educación hablar a una mujer de otra? —Su tono era totalmente impávido—. Y mucho menos hablarle de dos mujeres.

—Min, eres una amiga —protestó—. No pienso en ti como una mujer. —Era lo peor que podía haber dicho y lo supo en el momento en que las palabras salieron de su boca.

—¿De veras?

La joven se echó la chaqueta hacia atrás y plantó las manos en las caderas, pero no con la pose enfadada que él conocía tan bien. Sus muñecas estaban giradas de manera que los dedos apuntaban hacia arriba y, de algún modo, aquello lo cambiaba

todo. Y tenía doblada una rodilla y eso… Por primera vez la vio realmente; no sólo a Min, sino su aspecto. No el habitual atuendo de chaqueta y pantalones marrones, sino de un tono rosa y con bordados. No el habitual cabello corto que apenas le tapaba las orejas, sino tirabuzones que le rozaban los hombros.

—¿Te parezco un chico?

—Min, yo…

—¿Tengo aspecto de hombre? ¿De caballo? —En una rápida zancada se plantó a su lado y se dejó caer sobre su regazo.

—Min —dijo, pasmado—. ¿Qué estás haciendo?

—Convenciéndote de que soy una mujer, palurdo. ¿Es que no parezco una mujer? ¿Es que no huelo como una mujer? —Ahora que Rand se fijaba, la envolvía un tenue aroma a flores—. ¿Es que no siento como…? Bueno, ya es suficiente. Responde a la pregunta, pastor.

El hecho de dirigirse a él con los términos «palurdo» y «pastor» fue lo que acalló su sensación de alarma. Lo cierto es que estaba realmente guapa sentada en sus rodillas. Pero era Min, que lo tenía por un pueblerino con pelo de dehesa y muy poco sentido común.

—Luz, Min, sé que eres una mujer. No era mi intención insultarte. Pero también eres una amiga y me siento a gusto a tu lado. Estando contigo puedo hacer el tonto, puedo decirte cosas que no le diría a nadie, ni siquiera a Mat o a Perrin. Cuando te tengo cerca, es como si todas las tensiones que me agobian y todas las contracturas que me agarrotan los hombros y que ni siquiera había notado que tenía desapareciesen. ¿No te das cuenta, Min? Me gusta estar cerca de ti. Te he echado de menos.

Ella se cruzó de brazos y lo miró de reojo, frunciendo el entrecejo. Una de sus piernas se movió repetidamente; de haber tenido el pie apoyado en el suelo habría estado dando golpecitos con él.

—Todo eso que has dicho sobre Elayne. Y la tal… Aviendha. Por cierto, ¿quién es? Me suena como si las amases a las dos. Oh, deja de rebullir y estáte quieto de una vez. Me debes una explicación. Habráse visto, decir que no soy… En fin, respóndeme. ¿Amas a las dos?

—Tal vez sí —contestó lentamente—. La Luz me asista, creo que quizá sí. ¿Significa eso que soy un libertino o simplemente un necio ansioso?

Min abrió la boca pero la cerró al punto; sacudió la cabeza con irritación y apretó los labios. Rand se apresuró a continuar antes de que le contestara en cuál de las dos categorías consideraba que encajaba mejor; realmente no quería oírlo en boca de ella.

—Ahora ya no importa, de todos modos. Se acabó. Mandé lejos a Aviendha y no dejaré que regrese. Y yo no me permitiré acercarme a ninguna de las dos a menos de un kilómetro o de diez si de mí depende.

—¡Por amor de…! ¿Por qué, Rand? ¿Qué derecho tienes a hacer esa elección por ellas?

—¿Es que no te das cuenta, Min? Soy una diana y cualquier mujer a la que ame se convierte también en un blanco. Aun en el caso de que la flecha apunte hacia mí podría darle a ella. Y también es posible que el tiro esté dirigido a esa mujer. —Respirando agitadamente, Rand se recostó, con los brazos apoyados en los del sillón. Min se giró un poco y lo estudió con una expresión tan seria como él no había visto nunca en su rostro. La muchacha siempre estaba sonriente, como si le hiciera gracia cuanto la rodeaba. Mejor que no fuera así en este momento, porque él hablaba muy en serio—. Lan me dijo que él y yo somos iguales en ciertos aspectos y tiene razón. Dijo que hay hombres que irradian muerte. Él mismo. Yo. Cuando un hombre así se enamora, el mejor regalo que puede hacer a esa mujer es poner la mayor distancia posible entre ambos y cuanto antes. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo que entiendo… —Enmudeció y guardó silencio un momento—. Está bien. Soy tu amiga y me alegra que lo sepas, pero no pierdas el tiempo pensando que voy a darme por vencida. Te convenceré de que no soy ni un hombre ni un caballo.

—Min, ya te he dicho que…

—Oh, no, pastor. Eso no basta. —Se retorció en su regazo de un modo que lo hizo carraspear y plantó el índice en su pecho—. Quiero ver lágrimas en tus ojos cuando lo digas. Quiero que se te caiga la baba y que la voz te salga entrecortada. No creas que vas a salir de rositas de este apuro porque pienso hacértelo pagar.

Rand se echó a reír sin poder evitarlo.

—Min, de verdad es estupendo tenerte aquí. Sólo me ves como un patán de Dos Ríos, ¿a que sí?

La actitud de ella cambió de manera relampagueante.

—Te veo a ti, Rand —musitó muy quedo—. A ti. —Se aclaró la voz y se colocó remilgadamente, con las manos sobre las rodillas y un aire formal. Si es que era posible hacer algo así encontrándose sentada como estaba—. Será mejor que siga hablando del motivo de mi viaje. Al parecer estás enterado de lo de Salidar. Eso va a provocar que se arqueen muchas cejas, te lo advierto. Lo que probablemente no sepas es que no he venido sola. Hay una embajada de Salidar en Caemlyn, para verte.

El rezongo de Lews Therin sonó como un trueno lejano dentro de su cabeza. La mención de Aes Sedai siempre lo alteraba desde lo de Alanna y la vinculación, si bien no tanto como cuando Taim estaba cerca.

A pesar del refunfuño de Lews Therin, Rand estuvo a punto de sonreír. Había sospechado algo así tan pronto como Min le entregó la carta de Elayne. La confirmación era casi la prueba de que estaban asustadas, como había imaginado. ¿Cómo iban a estar si no, siendo rebeldes que se habían visto obligadas a esconderse en los aledaños del poder de los Capas Blancas? También era más que probable que

estuviesen deseosas de hallar el modo de volver a la Torre Blanca, mordiéndose las uñas mientras discurrían cómo reanudar las buenas relaciones con Elaida. Por lo que él sabía de esa mujer, tenían muy pocas posibilidades de lograrlo y ellas debían de saberlo mejor que él. Si habían enviado una embajada al Dragón Renacido, a un hombre capaz de encauzar, entonces es que tenían que estar más que dispuestas a aceptar su protección. Esto no se parecía en nada a la propuesta de Elaida quien, por lo visto, creía que podía comprarlo y seguramente meterlo en una jaula como a un pájaro canoro. Las vagas promesas de Egwene sobre Aes Sedai que lo respaldarían estaban a punto de hacerse realidad.

—¿Quién ha venido contigo? —preguntó—. A lo mejor la conozco. —En realidad no conocía a ninguna Aes Sedai salvo a Moraine, que estaba muerta, pero sí había tenido encuentros con algunas. Si era una de ellas, quizá complicase las cosas. En esos días era realmente el joven campesino al que aludía Min y que se encogía cada vez que una Aes Sedai lo miraba.

—Hay más de una, Rand. De hecho, son nueve. —Él dio un respingo, y Min continuó apresuradamente—. Es para honrarte, Rand. El triple de hermanas que envían a un rey o una reina. Merana, que es la que tiene el mando, es del Ajah Gris y vendrá a palacio esta tarde, sola. Y sólo se acercarán a ti de una en una cada vez si no te sientes a gusto habiendo más. Han tomado habitaciones en La Corona de Rosas, en la Ciudad Nueva. Prácticamente la han ocupado, con todos los Guardianes y la servidumbre. Merana me envió primero porque te conozco, para allanar el camino. No buscan hacerte ningún daño, Rand. Estoy segura.

—¿Es eso una visión, Min, o una opinión tuya? —Qué extraño resultaba estar manteniendo una conversación seria con una mujer sentada en sus rodillas, pero, al fin y a la postre, era Min. Eso lo cambiaba todo. Sólo que tenía que estar recordándoselo a sí mismo continuamente.

—Una opinión mía —admitió de mala gana—. Rand, veo sus auras a diario, desde que salimos de Salidar. Si tuvieran intención de perjudicarte, tendría que haber visto algo. No puedo creer que no surgiera ninguna imagen de ello durante todo ese tiempo. —Rebulló y le dirigió una mirada preocupada que enseguida dio paso a una firme determinación—. Y, a propósito, creo que debería decirte algo. Vi un halo a tu alrededor en el salón del trono. Unas Aes Sedai van a hacerte daño. O mujeres que pueden encauzar, en cualquier caso. Era muy confuso y no estoy segura respecto a lo de las Aes Sedai. Pero podría suceder más de una vez. Creo que ésa es la razón de que todo esté tan embrollado. —Él la miró en silencio y sonrió—. Eso es lo que me gusta de ti, Rand. Aceptas lo que puedo hacer y lo que no. No me preguntas si estoy segura o cuándo va a ocurrir. Nunca pides más de lo que sé.

—Bueno, pues voy a hacerte una pregunta, Min. ¿Puedes asegurar que esas Aes Sedai de tu visión no son las que han venido contigo?

—No —admitió, lisa y llanamente.

Ésa era una cosa que a Rand le gustaba de ella: nunca intentaba salirse por la tangente.

«He de tener cuidado —susurró con resolución Lews Therin—. Hasta estas chicas medio entrenadas pueden ser peligrosas habiendo nueve. Tengo que…»

«Soy yo el que tiene que», pensó firmemente Rand. Hubo un instante de desconcierto por parte de Lews Therin y después regresó a su recóndito rincón. Siempre lo hacía cuando Rand le hablaba. El único problema era que Lews Therin parecía ver y oír más de manera progresiva y se proponía actuar en consecuencia. No se había producido ningún otro intento por su parte de aferrar el *Saidin*, pero ahora Rand estaba alerta. El hombre quería el cuerpo y la mente de Rand para sí aunque no le pertenecían, y si alguna vez conseguía hacerse con el control Rand no estaba seguro de recuperarlo. Lews Therin Telamon hablando y caminando mientras Rand al'Thor se convertía en una voz dentro de su cabeza.

—Rand —llamó Min con inquietud—, no me mires así. Estoy de tu parte, si se trata de tomar partido por unos o por otros. Quizás haya algo de eso. Creen que les contaré todo lo que me digas, pero no lo haré, Rand. Sólo quieren saber cómo tratar contigo, qué pueden esperar, pero no les diré ni una palabra que tú no quieras que les diga. Y si me pides que mienta, lo haré. Ignoran lo de mis visiones. Ese don es para ti, Rand. Sabes que observaré a todo aquel que me digas, incluidas Merana y las demás.

Rand se obligó a esbozar una mueca y se aseguró de que su voz sonase suave:

—Tranquilízate, Min. Sé que estás de mi parte. —Ésa era la pura verdad. Desconfiar de Min sería como desconfiar de sí mismo. De Lews Therin ya se había ocupado de momento; ahora tenía que ocuparse de la tal Merana y su embajada—. Diles que pueden venir de tres en tres. —Era lo que Lews Therin había aconsejado en Cairhien: no más de tres a la vez. Por lo visto el hombre creía que podía manejar a tres Aes Sedai; mostraba un obvio desdén hacia las que ahora se hacían llamar Aes Sedai. Empero, lo que en Cairhien había sido un límite era diferente allí. Merana quería que estuviese tranquilo y con buena disposición antes de que una sola Aes Sedai se le acercara. Que rumiara su invitación a que acudiesen tres y lo que ello podría significar—. Aparte de eso, ninguna de ellas puede entrar en la Ciudad Interior sin mi permiso. Y que no intenten encauzar estando conmigo. Díselo así, Min. Me daré cuenta en el instante en que abracen la Fuente y eso no me agradará. Díselo.

—Tampoco les va agradar mucho a ellas, pastor —repuso secamente—. Pero se lo comunicaré.

Un estruendo hizo que Rand girara bruscamente la cabeza.

Sulin estaba en el umbral de la puerta, con el uniforme rojo y blanco y la cara tan arrebolada que la cicatriz de la mejilla resaltaba más pálida que nunca. Su cabello

blanco había crecido desde que se había puesto el uniforme, pero seguía siendo bastante más corto que el de cualquiera de las sirvientas. La señora Harfor la había obligado a peinárselo con rizos, cosa que Sulin detestaba enormemente. A sus pies había una bandeja de plata orlada con oro, con copas trabajadas también con ambos metales caídas a los lados. La jarra de vino se tambaleó una última vez mientras Rand miraba y, milagrosamente, se quedó de pie, aunque aparentemente había tanto ponche derramado sobre la bandeja y el suelo como dentro del recipiente.

Min hizo intención de levantarse, pero Rand la agarró por la cintura y la hizo sentarse de nuevo. Ya iba siendo hora de darles a entender que había terminado con Aviendha, y a Min no le importaría ayudarlo. De hecho, tras resistirse un momento, la joven se recostó contra él y apoyó la cabeza en su pecho.

—Sulin, una buena sirvienta no va tirando bandejas por ahí. Recógelo y haz lo que se supone que es tu obligación —le dijo.

La mirada que le asestó Sulin era funesta.

La solución que Rand había buscado para permitir que la mujer cumpliera con su *toh* y al tiempo aliviarla en parte de las duras tareas no había sido una idea brillante con respecto a ella. Sulin se ocupaba ahora de sus aposentos y estaba únicamente a su servicio. Ella detestaba que fuera así, naturalmente, sobre todo que él la viera haciéndolo cada día, pero ya no se rompía la espalda fregando suelos por todo el palacio ni acarreando incontables cubos de agua para los lavaderos. Rand sospechaba que Sulin habría preferido que todos los Aiel a este lado de la Pared del Dragón vieran su vergüenza en vez de que la viera él, pero de ese modo había aliviado notablemente sus tareas y, al tiempo, aliviado su cargo de conciencia un tanto; además, si trabajar para él la hacía decidir que cumpliría antes con su *toh*, miel sobre hojuelas. Sulin debía vestir el *cadin'sor* y empuñar las lanzas, no llevar uniforme y doblar ropa blanca.

La Aiel recogió la bandeja y cruzó la habitación para dejarla, bruscamente, sobre una mesa taraceada con marfil. Cuando se daba media vuelta para dirigirse hacia la puerta, la voz de Rand la detuvo:

—Ésta es Min, Sulin. Es mi amiga. No conoce las costumbres Aiel y me tomaría muy a mal si le ocurre algo. —Se le acababa de ocurrir que las Doncellas podrían tener su propio punto de vista respecto a que hubiese mandado lejos a Aviendha y tuviese sentada en sus rodillas a otra mujer nada más haberse ido ella. Su propio punto de vista y su propia forma de ocuparse de ello—. De hecho, si sufre el menor daño, será como si se me hubiese infligido personalmente a mí.

—¿Y por qué nadie querría hacerle daño a esta mujer, excepto Aviendha? —replicó en tono grave—. Dedicó demasiado tiempo a soñar despierta contigo en lugar de enseñarte lo que tendrías que saber. —Sacudió la cabeza y masculló—: Mi señor Dragón.

Rand supuso que esto último debería haber sido un murmullo que él no tendría que haber oído. Después, la Aiel estuvo a punto de caerse de bruces dos veces al hacer la reverencia; se irguió enseguida y al salir cerró con un fuerte portazo.

Min giró la cabeza para mirarlo.

—No creo haber visto nunca a una doncella igual… ¡Rand, creo que si hubiese tenido un cuchillo te lo habría clavado!

—Una patada, tal vez —rió él—, pero nunca una cuchillada. Me cree su hermano perdido mucho tiempo atrás. —El desconcierto se reflejó en el semblante de Min, y Rand adivinó en sus ojos un centenar de preguntas—. Es una larga historia. Te la contaré en otro momento.

Una parte al menos. Nadie sabría jamás lo que tenía que aguantar de Enaila, Somara y unas cuantas otras. Es decir, las Doncellas ya lo sabían, pero nadie más.

Melaine entró al estilo Aiel, es decir, que asomó la cabeza por la puerta, miró en derredor, y a continuación pasó. Rand nunca había discernido qué hacía que un Aiel decidiese entrar o no. Los jefes, las Sabias y las Doncellas se habían metido en la habitación pillándolo en paños menores, en la cama, en el baño. La Sabia de cabello dorado se acercó y se sentó, cruzada de piernas, sobre la alfombra, a pocos pasos enfrente de donde estaba él y con mucho tintineo de brazaletes mientras se arreglaba la falda con cuidado a su alrededor. Los verdes ojos contemplaban a Min inexpresivamente.

Esta vez, Min no hizo la menor intención de levantarse. De hecho, por el modo en que se recostaba contra él, con la cabeza apoyada sobre su pecho y respirando pausadamente, Rand se preguntó si no se habría quedado dormida. Después de todo, le había dicho que había llegado a Caemlyn de noche. De repente fue plenamente consciente de su mano ceñida en torno a su cintura y la retiró prestamente para ponerla sobre el brazo del sillón. Ella suspiró casi con pesar y se acurrucó contra él. Se había dormido, no cabía duda.

—Tengo noticias que darte —anunció Melaine—, y no sé bien cuál de ellas es la más importante. Egwene se ha marchado de las tiendas. Va a un sitio llamado Salidar, donde hay Aes Sedai. Esas Aes Sedai son las que podrían respaldarte. A petición de Egwene no te hablamos antes de ellas, pero ahora te diré que son obstinadas, indisciplinadas, discutidoras y engreídas hasta lo indecible. —Su tono de voz sonaba acalorado al final de la parrafada y su cabeza estaba echada hacia adelante.

Así que una de las caminantes de sueños de Cairhien había hablado con Melaine en sus sueños. Eso era lo más que Rand sabía respecto a las habilidades de las caminantes de sueños y, a pesar de que podría serle muy útil, rara vez se mostraban dispuestas a poner ese talento a su disposición. Lo nuevo para él era eso de obstinadas y todo lo demás. La mayoría de los Aiel actuaban como si pensaran que las Aes Sedai podrían golpearlos, creían que se lo tenían merecido si tal cosa

ocurriese e intentarían aceptar el golpe sin encogerse. Hasta las Sabias hablaban respetuosamente de las Aes Sedai las contadas veces que se referían a ellas. Obviamente algunas cosas habían cambiado.

—Lo sé —fue cuanto contestó, sin embargo. Si Melaine tenía intención de explicarle por qué, lo haría sin que él se lo preguntara. Y, si no era su intención, preguntar no le serviría de nada—. Respecto a Egwene y a Salidar también. Hay nueve de Salidar en Caemlyn ahora mismo. Min vino con ellas.

La joven rebulló contra su pecho y murmuró algo. Lews Therin estaba rezongando otra vez, demasiado bajo para entender lo que decía, pero Rand se alegró de esa distracción. Sentir a Min era… agradable. Se pondría hecha una furia si lo supiera. Aunque, teniendo en cuenta lo que había dicho de hacérselo pagar, a lo mejor se echaba a reír. A lo mejor. A veces sus cambios de humor eran bruscos e imprevisibles.

Melaine no pareció sorprendida de que lo supiera, ni siquiera se ajustó el chal. Desde que se había casado con Bael parecía haberse… «Calmado» no era el término correcto; resultaba excesivamente plácido refiriéndose a Melaine. Más bien, su irritabilidad era menos acusada.

—Ésa era mi segunda noticia. Debes tener cuidado con ellas, Rand al'Thor, y mostrar mano firme. No respetarán nada más.

Definitivamente, las cosas habían cambiado.

—Tendrás dos hijas —musitó Min—. Gemelas como dos gotas de agua.

Si Melaine no había demostrado sorpresa antes, ahora lo compensó. Abrió los ojos como platos y dio un respingo que casi la levantó de suelo.

—¿Cómo puedes…? —empezó con incredulidad, pero calló al punto para recobrar la compostura. Aun así, cuando volvió a hablar parecía faltarle resuello—. Yo misma no tenía la seguridad de que estaba embarazada hasta esta misma mañana. ¿Cómo puedes saberlo tú?

Min se levantó entonces y le dirigió una mirada que Rand conocía muy bien. Por alguna razón, la culpa era de él. Aunque las faltas de Min fueran pequeñas, tampoco estaba libre de ellas. La muchacha toqueteó nerviosamente su chaqueta mientras miraba a todas partes excepto hacia Melaine y cuando por fin sus ojos se detuvieron de nuevo sobre Rand la mirada era una simple variación de la primera. Él la había metido en este apuro, de modo que era su obligación sacarla de él.

—No te preocupes, Min —dijo—. Es una Sabia e imagino que saben cosas que te pondrían el pelo de punta. —Lástima, porque ahora estaba muy bonita con esos rizos. ¿Cómo harían eso las mujeres?—. Estoy convencido de que prometerá guardar tu secreto y te aseguro que puedes confiar en su palabra.

A Melaine casi se le enredó la lengua en su premura por pronunciar la promesa. Aun así, Rand recibió otra mirada —ésta quizá de reproche— antes de que Min se

sentara junto a Melaine. ¿Y cómo demonios esperaba que la sacase del atolladero? Melaine no olvidaría lo que había dicho porque él se lo pidiera, pero sí cumpliría una promesa de guardarlo en secreto. Bastantes había mantenido hacia él.

A pesar de su reticencia, una vez que Min empezó a hablar ofreció una explicación mucho más amplia de las que jamás le había dado a él de un solo tirón, tal vez debido igualmente a las constantes preguntas de la otra mujer, así como al cambio de actitud de la Aiel. Era como si Melaine empezara a sentir que la habilidad de Min la convertía en una igual, en cierto sentido, en absoluto una habitante de las tierras húmedas.

—Es increíble —dijo la Sabia finalmente—. Cómo interpretar los sueños sin soñar. ¿Dos, dices? ¿Niñas? Bael estará encantado. Dorindha le ha dado tres hijos varones, pero las dos sabemos que le gustaría tener una hija.

Min parpadeó y sacudió la cabeza con fuerza. Claro; no sabía nada sobre las hermanas conyugales.

A partir de ese momento, las dos mujeres pasaron de inmediato a hablar sobre el parto en sí. Ninguna había dado a luz, pero ambas habían ayudado a parteras.

Rand carraspeó sonoramente. No porque le incomodara ninguno de los detalles, por supuesto. Había ayudado a ovejas a parir corderos, a las yeguas, potros, y a las vacas, terneros. Lo que lo irritaba era que estuviesen sentadas allí, juntas las cabezas, como si él no existiera. Ninguna de las dos alzó la vista hacia él hasta que carraspeó por segunda vez, y tan fuerte que se preguntó si no se habría dañado las cuerdas vocales.

Melaine se acercó más a Min y habló en un susurro que se habría escuchado en la habitación contigua:

—Los hombres siempre se desmayan.

—Y siempre en el peor momento —abundó Min en el mismo tono.

¿Qué pensarían si lo hubiesen visto en el establo del padre de Mat, pringado de sangre y líquido amniótico hasta los codos y con tres costillas rotas donde la yegua le había dado una coz porque nunca había parido y estaba asustada? Había sido un potro precioso y la yegua ya no coceó la vez siguiente.

—Antes de que me desmaye —dijo con sorna mientras se reunía con ellas en la alfombra—, ¿os importaría a alguna de las dos contarme algo más sobre las Aes Sedai? —Habría estado de pie o sentado en el suelo con anterioridad si no hubiese tenido ocupadas las rodillas. Entre los Aiel, sólo los jefes tenían sillas y éstos sólo las utilizaban para asuntos como dar veredictos o recibir la sumisión de un enemigo.

Las dos mujeres mostraron el debido azoramiento por la indirecta. Ninguna de ellas dijo nada, pero hubo mucho ajustarse el chal y la chaqueta sin mirarlo a la cara. Todo aquello desapareció como por ensalmo en cuanto reanudaron la conversación. Min sostenía porfiadamente que las Aes Sedai de Salidar no querían hacer daño a

Rand y sí podrían prestarle ayuda, manejando adecuadamente la situación, lo que significaba que ella lo tendría informado de cuanto llegara a sus oídos y de lo que hablasen, tanto en público como en privado.

—No soy una traidora por hacer eso. Lo entiendes, ¿verdad, Melaine? Conocí a Rand antes que a cualquier Aes Sedai excepto a Moraine y lo cierto es que él se ganó mi lealtad mucho antes de que ella muriese.

Melaine no consideraba a Min una traidora, todo lo contrario; y parecía que su opinión sobre ella era aun mejor. Las Sabias tenían su propia versión respecto a la idea de los Aiel sobre los espías. Sin embargo argumentó que, salvo contadas excepciones, las Aes Sedai eran tan poco merecedoras como los Shaido de la confianza de nadie, lo que significaba que no merecían ninguna hasta que se los había capturado y hecho *gai'shain*. No es que sugiriese exactamente confinar a las Aes Sedai en La Corona de Rosas, pero no le anduvo lejos.

—¿Cómo puedes fiarte de ellas, Rand al'Thor? Creo que no tienen honor, excepto Egwene al'Vere, y ella… —Melaine volvió a ajustar bruscamente su chal—. Cuando una Aes Sedai me demuestre que tiene tanto honor como Egwene, confiaré en ella y no antes.

Por su parte, Rand escuchó más que habló y, sin pronunciar más de una docena de palabras, se enteró de mucho. Para refutar los argumentos de Melaine, Min hizo una relación de las componentes de la embajada, nombre por nombre, indicando lo que cada una de ellas había dicho respecto a apoyar a Rand y admitiendo que, en honor a la verdad, no todo era halagüeño.

Tanto Merana Ambrey como Kairen Stang, una Azul, eran andoreñas y, a pesar de que supuestamente las Aes Sedai renunciaban a toda lealtad excepto a la Torre Blanca, tal vez debido a estar separadas de ella les preocupaba que Rand se instalara en Caemlyn y que hubiese asesinado a Morgase. Rafela Cindal, también del Ajah Azul, parecía satisfecha de los cambios efectuados por Rand en Tear, donde antes estaba prohibido encauzar y cuando se descubría a una chica que podía hacerlo se la sacaba a toda prisa del país, pero apenas hablaba y también le preocupaba lo de Morgase. Seonid Traighan, una Verde, rumiaba todos los rumores que llegaban de Cairhien, su tierra natal, y se reservaba su opinión. Y Faeldrin Harella, la otra hermana Gris, a veces comparaba las atrocidades cometidas por los seguidores del Dragón en Altara y Murandy a lo que los seguidores del Dragón habían hecho en Tarabon, negándose incluso a hablar del hecho de que la guerra civil había destrozado su país antes de que el primer hombre jurara lealtad al Dragón allí.

Por más que presionó Melaine, sin embargo, Min insistió en que todas y cada una de esas Aes Sedai reconocían a Rand como el Dragón Renacido y que, a lo largo de todo el viaje desde Salidar, le habían preguntado insistentemente cómo era él y cuál sería el mejor modo de abordarlo sin ofenderlo ni asustarlo.

Rand gruñó al escuchar esto último —que les preocupaba asustarlo— pero Melaine siguió machacando con que si la mayoría de las mujeres que componían la embajada tenían tantos motivos para estar en contra de Rand, entonces se podía confiar en la delegación en conjunto para que se encargara de recoger estiércol para las lumbres y nada más. Min le dedicó a Rand una mirada de disculpa y se apresuró a seguir con su planteamiento. En Arad Doman había habido tantos seguidores del Dragón como en Tarabon, además de su guerra civil, pero Demira Eriff, del Ajah Marrón, sólo hablaba de dos temas: conocer a Rand y el rumor de que éste había abierto una especie de escuela en Cairhien; en opinión de Demira, ningún hombre que estableciese cualquier tipo de centro educativo podía ser enteramente malo. Berenicia Morsad, una hermana Amarilla de Shienar, había oído de boca de shienarianos en Salidar que Rand había sido recibido en Fal Dara por el capitán general lord Agelmar Jagad, un honor que parecía contar mucho para ella; lord Agelmar jamás recibiría a un rufián, un necio o un bribón. También era un factor de peso para Masuri Sokawa, una Marrón de Arafel, país fronterizo con Shienar. Por último estaba Valinde Nathenos, quien según Min mostraba una vehemencia impropia del Ajah Blanco en conseguir que Rand expulsara a Sammael de Illian; una promesa de llevar a cabo eso, incluso de intentarlo, y a Min no le sorprendería ver a Valinde ofrecerle juramento de lealtad. Melaine expresó sus dudas al respecto, incluso puso los ojos en blanco. No había visto a una sola Aes Sedai con suficiente sentido común para hacer algo así, una postura que a Rand sorprendió sobremanera, considerando que la Sabia seguramente se reiría en sus narices si él le pidiera un juramento así. Sin embargo, Min mantuvo que era cierto, dijese lo que dijese la otra mujer.

—Me mostraré tan respetuoso con ellas como me sea posible sin arrodillarme —le dijo Rand a Min cuando la joven hubo acabado. Luego se dirigió a Melaine y añadió—: Y hasta que no den prueba de su buena voluntad, no confiaré en ellas ni un ápice. —Creía que así complacería a ambas ya que cada cual conseguía lo que quería, pero a juzgar por los ceños que pusieron como respuesta, comprendió que no contentaba ni a la una ni a la otra.

Después de esa discusión, casi esperaba que las mujeres anduvieran a la greña, pero por lo visto el embarazo de Melaine y la visión de Min había creado una especie de vínculo. Cuando se pusieron de pie, se abrazaron, todo sonrisas.

—Creía que no me ibas a gustar, Min —dijo Melaine—, pero me equivoqué. Pondré tu nombre a una de las niñas, ya que fuiste la primera en conocer su existencia. He de ir a contárselo a Bael, no vaya a ser que se ponga celoso porque Rand al'Thor se enteró antes que él. Que siempre encuentres agua y sombra, Min. —Luego se volvió hacia Rand—. Vigila atentamente a esas Aes Sedai, Rand al'Thor, y da tu protección a Min cuando la necesite. Le harán daño si se enteran de que te es leal.

Ni que decir tiene que se marchó con tan poca ceremonia como había llegado, limitándose a despedirse con un breve movimiento de cabeza.

Y con su marcha volvió a dejarlo solo con Min, cosa que, por alguna razón, lo hacía sentirse violento.

42



La Torre Negra

Rand y Min se quedaron de pie, mirándose, inmóviles hasta que finalmente él rompió el silencio:

—¿Te apetece venir a la granja conmigo?

La joven dio un pequeño respingo de sobresalto al oír su voz.

—¿La granja?

—Es una escuela, en realidad. Para los hombres que acuden por mi amnistía.

—No. —Min se puso pálida—. No creo que… Merana estará esperando que vuelva para darle noticias. Y es conveniente que les comunique tus reglas cuanto antes. Cualquiera de ellas podría decidir deambular por la Ciudad Interior sin saber que lo tienen prohibido, y no querrás que… En fin, he de irme.

Rand no lo entendía. No conocía siquiera a los estudiantes y ya le daban miedo porque eran hombres capaces de encauzar, hombres que querían encauzar. En cualquier otra persona sería comprensible, pero él encauzaba y a Min no parecía importarle revolverle el pelo, hincarle el índice en las costillas y llamarlo con términos despectivos en su propia cara.

—¿Deseas una escolta que te acompañe de vuelta a La Corona de Rosas? Hay asaltantes incluso a plena luz del día, aunque no muchos, pero no querría que te ocurriese nada.

La risa de la mujer sonó un tanto nerviosa. Realmente estaba alterada por lo de la granja.

—Ya cuidaba de mí misma cuando tú todavía te ocupabas del hato de ovejas, palurdo. —De repente aparecieron en sus manos unos cuchillos que, con idéntica rapidez, volvieron a su escondrijo en las mangas de la chaqueta, aunque no con tanta agilidad. Luego, en un tono mucho más serio, añadió—: Tienes que cuidarte más, Rand. Descansa. Pareces estar agotado. —Inopinadamente, se puso de puntillas y estiró el cuello para rozarle los labios con un beso—. También me alegro de verte, pastor. —Y tras soltar otra risa, ésta gozosa, se marchó.

Mascullando entre dientes, Rand se puso la chaqueta y entró en el dormitorio para recoger la espada del fondo del armario, un mueble oscuro con rosas talladas y lo bastante alto y ancho para guardar las ropas de cuatro hombres. Realmente se estaba

volviendo un chivo lujurioso, se increpó, al recordar sus reacciones. Min sólo estaba bromeando, divirtiéndose a su costa. Se preguntó cuánto tiempo se proponía seguir tomándole el pelo por haber tenido un pequeño lapsus.

Algo tintineó en el interior de una bolsa de tela, no muy grande, cuando la cogió de debajo de los calcetines, en un cajón de una consola taraceada con lapislázuli; la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta y a continuación guardó otra bolsa mucho más pequeña, de terciopelo, todo ello encima de su *angreal*. El platero que había hecho lo que contenía la más grande se había mostrado más que satisfecho de trabajar para el Dragón Renacido e intentó no cobrar por ello aduciendo que el honor de servirle era pago suficiente. El orfebre que había hecho la única pieza de oro que iba en la otra bolsa exigió un precio cuatro veces superior a lo que valía realmente el trabajo, según Bashere, y fue necesario que un par de Doncellas estuviesen presentes en todo momento hasta que la pieza estuvo terminada.

Hacía tiempo que Rand tenía pensado hacer esta visita a la granja. No le gustaba Taim, y Lews Therin se encrespaba cuando el hombre estaba cerca, pero no podía continuar eludiendo ir allí. Sobre todo ahora. Que él supiera, Taim había cumplido bien la orden de mantener a los estudiantes alejados de la ciudad —al menos, no había tenido noticia de ningún incidente y se habría enterado si los hubiese habido— pero las nuevas respecto a la llegada de Merana y la embajada acabarían llegando a la granja a través de las carretas de suministros o de nuevos estudiantes y, tal como sucedía con los rumores, nueve Aes Sedai pasarían a ser nueve hermanas Rojas o noventa buscando hombres a los que amansar. Tanto si el resultado de ello era que los estudiantes salían huyendo en plena noche como si, por el contrario, acudían a la ciudad aprovechando la oscuridad para atacar primero, Rand tenía que cortarlo antes de que empezara.

Por Caemlyn corrían ya demasiados rumores sobre Aes Sedai, otra de las razones por las que había planeado la visita. Si se daba crédito a lo que se hablaba en las calles, Alanna, Verin y las jóvenes de Dos Ríos eran más de la mitad de la Torre Blanca; y había muchas más historias sobre Aes Sedai colándose subrepticiamente en la ciudad, entrando a escondidas por las puertas en mitad de la noche. Los chismes respecto a una Aes Sedai que curaba gatos eran tan persistentes que incluso él casi se lo creyó, pero todos los esfuerzos de Bashere para rastrear el rumor no sacaron nada en limpio y parecía infundado como la historia de que las mujeres que escoltaban al Dragón Renacido a todas partes eran realmente Aes Sedai disfrazadas.

En un gesto inconsciente, Rand se volvió hacia la pared ornamentada con relieves de leones y rosas, como si mirara a través de ella. Alanna ya no se encontraba en El Sabueso de Culain. Estaba nerviosa; de no haber sido Aes Sedai Rand habría dicho que tenía los nervios destrozados. La noche anterior se había despertado, convencido de que la mujer estaba llorando, tan intensa había sido la sensación. A veces casi

olvidaba que Alanna estaba allí… hasta que ocurría algo, como lo de despertarlo. Suponía que uno acababa acostumbrándose a todo. Esa mañana Alanna también se sentía… anhelante; era el término que parecía describir mejor su estado de ánimo. Apostaría todo Caemlyn a que la línea recta que iba desde sus ojos hasta la mujer acababa exactamente en La Corona de Rosas. Apostaría a que Verin se encontraba con ella. Nueve Aes Sedai no: once.

Lews Therin murmuró algo, inquieto. Era el susurro de un hombre preguntándose si no estaría acorralado. También Rand se lo preguntaba. Once, y con trece podrían cogerlo como quien coge a un niño en brazos. Si les daba la oportunidad de hacerlo. Lews Therin empezó a reír quedamente, un sonido ronco y lloroso; otra vez se había ido por las ramas.

Se planteó si avisaba o no a Somara y Enaila, pero después abrió un acceso allí mismo, sobre la alfombra de dibujos azules y dorados de su dormitorio. Con el humor de perros que tenían ese día, a buen seguro que cualquiera de ellas esperaba alguna inconveniencia antes de dar por terminada la visita a la granja y, recordando lo ocurrido en visitas anteriores, no quería que los estudiantes estuvieran echando ojeadas hacia atrás, asustados por una veintena o más de Doncellas. Ese tipo de cosas no ayudaba precisamente a reforzar la seguridad de un hombre, y ellos necesitaban estar seguros de sí mismos para poder sobrevivir.

Taim tenía razón en una cosa: cuando aferraba el *Saidin*, un hombre sabía que estaba vivo y no sólo por el hecho de que los sentidos se agudizasen. A despecho de la infección del Oscuro, a despecho de la sensación de que una suciedad aceitosa se adhería a los huesos, aunque el Poder intentaba fundirlo a uno en el sitio, congelarlo hasta que se rompiera en pedazos, aunque un paso en falso o un momento de debilidad significaban la muerte… Luz, uno sabía que estaba vivo. Aun así, Rand apartó la Fuente tan pronto como hubo cruzado el acceso; y no lo hizo únicamente para librarse de la infección antes de que la náusea lo hiciese vomitar; últimamente parecía haber empeorado, ser más repulsiva, si tal cosa era posible. La verdadera razón de cortar el contacto con el Poder era que no se atrevía a encontrarse frente a Taim henchido de *Saidin* y con Lews Therin en su cabeza.

El claro estaba más agostado que la última vez; bajo sus botas crujían más hojas secas y eran menos las que quedaban en los árboles. Algunos de los pinos estaban totalmente amarillos y varias piceas habían muerto, grises y peladas. Pero si el claro estaba distinto, el cambio experimentado por la granja hacía el lugar casi irreconocible.

La casa tenía un aspecto muy remozado con el nuevo techado de bálago y el establo se había reconstruido por completo; era mucho más grande que antes y no estaba ladeado en absoluto. Los caballos llenaban un amplio cercado situado junto al establo, y el redil de las ovejas y el corral de las vacas se habían desplazado a más

distancia. Las cabras también estaban guardadas ahora en apriscos, en tanto que unas ordenadas filas de gallineros guardaban las gallinas. Se habían talado árboles, haciendo retroceder la línea del bosque. Una docena de grandes tiendas blancas formaba una hilera detrás del establo, y muy cerca se alzaban los armazones de dos edificios mucho más grandes que el establo, donde un grupo de mujeres se había sentado fuera para hacer labores y vigilar a una veintena de niños que hacían rodar aros, se lanzaban pelotas o jugaban con muñecas.

El cambio más drástico era el experimentado por los estudiantes, casi todos ellos vestidos con chaquetas negras de cuello alto y corte ajustado; y muy pocos sudaban. Debían de ser bastantes más de cien, de todas las edades. Rand no tenía ni idea de que los reclutamientos de Taim hubiesen tenido tan buenos resultados. La sensación del *Saidin* parecía henchir el aire. Algunos hombres practicaban la ejecución de tejidos, prendiendo fuego a tocones o haciendo añicos las piedras o inmovilizándose unos a otros con ataduras de Aire. Otros encauzaban para sacar agua del pozo, los pozales aferrados con Aire, o empujaban carretillas de estiércol desde el establo o apilaban leña. No todos encauzaban. Henre Haslin observaba con ojo crítico a una fila de hombres desnudos de cintura para arriba que ejercitaban los movimientos de esgrima con espadas de práctica. Con su ralo pelo blanco y su bulbosa y roja nariz, Haslin sudaba más que sus pupilos y a buen seguro echaba de menos un trago de vino, pero observaba y corregía los errores con tanta dureza como cuando era Maestro de Armas de la Guardia de la Reina. Saeric, un canoso Goshien de los Agua Roja al que le faltaba la mano derecha, tenía bajo su pétrea mirada a otra fila de hombres sin camisa. Uno de ellos lanzaba patadas hacia arriba, a la altura de la cabeza, giraba sobre sí mismo y daba otra patada; después volvía a girar y pateaba con la otra pierna, así una y otra vez, mientras los demás asestaban puñetazos al aire frente a ellos tan deprisa como podían. En resumen, que los hombres distaban mucho de ser aquel lamentable puñado de ineptos que Rand había visto la última vez que había acudido a la granja.

Un hombre con chaqueta roja que debía de rondar la madurez, se plantó delante de Rand. Tenía una nariz afilada y una boca de gesto burlón.

—¿Quién eres tú? —demandó con acento tarabonés—. Supongo que has venido a la Torre Negra para aprender, ¿no? Deberías haber esperado en Caemlyn a que te trajera la carreta. Así habrías dispuesto de un día más para lucir esa bonita chaqueta.

—Soy Rand al'Thor —dijo sosegadamente. Y lo hizo así para no dar rienda suelta a su súbita rabia. Ser educado no costaba nada y si este necio no lo entendía así pronto…

Si acaso, la mueca burlona se acentuó en los labios del hombre.

—De modo que eres él, ¿verdad? —Miró a Rand de arriba abajo con actitud insolente—. Pues no me pareces gran cosa. Creo que hasta yo podría…

Un flujo de Aire se solidificó justo antes de asestarle un golpe debajo de la oreja, y el tipo se desplomó como un saco.

—A veces es necesario imponer disciplina con mano dura —dijo Taim, que se acercó y miró al hombre desplomado en el suelo. Su voz casi sonaba jovial, pero sus oscuros y rasgados ojos contemplaban al que había golpeado con una expresión mortífera—. Uno no puede decirle a un hombre que tiene poder para hacer que la tierra tiemble y después esperar que ande encogido. —Los dragones que trepaban por las mangas de su negra chaqueta brillaban con el sol; el hilo dorado podía explicar ese brillo pero ¿qué hacía relucir de ese modo el azul? De repente levantó la voz—. ¡Kisman! ¡Rochaid! Llevaos a Tolvar y mojadlo hasta que vuelva en sí. Nada de Curación, os lo advierto. Tal vez un buen dolor de cabeza le enseñe a tener quieta la lengua.

Dos hombres, también con chaquetas negras, ambos más jóvenes que Rand, llegaron corriendo y se inclinaron sobre Tolvar; entonces vacilaron y miraron de reojo a Taim. Un instante después, Rand sintió que el *Saidin* los llenaba; flujos de Aire alzaron al desmayado Tolvar y los dos jóvenes se alejaron al trote, con él flotando entre ambos.

«Debería haberlo matado hace mucho tiempo —jadeó Lews Therin—. Tendría que… Tendría…» Trataba de llegar a la Fuente.

«¡No, maldito seas! —pensó Rand—. ¡No lo harás! ¡Sólo eres una jodida voz!»

Con un gemido que se fue perdiendo en la distancia, Lews Therin se alejó. Rand respiró lenta y profundamente. Taim lo estaba observando con aquella casi sonrisa en los labios.

—¿Les enseñas Curación? —preguntó Rand.

—Lo poco que sé, en primer lugar. Incluso antes de aprender a no sudar hasta morirse con este tiempo. Un arma pierde su utilidad si queda descartada con la primera herida. Aun así, ya he tenido bajas, uno que se mató a sí mismo absorbiendo en exceso y tres que estallaron en llamas, pero todavía no ha muerto ninguno por una herida de espada. —Se las ingenió para dar un timbre muy despectivo a la palabra «espada».

—Entiendo —se limitó a contestar Rand. Uno muerto y tres abrasados. ¿Tendrían tantas bajas las Aes Sedai en la Torre Blanca? Claro que allí hacían las cosas paso a paso, mientras que ellos no podían permitirse el lujo de ir despacio—. ¿Qué es eso de la Torre Negra a la que aludió ese tipo? No me gusta cómo suena, Taim. —Lews Therin habían empezado de nuevo a murmurar y a gemir, casi como si estuviese hablando.

El otro hombre se encogió de hombros a la par que contemplaba la granja y a los estudiantes con el orgullo de un amo y señor.

—Es un nombre que los estudiantes utilizan. No se puede seguir llamando a esto

«la granja». Ciertamente no les satisfacía; querían algo más. La Torre Negra, en contrapeso a la Torre Blanca. —Ladeó la cabeza y miró a Rand casi de reojo—. Puedo suprimirlo, si lo deseáis. Resulta bastante fácil eliminar una palabra de los labios de los hombres.

Rand dudó. Fácil conseguir que no pronunciaran el nombre, tal vez, pero no borrarlo de sus mentes. Y había que llamarlo de alguna manera. No se le había ocurrido antes. ¿Y por qué no la Torre Negra? Empero, al contemplar la casa y los armazones —más grandes, pero simple madera— el nombre lo hizo sonreír.

—Déjalo estar. —Tal vez los comienzos de la Torre Blanca habían sido igualmente humildes, si bien la Torre Negra nunca dispondría de tiempo para crecer y rivalizar con la Blanca. Aquello borró su sonrisa; miró tristemente a los niños. También él estaba jugando, como ellos, fingiendo que habría oportunidad de construir algo que perdurara—. Reúne a los estudiantes, Taim, he de decirles varias cosas.

Había ido esperando reunirlos a su alrededor y entonces, al comprobar su número, quizá dirigirse a ellos desde la caja de la destartalada carreta que, al parecer, ya no estaba. Sin embargo, Taim tenía una plataforma para pronunciar discursos, un liso y negro bloque de piedra tan pulido que relucía como un espejo con la luz del sol y en el que había dos escalones tallados en la parte posterior. Se alzaba en una zona despejada, detrás de la casa, con el suelo allanado, desbrozado y apelmazado en derredor. Las mujeres y los niños se reunieron a un lado para observar y escuchar.

Desde lo alto de la piedra Rand tuvo ocasión de apreciar hasta dónde había llegado Taim en sus reclutamientos. Jahar Narishma, al que había hecho mención Taim, el joven con el don innato, tenía unos oscuros ojos tan grandes como los de una chica, un semblante pálido que rebosaba seguridad y el cabello tejido en largas trenzas, rematadas con campanillas de plata. De hecho, Taim le había dicho que procedía de Arafel, pero Rand reconoció el estilo shienariano de la cabeza afeitada y el mechón en cola de caballo en dos de los hombres, y a otros dos con los velos transparentes que a menudo llevaban hombres y mujeres por igual en Tarabon. Había ojos rasgados de Saldaea y tipos pálidos y bajos de Cairhien. Un hombre mayor lucía una barba untada con aceites y recortada en pico, a semejanza de un lord teariano, cosa que indudablemente él no era, con aquel rostro curtido y arrugado; y al menos localizó a tres que llevaban barba pero no bigote. Confiaba en que Taim no hubiese despertado el interés de Sammael al reclutar hombres en Illian. Rand había esperado ver principalmente hombres de menos edad, pero las caras juveniles, como las de Eben y Fedwin, quedaban igualadas en número por aquellas con las cabezas grises o calvas, algunas más incluso que la de Damer. Ahora que lo pensaba, sin embargo, no era nada misterioso, no había razón para que no abundaran tantos abuelos como muchachos a los que poder enseñar.

Rand no sabía pronunciar discursos, pero había meditado largo y tendido sobre lo

que quería decir. No la primera parte, pero eso acabaría rápidamente, con suerte:

—Seguramente habréis oído rumores sobre que la Torre… la Torre Blanca, está dividida. Bien, pues es cierto. Hay algunas Aes Sedai rebeldes que podrían tomar la decisión de apoyarme y me han enviado emisarias. Nueve, que ahora mismo están en Caemlyn, esperando mi venia para una audiencia. Así pues, cuando llegue a vuestros oídos cualquier noticia sobre las Aes Sedai en Caemlyn, no deis crédito a cualquier rumor. Ya sabéis por qué están aquí y podéis reíros en la cara del tipo que os venga con chismes.

No hubo reacción. Se limitaron a continuar plantados en el sitio y mirándolo fijamente, casi sin pestañear. Taim tenía un gesto sesgado, muy, muy mordaz. Rand tocó la bolsa más grande que llevaba en el bolsillo y prosiguió, ahora con la parte del discurso que tenía preparada:

—Necesitáis un nombre. En la Antigua Lengua, «Aes Sedai» significa «siervos de todos» o algo muy parecido. La traducción de la Antigua Lengua no es fácil. —En lo que a él se refería, conocía sólo unas pocas palabras, algunas aprendidas a través de Asmodean, un puñado por parte de Moraine y otras pocas de las que le habían llegado por los balbuceos de Lews Therin. Bashere le había facilitado las que necesitaba, no obstante—. Otro término en la antigua Lengua es *asha'man*. Significa «custodio» o «custodios». O «defensor» o «guardián» o tal vez un par de cosas más; como os he dicho antes, la interpretación de la Antigua Lengua es muy flexible. «Custodio» parece lo más adecuado, sin embargo. No simplemente un defensor o guardián cualquiera, empero. No se podría llamar *asha'man* a un hombre que defiende una causa injusta y jamás una que sea perversa. Un *asha'man* era un hombre que defendía la verdad, la justicia y el derecho de todos. Un guardián que ni siquiera se doblegaría cuando ya no quedara esperanza. —La Luz sabía que la esperanza desaparecería cuando llegara el Tarmon Gai'don, si no antes—. Estáis aquí para convertiros en eso. Cuando hayáis terminado vuestro adiestramiento seréis Asha'man.

Se alzó un rumor entre ellos, semejante al ruido de las hojas agitadas por la brisa, repitiendo el nombre, pero cesó pronto. Los rostros atentos se alzaron de nuevo hacia él; casi podía notar que erguían las orejas para no perderse sus siguientes palabras. Al menos esto era un poco mejor que lo de antes. La bolsa de paño tintineó al sacarla del bolsillo de la chaqueta.

—Las Aes Sedai empiezan como novicias, después pasan a ser Aceptadas y finalmente se convierten en hermanas, en Aes Sedai. También vosotros tendréis grados, pero no como los de ellas. Entre nosotros no se rechazará ni descartará a nadie. —¿Rechazar? Luz, menos atarlos de pies y manos, haría cualquier cosa para que ninguno se marchara si podía encauzar aunque fuese un mínimo—. Cuando un hombre llegue a la Torre Negra… —No le gustaba ese nombre—. Cuando llegue, digo, se lo llamará soldado, porque en eso se convierte al unirse a nosotros, en lo que

os convertís: en soldados para luchar contra la Sombra, y no sólo contra la Sombra sino contra cualquiera que se oponga a la justicia u oprima a los débiles. Cuando un soldado alcance cierto nivel en sus habilidades, pasará a llamarse Dedicado y llevará esto. —De la bolsa sacó una de las piezas hechas por el platero, una pequeña y reluciente espada de plata, perfecta con su empuñadura, sus gavilanes y su hoja ligeramente curvada—. Taim.

El aludido se acercó prestamente al bloque de piedra, y Rand se inclinó para prender la espada de plata en el alto cuello de su chaqueta. Pareció brillar incluso más en contraste con la negra tela. El semblante de Taim era tan inexpresivo como la piedra que había bajo los pies de Rand. Éste le tendió la bolsita y susurró:

—Da estas otras a quienesquiera que creas que están preparados. Pero asegúrate de que lo están realmente.

Se irguió, confiando en que hubiese suficientes; en verdad no había esperado encontrar tantos hombres.

—A los Dedicados que avancen en sus habilidades lo suficiente se los llamará Asha'man y llevarán esto. —Sacó la bolsa pequeña de terciopelo y mostró lo que contenía. La luz del sol centelleó en el oro finamente trabajado, así como en el esmalte rojo intenso, de una forma sinuosa, exactamente igual que la del estandarte del Dragón. También esta insignia fue a parar al cuello de la chaqueta de Taim, en el otro pico, de modo que la espada y el dragón brillaron a ambos lados de su garganta —. Supongo que yo fui el primer Asha'man —les dijo a los estudiantes—, pero Mazrim Taim es el segundo. —El semblante de éste hacía que, en comparación, la piedra pareciese blanca; ¿qué demonios le pasaba al hombre?—. Espero que todos vosotros acabéis por convertiros en Asha'man; pero, tanto si es así como si no, quiero que recordéis que todos somos soldados. Nos aguardan muchas batallas, quizá no siempre las que imaginamos, y, al final, la Última Batalla. Quiera la Luz que sea realmente la última. Y, si la Luz nos ilumina, venceremos. Venceremos porque tenemos que hacerlo.

Tendría que haber habido algún tipo de aclamación cuando finalizó. No se consideraba la clase de orador que hacía gritar y saltar a los oyentes, pero estos hombres sabían por qué estaban allí, de modo que decirles que vencerían debería haber provocado alguna reacción, por leve que fuese. Empero, sólo hubo silencio.

Rand bajó de la piedra negra de un salto.

—Dispersaos y regresad a las clases o a vuestras ocupaciones —ordenó bruscamente Taim. Los estudiantes, o mejor dicho los soldados, se encaminaron cada cual a sus tareas casi tan callados como habían estado durante el discurso, con sólo alguno que otro murmullo. Taim señaló hacia la casa. Sostenía la bolsa con las insignias de las espadas tan prietamente que era un milagro que ninguna de ellas se le estuviese clavando a través de la tela.

—Si mi señor Dragón tiene tiempo para una copa de vino…

Rand asintió; quería llegar al fondo de esto antes de regresar a palacio.

La habitación delantera de la casa era exactamente como cabía esperar: un suelo desnudo pero limpio y sillas desparejadas, con respaldos de listones, que estaban colocadas delante de una chimenea de ladrillos rojos, tan limpia que no parecía posible que allí hubiese ardido nunca una lumbre. Un mantel blanco con flores bordadas en los dobladillos cubría una pequeña mesa. Sora Grady entró, en silencio, y puso sobre el mantel una bandeja de madera con una brillante jarra azul de vino y dos copas vidriadas en blanco. Rand creía que su mirada habría dejado de herirlo después de todo este tiempo, pero la expresión acusadora de sus ojos consiguió que se alegrara de que la mujer saliera del cuarto. Taim echó la bolsa sobre la bandeja y vació de un trago una de las copas.

—¿No enseñas a las mujeres el truco para no transpirar? —preguntó Rand—. Es cruel permitir que suden cuando sus hombres no lo hacen.

—La mayoría no quieren saber nada de ello —replicó secamente Taim—. Sus esposos y novios intentan enseñarles, pero casi todas se niegan incluso a escucharlos. Tiene que ser debido al *Saidin*, ¿comprendéis?

Rand clavó la vista en el oscuro vino de su copa. Tenía que actuar con comedimiento aquí, no estallar sólo porque lo estuviese irritando.

—Me complace ver que el reclutamiento va tan bien. Dijiste que igualarías a la Torre… la Torre Blanca… —La Torre Blanca y la Torre Negra; ¿qué contarían los relatos respecto a eso? Si es que los había en el futuro—. Que equipararías sus efectivos en menos de un año y, si sigues a este paso, lo conseguirás. No entiendo cómo encuentras a tantos.

—Si se remueve suficiente arena, al final se encuentran pepitas de oro —manifestó, envarado, Taim—. He dejado eso en manos de otros ahora, salvo un viaje o dos. Puedo confiar la tarea a Damer, Grady y otra docena de hombres durante un día; tienen edad para no cometer ninguna estupidez y hay suficientes jóvenes con fuerza para abrir un acceso, aunque no mucho más, para que acompañen a los mayores que no pueden. Tendréis vuestros mil hombres antes del año. ¿Qué ha pasado con los que os envié a Caemlyn? ¿Habéis creado algún ejército con ellos ya? Tenéis allí muchos más de mil.

—He dejado eso en manos de Bashere —respondió sosegadamente Rand. La boca de Taim se curvó en un gesto despectivo, y Rand soltó la jarra en la mesa antes de romperla entre los dedos. Bashere hacía cuanto podía con esos hombres, según tenía entendido, en un campamento situado en algún punto al oeste de la ciudad; lo que podía, considerando lo que eran: en palabras del general saldaenino, una colección variopinta de granjeros pobres, aprendices huidos y artesanos fracasados que jamás habían empuñado una espada, ni montado en un caballo ensillado ni

viajado diez kilómetros más allá de su lugar de nacimiento. Rand tenía demasiado asuntos preocupantes para estar también pendiente de esos hombres; le había dijo a Bashere que hiciera lo que considerara oportuno con ellos y que no lo molestara con dicho asunto a menos que se amotinaran.

Miró a Taim, que no se esforzaba lo más mínimo por disimular su desdén, y echó las manos a la espalda, apretando los puños. Lews Therin murmuraba en la distancia, un eco de su propia cólera.

—¿Qué es lo que te ocurre? Parece que se te ha metido un abrojo en los pantalones desde que te puse esas insignias. ¿Es a causa de ellas? En tal caso, no lo entiendo. Esos hombres tendrán mejor concepto de las suyas al ver que tú has recibido las tuyas de manos del Dragón Renacido. Ya puestos, cobrarás importancia para ellos. Tal vez así no será preciso que mantengas la disciplina golpeándolos en la cabeza. Bien, ¿qué tienes que decir? —Había empezado bien, en un tono sosegado aunque no exactamente suave, cosa que no tenía intención de ser; pero, a medida que hablaba, su voz se fue haciendo más firme y más alta. No un grito, bien que la pregunta final sonó como un trallazo.

El otro hombre sufrió una transformación en verdad notable. Taim se estremeció visiblemente —con rabia, habría dicho Rand, no de miedo—, pero después el temblor cesó y volvió a ser el mismo de siempre. No amistoso, ciertamente, y sí un tanto burlón, pero mucho más relajado y con el control recuperado por completo.

—Ya que queréis saberlo, lo que me preocupa son las Aes Sedai y vos. Nueve que han llegado a Caemlyn, más otras dos, suman once. Y tal vez haya una o dos más. Todavía no he conseguido enterarme, pero…

—Te dije que no te acercases a la ciudad —lo interrumpió Rand con voz impasible.

—He encontrado unos cuantos hombres para que hagan las pesquisas por mí. —El timbre de Taim era seco como el polvo—. No me he acercado allí desde que os salvé del Hombre Gris.

Rand dejó pasar por alto aquello. A duras penas. Con dificultad. La voz en su cabeza mascullaba demasiado bajo para entenderla, pero echaba chispas.

—Antes cogerán humo entre los dedos que confirmar rumores. —Aquella frase salió de sus labios con todo el desprecio que sentía. ¿Que Taim lo había salvado? El hombre se sacudió. Aparentemente todavía estaba a sus anchas, pero sus ojos semejaban dos oscuras gemas.

—¿Y si se unen con las Aes Sedai Rojas? —Su voz sonaba fría y divertida, pero sus ojos centelleaban—. Hay hermanas Rojas en el campo. Varios grupos que han ido llegando en los últimos días con el propósito de interceptar a los hombres que vienen aquí.

«Lo mataré», gritó Lews Therin, y Rand notó que tanteaba hacia el *Saidin*.

«Vete —gritó Rand para sus adentros—. ¡Sólo eres una voz!» —Una voz que intentaba llegar a la Fuente.

«Oh, Luz, los maté a todos. A todos los que amaba. Pero, si lo mato, todo irá bien. Puedo compensarlo si por fin lo mato. No, nada puede compensarlo, pero de todos modos tengo que matarlo. Matarlos a todos. He de hacerlo. He de hacerlo.»

«¡No! —gritó Rand dentro de su cabeza—. Estás muerto, Lews Therin. ¡Yo estoy vivo, maldito seas, y tú estás muerto! ¡Estás muerto!»

De pronto se dio cuenta de que estaba inclinado sobre la mesa, sosteniéndose en pie sobre las temblorosas rodillas. Y farfullando:

—¡Estás muerto! ¡Yo estoy vivo y tú estás muerto! —Pero no había aferrado el *Saidin*. Y tampoco Lews Therin. Tiritando, miró a Taim y se sorprendió de ver preocupación en el rostro del hombre.

—Debéis aguantar —dijo suavemente—. Si es posible aferrarse a la cordura, tenéis que hacerlo. El precio es demasiado alto si fracasáis.

—No fracasaré —repuso Rand mientras se incorporaba. Lews Therin guardaba silencio, como si no hubiese nadie dentro de su cabeza salvo él mismo. Y la presencia de Alanna, naturalmente—. ¿Esas Rojas han capturado a alguien?

—No, que yo sepa. —Taim lo observaba atentamente, con precaución, como si esperara otro arrebato—. La mayoría de los estudiantes ahora vienen a través de un acceso, y con tanta gente deambulando por las calzadas no debe de ser fácil localizar a un hombre que se encamina hacia aquí a menos que suelte la lengua. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, podríamos ocuparnos de ellas sin mayor dificultad.

—No. —¿Se habría ido realmente Lews Therin? Ojalá fuera así, pero sabía que sería un necio si lo creyera—. Si empiezan a apresar hombres, tendré que hacer algo al respecto pero, tal y como están las cosas, no representan ningún peligro en el campo. Y, créeme, nadie enviado por Elaida se uniría a esas Aes Sedai que están en la ciudad. Probablemente cualquiera de los dos grupos te recibiría mejor de lo que lo harían entre sí.

—¿Y qué pasa con las que no están en el campo? Son once en total. Unos cuantos accidentes podrían reducirlas a un número mucho más seguro. Si vos no queréis mancharos las manos, yo estoy dispuesto a…

—¡No! ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Si percibo a un hombre encauzando en Caemlyn, vendré por ti, Taim. Lo juro. Y dudo que puedas estar lo bastante lejos de palacio para que no pueda sentirte si haces algo. Si una de esas Aes Sedai se desploma muerta sin razón evidente, sabré a quién culpar por ello. ¡Estás advertido!

—Marcáis unos límites muy amplios —adujo secamente Taim—. ¿Y si Sammael o Demandred deciden provocaros con unas cuantas Aes Sedai muertas a vuestra puerta? ¿También habré de pagarlo yo?

—No lo han hecho hasta ahora y más te vale que no empiecen. Quedas advertido,

repito.

—Escucho a mi señor Dragón y obedezco, naturalmente. —El hombre de nariz aguileña se inclinó ligeramente—. Pero insisto en que once es un número peligroso.

Rand se echó a reír a despecho de sí mismo.

—Taim, me propongo enseñarles a bailar con la música de mi flauta. —Luz, ¿cuánto tiempo hacía que no la tocaba? ¿Y dónde estaba su flauta? Débilmente, como a lo lejos, oyó la risita de Lews Therin.

43



La Corona de Rosas

El carruaje alquilado por Merana se mecía en su lento avance a través de las abarrotadas calles, camino de La Corona de Rosas. Al menos en apariencia estaba tranquila; era una mujer de cabello oscuro y fríos ojos de color avellana, y las manos de dedos esbeltos reposaban sosegadamente sobre la falda gris claro. Por dentro no estaba tan serena. Treinta y ocho años atrás se había encontrado por casualidad en el sitio oportuno para negociar un tratado entre Arad Doman y Tarabon con el que supuestamente se pondría fin a las luchas por el llano de Almoth. Los domani y los taraboneses habían estado saliéndose por la tangente a cada momento y a punto de iniciar una guerra en tres ocasiones en mitad de las conversaciones, todo ello mientras mantenían rostros sonrientes de buena voluntad. Para cuando las firmas del tratado se secaron, se sentía como si hubiese rodado montaña abajo dentro de un barril lleno de astillas; y, después de todo eso, resultó que el tratado valía menos que la cera y las cintas con que se selló. Confiaba en que lo que había iniciado esa tarde en el Palacio Real acabara mejor —tenía que ser así—, pero para sus adentros se sentía como si acabase de salir de otro barril.

Min iba recostada, con los ojos cerrados; la joven parecía propensa a dar una cabezada cada vez que una Aes Sedai no estaba hablando con ella. Las otras dos hermanas que viajaban en el carruaje lanzaban rápidas ojeadas a la muchacha de vez en cuando: Seonid, fría y reservada en su vestido de brocado verde; Masuri, delgada y de ojos alegres, con un atuendo de tono marrón y bordados de hojas de vid alrededor del repulgo. Todas se habían vestido ceremoniosamente, con chales y con los colores de sus Ajahs.

Merana estaba convencida de que pensaban lo mismo que ella cuando miraban a Min. Seonid, indiscutiblemente, debería entenderlo, aunque ¿quién podría afirmarlo? Era muy metódica y práctica con respecto a sus Guardianes, casi como una mujer dueña de una pareja de valiosos perros lobos por los que sentía cierto afecto. Masuri tal vez lo entendía. Le gustaba bailar e incluso coquetear, aunque era muy capaz de olvidarse del pobre hombre cuando oía algún rumor sobre un manuscrito antiguo que

estaba escondido. La propia Merana no había estado enamorada desde bastante antes del Quinto Tratado de Falme, pero recordaba lo que se sentía, de manera que sólo hizo falta una mirada a Min mientras ésta contemplaba a al'Thor para ver a una mujer que había arrojado todo sentido común por la ventana y había dado rienda suelta a su corazón.

No había pruebas de que Min hubiese hecho caso omiso de sus advertencias y le hubiese contado todo a al'Thor, pero lo cierto es que él conocía la existencia de Salidar, sabía que Elayne estaba allí y se había mostrado divertido —¡divertido!— por sus evasivas. Aparte de la posibilidad de que Min hubiese revelado cosas que eran reservadas —a partir de ahora habría que tener cuidado con lo que se decía estando ella delante, en cualquier caso— junto con todo lo demás resultaba aterrador. Merana no estaba acostumbrada a sentir miedo. Sí lo había experimentado, y a menudo, durante el año siguiente a la muerte de Basan; jamás había vinculado a otro Guardián, en parte al menos porque no quería pasar por lo mismo otra vez y en parte porque estaba demasiado ocupada para buscar al hombre adecuado. Pero ésa fue la última vez que había sentido algo más que aprensión, antes de la Guerra de Aiel. Ahora sentía miedo y no le gustaba. Todavía era posible que todo saliera bien ya que no había ocurrido nada desastroso, pero el propio al'Thor conseguía que sus rodillas flaquearan.

El carruaje alquilado se detuvo con un bamboleo frente al establo de La Corona de Rosas y los mozos de cuadra, con sus libreas adornadas con rosas bordadas, acudieron presurosos para coger las bridas del tiro y abrir las puertas.

La sala común estaba a la altura del resto de la posada, con sus tres pisos de fina piedra blanca; un revestimiento de oscuros paneles cubría las paredes de la sala y las altas chimeneas estaban recubiertas de mármol blanco. En la repisa de una de ellas había un reloj con finos adornos dorados que tocaba las horas. Las camareras llevaban vestidos azules, y blancos delantales con un círculo de rosas bordado; todas sonreían y eran amables y eficientes, y aquellas a las que les faltaba belleza poseían atractivo. La Corona de Rosas era la posada preferida de los nobles que llegaban del campo y no tenían mansiones propias en Caemlyn, pero ahora las mesas se hallaban ocupadas exclusivamente por Guardianes. Y por Alanna y Verin, sentadas al fondo de la sala; si las cosas hubiesen podido hacerse a gusto de Merana, las dos mujeres habrían estado esperando en la cocina, con los sirvientes. Todas las otras hermanas se encontraban fuera. No había tiempo que perder.

—Si no os importa —dijo Min—, me gustaría dar un paseo y ver algo de Caemlyn antes de que oscurezca.

Merana dio su conformidad y, cuando la joven volvió a salir a buen paso, Seonid, Masuri y ella intercambiaron una mirada, preguntándose cuánto tardaría Min en regresar a palacio.

La señora Cinchonine apareció de inmediato, tan oronda como cualquier posadera que Merana conocía, haciendo reverencias y secándose las sonrosadas manos.

—¿Puedo serviros en algo, Aes Sedai? ¿Queréis que os traiga algo? —Ya había tenido albergada a Merana a menudo, tanto antes como después de enterarse de que era Aes Sedai, y la había atendido bien.

—Un té de bayas —respondió Merana, sonriendo—. En la salita privada del piso de arriba. —La sonrisa desapareció en el momento en que la posadera se alejó presurosamente al tiempo que llamaba a una de las camareras. Merana llamó con un gesto brusco a Alanna y a Verin para que se reunieran con ellas al pie de la escalera; las cinco Aes Sedai subieron en silencio.

Las ventanas de la salita ofrecían una buena vista de la calle para quienes quisieran disfrutar de ella, cosa que no estaba en el ánimo de Merana. Cerró las ventanas, apagando así parte del ruido, y dio la espalda a la calle. Seonid y Masuri se habían sentado, en tanto que Alanna y Verin permanecían de pie, entre las otras dos. El oscuro vestido de lana de Verin tenía aspecto de estar arrugado, aunque no era así; había una mancha de tinta en la punta de la nariz de la Marrón, pero sus ojos brillaban y tenían una expresión alerta. También los de Alanna brillaban, pero seguramente se debía a la ira, y de vez en cuando sus manos temblaban levemente, aferrando los vuelos de la falda de su vestido azul con corpiño amarillo; daba la impresión de haber dormido con él puesto. Tenía cierta justificación, claro, pero no era suficiente.

—Todavía no sé si tus actos han tenido alguna consecuencia adversa, Alanna —empezó firmemente Merana—. No sacó a relucir el tema de tu vinculación en contra de su voluntad, pero se mostró muy cortante, mucho, y…

—¿Ha puesto más restricciones? —interrumpió Verin, ladeando la cabeza—. A mi modo de ver todo va bien. No ha huido al saber vuestra llegada; os ha recibido a tres y con cierta cortesía o, de otro modo, estaríais echando chispas. Está un poco asustado de nosotras, lo que es positivo, o en caso contrario no habría puesto limitaciones; pero, a menos que las haya incrementado, seguimos teniendo tanta libertad como antes, así que no está aterrado. Por encima de todo, no debemos asustarlo excesivamente.

La dificultad radicaba en que Verin y Alanna no formaban parte de la delegación, de modo que Merana no tenía autoridad sobre ellas. Les habían contado lo de Logain y las Rojas y estaban de acuerdo en que no podía permitirse que Elaida continuara en la Sede Amyrlin, pero eso no significaba nada. Por supuesto, Alanna no representaba realmente un problema, sólo potencialmente. Ella y Merana estaban tan igualadas en fuerza con el Poder que el único modo de establecer cuál de ellas era superior sería una competición, el tipo de cosa que hacían las novicias hasta que se las pescaba *in fraganti*. Alanna había sido novicia seis años, mientras que Merana lo había sido

durante sólo cinco; empero, lo más importante era que Merana ya era Aes Sedai desde hacía diez años cuando la comadrona había puesto a Alanna en brazos de su madre. Aquello zanjaba la polémica. La antigüedad otorgaba preeminencia a Merana. En realidad ninguna de ellas pensaba en esos términos a menos que algo la obligara, pero las dos lo sabían y se amoldaban automáticamente. Ello no significaba que Alanna aceptara órdenes, pero cierta deferencia instintiva la mantendría bajo control hasta cierto punto. Eso y ser consciente de lo que había hecho.

El problema era Verin, que igualaba a Merana en fuerza y en antigüedad. Merana tanteó de nuevo la fuerza de la otra mujer con el Poder, aunque naturalmente sabía de antemano lo que encontraría. Imposible distinguir cuál de las dos era más fuerte. Cinco años de novicia en ambos casos, seis como Aceptadas; esos datos eran algo que todas las Aes Sedai sabían de las demás, aunque no estuviesen enteradas de nada más. La diferencia estribaba en que Verin era mayor que ella, puede que tanto como ella con relación a Alanna. Las hebras grises en el cabello de Verin lo dejaban claro. De haber sido Verin parte de la embajada, no habría existido el problema, pero no era el caso, y Merana se sorprendió escuchando atentamente a la otra mujer, mostrándole deferencia sin ser consciente de ello. Esa mañana había tenido que recordarse a sí misma dos veces que Verin no tenía el mando. Lo único que salvaba un poco la situación y la hacía tolerable era que Verin debía de pensar que tenía parte de culpa en lo de Alanna. En caso contrario, a buen seguro se habría sentado en una silla al mismo tiempo que las otras dos mujeres y no se habría quedado de pie junto a Alanna. Ojalá hubiese algún modo de hacer que se quedara en El Sabueso de Culain día y noche para velar por ese maravilloso tesoro de muchachas de Dos Ríos.

Se acomodó en una silla, de manera que Seonid, Masuri y ella rodeaban a las otras dos, se ajustó el chal y se arregló los pliegues de la falda. Estar sentada mientras ellas permanecían de pie le otorgaba cierto ascendiente moral. A su modo de ver, lo que había hecho Alanna era muy parecido a una violación.

—En realidad sí ha establecido otra restricción —anunció—. Está muy bien que hayáis localizado su «escuela», pero os sugiero muy seriamente que a partir de ahora abandonéis cualquier idea que pudieseis tener a ese respecto. Nos ha… responsabilizado de que no nos acerquemos a sus… hombres. —Todavía podía verlo, echado hacia adelante en aquella monstruosidad de solio, con el Trono de León en exhibición detrás de él y el trozo de lanza tallado aferrado en la mano; sin duda debía de ser una costumbre Aiel.

—Escuchadme, Merana Sedai —había dicho en un tono muy agradable y muy firme—. No quiero problemas entre Aes Sedai y Asha'man. He ordenado a los soldados que se mantengan alejados de vosotras, pero no estoy dispuesto a que se conviertan en plato de Aes Sedai. Si vais de caza a la Torre Negra, podríais acabar

siendo vosotras la comida. Y ambos queremos evitar tal cosa, ¿no es cierto?

Merana llevaba siendo Aes Sedai tiempo suficiente para no estremecerse cada vez que se pisaba sobre su tumba, pero faltó poco en esta ocasión. Asha'man. La Torre Negra. ¡Mazrim Taim! ¿Cómo podía haber llegado esto tan lejos? Empero, Alanna estaba segura de que había más de un centenar de hombres, aunque no explicó cómo lo sabía, naturalmente; ninguna hermana revelaba voluntariamente sus fuentes de información. Daba igual. «Si persigues dos liebres a la vez, se escaparán ambas», rezaba el viejo dicho, y al'Thor era la liebre más importante del mundo. Las otras podían esperar.

—¿Está…? ¿Sigue aún aquí o se ha marchado? —preguntó Merana. Verin y Alanna parecían tomarse con mucha calma que al'Thor pudiera, aparentemente, desplazarse mediante el Viaje; a ella la ponía un poco nerviosa. ¿Qué más había aprendido por sí mismo que las Aes Sedai habían olvidado?—. Alanna… ¡Alanna!

La esbelta Verde dio un respingo y salió bruscamente de su ensimismamiento. Parecía que esto le ocurría a menudo.

—Sigue en la ciudad. En palacio, creo. —Todavía hablaba como si tuviese la cabeza en otro sitio—. Está… Tiene una herida en el costado. Una vieja herida pero que sólo está curada a medias. Cada vez que me concentro en ella me entran ganas de llorar. ¿Cómo puede vivir con eso?

Seonid le asestó una dura mirada; cualquier mujer que tuviese un Guardián había sentido sus heridas. Empero, sabía por lo que Alanna estaba pasando con la muerte de Owein, de modo que cuando habló su voz era casi tierna y sólo un tanto vehemente:

—Oh, vaya, Teryl y Furen han recibido heridas que casi me hicieron desmayarme, aun sintiéndolas tan débilmente como nosotras las percibimos, y nunca vacilaron un solo paso. Ni uno solo.

—Creo —intervino Masuri en tono quedo— que nos estamos alejando del tema. —Siempre hablaba en voz baja, pero a diferencia de muchas Marrones siempre iba directa al grano.

—Sí —asintió Merana—. Me planteé la posibilidad de ocupar el puesto de Moraine a su lado…

Una llamada a la puerta anunció a una camarera de blanco delantal que llevaba una bandeja con el servicio de té. La tetera era de plata y las tazas de porcelana; se notaba que en La Corona de Rosas se recibía a la nobleza. Para cuando la mujer se hubo marchado después de dejar la bandeja, Alanna ya no estaba abismada en sus pensamientos. Sus oscuros ojos brillaban con todo el espíritu combativo que Merana conocía en ella. Las Verdes en particular eran celosas respecto a sus Guardianes y al'Thor le pertenecía ahora a ella, lo hubiese vinculado de un modo u otro. La deferencia se iba por la alcantarilla al pisar ese terreno. Se irguió recta como una

cuchilla de acero, a la expectativa de las próximas palabras de Merana para ver si descargaba un tajo y cortaba. Con todo, Merana aguardó hasta que el té de arándanos estuvo servido y todas acomodadas en las sillas, ya que les dijo a Verin y a Alanna que se sentaran. Esa necia merecía sufrir una pequeña perturbación, además de la que sufría por causa de Owein. Quizá no estaba tan lejos de ser una violación lo que había hecho.

—Como decía, lo consideré —prosiguió al cabo—, y lo descarté. Tal vez lo habría intentado si no hubieses hecho lo que hiciste, Alanna, pero ahora está tan receloso de las Aes Sedai que seguramente se habría reído en mi cara si lo hubiese sugerido.

—Es tan arrogante como un rey —comentó, cortante, Seonid.

—Tanto como dijeron Elayne y Nynaeve e incluso más —abundó Masuri mientras sacudía la cabeza—. Mira que afirmar que sabe cuando una mujer encauza. Estuve a punto de abrazar el *Saidar* para demostrarle que se equivocaba pero, por supuesto, cualquier cosa que hubiese realizado para hacérselo ver podría haberlo alarmado en exceso.

—Y todos esos Aiel… —La voz de Seonid sonaba tensa; era cairhienina—. Hombres y mujeres. Creo que habrían intentado lancearnos con que hubiésemos parpadeado demasiado rápido. Una de ellas, una de cabello dorado que, al menos, llevaba falda, no hizo el menor esfuerzo en disimular su desagrado.

A veces, pensó Merana, Seonid no era plenamente consciente de que el propio al'Thor podía ser un peligro.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Alanna empezó a morderse el labio inferior como una chiquilla. Menos mal que tenía a Verin para cuidar de ella; en su estado, no estaba en condiciones para quedarse sola. Verin se limitó a tomar un sorbo de té y a observar; en ocasiones los ojos de la Marrón podían ser muy desconcertantes.

Merana se encontró transigiendo con la hermana Verde. Todavía recordaba, y muy bien, el frágil manojo de nervios en el que se había convertido después de lo de Basan.

—Afortunadamente su desconfianza tiene un lado positivo. Ha recibido emisarias de Elaida, en Cairhien. No fue en absoluto reservado respecto a ello. La desconfianza lo inducirá a mantenerlas a una distancia prudencial de él, creo.

—Piensa que está enfrentándonos —agregó Seonid mientras dejaba la taza en el plato.

—Y todavía podría conseguirlo —manifestó secamente Masuri—, salvo que nosotras sabemos más de él de lo que puede saber Elaida. Ella cree que ha enviado a sus delegadas a reunirse con un pastor, aunque lleve chaqueta de seda. Sea lo que sea, ha dejado de ser eso. Al parecer Moraine le enseñó bien.

—Nosotras estábamos prevenidas —dijo Merana—. Dudo que ellas lo estuvieran.

Alanna las miró fijamente y parpadeó.

—Entonces ¿no lo he estropeado todo? —Las tres asintieron a la par y ella respiró profundamente. Después se alisó la falda, fruncido el entrecejo, como si acabase de darse cuenta de que la tenía arrugada—. Todavía puedo estar a tiempo de hacer que me acepte. —Las arrugas quedaron olvidadas, y su semblante y su voz se tornaron más tranquilos y más seguros a medida que hablaba—. En cuanto a su amnistía, quizá tengamos que dejar en suspenso cualquier plan, pero eso no significa que no se lleven a cabo cuando llegue el momento. Ese peligro no puede pasarse por alto.

Durante un instante Merana lamentó haber transigido. Esta mujer le había hecho aquello a un hombre y todo lo que realmente le preocupaba era si había perjudicado sus posibilidades de éxito. No obstante y aunque a regañadientes, tuvo que admitir que, si haciendo el pino hubiese logrado que al'Thor fuera más manejable, lo habría hecho.

—Ante todo, tenemos que meter en vereda a al'Thor, por decirlo de algún modo. Ese aplazamiento se alargará cuanto sea preciso, Alanna.

La Verde apretó los labios, pero al cabo de un momento asintió en señal de conformidad. O al menos en aquiescencia.

—¿Y cómo se lo mete en vereda? —preguntó Verin—. Hay que manejarlo con delicadeza, como a un lobo atado con una cuerda de un solo cabo.

Merana vaciló. No había sido su intención compartirlo todo con estas dos, que sólo tenían una lealtad superficial hacia la Antecámara de Salidar. Temía lo que podría pasar si Verin intentaba tomar el mando aquí, si es que lo conseguía. Ella sabía cómo manejar el asunto; se la había elegido porque había dedicado toda una vida a mediar en conflictos difíciles, a negociar tratados donde el odio parecía implacable. El que los acuerdos acabaran rompiéndose y los tratados se violaran era innato en los seres humanos, pero en cuarenta y seis años de trabajo el Quinto Tratado de Falme era su único fracaso real. Sabía todo eso, pero los largos años dedicados a esa labor habían dejado profundamente arraigado en ella cierto instinto.

—Estamos poniéndonos en contacto con algunos nobles, que por suerte da la casualidad de que están todos aquí, en Caemlyn, ahora…

—Quien me preocupa es Elayne —manifestó firmemente Dyelin. Puso aun más firmeza por encontrarse sola con una Aes Sedai en la salita; las Aes Sedai presionaban implacablemente si uno se achicaba al no tener el respaldo de nadie. Sobre todo cuando nadie sabía que uno estaba solo con una de ellas.

Kairen Sedai sonrió, pero ni el gesto ni sus fríos ojos azules dejaron traslucir nada.

—Es muy posible que aún se encuentre a la heredera del trono para que se siente en el Trono del León. Lo que para otros puede parecer insuperable rara vez lo es para

las Aes Sedai.

—El Dragón Renacido dice…

—Los hombres dicen muchas cosas, lady Dyelin, pero vos sabéis que yo no miento.

Luan dio unas palmaditas en el cuello del semental gris teariano mientras miraba a un lado y a otro por si acaso alguno de los mozos entraba en el establo, y esquivó un mordisco del arisco animal por un pelo. El Guardián de Rafela les avisaría si se acercaba alguien, pero últimamente Luan no sabía si podían fiarse de alguien. Sobre todo con una visita de esta clase.

—No estoy seguro de entenderos —repuso de manera cortante.

—La unidad es mejor que la división —dijo Rafela—, la paz mejor que la guerra, la paciencia mejor que la muerte. —Luan movió bruscamente la cabeza ante el extraño final de los tópicos, y la Aes Sedai de cara redonda sonrió—. ¿No será mejor para Andor si Rand al'Thor deja el país en paz y unidad, lord Luan?

Manteniendo cerrada la bata, Ellorien miró de hito en hito a la Aes Sedai que se las había ingeniado para entrar en su baño sin ser anunciada y posiblemente sin ser vista. La mujer de piel cobriza le sostuvo la mirada desde la banqueta que había al otro lado de la bañera de mármol llena de agua, como si tal situación fuera lo más natural del mundo.

—¿Y quién ocuparía, pues, el Trono del León, Demira Sedai? —preguntó finalmente.

—La Rueda gira según sus designios —fue la respuesta.

Y Ellorien comprendió que no obtendría otra.

44



El color de la confianza

Una vez que Vanin se hubo marchado para advertir a la Compañía que no se moviera de donde estaba acampada, Mat descubrió que no había una sola posada en Salidar que no estuviese ocupada por las Aes Sedai y que los cinco establos estaban llenos a reventar. Empero, cuando soltó unas monedas de plata a un mozo de cuadra de cara estrecha, el tipo trasladó los sacos de avena y las balas de paja de una cuadra cerrada con paredes que podía albergar a seis caballos. También enseñó a Mat y a los otros cuatro hombres de la Compañía sitios para dormir en el sobrado del pajar, donde hacía tanto calor como en cualquier otro sitio.

—No pidáis nada —instruyó Mat a sus hombres mientras repartía entre ellos las monedas que le quedaban—. Pagad por todo y no aceptéis regalos. La Compañía no va estar en deuda con nadie de aquí.

Su falso aire de seguridad contagió a los hombres, que ni siquiera dudaron cuando les ordenó que fijaran los estandartes fuera del sobrado del pajar para que colgaran en la fachada del establo, uno carmesí y el otro blanco, el primero con el disco blanco y negro y el segundo con el dragón, a plena vista de todos. Por otro lado, al mozo de cuadra se le desorbitaron los ojos y casi se le salieron de las órbitas mientras le preguntaba a Mat que qué estaba haciendo.

Éste se limitó a esbozar una sonrisa y le lanzó al tipo de mandíbula estrecha un marco de oro.

—Simplemente mostrando a todo el mundo, sin que haya lugar a dudas, quién ha venido a parlamentar.

Quería que Egwene se diera cuenta de que no estaba dispuesto a que nadie lo mangoneara y a veces, para demostrar eso a la gente, uno tenía que actuar como un idiota redomado. El problema era que las banderas no surtían efecto alguno. Oh, sí, todos los que pasaban por allí se quedaban boquiabiertos y señalaban, y varias Aes Sedai se acercaron expresamente para echar una mirada con ojos fríos y semblante impasible, pero Mat esperaba una indignada demanda de que las quitara y tal cosa no ocurrió. Cuando acudió a la Torre Chica, una Aes Sedai cuyo rostro, de algún modo, semejaba una ciruela pasa a despecho de su apariencia intemporal, se ajustó el chal de

flecos marrones y le dijo en tono categórico que la Sede Amyrlin estaba ocupada, que tal vez podría recibirlo dentro de un día o dos. Tal vez. Elayne parecía haber desaparecido, al igual que Aviendha, pero hasta ese momento nadie había gritado que se había cometido un asesinato; Mat sospechaba que la Aiel podría encontrarse en cualquier parte del pueblo y que le estaban poniendo a la fuerza un vestido blanco. Eso lo traía al fresco si con ello se mantenía la paz; no quería ser el encargado de comunicarle a Rand que una de ellas había matado a la otra. A Nynaeve sí la vislumbró en cierto momento, pero la mujer giró en una esquina y cuando él llegó allí ya había desaparecido.

Mat se pasó casi toda la tarde buscando a Thom y a Juilin; cualquiera de los dos podría contarle algo de lo que estaba pasando y, además, tenía que disculparse con Thom por su comentario respecto a aquella carta. Lamentablemente, nadie parecía saber dónde estaba ninguno de los dos. Mucho antes de caer la noche, Mat llegó a la conclusión de que todos ellos lo estaban evitando a propósito. Egwene estaba en verdad dispuesta a conseguir que se cociera en su propia salsa, pero él se proponía demostrarle que ni siquiera había empezado a hervir. Para hacerlo más verosímil, se fue a bailar.

Al parecer la celebración por el nombramiento de una nueva Amyrlin se prolongaba un mes y, aunque todo el mundo en Salidar trabajaba sin parar durante el día, una vez que se hacía de noche se encendían hogueras en todos los cruces de calles, y los violines y las flautas hacían acto de aparición e incluso uno o dos salterios. Las risas y la música llenaban el aire y reinaba el ambiente festivo hasta la hora de acostarse. Mat vio Aes Sedai danzando en las calles con carreteros y mozos de cuadra vestidos con sus toscas ropas y Guardianes bailando con sirvientas o cocineras que se habían quitado los delantales. Pero no vio a Egwene; la jodida Sede Amyrlin no iba a dar brincos en la calle. Tampoco vio a Elayne ni a Nynaeve; ni a Thom y Juilin. El juglar no se habría perdido un baile aunque tuviera rotas las dos piernas a no ser que se estuviera quitando de en medio a propósito. Mat se dispuso a pasarlo bien, a demostrar a todo el mundo que no tenía la menor preocupación. No salió exactamente a su gusto.

Bailó un rato con la mujer más hermosa que había visto en su vida, una belleza delgada pero con un busto exuberante que quería saberlo todo sobre él; todo muy halagador, en especial que lo hubiese sacado a bailar ella. Pero al poco rato Mat advirtió que Halima se las ingeniaba de algún modo para rozarse contra él, de inclinarse para mirar algo de modo que él no podía menos de bajar la vista al escote de su vestido. Podría haber disfrutado con ello de no ser por que todas las veces Halima lo miraba a la cara con ojos penetrantes y una sonrisa divertida. No era una buena bailarina —para empezar, no dejaba de intentar ser ella la que dirigía la danza — y finalmente Mat se excusó.

Podría no haber sido nada, pero antes de que se hubiese alejado diez pasos la cabeza de zorro se puso fría como el hielo contra su pecho. Giró bruscamente sobre sus talones, lanzando una mirada furiosa en derredor; lo que vio fue a Halima observándolo con fijeza a la luz de las hogueras. Fue sólo un segundo, antes de que la mujer agarrara el brazo de un Guardián y se pusiera a bailar otra vez, pero Mat estaba seguro de haber visto una expresión conmocionada en su bello rostro.

Los violines interpretaban una música que reconoció. Al menos, la identificó uno de sus recuerdos; no había variado mucho considerando que había pasado más de un milenio. La letra debía de haber cambiado por completo, ya que la antigua que resonaba en su mente jamás habría gozado de popularidad allí:

Entrégame tu confianza, la Aes Sedai dijo,
porque sobre mis hombros se sustenta el cielo.
Confía en mí para saber y hacer lo que es mejor,
que de todo lo demás ya me encargaré yo.
Pero la confianza da color al brote de una negra semilla.
La confianza da color a la sangre que mana de un corazón.
La confianza da color al postrer aliento del que expira.
La confianza es, en fin, lo que da a la muerte su color.

—¿Una Aes Sedai? —respondió desdeñosamente una jovencita metida en carnes. Era bonita y, en otras circunstancias, Mat habría intentado un pequeño intercambio de besos y arrumacos—. Halima es sólo la secretaria de Delana Sedai. Ésa siempre está provocando a los hombres. Como un niño con un juguete nuevo; incitando sólo para ver si puede. Se habría metido en un buen brete más de diez veces si no estuviera bajo la protección de Delana.

Deposita en mí tu confianza, dijo la reina en su trono,
porque el deber de cargar con ese peso es mío solo.
Confía en mí para dirigir, juzgar y gobernar
y de ese modo ningún hombre por necio te tendrá.
Pero la confianza es eco del perro aullando en la tumba.
La confianza es eco de la traición envuelta en sombras.
La confianza es eco del postrer aliento del que expira.
La confianza es, en fin, el eco que a la muerte anuncia.

A lo mejor se había equivocado. A lo mejor la mujer sólo acusaba la sorpresa de que la hubiese dejado. No muchos hombres dejarían plantada a una mujer como ella, por mucho que provocara en broma y por mal que bailara. Sí, tenía que ser eso. Sin embargo, aquello dejaba en el aire la cuestión de quién y por qué. Miró en derredor, a

los que bailaban, a la gente que estaba mirando al borde de las sombras y esperando su turno. La cazadora del Cuerno de cabello dorado que le había resultado familiar daba vueltas con un tipo que tenía la cara llena de granos y bultos, tan deprisa que la coleta se levantaba a su espalda. Mat distinguía a las Aes Sedai por sus rostros —o a casi todas— pero era imposible saber cuál de ellas había intentado… lo que quiera que fuera.

Se encaminó calle abajo hasta la siguiente hoguera, más que nada para alejarse de aquella canción antes de que continuara en su mente con «el gran rey» y «el lord y la lady» y «el amor de tu vida». En aquel antiguo recuerdo se acordaba de escribir la canción a causa del amor de su vida. *La confianza es el sabor de la muerte*. En la esquina próxima, un violinista y una mujer con una flauta interpretaban lo que parecía *Ahuecar las plumas*, una buena canción folclórica.

¿Hasta qué punto podía confiar en Egwene? Ahora era Aes Sedai; tenía que serlo, si era la Amyrlin, aunque fuera una Amyrlin de tres al cuarto en un pueblo de tres al cuarto. En fin, en cualquier caso, era Egwene; no podía creer que ella lo atacara desde las sombras de ese modo. Claro que Nynaeve sí era capaz de ello, aunque no para hacerle verdadero daño. Todavía le dolía la cadera, no obstante; aparte del moretón tenía un tirón muscular. Y la Luz sabía que una mujer como Elayne podría hacerlo. Llegó a la conclusión de que todavía trataban de acosarlo para que se marchara, de modo que probablemente debería esperar más tentativas. Lo mejor era no hacerles caso; casi deseó que volvieran a intentarlo. No podían tocarlo con el Poder y cuantas más veces fracasaran en sus intentos más se convencerían de que no iban a mangonearlo.

Myrelle se acercó y se quedó a su lado observando a los bailarines. Mat la recordaba vagamente. No creía que supiese nada peligroso sobre él. Esperaba que no. No era tan hermosa como Halima, desde luego, pero sí muy guapa. Con el juego de luces y sombras de la hoguera sobre su rostro casi podía olvidar que era Aes Sedai.

—Una noche calurosa —dijo ella, sonriente, y continuó hablando en un tono tan intrascendente mientras él disfrutaba contemplándola, que Mat tardó un poco en darse cuenta de hacia dónde apuntaban sus palabras.

—Creo que no —repuso amablemente en cuanto tuvo oportunidad de hablar. A esto llevaba olvidarse de ciertas cosas; las Aes Sedai no dejaban de ser Aes Sedai.

Ella se limitó a sonreír.

—Tendrías muchas ventajas y yo no trataría de tenerte prendido a mis faldas. Muchas ventajas. Has elegido una vida peligrosa o ella te ha elegido a ti. Un Guardián tiene más posibilidades de sobrevivir.

—Lo lamento, pero no. Gracias por la oferta, de todos modos.

—Piénsalo, Mat. A no ser que… ¿Te ha vinculado la Amyrlin?

—No. —Egwene no haría eso. ¿O sí? No podría mientras llevase puesto el

medallón, pero ¿y si no lo hubiese llevado?—. Ahora, si me disculpáis.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza y se encaminó con premura hacia una bonita joven de ojos azules que llevaba el ritmo de la música con el pie. Tenía una boca llena, de aspecto dulce, como hecha para los besos, y a buen seguro que él quería divertirse.

—Vi tus ojos y no pude menos de acercarme. ¿Quieres bailar?

Demasiado tarde reparó en el anillo de la Gran Serpiente que lucía en la mano derecha; y entonces la boca de aspecto dulce se abrió y una voz que reconoció le dijo secamente:

—Te pregunté una vez si seguirías dentro de la casa cuando ésta estuviera siendo pasto de un incendio, muchacho, pero por lo visto has cogido por costumbre saltar a las llamas. Anda, márchate y busca a alguien que quiera bailar contigo.

¡Siuan Sanche! ¡Pero si la habían neutralizado y ajusticiado! ¡Lo miraba con expresión iracunda desde el rostro de una mujer joven que había robado, pero seguía siendo la misma y llevaba el anillo de Aes Sedai! ¡Y él le había pedido a Siuan Sanche un baile!

Cuando todavía la contemplaba de hito en hito, una joven y esbelta domani dio unas vueltas ante la hoguera; el verde vestido que llevaba era lo bastante fino para permitir ver su silueta al trasluz. Tras lanzar a Siuan una heladora mirada que le fue devuelta con creces, la domani sacó casi a rastras a Mat para reunirse con los bailarines. Era alta como una Aiel; de hecho, sus oscuros ojos quedaban un poco más arriba que los suyos.

—Soy Leane, por cierto —anunció con una voz que era una dulce caricia—, en caso de que no me hayas reconocido. —Su risa queda era también acariciante.

Mat dio tal respingo que por poco no pierde el primer compás. También llevaba un anillo. Mat bailó automáticamente. A pesar de ser alta, era como una pluma en sus manos, un cisne deslizándose por el agua, pero no era suficiente para hacerle olvidar la pregunta. ¿Cómo? ¿Cómo era posible? Para acabar de rematarlo, cuando el baile terminó ella le dijo con aquella voz acariciante:

—Eres un excelente bailarín.

Y después lo besó tan a fondo como jamás lo habían besado en su vida. Estaba tan estupefacto que ni siquiera intentó retirarse. La mujer suspiró y le dio unos cachetitos en la mejilla.

—Un excelente bailarín —repitió—. Recuérdalo cuando bailes la próxima vez y lo harás aun mejor. —Y se marchó riendo, para volver al baile con un tipo al que sacó entre los espectadores.

Mat decidió que había tenido de sobra para una sola noche. Regresó al establo y se fue a dormir, con la silla de montar como almohada. Sus sueños habrían sido agradables salvo por que todos estaban relacionados con Myrelle, Siuan, Leane y

Halima. En lo tocante a los sueños, un hombre simplemente no tenía sentido común para quitarse la bota y vaciar el agua que le había entrado en ella.

El día siguiente tenía que ser mejor, pensó, sobre todo cuando al despertar vio a Vanin en el sobrado, dormido con la cabeza apoyada en su silla de montar. Talmanes lo entendía y se quedaría donde estaba; se habían visto Guardianes observando los preparativos de la Compañía, sin duda dejándose ver a propósito, pero nadie se había acercado al ejército acampado. Recibió una sorpresa menos agradable al encontrar la montura gris de Olver en el patio que había detrás del establo y al chico acurrucado en un rincón, envuelto en sus mantas.

—Necesitas que alguien te guarde la espalda —le dijo sombríamente a Mat—. No hay que fiarse de ella.

Mat no tuvo que preguntar para saber que se refería a Aviendha. Olver no mostró el menor interés en jugar con los niños, así que Mat tuvo que aguantar las miradas y las sonrisas que le dirigieron cuando lo vieron por todo Salidar con el chico pegado a los talones, el cual hacía todo lo posible por imitar el paso ágil de un Guardián y vigilaba en diez direcciones diferentes a la vez por si aparecía Aviendha. Quien por cierto seguía sin dar señales de vida; y menos aun Elayne o Nynaeve. Y «la Amyrlin» todavía estaba ocupada. También estaban «ocupados» Thom y Juilin. Vanin se las ingenió para enterarse de unas cuantas cosas, pero nada que hiciera feliz a Mat. Si Nynaeve había curado realmente a Siuan y a Leane, entonces estaría más insoportable que nunca. Siempre había tenido una gran opinión de sí misma; de modo que, después de haber logrado lo que no podía hacerse, los humos se le habrían subido a la cabeza y estaría más envanecida que un pavo real. Aun así, eso era lo más digerible de todo. Lo de Logain y el Ajah Rojo lo hizo encogerse; aquélla era la clase de cosa que las Aes Sedai no perdonarían. Si Gareth Bryne tenía el mando de su ejército, entonces éste no estaba formado por una chusma de granjeros ni escoria de las calles con unos pocos Guardianes para darle un poco de enjundia. Si a eso se añadían las vituallas que Vanin había visto empaquetar y guardar en barriles para un viaje, todo apuntaba un problema. El peor tipo de problema que podría imaginar, aparte de encontrar a uno de los Renegados frente a él al otro lado de una mesa y una docena de trollocs entrando por la puerta. En resumen, nada de esto los hacía menos estúpidos; sólo unos estúpidos peligrosos. El maldito Thom y su «ayudarlas a que su plan funcione». Si el juglar salía alguna vez de su escondrijo, ya le ajustaría las cuentas.

A última hora de la tarde, Myrelle volvió a hablarle de convertirse en Guardián y hubo cierta tensión alrededor de sus ojos cuando Mat le dijo que la suya era la quinta oferta que había rechazado desde la salida del sol. No estaba seguro de si lo creyó; la mujer se marchó con un aire indignado y enfurruñada como Mat nunca había visto a una Aes Sedai. Sin embargo, era verdad. La primera propuesta le vino cuando todavía

intentaba tomar su desayuno, y la hizo la mismísima Delana para quien trabajaba Halima, una mujer fornida de cabello muy claro y lagrimosos ojos azules y que casi llegó a amenazarlo para que aceptara. Esa noche no se acercó al baile y se quedó dormido con el sonido de la música y las risas; pero esta vez era un sonido amargo.

La tarde estaba mediada durante su segundo día completo en Salidar cuando una chica con vestido blanco, bonita y pecosa, que se esforzaba a más no poder para adoptar un aire de fría dignidad, le llevó una citación, porque eso era exactamente.

—Os presentaréis de inmediato ante la Amyrlin.

Punto. Ni una palabra más. Mat le hizo un gesto para que lo precediera; le pareció lo más apropiado, y a ella pareció que le gustaba que lo hiciera.

Estaban todas en aquella sala de la Torre Chica: Egwene, Nynaeve, Elayne y Aviendha. Aunque Mat tuvo que mirarla dos veces para reconocer a la Aiel, con un vestido de fina lana azul y puntillas en el cuello y los puños. Por lo menos Aviendha y Elayne no intentaban estrangularse la una a la otra, pero los rostros de ambas semejaban máscaras pétreas. Lo que las igualaba a Egwene y a Nynaeve. Ni el menor atisbo de expresión en ninguna de las cuatro, y todos los ojos clavados en él. Se las arregló para contener la lengua mientras Egwene enumeraba sus opciones, según las veía ella, sentada detrás de la mesa y con esa estola de rayas rodeándole los hombros.

—Si crees que no tienes por qué elegir ninguna —finalizó—, recuerda que puedo hacer que te aten a tu caballo y mandarte de regreso con tu Compañía de la Mano. No hay sitio en Salidar para vagos ni maulas. No lo permitiré. Para ti, Mat, sólo queda Ebou Dar con Elayne y Nynaeve o largarte de aquí y ver a quién impresionas con tus banderas y estandartes.

Lo que, en verdad, no le dejaba ninguna opción, por supuesto. Cuando lo dijo así, no hubo cambio de expresión en ninguna de ellas. Si acaso, la de Nynaeve se tornó más impertérrita. Y Egwene se limitó a comentar:

—Me alegra que lo hayas comprendido, Mat. Y ahora he de ocuparme de un millar de cosas. Intentaré verte antes de que te marches.

Así, despedido como un mozo de establo; la Amyrlin estaba muy ocupada. Sólo le había faltado lanzarle una moneda de cobre, de propina.

Tal fue la razón de que el tercer amanecer en Salidar encontrara a Mat en el terreno despejado que había entre el pueblo y el bosque.

—Seguramente seguirán aquí hasta que regrese —le dijo a Talmanes mientras miraba por encima del hombro hacia las casas. No tardarían en aparecer, y no quería que nada de esto llegara a conocimiento de Egwene. Ella trataría de frenar el plan con cualquier traba que tuviese a su alcance—. En fin, eso espero. Si se ponen en movimiento, seguidlas dondequiera que vayan, pero no tan cerca como para asustarlas. Y si una joven llamada Egwene aparece por aquí, no hagas preguntas, limítate a cogerla y regresar a galope a Caemlyn aunque para ello tengas que abrir un

agujero a través de Gareth Bryne. —Claro que existía la posibilidad de que tuvieran intención de ir a Caemlyn; tal vez. Pero tenía miedo de que su punto de destino fuera Tar Valon; Tar Valon y el hacha del verdugo—. Y que Nerim se quede contigo.

Talmanes sacudió la cabeza.

—Ya que te llevas a Nalesean, me sentiré ofendido si no me permites que ponga mi asistente a tu servicio.

Mat deseó que Talmanes sonriera de vez en cuando; sería una ayuda para saber cuándo bromeaba y cuándo no. Ahora, desde luego, parecía hablar muy en serio.

Nerim se encontraba a corta distancia, sujetando las riendas de *Puntos* y de su propia yegua, marrón y cachigorda, así como dos animales de carga que llevaban unos capachos de mimbre llenos a reventar. El asistente de Nalesean, un tipo robusto llamado Lopin, sólo sujetaba las riendas de un animal de carga además de las de su castrado y las del negro semental propiedad de Nalesean.

No eran éstos, empero, todos los componentes de la partida. Nadie había tenido a bien darle más detalles aparte de dónde estar y cuándo; pero, en mitad de otra conversación sobre convertirse en Guardián, Myrelle le comunicó que no había inconveniente en que se pusiera en contacto con la Compañía siempre y cuando no intentara acercarla más a Salidar. Eso era lo último que se le ocurriría hacer. Vanin estaba allí esta mañana porque probablemente podría investigar el terreno que pisaba en cualquier parte, así como una docena de soldados de caballería elegidos entre los componentes de la Compañía por su imponente físico y por haber sabido mantener bien el orden como Brazos Rojos allá, en Maerone. Por lo que había dicho Nalesean, unos puños fuertes y rápidos y unos buenos garrotes deberían bastar para poner fin a cualquier inconveniente en el que Nynaeve y Elayne se metieran, al menos el tiempo suficiente para poder hacerlas desaparecer como por arte de magia. Y por último estaba Olver con su corcel gris, al que había puesto el nombre de *Viento*, que quizá se merecía el zanquilargo animal. Llevar a Olver había sido una decisión fácil. La Compañía podría encontrarse en problemas si finalmente tenía que seguir a ese montón de chifladas. Tal vez con Bryne no, pero serían muchos los nobles que se encresparían ante el paso de dos ejércitos por sus tierras, lo que daría pie a ataques nocturnos y flechas volando desde cualquier arbusto. Sin duda cualquier ciudad sería más segura para el chico que eso.

Todavía ninguna Aes Sedai había dado señales de vida a pesar de que el sol empezaba a arrojar sus abrasadores rayos por encima de las copas de los árboles. Mat se caló el sombrero con irritación.

—Nalesean conoce Ebou Dar, Talmanes. —El teariano esbozo una mueca y asintió. El severo semblante del cairhienino no varió un ápice—. Oh, está bien. Que venga Nerim.

Talmanes asintió en silencio; puede que hubiese estado hablando en serio,

después de todo. Por fin se vio movimiento en el pueblo: un grupo de mujeres con caballos. Elayne y Nynaeve no venían solas, aunque Mat no esperaba a nadie más. Aviendha llevaba un traje de montar gris, pero miraba a su flaca yegua parda con bastante desconfianza. La cazadora del Cuerno de rubia trenza demostraba más seguridad con un castrado de ancha grupa y pelo pardusco y parecía estar intentando convencer a Aviendha de algo sobre la yegua. ¿Qué pintaban esas dos allí? También había dos Aes Sedai —otras, aparte de Nynaeve y Elayne, supuso Mat que debería decir—, unas mujeres delgadas y con el cabello blanco, algo que hasta el momento no había visto en ninguna Aes Sedai. Un tipo añoso marchaba detrás de ellas, conduciendo un animal de carga además de su propia montura; era nervudo y con escaso pelo, y ese poco era gris. A Mat le costó unos instantes comprender que era un Guardián, por la capa de color cambiante que colgaba a su espalda. En eso consistía ser Guardián: las Aes Sedai lo explotaban hasta que se quedaba calvo y probablemente también daban alguna utilidad a sus huesos cuando había muerto.

Thom y Juilin venían a corta distancia y también llevaban un animal de carga. Las mujeres se pararon a unos cincuenta pasos a la izquierda, con su añoso Guardián, sin dignarse siquiera dirigir una mirada a Mat y a sus hombres. El juglar echó una ojeada a Nynaeve y las otras y después le dijo algo a Juilin; a continuación condujeron sus caballos hacia el grupo de Mat, si bien se pararon a cierta distancia, como si no estuviesen seguros del recibimiento que les harían. Mat se encaminó hacia ellos.

—He de disculparme, Mat —empezó Thom mientras se atusaba el bigote con los nudillos—. Elayne me ha dejado muy claro que no debo hablar más contigo. Sólo ha transigido esta mañana. En un momento de debilidad, hace varios meses, le prometí obedecer sus órdenes y hoy me lo ha echado en cara, en el momento más inoportuno. No le gustó nada que te contara lo que te conté.

—Y Nynaeve me ha amenazado con darme un puñetazo en el ojo si me acerco a ti —agregó Juilin, sombrío. Se apoyaba en su vara de bambú y llevaba un gorro tarabonés de color rojo que no debía de servirle de gran cosa como resguardo contra el sol.

Mat miró hacia el grupo de mujeres. Nynaeve lo observaba por encima de la silla de su montura, pero al ver que volvía la vista hacia ella se escondió detrás del animal, una achaparrada yegua marrón. Jamás habría imaginado que ni siquiera Nynaeve fuera capaz de emprenderla a puñetazos con Juilin, pero el atezado rastreador distaba mucho de ser el hombre que había conocido brevemente en Tear. Aquel Juilin estaba dispuesto a todo; éste, con el ceño fruncido de manera permanente, daba la impresión de estar amilanado en todo momento.

—Le enseñaré un poco de buenos modales en este viaje, Juilin. Thom, soy yo quien debe disculparse. Por lo que dije sobre la carta. Fue el calor lo que me hizo hablar de ese modo, además de la preocupación por unas estúpidas mujeres. Espero

que fueran buenas noticias. —Recordó demasiado tarde lo que Thom había dicho: que había abandonado a su suerte a la mujer de la carta, y que había muerto.

Sin embargo, Thom se limitó a encogerse de hombros. Mat no sabía qué pensar de él sin su capa de juglar.

—¿Buenas noticias? —repitió Thom—. Todavía no he sacado ninguna conclusión. A menudo uno no sabe si una mujer es amiga, enemiga o amante hasta que es demasiado tarde. En ocasiones, es las tres cosas. —Mat esperaba oír una risa, pero Thom frunció el ceño y suspiró—. Parece que a las mujeres les gusta hacerse siempre las misteriosas, Mat. Puedo darte un ejemplo. ¿Te acuerdas de Aludra?

Mat tuvo que pensar un momento.

—¿La Iluminadora a la que salvamos de que le cortaran el cuello en Aringill?

—La misma. Juilin y yo nos la encontramos durante uno de nuestros viajes y no me dirigió la palabra. No es que no se acordara de mí; uno entabla conversación con desconocidos cuando se viaja juntos. Aludra no quiso reconocerme y aunque no supe el porqué no vi motivo para importunarla. La encontré como a una desconocida y como tal nos despedimos. ¿Cómo la considerarías tú? ¿Como amiga o como enemiga?

—Quizá como una amante —repuso secamente Mat. No le importaría encontrarse de nuevo con Aludra; la mujer le había regalado algunos fuegos artificiales que al final resultaron serle muy útiles—. Si quieres saber algo sobre mujeres, pregúntale a Perrin, no a mí. Yo no las entiendo en absoluto. Antes creía que Rand sí, pero Perrin seguro que es un experto en eso. —Elayne estaba hablando con las dos Aes Sedai de pelo blanco bajo la atenta mirada de la cazadora del Cuerno. Una de las Aes Sedai mayores volvió la vista hacia él y lo observó como aquilatándolo. Las dos tenían el mismo comportamiento que Elayne, frío como una reina en su jodido trono—. En fin, con un poco de suerte no tendré que aguantarlas mucho tiempo —masculló entre dientes—. A lo mejor no tardan mucho en hacer lo que tengan que hacer y podemos estar de vuelta en cinco o diez días. —Con suerte, habría regresado antes de que la Compañía tuviera que partir en pos de las chifladas. Rastrear no uno, sino dos ejércitos sería tan sencillo como robar un pastel, desde luego, pero no le apetecía nada pasar más días de los necesarios en compañía de Elayne.

—¿Diez días? —dijo Thom—. Mat, incluso con ese «acceso» tardaremos cinco o seis en llegar a Ebou Dar. Calcula mejor unos veinte, pero…

Mat dejó de escucharlo. Hasta la última brizna de irritación que había ido acumulando desde que había visto a Egwene en Salidar por primera vez alcanzó su punto crítico de golpe. Quitándose bruscamente el sombrero se dirigió a grandes zancadas hacia Elayne y las otras. No informarle de nada ya era malo de por sí —¿cómo se suponía que iba a protegerlas si ignoraba lo que se traían entre manos?—, pero esto era ridículo. Nynaeve lo vio venir hacia ellas y, por alguna razón, se metió

rápidamente detrás de su yegua.

—Será interesante viajar con un *ta'veren* —dijo una de las Aes Sedai de pelo blanco. Vista más de cerca, Mat tampoco fue capaz de calcularle una edad, si bien su rostro transmitía la sensación de muchos años. Tenía que ser por el pelo. La otra se le parecía mucho, como su reflejo en un espejo; a lo mejor eran realmente hermanas—. Soy Vandene Namelle.

Mat no estaba de humor para charlar sobre ser o no *ta'veren*. Nunca lo estaba para ese tema, pero, desde luego, en ese momento muchísimo menos.

—¿Qué es esa tontería de que tardaremos cinco o seis días en llegar a Ebou Dar? —El viejo Guardián se puso tenso a la par que endurecía la mirada y Mat lo observó con más detenimiento; nervudo, sí, pero duro como una vieja raíz. Sin embargo, no por ello cambió el tono de voz—. Podéis abrir un acceso a tiro de piedra de Ebou Dar. No somos un jodido ejército para que nuestra presencia asuste a nadie y en cuanto a aparecer de repente, en fin, al fin y al cabo sois Aes Sedai. La gente espera que os materialicéis en el aire y que caminéis a través de las paredes.

—Me temo que te estás dirigiendo a la persona equivocada —adujo Vandene, que miró a la otra mujer de pelo blanco, y ésta sacudió la cabeza mientras ella añadía—: Tampoco Adeleas, me temo. Al parecer ninguna de las dos es lo bastante fuerte para algunas de las cosas nuevas.

Mat vaciló; después se caló bien el sombrero y se volvió hacia Elayne. Ésta levantó la barbilla con arrogancia.

—Por lo visto sabes menos de lo que crees, maese Cauthon —manifestó fríamente. Mat advirtió que no sudaba, al igual que las dos… que las otras dos Aes Sedai. La cazadora del Cuerno lo miraba con aire desafiante. ¿Qué mosca la había picado?—. Hay pueblos y granjas alrededor de Ebou Dar en un radio de ciento cincuenta kilómetros —prosiguió Elayne, explicando lo obvio a un imbécil—. Un acceso es muy peligroso, y no estoy dispuesta a matar las ovejas o las vacas de un pobre hombre y mucho menos a él mismo.

Mat detestaba algo más que su tono. Tenía razón y también detestaba que fuera así. Pero no estaba dispuesto a admitirlo; ante ella, ni hablar. Buscó una salida honrosa para dar marcha atrás sin quedar en ridículo y entonces vio a Egwene saliendo del pueblo con otras dos docenas de Aes Sedai; la mayoría llevaba chales de flecos. O, más bien, ella venía y las demás la seguían. Caminaba con la cabeza muy alta y mirando al frente, la estola de rayas echada alrededor de los hombros. Las otras avanzaban a paso rápido tras ella, en pequeños grupos. Sheriam, con la estola azul de Guardiana, hablaba con Myrelle y una Aes Sedai de rostro campechano que de algún modo daba una imagen maternal. A excepción de Delana, Mat no conocía al resto —una de ellas llevaba el cabello canoso sujeto en un moño bajo; ¿qué edad tendrían que alcanzar las Aes Sedai para que el pelo se les pusiera gris o completamente blanco?—

pero todas iban hablando entre sí, haciendo caso omiso de la mujer a la que habían nombrado Amyrlin. Egwene podría haber estado sola; en realidad, parecía estarlo. Conociéndola, sin duda se estaba esforzando al máximo para ser lo que ellas la habían hecho y, sin embargo, dejaban que caminara sola y en presencia de todos.

«A la Fosa de la Perdición con ellas si creen que pueden tratar de ese modo a una mujer de Dos Ríos», pensó sombríamente Mat.

Salió a su encuentro, se destocó y saludó con la mejor reverencia que sabía hacer; y sabía hacer elegantes florituras como el que más cuando era necesario.

—Buenos días, madre, y que la Luz brille sobre ti —dijo en un tono lo bastante alto para que lo escucharan en el pueblo. Puso rodilla en tierra, tomó su mano derecha y besó el anillo de la Gran Serpiente. Una rápida ojeada y un gesto dirigidos a Talmanes y a los otros, aprovechando que Egwene lo tapaba de las que venían detrás, y los tuvo a todos arrodillándose apresuradamente y recitando «Que la Luz os ilumine, madre» o variaciones similares. Incluso Thom y Juilin.

Al principio Egwene pareció sobresaltada, aunque lo disimuló de inmediato. Después sonrió y respondió suavemente:

—Gracias, Mat.

Él alzó los ojos hacia la joven y le sostuvo la mirada unos instantes. Después carraspeó y se puso de pie, limpiándose el polvo de la rodillera. Sheriam y todas las que estaban detrás de Egwene lo miraban fijamente.

—No esperaba verte aquí —le dijo a la joven en voz baja—; claro que, por lo visto, hay toda clase de cosas que no esperaba. ¿La Amyrlin sale a despedir siempre a la gente que parte de viaje? Por casualidad no querrás contarme ahora de qué se trata todo esto, ¿verdad?

Durante un instante creyó que iba a hacerlo, pero después ella apretó los labios y sacudió ligeramente la cabeza.

—Siempre saldré a despedir a los amigos, Mat. Habría hablado contigo antes si no hubiese estado tan ocupada. Mat, intenta no meterte en líos en Ebou Dar.

Él la miró indignado. De modo que se arrodillaba ante ella, le besaba el anillo y todo lo demás y encima le decía que no se metiera en líos, cuando de lo que se trataba era de que él mantuviera sanas y salvas a Elayne y Nynaeve.

—Lo intentaré, madre —repuso con sorna, aunque no demasiada. Sheriam y alguna de ésas podían estar lo bastante cerca para escucharlo—. Si me disculpas, he de ocuparme de mis hombres.

Hizo otra reverencia y retrocedió de espaldas varios pasos antes de darse media vuelta y dirigirse hacia donde Talmanes y los otros seguían aún de rodillas.

—¿Es que pensáis quedaros ahí hasta que echéis raíces? —gruñó—. Montad. —Siguió su propia orden y todos, excepto Talmanes, montaron rápidamente.

Egwene intercambió unas cuantas palabras con Elayne y Nynaeve, mientras

Vandene y Adeleas iban a hablar con Sheriam; y entonces llegó el momento de partir, así, de repente, después de andarse con tanta parsimonia. Mat casi había esperado algún tipo de ceremonia al ver a Egwene allí, con la dichosa estola de la Amyrlin, pero ella y las demás que no iban de viaje se limitaron a retirarse un pequeño trecho. Elayne se adelantó y, repentinamente, surgió una línea perpendicular de luz ante ella que se amplió a una abertura; el paisaje que se veía a través, y que parecía la cima de un pequeño cerro cubierto de hierba marchita, pareció girar sobre sí mismo hasta que finalmente se detuvo. Igual que cuando lo hacía Rand. Casi.

—Desmontad —ordenó Mat.

Elayne parecía muy complacida consigo misma —uno nunca imaginaría la clase de mujer que era viendo aquella sonrisa con la que pedía a Nynaeve y Aviendha que compartieran su gozo— pero, satisfecha o no, el acceso no era tan grande como el que Rand había hecho para la Compañía. No eran tantos como entonces, desde luego, pero al menos podría haberlo hecho lo bastante alto para cruzarlo montados a caballo.

Al otro lado, el paisaje de suaves colinas de hierba parda llegaba hasta donde alcanzaba la vista a Mat, incluso después de haber subido de nuevo a lomos de *Puntos*, bien que una línea oscura hacia el sur sugería la presencia de un bosque. Colinas polvorientas.

—No debemos forzar mucho a los caballos en este terreno —dijo Adeleas, que montó con bastante agilidad en su rechoncha yegua baya tan pronto como el acceso desapareció. El animal daba la impresión de que se habría sentido mucho más a gusto en una cañada.

—Oh, por supuesto que no —convino Vandene. Su montura era un castrado negro de paso ligero. Las dos mujeres emprendieron la marcha hacia el sur haciendo una seña para que todo el mundo las siguiera. El viejo Guardián cabalgaba pegado a sus monturas.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada irritada y después taconearon a sus yeguas para alcanzar a las mujeres mayores; los cascos de los animales levantaron polvo al trotar, pero no frenaron hasta que estuvieron a la altura de las otras. La cazadora del Cuerno de trenza rubia las siguió con tanto empeño como el Guardián a la otra pareja.

Mat suspiró, desató el pañuelo negro que llevaba al cuello y se lo volvió a atar tapándose la boca y la nariz. Por mucho que disfrutara viendo cómo las Aes Sedai de más edad ponían en su sitio a esas dos, lo que en verdad deseaba era tener un viaje sin incidentes, una corta estancia en Ebou Dar y un rápido salto de vuelta a Salidar antes de que Egwene hiciese cualquier tontería irreparable. Las mujeres siempre le causaban problemas; no lo entendía.

Cuando el acceso desapareció, Egwene soltó un suspiro. Tal vez entre Elayne y

Nynaeve podrían evitar que Mat se metiera en muchos líos; que lo alejaran de todos sería mucho pedir. Sintió cierto remordimiento por utilizarlo, pero tal vez su presencia podría servir de ayuda donde estaba y era preciso apartarlo de la Compañía. Además, se lo merecía. A lo mejor Elayne le enseñaba un poco de modales.

Se volvió hacia las otras, la Antecámara y Sheriam y su círculo, y dijo:

—Ahora hemos de seguir adelante con nuestro plan.

Todos los ojos se dirigieron hacia el cairhienino de la chaqueta oscura que en ese momento subía a lomos de su caballo, cerca de los árboles. Talmanes, creía Egwene haber oído a Mat llamarlo; no se había atrevido a hacer demasiadas preguntas. El hombre las observó un instante y sacudió la cabeza antes de cabalgar hacia el interior del bosque.

—Un hombre problemático donde los haya visto —dijo Romanda.

—Sí —convino Lelaine—. Haremos bien en poner la mayor distancia posible entre nosotras y los de su clase.

Egwene reprimió una sonrisa. La Compañía de Mat había cumplido su primer propósito, pero era mucho lo que dependía de qué órdenes exactamente había dado Mat al tal Talmanes. Creía que podía fiarse de Mat respecto a eso. Siuan había dicho que el tipo llamado Vanin había averiguado cosas antes de que ella tuviera ocasión de ponérselas delante de la nariz. De modo que, si tenía que «recobrar el sentido común» y acudir a la Compañía para pedir protección, entonces ésta tendría que mantenerse cerca de ella.

—¿Vamos hacia donde están nuestros caballos? —dijo—. Si nos marchamos ahora, alcanzaremos a lord Bryne bastante antes del crepúsculo.

45



Una idea amarga

Mientras Vilnar conducía a su patrulla montada a través de las calles de la Ciudad Nueva, no lejos de las altas murallas exteriores, con sus grises piedras surcadas por vetas plateadas y blancas bajo el sol de mediodía, se planteó la posibilidad de afeitarse la barba. Otros ya lo habían hecho; sin embargo, aunque todo el mundo dijera que el calor no era natural, tenía que hacer más fresco en Saldaea.

No había ningún peligro en ensimismarse en sus pensamientos; podía dirigir a su caballo hasta dormido y sólo el cortabolsas más estúpido intentaría ejercer su oficio encontrándose por las inmediaciones una patrulla de diez saldaeninos. No tenían un recorrido marcado, a fin de que esos tipos no supieran cuándo ni dónde podían actuar sin peligro. A decir verdad, más que atrapar ladrones lo que hacían simplemente era arrestar a aquellos que se entregaban a ellos. Hasta el matasiete más rudo de Caemlyn acudiría corriendo a los saldaeninos para que lo prendieran antes de que lo hicieran los Aiel. En consecuencia, Vilnar sólo vigilaba la calle a medias mientras dejaba que su mente divagara. Pensó en la chica, allá en Mehar, con quien le gustaría casarse; el padre de Teryane era mercader y deseaba un yerno soldado quizá más de lo que Teryane quería un soldado por esposo. Pensó en el juego que esas Aiel le habían sugerido; el Beso de las Doncellas sonaba bastante inocente, pero había advertido un brillo en sus ojos que no acababa de convencerlo. Sobre todo, sin embargo, pensó en Aes Sedai.

Vilnar siempre había querido ver Aes Sedai y, desde luego, actualmente no había sitio mejor para eso que Caemlyn, a menos que viajara a Tar Valon algún día. Daba la impresión de que había Aes Sedai por toda la ciudad. Había ido a caballo hasta El Sabueso de Culain donde, según el rumor, se albergaba un centenar de ellas, pero en el último momento fue incapaz de entrar en la posada. Era valiente con una espada en la mano y un caballo entre las piernas y con hombres o trollocs frente a él, pero la idea de unas Aes Sedai lo convertía en un pusilánime. Además, la posada no habría podido alojar a cien mujeres y ninguna de las muchachas que vio podía ser Aes Sedai. También había ido a La Corona de Rosas y estuvo observando desde el otro lado de la calle, pero no sabía con seguridad si alguna de las mujeres que vio eran

Aes Sedai, lo que lo convenció de que no lo eran.

Le echó el ojo a una mujer delgada y de nariz ancha que salía de una casa alta que debía de pertenecer a un mercader; la mujer se quedó parada mirando la calle con el entrecejo fruncido y finalmente se puso un sombrero de paja y ala ancha antes de echar a andar a paso vivo. Vilnar sacudió la cabeza. No habría podido calcularle la edad, pero eso no era suficiente. Sabía cómo reconocer a una Aes Sedai. Jidar podía decir que eran tan hermosas que podían matar a un hombre con una sonrisa, y Rissen podía insistir en que sacaban un palmo de altura a cualquier hombre; allá ellos. Vilnar sabía que era el rostro lo que las identificaba, el semblante intemporal de un ser inmortal. Algo así era inconfundible y uno no podía equivocarse.

Cuando la patrulla llegó frente al elevado arco de la puerta de Puente Blanco, Vilnar se olvidó completamente de las Aes Sedai. En el exterior, uno de los mercados de granjeros se extendía a lo largo de la calzada: cobertizos alargados de piedra, techados con tejas rojas o púrpuras; corrales llenos de terneros, cerdos y ovejas, gallinas, patos y gansos; puestos en los que se vendía todo tipo de verduras, desde guisantes hasta nabos. Por lo general esta clase de mercados eran un guirigay de granjeros voceando sus mercancías, pero ahora el silencio, a excepción del clamor de los animales, se propagaba paulatinamente desde el final del mercado hacia la puerta al paso de la procesión más extraña que Vilnar había visto en su vida. Eran granjeros, sí, a juzgar por las toscas chaquetas, pero todos los que Vilnar alcanzaba a ver llevaban a la espalda los arcos más largos que jamás había visto, una aljaba llena de flechas colgando a un costado y un cuchillo largo o una espada corta en el otro. Encabezando la marcha iban un estandarte blanco bordeado en rojo, con una cabeza de lobo carmesí y un grupo variopinto de personas tan extraño como la columna que venía detrás. Había tres Aiel, a pie naturalmente, dos de ellos, Doncellas, y un tipo cuya chaqueta de rayas verdes y pantalones amarillos lo señalaban como un gitano, salvo que portaba una espada en la espalda. Conducía de las riendas a un caballo tan grande como uno de tiro de Nashun, con una silla que parecía hecha para un gigante. El líder parecía ser un tipo de hombros anchos y cabello espeso y rizado, con una barba corta y una enorme hacha al cinturón; a su lado cabalgaba una saldaenina vestida con traje de montar de color oscuro, que no dejaba de mirarlo con la expresión más cariñosa que…

Vilnar se sentó erguido en la silla. Conocía a esa mujer. Pensó en lord Bashere, que estaba en el Palacio Real en ese mismo momento. Y pensó en lady Deira y se le cayó el alma a los pies; también ella estaba en palacio. Si alguna Aes Sedai hubiese movido la mano y hubiese convertido a aquella columna en un ejército de trollocs, Vilnar habría estado encantado. Quizás éste era el precio por soñar despierto. De haber tenido la cabeza puesta en su tarea la patrulla habría pasado por allí hacía mucho. Con todo, tenía sus órdenes.

Preguntándose si lady Deira utilizaría su cabeza como una pelota, desplegó a sus hombres en las puertas.

Perrin dejó que su semental pardo llegara a diez pasos de las puertas de la ciudad antes de tirar de las riendas. *Brioso* se alegró de parar; no le gustaba el calor. Los hombres montados que les cerraban el paso eran saldaeninos a juzgar por sus ojos rasgados y narices prominentes. Algunos llevaban lustrosas barbas negras; otros, espesos bigotes; varios iban afeitados. Todos salvo uno tenían las manos sobre las empuñaduras de sus armas. Un leve soplo de aire, ni siquiera una brisa, le trajo el efluvio de los hombres; no era olor a miedo. Perrin miró a Faile, pero su mujer estaba inclinada sobre el arqueado cuello de *Golondrina*, embebida en toquetear las bridas de la negra yegua; emitía un tenue olor a jabón de hierbas y a ansiedad. Durante los últimos trescientos kilómetros habían oído hablar de la presencia de saldaeninos en Caemlyn, que supuestamente estaban dirigidos por el padre de Faile. Eso no parecía preocuparle demasiado, pero estaba convencida de que su madre se encontraba también allí. Aunque decía que tampoco le preocupaba ella.

—Ni siquiera necesitaremos a los arqueros —comentó en voz queda Aram, que acariciaba la empuñadura que asomaba por encima de su hombro. Sus oscuros ojos parecían anhelantes; desde luego, ése era el olor que exhalaba—. Son sólo diez. Entre tú y yo podemos abrirnos paso.

Gaul se había velado el rostro y, casi con toda seguridad, también lo habían hecho Bain y Chiad, situadas al otro lado de Faile.

—Nada de arqueros y nada de espadas —dispuso Perrin—. Y tampoco lanzas, Gaul. —No se dirigió a Bain ni a Chiad; de todos modos, ellas sólo obedecían a Faile. La cual, por cierto, no parecía dispuesta a levantar la vista ni a decir una palabra en ese momento. Gaul se limitó a bajar el velo; Aran frunció el ceño con desilusión.

Perrin mantuvo una expresión serena cuando se giró hacia los saldaeninos. Sus dorados ojos ponían nerviosos a algunos hombres.

—Me llamo Perrin Aybara. Creo que Rand al'Thor querrá verme.

El tipo de la barba que no había llevado la mano a la espada hizo una leve inclinación de cabeza.

—Soy Vilnar Barada, lord Aybara, subteniente al servicio de lord Davram Bashere. —Lo dijo muy alto y, ahora que lo pensaba, había estado evitando mirar a Faile. Ella suspiró al oír mencionar a su padre y miró ceñuda a Barada; ceño que se acentuó porque el soldado siguió sin dar señales de reconocerla—. Las órdenes de lord Bashere —continuó y, como si se le hubiese ocurrido de pronto, añadió—: y las del lord Dragón son que ningún noble puede entrar en Caemlyn con más de veinte hombres armados y cincuenta sirvientes.

Aram rebulló en la silla. Era más quisquilloso incluso que Faile con respecto al

honor de Perrin, que ya era decir, pero gracias a la Luz no desenvainaría la espada a menos que se lo ordenara Perrin.

—Dannil —llamó éste por encima del hombro—, conduce a todo el mundo hasta aquel prado por el que pasamos unos cinco kilómetros atrás y acampad. Si aparece algún campesino protestando, dale algo de oro y cálmalo. Infórmale que se lo resarcirá por los daños causados. Aram, ve con ellos.

Dannil Lewin, un joven larguirucho y flaco como un espárrago, con un bigote tan denso que le tapaba la boca, saludó llevándose la mano a la sien a pesar de la infinidad de veces que Perrin le había dicho que no hiciera eso y que con un simple «de acuerdo» era suficiente, y de inmediato empezó a impartir órdenes para que todo el mundo diera media vuelta. Aram, ni que decir tiene, se mostró disgustado; no le gustaba separarse de Perrin, pero no protestó. A veces Perrin pensaba que tenía un perro guardián en el antiguo gitano. No era bueno para un hombre actuar así, pero ignoraba qué hacer al respecto.

Esperaba que Faile protestara de firme por su orden de hacer retroceder a todo el mundo, que sacara a relucir lo que era adecuado a su supuesta posición e insistiera en llevar el séquito de veinte soldados que Barada había mencionado y también a los cincuenta sirvientes, pero estaba inclinada al costado de la yegua hablando en susurros con Bain y Chiad. Perrin puso todo su empeño en no escuchar, pero aun así oyó algunas palabras sueltas. Algo sobre los hombres, con tono de sorna; las mujeres parecían emplear siempre o un dejo burlón o uno iracundo para hablar de hombres. Faile era responsable de que lo acompañara toda esa gente y, para colmo, el estandarte también, aunque todavía seguía sin explicarse cómo lo había conseguido. Había «sirvientes» en las carretas, hombres y mujeres vestidos de «uniforme» con el emblema de una cabeza de un lobo bordado en el hombro. Ni siquiera la gente de Dos Ríos había protestado por ello; en realidad parecían tan orgullosos de ello como cualquiera de los refugiados.

—¿Satisface esto los requisitos? —preguntó a Barada—. Puedes escoltarnos a los demás ante Rand si no quieres dejarnos andar sueltos por ahí.

—Creo… —Los oscuros ojos de Barada se desviaron fugazmente hacia Faile—. Creo que sería lo mejor.

En el momento en que Faile se enderezó en la silla, Bain y Chiad trotaron hacia la línea de jinetes y se abrieron paso entre ellos como si no estuvieran. Los saldaeninos ni siquiera parecieron sorprendidos; claro que debían de estar acostumbrados a los Aiel. Según los rumores, Caemlyn estaba lleno a rebosar de ellos.

—He de encontrar a mis hermanos de lanza —dijo de repente Gaul—. Que siempre encuentres agua y sombra, Perrin Aybara.

Y salió corriendo en pos de las dos mujeres. Faile ocultó una sonrisa tras su mano enguantada. Perrin sacudió la cabeza. Gaul quería que Chiad se casara con él pero, de

acuerdo con la costumbre Aiel, era ella quien tenía que pedírselo y a pesar de que, según Faile, la mujer estaba dispuesta a ser su amante no quería renunciar a la lanza y contraer matrimonio. Gaul parecía sentirse tan agraviado como lo habría estado una chica de Dos Ríos en sus circunstancias. Aparentemente, también Bain tenía parte en el asunto de algún modo. Perrin no entendía cómo era posible tal cosa. Faile había manifestado, aunque con una premura un tanto excesiva, que no lo sabía, y el gesto huraño de Gaul se acentuaba cuando le preguntaba. Una gente extraña.

Los saldaeninos abrieron paso entre la multitud, pero Perrin apenas prestó atención al gentío que abarrotaba la ciudad. Ya había visto Caemlyn en otra ocasión, parte de la ciudad, y las urbes no le gustaban gran cosa. Los lobos rara vez se acercaban a una ciudad; no había sentido a ninguno desde hacía dos días. Lo que sí hizo fue observar atentamente a su esposa, aunque de reojo y procurando que ella no se diera cuenta. Sus precauciones tuvieron tan poco resultado que habría dado igual si la hubiese mirado directamente. Faile cabalgaba siempre muy derecha, pero ahora iba totalmente tiesa en la silla, asestando una mirada feroz a la espalda de Barada. El subteniente llevaba los hombros algo hundidos, como si sintiera sus ojos. Un halcón no tendría una mirada tan penetrante como Faile.

Perrin esperaba que estuviera pensando en lo mismo que él, aunque quizá no del igual modo: en su padre. Tal vez tendría que dar algunas explicaciones —había huido de casa, después de todo, para convertirse en una cazadora del Cuerno— pero era él quien tenía que dar la cara ante el señor de Bashere, Tyr y Sidona y decirle que un herrero se había casado con su hija y heredera. No era algo que estuviese precisamente deseoso de afrontar. No se consideraba especialmente valiente —hacer lo que uno tenía que hacer no significaba bravura— pero lo cierto es que hasta el momento nunca había pensado que era cobarde. La mera idea del padre de Faile le dejaba seca la boca. Quizá debería dar media vuelta y reunirse con los demás para supervisar la instalación del campamento. Una carta dirigida a lord Bashere podía explicarlo todo. Una carta cuidadosamente redactada podría ocuparle dos o tres días. Tal vez más. No tenía facilidad de palabra.

Una ojeada a la bandera carmesí que ondeaba perezosamente sobre el Palacio Real lo sacó bruscamente de sus reflexiones. Los rumores se habían referido también a eso. Perrin sabía que no era el estandarte del Dragón, dijeran lo que dijeran los rumores —algunos afirmaban que significaba que las Aes Sedai servían a Rand y otros que era Rand quien las servía a ellas— y se preguntó por qué razón su amigo no había ordenado poner el verdadero estandarte del Dragón. Rand. Todavía lo sentía tirando de él, el *ta'veren* más fuerte atrayendo al *ta'veren* menor. No le indicaba dónde se encontraba Rand; no era ese tipo de atracción. Había partido de Dos Ríos esperando dirigirse a Tear o sabía la Luz dónde y sólo el raudal constante de rumores e historias que fluían hacia el oeste a través de Andor lo había traído aquí. Muy

inquietantes, algunos de esos rumores e historias. No, lo que sentía era más una necesidad imperiosa de estar cerca de Rand o quizá la sensación de que Rand tenía necesidad de él, como un hormigueo entre los omóplatos que no podía rascarse. Ahora faltaba poco para que cesara el picor y Perrin casi deseaba que no fuera así. Tenía un sueño, uno del que Faile se reiría siendo como era una persona aventurera. Soñaba con vivir en una pequeña casa con ella, en algún lugar del campo, lejos de las ciudades y de los conflictos. Siempre había conflictos alrededor de Rand. Pero Rand lo necesitaba, y él haría lo que tenía que hacer.

Ya dentro de un enorme patio rodeado de columnas y al que se asomaban balconadas de mármol y torres puntiagudas, Perrin echó el cinturón, cargado con el peso del hacha, sobre la silla de montar —era un alivio librarse de ella durante un rato— y un hombre y una mujer vestidos con ropajes blancos se llevaron a *Brioso* y a *Golondrina*. Con unas pocas palabras, Barada los dejó a Faile y a él a cargo de unos Aiel de ojos fríos, muchos de los cuales llevaban cintas escarlatas ceñidas a la frente, con un disco blanco y negro en el centro; los condujeron al interior de palacio y con menos palabras incluso que las utilizadas por el saldaenino los dejaron en manos de unas Doncellas cuyas miradas eran igualmente gélidas. Perrin no reconoció a ninguna de la Ciudadela y sus intentos de entablar conversación con ellas sólo tuvieron por respuesta expresiones impasibles. Sus manos se movieron rápidamente con el lenguaje de señas utilizado por las Doncellas, y una fue elegida para conducirlos a Faile y a él más dentro de palacio; era una mujer delgada, con cabello rubio rojizo, a la que Perrin le calculó más o menos la edad de Faile. Se llamaba Lerian, y eso fue lo único que dijo además de advertirles que no se separaran de ella. Ojalá Bain y Chiad estuvieran allí; un rostro familiar habría sido agradable. Faile se deslizaba por los corredores como la gran dama que era, aunque cada vez que llegaban a una intersección o a un vestíbulo echaba una rápida ojeada a ambos lados. Resultaba evidente que no quería verse sorprendida por su padre.

Por fin llegaron ante una puerta doble adornada con la talla de un león, donde otras dos Doncellas se incorporaron de donde estaban sentadas en cuclillas y hubo más intercambio del lenguaje de señas antes de que la Doncella de cabello rubio rojizo entrara sin llamar.

Perrin se preguntaba si las cosas eran ahora siempre así alrededor de Rand, con Aiel montando guardia y sin pronunciar palabra, cuando de repente las puertas se abrieron de par en par y apareció Rand en mangas de camisa.

—¡Perrin! ¡Faile! Que la Luz brille en vuestro día de esponsales —deseó riendo y dio un ligero beso a la joven—. Ojalá hubiese podido estar allí.

Por su expresión, Faile estaba tan desconcertada como él.

—¿Cómo te has enterado? —exclamó Perrin, y Rand volvió a reír al tiempo que le palmeaba el hombro.

—Bode está aquí, Perrin. Bode y Janacy y todas las demás. Bueno, están en Caemlyn. Verin y Alanna se enteraron de lo de la Torre al llegar aquí y no continuaron viaje. —Parecía cansado y tenía ojeras, pero su risa no lo demostraba—. Luz, Perrin, las cosas que me contaron sobre lo que has hecho. Lord Perrin de Dos Ríos. ¿Y qué dice la señora Luhhan respecto a eso?

—Me llama lord Perrin —murmuró éste, torciendo el gesto. Alsbet Luhhan le había azotado el trasero siendo pequeño más a menudo que su propia madre—. Me hace reverencias, Rand. Reverencias. —Faile lo miró de manera desaprobadora. Según ella, azoraba a la gente cuando intentaba poner coto a todas esas inclinaciones y reverencias; en cuanto al azoramiento de él cuando se las hacían, afirmaba que era parte del precio que tenía que pagar.

La Doncella que los había conducido allí achuchó a Rand al salir y éste dio un respingo.

—Luz, os tengo parados aquí, en la puerta. Entrad, entrad. Lerian, dile a Sulin que necesito más ponche. De melón. Y dile que aligere.

Por alguna razón, las tres Doncellas se echaron a reír como si Rand hubiese dicho algo divertido.

Perrin sólo tuvo que dar un paso dentro de la sala de estar para saber, por el aroma a perfume, que había una mujer allí antes de verla.

—¿Min? —El cabello en tirabuzones cortos, la chaqueta azul bordada, así como los pantalones, no encajaban con la imagen que tenía de ella, pero el rostro sí—. ¡Min, eres tú! —Riendo la estrechó en un fuerte abrazo—. Nos estamos reuniendo todos, ¿eh? Faile, ésta es Min. Te he hablado de ella.

Fue entonces cuando se dio cuenta del olor que le llegaba de su esposa y soltó a Min mientras ésta todavía le sonreía. De repente fue muy consciente de aquellos calzones ajustados que marcaban, y de qué modo, las piernas de Min. Faile tenía muy pocos defectos, pero sí una ligera tendencia a ponerse celosa. Se suponía que él no tenía que saber que había perseguido a Cali Coplin casi un kilómetro enarbolando un palo; ¡como si él hubiese mirado con interés a una sola mujer, teniéndola a ella!

—Faile —saludó Min al tiempo que tendía las manos hacia ella—. Cualquier mujer que soporte a este peludo torpón el tiempo suficiente para casarse con él cuenta con mi admiración. Supongo que acabará siendo un buen marido una vez que lo metas en cintura.

Faile cogió las manos de Min sonriendo, pero, oh, aquel olor acre y punzante seguía presente.

—Aún no he tenido éxito en lo de meterlo en cintura, Min, pero me propongo conservarlo al menos hasta que lo consiga.

—¿Que la señora Luhhan te hace reverencias? —Rand sacudió la cabeza con incredulidad—. Tendré que verlo para creerlo. ¿Y Loial? ¿Ha venido? No lo habrás

dejado fuera, ¿verdad?

—Venía, sí —contestó Perrin, que procuraba mantener vigilada a Faile sin que resultara demasiado obvio—, pero no todo el camino. Todavía no. Dijo que estaba cansado y que necesitaba un *stedding*, así que le indiqué uno que conocía, uno abandonado al norte de la calzada de Puente Blanco, y se encaminó hacia allí a pie. Dijo que podría notarlo cuando se encontrara a quince kilómetros más o menos de él.

—Supongo que conoces a Rand y a Perrin muy bien, ¿no? —preguntó Faile, y Min miró a Rand.

—Durante un tiempo, al menos. Los conocí cuando acababan de salir de Dos Ríos por primera vez. Baerlon les pareció una gran urbe.

—¿A pie? —inquirió Rand.

—Sí —respondió lentamente Perrin. El olor de Faile estaba cambiando, desapareciendo el punzante de los celos. ¿Por qué?—. Ya sabes que prefiere caminar. Se apostó conmigo una corona de oro a que estaría aquí, en Caemlyn, no más de diez días después de que llegásemos nosotros. —Las dos mujeres se estaban mirando; Faile sonreía, y las mejillas de Min se sonrojaron levemente. Min olía a azoramiento, y Faile a estar complacida. Y sorprendida, aunque sólo un atisbo de esto último asomaba a su rostro—. Yo no quería aceptar la apuesta, ya que tiene que desviarse unos ochenta kilómetros de su ruta, pero insistió. Incluso propuso acortar el plazo a cinco días.

—Loial decía siempre que era capaz de superar a un caballo —rió Rand, pero había habido una pausa. La risa cesó—. Espero que lo logre sano y salvo —añadió más serio.

Estaba cansado, vaya que sí; y cambiado en ciertos aspectos. El Rand que Perrin había visto por última vez en Tear no era un hombre blando, ni mucho menos, pero este Rand hacía que el otro pareciese un inocente chico del campo. Apenas parpadeaba, como si temiera que al hacerlo pudiera perderse algo que necesitaba ver. Perrin reconoció algo en aquella mirada; la había visto antes en hombres de Dos Ríos después de un ataque de los trollocs, después del quinto, del décimo, cuando parecía que toda esperanza estaba perdida pero uno seguía luchando porque el precio de darse por vencido era demasiado elevado.

—Mi señor Dragón —dijo Faile, con lo que sobresaltó a Perrin; hasta ahora siempre lo había llamado Rand, aunque había oído el título desde Puente Blanco—, si me disculpas, querría decirle algo a mi marido y después os dejaré a los dos para que podáis hablar.

Apenas esperó al sorprendido asentimiento de Rand para acercarse a Perrin y darle la vuelta de manera que ella quedó de espaldas a Rand.

—No me alejaré mucho, corazón mío. Min y yo mantendremos una charla sobre cosas que seguramente te aburrirían. —Toqueteó las solapas de su chaqueta y empezó

a hablar rápidamente en un susurro, tan quedo que cualquier otro que no hubiese sido él habría tenido que aguzar el oído al máximo. A veces se acordaba de su agudeza auditiva—. Recuerda que ya no es tu amigo de la infancia, Perrin. Al menos, no es sólo eso. Es el Dragón Renacido, el lord Dragón. Pero tú eres lord de Dos Ríos. Sé que sabrás defender tus derechos y los de Dos Ríos. —La sonrisa que le dedicó rebosaba amor y confianza; habría querido besarla allí mismo—. Bueno, ya lo tienes bien colocado —dijo en tono normal. Ni el menor rastro del olor a celos.

Tras hacer una gentil reverencia a Rand y pronunciar un quedo «mi señor Dragón», tendió una mano a la otra mujer.

—Vamos, Min.

La reverencia de Min denotó inexperiencia y resultó mucho menos grácil, pero consiguió que Rand diera un respingo de sobresalto.

Antes de llegar a las puertas, una de las hojas se abrió con tanta violencia que golpeó contra la pared y una mujer uniformada entró con una bandeja de plata en la que traía copas y una jarra de la que salía olor a vino y a melaza de melón. A Perrin se le abrieron mucho los ojos. A despecho del vestido rojo y blanco, podría haber sido la madre de Chiad o incluso la abuela, con aquel corto y rizado cabello blanco. Siguiendo con mirada ceñuda a las mujeres que salían de la sala, se encaminó a la mesa más cercana y soltó la bandeja; su semblante era una máscara de humildad que parecía petrificada.

—Me dijeron para cuatro, mi señor Dragón —manifestó de un modo extraño; sin duda intentaba hablar con sumiso respeto, pero era como si se le atragantara—, así que traje servicio para cuatro.

Su reverencia hizo que la de Min pareciera elegante y al salir cerró de un portazo. Perrin miró a Rand.

—¿A ti no te parece que las mujeres son… raras?

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Tú eres el que está casado. —Rand llenó una copa de plata cincelada con ponche y se la tendió—. Si no lo sabes tú, tendrás que preguntarle a Mat. Por lo que a mí respecta, cada día las entiendo menos.

—Igual que yo. —Perrin suspiró. El ponche estaba realmente fresco, y Rand no parecía sudar ni una gota—. Por cierto, ¿dónde está Mat? Si tuviera que adivinar, diría que en la taberna más próxima y con iguales posibilidades de tener un cubilete de dados en la mano o una chica en sus rodillas.

—Más le vale que no sea así —comentó sombríamente Rand mientras dejaba su copa de ponche sin probarla—. Se supone que tiene que estar de camino hacia aquí con Elayne, para que sea coronada. Y con Egwene y Nynaeve, espero. Luz, queda tanto que hacer antes de que llegue ella. —Meció la cabeza como un oso acorralado y después miró a Perrin—. ¿Querrías ir a Tear por mí?

—¡A Tear! Rand, llevo más de dos meses en los caminos. Mi trasero está

cogiendo la forma de la silla de montar.

—Puedo dejarte allí esta noche. Hoy. Podrías dormir en la tienda de un general y no acercarte a una silla de montar durante tanto tiempo como quieras.

Perrin lo miró de hito en hito; parecía hablar en serio. De repente se encontró pensando si Rand seguía estando cuerdo. Luz, tenía que estarlo, al menos hasta el Tarmon Gai'don. Tomó un buen trago de ponche para quitarse el mal sabor de boca. Vaya forma de pensar en un amigo.

—Rand, aunque pudieras dejarme en la Ciudadela de Tear ahora mismo, seguiría diciendo que no. Tengo que hablar con alguien aquí, en Caemlyn. Y me gustaría ver a Bode y a las otras.

Rand no parecía estar escuchándolo. Se dejó caer en una de las sillas doradas y se quedó mirando a Perrin con gesto sombrío.

—¿Recuerdas el modo en que Thom solía hacer juegos malabares con todas aquellas bolas haciendo que pareciera tan fácil? Bueno, pues yo estoy haciendo juegos malabares ahora por la cuenta que me trae y, te lo aseguro, no es nada fácil. Sammael está en Illian y los demás Renegados sabe la Luz dónde. A veces ni siquiera creo que ellos sean lo peor de todo. Hay rebeldes que me creen un falso Dragón. Hay seguidores del Dragón que piensan que pueden quemar pueblos en mi nombre. ¿Has oído hablar del Profeta, Perrin? Bah, da igual; no es peor que el resto. Tengo aliados que se devoran unos a otros y el mejor general que puedo nombrar para enfrentarse a Illian sólo piensa en lanzarse a la carga y hacer que lo maten. Elayne tendría que estar aquí quizá dentro de mes y medio, con suerte, pero entre tanto puede que me encuentre con una rebelión en las manos. Luz, quiero entregarle Andor intacto. Me planteé ir a buscarla yo mismo, pero era lo peor que podría haber hecho. —Se frotó la cara con las dos manos y habló sin retirarlas—. Lo peor, con mucho.

—¿Y qué dice Moraine de todo esto?

Rand bajó las manos lo suficiente para mirar a su amigo por encima de ellas.

—Moraine ha muerto, Perrin. Mató a Lanfear y murió ella. Se acabó ese apoyo.

Perrin tomó asiento. ¿Moraine muerta? No podía creerlo.

—Bueno, si Alanna y Verin están aquí… —Hizo rodar la copa entre las palmas. Era incapaz de confiar en ninguna de esas dos mujeres—. ¿Les has pedido consejo?

—¡No! —Rand hizo un ademán cortante con la mano—. Se mantienen lejos de mí, Perrin. Eso es algo que les dejé bien claro.

Perrin decidió pedirle a Faile que hablara con Alanna y Verin para indagar lo que estaba pasando. Las dos Aes Sedai lo hacían sentirse incómodo a menudo, pero Faile parecía entenderse bien con ellas.

—Rand, sabes tan bien como yo lo peligroso que es enfurecer a una Aes Sedai. Moraine vino a buscarnos, o a ti, en cualquier caso, pero hubo veces en que pensé que estaba dispuesta a matarnos a Mat, a mí y a ti. —Rand no dijo nada, pero al menos

ahora parecía estar prestando atención, con la cabeza un poco ladeada—. Si una décima parte de las historias que hemos oído desde que salimos de Baerlon son medio ciertas, éste puede ser el peor momento posible para despertar las iras de una Aes Sedai. No pretendo saber lo que está ocurriendo en la Torre, pero…

Rand se sacudió y se inclinó hacia adelante.

—La Torre está dividida completamente, Perrin. La mitad piensa que soy un cerdo que se compra en el mercado, y la otra mitad… No sé lo que piensa exactamente. Durante tres días seguidos me he reunido con algunas componentes de su embajada. Se supone que tengo que sostener otra reunión con ellas esta tarde y todavía no he conseguido sacar nada en claro con ellas. Hacen muchísimas más preguntas de las que contestan y no parecen muy complacidas de que les dé tan pocas respuestas como ellas a mí. Al menos Elaida, que es la Amyrlin por si todavía no te has enterado, y sus representantes dicen algo, aunque parecen creer que me impresionará tanto que unas Aes Sedai me hagan reverencias que no profundizaré demasiado.

—Luz —musitó Perrin—. ¡Luz! ¿Me estás diciendo que parte de las Aes Sedai se han rebelado realmente y que te has puesto justo entre la Torre y las rebeldes? ¡Dos osos prestos a luchar y tú estás recogiendo frambuesas en medio! ¿Te has parado a pensar alguna vez que tendrías problemas de sobra con las Aes Sedai sin necesidad de esto? Te lo digo en serio, Rand. Siuan Sanche conseguía que los dedos de los pies se me encogieran dentro de las botas, pero al menos uno sabía dónde pisaba con ella. Me hacía sentir como si fuera un caballo y ella estuviese intentando decidir si serviría para una carrera de fondo, pero al menos dejaba muy claro que no tenía intención de ensillarme ella misma.

La risa de Rand sonó demasiado ronca para que trasluciera algo de alegría.

—¿De verdad crees que las Aes Sedai me dejarían en paz sólo porque yo hiciese lo mismo? ¿A mí? La división de la Torre es lo mejor que me ha podido pasar, un golpe de suerte. Están demasiado ocupadas observándose las unas a las otras para volcar toda su atención en mí. Sin eso, me toparía con veinte Aes Sedai cada vez que diera media vuelta. O cincuenta. Tengo a Tear y a Cairhien respaldándome, en cierto modo, y un punto de apoyo aquí. Sin la ruptura, cada vez que abriese la boca tendría a alguien objetando: «Sí, pero las Aes Sedai dicen…». Perrin, Moraine hizo todo lo posible por manejarme hasta que le dije basta y, en honor a la verdad, ni siquiera estoy seguro de que dejara de intentarlo entonces. Cuando una Aes Sedai dice que te aconsejará y que luego tú decidirás, significa que sabe lo que deberías hacer y que te obligará a hacerlo si puede. —Cogió su copa y bebió un largo trago. Cuando la soltó, parecía más tranquilo—. Si la Torre estuviese unida, a estas alturas tendría muchas cuerdas atadas con las que me dirigirían, no podría mover ni un dedo sin antes pedirles permiso a seis Aes Sedai.

También Perrin rió con igual desgana y tan poca alegría como Rand.

—Así pues, piensas que es mejor… ¿qué? ¿Enfrentar a las Aes Sedai rebeldes contra la Torre? «Jalea al toro o jalea al oso; jalea a los dos y acabarás pisoteado y devorado.»

—No es tan sencillo, Perrin, aunque ellas no lo saben —dijo Rand con aire petulante—. Hay una tercera facción, dispuesta a arrodillarse ante mí. Si es que vuelven a ponerse en contacto conmigo. ¡Luz! No es así como deberíamos pasar la primera hora juntos desde hace tanto tiempo, hablando de Aes Sedai. Cuéntame cosas de Campo de Emond, Perrin. —Su semblante se suavizó hasta casi parecer el Rand que Perrin recordaba y sonrió anhelante—. Sólo estuve un poco con Bode y las otras, pero mencionaron todo tipo de cambios. Háblame de ellos, Perrin. Dime qué sigue igual.

Durante un buen rato charlaron sobre los refugiados y todas las novedades que habían llevado consigo: un nuevo tipo de judías y calabazas; variedades distintas de peras y manzanas; nuevos sistemas para tejer fino paño, así como alfombras; la manufactura de ladrillos y tejas; artesanía de talla de piedra y madera con más ornamentos de lo que se había visto nunca en Dos Ríos. Perrin ya estaba acostumbrado al ingente número de personas que había cruzado las Montañas de la Niebla, pero Rand parecía estupefacto. El tema de las ventajas y las desventajas de una muralla que alguien quería levantar alrededor de Campo de Emond y de otros pueblos de la comarca se trató en profundidad, así como la conveniencia de muros de piedra contra empalizadas de troncos. En ocasiones Rand parecía el joven de antaño, riendo de buena gana con la anécdota de la inflexible oposición que todas las mujeres de la comarca habían puesto al principio respecto a los vestidos taraboneses y domani, pero que ahora estaban divididas entre las que no se ponían otra cosa que los buenos y resistentes vestidos de Dos Ríos y aquellas que habían cortado para trapos todos los que tenían. O por la moda que habían adoptado algunos jóvenes de dejarse bigote como los taraboneses o los domani, que en algunos casos se complementaba con una perilla al estilo del llano de Almoth, lo que daba al poco avisado portador el aspecto de tener un animalillo peludo agarrado debajo de la nariz. Perrin no se molestó en comentar que las barbas como la suya se habían hecho aun más populares.

Empero, fue un golpe para él la manifestación categórica de Rand de que no pensaba visitar el campamento a pesar de haber en él hombres a los que conocía. Su siguiente comentario fue enigmático:

—No puedo protegeros ni a ti ni a Mat —musitó—, pero sí a ellos.

Ni que decir tiene que después de aquello la conversación languideció hasta el punto de que el propio Rand fue consciente de que, con sus silencios, estaba haciendo que decayera. Finalmente, se puso de pie al tiempo que suspiraba y se pasaba los dedos por el pelo; miró en derredor con aire contrariado.

—Debes de tener ganas de lavarte y descansar, Perrin. No quiero entretenerte más. Haré que os proporcionen habitaciones. —Lo acompañó a la puerta y de repente añadió—: ¿Pensarás en lo de Tear, Perrin? Te necesito allí y no es una misión que entrañe peligro. Te informaré de todos los detalles si decides ir y serás uno de los únicos cuatro hombres que saben el verdadero plan. —El gesto de su semblante se endureció—. Debes de guardar esto en secreto, Perrin, ni siquiera Faile puede saberlo.

—Sé callarme y ser discreto —repuso, molesto. Y un tanto apesadumbrado. El nuevo Rand había reaparecido—. Y pensaré en lo de Tear.

46



Al otro lado de las puertas

Perrin apenas prestó atención mientras Rand daba instrucciones a una Doncella:

—Dile a Sulin que prepare habitaciones para Perrin y Faile y que les obedezca como me obedecería a mí.

Las dos Aiel que estaban de guardia se tomaron aquello como si fuese un chiste de lo más divertido a juzgar por el modo en que se rieron mientras se palmeaban los muslos, pero Perrin estaba pendiente de un hombre delgado que se encontraba un poco más adelante del pasillo adornado con tapices. No le cupo la menor duda de que era Davram Bashere y no sólo porque se notaba su procedencia saldaenina, aunque no se parecía en nada a Faile, con aquel espeso y canoso bigote que le colgaba hasta casi taparle la boca. Tampoco era más alto que Faile —puede que incluso fuera un poco más bajo que ella—, pero su porte, con los brazos cruzados y aquella intensa mirada que le daba apariencia de un halcón contemplando un gallinero desde el aire, hizo que Perrin estuviera seguro de su identidad. El hombre también sabía quién era él, de eso tampoco cabía la menor duda.

Tras despedirse de Rand, Perrin inhaló profundamente y se encaminó pasillo adelante. Se sorprendió pensando que le gustaría tener su hacha a mano; Bashere llevaba la espada a la cadera.

—¿Lord Bashere? —Hizo una inclinación de cabeza que no fue correspondida. El hombre emitía una intensa peste a fría cólera—. Soy Perrin Aybara.

—Vamos a hablar —manifestó secamente Bashere, que giró sobre sus talones. A Perrin no le quedó más remedio que seguirlo; y, a pesar de sus largas piernas, tuvo que apretar el paso para no rezagarse.

Después de girar en dos intersecciones, Bashere entró en una pequeña sala de estar y cerró las puertas tras ellos. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz a raudales y más calor de lo que soportaba la atmósfera del cuarto pese a su techo alto. Dos sillas con asientos mullidos y respaldos altos y tallados se habían colocado una frente a la otra. Una jarra de cuello fino y alargado y dos copas, las tres piezas de plata, se encontraban sobre una mesa adornada con incrustaciones de lapislázuli.

Nada de ponche, en esta ocasión, sino vino fuerte a juzgar por el olor.

Bashere sirvió las copas y tendió una a Perrin con gesto brusco; a continuación señaló perentoriamente una de las sillas. Bajo el bigote esbozaba una sonrisa, pero el gesto y los ojos no parecían pertenecer a la misma persona. Estos últimos podrían haber remachado clavos.

—Supongo que Zarina te habló sobre mis posesiones antes de que te… casaras con ella. Me refiero a todo lo relativo a la Corona Rota. Es una chica muy parlanchina.

El hombre seguía de pie, así que Perrin hizo lo mismo. ¿La Corona Rota? Faile nunca había mencionado nada de eso.

—Primero me dijo que erais un mercader de pieles. O quizá lo primero fue comerciante de maderas y después lo de mercader de pieles. También vendíais cerecillas. —Bashere dio un respingo y repitió lo de «mercader de pieles» con tono incrédulo, en un susurro—. Su historia cambiaba de una vez para otra —continuó Perrin—, pero muy a menudo solía comentar algo que vos decíais sobre cómo debía actuar un general, de modo que le pregunté directamente y… —Bajó la vista a su copa de vino y después se obligó a buscar la mirada del otro hombre—. Cuando descubrí quién erais estuve a punto de cambiar de idea sobre casarme con ella, sólo que Faile ya lo había decidido y cuando se le ha metido algo en la cabeza hacerla cambiar de idea es como azuzar a una mula que ha resuelto sentarse. Además, la amaba. La amo.

—¿Faile? —espetó Bashere—. ¿Quién, en nombre del Abismo, es Faile? ¡Estamos hablando de mi hija Zarina y de lo que has hecho con ella!

—Faile es el nombre que adoptó cuando se convirtió en cazadora del Cuerno —explicó pacientemente Perrin. Tenía que causar buena impresión a este hombre; estar a malas con el suegro era casi tan malo como estarlo con la suegra—. Eso ocurrió antes de conocernos.

—¿Una cazadora del Cuerno? —El orgullo traslució en la voz del hombre, así como en su inopinada sonrisa. El olor a ira casi desapareció—. Esa pequeña descarada jamás me dijo una palabra sobre eso. He de admitir que Faile le va mejor que Zarina. Ponerle ese nombre fue idea de su madre y yo… —De repente se sacudió y asestó a Perrin una mirada de desconfianza. La cólera volvió a olerse en el aire—. No intentes cambiar de tema, muchacho. Estamos hablamos de ti y de mi hija y de ese supuesto matrimonio vuestro.

—¿Supuesto? —A Perrin siempre se le había dado bien controlar el genio; la señora Luhhan afirmaba que nunca había tenido un estallido de rabia. Cuando uno es más corpulento y más fuerte que los otros chicos con los que crece, se aprende a no perder la calma. Empero, en ese momento estaba teniendo cierta dificultad para conseguirlo—. La Zahorí celebró la ceremonia, un ritual con el que todo el mundo en

Dos Ríos se ha casado desde tiempos inmemoriales.

—Muchacho, daría igual si la hubiese celebrado un Mayor Ogier con seis Aes Sedai como testigos. Zarina aún no tiene edad para casarse sin permiso de su madre, algo que nunca pidió ni, mucho menos, recibió. En este momento está con Deira y, si no convence a su madre de que es lo suficientemente adulta para casarse, será llevada a nuestro campamento, seguramente sirviendo a su madre como silla de montar. En cuanto a ti… —Los dedos de Bashere acariciaron la empuñadura de su espada aunque no pareció ser consciente de ello—. A ti tendré que matarte —dijo en un tono casi jovial.

—Faile es mía —gruñó Perrin. El vino le cayó en la muñeca y, al bajar la vista, miró con sorpresa la copa, aplastada en su puño. Puso la retorcida pieza de plata sobre la mesa con cuidado, junto a la jarra, pero no pudo hacer nada respecto a su voz —. Nadie me la quitará. ¡Nadie! Llevadla a vuestro campamento o a cualquier otra parte e iré por ella.

—Tengo nueve mil soldados conmigo —informó el otro hombre con un tono sorprendentemente suave.

—¿Acaso son más difíciles de matar que los trollocs? Intentad quitármela. ¡Intentadlo, y entonces lo comprobaremos! —Perrin se dio cuenta de que estaba temblando de rabia, con los puños tan apretados que le dolían. Le impresionó la intensidad de su ira; hacía tanto tiempo que no se había puesto furioso, verdaderamente furioso, que ya había olvidado lo que se sentía.

Bashere lo estudió de arriba abajo y luego sacudió la cabeza.

—Será una pena tener que matarte. Necesitamos sangre nueva en la familia, porque la de nuestra casa empieza a volverse débil. Mi abuelo solía decir que todos nos estábamos volviendo blandos y tenía razón. No soy ni la mitad de hombre que era él y, por mucho que me avergüence admitirlo, Zarina es terriblemente blanda. No débil, ojo… —Frunció el entrecejo un instante y asintió al ver que Perrin no iba a decir que Faile era débil—, pero blanda, a pesar de todo.

Aquello dejó a Perrin tan pasmado que se sentó antes de darse cuenta de que se había movido hacia la silla. Casi olvidó que estaba furioso. ¿Es que este hombre estaba loco para que cambiara de tema así? ¿Que Faile era blanda? Su mujer podía mostrarse deliciosamente tierna a veces, cierto, pero cualquier hombre que creyera que era blanda en el sentido que apuntaba su padre lo más probable es que se quedara sin cabeza y que Faile se la sirviera en bandeja a su padre. Incluido él.

Bashere cogió la copa aplastada, la examinó, volvió a dejarla en la bandeja y se sentó en la otra silla.

—Zarina me habló bastante de ti antes de reunirse con su madre, todo sobre lord Perrin de Dos Ríos. Eso suena bien. Me gustan los hombres capaces de saber estar a la altura y aguantar el tipo cuando están ante un trolloc. Ahora quiero saber qué clase

de hombres eres.

Esperó expectante, dando sorbos de vino. Perrin habría deseado tener un poco más del ponche de Rand o incluso su copa de vino intacta, porque la garganta se le quedó seca de golpe. Quería dar una buena impresión, pero tenía que empezar diciendo la verdad.

—El hecho es, señor, que no soy realmente un lord. Soy un herrero. Veréis, cuando los trollocs llegaron… —Enmudeció porque Bashere se había echado a reír y lo hacía con tantas ganas que tuvo que enjugarse los ojos.

—Muchacho, el Creador no hizo las casas nobles. Algunos lo olvidan, pero si retrocedes lo suficiente en cada una de ellas encontrarás a un plebeyo que dio muestras de un valor fuera de lo normal o que mantuvo la calma y tomó el mando cuando todos los demás corrían de un lado a otro como gansos desplumados. Pero, ojo, otra cosa que algunos prefieren olvidar es que el camino cuesta abajo es igualmente repentino. Tengo dos doncellas en Tyr que serían damas nobles si sus antepasados dos siglos atrás no hubiesen sido tan necios que ni siquiera los necios los seguirían. Y un leñador en Sidona que afirma que sus ancestros eran reyes y reinas anteriores a Artur Hawkwing. Puede que diga la verdad; es un buen leñador. Hay tantos caminos hacia abajo como hacia arriba, y los primeros son tan resbaladizos como los otros. —Bashere resopló tan fuerte que se le levantaron los pelos del bigote —. Un necio gime cuando la fortuna le da la espalda y lo hace descender, pero hace falta ser un completo estúpido para gemir y quejarse cuando la fortuna le sonríe a uno y lo empuja hacia arriba. Lo que quiero saber de ti no es quién eres ni lo que eres, sino cómo eres por dentro. Si mi esposa deja a Zarina sin despellejar y yo no te mato a ti, ¿sabes cómo tratar a una esposa? ¿Y bien?

Teniendo muy presente que quería causar buena impresión, Perrin decidió guardarse el comentario de que preferiría volver a ser un herrero.

—Trato a Faile lo mejor que sé —contestó con precaución.

—Lo mejor que sabes. —Bashere volvió a resoplar—. Más te vale que eso sea suficiente, muchacho, o te… Bueno, ya me has oído. Una esposa no es un soldado de caballería que sale corriendo cuando gritas. En cierto modo, una mujer es como una paloma. Se la coge con la mitad de fuerza que uno considera necesario o, en caso contrario, se le puede hacer daño. Y tú no quieres hacer daño a Zarina, ¿me explico? —De improviso, y sorprendentemente, sonrió y su voz casi sonó amistosa—. Podrías ser un buen yerno, Aybara, pero si la haces desgraciada… —De nuevo acarició la empuñadura de su espada.

—Intento hacerla feliz —dijo seriamente Perrin—. Causarle daño o infelicidad sería lo último que querría hacerle.

—Bien, porque sería lo último que harías, muchacho. —Pronunció esas palabras sonriendo también, pero Perrin no tenía duda alguna de que Bashere había dicho en

serio todas y cada una de ellas—. Creo que es hora de que te lleve ante Deira. Si ella y Zarina no han terminado su conversación a estas alturas, será mejor que aparezcamos por allí antes de que una mate a la otra. Siempre se exaltan un poco cuando discuten, y Zarina ya es muy mayor ahora para que Deira ponga fin a la disputa dándole una zurra. —Bashere dejó su copa en la mesa y continuó hablando mientras se encaminaban a la puerta—. Hay una cosa de la que debes estar al tanto. Sólo porque una mujer diga que cree algo no quiere decir que sea verdad. Oh, sí lo cree, pero una cosa no es necesariamente cierta sólo porque una mujer lo crea. Tenlo siempre presente.

—Lo tendré. —Perrin creía entender a lo que se refería el hombre. A veces Faile sólo tenía un conocimiento somero de la verdad. Nunca con cosas importantes o, al menos, no con las que ella consideraba importantes, pero si prometía hacer algo que no deseaba hacer, siempre se las ingeniaba para dejarse un agujero por el que escabullirse y guardar la forma de la promesa saltándose el fondo y hacer exactamente su santa voluntad. Lo que no entendía era qué tenía que ver eso con conocer a la madre de Faile.

Fue una larga caminata por palacio, a lo largo de columnatas y subiendo tramos de escaleras. No parecía haber muchos saldaeninos por allí; pero sí había bastantes guerreros Aiel y Doncellas, por no mencionar los sirvientes con uniformes rojos y blancos que inclinaban la cabeza o hacían reverencias, y hombres y mujeres vestidos con ropajes blancos, igual que los que se habían ocupado de sus caballos en el patio. Estos últimos iban y venían presurosos llevando bandejas o montones de toallas, con la vista gacha y sin que aparentemente repararan en nadie. Perrin se llevó una sorpresa al advertir que algunos de ellos llevaban la misma cinta escarlata ciñéndoles las sienes que lucían muchos de los guerreros Aiel. Así pues, debían de ser Aiel también. Asimismo reparó en un pequeño detalle: la dichosa cinta la llevaban hombres y mujeres por igual, tanto los que vestían de blanco como los que llevaban chaquetas y polainas de apagados tonos pardos, pero no había visto a ninguna Doncella que la llevara. Gaul le había contado cosas sobre los Aiel, pero nunca había mencionado esas cintas de la cabeza.

Cuando Bashere y él entraron en un cuarto amueblado con sillas taraceadas de marfil y pequeñas mesas colocadas sobre alfombras de dibujos rojos, dorados y verdes, el agudo oído de Perrin alcanzó a escuchar el apagado sonido de unas voces femeninas en la sala interior. No entendió lo que decían a causa del grosor de la puerta, pero sí supo distinguir una de ellas como la de Faile. De repente sonó el chasquido de una bofetada, seguido casi de inmediato por otro, y el joven se encogió. Sólo un completo estúpido intervendría en una discusión entre su esposa y su suegra —por lo que había visto, generalmente las dos mujeres se volvían contra el pobre necio— y sabía muy bien que Faile sabía defenderse sola en circunstancias normales.

Claro que conocía mujeres fuertes —madres o incluso abuelas— que permitían que sus propias madres las trataran como si fuesen niñas.

Irguió los hombros y se dirigió a la puerta que comunicaba con la sala interior, pero Bashere se adelantó y llamó con los nudillos, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Por supuesto, el saldaenino no podía oír lo que a Perrin le sonaba como dos gatas peleando dentro de un saco. Y gatas mojadas.

La llamada en la puerta de Bashere cortó los gruñidos como si fuese un afilado cuchillo.

—Adelante —respondió una voz serena.

Perrin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no empujar a Bashere y pasar delante de él; una vez dentro, sus ojos observaron a Faile con ansiedad. Estaba sentada en un ancho sillón, justo en la zona donde la luz de las ventanas no daban de lleno. La alfombra en esa parte era roja en su mayoría y le hizo pensar en sangre; uno de los dos tapices representaba a una mujer a caballo matando a un leopardo con una lanza. El otro era una escena de una terrible batalla sostenida alrededor de una bandera del León Blanco. El olor que exhalaba Faile era una mezcolanza de emociones que Perrin fue incapaz de separar y la mejilla izquierda de su mujer tenía la marca roja de una mano, pero le sonrió, aunque débilmente.

La madre de Faile hizo que Perrin parpadeara. Con los comentarios de Bashere sobre palomas, había esperando encontrar una mujer frágil, pero lady Deira sacaba varios centímetros de altura a su marido y era… escultural. No corpulenta como la señora Luhhan, que era redonda, ni como Daise Congar, que parecía capaz de manejar el martillo de un herrero. Tenía un busto exuberante, algo que ciertamente un hombre no debería pensar de su suegra. Y ahora sabía de quién había heredado la belleza Faile. El rostro de su mujer era el de su madre, sin los mechones blancos que surcaban el oscuro cabello en las sienes. Si ése era el aspecto que Faile tendría cuando alcanzara esa edad, podía considerarse un hombre muy afortunado. Por otro lado, aquella firme nariz daba a lady Deira la apariencia de un águila, con esos oscuros y rasgados ojos clavados en él; un águila de mirada feroz, lista para hincar las garras en un conejo particularmente insolente. Olía a ira y a desprecio. La verdadera sorpresa, sin embargo, fue la marca roja de una mano en su mejilla.

—Padre, estábamos hablando de ti —dijo Faile con una sonrisa afectuosa mientras se acercaba al hombre y le cogía las manos. Lo besó en las mejillas, y Perrin sintió una repentina punzada de contrariedad; un padre no se merecía todo eso cuando había un marido plantado allí mismo con sólo una breve sonrisa como apoyo.

—Entonces ¿debo salir a galope y esconderme, Zarina? —rió Bashere. Oh, qué risa tan plena. ¡Por lo visto no se había dado cuenta de que esposa e hija se habían abofeteado!

—Prefiere Faile, Davram —dijo distraídamente lady Deira. Con los brazos

cruzados bajo aquel opulento busto, observaba a Perrin de arriba abajo sin molestarse en hacerlo con disimulo.

—Ahora depende de él —oyó que Faile susurraba a su padre.

Perrin suponía que, en efecto, dependía de él, puesto que ella y su madre habían llegado a las manos. Irguió los hombros y se preparó para decirle a lady Deira que sería tan tierno con Faile como si fuese una gatita y que él sería tan sumiso como un cordero. Esto último sería mentira, desde luego —Faile escupiría a un hombre sumiso y lo asaría para la cena—, pero había que mantener la paz a toda costa. Además, era verdad que trataba de ser delicado con ella. Quizá lady Deira era la razón de que Bashere le hubiese hablado así sobre la delicadeza; no había hombre con arrestos suficientes para ser de otro modo con esa mujer.

—Los ojos amarillos no hacen al lobo —dijo la madre de Faile antes de que Perrin tuviese ocasión de hablar—. ¿Eres lo bastante fuerte para manejar a mi hija, joven? Por lo que me ha contado, eres un pelele que le consiente todos los caprichos y que deja que lo maneje a su antojo.

Perrin los miró de hito en hito. Bashere había ocupado el sillón en el que Faile había estado sentada y se dedicaba a examinar con aire complaciente sus botas, una apoyada en la puntera de la otra. Faile, sentada en el ancho reposabrazos del sillón ocupado por su padre, asestó una mirada ceñuda a su madre y después le sonrió a Perrin con la misma confianza que había mostrado cuando le dijo que plantara cara a Rand.

—Yo no creo que me maneje a su antojo —repuso cautelosamente. Faile lo intentaba, cierto, pero estaba convencido de que no se lo permitía. Excepto muy de vez en cuando, para complacerla.

El resoplido de lady Deira no pudo ser más explícito.

—Los calzonazos nunca lo creen. Una mujer quiere un hombre fuerte, más fuerte que ella, aquí. —Su índice se clavó en el pecho de Perrin con tanta fuerza que lo hizo gruñir—. Jamás olvidaré la primera vez que Davram me cogió por el pescuezo y me demostró que era el más fuerte de los dos. ¡Fue magnífico!

Perrin parpadeó; aquella imagen era algo que no le entraba en la cabeza.

—Si una mujer es más fuerte que su marido —prosiguió lady Deira—, acaba despreciándolo. Sólo le queda la opción de tiranizarlo o de rebajarse a sí misma para no hacerlo menos a él. Por el contrario, si el marido es lo bastante firme… —Volvió a darle con el índice, y esta vez con más brío—, ella puede mostrarse tan fuerte como es, tan fuerte como puede llegar a ser. Tendrás que demostrar a Faile tu firmeza. —Otro golpe con el dedo, aun más brusco—. Las mujeres de mi familia son leopardos. Si no puedes adiestrarla para que cace a tus órdenes, Faile te arrancará la piel a zarpazos como te mereces. ¿Eres lo bastante fuerte?

Esta vez, el golpe del índice de la mujer hizo que Perrin retrocediera un paso.

—¿Queréis dejar de hacer eso? —gruñó. Refrenó las ganas de frotarse el pecho. Faile no lo estaba ayudando en nada; se limitaba a sonreírle con expresión animosa. Bashere lo observaba con los labios fruncidos y una ceja enarcada—. Si la consiento de vez en cuando es porque me da la gana hacerlo. Me gusta verla sonreír. Y si lo que esperáis de mí es que la pisotee, ya podéis olvidarlo. —Quizás había perdido al decir eso. La madre de Faile lo estaba mirando de un modo muy peculiar y su olor era una mezcolanza que no podía interpretar, bien que todavía se distinguía la rabia y un frío desdén. Aun así, ni que quisiera causarles buena impresión ni que no, se había acabado eso de decir lo que Bashere y su mujer querían oír—. La amo y ella me ama y no hay más que hablar, en lo que a mí concierne.

—Me ha dicho —intervino Bashere, hablando lentamente— que si te llevas a nuestra hija irá por ella. Por lo visto piensa que nueve mil saldaeninos no tienen nada que hacer contra unos cuantos cientos de arqueros de Dos Ríos.

Su mujer dirigió a Perrin una mirada evaluativa y después recobró el control e irguió la cabeza.

—Todo eso está muy bien, pero cualquier hombre puede manejar una espada. Lo que quiero saber es si se siente capaz de domar a una voluntariosa, testaruda, desobediente…

—Basta ya, Deira —la interrumpió suavemente Bashere—. Puesto que, obviamente, has llegado a la conclusión de que Zarina… Faile, ya no es una niña, creo que Perrin se las apañará bastante bien.

Para sorpresa de Perrin, la esposa de Bashere inclinó dócilmente la cabeza.

—Lo que tú digas, corazón mío. —Entonces miró a Perrin, ni por asomo dócil, como queriendo decirle que ése era el modo en que un hombre debía manejar a una mujer.

Bashere masculló algo entre dientes acerca de nietos y de volver a fortalecer el linaje con sangre nueva. ¿Y Faile? Ella le sonrió con una expresión que, definitivamente, lo hizo sentirse incómodo. Con las manos entrelazadas, las piernas cruzadas por los tobillos y la cabeza ladeada, se las ingenió para aparentar un aire… sumiso. ¡Faile! A lo mejor se había emparentado con una familia en la que todos estaban locos de remate.

Tras cerrar la puerta al marcharse Perrin, Rand apuró la copa de ponche y luego se repantigó en un sillón, pensativo. Confiaba en que Perrin hiciese migas con Bashere. Claro que si saltaban chispas, a lo mejor Perrin se mostraría más dispuesto a viajar a Tear. Necesitaba a Perrin o a Mat allí para convencer a Sammael de que aquél era el verdadero ataque. La idea provocó en él una queda y amarga risa. Luz, qué manera de pensar en un amigo. Lews Therin reía bajito y mascullaba algo ininteligible sobre amigos y traiciones. Rand deseó poder dormir durante un año entero.

Min entró sin llamar a la puerta ni ser anunciada, claro es. Las Doncellas la miraban de un modo raro a veces; pero, fuera lo que fuera lo que Sulin o quizá Melaine había dicho, ahora Min se encontraba en la corta lista de personas que pasaban libremente a sus aposentos, estuviese él haciendo lo que estuviese haciendo. También ella abusaba de ese privilegio; ya en una ocasión había insistido en acercar una banqueta a la bañera mientras él se aseaba y charlar como si aquello fuera de lo más normal. Ahora la joven hizo una pausa sólo para servirse una copa de ponche antes de sentarse en su regazo. Una fina película de transpiración brillaba en su cara. Ni siquiera había intentado aprender cómo hacer caso omiso del calor; en lugar de ello había comentado entre risas que no era Aes Sedai ni tenía pensado serlo. Por lo visto, Rand se había convertido en su asiento preferido durante estas visitas, pero él estaba convencido de que si se limitaba a no darse por aludido, antes o después la joven dejaría este jueguecito. Ésa era la razón de que hubiese procurado esconderse lo mejor posible bajo el agua de la bañera en lugar de vendarle los ojos con Aire. Si descubría que lo afectaba ya no dejaría la dichosa broma. Además, aunque le avergonzaba admitirlo tratándose de Min, tener a una chica sentada en las rodillas resultaba muy placentero. No era de piedra.

—¿Tuviste una charla agradable con Faile?

—No duró mucho. Su padre vino a buscarla y estaba demasiado ocupada rodeándole el cuello con los brazos para acordarse de mí. Estuve dando un paseo.

—¿No te cae bien? —preguntó y los ojos de Min se abrieron de par en par, de manera que las pestañas los hicieron parecer aun más grandes. Las mujeres nunca esperaban que un hombre advirtiera o se percatara de algo de lo que ellas no querían que se diera cuenta.

—No es que no me guste exactamente —contestó, aunque a regañadientes—. Sólo que… En fin, que quiere lo que quiere cuando quiere y no aceptará un «no» como respuesta. Compadezco al pobre Perrin, casado con ella. ¿Sabes lo que quería de mí? Asegurarse de que no tenía ningún plan respecto a su precioso marido. Puede que no te hayas dado cuenta, porque los hombres nunca se fijan en esas cosas…

Enmudeció y alzó la vista hacia él con desconfianza, observándolo tras aquellas largas pestañas. Rand había demostrado que sí advertía algunas cosas, después de todo. Una vez que se convenció de que él no pensaba echarse a reír ni sacar a relucir ese tema, continuó:

—Con sólo mirarlo una vez comprendí que el muy tonto está loco por ella. Y ella está loca por él, si es que le sirve de algo tal cosa. Dudo que ni siquiera haya mirado con interés a ninguna otra mujer, pero ella no se fía, sobre todo si la otra mujer lo mira a él. Perrin ha encontrado a su halcón y no me sorprendería que ella lo matara cuando aparezca el azor. —Calló de golpe y miró de reojo a Rand antes de beber un trago de vino, como queriendo esconder la cara en la copa.

Si le preguntaba qué había querido decir, ella le respondería. Rand recordaba haberle oído manifestar que no le contaría nada de sus visiones a menos que le concernieran; pero, si era así, había cambiado de opinión por alguna razón. Ahora estaba dispuesta a buscar imágenes en cualquier persona que él le indicara y a contarle todo cuanto viera. Empero, hacer tal cosa la incomodaba.

«¡Cállate! —le gritó a Lews Therin, que había reanudado su runrún—. ¡Vete! ¡Estás muerto!» No surtió efecto; era algo que últimamente ocurría con frecuencia. Aquella voz continuó mascullando algo sobre ser traicionado por amigos o quizá sobre traicionarlos a ellos.

—¿Has visto algo que me concierna? —preguntó.

Con una sonrisa agradecida, Min se acurrucó amigablemente contra su pecho —bueno, probablemente su gesto era amistoso; aunque a lo mejor no lo era— y empezó a hablar entre sorbo y sorbo de ponche:

—Cuando estabais juntos vi esas luciérnagas y la oscuridad más fuerte que nunca. Mmmm, me gusta el ponche de melón. Pero cuando os encontrabais juntos en la misma habitación las luciérnagas aguantaban en lugar de ser devoradas con mayor rapidez de lo que podían apiñarse en un enjambre, como ocurre cuando te encuentras solo. Y vi algo más cuando estabais juntos: dos veces él va a tener que estar allí o tú… —Bajó la vista a la copa para que él no le viera la cara—. Si no está, algo malo va a pasarte. —Habló con un hilo de voz y parecía asustada—. Algo muy malo.

Por mucho que Rand deseara saber más, como cuándo, dónde y qué, sin duda la joven ya le había dicho cuanto sabía.

—Entonces, tendré que mantenerlo cerca de mí —comentó con el tono más animoso de que fue capaz. No le gustaba que Min estuviera asustada.

—Ignoro si eso será suficiente —farfulló al haberse llevado la copa a los labios—. Ocurrirá si él no está allí, pero nada de lo que he visto confirma que no ocurrirá porque esté. Será muy malo, Rand. Sólo con pensar en esa visión me…

Él la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cara. Se sorprendió al ver sus ojos rebosantes de lágrimas.

—Min, no sabía que estas visiones podían hacerte sufrir —musitó suavemente—. Lo lamento.

—¡Qué vas tú a saber, palurdo! —rezongó. Sacó un pañuelo rematado con puntillas y se enjugó los ojos—. Me había entrado polvo. Por lo visto no haces que Sulin limpie aquí dentro lo bastante a menudo. —El pañuelo desapareció bajo la manga con un floreo—. He de regresar a La Corona de Rosas. Sólo quería decirte lo que había visto sobre Perrin.

—Min, ten cuidado. Tal vez no deberías venir tan a menudo. No creo que Merana sea indulgente contigo si descubre lo que estás haciendo.

La sonrisa que esbozó le hizo recordar a la Min de antaño, y sus ojos traslucían

una expresión divertida aunque todavía brillaban por las lágrimas.

—Deja que sea yo quien se preocupe por mi seguridad, pastor. Creen que estoy pasmada visitando Caemlyn como cualquier bobalicona palurda. Si no viniese a diario, ¿cómo ibas a saber que se están reuniendo con los nobles? —Aquello lo había descubierto por casualidad el día anterior en su camino a palacio. Merana apareció fugazmente en la ventana de un palacete que, según las indagaciones de Min, pertenecía a lord Pelivar. Era tan poco probable que Pelivar y su invitada fueran los únicos que se habían reunido como que Merana hubiese acudido allí para limpiarle el sumidero.

—Ten cuidado —insistió firmemente—. No quiero que te ocurra nada, Min.

Ella lo estudió unos instantes en silencio y después se incorporó lo suficiente para besarlo suavemente en los labios. En fin, había sido un ligero beso, pero esto se había convertido en un ritual diario cuando la joven se marchaba, y Rand tenía la sensación de que quizás esos besos iban haciéndose menos leves de un día para otro. A despecho de habérselo prometido a sí mismo, no pudo menos de decir:

—Preferiría que no hicieses eso. —Dejarla sentarse en sus rodillas era una cosa, pero lo de besarlo era llevar la broma demasiado lejos.

—Todavía no hay lágrimas de pesar y arrepentimiento en tus ojos, chico de campo —replicó, sonriente—. Ni balbuceos pidiendo perdón.

Le revolvió el pelo como si fuera un crío de diez años y se dirigió a la puerta, moviéndose con un grácil contoneo que tal vez no provocaba lágrimas ni balbuceos, pero que sí atraía sus ojos como un imán por mucho que él se empeñara en no mirarla. Sus ojos se desplazaron rápidamente al rostro de la joven cuando ésta se dio media vuelta.

—Caramba, pastor, tienes la cara ardiendo. Creía que el calor ya no te afectaba. Bueno, no tiene importancia. Sólo quería decirte que tendré cuidado. Hasta mañana. Y asegúrate de ponerte calcetines limpios.

Rand soltó la respiración contenida una vez que la puerta se hubo cerrado tras ella. ¿Calcetines limpios? ¡Se los cambiaba a diario! Sólo había dos opciones: podía seguir fingiendo que sus bromas no surtían efecto en él hasta que se diese por vencida o podía claudicar y resignarse a balbucir. O incluso a suplicar; a lo mejor dejaba de chincharlo si se lo suplicaba; claro que entonces tendría algo con lo que tomarle el pelo, y a Min le encantaba hacer eso. La otra opción que quedaba —acortar el tiempo que pasaban juntos y mostrarse frío y distante— estaba descartada. Era una amiga; no podía ser frío con ella como no podría serlo con… Los nombres que le vinieron a la cabeza fueron Aviendha y Elayne, y no encajaban en la situación. Como no podría serlo con Mat o Perrin. Lo único que aún no entendía era por qué se sentía tan a gusto con ella. No debería, pinchándolo como lo pinchaba, pero así era.

Los rezongos de Lews Therin habían cobrado fuerza desde el momento en que se

mencionó a las Aes Sedai y ahora manifestó con toda claridad:

«Si están conspirando con los nobles tendré que hacer algo respecto a ellas.»

«Vete», ordenó Rand.

«Nueve son demasiado peligrosas, incluso estando poco adiestradas. Demasiado peligrosas. No puedo permitírselo. No. Oh, no.»

«¡Vete, Lews Therin!»

«¡No estoy muerto! —aulló la voz—. ¡Merezco morir, pero estoy vivo! ¡Vivo! ¡Vivo!»

«¡Estás muerto! —replicó a gritos Rand, dentro de su cabeza—. ¡Estás muerto, Lews Therin!»

La voz se fue desvaneciendo en la distancia, todavía gritando «¡Vivo!» cuando dejó de oírse.

Tembloroso, Rand se puso de pie, llenó su copa de nuevo, y apuró el ponche en un solo trago. El sudor le resbalaba por la cara y tenía la camisa pegada al cuerpo. Encontrar otra vez la concentración necesaria exigió todo un esfuerzo. Lews Therin se volvía más y más persistente. Una cosa era segura: si Merana estaba conspirando con los nobles, en especial aquellos dispuestos a declararse en rebelión si no conseguía traer a Elayne lo bastante pronto para complacerlos, entonces tendría que tomar cartas en el asunto. Por desgracia, no se le ocurría cómo.

«Matarlas —susurró Lews Therin—. Nueve son demasiado peligrosas, pero si mato algunas, si las hago huir… Matarlas… Hacer que me tengan miedo… No moriré otra vez… Merezco la muerte, pero deseo vivir…» Empezó a llorar, pero sus quedas divagaciones no cesaron.

Rand llenó de nuevo su copa y trató de no oírlo.

Cuando la puerta de Origan, en la Ciudad Interior, apareció a la vista, Demira Eriff aminoró el paso. Varios hombres entre el gentío que abarrotaba la calle la miraron encandilados mientras pasaban junto a ella y, quizá por enésima vez, tomó nota mentalmente de dejar de llevar vestidos de su país de origen, Arad Doman; y también por enésima vez lo olvidó de inmediato. Los vestidos apenas tenían importancia —se había hecho confeccionar los mismos seis modelos durante años— y si un hombre que no se daba cuenta de que era Aes Sedai se volvía demasiado imprudente, no tenía más que dejarle claro con quién se estaba propasando. Con eso bastaba para quitárselo de encima con sorprendente rapidez; tan deprisa, generalmente, como el tipo era capaz de correr.

En ese momento, lo único que le interesaba era la puerta de Origan, un enorme arco de mármol blanco en la luminosa muralla del mismo color, y el río de gente y vehículos que pasaban por él, bajo la vigilante mirada de una docena de Aiel; Demira sospechaba que su actitud indolente era mera apariencia. Sin duda eran capaces de

reconocer una Aes Sedai a simple vista. A veces lo hacía gente por demás sorprendente. Además, la estaban siguiendo desde que había salido de La Corona de Rosas; aquellas chaquetas y polainas hechas para fundirse con un paisaje de rocas y arbustos resaltaban en las calles de una ciudad. De modo que, aun en el caso de que hubiese querido entrar en la Ciudad Interior, aunque hubiese estado dispuesta a correr el riesgo de afrontar la ira de Merana por adentrarse allí sin antes pedir permiso a al'Thor, no lo habría hecho. ¡Oh, qué irritante resultaba tener que pedir permiso a un hombre! Lo único que quería era ver a Milam Harnder, segundo bibliotecario del Palacio Real y su informador durante casi treinta años.

La biblioteca del palacio de Caemlyn no podía compararse con la de la Torre Blanca o con la Biblioteca Real de Cairhien o la Biblioteca Terhana de Bandar Eban, pero tenía tantas posibilidades de acceder a una de ésas como de poder volar. Empero, si su mensaje le había llegado a Milam, éste habría empezado a buscarle los libros que quería. Era muy posible que la biblioteca de palacio guardara alguna información sobre los Sellos de la prisión del Oscuro, puede que incluso un registro de volúmenes catalogados, aunque tal cosa sería mucho esperar. En su mayoría, las bibliotecas tenían tomos amontonados en cualquier sitio y que deberían haber sido registrados mucho tiempo atrás pero que, de algún modo, habían quedado arrinconados durante cien o quinientos e incluso a veces más años. Casi todas las bibliotecas poseían tesoros cuya existencia los bibliotecarios ni siquiera sospechaban.

Aguardó con impaciencia mientras la multitud pasaba a su lado, atenta únicamente a las personas que salían por la puerta, pero no vislumbró la calva cabeza y la cara redonda de Milam. Transcurrido un buen rato, suspiró; obviamente su informador no había recibido el mensaje porque, de haber sido así, habría acudido a la cita poniendo cualquier excusa para ausentarse. Así las cosas, no le iba a quedar más remedio que esperar a que llegase su turno de acompañar a Merana al palacio y confiar en que el joven al'Thor le diera permiso —¡otra vez lo del permiso!— para buscar en la biblioteca.

Cuando daba la espalda a la puerta de la muralla, la casualidad quiso que sus ojos se encontraran con los de un tipo alto, de rostro descarnado y vestido con un chaleco de carretero, que la miraba con descarada admiración. Y cuando sus miradas se encontraron ¡le guiñó un ojo!

No estaba dispuesta a aguantar algo así todo el camino de vuelta; lo despistaría. «Realmente he de acordarme de encargar algún vestido sencillo», pensó mientras se preguntaba por qué no lo había hecho nunca. Por suerte ya había estado en Caemlyn antes, hacía unos años, y Stevan estaba aguardándola en La Corona de Rosas; su vínculo la guiaría hasta allí si se desorientaba. Se metió furtivamente en un estrecho pasaje que había entre la tienda de un cuchillero y una taberna.

La última vez que había visitado Caemlyn los angostos callejones estaban

embarrados pero, aun encontrándose ahora secos, cuanto más penetraba en éste, más desagradable era el olor. Las paredes eran lisas, sin ventanas, y en contados casos con portezuelas muy estrechas que tenían el aspecto de no haberse abierto en mucho tiempo. Gatos escuálidos la observaban desde lo alto de barriles y muros traseros, y perros vagabundos, con las costillas muy marcadas, echaban las orejas hacia atrás e incluso en algunos casos le gruñían antes de correr a esconderse en una travesía, o corredera, como llamaban en Caemlyn a los callejones. No le preocupaba que la arañasen o mordieran; parecía como si los gatos percibiesen algo con las Aes Sedai; Demira no sabía de ningún caso de una Aes Sedai que hubiese sido arañada ni siquiera por el gato más salvaje. Los perros se mostraban hostiles, cierto, casi como si creyeran que las Aes Sedai eran gatos, pero por lo general se escabullían después de hacer una pequeña exhibición.

Había muchos más gatos y perros en las correderas de lo que Demira recordaba, aunque más escuálidos, y bastantes menos personas. De hecho no vio a nadie hasta que, al doblar una esquina, se encontró con cinco o seis Aiel que venían en dirección opuesta, riendo y charlando entre ellos. Parecieron sobresaltarse al verla.

—Perdón, Aes Sedai —farfulló uno de ellos, y todos se apartaron pegándose a un lado del pasaje a pesar de que había sitio de sobra.

Preguntándose si serían los mismos que la habían estado siguiendo —uno de aquellos rostros le resultaba familiar, el de un tipo achaparrado, con ojos malvados— Demira respondió con una leve inclinación de cabeza y dio las gracias en un susurro mientras empezaba a pasar a su lado.

La lanza que se clavó en su costado fue una impresión tal que ni siquiera gritó. Buscó contacto con el *Saidar* frenéticamente, pero algo más le atravesó el costado y se desplomó en el suelo. Aquel rostro medio recordado se acercó al suyo, con una expresión burlona en los negros ojos, al tiempo que gruñía algo que no entendió mientras intentaba tocar el *Saidar*, mientras trataba de… La oscuridad se cerró sobre ella.

Cuando Perrin y Faile salieron finalmente de la interminable reunión con los padres de ella, aquella extraña criada, Sulin, los estaba aguardando en el pasillo. Perrin estaba sudando a mares, hasta el punto de tener manchas oscuras en la chaqueta; se sentía como si hubiese corrido quince kilómetros mientras lo aporreaban a cada zancada. Faile, por su parte, se mostraba radiante, guapísima y tan enorgullecida como cuando había llevado a los hombres de Colina del Vigía justo en el momento en que los trollocs estaban a punto de invadir Campo de Emond. Sulin les hacía una reverencia cada vez que la miraban, y de un modo tan exagerado que en cada ocasión estaba a punto de irse de bruces al suelo; su curtida cara, cruzada por una cicatriz, mostraba una sonrisa obsequiosa en un gesto tan forzado que daba la

impresión de que el rostro se le haría añicos con que respirara un poco más fuerte. Cuando pasaban ante Doncellas éstas movían las manos rápidamente con el lenguaje de señas, y Sulin también les hacía reverencias, aunque rechinando los dientes con fuerza suficiente para que Perrin lo oyera claramente. Hasta Faile empezó a observarla con prevención.

Una vez que la mujer los hubo conducido a sus aposentos, compuestos por una sala de estar y un dormitorio en el que había un lecho con dosel lo bastante grande para diez personas, así como un balcón que daba a un patio con una fuente, Sulin insistió en explicarles o mostrarles todo, hasta lo que era evidente. Les explicó que sus caballos estaban instalados en los establos y se los había almohazado. Habían sacado el equipaje de sus alforjas y lo habían guardado en el armario, junto con el cinturón del hacha de Perrin, si bien la mayoría del escaso contenido se hallaba colocado pulcramente en los cajones de una cómoda; el hacha de Perrin estaba apoyada contra el hogar de mármol gris, como si fuera para trocear leña. Había dos jarras de plata, la superficie cubierta de gotitas condensadas; una de ellas contenía té frío aromatizado con menta y la otra, ponche de ciruelas. La mujer señaló dos espejos con marco dorado, colgados en la pared; otro sobre una mesa en la que también descansaban el peine y el cepillo de marfil de Faile; y uno enorme de cuerpo entero con los soportes de madera tallada que no habría pasado inadvertido ni a un ciego.

Mientras Sulin seguía explicando que se había traído agua para bañarse en las tinas de cobre, Perrin le puso una corona de oro en la callosa palma de la mano.

—Gracias —le dijo—, pero si eres tan amable de dejarnos a solas…

Por un momento creyó que la mujer iba a arrojarle a la cara la pesada moneda, pero en lugar de eso volvió a hacer una torpe reverencia y se marchó dando un portazo.

—Supongo que la persona encargada de enseñar a la servidumbre no realiza bien su trabajo —comentó Faile—. Eso estuvo muy bien, por cierto. Con educación pero mostrando firmeza. Ojalá actuaras igual con nuestros sirvientes. —Se volvió de espaldas a él y pidió en un susurro—: ¿Me desabrochas, por favor?

Perrin se sentía siempre muy torpe al hacerlo y tenía la sensación de que sus dedos eran demasiado gruesos para aquellos pequeños botones y que iba a arrancarlos o a romperle el vestido. Por otro lado, disfrutaba mucho desnudando a su esposa. Por lo general Faile hacía que una criada la ayudara en esos menesteres; Perrin estaba convencido de que lo hacía porque se perdían muchos botones.

—¿Hablabas en serio cuando le dijiste todas esas tonterías a tu madre? —preguntó.

—¿Acaso no es verdad, esposo mío, que me has domado y me has enseñado a posarme en tu muñeca cuando me llamas? —respondió ella sin mirarlo—. ¿Es que no corro a complacerte? ¿No obedezco hasta tu menor gesto?

Olía a estar divertida y, desde luego, su tono lo era. Lo único es que parecía estar hablando en serio, igual que cuando le había dicho a su madre prácticamente lo mismo, con la cabeza alta y mostrándose tan orgullosa como era posible. Las mujeres eran raras y no había más explicación. ¡Y su madre…! ¡Por no hablar de su padre!

Tal vez lo mejor sería cambiar de tema. ¿Qué era aquello que había dicho Bashere?

—Faile, ¿qué es una corona rota? —Estaba seguro de que ésas habían sido sus palabras.

Su mujer hizo un ruido de irritación y de repente empezó a desprender olor que denotaba que estaba disgustada.

—Rand se ha ido de palacio, Perrin.

—¿Y qué? —Se agachó para ver más de cerca uno de los minúsculos botones de nácar; frunció el entrecejo a su espalda—. ¿Cómo lo sabes?

—Por las Doncellas. Bain y Chiad me han enseñado un poco de ese lenguaje de señas. Que no se te escape una palabra, Perrin. Por el modo en que esas dos actuaron cuando se enteraron de que aquí había Aiel, creo que tal vez no deberían haberlo hecho. Además, podría ser conveniente entender lo que las Doncellas se dicen sin que ellas lo sepan. Parecen que están a partir un piñón con Rand. —Se giró para lanzarle una mirada pícara y le acarició la barba—. Esas primeras Doncellas que vimos en la entrada pensaban que tenías unos buenos hombros, pero no tenían muy buena opinión de esto. Las Aiel no saben reconocer una buena barba cuando la ven.

Perrin sacudió la cabeza y esperó a que ella se volviera de nuevo de espaldas para guardarse en un bolsillo el botoncito que había arrancado sin querer cuando ella se giró hacia él. A lo mejor no se daba cuenta; él había llevado la chaqueta sin un botón durante toda una semana y no lo advirtió hasta que Faile se lo hizo notar. En lo referente a las barbas, por lo que Gaul había dicho, los Aiel siempre se afeitaban; Bain y Chiad habían encontrado un motivo de raras chanzas con la suya. Había pensado más de una vez afeitársela con este calor, pero a Faile le gustaba.

—¿Y qué pasa con Rand? ¿Por qué tendría que importar que se haya ido de palacio?

—Porque tú deberías saber qué está haciendo a tu espalda. Obviamente ignorabas que se iba. Recuerda que es el Dragón Renacido. Eso es muy parecido a ser rey, un rey de reyes, y los monarcas utilizan a veces incluso a sus amigos, ya sea por casualidad o a propósito.

—Rand no haría algo así. ¿Qué es lo que estás sugiriendo, en cualquier caso? ¿Que lo espíe?

Lo dijo en broma, pero ella respondió:

—Tú personalmente no, amor mío. Espiar es trabajo de la esposa.

—¡Faile! —Se irguió tan bruscamente que por poco no arranca otro botón; la

cogió por los hombros y la giró de cara a él—. No vas a espiar a Rand, ¿me oyes? —Ella puso una expresión obstinada, con las comisuras de los labios torcidas hacia abajo y los ojos entrecerrados; prácticamente, apestaba a terquedad. No obstante, también él podía ser muy testarudo—. Faile, quiero ver un poco de esa obediencia de la que hacías alarde. —A su modo de entender, su esposa hacía lo que decía él cuando estaba de buenas y complaciente, pero si no, no, sin importarle si él tenía razón o no —. Lo digo en serio, Faile. Quiero que me lo prometas. No tomaré parte en ningu…

—Lo prometo, corazón mío —repuso mientras le ponía los dedos sobre los labios —. Prometo que no espiaré a Rand. ¿Ves? Obedezco a mi señor esposo. ¿Recuerdas cuántos nietos dijo mi madre que esperaba tener?

El repentino cambio de conversación lo hizo parpadear. Pero Faile lo había prometido y eso era lo importante.

—Seis, creo. Perdí la cuenta cuando empezó a explicarnos cuáles deberían ser niños y cuáles niñas.

Lady Deira les había dado ciertos consejos, embarazosamente francos, sobre cómo lograrlo; menos mal que él se había perdido la mayor parte al estar planteándose la conveniencia de salir de la habitación. Faile se había limitado a asentir como si aquello fuese lo más natural del mundo, estando allí su padre y su marido.

—Al menos seis —dijo Faile con una sonrisa verdaderamente maliciosa—. Perrin, la vamos a tener pegada a los talones a menos que pueda decirle que puede esperar la llegada del primero pronto, y se me ha ocurrido que, si por fin eres capaz de acabar de desabrochar el resto de los botones… —Después de meses de matrimonio, todavía se ponía colorada, pero no perdió la sonrisa maliciosa—. La presencia de una verdadera cama tras muchas semanas me ha vuelto tan descarada como una muchacha de campo durante la recolección.

A veces Perrin no podía menos de preguntarse sobre esas chicas de campo saldaeninas que Faile sacaba a relucir siempre. Con sonrojos o sin ellos, si eran tan atrevidas como su mujer cuando los dos estaban solos, en Saldaea no debía de recogerse ni una sola cosecha. Le arrancó otros dos botones antes de acabar de desabrocharle el vestido, y a ella no le importó un ápice. De hecho, le desgarró la camisa al quitársela.

Demira se sorprendió de abrir los ojos, de encontrarse tumbada en la cama de su habitación en La Corona de Rosas. Esperaba estar muerta, no desvestida y bien arropada bajo la sábana de lino. Stevan se hallaba sentado en una banqueta a los pies del lecho, arreglándoselas para traslucir una expresión aliviada, preocupada y severa a la vez. Su esbelto Guardián cairhienino era un palmo más bajo que ella y casi veinte años más joven a pesar de las canas que lucía en las sienes, pero a veces trataba de

comportarse como un padre, pensando, aunque no lo dijera, que ella no podía cuidar de sí misma y que necesitaba que él la llevara cogida de la mano. Mucho se temía que este incidente iba a servirle de motivo para ganar terreno durante muchos meses en la pugna que sostenían al respecto. Merana se encontraba a un lado de la cama, con expresión seria, y Berenicia estaba al otro. La rellenita hermana Amarilla siempre tenía un gesto serio, pero ahora la expresión de su rostro era realmente sombría.

—¿Cómo me…? —fue todo cuanto consiguió decir Demira. Luz, qué débil se sentía. Era el efecto de la Curación, pero el simple gesto de sacar los brazos de debajo de la sábana fue todo un esfuerzo. Debía de haber estado muy cerca de la muerte. La Curación no dejaba cicatrices, pero los recuerdos y la debilidad eran más que suficiente para darse cuenta de ello.

—Un hombre entró en la sala común —contestó Stevan—, diciendo que quería una cerveza. Habló de que había visto Aiel siguiendo a una Aes Sedai, y os describió con exactitud, y alardeando de que iban a matarla. No bien había hablado cuando sentí… —Un fugaz gesto de dolor se reflejó en su semblante.

—Stevan me pidió que lo acompañara —intervino Berenicia—, o más bien casi me sacó a rastras de la posada. Fuimos corriendo todo el tiempo. A fuer de ser sincera, no estaba segura de que hubiésemos llegado a tiempo hasta que has abierto los ojos ahora.

—Ni que decir tiene que todo era parte de la misma trampa, de la misma advertencia —dijo Merana con voz inexpresiva—. Los Aiel y el hombre. Una lástima que lo dejáramos escapar, pero estábamos tan preocupados contigo que se las ingenió para escabullirse antes de que a nadie se le ocurriera retenerlo.

Demira estaba pensando en Milam y en cómo afectaría esto a la búsqueda en la biblioteca, en cuánto tiempo tardaría Stevan en calmarse, y el comentario de Merana no cobró sentido en su mente hasta el último momento.

—¿Retenerlo? ¿Advertencia? ¿De qué estás hablando, Merana?

Berenicia masculló algo sobre que lo entendería si se lo enseñaban escrito en un libro; en ocasiones, Berenicia tenía una lengua realmente viperina.

—¿Acaso has visto a alguien entrar en la posada para tomar una cerveza desde que estamos aquí, Demira? —inquirió pacientemente Merana.

Era verdad; no había venido nadie. Una o incluso dos Aes Sedai no representaban una gran diferencia entre los clientes de una posada en Caemlyn, pero nueve era harina de otro costal. Últimamente la señora Cinchonine había hecho comentarios al respecto en voz alta.

—Entonces de lo que se trataba era de que pensarais que me habían matado unos Aiel. O quizá de que me encontraseis antes de que hubiese muerto. —Acababa de recordar lo que aquel tipo malcarado le había susurrado—. Uno de ellos me dijo que os advirtiera que no os acercaseis a al'Thor. Sus palabras exactas fueron: «Diles a las

otras brujas que no se acerquen al Dragón Renacido». Difícilmente habría podido transmitir ese mensaje si hubiera muerto, ¿no? ¿En qué parte tenía las heridas?

Stevan rebulló en su banqueta y le lanzó una mirada dolida.

—Ninguna de las dos tocó órganos que habrían causado vuestra muerte inmediata, pero con la cantidad de sangre que perdisteis…

—¿Qué vamos a hacer ahora? —lo interrumpió Demira, que dirigió la pregunta a Merana antes de que el Guardián empezara a decirle lo necia que había sido al dejarse sorprender así.

—Mi opinión es que encontremos a los Aiel responsables —intervino con firmeza Berenicia—. Y hacer de ellos un escarmiento que sirva de ejemplo. —Era oriunda de las Marcas Fronterizas de Shienar y los ataques de los Aiel habían constituido un acontecimiento que había marcado su infancia y adolescencia—. Seonid está de acuerdo conmigo.

—¡Oh, no! —protestó Demira—. No permitiré que nadie eche a perder la primera ocasión que se me presenta de estudiar a los Aiel, con el trabajo que cuesta sacarles más de dos palabras. Después de todo, la atacada fui yo. Además, a menos que el hombre que os advirtió fuese también Aiel, parece evidente que actuaron siguiendo órdenes y creo que sólo hay un hombre en Caemlyn que tiene mando sobre los Aiel.

—El resto de nosotras —dijo Merana mientras asestaba una mirada firme a Berenicia— coincidimos contigo, Demira. No quiero oír hablar más de perder tiempo y energía encontrando a una jauría de perros de presa entre otros cientos más, mientras que el hombre que los envió a cazar va por ahí sonriendo satisfecho.

Berenicia se encrespó un poco antes de agachar la cabeza, pero siempre lo hacía.

—Al menos debemos demostrar a al'Thor que no puede tratar de ese modo a unas Aes Sedai —manifestó Berenicia con voz cortante. Una mirada de Merana moderó su tono, aunque no parecía muy satisfecha—. Bien que no con tanta firmeza como para que se vaya al traste lo que hemos planeado, claro está.

Demira unió los dedos de las manos por las puntas y los apoyó sobre sus labios. Suspiró. Luz, se sentía realmente débil.

—Se me ha ocurrido una idea. Si lo acusamos abiertamente de lo que ha hecho, lo negará, por supuesto, y no tenemos pruebas con las que rebatirlo. Y no sólo eso. Podría ser perjudicial dejar que se supiera que es libre de dar caza a las Aes Sedai como si fuesen conejos.

Merana y Berenicia intercambiaron miradas y asintieron con gesto firme. El pobre Stevan estaba furioso; jamás había permitido que nadie que le hubiese hecho daño escapara a su castigo.

—¿No sería mejor no decir nada? —prosiguió Demira—. Indudablemente eso le dará qué pensar y lo hará sudar. ¿Por qué no hemos dicho nada? ¿Qué vamos a hacer? No sé si podríamos hacer poco o mucho, pero al menos conseguiremos que se ponga

nervioso y no deje de echar ojeadas hacia atrás.

—Bien pensado —manifestó Verin desde la puerta—. Al'Thor tiene que respetar a las Aes Sedai o no habrá colaboración con él. —Hizo una seña a Stevan para que saliera del cuarto; el Guardián esperó hasta que Demira asintió con la cabeza, claro está. Verin ocupó la banqueta que había dejado libre el hombre—. Pensé que, puesto que se te eligió como blanco… —Lanzó una mirada ceñuda a Merana y Berenicia—. ¿Queréis hacer el favor de sentaros? No me seduce sufrir tortícolis por tener que estar con el cuello doblado hacia arriba para veros. —Mientras las dos mujeres acercaban la única silla que había en el cuarto y una segunda banqueta, Verin prosiguió—: Puesto que fuiste quien sufrió el ataque, Demira, he pensado que deberías colaborar a decidir qué tipo de lección hay que dar a maese al'Thor. Y por lo visto ya has empezado a discurrir una.

—Yo opino… —comenzó Merana, pero Verin la interrumpió.

—Dentro de un momento, Merana. Demira tiene derecho a ser la primera en hacer sugerencias.

Demira contuvo la respiración, esperando el estallido. Merana siempre parecía desear que Verin aprobara sus decisiones, lo que era bastante normal considerando las circunstancias, aunque no por ello dejaba de resultar chocante, pero ésta era la primera vez que Verin se había puesto al mando, abiertamente. Al menos, era la primera vez delante de terceras personas. Sin embargo, lo único que Merana hizo fue mirar fijamente a Verin un instante, con los labios apretados, y después inclinó la cabeza. Demira se preguntó si eso significaba que Merana pensaba transferir la dirección de la embajada a Verin; ahora no parecía que pudiera hacer otra cosa, después de lo ocurrido. Los ojos de las tres se volvieron hacia Demira, esperando. Los de Verin eran particularmente penetrantes.

—Si queremos que le preocupe la incertidumbre de qué vamos a hacer, sugiero que nadie acuda hoy a palacio. Quizá sin dar siquiera una explicación o, si eso es demasiado fuerte, con una que le dé a entender lo que pasa. —Merana asintió. Y más importante, teniendo en cuenta el rumbo que estaban tomando las cosas, Verin también asintió. Demira decidió aventurarse un poco más—. Tal vez tendríamos que faltar a la cita durante varios días y dejar que se cueza en su propia salsa. Estoy segura de que con sólo observar a Min, sabremos cuándo está a punto de ebullición y…

Fuera lo que fuese lo que decidieran hacer, deseaba tomar parte en ello. Después de todo, la sangre derramada había sido la suya, y sólo la Luz sabía hasta cuándo tendría que retrasar ahora sus pesquisas en la biblioteca. Esto último era un motivo tan importante para dar una lección a al'Thor como el hecho de que hubiese olvidado quiénes eran las Aes Sedai.

47



La Mujer Errante

Mat deseaba una cabalgada tranquila hasta Ebou Dar y, en cierto modo, la tuvo. Pero viajar con seis mujeres, cuatro de ellas Aes Sedai, significaba tener motivos de irritación en cantidad.

Llegaron al lejano bosque ese primer día, cuando el sol todavía estaba alto en el cielo, y cabalgaron varias horas bajo un dosel de ramas en su mayoría desnudas, y hojas muertas y ramitas secas que crujían bajo los cascos de los caballos; finalmente acamparon cerca de un menguado arroyo, justo antes de la puesta de sol. Harnan, el jefe de fila, con su cara larga y su tatuaje de un halcón en la mejilla, se encargó de que los soldados de caballería se instalaran, de que se almohazara y maneara a los caballos, de poner centinelas y de que se encendieran lumbres. Nerim y Lopin trabajaron afanosos de aquí para allí sin dejar de rezongar por no haber llevado tiendas y de cómo podía saber uno que habría que pasar las noches al raso si su señor no decía nada y que si su señor se agarraba una pulmonía o cualquier otra enfermedad no era por su culpa. A pesar de que el uno era delgado y el otro robusto, se las ingeniaron para dar la impresión de ser calcos que se repetían como un eco. Vanin se ocupó de sí mismo, naturalmente, aunque no quitó ojo a Olver y almohazó a *Viento* allí donde el chico no llegaba aun utilizando la silla de montar como un taburete. Todo el mundo cuidaba de Olver.

Las mujeres compartían el campamento pero, de algún modo, la zona que ocupaban parecía estar aparte, como si se encontrara a cincuenta pasos. Daba la sensación de que una línea impalpable dividía el campamento en dos, con carteles invisibles que advertían a los soldados que no la cruzaran. Nynaeve, Elayne y las dos mujeres de cabello blanco se agruparon alrededor de su lumbre con Aviendha y la cazadora de pelo dorado, y rara vez dirigían una mirada hacia donde Mat y sus hombres estaban colocando los petates. Por lo que Mat consiguió entender, la conversación que sostenían en voz baja versaba sobre la preocupación de Vandene y Adeleas de que Aviendha se propusiera llevar de las riendas a su caballo hasta Ebou Dar en lugar de cabalgar. Thom intentó hablar con Elayne y como respuesta recibió, ¡qué ocurrencia!, una suave palmadita en la mejilla dada con aire ausente antes de

que le mandara sentarse en otra lumbre donde estaban reunidos Juilin y Jaem, el nervudo y viejo Guardián de Vandene, quien parecía pasarse todo el tiempo afilando su espada.

Mat no tenía nada que objetar a que las mujeres se mantuvieran aparte. Había notado cierta tensión entre ellas que escapaba a su comprensión. Al menos la había entre las dos mujeres mayores y Nynaeve y Elayne, y la cazadora parecía estar contagiada también. A veces miraban a las Aes Sedai —las otras Aes Sedai; Mat no estaba seguro de que pudiera hacerse a la idea de que Nynaeve y Elayne lo eran también— con demasiada fijeza, aunque Vandene y Adeleas parecían darse tan poca cuenta como Aviendha. Fueran cuales fueran las razones, Mat no quería tener nada que ver en ello. Olía a una discusión a punto de estallar, y tanto si lo hacía en una llamarada como si se limitaba a arder como ascuas debajo de una capa de tierra, un hombre con sentido común se mantenía lo más lejos posible de cualquier disputa entre mujeres. Y ni con medallón ni sin él, un hombre listo se mantenía aun más apartado cuando esas mujeres eran Aes Sedai.

Aquello era un pequeño fastidio, como lo fue lo siguiente, esto último culpa suya: la comida. El olor a cordero y alguna clase de sopa no tardó en llegar de la lumbre de las Aes Sedai. Dando por hecho que llegarían a Ebou Dar enseguida, Mat no había dado instrucciones a Vanin ni a los otros respecto al avituallamiento, lo cual significaba que tenían un poco de carne seca y tortas de pan duro en sus alforjas. Mat había visto muy pocos pájaros y ardillas, cuanto menos un venado, de modo que la caza quedaba descartada. Cuando Nerim colocó una mesita y una banqueta plegables para Mat —Lopin hizo otro tanto para Nalesean— Mat le dijo que repartiera lo que había guardado en las alforjas de los animales de carga. El resultado no fue tan bueno como esperaba.

Nerim, de pie junto a la mesa de Mat, le servía agua de una jarra de plata como si se tratase de vino y observaba lastimeramente cómo desaparecían los manjares en los gaznates de los soldados.

—Huevos de codorniz escabechados, milord —anunció en un tono fúnebre—. Habrían ido muy bien para el desayuno de milord en Ebou Dar. —Y luego—: Lengua ahumada de la mejor, milord. Si milord supiera por lo que tuve que pasar para encontrar lengua ahumada en miel en ese poblacho, sin tiempo para buscar nada y con todo lo mejor retirado ya por las Aes Sedai.

De hecho, su mayor resentimiento parecía ser que Lopin hubiese encontrado alondras en conserva para Nalesean. Cada vez que éste se llevaba una a la boca y la masticaba, la sonrisa engreída de Lopin se hacía más amplia y el rostro de Nerim se ponía aun más largo. En realidad, saltaba a la vista, por el modo en que algunos soldados olisqueaban el aire, que habrían preferido un trozo de cordero y un cuenco de sopa que cualquier ración grande de lengua ahumada con miel o pudín de hígado

de pato. Olver miraba hacia la lumbre de las mujeres con descarada fijeza.

—¿Quieres comer con ellas? —le preguntó Mat—. No me importa si lo haces.

—Me gustan las anguilas saladas y ahumadas —manifestó rotundamente el chico. Luego, en un tono más sombrío, añadió—: Además, ésa podría echarle algo a la comida. —Sus ojos seguían a Aviendha cada vez que ésta se movía, y parecía haberla tomado también con la cazadora, quizá porque pasaba mucho tiempo charlando de un modo claramente amistoso con la Aiel. Aviendha debía de haber notado la intensa y fija mirada del chico, porque lo observó y frunció el entrecejo.

Mat se limpió la barbilla y volvió la vista hacia la lumbre de las Aes Sedai —pensándolo bien, también él habría preferido un trozo de cordero y un poco de sopa—, y entonces advirtió que Jaem no estaba. Vanin rezongó porque lo mandara salir de nuevo, pero Mat lo hizo por la misma razón por la que enviaba al hombre a explorar durante el día a despecho de que Jaem también salía a reconocer el terreno. Mat no quería depender de lo que las Aes Sedai tuviesen a bien decirle. Quizás habría confiado en Nynaeve —no la creía capaz de mentirle, ya que durante sus años como Zahorí había descargado toda su ira sobre los embusteros— pero la mujer no dejaba de echarle ojeadas por encima del hombro de Adeleas con una actitud realmente recelosa.

Para sorpresa de Mat, Elayne se levantó tan pronto como acabó de comer y se acercó a través de la invisible línea divisoria, como deslizándose. Algunas mujeres parecían no rozar apenas el suelo cuando caminaban, y Elayne era una de ellas.

—¿Te importa hacer un aparte conmigo, maese Cauthon? —inquirió, imperturbable, no del todo amable pero tampoco abiertamente descortés.

Él le indicó con un gesto de cabeza que caminara delante y la joven se deslizó hacia los árboles bañados por la luz de la luna, más allá de los centinelas. Su dorada melena le caía sobre los hombros enmarcando un rostro que dejaría embobado a cualquier hombre, y la luz de la luna suavizaba su arrogancia. Si no hubiese sido quien era… Y no se refería únicamente a su condición de Aes Sedai; ni siquiera a que le perteneciera a Rand. Rand parecía estar enredándose con la peor clase de mujeres posible, siendo como era un hombre que siempre había sabido cómo manejarlas. Entonces Elayne empezó a hablar, y Mat olvidó todo lo demás.

—Tienes un *ter'angreal* —dijo sin más preámbulos y sin mirarlo. Simplemente siguió deslizándose sobre el suelo acompañada por un suave rumor de las hojas secas; parecía dar por hecho que él la seguiría como un perro faldero—. Hay quien defiende que los *ter'angreal* son, por derecho, propiedad de las Aes Sedai, pero no voy a pedirte que me lo entregues. Nadie te lo quitará. Sin embargo, esos objetos tienen que ser estudiados y por tal razón quiero que me dejes el *ter'angreal* todas las tardes, cuando nos detengamos para acampar. Te lo devolveré por las mañanas, antes de reemprender el viaje.

Mat la miró de reojo. Hablaba completamente en serio, de eso no cabía la menor duda.

—Es muy amable por tu parte permitir que conserve lo que es mío. Sólo que ¿qué te ha hecho pensar que tengo uno de esos…? ¿Cómo los has llamado? Un ter… no sé qué.

Oh, aquello sí que la hizo ponerse tensa y también que lo mirara. A Mat le sorprendió que de sus ojos no saltaran llamas suficientes para alumbrar la noche. Su voz, por otro lado, era puro hielo.

—Sabes perfectamente bien qué es un *ter'angreal*, maese Cauthon. Oí a Moraine hablarte de ellos en la Ciudadela de Tear.

—¿En la Ciudadela? —repitió en un tono trivial—. Oh, sí, recuerdo la Ciudadela. Todos nos divertimos allí. ¿Recuerdas algo ocurrido en la Ciudadela que te dé derecho a venirme con exigencias? Yo no. Sólo estoy aquí para evitar que tú y Nynaeve acabéis con el pellejo lleno de agujeros en Ebou Dar. Podrás preguntar a Rand todo lo que quieras sobre *ter'angreal* después de que te haya dejado a su cargo.

Durante unos segundos larguísimos lo miró fijamente, como si tuviese intención de doblegarlo por las buenas o por las malas, pero después giró sobre sus talones sin pronunciar palabra. Mat la siguió de vuelta al campamento y se sorprendió al verla caminar a lo largo de la línea de caballos maneados. Examinó las lumbres y el modo en que se habían colocado los petates, sacudió la cabeza al ver los restos de la cena de los soldados. Mat no tenía la menor idea de qué se traía entre manos hasta que regresó hacia él, con la barbilla bien levantada.

—Tus hombres lo han hecho bien, maese Cauthon —manifestó en voz lo bastante alta para que todo el mundo la oyera—. En general, estoy bastante satisfecha. Sin embargo, si hubieses planeado las cosas con la debida antelación, no tendrían que haberse alimentado con comida que, en el mejor de los casos, los tendrá en vela esta noche. Aun así, en conjunto lo has hecho bien. Estoy segura de que a partir de ahora planearás las cosas de antemano.

Haciendo gala de toda la altivez que podía esperarse de ella, regresó a su propia lumbre antes de que Mat fuese capaz de decir una palabra y lo dejó allí plantado, con cara de bobo.

Aun así, si eso hubiese sido todo —lo de la puñetera heredera del trono pensando que él era uno de sus súbditos y lo de la actitud tirante de Nynaeve y ella hacia Vandene y Adeleas—, si hubiese sido eso todo, Mat se habría puesto a bailar una danza popular. Justo después de la «inspección» de Elayne y antes de que él hubiese tenido tiempo de llegar a sus mantas, la cabeza de zorro se puso helada contra su pecho.

Se llevó tal impresión que se quedó plantado en el sitio, con la cabeza inclinada y mirándose el pecho antes de que se le ocurriese siquiera la idea de volver la vista

hacia la lumbre de las Aes Sedai. Allí estaban todas en fila, incluida Aviendha, a lo largo de la invisible línea divisoria. Elayne murmuró algo que Mat no alcanzó a oír y las dos Aes Sedai de pelo blanco asintieron; Adeleas mojó la pluma en un tintero que llevaba en una especie de funda colgada del cinturón y tomó notas apresuradamente en una libreta. Nynaeve se propinaba tirones de la trenza y mascullaba entre dientes.

La sensación de frío duró unos cuantos segundos más y luego desapareció. Las mujeres volvieron a la lumbre hablando quedamente entre ellas. De vez en cuando, alguna echaba una ojeada en su dirección, hasta que finalmente Mat se acostó.

El segundo día salieron a una calzada, y Jaem guardó su capa de colores cambiantes. Era una ancha vía de tierra apelmazada en la que, de vez en cuando, aparecía un trozo de viejo pavimento, pero el ir por ella no aceleró gran cosa la marcha del viaje. Para empezar, trazaba un amplio rodeo a través del bosque en el que las elevaciones eran cada vez más numerosas. Algunas de aquellas elevaciones merecían como mínimo el nombre de pequeñas montañas; eran formaciones abruptas, con riscos escarpados y agujas pétreas que asomaban entre los árboles. Por si esto fuera poco, había un constante fluir de gente en una y otra dirección; en su mayoría eran grupos de personas con los rostros carentes de expresión que apenas parecían tener suficiente capacidad de reacción para quitarse del camino de una carreta de granjero tirada por bueyes o, peor aún, de una caravana de mercaderes con sus carros de techos de lona y tiradas por troncos de seis u ocho caballos. En las laderas de las colinas se veían granjas y graneros de piedra clara y a la mitad del tercer día de marcha divisaron el primer pueblo de edificios enjalbegados, con techos planos de tejas rojizas.

No obstante, los pequeños inconvenientes no faltaban. Elayne continuó con sus inspecciones diarias al final del día y cuando Mat le dijo sarcásticamente que le alegraba que estuviera satisfecha, la segunda noche que acampaban junto a la calzada, la joven esbozó una de aquellas intencionadas sonrisas regias y respondió:

—Deberías hacerlo, maese Cauthon.

¡Y lo manifestó como si dijera en serio cada palabra!

Una vez que empezaron a hacer noche en posadas, Elayne inspeccionaba los caballos y los petates de los soldados instalados en los sobrados de los establos. Pedirle que no lo hiciera tuvo por toda respuesta un frío enarcar de ceja y ninguna contestación. Exigir que dejara de hacerlo ni siquiera mereció el arquear de ceja; simplemente lo pasó por alto, como si no él estuviese. Además le ordenaba encargarse de cosas que Mat ya había decidido hacer, como mandar revisar las herraduras de los caballos en la primera posada que encontraron que tenía herrero, y, lo más irritante, cosas de las que él se habría ocupado si las hubiese sabido antes que ella. Mat no se explicaba cómo demonios había descubierto que Tad Kandel intentaba disimular que tenía un forúnculo en el trasero; o que Lawdrin Mendair escondía no

menos de cinco frascos de brandy en sus alforjas. El término «irritado» no describía ni de lejos cómo se sentía cuando se ocupaba de algo después de que ella le mandara que lo hiciese, pero hubo que sajar el forúnculo de Kandel —algunos de la Compañía habían adoptado la misma actitud de Mat hacia la Curación— y vaciar el brandy de Mendair y una docena de cosas más.

Mat casi rezaba para que Elayne le dijese que hiciera algo que no fuera necesario, aunque sólo fuese una vez, para así poder decirle que no. ¡Manifiesta y rotundamente no! Pedirle de nuevo el *ter'angreal* habría sido perfecto, pero ella no volvió a mencionarlo. Mat les explicó a los soldados que no tenían que obedecer las órdenes de la joven y, de hecho, en ninguna ocasión sorprendió a alguno haciéndolo, pero empezaron a sonreír con aire complacido ante sus cumplidos sobre lo bien que cuidaban de sus caballos y sacaban pecho cuando les decía que le parecían unos buenos soldados. El día que Mat vio a Vanin llevándose la mano a la sien en un saludo y murmurando «gracias, milady» sin el menor atisbo de ironía, por poco se traga la lengua.

Trató de ser amable, pero ninguna de las mujeres se ablandó, ni siquiera Elayne. Aviendha le dijo que no tenía honor —¡nada menos!— y que si era incapaz de demostrar más respeto hacia Elayne ella misma se ocuparía de enseñarle a tener más educación. ¡Aviendha! ¡La mujer de la que él todavía sospechaba que esperaba la ocasión para cortarle el cuello a Elayne! ¡Y llamó a Elayne su medio hermana! Vandene y Adeleas lo miraban como si fuera un insecto raro pinchado en un tablero. Se ofreció a practicar tiro con arco con la cazadora, ya fuera por diversión o jugándose dinero —el arco que llevaba la mujer debía de haber desbocado su imaginación, ya que su nombre como cazadora era Birgitte— pero ella se limitó a lanzarle una mirada rara y a declinar su ofrecimiento. De hecho, se mantuvo alejada de él después de aquello. Casi siempre estaba pegada a Elayne como un abrojo a la ropa, salvo cuando la heredera del trono venía a hablar con él. Y en cuanto a Nynaeve…

Todo el camino desde Salidar lo había estado evitando como si apestara. La tercera noche de viaje, en la primera posada, un lugar pequeño llamado El Cuchillo de Esponsales, Mat la vio en el establo techado con tejas, dándole una zanahoria arrugada a su rechoncha yegua y decidió que, aunque algo no fuera del todo bien, al menos podría hablar con ella sobre Bode. Que la hermana de uno saliera de casa para convertirse en Aes Sedai no era cosa que pasara todos los días y la antigua Zahorí sabría a qué tendría que enfrentarse Bode.

—Nynaeve —empezó, acercándose a ella—, quiero hablar contigo de…

No consiguió llegar más lejos. La mujer prácticamente saltó en el aire y sacudió un puño en su dirección, aunque de inmediato lo ocultó en los pliegues de la falda.

—Déjame en paz, Mat Cauthon —espetó, casi chillando—. ¿Me has oído?

¡Déjame en paz!

Y salió corriendo; pasó a su lado tan encrespada que Mat esperó ver que la coleta se le erizaba como la cola de un gato. Después de ese episodio, su actitud hacia él ya no fue sólo como si oliese mal, sino como si tuviese una enfermedad contagiosa, además de repugnante. Por el mero hecho de hacer intención de aproximarse a ella, la mujer se escudaba detrás de Elayne y le asestaba una mirada feroz por encima del hombro de la joven, y por su expresión habríase dicho que le iba a sacar la lengua en cualquier momento. Las mujeres estaban completamente locas, ésa era la explicación.

Por lo menos Thom y Juilin cabalgaban de buen grado junto a él a lo largo del día, siempre y cuando Elayne no requiriese su atención. La joven lo hacía a veces, sólo por alejarlos de él, estaba convencido, aunque no tenía ni la más remota idea del porqué. Una vez que encontraron posadas en el camino, los dos hombres se mostraron más que dispuestos a compartir una jarra de cerveza o un ponche con Mat y Nalesean por la noche. Eran salas comunes rurales, con paredes de ladrillos y muy tranquilas, donde contemplar al gato de la casa era el principal entretenimiento y a los parroquianos los atendía la posadera en persona, quien por lo general tenía unas caderas tales que si algún hombre hubiera tratado de darles un pellizco seguramente se habría roto los dedos. La conversación versaba generalmente sobre Ebou Dar, de la que Thom sabía bastantes cosas a pesar de no haber estado nunca en ella. Nalesean se mostraba más que dispuesto a contar su visita allí todas las veces que se lo pidieran, bien que le gustaba centrar su relato en los duelos que había presenciado y en las apuestas en carreras de caballos. Juilin contribuía con lo que le habían contado hombres que conocían a otros hombres que habían estado allí, y que tenía pocos visos de realidad hasta que Thom o Nalesean confirmaban tales historias. En Ebou Dar los hombres se batían en duelo por las mujeres, y las mujeres por los hombres, y en ambos casos el premio —ése era el término utilizado— accedía a irse con el vencedor. Los hombres regalaban un cuchillo a las mujeres cuando se casaban, y el esposo le pedía a ella que lo usara para matarlo si la contrariaba. ¡Si la contrariaba! El que una mujer matara a un hombre se consideraba justificado a menos que se demostrara lo contrario. En Ebou Dar, eran las mujeres las que llevaban la voz cantante y los varones respondían con una sonrisa forzada al desplante que, de haber venido de otro hombre, habría hecho a éste merecedor de la muerte. A Elayne le encantaría. Y también a Nynaeve.

En aquellas conversaciones salió a relucir algo más. Mat no había logrado imaginar la razón del desagrado de Nynaeve y Elayne por Vandene y Adeleas, aunque las dos mujeres jóvenes procuraban disimularlo. Aparentemente Nynaeve se contentaba con lanzar miradas furibundas y mascullar entre dientes. Elayne no hacía nada de eso, pero sí que intentaba constantemente ponerse al mando; parecía creer que ya era la reina de Andor. Fueran los años que fueran los que aquellos rostros de

Aes Sedai ocultaban, Vandene y Adeleas tenían que ser lo bastante mayores para ser las madres, si no las abuelas, de las dos mujeres jóvenes. A Mat no le habría sorprendido descubrir que ya eran Aes Sedai cuando Nynaeve y Elayne nacieron. Ni siquiera Thom se explicaba la tensión reinante entre ellas, y eso que él daba la impresión de saber un montón de cosas para ser un simple juglar. Elayne lo había dejado con un palmo de narices, diciéndole que él no entendía ni podía entenderlo, cuando Thom trató de reconvenirla con delicadeza. Por lo visto las dos Aes Sedai mayores eran increíblemente tolerantes. Adeleas no parecía advertir casi nunca el hecho de que Elayne diese órdenes, y tanto ella como Vandene se mostraban sorprendidas cuando sí se daban cuenta.

—Vandene le dijo: «Bien, si realmente lo deseas, pequeña, pues claro que lo haremos» —masculló Juilin, que relataba el incidente—. Cualquiera pensaría que alguien que era simplemente una Aceptada hasta hace dos días estaría complacida con eso, pero los ojos de Elayne me recordaron una tormenta invernal. Nynaeve rechinaba los dientes tan fuerte que creí que se los iba a romper.

Se encontraban en la sala común de El Cuchillo de Esponsales. Vanin, Harnan y otros ocupaban los bancos en otras mesas, junto con algunos lugareños. Los hombres vestían chalecos largos, algunos de colores tan chillones que nada tendrían que envidiar a las ropas de los gitanos, y a menudo sin llevar camisa debajo; las mujeres, vestidos de escotes bajos a pico, con las faldas recogidas hasta las rodillas por un lado para enseñar enaguas de tonalidades lo bastante fuertes para hacer parecer desvaídos los chalecos de sus hombres. Muchos varones y todas las mujeres lucían grandes pendientes de aro y en las manos, generalmente, tres o cuatro anillos con relucientes cristales de colores. Tanto ellos como ellas toqueteaban los cuchillos curvos que llevaban metidos en el cinturón y dirigían miradas sombrías a los forasteros. Había dos caravanas de mercaderes de Amadicia en El Cuchillo de Esponsales, pero los mercaderes habían comido en sus habitaciones y los carreteros no se habían movido de los vehículos. Elayne, Nynaeve y las demás mujeres también estaban en el piso de arriba.

—Las mujeres son… diferentes —dijo Nalesean, riendo, en respuesta a Juilin, aunque sus palabras iban dirigidas a Mat. Por lo general no se mostraba tan estirado con los plebeyos, pero Juilin era además teariano y eso, al parecer, marcaba una diferencia, sobre todo considerando que Juilin tenía por norma mirarlo de hito en hito cuando hablaba con él—. Existe un dicho populachero en Tear: «Bajo la piel de una Aes Sedai se esconden diez mujeres». El vulgo es sabio en ocasiones, voto a tal.

—Al menos ninguna ha hecho nada, digamos, drástico —comentó Thom—. Aunque creo que faltó poco cuando a Elayne se le escapó que había hecho a Birgitte su primer Guardián.

—¿La cazadora? —exclamó Mat. Varios lugareños lo miraron duramente y el

joven bajó la voz—. ¿También es Guardián? ¿Guardián de Elayne? —Desde luego, aquello explicaba unas cuantas cosas.

Thom y Juilin intercambiaron miradas por encima del borde de sus jarras.

—Le producirá una gran satisfacción saber que has deducido que era una cazadora del Cuerno —manifestó el juglar, que se limpió la espuma del bigote—. Pues sí, es Guardián, y buena agarrada se montó cuando lo supieron. Jaem empezó a tratarla enseguida como a una hermana pequeña, pero Vandene y Adeleas… —Soltó un borrascoso suspiro—. Ninguna estaba muy contenta de que Elayne hubiese elegido ya un Guardián; por lo visto la mayoría de las Aes Sedai tardan años antes de encontrar uno. Sobre todo no les hizo pizca de gracia que hubiese elegido a una mujer. Y su desagrado ha reforzado la actitud de Elayne.

—Al parecer no les gusta que se hagan cosas que nunca se han hecho —añadió Juilin.

—Una mujer Guardián —murmuró Nalesean—. Sabía que todo cambiaría con la llegada del Dragón Renacido, pero ¿una mujer Guardián?

Mat se encogió de hombros.

—Supongo que cumplirá bien su labor siempre y cuando sepa realmente disparar ese arco que lleva. ¿Se te ha ido por el otro lado? —le preguntó a Juilin, que se había atragantado con la cerveza y estaba tosiendo—. A mí dame un buen arco y déjate de espada. Una vara de combate sería mejor, pero me conformo con un arco. En fin, espero que no intente interponerse en mi camino cuando llegue el momento de que lleve a Elayne con Rand.

—Sabe dispararlo, sí. —Thom se inclinó sobre la mesa para palmear la espalda a Juilin—. Y creo que es buena, Mat.

Empero, si Nynaeve y las otras estaban pensando en tirarse de los pelos —y Mat no quería estar en quince kilómetros a la redonda de algo así, ni con cabeza de zorro ni sin ella—, a él no se lo dieron a entender. Por el contrario, presentaban un frente sólido; además, se repitieron las tentativas de encauzar sobre él, que empezaron mientras ensillaba a *Puntos* la mañana siguiente al primer intento. Por suerte, Mat estaba muy ocupado apartando a Nerim, quien pensaba que ensillar el caballo de Mat era trabajo de él, además de dar a entender que podía hacerlo mejor. La repentina sensación de frío duró sólo un momento, así que Mat no dio señal alguna que indicara que había notado nada. Ésa, decidió, sería su respuesta. Ni miradas intensas ni ojeadas furiosas ni acusaciones. Haría caso omiso de ellas, y que se cocieran en su propia salsa.

Tuvo ocasiones de sobra para no hacerles caso. El medallón de plata se puso helado otras dos veces antes de que llegaran a la calzada y después ocurrió varias veces más durante el transcurso del día y de la tarde, y de todos los días y las tardes a partir de entonces. En ocasiones surgía y desaparecía en dos segundos, y otras Mat

estaba seguro de que duraba incluso hasta una hora. Ignoraba cuál de ellas era la responsable, claro está. O, más bien, casi nunca lo sabía. Una vez, cuando el calor había hecho que le saliera un sarpullido en la espalda y el pañuelo anudado al cuello parecía estar ahogándolo, sorprendió a Nynaeve mirándolo en el momento en que el medallón se puso frío. La expresión ceñuda de la mujer era tal que un granjero que pasaba por la calzada azuzó a su buey con un palo para que acelerara la marcha mientras miraba hacia atrás como si temiera que Nynaeve volviera los ojos hacia él y matara a su buey allí mismo, entre las lanzas del carro. Únicamente cuando Mat le devolvió una mirada igualmente ceñuda, Nynaeve dio tal respingo que por poco se cae de la yegua, y la sensación de frío desapareció. En cuanto a las otras, no tenía ni idea. A veces veía a dos o tres de ellas observándolo, incluida Aviendha, que seguía caminando y conduciendo por las riendas a su montura. Las demás, para cuando Mat posaba los ojos en ellas, ya estaban charlando entre sí o mirando hacia cualquier otra parte, ya fuera un águila que planeaba en el cielo despejado o un gran oso negro, erguido sobre las patas traseras, entre los árboles de una ladera empinada que se veía desde la calzada. Lo único bueno de ello era que Mat tenía la impresión de que Elayne no estaba nada contenta. Ignoraba la razón y tampoco le importaba. ¡Mira que pasar revista a sus hombres! ¡Felicitarlos, como quien da palmaditas en la cabeza a un niño bueno! Si fuera la clase de hombre que hacía una cosa así, le habría dado una buena patada en el trasero.

A decir verdad, sin embargo, Mat empezaba a sentirse más que contento consigo mismo. Fuera lo que fuera lo que estuviesen haciendo, no tenía ningún efecto en él que no pudiesen curar las friegas en el pecho con un ungüento de Nerim; éste le aseguró que no quedarían marcas de lo que parecía una congelación. Siguió sintiéndose muy ufano hasta la cuarta tarde. Acababa de dejar a *Puntos* en el establo de El Aro Sureño, una posada destartalada de dos pisos de ladrillos enjalbegados en un destartalado poblacho lleno de moscas llamado So Tehar, cuando algo blando lo golpeó entre los omóplatos. Con el olor a estiércol de caballo metido en las narices, Mat giró sobre sus talones dispuesto a comerse al mozo del establo o a uno de esos patanes de mirada huraña de So Tehar, sin necesidad de trocearlo antes con un cuchillo. No había ni mozo de establo ni patán; sólo estaba Adeleas, que garabateaba afanosamente en su libreta y asentía con la cabeza. Tenía las manos totalmente limpias; ni rastro de estiércol.

Mat entró en la posada y pidió un ponche a la posadera; después cambió de opinión e hizo que le sirviera un brandy. Éste resultó ser un líquido turbio que, según insistió la desgarbada mujer, estaba hecho con ciruelas, pero sabía como si con él pudiera limpiarse óxido de los metales. A Juilin le bastó con olisquearlo una vez y Thom ni siquiera hizo eso. Incluso Nalesean sólo dio un pequeño sorbo antes de pedir ponche, y eso que el teariano era de los que se bebían cualquier cosa. Mat perdió la

cuenta de cuántas copitas de peltre vació; pero, fueran las que fuesen, hizo falta que Nerim y Lopin aunaran fuerzas para llevarlo a la cama. En realidad nunca se había permitido plantearse la posibilidad de que la cabeza de zorro tuviera limitaciones. Tenía pruebas más que suficientes de que frenaba el *Saidar*, pero si lo único que esas mujeres tenían que hacer era coger algo con el Poder y arrojárselo… «Es mejor que nada», se repitió una y otra vez, tendido en el colchón lleno de bultos y contemplando las sombras proyectadas por la luz de la luna sobre el techo. «Mucho mejor que nada.» Sin embargo, de haber sido capaz de sostenerse en pie sin ayuda, habría bajado de nuevo a pedir más brandy.

Y por ello estaba de un humor de perros, con la lengua como si la tuviera cubierta de plumas, tambores resonando dentro de su cabeza y todo él chorreando sudor por el implacable sol, cuando, al quinto día, la calzada remontó una cuesta desde donde se divisaba Ebou Dar al fondo, extendiéndose a ambas orillas del anchuroso río Eldar, y una gran bahía llena de barcos más allá.

Su primera impresión de la urbe fue el color blanco: edificios blancos, palacios blancos, torres blancas, cúpulas blancas; estas últimas, de formas puntiagudas como nabos o peras, a menudo mostraban bandas carmesí o azules o doradas, pero, en conjunto, la urbe era blanca y reflejaba la luz del sol de un modo que casi hacía daño a los ojos. Las puertas en las que terminaba la calzada conducían a un gran arco de medio punto encastrado en una muralla enjalbegada, tan gruesa que el caballo de Mat dio diez pasos bajo su sombra antes de emerger de nuevo al sol. Parecía una ciudad de plazas, canales y puentes; las plazas eran muy grandes, con fuentes o estatuas en el centro, y estaban abarrotadas de gente; había canales anchos y estrechos por los que se desplazaban chalanas que los barqueros impelían con pértigas; los puentes eran de todos los tamaños, algunos bajos, otros que se elevaban en un alto arco, otros lo bastante amplios para que a sus lados hubiera hileras de tiendas. Palacios con grandes pórticos de columnas se alzaban al lado de comercios en los que se exhibían alfombras y telas; casas de cuatro pisos, con amplios ventanales en arco que quedaban ocultos tras postigos de lamas, compartían calle con establos, talleres de cuchilleros y pescaderías.

Estando el grupo en una de las plazas, Vandene detuvo a su montura para conferenciar con Adeleas mientras Nynaeve las miraba con el entrecejo fruncido y Elayne las contemplaba tan fríamente que uno habría jurado ver carámbanos colgando de su nariz y su barbilla. A instancias de la heredera del trono, Aviendha había montado a lomos de su desgarbado caballo pardo para entrar en la ciudad, pero ahora la Aiel volvió a desmontar con la misma torpeza con que había subido antes a la silla. Mostraba tanta curiosidad como Olver, que tenía los ojos abiertos de par en par desde el primer momento en que divisó la ciudad a lo lejos. Birgitte parecía empeñada en ir pegada a Elayne del mismo modo que Jaem hacía con Vandene.

Mat aprovechó la ocasión para abanicarse con el sombrero y echar una ojeada en derredor.

El palacio más grande que había visto hasta el momento ocupaba todo un lado de la plaza cuadrada, todo él cúpulas y afiladas torres y columnatas a tres o cuatro pisos de altura sobre el suelo. En los otros tres lados de la plaza se mezclaban caserones con posadas y comercios, cada uno de ellos tan blanco como los que lo flanqueaban. Una estatua de mujer con vestiduras ondeantes, más alta que un Ogier, se alzaba sobre un pedestal aun más alto en el centro de la plaza, con un brazo levantado para señalar al sur, hacia el mar. Sólo un puñado de personas deambulaba por las pálidas piedras del pavimento, lo que no era de extrañar con tanto calor. Unos pocos tomaban su comida en la grada inferior del pedestal, y las palomas y las gaviotas se apiñaban a su alrededor para disputarse las migajas. Era una escena de tranquilidad. Mat no entendió por qué sintió de repente rodar los dados dentro de su cabeza.

Conocía muy bien esa sensación. A veces la percibía cuando la suerte estaba totalmente a su favor en el juego. Siempre estaba presente cuando se avecinaba una batalla. Y también parecía producirse cuando se estaba jugando el cuello por una decisión equivocada.

—Entraremos por una de las puertas laterales —anunció Vandene, a lo que Adeleas asintió con la cabeza—. Merilille se ocupará de que nos proporcionen cuartos para refrescarnos.

Entonces, eso quería decir que ése era el palacio de Tarasin, donde Tylin Quintara, de la casa Mitsobar, ocupaba el Trono de los Vientos y gobernaba de verdad en, más o menos, un radio de ciento cincuenta kilómetros alrededor de Ebou Dar. Una de las pocas cosas que Mat había conseguido descubrir acerca de este viaje era que las Aes Sedai iban a reunirse en palacio con una de sus hermanas y, ni que decir tiene, con Tylin. Las Aes Sedai verían a la reina. Mat contempló aquel inmenso y reluciente montón de mármol y piedra enlucida y pensó qué se sentiría estando allí dentro. Por lo general le gustaban los palacios; al menos, le gustaban los sitios donde hubiera servidumbre y dorados; además, no había nada malo en dormir en un colchón de plumas. Empero, un palacio real significaba tropezar con un noble a cada paso. Mat prefería tratar con un solo noble por turno; hasta Nalesean podía resultar irritante en ocasiones. Un palacio de ese tamaño significaba o estar preguntándose continuamente dónde estarían Nynaeve y Elayne o montar guardia para no perderlas de vista. No estaba seguro de qué sería peor, si que le permitieran acompañarlas allí dentro como un guardia personal o que rehusaran. Casi podía oír a Elayne diciendo con ese frío tono suyo: «Por favor, buscad algún lugar donde puedan alojarse maese Cauthon y mis hombres. Que se les proporcione alimento y agua». También lo comprobaría. Se dejaría caer por allí para realizar sus inspecciones y para decirle que hiciera lo que ya había empezado a hacer. No obstante, si había un lugar donde ella y Nynaeve estarían

a salvo y sin meterse en líos sería en el palacio de la reina. Además, lo que de verdad le apetecía era un sitio donde pudiera apoyar los pies en una mesa y beber ponche con una chica sentada en sus rodillas mientras ésta le frotaba las sienes para que se relajara. Y unos paños húmedos en la frente no estarían nada mal. Le dolía la cabeza. El sermón remilgado que Elayne había soltado esa mañana respecto a los perjuicios de la bebida y a dar ejemplo con el comportamiento todavía resonaba en sus oídos. Esa era una razón más para ponerse en su sitio. Había estado demasiado débil para contestarle, recién salido de la cama y preguntándose si sería capaz de subir a lomos de *Puntos*; Elayne se había salido con la suya demasiadas veces, así por las buenas. Si no ponía fin a esto ahora mismo, dentro de poco estaría saludando a esa presumida como si fuera un soldado raso.

Todas estas ideas pasaron por su mente en el corto espacio de tiempo que tardó Vandene en hacer girar su castrado bayo hacia el palacio.

—Tomaré habitaciones para mis hombres en una de esas posadas —anunció en voz alta—. Si tú o Elayne decidís salir a la calle, Nynaeve, podéis mandar aviso y traeré a unos cuantos soldados para acompañaros. —Probablemente no le avisarían; no había quien convenciese de lo contrario a una mujer que pensaba que podía cuidar de sí misma en la guarida de un oso sin más armas que sus manos. Sin embargo, confiaba en que a Vanin se le ocurriría alguna cosa para saber cuándo salían. Y, si no él, entonces Juilin; un rastreador debería saberlo—. Esa misma servirá. —Eligiendo al azar, señaló un edificio ancho que había al otro lado de la plaza. Un letrero que no alcanzaba a leer se mecía sobre la puerta en arco.

Vandene miró a Adeleas. Elayne miró a Nynaeve. Aviendha lo miró a él, ceñuda.

Sin embargo, Mat no les dio oportunidad de hablar a ninguna de ellas.

—Thom, Juilin, ¿qué tal unas copas de ponche? —Quizás un poco de agua sería mejor; en toda su vida había bebido tanto.

—Tal vez más tarde, Mat —respondió Thom mientras sacudía la cabeza—. He de estar cerca por si Elayne me necesita.

Aquella sonrisa casi paternal que dirigió a la joven se borró cuando el juglar la vio mirando a Mat con expresión perpleja. Juilin no sonrió —rara vez lo hacía ya— pero también dijo que debía estar cerca de las mujeres y que quizá más tarde se tomarían esas copas.

—Como gustéis —contestó Mat mientras se calaba el sombrero otra vez—. Vanin. ¡Vanin!

El hombre grueso dio un respingo de sobresalto y dejó de mirar con adoración a Elayne. ¡Incluso se sonrojó! ¡Luz, qué mala influencia era esa mujer!

Mientras Mat hacía dar media vuelta a *Puntos*, la voz de Elayne pareció golpearlo en la espalda; y en un tono aun más remilgado que el empleado por la mañana.

—No debes dejarlos beber demasiado, maese Cauthon. Algunos hombres no

saben cuándo deben parar. Y desde luego no deberías permitir que un chiquillo viera cómo se emborrachan unos hombres hechos y derechos.

Mat rechinó los dientes y continuó cruzando la plaza sin mirar atrás. Olver lo observaba. Iba a tener que advertir a los soldados que no se embriagaran delante del chico, especialmente a Mendair. ¡Luz, cómo detestaba que esa mujer le dijera lo que debía hacer!

Resultó que la posada se llamaba La Mujer Errante, pero el letrero colgado sobre la puerta, así como la sala común, prometían todo lo que Mat deseaba. Dentro de la estancia de techo alto hacía ciertamente más fresco que en la calle, con las altas ventanas resguardadas tras postigos tallados en arabescos en los que parecía haber más huecos que madera pero que proporcionaban sombra. Había forasteros sentados entre los residentes: un larguirucho murandiano con bigotes retorcidos; un fornido kandorés con dos cadenas de plata cruzadas sobre la pechera de la chaqueta; y otros a los que Mat no supo identificar a primera vista. Una tenue nube de humo de pipa flotaba en el aire, y dos mujeres tocando flautas y un hombre con un tambor que sujetaba entre las rodillas interpretaban una extraña música. Y lo mejor de todo: las camareras eran bonitas y los hombres jugaban a los dados en cuatro mesas. El mercader kandorés jugaba a las cartas.

La majestuosa posadera se presentó como Setalle Anan, aunque sus ojos de color avellana revelaban que la mujer no era oriunda de Ebou Dar.

—Bienvenidos, milores… —Los grandes pendientes de aro se mecieron cuando inclinó la cabeza ante Mat y Nalesean—. ¿Puede La Mujer Errante ofreceros su humilde alojamiento?

Era bonita a pesar de las hebras grises que había en su cabello, pero Mat la miraba a los ojos. Llevaba un cuchillo de esponsales colgado de una cadena, y la empuñadura, engastada con piedras rojas y blancas, reposaba sobre el nacimiento de sus generosos senos; también llevaba unos de esos cuchillos curvos en el cinturón. Con todo, Mat no pudo menos de sonreír.

—Señora Anan, me siento como si hubiese vuelto a casa.

Lo extraño es que los dados habían dejado de rodar dentro de su cabeza.

48



Reclinarse en el cuchillo

Nynaeve salió de la bañera de cobre con una toalla enrollada en la cabeza, y se secó lentamente. La sirvienta, canosa y entrada en carnes, intentó vestirla, pero la joven la despidió haciendo caso omiso de las miradas estupefactas y las protestas de la mujer y lo hizo ella misma, con gran cuidado, examinando frente al espejo de cuerpo entero el vestido verde oscuro adornado con un ancho cuello de pálido encaje de Merada. El grueso anillo de oro de Lan estaba guardado en su bolsita —mejor no pensar en eso— junto con uno de los retorcidos anillos *ter'angreal*, mientras que la Gran Serpiente brillaba en el tercer dedo de su mano derecha. Su mano derecha. Mejor no pensar en eso tampoco.

El techo alto era una agradable pintura al fresco que representaba un cielo azul con nubes blancas, y, si bien los muebles se apoyaban sobre unas patas doradas de león desconcertantemente grandes y los esbeltos postes de la cama y las patas de las sillas y todas las demás partes verticales tenían demasiadas acanaladuras y dorados para su gusto, la habitación seguía siendo el cuarto más cómodo en el que había estado desde hacía mucho tiempo. Una estancia agradable. Moderadamente fresca. ¡Luz! Lo que estaba intentando hacer era calmarse.

Pero, por supuesto, no funcionaba. Había sentido tejer el *Saidar* y tan pronto como salió de su dormitorio vio la salvaguarda contra oídos indiscretos levantada por Elayne alrededor de la sala de estar. Birgitte y Aviendha ya estaban allí también, todas ellas recién bañadas y con ropa limpia.

En una distribución que según Birgitte era muy corriente allí, cuatro dormitorios flanqueaban la sala de estar, que también tenía el techo pintado como un cielo con nubes. Cuatro altos ventanales arqueados se abrían a un balcón de hierro forjado pintado en blanco, tan intrincado que uno podía asomarse por él, sin ser visto, a la plaza de Mol Hara, frente a palacio. Una débil brisa penetraba por los ventanales trayendo consigo el olor salado del mar y, cosa por demás sorprendente, era ligeramente fresca. Con la rabia interfiriendo en su concentración, Nynaeve había estado sufriendo el calor desde poco después de llegar al palacio de Tarasin.

A Thom y Juilin se les había destinado una habitación en algún lugar alejado, en

las dependencias del servicio, lo que pareció irritar a Elayne más que a los dos hombres. De hecho, Thom se había echado a reír. Claro que él podía permitirse ese lujo.

—Toma un poco de este excelente té, Nynaeve —dijo Elayne mientras extendía una servilleta blanca sobre la falda de seda azul intenso. Como todo lo demás en la sala de estar, la silla que ocupaba tenía bolas doradas por pies y también rematando el alto respaldo. Aviendha estaba sentada a su lado, pero en el suelo, con las piernas dobladas debajo de la falda del vestido; éste tenía el cuello alto y su color verde claro casi igualaba el de las baldosas. El laberíntico collar de la Aiel era el complemento perfecto para su atuendo. Nynaeve creía que nunca había visto a Aviendha sentada en una silla; la gente, desde luego, la había mirado extrañada en las dos posadas en que pernoctaron.

—Es de menta y zarzamora —añadió Birgitte al tiempo que volvía a llenar la taza dorada de delicada porcelana.

Birgitte, naturalmente, llevaba pantalones grises y una chaqueta corta. De vez en cuando se ponía un vestido; pero, teniendo en cuenta sus gustos, a Nynaeve le alegraba que lo hiciera sólo de tarde en tarde. Allí estaban las tres, arregladas primorosamente y preparadas, y nadie requería su compañía.

La jarra plateada brillaba con la condensación, y el té estaba frío y resultaba refrescante. Nynaeve admiró el rostro de Elayne, fresco y seco; en cuanto a ella, ya sentía el suyo húmedo de nuevo a pesar de la suave brisa.

—He de decir —murmuró— que esperaba otro recibimiento.

—¿De veras? —preguntó Elayne—. ¿Después del modo en que Vandene y Adeleas nos han tratado?

—Está bien —suspiró Nynaeve—. Entonces, confiaba en recibir otro trato. Por fin soy Aes Sedai, una verdadera Aes Sedai, y nadie parece creerlo. Realmente esperaba que al dejar Salidar las cosas cambiarían.

Su reunión con Merilille Ceandevin no había ido bien. O, mejor dicho, su presentación; porque, después de que Vandene las presentara someramente, las despacharon, para que así las verdaderas Aes Sedai pudiesen hablar. Merilille había dicho que sin duda deseaban refrescarse, pero en realidad era una invitación a que se retiraran, con la elección de marcharse como obedientes Aceptadas o negarse a hacerlo como niñas enfurruñadas. Sólo recordarlo mandaba al traste todos los intentos de Nynaeve de recobrar la calma; el sudor empezó a resbalarle por la cara.

A decir verdad, echarlas de la reunión no había sido lo peor. Merilille era una cairhienina esbelta y elegante, de lustroso cabello negro y grandes y brillantes ojos, una Gris que parecía como si nada la hubiese sorprendido jamás y nada pudiera hacerlo. Sólo sus oscuros ojos se habían abierto por la sorpresa al comunicarle que Nynaeve y Elayne eran Aes Sedai y se abrieron aun más al oír que Egwene era la

Sede Amyrlin. Que Birgitte se hubiese convertido en Guardián la dejó pasmada, aunque a esas alturas de la presentación ya se las arregló para limitar su reacción a una mirada intensa y un gesto fugaz de apretar los labios. Aviendha salió mejor parada; Merilille le dedicó únicamente una frase amable sobre lo mucho que disfrutaría siendo novicia. Después vino la despedida. Y una sugerencia, más con naturaleza de orden, de que dedicaran varios días a «recuperarse» de los «rigores» del viaje.

Nynaeve sacó el pañuelo guardado en una manga y empezó a abanicarse con él, sin muchos resultados debido a su tamaño minúsculo y al hecho de que era casi todo de puntillas.

—Sigo pensando que ocultan algo.

—Oh, vamos, Nynaeve. —Elayne sacudió la cabeza—. Me gusta tan poco como a ti el modo en que nos tratan, pero tú pareces empeñada en hacer una montaña de un grano de arena. Si Vandene y Adeleas quieren buscar fugitivas, deja que lo hagan. ¿Os es que preferirías que se encargaran de la localización del cuenco?

A lo largo del viaje apenas habían hablado del *ter'angreal* que buscaban por miedo a que las otras dos mujeres hicieran eso precisamente.

En cualquier caso, Nynaeve seguía pensando que ocultaban cosas. Lo que pasaba era que Elayne se negaba a admitirlo, nada más. Adeleas no se había dado cuenta de que Nynaeve había oído por casualidad el comentario sobre ir tras fugitivas una vez que llegaran a Ebou Dar, y cuando la antigua Zahorí les preguntó si de verdad pensaban que iban a encontrar alguna, Vandene respondió con una rapidez un tanto excesiva que siempre estaban ojo avizor para descubrir jóvenes que habían huido de la Torre. No tenía sentido. Nadie había escapado de Salidar, pero las novicias huían en ocasiones —era una vida dura, sobre todo cuando esperaban años de obediencia antes de que una pudiera siquiera pensar por sí misma— y también estaban los contados casos de Aceptadas que empezaban a perder la esperanza de llegar a alcanzar el chal e intentaban escabullirse, pero hasta Nynaeve sabía que muy pocas lograban ir más allá de la isla de Tar Valon y casi todas eran conducidas de vuelta a la Torre. Podían echar a una novicia en cualquier momento, ya fuera por carecer de la fuerza suficiente para seguir adelante o por negarse a pasar —o no superar— la prueba para ascender a Aceptada o la que otorgaba el rango de Aes Sedai, la cual se habían saltado Elayne y ella, pero marcharse nunca dependía de una a no ser que ya se tuviera el chal.

De modo que si las fugitivas que tenían éxito eran tan contadas ¿por qué Vandene y Adeleas creían que podrían encontrar alguna en Ebou Dar? ¿Y por qué se habían cerrado como ostras cuando les preguntó? Temía saber la respuesta a esto último. No darse tirones de la trenza requirió un gran autocontrol; creía que en eso iba mejorando.

—Al menos a Mat le ha quedado muy claro que somos Aes Sedai —gruñó. Por lo menos podía encargarse de él. Que intentase algo, y no tardaría en comprobar lo que se sentía al ser golpeado por cualquier cosa sobre la que ella pudiera tejer un flujo—. Más le vale.

—¿Y es por eso por lo que lo has estado esquivando como un chelta eludiendo al recaudador de impuesto? —inquirió Birgitte esbozando una sonrisa.

Nynaeve sintió que sus mejillas se encendían; creía que había sabido ocultar sus sentimientos mejor.

—Es muy irritante, incluso para un varón —rezongó Aviendha—. Debes de haber viajado a lugares muy lejanos, Birgitte. A menudo te refieres a sitios de los que nunca he oído hablar. Algún día me gustaría viajar por las tierras húmedas y ver todos esos lugares extraños. ¿Dónde viven esos… cheltas?

Aquello borró de golpe la sonrisa de Birgitte; fueran quienes fueran, podían llevar muertos un millar de años o desde el principio de la Era. ¡Ella y sus deslices sobre cosas y lugares antiguos en su conversación! Nynaeve habría querido estar presente cuando tuvo que admitir ante Egwene lo que ésta ya sabía. Egwene había adquirido una firmeza de carácter realmente extraordinaria durante su estancia con los Aiel y tenía muy poco aguante con lo que consideraba necedades. De hecho, Birgitte había salido de la reunión con aire escarmentado.

Aun así, a Nynaeve le caía mucho mejor Birgitte que Aviendha, que la ponía nerviosa a veces con sus duras miradas y sus comentarios sanguinarios. Además, por muy irritante que pudiera ser Birgitte, Nynaeve había prometido ayudarla a guardar su secreto.

—Mat… me amenazó —confesó hablando muy deprisa. Era lo primero que se le había ocurrido para que Aviendha olvidara el desliz de Birgitte y lo último que habría deseado que supiera nadie. Sus mejillas volvieron a sofocarse. Elayne sonrió, aunque tuvo la delicadeza de ocultarlo llevándose la taza a los labios—. No de ese modo —se apresuró a añadir al ver que Aviendha se llevaba la mano al cuchillo del cinturón. La Aiel parecía pensar que la respuesta adecuada a todo era la violencia—. Sólo fue… —Aviendha y Birgitte la miraron con interés, todas oídos—. Simplemente dijo… —Igual que ella había echado un cable a Birgitte, Elayne hizo otro tanto con ella ahora.

—Me parece que hemos hablado demasiado de maese Cauthon —manifestó firmemente—. Sólo está aquí para quitárselo de encima a Egwene. Ya pensaré más adelante cómo resolver lo de su *ter'angreal*.

Apretó los labios un momento. No le había hecho gracia cuando Vandene y Adeleas empezaron a encauzar sobre Mat sin molestarse siquiera en pedirle permiso, y menos aun que el joven se hubiese escabullido a aquella posada. Naturalmente, ella no podía impedírselo. Estaba convencida de que por el mero hecho de decirle lo que debía hacer desde el principio acabaría acostumbrándose a obedecer. En fin, que

tuviera mucha suerte, le deseó Nynaeve para sus adentros, aunque sin ningún convencimiento.

—Él es la parte menos importante de este viaje —añadió la heredera del trono con mayor firmeza si cabe.

—Sí. —Nynaeve consiguió que su voz no denotara alivio—. Sí, lo que realmente importa es el cuenco.

—Sugiero salir yo primero para explorar el terreno —intervino Birgitte—. Ebou Dar parece un lugar más peligroso de lo que recordaba y el distrito que describisteis podría serlo más que… —Se interrumpió y ni siquiera miró de reojo a Aviendha—. Que el resto de la ciudad —finalizó con un suspiro.

—Si hay que reconocer el terreno, quiero tomar parte en ello —dijo Aviendha—. Tengo un *cadin'sor*.

—Se supone que un explorador ha de pasar inadvertido en el entorno —manifestó suavemente Elayne—. Creo que deberíamos conseguir vestidos ebudarianos para todas nosotras y después podremos empezar a buscar las cuatro desde el principio, sin dejar a nadie fuera. Aunque Nynaeve será la que tendrá más fácil hacerse pasar por una nativa de aquí —añadió, sonriendo a Birgitte y a Aviendha. Los ebudarianos que habían visto hasta el momento tenían todos el cabello negro y la mayoría los ojos oscuros.

Aviendha soltó el aire con gesto desanimado, y Nynaeve tuvo ganas de hacerle eco al recordar aquellos escotes tan bajos. Muy, muy bajos, aunque el corte fuera a pico. Birgitte esbozó una sonrisa; esa mujer no conocía lo que era la vergüenza.

Antes de que la discusión pudiera ir más allá, una mujer con el oscuro cabello recortado y el uniforme de la casa Mitsobar entró sin llamar, cosa que Nynaeve consideró una falta de educación por mucho que Elayne dijese que ese comportamiento era el correcto en la servidumbre. El vestido era blanco, con la falda cosida de manera que quedaba recogida en el lado izquierdo, a la altura de la rodilla, para dejar a la vista unas enaguas verdes; el corpiño, muy ceñido, llevaba bordado sobre el seno izquierdo el emblema del Ancla y la Espada, también en color verde. Incluso el estrecho escote del uniforme bajaba hasta donde Nynaeve recordaba. La mujer, algo rellenita y de mediana edad, vaciló y después hizo una reverencia y habló dirigiéndose a todas:

—La reina Tylin desea ver a las tres Aes Sedai, si gustan.

Nynaeve intercambió una mirada de asombro con Elayne y las otras.

—Sólo estamos dos Aes Sedai aquí —respondió la heredera del trono al cabo de un momento—. ¿Queréis decir que antes hemos de reunirnos con Merilille?

—Se me ordenó venir a estos aposentos… Aes Sedai. —La pausa apenas fue lo bastante larga para advertirla y la mujer consiguió por poco no dar una entonación interrogante al título.

Elayne se incorporó y se alisó la falda; alguien que no la conociera jamás habría sospechado que bajo aquella expresión sosegada subyacía la ira, pero había cierta tirantez en las comisuras de los labios y de los ojos.

—¿Vamos, pues? Nynaeve, Birgitte, Aviendha…

—No soy Aes Sedai, Elayne —adujo la Aiel.

—Se me dijo sólo las Aes Sedai —se apresuró a aclarar la sirvienta.

—Aviendha y yo podemos dar una vuelta por la ciudad mientras vosotras veis a la reina —propuso Birgitte antes de que Elayne tuviera tiempo de abrir la boca.

El rostro de la Aiel se animó. Elayne les asestó a ambas una mirada penetrante y después la joven suspiró.

—De acuerdo, pero sed prudentes. Nynaeve, ¿vienes o también quieres ir a ver la ciudad? —Eso último lo dijo con un tono seco al tiempo que lanzaba otra mirada admonitoria a Birgitte.

—Oh, no me lo perdería por nada del mundo —respondió Nynaeve—. Será estupendo reunirse finalmente con alguien que cree que… —No podía terminar la frase estando presente la sirvienta—. No debemos hacer esperar a su majestad.

—Oh, no —se mostró de acuerdo la mujer—. De lo contrario mis orejas no valdrían nada.

Valieran poco o mucho, lo cierto es que caminaron un buen rato por los pasillos de palacio. Como para compensar todo el blanco del exterior, el palacio estaba lleno de colores. En un corredor el techo estaba pintado en verde y las paredes en azul; en otro, las paredes eran amarillas y el techo rosa pálido. Las baldosas eran rombos rojos, negros y blancos, o azules y amarillos, o casi cualquier combinación de colores. Había pocos tapices y éstos por lo general representaban escenas marítimas, pero sí abundaban los jarrones de porcelana dorada de los Marinos en sus correspondientes hornacinas de las paredes, así como piezas de cristal tallado de estatuillas, vasijas y cuencos; éstos atrajeron las miradas de Elayne y Nynaeve.

Ni que decir tiene que había sirvientes yendo y viniendo por todas partes; la versión del uniforme de los hombres se traducía en pantalones blancos y un chaleco largo de color verde sobre una camisa también blanca, con mangas plisadas. No habían llegado muy lejos cuando Nynaeve vio a alguien que venía hacia ella y que la hizo detenerse y agarrar a Elayne del brazo. Era Jaichim Carridin. No quitó los ojos del alto hombre, en cuyo cabello empezaban a cundir las canas, mientras éste pasaba a su lado y seguía adelante, con la blanca capa ondeando a su espalda, sin que sus ojos hundidos, de expresión cruel, se volvieran en su dirección una sola vez. Tenía el rostro sudoroso, pero hizo caso omiso de ellas como ellas lo hicieron de él.

—¿Qué hace aquí? —demandó Nynaeve. Ese hombre había desencadenado una matanza en Tanchico y sólo la Luz sabía en cuántos sitios más.

La sirvienta la miró inquisitivamente antes de contestar:

—Oh, vaya, los Hijos de la Luz también mandaron una embajada hace meses. La reina aguarda, eh… Aes Sedai. —De nuevo aquella vacilación.

Elayne se las ingenió para asentir con graciosa elegancia, pero Nynaeve no pudo evitar la aspereza en su voz.

—Entonces no debemos hacerla esperar.

Una cosa que Merilille había dejado escapar sobre la tal Tylin es que era una mujer puntillosa, fríamente formal, pero si también empezaba a dudar que ellas dos eran Aes Sedai, el estado de ánimo de Nynaeve era justo el adecuado para demostrarle su condición de hermana de hecho.

La criada las hizo entrar en una amplia estancia, con el techo pintado en un azul claro y las paredes en amarillo, en la que una hilera de triples ventanas en arco daba a un balcón de hierro forjado y por las que penetraba una brisa marina muy agradable. Ante la reina, Nynaeve y Elayne hicieron una reverencia, la correcta de unas Aes Sedai a una dirigente, lo que significaba doblar la rodilla ligeramente y una inclinación de cabeza aun más leve.

Tylin era una mujer impresionante. Tenía más o menos la misma estatura de Nynaeve y mostraba una actitud regia que Elayne tendría que esforzarse para igualar en sus mejores momentos. Debería haber respondido a sus reverencias con otra igual, pero no lo hizo. En lugar de ello, sus grandes ojos oscuros las examinaron con una intensidad imperiosa.

Nynaeve le devolvió la mirada lo mejor que pudo. Las ondas del lustroso cabello negro, con canas en las sienes, caían bastante más abajo de los hombros de Tylin y enmarcaban un rostro que era atractivo aunque no sin arrugas. Sorprendentemente, las mejillas de la mujer tenían sendas cicatrices, finas y tan antiguas que casi habían desaparecido. Ni que decir tiene que también llevaba uno de esos cuchillos curvos metido bajo el cinturón de oro tejido, con la empuñadura y la vaina incrustadas de gemas; Nynaeve estaba convencida de que debía de ser únicamente para aparentar. Ciertamente, el vestido de seda azul que llevaba Tylin era lo menos indicado para sostener un duelo, con chorreras de encaje blanco como la nieve y la falda recogida por encima de las rodillas en la parte delantera de manera que mostraba enaguas de seda verdes y blancas, y por detrás con una cola de casi un metro. El corpiño, adornado también con puntillas, era tan ajustado que Nynaeve no habría sabido decir si sería más incómodo estando de pie o sentada. Un cuello alto de oro tejido ceñía la garganta de la mujer de manera que la puntilla le rozaba la barbilla. Llevaba colgado, con la empuñadura hacia abajo, un cuchillo de esponsales enfundado en una vaina blanca que quedaba enmarcado en un curioso escote de forma ovalada que no tenía nada que envidiar a los bajísimos en pico.

—Debéis de ser Elayne y Nynaeve. —Tylin tomó asiento en una silla que parecía de bambú aunque estaba cubierta de dorado y se arregló los pliegues de la falda

meticulosamente, sin quitarles los ojos de encima. Su voz era profunda, melodiosa e imperativa—. Creí entender que había una tercera. ¿Aviendha?

Nynaeve intercambió una mirada con Elayne. No las había invitado a sentarse ni había hecho el menor gesto hacia las otras sillas.

—Ella no es Aes Sedai —comenzó Elayne sosegadamente.

—¿Y vosotras sí? —la interrumpió la reina—. Como mucho, has visto dieciocho inviernos, Elayne. Y tú, Nynaeve, que me miras como una gata a la que le han pisado la cola, ¿cuántos has visto? ¿Veintidós? ¿Veintitrés? ¡Que me trinchen el hígado! Visité Tar Valon y la Torre Blanca una vez. Dudo que ninguna mujer de vuestra edad haya llevado jamás ese anillo en la mano derecha.

—¡Veintiséis! —espetó Nynaeve. Después de aguantar que gran parte del Círculo de Mujeres en Campo de Emond pensaran que era demasiado joven para ser Zahorí, había tomado por costumbre alardear de cada año cumplido—. Tengo veintiséis años y soy Aes Sedai del Ajah Amarillo. —Aun sentía un escalofrío de orgullo diciendo eso—. Elayne tendrá dieciocho años, pero también es Aes Sedai, del Ajah Verde. ¿Creéis que Merilille o Vandene nos permitirían llevar estos anillos en plan de broma? Son muchas las cosas que han cambiado, Tylin. La Sede Amyrlin, Egwene al'Vere, no es mayor que Elayne.

—¿De veras? —dijo la reina en un tono inexpresivo—. No se me informó de ese detalle. Cuando las Aes Sedai que me aconsejaban desde el día en que ocupé el trono y que aconsejaron a mi padre antes que a mí de repente parten hacia la Torre sin dar explicaciones y después me entero de que los rumores de una Torre dividida son ciertos; cuando los seguidores del Dragón parecer brotar de la tierra; cuando se elige una Amyrlin para oponerse a Elaida y se reúne un ejército bajo el mando de uno de los más grandes capitanes, dentro de Altara, antes de que yo tenga noticia alguna sobre ello… Cuando todo eso ha pasado no podéis esperar que me entusiasmen las sorpresas.

Nynaeve confiaba en que su rostro no trasluciera lo mal que se sentía. ¿Por qué no aprendía a quedarse calladita de vez en cuando? De repente fue consciente de haber dejado de sentir la Fuente Verdadera; la ira y el azoramiento no casaban bien. Probablemente era lo mejor que podía ocurrir porque, de haber sido capaz de encauzar, a buen seguro que habría hecho una tontería aun mayor.

Elayne se lanzó a suavizar las cosas sin demora.

—Sé que habréis oído antes esto —le dijo a Tylin—, pero permitidme que sume mis disculpas a las de Merilille y las otras. Reunir un ejército dentro de vuestras fronteras sin antes pediros permiso fue una desmesura y una desfachatez. Sólo puedo decir en descargo de un acto así que los acontecimientos se sucedieron rápidamente y que en Salidar nos desbordaron, pero eso no lo disculpa. Os juro que no hay intención alguna de perjudicar a Altara y que tampoco se quiso insultar al Trono de los Vientos.

Mientras hablamos ahora, Gareth Bryne conduce a ese ejército hacia el norte, fuera de las fronteras de Altara.

Tylin la miró fijamente, sin pestañear.

—No he oído una sola palabra de disculpa ni ninguna explicación hasta ahora. Pero cualquier dirigente de Altara tiene que aprender a tragarse los insultos de potencias mayores aunque le sepan a acíbar. —Inhaló profundamente e hizo un gesto con la mano—. Sentaos, sentaos. Sentaos la dos. Reclinaos sobre vuestro cuchillo y dejad libre vuestra lengua. —Su repentina sonrisa tuvo mucho de mueca—. Ignoro cómo decís eso en Andor. Poneos cómodas y hablad sin rodeos.

Nynaeve se alegró de ver que los azules ojos de Elayne se abrían sorprendidos, ya que ella misma dio un respingo que se oyó. ¿Y ésta era la mujer que según Merilille encarnaba el más estricto protocolo cincelado en mármol pulido? Nynaeve agradeció poder sentarse. Considerando todas las corrientes subterráneas que existían en Salidar se preguntó si Tylin estaba intentando… ¿Qué? Había llegado a un punto en que sospechaba que cualquier persona que no fuese una amiga íntima estuviera tratando de manipularla. Elayne se sentó al borde de la silla y con la espalda muy erguida.

—Lo he dicho en serio —insistió Tylin—. Cualquier cosa que expreséis no lo tomaré como un insulto. —Por el modo en que sus dedos tamborileaban sobre la enjoyada empuñadura del puñal, sin embargo, habríase dicho que sí consideraría como tal el silencio.

—No sé bien por dónde empezar —comenzó con tiento Nynaeve. Ojalá Elayne no hubiese hecho un gesto de asentimiento, corroborando sus palabras; se suponía que era ella la que sabía cómo tratar con reyes y reinas. ¿Por qué no decía algo?

—Por el porqué —instó, impaciente, la soberana—. ¿Por qué cuatro Aes Sedai más de Salidar vienen a Ebou Dar? La razón no puede ser eclipsar la embajada de Elaida. De hecho, Teslyn ni siquiera la da ese nombre, y sólo han venido ella y Joline. Vaya, ¿no lo sabíais? —Se echó hacia atrás en la silla, riendo, y llevó los dedos de una mano a sus labios—. ¿Estáis enteradas de la presencia de los Capas Blancas? ¿Sí? —Su mano libre hizo un gesto como descargando un latigazo en el aire—. ¡Eso para los Capas Blancas! Empero, he de escuchar a todos los que acuden para ser recibidos en audiencia, al Inquisidor Carridin igual que al resto.

—Pero ¿por qué? —demandó Nynaeve—. Me complace que no os gusten los Capas Blancas, pero, en ese caso, ¿por qué tenéis que escuchar una sola palabra de lo que diga Carridin? Ese hombre es un carnicero. —Sabía que había cometido otro error. Lo comprendió por el modo repentino en que Elayne pareció examinar el inmenso hogar de mármol blanco, donde el profundo dintel estaba cincelado en forma de grandes olas; lo supo incluso antes de que el último vestigio de risa de Tylin se apagara como una vela.

—Te has tomado en serio lo que he dicho —manifestó la reina en voz queda—.

Os animé a hablar con claridad y… —Aquellos oscuros ojos se quedaron fijos en las baldosas del suelo; parecía como si estuviese intentando recobrar la compostura.

Nynaeve miró a Elayne esperando algún indicio que le explicara qué había ido mal o, mejor aún, cómo arreglarlo, pero la heredera del trono se limitó a mirarla de reojo y a sacudir la cabeza una vez de un modo casi imperceptible antes de volver a la observación de las olas de mármol. ¿Debería evitar también mirar a Tylin? Sin embargo, la soberana atraía sus ojos como un imán. Con una mano, Tylin acariciaba la empuñadura de su cuchillo curvo y con la otra toqueteaba el puño más pequeño que reposaba sobre sus senos.

El cuchillo de esponsales revelaba mucho de Tylin; Vandene y Adeleas se habían mostrado muy dispuestas a explicar algunas cosas referentes a Ebou Dar, generalmente aquellas que hacían parecer peligrosa la ciudad para quien no fuera acompañado por una docena de guardias armados. La vaina blanca significaba que la reina había enviudado y no tenía intención de volver a casarse. Las cuatro perlas y una gota de fuego engastadas en la empuñadura de oro decían que había dado a luz cuatro hijos y una hija; el engaste blanco de la gota de fuego y el rojo de tres de las perlas revelaban que sólo uno de los hijos varones sobrevivía, que los otros cuatro tenían como poco dieciséis años al morir y que habían perecido en duelos ya que en caso contrario los engastes habrían sido negros. ¡Qué doloroso debía de ser llevar siempre encima un recordatorio así! Según Vandene, las mujeres tenían por un gran orgullo que los engastes fueran rojos o blancos, tanto si rodeaban perlas o gotas de fuego o simples cristales de colores. Vandene afirmaba que muchas mujeres ebudarianas arrancaban las piedras que representaban a sus hijos mayores de dieciséis años que rehusaban un duelo y que jamás volvían a reconocerlos como tal.

Finalmente, Tylin levantó la cabeza. Su semblante mostraba un gesto afable y su mano se apartó del cuchillo del cinturón, pero continuó toqueteando el cuchillo de esponsales con aire ausente.

—Beslan, mi hijo, tiene tu misma edad, Elayne. Quiero que me suceda en el Trono de los Vientos —confió en voz suave—. Tal cosa se daría por sentada si estuviésemos en Andor, aunque en ese caso tendría que ser una mujer —aquí sonrió, aparentemente con genuino regocijo—. Se daría por sentado en cualquier otro país excepto en Murandy, donde las cosas funcionan de un modo muy parecido a Altara. En el milenio transcurrido desde Artur Hawkwing, sólo una casa ha sido capaz de conservar el trono durante cinco generaciones seguidas, y la caída de Anarina fue tan en picado que al día de hoy la casa Todande es un perrillo faldero de quien quiera aceptarla como tal. Ninguna otra casa ha tenido más de dos generaciones en reinados sucesivos.

»Cuando mi padre ascendió al trono, otras casas ostentaban más poder que la de Mitsobar en la propia ciudad. Si hubiese salido de palacio sin ir acompañado por su

guardia, lo habrían metido dentro de un saco con grandes piedras y lo habrían arrojado al río. Cuando murió, me entregó lo que ahora poseo. Poco, comparado con lo que tienen otros dirigentes. Un hombre cabalgando de continuo en caballos de refresco podría alcanzar en un solo día el límite del territorio bajo mi autoridad. Empero, no he permanecido ociosa. Cuando llegaron las nuevas sobre el Dragón Renacido, tuve la certeza de que podría transmitirle a Beslan el doble de lo que poseo ahora y, llamémoslos, ciertos aliados. La Ciudadela de Tear y *Callandor* lo cambiaron todo. Ahora le doy las gracias a Pedron Niall cuando arregla las cosas para que Illian se apropie de otra franja fronteriza de ciento cincuenta kilómetros en lugar de invadir Altara. Oigo a Carridin y a Teslyn y a Merilille, y rezo para que pueda legar algo a mi hijo en lugar de que me encuentren ahogada en el baño el día que Beslan sufra un accidente de caza.

Tylin hizo una profunda inhalación. El gesto plácido de su semblante no se alteró, pero al hablar su voz había adquirido un timbre cortante.

—Bien, y ahora que me he desnudado ante vosotras en plena lonja del mercado, respondedme: ¿Por qué este honor de que acudan a mi corte otras cuatro Aes Sedai?

—Estamos aquí para encontrar un *ter'angreal* —respondió Elayne y, mientras Nynaeve la miraba estupefacta, explicó a la reina todo, desde el *Tel'aran'rhiod* hasta la capa de polvo que cubría la habitación donde se encontraba el cuenco.

—Lograr que el tiempo vuelva a ser normal sería un milagro y una bendición —musitó lentamente Tylin—; pero, por tu descripción de ese barrio, me suena que es el Rahad, al otro lado del río. Incluso la Fuerza Civil va con mil ojos por esa zona. Disculpadme, pero, aunque entiendo que sois Aes Sedai, en el Rahad podríais acabar con un cuchillo clavado en la espalda antes de daros cuenta de lo que ha pasado. Quizá deberíais dejar esa búsqueda a Vandene y Adeleas. Creo que tienen unos cuantos años más que vosotras y, por ende, habrán visto sitios así con anterioridad.

—¿Os hablaron del cuenco? —preguntó Nynaeve, frunciendo el ceño.

—No. —La reina sacudió la cabeza—. Sólo me dijeron que estaban aquí para buscar algo. Las Aes Sedai jamás dicen una palabra más de lo que es absolutamente necesario. —De nuevo la fugaz sonrisa asomó a su cara; parecía un gesto divertido, aunque hacía que las cicatrices de las mejillas semejaran finas arrugas—. Al menos, hasta que llegasteis vosotras dos. Ojalá los años no os cambien demasiado. A menudo deseo que Cavandra no hubiese regresado a la Torre; con ella podía hablar así. —Se puso de pie al tiempo que les indicaba con un gesto que permanecieran sentadas y después cruzó la estancia para tocar un gong de plata con un macillo de marfil; para ser tan pequeño, produjo un sonido fuerte y agudo—. Pediré un poco de té de menta frío y charlaremos. Me diréis en qué modo puedo ayudaros; si envío soldados al Rahad se repetirán las algaradas de los Disturbios del Vino. Tal vez hasta podríais explicarme por qué la bahía está llena de barcos de los Marinos pero sin que ninguno

de ellos atraque ni haga transacciones.

Pasaron un largo rato tomando té y charlando, especialmente sobre los peligros del Rahad y lo que Tylin no podía hacer; la reina mandó llamar a Beslan, un joven de voz suave que saludó con una reverencia respetuosa y las miró fijamente con unos hermosos ojos negros que quizá traslucieron alivio cuando su madre le dijo que podía marcharse. Desde luego, él no dudó ni por un momento que fueran Aes Sedai. Finalmente, sin embargo, las dos mujeres jóvenes se encontraron regresando a sus aposentos por los pasillos pintados con vivos colores.

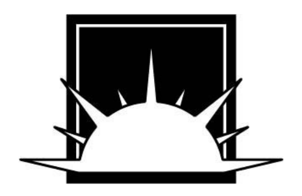
—Así que también se proponen ocuparse ellas de la búsqueda —rezongó Nynaeve al tiempo que echaba una ojeada en derredor para asegurarse de que ninguno de los sirvientes uniformados estaba lo bastante cerca para oírla. Tylin se había enterado de muchas cosas sobre ellas demasiado pronto. Y, por mucho que sonriera, le había molestado la presencia de Aes Sedai en Salidar—. Elayne, ¿te parece prudente haberle contado todo? Podría decidir que el mejor modo de que el chico ascienda al trono es dejarnos encontrar el cuenco y después informar a Teslyn. —Conocía sólo por encima a la Roja, pero la recordaba como una mujer desagradable.

—Sé lo que pensaba mi madre sobre que unas Aes Sedai fueran y vinieran por territorio de Andor sin informarle jamás lo que se traían entre manos. Sé cómo me sentiría yo de estar en lugar de Tylin. Además, recordé finalmente que me enseñaron esa frase, la de reclinarse en su cuchillo y todo lo demás. El único modo de insultar a alguien que te dice eso, es mentirle. —Elayne levantó la barbilla—. En cuanto a Vandene y Adeleas, sólo creen que han asumido el control, porque en realidad no lo han hecho. Ese barrio, el Rahad, será peligroso, pero dudo mucho que sea peor que Tanchico. Y aquí no tendremos que preocuparnos por el Ajah Negro. Te apuesto a que en diez días el cuenco estará en nuestro poder. Y que sabré por qué el *ter'angreal* de Mat hace lo que se supone no podría hacer y tendré a ese patán saludándonos militarmente con la misma rapidez que maese Vanin. Y que estaremos de camino para reunirnos con Egwene, mientras Vandene y Adeleas se quedan aquí plantadas con Merilille y Teslyn, tratando de explicarse lo que ha pasado.

Nynaeve no pudo evitar echarse a reír con todas sus ganas. Un sirviente larguirucho que cambiaba de sitio un jarrón de porcelana dorada la miró de hito en hito, a lo que la antigua Zahorí respondió sacándole la lengua. Faltó poco para que el hombre dejara caer el jarrón al suelo.

—No aceptaré esa apuesta, salvo en lo referente a Mat, Elayne. Quedamos en que en diez días.

49



El Espejo de las Nieblas

Rand daba chupadas a la pipa con satisfacción; estaba en mangas de camisa, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en una de las columnas blancas que rodeaban el pequeño patio oval, y contemplaba los chorros de la fuente de mármol centelleando como gemas bajo la luz del sol. Era por la mañana, y en esa parte del patio todavía duraba una agradable sombra. Hasta Lews Therin estaba tranquilo y callado.

—¿Seguro que no quieres replantearte lo de Tear? —preguntó.

Perrin estaba, como él, sentado en el suelo y apoyado en la siguiente columna y tampoco tenía puesta la chaqueta. Expulsó el humo en dos perfectos aros antes de ponerse de nuevo entre los dientes su pipa, un objeto muy adornado con tallas de cabezas de lobo.

—¿Y qué pasa con lo que vio Min? —preguntó a su vez.

El intento de Rand de hacer también un anillo se echó a perder a costa del gruñido que soltó, de modo que el humo salió en una bocanada. Min no tenía derecho a sacar a relucir eso cuando Perrin podía escucharla.

—¿De verdad quieres estar atado a mi cinturón, Perrin?

—Lo que quiero no parece haber contado gran cosa desde la primera vez que vimos a Moraine en Campo de Emond —repuso secamente su amigo, que suspiró—. Eres quien eres, Rand. Si fracasas tú, fracasa todo. —De repente se retiró de la columna y se sentó erguido al tiempo que miraba con el entrecejo fruncido hacia una amplia puerta que había a la izquierda, detrás de las columnas.

Pasaron varios segundos hasta que Rand oyó pisadas en esa dirección, demasiado fuertes para ser de un humano. La inmensa figura que se agachó para cruzar el umbral y que entró en el patio era el doble de alta que la sirvienta que tenía que ir casi corriendo para mantener el paso de las largas piernas del Ogier.

—¡Loial! —exclamó Rand mientras se incorporaba rápidamente.

Perrin y él llegaron al mismo tiempo junto al Ogier, cuya ancha sonrisa realmente casi dividía su cara en dos. La larga casaca, cuyos vuelos caían por encima de las botas altas con los bordes vueltos, todavía tenía polvo del camino y en los enormes bolsillos se marcaban formas cuadradas, como siempre; Loial necesitaba tener libros

a mano.

—¿Estás bien, Loial?

—Pareces cansado —abundó Perrin mientras conducía al Ogier hacia la fuente—. Siéntate en el borde del pilón.

Loial se dejó llevar, aunque enarcó sus largas y colgantes cejas y agitó las copetudas orejas en un gesto de desconcierto mientras miraba alternativamente a ambos. Sentado era tan alto como Perrin de pie.

—¿Que si estoy bien? ¿Que si estoy cansado? —Su voz retumbaba como un temblor de tierra—. ¡Pues claro que estoy bien! Y si estoy cansado es lógico, ya que he caminado mucho. He de decir que resulta muy agradable depender sólo de mis piernas. Uno siempre sabe dónde lo llevan sus propios pies, pero nunca puede estar seguro con un caballo. De todos modos, mis piernas son más rápidas. —De improviso soltó una atronadora risa—. Me debes una moneda de oro, Perrin. ¡Tú y tus diez días! Apostaría otra corona a que no has llegado ni cinco días antes que yo.

—Tendrás tu corona —rió Perrin. En un aparte con Rand y que hizo que las orejas de Loial vibraran de indignación, añadió—: Gaul lo ha echado a perder. Ahora juega a los dados y hace apuestas en carreras de caballos aunque es incapaz de distinguir un pura sangre de un jamelgo.

Rand sonrió. Loial nunca había tenido muy buena opinión de los caballos y no era de extrañar, ya que sus piernas eran más largas que las patas de los animales.

—¿Seguro que estás bien, Loial? —insistió.

—¿Encontraste ese *stedding* abandonado? —inquirió Perrin, sin quitarse la pipa de entre los dientes.

—¿Has estado allí el tiempo suficiente?

—¿De qué habláis vosotros dos? —El ceño fruncido de Loial en un gesto de incertidumbre hizo que las puntas colgantes de sus cejas cayeran sobre sus mejillas —. Sólo quería volver a ver un *stedding*, sentirlo. Ya estoy listo para otros diez años más.

—Pues no es eso lo que dice tu madre —replicó seriamente Rand.

Antes de que Rand hubiese acabado de hablar, ya estaba Loial de pie y mirando frenéticamente en derredor, con las orejas aplastadas y temblando.

—¿Mi madre? ¿Aquí? ¿Está ella aquí?

—No, no está —contestó Perrin, y las orejas de Loial quedaron fláccidas por el alivio—. Al parecer se encuentra en Dos Ríos. O lo estaba hace un mes. Rand utilizó algún método de saltar de un sitio a otro y los llevó a ella y al Mayor Haman… ¿Qué te pasa?

A medio gesto de volver a sentarse, Loial se había quedado petrificado, con las rodillas dobladas, al oír el nombre del Mayor Haman. Luego cerró los ojos y se dejó caer lentamente en el borde del pilón.

—El Mayor Haman —musitó al tiempo que se frotaba la cara con la enorme manaza—. El Mayor Haman y mi madre. —Miró a Perrin. Miró a Rand. Después, en un tono de voz que sonaba demasiado quedo e indiferente, preguntó—: ¿Iba alguien más con ellos? —En fin, era un tono bajo tratándose de un Ogier; sonaba como el zumbido de un gigantesco abejorro metido en una gran botella de cristal.

—Una joven Ogier llamada Erith —le respondió Rand—. Tu… —Dejó la frase en el aire, incapaz de terminarla.

Exhalando un gemido, Loial volvió a incorporarse de un salto. En puertas y ventanas asomaron las cabezas de criados para ver qué era aquel ruido tremendo, pero desaparecieron enseguida cuando vieron a Rand. El Ogier empezó a pasear arriba y abajo, orejas y cejas tan caídas que parecía como si se le estuviesen derritiendo.

—Una esposa —farfulló Loial—. No puede ser de otro modo, si están involucrados mi madre y el Mayor Haman. Una esposa. ¡Soy demasiado joven para casarme!

Rand se tapó la boca con la mano para ocultar una sonrisa; puede que Loial fuera joven para la media de vida de los Ogier, pero en su caso significaba que tenía más de noventa años.

—Me llevará a rastras de vuelta al *stedding* Shangtai —continuó Loial—. Sé que no me dejará viajar contigo y aún no tengo suficientes notas en mi libro. Oh, tú puedes sonreír, Perrin. Al fin y al cabo, Faile hace lo que dices. —Perrin se atragantó con el humo de la pipa y resolló hasta que Rand le dio unas palmadas en la espalda —. Con nosotros es diferente —continuó Loial—. En nuestra sociedad se considera de muy mala educación no hacer lo que dice la esposa. Una gran grosería. Sé que me hará dedicarme a algo serio y respetable, como cantar a los árboles o… —Se puso ceñudo de repente y dejó de pasear de un lado a otro—. ¿Dijiste Erith?

Rand asintió; Perrin parecía estar recuperando la respiración, pero observaba a Loial con una especie de sorna malévola.

—¿Erith, hija de Iva, nieta de Alar? —preguntó el Ogier, a lo que Rand volvió a asentir. Loial regresó junto a la fuente y tomó asiento de nuevo en el borde del pilón —. Pero si la conozco. Tienes que acordarte, Rand. La conocimos en el *stedding* Tsofu.

—Eso es lo que intentaba decirte —respondió pacientemente Rand, que también parecía estar pasándolo en grande—. Era la que comentó que le parecías muy apuesto. Y te regaló una flor, si no recuerdo mal.

—Puede que lo dijera —masculló Loial, a la defensiva—. Tal vez, pero no me acuerdo. —Pese a sus palabras, se llevó la mano a uno de los bolsillos repleto de libros, en el que Rand habría apostado cualquier cosa a que guardaba la flor cuidadosamente prensada. El Ogier carraspeó con un retumbante sonido—. Erith es

muy hermosa. Nunca había visto una belleza tal. Y es inteligente. Escuchó con gran atención cuando le expliqué la teoría de Serden, hijo de Kolom, nieto de Radin; la escribió hace unos seiscientos años, y se refiere a cómo los Atajos se… —Dejó la frase en el aire al reparar en sus sonrisitas—. En fin, que escuchó con interés. Con gran interés.

—Seguro que sí —dijo evasivamente Rand. La mención de los Atajos lo hizo pensar. La mayoría de los accesos se encontraban cerca de *steddings* y, si se daba crédito a la madre de Loial y al Mayor Haman, lo que a Loial le hacía falta era un *stedding*. Ni que decir tiene que lo más cerca de uno que él podía trasladar a su amigo era en los aledaños; no se podía encauzar hacia dentro de un *stedding* del mismo modo que no se podía encauzar estando en uno de ellos—. Escucha, Loial, quiero poner bajo vigilancia todos los accesos a los Atajos y para ello necesito a alguien que no sólo pueda encontrarlos sino que tenga posibilidad de hablar con los Mayores y obtener su permiso para llevarlo a cabo.

—Luz —gruñó, malhumorado, Perrin. Dio golpecitos a su pipa para vaciarla y pisó con el tacón de la bota los restos quemados del tabaco—. ¡Luz! Enviaste a Mat a hacer frente a unas Aes Sedai. Quieres lanzarnos a mí y a unos pocos cientos de hombres de Dos Ríos, algunos de los cuales conoces, en medio de una guerra contra Sammael. Y ahora quieres que Loial emprenda camino cuando acaba de llegar. ¡Maldita sea, Rand, míralo! Necesita descansar. ¿Hay alguien a quien no utilices? A lo mejor se te ocurre mandar a Faile a la caza de Moghedien o de Semirhage. ¡Luz!

La ira se acumuló dentro de Rand cual una tempestad que lo hizo temblar. Aquellos ojos amarillos lo contemplaban sombríamente, pero les devolvió una mirada igual de tormentosa.

—Utilizo a quien sea preciso. Tú mismo lo has dicho: soy quien soy. Estoy utilizándome a mí mismo hasta consumirme porque he de hacerlo, igual que utilizaré a cualquiera que deba. No tenemos opción. Yo no. Ni tú. ¡Ni nadie!

—Rand, Perrin —musitó, preocupado, Loial—. Calmaos, por favor. No peleéis. Vosotros no. —Una mano grande como un jamón palmeó torpemente los hombros de uno y otro—. Los dos deberías descansar en un *stedding*. En los *steddings* reina una gran paz, un ambiente muy relajante.

Rand y Perrin seguían mirándose fijamente. En los ojos del primero todavía centelleaba la ira, como relámpagos de una tormenta que no acaba de amainar. Los rezongos de Lews Therin resonaban vacilantes, lejanos.

—Lo siento —musitó, hablando por los dos.

Perrin hizo un gesto con la mano como quitándole importancia, quizá dando a entender que no había nada por lo que disculparse o tal vez que aceptaba la disculpa, pero él no hizo lo propio. En cambio, su cabeza giró de nuevo hacia las columnas, a la puerta por la que había llegado Loial. Una vez más, transcurrieron varios segundos

antes de que Rand oyera unos pasos precipitados. Min entró en el patio a todo correr. Haciendo caso omiso de Perrin y de Loial se echó en brazos de Rand.

—Vienen hacia aquí —jadeó—. Están de camino hacia aquí.

—Cálmate, Min —pidió Rand—. Tranquilízate. Empezaba a pensar que todas estaban guardando cama como… ¿Cómo dijiste que se llama? ¿Demira? —En realidad, sentía un gran alivio a pesar de que los rezongos y risas jadeantes de Lews Therin crecieron de intensidad con la mención de Aes Sedai. Durante tres días Merana había acudido con dos hermanas cada tarde, tan puntual como la pieza más precisa de un artesano en relojes, pero las visitas habían cesado de manera repentina hacía cinco días, sin una palabra de explicación. Min no tenía ni idea del porqué. Rand había estado preocupado de que se hubiesen sentido lo bastante ofendidas por sus reglas para marcharse de Caemlyn.

Pero el rostro de Min, alzado hacia él, tenía una expresión de angustia. Se dio cuenta de que la joven estaba temblando.

—¡Escúchame! Son siete, no tres, y no me enviaron para pedirte permiso ni para informarte de su venida ni nada. Me escabullí y he traído a *Galabardera* a galope tendido todo el camino para adelantarme. Se proponen entrar en palacio antes de que sepas que están aquí. Oí a Merana hablar con Demira cuando creían que yo no estaba. Tienen intención de llegar al salón del trono antes que tú para que así tengas que acudir tú a su presencia.

—¿Crees que esto está relacionado con tu visión? —preguntó sosegadamente. Mujeres capaces de encauzar le harían mucho daño, había dicho Min. «¡Siete! —susurró roncamente Lews Therin—. ¡No! ¡No! ¡No!» Rand hizo caso omiso de él; la verdad es que no podía hacer mucho más.

—Lo ignoro, Rand —contestó Min en un tono angustiado. Rand se sorprendió al reparar que el brillo de sus oscuros ojos se debía a las lágrimas que pugnaban por derramarse—. ¿Crees que no te lo diría si lo supiese? Sólo sé que vienen y que…

—No hay nada que temer —la interrumpió firmemente. Las Aes Sedai debían de haberla asustado de verdad para que Min estuviese a punto de llorar. «Siete —gimió Lews Therin—. No puedo dominar a siete, no a la vez. A siete no.» Rand pensó en el *angreal* del hombrecillo gordo y la voz se redujo a murmullos, aunque seguía sonando intranquila. Al menos Alanna no era una de ellas; Rand podía sentirla a cierta distancia, sin moverse y, desde luego, no desplazándose hacia él. No estaba seguro de atreverse a enfrentarse cara a cara con ella otra vez—. Y tampoco hay tiempo que perder. ¡Jalani!

La joven Doncella de mejillas llenitas salió de detrás de una columna tan de repente que las orejas de Loial se irguieron bruscamente. Min pareció reparar en el Ogier por vez primera; y en Perrin. También ella dio un respingo.

—Jalani, dile a Nandera que me dirijo al salón del trono —instruyó Rand—,

donde espero la llegada de Aes Sedai a no tardar.

La joven Doncella trató de mantener el gesto impasible, pero el atisbo de una sonrisa ufana resaltó sus mejillas haciéndolas parecer aun más llenitas.

—Beralna ya ha ido a informar a Nandera, *Car'a'carn*.

Las orejas de Loial se agitaron por la sorpresa ante el título.

—Entonces, dile a Sulin que se reúna conmigo en los vestidores de detrás del salón del trono. Que lleve mi chaqueta y el Cetro del Dragón.

La sonrisa de Jalani se ensanchó aun más.

—Sulin ya ha ido corriendo, con su vestido de mujer de las tierras húmedas, tan deprisa como una liebre de hocico gris que se ha sentado en las espinas de una *segade*.

—En tal caso, puedes traer mi caballo al salón del trono.

La joven Doncella se quedó boquiabierta, sobre todo cuando Perrin y Loial prorrumpieron en carcajadas, doblándose por la cintura. Min le asestó un puñetazo en las costillas falsas que le hizo soltar un gruñido de dolor.

—¡Esto no es asunto para tomárselo a broma, pastor ignorante! Merana y las demás se ajustaron los chales como quien se pone una armadura. Y ahora, atiéndeme. Me situaré a un lado, detrás de las columnas, de manera que tú puedas verme pero ellas no, y, si vislumbro algo, te haré algún tipo de señal.

—Tú te quedas aquí, con Loial y Perrin —le dijo él—. No sé qué clase de señal podrías hacer que pudiera entender, y si te descubren sabrán que me has advertido. —Ella le lanzó una de aquellas miradas, puesta en jarras, entre hosca y obcecada—. Min…

Para su sorpresa, la joven suspiró y dijo:

—Sí, Rand. —Tan suave como una malva.

Esa reacción en ella lo hacía tan suspicaz como si viniera de Elayne o Aviendha, pero no tenía tiempo para indagar más si quería llegar al salón del trono antes de que lo hiciera Merana. Asintió, confiando en no traslucir la incertidumbre que sentía.

Preguntándose si no habría debido pedirles a Perrin y a Loial que la retuvieran allí —¡a ella le habría encantado eso!— fue trotando todo el camino hasta los vestidores anexos al salón del trono, con Jalani pisándole los talones y mascullando si lo del caballo había sido una broma. Sulin ya estaba allí con la chaqueta roja de bordados dorados y el Cetro del Dragón; el trozo de lanza mereció un gruñido de aprobación de la joven Doncella, aunque Rand estaba seguro de que le habría parecido más aceptable sin los borlones verdes y blancos y con un astil como era debido, entero y sin las tallas. Rand tanteó el bolsillo para comprobar que llevaba el *angreal*. Allí estaba, y respiró con alivio, aunque Lews Therin parecía seguir jadeando con ansiedad.

Cuando Rand pasó por uno de los vestidores forrados con paneles de madera al

salón del trono, descubrió que todo el mundo había actuado con igual rapidez que Sulin. Bael erguía su imponente estatura a un lado del estrado del trono, cruzado de brazos, mientras que Melaine estaba situada al otro lado, ajustándose sosegadamente su oscuro chal. Alrededor de un centenar de Doncellas se alineaban formando un pasillo desde las puertas, con una rodilla hincada en el suelo, bajo la atenta mirada de Nandera y equipadas con lanzas y adargas, los arcos guardados en las fundas colgados al hombro y las aljabas llenas en la cadera. Sólo se les veían los ojos por encima de los velos negros. Jalani corrió a reunirse en las filas. Detrás de ellas se amontonaban más Aiel entre las gruesas columnas, tanto hombres como Doncellas, aunque ninguno parecía ir armado aparte del cuchillo del cinturón. Sin embargo, muchos rostros mostraban una expresión sombría. No debían sentirse a gusto con la idea de enfrentarse a unas Aes Sedai y no por miedo al Poder. Hablaran como hablaran de ellas ahora Melaine y las otras Sabias, la mayoría de los Aiel tenían firmemente arraigado en sus mentes el haberles fallado en el pasado.

Bashere no estaba presente, por supuesto —él y su esposa se encontraban en uno de los campamentos de entrenamiento— y tampoco había ningún noble andoreño de los que solían pulular por palacio. Rand estaba convencido de que Naean, Elenia, Lir y toda esa pandilla se habían enterado de esta reunión tan pronto como empezó el movimiento. Jamás se perdían una audiencia del trono a menos que Rand les mandara salir. Su ausencia sólo podía significar que, de camino al salón del trono, también se habían enterado del motivo, lo cual indicaba que las Aes Sedai ya estaban en palacio.

En efecto, Rand apenas había tomado asiento en el Trono del Dragón, con el Cetro del Dragón sobre sus rodillas, cuando la señora Harfor entró con el semblante arrebolado, algo inusitado en ella. Los miró a él y a los Aiel con idéntica sorpresa y anunció:

—Envié sirvientes a buscaros por todas partes. Hay unas Aes Sedai… —Fue todo lo que pudo decir antes de que siete Aes Sedai aparecieran en las grandes puertas.

Rand sintió a Lews Therin tratando de asir el *Saidin*, tocando el *angreal*, pero Rand logró asirlo antes y dominó aquel aterrador torrente de fuego y hielo, contaminación y dulzura, con tanta firmeza como asía el trozo de lanza seanchan.

«Siete —masculló en tono sombrío Lews Therin—. Les dije que tres y vienen siete. He de ser cauto. Sí. Cauto.»

«Fui yo quien dijo que tres —espetó Rand a la voz—. ¡Yo! ¡Rand al'Thor!» Lews Therin se calló, pero después el lejano rezongo comenzó de nuevo.

Mirando primero a Rand y después a las siete mujeres con los chales de flecos de colores, la señora Harfor aparentemente decidió que estar en medio no era un buen sitio. Las Aes Sedai recibieron su primera reverencia, Rand la segunda, y después la mujer se dirigió hacia un lado de las puertas haciendo todo un alarde de calma. Cuando las Aes Sedai hubieron cruzado el umbral, formando una línea de siete en

fondo, la señora Harfor se deslizó al corredor por detrás con un poquito de prisa.

En cada una de las tres visitas realizadas, Merana había llevado consigo a diferentes Aes Sedai y Rand las reconoció a todas salvo a una, desde Faeldrin Harella, situada al extremo de la derecha, con su oscuro cabello tejido en multitud de finas trencillas que adornaba con cuentas de vivos colores, a la corpulenta Valinde Nathenos, en el extremo izquierdo, con su chal de flecos blancos y vestido del mismo color. Todas ellas vestían con el color de su Ajah. Rand sabía quién debía de ser la que no conocía. Aquella tez cobriza señalaba que la bonita mujer ataviada con ropas de seda de un tono broncíneo oscuro era Demira Eriff, la hermana Marrón de la que Min había informado que había tenido que guardar cama. Sin embargo se encontraba en el centro de la fila, un paso por delante de las demás, en tanto que Merana se hallaba entre Faeldrin y la rellenita Rafela Cindal, quien parecía aun más seria ese día de lo que se había mostrado cuando acudió con Merana seis días atrás. Todas parecían muy serias.

Se detuvieron un instante, mirándolo impasiblemente, haciendo caso omiso de los Aiel, y después se adelantaron, en primer lugar Demira, y después Seonid y Rafela, seguidas por Merana y Masuri, de manera que formaban una especie de punta de flecha apuntada hacia Rand. A éste no le hizo falta sentir el cosquilleo en la piel para saber que habían abrazado el *Saidar*. A cada paso que daban, las mujeres parecían mucho más altas que antes.

«¿Creen que van a impresionarme hilando el Espejo de las Nieblas?» La risa incrédula de Lews Therin dio paso a unas carcajadas demenciales. Rand no necesitaba explicación alguna del hombre; había visto a Moraine hacer algo parecido en una ocasión. Asmodean también lo había llamado el Espejo de las Nieblas, así como Ilusión.

Melaine ajustó su chal con irritación y aspiró sonoramente el aire por la nariz, pero Bael reaccionó de repente como si él solo estuviese haciendo frente a una carga de centenares de hombres. Tenía intención de aguantar el embate, pero sin esperar resultado alguno. De hecho, algunas Doncellas rebulleron inquietas hasta que Nandera les asestó una mirada furibunda por encima del velo y aquello bastó para acallar el quedo ruido de pies moviéndose entre los Aiel situados tras las columnas.

Demira Eriff empezó a hablar y resultó obvio que también en eso estaba involucrado el encauzamiento. No gritó, pero su voz llenó el salón del trono dando la impresión de provenir de todos los puntos a la vez.

—En las circunstancias actuales, se decidió que hablara yo en nombre de todas. No venimos hoy con intención de hacerte daño, pero las restricciones que habíamos aceptado antes a fin de que te sintieras seguro ahora tenemos que rechazarlas. Obviamente nunca has aprendido a mostrar el respeto debido a las Aes Sedai. Ahora no tendrás otro remedio que aprenderlo. A partir de este día, vendremos e iremos

como y cuando nos plazca, y sólo si así lo decidimos te informaremos antes cuando queramos hablar contigo. Tus centinelas Aiel apostados alrededor de nuestra posada han de retirarse y nadie debe seguirnos ni tampoco vigilarnos. Cualquier futuro insulto a nuestra dignidad recibirá su castigo, aunque aquellos a los que debamos castigar son como niños, y tú serás responsable de su dolor. Así es como ha de ser. Así es como será. Entiende de una vez que somos Aes Sedai.

Cuando aquella punta de flecha se detuvo ante el trono, Rand advirtió que Melaine lo miraba de reojo, fruncido el ceño, sin duda preguntándose si estaba impresionado. Si no hubiese sabido lo que estaba ocurriendo, lo habría estado; ni siquiera estaba seguro de no estarlo, de todos modos. Las siete Aes Sedai parecían ser el doble de altas que Loial, puede que más, y las cabezas llegaban casi a mitad de camino del abovedado techo con sus cristaleras de colores. Demira lo observaba desde arriba, fría y desapasionada, como si estuviese sopesando la posibilidad de cogerlo con una mano, la cual parecía lo bastante grande para poder hacerlo.

Rand se obligó a recostarse en el trono con indiferencia; apretó los labios al darse cuenta de que le había supuesto un esfuerzo, aunque no excesivo. Lews Therin seguía balbuciendo y chillando, pero a lo lejos, algo sobre no esperar más y arremeter ahora. La Aes Sedai había dado énfasis a algunas palabras, como si Rand tuviera que entender el significado. ¿En qué circunstancias? Habían aceptado las restricciones antes; ¿por qué, de repente, esta actitud irrespetuosa? ¿Por qué habían decidido de pronto que, lejos de necesitar hacerlo sentirse seguro, podían amenazarlo?

—Las emisarias de la Torre en Cairhien aceptaron las mismas restricciones y no parecieron sentirse ofendidas. —En fin, no demasiado ofendidas—. En lugar de vagas amenazas, ofrecieron regalos.

—Nosotras no somos ellas. Y no están aquí. No vamos a comprarte.

El desprecio en la voz de Demira lo hirió. A Rand le dolían los nudillos de tanto apretar el Cetro del Dragón. Su cólera encontraba eco en la de Lews Therin y, de repente, advirtió que el hombre estaba intentando de nuevo alcanzar la Fuente.

«¡Maldito seas!» pensó Rand. Tenía intención de aislarlas con un escudo, pero Lews Therin habló jadeante, casi dominado por el pánico:

«No hay fuerza suficiente. Incluso con el *angreal* es posible que no sea bastante para sujetar a siete. ¡Necio! ¡Esperaste demasiado! ¡Es demasiado peligroso!»

Aislar a cualquiera requería un esfuerzo considerable. Con el *angreal* Rand estaba convencido de poder crear siete escudos, aun contando con que las mujeres ya estaban abrazando el *Saidar*, pero si una sola de ellas consiguiese romper el escudo… O más de una. Quería impresionarlas con su fuerza, no darles la ocasión de superarla. Pero había otro modo. Tejiendo Energía, Fuego y Tierra arremetió casi como si fuera a aislarlas.

Su Espejo de Nieblas se destruyó y de repente no eran más que siete mujeres

normales plantadas ante él con una expresión estupefacta en el rostro. La impresión desapareció tras la máscara de tranquilidad Aes Sedai un instante después, sin embargo.

—Ya has oído nuestras exigencias —dijo Demira en un tono normal, pero imperioso, como si nada hubiese ocurrido—. Esperamos que se cumplan.

Rand las miró fijamente a despecho de sí mismo. ¿Qué era lo que tenía que hacer para demostrarles que no iban a intimidarlo? El *Saidin* lo henchía como una oleada de ardiente rabia; no podía permitirse el lujo de soltarlo. Lews Therin gritaba ahora como un demente, fuera de sí, tratando de arrebatarle la Fuente y aferrarla él. Tuvo que emplearse a fondo para impedírselo. Se levantó lentamente. Con la altura extra que le proporcionaba el estrado, se erguía imponente ante ellas. Siete rostros impasibles se alzaban hacia él.

—Las restricciones siguen vigentes —manifestó con voz calmada—. Y se añade una más a las anteriores: de ahora en adelante, espero ver el respeto que me debéis. Soy el Dragón Renacido. Podéis iros. La audiencia ha terminado.

Durante quizás unos diez segundos las mujeres se quedaron inmóviles, sin pestañear siquiera, como para demostrar que no moverían ni un dedo porque él lo mandara. Después Demira se dio media vuelta sin hacer la más leve inclinación de cabeza. Al pasar junto a Seonid y Rafela, éstas giraron y fueron tras ella, y a continuación las otras, todas ellas caminando como si se deslizaran sobre las baldosas rojas y blancas, sin apresurarse, y salieron del salón del trono.

Rand bajó del estrado cuando las mujeres desaparecieron en el pasillo.

—El *Car'a'carn* las ha manejado bien —dijo Melaine en voz lo bastante alta para que se oyera en todos los rincones—. Habría que agarrarlas por el cuello y enseñarles honor aunque lloraran por ello.

Bael no logró del todo disimular su incomodidad al oír hablar de las Aes Sedai en tales términos.

—¿Y quizá no sería también el modo indicado de manejar a las Sabias? —inquirió Rand, arreglándoselas para sonreír.

Melaine se ajustó el chal como para dar énfasis a sus palabras, pronunciadas en voz baja:

—No seas un completo necio, Rand al'Thor.

Bael soltó una queda risita aunque por ello se ganó una mirada feroz de su esposa. Bueno, por lo menos había conseguido que alguien se riera; él, por el contrario, no sentía el regocijo de su pequeño chiste y no a causa del aislamiento del vacío. Casi deseó haber permitido a Min que asistiera a la reunión. Aquí había demasiado trasfondo que no entendía y temía que hubiese mucho más que ni siquiera veía. ¿Qué era realmente lo que se traían entre manos?

Min cerró la puertecilla del vestidor y se recostó contra el oscuro panel con tallas de leones mientras inhalaba profundamente. Faile había ido a buscar a Perrin y, por mucho que Loial protestó aduciendo que Rand quería que ella se quedara allí, el Ogier había tenido que callarse ante la simple e indiscutible verdad de que Rand no tenía derecho a obligarla a permanecer en ningún sitio. Ni que decir tiene que si Loial hubiese sospechado siquiera lo que ella se proponía hacer, seguramente la habría cogido debajo del brazo —con sumo cuidado, claro es— y se habría sentado en el patio para leerle algún libro.

La cosa era que, a pesar de que lo había oído todo, no había visto gran cosa, aparte de unas Aes Sedai elevándose sobre el trono y el estrado. Debían de haber estado encauzando, algo que tornaba borrosas las imágenes y halos, pero Min se había sentido tan estupefacta que tampoco se habría percatado si hubiese habido alguno. Para cuando quiso recobrar la serenidad, habían dejado de parecer tan altas y la voz de Demira ya no retumbaba desde todos los rincones.

Se mordisqueó el labio mientras reflexionaba frenéticamente. Desde su punto de vista, había dos problemas. El primero, Rand y sus exigencias de respeto, significara lo que significara eso. Si esperaba que Merana le hiciera una reverencia iba a tener que esperar largo y tendido y, entre tanto, seguramente las había irritado. Tenía que haber una forma de que ella pudiera suavizar esa situación, si es que lograba discurrir cómo. El segundo problema eran las Aes Sedai. Rand parecía pensar que esto era una especie de pataleta a la que podía poner fin mostrándose firme e imponiéndose. Min ignoraba si a las Aes Sedai les daban pataletas, pero aun en caso afirmativo estaba segura de que esto era algo mucho más serio. Empero, el único sitio donde descubrirlo era en La Corona de Rosas.

Pidió que le trajeran a *Galabardera* en el establo del patio principal y partió al trote de vuelta a la posada; allí la dejó en manos de un mozo de cuadra de enormes orejas, con la orden de que se almohazara bien a la yegua y se le diera una ración de avena. Había ido a palacio a galope tendido y *Galabardera* se merecía una recompensa por ayudarla a echar a pique la maniobra de Merana y las otras. A juzgar por la fría ira que había traslucido la voz de Rand, Min no sabía qué habría podido pasar si se hubiese enterado de repente, sin previo aviso, de que siete Aes Sedai lo esperaban en el salón del trono.

La sala común de La Corona de Rosas seguía casi igual que cuando se había escabullido por la puerta de la cocina un rato antes. Los Guardianes estaban sentados a las mesas, algunos jugando al dominó o a las damas y unos cuantos a los dados. Todos levantaron la cabeza casi como un solo hombre cuando Min entró y, al reconocerla, volvieron a lo que estaban haciendo. La señora Cinchonine se encontraba de pie ante la puerta de la bodega —en La Corona de Rosas no había barriles de cerveza ni de vino apilados contra las paredes de la sala— cruzada de

brazos y una expresión agria en el rostro. Los Guardianes eran los únicos que ocupaban las mesas y, como regla, estos hombres bebían poco y en contadas ocasiones. Había jarras y copas de peltre en las mesas pero Min veía el contenido de todas ellas intacto. Localizó a un hombre que podría mostrar buena disposición a contarle alguna cosa.

Mahiro Shukosa estaba sentado solo a una mesa, entretenido con los rompecabezas de la posada, y las dos espadas que por lo general llevaba colgadas a la espalda apoyadas contra la pared, al alcance de la mano. Con las canosas entradas y la nariz de rasgos aristocráticos, Mahiro era apuesto en un estilo tosco, aunque desde luego sólo una mujer enamorada lo habría descrito como guapo. En Kandor era un lord. Había visitado las cortes de casi todos los países, viajando con una pequeña biblioteca a cuestas y ganando o perdiendo en juegos con la misma sonrisa pronta. Recitaba poesía, tocaba el arpa y era un bailarín de ensueño. En resumen, salvo por el hecho de ser el Guardián de Rafela era exactamente la clase de hombre que a Min le habría gustado antes de conocer a Rand. De hecho, todavía le gustaban cuando reparaba en ellos durante los contados ratos que dejaba de pensar en él. Afortunada o desgraciadamente, Mahiro Shukosa la veía de un modo que Min sospechaba característico de Kandor, como una especie de hermana pequeña que de vez en cuando necesitaba charlar con alguien y alguno que otro consejo para que no se rompiera el cuello cuando salía a correrla. Le decía que tenía las piernas bonitas, aunque jamás se le ocurriría tocárselas, y que le rompería el cuello a cualquier hombre que pensara hacerlo sin que ella le diera permiso.

Tras encajar diestramente las complejas piezas de hierro, colocó el rompecabezas sobre un montón de los que ya había terminado y cogió otro del segundo montón mientras Min se sentaba enfrente de él.

—Hola, repollo —saludó el Guardián, sonriente—. Así que has vuelto con el cuello intacto ni haber sido secuestrada ni haberte casado.

Algún día le preguntaría qué significaba eso; siempre se lo decía.

—¿Ha ocurrido algo desde que me marché, Mahiro?

—¿Te refieres a otra cosa aparte del regreso de las hermanas de su visita a palacio con aspecto de una tormenta sobre las montañas? —Como era habitual, el rompecabezas se desmontó entre sus manos como si hubiese encauzado.

—¿Y qué les ha ocurrido para irritarlas de ese modo?

—La entrevista con al'Thor, supongo. —El rompecabezas cobró forma de nuevo con igual facilidad y se unió al montón de los descartados; en un visto y no visto, ocurrió lo mismo con uno más del otro montón—. Hice ése hará cosa de un año —confesó.

—Pero ¿cómo, Mahiro? ¿Qué ha pasado?

Los oscuros ojos del hombre la observaron; los ojos de un leopardo habrían

tenido el mismo aspecto de los de Mahiro si hubiesen sido casi negros.

—Min, una potrilla que mete la nariz en la madriguera equivocada puede acabar con las orejas arrancadas.

Min se encogió. Era completamente cierto. ¡Las tonterías que una mujer podía hacer por estar enamorada!

—Eso es precisamente lo que intento evitar, Mahiro. La única razón por la que estoy aquí es llevar y traer mensajes entre Merana y palacio, pero entro allí sin tener ni idea de en qué me estoy metiendo. No sé por qué las hermanas interrumpieron las visitas diarias ni por qué las han reanudado ni la razón de que hayan ido hoy un puñado en lugar de tres. Podría muy bien ocurrir que saliera de todo esto con algo más que las orejas arrancadas por no saber a qué atenerme. Merana no va a decírmelo; no me dice nada salvo que vaya allí y haga esto o aquello. ¿Ni siquiera una pequeña pista, Mahiro? ¡Por favor!

El hombre se puso a estudiar el rompecabezas, pero Min sabía que estaba pensando porque las piezas encajadas se movían entre sus largos dedos sin que se soltara ninguna.

Un movimiento en la parte trasera de la sala atrajo la atención de Min y la joven estuvo a punto de girar instintivamente la cabeza hacia allí, pero frenó el gesto en el último momento. Dos Aes Sedai volvían de tomar un baño a juzgar por su apariencia. La última vez que había visto a aquellas dos había sido muchos meses atrás, antes de que salieran de Salidar porque Sheriam tenía el pálpito de que Rand estaba en alguna parte del Yermo de Aiel. Y hacia allí era donde se habían encaminado Bera Harkin y Kiruna Nachiman; al Yermo de Aiel, no a Caemlyn.

Salvo por el rostro intemporal, Bera habría podido pasar por una ama de casa campesina, con el cabello castaño cortado de manera que enmarcaba su cara cuadrada, pero en este momento aquel semblante mostraba una firme y sombría determinación. Kiruna, elegante y escultural, no dejaba duda alguna de lo que era exactamente, hermana del monarca de Arafel y una dama poderosa por derecho propio. Sus grandes y oscuros ojos relucían como si fuese a ordenar una ejecución en cualquier momento y a disfrutar con el espectáculo. Imágenes y halos aparecían y desaparecían sobre ellas del modo que ocurría siempre con las Aes Sedai y sus Guardianes. Una de ellas atrajo la mirada de Min cuando surgió alrededor de ambas mujeres en el mismo instante, una aureola amarillo pardusco y púrpura intenso. Los colores en sí no significaban nada, pero aquel halo cortó la respiración a Min.

La mesa no estaba lejos del pie de la escalera, pero las dos mujeres ni siquiera dirigieron una mirada de pasada a Min cuando se dispusieron a subir los peldaños. Tampoco le habían hecho caso en Salidar, además de que ahora iban enfrascadas en su conversación.

—Alanna tendría que haberlo puesto en su sitio hace mucho tiempo. —Kiruna

Nachiman mantenía un tono de voz bajo, pero rebosante de ira—. Yo lo habría hecho en su lugar. Cuando llegue, pienso decírselo así, y al infierno con los convencionalismos.

—Habría que imponerle el sometimiento —se mostró de acuerdo Bera con voz inflexible—, y antes de que pueda hacer más daño a Andor. —Era andoreña—. Cuanto antes, mejor.

Mientras las dos mujeres subían la escalera Min advirtió que Mahiro la estaba observando.

—¿Cómo han llegado aquí? —preguntó; se sorprendió de que su voz sonara perfectamente natural. Con Kiruna y Bera sumaban trece. Trece Aes Sedai. Y estaba lo de aquel halo.

—Siguiendo los rumores sobre al'Thor. Se encontraban a mitad de camino hacia Cairhien cuando se enteraron de que estaba aquí. Yo en tu lugar las evitaría, Min. Sé por sus Gaidin que ninguna de las dos está de buen humor.

Kiruna tenía cuatro Guardianes y Bera, tres. Min se las ingenió para sonreír. Deseaba salir corriendo de la posada, pero con ello levantaría muchos comentarios y sospechas, incluso de Mahiro.

—Eso suena como un buen consejo. ¿Y qué dices de la pista?

El hombre vaciló un instante y después soltó el rompecabezas.

—No diré lo que es ni lo que no, pero un oído atento podría interpretar una palabra… Quizá deberías esperar encontrar molesto a al'Thor. Quizá deberías incluso plantearte pedir que otra persona llevara cualquier mensaje, tal vez uno de nosotros. —Se refería a los Guardianes—. Quizá las hermanas hayan decidido darle una pequeña lección de humildad a al'Thor. Y con eso, repollo, quizás haya dicho más de lo que debería. ¿Lo pensarás?

Min ignoraba si la «pequeña lección» era lo sucedido en palacio o algo que aún no había ocurrido, pero todo encajaba ahora. Y ese halo.

—También eso suena como un buen consejo. Mahiro, si Merana viene buscándome para que lleve un mensaje, ¿querrás decirle que he ido a dar un paseo por la Ciudad Interior durante los próximos cinco días?

—Un largo paseo —rió el hombre con amable sorna—. Todavía acabarás secuestrando un esposo si no vas con cuidado.

El orejudo mozo de cuadra la miró de hito en hito cuando Min insistió en que sacara del establo a *Galabardera* y volviera a ensillarla. Salió de las cuadras al paso, pero tan pronto como perdió de vista La Corona de Rosas en una esquina Min taconeó a la yegua, y a su paso la gente tuvo que saltar a los lados para quitarse de en medio mientras galopaba hacia palacio todo lo deprisa que *Galabardera* podía llevarla.

—Trece —repitió fríamente Rand y sólo decirlo bastó para que Lews Therin intentara arrebatarle de nuevo el control del *Saidin*. Era una lucha silenciosa con una bestia desaforada. Cuando Min informó que en realidad había trece Aes Sedai en Caemlyn, Rand había conseguido por los pelos aferrar la Fuente antes que Lews Therin. El sudor le corría por la cara y en su chaqueta había manchas oscuras. No había lugar para hacer ninguna otra cosa salvo evitar que el *Saidin* cayera en poder de Lews Therin. El esfuerzo hacía que un músculo de la mejilla se contrajera de manera espasmódica. La mano derecha le temblaba.

Min dejó de pasear de un lado al otro de la alfombra de la sala de estar y empezó a brincar sobre las puntas de los pies.

—No es sólo eso, Rand —añadió, frenética—. Es el halo: sangre, muerte, el Poder Único, esas dos mujeres y tú, todo en el mismo sitio y en el mismo momento. —Sus ojos brillaban otra vez, pero en esta ocasión las lágrimas corrieron por sus mejillas, incontenibles—. A Kiruna y a Bera no les gustas. ¡Ni pizca! ¿Recuerdas lo que vi a tu alrededor? Mujeres capaces de encauzar que te hacían daño. Son los halos y que su número ascienda a trece y todo lo demás, Rand. ¡Es demasiado!

Min afirmaba que sus visiones siempre se cumplían aunque ignoraba si sería dentro de un día o de un año o de diez. Si se quedaba en Caemlyn, Rand sospechaba que sería lo primero. Aun con sólo aquella especie de gruñido continuo dentro de su cabeza, sabía que Lews Therin deseaba atacar a Merana y a las otras antes de que ellas lo atacaran a él. A fuer de ser sincero, la idea le resultaba inquietantemente atractiva al propio Rand. Tal vez sólo era una casualidad, tal vez su influencia de *ta'veren* en el azar había actuado en su contra, pero el hecho seguía existiendo. Merana había decidido desafiarlo justo el mismo día en que el número de Aes Sedai reunidas era trece.

Se puso de pie y entró en su dormitorio, donde permaneció sólo el tiempo suficiente para coger su espada de la parte posterior del armario y abrocharse el cinturón con la hebilla en forma de dragón.

—Vas a venir conmigo, Min —le dijo a la joven al tiempo que recogía el Cetro del Dragón y se encaminaba hacia la puerta.

—¿Ir adónde? —demandó ella mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo, pero fue tras él, que ya había salido al pasillo. Jalani se incorporó de un brinco una fracción de segundo más deprisa que Beralna, la huesuda pelirroja de ojos azules y sonrisa feroz.

Siendo Doncellas las únicas personas presentes, Beralna, como siempre, lo miró como considerando si hacerle o no el gran favor de llevar a cabo lo que le pedía, pero Rand le asestó una penetrante mirada a su vez. El vacío conseguía que su voz sonara distante y fría. La voz de Lews Therin había quedado reducida a apagados lloriqueos, pero Rand no osaba bajar la guardia. En Caemlyn no; ni en ningún lugar cerca de

Caemlyn.

—Beralna, encuentra a Nandera y dile que se reúna conmigo en los aposentos de Perrin con todas las Doncellas que quiera traer. —No pensaba dejar atrás a Perrin y no por causa de ninguna visión; cuando Merana descubriera que Rand se había marchado, una de ellas podría decidir vincular a Perrin del mismo modo que Alanna había hecho con él—. Es posible que no regrese aquí. Si alguien ve a Perrin, a Faile o a Loial, que les diga que se reúnan conmigo allí también. Jalani, encuentra a la señora Harfor y dile que necesito papel, pluma y tinta. —Tenía que escribir unas cartas antes de marcharse. Su mano volvió a temblar y añadió—: Montones de papel. ¿Y bien? ¿A qué esperáis? ¡Moveos! ¡Vamos!

Las dos Doncellas intercambiaron una mirada y luego echaron a correr. Rand encaminó sus pasos en dirección opuesta, con Min casi trotando para no quedarse atrás.

—Rand, ¿adónde vamos?

—A Cairhien. —Con el vacío rodeándolo, aquello sonó tan frío como una bofetada—. Confía en mí, Min. No te haré ningún daño. Antes me cortaría el brazo que hacerte daño a ti.

Ella guardó silencio. Cuando Rand bajó la vista hacia la joven, se encontró con que lo estaba mirando a su vez con una extraña expresión.

—Eso ha sido muy bonito, pastor. —Su voz era tan rara como su gesto. La posibilidad de trece Aes Sedai yendo por él debía de haberla asustado realmente y no podía culparla por ello.

—Min, si resulta que hay que enfrentarse a ellas, prometo enviarte lejos del peligro de algún modo. —¿Cómo podía cualquier hombre hacer frente a trece? La mera idea hizo que Lews Therin surgiera de nuevo, gritando.

Para su sorpresa, Min sacó de las mangas de la chaqueta aquellos cuchillos con una floritura y abrió la boca, pero entonces deslizó las armas de nuevo en las mangas con igual suavidad —debía de haber estado practicando— antes de hablar:

—Puedes llevarme de la nariz a Cairhien o a cualquier otro sitio, pastor, pero más te vale cambiar de idea si crees que vas a quitarme de en medio así como así.

Por alguna razón, Rand tuvo la completa seguridad de que no era eso lo que había estado a punto de decir. Cuando llegaron a los aposentos de Perrin, Rand encontró una nutrida reunión. A un lado de la sala de estar, Perrin y Loial estaban en mangas de camisa, sentados con las piernas cruzadas en la alfombra azul y fumando sus pipas con Gaul, un Soldado de Piedra que Rand recordaba de la caída de la Ciudadela. Al otro lado se hallaba sentada Faile, asimismo en el suelo, con Bain y Chiad, quienes también habían formado parte de la fuerza de asalto a la Ciudadela. A través de la puerta abierta del dormitorio, Rand alcanzó a ver a Sulin cambiando las ropas de la cama, agitándolas como si se propusiera desgarrarlas en tiras. Todos alzaron la vista

cuando Min y él entraron, y Sulin salió por la puerta del dormitorio.

Hubo mucha agitación y movimientos precipitados de un lado para otro una vez que les informó sobre las trece Aes Sedai y lo que Min había oído por casualidad. No mencionó las visiones, sin embargo; algunos de los presentes en la sala sabían el don de la joven pero puede que otros tal vez no, y él no iba a revelárselo a menos que Min lo hiciese antes. Cosa que la chica no hizo. Y tampoco habló de Lews Therin, por supuesto; ni de que le daba miedo lo que podía suceder en una ciudad con trece Aes Sedai aun en el caso de que no movieran un dedo contra él. Que pensaran que estaba aterrado si querían; en realidad no sabía seguro que no lo estaba.

Lews Therin se había callado, pero Rand podía sentirlo como sentiría unos ojos ardientes observándolo en la noche. La ira y el miedo, y quizá también el pánico, se arrastraban por el borde del vacío como arañas gigantes.

Perrin y Faile se pusieron a hacer el equipaje rápidamente, y Bain y Chiad se comunicaron con el lenguaje de señas antes de anunciar que habían decidido acompañar a Faile, con lo que Gaul anunció que también acompañaba a Perrin. Rand no entendía lo que pasaba entre ellos, pero que ocurría algo era evidente por el hecho de que Gaul se esforzaba en no mirar a Bain y a Chiad y éstas a su vez no lo miraban a él. Loial salió corriendo, mascullando entre dientes, o eso pensaba él, respecto a que Cairhien estaba mucho más lejos de Dos Ríos que Caemlyn y de que su madre era una afamada andariega. Cuando regresó, llevaba un hatillo a medio hacer debajo de un brazo y unas enormes alforjas echadas al hombro y por las que asomaban camisas colgando. Loial estaba listo para partir al momento. Sulin también desapareció y volvió con un envoltorio en los brazos que parecía hecho con vestidos rojos y blancos. Con aquella incongruente expresión sumisa fija en el rostro, le gruñó a Rand que se le había ordenado servirle, así como a Perrin y a Faile, y que sólo un lagarto enloquecido por el sol pensaría que podría llevar a cabo su tarea en Caemlyn estando ellos en Cairhien. Incluso añadió al final de la parrafada un «mi señor Dragón» que más sonó como un insulto e hizo una reverencia, sorprendentemente sin un solo tambaleo. Esto último pareció sorprenderla también a ella.

Nandera llegó casi al mismo tiempo que la señora Harfor, que traía un escritorio portátil con varias plumas de puntas de acero así como suficiente papel, tinta y cera de sello para escribir unas cincuenta cartas. Lo que al final resultó una idea excelente.

Perrin quería enviar instrucciones a Dannil Lewin para que los siguiera con el resto de los hombres de Dos Ríos —tampoco él estaba dispuesto a dejar allí a ninguno al alcance de las Aes Sedai— y sólo cambió de idea respecto a decirle que se llevara a Bode y a las otras chicas de El Sabueso de Culin después de que tanto Faile como Rand señalaran que, en primer lugar, las Aes Sedai no las dejarían marchar fácilmente y, en segundo, que probablemente ellas no iban a querer. Perrin y Faile habían ido a la posada en más de una ocasión, y hasta Perrin tuvo que admitir que las

chicas estaban ante todo impacientes por iniciar su aprendizaje para hacerse Aes Sedai.

Faile también escribió apresuradamente dos cartas, una a su madre y la otra a su padre, para que no se preocuparan, dijo. Rand ignoraba cuál iba dirigida a quién pero el tono era muy distinto; una de ellas la empezó media docena de veces para después romper el papel y escribía cada palabra frunciendo el entrecejo, en tanto que la otra la redactó sin pausa, sonriendo en todo momento y de vez en cuando soltando incluso alguna que otra risita. Imaginó que ésta era para su madre. Min escribió a un amigo llamado Mahiro, a La Corona de Rosas, y por alguna razón hizo hincapié al explicarle a Rand que era un hombre mayor, si bien enrojeció al decirlo. Incluso Loial tomó pluma y papel tras cierta vacilación. No obstante, decidió utilizar su propia pluma, ya que cualquiera de las que utilizaban los humanos habría desaparecido entre sus enormes dedos. Tras sellar su carta, se la entregó a la señora Harfor con la tímida petición de que la entregara personalmente si se presentaba la ocasión. El pulgar, del tamaño de una gruesa salchicha, tapaba gran parte del nombre del destinatario, escrito tanto en lenguaje humano como en Ogier, pero con el Poder Único aguzando su vista, Rand distinguió la palabra «Erith». Empero, Loial no dio señales de querer esperar y dársela él mismo.

Las cartas del propio Rand resultaron tan difíciles como la primera de Faile, bien que por razones distintas. El sudor que goteaba de su cara corría la tinta y la mano le temblaba tanto que tuvo que empezarlas más de una vez a costa de los borrones. Sabía exactamente lo que quería decir, sin embargo. Para Taim, una advertencia sobre trece Aes Sedai y una reiteración de sus órdenes de mantenerse lejos de ellas. Y a Merana una advertencia de diferente naturaleza, más bien una especie de invitación; era absurdo tratar de ocultarse, ya que Alanna podía localizarlo en cualquier lugar del mundo antes o después. No obstante, tendría que ser con sus condiciones, si estaba en su mano conseguirlo.

Cuando finalmente selló las misivas —la presencia de un sello de piedra verde en el que se había cincelado la figura de un dragón mereció por su parte una penetrante mirada a la señora Harfor, quien se la devolvió con la más absoluta indiferencia—, Rand se volvió hacia Nandera.

—¿Tienes a tus veinte Doncellas fuera? —preguntó.

—¿Veinte? —Las cejas de Nandera se enarcaron—. Tu mensaje decía que trajera cuantas quisiera y que tal vez no regresarías aquí. Tengo a quinientas y habría más si no hubiese puesto límite.

Rand se limitó a asentir. En su mente reinaba el silencio a excepción de sus propios pensamientos, pero percibía a Lews Therin dentro del vacío con él, esperando como un muelle tenso. Hasta que tuvo a todos en la cámara de Cairhien tras pasar por el acceso y dejó que la abertura se cerrara, cortando así la vaga sensación de la

presencia de Alanna en algún punto hacia el oeste, Lews Therin no se alejó. Fue como si, agotado de forcejear con Rand, el hombre se hubiese dormido. Por fin Rand cortó el contacto con el *Saidin*, y al hacerlo fue plenamente consciente de lo cansado que estaba él por la constante brega. Se le doblaron las rodillas, y Loial tuvo que llevarlo en brazos a sus aposentos en el Palacio del Sol.

Merana estaba sentada junto a la ventana de la sala, de espaldas a la calle y con la carta de Rand al'Thor sobre su regazo. Sabía el contenido de memoria. Merana, empezaba; nada de Merana Aes Sedai, ni siquiera Merana Sedai.

«Merana:

»Un amigo mío me dijo en una ocasión que en la mayoría de los juegos de dados el número trece se consideraba casi tan funesto como sacar los "Ojos del Oscuro". Yo también creo que el trece es un número aciago. Me marcho a Cairhien. Podéis seguirme del modo que os sea factible con otras cinco hermanas como máximo. De ese modo estaréis en igualdad de condiciones con las emisarias de la Torre Blanca. Me molestaré si intentáis traer más. No volváis a presionarme. Es muy poca la confianza que me resta ya.

»Rand al'Thor
»El Dragón Renacido.»

Al final, había apretado tanto la pluma que casi había traspasado el papel; era como si las dos últimas líneas las hubiese escrito una mano diferente.

Merana permaneció sentada muy quieta, en silencio. No estaba sola. Los restantes miembros de la delegación, si es que aún podía llamarse así, se hallaban sentados en sillas distribuidas alrededor de las paredes y trasluciendo muy distintos estados de ánimo. Lo irritante es que sólo Berenicia se mostraba tan abatida como Merana, las regordetas manos enlazadas en el regazo, la cabeza ligeramente gacha y los serios ojos vigilantes; no decía una palabra a menos que se le hablara directamente. Faeldrin, por el contrario, tenía una posición muy erguida y hablaba cuando deseaba, al igual que Masuri y Rafela. De hecho, Seonid parecía poco menos ansiosa, sentada al borde de la silla y sonriendo a menudo con determinación. Las demás mantenían una actitud semejante a la de Valinde, casi plácida. Estaban todas salvo Verin y Alanna, a las que unos Gaidin habían ido a buscar. Kiruna y Bera, de pie en medio de la sala, hacían que su presencia resultara muy manifiesta.

—Que cualquiera sea capaz de enviar una carta así a una Aes Sedai me asquea. —Kiruna no gritaba, sino que se las ingeniaba para que su voz sonara fría, sosegada y firme al mismo tiempo. Sin embargo, sus oscuros ojos suplían la carencia de fogosidad de su tono—. Demira, ¿tu fuente de información puede confirmar que

al'Thor ha partido hacia Cairhien?

—El Viaje —murmuró Bera con incredulidad—. ¡Y pensar que ha podido descubrir ese Talento!

Las cuentas de colores de las trenzas de Faeldrin tintinearon cuando la mujer asintió.

—No se nos ocurre otra posible explicación. Haremos bien en recordar que tal vez es más poderoso incluso que Logain o que Mazrim Taim, ¿no?

—¿No puede hacerse nada respecto a Taim? —La redonda cara de Rafela, normalmente afable y sosegada, tenía una expresión severa, en tanto que su voz, por lo general suave, sonaba fría—. Hay al menos cien hombres que pueden encauzar, ¡cien!, a poco más de treinta kilómetros de donde estamos ahora.

Kairen asintió resueltamente, pero no dijo nada.

—Eso debe esperar —manifestó con firmeza Kiruna—. ¡Por la Luz y el honor, no sé cuántas hermanas harían falta para encargarse de tantos! En cualquier caso, el asunto importante del que hay que ocuparse es al'Thor. Demira…

La aludida había esperado, por supuesto, a que las otras terminaran de hablar. Con una ligera inclinación de cabeza dijo:

—Sólo sé que se ha marchado, aparentemente con un gran número de Aiel y posiblemente con Perrin Aybara también.

—Lo de Perrin es seguro —añadió Verin, que había entrado en la estancia cuando Demira empezaba a hablar—. Envié a Tomás al campamento de los hombres de Dos Ríos y al parecer mandaron dos hombres a palacio con los caballos de Perrin y de su esposa. Los demás han dejado atrás carretas y servidumbre y ya cabalgan hacia el este tan rápido como les es posible. Siguiendo los estandartes de la cabeza de lobo de Perrin y del Águila Roja de Manetheren. —Una leve sonrisa curvó sus labios como si aquello le pareciera divertido. Obviamente, no era así como lo veía Kairen, que dio un respingo y después apretó los labios formando una tensa línea.

A Merana tampoco le pareció divertido, pero era un detalle insignificante comparado con lo demás, algo así como un ligero tufillo a algo podrido cuando uno está sentado sobre un montón de estiércol; o un perro gruñendo cuando los lobos ya han cerrado las fauces en las faldas de uno. Y pensar que se había preocupado tanto por Verin, manteniendo un pulso con ella. En realidad Verin apenas había cambiado sus propios planes, salvo por inducir a Demira a que sugiriese el desdichado enfrentamiento de ese día. Lo había hecho con gran habilidad; Merana dudaba que nadie salvo una Gris se hubiese percatado de ello. Con todo, ella misma había estado de acuerdo incluso con eso. Hacer frente a al'Thor —intentar hacerle frente— era lo menos que podían hacer. Se había preocupado por Verin y entonces aparecieron Kiruna y Bera, ninguna de ellas atadas a su autoridad y ambas tan fuertes, al menos, como Masuri o Faeldrin o Rafela.

—Eso sí que es un nabo podrido echado al estofado —murmuró Bera sombríamente. Kairen y unas cuantas más asintieron en señal de conformidad.

—Un nabo pequeño —repuso Kiruna en tono seco. A esto casi todas asintieron, salvo Merana y Verin; la primera se limitó a suspirar suavemente, en tanto que la hermana Marrón observaba a Kiruna con aquellos ojos semejantes a los de un pájaro, ladeada la cabeza—. ¿Por qué tarda Alanna? —demandó Kiruna a nadie en particular —. No quiero repetir dos veces todas las cosas.

Merana suponía que era ella quien había dado pie a todo esto, cediendo ante Verin y permitiendo que tomara decisiones. Entonces era todavía la cabeza de la delegación, todavía seguían sus órdenes, incluso Masuri y Rafela y Faeldrin. Pero todas lo sabían. Aún no estaba segura de que Kiruna o Bera hubiesen tomado el mando —que una de ellas hubiese nacido en una granja y la otra en un palacio no tenía ninguna relevancia; eso no tenía nada que ver con ser Aes Sedai— pero de lo que sí estaba segura era de que la embajada se estaba desmoronando a su alrededor. Era el tipo de cosas que nunca habría sucedido si hubiese tenido todo el poder de la Torre y de la Sede Amyrlin respaldándola, y no habría importado el que le hubiese costado treinta años conseguir el chal o que apenas fuese lo bastante fuerte con el Poder para impedir que la desplazaran. Ahora sólo eran un grupo de Aes Sedai situándose en sus posiciones relativas sin pensar.

Como si pronunciar su nombre hubiese sido una invocación, Alanna apareció en el momento en que Bera abría la boca. Ella y Kiruna se echaron sobre la recién llegada al mismo tiempo.

—Al'Thor dice que se ha marchado a Cairhien —espetó Bera sin andarse con rodeos—. ¿Puedes añadir alguna información más?

Alanna les hizo frente orgullosamente, con un brillo peligroso en sus oscuros ojos. Después de todo, estaban hablando de su Guardián.

—Está en alguna parte hacia el este, es todo lo que sé. Podría ser Cairhien.

—Si tenías que vincular a un hombre sin su consentimiento —demandó Kiruna en aquel tono imperioso—, ¿por qué, en nombre de la bendita Luz, no has utilizado ese vínculo para someterlo a tu voluntad? Comparado con lo otro, eso sólo es darle un cachete en la mano.

Alanna no controlaba todavía sus emociones, de modo que sus mejillas se arrebolaron, en parte de cólera a juzgar por el modo en que sus ojos relucían y en parte sin duda por la vergüenza.

—¿Es que nadie te lo ha dicho? —inquirió con excesiva animación—. Supongo que ninguna quiere pensar en ello. Yo, desde luego, no. —Faeldrin y Seonid bajaron la vista al suelo y no fueron las únicas—. Traté de imponerle sometimiento instantes después de vincularlo —continuó Alanna como si no se hubiese dado cuenta de nada —. ¿Has intentado arrancar de cuajo un roble sólo con tus manos, Kiruna? Fue muy

parecido a eso.

La única reacción de Kiruna fue que sus ojos se abrieron lentamente y que respiró hondo, muy despacio.

—Eso es imposible. Imposible —masculló Bera.

Alanna echó la cabeza hacia atrás y rió. El estar puesta en jarras hizo que su risa pareciera despectiva, lo que consiguió que Bera apretara los labios y que en los ojos de Kiruna asomara un brillo gélido. Verin las observaba atentamente, de un modo que a Merana le recordó a un petirrojo mirando unos gusanos. De algún modo, Verin parecía ceder el mando sin hacerlo realmente, aunque Merana no entendía cómo.

—Hasta ahora nadie había vinculado a un hombre capaz de encauzar —dijo Alanna cuando cesaron sus risas—. Quizás eso tenga algo que ver.

—Sea como fuere —adujo firmemente Bera, cuya mirada era igualmente firme—. Sea como fuere. Todavía puedes localizarlo.

—Sí —abundó Kiruna—. Vendrás con nosotras, Alanna.

Alanna parpadeó como si hubiese estado ensimismada y volviera a ser consciente de lo que la rodeaba; inclinó levemente la cabeza en señal de conformidad.

Era el momento, decidió Merana. Si iba a mantener unida a la delegación, ésta era su última oportunidad de hacerlo. Se puso de pie mientras doblaba la carta de al'Thor para tener ocupadas las manos en algo.

—Cuando conduje esta embajada a Caemlyn —empezó, para recordarles a todas que ella era la cabeza de la delegación; gracias a la Luz su voz sonaba firme—, se me dio un gran margen de acción, pero parecía obvio lo que había que hacer, y nosotras —puntualizó, para recordarles que eran una delegación— emprendimos la tarea con bastantes expectativas de llevarla a buen fin. Había que engatusar a al'Thor para sacarlo de Caemlyn a fin de que Elayne pudiera regresar y ser coronada, consiguiendo de ese modo que Andor fuera un firme respaldo para nuestra causa. Había que ganarse poco a poco la confianza de al'Thor, convencerlo de que no le haríamos daño. Y también enseñarle a tener el respeto debido. Dos o tres de nosotras, cuidadosamente seleccionadas, habrían ocupado el lugar de Moraine como consejeras, guiando sus pasos. Incluida Alanna, naturalmente.

—¿Cómo sabes que no mató a Moraine, igual que se dice que mató a Morgase? —la interrumpió Bera.

—Hemos oído toda clase de rumores respecto a su muerte —añadió Kiruna—. Algunos apuntan incluso que murió luchando contra Lanfear. Pero la mayoría la sitúan a solas con al'Thor cuando murió.

Merced a un gran esfuerzo, Merana contuvo las ganas de replicar. Si permitía que aquellos instintos arraigados cobraran forma en palabras, acabarían apoderándose de todas ellas.

—Todo eso estaba controlado cuando vosotras dos aparecisteis —prosiguió—.

Sólo por casualidad, lo sé, y únicamente siguiendo las instrucciones que teníais de encontrarlo, pero lo cierto es que con vosotras nuestro número llegó a trece. ¿Qué hombre de la clase de al'Thor no habría salido huyendo al enterarse de que había trece Aes Sedai reunidas? La pura realidad es que, sea cual sea el daño hecho a nuestros planes, la responsable eres tú, Kiruna, y tú, Bera. —Ya sólo le quedaba esperar. Si había conseguido cierto ascendiente moral…

—¿Has terminado? —inquirió fríamente Bera.

Kiruna fue aun más directa: se volvió hacia las demás sin molestarse en contestar.

—Faeldrin, vendrás con nosotras a Cairhien, si quieres. Y vosotras también, Masuri, Rafela.

Merana tembló de rabia y arrugó la carta en su puño crispado.

—¿Es que no os dais cuenta? —gritó—. Habláis como si pudiésemos continuar como antes, como si no hubiese cambiado nada. Hay una embajada de Elaida en Cairhien, de la Torre Blanca. Así es como al'Thor debe de verlo. ¡Lo necesitamos más que él a nosotras, y me temo que lo sabe!

Durante un instante la conmoción asomó a todos los rostros salvo al de Verin, que se limitó a asentir pensativamente al tiempo que esbozaba una sonrisita enigmática. Durante un instante, en casi todos los semblantes los ojos se abrieron de par en par, estupefactos. Las palabras de Merana parecían resonar en el aire: «Lo necesitamos más que él a nosotras». No precisaban los Tres Juramentos para saber que era cierto.

—Siéntate, Merana, y haz el favor de tranquilizarte —dijo entonces Bera con una gran firmeza.

Merana se sentó antes de ser consciente de haberlo hecho; todavía temblaba, todavía tenía ganas de gritar, pero se sentó aferrando con las manos crispadas la misiva de al'Thor. Kiruna le dio la espalda deliberadamente.

—Seonid, tú vendrás, por supuesto. Otro par de Gaidin siempre vienen bien. Y Verin, creo. —Verin asintió como si fuera una petición, no una orden—. Demira, sé que tienes motivo de queja y que has sido agraviada por él, pero no queremos asustar a ese hombre otra vez, además de que alguien debe conducir a esa extraordinaria colección de muchachas de Dos Ríos hasta Salidar. Tú, Valinde, Kairen y Berenicia, debéis ayudar a Merana en esa tarea.

Las otras cuatro nombradas musitaron su aquiescencia sin la menor vacilación, pero Merana sintió frío. La delegación no se estaba desmoronando: se había hecho pedazos.

—Yo… —Calló cuando Bera volvió la mirada hacia ella, al igual que Kiruna. Y también Masuri y Faeldrin y Rafela. Hecha añicos y, con ella, su autoridad—. Quizás os vendría bien la presencia de una Gris —dijo débilmente—. Sin duda habrá negociaciones y… —De nuevo le faltaron las palabras. Esto jamás habría ocurrido si la Torre hubiese estado intacta.

—De acuerdo —accedió finalmente Bera, aunque con un tono que Merana tuvo que hacer un alarde de control para impedir que sus mejillas se encendieran de vergüenza.

—Demira, tú te encargarás de conducir a las chicas a Salidar —decidió Kiruna.

Merana se quedó sentada muy quieta. Rezó para que la Antecámara hubiese elegido ya una Amyrlin. Alguien de gran fortaleza, tanto con el Poder como en su corazón. Haría falta otra Deane, otra Rashima, para conseguir que fueran lo que habían sido. Rezó para que Alanna las condujera hasta al'Thor antes de que éste decidiera reconocer la autoridad de Elaida, porque, en tal caso, ni siquiera otra Rashima las salvaría.

50



Espinas

Rand pasó el resto del día en sus aposentos en el Palacio del Sol, casi todo el tiempo tumbado en la cama, un inmenso lecho con cuatro postes cuadrados de madera negra, más gruesos que su pierna y pulidos hasta hacerlos brillar entre las incrustaciones de marfil en forma de cuña. Como para crear un contraste con la profusión de dorado de la antecámara y la sala de estar, los muebles del dormitorio eran todos de madera negra y marfil, aunque de líneas igualmente angulosas.

Sulin no dejaba de entrar y salir, mullendo las almohadas de plumas, ajustando las ropas del lecho sobre él, rezongando que las mantas en el suelo eran más sanas, llevándole té de menta que Rand no había pedido y ponche que no le apetecía; hasta que le ordenó que lo dejara en paz.

—Como ordene mi señor Dragón —gruñó la mujer al tiempo que esbozaba una dulce sonrisa. Hizo su segunda reverencia perfecta, pero salió como si tuviera intención de no abrir la puerta y pasar a través de ella.

Min también estuvo haciéndole compañía, sentada al borde de la cama, agarrándole una mano y con el entrecejo tan fruncido que Rand sospechó que la joven creía que se estaba muriendo. Finalmente, también le mandó salir; se levantó y se puso una bata de seda gris oscuro que había permanecido en el armario hasta el momento, sin que la utilizara nunca. También encontró otra cosa al fondo del armario: un estuche estrecho, de madera lisa, que guardaba una flauta, un regalo que Thom Merrilin le había hecho lo que ahora le parecía toda una vida atrás. Se sentó junto a uno de los estrechos ventanales e intentó tocarla. Después de tanto tiempo, al principio sólo consiguió sacar del instrumento más notas chirriantes y silencios que otra cosa. Fueron esos sonidos extraños los que hicieron que Min entrara de nuevo.

—Toca para mí —pidió, riendo con deleite o, tal vez, con sorpresa. Y, naturalmente, se sentó en sus rodillas mientras él intentaba, con escaso éxito, interpretar algo que tuviera cierto parecido con una tonada.

Y así fue como los sorprendieron las Sabias —Amys, Bair, Sorilea y alrededor de otras doce más— cuando entraron sin llamar. Min se levantó rápidamente y se sonrojó al tiempo que se daba tirones de la chaqueta para enderezarla de un modo que

cualquiera habría pensado que habían estado luchando. Bair y Sorilea llegaron junto a Rand antes de que éste tuviera tiempo de pronunciar una sola palabra.

—Mira a la izquierda —ordenó Sorilea al tiempo que tiraba hacia arriba del párpado de Rand y acercaba su curtido rostro para escudriñarle el ojo—. Mira a la derecha.

—Tu pulso es demasiado rápido —rezongó Bair, cuyos huesudos dedos estaban apoyados contra un lado de su cuello.

Por lo visto Nandera había enviado a una Doncella corriendo tan pronto como se le habían doblado las rodillas. Y al parecer Sorilea había espantado a todo un ejército de Sabias que trataban de entrar en palacio, reduciendo el grupo a esta horda más pequeña. Y por lo visto ni que fuera Sorilea ni que no, todas querían tener su turno con el *Car'a'carn*. Cuando ella y Bair hubieron acabado, fueron reemplazadas por Amys y por Colinda, una mujer delgada de penetrantes ojos grises que parecía cercana a la edad madura pero que tenía una presencia casi tan imponente como Sorilea. Claro que también la tenía Amys; y muchas otras. Lo tantearon, lo examinaron, le hurgaron, lo llamaron testarudo cuando se negó a dar brincos. Realmente parecían pensar que lo haría.

Min no escapó a su escrutinio; mientras unas Sabias hacían su turno con él, otras la rodeaban a ella haciéndole un montón de preguntas sobre sus visiones. Por decirlo de algún modo, su actitud hizo que se le desorbitaran los ojos y que las mirara fijamente a ellas y a Rand como preguntándose si le estaban leyendo la mente. Amys y Bair se lo explicaron —Melaine había sido incapaz de guardar en secreto lo de sus hijas— y en lugar de desorbitársele más, lo que probablemente era imposible en ese punto, los ojos de Min parecieron a punto de salirse de las cuencas. Incluso Sorilea parecía aceptar el punto de vista de Melaine respecto a que la habilidad de Min la convertía de alguna forma en una igual. Sin embargo, y siendo como eran las Sabias —más o menos como ocurría con las Aes Sedai— tuvo que repetirlo todo casi tantas veces como Sabias había presentes, porque las que se ocupaban de Rand haciendo aspavientos en un momento u otro querían asegurarse de no haberse perdido nada.

Una vez que Sorilea y las demás llegaron a la conclusión, aunque a regañadientes, de que lo único que necesitaba era descansar y se marcharon después de ordenarle que hiciera reposo, Min volvió a instalarse cómodamente en su regazo.

—¿Hablan en los sueños? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Parece imposible, como algo sacado de un cuento. —Su frente se arrugó—. ¿Qué edad crees que tiene Sorilea? Y esa Colinda. Vi… No. No tiene nada que ver contigo. Tal vez el calor me está afectando. Cuando sé, siempre sé. Tiene que ser el calor. —Un brillo travieso asomó a sus ojos y la joven se acercó lentamente, frunciendo los labios como si pidiera un beso—. Si los pones así —murmuró cuando casi tocaban los de Rand—, podría servirte de ayuda. Había trozos en esa última pieza que casi sonaban como *El*

gallo en el árbol del caucho.

A Rand le costó unos segundos entender, con los ojos de la muchacha llenando su campo visual, y, cuando por fin lo hizo, su cara debió de ser todo un espectáculo, porque Min estalló en carcajadas contra su pecho.

Al cabo de un rato llegó una nota de Coiren interesándose por su salud, manifestando su deseo de que no estuviese enfermo y preguntando si podía ir a verlo con otras dos hermanas; se ofrecía a utilizar la Curación si él quería. Lews Therin rebulló como si despertara de un sueño mientras Rand leía la nota, pero su vago rezongo de descontento apenas significaba una mínima parte del estallido de rabia de Caemlyn y pareció volver a dormirse cuando Rand dejó a un lado la breve misiva.

Era un brusco contraste con el comportamiento de Merana. Y un recordatorio de que en el Palacio del Sol no ocurría nada que Coiren no supiera de pe a pa antes de ponerse el sol, si no más pronto. Respondió agradeciendo su interés con educación y rechazando su oferta con educación. Aunque se hubiese levantado de la cama, seguía estando cansado y quería tener su mente totalmente despierta y alerta cuando se reuniera con cualquier Aes Sedai. Eso era parte del juego.

En la misma nota de respuesta Rand también había pedido a Gawyn que lo visitara. Sólo había visto una vez al hermano de Elayne, pero le caía bien. Gawyn no había acudido, sin embargo, ni respondió a su invitación. Tristemente, Rand llegó a la conclusión de que Gawyn creía los cuentos que corrían de que había matado a su madre. Ésa era la clase de cosa que difícilmente se le podía pedir a un hombre que no creyera. Lo ponía de un humor tan pésimo cuando lo pensaba que hasta Min parecía perder la esperanza de alegrarlo; ni Perrin ni Loial se quedaban junto a él cuando estaba así.

Tres días después llegó otra petición de Coiren, igualmente cortés, y una tercera otros tres días más tarde, pero Rand también puso excusas a ésas. En parte era por Alanna. La sensación era todavía lejana y vaga, pero la mujer se iba acercando más y más a cada hora que pasaba. Ello no le sorprendía; había estado seguro de que entre las seis que elegiría Merana una de ellas sería Alanna. No estaba dispuesto a permitir que ésta se acercara a menos de un kilómetro de él o, como poco, no al alcance de la vista, pero había dicho que las pondría en igualdad de condiciones con Coiren y lo había dicho en serio. De modo que Coiren habría de tener paciencia durante un tiempo. Además, estaba ocupado, de un modo u otro.

La visita, que él esperaba rápida, a la escuela de lo que en tiempos había sido el palacio de Barthanes, resultó no ser tan rápida. Idrien Tarsin lo esperaba de nuevo en la puerta para mostrarle todo tipo de inventos y descubrimientos, a menudo incomprensibles, así como los talleres donde ahora se fabricaban nuevos arados, cosechadoras y rastras para su venta, pero el problema fue Herid Fel. O tal vez Min. Fel se quedaba absorto en sus reflexiones como siempre, dejando frases a medias, y

obviamente olvidando la presencia de Min. Esto le ocurrió muchas veces. Pero tan pronto como Rand conseguía encaminar de nuevo las ideas del hombre al asunto del que hablaban, entonces Fel reparaba de repente en ella, por primera vez de nuevo, y daba un respingo. Se disculpaba constantemente por la pipa a medio fumar que seguía sin acordarse de encender, se sacudía constantemente ceniza de su prominente estómago, se atusaba constantemente el cabello canoso. Min parecía divertirse con la situación, aunque Rand no se explicaba que a la joven le resultara gracioso que Fel se olvidara de ella una y otra vez. Incluso lo besó en la coronilla cuando ella y Rand se levantaron para marcharse, cosa que dejó de una pieza al hombre. Todo ello no contribuyó precisamente a conseguir una explicación comprensible de lo que Fel había descubierto sobre los Sellos de la prisión del Oscuro o sobre la Última Batalla.

Al día siguiente llegó una nota con las palabras apretujadas en la esquina arrancada de un pergamino:

> *«El convencimiento y el orden procuran fortaleza. Hay que limpiar los escombros antes de poder construir. Lo explicaré la próxima vez que nos veamos. Que no venga la chica. Demasiado bonita.*
>
> *»Fel.»*

Eran garabatos escritos con precipitación, la firma estaba comprimida en la misma punta del trozo de papel y lo que decía no tenía sentido para Rand. Cuando intentó reunirse de nuevo con Fel, sin embargo, se encontró con que, al parecer, el hombre le había dicho a Idrien que volvía a sentirse joven y que se iba a pescar. En plena sequía. Rand se preguntó si finalmente había perdido la chaveta. Ni que decir tiene que a Min la nota le pareció divertida; preguntó si podía quedarse con ella y Rand la sorprendió varias veces mirándola y sonriendo.

Chiflado o cuerdo, Rand decidió que Min no lo acompañaría la próxima vez, aunque, para no faltar a la verdad, lo difícil era tenerla a su lado cuando deseaba su compañía. La joven parecía pasar más tiempo con las Sabias que con él. No entendía por qué lo irritaba tanto eso, pero se dio cuenta de que tendía a hablar de mala manera a la gente cuando Min se encontraba en las tiendas. No obstante, era mejor que no pasara demasiado tiempo junto a él. La gente repararía en ello. Hablaría, haría suposiciones. En Cairhien, hasta la servidumbre participaba en su propia versión del Juego de las Casas, y sería peligroso para ella el que la gente se preguntara si era importante. Mejor que no estuviera. Procuró no hablar con brusquedad a los demás.

Para lo que quería a Min, naturalmente, era para vislumbrar halos o imágenes en los nobles que empezaron a acudir ante él de uno en uno, interesándose por su salud —la flojedad de rodillas debía de haber dado pie a muchos rumores— sonriendo, preguntando cuánto tiempo tenía pensado quedarse esta vez, qué planes tenía si se les

permitía preguntarlo, sonriendo más, siempre sonriendo. El único que no sonrió tan obsequiosamente fue Dobraine, que seguía llevando afeitada la parte delantera de la cabeza como un soldado y las franjas horizontales de su chaqueta desgastadas por el peto que no llevaba puesto en palacio; Dobraine se mostró tan sombrío mientras hacía exactamente las mismas preguntas que todos que Rand casi se alegró más de verlo marchar a él que a cualquiera de los otros.

Min se las arregló para estar presente en esas audiencias, buscando un hueco para ello entre lo que quiera que estuviese haciendo con las Sabias; Rand no pensaba preguntarle. El problema estaba en ocultarla, que pasara inadvertida a los nobles.

—Podría fingir que soy tu amiguita de turno —rió Min—. Me enroscaría sobre ti y te daría de comer uvas. Bueno, pasas, porque no he visto uvas desde hace algún tiempo. Y tú podrías llamarme tu dulce boquita de piñón. Así no le extrañaría a nadie que estuviese allí.

—No —espetó bruscamente.

—¿De verdad crees que los Renegados se me echarían encima sólo por eso? —inquirió ella, repentinamente seria.

—Es posible —le contestó con igual seriedad—. Un Amigo Siniestro como Padan Fain lo haría, si es que aún vive. No correré ese riesgo, Min. En cualquier caso, no daré pie a que estos cairhieninos de mentes sucias piensen eso de ti. Y tampoco los tearianos. —Con los Aiel era distinto; consideraban divertidas las chanzas de la joven. Realmente graciosas.

Desde luego Min era variable. Pasó de la solemnidad a estar radiante sin punto intermedio, toda sonrisas que se sucedían sin interrupción. Hasta que empezaron las audiencias.

La idea de colocar un biombo de calados y dorados en un rincón de la antesala resultó un completo fracaso. Los oscuros y relucientes ojos de Maringil evitaron con tanto empeño mirar hacia allí que Rand tuvo la certeza de que el hombre pondría patas arriba el palacio para descubrir quién o qué se escondía detrás. La sala de estar tuvo mejores resultados, con Min atisbando la antesala a través de la rendija de las puertas, pero no todos mostraron halos o imágenes durante su audiencia con él y lo que vio, tanto allí como al ir caminando por los pasillos, era funesto: Maringil, canoso, delgado como una cuchilla y frío como el hielo, iba a morir de una cuchillada; Colavaere, cuyo hermoso rostro se mostraba sosegado y circunspecto una vez que supo que Aviendha no acompañaba a Rand en esta ocasión, moriría ahorcada; Meilan, con su barba puntiaguda y voz untuosa, moriría envenenado; el futuro iba a cobrarse muchas víctimas entre los Grandes Señores de Tear. Aracome, Maraconn y Gueyam también iban a tener una muerte violenta, en batalla, creía Min. Dijo que nunca había visto tantas muertes en un grupo de personas.

Para cuando vio la sangre cubriendo el ancho rostro de Gueyam, durante su

quinto día de estancia en Cairhien, la joven se sentía tan revuelta por la idea que Rand la obligó a acostarse y encargó a Sulin que le pusiera paños húmedos en la frente. En esta ocasión fue él quien se sentó al borde de la cama y le sostuvo la mano. Ella mantuvo la suya apretando con gran fuerza.

Sin embargo, no renunció a las bromas. Había dos situaciones en las que tenía la absoluta seguridad de que estaría allí, y eran cuando hacía prácticas con la espada, ensayando los ejercicios con cuatro o cinco de los mejores soldados que pudo encontrar entre tearianos y cairhieninos, y cuando Rhuarc o Gaul y él practicaban la lucha cuerpo a cuerpo intentando derribarse el uno al otro o asestarse patadas en la cabeza. Min, inevitablemente, le pasaba los dedos por el pecho desnudo y hacía alguna broma sobre pastores que no sudaban porque estaban acostumbrados a tener un vello tan tupido como la lana de sus ovejas, o cualquier otra chanza por el estilo. A veces le tocaba la cicatriz tierna del costado que nunca acababa de curar, aquel círculo de pálida carne rosada, pero lo hacía de manera diferente, con suavidad; jamás gastaba bromas sobre eso. Le pellizcaba el trasero, lo que sorprendentemente solía hacer cuando había gente delante. Las Doncellas y las Sabias se desternillaban de risa cada vez que él daba un brinco al sentir el pellizco; Sulin parecía a punto de reventar por el esfuerzo de no prorrumpir en carcajadas. Y se acurrucaba en su regazo y lo besaba en cuanto se le presentaba la ocasión; incluso lo amenazó con ir a frotarle la espalda en el baño una de esas noches. Cuando él fingió llorar y balbucir protestas, Min se echó a reír y dijo que con eso no bastaba.

La joven ponía fin rápidamente a estas escenas si una Doncella asomaba la cabeza por la puerta para anunciar a alguien, en especial si era Loial, que nunca se quedaba mucho rato y que hablaba sobre la Biblioteca Real todo el tiempo; o Perrin, cuyas visitas eran aun más breves y quien, por alguna razón, parecía estar cada vez más cansado. Sobre todo, Min se levantaba de sus rodillas de un salto cuando Faile venía con el uno o el otro. Las dos ocasiones en que ocurrió tal cosa, Min cogió velozmente uno de los libros que Rand tenía en el dormitorio y, tomando asiento, fingió que leía, abriéndolo por la mitad como si hubiese estado enfrascada en el libro desde hacía tiempo. Rand no entendía las frías miradas que intercambiaban las dos mujeres. No era precisamente animosidad; ni siquiera antipatía. Pero Rand sospechaba que si cualquiera de las dos hiciese una lista con los nombres de las personas con quienes no pasaría un rato, el de la otra ocuparía un lugar prominente en esa relación.

Lo divertido del asunto fue que, en la segunda de esas ocasiones, el libro en cuestión resultó ser el primer volumen, forrado en piel, de *Ensayos sobre la razón*, de Daria Gahand, cuya lectura le estaba resultando pesada y que iba a devolver a la biblioteca la próxima vez que Loial se pasara a verlo. De hecho, Min siguió leyendo durante un rato después de que Faile se hubo marchado y, a pesar de todos sus rezongos entre dientes y fruncidos de ceño, esa noche se lo llevó a su cuarto, en las

dependencias de invitados.

Si entre Min y Faile había un frío desinterés, decir que entre Min y Berelain había animosidad era quedarse corto. Cuando Somara anunció a la Principal la segunda tarde de su estancia en Cairhien, Rand se puso la chaqueta, salió a la antesala y tomó asiento en el sillón dorado del estrado antes de decirle a Somara que la hiciera pasar. Min, por su parte, se dirigió con parsimonia a la cámara. Berelain entró, tan hermosa como de costumbre, con un vestido de color azul pastel y un escote tan bajo como siempre; su mirada cayó sobre Min, que llevaba la chaqueta y las polainas rosa pálido. Durante unos largos instantes fue como si Rand no existiera. Berelain miró a Min de arriba abajo descaradamente. Min se olvidó de ir a la cámara; se puso en jarras y se quedó plantada allí con una rodilla doblada, estudiando a Berelain con idéntico descaro. Se sonrieron; Rand sintió que el pelo se le ponía de punta cuando hicieron aquello. Le recordaban a dos gatas desconocidas que acaban de descubrir que se han quedado encerradas en un cuarto pequeño. Decidiendo aparentemente que ya no tenía sentido esconderse, Min caminó a través de la antesala —contonearse sería un término más adecuado; ¡pero si en comparación los andares de Berelain parecían varoniles!— y se sentó con una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra, todavía sonriendo. ¡Luz, y cómo sonreían esas mujeres!

Finalmente Berelain se volvió hacia Rand extendiendo los vuelos de la falda y haciendo una profunda reverencia. Rand oyó a Lews Therin ronronear dentro de su cabeza, disfrutando del espectáculo de una bellísima mujer que mostraba más que generosamente sus encantos. También Rand apreció lo que veía a despecho de estar preguntándose si no debería desviar la mirada al menos hasta que la mujer se incorporara de nuevo, pero si se había sentado en el estrado era porque tenía una razón. Trató de que su voz sonara razonable y firme por igual.

—Rhuarc dejó escapar que estabais descuidando vuestros deberes, Berelain. Al parecer permanecisteis retirada en vuestros aposentos durante días después de mi última visita. Tengo entendido que tuvo que hablar seriamente con vos para haceros salir de allí. —En realidad Rhuarc no había dicho exactamente eso, pero era la impresión que daban sus palabras. Las mejillas de la mujer se pusieron rojas como la grana, sugiriendo que Rand había dado en el clavo—. Sabéis la razón de que seáis vos quien está a cargo aquí y no él. Se supone que debéis escuchar sus consejos, no dejarlo todo en sus manos. Lo último que necesito en este momento es que los cairhieninos se rebelen porque crean que he designado a un Aiel para gobernarlos.

—Yo… estaba preocupada, milord Dragón. —A despecho de la vacilación en su voz y el enrojecimiento de sus mejillas, su voz sonaba serena—. Desde que llegaron las Aes Sedai los rumores han brotado como las malas hierbas. ¿Puedo preguntar quién os proponéis que gobierne aquí?

—Elayne Trakand, la heredera del trono de Andor. La reina de Andor, ahora. —

O, al menos, muy pronto—. Ignoro a qué rumores os referís, pero vos ocupaos de poner orden en Cairhien y dejad que yo me preocupe por las Aes Sedai. Elayne os agradecerá la labor que hayáis hecho aquí.

Por alguna razón, Min aspiró sonoramente el aire por la nariz.

—Es una buena elección —manifestó pensativamente Berelain—. Los cairhieninos la aceptarán, creo, y puede que también lo hagan los rebeldes de las colinas. —Aquélla era una buena noticia; Berelain era astuta para juzgar las corrientes políticas, tan buena como cualquier cairhienino. La mujer respiró hondo, consiguiendo que el ronroneo de Lews Therin cesara—. En cuanto a las Aes Sedai… Según los rumores han venido para escoltaros a la Torre Blanca.

—Y yo repito que dejéis el tema de las Aes Sedai en mis manos. —No es que no se fiara de ella; le había confiado la regencia de Cairhien hasta que Elayne ocupara el Trono del Sol, e incluso confiaba lo bastante para creer que no albergaba ambiciones de querer el trono para sí misma. Aun así, también sabía que cuantas menos personas estuviesen al tanto de que tenía algún plan respecto a las Aes Sedai, menos posibilidades habría de que Coiren se enterara de que veía más allá del oro y las joyas que le había ofrecido.

Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de Berelain, Min volvió a aspirar sonoramente por la nariz. De hecho, esta vez fue más un resoplido desdeñoso.

—Me pregunto por qué se molesta en llevar ropa encima. En fin, sufrirá un desaire antes o después. No vi nada de utilidad para ti, sólo un hombre de blanco del que se enamorará locamente. ¡Algunas mujeres no tienen pizca de vergüenza!

Esa misma tarde, le pidió dinero para hacerse ropa ya que había salido de Caemlyn con lo puesto; a poco tenía todo un cuarto lleno de modistas que empezaron a hacer un montón de chaquetas y polainas y blusas en sedas y brocados de todos los colores. Algunas de las blusas tenían un escote muy bajo, aun cuando fueran debajo de la chaqueta, y algunas de las polainas eran tan ajustadas que Rand no entendía cómo podía meterse en ellas. También practicaba el lanzamiento de cuchillos a diario. Una vez vio a Nandera y Enaila enseñándole la lucha con manos y pies, que difería bastante del modo en que lo hacían los hombres; a las Doncellas no les gustaba que él estuviera mirando y rehusaron continuar hasta que se marchó. Quizá Perrin, con su experiencia, entendía todo aquel lío, pero Rand decidió por enésima vez que él no comprendía a las mujeres y que jamás lo haría.

A diario Rhuarc acudía a los aposentos de Rand o éste iba al estudio que el Aiel compartía con Berelain. A Rand lo complació ver a la mujer trabajando de firme con informes de cargamentos de cereales y reasentamientos de refugiados y reparaciones de los daños sufridos durante lo que algunos cairhieninos habían dado en llamar la Segunda Guerra de Aiel. Rhuarc afirmaba haber decidido pasar por alto lo que él denominaba el juego cairhienino a imitación del *ji'e'toh*, aunque todavía rezongaba

cada vez que veía a una cairhienina con una espada o a jóvenes de ambos sexos vestidos de blanco. Aparentemente los rebeldes continuaban a la expectativa en las colinas, incrementando su número, pero tampoco ellos le quitaban el sueño. Los que sí le preocupaban eran los Shaido y cuántas lanzas seguían desplazándose hacia el sur a diario, de camino a Tear. Los exploradores, aquellos que lograban regresar, informaban que había agitación en los campamentos Shaido de La Daga del Verdugo de la Humanidad. No había indicios de en qué dirección se proponían ir ni cuándo. Rhuarc mencionó el número de Aiel que todavía cedían al marasmo y arrojaban sus lanzas, el de los que rehusaban desprenderse de las ropas de *gai'shain* cuando habían cumplido su plazo, y hasta el de aquellos pocos que todavía se dirigían al norte para reunirse con los Shaido; viniendo del jefe de clan era una señal de inquietud. Curiosamente, Sevanna había estado en las tiendas, incluso en la propia ciudad, y se había marchado el día después de que Rand llegara. Rhuarc mencionó esto último sólo de pasada.

—¿No habría sido mejor detenerla? —preguntó Rand—. Rhuarc, sé que se supone que es una Sabia, pero no puede serlo, tal y como yo lo entiendo. No me sorprendería que los Shaido se avinieran a razones al no estar ella.

—Lo dudo —repuso secamente Rhuarc. Estaba sentado en uno de los cojines, apoyado contra la pared del estudio, fumando su pipa—. Amys y las otras intercambian miradas a espaldas de Sevanna, pero la reciben como a una Sabia. Si las Sabias dicen que Sevanna es una de ellas, entonces lo es. Conozco jefes en los que no habría malgastado un odre de agua aunque me hubiera encontrado en medio de diez manantiales, pero seguían siendo jefes.

Rand suspiró y estudió el mapa extendido sobre la mesa. Rhuarc no parecía necesitarlo; sin mirarlo, era capaz de describir cada rasgo del terreno mostrado en el mapa. Berelain estaba sentada en su silla de respaldo alto, al otro lado de la mesa, con las piernas dobladas en el asiento y un montón de papeles sobre el regazo. Sostenía una pluma en la mano y había un tintero en una mesita auxiliar colocada junto a la silla. De vez en cuando miraba a Rand; pero, cuando se encontraba con los ojos de Rhuarc, volvía a agachar la cabeza sobre los informes. Rhuarc fruncía el ceño cuando la miraba, y ella siempre se ponía colorada y tensaba la mandíbula en un gesto testarudo. Rhuarc parecía poner una expresión de reproche, cosa que no tenía sentido. Ahora la mujer se estaba ocupando de sus obligaciones.

—Tendrás que dejar de mandar lanzas hacia el sur —dijo finalmente Rand, bien que no le gustaba dar esa orden. Era vital que Sammael viera el martillo más grande del mundo viniendo hacia él, pero no al precio de tener que expulsar de nuevo a los Shaido de Cairhien—. No se me ocurre otra solución.

Los días pasaban y, de un modo u otro, ocupaban su tiempo. Tuvo lores y ladys tan sonrientes y cordiales entre sí que no le cupo duda de que estaban maquinando

unos contra otros bajo cuerda. Las Sabias le aconsejaban cómo tratar con las Aes Sedai, ya fueran de la Torre o de Salidar; Amys y Bair hablaron de ellas en tales términos que hicieron parecer afables los comentarios de Melaine; Sorilea consiguió que se le helara la sangre. Jóvenes cairhieninos causaron desórdenes callejeros contra la prohibición de Rhuarc de sostener duelos. El jefe Aiel lo solucionó dándoles a probar lo que era realmente ser hecho *gai'shain*; permanecer sentados desnudos bajo el sol todo el día y vigilados enfrió un tanto su ardor, pero Rhuarc no estaba dispuesto a ir contra la costumbre tan lejos como para vestir con los ropajes blancos a unos habitantes de las tierras húmedas, y aquellos a quienes los Escudos Rojos habían capturado de hecho empezaron a fanfarronear sobre el asunto. Rand oyó por casualidad a Selande decirle a otra joven armada con espada y con el cabello recortado, en un tono muy engreído, que ella jamás comprendería verdaderamente el *ji'e'toh* hasta que hubiese sido hecha cautiva por los Aiel. Según ella, exaltaba el espíritu, significara lo que significara tal cosa.

Pero a pesar de los Shaido y los nobles, de las Sabias y de los disturbios, a despecho de preguntarse si Fel iba a regresar algún día de pescar, aquellos días le parecieron… agradables. Refrescantes. Tal vez sólo se debía a que estaba agotado cuando llegó. Y tal vez lo eran simplemente en comparación con las últimas horas pasadas en Caemlyn; empero, parecía que Lews Therin estaba más tranquilo. Rand se encontró disfrutando con las chanzas de Min hasta el punto de que en una o dos ocasiones tuvo que recordarse que sólo eran eso, bromas. Al décimo día de estar en Cairhien pensó que éste no sería un mal modo de pasar el resto de su vida. Claro que sabía de sobra que no podía durar.

Para Perrin aquellos diez días no tuvieron nada de agradables. Enseguida empezó a buscar la compañía de Loial, pero el Ogier había encontrado un paraíso en la Biblioteca Real, donde pasaba gran parte del día. A Perrin le gustaba leer y seguramente habría disfrutado de aquellas estancias aparentemente interminables, llenas de libros hasta los techos abovedados, pero una Aes Sedai frecuentaba aquellas salas; era una mujer esbelta de cabello oscuro que rara vez parecía parpadear. Fingió no reparar en él, pero Perrin no se había fiado gran cosa de las Aes Sedai ni siquiera antes de los acontecimientos de Caemlyn. Negándosele la compañía de Loial durante largas horas, Perrin se dedicó a cazar con Gaul y unas cuantas veces con Rhuarc, a quien había conocido en la Ciudadela y que le caía bien. El problema de Perrin era su esposa. O tal vez era Berelain. O ambas. Si Rand no hubiese estado tan ocupado, Perrin le habría pedido consejo. En un sentido amplio, Rand conocía a las mujeres, pero había cosas de las que un hombre simplemente no podía hablar abiertamente.

Empezó el primer día, cuando llevaban en Cairhien apenas el tiempo suficiente para que les mostraran sus aposentos en el Palacio del Sol. Faile se marchó con Bain y Chiad a explorar y él estaba desnudo de cintura para arriba y aseándose cuando de

repente olió un perfume, no intenso pero fuerte para su olfato, y una cálida voz a su espalda dijo:

—Siempre fui de la opinión que debías de tener una bonita espalda, Perrin.

Él giró sobre sus talones con tanta rapidez que faltó poco para que tirara el lavabo.

—He oído comentar que has venido con… ¿una esposa? —Berelain se encontraba en el umbral de la sala de estar, sonriendo.

Sí, así era; una esposa a la que no le haría ninguna gracia encontrarlo solo y sin camisa con una mujer que llevaba puesto ese vestido. Especialmente si se trataba de la Principal de Mayene. Se metió precipitadamente la camisa por la cabeza, le dijo a Berelain que Faile había salido y que ignoraba cuándo estaría de regreso para recibir visitas, tras lo cual la plantó literalmente en el pasillo lo más deprisa posible sin tener que llegar a cogerla y lanzarla fuera. Creyó que la cosa había acabado ahí; cuando Berelain se marchó, él se las había ingeniado para referirse a Faile como su esposa seis veces en el mismo número de frases y manifestar en dos cuánto la amaba. Ahora Berelain sabía que estaba casado, sabía que amaba a su esposa, y con eso tendría que haber bastado.

Cuando Faile regresó al cabo de un rato, dio dos pasos en el dormitorio y empezó a irradiar efluvios de celos e ira, un olor picante y penetrante como un cuchillo, mezcla que debería haberle hecho sangrar la nariz. Perrin no lo entendía; todavía percibía el perfume de Berelain, pero su sentido del olfato era tan agudo casi como el de un lobo. Sin duda Faile no podía olerlo. Era muy raro. Faile sonrió. De sus labios no salió una sola palabra impropia, se mostró tan amorosa como siempre e incluso más fogosa de lo habitual, abriéndole profundos arañazos en los hombros, cosa que nunca había hecho antes.

Después, mientras examinaba los ensangrentados surcos a la luz de la lámpara, le mordisqueó una oreja, aunque ni mucho menos con suavidad, y se rió.

—En Saldaea —murmuró— hacemos muescas en las orejas de los caballos para marcarlos, pero creo que esto servirá para marcarte a ti.

Y durante todo el tiempo no dejó de exudar aquel efluvio a celos y rabia.

Si las cosas hubiesen acabado ahí, la situación se habría calmado. Los estallidos de celos de Faile podían surgir con la intensidad y rapidez del fuego de una forja aventado por un ventarrón, pero siempre se extinguían tan repentinamente como se habían inflamado una vez que se daba cuenta de que no había motivo. A la mañana siguiente, sin embargo, Perrin la vio hablando con Berelain al fondo del corredor, y ambas sonreían, algo de todo punto incomprensible. Captó lo último que dijo Berelain antes de marcharse:

—Siempre cumplo mis promesas.

Fue un comentario extraño que tuvo como respuesta en Faile la repentina

aparición de aquel acre y punzante efluvio.

Le preguntó a su mujer de qué promesas hablaba Berelain y tal vez cometió un error al hacerlo. Faile parpadeó desconcertada; a veces olvidaba su fino oído.

—Realmente no me acuerdo —dijo—. Es la clase de mujer que hace todo tipo de promesas que no puede cumplir.

Perrin se ganó una segunda «marca» de arañazos en los hombros; ¡y la mañana todavía no estaba mediada!

Berelain empezó a acecharlo. Al principio no lo consideró así. La mujer había coqueteado con él una vez, en la Ciudadela de Tear, de un modo muy superficial, sin ir en serio a su modo de ver, y ahora sabía que estaba casado. Aparentemente sólo se trataba de una serie de encuentros casuales en los pasillos, unas cuantas palabras inofensivas dichas casi de pasada. Pero después de un tiempo Perrin comprendió que o su condición de *ta'veren* estaba influyendo en el azar más allá de lo normal o Berelain estaba arreglando los encuentros «casuales» por improbable que pudiera parecer tal cosa. Intentó convencerse de que era ridículo. Se mofó de sí mismo diciéndose si se creía apuesto como Wil al'Seen. Wil era el único hombre al que había visto que las mujeres perseguían; ciertamente no habían hecho tal cosa con Perrin Aybara. Pero eran demasiados los encuentros casuales.

Siempre lo tocaba. No descaradamente, sólo rozándole la mano con los dedos un momento o posando éstos en su brazo o en su hombro. Apenas perceptible. El tercer día se le ocurrió una idea que hizo que se le pusiera de punta el vello de la nuca: cuando se doma un caballo que nunca ha sido montado, se empieza con ligeros toques hasta que el animal aprende que ese leve roce no va a hacerle daño y aguanta tranquilo bajo la caricia de la mano; después viene el sudadero y después la silla de montar. Embridarlo era siempre lo último.

Perrin empezó a temer el aroma del perfume de Berelain traído por el aire alrededor de una esquina. Empezó a dirigirse en dirección opuesta a esa primera vaharada, pero no podía dedicar cada segundo a estar alerta a ello.

Para empezar, parecía haber un gran número de jovenzuelos cairhieninos, necios y fanfarrones, que entraban y salían de palacio, en su mayor parte mujeres. ¡Mujeres armadas con espadas! Algunos grupos de estos chiflados, hombres o mujeres, se plantaban deliberadamente en su camino con ganas de pelea, pero él los evitaba y se apartaba a un lado; en dos ocasiones tuvo que derribar a un tipo cuando el muy idiota no dejó que los esquivara, insistiendo en ponerse delante de él. Se sintió mal por ello —casi todos los cairhieninos eran considerablemente más pequeños que él— pero uno no debe correr riesgos con un hombre que tiene la mano sobre la empuñadura de la espada. Una vez, una joven hizo eso y, después de que él le quitó el arma, se puso a dar la lata hasta que se la devolvió, cosa que pareció conmocionarla, y después fue tras él gritando que no tenía honor hasta que unas Doncellas se la llevaron hablándole

con ferocidad.

Y, en segundo lugar, la gente sabía que era amigo de Rand. Aun en el caso de que no hubiese llegado como lo hizo, algunos de los Aiel y tearianos lo recordaban de la Ciudadela y se corrió la voz. Lores y ladys que no había visto en su vida se presentaban a sí mismos en los pasillos, y Grandes Señores tearianos que lo habían mirado por encima del hombro en Tear, ahora en Cairhien se dirigían a él como si fuera un viejo amigo. La mayoría olía a miedo y a otra cosa que no sabía identificar. Se dio cuenta de que todos querían lo mismo.

—Me temo que el lord Dragón no siempre recurre a mí para hacerme confidencias, milady —le dijo cortésmente a una mujer de ojos fríos llamada Colavaere—, y cuando lo hace no esperaréis que viole esa confidencia.

La sonrisa de la mujer parecía venir de muy arriba; daba la sensación de que se estaba preguntando qué tal frazada para las rodillas haría su piel si lo despellejaba. Tenía un raro olor, intenso y suave y de algún modo… elevado.

—Realmente no sé qué se propone hacer Rand —le dijo a Meilan. El hombre casi repitió su habitual mirada despectiva, aunque sonreía tanto como Colavaere. También tenía el olor, igualmente fuerte—. Tal vez deberíais preguntarle a él.

—Si lo supiera, desde luego no iría publicándolo por toda la ciudad —le contestó a un hombre de pelo blanco que enseñaba los dientes de un modo que recordaba una comadreja. Para entonces ya se estaba hartando de los intentos de sonsacarle. Maringil también desprendía el olor, hasta la última brizna tan intenso como el de Colavaere o el de Meilan.

Los tres lo tenían mucho más que cualquiera de los otros, un olor peligroso; lo notaba en los huesos, como el resquebrajado pico de una montaña antes de la avalancha.

Entre andar ojo avizor con los necios jóvenes y tener metido en la nariz aquel olor, no habría distinguido el aroma de Berelain hasta que la mujer se había acercado sigilosamente lo suficiente para saltar sobre él. Bueno, en honor a la verdad, Berelain se deslizaba por los pasillos como un cisne en un estanque remansado, pero desde luego la sensación que daba era que le saltaba encima.

Perrin mencionó a Faile tantas veces que perdió la cuenta, pero Berelain no parecía oírlo. Le pidió que parara de una vez y ella le preguntó que a qué se refería. Le dijo que lo dejara en paz, y por toda respuesta tuvo una risa y una palmadita en la mejilla al tiempo que le preguntaba qué era lo que suponía que tenía que dejar de hacer. Y por supuesto tuvo que ser en ese preciso momento cuando Faile salió del pasillo que se cruzaba con el corredor en que estaban ellos y justo un instante antes de que él retrocediera bruscamente. A Faile debió de parecerle que se retiraba porque la había visto. Sin vacilación alguna, Faile giró suavemente sobre sus talones sin alterar el ritmo de su paso en lo más mínimo, ni más rápido ni más lento.

Corrió en pos de ella, la alcanzó y caminó a su lado en medio de un dolido silencio. Difícilmente un hombre podía decir lo que tenía que decir en un sitio donde la gente podía oírlo. Faile mantuvo una agradable sonrisa todo el camino hasta sus aposentos, pero, oh, aquel punzante, espinoso olor…

—Eso no era lo que parecía —dijo tan pronto como se hubo cerrado la puerta a sus espaldas. Ella no dijo una palabra; simplemente enarcó las cejas en una muda pregunta—. En fin, sólo… Berelain me dio palmaditas en la cara… —Seguía sonriendo, pero sus cejas se fruncieron en un gesto sombrío, y entre las espinas se mezcló el efluvio de la ira—. Pero lo hizo y ya está. Yo no la alenté, Faile. Simplemente lo hizo.

Ojalá Faile hubiera dicho algo, pero se limitó a mirarlo fijamente. Perrin imaginó que estaba esperando, pero ¿qué? La respuesta le llegó de sopetón y, como parecía suceder muy a menudo cuando hablaba con ella, fue como si le pusieran un nudo corredizo al cuello.

—Faile, lo siento.

La ira se tornó afilada como una cuchilla.

—Ya veo —repuso fríamente y salió del cuarto.

De modo que había metido la pata, aunque no entendía cómo. Se había disculpado y ni siquiera había hecho nada por lo que tuviera que disculparse.

Esa tarde oyó por casualidad a Bain y a Chiad discutiendo si deberían ayudar a Faile a darle una paliza ¡nada menos! Imposible saber si Faile lo había sugerido —era muy fiera, pero ¿hasta ese punto?—, pero sospechaba que las dos Aiel querían que él las oyera, cosa que lo enfureció. Obviamente, su esposa discutía con ellas asuntos de los dos, cosas que deberían haber quedado entre marido y mujer, lo que lo enfureció aun más. ¿De qué otras facetas de su vida matrimonial charlaba mientras tomaba el té? Esa noche, mientras él la miraba sin salir de su sorpresa, Faile se puso un camisón de gruesa lana a pesar del calor. Cuando intentó besarla en la mejilla, casi con timidez, ella masculló que había tenido un día agotador y se volvió dándole la espalda. Olía a furia, un olor lo bastante intenso para partir una cuchilla a lo largo.

No podía conciliar el sueño con aquel olor, y cuanto más tiempo yacía a su lado, contemplando el techo en la oscuridad, más furioso se ponía. ¿Por qué le hacía esto? ¿Es que no se daba cuenta de que sólo la amaba a ella? ¿Es que no le había demostrado más que de sobra que lo que más deseaba en la vida era tenerla en sus brazos para siempre? ¿Era culpa suya que a una estúpida mujer se le hubiese metido entre ceja y ceja coquetear con él? Lo que debería hacer era tenderla boca abajo en sus rodillas y darle de azotes hasta que le entrara un poco de sentido común. Sólo había hecho eso en una ocasión, cuando ella había pensado que podía darle un puñetazo siempre que se le antojaba para dejar claro su punto de vista. A la larga, le había dolido más a él que a ella; no soportaba la idea de que Faile se sintiera dolida.

Quería hacer las paces con ella. Sólo con ella.

Y por eso tomó la decisión que tomó estando allí tumbado, con las primeras luces del sexto día de estancia en Cairhien colándose por las ventanas. En la Ciudadela, Berelain había coqueteado con una docena de hombres que él supiera; fuera cual fuera la razón que la había llevado a escogerlo como presa, pondría en otro su atención si él no se dejaba ver durante mucho tiempo. Y, una vez que Berelain eligiese a otra víctima, Faile recobraría el sentido común. Parecía sencillo.

De modo que, tan pronto como se puso algo de ropa encima, salió a buscar a Loial y desayunó con él; después lo acompañó a la Biblioteca Real. Cuando vio a la esbelta Aes Sedai y Loial le dijo que estaba allí todos los días —el Ogier se mostraba apocado en presencia de Aes Sedai, pero no le importaba que hubiese cincuenta a su alrededor— Perrin buscó a Gaul y le preguntó si le apetecía ir de caza. No había muchos ciervos ni conejos en las colinas cercanas a la ciudad, por supuesto, y los pocos que quedaban estaban sufriendo las consecuencias de la sequía tanto como las personas, pero aun así el olfato de Perrin los habría conducido hasta todos los que hubiese hecho falta si realmente hubiera ido tras su carne. Ni siquiera encajó una flecha en el arco en todo el tiempo, pero insistió en permanecer fuera hasta que Gaul le preguntó si se proponía cazar murciélagos a la luz de la media luna; a veces Perrin olvidaba que las demás personas no veían de noche tan bien como él. Al día siguiente salió de caza otra vez hasta que estuvo oscuro, y también al otro día.

El problema era que su sencillo plan parecía estar yéndose al garete. La primera noche, cuando regresó al Palacio del Sol con el arco sin encordar echado sobre el hombro, agradablemente cansado de la larga caminata, sólo un golpe de suerte le trajo en el aire el aroma del perfume de Berelain a tiempo de frenarlo antes de entrar en el vestíbulo principal de palacio. Haciendo señas a los Aiel que montaban guardia para que permanecieran callados, Perrin se escabulló hasta una puerta de la servidumbre que tuvo que aporrear hasta que un tipo con ojos soñolientos abrió y lo dejó pasar. A la noche siguiente, Berelain estaba esperando en el pasillo donde estaban sus aposentos; tuvo que esconderse tras la esquina casi la mitad de la noche antes de que ella se diera por vencida. Todas las noches lo estaba esperando en alguna parte, como si pudiera fingir un encuentro casual cuando no había nadie más despierto, salvo unos pocos sirvientes. Era una completa locura; ¿por qué no se había dedicado a perseguir a otro? Y todas las noches, cuando finalmente entraba de puntillas, con las botas quitadas, en el dormitorio, Faile ya dormía con aquel maldito camisón de lana. Mucho antes de la sexta noche sucesiva en vela, estaba dispuesto a admitir que había metido la pata aunque todavía no entendía cómo. El plan había parecido tan condenadamente simple… Lo único que quería era una palabra de Faile, una insinuación de lo que debería decir o hacer. Pero todo lo que obtuvo fue el sonido de sus propios dientes rechinando en medio de la oscuridad.

Al décimo día Rand recibió otra petición de audiencia de Coiren, tan cortésmente redactada como las tres anteriores. Durante un rato estuvo frotando el grueso y suave papel entre el pulgar y el índice, reflexionando. Imposible saber a qué distancia se encontraba Alanna a través de su percepción de la mujer; pero, comparando la intensidad de la sensación el primer día con la de ahora, imaginó que debía de encontrarse a mitad de camino de Cairhien. Si era así, Merana no se estaba demorando. Eso estaba bien; quería que se sintiera ansiosa. Arrepentida, al menos un poco, también vendría bien, pero eso sería tanto como desear la luna; era una Aes Sedai. Otros diez días más hasta que llegaran a Cairhien, si mantenían el mismo paso, y deberían poder hacerlo. Tiempo suficiente para reunirse dos veces más con Coiren, y así habría concedido a cada grupo tres audiencias. Que Merana reflexionara sobre eso cuando llegara. Ninguna ventaja en absoluto a su favor, con la Torre Blanca al otro lado; no tenía por qué saber que antes metería la mano en un nido de víboras que acercarse a la Torre, sobre todo con Elaida como Amyrlin. Otros diez días más; se comería sus botas si antes de otros diez Merana no accedía a ofrecerle el respaldo de Salidar sin tonterías como guiarlo y mostrarle el camino. Entonces, por fin, podría volcar toda su atención en Sammael.

Mientras Rand se sentaba para escribir a Coiren que podía traer a dos de sus hermanas al Palacio del Sol al día siguiente por la tarde, Lews Therin empezó a mascullar de forma audible:

«Sí. Sammael. Matarlo esta vez. A Demandred, a Sammael y a todos ellos. Sí, lo haré esta vez.»

Rand apenas lo oyó.

51



La captura

Rand dejó que Sulin lo ayudara a ponerse la chaqueta por la sencilla razón de que habría tenido que arrancársela literalmente de las manos en caso contrario. Como siempre, intentó ponerle la prenda sin pararse en detalles tales como dónde tenía los brazos. El resultado fue una especie de danza corta en mitad del dormitorio. Lews Therin soltó una risita que denotaba una especie de demente regocijo, justo lo suficientemente alto para oírlo.

«Sammael, oh, sí, pero Demandred primero. Me libraré de él antes que nada, y después Sammael. Oh, sí.» Si hubiese tenido manos, seguro que se las habría estado frotando de alegría. Rand hizo caso omiso.

—Sé respetuoso —mascculló Sulin entre dientes—. No mostraste respeto a esas Aes Sedai en Caemlyn y ya viste lo que pasó. Las Sabias… Las he oído decir cosas que… Debes ser respetuoso. Mi señor Dragón —acabó como si acabara de ocurrírsele.

Por fin Rand consiguió meterse la chaqueta.

—¿Ha llegado Min?

—¿Acaso la ves aquí? Mi señor Dragón. —Quitando imaginarias pelusas de la roja seda, Sulin empezó a abrocharle los botones.

Acabarían antes si dejaba las manos caídas a los costados y le permitía hacerlo.

—Min vendrá cuando venga si es que viene. Sorilea acabará lo que esté haciendo con ella en las tiendas cuando acabe. —De repente alzó los ojos hacia él y lo miró intensamente—. ¿Qué quieres de ella? No creo que te apetezca que alguien te esté pellizcando el culo delante de las Aes Sedai. —Esta tarde no estaba conteniendo la sonrisa—. Mi señor Dragón.

Le costó un esfuerzo no ponerse ceñudo. Todo iba tan bien y ahora esto. Sorilea sabía que quería contar con Min hoy más que en ninguna otra audiencia previa; no había que perder la ocasión de que la joven viera a Coiren y a otras dos emisarias de Elaida. Sorilea había prometido que estaría de vuelta a tiempo. Se retiró otra vez, pero Sulin lo siguió, empeñada en acabar de abrocharle los botones.

—Sulin, quiero que vayas a la tienda de Sorilea. Encuentra a Min y tráela aquí.

Nada de preguntas, Sulin. Hazlo.

La mujer consiguió sonreír y rechinar los dientes al mismo tiempo, un gesto de lo más curioso.

—Como ordene mi señor Dragón. —Una suave reverencia extendió la falda roja y blanca e inclinó su rostro a mitad de camino del suelo.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Rand mientras ella se volvía para marcharse. No era necesario aclarar a qué se refería; la vacilación de Sulin denotó que lo había entendido.

Cuando finalmente habló, lo hizo tranquila y firmemente, sin rezongar en absoluto:

—Hasta que mi vergüenza iguale la suya. —Lo miró directamente a los ojos durante un instante, la misma Sulin de antaño aunque con el pelo más largo, pero enseguida la máscara volvió a aparecer—. Si mi señor Dragón me disculpa, he de correr si quiero llevar a cabo su orden.

Cosa que hizo, remangándose la falda hasta las rodillas y saliendo del cuarto deprisa como el rayo. Rand sacudió la cabeza y se acabó de abotonar la chaqueta él mismo. A decir verdad se sentía bien. Salvo por Min, naturalmente. Sorilea lo había prometido. Min lo había prometido. Una vez que eludiera las inevitables preguntas de Coiren respecto a si había decidido regresar a Tar Valon con ella, iba a hacer que Min se sentara y… No estaba seguro de qué iba a hacer. Pero Alanna estaba un día más cerca. Un rato no muy largo de tener que escuchar a Coiren y después iría a practicar con la espada durante una hora.

«Demandred —gruñó Lews Therin—. ¡Deseaba a Ilyena! —Como siempre, el recuerdo de Ilyena lo redujo a un distante llanto quejumbroso—. ¡Ilyena! ¡Oh, Luz, Ilyena!»

Rand se llevó el Cetro del Dragón a la antesala. Preguntándose a quiénes llevaría consigo Coiren, tomó asiento en el alto sillón colocado en el estrado para no empezar a pasear por la impaciencia. No por las Aes Sedai, sino por Min. Sabía que la necesitaba. Lo sabía.

Por fin una de las puertas se abrió lo suficiente para dejar paso a una mujer, pero era Chiad, no Min.

—Las Aes Sedai están aquí, *Car'a'carn*. —Lo dijo un tanto estirada, insegura todavía con el hecho de que un hombre de las tierras húmedas fuera jefe de jefes y, ya puestos, todavía insegura de verlo como el hijo de una Doncella.

Rand asintió mientras se sentaba erguido y ponía derecho el Cetro del Dragón sobre su rodilla.

—Hazlas pasar.

Iba a hablar seriamente con Min sobre esto. ¡Mira que dedicar todo su tiempo a las Sabias!

Coiren entró deslizándose como un rechoncho y engreído cisne, seguida de Galina y otra mujer de pelo negro como el azabache y ojos duros en su rostro de Aes Sedai. Todas llevaban vestidos de tonalidades grises, elegidos, sospechaba Rand, porque disimulaban el polvo. Para su sorpresa, de nuevo unas sirvientas con ligeros guardapolvos colgados a la espalda entraron detrás de las Aes Sedai, hasta una docena de ellas, acarreando con esfuerzo dos arcones forrados de bronce, ninguno de los cuales era pequeño. Algunas de las mujeres jóvenes lo miraron, pero la mayoría mantenía gacha la cabeza, ya fuera porque estaban concentradas en la pesada carga o tal vez por miedo.

Los labios de Rand estuvieron a punto de curvarse con una sonrisa antes de que pudiera contenerse. Realmente creían que podían comprarlo.

—Lástima que vuestra hermana Verde no esté aquí hoy —dijo Galina.

Los ojos de Rand se desviaron velozmente de las sirvientas a las Aes Sedai. Las tres lo observaban atentamente. ¿Cómo sabían lo de Alanna?

No era el momento para perderse en elucubraciones, sin embargo; casi en el mismo instante sintió un cosquilleo en la piel.

La furia se encendió dentro de él y también en Lews Therin. Rand aferró el *Saidin* casi arrebatándoselo de los dientes a Lews Therin. Una ira abrasadora bramaba en los límites del vacío, así como el desprecio, cuando miró a Coiren, Galina y quienquiera que fuese la tercera. La suave mandíbula redondeada de Coiren mostraba un gesto de determinación; de hecho, las otras dos sonreían, anhelantes, aunque en absoluto de un modo agradable. Eran tan necias como Merana y su pandilla.

El escudo que se deslizó entre él y la Fuente Verdadera fue como el cierre de una compuerta; el fluido del *Saidin* se interrumpió dejando sólo el repugnante residuo de la infección. Aparte de eso, el aire pareció tornarse sólido a su alrededor y desde los tobillos hasta la cabeza su cuerpo estaba petrificado. Aquel escudo hizo que los ojos se le desorbitaran; era imposible. No había tres mujeres capaces de aislarlo de la Fuente una vez que había aferrado el *Saidin*, no a menos que fueran tan fuertes como Semirhage o Mesaana o… Tanteó en busca de la Fuente, arremetió contra aquel invisible muro de piedra, más y más fuerte. Lews Therin bramaba como una bestia, golpeando, lanzando zarpazos frenéticamente. Uno de ellos tenía que ser capaz de llegar al *Saidin*; uno de los dos tenía que ser capaz de romper un escudo mantenido por sólo tres mujeres.

El bloqueo sólo llevaba puesto unos segundos cuando una de las sirvientas se adelantó y se puso junto a Galina y Rand sintió que su rostro se quedaba pálido. Cuatro pares de ojos en cuatro semblantes intemporales lo observaban.

—Es una verdadera lástima que haya sido necesario llegar a esto. —El sosegado tono de Coiren parecía más apropiado para dirigirse a toda una asamblea que a un solo hombre—. Deseaba realmente que vinieras a Tar Valon por tu propia voluntad,

pero era obvio que sólo intentabas darnos largas. Supongo que habrás tenido algún contacto con esas pobres necias que huyeron después de que esa mujer, Sanche, fuera neutralizada. ¿De verdad creías que podían ofrecerte algo? ¿Como fuerza en contra de la Torre Blanca? —De hecho parecía desilusionada con él.

Lo único que Rand podía mover eran los ojos; se desplazaron hacia las sirvientas, muy atareadas alrededor de uno de los arcones. Estaba abierto y estaban sacando una bandeja llana. Algunas de aquellas caras parecían jóvenes, pero las otras… Todas eran Aes Sedai, estaba convencido. Las cinco jóvenes debían de serlo recientemente, lo suficiente para que no se notara en ellas la intemporalidad; cinco para que lo miraran y ahuyentaran sus recelos en tanto que las otras ocultaban el rostro. Quince Aes Sedai. Trece para coligarse y dos para someterlo. Trece para… Lews Therin huyó gritando.

Galina arrebató el Cetro del Dragón de la mano de Rand y sacudió la cabeza.

—Ahora estoy a cargo, Coiren. —No lo miró ni una vez; podría haber sido parte del sillón—. Se acordó que, si se llegaba a este punto, el Ajah Rojo se haría cargo. —Entregó el Cetro del Dragón a la mujer de pelo negro y añadió—: Guarda esto en alguna parte, Katerine. Podría ser un recuerdo divertido para la Amyrlin. El Ajah Rojo. El sudor corrió por el rostro de Rand. Si las Doncellas apostadas fuera entraran ahora… O las Sabias o Sulin o cualquiera que pudiera dar la voz de alarma, poner en pie al palacio. Trece Aes Sedai y el Ajah Rojo a cargo. Si hubiese podido abrir la boca, habría lanzado un aullido de desesperación.

Bain levantó la vista sorprendida cuando las puertas se abrieron —Rand al'Thor había recibido a las Aes Sedai hacía pocos minutos— y en un gesto automático desvió los ojos cuando vio a las sirvientas sacando los arcones. Una de las Aes Sedai de cabellos negros se plantó delante de ella, y Bain se apresuró a incorporarse de donde estaba en cuclillas junto a la puerta. Todavía no sabía qué pensar de las historias que las otras Doncellas le habían contado en Caemlyn, cosas que antes sólo eran conocidas por los jefes y las Sabias, pero los oscuros ojos de esta mujer parecían saber todo sobre cómo habían fallado los Aiel mucho tiempo atrás. Aquellos ojos retuvieron los de Bain hasta que ésta sólo fue vagamente consciente de la otra Aes Sedai de cabello negro plantada delante de Chiad, y apenas advirtió que la de aire pomposo conducía pasillo adelante al resto de las mujeres cargadas con los arcones. Bain se preguntó si la Aes Sedai que tenía delante se propondría matarla por el antiguo fallo de los Aiel. Sin duda habrían empezado a matar antes de ahora si fuese ésa su intención, pero los negros ojos de la mujer relucían con una dureza que parecían presagiar la muerte. Bain no tenía miedo a morir; sólo esperaba disponer de tiempo suficiente para cubrirse con el velo.

—Al parecer el joven maese al'Thor está acostumbrado a ir y venir a Cairhien a

su antojo —le dijo la Aes Sedai en una voz dura como la piedra—. No estamos habituadas a que nadie se desentienda de nosotras de un modo tan grosero. Si regresa a palacio en los próximos días también lo haremos nosotras. Si no… Nuestra paciencia no es infinita.

Dicho esto se alejó, junto con la otra, en pos de las mujeres cargadas con los arcones.

Bain intercambió una rápida mirada con Chiad y ambas penetraron en la antesala apresuradamente.

—¿Qué quieres decir con que no está? —demandó Perrin.

Las orejas de Loial se agitaron en su dirección, pero el Ogier mantuvo los ojos fijos en el tablero de damas con la misma intensidad que Faile. Ésta olía a… Perrin era incapaz de identificar nada en la maraña de efluvios que emanaba de su mujer, pero esa combinación de olores le hacía desear morderse los puños. La respuesta de Nandera fue encogerse de hombros.

—A veces hace eso —comentó la Aiel. Se mostraba tranquila, con los brazos cruzados y el rostro impasible, pero su olor era de irritación, un efluvio ligeramente punzante, como pequeños abrojos—. Se escabulle sin llevar siquiera una Doncella para cubrirle la espalda y en ocasiones está ausente medio día. Cree que no lo sabemos. Pensé que quizá tú sabías dónde estaba.

Algo en su voz le dijo a Perrin que si lo descubría iría tras él.

—No —suspiró—. No tengo la menor idea.

—Presta atención al juego, Loial —murmuró Faile—. A buen seguro no querrás poner esa ficha ahí.

Perrin volvió a suspirar. Había decidido quedarse todo el día al lado de Faile. Tendría que hablar con él antes o después y, además, Berelain lo dejaría en paz si se encontraba con su esposa. En fin, por lo menos la Principal no lo había molestado; pero, tan pronto como Faile comprendió que ese día no saldría de caza otra vez, había pillado a Loial antes de que el Ogier saliera corriendo a la biblioteca y desde entonces estaban jugando partida tras partida de damas. En silencio, a efectos prácticos. Perrin habría deseado saber dónde estaba Rand.

Tendido boca arriba en la cama, Rand contemplaba fijamente las gruesas vigas del sótano sin verlas realmente. El lecho no era grande, pero tenía dos colchones y almohadas de plumas y sábanas de buen lino. Había una silla de aspecto sólido y una pequeña mesa, sencilla pero bien construida. Todavía le dolían los músculos tras haber sido transportado en el interior de uno de los arcones. El Poder lo había doblado con facilidad, la cabeza entre las rodillas; unas cuerdas sencillas habían bastado para hacer de él un paquete.

El ruido de metal chirriando contra metal le hizo volver la cabeza. Galina había utilizado una gran llave para abrir una trampilla practicada en los barrotes de la jaula de hierro, que era lo bastante amplia para que cupieran en ella la cama, la mesa y la silla. Una mujer de cabello gris y rostro arrugado metió los brazos por el hueco para dejar una bandeja cubierta con un paño encima de la mesa y después se retiró rápidamente, casi de un salto.

—Me propongo entregarte en la Torre en un estado de salud razonable —manifestó fríamente Galina mientras volvía a cerrar la trampilla—. Come o serás alimentado a la fuerza.

Rand volvió a clavar los ojos en las vigas del techo. Seis Aes Sedai estaban sentadas en sillas alrededor de la jaula, sustentando el escudo que lo aislaba. Rand mantenía el vacío a su alrededor en caso de que tuvieran un desliz, pero no se lanzaba contra la barrera. Cuando lo habían empujado hacia la jaula para meterlo en ella, lo había hecho; algunas de las mujeres se habían reído, las que se dieron por enteradas. Ahora en cambio tanteó sigilosamente hacia el furioso torrente del *Saidin*, una tormenta de fuego y hielo que continuaba allí, casi a su alcance, justo en el límite de su campo visual. Tanteó hacia la Fuente y sintió el muro invisible cerrándole el acceso a ella; lo recorrió como intentando encontrar una brecha. Lo que halló fue un lugar donde el muro parecía convertirse en seis puntos; también éstos lo frenaron con igual eficacia, pero eran seis, no una única superficie y, definitivamente, eran puntos.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Se había establecido sobre él una gris vacuidad que borraba el sentido del tiempo, que lo sumía en un estado letárgico. Llevaba el tiempo suficiente para tener hambre, pero el vacío convertía las sensaciones en algo distante, y ni siquiera el olor a guisado caliente y pan recién hecho que llegaba de la bandeja tapada despertó su interés. Levantarse le parecía un esfuerzo excesivo. Hasta ahora, doce Aes Sedai habían hecho turnos alrededor de la jaula y ni uno solo de los rostros que había visto antes apareció en el sótano. ¿Cuántas había en la casa? No tenía ni idea de a qué distancia lo habían trasladado dentro del arcón, la mayor parte del tiempo zarandeado en una carreta o carro. ¿Por qué había olvidado el consejo de Moraine? No fiarse jamás de una Aes Sedai, ni un instante, ni un pelo. Seis Aes Sedai encauzando el *Saidar* necesario para mantener el escudo tendría que ser advertido en el exterior por cualquier mujer capaz de encauzar. Sólo hacía falta que Amys, Bair o alguna otra pasaran por la calle y se preguntaran qué ocurría. Ahora tenían que estar pensando que su desaparición había coincidido con la marcha de Coiren de palacio. Todo ello si es que fuera había una calle. Sólo hacía falta que…

Tanteó de nuevo el escudo, suavemente, para que ellas no se diesen cuenta. Seis puntos. Seis puntos blandos de algún modo. Eso tenía que significar algo. Ojalá Lews Therin volviese a hablar, pero el único sonido dentro de su cabeza eran sus propios pensamientos deslizándose a lo largo del vacío. Seis puntos.

Caminando a buen paso por la calle envuelta en la oscuridad, junto a la gran casa de piedra donde se alojaban las Aes Sedai, Sorilea las sintió encauzando todavía, aunque era una sensación débil. Sólo lo percibía débilmente porque ella misma apenas podía encauzar, pero no fue ése el motivo por el que hizo caso omiso. Habían estado encauzando día y noche desde su llegada; ninguna Sabia perdía el tiempo ya preguntándose por qué lo hacían. Sorilea tenía, desde luego, asuntos más importantes en los que pensar ahora. En el palacio de los Asesinos del Árbol las Doncellas estaban empezando a irritarse con Rand al'Thor, rezongando que el *Car'a'carn* iba a tener que dar explicaciones cuando regresara esta vez. Sorilea había vivido muchos más años que cualquiera de esas Doncellas, mucho más que cualquier otra Sabia y, fuera o no débil en el Poder, se sentía inquieta. Como la mayoría de los hombres, Rand al'Thor se marchaba cuando quería y a donde quería —los varones eran como gatos en ese aspecto— pero esta vez, coincidiendo con el momento en que él se había marchado, Min había desaparecido en algún punto entre las tiendas y el palacio. A Sorilea no le gustaban las coincidencias por muchas que concurrieran en torno al *Car'a'carn*. Se arrebujó en el chal al sentir un repentino escalofrío que le llegó a los huesos y apretó el paso en dirección a las tiendas.

52



Tejidos del Poder

Los hombres sentados alrededor de la mesa de la sala común de La Mujer Errante eran en su mayoría lugareños; se los distinguía por los largos chalecos de brillante seda, a menudo brocada, encima de camisas pálidas con mangas amplias. Granates o perlas adornaban los anillos; los pendientes de aro eran de oro, y en los pomos de los cuchillos curvos, metidos en los cinturones, relucían zafiros y opalescentes piedras de la luna. Varios hombres llevaban chaquetas de seda echadas sobre los hombros, con una cadena de plata o de oro ensartada entre las estrechas solapas, que lucían bordados de flores o animales. Eran unas prendas de aspecto extraño —demasiado pequeñas para ponérselas y se notaba que estaban pensadas para llevarlas a guisa de capa— pero quienes las vestían portaban espadas largas y finas además del cuchillo curvo, y parecían bien dispuestos a utilizar cualquiera de las dos armas ya fuese a causa de una palabra o incluso una mirada equivocadas o porque les apeteciese, simplemente.

En conjunto era una concurrencia variada. Había dos mercaderes murandianos, con bigotes enroscados y aquellas ridículas barbitas en el mentón; un domani, con el cabello largo hasta más abajo de los hombros y un fino bigotillo, que lucía un brazalete de oro, un collar ajustado también del mismo metal precioso y un pendiente con una perla enorme en la oreja izquierda; un atezado Atha'an Miere vestido con chaqueta de un vivo color verde, con las manos tatuadas y dos cuchillos metidos en el fajín rojo; un tarabonés con el velo transparente cubriéndole un espeso bigote que casi le tapaba la boca; además de varios forasteros que podían proceder de cualquier lugar. Sin embargo, todos ellos tenían un montón de monedas ante sí, bien que el tamaño variaba. Al encontrarse tan próxima al palacio de Tarasin, La Mujer Errante atraía a clientes con oro para gastar.

Tras agitar los cinco dados en el cubilete de cuero, Mat los lanzó sobre la mesa. Se detuvieron mostrando dos coronas, dos estrellas y una copa. Una tirada aceptable, pero no muy buena. Su suerte tenía altibajos y en aquel momento no era boyante, lo que significaba que ganaba, como mucho, la mitad de las tiradas. Hasta entonces se las había arreglado para perder diez seguidas, algo inusitado en él en cualquier

momento. Los dados pasaron a un forastero de ojos azules, un tipo de rostro estrecho y aire rudo que parecía disponer de dinero de sobra para despilfarrar a pesar de su chaqueta marrón de aspecto sencillo.

Vanin se acercó a Mat y le susurró al oído:

—Han vuelto a salir. Thom dice que todavía no se explica cómo.

Mat le asestó una mirada al grueso hombre que lo hizo enderezarse con más rapidez de lo que cabría esperar de alguien así. Apurando de un trago su copa de ponche frío de melón, Mat dirigió la vista hacia la mesa. ¡Otra vez! El hombre de ojos azules había tirado y, tras rodar sobre el tablero, los dados se detuvieron mostrando tres coronas, una rosa y una vara. Alrededor de la mesa se alzaron murmullos ante la tirada ganadora.

—¡Rayos y centellas! —rezongó Mat—. Lo próximo será que la Hija de las Nueve Lunas entre aquí y me reclame. —El tipo de ojos azules, que celebraba la victoria bebiendo de su copa, se atragantó—. ¿Conocéis ese nombre? —inquirió Mat.

—El ponche se me ha ido por mal sitio —contestó el hombre con un acento suave, arrastrando las palabras, que Mat no reconoció—. ¿Qué nombre dijisteis?

Mat hizo un gesto pacificador; había visto empezar peleas por menos motivos. Guardó sus monedas de oro y plata en la bolsa, metió ésta en el bolsillo de la chaqueta y se levantó.

—Me marcho. Que la Luz brille sobre todos los presentes.

Los que estaban a la mesa respondieron de igual forma, incluso los forasteros. La gente era muy educada en Ebou Dar.

A pesar de que la mañana no estaba mediada, la sala común se encontraba bastante llena y otra partida de dados contribuía con sus risas y gruñidos a dar ambiente a la posada. Dos de los hijos más jóvenes de la señora Anan ayudaban a las camareras sirviendo desayunos tardíos. La propia posadera estaba sentada en la parte posterior de la estancia, cerca de la blanca escalera sin barandilla, vigilándolo todo con atención; la acompañaba una mujer joven y bonita cuyos grandes y negros ojos lucían con un brillo alegre, como si supiera un chiste que nadie más conocía. Su cara era un óvalo perfecto enmarcado por la lustrosa melena negra y el profundo escote a pico de su vestido gris, con cinturón rojo, mostraba una seductora vista. La expresión divertida de sus ojos se acentuó mientras sonreía a Mat.

—Con vuestra suerte, lord Cauthon —dijo la señora Anan—, mi esposo debería preguntaros hacia qué parte debe mandar sus barcos de pesca. —Por alguna razón, su tono sonaba seco.

Mat aceptó el título sin pestañear. En Ebou Dar, pocos desafiarían a un noble salvo otro noble; era un simple asunto de cálculo para él. Había muchos menos lores que plebeyos, lo que significaba menos oportunidades de que alguien intentara clavarle un cuchillo. Aun así, había tenido que partir tres cabezas en los últimos diez

días.

—Me temo que mi suerte no funciona con ese tipo de cosas, señora.

Olver pareció surgir de repente a su lado.

—¿Vamos a las carreras de caballos, Mat? —pidió con ansiedad.

Frielle, la hija mediana de la señora Anan, se acercó casi corriendo para agarrar al chico por los hombros.

—Perdón, lord Cauthon —dijo con nerviosismo—. Se me escapó. La Luz sabe que lo hizo.

Casi en vísperas de casarse —de hecho, el ajustado collar para el cuchillo de esponsales ceñía ya su esbelta garganta— se había ofrecido voluntaria para cuidar de Olver mientras comentaba entre risas lo mucho que deseaba tener seis hijos propios. Mat sospechaba que la joven estaba empezando a soñar con tener hijas.

Nalesean, que bajaba la escalera, fue el destinatario de una intensa mirada de Mat, lo bastante dura para que el teariano se parara en los peldaños. Era él quien había apuntado a *Viento* en dos carreras con Olver como jinete —aquí eran los chicos los que montaban en las competiciones—, sin que él supiese una palabra de todo ello hasta después de que todo hubo acabado. El hecho de que *Viento* hubiese resultado ser tan veloz como su nombre había empeorado las cosas. Dos victorias habían despertado en Olver el deseo de más.

—No es culpa vuestra, señora —le contestó Mat a Frielle—. Metedlo en un barril si no tenéis más remedio y hacedlo con mis bendiciones.

Olver le asestó una mirada acusadora, pero al cabo de un momento giró rápidamente para dedicarle a Frielle una sonrisa insolente que había aprendido a saber dónde. El gesto resultaba chocante con sus grandes orejas y amplia boca; jamás llegaría a ser un jovencito atractivo.

—Me quedaré sentado, en silencio, si puedo miraros a los ojos. Tenéis unos ojos bellísimos —piropeó a la joven.

Frielle se parecía mucho a su madre, y no sólo en el físico. Se echó a reír dulcemente y le dio una afectuosa palmadita debajo de la barbilla, con lo que consiguió que el chico enrojeciera. La señora Anan y la mujer joven de grandes ojos sonrieron sin levantar la vista de la mesa.

Mat sacudió la cabeza y empezó a subir la escalera. Tenía que hablar con Olver. No podía sonreír de ese modo a todas las mujeres que veía. ¡Y decirle a una mujer que tenía unos ojos bellísimos! ¡A su edad! ¿Dónde habría aprendido esas cosas?

—Se han escabullido otra vez, ¿verdad? —dijo Nalesean cuando pasó a su lado. No era una pregunta y, cuando Mat asintió, el teariano se dio un tirón de la puntiaguda barba y maldijo entre dientes—. Reuniré a los hombres, Mat.

Nerim estaba trasteando en el cuarto de Mat, limpiando la mesa con un paño como si las criadas de la posada no hubiesen limpiado el polvo ya esa misma mañana.

El sirviente compartía con Olver la habitación contigua, más pequeña, y rara vez se ausentaba de La Mujer Errante. En su opinión, Ebou Dar era un lugar disoluto e incivilizado.

—¿Milord va a salir? —preguntó lúgubremente al ver que Mat cogía el sombrero —. ¿Con esa chaqueta? Me temo que tiene en el hombro una mancha de vino de anoche. La habría limpiado si milord no se hubiese vestido con tanta prisa esta mañana. Y también le habría cosido el desgarrón de la manga, producido por un cuchillo, creo.

Mat dejó que sacara del armario una chaqueta gris con bordados plateados en los puños y en el cuello alto, y le entregó la verde con bordados dorados.

—Confío en que milord intente al menos no mancharla de sangre hoy. Las manchas de sangre son difíciles de quitar.

Era una especie de acuerdo que habían establecido: Mat soportaba el gesto taciturno y las observaciones pesimistas de Nerim y dejaba que el hombre recogiera, limpiara y le entregara en la mano cosas que él mismo podría haber cogido sin el menor problema; a cambio, Nerim había aceptado, a regañadientes, renunciar a sus intentos de vestirlo.

Tras comprobar las dagas escondidas en las bocamangas, debajo de la chaqueta y en el doblez de la parte superior de las botas, Mat dejó la lanza apoyada en un rincón, junto con el arco sin encordar, y bajó a la puerta principal. No había cogido la lanza porque el arma parecía atraer idiotas con ganas de gresca del mismo modo que la miel atraía a las moscas.

A despecho del sombrero, el sudor perló el rostro de Mat en el momento en que salió de la sombra y relativa frescura de la posada. El sol matinal tenía tanta fuerza como el de mediodía de pleno verano en circunstancias normales, pero la plaza de Mol Hara estaba abarrotada de gente. Al principio Mat se quedó parado, mirando fijamente el palacio de Tarasin. Con Juilin y Thom vigilando dentro del edificio y Vanin haciéndolo fuera, ¿cómo se las ingeniaban esas mujeres para escabullirse sin ser vistas? Salían casi a diario. Después de que esto sucediera tres veces, Mat había destacado centinelas en todas las salidas posibles del blanco edificio, donde se apostaban antes del alba. Eran más que suficientes, contando con Nalesean y con él. Ninguno de ellos les había visto el pelo, pero justo antes del mediodía Thom había salido para informar que las mujeres se habían marchado no se sabía cómo. El viejo juglar estaba fuera de sí, a punto de arrancarse el bigote a tirones. Mat sabía la razón de que las mujeres tuvieran ese comportamiento: lo hacían simplemente para fastidiarlo.

Nalesean y los demás aguardaban, formando un grupo cabizbajo y sudoroso. El teariano toqueteaba la empuñadura de su espada como si ansiara que se le presentase la oportunidad de utilizarla.

—Hoy miraremos al otro lado del río —anunció Mat.

Varios de los Brazos Rojos intercambiaron miradas inquietas; habían oído los comentarios sobre esa zona. Vanin cambió el peso de un pie a otro y sacudió la cabeza.

—Lady Elayne jamás se marcharía de ese modo. La Aiel tal vez, o Birgitte, pero no lady Elayne.

Mat cerró los ojos un instante. ¿Cómo se las habría ingeniado Elayne para echar a perder a un buen hombre en tan poco tiempo? No perdía la esperanza de que, estando apartado de ella y de su influencia el tiempo suficiente, Vanin volvería a la normalidad, pero lo cierto es que esa esperanza empezaba a flaquear. ¡Luz, cómo detestaba a las nobles!

—Bien, si no las localizamos hoy nos olvidaremos del Rahad. —En ese barrio destacaban como alondras entre una bandada de mirlos—. Sin embargo, tengo el propósito de dar con ellas aunque se escondan debajo de una cama en la Fosa de la Perdición. La búsqueda se hará en parejas, como siempre, y guardaos las espaldas el uno al otro. Ahora habrá que encontrar barqueros para que nos lleven al otro lado del río. Maldita sea, espero que no estén todos por ahí, vendiendo frutas a los barcos de los Marinos.

A Elayne la calle le parecía igual que en el *Tel'aran'rhiod*: edificios de ladrillos de cinco o seis plantas, cubiertos a trozos por parches de yeso desconchado, apiñados unos contra otros y alzándose sobre el irregular pavimento. Sólo a esta hora del día, con el dorado sol brillando en lo alto, las sombras desaparecían por completo en esos angostos callejones. Las moscas zumbaban por doquier. La única diferencia con el Mundo de los Sueños eran las ropas lavadas que estaban tendidas en las ventanas, las personas —en ese momento, por supuesto, no había muchas fuera— y el olor, un penetrante hedor a podredumbre que la inducía a respirar someramente. Por desgracia, todas las calles se parecían en el Rahad.

Detuvo a Birgitte poniéndole la mano en el brazo y examinó el destartalado montón de ladrillos que era un edificio de seis pisos, donde colgaba ropa tendida en la mitad de las ventanas; nadie habría dicho que aquellas prendas estaban lavadas. El débil llanto de un bebé se oía en alguna parte del interior de la casa. Era el número correcto de plantas, seis. Estaba segura de ello, aunque Nynaeve insistiera en que eran cinco.

—No creo conveniente que nos quedemos paradas observando fijamente —adujo en voz queda Birgitte—. La gente nos está mirando.

No era del todo cierto; simplemente, Birgitte se preocupaba por su seguridad. Hombres descamisados y con chalecos astrosos las más de las veces andaban por la calle pavoneándose; el sol se reflejaba en sus pendientes de aro de latón, así como en

los anillos del mismo metal adornados con cristales de colores. Otros se escabullían como cualquier perro callejero de los que pueden enseñar los dientes o morder. En realidad, las mujeres se comportaban igual; éstas llevaban vestidos raídos y la acostumbrada bisutería de latón y cristal. Todos portaban un cuchillo curvo metido en el cinturón y con frecuencia también otro de hechura corriente.

A decir verdad, nadie les dirigió más de una mirada superficial a Birgitte y a ella, aunque el semblante de la arquera a menudo exhibía una expresión desafiante y ella misma era demasiado alta para la media de las mujeres ebudarianas. Porque eso era exactamente lo que la gente veía merced a un complejo tejido de Aire y Fuego que Elayne había invertido y atado. Cuando la heredera del trono miraba a Birgitte veía a una mujer entrada en años, con finas arrugas en los rabillos de unos negros ojos y algunas canas en el cabello del mismo color. Resultaba más fácil lograr los disfraces cuanto más se ajustaban a la realidad, de modo que a Birgitte el pelo le caía a la espalda recogido en cuatro sitios con ajados lazos verdes, aunque era bastante más largo de lo que las ebudarianas solían llevarlo; claro que tampoco ella se había cortado el suyo y a nadie parecía llamarle la atención. Era un disfraz perfecto, aunque habría deseado no tener que sudar. Con la adición de un tejido de Energía aun más complejo, que enmascaraba la habilidad de una mujer para encauzar, Elayne había pasado delante de Merilille esa misma mañana cuando se encaminaba a una puerta para salir de palacio. Todavía lo mantenía activo, porque habían visto a Vandene y a Adeleas a este lado del río en más de una ocasión.

Sus ropas no eran resultado de los tejidos del Poder, desde luego, sino unos raídos vestidos de lana con bordados deshilachados en las mangas y alrededor de los estrechos y bajos escotes. La ropa interior y las medias también eran de lana y las de Elayne, al menos, le picaban. Tylin les había proporcionado estas prendas, así como unos cuantos consejos y los cuchillos de esponsales con fundas blancas. Por lo visto era menos probable que se desafiara a mujeres casadas que a solteras y menos aun a viudas que rehusaban contraer nuevas nupcias. También aparentar más edad contribuía a ello. Nadie desafiaba a una abuela canosa, aunque el caso contrario sí podría darse.

—Creo que deberíamos entrar —dijo Elayne.

Birgitte se adelantó, con la mano sobre el cuchillo sujeto por el desgastado cinturón de lana marrón, para abrir la puerta sin pintar. Al otro lado había un pasillo oscuro flanqueado por puertas cochambrosas; al fondo se veía una estrecha escalera de baldosas desportilladas. Elayne respiró con cierto alivio, aunque no demasiado.

Ni con fundas blancas de cuchillos ni sin ellas, entrar en un edificio en el que no se vivía era un buen modo de dar pie a una lucha con armas blancas. Lo mismo ocurría con hacer preguntas o mostrar curiosidad. Tylin les había aconsejado que no hicieran tales cosas, pero durante el primer día habían visitado posadas, que se

distinguían únicamente por tener las puertas pintadas de azul, planeando decir que estaban comprando cosas viejas descartadas y guardadas en trasteros que después restauraban y vendían. Habían decidido que Nynaeve fuera con Aviendha y Birgitte con ella para de ese modo cubrir más terreno. Las salas comunes de las posadas eran sitios oscuros y siniestros, y en dos ocasiones que entraron en sendos establecimientos Birgitte la había sacado a toda prisa, ambas con los cuchillos empuñados, justo antes de que se iniciaran serias reyertas. La segunda vez, Elayne no tuvo más remedio que encauzar brevemente para hacer tropezar y caer a dos mujeres que las persiguieron hasta la calle, y aun así Birgitte había estado segura de que alguien las había seguido el resto del día. Nynaeve y Aviendha tuvieron la misma clase de dificultades, excepto que nadie las siguió; de hecho, la antigua Zahorí había golpeado a una mujer con una banqueta. En consecuencia, quedó descartado hacer hasta las preguntas más inocuas; a partir de entonces todas esperaron fervientemente tener la suerte de no acabar con un cuchillo clavado al cruzar un umbral.

Birgitte precedió a Elayne escaleras arriba, bien que miraba hacia atrás con frecuencia. Los olores de comidas preparándose se mezclaban de un modo repugnante con el tufo generalizado del Rahad. El llanto del bebé cesó, pero en algún lugar del edificio una mujer empezó a gritar. En el tercer piso, un tipo de hombros anchos, sin llevar encima camisa ni chaleco, abrió una de las puertas en el momento en que las dos llegaban al descansillo. Birgitte lo miró ceñuda, y el hombre levantó las manos con las palmas hacia ellas y reculó al interior de la casa, cerrando la puerta con el pie mientras entraba. En el último piso, donde tendría que estar el trastero si éste era el edificio correcto, una mujer descarnada, vestida con una tosca camisola de lino, se hallaba sentada en una banqueta a la puerta de su vivienda, aprovechando el poco aire que corría mientras afilaba un cuchillo. Volvió la cabeza hacia ellas y la hoja dejó de deslizarse sobre la piedra de amolar. No les quitó ojo mientras las dos retrocedían lentamente escalera abajo, y el suave chirrido del acero sobre la piedra no se reanudó hasta que llegaron al descansillo del piso inferior. Sólo entonces Elayne soltó un suspiro de alivio.

Se alegraba de que Nynaeve no hubiese aceptado su apuesta. Diez días. Había sido una estúpida optimista. Aquél era el undécimo día desde su fanfarronada; once días en los que a veces pensaba que estaba en la misma calle por la tarde que en la que había estado por la mañana; once días sin encontrar la menor pista que las condujera al cuenco. En ocasiones se habían quedado en palacio sólo para despejarse. ¡Todo era tan frustrante! Al menos Vandene y Adeleas tampoco estaban teniendo suerte. Por propia experiencia, Elayne sabía que nadie en el Rahad diría voluntariamente una sola palabra a unas Aes Sedai. La gente desaparecía tan pronto como se daba cuenta de quiénes eran; había visto a dos mujeres intentar apuñalar a Adeleas, sin duda para robar a la necia mujer que se aventuraba en el Rahad vestida

con sedas, y para cuando la hermana Marrón levantó a las dos con flujos de Aire y las metió por una estrecha ventana dos pisos más arriba, no quedaba un alma en la calle. Bien, pues no estaba dispuesta a permitir que esas dos encontraran su cuenco y se lo arrebataran en las narices.

De vuelta en la calle, ocurrió algo que le recordó a Elayne que en el Rahad había cosas peores que la frustración. Justo enfrente de ella, un hombre delgado, con el torso lleno de sangre y un cuchillo empuñado en una mano, salió renqueando de un zaguán y giró rápidamente sobre sus talones para enfrentarse a otro hombre que lo seguía; el segundo era más alto y corpulento y sangraba de un tajo en la mejilla. Los dos giraron en círculo, las miradas trabadas, las armas centelleando al amagar puñaladas. Como si hubiese brotado del pavimento, se reunió una pequeña multitud para presenciar la lucha; nadie se acercó corriendo, pero tampoco ninguno de los espectadores pasó de largo.

Elayne y Birgitte se desplazaron hacia un lado de la calle, pero no se marcharon. En el Rahad, hacer tal cosa habría llamado la atención y eso era lo último que querían que pasara. Sumarse a los mirones significaba tener que presenciar la pelea, pero Elayne se las ingenió para enfocar la vista más allá de los dos contendientes, de manera que sólo percibía formas borrosas que se movían rápidamente; de repente la velocidad de los movimientos aminoró, y la joven se obligó a mirar. El hombre con el torso manchado de sangre se pavoneaba en mitad de la calle al tiempo que gesticulaba con el cuchillo, del que goteaba un fluido rojo. El hombre más corpulento yacía boca abajo en el pavimento, emitiendo unas toses secas y débiles, a menos de veinte pasos de ella.

Instintivamente, Elayne se adelantó; su reducida capacidad de Curación sería mejor que nada cuando un hombre se estaba desangrando y a punto de morir, y al infierno con lo que cualquiera de los presentes pensara sobre las Aes Sedai; sin embargo, antes de que hubiese dado el segundo paso, otra mujer se había arrodillado junto al moribundo. Era algo mayor que Nynaeve y llevaba un vestido azul con cinturón rojo que estaba en mejores condiciones que la mayoría de las ropas que se veían en el Rahad. Al principio Elayne creyó que era la pareja del hombre caído, sobre todo al advertir que el vencedor del duelo moderaba su actitud. Nadie hizo intención de marcharse y todos observaron en silencio mientras la mujer volvía al herido boca arriba.

Elayne dio un respingo cuando, en lugar de limpiar suavemente la sangre de los labios del hombre, la mujer sacó lo que parecía un puñado de hierbas de una bolsita y se las metió apresuradamente en la boca. Antes de que retirara la mano de la cara del individuo, el brillo del *Saidar* la envolvió y empezó a tejer flujos de Curación con mayor destreza de lo que Elayne podría haber hecho. El hombre exhaló aire con bastante fuerza para expulsar gran parte de las hierbas, se estremeció y quedó

inmóvil, con los ojos entreabiertos mirando sin ver el sol.

—Demasiado tarde, al parecer. —La mujer se incorporó y se volvió hacia el tipo delgado—. Debes decirle a la esposa de Masic que has matado a su marido, Baris.

—Sí, Asra —contestó sumisamente Baris.

Asra se dio media vuelta y echó a andar sin mirar de nuevo a ninguno de los dos hombres, y el grupo reunido se apartó a su paso. Cuando la mujer llegó a la altura de Elayne y Birgitte, a corta distancia, la heredera del trono advirtió dos cosas respecto a ella. Una fue su fuerza; Elayne buscó eso a propósito. Esperaba sentir bastante, pero a Asra probablemente nunca se le habría permitido acceder a la prueba para Aceptada. La Curación tenía que ser su Talento más fuerte —tal vez el único, ya que debía de tratarse de una espontánea— y muy afinado a costa de práctica. Tal vez incluso pensaba que el uso de aquellas hierbas era necesario. El otro detalle que advirtió Elayne fue el tono de la tez de la mujer. El color tostado no se debía al sol; indudablemente Asra era domani. ¿Qué demonios hacía una espontánea domani en el Rahad?

Elayne habría seguido a la mujer, pero Birgitte la condujo en dirección contraria.

—Conozco esa expresión en tus ojos, Elayne. —La arquera miró en derredor con desconfianza, como si sospechara que algunos de los transeúntes fueran espías—. No sé por qué quieres ir detrás de esa mujer, pero resulta evidente que se la respeta aquí. Acósala, y lo más seguro es que se nos lancen más puñales de los que podamos defendernos entre las dos.

Era la pura realidad; como indiscutible era el hecho de que no habían ido a Ebou Dar a encontrar espontáneas domani.

Elayne rozó el brazo de Birgitte al tiempo que hacía un gesto hacia dos hombres que acababan de girar en la esquina. Con su chaqueta azul de rayas satinadas, Nalesean era la viva imagen de un lord teariano; llevaba la prenda abotonada hasta arriba y su rostro sudoroso brillaba casi tanto como su barba untada. Clavaba una mirada feroz en cualquiera que osara posar la vista en él, hasta tal punto de que sin duda ya se habría visto envuelto en una pelea a estas alturas de no ser porque acariciaba la empuñadura de su espada como si fuese precisamente eso lo que estaba buscando y deseando. Mat, por otro lado, no mostraba la menor intranquilidad. Caminaba con aire arrogante y, salvo por cierto aire contrariado, habríase dicho que se estaba divirtiendo. Con la chaqueta desabrochada, el sombrero bien calado sobre los ojos y el pañuelo anudado al cuello, tenía el aspecto de haber pasado la noche yendo de taberna en taberna; algo que, dicho fuera de paso, podía ser cierto. Con gran sorpresa, Elayne cayó en la cuenta de que hacía días que no se había acordado de él. Tenía unas ganas tremendas de echarle mano al *ter'angreal* que llevaba el joven, pero la importancia del cuenco era infinitamente mayor.

—Nunca se me había ocurrido —murmuró Birgitte—, pero creo que Mat es el

más peligroso de esos dos. Unos N'Shar en Mameris. Me pregunto qué están haciendo a este lado del Eldar.

Elayne la miró de hito en hito. ¿Unos qué en dónde?

—Seguramente han acabado con todas las reservas de vino de la otra orilla. Vamos, Birgitte, me gustaría que te concentraras en el asunto que nos ocupa. —Esta vez no iba a preguntarle.

Una vez que Mat y Nalesean pasaron junto a ellas y se alejaron en dirección opuesta, Elayne se olvidó de ellos y observó la calle. Sería maravilloso encontrar el cuenco ese día. Y no era la razón menos importante el hecho de que la próxima vez que acudieran estaría emparejada con Aviendha. Empezaba a apreciar a esa mujer a despecho de las ideas extremadamente peculiares —¡extremadamente!— con respecto a Rand y a ellas, pero parecía tener cierta tendencia a animar a mujeres aparentemente dispuestas a sacar el cuchillo. Aviendha parecía incluso desilusionada cuando los hombres agachaban los ojos fijamente, en vez de desenvainar el puñal como lo haría cualquier mujer, si ella los miraba desafiante.

—Aquélla —dijo Elayne, señalando otra casa. Era imposible que Nynaeve tuviese razón respecto a los cinco pisos. ¿O sí? Esperaba fervientemente que Egwene hubiese encontrado una solución.

Egwene aguardó pacientemente mientras Logain bebía un poco de agua. La tienda del hombre no era tan espaciosa como la casa que había ocupado en Salidar, aunque seguía siendo más amplia que la mayoría del campamento. Tenía que haber espacio para las seis hermanas sentadas en banquetas y manteniendo el escudo sobre él. La sugerencia de Egwene de que se atara el tejido había sido recibida con reacciones casi escandalizadas y que rozaban el desdén; ninguna estaba dispuesta a aceptarlo, y menos estando tan reciente su decisión de ascender a Aes Sedai a cuatro mujeres sin que se sometieran a la prueba ni la Vara Juratoria; puede que no lo hicieran nunca. Siuan había dicho que no lo harían. La costumbre marcaba seis hermanas para esa tarea, aun en el caso de que el hombre hubiese estado tan limitado como Siuan y Leane y que hubieran bastado tres Aes Sedai con poder reducido, y también marcaba que el escudo se mantuviera, no que se atara. La luz titilante de una única lámpara alumbraba el interior; Logain y ella estaban sentados en mantas que hacían las veces de alfombras.

—A ver si lo entiendo —dijo Logain cuando retiró la copa de peltre de sus labios —. ¿Queréis saber lo que opino de la amnistía de al'Thor?

Algunas de las hermanas rebulleron en sus banquetas, tal vez porque había omitido llamarla «madre», pero lo más seguro es que se debiera a que ese tema les repugnaba.

—Sí, quiero saber vuestra opinión. A buen seguro tendréis formada alguna. En

Caemlyn, con él, sin duda ocuparíais un lugar de honor. Aquí es posible que volváis a ser amansado cualquier día de éstos. O ahora. Habéis eludido la locura durante seis años, según vos. A vuestro modo de ver, ¿qué oportunidades hay de que cualquier hombre que acuda junto a él haga lo mismo?

—¿De verdad se proponen amansarme de nuevo? —Habló en voz baja, con un tono injuriado y furioso—. Me he unido a vosotras sin reservas, he hecho cuanto me habéis pedido. Me he ofrecido a hacer cualquier juramento que queráis.

—La Antecámara tomará una decisión pronto. Algunas preferirían que estuvieseis muerto; se sienten comprometidas. Las Aes Sedai han contado vuestra historia y todo el mundo sabe que no pueden mentir. Sin embargo no creo que debáis albergar temor alguno en ese sentido. Nos habéis prestado una gran ayuda para que permita que se os haga daño. Y ocurra lo que ocurra podríais seguir sirviendo y ver que el Ajah Rojo recibe el castigo merecido, como deseáis.

Logain se incorporó sobre las rodillas, gruñendo, y Egwene abrazó el *Saidar* y lo envolvió en flujos de Aire en un instante. Las hermanas que mantenían el escudo tenían toda su fuerza volcada en esa tarea —otra costumbre; había que utilizar hasta la última brizna de la fuerza en el Poder para aislar a un hombre— pero varias de ellas podían dividir sus fluidos y dirigir una parte hacia Logain si creían que podría hacerle daño. Egwene no quería arriesgarse a que lo hirieran.

Los flujos lo mantuvieron inmovilizado de rodillas, pero el hombre actuó como si no ocurriese nada.

—¿Queréis saber lo que opino de la amnistía de al'Thor? ¡Ojalá estuviese con él ahora! ¡Al infierno con vosotras! ¡He hecho cuanto me habéis pedido! ¡Así la Luz os consuma a todas!

—Calmaos, maese Logain. —Egwene estaba sorprendida de que su voz sonara tan firme, porque el corazón le latía como un caballo desbocado, aunque ciertamente no por miedo al hombre—. Os juro que nunca os haré daño ni permitiré que os lo haga nadie de quienes me siguen si yo puedo evitarlo, a no ser que os volváis contra nosotras. —La rabia había desaparecido del semblante de Logain, reemplazada por una absoluta inexpresividad. ¿Estaría escuchándola?—. Pero la Antecámara es libre de tomar decisiones. ¿Os habéis tranquilizado ya?

Él asintió débilmente y Egwene retiró los flujos. Logain se sentó de nuevo en el suelo, eludiendo los ojos de la joven.

—Hablaré con vos sobre la amnistía cuando estéis más sereno, quizá dentro de un par de días —añadió Egwene, a lo que el hombre asintió de nuevo, bruscamente, todavía sin mirarla.

Cuando salió a la oscuridad del exterior, los dos Guardianes que montaban guardia le hicieron una reverencia. Al menos a los Gaidin no les importaba que tuviera dieciocho años y que fuera una Aceptada que había ascendido a Aes Sedai

sólo porque la habían nombrado Amyrlin. Para los Guardianes, una Aes Sedai era una Aes Sedai y la Amyrlin era la Amyrlin. Con todo, la joven no se permitió soltar un suspiro hasta que estuvo a suficiente distancia de ellos para que no la oyeran.

El campamento era bastante extenso, con tiendas para cientos de Aes Sedai repartidas entre el bosque, para Aceptadas y novicias y sirvientes, y carros y carretas y caballos repartidos por todas partes. El olor de cenas cocinándose impregnaba el aire. Alrededor se extendían las lumbres del ejército de Gareth Bryne; allí la mayoría de los hombres dormirían al raso, no en tiendas. La llamada Compañía de la Mano Roja estaba acampada unos quince kilómetros al sur; Talmanes había mantenido como mucho esa distancia entre ambas fuerzas, de día y de noche, durante una marcha de más de trescientos kilómetros. Ya había servido en parte a su propósito, como habían sugerido Siuan y Leane.

El ejército de Gareth Bryne había aumentado su número en los dieciséis días transcurridos desde la partida de Salidar. Dos ejércitos marchando lentamente hacia el norte llamaban la atención. Los nobles habían acudido con sus fuerzas para unirse al más fuerte de los dos. Cierto que ninguno de aquellos lores o ladys habrían prestado los juramentos que hicieron si hubiesen sabido que no habría grandes batallas en sus propias tierras. Cierto que, de haberles dado a elegir, hasta el último de ellos se habría marchado cuando supieron que el verdadero objetivo de Egwene era Tar Valon, no un ejército de seguidores del Dragón. Pero habían prestado juramento a *una* Amyrlin y en presencia de Aes Sedai que se autodenominaban la Asamblea de la Torre, y con cientos más de testigos. Romper un juramento así se pagaba caro. Además, aunque la cabeza de Egwene acabara clavada en una pica en la Torre Blanca, ni uno solo de ellos creía que Elaida olvidara nunca que habían prestado juramento a su adversaria. Estaban atrapados por su alianza y por cierta lealtad, pero serían sus más fervientes partidarios ya que el único modo de escapar de la trampa con el cuello intacto era conseguir que Egwene llevara la estola en Tar Valon.

Siuan y Leane estaban ansiosas por que llegara ese momento. Egwene no sabía con certeza lo que sentía al respecto. Si hubiese habido algún modo de destituir a Elaida sin derramar una gota de sangre, se habría agarrado a ello como a un clavo ardiendo. Empero, no creía que lo hubiese.

Después de tomar un poco de guisado de carne de cabra, nabos y algo más que no se esforzó por identificar, Egwene se retiró a su tienda. No era la más grande del campamento, pero sí la mayor que estuviese ocupada por una sola persona. Chesa estaba allí, esperando para ayudarla a desvestirse mientras parloteaba sin parar contándole que había adquirido una pieza de lino de lo más fino que se pudiera imaginar a la doncella de una lady altaranesa, un tejido casi traslúcido con el que se confeccionaría la ropa interior más fresca que se pudiera imaginar. A menudo Egwene permitía que Chesa durmiese en la tienda con ella para tener compañía,

aunque un jergón de mantas no podía compararse con la propia cama de Chesa. Aquella noche despidió a la mujer después de estar preparada para acostarse. Ser Amyrlin conllevaba algunos privilegios, como por ejemplo que su doncella dispusiera de una tienda para ella. O como dormir sola las noches que era necesario.

Egwene no estaba lo bastante cansada para dormirse ya, pero eso no significaba ningún problema. Quedarse dormida era cosa sencilla; había sido entrenada por caminantes de sueños Aiel. Entró en el *Tel'aran'rhiod*…

… y se halló de pie en la habitación que había sido su estudio en la Torre Chica durante un tiempo muy breve. La mesa y las sillas continuaban allí, por supuesto. Los muebles no eran algo que uno se llevara cuando se partía a la cabeza de un ejército. Cualquier sitio parecía vacío en el Mundo de los Sueños, pero en algunos la sensación era más acentuada que en la mayoría. La Torre Chica tenía un aspecto… hueco.

De repente, se dio cuenta de que llevaba la estola de Amyrlin echada alrededor de los hombros. La hizo desaparecer justo a tiempo. Un momento después Nynaeve y Elayne se encontraban ante ella, la antigua Zahorí con una apariencia tan sólida como la suya, pero Elayne parecía borrosa. Siuan se había mostrado reacia a desprenderse del anillo original *ter'angreal*, y había hecho falta una orden firme para recuperarlo. Elayne llevaba un vestido verde con puños de encaje cayéndole sobre las manos y bordeando un escote estrecho, pero sorprendentemente bajo, que dejaba ver un pequeño cuchillo colgando de una cadena de oro ceñida al cuello; la empuñadura, un abigarrado conjunto de perlas y gotas de fuego, descansaba entre sus senos. Elayne tenía tendencia a adoptar de inmediato la moda local donde quiera que fuese. Nynaeve, como era de esperar, iba vestida con un atuendo de buena lana de Dos Ríos, oscuro y sencillo.

—¿Algún éxito? —preguntó, esperanzada, Egwene.

—Aún no, pero lo tendremos. —Elayne se mostraba tan optimista que Egwene se quedó mirándola fijamente; en verdad tenía que estar intentando dar esa impresión.

—Estoy segura de que ya no tardaremos mucho —abundó Nynaeve, con un aire aun más positivo.

Debían de estar dándose de cabeza contra una pared. Egwene suspiró.

—Tal vez deberíais reuniros conmigo. Estoy convencida de que podríais encontrar el cuenco en unos cuantos días, pero no dejo de dar vueltas a todas las historias que se cuentan de esa ciudad. —Sabía que eran capaces de cuidar de sí mismas; sí, sería una buena reflexión para hacer al pie de sus tumbas. Siuan afirmaba que ninguno de los comentarios que había oído eran exageraciones.

—Oh, no, Egwene —protestó Nynaeve—. El cuenco es demasiado importante. Sabes que sí. El mundo acabará cociéndose en su propio jugo si no damos con ese objeto.

—Además —añadió Elayne—, ¿en qué problema podríamos meternos? Te recuerdo que dormimos todas las noches en el palacio de Tarasin, por si lo has olvidado, y si Tylin no nos arropa personalmente sí que está allí para charlar.

Su vestido había cambiado; el escote seguía igual, pero la tela era tosca y ajada. Nynaeve llevaba otro que era casi una copia, excepto porque la empuñadura de su cuchillo sólo tenía nueve o diez cuentas de cristal. Unas ropas muy poco apropiadas para un palacio. Peor aún, estaba tratando de asumir una expresión inocente y eso era algo en lo que la antigua Zahorí no tenía mucha práctica.

Egwene lo dejó estar. El cuenco era en verdad importante, sus amigas sabían cuidarse y ella estaba enterada de que la búsqueda no se llevaba a cabo en palacio. En fin, casi lo dejó estar.

—Estáis utilizando a Mat, ¿verdad?

—Eh… —De repente Elayne reparó en su vestido y dio un respingo. Por alguna razón, sin embargo, lo que realmente pareció sobresaltarla fue el cuchillo. Con los ojos desorbitados, aferró la empuñadura, cuajada de cuentas blancas y rojas, y se sofocó hasta la raíz del pelo. Un instante después llevaba un vestido andoreño de cuello alto, en seda verde.

Lo divertido fue que Nynaeve se percató de su vestimenta un momento después y reaccionó exactamente igual que Elayne. Exactamente. Salvo, quizá, que si Elayne se había puesto colorada Nynaeve lo estaba el doble. Y la buena lana de Dos Ríos reapareció antes incluso de que Elayne cambiara de vestimenta. La heredera del trono se aclaró la garganta.

—Mat es muy útil, estoy segura —dijo con la voz entrecortada—. Pero no podemos permitirle que meta la nariz en nuestros asuntos, Egwene. Ya lo conoces. Aun así, ten por seguro que si hacemos algo peligroso los tendremos a él y a sus soldados pegados a nosotras.

Nynaeve guardaba silencio y su gesto era avinagrado. Quizá recordaba la amenaza de Mat.

—Nynaeve, no presionarás demasiado a Mat, ¿verdad?

—Oh, Egwene, pero si no lo está presionando en absoluto —rió Elayne.

—Es la pura verdad —corroboró la antigua Zahorí con presteza—. No he cruzado una palabra con él desde que llegamos a Ebou Dar.

Egwene asintió con aire dubitativo. Sabía que podía llegar al fondo de todo este asunto, pero tardaría… Bajó un momento la vista para comprobar que la estola no había reaparecido sobre sus hombros y sólo atisbó una fugaz imagen que ni siquiera ella pudo identificar.

—Egwene, ¿has podido comunicarte ya con las caminantes de sueños? —preguntó Elayne.

—Sí, dinos —agregó Nynaeve—. ¿Saben ellas cuál es el problema?

—Sí, he hablado con ellas —repuso—, pero no lo saben realmente.

Había sido una extraña reunión, unos pocos días antes, que se inició buscando los sueños de Bair. Ésta y Melaine se encontraron con ella en la Ciudadela de Tear; Amys había dicho que no enseñaría más a Egwene, de modo que ella no acudió. Al principio, Egwene se sintió algo violenta. Era incapaz de decirles que era Aes Sedai y, mucho menos, la Amyrlin por miedo a que pensaran que se trataba de otra mentira. Entonces no había habido la menor dificultad con la aparición de la estola. Y todavía tenía pendiente su *toh* con Melaine. Sacó el tema a relucir al tiempo que pensaba en las muchas horas que tendría que pasar en la silla de montar al día siguiente, pero Melaine estaba tan complacida con la noticia de que iba a tener dos hijas —habló con entusiasmo de la visión de Min— que no sólo anunció de inmediato que Egwene no tenía *toh* con ella sino que iba a poner a una de las niñas el nombre de Egwene. Aquélla había sido una pequeña satisfacción en una noche repleta de futilidad e irritación.

—Lo que dijeron —continuó explicando a sus amigas— fue que no sabían de nadie que hubiese intentado volver a encontrar algo mediante la necesidad después de haberlo hallado ya. Bair opinó que quizás era como intentar comerse la misma… manzana dos veces. —La misma *motai* era lo que la Sabia había dicho exactamente; una *motai* era una especie de larva que había en el Yermo. Bastante dulce y crujiente… hasta que Egwene se había enterado de qué se estaba comiendo.

—¿Quieres decir que no podemos volver al desván? —exclamó Elayne—. Albergaba la esperanza de que estuviéramos haciendo algo mal. En fin, lo encontraremos de todos modos. —Vaciló y su vestido volvió a cambiar, aunque ella no pareció darse cuenta. Seguía siendo de estilo andoreño, pero en color rojo, con bordados del León Blanco de Andor a lo largo de las mangas y sobre el corpiño. Un atuendo de reina, incluso sin la Corona de la Rosa que descansaba sobre sus bucles rubiorrojizos. Empero, era un vestido de reina con un corpiño muy ajustado y con un escote que quizá mostraba más sus senos de lo que haría una soberana andoreña—. Egwene, ¿dijeron algo sobre Rand?

—Está en Cairhien, holgazaneando en el Palacio del Sol, por lo visto.

Egwene se las ingenió para no denotar inquietud. Ni Bair ni Melaine se habían mostrado muy comunicativas, pero Melaine había rezongado sombríamente sobre las Aes Sedai en tanto que Bair decía que a todas ellas debería azotárselas a intervalos regulares y que, dijera lo que dijera Sorilea, unos cuantos azotes deberían bastar. Egwene tenía miedo de que Merana hubiese metido la pata con respecto a Rand. Al menos él estaba dando largas a las emisarias de Elaida; Egwene dudaba mucho que supiera cómo manejarlas, ni de lejos, lo bien que él creía que lo hacía.

—Perrin está con él. ¡Y la esposa de Perrin! ¡Se ha casado con Faile!

Aquello provocó exclamaciones; Nynaeve comentó que Faile era demasiado

buena para él, pero lo dijo sonriendo de oreja a oreja; Elayne manifestó que esperaba que fueran felices, pero por alguna razón no parecía convencida.

—También está Loial. Y Min. Sólo faltamos Mat y nosotras tres.

Elayne se mordió el labio.

—Egwene, ¿querrás transmitir un… mensaje a las Sabias para Min? Que le digan… —Vaciló y volvió a morderse el labio con gesto pensativo—. Que le digan que espero que pueda llegar a apreciar a Aviendha tanto como a mí. Sé que suena raro —añadió, riendo—. Es un asunto privado entre nosotras.

Nynaeve miraba a Elayne con tanta extrañeza como sabía que estaba haciendo ella misma.

—Pues claro que se lo transmitiré. Sin embargo, no tengo previsto reunirme con ellas durante un tiempo. —No tenía mucho sentido hacerlo si se mostraban tan reservadas respecto a Rand como lo habían hecho. Y hostiles hacia las Aes Sedai.

—Oh, da lo mismo —se apresuró a contestar Elayne—. En realidad no es importante. Bien, pues si no podemos recurrir a la necesidad, entonces tendremos que seguir pateando las calles de Ebou Dar y te aseguro que ahora mismo tengo dolor de pies. Si no te importa, regresaré a mi cuerpo y dormiré un poco.

—Adelántate tú —dijo Nynaeve—. Voy a quedarme un poco más.

Cuando Elayne desapareció, la antigua Zahorí se volvió hacia Egwene. También su vestido había cambiado, y Egwene creía saber muy bien el motivo. Era de color azul y tenía escote bajo. Llevaba flores en el cabello y cintas tejidas con la trenza, como lo llevaba una novia el día de la boda allá, en Dos Ríos. A Egwene se le puso el corazón en un puño.

—¿Has tenido alguna noticia de Lan? —preguntó quedamente Nynaeve.

—No, no he sabido nada de él. Lo lamento; ojalá pudiera decirte otra cosa. Sé que está vivo, Nynaeve. Y sé que te ama tanto como tú lo amas a él.

—Pues claro que está vivo —manifestó firmemente la otra mujer—. Yo no permitiría que fuese de otro modo. Me propongo hacerlo mío. Es mío y no dejaré que muera.

Cuando Egwene despertó, Siuan estaba sentada junto a su camastro, en medio de la penumbra.

—¿Se ha hecho? —preguntó Egwene.

El brillo del *Saidar* rodeó a Siuan mientras ésta tejía en torno a las dos una pequeña salvaguardia contra oídos curiosos.

—De las seis hermanas que están de servicio a partir de media noche sólo tres tienen Guardianes y esos Gaidin estarán de guardia fuera. Se les llevará té con un ingrediente añadido que no advertirán en el sabor.

Egwene cerró los ojos un momento.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

—¿Me lo preguntáis a mí? —replicó Siuan como si se le atragantaran las palabras —. Hice lo que se me ordenó, madre. Si de mí dependiera, antes me tiraría a un banco de cazones que ayudar a ese hombre a escapar.

—Lo amansarán, Siuan. —Egwene ya había discutido este asunto con ella, pero necesitaba volver a lo mismo una y otra vez para convencerse de que no estaba cometiendo un error—. Ni siquiera Sheriam le hace caso ya a Carlinya. Y Lelaine y Romanda están presionando para conseguirlo. O eso o alguien hará lo que Delana ha estado insinuando. ¡No permitiré un asesinato! Si no podemos juzgar a un hombre y ejecutarlo, no tenemos derecho a sugerir que debería morir. No permitiré que lo maten y tampoco que lo amansen. Si resulta que Merana ha puesto a Rand a la defensiva de algún modo, eso sería echar más leña al fuego. Pero ojalá tuviera la seguridad de que irá con Rand y se unirá a él en vez de huir sabe la Luz adónde y haciendo sabe la Luz qué. Al menos así habría algún modo de controlar lo que hace.

Oyó rebullir a Siuan en la oscuridad.

—Siempre pensé que la estola pesaba tanto como tres hombres corpulentos — susurró Siuan—. Son pocas las decisiones fáciles que una Amyrlin tiene que tomar y aun menos aquellas en las que está segura. Hace lo que debe hacer y paga el precio si se equivoca. A veces también lo paga aunque la decisión sea acertada.

Egwene rió suavemente.

—Tengo la impresión de haber oído ya eso mismo con anterioridad. —Al cabo de un momento su jocosidad cesó—. Asegúrate de que no hiera a nadie cuando se marche, Siuan.

—Como ordenéis, madre.

—Esto es terrible —murmuró Nisao—. Si llega a saberse, la condena podría significar tu exilio, Myrelle. Y también el mío. Tal vez hace cuatrocientos años fuera algo común que se hiciese con frecuencia, pero nadie lo verá así en la actualidad. Habrá quien lo denomine delito.

Myrelle se alegró de que la luna se hubiese metido ya porque así podía ocultar su mueca. Ella habría podido ocuparse de la Curación, pero Nisao había estado estudiando cómo tratar enfermedades de la mente, cosas que el Poder no podía tocar. Ignoraba si este caso podía contarse como una enfermedad, pero estaba dispuesta a recurrir a cualquier cosa que pudiera funcionar. Por mucho que Nisao protestara, Myrelle sabía que antes se cortaría una mano que dejar pasar por alto esta oportunidad de ampliar sus estudios.

Podía sentirlo ahí fuera en la noche, acercándose más y más. Se encontraban a bastante distancia de las tiendas, del perímetro de centinelas, rodeadas únicamente por algunos árboles desperdigados. Lo había sentido desde el mismo momento en que su vínculo había pasado a ella, y ése era el delito que inquietaba a Nisao: el vínculo de un Guardián había pasado de una Aes Sedai a otra sin el consentimiento por parte

de él. Nisao tenía razón en una cosa: debían guardar este secreto el mayor tiempo posible. Myrelle percibía sus heridas, algunas casi curadas y otras muy recientes, varias de ellas muy infectadas. Él nunca se habría apartado del camino para buscar batallas; tenía que acudir a ella, tan indefectiblemente como un peñasco que rueda montaña abajo tiene que llegar al pie de la ladera. Pero tampoco habría movido un dedo para evitar un combate. Había sentido su viaje en la distancia y la sangre; en la sangre de él. A través de Cairhien y de Andor, de Murandy y ahora de Altara, por territorios infectados de rebeldes y ladrones, de bandidos y seguidores del Dragón, enfocado en ella como una flecha volando directamente a la diana, abriéndose paso ante cualquier hombre armado que se interpusiera en su camino. Ni siquiera él podía hacer algo así sin salir herido. Myrelle hizo recuento de sus heridas y se maravilló de que aún siguiese vivo.

El sonido de los cascos de un corcel, al paso, fue lo primero que oyó y sólo entonces distinguió al alto caballo de batalla en la noche; también su jinete parecía la noche misma. Debía de llevar puesta su capa. El caballo se detuvo a unos cincuenta pasos de las Aes Sedai.

—No debisteis enviar a Nuhel y a Croi a buscarme —manifestó el indistinguible jinete en voz áspera—. Casi los maté antes de darme cuenta de quiénes eran. Avar, también tú podrías salir de detrás de ese árbol.

A la derecha, la noche pareció moverse; también Avar llevaba la capa puesta y jamás habría imaginado que alguien lo viera.

—Esto es una locura —murmuró Nisao.

—Cállate —siseó Myrelle. Luego, en voz más alta, dijo—: Acércate a mí.

El caballo no se movió. Un perro lobo en duelo por su ama muerta no acudía de buen grado a la llamada de su nueva dueña. Con delicadeza, Myrelle tejió Energía y tocó esa parte de él en la que se albergaba su vínculo; había que hacerlo con gran mesura o se daría cuenta y sólo el Creador sabía qué reacción explosiva podría tener.

—Acércate a mí.

En esta ocasión el caballo se adelantó y el hombre desmontó para caminar los últimos metros; era alto, y el juego de luces y sombras de la luna convertía su rostro anguloso en una talla de piedra. Entonces estuvo ante ella, erguido, mientras Myrelle alzaba la vista hacia los fríos ojos azules de Lan Mandragoran y veía en ellos la muerte. Que la Luz la ayudara. ¿Cómo iba a mantenerlo vivo el tiempo suficiente?

53



La Fiesta de las Luces

La gente bailando en las calles de Cairhien exasperaba a Perrin; abrirse paso era casi imposible. Una larga fila de danzarines pasó a su lado tras un tipo narigudo que tocaba la flauta y que no llevaba camisa; al final de la fila iba una mujer rechoncha y bajita que reía alegremente y que retiró una mano de la cintura del tipo al que iba agarrada en un intento de colocar a Perrin detrás de ella. Él sacudió la cabeza y, ya fuera porque sus amarillos ojos la asustaron o porque su rostro traslucía un estado de ánimo tan sombrío como se sentía, lo cierto es que se borró el gesto risueño de la mujer, que se dejó llevar por la fila de danzarines, echándole ojeadas por encima del hombro hasta que la multitud la tapó. Una mujer canosa pero todavía atractiva, con franjas de colores hasta la mitad de la pechera en su oscuro vestido de seda, enroscó los esbeltos brazos en torno al cuello de Perrin y acercó anhelante la boca a los labios de él. Pareció sobresaltada cuando Perrin la cogió en vilo por la cintura y la apartó de su camino. Un grupo de hombres y mujeres de su misma edad, brincando al son de tambores, se le echaron encima riendo alegremente y empezaron a darle tirones de la chaqueta para que se uniese a ellos. No hicieron caso de su gesto negativo con la cabeza hasta que finalmente Perrin apartó a uno de los hombres de un fuerte empujón y a los otros les dedicó un gruñido de lobo jefe de manada. Las risas cesaron para dar paso a expresiones de estupefacción durante unos segundos, pero enseguida reanudaron su algarabía tratando de imitar el gruñido hasta que se perdieron entre la muchedumbre.

Era el primer día de la Fiesta de las Luces, el día más corto —y el último— del año, y la ciudad lo celebraba de un modo que Perrin jamás habría imaginado. En Dos Ríos habría bailes, ¡pero esto! Los cairhieninos parecían decididos a resarcirse de todo un año de comportamiento circunspecto en los dos días que duraba la celebración. La corrección y el decoro se habían ido al garete y con ellos todas las barreras sociales que separaban a nobles de plebeyos, al menos en público. Mujeres sudorosas, vestidas con ropas de tosca lana, agarraban a señores sudorosos ataviados con atuendos de oscura seda llenos de bandas de colores y tiraban de ellos hacia los danzarines; hombres con chaquetas de carreteros o con chalecos de mozos de cuadra danzaban con damas cuyos vestidos lucían bandas de colores que a veces llegaban

hasta la cintura. Tipos con el torso desnudo se vertían vino encima o sobre cualquier otro que estuviera lo bastante cerca. Aparentemente cualquier hombre podía besar a cualquier mujer y viceversa, y lo hacían con total despreocupación allí dondequiera que Perrin dirigiera la vista. Procuró no mirar con fijeza. Algunas de las nobles, con el cabello peinado en altos y complejos moños de bucles, iban desnudas hasta la cintura debajo de las ligeras chaquetas, las cuales no hacían demasiado esfuerzo por mantener cerradas. Entre los plebeyos, pocas mujeres que habían descartado las blusas se molestaban en ponerse otra cosa que las tapara salvo el cabello, que rara vez era lo bastante largo para servir de algo; también ellas se echaban vino encima y a cualquiera que tuvieran cerca con igual entusiasmo que los hombres. Estruendosas carcajadas competían con el sonido de un millar de músicas distintas de flautas, tambores, cuernos, cítaras, vihuelas y salterios.

El Círculo de Mujeres de Campo de Emond habría puesto el grito en el cielo y a los hombres del Consejo del Pueblo les habría dado un pasmo, pero para Perrin esa depravada conducta era sólo una pequeña molestia más que añadir a su irritación. Unas pocas horas, había dicho Nandera, pero ya hacía seis días que Rand faltaba. Y Min se había ido con él o se había quedado con los Aiel. Nadie parecía saber nada. Exceptuando a la tal Sorilea, las restantes Sabias se mostraban tan evasivas como cualquier Aes Sedai cuando Perrin se las ingeniaba para acorralar a alguna de ellas; Sorilea le dijo sin ambages que se ocupara de su esposa y que no metiera la nariz en asuntos que no eran incumbencia de las gentes de las tierras húmedas. No tenía la menor idea de cómo se había enterado Sorilea del problema que había entre Faile y él, pero le importaba un pimiento. Podía sentir la necesidad de Rand como una comezón bajo la piel en todo el cuerpo que se hacía más y más intensa cada día. Ahora regresaba de la escuela de Rand, un último recurso, pero allí todo el mundo estaba tan volcado en la bebida, el baile y el libertinaje como el resto de Cairhien. Le dijeron que una mujer llamada Idrien era la encargada de la escuela, pero después de encontrar y conseguir, con cierta dificultad y no poco azoramiento, interrumpir el beso que le estaba dando a un muchacho lo bastante joven para ser su hijo y durante el tiempo suficiente para hacerle la pregunta, lo único que pudo decirle fue que quizás un hombre llamado Fel a lo mejor sabía algo, y resultó que el tal Fel estaba bailando con tres muchachas que podrían haber sido sus nietas. Con las tres al tiempo. Fel casi no parecía capaz de recordar su propio nombre, cosa tal vez nada extraña considerando las circunstancias. ¡Maldito Rand! Se había marchado sin decir nada conociendo como conocía la visión de Min y que iba a necesitarlo a él desesperadamente. Incluso las Aes Sedai se habían enfadado, por lo visto. Esa misma mañana Perrin se había enterado de que hacía tres días que se habían puesto en camino de vuelta a Tar Valon tras comunicar que no tenía sentido continuar allí. ¿Qué se proponía Rand? Aquella picazón tenía a Perrin tan irritado que de buena gana se

habría puesto a dar mordiscos.

Cuando llegó al Palacio del Sol todas las lámparas estaban encendidas y las velas ardían por doquier; los corredores brillaban como gemas al sol. En Dos Ríos también debían de estar iluminadas todas las casas con todas las lámparas y velas disponibles hasta el amanecer del segundo día. La mayoría de la servidumbre de palacio se encontraba en las calles, y los pocos que quedaban parecían estar riendo, bailando y cantando tanto como trabajando. Incluso allí algunas mujeres iban desnudas de cintura para arriba, tanto chiquillas con apenas edad suficiente para tejerse trenzas en Dos Ríos como abuelas canosas. Los Aiel que había en los corredores se mostraban asqueados cuando reparaban en ello, cosa que, en realidad, no parecía ocurrir muy a menudo. Las Doncellas en particular estaban furiosas, aunque Perrin sospechaba que no tenía nada que ver con que las cairhieninas mostraran sus encantos de ese modo; desde que Rand se había marchado las Doncellas se comportaban de una forma que cada vez se parecía más a la de unas gatas rabiosas sacudiendo las colas.

Perrin recorrió los pasillos sin esconderse, para variar. Casi deseó que Berelain se hiciese la encontradiza. La imagen que pasó fugazmente por su cabeza fue la de él agarrándola de la nuca con los dientes y sacudiéndola hasta que estuviera presta a huir con el rabo entre las piernas. Tal vez fue una suerte que llegase a sus aposentos sin haberle visto el pelo a la Principal.

Faile estuvo a punto de levantar la vista del tablero de damas cuando él entró; Perrin estaba seguro de ello. Todavía exhalaba olor a celos, pero no era ése el más intenso; el de la ira lo superaba, aunque no demasiado, y el más fuerte era un apagado efluvio que identificó como decepción. ¿Por qué estaba decepcionada con él? ¿Por qué no le hablaba? Una sola palabra que simplemente insinuara una vuelta a lo que había sido antes, y él se pondría de rodillas dispuesto a aceptar la culpa de cualquier cosa que ella quisiera echarle encima. Pero ella se limitó a mover una ficha negra.

—Te toca, Loial —dijo—. ¡Loial!

Las orejas del Ogier se agitaron con nerviosismo, y sus largas cejas cayeron fláccidas sobre sus mejillas. Puede que Loial no tuviera el menor sentido del olfato —en fin, no mejor que el de Faile, por decirlo de algún modo— pero sí notaba el estado de ánimo de la gente en circunstancias en que ningún humano se apercibiría de nada. Cuando Faile y él estaban en la misma habitación, era como si Loial quisiera ponerse a gritar. Ahora se limitó a soltar un suspiro que semejaba una ráfaga de viento en una cueva, y movió una ficha blanca en una casilla donde empezaría a comerse la mayor parte de las fichas de Faile si ella no se daba cuenta de la maniobra. Probablemente lo haría; ella y el Ogier eran jugadores muy igualados, mucho mejores que Perrin.

Sulin entró y se dirigió a la puerta del dormitorio llevando una almohada en los brazos; miró con aire exasperado a Faile y a él. Sulin le recordaba a Perrin una loba que ya había llegado a su límite aguantando que los cachorros le mordieran la cola en

sus juegos. También olía a preocupación. Y a miedo, curiosamente, si bien Perrin no entendía por qué tenía que parecerle extraño el hecho de que una sirvienta de cabello blanco oliera a miedo, aun tratándose de una mujer con el rostro curtido y marcado de cicatrices como Sulin.

Cogió un libro encuadernado en cuero y estampaciones doradas, se sentó en una silla y abrió el volumen. Sin embargo no leyó; ni siquiera veía el libro para saber cuál había cogido. Inhaló profundamente, desechando cualquier efluvio salvo los de Faile. Desilusión, cólera, celos y, debajo de eso, por debajo incluso del tenue y fresco aroma a hierbas del jabón que usaba, estaba el propio de ella. Perrin lo olió con ansia. Una palabra; era todo cuanto Faile tenía que decir.

Cuando sonó una llamada en la puerta, Sulin salió del dormitorio agitando las faldas del uniforme rojo y blanco y los miró, ceñuda, a Faile, a Loial y a él como preguntándose por qué no había contestado alguno de los tres. Puso un gesto de desprecio cuando vio a Dobraine —hacía eso a menudo desde que Rand se había marchado— pero después respiró hondo como si quisiera recobrar la compostura y obviamente se obligó a adoptar una sumisión casi exasperante. Su profunda reverencia habría sido adecuada para un rey que disfrutase siendo un tirano, y así permaneció, con la cara casi pegada al suelo. De repente empezó a temblar. El efluvio de su rabia se diluyó e incluso el de preocupación quedó arrollado por un olor punzante como miles de agujas. Perrin ya había olido en ella la vergüenza con anterioridad, pero esta vez habría jurado que la mujer se moriría por ello. Percibía el agridulce efluvio que las mujeres exudaban cuando lloraban por una intensa emoción.

Por supuesto, Dobraine ni siquiera la miró. En cambio sus hundidos ojos estudiaron a Perrin con gesto serio, incluso sombrío, bajo la afeitada y empolvada frente. El cairhienino no olía ni pizca a alcohol y no tenía aspecto de haber estado bailando. La única vez que Perrin había coincidido con él pensó que el hombre olía a recelo; no a miedo, sino como si fuera caminando entre la maleza enmarañada de un bosque lleno de serpientes venenosas. En ese momento dicho olor era diez veces más intenso.

—Que la gracia os sea propicia, lord Aybara —saludó Dobraine al tiempo que inclinaba la cabeza—. ¿Podría hablar con vos a solas?

Perrin dejó el libro en el suelo, junto a la silla, y señaló otra que había enfrente.

—Que la Luz os ilumine, lord Dobraine —respondió. Si el hombre quería andarse con formulismos él podía ser tan ceremonioso como el que más. Empero todo tenía un límite—. Lo que quiera que deseéis decirme, mi esposa puede oírlo. No tengo secretos para ella. Y Loial es mi amigo.

Sintió la mirada de Faile clavada en él. El repentino aroma a ella por poco lo marea de tan intenso. Por alguna razón, asociaba ese olor con el amor que su mujer le profesaba; en los instantes de mayor ternura o cuando sus besos eran más ardientes

aquel efluvio casi lo abrumaba. Se le pasó por la cabeza decirle a Dobraine que se marchara —y también a Loial y a Sulin; si Faile olía así, sin duda podría arreglarlo todo de algún modo—, pero el cairhienino ya estaba tomando asiento.

—Un hombre que tiene una esposa en la que puede confiar, lord Aybara, ha sido favorecido por la gracia más allá de cualquier riqueza material. —Con todo, Dobraine la miró antes de continuar—. Cairhien ha sufrido hoy dos desgracias. Esta mañana, lord Maringil ha sido hallado muerto en su cama, al parecer envenenado. Y sólo un poco después el Gran Señor Meilan aparentemente ha caído víctima de la espada de un asaltante en la calle. Algo realmente inusitado durante la Fiesta de las Luces.

—¿Por qué me contáis esto? —inquirió lentamente Perrin.

—Sois amigo del lord Dragón —respondió Dobraine—, y él no está aquí. —Vaciló y, cuando continuó, dio la impresión de que se obligaba a pronunciar las palabras—. Anoche, Colavaere cenó con invitados de varias casas menores: Daganred, Chuliandred, Annallin, Osiellin y otros. Poco importantes individualmente, pero numerosos. El tema que se trató fue la alianza con la casa Saighan y el apoyo a Colavaere para ocupar el Trono del Sol. No se esforzó gran cosa en ocultar la reunión. —De nuevo hizo una pausa, sopesando a Perrin con la mirada. Viese lo que viese, aparentemente creyó necesario ampliar la explicación—. Esto es muy extraño porque tanto Maringil como Meilan deseaban el trono y cualquiera de ellos habría hecho que la asfixiaran con su propia almohada de haberse enterado de sus pretensiones.

Perrin lo entendió por fin, aunque no la razón de que el hombre necesitara andarse con tantos rodeos. Ojalá Faile interviniera en la conversación; ella era mucho mejor en este tipo de cosas que él. La veía por el rabillo del ojo, con la cabeza inclinada sobre el tablero y observándolo de reojo.

—Si creéis que Colavaere ha perpetrado algún crimen, deberíais acudir a… A Rhuarc. —Había estado a punto de decir que recurriera a Berelain, pero aunque rectificó a tiempo el tufillo a celos se incrementó ligeramente en el olor de Faile.

—¿A ese salvaje Aiel? —resopló con sorna Dobraine—. Mejor sería Berelain y no demasiado. Admito que esa mujerzuela mayeniense sabe cómo dirigir una ciudad, pero piensa que todos los días se celebra la Fiesta de las Luces. Colavaere la hará trocear y cocinar con pimientos. Sois amigo del Dragón Renacido. Colavaere… —Esta vez enmudeció porque finalmente se había dado cuenta de que Berelain había entrado en la habitación sin llamar, con algo largo y estrecho, envuelto en una manta, apoyado en los brazos.

Perrin había oído el suave chasquido de la manilla de la puerta y, al ver a la Principal, con el bajo escote mostrando los senos hasta la mitad, la ira lo embargó de tal modo que borró todo lo demás. ¿Esa mujer venía allí, trayendo sus coqueteos delante de su esposa? La rabia hizo que se incorporara bruscamente y sus manos

dieron una palmada que sonó como un trueno.

—¡Fuera! ¡Marchaos de aquí, mujer! ¡Fuera ahora mismo! ¡Fuera u os sacaré a empujones yo mismo y os mandaré tan lejos que rebotaréis en el suelo!

Berelain dio tal respingo con el primer grito que dejó caer el bulto que llevaba y retrocedió un paso, con los ojos desorbitados, aunque no se marchó. Cuando acababa de pronunciar la última palabra Perrin se dio cuenta de que todos lo miraban. El semblante de Dobraine parecía impasible, pero su efluvio era de absoluta estupefacción, tan marcado como una aguja pétrea en medio de una llanura. Las orejas de Loial estaban tan erguidas como esa misma aguja, y su boca no podía abrirse más. Y Faile, esbozando aquella fría sonrisa… Perrin no entendía nada. Había esperado las oleadas de celos con Berelain allí delante, pero ¿por qué exudaba un olor igualmente intenso a sentirse dolida?

De repente Perrin reparó en el bulto que Berelain había soltado. La manta se había abierto y había dejado a la vista la espada de Rand y el cinturón con la hebilla del dragón. ¿Cómo se iba a dejar eso Rand? A Perrin le gustaba reflexionar las cosas con calma; cuando se actuaba de manera precipitada uno podía hacer daño a otros sin querer. Pero aquella espada tirada en el suelo fue como el impacto de un rayo. Trabajar en la forja con prisas era una estupidez y un descuido, pero Perrin sintió que el vello de la nuca se le erizaba y un sordo gruñido resonó en su garganta.

—¡Se lo han llevado! —gimió de repente, inopinadamente, Sulin. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados prietamente soltó un gemido; el sonido de su voz bastó para hacer temblar a Perrin—. ¡Las Aes Sedai se han llevado a mi primer hermano! —Las lágrimas se deslizaron, brillantes, por sus mejillas.

—Tranquilízate, buena mujer —ordenó firmemente Berelain—. Ve al dormitorio y cálmate. —Luego se volvió hacia Perrin y Dobraine—. No podemos permitir que haga correr la voz de…

—No me reconoces —la interrumpió salvajemente Sulin—, con este vestido y el pelo más largo. Habla de mí otra vez como si no estuviese presente y te daré un poco de la misma medicina que según he oído te hizo tragar Rhuarc en la Ciudadela de Piedra y que tendría que haber seguido administrándote desde entonces.

Perrin intercambió una mirada desconcertada con Dobraine y Loial, incluso con Faile antes de que su mujer eludiera los ojos. Berelain, por otro lado, se puso pálida y colorada alternativamente; su olor era de pura vergüenza, sintiéndose rebajada e insignificante.

Sulin se dirigió hacia la puerta en cuatro zancadas y la abrió bruscamente antes de que nadie pudiera hacer un solo movimiento; Dobraine hizo intención de ir tras ella, pero entonces una joven Doncella de cabello rubio que pasaba por el corredor vio a Sulin y esbozó una sonrisa divertida.

—¡Más te vale que borres ese gesto idiota de tu cara! —espetó Sulin. Sus manos

parecían estar moviéndose, tapadas por el cuerpo para quienes estaban dentro de la habitación. La sonrisita de Luaine se borró de inmediato—. Dile a Nandera que venga aquí enseguida. Y a Rhuarc. Y tráeme un *cadin'sor* y tijeras para cortarme el pelo como es debido. ¡Corre, mujer! ¿Eres *Far Dareis Mai* o un *Shae'en M'taal*?

La rubia Doncella salió disparada, y Sulin regresó al interior de la sala al tiempo que asentía con aire satisfecho y cerraba de un portazo. Faile estaba boquiabierta.

—La gracia nos ha sido propicia —gruñó Dobraine—. No le ha dicho nada a la Aiel. Debe de estar loca. Podemos decidir qué contarles después de que la hayamos atado y amordazado. —Se movió como si se dispusiera a hacerlo e incluso sacó un pañuelo verde del bolsillo de la chaqueta, pero Perrin lo sujetó del brazo.

—Ella es Aiel, Dobraine —explicó Berelain—. Una Doncella Lancera. No entiendo lo del uniforme.

Sorprendentemente, ahora fue Berelain la que recibió una mirada de advertencia de Sulin.

Perrin exhaló lentamente. ¡Y pensar que había querido proteger a la mujer de pelo blanco de Dobraine! El cairhienino lo miró con gesto inquisitivo y levantó un poco la mano en la que tenía el pañuelo verde; por lo visto todavía era partidario de amordazarla y atarla. Perrin se interpuso entre los dos y recogió la espada de Rand.

—Quiero estar seguro. —De repente cayó en la cuenta de que sus pasos lo habían llevado muy cerca de Berelain. Ésta miró a Sulin con inquietud y se desplazó más hacia él, como si buscase protección, pero su efluvio era decidido, no intranquilo; olía como un cazador—. No me gusta sacar conclusiones precipitadas —agregó, dando unos pasos hasta situarse junto a la silla de Faile. No se movió deprisa; simplemente era un hombre que se quedaba de pie al lado de su mujer—. Esta espada no prueba realmente nada.

Faile se levantó y rodeó la mesa para asomarse al tablero de juego sobre el hombro de Loial; en fin, más bien era por detrás del codo. También Berelain se desplazó… hacia Perrin. Todavía echaba ojeadas temerosas a Sulin sin emitir el menor asomo de olor a miedo, y alzó una mano como si tuviese intención de cogerse de su brazo. Perrin se movió en pos de Faile, tratando de hacer que pareciese algo casual.

—Rand dijo que tres Aes Sedai no podían hacerle daño si estaba atento —continuó. Faile se deslizó alrededor de la mesa, por el otro lado, hasta volver a la silla—. Tengo entendido que en ningún momento permitió que se le acercasen más. —Berelain lo siguió, con miradas lastimeras dirigidas a él y otras temerosas destinadas a Sulin—. Me han dicho que acudieron únicamente tres el día que Rand se marchó.

Fue en pos de Faile, esta vez un poco más deprisa. Ella volvió a levantarse de la silla y regresó junto a Loial. El Ogier tenía la cabeza apoyada en las manos y gemía suavemente; suavemente, se entiende, para alguien de su raza. Berelain lo siguió; sus

ojos, ya de por sí grandes, estaban muy abiertos, ofreciendo la viva imagen de una mujer que busca protección. ¡Luz, cómo olía a determinación!

Perrin giró sobre sus talones y se plantó frente a ella; puso los tensos dedos sobre el pecho de la mujer y empujó con bastante fuerza para hacerle soltar un corto chillido.

—¡Quieta ahí, no os mováis ni un centímetro! —De repente se dio cuenta de dónde tenía puestos los dedos y retiró la mano como si se hubiese quemado. Sin embargo, se las arregló para mantener la voz firme—. ¡Quedaos ahí!

Se retiró de la mujer asestándole una mirada tan dura que habría podido hender un muro de piedra con ella. Entendía que el olor a celos de Faile fuera como un humo llenándole la nariz, pero ¿por qué, por qué, por qué olía a sentirse dolida aun más que antes?

—Pocos hombres pueden hacerme obedecer, pero tú eres uno de ellos —rió quedamente Berelain. Su semblante, su tono y, lo que era más importante, su olor, se habían tornado serios—. Fui a registrar los aposentos del lord Dragón porque estaba asustada. Todos sabíamos que las Aes Sedai habían venido para escoltarlo a Tar Valon y no lograba entender por qué habían renunciado a ello. Yo misma recibí no menos de diez visitas de diversas hermanas, advirtiéndome de lo que debería hacer cuando él regresara a la Torre con ellas. Parecían muy seguras. —Vaciló y, aunque no miró a Faile, Perrin tuvo la sensación de que estaba planteándose si decir algo delante de ella. Y delante de Dobraine también, pero principalmente de Faile. El olor a cazador volvió—. Me dio la clara impresión de que debería regresar a Mayene porque de lo contrario podría ser escoltada hasta allí.

Sulin masculló algo entre dientes, pero el fino oído de Perrin captó sus palabras: «Rhuarc es un necio. Si fuese su hija no le quedaría tiempo para hacer otra cosa aparte de azotarla».

—¿Diez? —exclamó Dobraine—. A mí sólo me visitó una. Supuse que se habían desanimado cuando dejé bien claro que había jurado lealtad al lord Dragón. Pero, ya fuesen una o diez, Colavaere es la clave. Ella sabe tan bien como los demás que el lord Dragón piensa entregar el Trono del Sol a Elayne Trakand. —Hizo una mueca—. Elayne Damodred, debería ser. Taringail debió haber insistido en que Morgase adoptase el nombre de Damodred al casarse, en lugar de tomar él el de Trakand; lo necesitaba lo suficiente para acceder a ello. En fin, Elayne Trakand o Elayne Damodred tiene tanto derecho como cualquiera a reclamar el trono, bastante más que Colavaere, pero estoy convencido de que ésta mandó asesinar a Maringil y a Meilan para allanar de trabas y peligros su camino al solio. Jamás se habría atrevido a tanto si hubiese pensado que el lord Dragón regresaría.

—Así que ése era el motivo. —Un ligero y ofendido ceño frunció la frente de Berelain—. Tengo pruebas de que ordenó a un sirviente echar veneno en el vino de

Maringil; fue muy descuidada y yo traje conmigo a dos buenos rastreadores. Sin embargo, ignoraba el móvil. —Inclinó levemente la cabeza, aceptando la admiración que asomaba a los ojos de Dobraine—. Será ahorcada por eso. Si es que hay algún modo de conseguir que el lord Dragón vuelva. Si no, me temo que todos nosotros tendremos que buscar un modo de seguir con vida.

Los dedos de Perrin se ciñeron prietamente sobre la vaina de piel de cerdo.

—Lo traeré de vuelta —gruñó. Dannil y el resto de los hombres de Dos Ríos debían de estar todavía a mitad de camino de Cairhien, retrasados por las carretas, pero quedaban los lobos—. Aunque tenga que ir solo, lo traeré de vuelta.

—Solo no —dijo Loial con un tono severo—. Solo nunca mientras yo esté aquí, Perrin. —De repente sus orejas se agitaron en un gesto de azoramiento; siempre parecía sentirse azorado cuando alguien lo veía actuar con arrojo—. Después de todo, mi libro no tendría un buen final si Rand es hecho prisionero en la Torre. Y difícilmente puedo escribir sobre su rescate si no me encuentro allí.

—No iréis solos, Ogier —manifestó Dobraine—. Puedo tener quinientos hombres de confianza a mis órdenes mañana. Ignoro si tendremos alguna oportunidad contra seis Aes Sedai, pero siempre hago honor a mis juramentos. —Miró a Sulin mientras toqueteaba el pañuelo que todavía sostenía en la mano—. Empero ¿hasta qué punto podemos fiarnos de los salvajes?

—¿Hasta qué punto podemos fiarnos de los Asesinos del Árbol? —demandó Sulin en un tono tan seco y duro como ella misma mientras entraba sin llamar. Rhuarc, que olía a sombría determinación, venía con ella. Y también Amys, con aquel rostro juvenil y tan frío como cualquier Aes Sedai enmarcado incongruentemente por el pelo blanco; y Nandera, que apestaba a mortífera cólera y que traía un bulto de ropas pardas y verdes.

—¿Lo sabéis? —pregunto Perrin con incredulidad.

Nandera lanzó el bulto a Sulin.

—Ya era hora de que dieras por cumplido tu plazo de *toh* —le dijo a la otra Doncella—. Casi seis semanas, todo un mes y medio. Incluso los *gai'shain* opinan que tu orgullo es demasiado fuerte.

Las dos mujeres desaparecieron en el dormitorio.

Un tufillo irritado emanó de Faile no bien Perrin hubo hablado. «Lenguaje de señas de las Doncellas», musitó en voz tan baja que sólo él pudo oírla. Perrin le dedicó una mirada de agradecimiento, pero su mujer parecía concentrada en el tablero de juego. ¿Por qué no participaba en la conversación? Daba buenos consejos y él le agradecería cualquiera que tuviera a bien ofrecerle. Faile movió una ficha y lanzó una mirada ceñuda a Loial, que estaba pendiente de Perrin y de los demás. Perrin contuvo un suspiro.

—Me importa poco quién se fía de quién —manifestó fríamente—. Rhuarc,

¿estás dispuesto a enviar a tus Aiel contra unas Aes Sedai? Son seis. Sin embargo, cien mil Aiel les darían que pensar. —La cifra que salió de su boca lo hizo parpadear; un ejército de diez mil hombres no era nada desdeñable, pero Rand había hablado de cien mil y lo que Perrin había visto del campamento Aiel en las colinas parecía confirmarlo. Para su sorpresa, Rhuarc emitió un efluvio a indecisión.

—Tantos es imposible —contestó lentamente el jefe de clan, que hizo una pausa antes de proseguir—. Esta mañana llegaron corredores. Los Shaido se están moviendo hacia el sur desde la Daga del Verdugo de la Humanidad en gran número. Tal vez tenga suficientes para detenerlos, porque al parecer no vienen todos, pero si prescindo de tantas lanzas todo lo que se ha hecho hasta ahora aquí habrá sido en vano. Como poco, los Shaido habrán saqueado la ciudad mucho antes de que hayamos regresado. ¿Quién sabe hasta dónde podrían llegar, incluso en otros países, y a cuántas personas se llevarían afirmando que son *gai'shain*?

Un intenso tufo a desprecio emergió del jefe de clan al decir esto último, pero Perrin no lo entendió. ¿Qué importaba cuántas tierras habría que reconquistar o incluso cuántas personas podrían morir —esa idea acudió a su mente dolorosa, renuentemente— contra el alcance de que a Rand, el Dragón Renacido, se lo llevaran prisionero a Tar Valon?

Sorilea había estado observando a Perrin. Los ojos de las Sabias a menudo obraban en él el mismo efecto que los de las Aes Sedai: ser consciente de que estaban sopesándolo hasta el último gramo y midiéndolo hasta el último centímetro. Sorilea lo hizo sentirse como un arado roto que se hubiera desmontado, cada pieza separada y examinada para ver si había que repararla o reemplazarla.

—Cuéntale todo, Rhuarc —instó la Sabia en tono cortante.

Amys puso una mano en el brazo del jefe de clan.

—Tiene derecho a saberlo, sombra de mi corazón. Es medio hermano de Rand al'Thor. —Su voz sonaba suave. Su olor denotaba firmeza; mucha firmeza.

Rhuarc asestó una mirada dura a las Sabias y a Dobraine otra despectiva. Finalmente se puso muy erguido.

—Sólo puedo disponer de Doncellas y *siswai'aman*. —A juzgar por su tono y su olor habría preferido perder un brazo que pronunciar aquellas palabras—. Demasiados de los demás no danzarán las lanzas con Aes Sedai.

Dobraine frunció los labios en un gesto desdeñoso.

—¿Cuántos cairhieninos lucharían contra Aes Sedai? —preguntó Perrin sin alzar la voz—. Contra seis Aes Sedai. Y todo cuanto tenemos para combatirlas es acero. —¿Cuántas Doncellas y de esos «sis lo que fuera» podría reunir Rhuarc? Qué más daba; siempre quedaban los lobos. ¿Cuántos lobos morirían?

La mueca desdeñosa se borró de los labios de Dobraine.

—Yo lo haré, lord Aybara —respondió, envarado—. Yo y mis quinientos

hombres, aunque en lugar de seis fueran sesenta Aes Sedai.

Hasta la risa de Sorilea sonaba como una piel curtida al estrujarla entre los dedos.

—No temas a las Aes Sedai, Asesino del Árbol —le dijo. De repente, sorprendentemente, una minúscula llama tituló en el aire ante ella. ¡Podía encauzar!

La Sabia hizo desaparecer la llamita cuando empezaron a elaborar planes, pero permaneció muy presente en la mente de Perrin. Pequeña, titilante, débil, pero de algún modo había parecido una declaración de guerra más fuerte que el toque de trompetas; una guerra a muerte.

—Si cooperas —dijo coloquialmente Galina—, la vida será mucho más agradable para ti.

La muchacha le sostuvo la mirada con aire obstinado y rebulló en la banqueta, todavía un tanto dolorida. Estaba sudando a mares a pesar de tener quitada la chaqueta. Debía de hacer mucho calor en la tienda; a veces Galina se olvidaba por completo de la temperatura. No por primera vez, se preguntó sobre esta Min o Elmindreda o como quiera que se llamase. La primera vez que Galina la había visto la chica vestía como un hombre e iba en compañía de Nynaeve al'Meara y Egwene al'Vere. Y también Elayne Trakand; pero las dos primeras estaban vinculadas con al'Thor. La segunda vez, Elmindreda había sido el tipo de mujer que Galina detestaba, luciendo vestidos recargados, llenos de volantes y puntillas, suspirando con coquetería y literalmente bajo la protección de Siuan Sanche. Galina no entendía cómo Elaida había sido tan necia de dejarla marchar de la Torre. ¿Qué conocimientos se escondían en la mente de esa chica? A lo mejor Elaida no se ocupaba de ella de inmediato; utilizada adecuadamente, la chica podría permitirle a Galina echar la red a Elaida como si fuese un pájaro. Creyera lo que creyese Alviarin, Elaida se había convertido en una de esas Amyrlin firmes y capaces que aferraban las riendas de todo con mano de hierro; atraparla seguramente debilitaría también a la Guardiana. Utilizada adecuadamente ahora mismo…

Un cambio en los flujos que había estado percibiendo hizo que Galina se sentara erguida.

—Volveremos a hablar cuando hayas tenido tiempo de pensar un poco las cosas, Min. Plantéate seriamente cuántas lágrimas se merece un hombre.

Una vez fuera de la tienda, Galina se dirigió bruscamente al fornido Gaidin que estaba de guardia:

—Vigílala bien esta vez.

Carilo no estaba de servicio cuando había ocurrido el incidente de la noche anterior, pero había muchos niños mimados entre los Guardianes. Si no quedaba más remedio que existieran, al menos había que tratarlos como soldados y nada más.

Haciendo caso omiso de la reverencia de él, se alejó de la tienda buscando a

Gawyn. Ese joven había estado encerrado en sí mismo y muy callado desde la captura de al'Thor. Galina no estaba dispuesta a que lo echara todo a perder por querer vengar a su madre. Localizó a Gawyn montado en su caballo al borde del campamento, hablando con un puñado de esos chicos que se hacían llamar los Cachorros.

Aquella jornada habían parado pronto por necesidad, y el sol de la tarde alargaba las sombras de tiendas y carretas junto a la calzada. Un terreno de ondulada llanura y suaves colinas rodeaba el campamento; la única vegetación que se veía eran algunas arboledas dispersas, en su mayoría pequeñas y poco densas. Treinta y tres Aes Sedai con su servidumbre —y Guardianes; nueve eran Verdes, sólo trece Rojas y el resto Blancas, el Ajah al que Alviarin había pertenecido— formaban un campamento de tamaño considerable aun sin contar a Gawyn y sus soldados. Varias hermanas se encontraban de pie fuera de las tiendas observando atentamente, ya que debían de haber sentido lo mismo que Galina. El foco de atención eran siete Aes Sedai, seis de ellas sentadas en banquetas alrededor de un arcón forrado de latón que se había colocado en un punto donde le estaría dando el sol hasta que éste se metiera. La séptima era Erian; no se había alejado mucho del arcón desde que habían vuelto a meter a al'Thor en él la noche anterior. Se le había permitido salir una vez que dejaron atrás Cairhien, pero Galina sospechaba que Erian iba a hacer que ese hombre deseara pasar el resto del viaje metido en la caja.

La Verde se volvió hacia ella tan pronto como se acercó. Erian era muy hermosa normalmente, su rostro un exquisito óvalo pálido, pero ahora sus mejillas estaban sofocadas como lo habían estado casi de manera constante desde la noche anterior, y sus bellos ojos oscuros tenían un cerco rojizo.

—Intentó romper el escudo otra vez, Galina. —La cólera mezclada con el desprecio por la estupidez del hombre hacía su voz áspera y pastosa—. Hay que castigarlo de nuevo y quiero ser yo quien lo haga.

Galina vaciló. Sería mucho mejor castigar a Min; eso sí que acabaría con la resistencia de al'Thor. Desde luego se había enfurecido mucho cuando vio que se la castigaba por su estallido de rabia de la noche anterior, que a su vez se había producido al ver que se lo castigaba a él. Todo el incidente había empezado porque al'Thor descubrió que Min estaba en el campamento, después de que uno de los Guardianes dejara que la chica saliera a pasear en la oscuridad en lugar de mantenerla confinada en su tienda. ¿Quién habría imaginado que al'Thor, escudado y rodeado, se habría puesto tan furioso? No sólo había tratado de romper el escudo, sino que había matado a un Guardián sin más armas que sus propias manos y herido gravemente a otro con la espada del hombre muerto, hasta el punto de que el segundo expiró durante la Curación. Y todo ello en los breves segundos que las hermanas necesitaron para salir de la estupefacción e inmovilizarlo con el Poder.

Si hubiera sido por ella, Galina habría reunido a las otras hermanas Rojas y habría

amansado a al'Thor hacía días. Puesto que eso lo tenían prohibido, lo entregaría en la Torre indemne siempre y cuando se mostrara razonablemente civilizado. Incluso ahora, la eficiencia era lo que le interesaba y lo eficaz sería llevar a Min allí y dejar que él la oyese aullar y llorar otra vez, que supiera que era la causa de su dolor. Pero la casualidad había querido que los dos Guardianes pertenecieran a Erian. La mayoría de las hermanas pensarían que tenía todo el derecho. Y Galina quería que la Verde illiana con aspecto de muñeca descargara la ira y recobrara la calma cuanto antes. Era mucho mejor hacer el resto del viaje contemplando aquel rostro de porcelana sereno.

Galina asintió.

Rand parpadeó cuando de repente la luz inundó el interior del arcón. No pudo evitar hacer una mueca y encogerse; sabía lo que le esperaba. Lews Therin se quedó callado y quieto. Rand mantenía el vacío por los pelos, pero aun así sintió cómo todos sus músculos se contraían, agarrotados, cuando lo pusieron de pie. Apretó los dientes y trató de no cerrar los ojos con fuerza ante lo que parecía la luz más brillante de un mediodía. El aire le resultó maravillosamente fresco; su camisa empapada se le pegaba al cuerpo, que chorreaba sudor. Ninguna cuerda lo inmovilizaba, pero ni siquiera habría podido dar un paso aunque en ello le fuera la vida. Hasta que no vio lo bajo que estaba el sol no comprendió cuánto tiempo había pasado dentro del arcón, con la cabeza entre las rodillas, en un charco de su propio sudor.

Sin embargo, el sol sólo mereció su atención brevemente. De manera involuntaria sus ojos fueron hacia Erian incluso antes de que la mujer se plantara delante de él. La baja y esbelta hermana alzó la vista hacia su rostro, los oscuros ojos rebosantes de furia, y faltó poco para que Rand se encogiera otra vez. A diferencia de la noche anterior, esta vez no dijo una palabra y se limitó a empezar.

El primer golpe invisible se descargó sobre sus hombros; el segundo, en el pecho; el tercero, en la parte posterior de los muslos. El vacío se tambaleó. Aire. Sólo Aire. Así sonaba menos. Cada impacto era como un latigazo, no obstante, manejado por un brazo más fuerte que el de cualquier hombre. Antes de que la Aes Sedai iniciara el castigo, Rand ya tenía el cuerpo cubierto de verdugones desde los hombros hasta las rodillas. Había sido consciente de ellos y no tan débilmente como hubiese deseado; incluso dentro del vacío habría deseado romper a llorar. Después de que el vacío se desmoronó, quiso aullar.

En lugar de ello, apretó los dientes. A veces se le escapaba un gruñido y, cuando tal cosa ocurría, Erian redoblaba sus esfuerzos como si quisiera oír más. Rand rehusó rendirse. No podía evitar sufrir una sacudida con cada golpe del invisible látigo, pero no iba a darle ninguna otra satisfacción a esa mujer. Clavó sus ojos en los de ella, negándose a desviar la mirada, a parpadear.

«Maté a mi Ilyena», gemía Lews Therin cada vez que se descargaba uno de los

golpes.

Rand entonaba su propia letanía a cada golpe. El látigo cruzando su pecho: «Esto me ocurre por fiarme de unas Aes Sedai». El fuego desgarrando su espalda: «Nunca jamás; ni un ápice; ni un pelo». Como el tajo de una afilada cuchilla: «Esto ocurre por confiar en Aes Sedai».

Creían que podían doblegarlo. ¡Creían que podían forzarlo a que se arrastrara ante Elaida! Se obligó a hacer lo más difícil que había hecho en su vida: sonrió. Ni que decir tiene que el gesto sólo estaba en sus labios, pero miró a Erian a los ojos y sonrió. Los de ella se abrieron desmesuradamente y luego la Aes Sedai siseó. Los azotes empezaron a caer por todos los lados a la vez.

El mundo se redujo a dolor y a fuego. Rand no veía, sólo sentía. Dolor agónico e infierno. Por alguna razón fue consciente de que sus manos temblaban incontrolablemente bajo las invisibles ataduras, pero se concentró en mantener prietos los dientes. «Esto ocurre por… ¡No gritaré! ¡No grita…! ¡Nunca más, ni en un millón de…! ¡Ni un milímetro, ni un cabello! ¡Nunca jam…! ¡No lo haré! ¡Nunca ja…! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡NUNCA!»

Lo primero fue percibir la respiración. El aire penetró a bocanadas por las aletas de su nariz. Era un montón de carne doliente, abrasada por el fuego, pero los golpes habían cesado. La idea se abrió paso en su mente casi como una sacudida: el final de algo que una parte de él había dado por hecho que jamás acabaría. Percibió sabor a sangre en la boca y entonces se dio cuenta de que las mandíbulas le dolían tanto como el resto del cuerpo. Bien. No había gritado. Los músculos faciales estaban agarrotados en un nudo de crispación; sería todo un esfuerzo abrir la boca aun en el caso de que quisiera hacerlo.

La vista fue el último sentido que recuperó y, cuando ocurrió, se preguntó si el dolor le estaba haciendo ver alucinaciones. Entre las Aes Sedai se hallaba un grupo de Sabias, ajustándose los chales y contemplando a las hermanas con toda la arrogancia que podían mostrar. Cuando decidió que eran reales —a menos que estuviera sumido en una de sus fantasías, inducido por Galina— la primera idea que le vino a la mente fue el rescate. De algún modo las Sabias habían… Era imposible, pero de algún modo lo… Entonces reconoció a la mujer que hablaba con Galina.

Sevanna caminó hacia él, su boca llena y ansiosa esbozando una sonrisa. Aquellos ojos, verde pálido, enmarcados por el cabello que semejaba oro hilado. Rand habría preferido mirar la cara de un lobo rabioso. Había algo extraño en la postura de la mujer, inclinada ligeramente hacia adelante y los hombros echados hacia atrás. Lo estaba mirando a los ojos. De repente, y a pesar del dolor que lo martirizaba, sintió ganas de reír; lo habría hecho si hubiese estado seguro de que sería ése el sonido que habría salido de su boca al abrirla. Aquí estaba, prisionero, azotado hasta el borde de la muerte, con los verdugones ardiendo y el sudor escociéndole, y

una mujer que sin duda lo odiaba, que probablemente lo culpaba por la muerte de su amante, ¡trataba de comprobar si él bajaría la vista al escote de su blusa!

Lentamente, ella le pasó una uña por la garganta —de hecho, alrededor del cuello, hasta donde llegaba— como imaginando que le cortaba la cabeza. Muy adecuado, considerando el final de Couladin.

—Lo he visto —manifestó ella con un tono satisfecho y un leve estremecimiento de placer—. Habéis cumplido vuestra parte del trato y yo he cumplido la mía.

Entonces las Aes Sedai volvieron a doblarlo y lo empujaron de vuelta al interior del arcón, con la cabeza entre las rodillas, hecho un ovillo sobre el charco de sudor del fondo. La tapa se cerró y la oscuridad lo envolvió.

Sólo entonces movió las mandíbulas hasta que pudo abrir la boca y soltó un largo y trémulo suspiro. Ni siquiera había tenido la seguridad de ser capaz de contener los gemidos en ese momento. ¡Luz, se sentía como si estuviese envuelto en llamas!

¿Qué estaría haciendo allí Sevanna? ¿A qué trato se había referido? No. Estaba bien saber que existía alguna clase de acuerdo entre la Torre y los Shaido, pero preocuparse por ello debía dejarlo para más adelante. Ahora debía preocuparse por Min. Tenía que liberarse. Habían hecho daño a Min. Aquella idea era tan sombría que casi amortiguó el dolor. Casi.

Sumergirse de nuevo en el vacío fue un ímprobo esfuerzo, un vadear en un pantano de dolor indescriptible, pero finalmente se halló envuelto en la nada, tanteando en busca del *Saidin*… sólo para encontrar allí a Lews Therin en el mismo instante, como dos pares de manos alargándose hacia algo que sólo él podía coger.

«¡Maldito seas! —gruñó Rand para sus adentros—. ¡Maldito seas! ¡Aunque sólo fuera por una vez podrías colaborar conmigo en lugar de actuar contra mí!»

«¡Eres tú quien colabora conmigo!», espetó Lews Therin.

La impresión fue tal que por poco Rand pierde el control del vacío. Esta vez no cabía duda, no podía ser una equivocación; Lews Therin lo había oído y había contestado. «Podríamos trabajar juntos, Lews Therin.» Él no quería tal cosa; lo que deseaba era que el hombre saliera de su cabeza. Pero estaba Min. Y a saber cuántos días más hasta Tar Valon. De algún modo estaba convencido de que si lo llevaban hasta allí ya no habría más oportunidades para él. Nunca.

Una risa incierta, aprensiva, le respondió. Y después:

«Juntos, sí. Quienquiera que seas». Y la voz y la presencia se desvanecieron.

Rand se estremeció. Doblado sobre sí mismo allí dentro, con la cabeza apoyada en el charco de sudor que seguía creciendo, tiritó.

Poco a poco tendió las manos hacia el *Saidin*… Y, naturalmente, de nuevo topó con el escudo. De todos modos, era eso exactamente lo que había buscado. Lentamente, con mucho tiento, tanteó a lo largo del escudo hasta donde el duro plano de repente se tornaba en seis suaves puntos.

«Blandos —dijo, jadeante, Lews Therin—. Porque ellas están ahí. Nutriendo la barrera. Duros cuando se atan. Nada que hacer mientras están blandos, pero puedo deshacer la red si la anudan. Disponiendo de tiempo.» Permaneció callado tanto rato que Rand pensó que había vuelto a marcharse, pero luego susurró: «¿Eres real?». Y entonces desapareció de verdad.

Cautelosamente, Rand tanteó el escudo hasta los puntos blandos. Hasta seis Aes Sedai. ¿Disponiendo de tiempo? Si lo ataban, cosa que no habían hecho hasta ahora, desde… ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Seis días? ¿Siete? ¿Ocho? Qué más daba. No podía permitirse el lujo de esperar tanto. Cada día que pasaba lo acercaba más a Tar Valon. Mañana intentaría de nuevo romper la barrera; había sido igual que golpear con los puños contra un muro de piedra, pero lo había hecho con todas sus fuerzas. Mañana, cuando Erian lo flagelara —estaba seguro de que sería ella— volvería a sonreír a la mujer y, cuando el dolor llegara a cotas insoportables, dejaría escapar sus gritos. Al día siguiente sólo rozaría el escudo, tal vez lo suficientemente fuerte para que ellas lo notaran, pero sólo eso, y ya no volvería a hacerlo después, tanto si lo castigaban como si no; a lo mejor incluso suplicaba un poco de agua. Le habían dado un poco al amanecer, pero estaba sediento; incluso si le daban de beber más de una vez al día, suplicar serviría. Si para entonces seguía metido en el arcón, tal vez también suplicaría que lo dejaran salir. Creía que lo harían; no era probable que le permitiesen salir mucho tiempo hasta que estuviesen seguras de que había aprendido la lección. Sus músculos agarrotados se estremecieron con la mera idea de pasar allí dentro dos o tres días más. No había espacio para mover ni un dedo, pero su cuerpo lo intentaba. Dos o tres días y se convencerían de que lo habían doblegado. Se mostraría temeroso y evitaría los ojos de cualquiera. Sería un pobre diablo al que podrían dejar salir del arcón sin correr peligro. Más importante aún: un infeliz al que no precisaban seguir vigilando tan estrechamente. Y entonces, tal vez, decidiesen que no hacía falta que hubiera seis hermanas manteniendo el escudo o que podían atar el tejido o… O algo. Necesitaba una brecha. ¡Cualquier cosa!

Era una idea desesperada; entonces se dio cuenta de que estaba riéndose y que no podía parar. Tampoco podía dejar de tantear la barrera, cual un ciego deslizando los dedos desesperadamente sobre un liso y suave cristal.

Galina frunció el entrecejo al seguir con la mirada a las Aiel mientras éstas se marchaban, hasta que coronaron una elevación y desaparecieron por el otro lado. Todas esas mujeres excepto Sevanna eran capaces de encauzar y varias de ellas con mucha fuerza. Sin duda Sevanna habría pensado que estaría más segura rodeada por una docena de espontáneas. Qué idea tan divertida. Estas salvajes eran una pandilla de desconfiadas. Dentro de pocos días volvería a utilizarlas, en la segunda parte del «trato» con Sevanna: la lamentable muerte de Gawyn Trakand y gran parte de sus

Cachorros.

Regresó al centro del campamento y allí encontró a Erian todavía plantada junto al arcón en el que estaba metido al'Thor.

—Está llorando, Galina —dijo fieramente—. ¿Lo oyes? Está… —De repente las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Erian y la mujer se quedó inmóvil, sollozando quedamente mientras sus manos apretujaban, crispadas, la falda.

—Ven a mi tienda —susurró Galina—. Tengo un estupendo té de arándanos y te pondré un paño frío y húmedo en la frente.

Erian sonrió a través de las lágrimas.

—Gracias, Galina, pero me es imposible. Rashan y Bartol me estarán esperando. Me temo que ellos lo están pasando peor que yo. No sólo sienten mi dolor, sino que sufren porque saben mi padecimiento. He de confortarlos.

Tras apretarle afectuosamente la mano, Galina se alejó. La hermana Roja miró, fruncido el entrecejo, el arcón. Era cierto que al'Thor parecía estar llorando; o eso o es que se estaba riendo, y dudaba mucho que fuera esto último. Siguió con la mirada a Erian, que en ese momento desaparecía en el interior de la tienda de sus Guardianes. Sí, al'Thor lloraría. Todavía faltaban un par de semanas o más hasta que llegasen a Tar Valon y a la entrada triunfal planeada por Elaida; sí, por lo menos otros veinte días más. De ahora en adelante, tanto si Erian quería como si no, se lo iba a castigar a diario, al amanecer y al ocaso. Cuando lo entregara en la Torre Blanca, le besaría el anillo a Elaida, hablaría cuando se dirigieran a él y se arrodillaría en un rincón cuando no se lo necesitara. Reafirmándose en su propósito, se dirigió a su tienda para tomar el té de arándanos.

Cuando entraron en la arboleda más amplia, Sevanna se volvió hacia las otras mujeres pensando lo extraordinario que era que pensara en los árboles con tanta indiferencia. Antes de cruzar la Pared del Dragón nunca había visto tantos juntos.

—¿Visteis todas los medios que utilizan para dominarlo? —preguntó, arreglándoselas para que sonara como si hubiese dicho «también» en lugar de «todas».

Therava miró a las otras, que asintieron.

—Podemos tejer todo lo que ellas han hecho —respondió la Sabia.

Sevanna asintió al tiempo que manoseaba el pequeño cubo de piedra, con sus intrincados dibujos cincelados, que guardaba en un bolsillo. El extraño hombre de las tierras húmedas que se lo había dado había dicho que tenía que utilizarlo en ese momento, cuando al'Thor estuviese cautivo. Antes de ver a éste tenía intención de hacerlo así, pero ahora había decidido deshacerse del cubo. Era la viuda de un jefe que había estado en Rhuidean y de un hombre que se había hecho llamar jefe sin hacer aquella visita requerida. Ahora iba a ser la esposa del mismísimo *Car'a'carn*.

Todas y cada una de las lanzas de los Aiel se doblegarían ante ella. En su dedo todavía permanecía la sensación del tacto del cuello de al'Thor, cuando había trazado la línea del dogal que le pondría.

—Ha llegado tu hora, Desaine —dijo.

Por supuesto, Desaine parpadeó con sorpresa y después sólo tuvo tiempo para gritar antes de que las demás empezaran su trabajo. Desaine se había contentado con rezongar sobre la posición de Sevanna, y ésta había aplazado su muerte para el momento en que pudiera sacar mejor provecho de ella. A excepción de Desaine, todas las mujeres presentes la apoyaban firmemente; y había más.

Sevanna contempló con interés lo que las otras Sabias hacían; el Poder Único la fascinaba, todas esas cosas realizadas de manera tan milagrosa, sin esfuerzo. Además, era muy importante que pareciese que lo que se le había hecho a Desaine sólo podía realizarse mediante el Poder. Le pareció en verdad sorprendente que un cuerpo humano descuartizado derramase tan poca sangre.

54



La proyección

Cuando el sol no era más que un fino y brillante gajo en el horizonte oriental, el segundo día de la Fiesta de las Luces vio las calles de Cairhien abarrotadas ya de juerguistas. De hecho, en realidad no se habían quedado vacías en toda la noche. Reinaba un ambiente de frenética celebración y muy pocos dedicaron más de una mirada de pasada al hombre de barba rizada que, con gesto sombrío y el hacha a la cadera, montaba un alto zaino por las calles rectas como flechas que conducían hacia el río. Algunos sí observaron a sus compañeros. Ver un Aiel era corriente en la actualidad, aunque habían abandonado las calles cuando se inició la celebración; sin embargo, no todos los días se veía a un Ogier, más alto que el hombre a caballo, y menos aun a uno que llevara un hacha apoyada al hombro, con un mango casi tan largo como alto era él. La expresión del Ogier hacía que la del hombre barbudo pareciese jovial.

Los barcos atracados en el Alguenya tenían las linternas encendidas, incluido el velero de los Marinos que tantos rumores había levantado, tanto por estar en Cairhien como por permanecer anclado durante tanto tiempo sin apenas tener contacto con tierra. Según los rumores que Perrin había oído, los Marinos desaprobaban los excesos de la fiesta tanto como los propios Aiel; había pensado que Gaul se moriría de la impresión cada vez que veía a un hombre y una mujer besándose. El que la fémina llevara puesta blusa o no al parecer no incomodaba a Gaul ni de lejos tanto como el hecho de que estuvieran besándose donde todo el mundo podía verlos.

Largos embarcaderos de piedra penetraban en la corriente, protegidos entre altos muros, y amarradas a lo largo de ellos había embarcaciones de todo tipo y tamaño, incluidos transbordadores que podían llevar desde un caballo hasta cincuenta, pero Perrin no divisó más de un hombre en cualquiera de ellos. Sofrenó al zaino cuando llegó junto a una embarcación sin mástiles, ancha y más baja que el muelle, de unos diez o doce metros de eslora, que estaba amarrada a los pilotes de piedra del embarcadero. La pasarela estaba colocada. Un hombre grueso, de cabello canoso y que no llevaba camisa puesta, se hallaba sentado en un barril puesto boca abajo en la cubierta; en sus rodillas tenía a una mujer con hebras grises en el cabello y media

docena de bandas de colores a través de la pechera de su vestido oscuro.

—Queremos cruzar —dijo Perrin en voz alta, procurando mirar sólo lo suficiente para ver si la pareja deshacía el abrazo. Aguardó en vano. Perrin lanzó una corona andoreña en la cubierta del transbordador y el sonido de la pesada moneda de oro al brincar sobre las maderas consiguió que el tipo volviera la cabeza—. Queremos cruzar —repitió Perrin mientras hacía saltar sobre la palma de su mano una segunda corona. Al cabo de un momento, añadió una tercera.

El barquero se lamió los labios.

—Tendré que buscar remeros —murmuró, sin apartar los ojos de la mano de Perrin.

Suspirando, éste sacó otras dos monedas del bolsillo; aún recordaba aquellos tiempos en que los ojos se le habrían salido de las órbitas si hubiese poseído una de esas monedas.

El barquero se incorporó de un brinco, de modo que la noble cayó en cubierta sobre el trasero con un ruido sordo, y subió la pasarela a toda prisa.

—Sólo tardaré unos segundos, milord. Sólo un momento —jadeó.

La mujer asestó a Perrin una mirada de reproche y luego se alejó muelle abajo con un aire digno que echó a perder un tanto al frotarse los glúteos; sin embargo, no había llegado muy lejos cuando se recogió los vuelos de la falda y corrió a reunirse con un grupo de bailarines que pasaba por la orilla del río. Perrin la oyó reír.

El barquero tardó algo más de unos segundos, pero por lo visto la promesa del oro había bastado, ya que a poco regresó con hombres suficientes para manejar la mayoría de los largos remos. Perrin se quedó junto al zaino acariciándole el hocico mientras la embarcación se adentraba en la corriente. Todavía no había pensado un nombre para el caballo; el animal procedía de los establos del Palacio del Sol y estaba bien herrado. Las patas delanteras eran blancas hasta las canillas; el animal parecía resistente, un corredor de fondo, pero no tenía ni punto de comparación con *Brioso*.

Llevaba su arco largo de Dos Ríos, desencordado, metido bajo la cincha de la silla en un costado y la aljaba llena de flechas colgada delante de la alta silla de montar, sirviendo de contrapeso a un bulto alargado y estrecho, muy bien envuelto: la espada de Rand. La propia Faile había hecho el paquete y se lo había tendido sin dedicarle una sola palabra. Sí había dicho algo después, cuando Perrin se dio la vuelta al comprender que no recibiría un beso:

«Si caes —había susurrado— recogeré tu espada y la empuñaré».

Perrin no estaba seguro de si Faile quería que lo oyera o no. El olor que exhalaba era tal fárrago de efluvios que no supo interpretarlo.

Sabía que debería estar pensando en el asunto que tenía entre manos, pero Faile se colaba suavemente en su mente una y otra vez. En cierto momento había creído que iba a anunciar que se marchaba con él, y el corazón se le puso en un puño. De haber

ocurrido así, dudaba que hubiese tenido fuerza de voluntad para negárselo —ni eso ni nada después del sufrimiento que le había ocasionado— pero lo que les aguardaba en el camino eran seis Aes Sedai y sangre y muerte. Si Faile moría, Perrin sabía que se volvería loco. Aquel momento surgió cuando Berelain había manifestado que dirigiría ella misma a la Guardia Alada mayeniense en esta persecución; el momento pasó rápidamente y de un modo raro:

—Si abandonas a su suerte la ciudad que Rand al'Thor ha puesto a tu cargo —había dicho quedamente Rhuarc—, ¿cuántos rumores provocará? Si envías a todas tus lanzas, ¿cuántos rumores más habrá? ¿Y qué saldrá de esos rumores?

Había sonado como un consejo y, al mismo tiempo, no lo parecía; algo en la voz del jefe de clan le había dado un carácter mucho más fuerte. Berelain lo había mirado con gesto altanero, emitiendo un olor a obstinación. Poco a poco, el efluvio había desaparecido y la mujer había mascullado para sí misma:

—A veces creo que hay demasiados hombres que pueden… —Sólo resultó audible para Perrin. Luego, sonriendo, la Principal había manifestado en voz alta y con un marcado tono regio—: Me parece un buen consejo, Rhuarc. Creo que lo seguiré.

Lo más chocante, sin embargo, había sido el modo en que los efluvios se combinaron, el del jefe de clan y el de ella. A Perrin le habían recordado el de un lobo adulto y el de un cachorro bastante crecido; un padre indulgente encariñado con su hija, y ella con él, aunque a veces todavía tenía que darle un tirón de orejas para que se comportara como era debido. Empero, lo importante para Perrin fue que vio desaparecer la intención de acompañarlo en los ojos de su mujer. ¿Qué iba a hacer? Si salía con vida de ésta, ¿qué iba hacer?

Al principio de la travesía, los remeros —toscamente vestidos y algunos con el torso desnudo— hicieron chistes groseros, aunque no demasiado poco amistosos, sobre que casi ninguna cantidad de oro pagaba lo que se estaban perdiendo. Reían mientras recorrían la cubierta de atrás adelante y vuelta, manejando las largas pértigas, y todos ellos afirmaban haber estado bailando o besando a una noble. Un tipo larguirucho, de barbilla prominente, aseguró incluso que tenía a una noble teariana en sus rodillas antes de que acudiera a la llamada de Manal, pero nadie creyó tal cosa. Perrin, desde luego, no; los varones tearianos habían echado una ojeada a lo que estaba ocurriendo y se habían lanzado de cabeza a las celebraciones; las tearianas había echado una ojeada y se habían cerrado bajo llave en sus cuartos, con guardias apostados en las puertas.

Bromas y risas no duraron mucho. Gaul se había colocado lo más cerca posible del punto central de la embarcación con una expresión algo fuera de sí en los ojos, y había clavado éstos en la orilla opuesta, puesto de puntillas como si estuviese listo para saltar. Se debía a toda aquella agua, claro está, pero los remeros no podían

saberlo. Y Loial, recostado en el hacha de mango largo que había encontrado en el Palacio del Sol, con la pala adornada profusamente con grabados, grande como la de una segur, continuaba inmóvil como una estatua y su rostro daba realmente la impresión de estar tallado en granito. Los remeros cerraron el pico y manejaron las pértigas con el mayor empeño, sin apenas atreverse a mirar a sus pasajeros. Cuando el transbordador llegó finalmente a un embarcadero de piedra en la ribera occidental del Alguenya, Perrin entregó al propietario —ahora que lo pensaba, esperaba que el hombre fuera en verdad el propietario— el resto el oro ofrecido, además de un puñado de monedas de plata para repartirlas entre los remeros, para recompensarlos por el miedo que habían pasado a costa de Loial y de Gaul. El gordo barquero se retiró de un brinco nada más cogerle las monedas e hizo una reverencia tan pronunciada, a pesar de su orondo cuerpo, que casi se tocó las rodillas con la cabeza. A lo mejor los rostros de Gaul y Loial no eran los únicos que inspiraban miedo.

Enormes edificios sin ventanas se alzaban rodeados por andamiajes de madera, las piedras ennegrecidas y desmoronadas en muchos puntos. Los graneros habían sido incendiados en los disturbios de hacía tiempo y las reparaciones habían empezado a llevarse a cabo recientemente, pero no se veía a nadie en las calles flanqueadas por graneros y establos, almacenes y patios de carretas. Hasta el último hombre que trabajaba allí se encontraba en la ciudad. No vieron a nadie hasta que dos hombres salieron a caballo por una calle lateral.

—Estamos preparados, lord Aybara —anunció Havien Nurelle con ansiedad. El joven de mejillas sonrosadas, considerablemente más alto que su compañero, ofrecía un aspecto llamativo con su peto pintado de rojo y el yelmo adornado con una fina pluma del mismo color. Incluso olía a ansiedad; y a juventud.

—Empezaba a pensar que no vendríais —murmuró Dobraine. Iba sin yelmo, pero sí llevaba guanteletes reforzados con acero en el envés y un peto abollado que todavía conservaba restos de lo que en tiempos habían sido adornos dorados. Echó un vistazo al semblante de Perrin y agregó—: La Luz es testigo de que no era mi intención mostrarme irrespetuoso, lord Aybara.

—Nos aguarda un largo camino —repuso Perrin mientras hacía dar media vuelta al zaino, *Recio*. ¿Qué iba a hacer con Faile? La necesidad de Rand bullía bajo su piel —. Nos llevan cuatro días de ventaja. —Taloneó suavemente los ijares de *Recio* y puso al corcel a un paso sostenido. Sería una larga persecución y no tenía sentido que los animales se despearan. Loial y Gaul no tuvieron dificultad para mantener el paso.

La calle más ancha se convirtió de repente en la calzada de Tar Valon —la calzada de Tar Valon cairhienina, ya que había otras con el mismo nombre— una ancha banda de tierra apelmazada que culebreaba hacia el oeste y al norte a través de colinas boscosas, más bajas que aquellas en las que se asentaba la ciudad. No se habían internado ni dos kilómetros en el bosque cuando se les unieron doscientos

soldados de la Guardia Alada mayeniense y otros quinientos de la casa Taborwin, todos ellos montados en los mejores caballos que habían podido encontrarse.

Los mayenienses iban uniformados con petos rojos y yelmos que tenían forma de olla con reborde, de manera que les cubría la nuca; sus lanzas lucían banderines rojos. Muchos de ellos parecían casi tan ansiosos como Nurelle. Los cairhieninos, de talla más baja, llevaban petos sencillos y cascos con forma de campana, cortados de manera que dejaban el rostro al aire; tanto yelmos como petos aparecían abollados en su mayoría. Sus lanzas no iban adornadas, aunque aquí y allí el con de Dobraine, un pequeño cuadrado rígido sujeto a un corto astil, en fondo azul y con dos rombos blancos, señalaba a los oficiales o nobles menores de la casa Taborwin. Entre ellos no se veía gesto de ansiedad, sólo sombría determinación. Ya habían intervenido en combates. En Cairhien, a eso se lo llamaba «ver al lobo».

Aquello casi hizo reír a Perrin. Todavía no era el momento de los lobos.

Cerca del mediodía, un grupo pequeño de Aiel salió trotando de los árboles y bajó la cuesta hasta la calzada. Dos Doncellas trotaban a ambos lados de Rhuarc; eran Nandera y —como logró identificar Perrin al cabo de un momento— Sulin. La mujer tenía un aspecto muy distinto con el *cadin'sor* y el cabello recortado salvo la cola de caballo sujeta en la nuca. Parecía… natural, algo que jamás había conseguido con el uniforme del servicio. Amys y Sorilea venían a continuación, con los chales enroscados en los brazos y remangando las voluminosas faldas para bajar la cuesta, pero sin retrasarse un ápice con los otros tres.

Perrin desmontó para caminar con ellos, a la cabeza del contingente.

—¿Cuántos? —fue su escueta pregunta.

Rhuarc echó un vistazo hacia donde Gaul y Loial caminaban junto a Dobraine y Nurelle al frente de la columna. Estaban demasiado lejos para que incluso Perrin hubiese podido oír nada con el ruido de los cascos de los caballos, del tintineo de las bridas y los crujidos de las sillas de montar, pero aun así Rhuarc habló en voz baja:

—Cinco mil hombres de diferentes asociaciones; unos pocos más de cinco mil. No podía traer a muchos. Timolan ya estaba algo suspicaz por que no lo acompañara contra los Shaido. Si se corre la voz de que las Aes Sedai retienen al *Car'a'carn* me temo que el marasmo nos tragará a todos.

Nandera y Sulin tosieron sonoramente al mismo tiempo; las dos mujeres intercambiaron una mirada feroz, y Sulin desvió los ojos al tiempo que enrojecía. Rhuarc les dirigió un vistazo; olía a exasperación.

—He traído a casi un millar de Doncellas —añadió el jefe de clan—. Si no me hubiese puesto firme habría tenido hasta la última de ellas corriendo tras mis talones y llevando una antorcha para anunciar que Rand al'Thor se encuentra en peligro. —Su voz se endureció de repente—. Cualquier Doncella a la que descubra siguiéndonos va a enterarse de que lo que dije iba en serio.

Tanto Sulin como Nandera se pusieron coloradas, un tono chocante en aquellos rostros curtidos por el sol.

—Yo… —empezaron a decir al unísono.

De nuevo hubo intercambio de miradas y, una vez más, fue Sulin la que apartó los ojos en tanto que sus mejillas adquirían un color carmesí. Perrin no recordaba haber visto ruborizarse de ese modo a Bain y a Chiad, las únicas dos Doncellas que conocía realmente.

—Lo he prometido —manifestó, molesta, Nandera—, y todas las Doncellas han dado su palabra. Se hará como el jefe ha ordenado.

Perrin renunció a preguntar qué era el marasmo, del mismo modo que tampoco hizo indagaciones sobre cómo se las había arreglado Rhuarc para cruzar a los Aiel al otro lado del Alguenya sin transbordadores, cuando una corriente de agua que no pudiese salvarse a pie era lo único en el mundo que daría que pensar a un Aiel. Le habría gustado saberlo, pero las respuestas no tenían importancia. Un contingente de seis mil Aiel, quinientos hombres de Dobraine y doscientos soldados de la Guardia Alada contra seis Aes Sedai, sus Guardianes y unos quinientos soldados debería ser suficiente. Salvo por un detalle: las Aes Sedai tenían a Rand en su poder. Si le ponían un cuchillo en la garganta, ¿alguien movería un dedo?

—También hay noventa y cuatro Sabias —anunció Amys—. Son las más fuertes en el Poder Único. —Aquello lo dijo a regañadientes; Perrin tenía idea de que a las Aiel no les gustaba admitir que podían encauzar. La Sabia continuó—: No habríamos traído tantas, pero todas querían venir.

Sorilea carraspeó, y esta vez fue el turno de Amys de ponerse colorada. Perrin se dijo que tendría que preguntarle a Gaul. Los Aiel eran tan distintos del resto de las gentes que conocía… A lo mejor es que empezaban a enrojecer cuando se hacían mayores.

—Sorilea nos dirige —terminó Amys, y la mujer de más edad soltó un resoplido que sonó extremadamente satisfecho.

Desde luego, olía a satisfacción. Perrin estaba tan desconcertado que faltó poco para que sacudiera la cabeza. Lo que sabía respecto al Poder Único podía meterse en un dedal y todavía quedaría espacio suficiente para meter un pulgar gordo, pero lo que había visto en Verin y Alanna le bastaba para sacar conclusiones al pensar en la minúscula llamita que Sorilea había hecho aparecer. Si ella era de las más fuertes entre las Sabias en el Poder, no estaba seguro de que seis Aes Sedai no fuesen capaces de hacer un gran paquete con todas las noventa y seis. En la situación actual, sin embargo, no habría rechazado ni a un ratón de campo.

—Deben de encontrarse a poco más de cien kilómetros por delante de nosotros —dijo Perrin—. Tal vez incluso ciento cincuenta, si hacen rodar las carretas a buen paso. Tendremos que apretar la marcha todo lo posible.

Mientras montaba de nuevo, Rhuarc y las Aiel trotaron cuesta arriba de regreso a lo alto de la colina. Perrin levantó la mano, y Dobraine hizo la señal a los jinetes para emprender la marcha. A Perrin ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarse por qué unos hombres lo bastante mayores para ser su padre o mujeres con suficientes años para ser su madre, los unos y las otras acostumbrados a tener el mando, seguían sus órdenes.

Lo que sí se preguntaba, lo que le preocupaba, era la velocidad con que podrían avanzar. Sabía que los Aiel con *cadin'sor* eran capaces de mantener el paso de los caballos, aunque al principio se inquietó por las Sabias, a causa de llevar faldas y por la avanzada edad de algunas, como era el caso de Sorilea. Ni que llevaran faldas ni que tuvieran el cabello blanco, lo cierto es que las Sabias caminaban tan deprisa como los demás mientras charlaban quedamente en grupos.

La calzada estaría despejada más adelante; nadie emprendía viaje durante la Fiesta de las Luces y muy pocos lo hacían desde días antes a no ser que tuvieran asuntos urgentes como era su caso. El sol siguió su curso ascendente en el cielo y, a medida que la columna avanzaba, las colinas se volvieron paulatinamente más bajas; al anochecer, cuando llegó el momento de acampar, Perrin calculó que habían recorrido más de cincuenta kilómetros. Una buena jornada de viaje, excelente para un grupo tan numeroso. La distancia cubierta debía de superar en un cincuenta por ciento a la que podrían recorrer las Aes Sedai a menos que no les importara reventar a los troncos de animales que tiraban de las carretas. Era evidente que las alcanzarían antes de que llegasen a Tar Valon, de modo que eso ya no le preocupaba, pero sí qué podrían hacer cuando llegara el momento.

Tumbado en las mantas y con la cabeza apoyada en la silla de montar, Perrin sonrió al contemplar el cuarto menguante de la luna. Sin una sola nube en el cielo, la noche no podía ser más brillante. Era una buena noche para cazar. Una buena noche para los lobos.

Creó la imagen en su mente: un joven toro salvaje, orgulloso, con cuernos que relucían como metal bruñido a la luz del sol matinal. Su pulgar se deslizó por el hacha que yacía junto a él, con su afilada pala curva y su aguzada punta de contrapeso. Los cuernos acerados de Joven Toro; así era como los lobos lo llamaban.

Abrió su mente a la noche, proyectando en ella la imagen. Habría lobos y conocerían a Joven Toro. La noticia de un humano capaz de hablar con lobos se propagaría por territorios agrestes como el soplo del viento. Perrin sólo había conocido a dos hombres así: uno había sido su amigo y el otro un pobre infeliz que no había sido capaz de aferrarse a su naturaleza humana. Había oído relatos de los refugiados que seguían llegando a Dos Ríos. Sabían viejos cuentos de hombres que se convertían en lobos, aunque muy pocos daban crédito a esas historias, que se contaban únicamente para entretener a los niños. No obstante, tres de esos refugiados

aseguraban que habían conocidos hombres que se convirtieron en lobos y se volvieron salvajes; aunque los detalles le sonaron fantasiosos a Perrin, el modo en que dos de ellos evitaban mirar sus amarillos ojos fue una especie de confirmación. Esos dos, una mujer de Tarabon y un hombre del llano de Almoth, jamás se aventuraban fuera de las casas por la noche. También, por alguna razón, le regalaban ajos, que él comía con mucho agrado. Sin embargo ya no buscaba a otros como él.

Percibió a los lobos y sus nombres empezaron a cobrar forma en su mente: *Dos Lunas*, *Llamarada*, *Ciervo Viejo* y docenas más que surgían en su cabeza como un torrente. No existían realmente nombres como tal, sino imágenes y sensaciones. Joven Toro era una imagen sencilla para identificar a un lobo. La de *Dos Lunas* era en realidad un estanque en la noche, su superficie tersa como el hielo durante un instante antes de que surgiera un soplo de brisa con un atisbo de otoño en el aire, y una luna llena suspendida en el cielo y otra reflejada tan perfectamente en el agua que resultaba difícil distinguir cuál de ellas era real. Y eso era reducirlo a lo esencial.

Durante un rato sólo hubo intercambio de nombres y efluvios. Después, Perrin pensó: «Busco personas que van delante de mí. Aes Sedai y hombres, con caballos y carretas». No fue eso exactamente lo que pensó, claro está, igual que *Dos Lunas* no significaba sólo dos lunas. Las personas eran «dos piernas» y los caballos «cuatro patas pies duros». La Aes Sedai eran «dos piernas que tocan el viento que mueve el sol e invocan fuego». A los lobos no les gustaba el fuego y se mostraban aun más cautelosos con las Aes Sedai que con el resto de los humanos; les resultaba sorprendente que Perrin no supiera distinguir una Aes Sedai. Daban por sentado esa habilidad del mismo modo que él consideraba normal distinguir un caballo blanco entre una manada de caballos negros, algo obvio que no necesitaba explicarse. Entonces le llegó la primera proyección, el modo en que los lobos se pasaban información.

En su mente el cielo nocturno pareció girar y coronar de repente un campamento de carretas, tiendas y lumbres. Su apariencia no era del todo correcta —a los lobos les interesaba poco todo lo humano, de modo que los vehículos y las tiendas mostraban una imagen vaga, en tanto que las hogueras ardían amenazadoramente y los caballos tenían un aspecto muy apetitoso— y esa imagen había ido pasando de lobo a lobo antes de llegar hasta él. El campamento era más extenso de lo que Perrin esperaba, pero *Llamarada* era categórica al respecto. Su manada estaba dando en ese momento un amplio rodeo al lugar donde las «dos piernas que tocan el viento que mueve el sol e invocan fuego» se encontraban. Perrin trató de preguntar cuántas personas había, pero el concepto de número era desconocido para los lobos; su modo de decir cuántas cosas había era mostrar cuántas habían visto y, una vez que *Llamarada* y su manada habían percibido a las Aes Sedai, las evitaron porque no querían acercarse más.

«¿A qué distancia?» Esta pregunta obtuvo una respuesta mejor, de nuevo pasando

de lobo a lobo, aunque fue una que Perrin tuvo que interpretar. La proyección de *Llamarada* indicaba que podía llegar hasta la colina donde un desabrido macho llamado *Media Cola* y su manada se alimentaban de un ciervo en lo que la luna se moviese tal distancia en el cielo, en tal ángulo. *Media Cola* podía llegar hasta *Nariz de Liebre* —por lo visto un joven y fiero macho— mientras la luna se movía hasta tal posición, en otro ángulo. Y así prosiguió la información hasta llegar a *Dos Lunas*. Éste mantuvo un digno silencio, adecuado para un viejo macho con más pelo blanco que oscuro en el hocico; él y su manada se encontraban a unos dos kilómetros de Perrin y habría resultado insultante pensar que Joven Toro no sabía exactamente dónde estaban.

Racionalizando la información lo mejor que pudo, Perrin llegó a una cifra de entre noventa y cinco y ciento diez kilómetros. Al día siguiente sabría la rapidez con que les iba ganando terreno.

¿Por qué? Ésa pregunta la hizo *Media Cola*, pasada de lobo a lobo y marcada por su efluvio.

Perrin vaciló antes de contestar. Había estado temiendo esto. Se sentía respecto a los lobos igual que con la gente de Dos Ríos.

«Han enjaulado a Exterminador de la Sombra», pensó finalmente. Así era como los lobos llamaban a Rand, pero no tenía ni idea si lo consideraban importante.

La conmoción que inundó su mente fue respuesta de sobra, pero además la noche se llenó de aullidos, próximos y lejanos; aullidos rebosantes de rabia y temor. En el campamento los caballos empezaron a relinchar, atemorizados, piafando y dando tirones de las cuerdas que los sujetaban en una hilera. Unos hombres corrieron a tranquilizarlos mientras otros escudriñaban la oscuridad como si esperasen ver aparecer una manada enorme dispuesta a lanzarse sobre sus monturas.

Vamos hacia ahí, respondió finalmente *Media Cola*. Sólo eso; y entonces respondieron otros, manadas con las que Perrin había hablado y manadas que habían escuchado en silencio al dos piernas que sabía hablar como los lobos. *Vamos hacia ahí*. Nada más.

Perrin se dio media vuelta y se quedó dormido; soñó que era un lobo corriendo por infinitas colinas. A la mañana siguiente no había señal alguna de lobos —ni siquiera los Aiel informaron haber visto ninguno— pero Perrin podía sentirlos, varios centenares y más que venían en camino.

En los cuatro días siguientes la tierra se allanó dando paso a una planicie suavemente ondulada donde las mayores elevaciones no merecían el nombre de colinas en comparación con las que los habían rodeado en las inmediaciones del Alguenya. El bosque se volvió menos y menos frondoso hasta convertirse en pradera, la hierba parda y marchita, con arboledas cada vez más distantes entre sí. Los ríos y arroyos que cruzaron apenas mojaron los cascos de los caballos, aunque tampoco

habrían hecho mucho más antes de que su cauce se estrechara, encajonado entre los bancos de piedras y barro endurecido por el sol. Todas las noches los lobos le contaban a Perrin lo que podían sobre las Aes Sedai que marchaban delante, y no era gran cosa. La manada de *Llamarada* las seguía, pero a bastante distancia. Una cosa sí quedó clara: el grupo de Perrin cubría tanto terreno cada jornada como en la primera, de manera que cada día acortaba la distancia con las Aes Sedai en unos quince kilómetros. Mas, cuando las alcanzaran, entonces ¿qué?

Todas las noches, antes de entrar en contacto con los lobos, Perrin se sentaba a charlar tranquilamente con Loial mientras fumaban sus pipas. Era ese «entonces ¿qué?» de lo que Perrin quería hablar. Dobraine parecía pensar que deberían cargar y morir haciendo cuanto estuviese en su mano. Rhuarc sólo decía que debían esperar y ver qué novedades traía el sol del nuevo día y que todos los hombres tenían que despertar del sueño, lo que no difería mucho de lo dicho por Dobraine, considerando que una máxima de los Aiel afirmaba que la vida era un sueño. Puede que Loial fuese joven para la longeva raza Ogier, pero eso no cambiaba que tuviese más de noventa años. Perrin sospechaba que Loial había leído más libros de los que él había visto y a menudo lo sorprendía con sus conocimientos sobre las Aes Sedai.

—Hay varios libros relativos a Aes Sedai ocupándose de hombres capaces de encauzar. —Loial frunció el entrecejo y chupó la pipa; la cazoleta, adornada con hojas talladas, era tan grande como los dos puños de Perrin—. Elora, hija de Amar, nieta de Coura, escribió *Hombres de Fuego y mujeres de Agua* en los albores del reinado de Artur Hawkwing. Y Ledar, hijo de Shandin, nieto de Koimal, escribió *Estudio de la raza humana. Las mujeres y el Poder Único entre los humanos* hace sólo unos trescientos años. Esos dos son los mejores, a mi modo de ver. El de Elora en particular; lo escribió al estilo de… No. Seré breve.

Perrin lo dudaba mucho; la brevedad rara vez se contaba entre las virtudes de Loial cuando hablaba de libros. El Ogier carraspeó antes de proseguir:

—Conforme a la ley de la Torre, el hombre debe ser llevado allí para someterlo a juicio antes de amansarlo. —Las orejas del Ogier se agitaron violentamente un instante y sus largas cejas se inclinaron en un gesto sombrío, pero palmeó el hombro de Perrin para animarlo—. No creo que sea ésa su intención, Perrin. Oí comentar que hablaron de honrarlo. Y es el Dragón Renacido. Eso lo saben.

—¿Honrarlo? —repitió en voz queda Perrin—. Quizá le pongan para dormir sábanas de seda, pero no deja de ser un prisionero.

—Estoy seguro de que lo están tratando bien, Perrin. Estoy seguro. —El Ogier no parecía tenerlas consigo por mucho que dijese y el suspiro que soltó sonó borrascoso —. Y estará a salvo hasta que lleguen a Tar Valon. Elora y Ledar, y también varios escritores más, coinciden en que se necesitan trece Aes Sedai para amansar a un hombre. Lo que no entiendo es cómo lo capturaron. —Sacudió la enorme cabeza en

un gesto de absoluto desconcierto—. Perrin, tanto Elora como Ledar dicen que cuando las Aes Sedai encuentran un hombre de gran poder siempre reúnen trece hermanas para prenderlo. Oh, se cuentan historias sobre cuatro o cinco, y los dos mencionan a Caraighan, que condujo ella sola a un hombre hasta la Torre durante más de tres mil kilómetros, después de que ese hombre mató a sus dos Guardianes, pero… Perrin, escribieron sobre Yurian Arco Pétreo y Guaire Amalasan. También de Raolin Perdición del Oscuro y de Davian, pero son los otros los que me preocupan. —Esos habían sido cuatro de los más poderosos entre los hombres que se habían autoproclamado el Dragón Renacido, todos ellos del remoto pasado, antes de Artur Hawkwing—. Seis Aes Sedai intentaron capturar a Arco Pétreo y él mató a tres e hizo prisioneras a las otras. Seis trataron de atrapar a Amalasan, que mató a una y neutralizó a otras dos. Sin duda Rand es tan fuerte como Arco Pétreo o Amalasan. ¿Son realmente sólo seis las que van delante de nosotros? Eso explicaría muchas cosas.

Tal vez lo explicara, pero no servía de mucho consuelo. Trece Aes Sedai, por sí solas, podrían ser capaces de rechazar cualquier ataque que les lanzara, sin necesidad de recurrir a sus Guardianes y soldados. Trece Aes Sedai podrían amenazar con amansar a Rand si las atacaban. Sin duda no lo harían, pues sabían que era el Dragón Renacido, que tenía que estar en la Última Batalla, pero ¿podía él correr ese riesgo? ¿Quién sabía la razón de que las Aes Sedai hiciesen las cosas? Jamás había sido capaz de fiarse de ninguna Aes Sedai; ni siquiera de las que habían tratado de mostrarse amistosas. Siempre tenían secretos y ¿cómo podía sentirse seguro un hombre cuando notaba que actuaban a su espalda por mucho que le sonriesen de frente? ¿Quién sabía lo que harían unas Aes Sedai?

A decir verdad, Loial no sabía gran cosa que sirviese de ayuda cuando llegara el día y, además, estaba mucho más interesado en hablar de Erith. Perrin sabía que había dejado dos cartas en manos de Faile, una dirigida a su madre y la otra a Erith, para que se las entregara cuando fuese posible si ocurría algo malo; y después hizo lo imposible para convencerla de que no pasaría nada adverso. A Loial le preocupaba mucho inquietar a nadie. Perrin había dejado una carta a Faile; Amys se la había llevado para que se la entregaran las Sabias que permanecían en el campamento.

—Es tan hermosa —musitó Loial mientras contemplaba la noche como si estuviese viendo a la Ogier—. Su rostro es tan delicado y, sin embargo, tan firme al mismo tiempo. Cuando la miro a los ojos es como si no pudiese ver nada más. ¡Y sus orejas! —De repente, las suyas estaban vibrando alocadamente y él se atragantó con la pipa—. Por favor —jadeó entre tos y tos—, olvida que he mencionado… No debí hablar de… Sabes que no soy grosero, Perrin.

—Ya lo he olvidado —respondió Perrin con un hilo de voz. ¿Sus orejas?

Loial quería saber cómo era la vida de casado. No es que tuviese intención de

contraer nupcias todavía, se apresuró a añadir; era demasiado joven y tenía que terminar su libro y no estaba preparado para establecerse y pasar toda la vida sin salir del *stedding* excepto para visitar otro, que a buen seguro sería lo que exigiría una esposa. Sólo era simple curiosidad, nada más.

Así que Perrin habló de su vida con Faile, de cómo había cambiado sus raíces antes de que él se diese cuenta. Antaño Dos Ríos había sido el hogar; ahora, el hogar estaba donde se encontraba Faile. La idea de que ella estaba esperando hacía que apretara el paso. Su presencia iluminaba una habitación y su sonrisa borraba toda preocupación. Por supuesto, no podía hablar de cómo se encendía su sangre al pensar en ella o cómo el corazón le latía más deprisa cuando la miraba —no habría sido decente— y naturalmente tampoco tenía intención de mencionar el dilema que la actitud de Faile había sembrado en lo más profundo de su ser. ¿Qué iba a hacer? Realmente estaba dispuesto a ponerse de rodillas ante ella, pero la dura semilla de orgullo arraigada en su interior exigía una palabra de ella primero. Bastaría con que dijese que quería que las cosas volvieran a ser como antes.

—¿Y qué hay de sus celos? —preguntó Loial, y entonces fue el turno de Perrin de atragantarse—. ¿Ocurre igual con todas las esposas?

—¿Celos? —repitió de manera contundente—. Faile no es celosa. ¿De dónde has sacado esa idea? Ella es perfecta.

—Oh, claro que lo es —convino débilmente Loial, con la mirada prendida en la cazoleta de su pipa—. ¿Tienes más tabaco de Dos Ríos? Ahora sólo me queda un poco de hoja cairhienina, que sabe ácida.

Si todo se hubiese reducido a eso, el viaje habría sido tranquilo en cierto modo, considerando que era una persecución. El terreno se extendía, ondulado, hasta el horizonte sin que se viese un alma. Aunque el abrasador sol convertía el ambiente en un horno, a menudo los halcones volaban en círculo en el despejado cielo azul. Los lobos, queriendo evitar que los humanos se adentraran donde ellos estaban, hostigaban a los venados hacia la calzada en tal número que había más de los que necesitaba incluso un grupo tan grande, y no era inusitado ver a un orgulloso ciervo con sus hembras y unos cuantos jóvenes en los que apuntaban los cuernos parados a plena vista mientras la columna pasaba. Empero había un viejo dicho: «El único hombre que está completamente en paz es aquel que no tiene ombligo».

Los cairhieninos no se sentían a gusto con los Aiel, por supuesto, y a menudo les lanzaban miradas ceñudas o se burlaban abiertamente. En más de una ocasión, Dobraine masculló algo de estar superados por doce a uno. Respetaba la habilidad en combate de los Aiel, pero también se respetan las peligrosas cualidades de una manada de lobos rabiosos. Los Aiel no lanzaban miradas sesgadas ni se mofaban; sencillamente dejaban bien claro con su actitud que los cairhieninos ni siquiera merecían su atención. A Perrin no le habría sorprendido ver que uno de ellos

intentaba pasar a través de un cairhienino por negarse a admitir que estaba allí. Rhuarc aseguraba que no habría problemas siempre y cuando los Asesinos del Árbol no iniciasen uno. Dobraine afirmaba que no habría problemas siempre y cuando los salvajes no se interpusieran en su camino. Perrin habría querido tener la seguridad de que no empezarían a matarse los unos a los otros antes de que alcanzaran a las Aes Sedai que retenían a Rand.

Había albergado cierta esperanza de que los mayenienses pudiesen ser un puente entre los otros dos grupos, aunque hubo ocasiones en que se encontró lamentándolo. Los hombres de petos rojos se llevaban bien con los soldados más bajos de petos lisos —nunca había habido guerra entre Mayene y Cairhien— y los mayenienses también se entendían bien con los Aiel. Salvo por la Guerra de Aiel, no había habido enfrentamientos entre estos pueblos. Dobraine se mostraba bastante amistoso con Nurelle y a menudo cenaban juntos, en tanto que Nurelle tenía por costumbre fumar su pipa con varios Aiel. En especial con Gaul. Eso era lo que motivaba que Perrin se lamentara.

—He estado hablando con Gaul —había dicho Nurelle con inseguridad el cuarto día de viaje; se había apartado de las tropas mayenienses para cabalgar junto a Perrin a la cabeza de la columna. Perrin sólo lo escuchaba a medias; *Llamarada* había permitido a uno de los machos más jóvenes de la manada que se acercara sigilosamente a las Aes Sedai poco después de iniciar la marcha esa mañana, y el joven lobo no había visto a Rand. Por lo visto, todos los lobos conocían el aspecto del Exterminador de la Sombra. Aun así, por las imágenes transmitidas por *Nube Matutina*, todas las carretas salvo una parecían tener cubiertas de lona sobre arcos rígidos; probablemente Rand se encontraba dentro de una de ellas y mucho más cómodo a resguardo del sol que el propio Perrin, quien sentía correrle el sudor por el cuello.

—Me estuvo contando la batalla de Campo de Emond —prosiguió Nurelle—, y vuestra campaña de Dos Ríos. Lord Aybara, me sentiría muy honrado si escuchara de vuestros labios las batallas en las que habéis tomado parte.

De repente Perrin se sentó muy tieso en la silla y miró intensamente al muchacho. No, no era un muchacho a despecho de sus sonrosadas mejillas y rostro franco. Nurelle debía de tener más o menos sus años. Sin embargo, el efluvio que emitía, todo entusiasmo y ligeramente vibrante… Faltó poco para que Perrin soltase un gemido. Había olido ese mismo aroma en muchachos jóvenes de Dos Ríos, pero saberse idolatrado como un héroe por un hombre de su misma edad era más de lo que podía soportar.

Aun así, si aquello hubiese sido lo peor de todo, apenas le habría importado. Esperaba que los Aiel y los cairhieninos no se cayeran bien. Habría podido esperar que un joven que nunca ha tomado parte en una batalla admirara a alguien que ha

combatido a trollocs. Lo que lo inquietaba era aquello que tal vez no había previsto. Lo inesperado podía morderle el tobillo cuando menos lo esperaba, y no podía permitirse ninguna distracción.

A excepción de Rhuarc y Gaul, todos los Aiel varones llevaban una cinta carmesí ceñida a las sienes, con aquel círculo negro y blanco justo en medio de la frente. Perrin ya las había visto en Cairhien y en Caemlyn, pero ahora, cuando le preguntó a Gaul y a continuación a Rhuarc, si tal símbolo los señalaba como los *siswai'aman* que el jefe de clan había mencionado en Cairhien, los dos hombres fingieron que no sabían a qué se refería, como si no viesen las bandas rojas en las frentes de cinco mil hombres. Perrin le preguntó incluso a Urien, el hombre que parecía ser el segundo de Rhuarc, pero Urien tampoco pareció entender de qué hablaba. En fin, Rhuarc había dicho que sólo podría llevar consigo *siswai'aman*, de modo que con ese nombre pensó en ellos Perrin, aunque ignorase lo que significaba tal palabra.

Lo que sí sabía era que podrían surgir problemas entre los *siswai'aman* y las Doncellas. Cuando alguno de esos hombres miraba a las *Far Dareis Mai*, Perrin captaba un tufillo a celos. Cuando alguna de las Doncellas miraba a los *siswai'aman*, el efluvio que emitía le recordaba a Perrin a una loba agachada junto al cadáver de un ciervo y dispuesta a no permitir que ningún otro miembro de la manada obtuviese un bocado aunque para ello tuviera que reventar por tragarse hasta la última pizca. No lograba entender la razón, pero el olor existía y era muy intenso.

Empero, aquello era un quizá que podría llegar en algún momento. Otras cosas no eran tal. Durante los dos primeros días después de salir de la ciudad, Sulin y Nandera se adelantaban cada vez que Rhuarc decía algo concerniente a las Doncellas; en todas las ocasiones Sulin retrocedía, enrojeciendo, pero allí estaba de nuevo la próxima vez, todas las veces. La segunda tarde, cuando se levantó el campamento, intentaron matarse la una a la otra sin más armas que sus manos.

Al menos, ésa fue la impresión que le dio a Perrin al verlas lanzándose patadas, golpeando con los puños, derribándose la una a la otra, retorciéndose los brazos de modo que Perrin estaba seguro de que los huesos acabarían rompiéndose… hasta que cualquiera de las dos que estuviese en desventaja se las ingeniaba para soltarse con un giro o un golpe. Rhuarc lo detuvo cuando trató de intervenir y pareció sorprendido de que quisiera hacerlo. Muchos cairhieninos y mayenienses se agruparon alrededor para presenciar la pelea e intercambiaron apuestas, pero ningún Aiel se dignó dirigir una sola mirada al combate, ni siquiera las Sabias.

Finalmente Sulin logró tener a Nandera tendida boca abajo, con un brazo doblado dolorosamente hacia atrás; luego la agarró por el pelo y empezó a golpearle la cabeza contra el suelo hasta que Nandera perdió el conocimiento. La mujer de más edad permaneció un buen rato mirando a la que había derrotado. Después, Sulin se cargó a la inconsciente Nandera sobre un hombro y se alejó encorvada por el peso y dando

traspiés.

Perrin dedujo que sería Sulin la que llevaría la voz cantante a partir de entonces, pero no ocurrió así. Seguía estando allí siempre, pero era Nandera, cubierta de moretones, la que respondía a las preguntas de Rhuarc y recibía sus órdenes, en tanto que la igualmente magullada Sulin guardaba silencio; y, cuando Nandera le ordenaba hacer algo, Sulin obedecía sin vacilación. Perrin no pudo menos de rascarse la cabeza en un gesto de desconcierto mientras se preguntaba si realmente había presenciado la pelea o se lo había imaginado.

Las Sabias siempre caminaban calzada adelante en grupos que variaban de tamaño y que parecían estar formados por mujeres distintas constantemente. Al final de la primera jornada, Perrin se había dado cuenta de que todo aquel cambio e ir y venir se centraba en dos mujeres: Sorilea y Amys. Al final del segundo día, estaba convencido de que las dos insistían en defender puntos de vista muy distintos; había demasiado intercambio de miradas furibundas y ceñudas. Amys empezó a recoger velas más lentamente y enrojecía considerablemente menos. A veces Rhuarc emitía un leve olor a ansiedad cuando miraba a su esposa, pero ésa fue la única señal que dio de que advertía algo. La tercera noche que acamparon, Perrin casi esperaba ver la pelea entre Sulin y Nandera repetirse entre las dos Sabias.

En cambio, las dos mujeres cogieron un odre de agua y se alejaron a cierta distancia; tomaron asiento en el suelo y se quitaron los pañuelos ceñidos a las sienes, con los que se sujetaban el cabello. Las estuvo observando en la oscuridad, bajo la luz de la luna, manteniéndose lo bastante apartado para no oírlas por casualidad, hasta que se fue a acostar; sin embargo, lo único que hicieron en ese tiempo fue beber agua y hablar. A la mañana siguiente, el resto de las Sabias todavía iban de un grupo a otro; pero, antes de que la larga columna hubiese recorrido cinco kilómetros, Perrin se dio cuenta que todo se centraba en Sorilea ahora. De vez en cuando, ella y Amys se apartaban a un lado de la calzada para hablar a solas, pero ya no hubo más miradas enconadas. Si hubiesen sido lobas, Perrin habría dicho que un desafío al jefe de la manada no había tenido éxito, pero por sus efluvios Sorilea aceptaba ahora a Amys casi como a una igual, cosa que no encajaba con los lobos en absoluto.

El séptimo día de la partida de Cairhien, cabalgando bajo un sol de justicia, Perrin se preocupaba sobre la clase de sorpresa que los Aiel le darían a continuación, sobre si pasaría otro día sin que los Aiel y los cairhieninos no se enzarzaran en una pelea, sobre qué iba a hacer cuando alcanzaran a las Aes Sedai dentro de tres o cuatro jornadas más.

Lo olvidó todo de golpe al recibir un mensaje de *Media Cola*. Había un numeroso grupo de hombres —y quizá también mujeres; a veces los lobos tenían dificultad para distinguir entre machos y hembras humanos— a pocos kilómetros al oeste. Cabalgaban a galope tendido, en la misma dirección hacia la que se dirigía Perrin.

Fue la esbozada imagen de los dos estandartes que portaban lo que hizo que Perrin frenara en seco.

Enseguida se vio rodeado por Dobraine y Nurelle, Rhuarc y Urien, Nandera y Sulin, Sorilea y Amys.

—Continuad —les dijo mientras hacía dar media vuelta a *Recio*—. Es posible que tengamos unos cuantos amigos que se nos unan, pero no quiero perder ni un minuto.

Siguieron avanzando calzada adelante, aunque no lo dejaron ir solo. Antes de que hubiese cubierto quinientos metros lo seguían una docena de soldados de la Guardia Alada y otros tantos cairhieninos, al menos veinte Doncellas dirigidas por Sulin y un número igual de *siswai'aman* encabezados por un hombre de pelo gris, ojos verdes y un rostro que daba la impresión de haber sido utilizado para romper piedras. Lo único que sorprendió a Perrin fue que no hubiese también una o dos Sabias.

—Amigos —murmuró Sulin entre dientes mientras trotaba junto al estribo de su caballo—. Amigos que aparecen de repente, sin avisar, y él sabe de pronto que están ahí. —Alzó los ojos hacia Perrin y habló en voz más alta—. No quiero que tropieces con una almohada y te vayas de bruces al suelo otra vez.

Perrin sacudió la cabeza, preguntándose qué más motivos le habría dado mientras se hacía pasar por una sirvienta para que se arrogara la tarea de defenderlo como a un hijo.

Por la posición del sol calculó que llevaba cabalgando casi una hora, guiado por los lobos, tan infaliblemente como una flecha hacia la diana, y cuando coronó una pequeña elevación no se sorprendió por lo que vio unos tres kilómetros más adelante: jinetes en una larga columna de a dos, hombres de Dos Ríos con su estandarte de la cabeza de un lobo rojo al frente, tremolando en la suave brisa. Lo que sí le sorprendió fue que había realmente mujeres entre ellos —contó nueve— y otros hombres que con toda seguridad no eran de Dos Ríos. Era la segunda bandera lo que hizo que apretara los dientes: el Águila Roja de Manetheren. Había perdido la cuenta de las veces que les había dicho que no ondearan ese estandarte fuera de Dos Ríos. Una de las pocas cosas que no había sido capaz de impedir, allí en casa, era el uso de esa bandera. Con todo, la imperfecta imagen de los estandartes enviada por los lobos lo había preparado para lo que iba a encontrarse.

Naturalmente, enseguida los vieron a él y a su acompañamiento. Había ojos con muy buena vista en esa banda. Sofrenaron los caballos, esperando, y algunos cogieron los arcos colgados a la espalda, los grandes arcos de Dos Ríos que podían matar a un hombre a trescientos pasos de distancia o más.

—Que nadie se ponga delante de mí —advirtió Perrin—. No dispararán si me reconocen.

—Al parecer los ojos amarillos ven a gran distancia —comentó inexpresivamente Sulin. Otros cuantos del grupo lo miraban de forma rara.

—Limitaos a quedaros detrás de mí, nada más —repitió.

A medida que se acercaba a la cabeza de la extraña columna, los arcos que estaban levantados se bajaron y se quitaron las flechas encajadas en las cuerdas. Traían a *Brioso*, comprobó con deleite y, lo que no lo complació tanto, a *Golondrina*. Faile jamás le perdonaría si permitía que su yegua saliera herida. Sería estupendo montar de nuevo su rucio, pero conservaría a *Recio*; un lord podía tener dos caballos, incluso un lord al que quizá le quedaran sólo cuatro días de vida.

Dannil se adelantó de la columna de Dos Ríos mientras se atusaba el espeso bigote con los nudillos; y otro tanto hicieron Aram y las mujeres que cabalgaban con él. Perrin reconoció los intemporales rostros Aes Sedai antes de identificar entre ellos a Verin y a Alanna, las dos situadas a la cabeza de las mujeres. No conocía a ninguna de las otras, pero no le cabía duda de quiénes eran, aunque no entendía cómo habían llegado allí. Nueve. Nueve Aes Sedai podrían ser muy útiles dentro de tres o cuatro días, aunque ¿hasta qué punto podía fiarse de ellas? Eran nueve y Rand les había dicho que sólo podían seguirlo seis. Se preguntó cuál de ellas sería Merana, la cabecilla.

Una Aes Sedai de cara cuadrada, con aspecto de granjera bajo la apariencia intemporal, habló antes de que Dannil abriera la boca. Su montura era una yegua castaña de recia constitución.

—Así que sois Perrin Aybara. Lord Perrin, debería decir. Hemos oído hablar mucho de vos.

—Es una sorpresa encontraros aquí —intervino fríamente una arrogante aunque hermosa mujer—, con tan extraña compañía. —Montaba un oscuro castrado de aspecto fiero; Perrin habría apostado que el animal había sido entrenado como caballo de batalla—. Estábamos convencidas de que aún estaríais por delante de nosotras.

Haciendo caso omiso de ellas, Perrin se volvió hacia Dannil.

—No es que me desagrade veros, pero ¿cómo es que estáis aquí?

Dannil echó una rápida ojeada a las Aes Sedai y se atusó el bigote frenéticamente.

—Nos pusimos en marcha tal como ordenasteis, lord Perrin, y lo más rápido posible. Quiero decir que dejamos atrás carretas y todo lo demás ya que parecía que tenía que haber alguna razón para que os marchaseis con tanta premura. Entonces Kiruna Sedai y Bera Sedai y las demás nos alcanzaron y dijeron que Alanna podía encontrar a Rand, quiero decir al lord Dragón, y puesto que os fuisteis con él, pensé que a buen seguro os encontraríais a su lado, y como no había forma de saber si os habíais ido de Cairhien y… —Respiró hondo—. En fin, que me pareció que tenían razón ¿No es así, lord Perrin?

Perrin frunció el entrecejo, preguntándose cómo podía Alanna encontrarlo. Sin embargo, así debía de ser o Dannil y los demás no estarían allí. Ella y Verin seguían

manteniéndose detrás, con una mujer delgada, de ojos de color avellana, que suspiraba cada dos por tres.

—Soy Bera Harkin —se presentó la mujer de cara cuadrada—, y ésta es Kiruna Nachiman. —Señaló a su arrogante compañera. Por lo visto no consideraba necesario presentar a las demás todavía—. ¿Querréis explicarnos por qué estáis aquí si el joven al'Thor, el lord Dragón, se encuentra a varios días de marcha hacia el norte?

Perrin no tuvo que pensarlo mucho. Si estas nueve se proponían reunirse con las Aes Sedai que marchaban delante, poco podía hacer él para impedírselo. Nueve Aes Sedai de su parte, no obstante…

—Está prisionero. Una Aes Sedai llamada Coiren y al menos otras cinco lo llevan a Tar Valon. Al menos, es lo que se proponen hacer. Y yo me propongo impedírselo.

Aquello provocó una gran conmoción, con Dannil abriendo los ojos como platos y las Aes Sedai empezando a hablar todas a la vez. Aram era el único que no parecía afectado; claro que, por lo visto, tampoco había nada que le importara gran cosa aparte de Perrin y su propia espada. Los efluvios de las Aes Sedai eran una mezcla de indignación y miedo por mucho que sus semblantes se mantuviesen impasibles.

—Tenemos que impedírselo, Bera —dijo una mujer con el cabello peinado en multitud de finas trenzas, al estilo tarabonés.

—No podemos permitir que Elaida lo tenga, Bera —manifestó casi al mismo tiempo una pálida cairhienina montada en una yegua castaña de porte desgarbado.

—¿Seis? —repitió con incredulidad la mujer de ojos de color avellana—. Seis no podrían someterlo, estoy segura.

—Te dije que estaba herido —adujo Alanna casi sollozando. Perrin conocía el efluvio que emitía lo bastante bien para identificarlo de inmediato; olía a dolor—. Te lo dije.

Verin siguió callada, pero su olor era de rabia… y de miedo.

Kiruna asestó una despectiva mirada al grupo de Perrin.

—¿Y te propones detener a unas Aes Sedai con esto, joven? Verin no dijo que fueras un necio.

—Tengo unos cuantos más avanzando por la calzada a Tar Valon, más adelante —replicó secamente.

—Entonces puedes hacer que se unan a nosotras —le dijo Kiruna como si hiciese una concesión—. ¿Te parece bien, Bera?

La otra Aes Sedai asintió. Perrin no entendía por qué la actitud de Kiruna lo irritaba de ese modo, pero aquél no era el momento de perder tiempo en reflexiones.

—También tengo trescientos arqueros de Dos Ríos que me propongo que me sigan calzada adelante. —¿Cómo podía saber Alanna que Rand estaba herido?—. Vosotras, Aes Sedai, sois bienvenidas a mi columna si lo deseáis.

No les hizo ni pizca de gracia, desde luego. Se apartaron una docena de pasos a

un lado de la calzada para discutirlo —ni siquiera con su agudo sentido del oído logró escuchar nada; debían de estar utilizando el Poder de algún modo— y durante unos instantes Perrin pensó que decidirían continuar solas.

Al final, los acompañaron, pero Bera y Kiruna cabalgaron flanqueándolo todo el camino, turnándose para decirle lo peligrosa y delicada que era esta situación y que no debía hacer nada que pusiera en peligro al joven al'Thor. Al menos Bera recordaba de vez en cuando llamar a Rand el Dragón Renacido. Una cosa que dejaron muy clara fue que Perrin no debía siquiera dar un paso sin antes preguntarles a ellas. Bera empezó a dar la impresión de sentirse un tanto indignada porque él no repitiese sus palabras; Kiruna dijo que las daba por dichas. Perrin empezó a preguntarse si no habría cometido un error al pedirles que los acompañaran.

Si a las Aes Sedai les impresionó el contingente de Aiel, mayenienses y cairhieninos que marchaban calzada adelante no dieron señales de ello ni visibles ni olfativas. Sin embargo, contribuyeron a incrementar la tensión que ya reinaba en la columna. Los mayenienses y los cairhieninos parecieron animarse mucho con la aparición de nueve Aes Sedai y dieciséis Guardianes y poco faltó para que se deshicieran en reverencias cada vez que una de ellas se les acercaba. Las Doncellas y los *siswai'aman*, por otro lado, las miraron torvamente, cuando no actuaban como si esperaran que las mujeres los aplastaran de un pisotón. Las Sabias mantenían el semblante tan impasible como las Aes Sedai, pero Perrin percibía oleadas de efluvios de pura ira procedentes de ellas. Salvo una Marrón llamada Masuri, las Aes Sedai hicieron caso omiso de las Sabias al principio; pero, después de que la Marrón fue rechazada al menos dos docenas de veces en los siguientes días —aunque era persistente, las Sabias evitaban a la Aes Sedai con tal facilidad que Perrin pensó que tenían que hacerlo de manera instintiva—, Bera y Kiruna y las demás no dejaban de observar a las Sabias y a hablar entre ellas tras algún tipo de barrera invisible que impedía a Perrin oír lo que decían.

Lo habría hecho si hubiese podido; ocultaban algo más que lo que hablaban sobre las Aiel. Para empezar, Alanna se negó a decirle cómo sabía dónde estaba Rand.

«El conocimiento de ciertas cosas abrasaría cualquier mente excepto la de una Aes Sedai», le había contestado, fría y misteriosa, aunque apestaba a ansiedad y dolor.

Ni siquiera admitió haber dicho que Rand estaba herido. Verin apenas le dirigió la palabra; se limitó a observarlo todo con aquellos oscuros ojos semejantes a los de un pájaro y con un atisbo de sonrisa, pero exhalaba vaharadas de frustración y cólera. Por el olor Perrin habría dicho que una de las dos, Bera o Kiruna, era la cabecilla del grupo; en cierto momento decidió que era Bera, aunque había poca diferencia entre ambas y en ocasiones parecía que se turnaban al mando durante un tiempo. Por lo demás resultaba difícil discernirlo a pesar de que la una o la otra cabalgaban junto a

él una hora o más cada día, repitiendo variaciones de su «consejo» original y por lo general dando por hecho que eran ellas las que tenían el mando. Por lo visto Nurelle pensaba que así era, pues obedecía sus órdenes sin mirar siquiera a Perrin; y Dobraine sólo hacía eso antes de apresurarse a obedecer. Durante todo un día y medio Perrin dio por hecho que Merana se había quedado en Caemlyn y fue toda una sorpresa oír llamar por ese nombre a la mujer delgada con los ojos de color avellana. Rand había dicho que era ella la que dirigía la embajada de Salidar; pero, aunque de cara al exterior todas las Aes Sedai parecían ostentar igual poder, Perrin la comparó con un lobo de segunda fila en la manada; una apagada resignación y ansiedad impregnaban su olor. No era nada nuevo que las Aes Sedai guardaran secretos, desde luego, pero él se proponía rescatar a Rand de Coiren y la pandilla que iban delante, y le habría gustado tener una ligera pista sobre si después no tendría que rescatarlo también de Kiruna y sus amigas.

Al menos resultaba agradable encontrarse de nuevo junto a Dannil y los otros, a pesar de que también ellos se comportaban casi igual que los mayenienses y los cairhieninos respecto a las Aes Sedai. Los hombres de Dos Ríos estaban tan contentos de volver a verlo que sólo unos pocos rezongaron cuando les ordenó que guardasen el Águila Roja; volverían a ondearla, de eso no le cabía duda a Perrin, pero Ban, que tanto se parecía a su primo Dannil salvo por la nariz ganchuda y por el largo y fino bigote al estilo domani, la dobló cuidadosamente y la guardó en sus alforjas. No por ello marcharon sin estandarte, ni que decir tiene. Para empezar, estaba su bandera con la cabeza del lobo rojo. Seguramente no le habrían hecho caso si les hubiese dicho que guardaran también ésa y, por alguna razón, la fría y desdeñosa mirada de Kiruna despertó en él el deseo de exhibirla. Pero, aparte de ésa, Dobraine y Nurelle sacaron las suyas, ya que había una ondeando. No era el Sol Naciente de Cairhien ni el Halcón Dorado de Mayene. Cada uno de ellos sacó un estandarte de Rand: el dragón rojo y dorado sobre campo blanco y el disco blanco y negro sobre fondo carmesí. A los Aiel parecía darles igual una cosa como la otra y las Aes Sedai adquirieron una actitud muy fría, pero los estandartes parecían ser muy apropiados para ondear en esta columna.

Al décimo día de viaje, con el sol a mitad de camino del cenit, Perrin tenía un humor sombrío a despecho de las banderas, de los hombres de Dos Ríos y de ir montado en *Brioso*. Tendrían que alcanzar las carretas de las Aes Sedai poco después de que empezara la tarde, pero todavía seguía sin saber qué hacer después de eso. Fue entonces cuando el mensaje de los lobos llegó:

Ven ahora. Muchos dos piernas. ¡Muchos, muchos, muchos! ¡Ven ahora!

55



Los pozos de Dumai

Gawyn intentaba mantener ocupada su mente en el paisaje mientras cabalgaba a la cabeza de la columna. Este tipo de terreno suavemente ondulado, con las dispersas arboledas, era lo bastante llano para que uno creyera que la vista alcanzaba muy lejos, cuando en realidad algunas de aquellas lomas no eran tan bajas como aparentaban. El viento levantaba nubes de polvo ese día y también el polvo podía ocultar muchas cosas. Los pozos de Dumai, tres grandes brocales de piedra situados en una pequeña arboleda, se encontraban a corta distancia de la calzada, a la derecha; puede que los barriles de agua estuviesen casi a rebosar pero, como poco, había cuatro días de marcha hasta el siguiente punto de abastecimiento de agua si es que el manantial de Alianelle no se había secado. Sin embargo, Galina había ordenado no detenerse. Sí, Gawyn intentaba mantener la mente en donde debía tenerla, pero le resultaba imposible.

De vez en cuando se giraba sobre la silla y miraba hacia atrás, a la larga y sinuosa hilera de carretas que se extendía por la calzada, con Aes Sedai y Guardianes cabalgando a los lados y los sirvientes que no iban en las carretas, a pie. La mayoría de los Cachorros estaban en la retaguardia, donde Galina les había ordenado marchar. No alcanzaba a ver la carreta, situada en el centro de la columna, con seis Aes Sedai cabalgando de continuo al lado; ésa no tenía cubierta de lona. Habría matado a al'Thor de haber podido, pero el trato que le estaban dando lo ponía enfermo. Incluso Erian se había negado a tomar parte en ello después del segundo día y la Luz sabía que tenía motivos para hacerlo. Sin embargo, Galina se había mostrado inflexible.

Volviendo con decisión la vista al frente, acarició el bolsillo de su chaqueta donde guardaba, cuidadosamente envuelta entre seda, la carta de Egwene. Sólo unas pocas palabras para decirle que lo amaba, que debía marcharse; nada más. La leía cinco o seis veces cada día. No mencionaba la promesa hecha por él. Bien, no había alzado una mano contra al'Thor. Se había quedado de piedra al enterarse de que lo tenían prisionero, y lo supo días después de que hubiese ocurrido. De algún modo tendría que hacérselo entender así a Egwene. Le había prometido no levantar la mano contra él, pero tampoco levantaría un dedo para ayudarlo. Egwene tenía que entenderlo.

Luz, tenía que entenderlo.

El sudor le corría por la cara y se enjugó los ojos con la manga. Por Egwene no podía hacer nada salvo rezar. Pero sí podía hacer algo por Min. Debía hacer algo, lo que fuera. No merecía ser llevada a la Torre como prisionera; no podía creer lo contrario. Si los Guardianes relajasen aunque sólo fuera un poco su vigilancia sobre la muchacha, podría…

De repente Gawyn fue consciente de un caballo que se acercaba a galope hacia las carretas, calzada adelante, entre nubes de polvo y al parecer sin jinete.

—Jisao —ordenó— di a los conductores que paren las carretas. Hal, avisa a Ragar que alerte a los Cachorros.

Sus dos subordinados hicieron dar media vuelta a sus caballos sin pronunciar palabra. Gawyn esperó. Aquél era el castrado gris de Benji Dalfor y, a medida que se aproximaba, Gawyn distinguió a Benji doblado sobre la silla y aferrándose a las crines del animal. El caballo casi pasó de largo junto a Gawyn antes de que éste pudiera agarrar las riendas.

Benji giró la cabeza sin incorporarse y miró a Gawyn con ojos vidriosos. Tenía sangre alrededor de la boca y llevaba un brazo apretado sobre la cintura como si intentara mantenerse en una pieza.

—Aiel —balbució—. Miles. Por todas partes, creo. —De repente sonrió—. Un día fresco, ¿no te…? —La sangre le salió a borbotones por la boca y el joven se desplomó sobre la calzada, los ojos mirando sin ver el sol.

Gawyn hizo girar a su semental y galopó hacia las carretas. Ya habría tiempo después para pensar en Benji, si es que alguno de ellos seguía con vida.

Galina cabalgaba a su encuentro; el guardapolvo ondeaba a su espalda y los oscuros ojos ardían de ira en aquel rostro impasible. Había estado furiosa permanentemente desde el día siguiente en que al'Thor intentó escapar.

—¿Quién te crees que eres para ordenar que se detengan las carretas? —demandó.

—Hay miles de Aiel que vienen hacia nosotros, rodeándonos, Aes Sedai. —Se las ingenió para mantener un tono educado. Las carretas se habían parado al menos y los Cachorros estaban formando, pero los conductores manoseaban con nerviosismo las riendas y los sirvientes echaban ojeadas mientras se desplegaban, en tanto que las Aes Sedai charlaban con los Guardianes.

—Necio. —Los labios de Galina se fruncieron en un gesto despectivo—. Sin duda deben de ser los Shaido. Sevanna dijo que nos darían escolta; pero, si lo dudas, coge a tus Cachorros y compruébalo por ti mismo. Estas carretas seguirán avanzando hacia Tar Valon. Es hora de que te enteres de que soy yo quien da aquí las órdenes, no…

—¿Y si no son vuestros domesticados Aiel? —No era ésta la primera vez en los

últimos días que le había sugerido que encabezara una patrulla él mismo; sospechaba que si lo hacía, encontraría Aiel y no domesticados—. Sean quienes sean, han matado a uno de mis hombres. —Al menos a uno; todavía quedaban seis exploradores de servicio—. Tal vez deberíais considerar la posibilidad de que éstos sean los Aiel de al'Thor que vienen a rescatarlo. Será demasiado tarde cuando estén a dos pasos de nosotros.

Sólo en ese momento fue consciente de que estaba gritando, pero de hecho la ira de Galina desapareció. La mujer miró hacia la calzada, donde Benji yacía tendido, y después asintió lentamente.

—Quizá no estaría de más ser precavidos por esta vez.

Rand se esforzaba por respirar; el aire dentro del arcón era denso y caliente. Afortunadamente, ya no lo olía. Lo enjuagaban con un balde de agua todas las noches, pero eso distaba mucho de ser un baño y durante un rato después de que cerraran la tapa sobre él cada mañana y echaran la llave, el hedor incrementado por otro día expuesto al implacable calor del sol inundaba sus fosas nasales. Mantener el vacío constituía todo un esfuerzo de voluntad. Su cuerpo se había convertido en una masa de verdugones; hasta el último centímetro de piel, desde los hombros hasta las rodillas, le ardía incluso antes de que el sudor lo tocara, y aquellas diez mil llamas titilaban al borde del vacío, amenazando con consumirlo. Sentía, distante, el doloroso pálpito de la herida del costado a medio curar, pero la nada que lo rodeaba se estremecía con cada latido. Alanna. Podía sentir a Alanna. Muy cerca. No. No podía perder tiempo pensando en ella; aun en el caso de que lo hubiese seguido, seis Aes Sedai no podrían liberarlo. Eso, si no decidían unirse a Galina. No fiarse. Nunca jamás confiaría en ninguna Aes Sedai. A lo mejor se lo estaba imaginando. A veces imaginaba cosas ahí dentro: el soplo de una fresca brisa, mientras caminaba. En ocasiones no tenía conciencia de nada más y vivía alucinaciones en que se veía caminando libremente. Sólo caminar. Horas perdidas que no había dedicado a lo que era importante. Boqueó para respirar y tanteó la barrera, lisa como el hielo, que lo separaba de la Fuente. Una y otra vez, toqueteando aquellos seis puntos blandos. Blandos. No debía dejarlo. Tantear era importante.

«Oscuridad —gimió Lews Therin en lo más recóndito de su mente—. No más oscuridad. Nunca más.» Una y otra vez. Hacía tiempo que había dejado de resultarle incómodo. Rand se limitó a hacer caso omiso de él.

De repente dio un respingo; el arcón se movía y chirriaba sonoramente contra el fondo de la carreta. ¿Era ya de noche? La carne lacerada se encogió involuntariamente. Habría otra paliza antes de que lo alimentaran y lo mojaran con agua y lo ataran como a un animal para pasar la noche y dormir como buenamente pudiera. Pero al menos saldría del arcón. La oscuridad a su alrededor no era total,

sino un profundo gris oscuro. La minúscula grieta alrededor de la tapa dejaba pasar una ínfima cantidad de luz, aunque no podía verla al tener la cabeza metida entre las rodillas, y sus ojos tardaban un poco más cada día en ver algo más que oscuridad al igual que su nariz se volvía más y más insensible. Aun así, tenía que ser de noche.

No pudo menos de gemir cuando levantaron el arcón; no había espacio para que resbalara dentro, pero se movió, añadiendo con ello más dolor a unos músculos lacerados hasta lo indecible. Su minúscula prisión se posó en el suelo con un brusco golpe. La tapa se abriría pronto. ¿Cuántos días llevaba bajo el implacable sol? ¿Cuántas noches de tortura? Había perdido la cuenta. ¿Cuál de ellas sería esta noche? Los rostros pasaron veloces en su mente. Había tomado nota de cada una de las mujeres cuando era su turno, pero ahora todo era un revoltijo en su cabeza y recordar a quién le había tocado cuándo estaba fuera de su alcance. Sin embargo sabía que Galina y Erian y Katerine lo habían golpeado más a menudo; eran las únicas que lo habían hecho más de una vez. Aquellos rostros brillaban en su mente como una luz infernal y salvaje. ¿Cuántas veces querían oírlo gritar?

De repente cayó en la cuenta de que la tapa del arcón tendría que haberse abierto ya. Se proponían dejarlo allí toda la noche y después vendría el sol de mañana y… A pesar de tener los músculos demasiado doloridos y lacerados para moverse, se las arregló para empujar con la espalda.

—¡Sacadme de aquí! —gritó roncamente. Los dedos rascaron dolorosa, fútilmente, a su espalda—. ¡Sacadme! —chilló. Le pareció oír la risa de una mujer.

Lloró durante un tiempo, pero después las lágrimas se secaron con el ardor de la cólera. «Ayúdame», gruñó a Lews Therin.

«Ayudadme —gimió el hombre—. La Luz me valga.»

Mascullando sombríamente, Rand reanudó la palpación a ciegas de la tersa superficie hasta los seis puntos blandos. Antes o después lo sacarían del arcón. Antes o después bajarían la guardia. Y cuando lo hicieran… No fue consciente de empezar a reír ásperamente.

Arrastrándose cuerpo a tierra por la suave cuesta ascendente de la loma, Perrin se asomó al llegar a la cima y contempló una escena que parecía salida de un sueño del Oscuro. Los lobos le habían dado cierta idea de lo que podía esperar, pero cualquiera de esas imágenes transmitidas resultaban nimias comparadas con la realidad. A unos dos kilómetros del punto donde estaba tendido bajo el sol de mediodía, una ingente masa arremolinada de Shaido rodeaba por completo lo que parecía ser un círculo de carretas y hombres cuyo centro era una pequeña arboleda, a poca distancia de la calzada. Varias carretas se habían convertido en grandes hogueras llameantes. Bolas de fuego, tan pequeñas como un puño o tan grandes como peñascos, se descargaban entre los Aiel y al estallar en llamas convertían en antorchas a una docena o más a la

vez; los rayos caían de un cielo despejado, lanzando al aire tierra y cuerpos vestidos con *cadin'sor*. Sin embargo, las azuladas descargas de los rayos también se precipitaban sobre las carretas, y de entre los Aiel salían disparadas bolas de fuego. Muchos de estos proyectiles se extinguían de repente o explotaban lejos de cualquier posible víctima y bastantes rayos desaparecían bruscamente antes de caer; pero, si la batalla parecía decantarse ligeramente a favor de las Aes Sedai, el ejército de los Shaido acabaría imponiéndose merced a su ingente número que superaba con creces a las tropas adversarias.

—Debe de haber doscientas o trescientas mujeres encauzando ahí abajo, si es que no son más —dijo Kiruna, tendida en el suelo junto a Perrin; su voz sonaba impresionada.

Sorilea, situada detrás de la hermana Verde, desde luego parecía estarlo. La Sabia olía a preocupación; no a miedo, pero sí a inquietud.

—Jamás había visto tantos tejidos a la vez —continuó la Aes Sedai—. Creo que por lo menos hay treinta hermanas en el campamento. Nos has traído a una caldera hirviendo, joven Aybara.

—Cuarenta mil Shaido —murmuró sombríamente Rhuarc, tendido al otro lado de Perrin. Incluso su olor era tétrico—. Cuarenta mil como poco, y descubrir la razón de que no enviaran más lanzas hacia el sur es una parca satisfacción.

—¿El lord Dragón se encuentra ahí abajo? —preguntó Dobraine mirando por encima de Rhuarc. Perrin asintió—. ¿Y queréis meteros allí y sacarlo? —Perrin volvió a asentir y Dobraine suspiró. Olía a resignación, no a miedo—. Pues nos meteremos, lord Aybara, pero dudo mucho que salgamos.

Esta vez fue Rhuarc el que asintió. Kiruna miró a los hombres.

—Os dais cuenta de que no somos suficientes Aes Sedai. Nueve. Incluso si vuestras Sabias pueden encauzar con ciertos resultados no somos bastantes para hacer frente a eso.

Sorilea resopló sonoramente, pero Kiruna no desvió la vista ni un milímetro.

—Entonces, dad media vuelta y regresad hacia el sur —le contestó Perrin—. No permitiré que Elaida se apodere de Rand.

—Estupendo —repuso, sonriente, Kiruna—, porque tampoco yo lo permitiré.

Perrin deseó que la sonrisa de la Aes Sedai no le pusiera la piel de gallina. Claro que si ella hubiese visto la mirada malévola que le asestó Sorilea a su espalda, quizá también se le habría puesto carne de gallina.

Perrin señaló a los que aguardaban al pie de la loma, y Sorilea y la Verde gatearon hacia abajo hasta que pudieron ponerse de pie y después corrieron en direcciones opuestas.

El plan que tenían no valía gran cosa como tal. Se reducía a llegar hasta Rand de un modo u otro, liberarlo de un modo u otro y después confiar en que no estuviese

demasiado gravemente herido para que crease un acceso para todos los que fuera capaz y escapar antes de que los Shaido o las Aes Sedai del campamento se las arreglaran para matarlos. Pequeños problemas, sin duda, para un héroe ficticio de un relato de juglar, pero Perrin habría deseado disponer de más tiempo para elaborar un plan de verdad, no aquel proyecto suicida que había hilvanado precipitadamente con Dobraine y Rhuarc mientras el cairhienino y él cabalgaban a galope tendido y el jefe de clan corría tan deprisa como podía entre las monturas de ambos. Empero, tiempo era una de las muchas cosas que no tenían. Imposible saber si las Aes Sedai de la Torre serían capaces de contener a los Shaido siquiera una hora más.

Los primeros en moverse fueron los hombres de Dos Ríos y los soldados de la Guardia Alada, divididos en dos compañías, una rodeando a las Sabias que iban a pie y la otra a las Aes Sedai y los Guardianes montados a caballo. Se dirigieron a izquierda y a derecha para salvar la loma. Dannil había dejado que sus tropas volvieran a sacar el Águila Roja, además de la cabeza del lobo rojo. Rhuarc ni siquiera miró hacia donde Amys caminaba, no muy lejos del oscuro castrado de Kiruna, Perrin le oyó musitar:

—Que al alba estemos juntos para ver salir el sol, sombra de mi corazón.

Los mayenienses y los hombres de Dos Ríos tenían que ocuparse de cubrir la retirada de las Sabias y las Aes Sedai al final o tal vez ocurriera justo al contrario. En cualquier caso, a Bera y a Kiruna no parecía gustarles el plan; su deseo era estar allí donde se encontrase Rand.

—¿Estáis seguro de que no queréis ir montado, lord Aybara? —preguntó Dobraine desde su silla; para él, la idea de combatir a pie era anatema.

—Esto no sirve de mucho a lomos de un caballo —repuso Perrin mientras palmeaba el hacha colgada a la cadera. La verdad es que sí que servía, pero no quería conducir a *Brioso* ni a *Recio* a lo que les aguardaba allí delante. Los hombres podían decidir lanzarse o no en medio de una barahúnda de acero y muerte, pero él decidía por sus caballos y su decisión de hoy era que no—. Quizá queráis dejar que me agarre a uno de vuestros estribos cuando llegue el momento.

Dobraine parpadeó —los cairhieninos no tenían en mucho a los soldados de a pie — pero pareció comprender y asintió.

—Es hora de que los flautistas toquen la danza —dijo Rhuarc al tiempo que se levantaba el negro velo, a pesar de que en este día no habría flautistas tocando, algo que a algunos de los Aiel no les hacía gracia. Tampoco les gustó a muchas de las Doncellas tener que ponerse obligatoriamente tiras de tela roja atadas en los brazos para que la gente de las tierras húmedas pudiese distinguirlas de las Doncellas Shaido; parecían pensar que cualquiera debería saber algo así con una simple ojeada.

Doncellas y *siswai'aman* velados empezaron a ascender al trote la cuesta de la loma en una ancha columna, y Perrin se dirigió con Dobraine donde Loial estaba ya a

la cabeza de las tropas cairhieninas, aferrando el hacha con las dos manos y con las orejas aplastadas hacia atrás. También estaba allí Aram, a pie y con la espada desenvainada; el antiguo Tuatha'an exhibía una sombría sonrisa de ansiedad. Dobraine dio la señal de avance, detrás de los estandartes de Rand, y las sillas de montar crujieron cuando quinientas lanzas subieron la cuesta junto a los Aiel.

No había habido cambios en la batalla, cosa que sorprendió a Perrin hasta que se dio cuenta de que sólo habían transcurrido unos cuantos minutos desde la última ojeada que había echado. Tenía la impresión de que había pasado mucho más tiempo. La ingente masa de Shaido seguía presionando hacia adentro; las carretas continuaban ardiendo, quizá con más fuerza que antes; los rayos aún caían del cielo y las bolas de fuego todavía estallaban en violentas llamaradas.

Los hombres de Dos Ríos ya casi habían alcanzado su posición, con los mayenienses y las Aes Sedai y las Sabias, desplazándose sin prisa aparente por la ondulada llanura. Perrin habría preferido que se situaran más lejos del conflicto para que tuviesen mayor oportunidad de escapar cuando llegase el momento de hacerlo, pero Dannil había insistido en que tenían que acercarse a trescientos pasos como mínimo para que el alcance de sus arcos resultara efectivo; Nurelle se había mostrado igualmente reacio a quedarse atrás. Hasta las Aes Sedai habían insistido en avanzar, a pesar de que Perrin estaba seguro de que para lo único que tenían que estar cerca era para ver a Rand, no para luchar. Ninguno de los Shaido había mirado aún hacia atrás. Al menos, nadie señalaba a la amenaza que se aproximaba lentamente a sus espaldas y nadie se daba media vuelta para hacerle frente. Todos parecían volcados en arremeter contra el círculo de carretas, retrocediendo cuando caían bolas de fuego y rayos y luego reanudando la arremetida de inmediato. Con que sólo uno de ellos mirase hacia atrás advertiría el peligro, pero el infierno desatado al frente acaparaba toda su atención.

Ochocientos pasos. Setecientos. Los hombres de Dos Ríos desmontaron y asieron sus arcos. Seiscientos. Quinientos. Cuatrocientos.

Dobraine desenvaino su espada y levantó el brazo.

—¡Por el lord Dragón, Taborwin y la victoria! —bramó y el grito fue repetido por quinientas gargantas mientras las lanzas se ponían en ristre.

Perrin tuvo el tiempo justo de agarrarse a un estribo de la montura de Dobraine antes de que los cairhieninos salieran a galope tendido. Las largas piernas de Loial sostenían sin esfuerzo el paso de los caballos. A saltos, dejando que el ímpetu del caballo lo llevara a grandes zancadas, Perrin dejó la mente en blanco y envió un mensaje: «Venid».

El terreno cubierto de hierba marchita, aparentemente desierto, de repente se llenó de miles de lobos que parecieron brotar del suelo; lobos marrones y esbeltos de las llanuras y algunos de sus parientes más oscuros y corpulentos del bosque corrieron

agazapados y se abalanzaron sobre las espaldas de los Shaido; sus chasqueantes dentelladas se produjeron en el mismo momento en que la primera andanada de flechas de los largos arcos de Dos Ríos se precipitaba más adelante. Una segunda andanada surcaba ya el cielo. Nuevos rayos cayeron junto con las flechas y estallaron nuevas bolas de fuego. Los velados Shaido que se habían girado para luchar contra los lobos sólo dispusieron de unos segundos para advertir que los salvajes animales no eran la única amenaza antes de que las sólidas lanzas Aiel arremetieran contra ellos junto con la demoledora embestida de los lanceros cairhieninos.

Perrin empuñó el hacha y la descargó sobre un Shaido que estaba en su camino, y saltó por encima de él cuando éste cayó. Tenían que llegar hasta Rand; todo dependía de eso. A su lado, la enorme hacha de Loial subía y bajaba y se desplazaba de izquierda a derecha, abriendo un paso. Aram parecía estar bailando con su espada, riendo mientras acuchillaba a todo aquel que tenía delante. No había tiempo para pensar en nadie más. Perrin manejaba el hacha de manera metódica; estaba cortando leña, no carne humana; trató de no ver la sangre que brotaba con cada tajo, incluso cuando le salpicaba la cara. Tenía que llegar hasta Rand. Estaba abriendo un paso a través de zarzas.

Mantenía la vista enfocada exclusivamente en el hombre que tenía delante, pensaba en esas figuras en *cadin'sor* y rostros velados como hombres aun cuando la estatura indicaba que podía ser una Doncella; no estaba seguro de ser capaz de utilizar aquella hoja en forma de media luna que chorreaba sangre si se permitía pensar que era una mujer contra quien la descargaba. Enfocaba los ojos en su inmediato adversario, pero lo demás se deslizaba al borde de su campo visual mientras despejaba el camino para seguir avanzando. Un rayo plateado cayó sobre figuras vestidas con *cadin'sor* y las lanzó al aire, algunas de las cuales llevaban la cinta escarlata y otras no. Otra descarga derribó a Dobraine del caballo; el cairhienino se incorporó trabajosamente, arremetiendo con su espada a diestro y siniestro. El fuego envolvió a un puñado de cairhieninos y de Aiel, y hombres y caballos se convirtieron en aullantes antorchas; los que todavía podían gritar.

Estas cosas pasaron ante sus ojos, pero no se permitió verlas. Sólo existían los hombres que había delante de él, las zarzas, que había que cortar con su hacha, la de Loial y la espada de Aram para despejar el camino. Entonces vio algo que rompió su concentración: un caballo encabritado cuyo jinete fue arrancado de la silla ensartado por lanzas Aiel. Un jinete con peto rojo. Y había otro de los soldados de la Guardia Alada, y un grupo de ellos arremetiendo con sus lanzas, en medio de los cuales la pluma de Nurelle ondeaba sobre su yelmo. Un instante después vio a Kiruna, su rostro una máscara de serena despreocupación, caminando como una reina de las batallas por el camino despejado para ella por tres Guardianes y las bolas de fuego que salían de sus propias manos. Y ahí estaba Bera, y un poco más allá Faeldrin y

Masuri y… ¿Qué demonios estaban haciendo allí? ¿Qué estaba haciendo cualquiera de ellos? ¡Se suponía que debían encontrarse detrás, con las Sabias!

De algún lugar, allá al frente, llegó el ensordecedor estampido de una explosión, como un trueno imponiéndose al estruendo de gritos y chillidos. Al cabo de un momento, una franja luminosa apareció a menos de veinte pasos de Perrin, cortando como una cuchilla a varios hombres y a un caballo a medida que se abría el acceso. Un hombre con chaqueta negra y empuñando una espada saltó a través de él y cayó con la lanza de un Shaido hincada en el vientre, pero un instante después ocho o nueve más surgieron por la abertura y, mientras el acceso se cerraba, despejaron un círculo alrededor del hombre caído utilizando sus espadas. Y algo más que sus espadas. Algunos de los Shaido que se abalanzaron contra ellos cayeron bajo el filo de una cuchilla, pero la mayoría estalló en llamas. Las cabezas de otros reventaron como melones maduros que se dejaran caer sobre una roca desde cierta altura. A unos cien pasos detrás de ellos, Perrin creyó divisar otro círculo de hombres con chaquetas negras, rodeados de fuego y muerte, pero no tenía tiempo para pensar ni hacer cábalas. Los Shaido también cerraban el cerco a su alrededor.

Se colocó espalda contra espalda con Loial y Aram y descargó hachazos desesperadamente. Ahora ya no había avance y todas sus energías las dedicaba a continuar de pie. La sangre le latía dolorosamente en los oídos y se escuchó a sí mismo jadeando para respirar; oía a Loial resollar como un enorme fuelle. Desvió una lanza con su hacha y descargó un golpe a otro Aiel con el pincho de contrapeso, agarró una lanza con la mano haciendo caso omiso del sangriento corte que le hizo, y partió de un tajo un rostro velado. No creía que pudiera aguantar mucho más. Todo su ser estaba centrado en permanecer vivo un instante más. Casi todo su ser. Un rincón de su mente guardaba la imagen de Faile y la triste idea de que no podría disculparse por no regresar junto a ella.

Doblado dolorosamente dentro del arcón, jadeando, Rand tanteó el escudo que lo separaba de la Fuente. Su gemido le llegó a través del vacío, por el que se filtraba una rabia sorda y un ardiente miedo; ya no sabía distinguir cuál de esas sensaciones era suya y cuál de Lews Therin. De repente se quedó sin respiración. Seis puntos, pero uno estaba duro ahora. Duro, no blando, Y entonces, fue un segundo. Y un tercero. Una risa áspera llenó sus oídos; era su risa, comprendió al cabo de un momento. Un cuarto nudo se tornó duro. Aguardó mientras intentaba sofocar lo que sonaba, desagradablemente, como una risita trastornada. Los últimos dos puntos permanecieron blandos. Las sofocadas risas cesaron.

«Lo notarán —gimió desesperadamente Lews Therin—. Lo notarán y llamarán a las otras para que vuelvan.»

Rand se pasó por los agrietados labios la lengua casi igual de reseca; toda la

humedad de su cuerpo parecía haberse perdido en el sudor que lo empapaba a él y provocaba escozor en los verdugones. Si lo intentaba y fracasaba, no volvería a tener otra oportunidad. No podía esperar. En cualquier caso puede que no volviera a haber otra oportunidad.

Con cautela, a ciegas, rozó los cuatro puntos duros. No había nada allí, del mismo modo que el escudo en sí no era nada que él pudiese ver o tocar, pero de algún modo podía tantear alrededor de esa nada, notar una forma en ella. Como nudos. Siempre había huecos entre cuerdas atadas, por muy fuertes que se hiciesen los nudos; brechas más finas que un cabello, donde sólo podía llegar el aire. Lenta, muy lentamente, tanteó en una de esas brechas, colándose a través de espacios infinitesimales, entre lo que parecía no existir en absoluto. Lentamente. ¿De cuánto tiempo disponía hasta que las otras volviesen? Si regresaban antes de que hubiese encontrado el camino en ese tortuoso laberinto… Lentamente. Y de repente pudo sentir la fuente, como si la rozase con una uña; con el mero borde de la uña. El *Saidin* aún estaba fuera de su alcance —el escudo continuaba allí— pero sintió que la esperanza renacía en Lews Therin. La esperanza y el pavor. Dos Aes Sedai continuaban sosteniendo su parte de la barrera, todavía conscientes de lo que mantenían.

Rand no habría sabido describir lo que hizo a continuación, bien que Lews Therin había explicado cómo, aunque lo hizo a trancas y barrancas, entre ensimismamientos en sus propias enajenaciones, entre arrebatos de ira desmesurada y sollozos por su perdida Ilyena, entre balbuceos de que merecía la muerte y gritos de que no permitiría que lo seccionaran. Fue como si doblara lo que había extendido entre el nudo, con toda la fuerza que pudo. El nudo resistió. Tembló. Y entonces se rompió. Sólo quedaban cinco. La barrera se tornó más fina. Rand podía sentir cómo se debilitaba. Un muro invisible de sólo cinco ladrillos de grosor en lugar de seis. Las dos Aes Sedai también debían de haberlo notado, aunque quizá no comprendieran exactamente lo que había ocurrido o cómo. «Por favor, Luz, ahora no. Todavía no.»

Rápida, casi frenéticamente, atacó los restantes nudos por turno. Se rompió un segundo; el escudo perdió grosor. Era más rápido ahora, más con cada uno de ellos, como si Rand estuviese aprendiendo el camino para atravesarlo, aunque era diferente en cada ocasión. El tercer nudo desapareció. Y de pronto, junto a los dos nudos blandos, apareció un tercero; puede que las Aes Sedai no supieran lo que estaba haciendo, pero no se iban a quedar de brazos cruzados mientras el escudo se tornaba más y más fino. Con total frenesí, Rand se lanzó contra el cuarto nudo. Tenía que deshacerlo antes de que una cuarta hermana acudiera a reforzar la barrera; posiblemente cuatro podrían retenerlo hiciese lo que hiciese. Casi sollozando, se debatió entre las complejas vueltas y revueltas, deslizándose entre la nada. Febrilmente, dobló y rompió el nudo. El escudo permaneció, pero ahora sólo lo mantenían tres. Únicamente necesitaba actuar con la suficiente rapidez.

Cuando tanteó hacia el *Saidin* la barrera invisible continuaba allí, pero ya no parecía de piedra ni de ladrillo. Cedió al empujar él, se dobló bajo su presión, se dobló, se dobló. De repente se desgarró ante él como un trozo de tela podrida. El Poder lo hinchió y, en el mismo instante, Rand aferró aquellos tres puntos suaves y los aplastó brutalmente entre puños de Energía. Aparte de eso, sólo podía encauzar hacia lo que veía, y lo único que podía ver, vagamente, era el interior del arcón, la parte que podía atisbar al tener la cabeza metida a la fuerza entre las rodillas. Antes incluso de acabar con los puños de Energía, encauzó Aire. El arcón explotó hacia afuera con un sonoro estampido.

«Libre», exclamó Lews Therin, y fue un eco del propio pensamiento de Rand: «Libre». O tal vez fue al revés.

«Lo pagarán —gruñó Lews Therin—. Soy el Señor de la Mañana.»

Rand sabía que en ese momento tenía que actuar con más rapidez aun; con mayor rapidez y violencia, pero al principio bregó para poder hacer el más leve movimiento. Los músculos castigados dos veces al día durante no sabía cuánto tiempo, agarrotados en el interior del arcón diariamente, protestaron desgarradoramente cuando Rand apretó los dientes y empujó lentamente para incorporarse a gatas. Fue un grito distante, el dolor del cuerpo de otra persona, pero no podía hacer que su cuerpo se moviese más deprisa por muy fuerte que se sintiese merced al *Saidin*. El vacío amortiguaba las emociones, pero algo muy parecido al pánico intentó deslizarse en la nada que lo envolvía.

Estaba en una amplia arboleda, con los rayos del sol colándose entre las ramas casi desnudas; se quedó estupefacto al comprender que todavía era de día, quizás incluso mediodía. Tenía que moverse; acudirían más Aes Sedai. Dos de ellas yacían tendidas en el suelo cerca de él, aparentemente inconscientes, una con un feo tajo sanguinolento cruzándole la frente. La tercera, una mujer de rasgos angulosos, estaba de rodillas mirando a la nada, aferrándose la cabeza con las dos manos y gritando. No parecía que la hubiesen tocado las astillas y trozos del arcón. Rand no reconoció a ninguna de ellas. Hubo un fugaz instante en el que lamentó que no fuese Galina o Erian a quien había neutralizado —tampoco estaba seguro de que hubiese intentado hacer eso; Lews Therin se había despachado largo y tendido durante todo ese tiempo sobre cómo pretendía seccionar a todas las que lo habían tenido prisionero; Rand confiaba en que esa idea fuera suya, por muy precipitada que fuese—, un instante, y entonces vio otra figura tendida en el suelo, debajo de trozos de arcón. Estaba vestida con chaqueta y polainas rosas.

La mujer de rasgos angulosos no lo miró ni dejó de chillar ni siquiera cuando la lanzó de un empujón contra el brocal de piedra de un pozo al pasar gateando junto a ella. Se preguntó por qué nadie acudía a sus gritos. Había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Min cuando fue consciente de los rayos que

zigzagueaban en el cielo y las bolas de fuego que explotaban en lo alto. Percibió el olor a madera quemada, oyó gritar y chillar a hombres, el estruendo de metal chocando contra metal, la batahola de la batalla. Le importaba poco si era el Tarmon Gai'don. Si había matado a Min… Suavemente, con todo cuidado, le dio la vuelta.

Los grandes y oscuros ojos de la joven lo miraron.

—Rand —exclamó—. Estás vivo. Tenía miedo de mirar. Hubo un estallido espantoso y volaron trozos de madera por todas partes y reconocí algunos del arcón y… —Las lágrimas se desbordaron y corrieron por sus mejillas—. Pensé que te habían… Tenía miedo de que estuvieses… —Se limpió la cara con las manos atadas e inhaló profundamente. También tenía atados los tobillos—. ¿Quieres desatarme, pastor, y hacer uno de tus accesos para largarnos de aquí? O, mejor aún, no te molestes en desatarme. Me cargas al hombro y nos vamos.

Hábilmente tejió Fuego y rompió las cuerdas que la sujetaban.

—No es así de sencillo, Min.

No conocía ese lugar en absoluto; un acceso abierto desde allí podría conducirlos a ninguna parte, si es que se abría. Si es que él era capaz de abrir uno. El dolor y el agotamiento quedaban retenidos al borde del vacío, pero amenazaban con superarlo. No sabía cuánto Poder era capaz de absorber. De repente cayó en la cuenta de que percibía el *Saidin* encauzado en todas las direcciones. A través de los árboles, más allá de las carretas incendiadas, veía Aiel luchando contra Guardianes, y los soldados vestidos con chaquetas verdes de Gawyn obligados a retroceder por fuego y rayos de Aes Sedai, pero volviendo a la carga. De algún modo, Taim lo había encontrado y había llevado consigo soldados Asha'man y Aiel.

—No puedo marcharme aún —continuó—. Creo que algunos amigos han venido a rescatarme. No te preocupes; yo te protegeré.

Una descarga plateada y zigzagueante partió un árbol al borde del soto, lo bastante cerca para que a Rand se le erizase el pelo. Min dio un respingo.

—Amigos —rezongó la joven mientras se frotaba las muñecas.

Rand le indicó con una seña que se quedara donde estaba —salvo por este último rayo errabundo, la arboleda parecía seguir intacta— pero cuando se puso de pie, allí estaba ella, sosteniéndolo por un costado. Mientras se dirigía con pasos inseguros hacia la rala línea de árboles agradeció su ayuda, pero se obligó a enderezar el cuerpo y a no recostarse en ella. ¿Cómo iba a creer Min que la protegería si necesitaba que lo sostuviera para no caer de bruces al suelo? Apoyar una mano en el árbol desgajado por el rayo le sirvió de ayuda. Del tronco salían volutas de humo, pero no se había prendido fuego.

Las carretas formaban un gran círculo alrededor de los árboles. Algunos de los sirvientes parecían estar intentando mantener juntos a los caballos —los animales de tiro seguían con los arneses puestos— pero la mayoría estaban acurrucados en

cualquier hueco que habían encontrado con la esperanza de escapar de la lluvia mortífera que venía del cielo. En realidad, salvo por ese rayo, todo parecía dirigido a las carretas y a los hombres que combatían. Tal vez también contra las Aes Sedai. Todas estaban a caballo, un poco retiradas detrás del tumulto de lanzas y espadas y llamas, pero no demasiado; en ocasiones se alzaban sobre los estribos para ver mejor.

Rand localizó enseguida a Erian —cuerpo esbelto y pelo oscuro— a lomos de una yegua gris. Lews Therin gruñó y Rand atacó casi sin pensarlo. Percibió la decepción del otro hombre cuando lo hizo. Energía para aislarla de la Fuente, con la ligera resistencia que marcaba la diferencia con el corte definitivo de la conexión con el *Saidar*, y, antes incluso de que eso estuviese atado, un garrote de Aire para desmontarla y dejarla inconsciente. Si decidía neutralizarla, quería que la mujer supiera quién lo hacía y por qué. Una de las Aes Sedai gritó a alguien que se ocupase de Erian, pero nadie miró hacia los árboles. Nadie allí fuera podía percibir el *Saidin*; creían que había sido derribada por algo venido del exterior de las carretas.

Los ojos de Rand buscaron entre las otras mujeres montadas y se detuvieron en Katerine, que hacía girar a su castrado castaño de largas patas hacia adelante y hacia atrás, mientras el fuego estallaba entre los Aiel allí dondequiera que mirara. Energía y Aire, y la mujer se desplomó inconsciente, con un pie enganchado en el estribo.

«Sí —rió Lews Therin—. Y ahora por Galina. A ella la quiero especialmente.»

Rand cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? Era Lews Therin quien deseaba de tal modo vengarse de esas tres que no pensaba en nada más. Rand también quería resarcirse por lo que le habían hecho, pero en ese momento se estaba librando una batalla y los hombres morían mientras él daba caza a unas Aes Sedai en particular. Y también estarían muriendo Doncellas, sin lugar a dudas.

Derribó con Energía y Aire a otra Aes Sedai situada veinte pasos a la izquierda de Katerine y después se trasladó a otro árbol y se ocupó de Nemdahl, dejándola inconsciente en el suelo y aislada por un escudo. Lentamente se fue desplazando a lo largo del borde de la arboleda, atacando una y otra vez con el sigilo y la rapidez de un cortabolsas. Min dejó de intentar sostenerlo, aunque sus manos estaban extendidas, prestas para agarrarlo si era preciso.

—Van a vernos —murmuró—. Una de ellas va a mirar atrás y nos va a ver.

«Galina —gruñó Lews Therin—. ¿Dónde está?»

Rand hizo caso omiso de él y de Min. Coiren cayó, y otras dos más cuyo nombre ignoraba. Tenía que hacer lo que estaba en su mano.

Las Aes Sedai no sabían qué estaba pasando. A un ritmo constante, a lo largo del círculo de carretas, las hermanas se desplomaban de sus caballos. Las que todavía seguían conscientes ampliaron la distancia entre sí para cubrir el perímetro; de repente se advertía cierta ansiedad en ellas por el modo en que conducían a sus

monturas, en la redoblada furia con que el fuego estallaba entre los Aiel y los rayos se descargaban desde el cielo. Tenía que ser algo de fuera, pero las Aes Sedai seguían cayendo y no sabían cómo ni por qué.

Su contingente disminuía y las consecuencias empezaron a notarse. Un número cada vez menor de rayos se apagaron repentinamente en el aire y más comenzaron a precipitarse sobre Guardianes y soldados. También menguó el número de bolas de fuego que desaparecían de repente o explotaban antes de llegar a las carretas. Los Aiel empezaron a presionar en las brechas abiertas entre las carretas. En cuestión de segundos había Aiel con el rostro velado por todas partes. Y el caos. Rand contemplaba la escena con estupefacción.

Guardianes y soldados de chaquetas verdes combatían en grupos contra Aiel, y las Aes Sedai se rodearon con una lluvia de fuego. Pero también había Aiel luchando contra Aiel; hombres con la banda escarlata *siswai'aman* y Doncellas con tiras de tela roja atadas a los brazos combatían contra Aiel que no llevaban este distintivo. Y lanceros cairhieninos, con sus yelmos en forma de campana, y mayenienses con rojos petos aparecieron de repente también entre las carretas, arremetiendo tanto contra Aiel como contra Guardianes. ¿Es que había perdido finalmente la razón? Era consciente de Min, apretada contra su espalda y temblando. Ella era real, de modo que lo que estaba viendo tenía que serlo también.

Alrededor de una docena de Aiel, todos ellos tan altos o más que él mismo, empezaron a trotar hacia su posición. No llevaban cintas rojas. Rand los observó con curiosidad hasta que, a un paso de él, uno enarboló una lanza que sujetaba con la punta hacia abajo, como si manejase un garrote. Rand encauzó y el fuego pareció brotar de los doce Aiel con una repentina violencia. Los cuerpos carbonizados y retorcidos se desplomaron a sus pies.

De pronto apareció Gawyn sofrenando un semental castaño a menos de diez pasos de Rand, espada en mano y con una veintena o más de jinetes con chaquetas verdes pegados a sus talones. Durante un instante los dos hombres se miraron fijamente y Rand rezó para no tener que hacer daño al hermano de Elayne.

—Min —llamó Gawyn con voz ronca—, puedo sacarte de aquí.

La mujer se asomó por detrás del hombro de Rand y sacudió la cabeza; estaba ceñida con tanta fuerza a él que Rand dudó de haber sido capaz de apartarla aunque hubiese querido hacerlo.

—Me quedo con él, Gawyn. Gawyn, Elayne lo ama.

Con el Poder hinchiéndolo, Rand pudo ver que los nudillos del otro hombre se ponían blancos sobre la empuñadura de la espada.

—Jisao —dijo con una voz inexpresiva—, reúne a los Cachorros. Vamos a abrirnos un paso para salir de aquí. —Si antes su voz había sonado fría, ahora parecía vacía de toda vida—. Al'Thor, llegará el día en que te mate. —Hincó los tacones en

su corcel y se alejó a galope.

—¡Cachorros! —gritaron al tiempo él y los otros a voz en cuello, y, a la llamada, más soldados con chaquetas verdes se abrieron camino desde distintos puntos para reunirse con ellos.

Un hombre con chaqueta negra pasó velozmente ante Rand, con la mirada prendida en Gawyn, y el suelo explotó en llamas y pegotes de tierra, abatiendo a media docena de caballos cuando los jinetes llegaban a las carretas. Rand vio a Gawyn tambalearse en la silla un segundo antes de poder derribar al hombre de la chaqueta negra con una maza de Aire. No conocía al joven de rostro pétreo que, desde el suelo, le enseñó los dientes en una mueca feroz, pero el tipo llevaba las dos insignias en el cuello alto de la chaqueta: la espada y el dragón. Y estaba a reventar de *Saidin*.

Como saliendo de la nada, Taim apareció de repente, los dragones azules y dorados enroscados en las mangas de su chaqueta negra; miraba duramente al tipo. En el cuello no lucía ninguna insignia.

—No ataques al Dragón Renacido, Gedwyn —instó Taim con un tono que era a la vez suave y acerado, y el joven de rostro pétreo se incorporó enseguida y saludó llevándose la mano a la frente.

Rand volvió los ojos hacia donde Gawyn estaba un momento antes, pero todo cuanto vio fue un grupo numeroso con un estandarte del Jabalí Blanco abriendo un paso entre el cerco de Aiel mientras más hombres con chaqueta verde luchaban denodadamente para reunirse con su unidad.

Taim se volvió hacia Rand con aquella casi sonrisa en los labios.

—Dadas las circunstancias, confío en que no me tengáis en cuenta que haya violado vuestra orden respecto a enfrentarnos a Aes Sedai. Tuve que haceros una visita en Cairhien y… —Se encogió de hombros—. Parecéis exhausto. Si me permitís, os…

El leve esbozo en la comisura de sus labios se tornó en un gesto duro cuando Rand retrocedió un paso para apartarse de su mano extendida, arrastrando consigo a Min, que se apretó más aun contra él.

Lews Therin había empezado a clamar su ansia de matar como ocurría siempre que Taim aparecía, farfullando enajenadamente sobre los Renegados y matarlos a todos, pero Rand dejó de escucharlo, reduciendo la voz del hombre a un apagado zumbido. Era un truco que había aprendido dentro del arcón, cuando no tenía nada que hacer salvo tantear el escudo y escuchar la voz dentro de su cabeza que las más de las veces eran balbuceos de un demente. Así y todo, incluso sin Lews Therin, Rand no quería que el otro hombre utilizara la Curación con él. Temía ser incapaz de contenerse y matar a Taim si éste lo tocaba con el Poder, aunque fuera un simple roce, un gesto inocente.

—Como queráis —dijo cáusticamente el hombre de nariz aguileña—. Tengo asegurado el campamento, creo.

Eso parecía ser cierto. El suelo estaba sembrado de cadáveres, pero dentro del círculo de carretas sólo se seguía luchando en unos cuantos puntos aislados. Una cúpula de Aire cubrió de repente todo el campamento y el humo de los incendios salió por el agujero dejado en la parte superior. No era un único tejido de *Saidin*; Rand percibía los lugares donde los tejidos individuales se ensamblaban con los otros para formar la cúpula. Calculó que debía de haber al menos doscientos hombres con chaquetas negras bajo el escudo. Una lluvia de rayos y fuego golpeó contra esa barrera y explotó inofensivamente. El propio cielo pareció chisporrotear y arder; el constante fragor del ataque saturaba el aire. Doncellas con tiras rojas colgando de los brazos y *siswai'aman* se encontraban a lo largo del muro invisible para ellos, entremezclados con mayenienses y cairhieninos, muchos de ellos también a pie. Al otro lado, una ingente masa de Shaido miraba fijamente hacia la invisible barricada que impedía llegar hasta sus enemigos. Algunos arremetieron con sus lanzas contra ella y otros la embistieron con sus propios cuerpos; las primeras se frenaban en seco y los hombres salían rebotados.

Dentro de la cúpula, los últimos focos de lucha habían cesado ya cuando Rand miró. Bajo la vigilancia de apenas un puñado de hombres y Doncellas identificados con las cintas rojas, los Shaido desarmados se quitaban las ropas con semblantes impertérritos; tomados prisioneros en combate, llevarían el blanco ropón de los *gai'shain* durante un año y un día aun en el caso de que los Shaido lograsen alzarse con la victoria de algún modo. Cairhieninos y mayenienses se ocuparon de la custodia de un grupo de furiosos Guardianes y Cachorros mezclados con atemorizados sirvientes, situando casi tantos guardias como prisioneros había. Diez o doce Aes Sedai estaban siendo escudadas por otros tantos Asha'man que lucían las insignias de la espada y el dragón. Las Aes Sedai parecían asustadas y descompuestas. Rand reconoció a tres de ellas, aunque Nesune era la única cuyo nombre sabía. No conocía a ninguno de sus aprehensores Asha'man. Las mujeres a las que Rand había aislado y dejado inconscientes estaban siendo tendidas junto a los prisioneros, y algunas empezaban a rebullir, en tanto que los soldados y Dedicados de uniforme negro con la espada de plata en el cuello utilizaban el *Saidin* para trasladar al resto y colocarlas tendidas en esa hilera. Algunos sacaron de la arboleda a las dos Aes Sedai inconscientes y a la mujer de rasgos angulosos que continuaba chillando. Cuando se las puso junto al resto, algunas Aes Sedai se giraron bruscamente y vomitaron.

Había otras Aes Sedai presentes, rodeadas de Guardianes y vigiladas por hombres de uniforme negro, aunque no estaban aisladas con escudos; lanzaban ojeadas inquietas a los Asha'man igual que hacían las mujeres retenidas como prisioneras.

También miraban a Rand y resultaba obvio que se habrían acercado a él de no ser por los Asha'man. Rand les asestó una mirada furiosa. Alanna estaba allí; no eran alucinaciones lo que había sentido dentro del arcón. No reconocía a sus compañeras, pero daba igual. Eran nueve. Nueve. Una repentina ira irradió fuera del vacío y el apagado zumbido de Lews Therin se reanudó y cobró intensidad.

En ese momento casi no se sorprendió de ver a Perrin dirigirse hacia él dando traspiés, la cara y el cuerpo manchados de sangre, seguido por Loial, que cojeaba y se apoyaba en una enorme hacha, y por un tipo de ojos relucientes, con una chaqueta de rayas rojas y apariencia de ser gitano excepto por la espada que empuñaba, cuya hoja estaba teñida de rojo a todo lo largo. Faltó poco para que Rand mirara en derredor para ver si Mat aparecía allí también. Sí vio a Dobraine, a pie y con una espada en una mano y en la otra aferrado el astil de la bandera carmesí de Rand. Nandera se unió a Perrin mientras se bajaba el velo; y otra Doncella a la que Rand casi no reconoció en un primero momento. Era estupendo ver de nuevo a Sulin vestida con el *cadin'sor*.

—Rand —jadeó Perrin—, gracias a la Luz que aún estás vivo. Planeábamos que abrieses un acceso para escapar, pero todo se ha venido abajo. Rhuarc y la mayoría de los Aiel todavía están entre los Shaido, así como casi todos los mayenienses y los cairhieninos, y no sé qué habrá sido de los hombres de Dos Ríos ni de las Sabias. Se suponía que las Aes Sedai tenían que quedarse con ellos, pero… —Puso la pala del hacha en el suelo y se reclinó en el mango, resollando; daba la impresión de que se desplomaría sin ese apoyo.

A lo largo de la barrera empezaban a aparecer hombres montados, así como Aiel con cintas carmesíes y Doncellas con tiras rojas en los brazos. También los frenaba la barrera. Donde quiera que apareciesen, los Shaido caían sobre ellos como un enjambre bajo el que desaparecían.

—Deshaced la cúpula —ordenó Rand, que oyó a Perrin suspirar con alivio. ¡Alivio! ¿Acaso pensaba que iba a dejar que los suyos fueran masacrados? Min empezó a frotarle la espalda y a musitar quedamente con tono apaciguador. Por alguna razón, Perrin la miró con verdadera sorpresa.

Tal vez Taim se hubiese sorprendido, pero desde luego no estaba aliviado.

—Milord Dragón —dijo con voz tensa—, calculo que debe de haber todavía ahí fuera varios cientos de mujeres Shaido que encauzan, algunas de ellas con una fuerza nada despreciable, por lo que se ve. Y eso sin mencionar unos cuantos miles de Shaido con lanzas. A menos que queráis realmente comprobar si sois inmortal, sugiero que esperemos unas cuantas horas hasta que conozcamos este sitio lo bastante bien para crear accesos teniendo una mínima seguridad de saber en qué lugar van a abrirse y entonces marcharnos. Ha habido bajas en la batalla. He perdido a varios soldados hoy, nueve hombres que serán más difíciles de reemplazar que cualquier

número de renegados Aiel. Quienes mueran ahí fuera, lo harán por el Dragón Renacido.

Si el hombre hubiese prestado alguna atención a Nandera o a Sulin quizás habría moderado el tono y elegido mejor sus palabras. Hubo un veloz intercambio en el lenguaje de señas entre las dos Doncellas; parecían prestas a matarlo allí mismo.

Perrin se irguió con esfuerzo; sus ojos amarillos se quedaron prendidos en Rand, firmes y angustiados a la vez.

—Rand, aun en el caso de que Dannil y las Sabias permanezcan retirados como se supone que deben hacer, no se marcharán mientras vean esto. —Señaló la cúpula, donde el fuego y los rayos formaban una constante capa de luz—. Si nos quedamos sentados aquí durante horas, los Shaido se lanzarán sobre ellos antes o después, si es que no lo han hecho ya. ¡Luz, Rand! ¡Dannil, Ban, Wil, Tell… Amys, están ahí fuera! ¡Y Sorilea y…! ¡Maldito seas, Rand, ya han muerto más personas por ti de lo que puedas imaginar! —Hizo una profunda inhalación—. Al menos, deja que salga yo. Si consigo llegar hasta allí, puedo informarles que estás vivo y que pueden retirarse antes de que los masacren.

—Podemos salir dos —adujo Loial sin alzar la voz mientras levantaba la enorme hacha—. Habrá más posibilidades siendo dos.

El gitano se limitó a sonreír, pero casi con ansiedad.

—Haré abrir una brecha en la barrera y… —empezó Taim.

—¡No! —lo interrumpió secamente Rand. No por los hombres de Dos Ríos. No podía demostrar preocupación por ellos como tampoco por las Sabias. A decir verdad, debía dar la impresión de que le importaban menos que el resto. ¿Que Amys estaba ahí fuera? ¡Pero si las Sabias nunca tomaban parte en batallas! Podían cruzar en medio de combates y en luchas intestinas sin que nadie las tocase. Habían roto la costumbre, si no la ley, para venir a rescatarlo. Estaba tan poco dispuesto a permitir que Perrin regresara a aquella vorágine como a abandonar a las Sabias. Pero no podía demostrar que lo hacía por ellas ni por la gente de Dos Ríos—. Sevanna quiere mi cabeza, Taim. Por lo visto creyó que podría tenerla hoy. —La carencia de emoción que el vacío otorgaba a su voz resultó muy adecuada. Sin embargo, pareció preocupar a Min; la joven seguía acariciándole la espalda como si quisiera calmarlo—. Me propongo demostrarle cuán equivocada estaba. Te ordené que crearas armas, Taim. Muéstrame hasta qué punto son mortíferas. Dispersa a los Shaido. Destrózalos.

—Como ordenéis. —Si Taim había estado tieso antes, ahora semejaba una roca.

—Pon bien alto mi estandarte, donde pueda verse —dispuso Rand. Al menos eso indicaría a los de fuera quién dominaba el campamento. Quizá las Sabias y los hombres de Dos Ríos retrocederían al verlo.

Las orejas de Loial se agitaron con inquietud y Perrin agarró a Rand por el brazo mientras Taim se alejaba para dar instrucciones.

—He visto lo que hacen, Rand. Es… —Tenía manchadas de sangre la cara y la hoja de su hacha, pero aun así su voz sonó asqueada.

—¿Y qué quieres que haga? —demandó Rand—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Perrin retiró la mano y suspiró.

—No lo sé. Pero no por ello tiene que gustarme.

—¡Grady, alza la Enseña de la Luz! —gritó Taim, y el Poder hizo que su voz sonara atronadora.

Utilizando flujos de Aire, Jur Grady tomó la bandera carmesí de la mano del sorprendido Dobraine y la levantó en el aire, a través del agujero, hasta situarla en lo alto de la cúpula. El fuego estalló a su alrededor y los rayos centellearon al tiempo que la brillante tela roja se alzaba en medio del humo procedente de las carretas incendiadas. Rand reconocía a bastantes hombres de uniforme negro, pero sabía muy pocos nombres aparte de los de Jur, Damer, Fedwin y Eben, Jahar y Torvil; de éstos, sólo Torvil lucía el dragón en el cuello de la chaqueta.

—¡Asha'man, en formación de combate! —retumbó la voz de Taim.

Los hombres de uniforme negro corrieron a situarse entre la barrera y el resto de los ocupantes de la cúpula, todos salvo Jur y los encargados de vigilar a las Aes Sedai. A excepción de Nesune, que observaba atentamente todo, el grupo de la Torre se había dejado caer con desgana sobre las rodillas sin mirar siquiera a los hombres que las habían aislado, e incluso Nesune todavía parecía a punto de vomitar en cualquier momento. En su mayoría, el grupo de Salidar contemplaba fríamente a los Asha'man que las vigilaban, aunque de vez en cuando volvían aquellos fríos ojos hacia Rand. Alanna sólo lo miraba a él. Rand sintió un débil cosquilleo en la piel; considerando a la distancia a la que estaban, para que él lo percibiera las nueve tenían que estar abrazando el *Saidar*. Confiaba en que tuviesen el suficiente sentido común para no encauzar; los hombres que tenían delante, de gesto frío y duro como la piedra, estaban henchidos a reventar de *Saidin* y parecían tan tensos como los Guardianes que toqueteaban sus espadas.

—¡Asha'man, levantad la barricada tres metros!

A la orden de Taim, el borde circular de la cúpula se elevó en todo el perímetro. Los desprevenidos Shaido, que habían estado empujando contra la barrera que no veían, trastabillaron hacia adelante, aunque se recuperaron de inmediato y el mar de rostros velados arremetió en masa. Pero sólo tuvieron tiempo para dar un paso antes de que se oyera la siguiente orden de Taim:

—¡Asha'man, matad!

La primera línea de Shaido explotó. No había otro modo de describirlo. Las figuras con *cadin'sor* saltaron hechas añicos en surtidores de sangre y carne. Los flujos de *Saidin* se adentraron a través de aquella densa rociada carmesí, saltando de figura en figura en un abrir y cerrar de ojos, y la siguiente línea de Shaido pereció, y a

continuación la siguiente, y la siguiente, como si se estuvieran precipitando a un gigantesco picador de carne. Contemplando fijamente la carnicería, Rand tragó saliva. Perrin se dobló por la cintura para vomitar y Rand lo comprendió plenamente. Otra hilera murió. Nandera se cubrió los ojos con una mano y Sulin se volvió de espaldas. Los sangrientos restos de seres humanos empezaron a formar un muro.

Nadie podía hacer frente a algo así. Entre un estallido mortífero y el siguiente, los Shaido que había delante empezaron a desplazarse a empujones en dirección contraria, metiéndose a la fuerza entre la masa de personas que se debatía para avanzar. El arremolinado revoltijo de Shaido empezó a explotar, y entonces todos ellos retrocedieron. No; echaron a correr. La lluvia de fuego y rayos contra la cúpula decayó.

—¡Asha'man, cerco rodante de Tierra y Fuego! —retumbó la voz de Taim.

Bajo los pies de los Shaido que estaban más cerca de las carretas, el suelo hizo erupción de repente arrojando surtidores de fuego y tierra que lanzó por el aire a los hombres en todas las direcciones. Mientras los cuerpos estaban todavía en el aire, brotaron más y más chorros de fuego que formaba un anillo cada vez más extenso alrededor de las carretas, persiguiendo a los Shaido cincuenta pasos, cien, doscientos. En ese momento ahí fuera sólo existía pánico y muerte. Lanzas y adargas quedaron descartadas. La cúpula sobre el campamento se mantenía despejada excepto por el humo de las carretas.

—¡Basta! —Las ensordecedoras explosiones ahogaron el grito de Rand con la misma facilidad con que se tragaban los chillidos de los hombres en fuga. Rand tejió los flujos que Taim había utilizado—. ¡Haz que paren, Taim! —Su voz sonó atronadora, superando todos los ruidos.

Se produjo otro anillo de erupciones antes de que Taim ordenara:

—¡Asha'man, alto!

Durante un momento un silencio ensordecedor pareció llenar el aire. A Rand le zumbaban los oídos. Luego escuchó gritos y gemidos. Los heridos se esforzaban por moverse entre montones de muertos. Y más allá los Shaido corrían, dejando tras de sí grupos aislados de *siswai'aman* y Doncellas con tiras de trapo rojo en los brazos, cairhieninos y mayenienses, algunos de éstos todavía a caballo. Casi de mala gana, esos grupos empezaron a dirigirse hacia las carretas, algunos de los Aiel bajándose el velo. Con el Poder incrementando su agudeza visual, Rand localizó a Rhuarc, cojo y con un brazo colgando al costado, pero caminando. Y bastante más atrás un grupo grande de mujeres con amplias faldas oscuras y blusas blancas, escoltadas por hombres que llevaban los largos arcos de Dos Ríos. Estaban demasiado lejos para que Rand pudiese distinguir sus rostros, pero por el modo en que los hombres de Dos Ríos contemplaban a los Shaido en desbandada estaban tan afectados como todos los demás.

Una inmensa sensación de alivio llenó a Rand, aunque no lo suficiente para que dejase de percibir, distante, su estómago revuelto. Min tenía aplastada la cara contra su camisa; estaba sollozando. Le acarició el cabello.

—Asha'man. —Jamás se había alegrado tanto de que el vacío despojara de toda emoción su voz—. Habéis hecho un buen trabajo. Te felicito, Taim. —Se dio media vuelta para no tener que ver más la carnicería, sin apenas escuchar los clamorosos vítores que salieron de las gargantas de los hombres de negro:

—¡Viva el lord Dragón! ¡Vivan los Asha'man!

Al girarse se encontró con las Aes Sedai. Merana estaba en la última fila del grupo, pero Alanna se encontraba casi frente a él, junto a dos Aes Sedai que no conocía.

—Lo has hecho bien —dijo la que tenía la cara cuadrada, un rostro de granjera con aspecto intemporal cuyos ojos mantenían, por pelos, la expresión serena. Hacía caso omiso de los Asha'man que había a su alrededor de un modo obvio y deliberado —. Soy Bera Harkin y ésta es Kiruna Nachiman. Vinimos a rescatarte… con ayuda de Alanna. —El final de la frase era claramente una coletilla añadida en el último momento ante el gesto ceñudo de Alanna—. Y, aunque al parecer no necesitabas mucho de nuestra ayuda, la intención es lo que cuenta, de modo…

—Vuestro puesto está con ellas —la interrumpió Rand al tiempo que señalaba a las Aes Sedai aisladas y bajo custodia. Vio a veintitrés y Galina no estaba entre ellas. El zumbido de Lews Therin subió de tono, pero se negó a prestarle atención. No era el momento para ataques de furia demente.

Kiruna se irguió con aire orgulloso. Fuera lo que fuera, desde luego no era una granjera.

—Olvidas quiénes somos. Ellas te han maltratado, pero nosotras…

—No olvido nada, Aes Sedai —la atajó de nuevo, cortante—. Dije que podíais venir seis, pero cuento nueve. También dije que estaríais en igualdad de condiciones con las emisarias de la Torre. Por venir nueve, así será. Están de rodillas, Aes Sedai, de modo que ¡arrodillaos!

Los fríos y serenos rostros lo miraron de hito en hito. Rand percibió a los Asha'man disponiendo escudos de Energía. En el semblante de Kiruna asomó una expresión de desafío, así como en el de Bera y en los de otras. Dos docenas de hombres de negro formaron un círculo alrededor de Rand y de las Aes Sedai. Taim parecía más a punto de sonreír de lo que Rand lo había visto nunca.

—Arrodillaos voluntariamente y jurad lealtad al lord Dragón —dijo en voz queda —, o seréis puestas de hinojos a la fuerza.

Como ocurre con todas las historias, ésta se propagó a través de Cairhien, y al norte y al sur, a través de caravanas de mercaderes o de buhoneros o simples chismes de viajeros en las posadas. Como ocurre con todas las historias, ésta varió con cada

narración que se hacía de ella. Los Aiel se habían vuelto contra el Dragón Renacido y lo habían matado en los pozos de Dumai o en alguna otra parte. No, las Aes Sedai habían salvado a Rand al'Thor. Eran Aes Sedai quienes lo había matado. No, lo habían amansado. No, se lo habían llevado a Tar Valon, donde languidecía en una mazmorra subterránea de la Torre Blanca. Lo habían conducido con honores a Tar Valon, a la Torre Blanca, donde la propia Amyrlin se había arrodillado ante él. Y, lo que por lo general no ocurría con las historias, lo que se creyó de ésta las más de las veces era algo muy parecido a lo que ocurrió de verdad:

En un día de fuego y sangre, una bandera hecha jirones, con el antiguo símbolo Aes Sedai, ondeó sobre los pozos de Dumai.

En un día de fuego y sangre y de Poder Único, como habían apuntado las profecías, la torre impoluta, rota, hincó la rodilla ante el símbolo olvidado.

Las primeras nueve Aes Sedai juraron lealtad al Dragón Renacido, y el mundo cambió para siempre.

EPÍLOGO



La respuesta

El hombre sólo se paró lo suficiente para apoyar la mano en la puerta del palanquín y se marchó tan pronto como Falion cogió la nota. Unos golpecitos dados con impaciencia hicieron que los porteadores reanudaran la marcha cuando el tipo vestido con el uniforme del palacio de Tarasin casi no había tenido tiempo de perderse entre la multitud que abarrotaba la plaza.

En el pequeño papel cuadrado sólo había escrita una palabra: «Ausentes». Lo arrugó al apretar el puño. De algún modo se habían escabullido de nuevo sin que sus espías de dentro las vieran. Meses de búsqueda fútil la habían convencido de que no había depósitos secretos de *angreal*, creyera lo que creyera Moghedien. Incluso se había planteado someter a interrogatorio a una o dos Mujeres Sabias; alguna de ellas podría saber el paradero del depósito, si es que existía. Sí, claro; y los caballos podían volar. Lo único que la hacía seguir allí, en esa asquerosa ciudad, era el simple hecho de que, cuando uno de los Elegidos daba una orden, se obedecía hasta que se dijese lo contrario. Cualquier otra cosa era un corto camino hacia una muerte dolorosa. Empero, si Elayne y Nynaeve se encontraban allí… Habían estropeado todo en Tanchico. Si eran o no realmente hermanas de pleno derecho —por imposible que pudiese parecer— Falion no interpretaría su presencia como una casualidad. Tal vez sí que había un depósito. Por primera vez se alegró de que Moghedien se hubiese olvidado de ella desde que le había dado las órdenes, tantos meses atrás, en Amadicia. Lo que pareció abandono todavía podía ser una oportunidad de ganar importancia a los ojos de la Elegida. Esas dos aún podían conducirla hasta el depósito; y si no había tal… Moghedien parecía haber mostrado cierto interés en Elayne y Nynaeve. Entregárselas sería ciertamente mejor que dar sólo la noticia de que no había *angreal*.

Se recostó y dejó que el balanceo del palanquín la adormeciera. Odiaba esa ciudad —había llegado como fugitiva, cuando era una novicia— pero quizás esta visita tendría un final agradable después de todo.

Sentado en su estudio, Herid contemplaba su pipa y se preguntaba si tenía algo a

mano con lo que prenderla cuando el gholam se deslizó por debajo de la puerta. Por supuesto, aun en el caso de que Fel hubiese estado atento no lo habría creído y, una vez que el gholam estuvo dentro del cuarto, pocos hombres habrían tenido oportunidad de escapar con vida.

Cuando Idrien entró en el estudio de Fel más tarde, dirigió una mirada ceñuda al montón de ropa sucia que había en el suelo, junto a la mesa. Tardó un segundo en identificar lo que era realmente, y entonces se desmayó antes de soltar un grito. Por muchas veces que hubiese oído contar cómo le habían arrancado los miembros de cuajo a alguien hasta hacerlo pedacitos, ésta era la primera que lo veía.

El jinete hizo girar a su caballo en lo alto de la colina para echar una última ojeada a Ebou Dar, que centelleaba, nívea, bajo el sol. Una buena ciudad para el saqueo y, por lo que había descubierto sobre los nativos, presentarían resistencia, de modo que la Sangre permitiría saquearla. Sí, presentarían resistencia, pero él confiaba en que los otros espías regresaran pronto con informes de desunión como la que él había visto. La resistencia no duraría mucho en un lugar donde la que se llamaba reina gobernaba un minúsculo territorio, y eso combinaba las mejores posibilidades. Hizo volver grupas a su montura y cabalgó hacia el oeste. ¿Quién sabía? A lo mejor el comentario de aquel tipo había sido un augurio. Tal vez el Retorno llegaría pronto y la Hija de las Nueve Lunas con él. Ciertamente eso sería el mejor augurio de victoria.

Tendida boca arriba, en medio de la noche, Moghedien contemplaba fijamente el techo de la minúscula tienda que se le había concedido como una de las criadas de la Amyrlin. De vez en cuando rechinaba los dientes, pero tan pronto como se daba cuenta dejaba de hacerlo, plenamente consciente del collar del *a'dam* ceñido a su garganta. La tal Egwene al'Vere era más dura de lo que Elayne o Nynaeve habían sido; toleraba menos cosas y exigía más. Y cuando le pasaba el brazalete a Siuan o a Leane, sobre todo a Siuan… Moghedien se estremeció. Debía de ser lo mismo que si Birgitte hubiese podido llevar el brazalete.

La lona de entrada de la tienda se retiró hacia un lado, dejando pasar justo la luz de luna suficiente para distinguir la figura de una mujer que se agachó para entrar.

—¿Quién eres? —demandó bruscamente Moghedien. Cuando la mandaban llamar de noche, quienquiera que fuese a buscarla llevaba consigo una linterna.

—Puedes llamarme Aran'gar, Moghedien —respondió una voz con sorna, y una pequeña luz se encendió en el interior de la tienda.

Oírse llamar por su verdadero nombre hizo que la lengua se le quedara pegada al paladar; allí, ese nombre significaba la muerte. Se esforzaba por hablar para protestar que se llamaba Marigan cuando de repente fue plenamente consciente de la luz. Una minúscula bola blanca, brillante, suspendida en el aire cerca de su cabeza. Con el

a'dam puesto ni siquiera podía pensar en el *Saidar* sin permiso, pero aun así lo percibía si se encauzaba, veía los tejidos urdidos. Esta vez no notó nada ni vio nada. Sólo una bolita de luz pura.

Miró de hito en hito a la mujer que decía llamarse Aran'gar y entonces la reconoció: Halima, la secretaria de una de las hermanas, creía recordar. Pero una mujer al fin y al cabo, aunque diese la impresión de que hubiese sido diseñada por un varón. Una mujer. Sin embargo, esa bola de luz… ¡tenía que estar creada con *Saidin*!

—¿Quién eres? —Su voz tembló levemente y se sorprendió de que sonara tan firme.

La mujer sonrió —una mueca realmente divertida— mientras se acomodaba junto al camastro.

—Ya te lo he dicho, Moghedien. Me llamo Aran'gar. Un nombre que te será muy familiar en el futuro, si tienes suerte. Ahora, escúchame con atención y no hagas preguntas. Te diré todo lo que necesitas saber. Dentro de un momento te quitaré ese bonito collar. Cuando lo haga, desaparecerás tan rápida y silenciosamente como hizo Logain. Si no lo haces, morirás aquí. Y eso sería una lástima, porque has sido llamada a Shayol Ghul esta misma noche.

Moghedien se lamió los labios. Llamada a Shayol Ghul. Eso podía significar la eternidad en la Fosa de la Perdición o la inmortalidad gobernando el mundo o cualquier cosa intermedia. Era poco probable que se la llamara para recibir el nombramiento de Nae'blis si el Gran Señor estaba lo suficientemente al tanto de cómo había pasado los últimos meses para enviar a alguien a liberarla. Aun así, era un emplazamiento al que no podía negarse. Y significaba el final del *a'dam*.

—Sí, quítamelo. Iré inmediatamente. —No tenía sentido retrasarlo, de todos modos; era más fuerte que cualquier mujer presente en el campamento, pero no estaba dispuesta a darles ocasión de formar un círculo de trece a su alrededor.

—Imaginaba que decidirías eso —Halima, o Aran'gar, soltó una risa plena. Tocó el collar y se encogió levemente. Moghedien volvió a preguntarse quién era esta mujer que aparentemente encauzaba *Saidin* y que sentía dolor, por leve que fuera, al tocar lo que sólo produciría dolor a un hombre que pudiese encauzar. Entonces el collar se soltó y fue a parar rápidamente a un bolsillo de la mujer—. Ve, Moghedien. Márchate ya.

Cuando Egwene llegó a la tienda y metió la cabeza y la linterna por la solapa de la entrada, sólo vio unas mantas revueltas. Se retiró lentamente.

—Madre —alborotó Chesa detrás de ella—, no deberíais estar aquí fuera en mitad de la noche. El aire nocturno es perjudicial. Si queríais algo de Marigan, yo podría haber venido a buscarla.

Egwene miró en derredor. Había sentido soltarse el collar y también había notado

la fugaz punzada de dolor que significaba que un hombre capaz de encauzar había tocado el cierre. Casi todos dormían ya, pero unos pocos aún seguían sentados fuera de las tiendas, alrededor de las lumbres bajas, y había unos cuantos cerca. Quizá fuese posible descubrir qué hombre había ido a la tienda de «Marigan».

—Creo que ha huido, Chesa —dijo.

Los rezongos furiosos de Chesa sobre las mujeres que abandonaban a su señora la siguieron todo el camino de vuelta a su propia tienda. No podía haber sido Logain, ¿verdad? Él no habría regresado, ni podía saber quién era esta mujer. ¿O sí?

Demandred se arrodilló en la Fosa de la Perdición y, por una vez, no le importó que Shaidar Haran presenciara sus temblores con aquella mirada impasible en las cuencas vacías.

—Lo he hecho bien, ¿verdad, Gran Señor?

La risa del Oscuro resonó en la cabeza de Demandred.

La torre impoluta se rompe
e hinca la rodilla ante el símbolo olvidado.
Los océanos rugen embravecidos y los nubarrones de tormenta
se acumulan sin ser vistos.
Más allá del horizonte, se inflaman fuegos ocultos
y las sierpes anidan en el pecho.
Lo que era exaltado, se echa por tierra;
lo que se pisoteaba, se encumbra.
El orden arde para despejar el camino del anunciado.

De *Las Profecías del Dragón*,
traducción de Jeorad Manyard,
gobernador de la provincia de Andor para
el Rey Supremo, Artur Paendrag Tanreall

GLOSARIO



Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias. (Véase también Aes Sedai.)

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en ninguna mujer que no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las

dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Si a un hombre capaz de encauzar se lo vincula a una mujer por medio de un *a'dam*, el resultado más probable es la muerte de ambos. El simple hecho de tocar un *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía. (Véanse coligación y seanchan)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la finalización del Desmembramiento del Mundo, todas las Aes Sedai supervivientes son mujeres. Respetadas y honradas por muchos, pero también con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de una consejera Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la intemporalidad de sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse Ajah, Sede Amyrlin y Desmembramiento del Mundo.)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada aun cuando su vida corra peligro; tampoco montan en un caballo a menos que se los presione. Los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». Se dividen en doce clanes: el Chareen, el Codarra, el Daryne, el Goshien, el Miagoma, el Nakai, el Reyn, el Shaarad, el Shaido, el Shiande, el Taardad, y el Tomanelle. Cada clan está repartido en septiares. A veces se refieren a un decimotercer clan, el Clan que No lo Es, los Jenn, quienes fueron los constructores de Rhuidean. Es de todos ellos sabido que, supuestamente, su pueblo faltó a su deber para con las Aes Sedai en algún momento del pasado, por lo que se los desterró al Yermo de Aiel en castigo por ese pecado, y que serán destruidos si vuelven a incurrir en la misma falta. (Véanse también asociaciones guerreras Aiel; *gai'shain*; marasmo; Rhuidean y Yermo de Aiel.)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el

mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de éste o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altaraneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos ostenta tan escaso poder que mucho nobles poderosos han desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho.

amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. (Véanse Poder Único, el y neutralizar)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

Angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar nunca sin esa ayuda e incluso sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado

nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también encauzar, *sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase Era de Leyenda.)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las guerras que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. Las domani tienen fama —o, más bien, mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Rey legendario, Artur Paendrag Tanreall, que reinó entre 943-994 AL, y unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase Guerra de los Cien Años.)

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las doce asociaciones guerreras: los Buscadores del Agua (*Duadhe Mahdi'in*), los Corredores del Alba (*Rahien Sorei*), los Danzarines de Montaña (*Hama N'dore*), los Descendientes Verdaderos (*Tain Shari*), las Doncellas Lanceras (*Far Dareis Mai*), los Escudos Rojos (*Aethan Dor*), los Hermanos del Águila (*Far Aldazar Din*), los Hijos del Relámpago (*Sha'mad Conde*), los Lanceros Nocturnos (Cor Darei), los Mano Cuchillo (*Sovin Nai*), los Ojos Negros (*Seia Doon*), y los Soldados de Piedra (*Shae'en M'taal*). Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse Aiel, *Far Dareis Mai* y Yermo de Aiel)

Atha'an Miere: Véase Marinos, los.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de Avendesora. Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y el legendario Árbol de la Vida. (Véase Guerra de Aiel)

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel. No

posee la habilidad de encauzar. (Véase caminante de sueños)

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase Mayene.)

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véase Cuerno de Valere)

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) provocó una guerra civil entre las casas nobles que se disputaban el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La capital sufrió el asedio de los Shaido en lo que algunos han dado en llamar la Segunda Guerra de Aiel; a dicho asedio le pusieron fin otros Aiel al mando de Rand al'Thor. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase Guerra de Aiel.)

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño).

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. Rand al'Thor volvió a colocarla en el Corazón de la Ciudadela, hincada en las baldosas. (Véanse también Ciudadela de Tear, la; Dragón Renacido, el y *sa'angreal*.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod*, de interpretar los sueños y hablar con otros en sus sueños.

Las Aes Sedai también utilizan este vocablo al referirse a las Soñadoras, aunque en muy contadas ocasiones. (Véanse Talentos y *Tel'aran'rhiod*.)

Capas Blancas: Véanse Hijos de la Luz.

Car'a'carn: En la Antigua Lengua, «jefe de jefes». Según la profecía Aiel, un hombre que llegaría de Rhuidean al amanecer, marcado con dos dragones, y que los conduciría a través de la Pared del Dragón. La Profecía de Rhuidean augura que unirá a los Aiel y los destruirá, salvo a un resto del resto. (Véanse Aiel y Rhuidean.)

Caraighan Maconar: Hermana Verde legendaria, la heroína de centenares de aventuras a quien se le atribuyen proezas que incluso algunas Aes Sedai consideran inverosímiles a pesar de estar consignadas en los legajos de la Torre Blanca, como por ejemplo que sofocó una rebelión en Mosadorin sin ayuda de nadie o que acabó con los Disturbios de Camaidin cuando no tenía Guardianes. En el Ajah Verde se la tiene por el arquetipo de una hermana Verde. (Véanse: Aes Sedai y Ajah.)

Carridin, Jaichim: Un Inquisidor de la Mano de la Luz, comandante de los Hijos de la Luz y un Amigo Siniestro.

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. (Véase Dragón, Profecías del)

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo, mientras que el número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis

mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres. Hay coligaciones compuestas por más varones que féminas; pero, salvo en la coligación de un hombre y una mujer, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse Aes Sedai.)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países.

Deane Aryman: La Sede Amyrlin que salvó a la Torre Blanca del perjuicio ocasionado por Bonwhin al intentar controlar a Artur Hawkwing. Nacida alrededor del 920 AL en el pueblo de Salidar, en Eharon, fue ascendida a Sede Amyrlin del Ajah Azul en el 992 AL. Se le atribuye haber convencido a Souran Maravaile de levantar el cerco a Tar Valon (que se había iniciado en el 975 AL) a la muerte de Hawkwing. Deane devolvió el prestigio a la Torre y se cree que en el momento de su muerte, acaecida en el 1085 AL al caerse de un caballo, estaba a punto de convencer a los nobles que se disputaban los despojos del imperio de Hawkwing de que pusieran fin a las guerras y aceptaran el liderazgo de la Torre Blanca como un medio para devolver la unidad a los territorios. (Véanse: Sede Amyrlin y Artur Hawkwing.)

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos zonas continentales. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la

Humanidad. (Véanse Dragón Renacido y Dragón, Profecías del)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos provocaron guerras en las que se vieron involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las Profecías del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (alrededor de 1300-1308 DD), Davian (351 AL), Guaire Amalasan (939-943 AL), Logain (997 NE) y Mazrim Taim (998 NE). (Véase Dragón Renacido)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas excepto entre los eruditos, y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon*, predicen que el Oscuro volverá a liberarse y que Lews Therin Telamon, el Dragón, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase Dragón, el.)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que se ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. La mayoría de la gente, aunque no toda, reconoce a Rand al'Thor como el Dragón Renacido. (Véanse Dragón, el; Dragón, falso y Dragón, Profecías del)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase Poder Único)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse Desmembramiento del Mundo, Guerra de la Sombra y Rueda del Tiempo)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Far Dareis Mai: En la Antigua Lengua, literalmente «Doncellas Lanceras» o «Doncellas de la Lanza». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le está

permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar durante los meses de gestación. Al nacer, los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también Aiel y asociaciones guerreras Aiel.)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina (*Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin*; únicamente una mujer puede absorber el *Saidar*. Desde hace más de tres mil años, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase Poder Único.)

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase Guardián.)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. (Véase marasmo)

Galad: Lord Galadedrid Damodred, más conocido por el diminutivo Galad. Hermanastro de Elayne y Gawyn al ser los tres hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Gareth Bryne: Anteriormente el capitán general de la Guardia Real de Andor y a quien Morgase exilió. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas, con cinco rayos cada una.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos. Poca gente imagina siquiera que los Tuatha'an son descendientes de unos Aiel que se escindieron del grupo principal con el fin de encontrar el modo de recuperar los tiempos de paz. (Véase Aiel.)

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente

corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No está constituido por un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte integrantes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase Aes Sedai.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el Avendoraldera, cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse Avendoraldera, Cairhien y Columna Vertebral del Mundo.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el

mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro en un ataque llevado a cabo por Lews Therin Telamon, el Dragón, y un centenar de varones Aes Sedai conocidos como los Cien Compañeros. El contraataque del Oscuro tuvo por resultado la contaminación del *Saidin*, lo que hizo enloquecer a Lews Therin y a los Cien Compañeros. Así comenzó la Época de Locura y el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Dragón, el y Poder Único, el.)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, lo que dio lugar a la actual distribución de naciones. (Véase Artur Hawkwing)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo bajo el mando de los Myrddraal y los Señores del Espanto. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria. (Véanse Myrddraal; Señores del Espanto y trollocs.)

Guerra del Poder: Véase Guerra de la Sombra.

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella. Las disensiones sobre quién está más cerca en la línea sucesoria han desembocado en luchas por el poder en varias ocasiones, la última conocida como «la Sucesión» en el propio Andor, y como «la Tercera Guerra de Sucesión de Andor» en el resto de los países, y que llevó a Morgase de la casa Trakand a ocupar el trono.

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la

destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase interrogadores)

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres. También se los conoce como los Sin Alma.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre. (Véase Hijos de la Luz.)

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza, a simular apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro, y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar*.

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso,

en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lan, al'Lan Mandragoran: Rey no coronado de Malkier, una nación que desapareció, consumida por la Llaga, el año en que él nació (953 NE), Dai Shan (Señor de la Guerra) y el último señor superviviente malkieri. A los dieciséis años inició una guerra personal contra la Llaga y la Sombra, que se prolongó hasta que Moraine lo vinculó como su Guardián, en el 979 NE. (Véanse Guardián y Moraine)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase Dragón, el.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre, y también de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos.

Logain: Un hombre que se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. Un hombre al que todavía le aguarda un destino de grandeza. (Véase Dragón, falso)

Llaga, la: Véase Gran Llaga, la.

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs. Su emblema es una águila roja en vuelo. (Véase Guerra de los Trollocs.)

marasmo, el: Término dado por los Aiel a la conmoción provocada en muchos al conocer que, en lugar de haber sido siempre guerreros feroces, sus antepasados fueron pacifistas a ultranza que se vieron forzados a defenderse durante el Desmembramiento del Mundo y los años posteriores. Muchos creen que fue por ese cambio por lo que les fallaron a las Aes Sedai. Algunos arrojan las lanzas y huyen. Otros se niegan a quitarse las ropas blancas de *gai'shain* cuando se ha cumplido su período de servicio. Empero, también los hay que niegan que tal cosa sea cierta y, por ende, niegan que Rand al'Thor sea el verdadero *Car'a'carn*; estos últimos regresan al Yermo de Aiel o se unen a los Shaido, el clan que se le opone. (Véanse Aiel; *Car'a'carn*; *gai'shain* y Yermo de Aiel.)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo el mar. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de

vida. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, pues pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El título «Viceprincipal», que antiguamente poseía un único lord o lady, lo han ostentado incluso hasta nueve nobles a la vez en los últimos cuatro siglos. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado. No sólo puede encauzar, sino que al parecer es muy fuerte en el Poder. (Véase Dragón, falso)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante. (Véase caminante de sueños)

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien. Tras su ingreso en la Torre Blanca como novicia en el 971 NE, su ascensión fue meteórica y adquirió el grado de Aceptada en sólo tres años, y el de Aes Sedai en otros tres más, al final de la Guerra de Aiel. A partir de entonces emprendió la búsqueda de un joven que, según Gitara Moroso —una Aes Sedai con el Talento de la Predicción— había nacido en las laderas del Monte del Dragón, durante la Batalla de las Murallas Resplandecientes, y que sería el Dragón Renacido. Fue ella quien condujo a Rand al'Thor, Mat Cauthon, Perrin Aybara y Egwene al'Vere fuera de Dos Ríos. Desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que

generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. Los espejos sólo reflejan una imagen vaga de estos seres. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia. Las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el vacío dejado por el Poder Único.

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings*, que rara vez abandonan, y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Su destreza como albañiles y canteros es extraordinaria, y son obra suya la mayoría de las urbes edificadas después del Desmembramiento del Mundo. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. La esperanza media de vida de un Ogier es tres o cuatro veces superior a la de un humano. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse Desmembramiento del Mundo y *stedding*.)

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin*, el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda. (Véanse Dragón, Profecías del.)

Padan Fain: Antaño un buhonero que comerciaba en Dos Ríos y Amigo Siniestro, fue transformado en Shayol Ghul de manera que no sólo se lo capacitó para encontrar al joven que se convertiría en el Dragón Renacido del mismo modo que un perro encuentra la presa para el cazador, sino que también se le inculcó la necesidad perentoria de hallarlo. El horrible dolor padecido mientras se llevaba a cabo dicha transformación, infundió en Fain un odio profundo tanto por el Oscuro como por Rand al'Thor. Mientras seguía el rastro de al'Thor se encontró con el espíritu de Mordeth, confinado en Shadar Logoth, y éste intentó apoderarse del cuerpo de Fain. A causa de la transmutación sufrida por Fain, sin embargo, el resultado fue una amalgama que en su mayor parte es Fain y que posee unas habilidades muy superiores a las que tenían originalmente cualquiera de los dos hombres, si bien Fain todavía no las entiende ni las domina por completo. La mayoría de los seres humanos sienten miedo ante la mirada sin ojos de un Myrddraal, pero a los Myrddraal los atemoriza la mirada de Fain.

Pared del Dragón, la: Véase Columna Vertebral del Mundo.

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin*. (Véanse Aes Sedai; encauzar; Cinco Poderes, los; Desmembramiento del Mundo y Fuente Verdadera.)

primer hermano/primera hermana: Términos Aiel de parentesco con los que se indica que se tiene la misma madre. Entre los Aiel, el parentesco consanguíneo materno es más estrecho que el paterno.

Rashima Kerenmosa: Conocida como la Amyrlin Guerrera. Nació alrededor del 1150 DD. Fue ascendida a la estola desde el Ajah Verde, en el 1251 DD. Dirigió personalmente el ejército de la Torre y se alzó con grandes victorias, entre las que destacan la del paso de Kaisin, la del Umbral de Soralle, la de Larapelle, la de Tel Norwin y la de Maighande, donde murió en el 1301 DD. Su cadáver se descubrió después de la batalla, rodeado por los de sus cinco Guardianes y un gran cerco de

trollocs y Myrddraal muertos, así como no menos de nueve Señores del Espanto. (Véanse: Aes Sedai; Ajah; Guardianes; Sede Amyrlin y Señores del Espanto.)

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. Se designan a sí mismos «los Elegidos». De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal*, con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo. (Véase Aiel.)

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de esa Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período, y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal*, pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal*, también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal*.

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un

modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público. También por costumbre, las Sabias evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Las Sabias no se involucran en pleitos de sangre y batallas entre clanes, y de acuerdo con el *ji'e'toh* no se les debe hacer daño ni poner trabas de ningún tipo a su labor. El que una Sabia participe en una batalla constituirá una grave violación de costumbres y tradiciones. En la actualidad hay tres Sabias que son caminantes de sueños, con facultad para entrar en el *Tel'aran'rhiod* y hablar con otras personas en sus sueños, entre otras cosas. (Véanse caminante de sueños y *Tel'aran'rhiod*.)

Saidar, *Saidin*: Véase Fuente Verdadera.

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos ceremoniosa para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

Soñadora: Véase Talentos.

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no por tantos años como creen muchos.

Stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable

hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un stedding.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad de encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar el efecto de alterar el destino de los *ta'veren*, bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas. (Véase *Tel'aran'rhiod*)

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real que ama a su reina más que a la vida o al honor.

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio, en otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores. Apenas ha habido noticias de este país desde que entró en decadencia por los estragos de una guerra civil y por las contiendas entabladas contra Arad Doman y los seguidores del Dragón Renacido, personas que han jurado seguirlo.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse Dragón, Profecías del y Cuerno de Valere)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la totalidad de los hilos de las vidas. (Véase Entramado de una Era.)

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase Ciudadela de Tear.)

Telamon, Lews Therin: Véase Dragón, el.

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. Muchas personas pueden entrar durante unos segundos en el *Tel'aran'rhiod* mientras duermen, pero son muy pocas las que han tenido la habilidad de entrar en él a voluntad. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará. Aparte de eso, no obstante, lo que se haga allí no tiene ningún tipo de consecuencias en el mundo de vigilia. (Véase *ter'angreal*)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal*, cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal*, su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido. (Véase juglar.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar. Su historia es una sucesión continua de ataques y guerras contra trollocs y Myrddraal. (Véase Gran Llaga, la.)

Torre Blanca: Sede donde radica el poder de las Aes Sedai, localizada en el centro de la gran ciudad insular de Tar Valon.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor. Comen cualquier cosa, incluidas las personas. (Véase Guerra de los Trollocs.)

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, y Sabia o Indagadora entre otros.